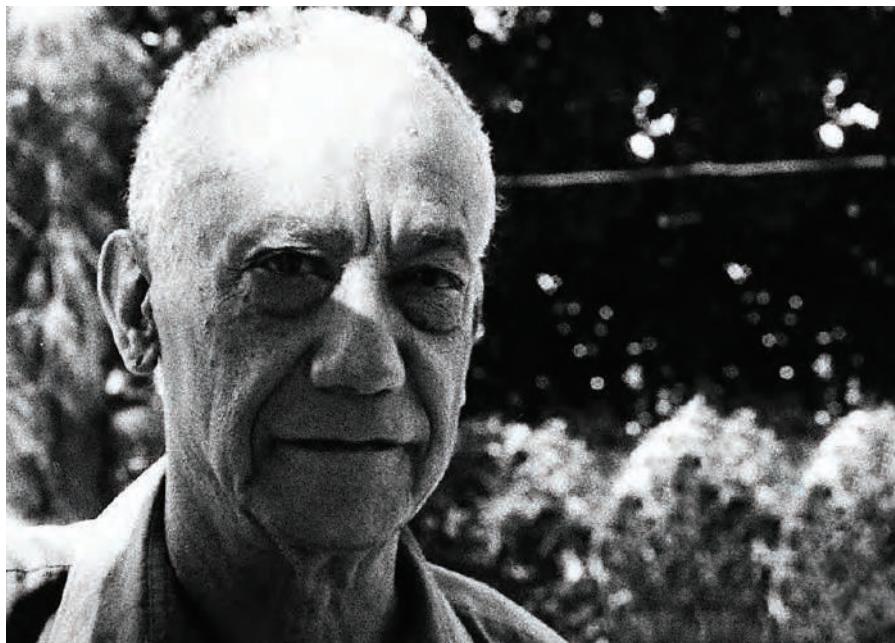


FERNANDO MARTÍNEZ HEREDIA

PENSAR EN TIEMPO DE REVOLUCIÓN



ANTOLOGÍA ESENCIAL

Selección e introducción a cargo de
MAGDIEL SÁNCHEZ QUIRÓZ

FERNANDO MARTÍNEZ HEREDIA

ANTOLOGÍA ESENCIAL

Martínez Heredia, Fernando

Pensar en tiempo de Revolución : antología esencial / Fernando Martínez Heredia ; compilado por Magdiel Sánchez Quiróz. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2018.

Libro digital, PDF - (Antologías del pensamiento social latinoamericano y caribeño / Gentili, Pablo)

ISBN 978-987-722-331-6

1. Sociología. I. Sánchez Quiróz, Magdiel, comp. II. Título.
CDD 301

Otros descriptores asignados por la Biblioteca virtual de CLACSO:
Pensamiento Crítico / Sociología / Filosofía / Historia / Política /
Marxismo / Comunismo / Revolución Cubana / Cuba / América Latina

Colección
**ANTOLOGÍAS DEL PENSAMIENTO SOCIAL
LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO**

FERNANDO MARTÍNEZ HEREDIA

ANTOLOGÍA ESENCIAL

Edición, selección y prólogo de
MAGDIEL SÁNCHEZ QUIRÓZ



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales



CLACSO

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Antologías del Pensamiento Social Latinoamericano y Caribeño

Director de la Colección Pablo Gentili

CLACSO - Secretaría Ejecutiva

Pablo Gentili - Secretario Ejecutivo

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Núcleo de producción editorial y biblioteca virtual

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Núcleo de diseño y producción web

Marcelo Giardino - Coordinador de Arte

Sebastián Higa - Coordinador de Programación Informática

Jimena Zazas - Asistente de Arte

Rosario Conde - Asistente de Programación Informática

Creemos que el conocimiento es un bien público y común. Por eso, los libros de CLACSO están disponibles en acceso abierto y gratuito. Si usted quiere comprar ejemplares de nuestras publicaciones en versión impresa, puede hacerlo en nuestra Librería Latinoamericana de Ciencias Sociales.



Biblioteca Virtual de CLACSO www.biblioteca.clacso.edu.ar

Librería Latinoamericana de Ciencias Sociales www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE.

Primera edición

Pensar en tiempo de Revolución: antología esencial (Buenos Aires: CLACSO, mayo de 2018)

ISBN 978-987-722-331-6

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional



La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

ÍNDICE

<i>Prólogo: Pensar en tiempo de revolución.....</i>	15
<i>Rafael Magdiel Sánchez Quiroz</i>	

I. Sobre la teoría y el pensamiento

I.I Pensamiento social

<i>El ejercicio de pensar.....</i>	45
<i>Educación, cultura y revolución socialista.....</i>	59
<i>Pensamiento social y política de la Revolución</i>	73
<i>Palabras al recibir el Premio Nacional de Ciencias Sociales.....</i>	97
<i>Presentación número 1 de la revista Pensamiento Crítico, febrero 1967.....</i>	103

I.II Pensamiento marxista

<i>Presentación.....</i>	105
<i>Marx y el origen del marxismo.....</i>	107
<i>En el cumpleaños de Lenin: Utopía y práctica política en El Estado y la revolución</i>	151

<i>Vida y propuesta de Antonio Gramsci.....</i>	161
<i>Gramsci en la Cuba de los años sesenta.....</i>	177
<i>Problemas de la historia del pensamiento marxista: los tiempos de Mariátegui.....</i>	191
<i>Los desafíos de Foucault.....</i>	205
 I.III Pensamiento político	
<i>Anticapitalismo y problemas de la hegemonía</i>	219
<i>El colonialismo en el mundo actual.....</i>	229
<i>Revolución cubana contra los colonialismos y la necesidad de Fanon.....</i>	237
<i>El carácter y la vía de la revolución</i>	247
<i>Cristianismo y Liberación: ¿Revolución en el cristianismo? Un estudio cubano sobre la Teología de la Liberación latinoamericana, sus condicionantes y su situación actual</i>	259
<i>Algunas reflexiones</i>	309

II. Historia

II.I Sobre el estudio de la historia

<i>Historia y marxismo</i>	323
<i>¿Adónde va el pasado?</i>	341
<i>Presentación</i>	351
<i>Marx, el marxismo, Hobsbawm y nosotros</i>	359
<i>Visiones actuales de la historia de Cuba</i>	373

II.II Sobre la historia de Cuba

<i>Los más humildes también crearon la nación</i>	383
<i>José Antonio Aponte y los orígenes del pensamiento político cubano</i>	401
<i>De negros de Cuba a cubanos negros</i>	417
<i>Visión de la Historia de José Martí: Fundamentos y proyectos</i>	427
<i>Nacionalismo, razas y clases en la Revolución del 95 y la primera república cubana</i>	439

<i>Introducción a La Revolución cubana del 30.....</i>	477
<i>Ideas e ideología en la Segunda República: La posición de Raúl Cepero Bonilla.....</i>	495
<i>La noción de pueblo en La Historia me absolverá</i>	513
<i>El mundo ideológico cubano de 1959 - marzo 1960.....</i>	521
<i>La fuerza del pueblo.....</i>	549
 III. América Latina	
<i>Movimientos sociales, política y proyectos socialistas</i>	579
<i>Imperialismo, guerra y resistencia.....</i>	603
<i>Cultura y política en América Latina.....</i>	623
<i>Trazando el mapa político de la América Latina.....</i>	635
<i>Primeros pasos. Proyectos para el punto de partida.....</i>	659
<i>Marxismo revolucionario en América Latina actual.....</i>	677
<i>Izquierdismo y reformismo en América Latina actual</i>	691

<i>Medios, cultura, dominación y resistencia</i>	707
<i>Siete retos para los jóvenes de América Latina</i>	719
<i>La Revolución cubana en el siglo XXI</i>	723
IV. Socialismo	
<i>Socialismo</i>	731
<i>Rectificación y profundización del socialismo en Cuba</i>	761
<i>Desconexión, reinserción y socialismo en Cuba</i>	799
<i>Cuba: problemas de la liberación, el socialismo, la democracia</i>	821
<i>Visión cubana del socialismo y la liberación</i>	851
<i>Socialismo soviético y socialismo cubano. El caso de Antonio Guiteras</i>	877
<i>Independencia y socialismo en la América Nuestra</i>	885
V. Cuba actual	
<i>Problemas del socialismo cubano</i>	891

<i>O Cuba o Washington</i>	899
<i>Los símbolos nacionales y la guerra cultural</i>	905
<i>Ciencias sociales cubanas: ¿el reino de todavía?</i>	911
<i>Las relaciones culturales entre Cuba y Estados Unidos</i>	917
<i>Sobre El socialismo y el hombre en Cuba</i>	923
 VI. La determinación personal	
<i>¿Por qué Julio Antonio? (1966-2003)</i>	927
<i>Guiteras y la revolución</i>	939
<i>Guiteras y el socialismo cubano</i>	961
<i>Recuerdo de Miguel Enríquez</i>	1033
<i>Piñeiro</i>	1039
<i>Jacinto García Espinosa</i>	1045
<i>Hugo Chávez, identidad y rebeldía latinoamericana</i>	1051

El alma en la tierra. Memorias de François Houtart..... 1061

Fe por Cuba..... 1067

VII. Fidel y Che

La concepción del Che..... 1071

El pensamiento de Ernesto Che Guevara..... 1165

Revolución cubana, Fidel y el pensamiento latinoamericano de izquierda..... 1175

Orígenes y vigencia del pensamiento político de Fidel..... 1181

VIII. Sobre su vida

La escritura y la Revolución..... 1197

Un muchacho del interior..... 1209

Todavía no he recorrido la mitad del camino 1213

A cuarenta años de Pensamiento Crítico 1217

IX. Entrevistas

<i>Cuba y el pensamiento crítico, por Néstor Kohan</i>	1227
<i>Conversación con Fernando Martínez Heredia sobre los años sesenta Entrevista y nota inicial por Yohanka León del Río</i>	1249
<i>Preguntas sobre Lenin en 1970</i>	1279
<i>El poder debe estar siempre al servicio del proyecto, por Julio César Guanche.....</i>	1283
<i>Entrevista a Fernando Martínez Heredia, por Emir Sader</i>	1299

PRÓLOGO: PENSAR EN TIEMPO DE REVOLUCIÓN

RAFAEL MAGDIEL SÁNCHEZ QUIROZ*

Pensar significa traspasar

Ernst Bloch

I

¿Cómo un ser humano común se convierte en extraordinario? ¿Qué necesita o qué posibilita que un ser humano vaya más allá de lo que lo su entorno social le permite? ¿Cómo un pensamiento puede trascender el horizonte teórico de su época?

¿Cuándo Fernando Ramón, un humilde joven nacido en Yaguajay se convierte en el Fernando Martínez Heredia reconocido en Cuba? Podría responderse rápidamente que al recibir el premio de ensayo Casa de las Américas en 1989. O cuando apareció por primera vez su nombre como director de la revista *Pensamiento Crítico*. Quizás al ingresar al Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana. ¿Fue en sus primeras batallas teóricas cuando entró a la escuela destinada a formar profesores de Filosofía? Al ahondar en su vida encuentro que antes ya había tenido sus primeros choques teóricos y que podría pensarse en aquella vez que un joven, tras el triunfo de la Revolución, se acercó a él para invitarlo a alzarse contra Fidel Castro, “porque Fidel quería hacer a Cuba comunista” y él se negó y pensó: “Si Fidel es comunista, entonces yo también soy comunista”. Y cuando como combatiente del Movimiento 26 de Julio del Frente Norte de Las Villas escribió un manifiesto en que hablaba de que la revolución se hizo para acabar con 400 años de explotación

* Rafael Magdiel Sánchez Quiroz (Morelos, México, 1984), filósofo y maestro en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México, trabajó con Fernando Martínez Heredia estudiando su pensamiento. Ganó el Premio de Ensayo para Investigadores de América Latina y el Caribe “Haydée Santamaría” 2017 de CLACSO con un ensayo sobre el concepto de *transición socialista* en FMH.

del hombre por el hombre. Mejor habría que remontarse a la guerra, a la batalla contra la dictadura, a los combates en los momentos en que las ideas y las armas evidencian una realidad distinta a la que aparece en la academia. ¿O bien sería cuando de joven se enteró de que un grupo de rebeldes se había alzado contra la dictadura y habían sido masacrados y entonces anotó en su libreta los nombres de los asesinados que los medios iban dando a conocer, como para que no se perdiera la memoria de los caídos en un cuartel de Santiago, el Moncada?

La vida de Fernando Martínez Heredia (FMH, en adelante) se inscribe en el proceso revolucionario que vivió por más de 60 años. Años y vivencias que para las ciencias sociales suelen explicarse como excepciones o accidentes, por ser difícilmente asibles a sus métodos de análisis, pero que desde los actores que alteraron la historia se expresa como un esfuerzo –con dimensiones individuales y colectivas más allá de su horizonte nacional, pero bien arraigado a este– por romper con las determinaciones de lo factible. Pasar por encima de lo permisible y hacer lo que en el ámbito de la reproducción de la vida social. Quebrar las determinaciones de la geopolítica y, en suma, del horizonte histórico de una época y, al hacerlo, echar por la borda las leyes de la ciencia positiva (aun en sus

presentaciones críticas), de la determinación de la política, del ser social y su conciencia social por la economía. En suma: *romper los límites de lo posible* (expresión recurrente de FMH, síntesis de vida y esfuerzos teóricos, y de la herejía cubana que se desató con todas sus fuerzas un primero de enero de 1959).

Desde Cuba, a partir de sus vivencias, estudio y del enorme cúmulo de experiencias y relaciones nacidas de la revolución, Fernando fue formulando un pensamiento que encontró su planteamiento más acabado en el concepto de transición socialista y en un amplio conjunto de elementos que lo conforman y con los que se relaciona. Elaboración y desarrollo propio, en el marco de un movimiento socialista más amplio, pero con raíz y fundamento primordial en el suelo cubano. Un *pensamiento en tiempo de revolución* que, visto en su conjunto y en relación con la praxis de quién lo elaboró, muestra notables diferencias con otras expresiones críticas de la época.

A partir de su raíz cubana y en relación con el pensamiento crítico marxista, asumió como desafío pensar cómo acabar con todas las dominaciones. Tarea que, tenía claro, implicaba romper con los límites de lo posible, pues solo a partir de la violentación del horizonte de posibilidad establecido por el pensamiento y la sociedad dominantes se puede actuar

históricamente, abriendo nuevas sendas en el pensamiento, la acción y más aún, en la vida de los seres humanos.

La presente antología da cuenta, en un material de amplia extensión, de la trascendencia de FMH, la originalidad de un pensamiento y del conjunto de temas que desarrolló de acuerdo a circunstancias disímiles.

II

En el poblado de Yaguajay, región azucarera del centro de Cuba, nace FMH el 21 de enero de 1939. El contexto es el de la Segunda República neocolonial burguesa configurada para impedir que ocurriera otra revolución en la corta vida de esa nación: ya había vivido un largo período de guerras de independencia (1868-1878 y 1895-1898) y recientemente una revolución en los años treinta que había echado abajo a la Primera República.

Su entorno familiar está conformado por una identidad negra, independentista y patriota, entramado que se alimenta de los relatos latentes de los sobrevivientes de la guerra de independencia. Entre las consignas que le imprimirán un valor central a su carácter revolucionario está el lema: “Vergüenza contra

dinero” formulado por Eduardo Chibás, líder del Partido Ortodoxo, agrupación de masas de enorme arrastre popular opuesta a la corrupción reinante en la República.

Desde joven, su pasión por la historia y la lectura lo van moldeando de una particular manera y los sucesos que pudiesen parecer marginales, como el asalto a un par de cuarteles por un grupo de jóvenes que enfrentaba al dictador, resuenan en él y lo motivan llevar el registro de sus nombres. En ese recordar y apropiarse del pasado rebelde, se va identificando con personajes como Julio Antonio Mella y Antonio Guiteras Holmes, quienes fuera de la iconografía oficial nutrían el imaginario radical de la época. Ellos, junto a José Martí, se convertirán en sus referentes morales y de acción a lo largo de toda su vida.

EL SURGIMIENTO DEL MOVIMIENTO 26 DE JULIO COMO UN LUGAR PARA PELEAR... Y PENSAR

El legado de Mella y Guiteras que FMH hace propio, lo lleva a incorporarse al Movimiento 26 de Julio antes que Fidel Castro y los suyos desembarcaran en la Isla. Es la convicción profunda en la necesidad de una transformación lo que lo lleva a tomar esa decisión siendo muy joven.

Constituye parte de ese gran movimiento que avanzaba por el fuerte liderazgo de Fidel, el programa contenido en *La historia me absolverá* (Castro Ruz, 2001 [1953]), la idea de violencia revolucionaria y la insurrección como necesarias y determinantes del cambio. Un socialismo, que aun sin presentarse como tal, se hacía de una tradición de casi 100 años de lucha en ese país. FMH desarrolló labores de combatiente en Las Villas, es testigo de la Batalla de Santa Clara, donde verá al comandante Ernesto Che Guevara dirigir los combates. Con el triunfo seguirá involucrado en tareas revolucionarias, apresurará la soñada reforma agraria en la región de Las Villas y asumirá como un deber propio pensar en la revolución y desarrollar capacidades para hacer que el proceso no se detenga y fracase. Sus ansias de conocimiento lo llevan a ingresar a la Universidad de La Habana, donde pretendía estudiar Filosofía, pero finalmente optó por Derecho. Librará batallas en la facultad y diversos espacios. Asumirá las tareas de enseñanza masiva, como las del Plan Fidel de educación.¹

1 En la sección VIII. *Sobre su vida* de esta antología se comparten textos que abundan en lo aquí relatado.

EL DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA HASTA EL 71, EL ESPACIO PARA PROFUNDIZAR LA REVOLUCIÓN

Dice FMH: “la Filosofía me emboscó, en el mejor estilo de entonces, me cambió el FAL por un Manual de Konstantinov, y eso dio lugar a una década de combates intelectuales” (Martínez Heredia, 2010b: 73). Fue en medio de una gran efervescencia social, luego de la declaración del carácter socialista de la revolución cubana, el 16 de abril de 1961, que los cubanos se abalanzaron sobre todo lo que fuera marxismo. Como parte de la Reforma Universitaria de 1962, que convertía en obligatoria la impartición de la enseñanza de la Filosofía y Economía Política marxista en todas las carreras universitarias de la Universidad de La Habana, la Universidad Central y la Universidad de Oriente, participará en un curso para conformar el Departamento de Filosofía, encargado de llevar a cabo esa tarea. En la escuela, chocó abiertamente con las versiones oficiales, al tiempo que comienza a liderar –al interior de aquel grupo de jóvenes en formación– una posición común que desafía el dogma y busca construir un pensamiento radical y original.

El *grupo de la Calle K*, como será conocido por la ubicación de sus oficinas, trabajará muy cercano a Fidel Castro, quien los visita con

frecuencia y promueve el debate. Alentados por él y el entonces presidente Osvaldo Dorticós, se harán cargo de las Ediciones Revolucionarias, publicarán la revista *Pensamiento Crítico* y harán tareas de intercambio, formación y divulgación con destacados intelectuales de diversos países, con revistas de la época y con revolucionarios del mundo. En una reunión, el Presidente Dorticós les asigna una tarea tan ambiciosa como aparentemente imposible: *incendiar el océano*.² Asumiendo el desafío, que implicaba a su vez una tarea de interpretación de aquel encargo, el grupo le imprimió su propio sello: “Hay que hacer que el ‘marxismo-leninismo’ se ponga a la altura de la Revolución Cubana” (Martínez Heredia, 2010a: 91).

2 “Nosotros debemos conformar la enseñanza del marxismo-leninismo fundamentalmente –sin perder de vista, desde luego, la realidad universal–, por nuestra realidad histórico-social concreta, a la cubana. Y para eso no existe ningún manual [...]. Es un deber fundamental de ustedes procurar dar una enseñanza muy viva, muy vinculada a la realidad cubana, a la historia cubana [...]. Lo más importante es que ustedes enseñen a pensar a los alumnos, a crear en los alumnos la capacidad de pensar y de razonar por sí mismos, con un sentido crítico [...]. Yo les digo que hay que incendiar el Atlántico, ¡y ustedes miren a ver cómo lo incendian!” (Dorticós, 2013: 382 y ss.).

Es entonces cuando, desde el Departamento de Filosofía, FMH se pone al frente de una de las polémicas más serias en torno al desarrollo del socialismo en la isla. Es Cuba en los años sesenta: etapa de profundización del socialismo, en la que la posición autóctona y la soviética se disputaban cómo controlar la economía y el poder de transición socialista.

Ernesto Che Guevara, como presidente del Banco Nacional y ministro de Industrias sostuvo una de las discusiones más trascendentales en el plano económico frente a Carlos Rafael Rodríguez y Charles Bettelheim. En ciertos análisis, los puntos de este debate se mostraron alrededor del tema de la autogestión o del Sistema Presupuestario de Financiamiento, pero el verdadero nudo de la cuestión giraba en torno a la ley del valor, la transición socialista y al papel de la conciencia y la subjetividad en la revolución. En materia de historia, Manuel Moreno Friginals y Jorge Ibarra polemizaban con Sergio Aguirre y Julio Le Riverend en torno a la interpretación histórica del siglo XIX y sus relaciones con las tareas políticas del presente. En torno al arte, la literatura y las políticas culturales de *fidelistas consumados* como Alfredo Guevara, Tomás Gutiérrez Alea y Julio García Espinoza, a los que se les sumarán Ambrosio Fomet y Jesús Díaz, se enfrentó a militantes del Partido Socialista

Popular como Blas Roca, el Indio Naborí, Mirta Aguirre (directora del Consejo Nacional de Cultura) y Edith García Buchaca que trataron de imponer la política cultural dictada desde la Unión Soviética y que ya se había esbozado desde los tiempos de la dictadura de Batista con la “Conversación con nuestros pintores abstractos” de Juan Marinello.

En el plano intelectual, la pelea será entre el socialismo cubano, promovido por el Departamento de Filosofía, y el socialismo de matriz soviética que representaban los responsables de las Escuelas de Instrucción Revolucionarias (EIR), provenientes del viejo Partido Socialista Popular. FMH, como principal responsable del Departamento, captó en su mejor expresión el centro de la polémica. Más que virtudes excepcionales (indudablemente presentes), era la experiencia combativa vivida en primera persona lo que le imprimía un carácter especialmente incisivo a la comprensión cabal y profunda de los problemas que se avecinaban. Este es un punto central, puesto que la mayoría de los jóvenes que formaban parte del Departamento (FMH era el mayor de todos con solo 26 años), no habían tenido la oportunidad de participar como combatientes en la revolución. FMH había iniciado su militancia a los 15 años, mientras otros miembros del Departamento eran apenas niños.

Lo más frecuente es recordar al Grupo de la Calle K en relación con los debates sobre los manuales soviéticos, el cierre del Departamento y la censura de su revista, *Pensamiento Crítico*. Sin embargo, lo que no se toma en cuenta es la polémica más de fondo, en la que todos aquellos elementos se encontraban subordinados al problema de los fundamentos humanos y teóricos para la transición socialista. Y allí es donde el Departamento y la posición de Fidel Castro se convertían en una sola. Sin que necesariamente existiera una fina coordinación, ni que aquel grupo se convirtiera en “los intelectuales de Fidel”, ellos asumieron esta pelea desde una posición autónoma, rebelde y radical. Al respecto puntualizó FMH: “Son discusiones por el poder, no solamente de ideas. De dos facciones de la revolución en el poder” (Martínez Heredia, 2016).

En esta época, FMH iniciará tareas internacionalistas fundamentales para el proceso revolucionario (solamente algunas relacionadas con el Departamento), lo que se transformó en un momento decisivo de su formación. Conocerá a combatientes de otros países, y como parte del esfuerzo por desatar procesos revolucionarios en otras partes del mundo, en especial del continente, se relacionará con los procesos de Chile, Perú, Nicaragua, Venezuela,

El Salvador. En ese transcurso, convivirá con teóricos reconocidos y debatirá con ellos, enriqueciendo su posición política y filosófica revolucionaria.

Los textos más relevantes de esa época son “El ejercicio de pensar”, “Marx y el origen del marxismo” y sus ponencias para el Congreso Cultural de La Habana (1968) y el Congreso de Educación y Cultura (1971) –todos incluidos en la presente antología. Además, la labor del Departamento quedará registrada tanto en la memoria de esa nueva generación universitaria que llenó de pueblo la Universidad –en palabras del Che– como con las dos ediciones de las *Lecturas de Filosofía* (dos tomos) y de los 53 números de la revista *Pensamiento Crítico*, que de 1967 a 1971 se publicó mensualmente con tirajes de hasta 15 mil ejemplares.³

3 La historia del Departamento es sumamente apasionante y rebasa las dimensiones de esta Presentación. El lector podrá encontrar en los textos “A cuarenta años de *Pensamiento Crítico*”, “Cuba y el pensamiento crítico” y “Conversación sobre los años sesenta” textos al respecto. Además, esta antología incluye dos presentaciones de la revista *Pensamiento Crítico*, la del N° 1 y la del 39, escritas por FMH (1967, 1970).

EL OSTRACISMO Y EL DESAFÍO REVOLUCIONARIO

Al ver los cohetes que tiraron en casa de Mario, me he jurado que los americanos van a pagar bien caro lo que están haciendo. Cuando esta guerra se acabe, empezará para mí una guerra mucho más larga y grande: la guerra que voy a echar contra ellos. Me doy cuenta que ese va a ser mi destino verdadero (Castro, 1958).

Estas conocidas palabras de Fidel Castro, contenidas en una carta a Celia Sánchez, se suelen citar como la clara referencia al momento en que Fidel se perfiló como un acérrimo enemigo del imperialismo. La sentencia queda marcada sobre todo en la heroica resistencia contra el bloqueo y los múltiples ataques que el pueblo cubano resistió bajo su mandato. Pero el sentido profundo de esa aseveración no se limita a la oposición al imperialismo, sino que es, sobre todo, la apuesta que movilizó a Fidel en la vida entera: hacer una revolución en todo el mundo. Y desde Cuba persiguió desde todos los frentes este objetivo. Existía un entendimiento cabal de Fidel al respecto: la única posibilidad de sostener y profundizar la revolución estaba estrechamente vinculada con su expansión en todo el mundo y en especial en América Latina.

De ello se desprende que Cuba haya encomendado a uno de sus mejores hombres a la tarea de expandir la revolución. Aunque los relatos dominantes lo ubiquen como un aventurero empedernido, Ernesto Che Guevara era en realidad un servidor de la revolución, cubana en primer lugar y latinoamericana en consecuencia, que dejó todas sus tareas al interior de la isla para abrir nuevos desafíos internacionalistas.

El surgimiento de la Organización para la Solidaridad con los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAL), la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) y la Conferencia Tricontinental son algunos de los esfuerzos visibles que demuestran el empeño que se invirtió en lograr la irradiación revolucionaria. Pero no se logró. A la caída en combate del Che le sucedió un momento muy difícil en materia económica al verse frustrado el plan económico que suponía –entre otras medidas– alcanzar una zafra de 10 millones de toneladas para el año 70, para así lograr un crecimiento económico que rompería con la dependencia económica. El plan fracasó y Cuba se vio forzada a entrar en una relación de subordinación con la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS) –que, a pesar de la cercanía, siempre estuvo permeada de tensiones– a través del Consejo de Ayuda

Mutua Económica (CAME). Esto último provocó una mayor cesión de espacios de poder a la fracción cercana a la URSS.

La unidad revolucionaria al interior de Cuba, una de las mejores construcciones de Fidel, se volvió más difícil, compleja y necesaria. Las fuerzas locales identificadas y relacionadas con la URSS ganaron peso. Sin dejar los espacios de poder básicos para el sostenimiento soberano de la Revolución, el bloque liderado por Fidel cedió más espacios en el poder a las fuerzas que provenían del Partido Socialista Popular. Se apoderaron de la cultura y la enseñanza, sin que por ello el proyecto revolucionario se modificara en lo sustancial. Las nuevas circunstancias fueron aprovechadas por algunos para imponer la censura, cancelar los desafíos culturales abiertos, en parte, por el Departamento de Filosofía.

El Departamento fue cerrado, la revista *Pensamiento Crítico* también y el grupo de la Calle K disuelto. Meses después fue removido el rector de la Universidad de La Habana, José Miyar Barrueco, hombre cercano a Fidel, y con ello se cerró una etapa en que la crítica y el poder libertario inundaban la Universidad y las ciencias. La censura dominó el arte, las ciencias, la música, el teatro y todos los ámbitos culturales. FMH, más que otros miembros del Departamento, fue aislado de las tareas intelectuales.

Lejos de las aulas y de los centros de estudio, padeció una censura casi absoluta y tuvo que continuar sus labores intelectuales por cuenta propia en un terreno lleno de dificultades. Fiel a la Revolución, continuó trabajando, aunque fuera de foco, sosteniéndose de manera ejemplar en un periodo que él mismo nombró *ostracismo*. Siguió su labor abordando los temas que más le apasionaban, como las tensiones entre los ideales y la racionalidad en cada una de las revoluciones de Cuba, el estudio de la revolución del 30 –en especial sobre Antonio Guiteras–, sus trabajos sobre la Revolución de 1959 y una historia social de su natal Yaguajay. Contradictoriamente, es en esos años donde, a pesar de su exclusión, sigue asumiendo tareas internacionalistas que lo llevan a varios países de la región.

Vale señalar que nunca usó este oscuro momento, para lograr algún beneficio personal o alcanzar la fama “disidente”, figura que seguramente le hubiera garantizado una vida “destacada” en el mundo intelectual del *establishment* mundial. De esto da cuenta su discreción con respecto a esta etapa de su vida, que es quizás en la que con mayor fuerza maduró en su personalidad militante. Como veremos, su actitud tuvo más que ver con su claridad política en relación a su apuesta por la revolución, que con una forma de sometimiento silencioso.

Su trabajo continuó siendo crítico y abonando a la construcción de la unidad revolucionaria de su país y de América Latina, priorizándola por sobre aspiraciones personales, académicas y de distinción sobre el resto.

LOS OCHENTA, EL PREMIO CASA Y LOS NOVENTA

En 1976 ingresó al Centro de Estudios sobre Europa Occidental, donde vuelve a desempeñar actividades intelectuales. Tras el triunfo sandinista en Nicaragua en 1979, viaja a ese país para asumir tareas diversas de apoyo a la revolución en ese país. En 1984 regresa a Cuba para trabajar en el Centro de Estudios de América (CEA), donde se reencuentra con viejos compañeros del Departamento como Hugo Azcuy y Aurelio Alonso.

Son los años previos a que los regímenes socialistas de Europa oriental sucumban desde dentro, por obra de sus direcciones. Cuba, a contracorriente de esa ola, a través de Fidel Castro empuja el Periodo de Rectificación de Errores y Tendencias Negativas, que va a tener como inspiración central a Ernesto Che Guevara. Es un esfuerzo por evitar que Cuba sea arrastrada por los países socialistas, y, al

mismo tiempo, por la radicalización del proceso y por desmontar la influencia soviética en torno a la política interna, hegemónica durante los años previos. El grupo del CEA se dedica a estudiar al Che, y FMH participa activamente en esta tarea. También escribe y publica, enfrentando grandes adversidades, su primer libro, *Desafíos del socialismo cubano* (Martínez Heredia, 1988), donde expone, por primera vez, su concepto de transición socialista.

Pero FMH vuelve al ruedo con mayor fuerza cuando recibe el Premio Extraordinario de Ensayo de Casa de las Américas en 1987 por su libro *Che, el socialismo y el comunismo* (Martínez Heredia, 1989). Gracias a ese reconocimiento vendrá una nueva fase de combates públicos que lo colocan en el centro del ambiente intelectual cubano. Vuelve a enfrentarse a adversidades y reiteradas censuras de las que no logra escapar a pesar del prestigio. Serán también momentos de amplia articulación con movimientos populares y organizaciones en América Latina e incluso, a pesar de ya no ser un joven, sigue participando en tareas de defensa de la patria.

Sus labores de articulación política crecen con Venezuela, Argentina, Brasil y los movimientos sociales más reconocidos del continente. Desde fines de los ochenta acompañará, como miembro fundador, al Centro Memorial

Martin Luther King Jr., un espacio ecuménico de revolucionarios cubanos que desde el ámbito de la sociedad civil asumen su ejercicio político dando diversas batallas por el socialismo, contra la visión ateísta y promoviendo el trabajo de base y de educación popular.

En 1996 se ordena el cierre del CEA por falsas acusaciones en contra de sus miembros, que rememoran los ataques que sufrieron los mismos integrantes en los años setenta en el Departamento de Filosofía. El suceso desató una gran crisis. La Unión de Escritores y Artistas Cubanos (UNEAC) presentó una protesta. Se crearon comisiones en los Centros de Investigación y se abrió un proceso que fue conocido como el *Caso CEA* y que, a través de unas filtraciones, fue convertido en una publicación para condenar a la *dictadura cubana* (Giulano, 1998). Por intervención directa de Armando Hart, entonces ministro de Cultura, FMH comenzó, en septiembre de ese mismo año, a trabajar en el Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, que en 2007 cambiará de nombre a Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, y donde desarrollará una intensa labor de investigación hasta el final de su vida. En contraposición con los ataques, recibe ese mismo año la *Orden por la Cultura Nacional 1996*.

Por esos años trabajará intensamente en América Latina. Dará numerosas entrevistas y conferencias y será parte del comité editorial de la revista *América Libre*. En 2001 por primera vez logra publicar un libro en Cuba que no sufrirá contratiempos ni censuras, *El corrimiento hacia el rojo* (Martínez Heredia, 2001a) por la Editorial Letras Cubanas. Nuevas generaciones descubren a través del libro a un pensador desconocido, del que brotan reflexiones sumamente interesantes y ricas que les permiten una identificación original con el proceso revolucionario.

LA ÚLTIMA ETAPA, NUEVOS COMBATES ANTE NUEVOS ESCENARIOS

De 2007 hasta su muerte será la etapa más prolífica de su producción, al menos en el ámbito de la difusión y la publicación de materiales. El uso de las herramientas digitales será un nuevo vehículo que le permitirá fortalecer su incidencia en nuevas generaciones. Las usa y aprovecha defendiendo también el uso y producción de libros.

En 2007 recibe el Premio Nacional de Ciencias Sociales, la máxima distinción para un pensador social en Cuba. Son nuevos tiempos

en que sus publicaciones empiezan a ser más conocidas y se difunden en todo el país. Se cumplen 40 años de la publicación del primer número de la revista *Pensamiento Crítico*, lo que motiva su rescate y que la experiencia en torno a ella y al Departamento se estudie.

Desarrolló cursos con jóvenes, en especial a través de la cátedra Gramsci del Marinello, pero también fomentó muchos espacios fuera de la academia. Dejó un abanico de proyectos pendientes, los cuales, sin duda, serían sumamente fructíferos para el pensamiento social, sobre todo en momentos tan difíciles como el presente. Nunca se jubiló, trabajó hasta las últimas horas de vida. Combatió hasta el final con la misma voluntad.

En los últimos años de su vida libró una de sus batallas más importantes, con plena conciencia del propósito, pero quizás desconociendo los impactos que podría tener: construir una visión propia, de Cuba, de sus problemas actuales, y en función de ellos, de su perspectiva histórica y los desafíos para la Revolución cubana. Cuestionado por su optimismo, FMH confiaba en las fuerzas sociales, en el acumulado cultural del país, para seguir dando lecciones históricas. Ubicaba el conflicto del momento entre avanzar en una vía revolucionaria o transitar a una posrevolución. Y alertaba que

en caso de que avanzara la segunda opción estallaría una guerra civil. La fuerza del pueblo sería, pues, la definitoria en los combates por venir, en los que Martí y Fidel tendrían que liderar de nueva cuenta esa batalla.

Su inquietante pensar también lo mantuvo concentrado en problemas teóricos de la historia y el análisis histórico, el pensamiento de Karl Marx y América Latina, región suya en la que sostuvo intercambios y reflexiones, territorio de esperanza libertaria y espacio privilegiado para que su pensamiento florezca, no solo en los ámbitos del saber, las universidades y la academia, sino sobre todo en las calles, los pueblos, las luchas y las revoluciones futuras, las pendientes.

III

CONTENIDOS DE LA ANTOLOGÍA, LOS TEMAS DEL AUTOR

Pensar en tiempo de revolución es una forma sintética de referirse a la vida y la obra de FMH. El recorrido general sobre su vida nos permitió mostrar las formas en que el ejercicio del

pensar de un militante revolucionario y trabajador intelectual se van desarrollando y alterando por el decurso y los desafíos de la práctica revolucionaria galvanizada con el proceso histórico de su país.

La antología se ha estructurado en nueve secciones guiadas por la idea de que la producción teórica de FMH es *pensar en tiempo de revolución*. A continuación, hacemos una presentación panorámica del contenido de cada una de esas secciones.

SECCIÓN I. SOBRE LA TEORÍA Y EL PENSAMIENTO

FMH fue un revolucionario al que –como mencionamos antes– la filosofía lo emboscó, y él, en respuesta, cimbró el pensamiento revolucionario en y para su país. Desde sus inicios como revolucionario dedicado al trabajo intelectual se empeñó en reflexionar sobre las relaciones entre la práctica y la teoría, poniendo especial atención a las relaciones entre las ideologías, los pensamientos y la historia.

Esta primera sección se subdivide en tres apartados en función de los grandes problemas que FMH abordó como una unidad, pero sobre los cuales tuvo acentos específicos, de acuerdo

a las polémicas en que participó porque, en palabras de su compañero Germán Sánchez Otero, “fue siempre un polemista” (Sánchez Otero, 2016).

El nombre del primer apartado, *Pensamiento social*, define, de entrada, una concepción que en contraposición a las definiciones estrechas de las ciencias sociales, comprende las concepciones más generales, los modos de emprender su conocimiento y sus normas, con conceptos previos y fronteras, las pertenencias ideológicas de quienes los formulan y su vinculación con cuerpos epistemológicos más precisos.⁴ Comprender el papel del pensamiento social en el proceso histórico resulta relevante para un pensamiento crítico y militante, que tiene que trabajar con los materiales humanos difíciles de asir y encasillar en los cajones que las ciencias sociales predisponen para ellos en función de la praxis reiterativa de la sociedad.

El primer ensayo que publicó abre esta antología y fue punta de lanza de una de las más intensas polémicas de la revolución: se titula “El ejercicio del pensar”. Los textos “Pensamiento social y política de la Revolución” y las

4 Véase el texto “Pensamiento social y política de la revolución” en donde expone este concepto.

“Palabras al recibir el premio nacional de Ciencias Sociales” profundizan más sobre las relaciones entre pensamiento social, ciencias sociales y prácticas sociales.

“Educación, cultura y revolución socialista” es un texto sumamente relevante que tuvo que esperar más de 30 años para ser publicado, ya que fue censurado cuando FMH lo presentó como ponencia en el Primer Congreso de Educación y Cultura, celebrado en La Habana en abril de 1971. En él, hace una crítica de las relaciones entre educación y cultura en la sociedad en revolución hacia el comunismo y de las formas latentes en que aún se expresan la cultura y educación burguesas. Insiste en que la toma del poder político es solo la premisa para revolucionar el conjunto de la vida social, tarea aún pendiente. Además, abunda en los problemas e implicaciones del quehacer intelectual en tanto no se ha roto el rol de elite que ocupa en el capitalismo y, en tanto adopta una forma colonizada del pensar, no logra hacer consciente la necesidad de superarlo.

Finalmente, la presentación del número uno de la revista *Pensamiento Crítico* nos presenta una especie de manifiesto sobre el quehacer intelectual y la revolución, una especie de compromiso político público que hará el autor para toda su trayectoria. La versión original es

anónima, pero la redacción es de Fernando y es suscrita por el consejo de dirección, integrado, además, por Aurelio Alonso, Jesús Díaz, Ricardo Jorge Machado y Thalía Fung.

El *marxismo*, en ese sentido, es un pensamiento social cuya historia se relaciona con la de las revoluciones en el siglo XX. Los dos primeros textos de esta segunda subsección –la “Presentación” al libro de textos del Departamento y su estudio sobre “Marx y el origen del marxismo”– dan cuenta de ello. El texto sobre Karl Marx muestra una lectura profunda, erudita y no dogmática del autor: un estudio de los presupuestos ideológicos de Marx, de sus planteos en torno a la revolución y su contexto histórico. El texto sería el capítulo II de un primer tomo que nunca terminó de escribir, y que gracias a la labor actual de Esther Pérez, intelectual revolucionaria cubana y compañera de FMH, podrá salir a la luz pronto.

FMH asumió la osadía de comprender y apropiarse del marxismo para Cuba. “En el cumpleaños de Lenin: Utopía y práctica política en *El Estado y la Revolución*”, “Vida y Propuesta de Antonio Gramsci”, “Gramsci en Cuba de los años sesenta” y “Problemas de la historia del pensamiento marxista: los tiempos de Mariátegui” son textos que –con referencias al contexto histórico, los problemas a los que los autores

se enfrentaron y las formas originales en que intentaron resolverlos– logran colocar las posibilidades de su aprehensión desde la práctica revolucionaria cubana y sus posibles aportes al pensamiento marxista y revolucionario.

El texto que cierra esta subsección destaca aparentemente como disonante por tratar sobre Michel Foucault, un autor que se suele considerar antimarxista y al que se alude peyorativamente como posmoderno. La lectura de FMH sobre Foucault resalta el reconocimiento y la apropiación del marxismo por el filósofo francés a pesar de no hacerlo de modo explícito. También insiste en los desafíos que tiene para el pensamiento crítico socialista en la actualidad apropiarse de todo el conocimiento social y romper con las lecturas sesgadas y dogmáticas que se rehúsan a pensar más allá de lo establecido, aun cuando ello lleve el apelativo de revolucionario.

Pensamiento social y marxismo convergen en la tercera subsección: “Pensamiento político”. Fue este rubro en el que la reflexión del autor concretó su teoría en unidad con su práctica política incesante. En cada uno de los textos de esta subsección se pueden apreciar nociones originales y de una radicalidad que se oculta en el lenguaje sencillo –desarrollado para las condiciones en las que se produce, los

espacios limitados para su difusión y los públicos diversos que lo reciben— para pensar la superación de las condiciones de dominación, posible solo a partir de la fusión de las ideas con la fuerza material que los pueblos en movimiento constituyen.

“Anticapitalismo y problemas de la hegemonía”, texto que abre esta subsección, expone magistralmente una serie de problemas del accionar político como las relaciones entre poder y proyecto, organización, hegemonía, disputa cultural. El lector podrá encontrar un material radical y sugerente.

La lectura crítica sobre el colonialismo, en especial los problemas que el pensamiento crítico tiene que enfrentar en ese rubro —en relación con la entera cultura de los países colonizados— es tratada en “El colonialismo en el mundo actual” y en “Revolución cubana contra los colonialismos y necesidad de Fanon”, en los que muestra también el dominio de este autor.

“El carácter y la vía de la revolución” es un texto ligado a su concepción de socialismo en el que expone la posición insurreccional cubana y comparte rasgos de su relación con Miguel Enríquez, líder máximo del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile.

Las revoluciones en relación con las cuestiones sociales como la fe, la religión y el

cristianismo fueron tratados por FMH desde la compleja realidad de los pueblos, de sus formas de resistencia contra la dominación y de aceptación de la misma, de las potencias que el *corazón de un mundo sin corazón* puede detonar como parte de un proceso revolucionario. En “Cristianismo y Liberación ¿Revolución en el cristianismo?” además de exponer esas cuestiones de modo tan magistral que al ser leído por Leonardo Boff, este supuso que se encontraba frente a un gran teólogo, permite rastrear los contenidos de una debate que al interior de Cuba sostuvo contra el ateísmo como posición de Estado, y que apoyando el trabajo de la Red Ecuménica Fe por Cuba, el Centro Martin Luther King Jr. y la Iglesia Bautista Ebenezer de Marianao, entre otras agrupaciones, lograron un cambio en la política estatal que rompió con la condena a lo religioso, abriendo brecha a su comprensión como un elemento importante de la existencia de los pueblos y como una potencia vital de la Revolución.

El último texto, “Algunas reflexiones”, escrito tras la caída de la URSS, en medio de la crisis en Cuba, analiza los elementos que llevan a la caída de un régimen socialista, el papel que juegan las ideologías en el fracaso de un régimen y cómo las modalidades de la moral operan frente a este problema.

SECCIÓN II. HISTORIA

En un inicio, fue a través de la historia que FMH fue contrastando las nociones de la doctrina oficial con la realidad de su país. La historia fue el teatro en el que los combates de nuestro autor tuvieron más fuerza. De la reflexión teórica más general escribió muy poco, dejó pendientes trabajos que permitieran apropiarnos de ella, pero estos elementos quedaron presentes y pueden rastrearse en materiales de estudio específico. En esta dimensión, la presente antología nos permite ubicar sus dos grandes líneas de trabajo, *sobre el estudio de la historia* y *sobre la historia de Cuba*.

Sobre el estudio de la historia

“Historia y marxismo”, escrito en 1994, analiza las vulgarizaciones del marxismo en contraposición con los elementos clave en el trabajo del propio Karl Marx, así como las relaciones entre ideología, revolución e historia en Cuba. Mientras que en “Marx, el marxismo, Hobsbawm y nosotros”, usando el concepto de presupuestos ideológicos, resalta los aportes del historiador británico para contrastarlos con sus relaciones y contradicciones con el proceso cubano. En “¿A dónde va el pasado?” expone su camino como historiador y da

algunas pistas de las herramientas y el método que utiliza en el estudio de la historia.

El editorial del número 39 de *Pensamiento Crítico*, material invaluable para comprender la revolución del 30 en Cuba, nos permite un entendimiento de las posiciones que en la dimensión política subyacen a las distintas interpretaciones de la historia de aquel momento en Cuba –y en parte también de la actualidad– y cómo la historia tiene combates más allá del terreno de los hechos y datos, en especial cuando se lee desde la perspectiva del socialismo y la cuestión nacional.

Finalmente, este apartado se cierra con las “Visiones actuales de la historia de Cuba”, donde realiza una reconstrucción panorámica de la ciencia histórica en Cuba tras el triunfo de la Revolución, el estado de los estudios históricos en relación con los problemas políticos de la actualidad y los compromisos y retos del historiador cubano hoy.

Sobre la historia de Cuba

En orden más o menos cronológico se recuperan distintos textos de FMH sobre la historia de ese país. Su enfoque parte de los subalternos, de las formas en que intervienen históricamente, tanto para adaptarse y sobrevivir a la historia dominante como para impugnarla.

Temas de la historia, en sus relaciones con las nociones de razas, clases y nación, dan forma a los cuatro primeros textos de esta subsección. Ellos permiten comprender cómo estas nociones operaron en la forja de la nación cubana.

Las revoluciones fueron para FMH un tema de suma importancia, en especial la revolución previa a la del 59, la de los años treinta (que él data desde 1930, mientras que por lo general se ubica su inicio en 1933). Le interesa su estudio porque afirma que ahí se forjó la noción de socialismo cubano, pero también porque a pesar de su radicalidad, la república burguesa se logró reacomodar y asimilar las luchas en una nueva República. La “Introducción” al libro *La Revolución cubana del 30. Ensayos* (Martínez Heredia, 2007) e “Ideas e ideologías en la Segunda República. La posición de Raúl Cepero Bonilla” se concentran en este gran tema.

La Revolución del 59, la que más conoció por su estudio y por ser un actor directo, fue sobre la que menos escribió. Sin embargo, los materiales que al respecto presentamos nos permiten ubicar, desde el ambiente ideológico, el acontecer de larga duración y algunos rasgos originales de su interpretación, que hacen que destaque del resto de los investigadores cubanos. “La noción de pueblo en *La historia me absolverá*”, “El mundo ideológico cubano de

1959 a marzo de 1960” y “La fuerza del pueblo” son los textos que presentamos al respecto. Ellos nos brindan un conocimiento de aspectos centrales del desarrollo histórico de Cuba revolucionaria a la luz del presente.

SECCIÓN III. AMÉRICA LATINA

FMH fue un gran conocedor de América Latina y escribió mucho sobre ella. Algunas veces informes sintéticos, de no más de dos cuartillas; otras veces ponencias breves para ser presentadas en 20 minutos; y en escasas ocasiones, textos más extensos para seminarios académicos. El conjunto de esta sección expresa una reflexión sobre América Latina basada en su experiencia de vida y en los problemas comunes que percibe en la región. Cuestiones como la identidad común y la existencia de una dimensión de proyecto frente al imperialismo y su complejo sistema de dominación cultural que, en la dimensión subjetiva, se sostiene –principalmente– con cuatro rasgos: temor, fragmentación, indiferencia y resignación (Martínez Heredia, 2003). Reflexionó en torno a la opción liberadora y cómo esta debía articular en un plano central la lucha política con la cultura. Dice: “para lograr la liberación es

impensable e ineficaz una política que no sea el instrumento de una grandiosa acción cultural” (Martínez Heredia, 2006: 23) en la que se deberá asumir al mismo tiempo y no como opuestas, la acción reformadora y la acción revolucionaria (Martínez Heredia: 2004: 313).

En esta sección los textos “Primeros pasos. Proyectos para el punto de partida”, “Marxismo revolucionario en América Latina actual” e “Izquierda y reformismo en América Latina actual” se concentran en la defensa del socialismo como proyecto de liberación regional. Opuesto a considerar como caducas las fórmulas revolucionarias de los años sesenta, desde el acumulado cultural del presente, Fernando afirma que esas experiencias son básicas para los nuevos proyectos de liberación que tendrán que venir de los oprimidos, dominados y explotados (esos tres términos, integrantes de un sujeto popular, no son sinónimos) para asumir proyectos y poderes de transición socialista.

“Siete retos para los jóvenes de América Latina” son incitaciones a asumir desde la juventud los desafíos que el sujeto popular debe hacer suyos en un esfuerzo liberador. Retos que aparecen en la dimensión personal porque en momentos de desarticulación y desarme, las posibilidades de remontar y salir adelante recaen en las personas, con nombre y apellido. En el

texto también puede apreciarse la relación de iguales que estableció FMH con las nuevas generaciones, a quienes incitó a no copiar recetas ni moldes. Finalmente, en cuanto a este texto, resaltamos que al ser los jóvenes los destinatarios, se puede comprender que la motivación principal estaba en que fueran las nuevas generaciones las que comprendieran su pensamiento. No esperaba que quienes nunca hicieron algo –lo decía así de brutalmente– cambien y asuman los desafíos que nunca quisieron asumir, deberán ser los nuevos los que superen a los viejos y abonen el camino del socialismo.

El último texto que trabajó, “La revolución cubana en el siglo XXI”, que sería el primer texto publicado *post mortem*, es publicado en esta sección, pues, aunque trata sobre Cuba, lo hace en el marco de una reflexión común sobre América Latina. Ahí, los desafíos, retos y problemas de Cuba son analizados desde la perspectiva latinoamericana y la interrelación de Cuba con la región para lograr un destino común de libertad y justicia.

SECCIÓN IV. SOCIALISMO

La transición socialista fue el tema fundamental de FMH. Los contenidos expuestos

hasta ahora –y los siguientes– se condensan y entretajan en esta cuestión. El concepto de *transición socialista* es el desarrollo teórico más acabado de FMH en torno a la revolución social. Es un concepto original del autor que permite pensar las bases propias de la lucha comunista desde América Latina a la luz de la experiencia cubana, pero no reducida a ella. Emplea el término para hacer énfasis en que es socialista del todo y es del todo una transición. No se está construyendo ni está ya construida (Martínez Heredia, 2013).

La transición socialista, “época consistente en cambios profundos y sucesivos de las relaciones e instituciones sociales, y de los seres humanos, que se van cambiando a sí mismos mientras se van haciendo dueños de las relaciones sociales” (Martínez Heredia, 2013) es, ante todo, un poder político e ideológico, basado en la soberanía nacional y popular, y la justicia social, que consiste en un cambio cultural total.

Este concepto es un vínculo radical con el comunismo: comprende toda la época entre el capitalismo y el comunismo, que para ser tal, tiene que avanzar violentando una y otra vez las condiciones de reproducción de la economía, la política y la ideología, incluidas las creadas por ella misma, aunque de maneras muy

diferentes a las que utilizó para derribar al capitalismo y la dominación imperialista (Martínez Heredia, 1988: 17). Por ende, la transición socialista es un concepto y, al mismo tiempo, el desafío de hacerse, de darle vida a un proyecto revolucionario.

Hemos expuesto brevemente algunos elementos del concepto porque nos interesa insistir en su importancia y mostrar su relevancia en la obra de FMH y en el pensamiento social latinoamericano.

“Rectificación y profundización del socialismo en Cuba”, “Desconexión, reinserción y socialismo en Cuba” y “Cuba: problemas de la liberación, el socialismo, la democracia” son algunos de los primeros textos en los que el autor desarrolló el concepto a fines de los ochenta e inicios de los noventa. No perdamos el contexto histórico y cómo la definición de socialismo es, entonces, una apuesta y no un elemento trasnochado del pasado, que no pierde actualidad porque el pensamiento dominante parezca haber triunfado. FMH no se conforma con estar acorde con el pensamiento en boga, sino que parte de la posibilidad de que las fuerzas sociales pongan el socialismo en el orden del día a partir de su acción subversiva, aun cuando esto parezca inviable.

“Dos socialismos. El caso de Antonio Guiteras” además de permitirnos conocer de entrada la importancia de Guiteras para el pensamiento cubano, expone la polémica en torno a dos socialismos en los momentos de su origen y defiende la vertiente socialista original cubana.

El texto “Independencia y socialismo en la América Nuestra”, desde la dimensión latinoamericana, recalca la pertinencia del debate socialista en América Latina y cómo la transición socialista es un concepto que permite pensar el socialismo en Latinoamérica a partir de las condiciones establecidas, y no su postergación a un tiempo mejor. Frente al difícil escenario político, nos ayuda a pensar –por fuera de los ciclos y periodos– en nuevos horizontes epocales.

SECCIÓN V. CUBA ACTUAL

Seis textos, escritos en los años más recientes, 2016 y 2017 y solo uno de ellos en 2014, conforman esta sección. Los materiales fueron publicados previamente en distintos *blogs*, que en Cuba han sido el espacio privilegiado de lectura y debate político reciente. FMH muestra una apertura a usar estos espacios para debatir

y lograr que las ideas lleguen a actores que, quizás solo a través de ellos, podrían acceder e interesarse por un pensamiento crítico.

Los textos de FMH fueron recibidos, a través de los *blogs*, con entusiasmo por un sector activo –aunque no mayoritario– de jóvenes cubanos, que encontraron en ellos elementos de identidad rebelde con el proceso revolucionario cubano, herramientas para su defensa, y la invitación y apuesta a su radicalización desde un enfoque militante comprometido, distante a la búsqueda de la fama.

“Problemas del socialismo cubano” es un texto profundo en el que se presenta la panorámica de desafíos para el momento actual. “O Cuba o Washington”, “Los símbolos nacionales y la guerra cultural” y “Relaciones entre Cuba y Estados Unidos” se posicionan ante lo que parece una confusa y nueva forma de relaciones-agresiones de Estados Unidos para con Cuba. En ellos defiende la unidad de lo nacional con el socialismo, frente a quienes pudieran ubicar allí una diferencia o separación en pos de una apertura. Es tajante, y en esto su postura es polémica: cualquier cesión al capitalismo va por la vía de una posrevolución, de regreso al capitalismo y traición a la patria en un país –y región– donde la única posibilidad de ser soberanos se consigue con

el socialismo. Y como el desafío es muy grande, en el texto “Las ciencias sociales cubanas: ¿el reino de todavía?” insiste en las enormes tareas del pensamiento en esta batalla que se libra, en la que el Che vuelve a ser fundamental. Por eso la sección la cierran las palabras de FMH en el taller sobre “El socialismo y el hombre en Cuba”: para “Tomar conciencia y convertir la conciencia en acción organizada para transformar lo imposible en realidades, derribar todos los muros de la dominación burguesa y todas las prisiones del colonialismo, y desatar una sucesión interminable de revoluciones culturales”, convertir al hombre común y corriente en un *hombre nuevo* (Martínez Heredia, 2017: 194-195).

Algunos de estos textos están incluidos lo que sería el primer libro de FMH (2017) publicado *post mortem*, a fines de ese año, *Cuba en la encrucijada*. Libro que él había preparado para publicar a inicios del año, pero que tuvo retrasos en el proceso de edición e impresión. Ese libro y la selección presente se caracterizan por la defensa del proyecto socialista cubano, de su radicalización en una época en lo que domina en el ámbito intelectual, quizás no en los sectores populares, sea la defensa de una *apertura* que termina siendo resignación y adaptación a las reglas del mercado *porque*

ya no son los mismos tiempos. Distante de un idealismo absurdo y consciente del tamaño del desafío revolucionario, las ideas de FMH pueden considerarse, en el ámbito del debate sobre Cuba actual, como las palabras necesarias, las que todos andaban buscando para asumir el desafío ambicioso de ir más allá del ámbito posible y tratar de ponerse a la altura que los revolucionarios de los cincuenta, pero también de los treinta y los del siglo pasado, tuvieron que alcanzar en la mayor de las Antillas para superar las condicionantes de su tiempo, que presentaban como absurdas, irracionales e idealistas las apuestas que se tornaron históricas.

Frank Josué Solar Cabrales, joven historiador cubano, en una entrevista con el autor de este prólogo, señaló que FMH asume hoy un rol similar al que asumió Raúl Roa para los años sesenta: una especie de puente histórico-generacional entre la revolución previa, en aquel caso la de los años treinta, y la actual, la que desató el Movimiento 26 de Julio en los años cincuenta. Hablar de FMH como conector de dos tiempos, así como lo fue Raúl Roa, no es un elogio, sino un desafío para quienes lo definen así, porque están planteando apropiarse del pensamiento de FMH, pero sobre todo pasar a una acción que sea superior a sus circunstancias (Solar Cabrales, 2017).

SECCIÓN VI. DETERMINACIÓN PERSONAL

A primera vista esta sección podría considerarse una variopinta selección de relatos individuales. El conjunto muestra una reflexión en torno a un tema básico para el tema de las revoluciones: el del material humano que arranca los procesos que se convierten en históricos.

Los procesos revolucionarios, como ya hemos planteado, alteran los marcos de lo concebido como posible en su tiempo. Se modifican los alcances, sentidos y valores de lo existente. Su estudio comúnmente deja de lado los elementos que operaron en las conductas humanas que detonaron la ruptura de un horizonte epocal. Se considera habitualmente que no fueron ellos, sino la historia; que no fueron sus actitudes, sino el medio; que fue la economía lo que como necesidad o determinación los impulsó a actuar de una u otra manera ¿Qué ocurre en las ciencias sociales que las revoluciones siempre aparecen como accidentes o excepciones?

Al menos en las sociedades modernas la determinación personal resulta relevante, porque ella es el factor básico para desatar las revoluciones. La posible caída del capitalismo no se logrará porque este sea superado por las fuerzas que creó o porque se derrumbe a causa de

su propio desarrollo. Contra el economicismo, Fernando pone en el centro que es la determinación de las personas la que forja, en la lucha de clases, los sucesos que alteran la dominación y, en todo caso, logra anular, frenar e instaurar otro tipo de sociedades.

Es la experiencia de vida y el estar inmerso en un proceso revolucionario lo que va prefigurando ideas contrarias a los presupuestos de las ciencias sociales y a la escisión común entre lo objetivo y subjetivo. El Che Guevara, en “El socialismo y el hombre en Cuba”, expone una idea importante la que pone el foco del problema en la actividad personal. Al referirse al inicio del proceso revolucionario cubano, dice: “el hombre era un factor fundamental. En él se confiaba, individualizado, específico, con nombre y apellido, y de su capacidad de acción dependía el triunfo o el fracaso del hecho encomendado” (Guevara, 1968: 81, 82). Ellos, los sujetos, fueron los que con su actividad alteraron lo objetivo e hicieron historia.

La posibilidad de ser del socialismo proviene de la voluntad y de la acción de las personas. Voluntad que es conformada por sentimientos y que alcanza a desarrollarse como conciencia y prefiguración de la sociedad que se quiere conquistar (Martínez Heredia, 2009: 63). Entonces, lo que opera en la conducta revolucionaria de

los individuos es la *determinación personal*, cuestión que anecdóticamente puede hacerse fácilmente comprensible, pero en lo analítico es más compleja.

El autor cuenta que en una ocasión listó nueve dimensiones que conforman la determinación personal. Extravió el manuscrito y lamentablemente para las ciencias sociales, nunca volvió a desarrollar. Por carecer de un material teórico que pudiera comprender este concepto, los nueve textos de esta sección se convierten en pistas para su reconstrucción. Son muestras de cómo opera.

Una característica común a todos sus textos y que los diferencia de importantes corrientes del pensamiento crítico latinoamericano, es su rechazo a que la economía define –aun en última instancia, como suele rezar el dogma– la política y la historia. Para el autor, la economía no tiene ningún papel rector en la revolución, ni siquiera como *última instancia* (Martínez Heredia, 2010c: 187), pues lo que decide la economía es el funcionamiento de los regímenes de dominación (Martínez Heredia, 2009: 63). Es la praxis humana la hacedora de la historia. Lo subjetivo puede alterar la historia en la medida en que se hace movimiento histórico, esto es, en que las masas participan en ella. La centralidad está en la política. Los pueblos están

forzados a tomar el poder. Por ende, el trabajo implica desarrollar esa centralidad. No apostar a que de las condiciones económicas devenga una opción política.

El primer texto, “¿Por qué Julio Antonio?”, es el primer artículo que publicó el autor. Este, junto a los dos siguientes sobre Antonio Guiteras, analizan el papel de estas dos personalidades en la revolución del 30. Su relación con la política después del 59 en Cuba es evidente.

El texto “Recuerdo de Miguel Enríquez” y “Piñeiro”, además de resultar una confidencia biográfica sobre el rol internacionalista de FMH y las relaciones con estos revolucionarios, es una evidencia de cómo se rescata la personalidad de ambos desde la lectura de las circunstancias en que vivieron y como las enfrentaron. Los detalles de las vidas se vuelven muestras de una identidad personal en la que los sentimientos, las actitudes, el estudio y la acción imprimieron su lugar en la historia.

El relato sobre Jacinto García –un personaje desconocido– precursor de la Revolución cubana del 59, y el de Hugo Chávez, revolucionario venezolano, resaltan cómo los esfuerzos personales y las motivaciones de ascenso social y superación humana, al encontrarse con la dimensión política, hacen por su determinación personal que la vida se funda con la historia.

El texto sobre François Houtart y el titulado “Fe por Cuba” abordan el concepto de determinación personal desde las interrelaciones entre fe y revolución. En el primer caso desde la vida del intelectual belga y, en el segundo, desde una colectividad de cubanas y cubanos.

SECCIÓN VII. FIDEL Y CHE

Esta sección pretende exponer la lectura de FMH sobre estos revolucionarios, y al hacerlo, mostrar la forma original en que son recuperados en su integralidad para pensar los problemas actuales. Resulta también una manera de darlos a conocer como unos de los más importantes exponentes del socialismo cubano, porque a pesar de ser las figuras más conocidas de la Revolución cubana de 1959, los lugares comunes que suelen llenar los vacíos y que muchas veces responden a formas en que se quiso reducir su radicalidad o trivializar.

Sobre el Che se exponen dos materiales distintos entre sí. Uno es “La concepción del Che”, un largo fragmento del libro premiado por Casa de las Américas en 1987, en la segunda versión que data de 2010 y que fue publicado con el título *Las ideas y la batalla del Che* (Martínez Heredia, 2010c). El otro es un texto

que el autor elaboró para ser utilizado en labores de formación política por movimientos y organizaciones. Se pueden percibir dos formas distintas de abordaje, la primera con más detalle y citas, la segunda como material didáctico que resalta los rasgos del Che que el autor consideraba más urgentes a ser rescatados y comprendidos por quienes luchan.

Los textos sobre Fidel son recientes. Escribió muy poco sobre él, a pesar de ser un gran conocedor de su pensamiento y de ser partícipe de diversas labores que el comandante impulsó. No hablar de él, no permitir que se usara a Fidel como falacia de autoridad, no *taparse* con él y evitar revestir los argumentos con citas suyas, son algunas guías que, desde Cuba, conforman la ética martiana que asumió. Un texto es la ponencia que leyó a petición de los organizadores en el homenaje al cumpleaños 80 de Fidel y al aniversario 50 del desembarco del Granma, en el Palacio de Convenciones en La Habana, en diciembre de 2006; fue la única persona a la que se le pidió expusiera sobre el pensamiento de Fidel. El segundo, es la versión más acabada del material que publicó primero con el nombre “Fidel Vive” tras la muerte del máximo líder de la Revolución. Resultó ser el último texto que preparó para exponer fuera de Cuba y uno de los últimos en redactar. Permite

conocer el pensamiento de Fidel, su actitud revolucionaria y las formas en que FMH pensó debía recuperarse su legado.

En este apartado, con el estudio del pensamiento de estos dos personajes que, junto con Martí serían los grandes detonadores y guías de su reflexión, se condensan los temas tratados antes.

SECCIÓN VIII. SOBRE SU VIDA

FMH habló muy poco de su vida. En los primeros años del triunfo revolucionario se solía decir que quien hablaba de sí era porque *quería algo* –desde un elogio a un cargo–, y el optó por no hablar. Luego vino un largo periodo de silencio forzoso y en el momento en que volvió al debate lo fundamental no fue hablar de sí mismo. Hace solo unos pocos años empezó a contar algunas anécdotas, y con esta sección damos cuenta de esos relatos. Entre los propósitos de contar algunos episodios estaba su conciencia de que las historias de vida pueden ser alicientes para las nuevas generaciones en su búsqueda por asumir los desafíos de una nueva época. También, ante el interés que empezó a despertar en las nuevas generaciones la primera década de la Revolución, la búsqueda de la

experiencia del grupo de la Calle K, la revista *Pensamiento Crítico* y la censura, Fernando decidió abundar en esas historias para contar y resaltar lo que consideraba debía ser lo fundamental a comprender.

Sirve esta penúltima sección para que el lector conozca algunos episodios de la vida del autor en su propia voz y reflexione sobre ellos en relación con los demás textos de este libro.

SECCIÓN IX. ENTREVISTAS

La entrevista como medio para difundir las ideas fue sumamente usada por FMH. Se trata de una herramienta para polemizar y llegar a auditorios diversos y a veces nuevos. Ligada en parte a la sección biográfica, en esta rescataremos las entrevistas de Néstor Kohan y Yohanka León en torno al Departamento de Filosofía, la revista *Pensamiento Crítico* y el marxismo en los años sesenta cubanos. La realizada por Emir Sader, en otro sentido, cubre algunos otros elementos biográficos. Incluimos un cuestionario sobre Lenin realizado en 1970 por el suplemento cultural *El Caimán Barbudo* del diario *Juventud Rebelde* y una entrevista realizada por Julio César Guanche en torno a su pensamiento político.

IV

“La vida de uno se va poblando también de soledades” escribió Fernando Martínez Heredia sobre el deceso de su amigo Alfredo Guevara (Martínez Heredia, 2015: 157). Meses más tarde, por el fallecimiento de Jaime Sarusky, confesó: “Mi madre nos enseñó a no tenerle miedo a la muerte, que es algo natural. A lo que temo realmente es a que muera nuestro tiempo”. Pero añadió: “me sostiene la esperanza de que vendrán los nuevos y crearán un tiempo superior, en el que todos puedan sonreír y hacer bien cosas diferentes [...] y sientan el gozo de la vida como derecho de todos” (Martínez Heredia, 2015: 160).

Resulta indudable que vivimos tiempos sombríos. El conjunto de metabolismos que garantizan la reproducción de la vida está en riesgo por la acción humana dominante. La lógica de reproducción de la vida social se mueve inconteniblemente hacia su autodestrucción. En América Latina, la región más desigual del mundo, estos grandes peligros se juegan el destino –a veces de manera inmediata– de los humildes, los mayoritarios. Y en el escenario político, las fuerzas que enfrentan estos desafíos bajo la denominación de “progresistas” –*imprecisa* en cuanto a sentido, pero *correcta*

según el lenguaje de la *realpolitik*–, han sufrido fuertes reveses que se asoman como casi irremontables. Han sido orillados a reducir su horizonte de acción y planificación a una política del mal menor, en la que, cual advirtiera Antonio Gramsci, pueden sucumbir infinitamente, por inscribirse en un proceso de adaptación a un movimiento históricamente regresivo (Gramsci, 1999: 294-295).

El socialismo ha sido silenciado, se sostiene que es caduco, inoperante, que ha sido superado y que el capitalismo ha triunfado. Esto permea en todos los ámbitos en que domina el sistema, incluida la vida de los sectores populares e incluso más allá, en las mentes de quienes decididamente quieren enfrentar al sistema.

¿Por qué dejar de pensar en el socialismo? ¿Acaso la única opción ante lo que se vive es el pesimismo, la resignación y la derrota? ¿Por qué el pensamiento social no puede atreverse por voluntad de quienes lo elaboran a pensar de nueva cuenta en el socialismo? ¿Por qué olvidamos que los movimientos socialistas –como el ruso o el cubano, que *a posteriori* fueron definidos como grandes hazañas históricas– en su tiempo fueron acusados de idealistas y parecían enfrentarse a enormes imposibles?

Hace algunas décadas, en un tiempo que también se apreciaba sumamente oscuro,

Ernst Bloch escribió: “En el suelo burgués [...] el cambio es de todo punto imposible, aun en el caso, –que no se da– de que efectivamente se deseara”. En aquel tiempo, como en el nuestro –que es quizás el mismo si lo apreciamos desde las perspectivas de larga duración– la dimensión utópica parece cancelada. Lo que domina es una débil esperanza del advenimiento de una crisis del capitalismo, que por su dinámica propia y no la acción consciente contrapuesta a él, lleve a su muerte. “El interés burgués hasta quisiera incluir en su propio fracaso todo interés que se le oponga; para hacer desfallecer la nueva vida, convierte en aparentemente fundamental su propia agonía, en aparentemente ontológica” (Bloch, 2007: 27).

En ese sombrío contexto epocal, que no es distinto al que FMH vivió y percibió en sus últimos días, es que su obra y su vida nos recuerdan el epígrafe de Bloch con que empezamos este texto: *Pensar significa traspasar*. En este caso, el pensamiento se fusiona con la acción y el *traspaso* toma concreción en la revolución socialista. Por eso, el nombre que toma esta antología, *Pensar en tiempo de revolución*, es la forma concreta en que la idea de Bloch, clave para comprender lo latente de la esperanza en momentos difíciles y de defenderla como posibilidad de realizarse,

se expresa en nuestro autor y a su vez, la invitación que él nos hace para seguir en ese camino.

Fuera de tiempo y a su vez de este tiempo, el socialismo como ausencia reclama su actualidad no porque él mismo venga como producto de alguna crisis del sistema al que se enfrenta, no por necesidad, sino por voluntad. El socialismo como presencia se da por la decisión de crear algo nuevo y no por apelar a algo del pasado. Por las voluntades que puede despertar un movimiento histórico que impugne las dominaciones. Demanda ser discutido, ponerse en el espacio de los debates políticos y académicos que ya desde hace tiempo lo han expulsado. Porque siempre ha sido, sobre todo en Cuba, presente, vivencia, apuesta, proyecto que conjuga el presente, el pasado y el futuro.

Fernando Martínez Heredia, un revolucionario comunista cubano, en la misma senda del Che, Fidel y aquellos que hace 100 años le abrieron, por vez primera, espacio real en esta tierra al socialismo, consagró su vida a la lucha por acabar con todas las dominaciones. Su obra nos abre muchas puertas para la reflexión y la acción liberadora y aquí tenemos un conjunto de materiales como documento vivo de lo que significa *pensar en tiempo de revolución*.

En la elaboración de esta Antología el trabajo de Esther Pérez fue fundamental. Agradezco su labor en la revisión y comentarios a este prólogo, el trabajo en la recuperación de los textos y las sabias opiniones compartidas.

BIBLIOGRAFÍA

- Bloch, E. 2007 *El principio de esperanza* (Madrid: Trotta) Trad. F. González Vicén.
- Castro, F. 1958 “Carta a Celia Sánchez” en <<http://www.fidelcastro.cu/es/imagen/carta-celia-sanchez>> Acceso 3 de mayo de 2018.
- Castro Ruz, F. 2001 [1953] *La historia me absolverá* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Dorticós Torrado, O. 2013 “Lo más importante: que ustedes enseñen a pensar a los alumnos” en Bell Lara, J.; López García, D. L.; Caram León, T. (comps.). *Documentos de la Revolución Cubana 1965* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Giulano, M. 1998 *El caso Cea: Intelectuales e inquisidores en Cuba. ¿Perestroika en la isla?* (Miami: Ediciones Universal).
- Gramsci, A. 1999 *Cuadernos de la Cárcel* (México: ERA) T. V. Trad. A. M. Palos.
- Guevara, E. 1968 “El socialismo y el hombre en Cuba” en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 14, marzo.
- Martínez Heredia, F. 1967 “Presentación” en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 1: 2, febrero.
- Martínez Heredia, F. 1970 “Editorial” en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 39, edición especial, abril.
- Martínez Heredia, F. 1988 *Desafíos del socialismo cubano* (La Habana: Centro de Estudios sobre América).
- Martínez Heredia, F. 1989 *Che, el socialismo y el comunismo* (La Habana: Casa de las Américas).
- Martínez Heredia, F. 2001a *Corrimiento hacia el rojo* (La Habana: Letras Cubanas / Instituto del Libro).
- Martínez Heredia, F. 2001b *Rosa Luxemburgo. Una rosa roja para el siglo XXI* (La Habana: CIDCC Juan Marinello, Cátedra de Estudios Antonio Gramsci).
- Martínez Heredia, F. 2003 “Imperialismo, guerra y resistencia”, Ponencia presentada en el *III Foro Social Mundial*, Porto Alegre, Brasil, enero.
- Martínez Heredia, F. 2004 “Primeros pasos. Proyectos para el punto de partida” en *Reforma ou Revolução? Para além do*

- capitalismo neoliberal: concepções, atores e estratégias* (San Pablo: Expressão Popular).
- Martínez Heredia, F. 2006 *Socialismo, liberación y democracia. En el horno de los noventa* (Melbourne / Nueva York: Ocean Sur).
- Martínez Heredia, F. 2007 *La Revolución cubana del 30. Ensayos* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales / Ruth Casa editorial).
- Martínez Heredia, F. 2009 *Andando en la Historia* (La Habana: ICIC Juan Marinello / Ruth Casa Editorial).
- Martínez Heredia, F. 2010a *A viva voz* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Martínez Heredia, F. 2010b *El ejercicio de pensar* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales / Ruth Casa Editorial) Segunda edición.
- Martínez Heredia, F. 2010c *Las ideas y la batalla del Che* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales / Ruth Casa Editorial) Segunda edición.
- Martínez Heredia, F. 2013 [2012] “Socialismo”, Ponencia presentada en el Seminario de Posgrado del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la UNAM. México DF, 19 de septiembre.
- Martínez Heredia, F. 2015 *A la mitad del camino* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Martínez Heredia, F. 2016 “Conversación de Fernando Martínez Heredia con Rafael Magdiel Sánchez Quiroz” La Habana, Cuba, 15 de octubre (*mimeo*).
- Martínez Heredia, F. 2017 *Cuba en la encrucijada* (La Habana: Ed. Política / Ruth Casa Editorial).
- Sánchez Otero, G. 2016 “Conversación de Germán Sánchez Otero con Rafael Magdiel Sánchez Quiroz” La Habana, Cuba, 20 de diciembre (*mimeo*).
- Sánchez Quiroz, R. M. 2017 *Rompiendo los límites de lo posible. El pensamiento crítico de Fernando Martínez Heredia*, Tesis maestría. México: UNAM.
- Solar Cabrales, F. J. 2017 “Conversación de Frank Josué Solar Cabrales con Rafael Magdiel Sánchez Quiroz” La Habana, Cuba, 6 de junio (*mimeo*).

EL EJERCICIO DE PENSAR*

Saber dudar... nada más contrario al ejercicio normal de nuestras actividades mentales; gustamos de lo categórico, y nada nos enamora como un dogma (Enrique José Varona).

Los planteamientos del comandante Fidel Castro –en cuanto a la necesidad de pensar con cabeza propia, desarrollar la conciencia socialista, asumir las implicaciones de la solidaridad internacional–, expresan la creciente

profundización de nuestra Revolución y sitúan a los trabajadores intelectuales cubanos ante tareas importantísimas. La actividad intelectual tiene sus funciones propias –y sus insuficiencias propias–, lo que es necesario tener en cuenta para aumentar su efectividad. Este artículo intenta contribuir a esa tarea desde un campo específico: la filosofía marxista.

1. TEORÍA, IDEOLOGÍA, ESPÍRITU DE PARTIDO

Entre la producción teórica misma y sus funciones emerge la necesidad de que exista un orden de relaciones, que en la práctica marxista se denomina genéricamente “espíritu de partido”. Examinar las raíces de la cuestión puede ser el primer paso para comprender mejor su significación concreta actual.

El marxismo originario fue resultante de una conjunción de factores: el despliegue económico del capitalismo europeo occidental; su

* Escrito en diciembre de 1966 fue publicado por primera vez en: Martínez Heredia, F. 1967 “El ejercicio de pensar” en *El Caimán Barbudo* (La Habana) N° 11: 2-5, enero. Reproducido en: AA. VV. 1968 *Lecturas de Filosofía* (La Habana: Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana) T. II. pp. 777-786.

[N. de la Ed.] Es el primer ensayo extenso que publica el autor. Es considerado uno de sus textos más importantes. Su motivación era plantear los retos para el pensamiento en revolución, para enfrentar al dogmatismo y el sectarismo, para que se comprendiera bien qué eran y no lograrán renacer en Cuba.

triumfo político, principalmente en Inglaterra y Francia, que implicó la implantación de la democracia burguesa y la difusión del individualismo; el desarrollo de ciencias sociales como la economía y la historia; la bancarrota de la metafísica ordenadora de los sistemas filosóficos, a la vez que el desarrollo y profundización de la investigación del proceso de conocimiento con una alta consideración del papel del sujeto, por los filósofos clásicos alemanes; sin olvidar, naturalmente, la genialidad personal de Marx y Engels. Pero, sobre todo, la concepción del marxismo originario *se integró a partir de la posibilidad más profundamente revolucionaria de la época: la de la clase proletaria*. Esto les permitió a sus creadores basar el desenvolvimiento de su actividad teórico-práctica en el ideal de la liquidación de toda explotación de clase y el desarrollo de la persona a través de la toma revolucionaria del poder político y de la transformación ulterior de todos los aspectos de la vida social.

La situación concreta en que vivieron Marx y Engels adecuó su actividad organizativa y, hasta cierto punto, el objeto de su investigación; por tanto, influyó también en los resultados. Esto nos indica también la importancia que tienen, en el examen de actitudes individuales, las relaciones entre los ideales y la

teoría. Con ayuda de una rigurosa actitud científica, Marx consiguió superar a las utopías comunistas y las formas reformistas de organización obrera que ya entonces existían. Lenin escribió sobre las limitaciones de los productos espontáneos del movimiento obrero y la “importación” que el marxismo significó para aquél.¹ Esto no debe oscurecer, sin embargo, una realidad: la identificación con los intereses de clase proletarios, actitud práctica revolucionaria que deviene intuición apasionada e hipótesis del trabajo teórico, es el elemento subjetivo que impulsa a Marx al encuentro de sus propias tesis, y que condiciona después el desarrollo mismo de su teoría. Por ejemplo, la afirmación de que el proletariado es la clase más revolucionaria, que puede liberar a toda la sociedad (Marx, 1946 [1843-4]), es anterior a la profundización de sus estudios sobre economía política.

El descubrimiento científico de la naturaleza y las funciones de las ideologías en la formación social capitalista no elimina la existencia (por tanto, la naturaleza y las funciones) de la ideología proletaria, aunque es cierto que la

1 Sobre este y otros aspectos tratados aquí, ver el interesante artículo de Louis Althusser (1966: 5-31).

afecta grandemente. El rechazo de toda posición iluminista, científicista, es, a mi juicio, imprescindible para intentar una comprensión marxista del marxismo, y para que el marxismo sea un instrumento teórico útil en cualquier situación concreta.

No es la ocasión para tratar extensamente el tema. Sin embargo, considero necesario señalar dos aspectos:

1) Con el marxismo aparece la posibilidad de comprender científicamente las ideologías, como el aspecto de la realidad a través del cual los hombres se representan y entienden la sociedad en que viven, y a partir de sus ideologías la sostienen o transforman (Marx, 1966: 12-13). Esto implica –por lo menos para el ideólogo en posesión de la teoría– la reducción de su “falsa conciencia”, la posibilidad de llegar a comprender las manifestaciones y la naturaleza de una forma ideológica dada, con la cual –o contra la cual– trabaja; y aun más, la de programar su acción en el campo ideológico, para hacer confluir hacia su fin político determinadas manifestaciones existentes, combatir unas, convivir con otras y, en fin, fundamentar su actitud en cada caso. Aparece, por tanto, una comprensión tal del fundamento y del condicionamiento social de la ideología, que podemos calificarla como científica; y con ella, la posibilidad de trabajar

científicamente en el campo de la política y de las transformaciones sociales necesarias para llegar al comunismo.

Lo anterior contiene limitaciones implícitas: en toda ciencia, el investigador opera a partir de concepciones preexistentes que él acepta (o en cuya problemática se mueve, aunque las niegue), y de los pasos anteriores del conocimiento del fenómeno que estudia; en la ciencia social, esa incidencia es muchísimo más marcada, ya que incluye más fuertemente la noción de interés de clase, aunque el investigador no tenga conciencia clara de ello. Se comprende que en el uso de la ideología como objeto de ciencia habría que encontrar la forma de describir y conceptualizar sin excluirse del juego –lo que no es posible– ni incluirse hasta el punto de ser meramente un factor ideológico más.

2) El que se expresa corrientemente al decir que la “teoría” de Marx tiene la función “práctica” de ser la ideología del proletariado. En un sentido estricto, el conocimiento científico puede pasar o no a tener una función ideológica, ser esta de órdenes diferentes, y aun constituir un elemento negativo o positivo para los que lo han puesto en circulación. Ejemplos: *El Capital* (Marx, 1959 [1867]) es una tesis científica sobre el nivel económico de la formación

social capitalista, que cumple una función ideológica revolucionaria como una especie de hermano mayor del militante, el cual generalmente no puede explicarlo, pero puede invocarlo. La teoría de la plusvalía significa que uno es personalmente robado, explotado, que se pertenece a una clase que es solidaria en su enemistad contra los burgueses. La teoría de la agudización de las crisis capitalistas y del eventual derrumbe de ese régimen ha tenido interpretaciones revolucionarias y no revolucionarias, y a la negación de su validez se le han dado también interpretaciones ideológicamente opuestas.

La teoría brinda certeza a las aseveraciones de la ideología, da fe de que el interés se corresponde con la “verdad”, con la ciencia o con el “determinismo”; y todo esto refuerza el valor de los programas, unifica la orientación de las acciones tácticas, ofrece guías de principios a las organizaciones y aumenta la convicción, o la simple fe, en el militante. En determinadas condiciones, puede ayudar a desalojar la ideología religiosa y otras concepciones del mundo, e incluso llega a participar en la formación de nuevas formas y normas de conducta. Por otro lado, el objetivo ideológico organiza y dicta precedencias en los objetos de la investigación científica, hace más claras las exposiciones,

establece proporciones entre el rigor de la teoría y su capacidad de hacerse comprensible a las masas, etcétera.

Por su papel en la lucha revolucionaria, y principalmente en la época de la dictadura del proletariado, el partido comunista se constituye como la organización política marxista que dirige y guía a la sociedad hacia el comunismo. El partido debe ser, por tanto, vehículo de la acción revolucionaria para convertir la teoría en realidad y, en un sentido político e ideológico, vínculo entre la concepción marxista y la vida del pueblo. Dada la necesidad de transformar todos los aspectos de la sociedad para alcanzar ese fin, la actividad del partido se extiende también al trabajo intelectual, en la significación más restringida del término. Es en esta situación específica que el espíritu de partido –noción que expresa, en todo caso, la vinculación de la elaboración teórica con las posiciones clasistas– puede ser considerado como una válvula de relación entre la producción teórica (o, más exactamente, intelectual) y la necesidad política (o más bien, a veces, sus enunciados).

La misma generalidad de los enunciados anteriores exige, naturalmente, su conversión en instrumentos de trabajo teórico en cada investigación concreta. La prueba de la situación

concreta para todo principio es una garantía metodológica básica para el marxismo; sin ella se retorna sin remedio al pensamiento especulativo, del cual no salvan –como del infierno– ni las mejores intenciones.

2. MARXISMO Y REVOLUCIÓN EN AMÉRICA LATINA

El mundo que desarrolló el capitalismo produjo también las corrientes fundamentales del pensamiento contemporáneo. Recordar que es necesario ser cauto en materia de correlaciones económico-filosóficas no resta validez a ese aserto: las corrientes liberales, la democracia cristiana, el socialismo reformista, el comunismo, nacieron en Europa. El tercer mundo ha tomado –o le han servido– estos productos para enriquecer teóricamente sus ejercicios políticos. Sin embargo, esta transferencia cultural presenta sus requisitos.

Una teoría social se arraiga y da frutos solo si el país receptor presenta, aunque sea en un estado mucho más primitivo, elementos de las realidades que condicionaron el origen o desarrollo de aquella. Por otra parte, la recepción cultural es, a la vez, un acto de transformación del cual sale la teoría adecuada no

solo a la especificidad estructural del medio en que se ha insertado, sino también a su complejo ideológico, a la sucesión cultural propia del país receptor y a elementos como la idiosincrasia nacional. De acuerdo con esos requisitos entendemos, por ejemplo, el arraigo del marxismo en Cuba en la tercera década del siglo, como radicalización del movimiento antiimperialista que encuentra la dirección de la liberación definitiva sin perder su pupila nacional. Y vemos a Julio Antonio Mella como expresión sobresaliente de este encuentro (Martínez Heredia, 1966).

Hemos descrito –de la forma más simple– los elementos más salientes de la transferencia cultural. Pero en la realidad del subdesarrollo no se deforma solamente la estructura económica: las formas políticas e ideológicas son también “subdesarrolladas”, y tienden a integrarse en una totalidad colonizada.

La democracia política y su ideología, en América Latina, son un ejemplo de lo anterior: en tanto carecen de una base social real, constituye un aparato desnaturalizado e inoperante; en tanto cumplen la función social de adecuar y adormecer a los explotados políticamente activos –aquí la vanguardia es la democracia cristiana– son un factor hegemónico eficaz para sostener un régimen de explotación que es

mucho más anticuado que el correspondiente al orden democrático burgués. En este, como en muchos casos, la resultante de la transferencia ideológica es deforme, el fruto es estéril, o hasta monstruoso. Y es que la colonización cultural penetra fuertemente en todos los órdenes de la vida, hasta influir en el pensamiento (y en la acción) de los propios luchadores contra el colonialismo, sea directa o indirectamente, por sí misma, o bien como una negación de ella que se produce en su mismo terreno; como un molde mental de castración, de incapacidad para representarse un destino alcanzable con fuerzas propias.

En América Latina, el marxismo no se ha salvado totalmente de producir resultantes deformes, estériles, o aun monstruosas.

El traslado al escenario americano de la posición revolucionaria marxista correspondiente a un proletariado desarrollado al que se le señala su papel histórico, ha significado muchas veces la formación de una secta que pugna dramáticamente por representar a una “clase principal, polo de la contradicción antagónica” entre burgueses y obreros; secta inoperante para aglutinar consigo una fuerza popular que realice la tarea histórica inevitable para estas sociedades: la liberación nacional ant imperialista. Comprender la necesidad

de realizar esa tarea no impediría, por cierto, poseer una comprensión del papel de las luchas de clases y del proletariado como agente histórico del comunismo, pues *solo teniendo acceso revolucionario al poder político –y, por tanto, al poder económico y militar– es posible generar relaciones que proletaricen a la mayoría de la nación*, proletarización que es la premisa para intentar alcanzar el comunismo.

Ya en este camino equivocado, nos encontraremos resultados paradójicos respecto al aparente sueño de futuro de aquella utopía. La lucha por reformas económicas, necesarias por la situación precaria de la mayoría de los proletarios, engendra actitudes políticas reformistas, forma de adecuación práctica a la hegemonía de los explotadores. La concepción estratégica de la “lucha de masas” como factor revolucionario determinante, que parte de la creencia en que es factible la incorporación masiva de la población a la actividad política sindical y partidista a un grado tal de profundidad y permanencia que lleguen a hacer posible un cambio social, es solo concebible –al menos teóricamente– en aquellos países capitalistas desarrollados en los que una historia de lucha de clases contra la burguesía pueda materializar la polarización de intereses

burguesía-proletariado, unida esa posibilidad a la existencia de instituciones y de hábitos políticos arraigados que la favorezcan.

Sin embargo, hay un “marxismo” que ofrece la estrategia de “lucha de masas” como la alternativa para “ganar la democracia”, frente a la alternativa revolucionaria de la lucha armada. Democracia que no es “ganable” ni siquiera por los tibios portadores de reformas que, asistidos también por los votos marxistas, acceden al poder en circunstancias determinadas en que le es conveniente o necesario a los que dominan que eso suceda, para a la larga restablecer en su pureza el régimen neocolonial, ellos mismos o sus peludos sucesores, representantes de la única institución latinoamericana estable: el ejército (Del Valle: 1967: 130-156). La democracia se convierte así en una utopía “marxista” reaccionaria.

No hago más que describir sucintamente algunos elementos –atinentes, eso sí, a lo fundamental de la actividad marxista, que es hacer la revolución– que caracterizan a un estado determinado de deformación y abandono del marxismo, cuya crítica principal se hace mediante la propia lucha armada revolucionaria. Por otra parte, no pretendo ignorar ingenuamente la importancia de otros factores, entre los cuales ocupa lugar destacado la existencia

de desaciertos e imposiciones en la historia del movimiento comunista internacional. Naturalmente, no intento pasar balance en esta nota a la actividad marxista en América Latina. Ni siquiera me asomo a otras manifestaciones, como las trotskistas, o al producto “indígena” del viejo aprismo. Cuando eso se haga, habrá que consignar la heroica lucha antiimperialista de muchos militantes y dirigentes comunistas, el papel de la teoría marxista en la profundización del antiimperialismo, los aciertos y errores de la III Internacional, la estructura organizativa de los partidos comunistas.

¿Y las relaciones entre teoría e ideología? En la etapa escolástica del pensamiento marxista la teoría, considerada “la única científica”, jugó el triste papel de cobertura de las declaraciones y posiciones políticas, con escasas excepciones. Al florecer violento del año 30 –Mariátegui, Mella, Rubén–, sucedió un decaimiento general. Se ha explicado, a partir del XX Congreso del PCUS, lo que fue esa etapa de dogmatismo. Pero, cabría preguntarse, ¿por qué en estos diez años transcurridos desde aquel congreso no se han hecho profundos análisis, cuyos resultados renovadores ayudaran a las organizaciones marxistas a su labor de transformación del mundo? ¿Dónde está la fructífera comunidad de la teoría y la ideología?

Durante demasiado tiempo, el espíritu de partido ha consistido en alegar cualquier cosa, y cosas opuestas sucesivamente, con la misma pedantesca afirmación de que aquello es lo único científico. Se ha condenado política y moralmente toda opinión no marxista, se ha llegado a imponer criterios científicos y artísticos sin otra base que una decisión política; la “ciencia” marxista ha partido de conclusiones para arribar a conclusiones, siempre enfática e inapelable. Lo que se piensa pertenece a la “línea” o a las “desviaciones”, y hasta el simple error se ha explicado por la estructura de clases de la sociedad. En pocas palabras, la militancia ha implicado la existencia de un preconcepto ideológico opuesto en general al desarrollo creador del marxismo.

El acontecimiento contemporáneo más importante en América Latina, la Revolución cubana, ha tenido trascendencia internacional en múltiples aspectos, inclusive el teórico marxista. Ella realizó la liberación nacional, la revolución agraria, la alfabetización, nacionalizó a los yanquis y sus socios indígenas, después de destruir el ejército tradicional y crear un nuevo ejército popular. Y proclamó que era marxista y socialista. En estos últimos años se ha recrudecido la acción popular antiimperialista, al extremo de emprenderse la lucha armada,

que en varios países se mantiene y progresa; el imperialismo también ha incrementado su acción represiva, por sí mismo y a través de sus lacayos, así como mediante otras formas de acción política e ideológica (reformismo, cuerpos de paz, penetración entre los intelectuales, etcétera).

Esta lucha va llevando, en mayor o menor grado, a las organizaciones marxistas del continente a la prueba decisiva: la capacidad o no para hacer la revolución. Ya algún partido ha salido triunfante, pero más de una directiva comunista ha demostrado que no podía. Otros hacen grandes esfuerzos por encontrar el camino; alguno por no encontrarlo.

Hay que convenir en que ese efecto revolucionario es posible porque el conjunto de la situación latinoamericana está marcado por una explotación creciente, combinada con la impotencia del propio régimen imperialista para resolver las crisis mediante reformas.² Las vanguardias revolucionarias actúan para hacer

2 Un serio intento por demostrar lo contrario hace Henri Edme (1966) en su “amistoso” artículo “¿Revolución en América Latina?”. El citado artículo de Osvaldo Barreto (s/d) también responde a Edme y, en mucho, a una corriente ideológica seudorrevolucionaria que está siendo difundida por América Latina.

real esa posibilidad. Creo que para derivar enseñanza del desvalimiento teórico y organizativo en que la coyuntura revolucionaria encuentra a muchos partidos comunistas, es necesario también convenir en que estos no se planteaban la actualidad de la revolución.

En el plano estrictamente teórico se introdujo el antidogmatismo, el antiestalinismo, el humanismo, la enajenación; pero no se produjo una investigación de los factores estructurales, del papel del partido en la revolución antiimperialista latinoamericana, de la correlación de los factores subjetivos y objetivos, de las relaciones entre clase y nación, etc., porque no estaban a la orden del día de la necesidad política. *Y es que la posición ideológica revolucionaria es un elemento interno a la elaboración creadora en la teoría marxista de la sociedad.* El libro *¿Qué hacer?*, de Lenin, no es la fría elaboración “imparcial” de un teórico, sino la obra apasionada de un revolucionario; su preconcepción –que la teoría se aproxime a la realidad, y la realidad a la teoría– se trasmuta en logro teórico de valor actual por la conjunción de la actividad científica con el interés ideológico revolucionario. Mariátegui, que no temió ser llamado europeizante por llevar a Perú el marxismo revolucionario, nos advierte al comienzo de su obra principal:

Otra vez repito que no soy un crítico imparcial y objetivo. Mis juicios se nutren de mis ideales, de mis sentimientos, de mis pasiones. Tengo una declarada y enérgica ambición: la de concurrir a la creación del socialismo peruano. Estoy lo más lejos posible de la técnica profesoral y del espíritu universitario (Mariátegui, 1963: XIV).

3. PROBLEMAS Y PERSPECTIVAS

La revolución ha abierto un enorme cauce al desarrollo del marxismo en nuestro país, ante todo incorporando a la convicción marxista a cientos de miles de personas que la desconocían y que eran afectadas, en mayor o menor grado, por la tremenda campaña anticomunista, desplegada sin descanso por los explotadores. Pero aquella incorporación masiva y permanente ha sido posible solo porque:

1) Una vanguardia revolucionaria llevó audazmente al pueblo, cada vez en mayor número y organización, a obtener la libertad nacional, liquidar la maquinaria militar de los explotadores, expropiar a los terratenientes y burgueses extranjeros *y* nativos y aprender a dirigir y sostener los procesos productivos, participar en el funcionamiento de la compleja y deficiente

máquina del Estado, sobrecargada de inicio al tomar gran número de atribuciones nuevas; a desempeñar, en fin, nuevas tareas sociales, como la alfabetización, que jamás habían sido siquiera soñadas.

2) Todo lo anterior ha producido la modificación radical de las estructuras del país –esto es, una revolución social–, que convierte a los trabajadores, a los que se unen los pequeños agricultores, en la clase determinante en la vida económica y política nacional. La propiedad social sobre los medios de producción, una nueva disciplina del trabajo en que la utilización de estímulos se propone contribuir a la formación de un individuo que viva cada vez más su bienestar en el bienestar social, una democracia de trabajadores que realmente trata de ir incorporando a las mayorías al ejercicio del poder (elección de ejemplares, poder local, tribunales populares, etcétera), la extensión del trabajo a toda la población capaz, y de la protección social a niños, ancianos y desvalidos. Estos son algunos rasgos de la formación de una nueva sociedad, que encuentra en el marxismo la ideología más apropiada para vivir sus transformaciones y fijar sus ideales, para comprender su destino y su lugar en el ámbito mundial de luchas de liberación, de clases y de sistemas sociales.

Con la declaración del socialismo, nuestro pueblo se abalanzó al estudio del marxismo, con un fervor solo comparable al de su actividad práctica revolucionaria. Todo lo que se declarase marxista era consumido inmediatamente. Después hemos vivido un proceso más lento de decantación. Nuestra posición marxista se ha afilado en la lucha contra el sectarismo, la necesidad de combatir al marxista-burócrata, al marxista-oportunista, etc., las debilidades del marxismo de algunos comunistas latinoamericanos –a las que nos hemos referido–, la necesidad de encontrar soluciones a nuestros problemas reales, y la de sostener una posición revolucionaria comunista ligada a la lucha tricontinental antiimperialista, en medio de una compleja situación internacional agravada por la división del movimiento comunista.

La versión deformada y teologizante del marxismo que contenía gran parte de la literatura a nuestro alcance resultó ineficaz para contribuir a formar revolucionarios capaces de analizar y resolver nuestras situaciones concretas. Al contrario, amenazó agudizar la pereza y “manquedad” mental típicas del individuo colonizado, en una etapa en que el atraso económico y las dificultades de todo orden exigen el desarrollo rápido del espíritu creador. En realidad esto ha sido, parcialmente, una forma de pervivencia del

“marxismo” subdesarrollado, que une la pretensión de ortodoxia a un *abstractismo* totalmente ajeno a Marx y Lenin. El sectarismo, la incapacidad de salir de la prisión de un determinado esquema económico, político, organizativo, o de comprender la necesidad de ser radicales en la formación de la conciencia socialista, han sido combatidos por nuestro máximo dirigente, y se trata de extender cada vez más esta actitud, a través de la actividad del partido, el Estado y las demás organizaciones revolucionarias.

La realidad de nuestra “herejía” revolucionaria frente al seudomarxismo no puede traducirse en un desprecio a la teoría. Pero si esta prevención no quiere verse reducida a una simple frase de intelectual es necesario recordar algunos factores:

- a) La historia de la revolución ofrece numerosos ejemplos de soluciones prácticas opuestas a presupuestos teóricos o, en otros casos, al margen de ellos; esa realidad, absolutizada, no inclinaría a valorar las posibilidades de utilidad del trabajo teórico;
- b) Lo anterior está ligado al cuadro de detención del desarrollo de la teoría marxista y de deformación de sus funciones ideológicas, antes mencionado;
- c) El intelectual, separado del trabajo manual por una tradición de milenios, y, por otra parte, menospreciado habitualmente por la mayor parte de la propia clase dirigente, que no aprecia claramente el papel que desempeña en la integración de su hegemonía sobre la sociedad, es depositario de un individualismo y una marcada tendencia a la incompreensión de la necesidad social, que el marxismo teorizante no elimina: su formación ha de sufrir profundos cambios para integrarse plenamente a la sociedad socialista;
- d) La reducción de la mayoría de los trabajadores al lindero de la animalidad, producida por la explotación, no genera, naturalmente, aprecio por los teóricos e intelectuales en general. En las ideologías proletarias esto ha conducido a extremos absurdos –como el de la supuesta prioridad de la mano sobre el cerebro–, que conducen a considerar pecaminosa toda actividad intelectual;
- e) La necesidad de trabajar cada vez mejor en el terreno ideológico, teniendo en cuenta que la simple abundancia material no traerá el comunismo, y que la voluntad organizada se puede constituir en fuerza invencible. Los ideales de Marx, un siglo después, siguen apuntando a la posibilidad más revolucionaria de nuestro tiempo: el comunismo;

- f) Es un deber internacionalista realizar estudios acerca de la estructura social, la vida política, la historia, etc., de los países dominados aún por el imperialismo, así como ofrecerles las experiencias de nuestra lucha por la liberación y el socialismo; todo ello desde un ángulo marxista revolucionario; y
- g) La teoría marxista no solo “se convierte en fuerza material al encarnar en las masas”, como escribió el joven Marx. También sigue teniendo un gran valor metodológico para la actividad científica e ideológica; algunos de sus principios pueden ser puestos en la base de la comprensión de las ciencias sociales; y expresa, en categorías como “modo de producción” o “dictadura del proletariado”, logros teóricos de valor permanente.

Si tenemos en cuenta, entre otros, esos factores –para combatir lo negativo y auspiciar lo necesario–, puede resultar más rápido y profundo el desarrollo del marxismo entre nosotros. Creo que estamos en condiciones óptimas para lograrlo, a pesar de las deficiencias de nuestra formación. La necesidad, que puede más que las universidades, lo exige.

Quizás sea conveniente señalar algunas características de los trabajos que se emprendan. Ante todo, tener como objeto problemas

concretos de Cuba, o de nuestros deberes internacionalistas. Esto no significa, naturalmente, que toda la actividad intelectual esté dirigida a ellos. La creencia en la inmediatez entre los objetos y el conocimiento más general, por una parte, y la reducción de los objetos de investigación a lo inmediatamente necesario, por otra, son dos errores que hay que prevenir. Existe el trabajo estrictamente formativo, que también es necesario.

Todo lo anterior denota la especificidad del trabajo científico: “ligar la teoría a la práctica” solo es realmente posible si la teoría tiene objetivos “prácticos”, y si a la vez la teoría es reconocida como una práctica determinada. Esto se expresa en la exigencia de un control partidista del trabajo y sus resultados, que garantice el oportuno uso ideológico de estos últimos, y que, en gran medida, establezca las necesidades de investigación y la prelación de los temas. Por otra parte, se expresa en la necesidad de libertad de investigación científica, que incluye la existencia de una atmósfera favorable a la actitud indagadora que no parte de conclusiones, sino que intenta llegar a ellas, y que no teme equivocarse y volver a buscar, ni reducir, ampliar o derribar lo que parecía verdad incommovible.

La formación como militante revolucionario –trabajador productivo y combatiente

dispuesto— es indispensable para teñir las hipótesis de trabajo marxistas. Ella se completa con el ejercicio indeclinable de pensar con cabeza propia. De este conjunto emergerá un nuevo espíritu de partido, cuya extensión será un paso más hacia el comunismo.

BIBLIOGRAFÍA

- Althusser, L. 1966 “Teoría, práctica teórica y formación teórica. Ideología y lucha ideológica” en *Casa de las Américas* (La Habana) N° 34: 5-31, enero-febrero.
- Barreto, O. s/f “Revolución o resignación de América Latina” (inédito).
- Del Valle, J. 1967 “Contra la tendencia conservadora en el partido” en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 1: 130-156, febrero.
- Edme, H. 1966 “¿Revolución en América Latina?” en *Les Temps Modernes* (París) N° 240, mayo.
- Mariátegui, J. C. 1963 *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (La Habana: Editorial Casa de las Américas) p. XIV.
- Martínez Heredia, F. 1966 “¿Por qué Julio Antonio?” en *El Caimán Barbudo* (La Habana) N° 1, febrero.
- Marx, C. 1946 [1843-4] “Introducción para la crítica de la Filosofía del Derecho, de Hegel” en Hegel, G. W. F. *Filosofía del Derecho* (Buenos Aires: Claridad).
- Marx, C. 1959 [1867] *El Capital* (México: FCE).
- Marx, C. 1966 *Prólogo de Contribución a la crítica de la economía política* (La Habana: Editora Política).

EDUCACIÓN, CULTURA Y REVOLUCIÓN SOCIALISTA*

1.

La revolución socialista tiene objetivos tan ambiciosos que es preferible enunciarlos sintéticamente: *cambiar el conjunto de la manera de vivir burguesa, crear una nueva manera de vivir, comunista*. Eso significa vencer en todos los terrenos, en un proceso muy prolongado, al sistema de dominación social más poderoso y perfeccionado que existe. Ese sistema integra una suma tal de logros culturales que ellos han abierto la posibilidad de pensar

un mundo sin dominación, pero a través del signo burgués de la cultura se reproducen continuamente las condiciones de permanencia de su dominación.

La revolución cubana abrió el camino para iniciar el cambio radical de la vida social. Primero fue la guerra revolucionaria que forjó una vanguardia capaz de alzar y conducir al pueblo hacia su liberación, y estableció un poder político revolucionario. Un siglo antes, Marx (s/d) había escrito: “únicamente por medio de una revolución logrará la clase que derriba [a la clase dominante] salir del cieno en que se hunde y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases”. El poder posibilitó masificar la actividad humana de liberación, al darles campo a las mayorías para cambiarse a sí mismas a la vez que cambiaban a la sociedad. Y puso en marcha el objetivo martiano antiimperialista, cuya tarea era ahora liberar a Cuba de la relación neocolonial. Comenzó así el proceso de revolución socialista de liberación nacional.

* Ponencia escrita para ser leída en el *Primer Congreso de Educación y Cultura*, celebrado en La Habana, Cuba, en abril de 1971. Permaneció inédita hasta su publicación en: Martínez Heredia, F. 2001 *Corrimiento hacia el rojo* (La Habana: Letras Cubanas) pp.115-132. [N. de la Ed.] Se trata de uno de los últimos textos que publicó FMH antes de entrar en el *ostracismo* por más de 15 años. La ponencia causó enorme polémica en el Congreso. El texto constituye parte del debate entre el socialismo cubano y el prosoviético y las tareas revolucionarias propias de dichas posiciones.

El poder político y la expropiación de los burgueses cubanos y norteamericanos en Cuba han sido premisas obligadas para iniciar el proceso de transformaciones comunistas. A partir de ellas se generaron cambios que exigieron nuevas instituciones e ideologías, y estas mismas resultarán ineficaces y superables en la medida que se produzca realmente una transición hacia el comunismo. *La revolución solo continúa si se revoluciona a sí misma una y otra vez.* La dictadura revolucionaria no es algo dado para siempre: es una lucha tenaz y angustiosa contra las insuficiencias del país que fue capitalista colonizado para sobrevivir libre y socialista, y es formar parte de una revolución mundial contra el imperialismo. Una lucha contra la tenaza formada por la agresión multiforme de un enemigo que no se infiltra solo por la costa, y por un déficit de capacidades productivas, organizativas, educacionales –en suma, culturales–, que tiene que ser eliminado, y no puede serlo por cualquier medio, sino por medios revolucionarios.

La revolución se produjo en un medio cultural definido por un tipo subalterno y contradictorio de desarrollo burgués neocolonial. Economía primaria exportadora estancada, con un pasado de colosales dinamismos azucareros y niveles técnicos irrisorios, los

“auténticos” de Grau medio siglo después del partido de Martí, un mar de analfabetos, ciegos a la cultura escrita, cientos de miles de personas ajenas al cine por no haberlo visto nunca; estos son solo algunos ejemplos del tipo de cultura neocolonial que regía. En Cuba yacían juntas, dominadas, expresiones muy avanzadas del pensamiento, las artes y las técnicas, con las muestras más terribles y cotidianas del desvalimiento, la miseria y la ignorancia. Este es el campo y la arcilla de la revolución socialista, la transformación más radical y profunda que puede emprender una sociedad. Si no partimos de relacionar nuestras realidades con nuestros propósitos será imposible actuar sobre nuestros problemas con probabilidades de éxito.

Frente a la manera de vivir anterior, la revolución ha actuado como desencadenante de enormes fuerzas sociales. Si tratamos de comprenderla, identificaremos acciones e impactos continuos o discretos, generales o parciales, heterogéneos; veremos crestas o momentos de mayor afectación, y efectos más o menos duraderos en sectores más o menos grandes de la población y en determinadas actitudes y esferas de las individualidades. Podemos registrar la efectividad de la revolución en su tendencia a integrar cada vez más personas, cada vez más actitudes de cada una de ellas, cada vez

de modo más “natural” y duradero. El camino de esos cambios es, en el sentido más general del término, la *educación revolucionaria*, y su resultado orgánico futuro será la formación de una cultura nueva, radicalmente diferente a la cultura burguesa, capaz de circular en todos los procesos sociales y plantearse los problemas humanos desde una nueva dimensión.

Los ejemplos de ese proceso son innumerables. Ya no se recuerdan los tiempos en que la docilidad del trabajador manual era exigida por la miseria y la satisfacción más común se reducía a llegar a conocer un oficio o beber el día del cobro. Los obreros organizados de hoy ven como algo natural el pleno empleo y el cumplimiento de un orden laboral que les es muy favorable, le asignan un valor social a su actividad y conocen la fuerza de su actuación política; el vago ya no es considerado un “vivo”, sino la escoria de la sociedad. Ahora emergen como fundamentales otros problemas, como es, por ejemplo, la baja productividad resultante de la falta de recursos, baja calificación, deficiencias organizativas e indisciplina. Solamente una revolución socialista puede aspirar al desarrollo económico sin acudir a la coacción y el soborno burgueses de los trabajadores, puede pedir esfuerzos máximos sin imponer tasas de inversión asfixiantes.

Un conjunto de funciones sociales tiene un enorme papel, de maneras diversas, en la educación de la población: maestros, funcionarios, trabajadores científicos, artistas, periodistas; las de defensa armada de la revolución, de su seguridad, de las leyes del país. En la reproducción de la vida económica de la sociedad en condiciones socialistas se produce simultáneamente una parte de la nueva educación; a través de las funciones citadas arriba se proyecta, se difunde, se orienta, se garantiza, se corrige el rumbo y se socializa esa educación comunista. El trabajo de miles de jóvenes del MINFAR y el MININT en función de la defensa y la acción social en numerosos aspectos de la vida del país son factores educativos importantísimos; sin embargo, me referiré aquí solamente a maestros, artistas, científicos y técnicos, periodistas y organismos que tienen que ver con esas funciones desde el tema de este escrito.

La complejidad del trabajo que realizan estos últimos no es menor que la confrontada por los compañeros que enfrentan los problemas de la producción. El conjunto del proceso educativo de la población contribuirá en medida no pequeña a ir desterrando la falta de iniciativa, de capacitación y de aprecio por la eficiencia, que pesan como lastre neocolonial sobre nuestros

procesos económicos. Pero atenderé aquí a los procesos educativos en sí mismos, y sus problemas específicos.

Los propósitos de la educación, enunciados en forma muy general, consisten en desarrollar las capacidades de los individuos a la vez que la generación y socialización de actitudes nuevas, superiores a las que genera la sociedad burguesa, que brinden un sentido nuevo al ejercicio de aquellas capacidades.

El capitalismo afianza su hegemonía en las sociedades que domina mediante el signo burgués impreso a las actividades sociales. El consumo de infinidad de productos se efectúa (o se desea) a partir de los mecanismos mercantiles de comercialización, y de la ideología burguesa acerca del consumo, que es vivida por la mayoría de la población. La escolarización de la gran masa, la formación universitaria y las profesiones y objetos de trabajo de los técnicos y los científicos, las instituciones que producen diarios, revistas, libros, películas, o que presentan, agrupan o lanzan a literatos y artistas, son todas actividades que responden a necesidades sociales. Pero la principal necesidad social del sistema es eternizar la dominación burguesa. ¿Cómo se conjugan la necesidad social y la necesidad de la clase dominante? Me limito aquí a señalar que el extraordinario despliegue

cultural contemporáneo –sin cuyos productos no es posible plantearse ir lejos en las transformaciones revolucionarias– está transido de significación burguesa, y desempeña papeles ideológicos fundamentales en el sistema de dominación social.

La expropiación económica no significa que de inmediato una economía se torne socialista, pero en los terrenos que llamamos culturales el problema es aún más agudo, porque el carácter burgués está aún más oculto, sobre todo en ciertos aspectos sutiles. Que la prensa en manos de la revolución sirva a fines opuestos a la prensa de dueños burgueses está muy claro para todos; pero que no puede solicitarse mediante anuncios la incorporación a la zafra como machetero como se anunciaba “Coca Cola”, es algo aclarado hace apenas cinco meses. Un factor realmente importante es que la formación de los trabajadores intelectuales –en términos generales y dejando a un lado ciertos problemas de la noción misma– conlleva mecanismos eficaces y antiguos para hacer de ellos auxiliares mayores o menores, conscientes o no, del sistema de dominación de clases. A pesar de que las actitudes y prácticas revolucionarias, y los procesos formativos en general, aumentan la receptividad a la ideología comunista, pesan todavía sobre muchos

trabajadores intelectuales las formas mismas en que se realizan sus actividades, y aspectos como la “comunidad” literaria o artística, la “neutralidad” y “objetividad” del trabajo científico, la majestad del grado profesional o el relumbrar de la fama, cuya carga ideológica burguesa no ayuda a discernir los campos entre actitudes y productos revolucionarios o no revolucionarios.

Como es natural, de estas deficiencias no están exentos los que desempeñan funciones directivas, en la medida en que como individuos no hayan conseguido superarlas. Es justo reconocer también que las instituciones y procedimientos que la propia revolución pone en práctica van perdiendo vigencia muchas veces ante nuevas situaciones, y otras veces muestran ineficiencias o errores nuevos, derivados del proceso mismo de transición.

En resumen: la toma del poder político es solo la premisa para revolucionar el conjunto de la vida social; esa gran transformación implica el desquiciamiento sucesivo, continuado y heterogéneo de las estructuras e ideologías preexistentes, y también de las que va creando el propio proceso revolucionario, todo ello en relación obligada con las circunstancias internacionales de la revolución y de la contrarrevolución. Instituciones e individuos han sido

casi hasta ahora moldeados por el capitalismo, y del mundo apenas estrenado se recae penosamente en el mundo que se quiere destruir, no solamente a causa de las “desviaciones”. El capitalismo detenta todavía una poderosa cultura material, y se sirve de una enorme cultura espiritual incomparable a la de cualquier época anterior; los revolucionarios comunistas impulsan el mundo de la miseria y el desvalimiento en un combate por las premisas de una existencia digna para todos, y están obligados a *la difícilísima tarea de expropiar y cambiar de su signo burgués a aquella cultura para que concurra a la formación de una cultura nueva y distinta*. Es imprescindible una teoría y una política para la negación del modo de vida burgués, pero a condición de ser también capaz de servir a la afirmación de un nuevo modo social de vida.

2.

En la sociedad en transición revolucionaria, la unificación de la población en el esfuerzo educacional no elimina la diversidad y especificidad de las actividades a que nos estamos refiriendo. La escolarización, la educación universitaria y especializada, las actividades

literarias y artísticas, las ciencias sociales, naturales y exactas, los medios masivos de comunicación, son dedicaciones diversas, con objetos, motivaciones, historia y problemas a veces muy lejanos entre sí; sus modos de educar, la entidad y el ámbito de esa función en cada una de ellas son, por tanto, variadas. En estos apuntes atenderé sobre todo a los principios y los procedimientos que utilizan los órganos de la dictadura del proletariado para orientar, impulsar y coordinar esas actividades, esto es, *a la política cultural*.

Lo primero, naturalmente, es la necesidad de su existencia y su especificidad. Si el proceso revolucionario pretende la transformación total de la vida social, condición insoslayable de la creación del comunismo, todas las actividades sociales deben estar presididas por y contribuir a esa necesidad principal. Por tanto, la política cultural es parte orgánica en el conjunto de una política de dictadura del proletariado; su naturaleza, funciones y límites están fijados por el alcance del movimiento revolucionario y el momento en que se encuentre. Aparecen así dos precisiones: por una parte es utópico desarrollar la política cultural que se desee, sin consideración a los papeles educativos que *debe* desempeñar en la circunstancia concreta en que se inscribe ni el grado de

realización que *puede* tener en esa misma coyuntura; por otra, es tan absurdo prescindir de una política cultural que ordene los impulsos y las reacciones del poder revolucionario como lo sería prescindir de una política de desarrollo económico, puesto que ambas se dirigen a un mismo (y difícil) objetivo.

Hasta ahí llega, sin embargo, la analogía. El orden planeado de una política cultural se ejerce sobre un ámbito específico, por las características de sus problemas, de sus objetivos, sus medios y sus cuadros. Ante todo, se trata de un aspecto de la dictadura revolucionaria. “Con la revolución todos los derechos, contra la revolución ningún derecho”, se ha definido en breve su principio: la función del trabajo intelectual es referida a su inteligibilidad última, es referida a la Revolución. De paso, Fidel ponía en su lugar al Estado de Derecho, institución e ideología del sistema burgués. El principio enunciado es, obviamente, solo el punto de partida; desde él se hace imprescindible *elaborar los modos específicos de una política cultural*.

Así como la guerra revolucionaria violentó el orden social existente y se dio como un producto no normal en el cuadro de actividades posible, la educación revolucionaria tiene que producirse como actividad que va más allá de lo que “normalmente” debía esperarse de las

limitaciones de nuestro medio social actual. En realidad, el proceso revolucionario es resultado, en sus rasgos más generales, de la violencia que ejercen los hombres sobre sus condiciones de existencia para arrancarles efectos diferentes a los que normalmente producirían. Ya en el poder la revolución, la educación se propone nada menos que mantener la formación de los individuos siempre por encima de aquella que generarían sus condiciones de existencia, esto es, instrumentar su permanente inconformidad y su eficiencia transformadora de esas condiciones de existencia en una dirección comunista. La educación es garantía de la continuidad del proceso mediante la ampliación progresiva de la conciencia y la capacidad de la población para producir nuevos cambios sociales.

Pero no se trata, naturalmente, de un medio imperfecto que pueda ser “reformado” por la acción de un grupo de hombres esclarecidos; ese mito iluminista tiene su lugar en la panoplia ideológica burguesa. “Las circunstancias las hacen cambiar los hombres y el educador necesita, a su vez, ser educado”, escribió Marx hace siglo y cuarto. Ese es el punto de partida que necesita el esfuerzo educacional: la exigüidad de recursos culturales para la educación solo puede ser combatida con éxito por la revolución continuada de las circunstancias, de los

hombres que son educados y de los educadores, como en su día los insurgentes cambiaron el contenido y el sentido del poder político y se cambiaron a sí mismos en la lucha.

Las dificultades reales son tremendas. La actividad intelectual, decíamos arriba, implica en su acto mismo y en la preparación para ejercerla, una función de la dominación de clase. Conseguir que esta no sea su función actual entre nosotros es ya un triunfo tremendo, y sin embargo incompleto y siempre amenazado. Aquí están, imprescindibles, las técnicas modernas de instrucción, comunicación de masas, de dirección; la mundialización de formas expresivas que tanto sirven a la comunicación; los ambientes “cultos”, las “comunidades” científicas y artísticas. Ese complejo cultural es portador o se elabora bajo el signo ideológico burgués. La actividad intelectual pertenece –ha pertenecido hasta la revolución– por derecho propio al mundo de la dominación de clase, ¿hasta qué punto ha dejado de ser así entre nosotros?

Sin duda, hasta un punto avanzado. No se asume la dignidad humana en la medida en que lo ha hecho el pueblo cubano en revolución sin derribar las barreras primeras y segundas de la dominación, las más terribles y ostensibles. Sentirse dueño del país, participar del movimiento histórico, entender lo escrito y poder

gozar de las expresiones artísticas, crecer innumerables dimensiones por la conjunción de oportunidades personales y deberes sociales, son avances extraordinarios hacia la socialización de las actividades intelectuales, que facilitan la consolidación de su cambio de función y la tendencia a la amortiguación de su oposición al trabajo manual. Esos logros nos exigen plantearnos cuáles son los problemas de hoy, qué dificultades deben vencerse para seguir avanzando.

El propósito de estas notas no es abarcarlas, sino solamente apuntar algunas de ellas para contribuir a un debate necesario. Hay elementos objetivos que no escapan a quien tenga alguna sensibilidad: las dificultades materiales que confronta el sistema de escolarización por la escasez de recursos del país es solo una, aunque importante. La escasez de personal calificado caracteriza prácticamente a todas las actividades y es por tanto una constante, asumida a veces con cierta conformidad. Pero no es posible plantear una política únicamente a partir de esos elementos objetivos: ella sería la política correspondiente a las condiciones de existencia y no a su revolucionamiento.

El factor positivo más importante para trascender a la insuficiencia de nuestras posibilidades educacionales actuales –y además el único

recurso abundante para un país pequeño en revolución– está en las capacidades potenciales desplegadas por la mayoría de la población en un proceso de profundización política de su actitud ante la educación para una nueva sociedad. Esto exigiría esfuerzos crecientes, sobre todo a maestros, funcionarios, periodistas, artistas, científicos; pero, ¿acaso no han respondido los trabajadores manuales al reclamo de Fidel el 26 de julio pasado de redoblar esfuerzos y desarrollar la politización, al mismo tiempo que culminaba una etapa de enormes tensiones y esfuerzos laborales? También exigiría señalar los errores, las debilidades, hacer la autocrítica profunda de las actividades intelectuales; pero, ¿no se ha hecho una más honda en un momento crucial para la economía y la sociedad, y no salió de allí un movimiento vigoroso de rectificación, de profundización en los problemas, de fortalecimiento? La educación no puede ser menos revolucionaria que la política. La función del trabajo intelectual en la educación para el comunismo necesita audacias, esfuerzos y señalamientos.

La fidelidad ilimitada a la revolución –que no es un foro parlamentario ni un juego de salón, sino una lucha a muerte– fijaría las fronteras y aseguraría los propósitos de ese proceso. Dentro de ella se debe incidir en el aumento

del aprovechamiento de todos los medios educacionales a nuestro alcance, revisar las ideas que tenemos acerca de su uso, aprender a darle un sentido de educación socialista a las actividades, aumentar las capacidades de la población y su ejercicio a través de actitudes revolucionarias. Se debe ir al encuentro de *nuevos modos de ser del trabajo intelectual* que permitan combatir eficazmente la incapacidad, la formación de grupos burocráticos, el intelectuismo, la falta de criterios e iniciativa, la debilidad ante las formas de penetración ideológica capitalista, la resultante, en suma, de la cultura burguesa que nos queda y de ciertos híbridos subdesarrollados propios de la fase temprana de la transición revolucionaria.

Los debates sin restricciones entre revolucionarios y la clarificación de problemas, conductas y líneas a seguir multiplicarían las fuerzas del trabajo intelectual, por el aumento de su eficiencia y su precisión ideológica, en un tiempo en que esta última es, a la vez que importante en sí misma, condición de la primera.

La reproducción “normal” de la llamada cultura –orientada ideológicamente a favor de la dominación burguesa– contribuye a dificultar la elaboración de una política cultural socialista. Un ejemplo: en sociedades capitalistas, literatos y artistas (o más exactamente, una

parte de ellos) sufren a la vez un proceso de exaltación y desprecio sociales. Son “*vedettes*”, ejemplo a imitar o piedra de escándalo, y simultáneamente son tolerados a regañadientes como inútiles o sospechosos al orden establecido. Estoy abordando la cuestión desde el punto de vista de sus funciones en el sistema de dominación, pero quien la vea así solamente simplificará demasiado y no entenderá ni siquiera el ángulo que abordo. Ese carácter ambiguo ha sido creado socialmente; acumula viejas historias, funciones y situaciones, pero hoy es solo una de las consecuencias de la sujeción y articulación del desarrollo del arte y la vida del artista en la formación social burguesa. La dominación necesita que existan lugares de la comunidad humana posible, o del rechazo a la miseria de la vida; que haya alimento espiritual de altos principios siempre por realizar, y si es posible incluirlos en la base cultural del régimen; también puertas de escape que se franqueen, nichos para los rebeldes que posean un intelecto y una sensibilidad superiores “a lo vulgar”. En todos los casos, son válvulas de seguridad para el sistema, en la medida en que canalice más bien que desarrolle inquietudes. Que la fracción dominante pueda considerar inútil o sospechoso al artista demuestra, entre otras cosas, que nadie es perfecto; pero,

además, indica el carácter contradictorio de las potencias que desencadena el capitalismo. En el mismo proceso que despliega un poder de clase inigualado, brinda premisas para representarse o intentar su destrucción por medio de la revolución.

Si la revolución en el poder no se sacude de encima los pesos ideológicos del capitalismo puede correr el riesgo de compartir su desprecio-exaltación del literato y el artista, y dañar gravemente su propio proyecto. Exagerar la política de consideraciones hacia personas o grupos cuya conducta es no revolucionaria de manera activa, solo por ser artistas o literatos, sin apreciar las consecuencias sociales negativas que eso acarrea. O por el contrario, calificar genéricamente de “conflictivos” a artistas y literatos, llenar de sospechas el ambiente intelectual, ahogar la expresión de criterios e imponer “lo que entienden los funcionarios”. Ambas actitudes son muy negativas; utilizarlas alternativamente es funesto. Ellas agreden las iniciativas e impiden la corrección de errores y debilidades. Se corre el riesgo de que funcionarios e instituciones se coloquen al margen de los intereses y la disciplina política de la dictadura revolucionaria, y no sea suficientemente valorada su acción social negativa. Una resultante perversa es la absurda posición del intelectual

como “conciencia crítica de *la* sociedad” –otra vez el intelectual fuera de la realidad– en vez de la conciencia y la actuación crítica de los revolucionarios sobre *su* sociedad. En realidad esa posición completa un par, es un espejo frente a la torpeza del funcionario que no abre caminos revolucionarios para el arte: en realidad constituyen dos impotencias frente a las necesidades del cambio social.

Trataré de ejemplificar problemas y hacer algunos comentarios en un campo que me es menos desconocido que otros, la enseñanza universitaria, con el único objeto de contribuir a la profundización en un aspecto específico de la educación.

3.

Para la Universidad, el problema del cumplimiento de su función como instrumento educacional se presenta hoy como el problema de la universalización. Si no se toma como un juego de palabras (“universalización de la universidad”), se entiende el sentido profundo de la propuesta de Fidel: como otras instituciones con que cuenta la dictadura proletaria, la Universidad debe cumplir el cúmulo de funciones que la etapa actual le exige, y contribuir

simultáneamente a la transformación de la concepción y la realidad actual de los llamados estudios superiores, esto es, echar las bases de su futura desaparición como Universidad.

Esto no elimina –sería vicio utopista o expresión demagógica– la comprensión de los innumerables problemas acuciantes de la realidad cubana actual: la Universidad debe enfrentarse a las insuficiencias y necesidades de hoy con los recursos de hoy, y aportar algo a su solución. Un programa de universalización, sin embargo, fijaría el rumbo y marcaría los medios por los cuales estas mismas tareas actuales pueden contribuir a cambiar a los hombres en el proceso mismo en que ellos cambian a sus circunstancias. Si la lucha por el desarrollo tiene objetivos comunistas, la Universidad no puede simplemente modernizarse; debe revolucionarse una y otra vez.

En la etapa actual, la realidad y nuestros propósitos permiten y exigen que se aborde la concepción de ese programa y se den los primeros pasos para su puesta en práctica. Los escollos no son pequeños: es necesario que la universidad enfrente y supere sus propias contradicciones. En contra están las formaciones ideológicas universitarias que resisten a los cambios, compuestas por las fortalezas mentales de la tradición de alta cultura, el retraso en que han

caído las estructuras, la rutina burocrática y las debilidades de la formación revolucionaria. Es necesario lograr la articulación de esfuerzos y la colaboración con una gran parte de las actividades del país y las instituciones implicadas en ellas, esto es, que el esfuerzo universitario esté integrado a una política más general.

Las insuficiencias universitarias para afrontar la tarea son enormes (en adelante, nuestros comentarios y sugerencias se referirán a la Universidad de La Habana). La institución universitaria alcanza su estructura y desarrollo modernos durante el despliegue del capitalismo; aparente neutralidad, templo laico de estudios “superiores”, espacio con ciertas libertades de cátedra, verticalismo autoritario, facultades y departamentos como compartimentos de saberes acotados que sirven a profesiones con linderos precisos. Pensadores y estudiosos contemporáneos han explicado ya con bastante profundidad las funciones que cumple la universidad en la conservación del sistema burgués. Pero la existencia del poder revolucionario –y de las instituciones políticas y la ideología de la revolución en la Universidad– nos hace a veces olvidar las formas de pervivencia de la ideología y estructura burguesas en las concepciones y el funcionamiento universitarios.

No se trata de buscar “deformaciones”. Las instituciones y las personas en nuestra sociedad en transición tienen facetas nuevas y viejas, ritmos de cambio, permanencias tenaces y también algunos defectos nuevos. La revolución es lucha por el comunismo, no el comunismo mismo, aunque eso no exima de “culpas” a los revolucionarios. En la universidad, como en otros terrenos, lo importante es localizar las formas en que persiste el signo burgués de su anterior función, los aspectos ineficaces del trabajo revolucionario actual y los modos eficaces de socializar conductas revolucionarias tendientes al comunismo.

El desprecio a la separación entre trabajo manual e intelectual es un valor muy común en nuestra universidad. Pero es posible que su incorporación sea superficial, si no trasciende a la mera disposición a ir a trabajos voluntarios y considerar los mismos como una “obligación de todo trabajador intelectual”. Hasta ahí puede ser la inversión que hace la buena conciencia para asegurarse un sueño tranquilo después que se ha cumplido con el proletariado. Esa relación externa es reforzada por los malos métodos usados muchas veces en las movilizaciones, la falta de información y de relación con la unidad productiva, que refuerzan la poca estimación que en sí mismo despierta

el tipo de trabajo de técnica rudimentaria que casi siempre realiza el voluntario. Ya los más jóvenes traen de su enseñanza media experiencias de trabajos voluntarios que incluyen esas deficiencias, pero ese inicio más temprano en sus vidas del nexo trabajo manual - trabajo intelectual es un rasgo muy positivo.

Por otra parte, ya son extraordinarios la formación especializada y los niveles científicos que pueden transmitirse a los individuos que tengan acceso temprano, prolongado y eficaz a instituciones formadoras desarrolladas. Nos resulta imprescindible lograr la formación de gran número de esos cuadros, que en un futuro cercano serán obviamente candidatos a dirigir cada vez más procesos sociales, por la capacidad que adquieran y por la complejidad de esos procesos. Pero por eso es vital que su formación logre de ellos actitudes y visiones del mundo revolucionarias. Si no es así, su función social tenderá a apoyar la perpetuación de la dominación de las mayorías por un grupo, en vez de contribuir con su ejemplo y su orientación a la creación de una nueva cultura de liberación.

El apelativo “superior” y el carácter de “misterio” de las carreras (las palabras mismas portan una idea de élite que está lejos de haber desaparecido) son favorecidos por la concepción

misma y la estructura de estudios y organizativa de muchas áreas universitarias, por el academicismo, la “ética profesional”, el desprecio a los menos capacitados que trabajan en objetos análogos a los de los especialistas universitarios, la falta de buenas divulgaciones y las insuficiencias de la enseñanza especializada para jóvenes y adultos que trabajan. Todo eso conspira contra una asunción más profunda de sus deberes sociales en una revolución socialista por parte de aquellos que tienen una capacitación mayor que la promedio. Solamente cuando la superación de esta situación haya avanzado largo trecho podrá pensarse seriamente en la futura desaparición de la especificidad “trabajador intelectual” —expresión, por cierto, vergonzante—, porque solo entonces se estará *realmente* en vías de superar definitivamente la significación social de dominación de clase entrañada en la separación del trabajo manual y el intelectual.

Me permito hacer una prevención acerca de las trampas de ciertos lenguajes, porque ellas condicionan fuertemente la manera de pensar ligada a las cuestiones culturales en la sociedad de clases. Más de una vez naufraga una iniciativa atinada al ser traducida al sistema de pensamientos posibles para un medio dado, sea de estudiosos o de funcionarios (no considero

aquí el componente oportunista que puedan tener algunas conductas). Se adoptan acríticamente las normas y los comportamientos que parecen implicar modernización, o fortalecer al nuevo orden. Por ejemplo, se considera un gran avance disciplinario la imposición de restricciones, en ocasiones absurdas, convirtiendo un instrumento en un fin en sí. Se puede así provocar malestar o rechazo a una masa de estudiantes, sin prestar suficiente atención a aspectos fundamentales de la disciplina estudiantil, como sería el estudio. En el fondo, la superficialidad en la concepción disciplinaria puede estar ligada a la creencia en la solución individualista del problema de los estudios: los “mejores” y “más inteligentes” se graduarán, los demás “quedarán en el camino”.

Quisiera dejar para el debate opiniones y sugerencias específicas, con el ánimo de situar algunos elementos de los problemas actuales de nuestra Universidad, que ayuden en algo a su profundización. Dejo sin tratar aspectos tan importantes como la integración de la política universitaria en una política más general que implique la actuación de numerosos órganos del Estado en relación con ella, por no tener elementos suficientes ni parecerme procedente aquí. O los problemas de la formación de adolescentes en nuestra sociedad actual, capa

de la cual pronto saldrá la gran mayoría del alumnado universitario; las obligaciones de la universidad en los trabajos e investigaciones

en ese campo son tan principales que resulta imprescindible examinarlas en cualquier consideración que se haga de la universalización.

PENSAMIENTO SOCIAL Y POLÍTICA DE LA REVOLUCIÓN*

Este tema se integra perfectamente en los objetivos del ciclo del cual forma parte, aunque por su contenido resulta diferente a los anteriores. Hemos visto cómo las más disímiles actividades literarias y artísticas mantienen

* Conferencia en el Ciclo *La política cultural del período revolucionario: memoria y reflexión*, organizado por el Centro Teórico Cultural *Criterios*. Instituto Superior de Arte, La Habana, 3 de julio de 2007.

[N. de la Ed.] Fue la quinta conferencia de un ciclo organizado a partir de una serie de programas de televisión en que, sin ninguna crítica, se concentraron en homenajear a personajes encargados de la cultura en Cuba en los años setenta y ochenta, lo que desató intensas protestas de artistas, escritores. El vehículo de la protesta fue, por primera vez en Cuba, el correo electrónico, al grado de llamarle a acción *la guerrita de los e-mails* y en la que participaron también muchos jóvenes que enfrentaron por primera vez ese periodo de la historia reciente de su país. La conferencia de FMH desató un debate que se extendió por muchas horas y que fue desde entonces, en especial para las nuevas generaciones, un texto referencia para comprender y combatir al dogmatismo, comprender qué es el pensamiento social y sus relaciones con los desafíos políticos de la Revolución.

siempre relaciones con el orden vigente, con los conflictos y con los proyectos de la sociedad en que se practican. En el caso del pensamiento social y las ciencias y profesiones dedicadas a ese campo, las relaciones son mucho más estrechas y tienen implicaciones mucho mayores. Esto ha podido apreciarse en el curso del período revolucionario cubano, tanto en los hechos mismos como en sus consecuencias a mediano y largo plazos.

En el periodo transcurrido entre 1959 y hoy distingo tres etapas, lo que he argumentado en mis escritos. Dado el espíritu de estos encuentros y el tiempo limitado que debo utilizar, he escogido referirme sobre todo a la primera etapa –que va de 1959 a inicios de los años setenta– y a la gran ruptura que significó para el pensamiento social el comienzo de la segunda etapa. Aquellos hechos constituyen una acumulación cultural que influye mucho en la situación actual, acerca de la cual haré también algunos comentarios que me parecen atinentes. En los encuentros anteriores de este Ciclo

hemos vivido la combinación entre el interés por la recuperación de la memoria y el planteo de problemas más cercanos en el tiempo y problemas de hoy. Lo primero viene a combatir una ausencia de consecuencias graves, y su recuperación es una exigencia vital para los cubanos en la actualidad. Lo segundo revela la necesidad y la urgencia de que nuestra sociedad enfrente el conocimiento y el debate de sus problemas fundamentales, y de que lo haga con una participación muy amplia y creciente. Me llena de esperanza que esto último suceda aquí, y que se alcen voces de jóvenes que están realmente involucrados, preguntando o reclamando. Pero estamos sometiendo nuestra ansiedad y nuestra premura al estudio, la profundización y los análisis de colectivos como este, apoderándonos de la época precedente, precisamente para que nos ayude a entender a fondo las cuestiones actuales y lanzarnos a resolverlas, y para formular nuevos problemas, desafíos y proyectos.

Una precisión más: mi exposición intentará ser analítica, no anecdótica, y las referencias indispensables a sucesos, criterios y posiciones que viví o conocí tratarán de servir siempre al análisis y los juicios, los cuales expongo, naturalmente, desde mi perspectiva personal. Con ese fin he tomado también elementos de

textos míos acerca del tema que abordo, aunque no pretendo –porque sería imposible– sintetizar aquí lo que ha sido un trabajo de varias décadas. Me referiré solamente al pensamiento social en general y no a disciplinas sociales específicas, mencionaré al pasar temas que exigirían cada uno su desarrollo, y, además, estaré obligado a ser telegráfico y más de una vez omiso, por lo que pido excusas desde ahora.

Mediante una gran revolución, Cuba se liberó a partir de enero de 1959 de las dominaciones que la aprisionaban, promovió cambios muy profundos de la vida de las personas, las relaciones sociales y las instituciones, y creó o reorganizó de manera incesante su propio mundo revolucionario. La sociedad hacía entonces esfuerzos extraordinarios por pensarse a sí misma, comprender sus cambios y sus permanencias, sus conflictos y sus proyectos, sus modos de transformarse, en medio de acciones colectivas, luchas violentas, enfrentamientos ideológicos, cambios en las creencias, conflictos desgarradores y tensiones muy abarcadoras. Los propios tiempos se transformaron. El presente se llenó de acontecimientos y las relaciones interpersonales y la cotidianidad se llenaron de revolución; el futuro se hizo mucho más dilatado en el tiempo pensable y fue convertido en proyecto; y el pasado fue

reapropiado, descubierto o reformulado, y puesto en relación con el gran evento en curso. Un hecho decisivo de la etapa de 1959 a los primeros años setenta es que se multiplicó súbitamente el número de los que pensaban sobre las cuestiones sociales y políticas, así como su interés y entusiasmo por conocer más acerca de ellas; así fue desde el inicio, y ese proceso se profundizó y se organizó una y otra vez durante toda la etapa. Eso afectó profundamente el consumo del pensamiento social, su producción, el papel que jugaba en la sociedad y sus relaciones con el poder revolucionario.

Sin embargo, nada surge de la nada. En el caso del pensamiento social, existían corrientes principales previas de consumo masivo, que iban desde el sentido común, las adecuaciones al dominio burgués neocolonial y las demás dominaciones sociales, formas de resistencia a ellas, la formación de opinión pública y otras. Debo limitarme al pensamiento social más o menos elaborado, pero este no se entendería si no tuviéramos en cuenta que las enormes transformaciones en tantos campos exigieron al pensamiento elaborado tener relaciones muy fuertes con las realidades y necesidades sociales, así como funciones eficaces respecto a ellas. Insisto en esto, además, porque opino que a partir de los primeros años

setenta el pensamiento social quedó en una posición muy diferente respecto al poder y la sociedad, y ha desempeñado desde entonces funciones distintas.

En el pensamiento social elaborado que existía quiero distinguir el liberalismo, el patriotismo, el antimperialismo, el democratismo, las ideas de justicia social y el socialismo. El pensamiento liberal había tenido una trayectoria muy larga en Cuba y hecho aportes muy valiosos, pero terminó fracasando en toda la línea, porque nunca fue capaz de trascender el horizonte burgués y el reflejo colonizado. Este juicio mío es de tipo histórico, pero no desconoce que el consumo de pensamiento liberal seguía siendo notable en aquel momento.

El patriotismo radical, que desarrolló y arraigó sus ideas y sus ideales en el último tercio del siglo XIX, se convirtió en parte inseparable de la vida espiritual y en cemento de la nación a través de la gesta nacional de la Revolución del 95, y se sostuvo durante el medio siglo republicano. El nacionalismo tuvo un peso ideológico principal en todo ese período y la clase dominante burguesa siempre lo utilizó para su hegemonía, y hasta cierto punto lo vivió; pero el patriotismo popular nunca se rindió a esos límites, y funcionó paralelamente o en conflicto con ellos. El patriotismo radical vio llegar el

fin de sus frustraciones y realizarse sus anhelos con el triunfo de 1959, con la obtención de la liberación nacional y la soberanía plena, y el establecimiento de un Estado puesto al servicio del bienestar de la sociedad. La revolución socialista cubana asumió ese patriotismo y se apropió de todos sus símbolos y referencias. Este es uno de los hechos fundamentales para entender la legitimidad de la revolución y la fuerza de su mundo espiritual. También forma parte del aporte extraordinario del socialismo cubano a las ideas y experiencias revolucionarias a escala mundial, aunque como tantos otros aspectos, no forma parte del conocimiento actual de la mayoría de los cubanos.

El antimperialismo, que floreció durante la Revolución del 30 y se ligó a las posiciones políticas más avanzadas, tuvo una historia muy accidentada durante la segunda república –la que existió después de 1935 hasta 1959–, pero era una corriente latente de muy profundo arraigo. Se activó con la revolución de fines de los cincuenta y ha ocupado desde entonces hasta hoy un lugar privilegiado en la ideología revolucionaria, en el pensamiento social y en los juicios y las creencias acerca de un número enorme de cuestiones. Se dirige sobre todo contra la política sistemática anticubana de los dirigentes de los Estados Unidos, pero en aquella primera

etapa de la que hablo se afirmó mucho como una posición sentida y fundamentada contra todos los imperialismos, como parte de la comprensión del mundo desde Cuba y como fuerza ideológica del internacionalismo cubano.

Con el término *democratismo* quiero expresar la situación creada en los veinte años anteriores a 1959, cuando predominó un pensamiento social que fue mucho más allá del liberalismo y en gran medida lo cuestionó. Ese pensamiento entendía la democracia como un valor político y de convivencia social fundamental, y la acción política electoral como un vehículo idóneo para mejorar o cambiar el gobierno del Estado, la administración y los asuntos públicos en general, las relaciones entre los sectores económicos y sociales, y el bienestar del pueblo. Durante la segunda república, estuvo en la base ideal del orden constitucional de 1940, de la legalidad, el sistema de partidos políticos, las características principales del sistema de gobierno, la notable libertad de expresión que se alcanzó y una sociedad civil desarrollada y compleja. Les daba importancia a los papeles del Estado como regulador social y de la economía. Esas ideas democráticas gozaban de bastante consenso entre los que, por otra parte, sostenían diversas posiciones. Fueron funcionales para la reformulación de la

hegemonía burguesa neocolonial de la segunda república, y para evitar una nueva revolución, no porque fueran ideas despreciables, sino por lo contrario: expresaban verdaderos avances republicanos, y parecían darle espacio y vías a las frustraciones que dejaron la independencia de 1902 y los resultados de la Revolución del 30. El golpe del 10 de marzo negó esos avances y, por eso, desde el inicio, la dictadura careció de legitimidad y fue repudiada.

La justicia social era otra corriente de pensamiento social preexistente. Heredera de las luchas contra la esclavitud, el racismo, la explotación de los trabajadores y las jornadas revolucionarias independentistas y del 30, la justicia social era aceptada como un principio formal, aunque no se convertía en realidad. Las ideas políticas y sociales avanzadas siempre la incluían, entendiéndola desde distintas posiciones. Después de que las ideas socialistas se arraigaron en Cuba durante los primeros años treinta, la justicia social era asumida como demanda, tanto por democráticos como por marxistas independientes o del partido comunista. El socialismo más cercano a 1959 tenía dos vertientes: la de los adherentes al partido comunista y al pensamiento marxista de la época –el llamado estalinismo–, y la de pensadores y activistas ajenos a ese partido.

La insurrección y el nuevo poder rebelde echaron abajo el sistema represivo y político del Estado burgués neocolonial y rompieron los límites de lo posible en Cuba; enseguida las formas de participación popular masiva, las medidas que abolían el sistema capitalista y la dominación imperialista, y el armamento general del pueblo en revolución dieron lugar, por primera vez en Occidente, al triunfo práctico de una revolución autóctona anticapitalista de liberación nacional. Entonces todas las corrientes de pensamiento social fueron desafiadas y sometidas a examen por la revolución, porque conceptos, relaciones e instituciones que se creían eternos o parecían naturales eran abolidos o desaparecían, mientras se asomaban otros nuevos. La emergencia victoriosa de la praxis, el nuevo poder y la participación masiva y organizada le brindaron al pensamiento una inapreciable oportunidad para su desarrollo, pero a la vez le hicieron muy fuertes exigencias de nuevas ideas, instrumentos para conocer y actuar, y proyectos.

De inicio, la revolución se comprendía a sí misma como la realización de los ideales acumulados y de su propio cuerpo ideológico, pero las nuevas realidades, necesidades y objetivos superaban esa comprensión. La asunción del socialismo –y de la ideología marxista– fue,

entonces, la opción acertada y necesaria; el socialismo debía estar en el centro de la liberación nacional. No es posible exponer aquí la real complejidad de lo que sucedió; hasta ahora han sido productos artísticos los que más se han acercado a lograrlo. En 1959 muchos calificaban a la revolución de humanista, en la víspera de Playa Girón se proclamó socialista. Ese año 1961 pasé una escuela para formar profesores emergentes de secundaria, en la que un alto funcionario de Educación nos dijo en una conferencia: “la pequeña propiedad es la gloria de Francia”, mientras una profesora nos enseñaba que había un concepto, la materia, que era el más general e importante de todos.

Para Cuba fue vital entablar lazos demasiado fuertes con la URSS, y el socialismo y el marxismo soviéticos parecieron en un primer momento como los únicos, o los mejores. A eso ayudaron las urgencias ideológicas en medio de una lucha de clases y una defensa nacional muy intensas, la presencia e importancia de la URSS para la defensa y la economía, y también que entre 1961-1962 se vivió el predominio del sectarismo en la organización política, y este tenía a la URSS por modelo del socialismo. A pesar de los enormes lazos y la aparente pertenencia común al socialismo, las relaciones entre Cuba y la URSS durante la primera etapa

de la revolución en el poder tuvieron momentos de agudos conflictos y muchas veces fueron discrepantes o tensas. Esas relaciones tuvieron una gran importancia para la historia del pensamiento social cubano en los treinta años que duraron, pero ese tema está fuera del contenido de mi exposición.

Ciñéndome a mi tema, sintetizo los rasgos principales de aquel cuerpo teórico de origen soviético:

- a) Sus textos contenían una mezcla nada orgánica del viejo estalinismo del DIAMAT de 1938, autoritario, clasificador y excluyente, con una prosa modernizante posterior al Congreso del PCUS de 1956. Sus objetivos seguían siendo servir de cemento ideológico general del sistema, de vehículo de exigencia a los seguidores en cuanto a acatar la línea y las orientaciones, y de influencia en los medios afines. Pero ahora incluían “ponerse al día” y participar en los discursos y en la lucha de ideas del inicio de los años sesenta, aunque sin recuperar el marxismo revolucionario ni abordar los problemas fundamentales;
- b) Trataba de fundamentar la política soviética y del movimiento comunista bajo su

influencia, ciertas reformas en la URSS y Europa oriental y, en lo internacional, la llamada “emulación pacífica” entre el capitalismo y el socialismo en la que el segundo triunfaría. Cuestiones centrales de la política nacional e internacional cubana no cabían o eran inaceptables para esta doctrina;

- c) Preconizaba para el Tercer Mundo en general el reformismo y la colaboración con sectores burgueses dominantes, en vez de la lucha revolucionaria, lo que amparaba en conceptos como el de “democracia nacional” y declaraciones solemnes como la de que “el contenido general de nuestra época es el paso del capitalismo al socialismo”;
- d) Sus modelos teóricos “generales” solían ser esquemas simplificados o inconsistentes, en los cuales hechos y procesos seleccionados se convertían en “leyes”. Eran inútiles para la comprensión y para ayudar a la acción. En cuanto a las situaciones, los problemas y la historia del Tercer Mundo, eran eurocéntricos y podían llevar a creencias absurdas y formas de colonización mental “de izquierda”;
- e) En su actitud teórica, la metafísica y el dogmatismo se combinaban curiosamente con el positivismo. Esta suma teórica

presentada como concepción del mundo y ciencia de las ciencias podía tener aspectos atractivos para lectores noveles, quizá porque la razón parecía confirmar a la fe. Para los convencidos, incluidos algunos muy cultos, era un dogma intangible y, por tanto, no discutible.

Entre aquella ideología teorizada y el fervor cubano por el socialismo y el marxismo pronto se levantó una contradicción que era difícil resolver. Los productos intelectuales de esa ideología constituían un polo atractivo para muchos, porque existía una conciencia muy amplia de la necesidad de explicaciones y propuestas trascendentes. A veces me angustia pensar que esa conciencia no sea amplia en la actualidad, porque ella es cuestión de vida o muerte para la sociedad que queremos defender y desarrollar. La cultura cubana había llegado a una altura tal a inicios de los años sesenta que estaba obligada a elaborar una concepción del mundo y de la vida para representarse sus realidades y su proyecto, y trabajar en consecuencia. Esa necesidad llevaba a estudiar con entusiasmo los materiales que caían en nuestras manos, y los de aquella corriente de origen soviético eran los más abundantes. Además, fueron acogidos y divulgados por las escuelas políticas del partido en formación.

El marxismo fue asumido masivamente y se consideró que debía guiar al pensamiento, con la legitimidad que daba la revolución. Pero dos preguntas aparecieron enseguida: el marxismo, ¿vendría a participar, a ayudar a la revolución, o sería solo un certificado que le expedían y una doctrina que ella aceptaba? ¿Y cuál marxismo asumiría la revolución cubana? Es imprescindible que todos conozcamos la historia viva de cómo el pensamiento social cubano dio un enorme salto hacia adelante al asumir el marxismo, que tuvo consecuencias decisivas para su desarrollo; y también la historia viva de las dificultades y los conflictos, de los estudios y las polémicas, de las corrientes diferentes dentro del marxismo, a través de los cuales ese pensamiento social encontró su vitalidad y su forma y sus funciones cubanas. Y que conozcamos también las insuficiencias que portaba, los errores que se cometieron en relación con el marxismo y su utilización, y los aspectos negativos que a mediano plazo lo han perjudicado tanto, hasta hoy.

Desde el inicio chocaron las manías de clasificar, disciplinar, hacer obedecer, atribuir segundas intenciones, frente a la saludable combinación de espíritu libertario y poder que lograba tener la revolución. La tendencia a empequeñecer la liberación social y humana mediante

nuevas dominaciones levantadas en nombre del socialismo afectó a la revolución, y llevó a debates y confrontaciones en su seno. A mi juicio, el saldo de esa actividad durante la primera etapa del proceso fue muy positivo en cuanto a sus resultados, y sobre todo en cuanto a que nos formó, nos hizo más conscientes, más militantes y más libres. No había separación entonces entre una cultura referida a las bellas artes y el pensamiento por un lado, y la política general del país por otro, que por consiguiente debería “atender a la cultura”. Con razón recordamos siempre las palabras de Fidel a los intelectuales de junio de 1961, pero también es muy necesario recordar y estudiar sus discursos contra el sectarismo, del 13 y el 26 de marzo de 1962, porque están muy relacionados con aquel. Con ellos se combatía por una cultura política de la revolución, frente a las limitaciones y obstáculos que nacían dentro de ella misma.

Numerosos intelectuales y artistas comprendían esa verdadera relación, y participaban al mismo tiempo con su actividad como tales y con sus ideas políticas y teóricas. Graziella Pogolotti (2006) acaba de publicar un libro muy valioso, *Polémicas culturales de los 60*, que nos muestra la riqueza extraordinaria contenida en aquel manejo de ideas, las combinaciones reales de asuntos específicos literarios y

artísticos con puntos centrales políticos, ideológicos y teóricos, y las posiciones diferentes que contendían. Apuntaré brevemente algunos rasgos generales de lo que sucedió, que me parecen fundamentales.

Ante todo, el fondo de la cuestión no era una pugna intelectual, ni se limitaba a un duelo de ideas. Era una polémica acerca del alcance de la revolución, su rumbo, sus objetivos, los medios y vías que utilizaría; en algunos momentos y situaciones llegó a ser incluso una polémica por el poder. Fidel reafirmó, amplió y profundizó su liderazgo dirigiendo y conduciendo la opción radical revolucionaria, demostró que era la única factible y la llevó al triunfo. Segundo, entre otros numerosos aciertos y virtudes, se atuvo a la política de no utilizar la inmensa fuerza material y moral con que contaba para imponer su línea. Todavía en marzo de 1964, dijo en el juicio contra el delator de los mártires de Humboldt 7 que la revolución no sería como Saturno, que se comió a sus propios hijos. La unidad política de los revolucionarios y la unidad política del pueblo fueron objetivos centrales de la revolución, y está claro que en ello se jugaba incluso la supervivencia. Sin embargo, no se eliminó el debate interno por esa razón. Dirigentes políticos y culturales, personalidades intelectuales, instituciones diversas, contraponían sus criterios

en público, con mayor o menor profundidad y buenas maneras. En 1963-1964, el Che y otros dirigentes del Partido y el Estado debatieron sobre cuestiones fundamentales del rumbo de la creación de la nueva sociedad en revistas habaneras, sin que peligraran por eso la estabilidad y la seguridad de la revolución.

No hay que olvidar que aquellos años se caracterizaron por la magnitud de los enfrentamientos violentos y la agresividad imperialista, la lucha de clases interna y los desgarramientos que aportaron ella y la emigración, la escasez de capacidades o lo incipiente de las instituciones cubanas. ¿Cómo fue posible que en esa situación existiera un amplio campo para el debate entre los revolucionarios? ¿Qué condiciones lo facilitaron y, quizás, lo exigieron? Lo cierto es que el poder revolucionario y la sociedad reconocieron espacios de producción y de debate dentro del campo revolucionario, aunque fuera de corrientes diversas, y aunque expresaran unos sus discordancias con otros. Pienso que si analizamos aquella situación en su conjunto, los factores positivos y negativos que contenía y los rasgos y problemas de la política que predominó, nos brindará algunas experiencias y lecciones respecto a la necesidad actual de volver a construir entre todos una cultura de debate.

Aunque no existió una declaración para el pensamiento social que fuera equivalente a lo que significó *Palabras a los intelectuales* para aquel medio, de hecho, el pensamiento social operó con parámetros análogos. Por cierto, en aquel tiempo nos referíamos al famoso discurso de Fidel en la Biblioteca Nacional como un alegato contra los que pretendían amordazar el pensamiento de revolucionarios. Habría que hacer varias precisiones. Primero, los jóvenes como yo estábamos de acuerdo en que la revolución se defendiera de sus enemigos con los medios que estimara necesarios. La condicionante de no actuar contra la revolución nos parecía muy legítima. Segundo, nos parecía lo más natural que intelectuales de ideas diferentes a las nuestras trabajaran como tales, y admirábamos la obra de Ortiz, Lezama, Ramiro Guerra, y de otros ya fallecidos, como Varona, Mañach o Loveira. Tercero, nos oponíamos al sectarismo, el dogmatismo, el autoritarismo y el llamado realismo socialista. Cuarto, no creíamos que el poder político nos estaba concediendo nada, porque sentíamos que compartíamos los mismos ideales, y a la vez nos parecía que quien tratara de obtener algo para sí por su actividad intelectual a favor de la revolución era un oportunista.

Durante los años sesenta mantuvimos esas convicciones, pero desarrollamos un pensamiento acerca de los rasgos, las obligaciones y las funciones de la actividad intelectual en la sociedad en transición socialista, así como sobre sus relaciones con las estructuras y las políticas del poder revolucionario, incluidas las tensiones y las contradicciones. A eso nos llevaron las experiencias y dificultades del propio proceso que estábamos viviendo, los debates con otras posiciones cubanas y el estudio de nuestra historia y la de otros procesos revolucionarios, incluido el soviético, así como la historia de la URSS. Las relaciones entre el poder y el pensamiento social se convirtieron en uno de los temas sensibles para las prácticas de los intelectuales y de los políticos, y para el proyecto socialista. En la segunda mitad de los sesenta el tema enunciado como “el compromiso del intelectual” tuvo un enorme arraigo y resonancia, en Cuba y en innumerables medios del mundo. El gran Congreso Cultural de La Habana de enero de 1968 –que ha sido concienzudamente olvidado– le dedicó a ese tema buena parte de sus tareas.

Una cuestión crucial quedó planteada después de las primeras experiencias del proceso, y ha mantenido siempre su carácter de problema central. Dentro de la revolución, el

pensamiento social solo puede existir, desarrollarse y servir de algo a la sociedad y sus tareas principales si tiene autonomía, mantiene su específica identidad y normas, goza de libertad de investigación y sabe ir más allá de lo que piden la reproducción de la vida social y las necesidades visibles. Al mismo tiempo, y sin perder las características anteriores, el pensamiento social debe existir dentro del orden revolucionario y regirse en lo esencial por el proyecto de liberación y por ese orden, respetar su estrategia, atender sus prioridades y ponerse límites cuando resulte imprescindible para la causa general. Bien, pero en esa dialéctica de libertad y militancia, ¿cómo se determinan el alcance y la protección del pensamiento, y su sujeción a normas y su disciplina? ¿Quién determina todo esto, qué mecanismos y garantías habrá para evitar errores o abusos?

En esta primera etapa de la revolución no se elaboraron reglas expresas en este campo, pero en general funcionó aquella dialéctica, en mi opinión por razones más amplias que su propio contenido: el espíritu libertario y el poder revolucionario convivían bien, el poder y el proyecto estaban íntimamente ligados, todos los implicados combatíamos juntos en las situaciones límite y las grandes jornadas de la revolución, y, además, nos sentíamos históricos.

En los hechos, desde muy temprano había dos concepciones y posiciones distinguibles dentro del campo revolucionario referidas al alcance que podía permitirse el proceso, su rumbo, sus vías y medios, y los objetivos del socialismo. Una estaba influida por la ideología soviética y del movimiento comunista; creía que Cuba debía organizar su economía, su vida social, su sistema político y su estrategia de acuerdo con la etapa de desarrollo que le asignara aquella ideología, y reproducir aquí rasgos del tipo de dominación en nombre del socialismo que existía en la URSS y en los países de su campo. Buscaba sus fundamentos en el llamado marxismo-leninismo, y sin duda no se sentía extranjerizante, sino el vehículo del paso de Cuba a lo que consideraban un régimen social superior y su incorporación al socialismo, la corriente en ascenso en el mundo. La otra provenía del proceso insurreccional, de su ideología de liberación y su triunfo práctico, que había creado el poder y el terreno real para que se desarrollara la gran revolución popular. Entendía el socialismo como el medio idóneo para conseguir la liberación nacional y la verdadera justicia social, impulsó y condujo un conjunto profundamente radical de acciones y una participación masiva que transformó a los cubanos y al país, y enfrentó victoriosamente a

los Estados Unidos. Esta segunda concepción y posición se consideraba heredera de todas las luchas revolucionarias del pueblo cubano desde el siglo XIX; sus líderes conocían marxismo, lo utilizaban de manera independiente y actuaban a favor de que la población cubana asumiera esa concepción.

El patriotismo radical ha sido un baluarte para la segunda posición, desde el inicio, en circunstancias tan diferentes como la fundación de la UNEAC, la Crisis de Octubre o el centenario del 10 de Octubre, en 1968. En las nuevas condiciones creadas por la segunda etapa que comenzó a inicios de los años setenta, el patriotismo radical –ahora sintetizado en la consigna “cien años de lucha”– fue una línea de defensa del carácter autóctono de la revolución frente a la ideología que se hizo entonces sí preponderante.

Por cierto, a pesar de que la bancarrota de las ideas previas a 1959 terminó por incluir a la democracia –identificada ahora con las acusaciones contra Cuba y con los modos de dominación existentes en países capitalistas–, el democratismo no desapareció. La revolución proclamó sus nuevos sentidos y combinó instituciones de tradición, como el poder local, con nuevas formas directas como las enormes concentraciones. Entre los revolucionarios

permanecieron con mucha fuerza las representaciones positivas de los derechos individuales, y no solo los sociales, la gran valoración del individuo que tiene y sostiene sus criterios, y el orgullo por la historia cubana en el terreno democrático. Recuerdo la expresión de que los soviéticos no podían entender ciertas cosas porque nunca habían tenido democracia, mientras que los cubanos nos dimos constituciones desde Guáimaro, al iniciar la primera revolución, contábamos con el maravilloso legado democrático de Martí y tuvimos una democracia representativa desarrollada antes de la revolución.

Las contraposiciones y los debates entre las dos concepciones y posiciones referidas son muy importantes para comprender el pensamiento social de la primera etapa del proceso revolucionario en el poder. En lo político, el liderazgo de Fidel –secundado por el Che y los máximos dirigentes del país– fue decisivo para llevar al triunfo, de manera unitaria y pacífica, la segunda concepción, que rigió prácticamente durante la segunda mitad de los años sesenta. Uno de los rasgos del fin de la primera etapa y el inicio de la segunda fue el quebranto de esta posición, y el retorno de la primera posición en terrenos sumamente importantes. Sin embargo, simplificar las cosas de este

modo impediría advertir cuestiones decisivas. La revolución mantuvo su liderazgo máximo y rasgos básicos de sus políticas y sus logros, y el país de inicios de los setenta tenía enormes diferencias con el de una década antes, en cuanto a desarrollos de su población, vivencias y experiencias revolucionarias, y expectativas. La primera posición, por su parte, también había ganado experiencias, comprensión de la especificidad y el carácter del proceso cubano, y moderación, y su composición interna era ya otra.

Apunto apenas esos comentarios sobre lo político, y me extiendo más sobre el centro de mi tema, el pensamiento social.

Alrededor del marxismo se manifestaban las necesidades y las concepciones, y, por tanto, él tenía que ser un protagonista en el pensamiento de la época. La generación que llevó el peso entonces incluía a nacidos desde 1926 ó 1928 —como Fidel y el Che— hasta los nacidos a mediados de los años cuarenta. A los protagonistas del proceso nos sumamos los que como yo comenzamos siendo revolucionarios y después nos hicimos marxistas, y los que llegaron a ambas cosas al mismo tiempo. Desde el 1° de febrero de 1963 hasta fines de 1971 pertencí a un grupo intelectual organizado, el Departamento de Filosofía de la Universidad

de La Habana, que se vio envuelto en la pugna por un marxismo de la revolución y que contribuyera realmente a su desarrollo, y llegó a estar en el centro de esa pugna.

Un ejemplo de la complejidad de la tarea y del carácter que tenían entonces las relaciones entre los revolucionarios es la visita del presidente Osvaldo Dorticós al Departamento de Filosofía a inicios de 1964. Pocos meses antes había salido de la Rectoría de la Universidad el compañero Juan Marinello, y también fue sustituido el primer director nuestro, el hispanosoviético Luis Arana, a quien estimábamos mucho y no tenía relación con Marinello. Se designó para sustituir a Arana a un profesor y activista ligado a la primera posición que referí antes, y aunque éramos muy jóvenes y no teníamos aún notoriedad, se suponía, con razón, que no nos gustaría el sustituto. El presidente vino a traerlo, acompañado del nuevo rector, y con su prestigio decidió nuestra aceptación. Pero lo más interesante fue que nos hizo un discurso que jamás olvidamos, en el cual afirmó que los manuales de marxismo soviético que entonces se utilizaban en la docencia y en los estudios políticos no servían para la revolución cubana, y nos pidió que, como marxistas, “incendiáramos el océano”, aunque aclaró enseguida que él no sabía cómo podríamos hacerlo.

En el centro mismo del Occidente burgués, la revolución cubana realizó en los años sesenta inmensos esfuerzos en el campo del pensamiento e hizo contribuciones relevantes al desarrollo del marxismo. Fidel y el Che pusieron definitivamente al marxismo en español, inspiraron la formación de una nueva vertiente marxista latinoamericana y se dirigieron al mundo entero desde un comunismo de liberación nacional, occidental, igualitarista, insurreccional y realmente internacionalista. He descrito algunos aspectos de la actuación de Fidel, el máximo representante del pensamiento más revolucionario. El Che desempeñó un papel fundamental en la elaboración de un pensamiento social que sirviera, más que como fundamentación, como instrumento para una política comunista eficaz en la transición socialista cubana. Haber pensado y haber intentado tal política es uno de los aportes notables de Cuba a los movimientos de liberación del mundo. En esa dirección, el opúsculo del Che (2007 [1965]), *El socialismo y el hombre en Cuba*, es uno de los documentos políticos más trascendentes del siglo XX.

Ernesto Guevara pasó del estudio del pensamiento a la guerra revolucionaria, que lo transformó y lo hizo dirigente. Compartió las responsabilidades del poder revolucionario e

impulsó los cambios más profundos de las personas y la sociedad, y otra vez se fue a la guerra revolucionaria. En ese corto período, su pensamiento logró comprender los problemas fundamentales, plantearlos y hasta cierto punto elaborar una concepción teórica que fuera un instrumento capaz de restituir al pensamiento revolucionario su función, indispensable para guiar los cambios sociales y humanos y proyectar e imaginar el futuro, al mismo tiempo que servir a las prácticas. Pero su filosofía de la praxis fue más allá, e iba ampliando su campo y su profundidad cuando lo interrumpieron la batalla final y la muerte. Con una aguda conciencia del papel del pensamiento en la creación de una sociedad que debía ser diferente del capitalismo –y no solo opuesta–, entre 1963 y 1965 el Che libró en Cuba una batalla intelectual que entendía indispensable para la política, la práctica en general y también para la teoría. La segunda etapa no podía admitir su pensamiento. Hubo que esperar al proceso de rectificación de errores de la segunda mitad de los años ochenta para que comenzara el difícil regreso al pensamiento del Che, reapropiación que no ha sido completada todavía.

Las ideas propias fueron tomando cada vez más fuerza en los primeros sesenta, y pronto se abrió una fase de búsqueda y creación

en el terreno teórico, a la vez que se hacían cada vez más investigaciones de problemas concretos. Diferentes grupos en instituciones estudiaban, discutían, elaboraban y publicaban sus criterios. En el Departamento de Filosofía emprendimos una labor muy tenaz y sistemática con el fin de formarnos sin exclusiones ni prejuicios, participar en las investigaciones de los problemas concretos y tratar de asumir el marxismo y trabajar con él. Ya en 1965 habíamos sustituido los manuales soviéticos por una bibliografía variada y representativa del pensamiento y los problemas. En la Presentación de *Lecturas de Filosofía* (AA. VV., 1966), nuestro primer libro con ese tipo de textos, publicado en enero, escribí: “El conjunto de problemas que la realidad le presenta a una ciencia constituye su fe de vida, el tratamiento de ellos es condición de su desarrollo. Una divulgación sin problemas es mera declamación [...]. Los manuales existentes para nuestra disciplina son resultado de una apreciación deformada y teologizante del marxismo”. Meses después, en el II Encuentro Nacional de Profesores de Filosofía, el Departamento identificaba el desafío: “Tenemos que lograr que el marxismo-leninismo se ponga a la altura de la revolución cubana”. Ya estábamos discutiendo un

contenido y estructura nuevos que debían sustituir al Materialismo Dialéctico e Histórico, que desde septiembre pusimos en práctica en la Universidad: la Historia del Pensamiento Marxista. Ella respondía a otra concepción del marxismo. Las universidades de Oriente y Central de Las Villas también la impartieron, y muchos miles de alumnos la estudiaron hasta 1971.

No me extenderé aquí acerca de nuestra actividad en el campo teórico, en las polémicas de la época, las investigaciones de realidades cubanas, la creación de Edición Revolucionaria y el Instituto del Libro, y la participación en otras tareas nacionales e internacionales, aunque en realidad ese conjunto es casi desconocido. Lo interesante para el tema que abordamos hoy es que partimos de que era imprescindible pensar con cabeza propia, reivindicamos la libertad de cátedra y de investigación dentro de la militancia revolucionaria –es decir, pensar por ser un militante, y no a pesar de serlo–, e hicimos publicaciones que se atenían a esas reglas. La experiencia funcionó durante varios años, y mi opinión es que su saldo fue positivo.

¿Por qué pudieron existir experiencias como esta? En la segunda mitad de los sesenta la revolución se profundizó en todas las direcciones que pudo. Con una coyuntura política e

ideológica internacional realmente favorable, trató de violentar aún más lo que se consideraba posible en materia de organización estatal y de economía, el crecimiento de la conciencia, las transformaciones de las personas y de las relaciones sociales y el esfuerzo internacionalista. A mi juicio, fue una decisión acertada, aunque se cometieron errores –algunos de ellos realmente graves–, como ha sucedido históricamente en todos los casos en que se ha forzado la reproducción esperada de la vida social.

El poder y la sociedad se pusieron en tensión y marcharon juntos, y hubo una verdadera fiebre de investigaciones sociales; ellas y el pensamiento social estuvieron a la altura del esfuerzo con su incesante labor y su entusiasmo, y gozaron de un reconocimiento social y político enorme, que evidenciaba una comprensión del papel crucial del conocimiento y la intencionalidad para lograr los objetivos tan ambiciosos que se tenían. Sería muy conveniente que se elaborara al menos una relación de la masa de investigaciones realizadas –ofreciendo unos pocos datos básicos de cada una–, no solo por sacarlas del injusto olvido en que yacen, sino sobre todo para que pueda rescatarse una gigantesca cantidad de asuntos, datos, análisis, dictámenes, sugerencias, que serían sumamente útiles para los trabajos de conocimiento social actuales.

El apoyo oficial en unos casos, y en otros un espacio que permitía niveles sustanciales de autonomía, fueron factores principales para aquel florecimiento del pensamiento y las ciencias sociales. Pero también quiero destacar, por su gran importancia, que coexistían perspectivas y posiciones diferentes, que podían enfrentarse o no, pero tenían espacio para trabajar. La ausencia de una “línea” de cumplimiento obligatorio para el trabajo intelectual fue una condición básica de su desarrollo. La casualidad hizo que el partido cubano decidiera el cese de la publicación de su revista oficial, *Cuba socialista*, muy poco antes de la aparición de la revista *Pensamiento Crítico*, y algunos comentaristas extranjeros confundidos dijeron que esta venía a desempeñar el papel de la anterior. Nosotros rechazamos esa creencia: no queríamos, de ningún modo, ser considerados una revista oficial. Lo interesante es que en Cuba, que yo sepa, a nadie se le ocurrió esa idea.

Quisiera referirme brevemente a esa revista mensual de pensamiento social, cuyo colectivo de trabajo me tocó dirigir. *Pensamiento Crítico* nació en el último trimestre de 1966, como parte de la expansión de actividades emprendida por el Departamento de Filosofía desde fines de 1965; publicó 53 números entre febrero de 1967 y el verano de 1971. Para

ahorrar tiempo aquí, les sugiero leer el ensayo de Néstor Kohan, “*Pensamiento Crítico* y el debate por las ciencias sociales en el seno de la revolución cubana” (VV. AA., 2006: 389-437), que está siendo divulgado por la revista *Criterios*. El autor ofrece cuantiosos datos y análisis profundos y muy acertados, a mi juicio, sobre la revista y el conjunto del tema que su título anuncia. Completo este tema leyendo fragmentos de una valoración reciente que hice de aquella publicación, en la entrevista que me hizo Julio César Guanche (2007: 16-18) para *La Jiribilla*,¹ con motivo del premio de Ciencias Sociales.

Formábamos parte de la gran herejía que fue la Revolución cubana de los años sesenta [...]. Una de las ventajas de la revista fue la de deberse a la Revolución, pero sin convertirse en una oficina determinada de una instancia específica. Eso le daba la posibilidad de expresarse como revolucionaria, pero sin otra sujeción que la del compromiso libre y abiertamente asumido con la revolución. Opino hasta hoy que sin esa condición el pensamiento revolucionario no logra aportar, y

no puede satisfacer, por tanto, la necesidad inexorable de pensamiento que tiene la política revolucionaria.

En América Latina los compañeros que luchaban y los partidarios de cambios revolucionarios veían a la revista como expresión militante de la Revolución cubana y del internacionalismo. Esa percepción era compartida por los que conocían nuestra publicación en las demás regiones del mundo, con las consecuencias de cada caso.

La revista era polémica, y más de una vez sumamente polémica. De no ser así, no hubiera valido la pena.

Después de tantos años he entendido mejor el significado de *Pensamiento Crítico*. Fue un hecho intelectual protagonizado por jóvenes de la nueva revolución, que tenía como contenido los problemas principales de su tiempo, desde una militancia revolucionaria del trabajo intelectual. Combatió con ideas, con la elección de sus temas y con la presentación de hechos, problemas e interrogantes que las estructuras de dominación suelen ocultar o deformar, sin temor a la crítica de las ideas y del propio movimiento al que entregábamos nuestras vidas, en busca de la creación de un futuro de liberaciones y bienandanzas. Pensó por ser militante, no a pesar de serlo, y fue una de las escuelas

1 [N. de la Ed.] La presente antología contiene entrevistas de Guanche y Kohan, entre otras.

de ese ejercicio indeclinable. Contribuyó a la formación de numerosos revolucionarios y su práctica significó un pequeño paso hacia adelante en la difícil construcción de una nueva cultura. [...]

El pensamiento revolucionario carecía de desarrollo suficiente para enfrentar estas novedades, porque el marxismo había sufrido demasiado [...] y otras ideas que también eran revolucionarias resultaban insuficientes ante los retos de unir nacionalismos y luchas socialistas, civilización moderna con negación liberadora de la modernidad, diversidades culturales con unidad de proyectos. Sin embargo, entre todos los involucrados conseguimos hacer retroceder la colonización mental. Y *Pensamiento Crítico* fue uno más entre los escenarios de aquel combate de ideas.

Alrededor de 1970 las limitaciones del proceso revolucionario se hicieron visibles. El plan de desarrollo económico socialista acelerado del país se vio constreñido a apelar a la mayor capacidad de producción instalada que poseía y poner todo el esfuerzo en la producción masiva de azúcar para obtener recursos y nivelar el comercio exterior, pero la gran zafra no alcanzó los diez millones de toneladas proyectados y el esfuerzo dislocó y agotó la economía nacional. Por otra parte, no hubo victorias revolucionarias en

América Latina –y sí la dramática pérdida de la vida del Che en 1967–, ni espacio para alianzas con países que fueran realmente soberanos y autónomos frente a los Estados Unidos. Atenazado por una coyuntura muy desfavorable, y después de maniobrar dentro de la posición que había sostenido, el proceso cubano inició cambios profundos en numerosos aspectos, y su proyecto fue recortado.

En ese marco, el pensamiento social sufrió una sujeción a cambios que provocaron la detención de su desarrollo, y un gran empobrecimiento y dogmatización. Mis recuerdos del último año en que trabajé en ese campo, más precisamente entre septiembre de 1970 y noviembre de 1971, son los de una tragedia en la que las necesidades del Estado parecían más decisivas que los criterios ideológicos o teóricos. Después de reuniones y discusiones entre revolucionarios que duraron meses, la dirección del país decidió el cierre de la revista *Pensamiento Crítico* en agosto de 1971, y el cese del Departamento de Filosofía en noviembre. Siempre recordaré, entre otras demostraciones de numerosos compañeros, la actitud fraternal de Jesús Montané, entonces Secretario Organizador del PCC, y la forma en que el Presidente Dorticós cumplió su papel en aquel proceso. Atuve mi conducta durante

aquel último año a lo que consideré mi deber, corrí las consecuencias de mis actos y nunca me he arrepentido de lo que hice.

Después he intentado valorar algunas veces cómo pudo perderse tanto en ese campo. Para explicar los cambios iniciales, un factor, sin duda, fue el insuficiente desarrollo en el tiempo de aquella actividad, tan fructífera como novedosa en nuestro país, que estaba lejos de sedimentarse y tornarse algo natural, y carecía de normas que la protegieran. Otro factor, a mi juicio principal, fue la percepción de la necesidad de conservar a todo trance la unidad política en una situación difícil, ante la posibilidad de divergencias entre revolucionarios por ideas radicales que formaban parte del acervo de la propia revolución. Recuerdo a un dirigente de sólida formación intelectual e ideas muy avanzadas que dijo de nuestro caso: “Había que cortar por lo sano, y eso siempre significa cortar una parte sana”. Otro factor de las decisiones puede haber sido que no se creyó estar cediendo en un terreno vital, mientras se conservaba el control de otros que obviamente sí lo eran. En esto pueden haberse reunido el error de cálculo ante la coyuntura con la incompreensión de que el pensamiento social ha sido sujetado y han disminuido sus funciones críticas durante el desarrollo del

capitalismo en el siglo XX; se vuelve, incluso, frágil y poco eficaz. Los poderes socialistas están obligados a no asumir ese rasgo cultural del capitalismo que –como tantos otros– trata de introducirse en el curso de las modernizaciones de sus países; por el contrario, deben combatirlo abiertamente.

Por último, no fue posible evitar –por la combinación de las medidas tomadas con el quebranto de las funciones y rasgos que había tenido el pensamiento social– la emergencia de una forma autoritaria de especial virulencia, el dogmatismo. Aunque asociado al sectarismo en los primeros tiempos del proceso revolucionario, el dogmatismo demostró ser capaz de sobrevivir a la bancarrota de aquella política, volverse importante como medio de control social en la segunda etapa del proceso y coexistir hasta el día de hoy con otros modos de comportamiento social. Sería muy positivo que su análisis formara parte de las investigaciones sociales actuales, que encontráramos las causas de su pervivencia y su pertinacia, a qué fenómenos y aspectos de la vida social responde, para combatirlo mejor. Sintetizo aquí diez rasgos suyos, por si puede ayudar para nuestras tareas actuales.

1) La pretensión de poseer todas las preguntas permitidas y todas las respuestas infalibles,

- que tiene un fundamento extraintelectual y es funesta para la política revolucionaria;
- 2) Servir de fundamento a la legitimación de lo existente y la obediencia a su orden, con lo que se fomenta el inmovilismo y actitudes individuales perjudiciales;
 - 3) Privar de capacidad para enfrentar los problemas, y mucho menos para buscar sus fundamentos y sus raíces y plantearlos bien;
 - 4) Ser inútil, entonces, dentro del mundo del pensamiento, pero crear confusión o resignación con su soberbia y su capacidad de neutralizar o atacar lo que es útil;
 - 5) Ser ajeno y opuesto a la actitud y el contenido del pensamiento revolucionario, y, sin embargo, erigirse en su supuesto defensor y representante;
 - 6) Atribuir corrección o maldad a todo pensamiento. Fijar posiciones incuestionables respecto a lo que existe, lo que se debe comunicar, investigar, debatir o estudiar, y orientar las opiniones generales que deben sostenerse en la política, la economía, la educación, la divulgación, la historia y la apreciación de las artes;
 - 7) Sustituir los exámenes, los debates y los juicios sobre las materias que considera sensibles por la atribución arbitraria y fija de denominaciones y valoraciones sobre ellas, o de lugares comunes que las dejan fuera del campo del conocimiento;
 - 8) Satanizar y tratar de prohibir el conocimiento o la simple información de todo lo que considere perjudicial o maligno, que suele ser todo lo que no califique de bueno. Esto se complementa con la acusación a compañeros de estar influidos o “desviados” por aquellas posiciones perversas y erróneas, imputación que puede ser abierta o tortuosa, como cuando se les “reconoce” que quizás no se desvían intencionalmente, pero se desvían;
 - 9) Conspirar, por consiguiente, contra la ampliación y profundización del socialismo, y favorecer la permanencia de las relaciones sociales y la moral de la sociedad que queremos abolir y superar; y
 - 10) Desarmarnos frente a las reformulaciones de la hegemonía cultural del capitalismo, a la cual ignora o desprecia, y fomentar situaciones y conductas esquizofrénicas, en las que se abomina el capitalismo y se consumen sus productos espirituales.
- Lo cierto es que el empobrecimiento y la dogmatización del pensamiento social se agravaron y se consolidaron en el curso de aquella década

de los setenta, y los cambios positivos en el campo cultural y la fundación del Ministerio de Cultura no cambiaron su situación. El primer golpe real que recibieron fue el inicio del proceso de rectificación de errores y tendencias negativas en 1986. A pesar de la rica historia de avances de los últimos veinte años, que en algunos aspectos es notable, y de que una parte de aquellos rasgos negativos desapareció, otra parte permanece y se ha vuelto crónica, mucho después de desaparecida la situación que la creó. Ha faltado un proceso amplio de análisis crítico de lo que sucedió, que tuviera como único objetivo la formación a través de la información y del debate, para que todos se beneficiaran de nuestra experiencia cubana y se volvieran más capaces de enfrentar los nuevos retos que estos veinte años nos han deparado. Creo que este es un factor importante entre los que llevan a algunos hoy a la idea errónea de convertir los hechos y situaciones de inicios de los años setenta en un ejemplo agudo de una característica inherente al socialismo, lo que llevaría, consecuentemente, a descalificarlo como sistema y como aspiración de la sociedad.

En mi opinión, ha sido muy positiva la reciente condena pública de los dolorosos episodios de cacerías de brujas o las prácticas infames en

el trato entre compañeros, y tendremos que insistir en ella y sacar provecho de la lección de que lo sano es ventilarlos de ese modo y no dejar que el mal se pudra en lo oscuro y nos pudra lo hermoso. El joven Carlos Marx escribió, con razón, que la vergüenza es un sentimiento revolucionario. También será fructífero, y sin duda trascendente, que nos apoderemos de toda nuestra historia, que investiguemos sus logros, sus errores y sus insuficiencias, sus aciertos y sus caídas, sus grandezas y sus mezquindades, y convirtamos el conjunto en una fuerza más para enfrentar los problemas actuales de la revolución y la transición socialista, y para reformular y hacer más ambicioso nuestro proyecto de liberación.

El pensamiento social cubano es uno de los temas que me ha llenado de labores y afanes a lo largo de toda mi vida de adulto. Terminó con unos pocos comentarios muy generales acerca de sus problemas actuales, con el fin de que contribuyan en algo a lo que es para todos nosotros prioritario: el presente y el futuro de Cuba.

Sin dudas, nuestro país venció a la tremenda crisis de la primera mitad de los años noventa. Pero, ¿cómo salió? ¿Qué secuelas le quedaron? ¿En qué medida y en qué formas ellas pueden afectar su rumbo actual? ¿Qué nuevas

dificultades se levantan? ¿Cómo identificar los problemas de fondo, y cómo enfrentarlos eficazmente? La movilización de recursos humanos y materiales para acciones sistemáticas dirigidas contra las desigualdades que se crearon y a favor de aumentar las oportunidades de los grupos sociales más afectados es fundamental para la reconstrucción y defensa del socialismo como línea rectora del esfuerzo social. También lo son las medidas que permitan que el polo socialista sea el más fuerte. Pero es imprescindible congeniar esa movilización y esas medidas con las necesidades y las expectativas de una población que ha multiplicado sus capacidades. Y eso deberá pasar por complejos procesos que de manera organizada y hasta algún punto planeada desarrollen la conciencia, la creación nacional de riquezas y el buen gobierno.

Por si lo anterior fuera poco, todo debe conseguirse en medio de una pugna de vida o muerte con el capitalismo, que va desde la sistemática agresión del imperialismo hasta la siempre renovada persistencia de rasgos del capitalismo entre nosotros, y dentro de cada uno. El capitalismo conduce una formidable guerra cultural mundial, en la que pretende triunfar desde la vida cotidiana y los procesos civilizatorios, y a través de un gran movimiento

de privatización ideal y material. Con armas anticuadas no se puede combatir en esta guerra, y mucho menos con las que nunca sirvieron.

Si algo es seguro para el pensamiento y las ciencias sociales cubanas es que la sociedad los necesita para que la ayuden a enfrentar sus problemas centrales y mantener y formular mejor su proyecto. Pero ni las condiciones en que estas disciplinas trabajan hoy, ni ellas mismas, tienen suficiente desarrollo frente a los retos del presente y del futuro que alcanzamos a entrever. Varios rasgos negativos del mundo espiritual actual pesan sobre ellas. El apoliticismo y la conservadorización de ideas y sentimientos no es nada desdeñable. Afecta a la perspectiva, el contenido y la autovaloración del trabajo de pensamiento y científico social, pero también al tratamiento y la orientación que se le da por parte de órganos de la sociedad. Las influencias externas también suelen proponer paradigmas y asuntos ajenos a nuestras necesidades.

Quiero repetir que contamos con una masa muy numerosa de profesionales capacitados y concientes, y de trabajos investigativos que tienen real calidad, que contamos con instituciones de investigación y de docencia. Pero tenemos un déficit notable en cuanto a formación teórica, urge superar el medio teórico existente y, sin embargo, carecemos de información al

día al alcance de los interesados –también en cuanto a las ciencias sociales–, y en muchos planteles se sigue enseñando a los adolescentes y jóvenes versiones inaceptables del marxismo. Si no se priorizan los problemas principales del país como temas principales de las investigaciones sociales, se dañarían las relaciones de nuestro campo con necesidades del país, tanto en identificar, plantear bien y ayudar a solucionar problemas como en temas culturales e ideológicos muy importantes. Son muy perjudiciales los límites que se ponen a los investigadores y al conocimiento de los resultados de investigación. Llega a ser habitual para muchos limitarse –o limitar a otros– en unos campos en los cuales para ser militante hay que ser inquisitivo, crítico, audaz, honesto y no temer equivocarse.

Insisto en que el trabajo intelectual en disciplinas sociales en una sociedad de transición socialista está obligado a ser muy superior a las condiciones de existencia vigentes, no sirve de mucho si solo se “corresponde” con ellas. Y el consumo de los productos que una sociedad cultísima elabora acerca de sí misma no puede ser dosificado u ocultado, como si las mayorías no fueran capaces de hacer buen uso de ellos, como si no tuvieran la extraordinaria cultura política de los cubanos, que es la mayor riqueza

humana con que contamos. En una sociedad como la nuestra, que ha hecho una apuesta tan colosal hacia el futuro y ha logrado sobrevivir, resistir y avanzar tanto, no podemos repetir la división entre las élites y la mayoría de la población en la producción y el consumo de los productos intelectuales y culturales valiosos. Esa es una característica del capitalismo, aun en sus formas democráticas; nosotros estamos obligados a trabajar por eliminarla.

Opino que hoy estamos en una coyuntura muy positiva para que se produzcan recuperaciones y avances en el pensamiento y las ciencias sociales cubanas, que hoy están reuniéndose la conciencia, la necesidad y la voluntad. Como en todos los momentos cruciales de las sociedades, los intelectuales –como dijo una vez Raúl Roa–, por estar dotados para ver más lejos y más hondo que los demás, están obligados a hacer política. Y en este caso hacer política es hacer pensamiento y ciencias sociales con calidad, libertad y militancia socialista. Soy optimista respecto a nuestras posibilidades actuales y del futuro inmediato, pero no me refiero a un logro conseguido, sino a una lucha y un propósito que puede unirnos mejor a los cubanos en nuestra diversidad, darnos más fuerzas que las palpables y constituir la mejor defensa del socialismo, que es profundizarlo.

¿Cómo podrán el pensamiento y las ciencias sociales cubanas trabajar eficazmente y a favor de la alternativa socialista? La pregunta nos asoma a un tema crucial, que requerirá grandes esfuerzos y debates. Seguramente tendrán que avanzar mucho para lograrlo. Pero es indispensable también que sean reconocidas y apoyadas en su autonomía militante, que se tenga por buena su especificidad y su ejercicio irrestricto del criterio, que no sean un adorno ni una actividad permitida. Y aunque siempre dependerá de sus labores y sus aciertos el contenido de su éxito, este será posible sobre todo en la medida en que triunfe la alternativa de liberación, la de la solidaridad humana, socialista e internacionalista, no la del individualismo, el egoísmo, el afán de lucro, la soberbia y el poder de unos pocos. Es decir, que triunfe el socialismo sobre el capitalismo, y también que triunfe el socialismo dentro de la transición socialista.

Muchas gracias.

BIBLIOGRAFÍA

- AA. VV. 1966 *Lecturas de Filosofía* (La Habana: Departamento de Filosofía - Universidad de La Habana).
- Guanche, J. C. 2007 “El poder debe estar siempre al servicio del proyecto” en *La Jiribilla de papel* (La Habana: ICL), N° 66: 16-18.
- Guevara, E. 2007 (1965) *El socialismo y el hombre en Cuba* (La Habana: Ocean Sur).
- Kohan, N. 2006 “Pensamiento Crítico y el debate por las ciencias sociales en el seno de la revolución cubana” en VV. AA. *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano* (Buenos Aires: CLACSO).
- Pogolotti, G. 2006 *Polémicas culturales de los 60* (La Habana: Letras Cubanas).

PALABRAS AL RECIBIR EL PREMIO NACIONAL DE CIENCIAS SOCIALES*

Ante todo, un recuerdo emocionado y cariñoso para quien no está hoy aquí, el Premio Nacional del año pasado, Francisco Pérez Guzmán. Panchito fue un hijo de las clases humildes de Cuba, un joven revolucionario que con una tenacidad maravillosa se hizo historiador, y llegó a ser un científico social sumamente destacado, sin perder un ápice de su calidad humana. De pronto nos dejó, abriendo en nosotros un surco profundo de dolor.

Me tomó por sorpresa este premio, el Día de los Inocentes –yo que no lo soy–, y solo lo creí por venir de Edel la noticia, y de Julio

Fernández Bulté.¹ Mucho le agradezco al Jurado sus criterios y la decisión a la que llegó, de otorgarme el Premio Nacional de Ciencias Sociales. Enseguida, una avalancha de felicitaciones me conmovió, pero me trasladó de la primera y muy personal sensación de alegría por la distinción, a un terreno que me es mucho más familiar: casi todos veían, como yo, que se premiaba la labor y la consecuencia de un individuo, pero sobre todo una posición determinada ante el pensamiento y las ciencias sociales, y ante la relación entre ellos y la sociedad, y les parecía muy bien que eso sucediera. Ya puestos en esa dimensión, varios me dijeron: “nos están premiando a nosotros”. Y tenían razón. Además de que eso me tranquiliza, porque no he esperado nunca estos homenajes y no sé bien como conducirme, me place mucho ser

* Palabras pronunciadas en el acto de otorgamiento, el 10 de febrero durante la Feria Internacional del Libro 2007, en La Cabaña. El Premio Nacional de Ciencias Sociales 2006 le fue otorgado por el Instituto Cubano del Libro y la Academia de Ciencias de Cuba. Publicadas posteriormente en: Martínez Heredia (2010 [2008]: 71-79).

1 El profesor de Derecho Julio Fernández Bulté fue el presidente del jurado. Edel Morales, director del Centro Cultural Dulce María Loynaz, ha sido organizador de estos premios.

aquí el representante de esa posición y de tantos buenos hombres y mujeres. Sé que estarán de acuerdo si los simbolizo en uno, en Hugo Azcuy Henríquez.²

¿Qué decir el día 10 de febrero?, me pregunté varias veces, hasta que la inminencia me hizo decidirme. Lo mejor es seguir el orden mismo de las cosas. Por consiguiente, abordar los hechos personales, a los que refiere el Jurado, con toda procedencia, [en] su veredicto; y enseguida, mi posición ante el pensamiento y el conocimiento social, que de entrada entiendo como una actividad autónoma y específica, un ejercicio del pensar del individuo, que debe ser más libre que otras tareas suyas, y estar puesta siempre al servicio del cambio revolucionario de las personas y la sociedad.

2 [N. de la Ed.] Hugo Marcial Azcuy Henríquez participó en los combates estudiantiles en contra de la tiranía de Batista, cercano a los hermanos Sergio y Luis Saíz Montes de Oca. Fue militante del Movimiento 26 de Julio y, tras el triunfo de la Revolución, ingresó a estudiar Derecho. Junto con FMH y otros, conformó el primer grupo de profesores del Departamento de Filosofía de La Habana desde 1963 hasta su cierre en 1971. Desde entonces se forjó una amistad entre ambos. Coincidirán a partir de 1991 en el Centro de Estudios de América hasta su cierre en 1996, año en que también muere Azcuy de un paro cardíaco.

Al mirar desde aquí un camino que ya es largo, aunque no aburrido, me doy cuenta que amé la Historia desde que era un muchacho, estudié Derecho porque era lo que debía llegar a hacer –pero me encantó y lo estudié bien–, saqué a Keynes de la biblioteca circulante a los 20 años, me hice íntimo de *El Capital* no mucho después y me fui por las intrincadas veredas de la Economía, urgido por nuestro subdesarrollo y por la lucha contra el sistema imperialista. Hice investigación sociológica de campo acerca de acuciantes problemas cubanos, y estudié clásicos de la Sociología en esos mismos años sesenta. También traté de conocer y valerme de la Psicología social. Después supe que era ciencia política lo que había venido haciendo desde el inicio con tanto ardor, entre las ideas de Fidel, el Che, Martí, Lenin, Mao, los argumentos de Rousseau y de Montesquieu, y las asechanzas del sectarismo. Pero la Filosofía me emboscó, en el mejor estilo de entonces, me cambió el FAL por un *Manual* de Konstantinov, y eso dio lugar a una década de combates intelectuales.

No fue por versatilidad que me metí de cabeza en tan amplio espectro de las ciencias sociales, como ha constatado mi Jurado. Fue por necesidad, y por la gran ambición del proyecto en que he militado desde entonces hasta

hoy. “Sería un error creer que porque nos hicimos marxistas sucedió todo, cuando la verdad es que nos hicimos marxistas por todo lo que sucedió”, escribí hace años, y eso es muy cierto. La Revolución cubana de los años sesenta estaba cambiando a fondo las vidas, las relaciones sociales y las instituciones, y no quería detenerse ante nada. Pese al tremendo trabajo que nos costaba conquistar los avances de la modernidad, pretendía al mismo tiempo criticar su esencia egoísta y su sentido burgués, y superarla en un nuevo proceso creador, de liberaciones. No podíamos conformarnos con modernizar las profesiones de ciencias sociales, había que revolucionar esas ciencias a la vez que se aprendían sus técnicas y sus fundamentos, utilizarlas para investigar y plantear mejor nuestros problemas –durante aquella década se desató en Cuba una verdadera fiebre de investigaciones sociales–, y contribuir así a que los juicios y las decisiones de las instituciones y los dirigentes fueran más fundados y mejores. En suma, queríamos trabajar y fundar una ciencia social, que fuese capaz de comprender nuestra angustia y nuestra maravilla, de plantear los cómo, de poner ladrillos en el proyecto, de ayudar a la gran revolución de liberación, y no a una modernización progresista de la dominación.

Esa fue la base de nuestra aventura en el marxismo. Fue difícil, porque no era un asunto académico. El marxismo era la forma más intelectual del proyecto cubano de ser comunistas, satisfacía la necesidad de creencia de un pueblo que estaba abandonando las creencias que habían regido, era la ideología política que pretendía enlazar el núcleo revolucionario de liberación nacional, martiano, de la cultura política cubana, con el socialismo, la apuesta mundial del siglo XX, que había sido bautizado con sangre en Girón. Y era también un territorio en disputa, no solo intelectual sino en cuestiones de poder. Todo se complicaba en extremo, porque la corriente principal del marxismo en aquel momento lo reducía a una ideología de obedecer, legitimar y clasificar.

El grupo de jóvenes al que yo pertenecía –el Departamento de Filosofía de la Universidad, que estaba en la calle K 507, en el Vedado–, tomó muy en serio la tarea intelectual que emprendió. El presidente Osvaldo Dorticós nos había reclamado en 1964 que incendiáramos el océano, aunque, decía, no se sepa cómo hacerlo. Enseguida aprendimos que para esos menesteres hay que andar con fuego. Recordaré solamente a la revista *Pensamiento Crítico*, porque en estos mismos días se cumplen cuarenta años de la aparición de su primer número.

Nosotros la hacíamos, no nos preguntábamos qué era. Recuerdo con cariño a todos los que trabajaron en la revista, a los que colaboraron con ella, a tanta gente tan valiosa de la América Latina para las cuales *Pensamiento Crítico* fue un arma en aquel tiempo de armas, a compañeros de Estados Unidos y otros lugares del mundo. Pero como aquella publicación trascendió, y no ha sido olvidada, me permito leer algo de lo que le dije a Julio César Guanche cuando me preguntó, a nombre de mi entrañable *La Jiribilla*, acerca de *Pensamiento Crítico*.³

Una de las ventajas de la revista fue la de deberse a la Revolución, pero sin convertirse en una oficina determinada de una instancia específica. Eso le daba la posibilidad de expresarse como revolucionaria, pero sin otra sujeción que la del compromiso libre y abiertamente asumido con la revolución. Opino hasta hoy que sin esa condición el pensamiento revolucionario no logra aportar, y no puede satisfacer por tanto la necesidad inexorable de pensamiento que tiene la política revolucionaria. La revista era polémica, y más de una vez sumamente polémica. De no ser así, no hubiera valido la pena.

Fue un hecho intelectual protagonizado por jóvenes de la nueva Revolución, que tenía como contenido los problemas principales de su tiempo, desde una militancia revolucionaria del trabajo intelectual. Combatió con ideas, con la elección de sus temas y con la presentación de hechos, problemas e interrogantes que las estructuras de dominación suelen ocultar o deformar, sin temor a la crítica de las ideas y del propio movimiento al que entregábamos nuestras vidas, en busca de la creación de un futuro de liberaciones y bienandanzas. Pensó por ser militante, no a pesar de serlo, y fue una de las escuelas de ese ejercicio indeclinable. Contribuyó a la formación de numerosos revolucionarios y su práctica significó un pequeño paso hacia adelante en la difícil construcción de una nueva cultura. Creo que hizo reales contribuciones al pensamiento y las ciencias sociales cubanos, en varias direcciones y sentidos, pero me parece mejor que sean otros los que entren a valorarlas. En aquellos tiempos, entre todos los involucrados conseguimos hacer retroceder la colonización mental. *Pensamiento Crítico* fue uno más entre los escenarios de aquel combate de ideas (Guanche, 2007: 16-18).

Participar en esa aventura del pensamiento fue un gran premio. Es cierto que no ganamos, que terminamos mal, pero no fuimos

3 [N. de la Ed.] Véase la entrevista completa en la última sección de esta antología.

derrotados. Por dos razones. Si uno no se rinde nunca, si no se amarga ni se torna una pieza de museo, conserva intacta su humanidad y puede servir más. Eso he tratado de hacer en todos estos años, tanto en Cuba como en mi patria grande, la América Latina, en tareas intelectuales y en otras prácticas. Sin embargo, la segunda razón es la decisiva. La revolución cubana no se secó, como otros procesos que encontraron sus límites y se enredaron trágicamente en ellos. Sobre estas décadas de su proceso contemporáneo he escrito cientos de páginas y he hablado muchas horas, no intentaré repetirme aquí. Viva en sus contradicciones, la revolución relanzó el gran desafío en 1985-1992, y demostró su justicia y su fuerza en el peor escenario de crisis económica e internacional posible. Otro es su mundo y es ella misma, a la vez, en estos últimos años en que reafirma su carácter anticapitalista después de importantes cambios y en medio de una tremenda guerra cultural.

El pensamiento y las ciencias sociales cubanas no tienen suficiente desarrollo frente a los desafíos del presente y el futuro que podemos entrever. Claro que contamos con una masa muy notable de profesionales capacitados y de trabajos muy serios realizados y en curso, tenemos instituciones de investigación y de

docencia. Pero el golpe terrible que recibieron hace treinta y cinco años todavía pesa sobre el pensamiento y las ciencias sociales nuestras, porque aunque una parte de sus efectos negativos desapareció, otra parte permanece y se ha vuelto crónica. Tenemos un déficit notable en cuanto a formación teórica. Los temas principales que la realidad propone no siempre son los que se investigan; los límites que se ponen a las indagaciones, y al conocimiento de sus resultados, son perjudiciales. Llega a ser habitual para muchos limitarse –o limitar a otros– en unos campos en los cuales para ser militante hay que ser inquisitivo, crítico, audaz, honesto y no temer equivocarse.

No me canso de repetir que el trabajo intelectual en disciplinas sociales en una sociedad de transición socialista está obligado a ser muy superior a las condiciones de existencia vigentes. No sirve de mucho si solo se “corresponde” con ellas. Y el consumo de los productos de una sociedad cultísima acerca de sí misma es dosificado u ocultado, como si las mayorías no fueran capaces de hacer buen uso de ellos, como si no tuvieran la extraordinaria cultura política de los cubanos, que es la mayor riqueza humana con que contamos.

Pido prestadas al Che dos frases suyas, en aquel debate formidable de 1963-64, cuando

dirigentes e intelectuales discutieron cuestiones fundamentales para la vida y el futuro del país en las revistas habaneras: “¿Por qué pensar que lo que *es* en el período de transición, necesariamente *debe ser*? Y la otra: “no hay que desconfiar demasiado de nuestras fuerzas y capacidades”.

En una sociedad como la nuestra, que ha hecho una apuesta tan colosal hacia el futuro y ha logrado sobrevivir, resistir y avanzar tanto, no podemos repetir la división entre élites y mayorías en la producción y el consumo de los productos intelectuales y culturales valiosos, que caracteriza a los sistemas de dominación. Soy optimista, pero no me refiero a un logro conseguido, sino a una lucha y un propósito que puede unirnos mejor a los cubanos en nuestra diversidad, darnos más fuerzas que las palpables y constituir la mejor defensa del socialismo, que es profundizarlo. Todo lo importante es muy difícil, y solo se obtiene combatiendo. Solo tendremos lo que sepamos conquistar, solo conservaremos lo que sepamos defender.

Perdónenme entonces que termine volviendo a mí, es que la ocasión lo pide. Siento que lo que he expresado sobre hechos pasados no son recuerdos personales, es una recuperación de la memoria histórica. Pero lo fundamental para mí sigue siendo lo que me falta por hacer.

Es lo más apasionante, lo que más me gusta. Debo hacer más ciencia social con los valores que ella debe tener, ayudar a la recuperación y el avance del pensamiento social en Cuba y seguir acompañando a nuestros hermanos que luchan, en América Latina y el mundo. No veo este Premio como un reconocimiento a lo que ya hice en la vida, sino a lo que puedo estar haciendo hoy, y sobre todo a lo que haré en un futuro más bien próximo. Y entonces, por fortuna, deja de llamarse premio y se convierte en una reclamación, en una exigencia de conducta y de productos, en un desafío. Lo acepto, como el premio verdadero.

Muchas gracias a todos.

BIBLIOGRAFÍA

- Guanche, J. C. 2007 “Entrevista a Fernando Martínez Heredia, a propósito del Premio Nacional de Ciencias Sociales” en *La Jiribilla de Papel* (La Habana) N° 66: 16-18, febrero.
- Martínez Heredia, F. 2010 [2008] *El ejercicio de pensar* (La Habana: ICIC Juan Marinello & Ruth Casa editorial) Segunda edición.

PRESENTACIÓN NÚMERO 1 DE LA REVISTA *PENSAMIENTO CRÍTICO*, FEBRERO 1967*

Hoy todas las fuerzas sociales de nuestro país están en tensión creadora; lo exigen la profundización y la magnitud de las metas de la Revolución. Contribuir a la incorporación plena de la investigación científica de los problemas sociales a esa Revolución es el propósito de esta publicación.

Nuestro punto de partida: por una parte, que las teorías surgen o se desarrollan en el análisis de las situaciones concretas; por otra, que la formación teórica es indispensable a los

* Martínez Heredia, F. 1967 "Presentación" en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 1: 2, febrero.

[N. de la Ed.] El Departamento de Filosofía de la Universidad de la Habana creó la revista *Pensamiento Crítico*, de la que Fernando Martínez Heredia fue su director. De febrero de 1967 a junio de 1971, esta publicación contó con 53 números y un tiraje mayor a los 10 mil ejemplares cada mes. FMH es el autor del texto editorial del primer número, aunque en el original aparece sin autor. Lo publicamos en esta antología por ser expresión individual y colectiva de uno de los episodios intelectuales más destacados de Cuba en los años sesenta y porque en él se expresa una visión que FMH hará propia a lo largo de toda su vida.

investigadores. De acuerdo a ello, intentaremos informar sobre las problemáticas actuales y las opiniones que sobre ellas existen, a través de artículos inéditos de cubanos y extranjeros, y de la reproducción de artículos seleccionados de las más diversas publicaciones del mundo.

En este primer número presentamos, en su aspecto latinoamericano, el problema crucial de nuestro tiempo: la lucha tricontinental antiimperialista, que se propone, en Vietnam, Guinea o Venezuela, conquistar para los pueblos la dignidad humana, sin la cual el propio oficio intelectual no tendría posibilidad ni sentido. Los nombres de algunos autores –Camilo Torres, Fabricio Ojeda– nos recuerdan que no es la crítica la gran transformadora, sino la Revolución.

Opinamos que el intelectual revolucionario es, ante todo, un revolucionario a secas, por su posición ante la vida; después, aquel que crea o divulga según su pasión y su comprensión de la especificidad y el poder transformador de la función intelectual. Si la primera condición existe,

le será fácil coincidir con la necesidad social. Con arreglo a esta opinión trabajaremos.

PRESENTACIÓN*

Este volumen ha sido compuesto con el único objeto de servir a las necesidades bibliográficas de los alumnos de Filosofía Marxista I y II. Como casi todas las cosas, esta selección tiene su razón de ser.

La divulgación ordenada de lo adquirido – que siempre será para una ciencia un fragmento del conocimiento posible– es, sin duda, válida y necesaria.

Pero hay algo más: el conjunto de problemas que la realidad le presenta a una ciencia constituye su fe de vida, el tratamiento de ellos es condición de su desarrollo. Una divulgación sin

problemas es mera declamación. Si, además, pretende a la vez ser un tratado contentivo o explicador de todo lo existente, se convierte en una limitación real de la posibilidad de pensar del alumnado. Y, naturalmente, niega la existencia de la ciencia que pretende divulgar.

Esto no perjudicaría solo a la información – que es un aspecto de la Enseñanza–, sino a algo más importante; la formación científica que la Universidad está obligada a dar al trabajador intelectual.

En el caso del marxismo la situación es más compleja, ya que se trata a la vez de formación científica e ideológica (en el grado en que esta última se gane estudiando). La teoría y los ideales del marxismo-leninismo están en la base de nuestra lucha por el socialismo y el comunismo, y llamamos marxistas-leninistas a los que guían consecuentemente a sus pueblos a la toma del poder para liquidar la opresión imperialista y la explotación.

No tenemos actualmente textos de divulgación que llenen estas necesidades. Los manuales

* Este texto apareció, sin firma, en enero, en el libro: Anónimo 1966 “Presentación” en AA. VV. *Lecturas de Filosofía* del (La Habana: Departamento de Filosofía - Universidad de La Habana) p. 5.

[N. de la Ed.] Se publicó también en la segunda versión de *Lecturas de Filosofía* (AA. VV., 1968). En este texto se exponen de modo sintético concepciones básicas sobre el pensamiento marxista, el comunismo y la revolución que girarán el quehacer intelectual del Departamento y de FMH más allá de esa experiencia.

existentes para nuestra disciplina son resultado de una apreciación deformada y teologizante del marxismo. Sabemos que la mejor selección posible de obras y fragmentos –diversidad de autores, épocas, estilos, propósitos– es defectuosa. Por otra parte, la concepción marxista no es una suma de elementos “materialistas dialécticos”, y, desde un punto de vista pedagógico, sería mejor resaltar expresamente la integración de un conjunto de puntos de vista sobre cuestiones diferentes, lo que, forzosamente, falta en este volumen.

Sin embargo, esperamos superar estas dificultades a través de la actividad docente y el trabajo conjunto de profesores y alumnos, y del desarrollo de trabajos organizados de divulgación para el aspecto bibliográfico de nuestra tarea. Solo en esta ruta cumpliremos la parte que nos toca en la formación de una conciencia socialista, largo proceso que, como señalara el comandante Fidel Castro, es indispensable para alcanzar una sociedad comunista.

MARX Y EL ORIGEN DEL MARXISMO*

La fuerza propulsora de la historia, incluso la de la religión, la filosofía y toda otra teoría, no es la crítica, sino la revolución (La ideología alemana. Marx, 1846).

Este texto pretende seguir a Marx a través de los momentos importantes del desarrollo intelectual que culmina en la formulación

* Publicado en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 41: 10-47, junio de 1970.

[N. de la Ed.] La primera nota del mismo decía “Este artículo constituye el capítulo II de un trabajo más extenso, en preparación”. Desde aquellos años FMH proyectó la elaboración de un libro sobre el pensamiento de Carlos Marx. Proyecto que solo pudo continuar a partir de un curso que impartió a algunos jóvenes cubanos en los años 2007 a 2010. La obra debía conformarse por tres tomos en los que el desarrollo del pensamiento de Marx se contrapunteaba con la historia de Cuba y los procesos revolucionarios de aquel momento hasta la actualidad. Actualmente, Esther Pérez está trabajando en la edición de los materiales intermedios que dejó FMH para su próxima publicación.

primitiva de su teoría social. Le interesa mostrar la complejidad de relaciones entre los presupuestos ideológicos y la formación de una nueva corriente de pensamiento, y el despliegue teórico de la misma. Su premisa es que Marx merece ser estudiado a partir de sus propios descubrimientos acerca de los sistemas ideológicos en la formación social capitalista.

Sin sobrestimar la importancia del origen en el estudio del marxismo de Marx, estimamos que, entre otros aspectos, ejerce una función de decantación de la posición teórica e ideológica que el marxismo inaugura, y nos ayuda a establecer qué herencia asumimos y a qué legado renunciamos.

1.

Estudiante aficionado a la filosofía, Marx no hizo nada desusado al entusiasmarse por Hegel: el hegelianismo era la filosofía de moda en las

universidades alemanas por 1837.¹ Pronto ingresó en un grupo importante en la historia cultural de Alemania, el Club de los Doctores, del cual salió el movimiento de la izquierda hegeliana. Köppen y Bruno Bauer –el más destacado de los neohegelianos– admiraron pronto al joven estudiante.

La polémica que dividió a los hegelianos alrededor del carácter sagrado de los Evangelios no es tan absurda como pudiera parecer. El hegelianismo “ortodoxo” era aceptado por las autoridades educacionales prusianas y sus profesores por su defensa filosófica de la soberanía del Estado y de su supremo derecho contra el individuo, tan caros al absolutismo. Pero el malestar

político alemán, que no podía desplegarse ideológicamente en la actividad de un fuerte partido burgués radical, se expresó en el desarrollo de la crítica filosófico-religiosa de las posiciones “ortodoxas”, emprendida por jóvenes intelectuales a partir de elementos contradictorios de la propia filosofía hegeliana [*Vida de Jesús*, de David Strauss (1835)], continuada por el intento de Bruno Bauer de construir una filosofía crítica de la religión dentro de la concepción de Hegel, hasta culminar en L. Feuerbach, que desecha el hegelianismo y proclama que es el hombre quien crea a la religión y no la religión al hombre [*Esencia del cristianismo*, Feuerbach (1841)].

La discusión teológica era un campo cultural muy frecuentado en Alemania desde los tiempos de Lutero; por otra parte, la producción filosófica inmediata era muy importante (Kant, Fichte, Hegel). El interés estatal en los asuntos religiosos y la ferocidad de la censura le daban más contenido opositor a la crítica religiosa. Pero los “jóvenes hegelianos” también se interesaron directamente por la política, aspirando a la monarquía constitucional, escribiendo sobre el Terror jacobino, etc.² La expresión a

1 Marx nació en Treveris el 5 de mayo de 1818, hijo de un abogado hebreo cristianizado. Su ciudad natal está en Renania, región occidental alemana en que por determinadas condiciones económicas y sociales, y la influencia de los ocupantes franceses, había más desarrollo industrial, más pequeños propietarios y más tendencias liberales que en otras regiones del reino de Prusia al que pertenecía. Marx se graduó de bachiller en Treveris y fue a estudiar jurisprudencia a Bonn (1835) y al año siguiente a Berlín.

Para una comprensión de la vida de Marx en relación con su obra, ver su biografía por Franz Mehring (1964), texto muy notable por su vigor revolucionario y su retrato humano del pensador.

2 “No debe creerse que el club de los Doctores se limitaba a reunir personas cultas para discutir ininterrumpidamente sobre cuestiones filosóficas. La mayor

veces subversiva no envolvía, sin embargo, un propósito de acción inmediata: una revolución espiritual era predicada por Bauer, revolución que no se proponía objetivos terrenales sino como consecuencia de su triunfo filosófico.

Marx compartió con ellos hasta 1841, en que presentó su tesis doctoral en la universidad de Jena. Pretendía ser docente en Bonn, con ayuda de su amigo Bauer, que había tenido que abandonar Berlín cuando comenzaron a arreciar las presiones del gobierno prusiano; ambos fundarían también una revista radical. Quizá sea más relevante que la tesis su corto prefacio, de un ateísmo subversivo que asustó al propio Bauer.³ Del proyecto nada quedó: Bauer fue arrojado de la docencia y para Marx se cerró esa posibilidad. La censura se hace más rígida y Marx comienza su carrera política con un artículo contra ella.

parte de los socios eran jóvenes exuberantes y siempre prestos a las más audaces empresas. La protesta contra el necio filisteísmo y la mezquindad y estupidez de la policía, que pretendía reglamentar la vida privada, asumía a veces la forma más turbulenta” (Nikolaevskij y Maenchen-Helfen, 1969: 59). Hay edición española.

³ El tema de la tesis era: *Diferencias entre la filosofía natural en Demócrito y en Epicuro* (Marx, 2014 [1841]). El prefacio puede leerse en *Sobre la religión* (Marx, 1959d: 13-15).

2.

En 1842-1843 es redactor jefe del periódico *La gaceta renana*, de Colonia, empresa de liberales burgueses que bajo Marx, naturalmente, termina clausurada por el gobierno prusiano. En el periódico comenzó su formación revolucionaria a través de su crítica de realidades sociales de opresión y explotación. El joven filósofo ha vuelto a su provincia dominado “por un humanismo racionalista liberal”:⁴ “la libertad es la esencia del hombre como la gravitación es la esencia de los cuerpos”, es la formulación metafísica de su principio. Nadie puede contra la naturaleza, en este caso naturaleza humana. El principio hegeliano de las relaciones Estado-individuo se adopta solo parcialmente: la historia es un proceso abstracto de realización de la libertad, aún a través de su negación; la libertad no es resultado del libre arbitrio, pero tampoco de la identidad entre la obligación ante el Estado y la libertad individual (Hegel; citado por Marx, 1966a: 21, § 261 n.). La libertad humana es autonomía, obediencia a la ley interior

⁴ En “Marxismo y humanismo” (Althusser, 1966). Esta colección de artículos recoge uno de los esfuerzos de investigación más notables realizados en esta década acerca del origen del marxismo.

de la razón, que debe realizarse en el Estado. Pero el deber ser del individuo y el ser real del Estado no coinciden: “La corrección de las constituciones estatales debe ser juzgada de acuerdo con la esencia del Estado mismo, de acuerdo con la naturaleza de la sociedad humana” (Marx, 1959a: 34). La filosofía exige que el Estado sea el Estado de la naturaleza humana.

Para Marx, el campo de acción del crítico que lucha por la libertad es el periodismo. Se trata de una filosofía de la iluminación, que intenta en la última instancia convencer al Estado mismo para que asuma su esencia, y esta filosofía debe realizarse como actividad publicística. La lucha es ante todo por la libertad de prensa.⁵

Pero no fue contra el concepto de censura que tuvo que batirse el periodista sino contra sus “modalidades de existencia”, contra la censura misma. La breve historia de *La gaceta renana* bajo Marx fue la conversión de un modesto periódico liberal alentado por el gobierno prusiano contra el clericalismo, en un órgano

5 “Entonces se trata de si lo que vive en la realidad pertenece al dominio de la prensa. La libertad de prensa ya no es un problema de un contenido particular de la prensa, sino del problema general de si la prensa debe ser realmente tal, es decir, una prensa libre” (Marx, 1959a: 31).

de denuncia de los desmanes políticos y la situación social en Renania, que veía aumentar diariamente sus suscriptores y se convertía en uno de los más prestigiosos y citados diarios alemanes. Los burgueses de Colonia, que pensaron que con algunos jóvenes neohegelianos podrían tener un buen periódico, pronto se asustaron ante las medidas del gobierno⁶ y la fama de subversiva que alcanzó la Gaceta.

Marx se hizo conocido por su artículo en defensa de la libertad de prensa (mayo 5 de 1842), pero pronto se encontró “sujeto a la perplejidad de tener que tratar de intereses materiales que no estaban previstos en el sistema ideológico de Hegel” (Mehring, 1964): se puso del lado de los campesinos pobres que eran reprimidos a partir de la ley contra los robos

6 La gaceta renana se publicó de enero 1° de 1842 al 31 de marzo de 1843. Sólidos burgueses como L. Camphausen y R. Schramm figuraban entre los accionistas, junto a cultos y ricos médicos y abogados. Jung, Moses Hess, Oppenheim, Rutenberg, jóvenes hegelianos, controlaron pronto la redacción. Marx colaboró con artículos hasta octubre 15, en que [está] encargado de la jefatura de redacción. En enero había triplicado los suscriptores y recibía colaboraciones de toda Alemania [...] y había llegado a tener dos censores a la vez. El gobierno prusiano vaciló mucho antes de suprimirla, por las protestas de los liberales renanos.

de leña, instrumento burgués para arrebatarles los remanentes de sus derechos comunales. Rara combinación de espíritu atraído hacia la política práctica y la profundización científica a la vez, “pasó del terreno de la pura política al campo de los hechos económicos y al socialismo”. Un ejemplo de esta actitud es su polémica con la *Gaceta general de Augsburgo*, que acusaba a *La gaceta renana* de veleidades comunistas: Marx anuncia que someterá a una crítica fundamental las ideas comunistas “tras estudios detenidos y profundos”. En realidad tuvo que luchar contra su propia concepción de alcanzar transformaciones radicales a través del convencimiento de los gobernantes, y la alternativa de la revolución fue dominando sus ideas en medio de la lucha contra la censura, la denuncia de las represiones en el campo y la comprensión de la opresión social, y mucho más por ellas que por el estudio iluminador de la conciencia de la literatura socialista que había comenzado a leer.⁷

En este camino se perdió su amistad con los neohegelianos de Berlín. La historia de esta ruptura puede leerse en Mehring; aquí solo

me interesa señalar que Marx da la espalda al círculo intelectual de sus años juveniles cuando los ve incapaces de crear otras cosas que frases huecas en medio de la crisis alemana. No será más que su primera ruptura: su estatura intelectual y su capacidad de trascender revolucionariamente al mundo de la burguesía lo abocarán más de una vez a una magnífica y terrible soledad.

Al salir del periódico ya estaba lejos de una concepción especulativa de la política: “[...] reputo la suspensión del periódico como un progreso de la conciencia política, razón por la cual dimito [...] no tiene nada de agradable el prestar servicio de esclavo, ni aún para la libertad, teniendo que luchar con alfileres en vez de luchar con masas. Estaba cansado ya de tanta hipocresía, de tanta tontería, de tanta brutal autoridad, y de tanto silencio, tanto zigzaguo, tantas retiradas y palabrerías [...] en Alemania ya no tenemos nada que hacer. Aquí, lo único que uno consigue es falsearse a sí mismo” (Mehring, 1964, 79-80).

3.

Recién casado, Marx pasó el verano en Kreuznach, residencia de su suegra, y se

7 Proudhon (1945) ¿Qué es la propiedad?; Dezamy: *Calumnia y política de M. Cabet*; Leroux, *Considerant* y otros (Nikolaevskij y Maenchen-Helfen, 1969: 71).

marchó a París a fines de octubre con su esposa Jennie.⁸ En los meses de Kreuznach, dedicados al estudio, llenó varios cuadernos de notas consagrados a la crítica de la *Filosofía del derecho* de Hegel (Marx, 1966), que nunca publicó. Ellos constituyen el documento filosófico de una crisis: la mente del joven filósofo revolucionario no resiste ya la frontera de su propia educación hegeliana, como su actividad no tolera ya las mordazas legales que existen en Alemania.

No debe entenderse restringido el objeto de su crítica por el título de la obra de Hegel; ella constituye, de hecho, un intento de demostrar la inutilidad metodológica del apriorismo hegeliano, en el cual se *componen* las ideas particulares de lo existente a través de universales ideales que se relacionan dialécticamente, para ofrecer un cuadro aparentemente ordenado e iluminado por los universales (por ej. necesidad y libertad). Este método no tiene otro contenido que la reproducción empirista de los datos reales, no mediados por un

8 “El 13 de junio de 1843 contrajeron matrimonio el señor Carlos Marx, doctor en Filosofía, residente en Colonia, y la señorita Johanna Berta Julia Jenny de Westfalia, sin ocupación, residente en Kreuznach” (Nikolaevskij y Maenchen-Helfen, 1969: 86).

trabajo científico productor de conceptos. No hay lugar, naturalmente, para la idea de una liberación del “método” de la prisión del “sistema” como centro de la crítica de Hegel por Marx, muchas veces repetida en la literatura marxista. Por el contrario, hasta donde consiga avanzar, Marx intenta moverse en un terreno metodológico esencialmente diferente al hegeliano.⁹

9 La investigación contemporánea acerca del joven Marx y sus relaciones con la filosofía de Hegel se ha enriquecido extraordinariamente con los trabajos de un grupo marxista italiano, cuyo iniciador fue Galvano Della Volpe (1963: 101-102), que entiende que la *Crítica...* “contiene las premisas más generales de un nuevo método filosófico”. Entre numerosos estudios sobre Marx se destacan los de Lucio Colletti (1958) *El marxismo y Hegel*; Mario Rossi (1960-1963) *Marx e la dialettica hegeliana*, Vol. I y II obra profunda y voluminosa; Umberto Cerroni (1975) *Marx y el derecho moderno*; Pietranera, Iluminati y otro. Louis Althusser, que ha dedicado a la interpretación del núcleo teórico de la obra de Marx lo fundamental de su obra (*Por Marx y Leer El Capital*), difiere en algunos aspectos muy importantes de la argumentación de los italianos; p. ej., cf. “El marxismo no es un historicismo” (Althusser, 1968: 59-89). En lo que atañe al origen del marxismo nos referiremos a la posición de Althusser hacia el final de este artículo.

Pero sobre este tema solo quisiéramos destacar ahora que la investigación de Marx tiene un objeto muy significativo: las relaciones entre la familia, la sociedad civil y el Estado, pero considerándolas como instituciones conceptualizables *a partir de realidades particulares*. Entonces la crítica a la metodología y la construcción especulativa hegeliana se expresa en crítica de la teoría del Derecho Público: “[...] el hecho consiste en que el Estado surge de la multitud tal como ésta existe como miembros de la familia y de la sociedad civil; la especulación enuncia el hecho como hecho de la idea, no como la idea de la multitud, sino como hecho de una idea subjetiva, diferente del mismo hecho [...]. Lo real llega a ser fenoménico, pero la idea no tiene otro contenido que este fenómeno. Tampoco la idea tiene otra finalidad que la finalidad lógica: ‘ser para sí espíritu real infinito’” (Marx, 1966a: 27).

En Hegel se ha reducido a pura lógica la posibilidad de investigación social.

Contrariamente, Marx exige el estudio de las realidades *particulares* como fuente de las abstracciones universales; y debate el problema de la contradicción entre el interés individual y el interés estatal, y el de la soberanía popular, refiriéndolos al Estado

político y a la sociedad civil (burgueses). El rechazo de la falsa unidad de la esfera política y la social en la teoría del Estado de Hegel le lleva al estudio de la realidad de la sociedad civil en la sociedad burguesa, tema de sus trabajos inmediatamente posteriores. Busca una solución orgánica al problema de la unidad entre el hombre y el género, en el terreno de una relación determinada en una sociedad históricamente dada: encontrará su teoría de la formación social capitalista y de la revolución proletaria; pero todavía no hemos recorrido todo el camino.

4.

Con Luis Feuerbach alcanzó su culminación el movimiento filosófico poshegeliano en Alemania. *La esencia del cristianismo* (1841) y las *Tesis provisionales para la reforma de la filosofía* (1842) significaron una respuesta filosófica a la crisis en que la tiranía de Federico Guillermo IV puso a la esperanza neohegeliana de acción bienhechora del Estado. Feuerbach proclamó la necesidad de una *nueva filosofía* para los nuevos tiempos y denunció a la filosofía de Hegel como “el punto culminante de la filosofía

sistemática especulativa”; la solución que aporta su crítica consiste en la inversión del método hegeliano,¹⁰ y así cree encontrar una posición nueva en el problema de las relaciones entre los conceptos universales y sus determinaciones particulares.¹¹

El hombre tiene rasgos esenciales; la esencia humana se enajena en la filosofía especulativa, especialmente en la Idea absoluta hegeliana, cuyo secreto es “la teología especulativa, la cual se diferencia de la teología ordinaria porque coloca aquí abajo al ser divino [...]”.

La esencia del hombre está en su ser genérico, la esencia de la realidad es la naturaleza, “la filosofía es la ciencia de la realidad en su

verdad y su totalidad”. La esencia de la religión está en que el hombre ha perdido su esencia; la unidad enajenada que ella proporciona es el resultado de la condición desvalida del hombre enajenado: “mientras más pone el hombre en Dios, menos tiene en sí mismo”.

Si la historia del hombre es la historia del hombre enajenado:

- a) Hay una esencia preexistente a la historia. No se pierde lo que no se tiene;
- b) La vida del hombre es construida por los hombres. Aunque enajenado, el hombre proyecta y realiza a Dios, a su religión o al reencontramiento con su “ser genérico”;
- c) Hay un abismo entre la esencia del hombre y su existencia “concreta” o “real”;
- d) Habrá una reapropiación de la esencia humana, o por lo menos se reconoce esa posibilidad.

Esta filosofía especulativa se mueve del inicio de los tiempos al fin de los tiempos: quiere ser la crítica definitiva de la especulación y su punto de partida, sin embargo, es especulativo; niega a Hegel y pretende negar todo idealismo pero está colocado en el terreno de Hegel y de todo idealismo. El hombre de Feuerbach es el hombre ahistórico de la antropología filosófica,

10 “El método de la crítica reformadora de la *filosofía especulativa en general* no se distingue del método ya empleado [por Feuerbach en su crítica de la religión. FMH] en la *filosofía de la religión*. No tenemos más que convertir al *predicado en sujeto* y a este *sujeto en objeto (Objekt)* y principio; por tanto, con solo invertir a la filosofía especulativa tenemos la verdad sin velos, pura y desnuda” (Feuerbach, 1842).

11 “El pensador no es dialéctico más que en la medida en que es su propio adversario [...]. El contrario del ser (del ser en general, como lo considera su lógica) no es la nada, sino el ser sensible y concreto. El ser sensible niega al ser lógico, el uno contradice al otro y viceversa” (citado en Pérez y Baeza, s/f).

y su actividad se resuelve en el conocimiento de la esencia *natural* que une a los individuos.¹²

En este año crítico de 1843, es que la razón filosófica y el periodismo legal muestran a Marx sus debilidades, la exaltación feuerbachiana de la primacía de lo sensible y del poder de los sentidos lo entusiasma. Los textos famosos de 1844 estarán llenos de conceptos tomados de Feuerbach, y no es el único neohegeliano en este trance: “todo nos convertimos en feuerbachianos”, recuerda Engels cuarenta años después. Pero en lugar de una crítica de la teología y la filosofía desde las posiciones de la naturaleza, Marx emprende una crítica de la enajenación de los hombres en su vida profana y convoca a una revolución proletaria asignándole a los trabajadores el papel del corazón en

ella, en un principio de unidad con la cabeza, que, naturalmente, es la filosofía.¹³

A riesgo de esquematizar, quisiera resaltar algunos aspectos centrales de la forma específica en que Marx se apropió de esta filosofía:

- a) La reapropiación de la esencia humana es el resultado de una *política práctica: la revolución*;
- b) En nombre de la necesidad de una revolución humana para realizar la esencia humana, Marx emprende una profunda crítica de la revolución burguesa y del régimen político de la sociedad burguesa;
- c) Investiga la enajenación de los hombres en sus “determinaciones” concretas: como enajenación del trabajo y de la condición humana, resultante de la producción, de la distribución, del dinero y del conjunto de las condiciones capitalistas de vida;

12 El principio especulativo que sustenta al sistema de Feuerbach no debe ser empero despreciado a partir del sentido común. Ha inspirado pensamientos vigorosos en la historia de la filosofía, que han aportado mucho a la trayectoria de las ideas y, por otra parte, sobrevive en las concepciones de muchas personas cultas, religiosas o no; desgraciadamente, desde fines del siglo pasado también ha recobrado posiciones en la corriente de pensamiento marxista.

13 “Los aforismos de Feuerbach me parecen desacertados en un punto: hace demasiado hincapié en la naturaleza, sin preocuparse en los debidos términos de la política, con esta alianza la filosofía actual no llegará a ser nunca una verdad [...]” (Marx, “Carta a Ruge, 13 de marzo de 1843”; citado en Mehring, 1964: 81). Sobre la influencia de Feuerbach en Marx, *cf.* la opinión de Althusser (1966: 31-39, 181 y 211-242).

- d) Mediante el concepto de enajenación, su crítica de la Economía Política intenta trascender a los “hechos” económicos e integrarlos, junto a la propia Economía Política, en un sistema más completo de la realidad;
- e) La filosofía y el proletariado se interpenetran: la filosofía crítica debe prender en el proletariado para realizarse, para ser “superada”; el proletariado necesita la filosofía para realizarse. La filosofía del proletariado se realizará en la revolución; tiene así su fin en un oficio extraordinario.

Con razón se ha calificado de humanismo idealista esta antropología de filósofo revolucionario que Marx llamó *humanismo real*; pero creo que contiene en su trabajo teórico mismo elementos para su propia subversión:

- a) Se exige la acción humana para readquirir la esencia humana;
- b) Sus ideas respecto a la esencia humana se van haciendo cada vez más contradictorias en sí mismas. Es cada vez menos sostenible que se trate de readquirir la esencia y no de *forjar una esencia para el hombre*;
- c) Esta nueva perspectiva aparece en el seno de un proceso único de desarrollo de ideas que lo lleva al abandono de la noción misma de esencia (y, por consiguiente, de la idea de enajenación como pérdida de la esencia). La concepción del hombre como un ser real, concreto, históricamente determinado, aunque todavía especulativa en su abstracción “hombre”, caracteriza a una investigación cuyo resultado será la negación de la antropología filosófica: en lugar del “hombre”, los hombres pertenecientes a clases sociales. Una definición señalará el momento último de este pasaje: la esencia humana es el conjunto de las relaciones sociales entre los hombres. Aquí va triunfando ya el Marx marxista sobre la huella de su propia concepción anterior;
- d) La actividad filosófica, económica e histórica de Marx tiene *finés políticos que determinan sus objetos de trabajo*. En la forma especulativa del humanismo filosófico aparece una proclamación nueva: la misión histórica del proletariado de hacer una revolución comunista; esta opinión que Marx no sostiene teóricamente con argumentos sólidos, impulsará sin embargo su trabajo teórico hasta hacerlo trascender al humanismo filosófico y al radicalismo político. Por otra parte, el afán de concreción y de realidad en su objeto de análisis y su extremada virtud crítica,

hacen que el examen de la sociedad civil en su relación con el Estado se resuelva en el estudio crítico de las realidades burguesas.

No podrían encontrarse claves unilaterales en el origen del marxismo, pero entiendo que es de la mayor *importancia teórica* la interacción de las evoluciones política y teórica del joven Marx.

5.

Al marcharse a París, Marx fue al encuentro de un medio político más avanzado que el de los países alemanes. El reino constitucional de Luis Felipe, producto de la revolución de 1830, no lograba ser el vehículo para la liquidación de los restos del antiguo régimen, y la avanzada política burguesa daría todavía otra batalla, la revolución del 48. Pero ya en 1844 la política francesa está fuertemente influida por diferentes ideas más o menos socialistas. La “cuestión social” cautiva a muchos: a los demagogos democráticos de partidos burgueses, a los románticos consumidores de novelas “sociales”, a los socialistas cristianos, etc. Después del fracaso de las sublevaciones obreras de la década anterior aumentó mucho el número de proletarios activos en política, unos en el partido

democrático socialista, que luchaba por la organización del trabajo, el derecho al trabajo y el sufragio universal; otros como partidarios de la abolición de la sociedad burguesa, inspirados en utopías al estilo de *Viaje a Icaria*, de Cabet (1929), o militantes de sectas secretas, como la blanquista, que mantenían la tradición de la revolución popular por la violencia.

Junto a estas últimas organizaciones se habían desarrollado en Francia las sectas alemanas, compuestas por trabajadores emigrados, artesanos en su mayoría, y también por algunos intelectuales, no siempre aceptados por aquellos. La *Liga de los justos*, que existía también en Inglaterra y Suiza, es la única que ha alcanzado la posteridad, porque tres años después Marx y Engels ingresaron en ella, la convirtieron en *Liga de los comunistas* y le escribieron su famoso *Manifiesto* (Cf. Engels, 1959: 356-376, T. II). Guillermo Weitling, humilde aprendiz de sastre, era la cabeza intelectual de la Liga; refugiado en Ginebra, influía sobre los comunistas alemanes de París a través de su revista y de su obra *Garantías de la armonía y de la libertad* (Weitling, 1974 [1842]).

En este año 1844, tan importante en la vida de Marx; su febril actividad intelectual estuvo animada por la decisión de criticar la sociedad existente, puesta al servicio de su

revolucionamiento práctico: la actividad comunista pasó a ser su punto de mira, como en Colonia lo había sido la crítica del mundo por la razón.¹⁴ Se asomó al mundo de las sectas comunistas alemanas y francesas: “La fraternidad no es una frase en las reuniones de los artesanos comunistas, sino la verdad; y la nobleza de la Humanidad nos ilumina en el trabajo de estas figuras endurecidas”, escribía ese mismo año. Admiró su afán de estudio y su energía moral, y vio en los escritos de Weitling los “gigantescos zapatos de niño del proletariado” frente a “la insignificancia de los zapatos políticos rotos de la burguesía alemana”; pero no podía aceptar la nostalgia de estas sectas por la vida precapitalista, los residuos de cristianismo

14 “Nada hay, pues, que nos impida empalmar nuestra crítica a la crítica de la política, a la adopción de posiciones en política; es decir, a las luchas reales [...]. Pero si la construcción del futuro y la creación acabada y definitiva para todos los tiempos no es cosa nuestra, no podemos vacilar un momento acerca de nuestro deber de la hora: la crítica despiadada de cuanto existe, despiadada incluso en la ausencia de preocupación por los resultados a que conduzca y por el conflicto con los poderes existentes” (Marx, “Cartas de los *Anales francoalemanes*”; citado en Mehring, 1964). El capítulo 3 de esa biografía es una lectura importante para la mejor comprensión del origen del marxismo.

primitivo y las prefiguraciones dogmáticas del comunismo, creencias que por lo demás eran muy naturales a un movimiento incipiente de un grupo social que apenas había tenido alguna posibilidad cultural. De todas maneras, admiró su voluntad de crítica y de abatir al capitalismo por la violencia, y les dedicó ya para siempre a las organizaciones comunistas su esfuerzo intelectual y su militancia política.

Con los socialistas franceses tuvo también relaciones; si bien rechazaba su pretensión de transformar la sociedad mediante pequeñas reformas, le interesó la preocupación que mostraban por comprender los problemas políticos de su realidad inmediata. Conoció a Miguel Bakunin, entonces joven aristócrata ruso de ideas revolucionarias, que con el tiempo sería su oponente en la más acerba polémica de la Primera Internacional; y a Pedro José Proudhon, cajista de imprenta autodidacta que emprendió la crítica de la propiedad privada en obras que le dieron una fama de economista y de teórico del proletariado solo superada por el propio Marx. La amistad con Proudhon, fuerte y breve, influyó a ambos: Marx salió ganando de estas discusiones sobre Economía en que terminó comprendiendo que el francés hacía la “crítica de la *economía política* desde el punto de vista de la economía política”; Proudhon

salió perdiendo porque su joven amigo alemán le explicó los secretos de la dialéctica en largas noches de insomnio, con resultados que todo el mundo conoce.

La revista *Anales francoalemanes*, que Marx y Arnold Ruge intentaron editar en París como vehículo de agitación para la futura revolución alemana, no logró sostenerse, y solo salió un número doble en que Marx publicó dos artículos. Tampoco se sostuvo la amistad de los editores. Arnold Ruge, radical que había pasado preso varios años de su juventud y tenía fama como publicista opositorista, admiró al joven Marx desde los tiempos de *La gaceta renana*, y lo entusiasmó con el proyecto de la revista que emprendería en París la unión galogermánica preconizada por Feuerbach. Pero el comunismo no era un ideal aceptable para Ruge, y aunque rompieron por causas poco importantes, en el fondo le repugnaba la atracción que tenía Marx por esa “media docena de aprendices”, los artesanos comunistas alemanes. Entre el ideal del radicalismo burgués y el ideal de Marx se abría ya un abismo.

6.

En París, Marx estudia hasta el agotamiento textos sobre la Revolución francesa –proyectó

una historia de la Convención–, y a los filósofos que la preludiaron; a los historiadores de la Restauración, que exponen la historia francesa como una historia de luchas de clases o estados; comienza a estudiar a los economistas clásicos y, naturalmente, profundiza su conocimiento del pensamiento socialista. *La cuestión judía* (Marx, 1959b), la *Introducción a la crítica de La filosofía del derecho de Hegel* (Marx, 1946 [1843-4]), los *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844* (Marx, 1965b, 2004) y *La sagrada familia* (Marx, 1959c, 1965a) dan cuenta de la violenta transformación de su pensamiento revolucionario, que culminará en *La ideología alemana* (Marx y Engels, 1958, 1966). Por la importancia que tienen estos textos de transición quisiéramos mostrar algunos de sus aspectos más salientes. *La cuestión judía* (Marx, 1959b: 16-44),¹⁵ responde a dos escritos de Bruno Bauer sobre el problema de la emancipación humana de la religión. Lo esencial de este artículo es que Marx emprende efectivamente el camino propuesto en la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, es decir, el del estudio de la realidad de la sociedad civil. Y el

15 Marx la publicó en *Anales francoalemanes*, en febrero de 1844.

resultado es su primera crítica del orden político de la sociedad burguesa y su ideología liberal.

Ante todo es iluminada la endeblez de la crítica de la religión: el Estado político (el Estado burgués) no implica el fin de la religión, porque la emancipación política (revolución burguesa) no es a la vez una emancipación de la religión. El estado puede ser laico pero los individuos que viven en él son, en su mayoría, religiosos; la religión pasa de la esfera del derecho público a la del derecho privado, de la esfera de la política al ámbito de la familia, el individuo o la congregación. Pero en el Estado y en la sociedad burguesa la ideología religiosa sigue siendo un componente de la dominación. Por tanto, las utopías racionalistas acerca de la liberación del hombre mediante su liberación de la religión (el ateísmo “científico”) esconden la necesidad de una emancipación humana que destruya las cadenas temporales que atan a los hombres, para que, *como consecuencia de ello*, sean destruidas las cadenas religiosas.¹⁶

16 “[...] el error de Bauer reside en que somete a crítica *solamente* al “Estado cristiano” y no al “Estado en general” en que no investiga *la relación entre la emancipación política y la emancipación humana* [...]” (Marx, 1959b: 19-20).

De este poner en su lugar a la crítica de la religión surge una crítica del Estado burgués. “La elevación política [burguesa. FMH] del hombre por encima de la religión comparte todos los inconvenientes y todas las ventajas de la elevación política en general” (Marx, 1959b: 22) la propiedad privada es abolida de un modo político cuando se suprime el censo de fortuna electoral y se declara al pueblo capaz de elegir y ser elegido; asimismo son abolidas las diferencias de nacimiento, de estado social, de cultura y de ocupación, que son declaradas “diferencias *no políticas*”, y todos los ciudadanos participan por igual de la soberanía popular. “No obstante, el Estado deja que la propiedad privada, la cultura y la ocupación *actúen* a su modo, es decir, como propiedad privada, como cultura y como ocupación, y hagan valer su naturaleza particular. Muy lejos de acabar con estas diferencias *de hecho*, el Estado solo existe sobre estas premisas, solo se siente como Estado político y solo hace valer su *universalidad* en contraposición a estos elementos suyos” (Marx, 1959b: 23).

Aquí se sintetiza la grandeza y el límite de esta primera arremetida de Marx a la política democrática burguesa y a su ideología de la libertad. El Estado burgués es comprendido como expresión de la sociedad civil, y los

Derechos del Hombre y del Ciudadano, fuente de su ordenamiento constitucional y legal, son sometidos a una vigorosa crítica. “El Estado es el mediador entre el hombre y la libertad del hombre”; es la prefiguración burguesa de la libertad, pero no la libertad misma. Marx inicia una lucha nunca abandonada contra la ideología burguesa más avanzada de su tiempo, en un momento en que su brillo enceguecía a todos.¹⁷

Pero esta argumentación está presa todavía en la trampa especulativa de las contradicciones dialécticas: “El Estado político perfeccionado es, por su esencia, la *vida genérica* del hombre por oposición a su vida material”;¹⁸

17 Es comprensible que Babeuf y Sylvain Maréchal remitieran el derecho de los trabajadores al derecho natural, y que Proudhon, el obrero economista, calificara a la propiedad burguesa con los epítetos de la moral burguesa; pero no lo es tanto que un siglo después de Marx tanta literatura socialista opere con los conceptos de libertad, igualdad, fraternidad, democracia, paz (la paz sin apellido es la paz burguesa desde los tiempos de Hugo Grocio). Todavía subsiste esa fraseología en la literatura política de países socialistas, que reivindican a veces a instituciones e ideologías que pertenecen al régimen burgués temprano.

18 En ese Estado “[...] lleva el hombre, no solo en el pensamiento, en la conciencia, sino *en la realidad*, en la *vida*, una doble vida, una celestial y otra terrenal, la

hay una contraposición entre el ser del Estado (consagración del interés privado, de la sociedad civil burguesa) y el deber ser del Estado (consagración del interés general, comunidad política de los ciudadanos). Marx no está todavía en condiciones de fundar su teoría del Estado, porque aún no lo comprende como institución política fundamental de la dominación de la clase burguesa en la formación social capitalista, y de su presupuesto especulativo solo puede salir una escatología, la emancipación humana como estado a alcanzar por el hombre.¹⁹ No debemos confundir su crítica del dinero y del egoísmo en *La cuestión judía* y en los *Manuscritos de 1844* con la comprensión del sistema capitalista que hará a Marx producir una teoría del dinero; en la primera el dinero es la autoenajenación profana, el Dios terrenal a través del cual los hombres reproducen la pérdida de su esencia, su ser genérico, y son

vida en la *comunidad política* en la que se considera como *ser colectivo*, y la vida en la *sociedad civil*, en la que actúa como *particular*” (Marx, 1959b: 23).

19 “La emancipación política de la religión no es la emancipación de la religión llevada a fondo y exenta de contradicciones, porque la emancipación política no es el modo llevado a fondo y exento de contradicciones de la emancipación *humana*” (Marx, 1959b: 22).

dominados por esa esencia que les es extraña;²⁰ la teoría del dinero en los *Fundamentos de la crítica de la economía política* (Marx, 1971 [1857-1858]) tiene como base la investigación de las relaciones sociales de producción fundamentales en el sistema capitalista.

Lo que hace fructífero a este camino teórico es el carácter de las preguntas que pretende satisfacer y el genio del revolucionario que las formula: el filósofo revolucionario encontrará muy pronto a un sector de esa sociedad civil al cual encomendarle la misión histórica de realizar la emancipación humana. Pero esto es asunto de la *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel* (Marx, 1946 [1843-4]).

20 No obstante, quisiera señalar dos lugares importantes de *La cuestión judía* para el futuro trabajo teórico de Marx: 1) al tratar de comprender las formas históricas reales de Estado se asoma a una vida valiosa: *historizar las instituciones que estudia*, para conocer lo fundamental de ellas y, por tanto, su lugar y función en la formación social capitalista. Saber que no hay Estado en general, sino Estado feudal o Estado burgués, ayuda a comprender mejor *qué es el Estado*; 2) la contraposición del burgués y el ciudadano, analizada aquí para la crítica de la política, lo llevará a advertir la atomización de la vida social en vidas individuales que se contraponen y se relacionan a través de objetos, un elemento principal para el estudio de las ideologías en la sociedad burguesa.

7.

La Introducción..., escrita después que el manuscrito de Kreuznach, no tiene demasiado que ver con él, ni en el estilo ni en el alcance de sus planteamientos: es un manifiesto revolucionario, breve pero violentamente subversivo.²¹ Comienza por exigir que la crítica de la religión, “premisa de toda crítica”, sea seguida por la crítica de los fundamentos terrenales de la religión. En una página famosa se fulmina a la religión con frases hermosas y fuertes (“la religión es el opio del pueblo”), que a veces encontramos en citas inconvenientes por lejanas al contexto en que fueron vertidas. Lo que diferencia a Marx de otros críticos de la religión y ateos es que su crítica no se contrae al terreno moral:²² el hombre desengañado debe desenmascarar a

21 Citamos la edición de Marx y Engels (1959: 37-51); hay otra edición en español, en *La sagrada familia y otros escritos* (Marx, 1959d: 3-15). El artículo publicado en la misma ocasión que *La cuestión judía*.

22 Que la superstición, e incluso la opresión y la miseria, sean malas, es cierto; pero el pensamiento que se detiene ahí no es otra cosa que la forma más alta de la ideología burguesa: la crítica de sí misma. Es un signo de inteligencia, de madurez capitalista, incluir siempre a esta crítica entre sus gastos; en los países más avanzados se hace de una manera verdaderamente notable.

la “enajenación” terrenal, “[...] la crítica de la religión debe ser convertida en crítica del derecho, la crítica de la teología en la crítica de la política”. De aquí en adelante solo se ocupará de los asuntos humanos.

Alemania tiene una situación política anacrónica: no ha realizado su revolución burguesa todavía y ya la revolución burguesa va dejando de ser el hecho progresivo por excelencia. Marx completa su examen de la situación alemana con una crítica de las ideologías jurídica y política prevalecientes; lo más interesante de este estudio es la vocación por el análisis de la situación concreta y la unión de la crítica a la situación social con la de sus ideologías correspondientes.

“Es cierto que el arma de la crítica no puede sustituir a la crítica de las armas, que la fuerza material debe ser derrocada por la fuerza material. Pero también la teoría se convierte en poder material tan pronto como se apodera de las masas”. Las ideas deben seguir a la realidad, pero la realidad debe ser elevada también hasta las ideas: aparece una nueva comprensión de la función del pensamiento social en relación con el cambio social, que no consiste en ser una mera explicación del sentido de los hechos, y un principio de las relaciones entre teoría y práctica.

“Ser radical es atacar al problema por la raíz, pero para el hombre la raíz es el hombre mismo [...] La crítica de la religión desemboca en [...] el imperativo categórico de echar por tierra todas las relaciones en que el hombre sea una esencia humillada, esclavizada, abandonada y despreciable [...]”. La filosofía de la esencia humana habla en Marx el lenguaje de la revolución; pero no puede hacerlo sin contradecirse y avanzar por un camino político que no cabe en sus perspectivas. Esto se advierte claramente en las últimas páginas del texto, lectura obligada en el estudio del origen del marxismo:

1) Establece la diferencia específica entre la revolución burguesa y su ideal revolucionario: la revolución parcial, meramente política, “descansa sobre parte de la sociedad civil que se emancipa e instaura su dominación general; sobre una determinada clase [...]” (Marx y Engels, 1959: 47); la revolución radical será la emancipación humana general, pero su realización no se sustenta de los sueños del utopista. Si la burguesía ha podido ser revolucionaria y arrastrar a la sociedad tras sí (en Francia, en Inglaterra) es porque en los momentos culminantes de las revoluciones se fundió y confundió

con la sociedad y fue sentida y reconocida por ella como su representante general.²³ Escrito cuando Marx estaba todavía lejos de muchos de sus logros teóricos, esto sigue siendo un axioma para las revoluciones: para ser efectiva como “clase” revolucionaria, una “clase” debe ser identificada por la mayoría de la sociedad como vehículo de sus aspiraciones e intereses, frente a aquellos que condensan su negación, “la clase de la opresión evidente”;

- 2) Traslada su esquema teórico a la situación concreta alemana, examinando la impotencia política de la burguesía para dirigir la revolución democrática en Alemania. Marx pregunta: “¿Dónde reside pues la posibilidad positiva de la emancipación alemana?”, y la pregunta define a la investigación y al investigador: es el objeto de ambos;
- 3) Proclama la misión histórica del proletariado en la revolución, que es emancipar a todas las esferas de la sociedad al emanciparse a sí mismo, producir la recuperación total del hombre a través de su revolución:

23 “Solo en nombre de los derechos generales de la sociedad puede una clase especial reivindicar para sí la dominación general” (Marx y Engels, 1959: 48).

el proletariado alemán será el portador de la revolución humana en Alemania.²⁴ La argumentación teórica que sustenta a esta proclamación es debilísima; la obra posterior de análisis de las estructuras capitalistas realizada por el propio Marx muestra mejor que nada esa debilidad.²⁵ Pero lo importante es que ha nacido la ideología de la revolución proletaria, y ella brindará un impulso interior a la propia crítica teórica de sí mismo que produce el joven Marx en los años inmediatos. De estos presupuestos del trabajo teórico nacerán tanto el *Manifiesto Comunista* (Marx y Engels, 1959 [1848]) como *El Capital* (Marx, 1975).

“Así como la filosofía encuentra en el proletariado sus armas materiales, el proletariado encuentra en la filosofía sus armas

24 “[...] una clase [...] que no se encuentra en ninguna índole de antítesis unilateral con las consecuencias, sino en una antítesis total con las premisas del Estado alemán; [...] esta disolución de la sociedad como clase especial es el proletariado” (Marx y Engels, 1959: 50).

25 M. Rossi muestra el carácter especulativo de la dialéctica crítica que opone el proletariado a las demás clases (o “estados”, *Stände*) de la sociedad, y de la “necesidad” que promueve su misión histórica, curiosamente circunscrita a Alemania (Rossi, 1963 [1960]: 437-454, T. II).

espirituales [...]. La única liberación prácticamente posible de Alemania es la liberación desde el punto de vista de la teoría que proclama al hombre como esencia suprema del hombre”.²⁶ Solo en cierto sentido Marx sigue a Feuerbach: al ser comunitario de Feuerbach se llega a través del amor, al de Marx se llega a través de la revolución proletaria; el humanismo real no proclama una comunión sino la unión del proletariado y la filosofía en la revolución.

Todavía es la revolución de un filósofo, pero ya no es solo una revolución filosófica. El lenguaje y el método de la filosofía especulativa tendrán que ser dejados atrás para que aparezca la teoría marxista, pero ya los papeles están dados para siempre en la vida y la obra de Marx: la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía, la creación de un mundo nuevo como consecuencia de la revolución proletaria.

26 “Y tan pronto como el rayo del pensamiento haya herido de lleno a este ingenuo suelo popular, se cumplirá la emancipación de los alemanes como hombres” (Marx y Engels, 1959: 51).

8.

Los manuscritos económicos y filosóficos de 1844 (Marx, 1965b)²⁷ se han convertido en el más famoso texto del joven Marx. Esto no implica una declaración de importancia teórica o política primordial para la comprensión del origen del marxismo; se trata más bien de una necesidad ideológica de diversas interpretaciones de Marx que parten de preocupaciones políticas y éticas de escritores de filiaciones muy diferentes (ver nota 56 y parte final de este capítulo). Para nosotros, el valor del texto reside es su carácter de fuente de primera mano para el estudio de las reflexiones de Marx al encontrarse con la Economía Política, en el momento de su desarrollo intelectual que hemos tratado de describir, y como campo de batalla de la

27 Citamos la edición: *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844* (La Habana: Ed. Política, 1965b). Existen versiones completas (México: Grijalbo, 1962; Santiago de Chile: Austral, 1960; y otras). El original de Marx está compuesto por cuatro manuscritos; del segundo solo se conservó el final. Fueron publicados por primera vez casi a cincuenta años de la muerte de Marx, por los socialdemócratas Landshut y Mayer y por V. Adoratski, en MEGA (1932). Los *Manuscritos* contienen una crítica de la filosofía de Hegel de la cual no nos ocuparemos aquí.

especulación filosófica contra una vocación teórica cuyas preguntas no caben en ella; todo esto en una misma persona.

En gran medida los *Manuscritos...* están dedicados a la crítica de la Economía Política; pero la apreciación de L. Althusser acerca de la debilidad de sus títulos teóricos²⁸ es acertada: no se trata en ello de demostrar que las teorías y la conceptualización de Ricardo, Say, Skarbek y otros economistas que se citan largamente, son erróneas, sino de mostrar la falta de fundamento de la Economía y proponer un concepto que llenará ese vacío, el de trabajo enajenado.

Según Marx los economistas, incluidos los más honestos, no hacen otra cosa que describir las condiciones existentes; la Economía Política no es crítica y no puede por tanto profundizar en el problema central de la relación pauperización-riqueza en la sociedad. Pero una crítica de la Economía no debe ser meramente una crítica económica: el fundamento crítico (filosófico) que ella necesita para comprender

28 “[...] el sentido mismo de esa lógica y de ese rigor [de Marx en los *Manuscritos...* XBI]: un sentido todavía *filosófico*, entiéndase bien: *filosófico*, tomando esta palabra en la acepción a la que Marx impondrá más tarde una *condenación sin apelación*” (Althusser: 1966: 143-150).

a la sociedad civil debe ser a la vez el fundamento de la comprensión del conjunto de la vida social burguesa, un concepto que no es económico en el sentido en que acostumbramos a pensar los conceptos como instrumentos de una ciencia. Este concepto es el de trabajo enajenado.

Que la crítica de la Economía Política no debe ser solo crítica económica lo seguirá pensando Marx toda la vida; que el trabajo enajenado sea el fundamento de esa crítica es una idea que abandonará muy pronto. Es difícilmente comprensible que ciertos autores puedan considerar a la idea de enajenación como un concepto de la teoría desarrollada por Marx acerca de la sociedad capitalista, cuando se estudia el arduo proceso a través del cual él tuvo que desembarazarse de la metafísica filosófica antes de producir aquella teoría.²⁹ En los *Manuscritos*

29 La teoría del modo de producción capitalista es a la vez la exposición fundamental del sistema de explotación en la formación social burguesa; la descripción de la condición desvalida del hombre (o de ciertos hombres) no tiene ninguna articulación científica con ella. En realidad, el uso contemporáneo de la noción de enajenación está ligado a una compleja situación de la que solo parcialmente damos cuenta hacia el final de este capítulo (ver nota 56). La teoría y la práctica revolucionarias actuales se enfrentan al escaso desarrollo

aparecen numerosos términos que Marx usará después en su teoría económica del capitalismo, pero en ellos el concepto no está logrado todavía, o es simplemente reproducido de la terminología económica existente,³⁰ y en todo caso las ideas nuevas no están articuladas en una teoría como la que él elaborará posteriormente, aunque ciertas expresiones sean las mismas. El capital, por ejemplo, es “trabajo acumulado”, y aquí sigue a los clásicos; pero más adelante dice: “¿sobre qué descansa el capital, es decir, la propiedad privada sobre los productos del trabajo ajeno? [...] el capital es, por tanto, el poder de gobernar el trabajo y sus productos [...] el capitalista posee este poder no por sus cualidades personales o humanas

del marxismo en aspectos tan importantes como la estructura de dominación ideológica de la burguesía en los países capitalistas y las formas de organización de la vida social y sus cambios en los países que emprenden la transición del capitalismo al comunismo; en este sentido sería pedantesco limitarse a señalar la insuficiencia del término “enajenación”: ella señala la necesidad de desarrollar los estudios marxistas de realidades acuciantes.

30 “Domingo del Monte, en un ensayo publicado en 1838, se refiere a las fuerzas productivas [...]”, término “[...] utilizado por vez primera, según Charles Gide, por el economista francés Dupin, en 1827” (Cepero Bonilla, 1963).

sino en cuanto es propietario del capital”, y recordamos pasajes de *El Capital* (*op. cit.*) al repetir estas citas. Sin embargo, Marx no producirá una teoría acerca del capital como relación social fundamental en la sociedad capitalista, ni comprenderá a la burguesía y al proletariado como clases en esta relación, hasta que alcance logros teóricos tales como los expresados en los conceptos de plusvalía o reproducción capitalista.

Pero la argumentación de Marx en 1844 no tiene ya el acento moral de la desolada constatación de Rousseau ante el abismo de desigualdad abierto entre la acumulación de riquezas sociales y la miseria e infelicidad que ha traído al hombre el progreso de las artes y las ciencias: “Mientras que la división del trabajo hace crecer la fuerza productiva del trabajo y aumenta la riqueza y el refinamiento sociales, empobrece al obrero y lo reduce a la condición de máquina” (Marx, 1965b: 29). Lo mejor de la moral de protesta que produce al socialismo en el seno del sistema burgués, se une a los instrumentos de la joven ciencia económica para tratar de explicar los fundamentos del sistema: “[...] el obrero solo obtiene [...] lo necesario para existir, no como hombre, sino como obrero, para perpetuar, no la especie humana, sino la clase esclava que son los obreros” (*ibíd.*, p.

28); “La miseria se deriva, por tanto, de la esencia misma de lo que actualmente es el trabajo” (*ibíd.*, p. 30).³¹ La filosofía del hombre se va encontrando, en su despliegue, con su némesis; y Marx no podrá seguir avanzando sin desprenderse de ella. Para conocer el fundamento de la miseria de la sociedad existente tiene que comprender la miseria del “hombre” como la reproducción de las clases obrera y burguesa en el sistema de producción capitalista, la condición “enajenada” a partir de las relaciones sociales existentes en los regímenes basados en la explotación y dominación de clases.

En esta obra se inicia la crítica de la Economía Política como forma ideológica de la conciencia burguesa: “Hemos partido de las premisas de la Economía Política. Hemos aceptado su lenguaje y sus leyes [...]. La Economía

31 Podemos encontrar en los *Manuscritos...* (*op. cit.*) otros elementos valiosos para el desarrollo del pensamiento de Marx: “El salario se determina por la lucha antagónica entre capitalistas y obreros. Triunfa necesariamente el capitalista [...], la renta del suelo se establece mediante la lucha entre los arrendatarios y los propietarios de tierra”. Esto es, las relaciones fundamentales entre las clases se establecen a través de las luchas de clases. Pero preferimos estudiar el pensamiento de Marx a pintar el cuadro de las prefiguraciones de Marx en Smith.

Política parte del hecho de la propiedad privada. Pero no nos lo explica. Ella expresa en fórmulas generales y abstractas el proceso material a través del cual pasa actualmente la propiedad privada, y considera a aquellas fórmulas como leyes. Ella no comprende estas leyes, es decir, no demuestra cómo se derivan de la esencia misma de la propiedad privada [...]” (*ibíd.*, p. 69). “La Economía Política oculta el hecho de la enajenación inherente a la naturaleza del trabajo no considerando la relación directa entre el obrero (trabajo) y la producción” (*ibíd.*, p. 73).³² Todo el trabajo ulterior de Marx en ciencia económica será siempre, a la vez, un trabajo de crítica de la ideología burguesa en el campo de la Economía a través de la crítica de las obras económicas.

Es forzoso detenernos en los lugares más célebres de los *Manuscritos...*: los que tratan de la “enajenación”. A partir del presupuesto feuerbachiano del “ser genérico”, comprendido por Marx a partir del trabajo,³³ se pinta un

32 Marx dedica el primer capítulo del tercer manuscrito a fijar el lugar histórico de la Economía Política en relación con la propiedad privada y la industria moderna.

33 “[...] la actividad libre, consciente, es el carácter de la especie humana” (*ibíd.*, p. 77), “Al crear un mundo

cuadro tan vigoroso y profundo de la situación desvalida de los trabajadores que puede colocarse sin duda entre los escritos más impresionantes de la literatura socialista. Al enfrentar a cada hombre a los demás hombres, el trabajo enajena a cada hombre de los demás; esto no sucede solamente por ser ajeno al hombre el objeto de su producción, sino que se da en la producción misma.³⁴ El obrero reproduce y aprieta sus cadenas en el trabajo; el hombre busca su esencia fuera del trabajo, porque en él su esencia es negada. Perdida su unidad en la atomización social, el hombre sobrevive convirtiendo su actividad vital en simple medio de vida individual. Una potencia inhumana reina sobre todos: el capital individualizados y

objetivo con su actividad práctica, al elaborar la naturaleza inorgánica, el hombre prueba ser un ser esencial consciente [...]” (*ibíd.*, p. 78).

34 “[...] al arrancar del hombre el objeto de su producción, el trabajo enajenado arranca de él su vida esencial, la objetividad real de su especie [...]” (*ibíd.*, p. 78). “La producción no produce al hombre simplemente como mercancía [...] la produce [...] como un ser espiritual y físicamente deshumanizado. La inmoralidad, la deformidad, el embrutecimiento de obreros y capitalistas” (*ibíd.*, p. 89). Desde el punto de vista moral esto último es cierto, desde otro punto de vista las diferencias son extraordinarias.

opuestos en su egoísmo los hombres se relacionan a través de las cosas: el dinero es la forma típica de la relación enajenada de los hombres en la sociedad burguesa, el egoísmo y el sentido de la tenencia son los elementos fundamentales de la moral del hombre enajenado.³⁵ Ya la idea de reapropiación de la esencia humana resulta obligada a la necesidad de liquidación de la propiedad privada, de la organización del trabajo capitalista, del dinero y de las relaciones que enfrentan a los hombres mediante el egoísmo, es decir, de la liquidación a fondo del capitalismo.

Empero, este hombre no tiene nada que hacer ya entre los utopistas; no pertenece al grupo de los coléricos profetas que anuncian el castigo divino, ni al de los claros espíritus que traen la luz definitiva de la razón a los poderosos desviados o a los pobres bondadosos: “Para superar la *idea* de la propiedad privada es plenamente suficiente la idea del comunismo. Pero, para superar la propiedad privada *real*, hace falta la *acción real* del comunismo.

35 “El carácter universal de su *qualidad* es la omnipotencia de su ser; se trata, por tanto, de un ser todopoderoso [...] el dinero es el *alcahuete* entre la necesidad y el objeto, entre la vida y los medios de vida del hombre [...]. Es para mí el otro hombre” (*ibíd.*, p. 144).

La historia se encargará de llevarla a cabo, y ese movimiento que *mentalmente* nos representamos ya como autosuperación, *tendrá que recorrer en la realidad un proceso muy duro y muy largo*. Sin embargo, debemos reconocer como un progreso efectivo el hecho de que tengamos ya de antemano la *conciencia tanto de la limitación como de la meta* de este movimiento histórico, *y una conciencia, además, que se eleva por encima de él*" (*ibíd.*, p. 130).³⁶ Es maravillosa la unidad de comprensión del poder de la acción y del poder del pensamiento en la revolución, la lucidez que advierte lo largo y casi impredecible del camino pero jamás se rinde a las circunstancias de su momento, en el genio que escribió un programa para la revolución comunista en el año de la revolución burguesa alemana [*Manifiesto Comunista* (Marx, y Engels, 1848)] y casi treinta años después le exigió a la naciente socialdemocracia alemana que adoptara un programa revolucionario, en una carta que era a la vez un boceto del camino del comunismo [*Crítica del programa de Gotha* (Marx, 1875)].

36 A partir de "tendrá que recorrer [...]" hasta el final, los subrayados son de FMH.

9.

La sagrada familia es uno de los pocos textos de este período que Marx llegó a publicar.³⁷ Fue escrito en París, pero cuando se editó ya Marx vivía en Bruselas, adonde tuvo que marcharse en enero de 1845, expulsado de Francia como resultado de las gestiones del gobierno prusiano ante el francés. Realizada en colaboración con Federico Engels,³⁸ expresa la unidad de puntos de vista que se había producido entre ambos y que se desarrollará como uno de los más extraordinarios casos de amistad entre intelectuales que se conocen. "Crítica de la crítica

37 La edición original es de Frankfurt, 1845. Hay edición cubana (Marx, 1965a). También, en español, la de Grijalbo (Marx, 1959c).

38 Marx había conocido superficialmente a Engels cuando era redactor jefe de *La gaceta renana*. En aquel momento lo vio como uno más del club de Berlín, con los que acaba de distanciarse, y no intimaron. Después tuvo oportunidad de leer los dos trabajos de Engels para los *Anales francoalemanes*, del primero de los cuales opinó que era un "ensayo genial", y que influyó mucho en su concepción sobre el papel de la economía en la sociedad. Engels pasó por París a fines de agosto de 1844 y en los días que estuvo allí se pusieron de acuerdo en toda la línea y decidieron colaborar intelectualmente.

crítica” era la idea original del título, lo que ya indica el aire de burla con que son tratadas en el texto las ideas del decaído movimiento joven hegeliano de Bruno Bauer “y sus consortes”.

Obra aburrida a ratos, contiene ya elementos de la concepción social marxista. Una gran parte fue dedicada a la crítica del folletín de “crítica social” de Eugenio Sue (1905), *Los misterios de París* y, a pesar del exceso de páginas y de ciertos pasajes densísimos, es una muestra interesante para la ubicación ideológica de esas llamadas “al corazón del pueblo” tan despreciadas por los “cultos” como sub literatura o sub arte, pero tan efectivas para adormecer y frenar espiritualmente el desarrollo de los individuos.

Quisiéramos analizar brevemente algunos aspectos importantes de *La sagrada familia* (*op. cit.*): la fundamentación de la tesis de la misión histórica del proletariado, las consideraciones acerca de la vida social y el sentido de la historia, y la crítica de la filosofía especulativa, que ya en el prólogo se fija como centro de la argumentación del libro.

Frente a la crítica de los conceptos a que se dedica Bauer, Marx expone la contraposición entre proletariado y burguesía como una antítesis entre las “modalidades del mundo de la propiedad privada”. La idea de enajenación se

ha resentido por una precisión terrible: los poseedores se sienten bien en su condición enajenada.³⁹ Pero la contradicción tiene que ser resuelta por el proletariado, que es su aspecto destructivo, ya que la propiedad privada *engendra al proletariado en su propio movimiento económico*, esto es, firma su propia sentencia de muerte en su acción vital. Y el resultado de la victoria proletaria será la desaparición de ambos términos de la contradicción.

En realidad, la terminología dialéctica cede lugar inmediatamente a una exposición más precisa y terrenal. “Y cuando los escritores socialistas asignan al proletariado este papel histórico universal, no es [...] porque consideren a los proletarios como dioses”. Aparece una idea doble de suma importancia: en los proletarios se acumula descarnadamente la miseria y la opresión de las condiciones actuales, son los desposeídos por excelencia; pero eso mismo genera inevitablemente su revolución, afincada en dos pilares: la *conciencia teórica* de su

³⁹ “La clase poseedora y la clase del proletariado representan la misma autoenajenación humana. Pero la primera clase se siente bien y se afirma y confirma en esta autoenajenación, sabe que la enajenación es *su propio poder* y posee en él la *apariencia* de una existencia humana [...]” (*ibíd.*, p. 65).

situación y la *necesidad práctica* que no admite paliativos: “[...] por todas esas razones puede y debe el proletariado liberarse a sí mismo. Pero no puede liberarse a sí mismo sin abolir sus propias condiciones de vida. Y no puede abolir sus propias condiciones de vida sin abolir todas las inhumanas condiciones de vida de la sociedad actual, que se resumen y compendian en su situación” (*ibíd.*, p. 67). Por tanto, la revolución proletaria es la única posible y a la vez necesaria vía para abolir las condiciones de vida de la sociedad actual.

Falta una precisión más: “No se trata de lo que éste o aquél proletario, o incluso el proletariado en su conjunto, pueda *representarse* de vez en cuando como meta. Se trata de lo *que* el proletariado *es* y de lo que está obligado históricamente a hacer, con arreglo a ese *ser* suyo” (*ibíd.*, p. 67). La afirmación envuelve un postulado teórico notable: hay una esfera colectiva para el grupo social del proletariado *como tal*, la *representación de clase*, que debe ser comprendida en sus relaciones con la esencia del proletariado, su destino histórico. Un término de esta relación está indicando un sector del estudio de la realidad social, el otro es todavía una presunción basada en la filosofía. Si hemos tomado el problema aquí, y no en *La ideología alemana*, en que es tratado con mucho más

rigor teórico, es porque en esta forma inacabada muestra mejor una fuente de contradicción sostenida a lo largo de toda la historia del pensamiento y la práctica del marxismo como ideología política: el proletariado, liberador de la humanidad, cumplirá su misión no por lo que crean los proletarios que deben hacer, sino por lo que el proletariado como clase está obligado a hacer, de acuerdo a su ser, a lo que le es posible e imprescindible pretender.

Pero se trata a la vez de lo que está obligado a *hacer* el proletariado con arreglo a su ser: la revolución. Solamente un *acto de voluntad* lo llevará a realizar ese ser suyo. Esta formulación primitiva de la cuestión abre ya lugar para uno de los puntos centrales de debate de la teoría y la práctica políticas marxistas: el problema de la revolución a partir de la explicación de las condiciones sociales necesarias para que se produzca, y el papel de la acción revolucionaria en una explicación de ese tipo. Los calificativos resultantes llenan la historia del socialismo: fatalista, voluntarista, determinista, subjetivista, objetivista, blanquista, etc.; en innumerables polémicas se ha invocado la palabra de Marx para decidir la cuestión o constatar hacia qué lado se inclinó. Trataremos esta cuestión en otro lugar, pero quisiéramos señalar que en el momento de su surgimiento,

además de la desigualdad teórica entre las ideas de representación de clase y destino de clase, el argumento de Marx está al servicio de una fundamentación comunista basada, en última instancia, en el humanismo real; si se quiere establecer un juicio acerca de la posición (¿las posiciones?) de Marx ante este problema es necesario atender a las formulaciones posteriores, basadas en su teoría social.

La interpretación de la revolución burguesa en Francia nos permite apreciar la seguridad con que Marx refiere ahora el fundamento del Estado a la vida burguesa, en una negación de la teoría hegeliana que ciertamente no añade conocimiento a lo alcanzado en *La cuestión judía*, en cuanto a su futura teoría del Estado, ya que reduce la instancia política de la dominación de clase burguesa a simple apariencia de una realidad que le es ajena, los intereses económicos.⁴⁰ Pero ya están desterrados los fantasmas de la concepción idealista de la historia en las página que exponen el triunfo del

interés burgués precisamente como resultado final del auge y la caída del ideal jacobino o el guerrerismo napoleónico, ilusiones de la época a través de las cuales se ha establecido la dominación de la sociedad francesa por el capitalismo; ya solo se cita al idealismo histórico para condenar su fundamento especulativo⁴¹ o para establecer, por oposición a él, que el estudio del “comportamiento teórico y práctico del hombre ante la naturaleza, la ciencia natural y la industria” (*ibíd.*, p. 242) es premisa del conocimiento del movimiento histórico. Engels reivindica la primacía de la actividad humana sobre toda teleología histórica: “La *Historia* no hace nada, ‘no posee ninguna inmensa riqueza’, ‘no libra ninguna clase de luchas’. El que hace todo esto, el que posee y lucha, es más bien *el hombre*, el hombre real, viviente [...] la *Historia no es sino* la actividad del hombre que persigue sus objetivos” (*ibíd.*, p. 153-154). Aunque al reconocer ambos todavía al hombre “real” y natural de Feuerbach son inconsecuentes con su propio esbozo de exposición de las condiciones de vida social de la clase burguesa y, sobre todo, de la clase proletaria.

40 “Solamente la *superstición política* puede imaginarse todavía en nuestros días que la vida burguesa debe ser mantenida en cohesión por el Estado, cuando en la realidad ocurre al revés, que es el Estado quien se halla mantenido en cohesión por la vida burguesa” (*ibíd.*, p. 197-198).

41 “El hombre existe para que exista la *Historia*, y la *Historia* para que exista la *demostración de la verdad*” (*ibíd.*, p. 132).

Las consideraciones anteriores acerca de la misión histórica del proletariado, el Estado y la concepción de la historia, nos dan la medida del alcance y el límite de la crítica a la especulación filosófica en esta obra.

El célebre pasaje dedicado al “misterio de la construcción especulativa” es una crítica muy bella y aguda a los monstruos que el sueño de la razón produce (“la fruta”, “totalidad” de sus modalidades manzanísticas, perísticas, etc.), y como tal ha mantenido su vigencia dentro de la literatura marxista. Deja en pie, sin embargo, un problema gnoseológico fundamental, al mantenerse dentro de la simple relación de lo sensible y lo racional feuerbachiana,⁴² que no considera el nivel de las prácticas sociales ni, por tanto, a los sujetos históricos de los actos de conocimiento.

Por otra parte, Marx compara el materialismo francés del siglo XVIII con Feuerbach, ya que considera que ambos han progresado de la crítica a la teología a un ataque “contra la *metafísica especulativa* y contra *toda*

metafísica”;⁴³ asume las posiciones de aquellos, especialmente de Helvecio, respecto al papel determinante de las circunstancias y la educación en la formación de los hombres, y, por consecuencia, la necesidad de que las circunstancias *sean cambiadas*. Por último, proclama a “la doctrina del *materialismo* como la teoría del *humanismo real* y la base *lógica* del *comunismo*” (*ibíd.*, p. 214). En su propia definición está implícita la debilidad de esta posición: en pocos meses Marx renunciará al humanismo real y a la teoría materialista que no concibe a la actividad humana como cambio de los sujetos mismos en el acto de la transformación de sus circunstancias.

10.

¿Por qué *La ideología alemana* puede ser considerada como la primera exposición coherente de la teoría marxista? Solo si admitimos que no hay un interruptor en la formación de las teorías, que al oprimirlo nos pasa de la

42 “Y todo lo que tiene de fácil llegar, partiendo de las frutas reales, a la representación abstracta “la fruta [...]” (*ibíd.*, p. 99).

43 “Esta sucumbirá ahora para siempre a la acción del *materialismo*, ahora llevado a su término por la labor misma de la especulación y coincidente con el *humanismo*” (*ibíd.*, p. 204).

oscuridad a la luz, será válida la afirmación: *La ideología alemana* es la obra fundamental del origen del marxismo porque señala el lugar al que es posible referir el cuerpo *teórico* del marxismo de Marx en un estudio genético del mismo y, a la vez, la forma más primitiva, por fuerza *desarrollada y modificada* después, de esa teoría. La principal lucha teórica de Marx ha sido librada contra el enorme peso de la cultura alemana (libreme Dios de considerarla un peso muerto), ya que su componente especulativo lo sujetaba a un límite máximo: la antropología revolucionaria del humanismo real. Por ello la obra vibra de frases de hombre libre que ve ahora claramente, desde la salida, la oscuridad del laberinto por el cual caminó.

Se ha sospechado más de una vez de esa luz excesiva de ciencia que parece disipar como brumas la penosa realidad de las ideologías.⁴⁴

44 El prólogo de *La ideología alemana* comienza: 'Hasta ahora, los hombres se han formado siempre ideas falsas acerca de sí mismo, acerca de lo que son o debieran ser (p. 11). Citamos por la edición cubana. (La Habana: ER, 1966); la cual contiene en su apéndice las famosas *Tesis sobre Feuerbach*, de Marx, en su versión original. Las *Tesis*... fueron escritas por marzo de 1845, y son notas de un cuaderno, no destinadas a la publicación. *La ideología alemana* fue compuesta por Marx y Engels entre septiembre de 1845 y mayo de 1846. Solo en 1932 fue editada.

Pero no sería conveniente olvidar que la teoría social naciente no es hija del acaso, que las estructuras individuales de pensamiento se forjan, aún en un genio, tanto de sus descubrimientos como de la cultura que adquirió, por muy remodelada que haya sido. Por consiguiente, la perspectiva teórica dominará siempre en los estudios sociales de Marx, los principios del análisis fiarán mucho a una coherencia filosófica implícita, y los textos mismos, aún los de exposición doctrinaria de la revolución, tendrán el aire –o las palabras, no siempre realmente adecuadas a su teoría– de fundamentación teórica, de quien exclamó a los 48 años, al confesar que aborrecía la lectura de Comte, el positivista especulativo: “¡Y esta carroña positivista apareció en 1832!”

“No solo sus respuestas, sino también los problemas mismos, llevan consigo un engaño” (*ibid.*, p. 16-17). La ideología filosófica alemana tiene puntos de partida teóricos que no pueden llevarla a ninguna parte; su crítica de la religión y del estado de cosas existente se hace estéril porque ni siquiera sale del ámbito filosófico hegeliano: los neohegelianos se hallan tan sujetos al imperio de los conceptos como los viejos, tanto que a ningún filósofo “crítico” se le ha ocurrido preguntarse por el entronque de la filosofía alemana con la realidad alemana, por relacionar su crítica con el mundo material que la rodea.

Esta posición teórica necesita ser completada con una crítica de Feuerbach y de “todo el materialismo anterior”, lo cual implica un ajuste de cuentas con su “conciencia filosófica anterior”, al menos en la medida en que estas filosofías habían sido asimiladas por el humanismo real hasta *La sagrada familia*. Esta labor se realiza en las *Tesis sobre Feuerbach* y en *La ideología alemana*, y es una con la exposición de sus nuevos descubrimientos; destacaremos sucintamente sus principales aspectos.

1. *La renuncia a toda antropología filosófica*. En las *Tesis...* se hace mediante la disolución de la *esencia humana*, abstracta e inmanente a cada individuo, en un conjunto de relaciones sociales: a) históricamente determinable; y b) que hay que comprender en su práctica social (*ibíd.*, p. 635).⁴⁵ En *La ideología alemana* no hay siquiera lugar para la pérdida y el reencuentro de una esencia; sencillamente, la idea de esencia ha sido excluida: “Tal y como los individuos manifiestan su vida, así son”. En su lugar se abre un camino nuevo para la actividad teórica: “Las premisas de que partimos no

tienen nada de arbitrario, no son ninguna clase de dogmas, sino premisas reales [...]. Son los individuos reales, su acción y sus condiciones materiales de vida, tanto aquellas con que se han encontrado como las engendradas por su propia acción (*ibíd.*, p. 18-19).

2. *La comprensión de la producción de la conciencia, y dentro de ella de la filosofía, como formas de conciencia social en una sociedad determinada*. La base de esta idea está expresada en la cita que acabamos de leer; el concepto de *modo de producción* expresa esta nueva problemática radicalmente diferente a la de la filosofía del hombre, y en su imprecisión admite la idea de *modo de vida históricamente determinable*,⁴⁶ y se articula con otros conceptos claves, como *división del trabajo* y *práctica revolucionaria*.

“La conciencia no puede ser nunca otra cosa que el ser consciente, y el ser de los hombres es su proceso de vida real” (*ibíd.*, p. 25). Si la conciencia ha podido creerse arbitro e intérprete

45 También: “Feuerbach dice ‘el hombre’ en vez de ‘los hombres históricos reales’ (p. 44). Cf. Althusser (*op. cit.*, pp. 219-223), sobre la crítica del humanismo por Marx.

46 “Este modo de producción no debe considerarse solamente en cuanto es la reproducción de la existencia física de los individuos. Es ya, más bien, un determinado modo de la actividad de estos individuos, un determinado modo de manifestar su vida, un determinado *modo de vida de los mismos*” (p. 19).

del mundo, en una relación externa entre dos elementos, es porque en un momento histórico determinado se separaron el trabajo físico y el trabajo intelectual; es en este grado de la división del trabajo, coincidente con la distribución desigual, es decir, la propiedad, y con la oposición del interés privado y el interés común, situaciones todas que se dan como relaciones de mutua dependencia entre los individuos y no como ideas, es a partir de esta situación que “*puede* ya la conciencia imaginarse realmente que es algo más y algo distinto que la conciencia de la práctica existente [...]” (*ibid.*, p. 31). La filosofía es, por tanto, una ideología, una forma de conciencia social históricamente comprensible si partimos de su *condicionamiento* social.⁴⁷

47 Prefiero el uso del término ‘condicionamiento’, tan impreciso como el de ‘condiciones’, para señalar la aparente perogrullada de que toda filosofía es una filosofía “*de su tiempo*”. En realidad, se trata tanto de investigar cómo sucede ese condicionamiento en cada caso concreto; como de estudiar la continuidad y las rupturas características de la historia concreta de la filosofía y toda forma de conciencia social; *realidades* no reducibles a apariencias de una esencia que le es ajena, ni cognoscibles por simple sociologización de sus manifestaciones. “Partimos” no significa ciertamente “llegamos”, y en caso del estudio marxista de las ideologías esto es demasiado cierto.

3. *Surgimiento de una teoría de las ideologías*. En su concepción de la sociedad capitalista y de la historia Marx postula las ideologías como un “reconocimiento y a la vez, desconocimiento, de lo existente”; producción de ideas, representaciones, etc., por hombres determinados, condicionados por un determinado modo de producción. “Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época”, comienza un pasaje famoso (*ibid.*, pp. 48-50) que contiene un trazado muy interesante, aunque por su simplificación un tanto esquemática es solo válido como indicador para el estudio de la estructura y las funciones de las ideologías en la sociedad capitalista. Por otra parte, en esta obra el concepto de ideología es usado también en contraposición a la concepción marxista, lo que expone al lector a confundir la explicación del carácter de *realidad* ideal específica de una sociedad determinada, que tienen las ideologías con el de una apariencia o mistificación que debe ser develada; sin embargo, nada más lejano que esto último del centro de la concepción que se expone aquí.

Se ensaya un objeto para la filosofía en esta nueva posición teórica. El lugar que ocupaba como especulación acerca de la vida real debe ser ocupado por el saber real, por

la ciencia. “En lugar de ella, puede aparecer, a lo sumo, un compendio de los resultados más generales [...]. Estas abstracciones de por sí, separadas de la historia real, carecen de todo valor. Solo pueden servir para facilitar la ordenación del material histórico, para indicar la sucesión en serie de sus diferentes estratos” (*ibíd.*, p. 26-27). Las dificultades teóricas que ofrezca la exposición real no tienen solución alguna a priori, “pues se derivan siempre del estudio del proceso de vida real y de la acción de los individuos en cada época” (*ibíd.*, p. 27). No debe deducirse de estas prevenciones un abandono de todo intento de encontrar regularidades que permitan comprender situaciones actuales o históricas: a ello se dedica incluso buena parte del capítulo I, que es el más rico y al cual contraemos estos comentarios.

El problema del estatuto teórico de las “abstracciones” a que se refería Marx, como instrumentos de comprensión de la historia, ha sido uno de los más ruidosos en la historia del marxismo, y se llegaron a instituir esquemas rigurosos de modos sucesivos y obligados de producción en las cuales debía haber la historia real de todos los países; este intento fue especialmente doloroso en los países colonizados por el capitalismo, por estar generalmente

más lejos del esquema “europeo” impuesto como dogma, y por dedicar a ellos y a sus consecuencias políticas los esfuerzos de marxistas locales que se amoldaban a esa forma de colonización mental “de izquierda”.

4. *Crítica de la concepción del mundo del “materialismo anterior”*. No me parece posible separar la opinión que tiene Marx sobre la insuficiencia gnoseológica fundamental del “materialismo anterior”, de la posición misma que se anuncia en las *Tesis...* y *La ideología alemana* como una nueva concepción del mundo. En las *Tesis...* se reitera la esterilidad de la filosofía que capta lo que se objetiva en el mundo real, lo sensible y la sensibilidad, “bajo la forma del objeto o de la contemplación, no como actividad humana sensorial, como práctica; no de un modo subjetivo”. Esta crítica está indisolublemente ligada a la proposición acerca del mundo como un producto histórico, resultado de la actividad productiva y “el estado social”⁴⁸ desde el cual se intente

48 “No ve que el mundo sensible que le rodea no es algo directamente dado desde toda una eternidad y constantemente igual a sí mismo, sino el producto de la industria y del estado social, en sentido en que es un producto histórico, el resultado de la actividad de toda una serie de generaciones [...]” (*ibíd.*, p. 45).

comprenderlo: “El mundo sensible como la actividad *sensible y viva total* de los individuos que lo forman” (*ibíd.*, p. 47).⁴⁹

La vulgarización extrema del marxismo consistente en reducirlo a restaurador de una convicción acerca de la existencia del mundo (objeto fijo que siempre existió), que el “idealismo” había escamoteado, es inútil y tergiversa a Marx. Es inútil porque en las condiciones del capitalismo las masas están sumidas en una incultura felizmente ajena a toda duda acerca de si las cosas existen y en la polémica ideológica no ganan mucho actualmente los revolucionarios con la constatación, debida a científicos de creencias muy variadas, de las circunstancias del origen del hombre, la tierra o los planetas. Tergiversa a Marx porque para él el “materialismo moderno” (Tesis X) está transido de la idea de *práctica*, y solo puede ser entendido como *práctica revolucionaria*, esto es, transformación de la

49 “[...] la famosísima ‘unidad del hombre con la naturaleza’ ha consistido siempre en la industria, siendo de uno u otro modo según el mayor o menor desarrollo de la industria en cada época [...]. Es cierto que queda en pie, en ello, la prioridad de la naturaleza exterior [...] pero esta diferencia solo tiene sentido siempre y cuando se considere al hombre como algo distinto de la naturaleza” (*ibíd.*, p. 46).

naturaleza con que el hombre se relaciona, mediante el trabajo, y transformación de las relaciones entre los hombres mediante la revolución”.⁵⁰ La contrapartida obligada de la pervivencia de la concepción del mundo como contemplación es la interpretación simplista de la tesis XI como contraposición entre los “teóricos” y los “prácticos”, o entre los teóricos “puros”⁵¹ y los teóricos al servicio de la revolución. Marx, en las propias Tesis (VI, VIII), advierte que es tan necesario comprender las relaciones existentes en su propia contradicción como revolucionarlas prácticamente.⁵²

50 Cf. Gramsci (1966, 141-149), (“La llamada ‘realidad del mundo externo’”) crítica muy aguda de aquella vulgarización.

51 Michael Löwy (1970) critica la procedencia del término: “[...] la interpretación que se dice ‘pura’ tiene consecuencias prácticas: ella contribuye, directa o indirectamente, consciente o inconscientemente, a la *conservación* del ‘*statu quo*’, al justificarlo, al atribuirle un carácter ‘natural’, simplemente, al rehusar cuestionarlo”.

52 Esta unidad se encuentra claramente en los dirigentes revolucionarios del siglo XX. Por ejemplo, en Lenin: “Yo no excluyo de ningún modo que la revolución pueda ser iniciada también por un partido muy pequeño y llevada hasta la victoria. Pero es preciso conocer los métodos para ganarse a las masas” (1º de julio de 1921); o en Fidel Castro: “Las ideas pueden acelerar un

El concepto de *práctica revolucionaria* es imprescindible en esta formulación temprana de la teoría de Marx, como articulación de un principio central que se mantendrá siempre en su concepción: la unidad de la producción de la vida social es un modo de producción determinado y de la capacidad para transformarlo, contenida en la propia actividad humana. Por la primera afirmación se trasciende definitivamente a la pregunta acerca de la relación entre la sociedad civil y el Estado: ambos brotan del proceso de vida de individuos determinados; y se abre el camino de la investigación de la sociedad capitalista como formación económico-social. El segundo aspecto implica la negación de la teoría materialista de la transformación del hombre por el cambio de sus circunstancias, y el abandono de toda concepción idealista de esclarecimiento de las masas por espíritus selectos: *en la actividad de los hombres por cambiar su mundo se producirá el cambio de sí mismos*. Esta idea estará en el centro de su teoría de la revolución y de las transformaciones hacia el comunismo.

proceso, como pueden retrasar considerablemente un proceso [...] precisamente la acción es uno de los más eficaces instrumentos de hacer triunfar las ideas en las masas” (agosto 10 de 1967).

5. *La producción de una teoría de la formación social capitalista y de su cambio social hacia el comunismo como consecuencia de una revolución proletaria mundial*. El elemento teórico en que ella se produce es ajeno a toda antropología, ya que parte del estudio de las relaciones sociales fundamentales entre las clases en la sociedad capitalista, y a toda concepción idealista de la historia, ya que no trata de encontrar una inteligibilidad de la historia a partir de una construcción general, sino de comprender el conjunto de relaciones sociales y la interdependencia de sus aspectos a partir del estudio de los mismos. Si bien su formulación en *La ideología alemana* es superada en ciertos aspectos por el propio Marx, su base teórica es evidentemente diferente a las que hemos examinado desde la *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho*; puede decirse que es la culminación de una hipótesis que ha tenido que desgarrar su propio elemento teórico para convertirse en teoría. Una constante posición revolucionaria anticapitalista ha sido un presupuesto ideológico para este descubrimiento, desde *La cuestión judía* y la *Introducción...*, y ella orienta ahora la exposición de la nueva teoría en *La ideología alemana*: el desarrollo de las fuerzas productivas sociales en las condiciones de dominación de la clase capitalista

hace surgir la clase proletaria, la más oprimida, marginada y numerosa de la sociedad; en ella nace la conciencia comunista (que puede llegar a formarse también en otros al contemplar la situación del proletariado, aclara el joven intelectual); en el Estado se plasma una comunidad ilusoria, en realidad basada en los vínculos existentes, especialmente la dominación de una clase; por ello el proletariado tiene que comenzar *conquistando el poder político* y haciendo creer a todos que su interés es el interés general, aunque realmente se proponga abolir todo el modo de vida anterior, la dominación de las clases, las clases mismas y la división del trabajo que perpetúa la dominación. Las premisas de esta revolución consisten, por una parte, en el desarrollo capitalista de las fuerzas productivas a escala mundial, que genera un intercambio universal que instituye a los desposeídos como individuos histórico universales, y no locales; y, por otra parte, en la formación de una masa revolucionaria que se levante contra la actividad de conjunto sobre la cual descansa el sistema, contra la “producción de la vida” vigente.

El comunismo no es un estado ideal al que deberá sujetarse la realidad, sino el resultado de la acción proletaria en un plano histórico mundial; solo como fenómeno mundial podrá llegar a existir: la suerte de un comunismo

local sería terminar reabsorbido por las potencias del intercambio. Tanto para hacer masiva la conciencia comunista como para llevar adelante el comunismo, es imprescindible un movimiento práctico, la revolución. “Por consiguiente, la revolución no solo es necesaria porque la clase *dominante* no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará la clase *que derriba* salir del cieno en que se hunde y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases” (*ibíd.*, p. 78).⁵³

11.

Hemos seguido a Marx a través de esta primera etapa de su vida y de su obra a la que la mayoría de la literatura actual quiere contraer su juventud. Dado el tipo de trabajo que emprendemos, las razones principales de esta reconstrucción del camino de Marx hacia el marxismo han sido encontrar las preconcepciones e hipótesis que le guiaron y la enorme labor teórica que tuvo que desplegar para *romper* el campo de la

53 Para lo expuesto en este punto 5 confrontar todo el capítulo I (especialmente, pp. 34-44 y 77-78).

cultura anterior y crear un campo nuevo, quizás el campo, para las teorías sociales y para la política comunista; y fijar, además, la formulación originaria de su teoría.

Como hemos visto, la nueva teoría no esperaba en el fondo de una gaveta –como suele creerse que esperaba la radioactividad a Becquerel–, pero es indudable que había un campo propicio para su aparición en el desarrollo de la cultura material burguesa, en la caída de la teología y la metafísica especulativa, y en el nacimiento de la investigación social en el terreno de la Historia, de la política y, sobre todo, de la Economía Política. Los tiempos del joven Marx son también los tiempos de Feuerbach, de Mommsen, de la obra de Stuart Mill, son incluso los tiempos del joven Kierkegaard, del joven Darwin, del joven Spencer. La propia filosofía alemana era una respuesta que se daba a sí misma una época a la que la Gran Revolución y Napoleón habían hecho ostensible la historicidad. Pero es, ante todo, el tiempo en que florece *la cuestión social*, término que refleja en su impropiedad la torpeza de movimientos de la incipiente fuerza política del proletariado europeo, y la turbación del buen burgués que cree firmemente en el progreso y ve de pronto ante sí un futuro que intuye más peligroso que los jacobinos o el proteccionismo.

Desde los 25 años Marx se convierte en ideólogo del proletariado y, aunque con algunas reservas, apoya a las organizaciones revolucionarias de franceses y emigrados alemanes; y augura la gran insurrección proletaria donde los ojos del hombre común ven solamente un motín de tejedores en Silesia. Es contemporáneo de Cabet, Weitling, Proudhon, Blanqui, Bakunin, los babuvistas, Dezamy, Hess, y ha alabado sucesivamente a casi todos ellos; sin embargo, pronto el comunismo marxista los criticará a todos. Si la cultura burguesa ha sido a la vez su punto de partida y la frontera que ha tenido que cruzar, el papel de la naciente cultura política proletaria en su formación debe ser cuestionado también, porque después de asumirla para el año crucial de París, la ha ido depurando de su teoría, quedando al final casi solamente la confianza en el movimiento revolucionario del proletariado.

A partir de esta pertenencia ideológica –y de su genialidad personal, naturalmente– se despliegan sus intuiciones teóricas, como unos años antes la consecuencia entre sus ideales y su pensamiento le habían llevado desde el grado de especulación más absurdo posible, la filosofía universitaria, hasta el periodismo radical y el exilio. “¿Por qué la sociedad es tan injusta?” se había preguntado con Rousseau, Fourier, Proudhon. “¿Qué fundamento le falta

a la Economía Política para lograr explicar la sociedad actual?” se pregunta en 1844. Y aunque la respuesta es filosófica –el trabajo enajenado–, *la función de la filosofía crítica* le hace preguntarse: ¿cuáles son las raíces, por qué existe, cómo puede ser destruida la enajenación en su realidad terrenal? Al precio de abandonar la antropología filosófica descubre la ciencia social, pero las nuevas preguntas dan la clave del marxismo: ¿Qué es el capitalismo, cuál es su lugar histórico, cómo puede ser destruido por la revolución proletaria?

¿Cómo ha podido este joven de educación burguesa universitaria, pero preocupado por los asuntos sociales, fundamentar teóricamente una ideología de la revolución comunista? ¿Por qué esta teoría ha logrado convertirse en la promesa de una nueva cultura? Los diez últimos años han traído a los marxistas al origen del marxismo, y nunca se comprenderá nada acerca de este movimiento si se advierte en él solamente una preocupación histórico-filosófica.⁵⁴

54 Una interpretación de la obra de Marx como doctrina ética fue lanzada por los socialdemócratas S. Landshut e I. P. Mayer en los años treinta, en la edición que hicieron de sus obras juveniles: “Con un ligero cambio, la primera frase del Manifiesto Comunista podría redactarse así: toda la historia pasada es la historia de la

Después de una corta resistencia de los ultramontanos el tema fue aceptado como uno de los más importantes para el marxismo, y alrededor del mismo se desarrolló un debate muy fructífero que ayudó a impulsar la “vuelta a Marx”, tan extendida en esta década. Quizá el más influyente de los aportes a este debate ha sido el de Althusser, por sus apreciables méritos teóricos y por el interés polémico que suscitó. No quisiera terminar sin hacer una precisión crítica a esta opinión.

enajenación propia del hombre [...]” (Cf. Althusser, op. cit., pp. 43-46). Esta tesis recibió un nuevo impulso después de la Segunda Guerra Mundial, con obras como *Marxismo y humanismo* (1953), del católico Pierre Bigo, que analiza la obra económica de Marx y plantea problemas como el de la pervivencia de la alienación en toda economía mercantil, desde el punto de vista subjetivista. La interpretación eticista de Marx ha tenido el valor ideológico de contraponer el “humanista” al rígido economista, el joven al maduro, los *Manuscritos...* a *El Capital*; ha tenido también una expresión política de crítica a la experiencia socialista soviética. Por su parte, cierta literatura de la guerra fría divulgó la imagen de un Marx filósofo, que amó a los hombres y reclamó los derechos de la persona, y lo alineó frente al “totalitarismo comunista”.

Althusser ha reivindicado con gran vigor el hecho de que solo un *cambio de problemática*⁵⁵

Estas corrientes de pensamiento concedieron gran importancia a los textos anteriores a *La ideología alemana*; pero, ciertamente, los filósofos soviéticos y comunistas relegaron a esas obras y prácticamente no se ocuparon de ellas. En el marco del XX Congreso del PCUS y de los sucesos de Hungría de 1956 se abrió la preocupación entre los filósofos marxistas acerca de un hecho incontrastable: en el cuadro general de detención del pensamiento marxista un sector de investigación, el de los problemas inherentes a la actuación individual, se hallaba especialmente olvidado; Sartre (1968) analizó esta laguna histórica, entre otros lugares, en un texto que fija el lugar de su posición existencialista respecto al marxismo (En el prólogo de Aurelio Alonso a la edición cubana puede leerse un balance crítico del alcance del examen sartreano del marxismo, así como de la posición filosófica del propio Sartre). La reacción marxista tuvo matices que van desde la aceptación abierta en el polaco Adam Schaff (1964 [1961]: “Y nosotros estuvimos ausentes en un sector importante de la lucha ideológica en un momento sumamente crítico”), hasta los rechazos airados de aquellos que no querían ver amenazados ni uno solo de los artículos de fe del dogmatismo. De esta manera retornaron los marxistas europeos al tema del origen del marxismo: presionados por una necesidad política y con la amarga sensación de que el joven Marx era una posición a rescatar.

55 “[...] La *problemática* de un pensamiento no se limita a la esfera de los objetos tratados por su autor, por que aquélla no es la abstracción del pensamiento como

teórica podía remontar a Marx del horizonte de la filosofía especulativa del humanismo a la creación de una ciencia (el Materialismo Histórico) y a la comprensión de la filosofía como ideología (no intentamos ocuparnos aquí de los problemas emergentes de su idea de una *nueva filosofía*, el Materialismo Dialéctico, que es concebida por el marxismo en el acto mismo de constitución de la ciencia de la Historia por Marx, ni de los avatares de su nacimiento); únicamente el cambio de elemento, la producción de preguntas radicalmente nuevas, pudo producir el terreno de los nuevos conceptos, de la nueva teoría. Si permaneciésemos aquí, estaríamos en el reino ilusorio del conocimiento “puro”: Marx habría encontrado la luz a través de las tinieblas. Althusser (1966: 62-76) aclaraba en 1960 que no basta el estudio del duro trabajo teórico del joven Marx, ni el de la estructura de su personalidad psicológica; es necesario comprender que él ha logrado *conocer* la ideología en que estuvo sumido, mediante una “vuelta atrás”: 1) a las fuentes de la ideología alemana del hegelianismo (la Revolución francesa, la Economía Política clásica) y a la

totalidad, sino la estructura concreta y determinada de un pensamiento, y de *todos los pensamientos posibles de ese pensamiento*” (Althusser, 1966: 60).

realidad de luchas de clases que el democratismo burgués y la Economía, como ideologías que son, aluden-ocultan; y 2) al encuentro con el proletariado organizado, en Francia, que lo pone en contacto con una realidad no prevista en la ideología filosófica alemana.

Dos años después esta declaración de conocimiento es completada por una nueva precisión: no hay que “caer en la *tentación política* de confundir las tomas de posición *teóricas* de Marx con sus tomas de posición *política* y de legitimar las primeras por las segundas” (*ibíd.*, p. 150), afirmación que comparto totalmente. Pero, finalmente –en *Sobre la dialéctica materialista*– se denuncia a la idea de “vuelta atrás” como una noción ideológica en la cual el propio Althusser habría incurrido. La ocasión es plausible: la crítica a la ideología de la relación inmediata de conocimiento entre “lo concreto” (lo real) y “lo abstracto” (la ciencia), noción que elimina realmente al acto de conocimiento; pero el tema que desarrolla el autor, “la especificidad de la dialéctica de Marx”, es depurado de toda consideración que no sea el proceso mismo de la práctica teórica, quedando Marx extrañamente “limpio” de toda pertenencia ideológica.

En realidad, solo era posible tomar como indicadores los dos puntos de la “vuelta atrás”.

El primero tiene un valor muy relativo si no se precisa como Marx ha podido conocer estas ideologías, y no meramente *vivirlas*, haciéndolas *su* ideología; el segundo es cierto en la medida en que vivir es mucho más que estar enterado, ya que en Colonia y en Kreuznach Marx conocía de la existencia del proletariado organizado. Pero de lo anterior se deduce la necesidad de estudiar las hipótesis del trabajo teórico de Marx frente a la Declaración de Derechos del Hombre o a *La riqueza de las naciones* (Smith, 1955),⁵⁶ escritos conocidos seguramente por otros radicales de aquellos tiempos; y de estudiar el modo como Marx asume el movimiento artesano-proletario existente en París, sin militar en él y criticando muchas de las concepciones de sus ideólogos, pero con una extraordinaria fe en que estos “camaradas” y “hermanos” serían la arcilla de un mundo nuevo. Pero el camino de Althusser es diferente: al despojarse de la ideología humanista, el descubridor de la pertenencia ideológica expresada

56 Para lo cual nos ofrece el erudito Augusto Cornu (1967: 568-574) una copiosísima información en su *Carlos Marx - Federico Engels*. Lamentablemente, las reflexiones de Cornu sobre el material que tan laboriosamente ha manejado dan cuenta de la importancia de los puntos de partida en el trabajo teórico.

en la comprensión que cada hombre hace de la vida social es colocado fuera de sus propias reglas, ya para siempre científico como ya para siempre de piedra inmóvil parece la cabeza colocada en el cementerio de Highgate.

No pretendo negar el aporte cierto de la investigación althusseriana del origen del marxismo, pero estimo que las alusiones al estatuto subalterno de las ideologías o a la doble lectura, política o teórica, que es posible hacer de los textos del joven Marx, no disminuyen el carácter científicista en que se resuelve la interpretación que Althusser hace de Marx.

Creo que es necesario estudiar los presupuestos ideológicos *como un elemento interno* del desarrollo teórico de Marx, por su *función teórica* en el origen y en el trabajo teórico ulterior de Marx, en cuanto participan en la selección de objetos e hipótesis de trabajos teóricos, en la actitud de Marx hacia las teorías ajenas, en su acto de “producción” teórica misma; en cuanto son, en suma, un índice para la comprensión del pensamiento de Marx como un elemento de una realidad histórico-social determinada. Esto es imprescindible para asumirlo de otra manera que como una inútil religión de la Razón o de la Ciencia: para asumirlo *como una actividad científica* que pone las bases del conocimiento de las ideologías, del

capitalismo, de la revolución y de la lucha por el comunismo, *y como una ideología* teorizada de la revolución comunista. Y como ciencia que *posibilita* la profundización del trabajo ideológico y la planeación de la acción y como ideología que *se asoma* al secreto de su propia alusión-ilusión, el marxismo es capaz de servir como guía teórica y política a los revolucionarios, pero a la vez está necesitado constantemente de revisión por parte de las prácticas (entre ellas la teórica) de los revolucionarios.

El caso del origen del marxismo es obviamente singular en un sentido: el terreno científico y el terreno político de la teoría están por constituirse. Se trata entonces del estudio del proceso que lleva a un cambio de problemática, y de su logro mismo, la formulación primitiva de la teoría; este estudio comprende a una actividad científica social y a sus presupuestos ideológicos. Los “cortes” con las ideologías políticas del radicalismo burgués y del socialismo y el comunismo existentes, con la filosofía de la eticidad y el método hegeliano, con la crítica antropológica neohegeliana y feuerbachiana, con los puntos de partida teóricos de la Economía Política y de la Historia, son las rupturas que han puesto a Marx en un terreno diferente y propio. El último acto es determinante: la formulación primitiva de una teoría

del capitalismo y de la revolución comunista que incluye el reconocimiento de las ideologías filosóficas, históricas, políticas, económicas, jurídicas, como formas de conciencia social de la sociedad burguesa. Esto le permite plantearse investigaciones científicas sobre realidades sociales e incluso, en cierta medida, un conocimiento del movimiento proletario y revolucionario y de su propia ubicación ideológica individual. A nosotros nos permite plantearnos un análisis marxista de Marx y un conocimiento más cierto del marxismo originario.

BIBLIOGRAFÍA

- Althusser, L. 1966 *Por Marx* (La Habana: Ed. Revolucionarias).
- Althusser, L. 1968 *Leer El Capital* (México: Siglo XXI).
- Cabet, E. 1929 *Viaje a Icaria* (Barcelona: Lux).
- Cepero Bonilla, R. 1963 *Obras Históricas* (La Habana: Instituto de Historia).
- Cerroni, U. 1975 *Marx y el derecho moderno* (México: Grijalbo).
- Colletti, L. 1977 [1958] *El marxismo y Hegel* (México: Grijalbo).
- Cornu, A. 1967 *Carlos Marx - Federico Engels* (La Habana: Inst. del Libro).
- Della Volpe, G. 1963 *Rousseau y Marx* (Buenos Aires: Platina).
- Engels, F. 1959 “Contribución a la historia de la Liga de los comunistas” Marx, C. y Engels, F. *Obras escogidas* (Moscú: Editorial en Lenguas Extranjeras) T. II.
- Feuerbach, L. 1976 [1841] *Esencia del cristianismo* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales / ICL).
- Feuerbach, L. s/f [1842] *Tesis provisionales para la reforma de la filosofía* (mimeografiado).
- Gramsci, A. 1966 *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce* (La Habana: Edición Revolucionaria).
- Löwy, M. 1970 *La teoría de la revolución chez le jeune Marx* (Paris: Maspero).
- Marx, C. 1946 [1843-4] “Introducción para la crítica de la Filosofía del Derecho, de Hegel” en Hegel, G. W. F. *Filosofía del Derecho* (Buenos Aires: Claridad).
- Marx, C. 1959a “El editorial N° 179 de la Gaceta de Colonia” en Marx, C. y Engels, F. *Sobre la religión* (Buenos Aires: Cartago) [Reproducido de la reedición en *La gaceta renana*].

- Marx, C. 1959b *La cuestión judía* en Marx, C. *La sagrada familia y otros escritos* (México: Grijalbo).
- Marx, C. 1959c *La sagrada familia y otros escritos* (México: Grijalbo).
- Marx, C. 1959d *Sobre la religión* en Marx, C. *La sagrada familia y otros escritos* (México: Grijalbo).
- Marx, C. 1959 [1845] *Tesis sobre Feuerbach* en Marx, C. y Engels, F. *Obras escogidas* (Moscú: Editorial en Lenguas Extranjeras) T. II.
- Marx, C. 1959 [1859] “Prólogo de la *Contribución a la crítica de la Economía Política*” en Marx, C. y Engels, F. *Obras escogidas* (Moscú: Editorial en Lenguas Extranjeras) T. I.
- Marx, C. 1959 [1875] “Crítica del Programa de Gotha” en Marx, C. y Engels, F. *Obras escogidas* (Moscú: Editorial en Lenguas Extranjeras) T. II.
- Marx, C. 1965a *La sagrada familia* (La Habana: Ed. Política).
- Marx, C. 1965b *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844* (La Habana: Ed. Política).
- Marx, C. 1966a *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel* (La Habana: Ed. Política).
- Marx, C. 1966b *Prólogo de Contribución a la crítica de la economía política* (La Habana: Editora Política).
- Marx, K. 1971 *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política, 1857-1858 (Grundrisse)* (México: Siglo XXI) T. I y II.
- Marx, K. 1975 *El Capital* (México: Siglo XXI) 3 T. en 8 Vol. Trad. P. Scaron.
- Marx, K. 2004 *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* (Buenos Aires: Colihue).
- Marx, K. 2014 [1841] *Diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y la de Epicuro* (Buenos Aires: Gorla).
- Marx, C. y Engels, F. 1958 [1846] *La ideología alemana* (Buenos Aires: Cartago).
- Marx, C. y Engels, F. 1959 *Sobre la religión* (Buenos Aires: Cartago).
- Marx, C. y Engels, F. 1959 [1848] “Manifiesto Comunista” en Marx, C. y Engels, F. *Obras escogidas* (Moscú: Editorial en Lenguas Extranjeras) T. I.
- Marx, C. y Engels, F. 1966 [1846] *La ideología alemana* (La Habana: Edición Revolucionaria).
- Marx, C. y Engels, F. 1977 *Correspondencia* (México DF: Ediciones de Cultura Popular).
- Mehring, F. 1964 *Carlos Marx. Historia de su vida* (La Habana: Ed. Política).

- Nikolaevskij, B. y Maenchen-Helfen, O. 1969 *Karl Marx. La vida e L'opera* (Turín: Einaudi).
- Pérez, N. y Baeza, C. s/f *Sobre la filosofía de Ludwig Feuerbach* (mimeo).
- Proudhon, J. P. 1945 ¿Qué es la propiedad? (México: Tierra y Libertad).
- Rossi, M. 1963 [1960] *Marx e la dialettica hegeliana* (Roma: Editori Riuniti) Vol. I y II.
- Sartre, J. P. 1963 *La crítica de la razón dialéctica (precedida de Cuestiones de Método)* (Buenos Aires: Losada).
- Sartre, J. P. 1968 *Cuestiones de método* (La Habana: Instituto del Libro).
- Schaff, A. 1964 [1961] *La filosofía del hombre* (Buenos Aires: Lautaro).
- Smith, A. 1955 *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (Barcelona: Bosch).
- Strauss, D. 1905 (1835) *Vida de Jesús* (Valencia: Sempere y Cía. eds.).
- Sue, E. 1905 *Los misterios de París* (Barcelona / Buenos Aires: Maucci).
- Weitling, W. 1974 (1842) *Garantien der Harmonie und Freiheit* (Stuttgart: Reclam) [Garantías de la armonía y de la libertad].

EN EL CUMPLEAÑOS DE LENIN: UTOPIA Y PRÁCTICA POLÍTICA EN *EL ESTADO Y LA REVOLUCIÓN**

Los conjuntos orgánicos de ideas y los movimientos políticos organizados que pretenden la realización de cambios sociales de envergadura están obligados a articular sus visiones más generales de objetivos supremos y trascendentes con las estrategias y tácticas que rijan sus actuaciones concretas en las más diversas situaciones y fases que involucren a sus prácticas. Las razones son obvias.

Por una parte, sus ideas no constituyen ejercicios intelectuales desentendidos de las incidencias, los intereses y las pasiones de las vidas humanas y de las sociedades, y sus movimientos no son órganos sociales de existencia circunstancial o esporádica, formados para ejercer presión, negociar o amotinarse respecto a cuestiones concretas o coyunturas, sin aspirar a derrocar al orden vigente y sustituirlo

por otro nuevo. Por otra parte, deben romper la tendencia de sus propios miembros y simpatizantes a no avanzar mucho más allá de la reproducción habitual de la vida social, y deben prefigurar en medida apreciable un mundo y una vida nuevos que puedan ser atractivos y lleguen a ser sentidos y pensados, en grados altos.

Por consiguiente, los bolcheviques debieron también cumplir con esos requisitos. Su origen estuvo en la pertenencia a las corrientes europeas opuestas al capitalismo y asumieron la identidad de los trabajadores del sistema capitalista como base social de su organización política. Aquellas corrientes tenían una larga historia de manejo de ideas acerca de la sociedad, vinculada íntimamente con el conjunto del pensamiento social europeo que llamamos moderno. Esas corrientes le daban gran importancia al papel de los fundamentos intelectuales como una guía necesaria cuando se quieren poner en práctica los ideales con efectividad. En realidad, estaban demasiado influidos por los

* Intervención en el Taller “Lenin: de las *Tesis de abril a El Estado y la revolución*”, Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, 21 de abril de 2016.

principios de la comunidad intelectual europea en cuanto al análisis, las concepciones y los temas de debate acerca de las sociedades, y por las revoluciones contra el antiguo régimen en cuanto a sus prácticas. Veían la relación entre teoría y práctica de manera simple, reducida a pensar acertadamente y obrar en consecuencia. Sus actos intelectuales estaban regidos o animados por las ideas de perfectibilidad y de racionalidad respecto al orden existente, más que por las de conflicto antagónico y subversión completa del sistema, que deben ser inherentes a una actitud comunista.

El marxismo era la concepción que obraba como base y como aparente unificadora de numerosas organizaciones opuestas al capitalismo europeo creadas a partir de los años setenta del siglo XIX. En ellas, todos se referían al fundador, Carlos Marx, como guía superior del pensamiento y de la actuación. Pero al constituir y desarrollar su práctica política, habían subordinado sus ideas a un canon ideológico principal del conocimiento dentro del sistema de dominación europeo, el cientificismo, y le atribuyeron al marxismo un carácter científico. Creían que eso le otorgaba infalibilidad a sus axiomas y acierto a sus estrategias, y aunque eso no era cierto, fortalecía la confianza de los seguidores en sus organizaciones. Es natural

que asumieran también otra base principal ideal del sistema capitalista, el evolucionismo.

El contenido de la teoría, las tesis fundamentales y la propuesta de Marx tenían un ámbito universal, y el presupuesto universal era central en su comprensión de las relaciones e instituciones esenciales del capitalismo, su expansión a escala planetaria, la contradicción antagónica que se desarrollaría, las características principales de la conciencia y la organización de clase proletarias y la revolución proletaria mundial que ellas debían desencadenar. Si se quiere conocer bien el marxismo de Marx y su trascendencia, es imprescindible manejar esto, que aquí tengo que limitarme a mencionar.

Pero las prácticas políticas marxistas fueron cada vez más particulares, y se sujetaron al nacionalismo y los Estados nacionales, lo que conllevó un alejamiento de los ideales originarios del socialismo europeo. Organizados en partidos legales y en federaciones sindicales, la mayoría abandonó los principios revolucionarios, se subordinó al dominio de la burguesía y sus Estados, practicó el reformismo y fue cómplice del colonialismo europeo. El marxismo fue despojado de su esencia y expuesto en formas políticamente correctas. Unos entendían la teoría marxista como fundamento ideal del reformismo y la convertían en un corolario

perfeccionista de la cultura y la sociedad capitalistas; otros simplemente la usaban como unificador ideológico de sus actuaciones inmediatas políticas y sociales. Suprimido el enfrentamiento, el constitucionalismo socialista estaba en desventaja respecto al nuevo constitucionalismo liberal.

La base de las ideas y los movimientos socialistas había estado en las resistencias y las rebeldías de gente del pueblo, explotadas o excluidas, que aprendieron en la terrible escuela de la modernidad que la esperanza no estaba en el pasado, sino en el futuro. A lo largo del siglo XIX aspiraron a acabar con la propiedad privada, la opresión estatal, la religión como opio para el pueblo, el desvalimiento y la ignorancia, y a construir un socialismo de autoadministración comunal, soberanía local, feminismo, acción democrática popular, federaciones y sufragismo. Los socialdemócratas renegaron de la utopía, y dejaron en pie solamente frases y rituales vacíos. Hasta 1917, sentirse socialista en Europa se limitaba a practicar el activismo sindical y algunas actividades políticas, movilizarse por “demandas inmediatas” y mejoras en la calidad de la vida –por ejemplo, el urbanismo de la época aportó el barrio obrero–, y buscar satisfacciones desde la pertenencia a un ideal organizado. O admirar al socialismo como

ideal de los trabajadores y los pobres, acicate para adquirir educación y algún ascenso social, y creencia que aseguraba que el progreso llevaría a un mundo futuro sin capitalismo.

El joven Ulianov se unió a la corriente marxista rusa seguidora de la formulación universalizante de Marx, que postulaba que el país estaba desarrollando el capitalismo y la contradicción fundamental pronto sería la de la clase obrera contra la burguesía, pese al predominio evidente del campesinado en el país. Sin dudas, Ulianov tuvo que valerse del paradigma marxiano frente al legado revolucionario tremendo de su hermano Alejandro, que caló en él tan profundamente, y frente al mundo que vivía, el de la cultura rusa. Después de doce años de activismo, militancia, prisión y destierro, al salir de Siberia en 1900 era un gran conocedor de la teoría de Marx, y tenía alguna relevancia como autor de un libro de título expresivo: *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (Lenin, 1950 [1899]). Pero fue su práctica política la que lo impulsó a criticar tanto al populismo como a las variantes legal y economista dentro del marxismo ruso. Y a inventar una forma nueva de paso de la propaganda a la agitación revolucionaria: *Iskra*, un periódico organizador de células clandestinas y orientador ideológico proletario.

El aporte decisivo de Lenin respecto a la teoría de Marx en esa etapa no fue desarrollarla, sino interpretarla en un sentido revolucionario. Es cierto que la fase capitalista es inevitable, pensaba, pero hay que introducir en la clase proletaria que crece la conciencia y la organización que los comience a capacitar, desde el inicio, para llegar a derrocar al capitalismo, no a convertirse en su ayudante de izquierda. Rusia tiene un régimen autocrático y un retraso enorme en su sistema capitalista; de acuerdo, pero el movimiento revolucionario debe llegar a ser dirigido por la organización proletaria, aunque la revolución que triunfe tenga que realizar todavía las tareas del desarrollo capitalista. Para resolver tales paradojas no se puede depender de las llamadas leyes objetivas, hay que crear órganos que las enfrenten y las subviertan. Ese es el sentido último del partido bolchevique: convertir lo imposible en posible y hacerlo realidad, forzar la realidad y obligarla a parir hechos, conductas y visiones revolucionarias de verdadera liberación humana y social.

Desde su origen, el partido revolucionario de Lenin encarnó la unión entre la utopía del socialismo liberador y las tareas más inmediatas, entre la determinación personal del militante que enfrenta eterno trabajo, riesgos y sacrificios a partir de los grandes ideales, y la organización y

la disciplina que sirven como vehículos para que esa determinación del individuo y esos ideales del colectivo sean eficaces. Una revolucionaria de la talla de Rosa Luxemburgo hizo aportes al advertirle a Lenin los riesgos implícitos en aquel modo de ser y operar, pero aquella organización que él creó no tiene nada que ver con el partido en que degeneró, instrumento político y de mando de una nueva dominación de grupos erigida en nombre del socialismo, con un sistema ideológico basado en imposiciones y obediencia. Un joven clandestino georgiano de escasa instrucción escribió en diciembre de 1901, feliz en su fervor por el nuevo partido que le permitirá pelear con organización y conciencia: “Solo un gran objetivo puede engendrar una gran energía”.

Lenin reiteraba la necesidad de una vinculación íntima entre la política y la teoría. Pero no fue en esas declaraciones donde estuvo su acierto, sino en haberse convertido en un maestro permanente de la práctica política, que velaba por las personas, los detalles, la estrategia y la táctica y lo esencial de cada coyuntura, y que analizaba siempre las situaciones concretas, sin perder jamás de vista al movimiento en su conjunto y sus objetivos mediatos y trascendentes, y sin ceder jamás en las cuestiones de principios y en los ideales revolucionarios.

No he encontrado mejor elogio de aquella falange revolucionaria que un tributo de profesional que le hace un enemigo, este fragmento de un informe interno de la policía zarista: “Los elementos, las organizaciones y los hombres que rodean a Lenin son los más enérgicos, los más audaces y los más capacitados para la lucha sin desmayo, la resistencia y la organización permanentes”.

Quince años median entre *¿Qué hacer?* (Lenin, 1961 [1902]) y 1917, y no pueden entenderse la obra ni la vida de Lenin en ese lapso si se las estudia separadas. Permítanme recordar un intento modesto, pero lúcido: el seminario “El pensamiento de Lenin y las revoluciones”, que celebramos en el Departamento de Filosofía de la calle K hace casi medio siglo. Todas las semanas durante dos años discutimos los materiales que estudiábamos y nuestros criterios, los escritos y los actos de Lenin, pero también escritos y actos de los demás implicados en la historia de Rusia del primer cuarto del siglo XX; las ideas y las pasiones, los conflictos, los intereses, los ideales, los grupos, al mismo tiempo que los acontecimientos, los procesos y las etapas discernibles.

El bolchevismo no tuvo parte en la caída del zarismo, pero su líder marchó raudo a Rusia, a tratar de enseñarle algo a la Revolución. Ayer

comentamos el modo tan radicalmente revolucionario como Lenin unió la práctica política y la teoría en sus *Tesis de abril* (Lenin, 1973 [1917]) un verdadero escándalo para los cuadros bolcheviques que no lograban quitarse la camisa sucia de la socialdemocracia. Y a lo largo del taller hemos venido presentando y debatiendo al Lenin de aquel año diecisiete. Vimos al líder entregado como nunca antes a las urgencias de la práctica política revolucionaria. Entonces, me pregunto: ¿por qué escribe, oculto en Finlandia, *El Estado y la revolución* (Lenin, 2004 [1917])? ¿Qué pretendió con aquel ensayo inconcluso? ¿Qué lugar quería que tuviera respecto a la quemante práctica política del momento? ¿Por qué, en esta precisa circunstancia, rescatar en detalle la teoría del Estado de Marx, ponerla en el centro de la polémica y defender su carácter revolucionario comunista? ¿Es que Lenin desconfiaba de un exceso inmediateista? ¿Para qué abordar el programa máximo cuando dentro de su propia dirección le están reprochando que su política es aventurerista? ¿Les sube la parada? ¿O es mucho más que eso?

Dejo esas preguntas como un insumo más para debates, porque mi tiempo pronto se acabará. Y me conformo con un breve comentario acerca de una de las aproximaciones que se pueden hacer a esta obra.

El prefacio brevísimo de *El Estado y la revolución* (*op. cit.*) comienza afirmando que “la guerra imperialista ha acelerado y agudizado [...] el proceso de transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado”. Pero en la situación creada, añade, “se gesta, a todas luces, la revolución proletaria internacional”. La actualidad, en sentido histórico, ligará ambos términos y, por consiguiente, es vital plantearse qué hará la revolución proletaria con el Estado, para que su poder sea realmente proletario anticapitalista –Lenin reitera que la cuestión del poder es la central en la política–, y para que el proceso liberador avance realmente hacia el logro de sus fines últimos.

Igual que Bolívar, Martí o Fidel, Lenin pudo parecerles un iluso a sus contemporáneos, y puede parecerle ilógico o chocante al que hoy se queda en la superficie al leerlo, cuando, encontrándose en condiciones sumamente desventajosas, planteaba los rasgos y los problemas del gran escenario futuro, y aseguraba así que ese tiempo vendría. En realidad, este libro es un ejemplo señero de la unión entre la utopía y las tareas más inmediatas, entre la política y la teoría, y del valor y la procedencia prácticos y teóricos que ella posee. Me recuerda al Carlos Marx de 1875, de la *Crítica del Programa de Gotha* (Marx, 1959), apenas al inicio del largo

camino de la socialdemocracia, advirtiéndoles a los marxistas que de ahora en adelante su enemigo principal será la república democrática capitalista, y dejándoles un esbozo singular del proceso que podría llevar a la humanidad hacia el comunismo.

Tendremos que vérnosla con el Estado, les dice Lenin a sus compañeros y a los que vendrán, cuando el poder parece algo muy lejano: el Estado de la nueva era, la era del imperialismo y las revoluciones socialistas. Con el Estado nos veremos y sin el poder sobre él no sobreviviremos; pero tendremos que aprender a usarlo como instrumento de liberación o naufragaremos en él; desde el inicio ya el Estado no podrá ser lo que fue, o al final formará parte de la liquidación de la revolución.

Casi cincuenta años después, Ernesto Che Guevara, oculto en Praga, volverá a estudiar y anotará *El Estado y la revolución* (*op. cit.*). Está entregado a la misión que ha asumido respecto a la necesidad urgente de hacer la crítica y emprender el desarrollo de la teoría revolucionaria, al mismo tiempo que, con el arma en la mano, intenta impulsar la revolución en el mundo para ayudar a forzar la situación a favor del campo popular y de la causa cubana. Che había publicado su síntesis de la utopía y la práctica política, su manifiesto comunista, *El*

socialismo y el hombre en Cuba, veinte días antes de partir. Al fin se han puesto al alcance de todos estos apuntes suyos, hace cuatro años. Invito a tener en cuenta el tema que estoy abordando al leerles el comentario final que hizo el Che a aquella lectura suya:

Este libro es como una Biblia de bolsillo para los revolucionarios. La última y más importante obra teórica de Lenin donde aparece el revolucionario integral y ortodoxo. Algunas de las recetas marxistas no las pudo cumplir en su país y debió hacer concesiones que todavía hoy pesan sobre la URSS. Pero los tiempos no estaban para experimentar a largo plazo: había que dar de comer a un pueblo y organizar la defensa contra posibles ataques. Frente a la realidad de hoy, *El Estado y la revolución* es la fuente teórico-práctica más clara y fecunda de la literatura marxista (Guevara, 2007 [1965]).

Lenin y el bolchevismo triunfante, realmente subversivos y creadores, inauguraron la recuperación del legado político y teórico de Marx, la etapa del apogeo del comunismo dentro del movimiento y las ideas anticapitalistas y de liberación humana y social, y la primera ola de revoluciones socialistas del siglo XX. Considerados en su conjunto, los movimientos revolucionarios socialistas y de liberación nacional del siglo pasado ampliaron a

escala mundial y desplegaron a fondo los modos singulares de asumir y utilizar la teoría revolucionaria marxiana y, en muchos casos, el conjunto resultante de ella y del complejo de ideas y experiencias del marxismo bolchevique. Pero para realmente ser, pensar y actuar como revolucionarios, sus puntos de partida y sus elementos fundamentales tuvieron que ser los de la propia cultura, sus modos de sentir y entender y la actuación autónoma de cada uno. Desde perspectivas que ya no eran la de Marx ni la de los marxistas europeos del medio siglo que siguió a su muerte, los revolucionarios combinaron la práctica política y la teoría.

La desastrosa fase final del siglo XX incluyó un retroceso general de las luchas de clases y de liberación nacional anticapitalistas, y una conservatización de la política y de aspectos de la vida cotidiana, entre otras pérdidas importantes. Pero no pudo borrar todo lo avanzado por la humanidad. En lo que va de este siglo, en América Latina se ha seguido manteniendo la Cuba socialista, como realidad concretada, factor influyente y ejemplo, y en buena parte del continente se ha desarrollado la autonomización de países respecto al control de Estados Unidos, procesos políticos con grandes avances en cuanto a promoción de los intereses de las mayorías y su participación política –en

algunos casos francamente revolucionarios–, y un amplio movimiento de coordinaciones estatales que busca avanzar hacia integraciones económicas y políticas. Ha aumentado el papel de los Estados en la región. Pero hoy está en marcha una gran contraofensiva de Estados Unidos y sectores burgueses de América Latina, que pretende derrotar y desmontar esos procesos y restablecer el dominio completo del imperialismo y el capitalismo.

En un plano más general y más funesto, el imperialismo apela a los inmensos recursos y las múltiples maneras de actuar de su sistema –desde las finanzas hasta los bombardeos– para imponerse a escala planetaria. El arma privilegiada entre tantas es el dominio cultural, dirigido a obtener el consenso de las mayorías, sometidas a sistemas de idiotización en sus consumos, informaciones, necesidades y deseos. Se aspira a desaparecer el futuro y el pasado, reducir a todos a un mezquino y eterno presente, anular los potenciales de resistencia y de rebeldía y controlar férreamente la vida cotidiana y la vida ciudadana. Un corolario de ese sistema es la exclusión de la utopía. Los medios no deben aludir a ella, y ningún político serio la menciona. Se supone que la práctica política debe limitarse a una ingeniería de la gobernabilidad, el facilitamiento de un curso

económico determinado mediante las políticas económicas que correspondan, el funcionamiento de estructuras administrativas y más o menos estado de derecho, el aparato tradicional de poderes del Estado –muy disminuido en la práctica– y sistemas electorales llenos de eventos periódicos, publicidad, corrupción, promesas, recambios, pactos, pugnas y otros detalles.

La pérdida del horizonte utópico sería letal para el campo popular y tendría consecuencias funestas, tanto para el pensamiento como para la práctica política. Renunciar a la política de los hechos, lúcida, creadora, valiente y atractiva, para cumplir con los requisitos del orden burgués y parecerles respetable a los que nunca han respetado a los pueblos ni a las personas dóciles, es suicida. En nuestro continente, el enfrentamiento práctico y decidido hasta derrotar a los enemigos es lo fundamental, y ningún tipo de actuación debe ser excluido para lograrlo. Pero también será indispensable un salto hacia adelante en el terreno de las ideas. La acumulación cultural de experiencias, conciencia, valores y pensamiento estructurado que tiene el campo revolucionario es enorme, pero hoy es muy poco conocida, y muchos ni siquiera saben que existe. Habrá que recuperar y divulgar, compartir y discutir, y será

imprescindible crear, como tuvieron que hacerlo los de las generaciones anteriores.

Lenin nos invita a volver a escribir *El Estado y la revolución*. (*op. cit.*). Sería un homenaje digno del centenario de Octubre, un tributo grande y útil. Aquí está Lenin, con su vieja gorra, que en la victoria o en la peor situación no cesa de pensar y pelear, continúa señalando el camino e iluminando el futuro.

BIBLIOGRAFÍA

- Guevara, E. 2007 *El socialismo y el hombre en Cuba* (La Habana: Ocean Sur). [Primera edición: Guevara, E. Ch. 1965 “Desde Argel para *Marcha*. La Revolución cubana hoy” en *Marcha* (Montevideo), marzo].
- Lenin, V. I. 1950 [1899] *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras).
- Lenin, V. I. 1961 [1902] “¿Qué hacer?” en Lenin, V. I. *Obras escogidas* (Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras) T. I.
- Lenin, V. I. 1963 *Obras completas* (La Habana: Editora Política) 42 Tomos.
- Lenin, V. I. 1973 [1917] *Tesis de abril* (Buenos Aires: Anteo).
- Lenin, V. I. 2004 [1917] *El Estado y la revolución* (Buenos Aires: Nuestra América).
- Marx, C. 1959 [1875] “Crítica del Programa de Gotha” en Marx, C. y Engels, F. *Obras escogidas* (Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras) T. II.

VIDA Y PROPUESTA DE ANTONIO GRAMSCI*

Córcega y Cerdeña son dos islas separadas de la península italiana por el mar Tirreno. Una día, hace 200 años, al héroe militar por excelencia de la burguesía, un hombre que se elevó por sí mismo al final de la gran Revolución francesa y llevó a cabo la primera expansión europea del nuevo régimen. La otra isla dio al máximo héroe civil del proletariado europeo del siglo siguiente, un hombre que se elevó por sí mismo, fue comunista y produjo su obra intelectual en las condiciones más difíciles, al final del período revolucionario abierto por el bolchevismo y en pleno auge del fascismo.

El héroe Napoleón actuó en un período adecuadamente temprano del capitalismo. El ser

humano Napoleón habrá sido de un modo u otro, pero el mito napoleónico es preciso: el Gran Corso tiene los rasgos sobrehumanos del héroe que viene de los tiempos remotos –terrible y amado–, y los rasgos modernos del siglo de la modernidad. Napoleón fue un magnífico puente político entre la Divina Providencia y la Bolsa. Además, no es comparable en nada a los primeros ministros y presidentes de república que vinieron después, lo cual lo convirtió en un cómodo antecesor. Antonio Gramsci fue un apóstol, el profeta de una profunda revolución intelectual, moral y social –esto es, muchísimo más profunda que un cambio político– contra el capitalismo, y su martirio personal fue consecuencia de su profesión de revolucionario. Pero su posteridad no ha encontrado espacio suficiente en los Estados que se han reclamado socialistas, y los más disímiles entre ellos han sido reacios a asumirlo. Quizás eso registre más cabalmente el alcance de la propuesta de socialismo de Gramsci: un proceso militante e incesante de cambios culturales anticapitalistas y liberadores.

* Conferencia impartida en el Centro Juan Marinello, por el 60 aniversario de la muerte de Gramsci. Publicada primero en Martínez Heredia, F. y Acanda, J. L. 1997 *Filosofar con el martillo* (La Habana: CCIC Juan Marinello). Posteriormente, en Martínez Heredia, F. 2006 *Socialismo, liberación y democracia. En el horno de los noventa* (Melbourne / Nueva York: Ocean Sur) pp. 243-256.

Antonio Gramsci tuvo la fortuna de vivir en el centro de la primera de las dos grandes olas revolucionarias contra el capitalismo sucedidas en este siglo, una ola que fue sobre todo europea, y tuvo su ápice en la Revolución de Octubre, ese homenaje supremo e inesperado al centenario del nacimiento de Marx. Las circunstancias desempeñan papeles principales en la vida de la gente, aunque en la vida de los individuos más destacados esa influencia es decreciente frente al vigor y el alcance de su actividad. Gramsci era el cuarto de una hilera de siete hermanos, y desde muy pequeño se vio envuelto en circunstancias adversas. Hijo de familia aldeana, con la pobreza atenazadora y la vergüenza de tener el padre preso, niño sardo, de una isla subalterna; ese suele ser el prólogo del peón de campo, el empleadillo urbano, el aventurero de menor cuantía o, en el mejor caso, del intelectual provinciano, siempre incomprendido y fracasado. Pero además el bello niñoito contrajo pronto una malformación física –al parecer por una caída– que le provocó jorobas en la espalda y el pecho para toda la vida, y que redujo su crecimiento. Su actividad infantil se ve bastante reducida.

La voluntad de estudiar será su primer acicate. Pero el alumno destacado debe salir de la primaria al trabajo, desde los 11 años, para

ayudar a la familia: 9 liras al mes por 65 horas semanales. Más o menos autodidacta, a los casi 15 años logran enviarlo a una escuela secundaria muy mediocre, vive en una pensión modestísima. Logra cursar el Liceo en Cagliari, era tan pobre que hace el último año con una comida al día; vive con el hermano mayor, un activo sindicalista. Mientras, Cerdeña sufre represiones, Nino se siente separatista sardo, comienza a leer a Marx, y Europa camina hacia la Gran Guerra. A los 20 años obtiene por concurso una modesta beca para estudiar Letras en la Universidad de Turín. El joven, entusiasta pero enfermizo y desvalido, quiere ser lingüista, reivindicar la lengua sarda y conocer la literatura nacional. Estudia materias de Letras, Derecho y Filosofía, hace exámenes, investiga, quiere graduarse en glotología, escribe crítica teatral; es un amigo decidido de la cultura. Pero en la gran ciudad industrial conoce las luchas obreras y se adhiere a las ideas radicales y al Partido Socialista.

La participación y la militancia se van imponiendo en su vida, y abandona los estudios en 1915. La dimensión de la entrega a la causa se vuelve, para él, fundamental, y a ella sacrifica los otros ámbitos: personal, familiar, gustos profesionales. Gramsci será un publicista revolucionario incansable, cuadro socialista,

defensor de la Revolución bolchevique, miembro de los intransigentes y la fracción comunista del PSI. Vive las luchas sociales de clase y de las regiones, y las luchas políticas socialistas y del naciente comunismo. Participa en las acciones obreras en el “bienio rojo” de Turín, conoce la cárcel y aparece en los informes policíacos. El 1° de Mayo de 1919 es uno de los fundadores de *L'Ordine Nuovo*. *Reseña semanal de cultura socialista*, el periódico de los Consejos, que en diciembre de 1920 sale como diario, con el lema famoso tomado de Lasalle: “Decir la verdad es revolucionario”; por último saldrá en Roma, como quincenario “de política y de cultura obrera”, a partir del 1° de marzo de 1924. Esta publicación expresa el camino de los intransigentes de izquierda italianos que ingresan al comunismo de la III Internacional, no sin importantes polémicas que no es el caso tratar aquí. La formación insustituible y decisiva de las luchas propias y la influencia extraordinaria de la Revolución bolchevique son sus motores.

En *L'Ordine Nuovo* aparecen Lenin, Zinoviev, Barbusse, Lunacharski, Bela Kun, Romain Rolland, Gorki, junto a los que en Italia –como en otros lugares de Europa– buscan expandir y profundizar la revolución, cambiarlo todo y crear una nueva cultura. Gramsci actúa en

todos los terrenos de ese combate,¹ perfilándose cada vez más como el pensador y el dirigente de una política comunista para la revolución y el inmenso cambio cultural que ella exige.²

El pequeño sardo que no logró graduarse en la Universidad es a los 30 años un intelectual notable y, sobre todo, el más destacado dirigente político del nuevo partido, que en 1922 lo nombra su representante ante el Comité

1 Incluso funda, con otros compañeros, un Instituto de Cultura Proletaria, Sección del Proletkult de Rusia, en enero de 1921, un día antes del Congreso de Livorno del PSI. En ese Congreso la fracción comunista en que milita Gramsci decide constituir, el día 21, el Partido Comunista de Italia (PCI).

2 Un ejemplo interesante está en los *motto* de *L'Ordine Nuovo*. En 1919: “Instrúyete, porque tendremos necesidad de toda tu inteligencia. Movilízate, porque tendremos necesidad de todo tu entusiasmo. Organízate, porque tendremos necesidad de toda tu fuerza.” En 1924: “*L'Ordine Nuovo* se propone suscitar en las masas de los obreros y campesinos una vanguardia revolucionaria que sea capaz de crear el Estado de los Consejos de Obreros y Campesinos y de fundar las condiciones para el advenimiento y la estabilidad de la sociedad comunista” [Tomados de “Cronologia della vita di Antonio Gramsci” (Gramsci, 1977: XLIII-LXVIII, T.I). Esta edición crítica del Instituto Gramsci, a cargo de Valentino Gerratana, ha significado un extraordinario paso de avance para el conocimiento de la obra gramsciana].

Ejecutivo de la Internacional. Llega a Moscú en junio. Allí conoce a Giulia Schucht, se unen y tienen dos hijos. Ese amor es su premio de militante y de intelectual orgánico, pero la pareja también sufrirá de ausencia, pronto definitiva a manos de la maquinaria represiva del fascismo italiano. Gramsci vive intensamente la política soviética y de la Internacional, participa en Congresos, conoce a las personalidades, escribe.³ A fines de 1923 pasa a Viena, a contactar con los demás partidos europeos. Es elegido diputado en ausencia y regresa al país, en mayo de 1924; en agosto es Secretario General del PCI. Sus últimos 30 meses en la calle serán de lucha infatigable contra la dictadura fascista de Mussolini, que en la dirección del PC de Italia solo él había previsto desde la “Marcha sobre Roma” de octubre de 1922. Será un tiempo de debates parlamentarios, de un arduo trabajo organizativo del partido por todo el país, de reuniones –casi siempre clandestinas– de la dirección nacional, provinciales, con cuadros y militantes, con obreros; en ellas no faltan las polémicas políticas. Giulia pasa casi un año

3 Entre otros textos, uno a petición de Trotsky, sobre el futurismo italiano y el fascismo, que el soviético publicó como Apéndice en su libro *Literatura y Revolución* (Trotsky, 2014 [1924]).

junto a él en Italia, pero regresa a Moscú a dar a luz su segundo hijo. Ya nunca más se verán.

El 8 de noviembre de 1926 el poder fascista encierra a este hombre intransigente, que escogió ser comunista y leninista, ser un subversivo italiano y de la III Internacional, en vez de convertirse en un notable intelectual italiano nacido en Cerdeña, avanzado y de izquierda, un hombre exhibible, un *self made man* de nuevo tipo, capaz de servir de adorno político y regalo de las licencias sociales del sistema burgués. Antonio Gramsci es un enemigo muy peligroso, y como tal es tratado. De nada le valió ser diputado, ni tener la salud quebrantada desde hacía años. Su vida restante –diez años y medio– transcurrió en los presidios fascistas y en salas de hospital vigilado. Sus verdugos solo lo declararon en libertad seis días antes de morir.

Miguel de Cervantes, hombre de acción devenido hombre de letras, incapaz de alardes en su madurez –porque ha visto la muerte y ha sufrido la vida–, menciona sobriamente sus prisiones al advertir a todos en su prólogo al *Quijote* (De Cervantes Saavedra, 2000) que el libro se ha compuesto “en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación”. Gramsci se ha familiarizado con la cárcel en la niñez –con la sufrida por su padre–; ahora la propia será su único horizonte.

El conjunto de sus escritos hasta 1926 es muy notable, pero en presidio escribirá en 29 cuadernos su obra imperecedera, una obra enfilada contra todas las cárceles: las prisiones terribles del capitalismo actuante, sutil o bestial, pero siempre poderoso; las cárceles de inopia, suicidas, de los regímenes levantados contra el capitalismo; las cárceles de la persona y de las sociedades, cultura de la dominación. En vez del ruego de libertad personal instado por la carta del peticionario, los escritos de este prisionero, tan trascendentes, alumbrando el camino de la liberación de todos los seres humanos, de todas las dominaciones. Es difícil encontrar un ejemplo más heroico que el de este hombre cada vez más enfermo, cada vez más débil físicamente, seguro de que no verá la victoria y de que no habrá presiones suficientes para liberarlo, que solo se angustia cuando siente que su resistencia se acaba y no podrá trabajar más. Gramsci no cesa de comunicarse cuanto puede con sus compañeros, de enviar cartas a sus familiares y a dos amigos,⁴ de escribir casi tres mil páginas en los cuadernos.

4 Las ediciones más completas de la correspondencia incluyen 478 cartas. Ver Antonio Gramsci (2003), la edición a cargo de Dora Kanoussi.

La correspondencia de este ser humano siempre veraz, que describe, analiza, testimonia, se introspecciona, ironiza, se entrega, es un monumento maravilloso a la sensibilidad y al intelecto. Nos ha dejado un testimonio precioso del amor a su familia, que en parte está al alcance del público cubano. En sus cartas están otras dimensiones del individuo –como sucede siempre–, que enriquecen nuestra comprensión de la persona y de su obra. Más allá de la gran calidad sociológica, rezuman cariño las descripciones de sus paisanos más desvalidos, los presos comunes de todas las regiones de Italia. A Tania –la fiel cuñada, que servía de intermediaria y proveedora, que le escribió siempre y guardó los papeles del preso– le cuenta con gracia como resulta un desconocido en la cárcel, hasta para presos de su partido, o como desilusiona a los militantes que esperaban que el diputado Gramsci fuera un hombrón. Pero también registra la destrucción de su cuerpo y “la evaporación del cerebro”; a la madre le cuenta en diciembre de 1930 que en cuatro años ha envejecido: “tengo muchos cabellos blancos, perdí los dientes, ya no río con gusto como antes” (Gramsci, 2003: 276).⁵ La

5 Giorgio Baratta (1987: 10) comenta que, a pesar de todo, aquel “cierto espíritu irónico y pleno de humor que me acompaña siempre”, del cual Gramsci hablaba

conciencia de estar inerme, en manos de sus enemigos, es permanente: ellos pueden hacerlo “desaparecer como una piedra en el océano”. Sin embargo, se sobrepone a la amargura y utiliza el trabajo tenaz y abnegado como su arma. Gramsci derrota a sus verdugos con su actitud y con sus escritos. En este autorretrato brinda su carácter y su fuerza:

Mi posición moral es óptima: hay quien me cree un Satanás, hay quien me cree casi un santo. Yo no hago el mártir ni el héroe. Creo ser simplemente un hombre medio, que tiene sus convicciones profundas, y que no las cambia por nada del mundo (Gramsci: 1971: 126; cit. por Gerratana en: Gramsci, 1977: xv).

El marxismo de Gramsci es el último y el más trascendente aporte intelectual de la etapa abierta por Lenin y la Revolución bolchevique. Se beneficia de la gigantesca experiencia europea del primer tercio del siglo, y de la edad de su creador. El joven Lenin era un ruso urbano de un sector social medio, criado en un enorme imperio autocrático,

en medio de un debate sobre modernizaciones, que vio como maestros a Marx, Engels y Kautsky. Enfrente de él estaba la Europa de la “bella época”, con su joven imperalismo, y una compleja cultura con la que el ruso se compenetró en 15 años de exilio. El joven Gramsci era un isleño sardo, sujeto a un Estado nacional reciente –el no muy poderoso reino italiano–, en un país de antiguas culturas y regiones diversas; logró formarse como un intelectual misérrimo de izquierda, en la más desarrollada región industrial de Italia, y se hizo revolucionario en las luchas obreras y bajo el impacto tremendo de la Primera Guerra Mundial. Solo estuvo fuera de Italia dos años, uno y medio en la URSS y medio en Viena. La generación revolucionaria de Gramsci recibe el grandioso impacto del bolchevismo –que amplió el objeto del marxismo–, califica a Kautsky de renegado, y su campo intelectual es el de la praxis y la dialéctica, no el de la ciencia materialista. Pero, a diferencia de los bolcheviques, fueron derrotados en su práctica política. Antonio Gramsci quedará preso, a solas con las preguntas y las necesidades de la teoría revolucionaria, pero en vez de buscar sus raíces, procederá a desarrollar la teoría, apostando a la creación de nuevos puntos

a su cuñada Tania en abril de 1927, está instalado en los planos profundos de toda su correspondencia.

de partida del pensamiento de liberación que sirvan a los actores futuros para pretender el asalto al cielo.⁶

El marxismo legalizado, evolucionista y cientificista, curiosa combinación de ontología materialista y positivismo sociológico, de un tiempo en que la ciencia era majestuosa y parecía iluminadora, encontró pronto sus límites: era incapaz de oponerse a la cultura burguesa y poner a la orden del día su superación. El desastre político e ideológico de la II Internacional puso en tela de juicio a su teoría. Los revolucionarios marxistas descubrieron entonces que el abandono de la crítica totalizante que hizo Marx al modo de vivir del capitalismo y el olvido de su dialéctica habían sido el precio teórico pagado por la adecuación política, social, económica, nacional e internacional –es decir, cultural– del socialismo marxista al dominio de la burguesía europea. La nueva

época revolucionaria necesitó a Marx y a la dialéctica, y echó mano de ellos. Su pensamiento adquirió vuelo, autonomía y creatividad porque trató de entenderlo todo, de crear y plantear las grandes preguntas del presente y el futuro; intentó volverse capaz de formular un proyecto liberador que estuviera en la base de una cultura superior a la del capitalismo.

El desarrollo de la teoría se tornó fundamental, y a la vez fue favorecido durante años por los avances y los problemas de las revoluciones. Los grandes dilemas se pusieron a la orden del día: determinismo o actuación humana, civilización o liberación, reformas o revolución contra el capitalismo, autoritarismo o democracia, interés mezquino o internacionalismo, eurocentrismo o universalización del socialismo. Al interior del marxismo, la dialéctica, la praxis, la voluntad, negaban o criticaban al materialismo especulativo, evolutivo, cientificista, tanto en sus versiones groseras como elaboradas. *Sobrevino entonces una nueva fase en la historia del pensamiento marxista.* Aquí solo puedo llamar la atención sobre un tema tan trascendental, y de paso recordar, con el Che y sus compañeros del debate cubano de los años sesenta, una verdad que debería ser un lugar común: el marxismo tiene historia. Antonio Gramsci hizo teoría desde y sobre

6 El 24 de diciembre de 1917 escribe que los bolcheviques se han levantado contra una situación en que “*El Capital* de Marx era en Rusia el libro de los burgueses más que el de los proletarios” (Gramsci, 1978 [1917]: 111). La víspera del centenario del nacimiento de Marx, Gramsci publica “Nuestro Marx” (Gramsci, 1918). Pero su aporte no estará en la exégesis, sino en el trabajo marxista sobre nuevos problemas y temas.

los problemas fundamentales de su tiempo, y sobre los caminos del futuro a conquistar; lo hizo con tal hondura y tantas sugerencias que su obra de naturaleza abierta –e interrumpida por la muerte– se convirtió en una base principal de esa nueva fase. Por sus características y sus proposiciones, el pensamiento de Gramsci ha trascendido a sus circunstancias, y sirve hoy para la indispensable nueva vuelta crítica a los clásicos, y para advertir y plantear mejor los problemas actuales.

Varios conceptos utilizados por Gramsci han gozado de una aceptación creciente, mayor que el conocimiento que se tiene realmente de su pensamiento. Nada puede sustituir a la lectura estudiosa de su propia obra, una y otra vez emprendida por el autor frente a escollos terribles. Una relación de los temas de Gramsci comprendería las complejidades de las concepciones del mundo de los simples y los cultos, el papel de lo histórico, la filosofía de la praxis, la hegemonía, el americanismo, la cultura nacional-popular, las clases subalternas, el bloque histórico, los intelectuales, la conciencia política, la naturaleza y la función del partido revolucionario, la reforma intelectual y moral, la organización de la cultura. La lista podría ser mucho más larga, pero solo sería eso, una enumeración. Como es obligatorio ante toda

concepción elaborada, el aparato conceptual de Gramsci debe ser asumido en su carácter real –que es ser una herramienta de trabajo teórico–, en el entramado de las relaciones que sostienen los conceptos entre sí, y en sus relaciones con los contenidos de investigación y con las cuestiones de método implicadas. Cada concepto adquiere su sentido solo a la luz de la compleja especificidad en que está inscrito. Recorrer ese camino nos tornará capaces de captar la obra gramsciana en su conjunto, beneficiarnos de sus aportes y sus sugerencias, y utilizarla como instrumento.

No es mi objeto hoy exponer su pensamiento, pero a manera de ilustración quiero ofrecer dos textos de Gramsci. Hallar al primero de ellos me hizo feliz, dada mi opinión de que el socialismo y el marxismo surgen, y se desarrollan, por la conjunción de la racionalidad y el impulso de rebelión. Es un fragmento de una carta a Giulia, del 6 de marzo de 1924:

¿Qué me salvó de convertirme completamente en un andrajo almidonado? El instinto de rebelión, que de niño era contra los ricos, porque yo no podía ir a estudiar, yo que había obtenido diez en todas las materias en la escuela elemental, mientras iban a estudiar el hijo del carnicero, del farmacéutico, del negociante de tejidos. Ese

[instinto] se amplió a todos los ricos que oprimían a los campesinos de Cerdeña, y yo pensaba entonces que necesitaba luchar por la independencia nacional de la región: “¡echar al mar a los continentales!”. Cuántas veces repetí esa frase. Después he conocido a la clase obrera de una ciudad industrial y he comprendido lo que realmente significaban las cosas de Marx, que había leído antes por curiosidad intelectual. Así me he apasionado de por vida, por la lucha, por la clase obrera (Baratta, 1987: 8).

Ese testimonio de su itinerario personal es dado a los 33 años de edad, cuando ya es un dirigente comunista. La intimidad que lo une a la destinataria refuerza su verosimilitud. El otro texto está en el Cuaderno 3 (1930) de la cárcel, es un fragmento de “Pasado y presente. Espontaneidad y dirección consciente”:

El movimiento turinés fue acusado al mismo tiempo de ser “espontaneísta” y “voluntarista” o bergsonianos (!). Analizada, la acusación contradictoria muestra la fecundidad y la justeza de la dirección que se le imprimió. Esta dirección no era “abstracta”, no consistía en repetir mecánicamente fórmulas científicas o teóricas: no confundía la política, la acción real, con la disquisición teórica; ella se aplicaba a los hombres reales,

formados en determinadas relaciones sociales, con determinados sentimientos, modos de vida, fragmentos de concepciones del mundo, etc., resultantes de las combinaciones “espontáneas” de un ambiente determinado de producción material, con la consiguiente aglomeración “casual” de elementos sociales dispares. Este elemento de “espontaneidad” no fue descuidado, y mucho menos despreciado: fue *educado*, fue enderezado, fue purificado con la teoría moderna, de todo lo que de ajeno podía contaminarlo, para tornarlo homogéneo, pero de modo viviente, históricamente eficiente. Los mismos dirigentes hablaban de la “espontaneidad” del movimiento; era justo que así se hablara: esa afirmación era un estimulante, un energético, un elemento de unificación en profundidad, era ante todo la negación de que se tratara de algo arbitrario, aventurero, artificial (y no de algo históricamente necesario). Daba a la masa una conciencia “teórica”, de creadora de valores históricos e institucionales, de fundadora del Estado.

Esa unidad de la “espontaneidad” y de la “dirección consciente”, esto es, de la “disciplina”, es precisamente la acción política real de las clases subalternas, en cuanto política de masas y no simple aventura de grupos que se autoproclaman masa. A este propósito se presenta una cuestión

teórica fundamental: ¿la teoría moderna puede estar opuesta a los sentimientos “espontáneos” de las masas? (“espontáneos” en el sentido de que no se deben a una actividad educativa sistemática por parte de un grupo dirigente ya consciente, sino que toman forma a través de la experiencia cotidiana iluminada por el “sentido común”, es decir, por la concepción tradicional popular del mundo, aquello que muy pedestremente se llama “instinto” y no es otra cosa que una adquisición histórica primitiva y elemental). No pueden estar opuestos: entre ellos la diferencia es “cuantitativa”, de grado, no de calidad; debe ser posible una “reducción”, digamos, recíproca, un paso de uno al otro y viceversa (Gramsci, A. 1977: 330-331, T.I).

Es difícil encontrar una riqueza de problemas y una sagacidad mayor que la contenida en este fragmento, que entra de lleno en cuestiones fundamentales del movimiento de rebeldía. Les invito a analizarlo en detalle, desmontando sus temas y sus redes argumentales, el cuidadoso uso de cada palabra, cada giro y cada oración, y sobre todo el inmenso valor de método que tiene para guiar los análisis que hagamos sobre situaciones concretas. Este texto nos asoma a un trabajo teórico muy profundo, que ha convertido en objeto de conocimiento la cuestión personal que narraba a su esposa seis años

antes. Ahora no se trata de vivencias del autor, sino de un análisis a escala de la actividad, las ideas y las motivaciones de las clases subalternas, una indagación trabajada en otra dimensión y con instrumentos de análisis teórico. Y siempre el presupuesto ideológico marxiano guiando al trabajo teórico de Gramsci: buscar la revolución anticapitalista, sus prefiguraciones, sus condicionamientos, sus caminos, sus enemigos y sus protagonistas.

Las derrotas de los movimientos revolucionarios europeos de posguerra, la afirmación y auge del fascismo, la mayor crisis económica en la historia del capitalismo, el endurecimiento del nacionalismo y el proteccionismo, y el trágico final de la revolución soviética mientras se lograba la industrialización en la URSS, fueron el entorno final de la obra de Gramsci, a la vez que determinaban el cierre de aquella etapa histórica. El día antes de la muerte de Gramsci los fascistas alemanes bombardearon Guernica y mostraron al mundo, sin ningún recato, que la criminalidad del capitalismo no reconoce ningún límite. Pero en 1937, el año en que muere Gramsci, se están celebrando los procesos de Moscú, punta del iceberg de una represión descomunal hecha en nombre del socialismo. El año siguiente se completó el descabezamiento del pensamiento bolchevique soviético con el

folleto famoso de José Stalin, en el que orienta la reducción de la teoría de Marx, Engels y Lenin a una filosofía especulativa y una ideología de obedecer, clasificar y legitimar. La trascendencia de ese crimen intelectual fue inmensa, porque pronto se convirtió en una corriente ideológico-teórica que influyó más que ninguna otra en el pensamiento marxista, y duró medio siglo; sus efectos se sienten todavía.

Las vertientes del marxismo limitadas a las fronteras del liberalismo radical no podían tolerar a Gramsci, ni a ninguno de los pensadores marxistas de la revolución anticapitalista. Su compromiso tácito con el colonialismo o con el eurocentrismo les impedía aceptar tampoco al pensamiento de liberación nacional de los pueblos sometidos por el sistema. El incienso que se consumía en los aniversarios de los revolucionarios que al menos eran recordados ocultaba cada vez menos la lejanía que se guardaba de su prédica y su actuación. La segunda gran ola revolucionaria del siglo XX –la que tuvo su ápice en los años sesenta– echó mano a aquellos revolucionarios marxistas de la primera ola, y entonces Antonio Gramsci reapareció, más allá del ámbito italiano en el que al menos se le publicaba. Su pensamiento inspiró a muchos nuevos revolucionarios, les sugirió preguntas e intuiciones atinadas, y les abrió

camino hacia la comprensión de la dominación cultural y la lucha ideológica y cultural a emprender contra ella.

La recepción del pensamiento de Gramsci en la Cuba revolucionaria de los años sesenta gozó de esas características. La teoría marxista resultaba necesaria para la reflexión y el debate inevitables acerca del proyecto y las prácticas de la revolución, y no como una ideología constituida que debía ser consumida por los nuevos adeptos. Esa necesidad condujo pronto a la búsqueda de la dialéctica revolucionaria. Este tema es demasiado amplio e importante para tocarlo de pasada, y yo lo he abordado –hasta cierto punto– en algunos escritos. Me ciño entonces a recordar que el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana –que daba servicio docente a los alumnos de todas las carreras, según la Reforma Universitaria– introdujo el estudio de escritos de Gramsci en los cursos de marxismo desde 1965, y los incluyó en su primer texto para alumnos (AA. VV. 1966), publicado a inicios de ese año. Ese mismo año salió la edición cubana de *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce* (Gramsci, 1966).⁷ En

7 Este era uno de los seis tomos de los *Cuadernos de la cárcel*, publicados en Italia (Turín: Einaudi, 1948).

el ambiente sumamente propicio al estudio del marxismo que reinaba en el país, las ideas y escritos de Gramsci comenzaron a hacerse familiares.

En las dos décadas siguientes fue restablecido el orden, en los dos campos en que parecía estar dividido el planeta desde 1946. El capitalismo tuvo que combinar el genocidio y la eficiencia de sus Estados represores con la aceptación de varias victorias revolucionarias en el Tercer Mundo y cierto número de conquistas sociales y políticas, fruto de tantas luchas de los pueblos durante el siglo XX. La centralización económica creciente, fuertes modificaciones en los diversos aspectos de la formación social, y el apogeo de las relaciones neocoloniales, anunciaban, sin embargo, una nueva fase del imperialismo. El otro campo – el llamado socialista–, aparentemente más poderoso que nunca, consumó en veinte años su largo proceso interno de decadencia, hasta llegar a su escandaloso estallido en 1989-1991. Se había producido un profundo desgaste de las ideas revolucionarias, pero sin embargo sucedió una gran ampliación de las posibilidades de pensar los procesos sociales. Como es natural,

Para la Edición Revolucionaria (1966) lo tomamos de la edición en español (Buenos Aires: Lautaro, 1958).

la lucha por la hegemonía en el terreno de las ideas sufrió cambios en muchos sentidos, una cuestión demasiado importante que no es posible desarrollar aquí.

El lugar de Gramsci como uno de los pensadores más trascendentes del siglo ya no podía ser regateado, aunque en los ámbitos del llamado socialismo real había seguido siendo un extraño.⁸ No habían terminado, sin embargo, las desventuras de Antonio Gramsci. Rescatado del olvido, su pensamiento ha seguido sirviendo a la actividad intelectual revolucionaria, hasta hoy, pero ha sido también teatro de fuertes luchas ideológicas. Primero se intentó hacer de Gramsci un eurocomunista, el campeón de la revolución pasiva. Si en Europa eso era una manipulación del reformismo en sociedades estabilizadas, resultó funesto en las versiones latinoamericanas, porque de este lado del Atlántico lo que estaba en juego era la

8 Después del florecimiento y los esfuerzos de la primera etapa de la revolución en el poder, el pensamiento marxista sufrió una situación de dogmatización y empobrecimiento, desde inicios de los años setenta. En ella, Antonio Gramsci fue excluido. Pero en lo esencial Cuba era diferente, y el socialismo real no pudo absorberla. La compleja historia ideológica cubana de los últimos diez años incluye el retorno, lento y difícil, del pensamiento de Gramsci.

recomposición burguesa del campo político e ideológico para servir a la hegemonía con gobiernos civiles y estados de derecho limitados, después de una etapa brutal de represiones y genocidios, en una nueva fase de más profunda subordinación de la región al dominio de la transnacionalización. Esto es, formaba parte de la elaboración ideológica de lo que se ha llamado proceso de democratización y de redemocratización de la región.

Ya ha pasado la euforia triunfalista “neoliberal” de inicios de los años noventa, hija de dos procesos paralelos: la implantación del sistema mundial de dominio de la transnacionalización y el dinero parasitario en la economía, la conservatización de la vida política y el totalitarismo en el control de los medios de información y formación de opinión, por una parte, y por otra la decadencia y la bancarrota de la URSS y los regímenes de Europa oriental. A lo largo y ancho del planeta, la mayoría de los países ha debido adecuarse, de un modo u otro, a los dictados del imperialismo. En 1997 los modos son más ordenados, pero el fin sigue el mismo patrón: reducir el mundo político a liberalismo conservador y autoritario, y el mundo ideológico y cultural a aceptación del dominio del sistema en la vida económica y social, y de la manera de vivir del capitalismo

en la vida cotidiana. Quizás se agreguen dos preocupaciones: asegurar una reproducción permanente y consentida de esa situación, y corregir algunas aristas de su funcionamiento que puedan poner en riesgo al sistema.⁹ El determinismo económico más grosero quiere imperar en el conocimiento social, y pretende explicar “científicamente” las conductas individuales. A la escala más amplia de las imágenes y concepciones del mundo y de la vida, el sistema necesita que reine sobre las mentes el pensamiento débil, la fragmentación y trivialización de los asuntos, una manipulación totalitaria de la opinión y los sentimientos públicos –o mejor, del público–, la homogeneización espiritual controlada como contrapeso de la extrema desigualdad, la explotación, el empobrecimiento, la dominación y la exclusión de masas en que se vive.

9 Preferí dejar esta caracterización de 1997 para no hacer anacrónico el pasaje, pero entiendo que desde 2001 se ha puesto en marcha una ofensiva más descarnada del imperialismo a nivel mundial, con nuevas líneas ideológicas –como la supuesta lucha contra el terrorismo–, más control directo de sus ciudadanos y de la soberanía de los Estados del mundo neocolonial, y un papel mucho mayor del uso de la guerra y la amenaza de ella en estas últimas regiones.

No es posible –ni servirá de nada– que la resistencia intelectual de los anticapitalistas apele a los viejos dogmas y a la creencia en el determinismo económico para sentirse segura, o que se conforme con acotar un espacio de disensos moderados en que con ayuda de la suerte pueda conservar su especificidad: en realidad esos nichos, aunque puedan ser disímiles, comparten la cualidad de ser funcionales a la dominación. De ese modo se termina siendo un adorno del sistema, sea como pieza de museo o como una diversidad inocua. Sería criminal darse hoy un lujo así. Solo la lucha cultural –complicada, ardua e imprescindible– y la intransigencia en mantener objetivos de liberación social y humana, brindan una opción de victoria en la coyuntura actual. Para esa lucha, el pensamiento de Antonio Gramsci puede aportar más que nunca antes, con ese atributo de las grandes obras humanas de trascender completamente a las condiciones en que fueron producidas. Reasumir a Gramsci no será entonces adorno de personas “cultas” o entretenimiento de fracciones, en medio de una edad angustiada. La riqueza inabarcada todavía que posee la propuesta gramsciana puede ayudar mucho a la urgente necesidad de creación de nuevos proyectos y de nuevas realidades.

BIBLIOGRAFÍA

- AA. VV. 1966 *Lecturas de Filosofía* (La Habana: Departamento de Filosofía, Universidad de La Habana - Imprenta Universitaria) [Libro *amarillo*].
- Baratta, G. 1987 “Spirito popolare creativo” en *Emigrazione Filef* (Roma) Año XIX, N° 8/9, especial 50° aniversario de la muerte de Gramsci, agosto-septiembre.
- De Cervantes Saavedra, M. 2000 *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* (La Habana: ILC Ediciones Especiales) [Edición facsimilar de la edición cubana de Imprenta Nacional, 1960, 4 T.].
- Gramsci, A. 1918 “Il nostro Marx” en *Il Grido del popolo* (Turín) 4 de mayo.
- Gramsci, A. 1950 *Cartas de la cárcel* (Buenos Aires: Lautaro).
- Gramsci, A. 1958a *Cuadernos de la cárcel* (Buenos Aires: Lautaro).
- Gramsci, A. 1958b *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce* (Buenos Aires: Lautaro).
- Gramsci, A. 1966 *El Materialismo Histórico y la filosofía de Benedetto Croce* (La Habana: Edición Revolucionaria).
- Gramsci, A. 1971 *Lettere dal carcere* (Turín: Einaudi).

Gramsci, A. 1977 *Quaderni del carcere* (Turín: Einaudi) Ed. crítica de V. Gerratana.

Gramsci, A. 1978 [1917] “La revolución contra *El Capital*” en Löwy, M. *El marxismo olvidado* (Barcelona: Fontamara)
[Reproducido de “La rivoluzione contro *Il Capitale*” *Avanti!* (Milán) 24 de diciembre de 1917] Trad. de M. Sacristán.

Gramsci, A. 2000 *Cuadernos de la cárcel* (México: ERA) Ed. crítica de V. Gerratana.

Gramsci, A. 2003 *Cartas de la cárcel: 1926-1937* (México: ERA / UAP / Fondazione Istituto Gramsci) Ed. D. Kanoussi.

Trotsky, L. 2014 [1924] *Literatura y Revolución* (Buenos Aires: Ediciones ryr)
Trad. A. A. González.

GRAMSCI EN LA CUBA DE LOS AÑOS SESENTA*

I. REVOLUCIÓN Y PENSAMIENTO

¿Por qué Gramsci en la Cuba de los años sesenta? Antonio Gramsci fue llegando a la mayoría de los países del mundo desde fines de los años cincuenta, después de largos años de exclusión y olvido, exceptuada Italia, donde eso era imposible. Además de la especificidad inherente a cada medio receptor, esa asunción no ha estado exenta de vicisitudes, relacionadas con la desafección de la corriente dominante en el

marxismo hacia Gramsci y con los usos espurios de algunas ideas suyas con fines opuestos a su concepción anticapitalista. En el caso cubano la asunción fue temprana, y tuvo dos peculiaridades: a) primero triunfó en el país una profunda revolución socialista de liberación nacional, y poco después llegó Gramsci; b) se trataba de una pequeña nación muy occidental, de pasado colonial y neocolonial, enfrentada a muerte con Estados Unidos, cuyo proceso revolucionario totalmente autóctono debió establecer pronto vínculos muy fuertes con la URSS, el centro del llamado sistema socialista mundial.

Debo hacer al menos una breve referencia general a ciertos rasgos de esa revolución que me resulta imprescindible tener en cuenta para este tema. La demostración palpable del poder de la actuación contra límites de lo posible que hasta entonces se consideraban intangibles fue el primer gran cambio cultural revolucionario, y ha sido uno de los más trascendentes. Toda revolución es una victoria contra los límites

* Escrito en La Habana, octubre de 2000. Primera publicación: Martínez Heredia, F. 2001 "Gramsci in 1960s Cuba" en *Nepantla: Views from South* (Durham: Duke University Press) Vol. 2, Issue 2: 373-385 mayo-agosto. Otra versión, revisada y ampliada por el autor, fue publicada en: Martínez Heredia, F. 2003a "Gramsci en Cuba" en *Estudios Latinoamericanos* (México: CELA-UNAM) N° 32: 189-201, Nueva época, julio-diciembre. En la presente edición, se publica la versión actualizada: Martínez Heredia, F. 2003b "Gramsci en Cuba de los años sesenta" en VV. AA. *Hablar de Gramsci* (La Habana: CIDCC Juan Marinello) pp. 72-92.

de lo posible, y la cubana tuvo ese rasgo a un grado extremo. Un sistema político basado en la soberanía limitada y en la admisión de la corrupción general y la ineficacia del régimen democrático, fue deslegitimado por la implantación en 1952 de una dictadura muy represiva. El camino insurreccional emprendido en 1953 por Fidel Castro y sus compañeros se convirtió en una contienda armada con apoyo popular creciente desde 1956, que barrió a la tiranía y al sistema estatal burgués neocolonial a partir del triunfo de enero de 1959. La participación masiva y organizada del pueblo unida a las medidas del poder revolucionario abatió la manera de vivir del sistema social previo y las ideologías y creencias que estaban en la base de su hegemonía. Una comunidad que tenía en gran estima al destino pero no a las iglesias, a la que le habían exacerbado la propensión a esperar mucho del individualismo y de la suerte, se encontró de pronto con sus propias fuerzas y las ejerció con un entusiasmo y una voluntad ejemplares, y con un optimismo inagotable.¹

1 Existe una enorme bibliografía sobre esos hechos, que incluye muy diversas interpretaciones. He expuesto mis estudios sobre el período en numerosas ocasiones en las dos últimas décadas.

El proceso debió enfrentar riesgos mortales y situaciones límite, frente a las cuales reaccionó en la primera década con sucesivas profundizaciones. El cambio de sí mismos logrado por los cubanos fue el fruto principal de tanto esfuerzo y violencias excepcionales en las relaciones sociales, las ideas y la sensibilidad de las personas. La revolución convirtió el presente en cambios y el futuro en proyectos. Esa alteración tan profunda de los sentidos del tiempo y la multiplicación efectiva de los participantes en los eventos modificaron lo cotidiano de tal modo que hasta hoy solo formas artísticas han podido transmitir eficazmente aquella gesta a las personas que no la vivieron. Además, duró bastante tiempo. Las transformaciones en la manera de vivir, los resultados de la reproducción de la vida social, las instituciones básicas, las normas e incluso las costumbres fueron resultado de una prolongada unión de los dos impactos principales de las revoluciones: el libertario que desata potencialidades, permite vencer y hace posibles los cambios, y el del poder revolucionario que da cauce, garantiza y organiza.

En incontables terrenos, la revolución generó nuevas situaciones y nuevos problemas. Uno de esos campos es el de la cultura, entendida en un sentido amplio. Al examinar los eventos y coyunturas de aquel proceso se advierten

numerosas pugnas ideológicas. En los años de la lucha insurreccional y en la primera etapa de la revolución en el poder –la que va de 1959 a inicios de los años setenta– hubo un sinnúmero de tensiones, diferencias y polémicas entre los involucrados en el proceso. En los primeros sesenta un centro de debate fue si Cuba iba a ser una “democracia popular” al estilo de las de Europa Oriental, o si desarrollaría una creación revolucionaria propia. ¿Cómo sería su socialismo? También fueron puntos polémicos la unidad de los revolucionarios, la organización política, los cambios agrarios, temas económicos y la orientación general y el papel de la economía en el socialismo cubano, militancia y libertad en las creaciones artísticas y literarias y relaciones entre cultura y política.² La amplitud de lo que la revolución les permitía a los individuos y auspiciaba en su desarrollo personal constituía una realidad social maravillosa para las mayorías, pero era una incógnita a nivel conceptual. La profusión de debates, los temas que abordaban y la libertad con que se realizaban –en un país en que el disenso a la revolución en los medios no era tolerado– era un factor muy favorable en

sí mismo y un signo visible de la salud y vigor del nuevo régimen. Más allá de las funciones que tuvo en la circunstancia en que fue pronunciada en el verano de 1961, la frase de Fidel Castro “dentro de la revolución: todo; contra la revolución ningún derecho” (Castro Ruz, 1987: 23-42, T. II), fue esgrimida en aquella década como una consigna eficaz por los que nos oponíamos al realismo socialista y al dogmatismo en general.

Después de la batalla de Girón y la proclamación del carácter socialista del proceso, en abril de 1961, el marxismo fue considerado la teoría de la revolución y se tomaron algunas medidas oficiales con el fin de divulgarlo. Pero lo decisivo fue que muchos miles se entusiasmaron con aquella ideología, y su presencia se convirtió en un hecho social que generó emociones y problemas de pensamiento. Desde el siglo XIX algunos en Cuba supieron de esa teoría, pero fue en la época de la Revolución del 30 que se conoció y arraigó el marxismo en Cuba. Las inmensas transformaciones de la vida y la sociedad promovidas por la revolución fueron lo que convirtió al marxismo en una ideología de masas. El marxismo, ¿venía a ayudar a la revolución, o solamente a extenderle un certificado de legitimidad? La concepción expresada por la letra del marxismo existente parecía servir a la segunda opción, la de legitimar el

2 Trato el tema de los debates cubanos entre los años cincuenta y los noventa en una larga entrevista publicada en *Laberintos de la utopía* (1999: 59-117).

proceso. Pero el problema básico era si el pensamiento tendría funciones rituales o creativas; sin olvidar la especificidad de la producción de ideas, la cuestión estaba íntimamente ligada a la naturaleza misma de la revolución.

El marxismo tenía ya una larga historia y una acumulación cultural diversificada. No podíamos tomarlo como quisiéramos, a nuestro gusto. De modo que junto al petróleo y el armamento soviético llegaron los productos y la influencia de la ideología teorizada soviética llamada marxismo-leninismo, reforzados por los de otros miembros del movimiento comunista mundial. Tuvieron una gran difusión los textos soviéticos y de comunistas franceses que contenían una teoría férreamente dogmática al servicio de una ideología de legitimar y obedecer. Ese tipo de pensamiento circuló en Cuba desde el inicio de los años sesenta, en decenas de miles de manuales de *Filosofía*, *Economía Política*, *Marxismo-Leninismo*, *Historia de la Filosofía*, *Diccionario Filosófico*; también en monografías más o menos especializadas. Eran ediciones soviéticas en español, de editoriales latinoamericanas –Grijalbo, Pueblos Unidos, Lautaro– o reproducidos por las nuevas editoriales cubanas. Publicaciones periódicas, folletos y otros medios ampliaban el alcance de aquella ideología.

El fondo de la cuestión no era libresco, ni era solo de ideas; era una pugna en que cada parte tenía variables a su favor, pero en la cual la violencia –que tan gran papel ha tenido en el curso de otras revoluciones– había sido excluida. A través de un complejo proceso se fue imponiendo el peso de la ideología y los valores generados por la profundidad de la revolución, y ellos fueron condicionando al marxismo cubano de aquella década. Expresiones públicas de los máximos dirigentes favorecieron mucho esa tendencia. Esto no excluyó, en modo alguno, la relativa autonomía que siempre tiene el pensamiento. Estudiosos entusiastas y polémicas ardorosas, argumentos, planteles docentes y esfuerzos que buscaban investigar los problemas fundamentales y las líneas estratégicas y el proyecto de la revolución llenaron de vertientes y modalidades la asunción masiva del marxismo en Cuba.

II. GRAMSCI EN CUBA Y EL GRUPO DE FILOSOFÍA

¿Por qué y cómo llegó Gramsci? ¿A quién sirvió su entrada? ¿Fue polémica? Ante todo, Gramsci no vino de la URSS, ni a través de comunistas franceses. No lo trajo el “deshielo”

ruschoviano, modernización tan moderada que no descongeló ningún problema básico. De Europa oriental llegaron a lo sumo ideas de reforma económica, cierto humanismo filosófico, pensamiento polaco; la prosa francesa no iba más allá de ellos en su contenido. Además, esa literatura era minoritaria respecto a su propia línea principal, y sus productores vivían a la sombra tenaz del stalinismo. De aquella Europa vinieron Liberman y Garaudy, pero no Gramsci. El movimiento comunista orientado por la URSS —que antes de la guerra había alabado a Jorge Dimitrov—, reconocía más bien a Palmiro Togliatti como el más destacado de sus intelectuales. Pero las realidades siempre son complicadas. Fue el prosoviético Partido Comunista argentino quien asumió traducir y publicar textos de Gramsci. Primero, las *Cartas de la cárcel* (Gramsci, 1950) —una selección muy parcial—; luego se inició la publicación en América Latina de los *Cuadernos de la cárcel* (Gramsci, 1958a), por iniciativa del intelectual y dirigente Héctor Pablo Agosti.³ El prólogo de Agosti al

primer tomo, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce* (Gramsci, 1958b), muestra en sus cuatro páginas el lugar, el alcance y el límite de este hombre de partido que se adelanta lo más que puede, pero sin dejar de estar sujetado.

Una explicación racional para la irrupción de Gramsci, en esta época de retos lanzados por China, la revolución cubana, los movimientos de liberación nacional y el malestar e insurgencia crecientes de los años sesenta, puede estar en la coincidencia relativa de dos necesidades. Una, los que luchaban o ansiaban cambios profundos no iban a aceptar los dogmas y padecían la falta de instrumentos de pensamiento capaces; la otra, los que aparecían como de izquierda pero no podían o no querían cambiarse a sí mismos para enfrentar la radicalidad de la nueva situación, necesitaban “poner al día” la teoría y la imagen intelectual. La llegada de Gramsci a Cuba respondió, naturalmente, a la primera necesidad. La historia intelectual de Gramsci en

3 Su Editorial Lautaro publicó cuatro tomos de la edición italiana (1958-1962). Los dos últimos, *El Risorgimento* (Gramsci, 1974a) y *Pasado y presente* (Gramsci, 1974b), solo salieron luego en Ediciones Granica. José M. Aricó, traductor de los tomos tercero y cuarto,

fue notablemente influido por Gramsci. En el grupo de la revista *Pasado y Presente* trataron de asumir un marxismo revolucionario con ayuda de Gramsci, pero fueron condenados por su Partido (Ver: Aricó, 1964: 241-265). Aricó tuvo después un gran papel en la divulgación de las obras del marxismo en América Latina.

América Latina ya ha sido tratada en los últimos veinte años por numerosos autores y encuentros de debate, asunto que no me corresponde tratar aquí. No puedo evitar, sin embargo, un comentario: la mayoría de los textos acerca de ese tema han excluido el caso cubano. La difusión y uso de Gramsci en Cuba de los años sesenta no es mencionada, ni se citan jamás las ediciones cubanas de aquella década.

La herejía cubana asumió a Gramsci con naturalidad cuando aún resultaba muy problemático hacerlo en la URSS y Europa oriental. Conocimos los *Cuadernos de la cárcel* a partir de aquella edición de los cuatro “libros verdes” de Lautaro (les llamábamos así por sus portadas verde oscuro, en rústica), traídos a Cuba en cantidad apreciable antes de 1965. Un folleto biográfico, el artículo “Una revolución contra *El Capital*” (Gramsci, 1917) y algunos otros textos gramscianos iban ampliando la información de cierto número de cubanos ansiosos de conocer marxismo en esos primeros años sesenta. Desde el primer momento, Antonio Gramsci portaba a nuestro entender varios rasgos muy favorables:

- Era un combatiente revolucionario; eso en Cuba era primordial. Había sido fundador del Partido Comunista italiano, y diez años

prisionero de los fascistas, que lo confinaron hasta la muerte. Con esa credencial, tenía todo a favor para ser apreciado;

- Era un crítico de la versión soviética del marxismo. No solo por su crítica temprana al *Materialismo Histórico* de Bujarin, sino por el conjunto de su posición teórica. Además, parecía ser rechazado por los dogmáticos, lo que hablaba muy bien de él;
- Escribía de manera muy sugerente sobre cuestiones fundamentales, ofrecía numerosas ideas y preguntas que llevaban a pensar y a cuestionarse los lugares comunes, promovía el interés en que el trabajo intelectual inquiera y profundice, en vez de contentarse con simplificaciones.⁴ Ofrecía una concepción de la cultura y de sus relaciones con la política, las ideologías y la creación del socialismo;

4 “[...] una forma de enfocar el marxismo. De un marxismo de verdades absolutas a otro renovado y sin absolutismos; nada viene dado por sí, todo había que investigarlo de nuevo”. Opinión de uno de los miembros del antiguo Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, entrevistados por la socióloga Marta Núñez Sarmiento (1999, 2003) para su Taller cubano mexicano sobre Gramsci (citado con autorización de la autora).

- Tenía una posición filosófica que planteaba la centralidad de la dialéctica, una filosofía de la praxis. Venía a satisfacer el hambre de filosofía de los nuevos marxistas que queríamos pensar con cabeza propia. Después de la primera mitad del siglo XIX la filosofía carecía de una tradición relevante en Cuba; las formas más organizadas del pensamiento social habían sido las ideas políticas e históricas, la pedagogía, los programas políticos de las organizaciones. Con la permanencia del poder revolucionario sobrevino la necesidad de una filosofía, esta debía ser marxista y Gramsci ofrecía la opción de una filosofía marxista creativa.

No se produjo una polémica con la entrada de Gramsci en Cuba. Fue entrando sin mucho ruido, aunque ciertamente unos lo querían y otros no. Toparon con Gramsci gentes de diferentes lugares y trabajos. Lo hallaron los que buscaban fundamentos estéticos marxistas coherentes con las necesidades y problemas culturales del país, pero chocaban con el “realismo socialista”, los textos de “estética marxista-leninista” y las manifestaciones concretas de dogmatismo. Los que rechazaban las posiciones de la coexistencia pacífica, la “democracia nacional”, la oposición a la lucha armada en América Latina, la “lucha por la paz” como

cobertura de una geopolítica entre potencias, el hegemonismo en nombre del socialismo, etc., pero necesitaban hacerlo como marxistas, en vez de ser excluidos o excluirse ante la soberbia de los que se consideraban propietarios del marxismo. También encontraron a Gramsci varios científicos sociales, y los que trabajaban en el campo de la teoría y necesitaban oxígeno para el pensamiento y que este existiera realmente, desarrollar la capacidad de pensar con criterios propios, como planteaban los dirigentes de la revolución. Solo me referiré a un caso, el grupo de jóvenes al que yo pertenecía entonces, “los de la calle K”, el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, fundado por la Ley de Reforma Universitaria de 1962. Los más “viejos” de ese colectivo de jóvenes trabajamos allí durante nueve años, del 1° de febrero de 1963 hasta su disolución en noviembre de 1971. Entre otras actividades de este grupo estuvo la creación de la revista teórica mensual *Pensamiento Crítico* (febrero 1967 a agosto 1971).

Ese Departamento debía impartir filosofía marxista a todas las carreras universitarias de La Habana, lo que hoy son las universidades de Ciencias Médicas, Tecnología, Pedagógico, Agropecuarias, las de la Colina, que entonces eran una sola. A pesar de ser tan jóvenes y

noveles docentes, debíamos formar en filosofía a todos esos estudiantes; nos burlábamos un poco de nosotros mismos, algo que siempre ayuda. Nuestra idea primera era servir a la revolución, con lo cual no éramos nada originales: así pensaba la mayoría de los cubanos activos entonces. En segundo lugar, en cuanto al marxismo, debíamos “incendiar el océano”. Esa imagen no era nuestra, era de un dirigente de la revolución, nos lo dijo a inicios de 1964. Incendiar el océano quería decir desarrollar la teoría marxista en Cuba de modo que pudiera satisfacer y tener funciones correspondientes con las necesidades de la revolución cubana. Pronto tuvimos claro nuestro deber de luchar contra el dogma y contra el reformismo; el dogma teórico y el reformismo político andaban entonces bastante juntos, aunque en realidad nunca han sido excluyentes. Pero no bastaba tener una posición, eso era apenas el comienzo. Debíamos ayudar en la creación de una dimensión filosófica que no fuera un simple adorno de la política. En privado dijimos, con más urgencia que inmodestia: “tenemos que lograr que el marxismo leninismo se ponga a la altura de la revolución cubana”.

Éramos, por tanto, parte consciente en las confrontaciones de ideas de aquella época. Pronto tuvimos críticos. Como ya en 1965

procedimos a eliminar los manuales soviéticos de nuestra docencia, nos tildaron de “clasicistas”, por el “error” de utilizar a Marx, Engels y Lenin en vez de aquellos textos. No faltó quien nos tachara de “revisionistas de izquierda”, por reproducir para uso de los alumnos el discurso pronunciado por el Che en Argel, en febrero de 1965 (Guevara, 1970). Pero no pretendíamos ser simples voceros de una línea política. El trabajo docente y la superación fueron muy organizados desde el inicio, y nuestro régimen de exigencias era muy riguroso. Estudiábamos e investigábamos con gran tesón y sin tasa; tratábamos de forjar un método opuesto a los prejuicios y dogmas. Las búsquedas debían ser realmente honestas, esto es, teniendo en cuenta los criterios y los hechos divergentes u opuestos a nuestras ideas.

Antonio Gramsci nos satisfacía una sed y nos provocaba muchísimas preguntas. Comenzamos a exponer sus ideas en nuestra docencia en 1965, e imprimimos en mimeógrafo para los alumnos textos suyos, como “La llamada realidad del mundo externo”, “Base y superestructura” y otros.⁵ En medio de un proceso de profunda

5 Nuestros primeros escritos revelan la influencia del uso de Gramsci. En mi caso puede apreciarse desde “Manuscritos económico-filosóficos de 1844” (Martínez

reformulación de nuestra materia, publicamos un primer libro para alumnos, *Lecturas de filosofía* (AA. VV., 1966), muy grueso y de paginación medio inverosímil, “el libro amarillo”, a inicios de ese año. Gramsci ocupaba en él 53 páginas, en cuatro grupos de textos. Acompañaba a autores tales como Carlos Marx, Leóntiev, Gordon Childe, Lenin, Engels, Guy Besse, Althusser, Paul Sweezy, Amílcar Cabral, Fidel Castro, Che Guevara, Andrés Polikarov, Regis Debray, Meliujin, Alberto Einstein, Manuel Sacristán. Aparecían también textos breves de algunos de nosotros. El libro era en sí mismo una presentación gramsciana de nuestro problema, es decir: “hemos puesto aquí a todo el mundo, pero con un orden determinado y guiados por un propósito”. Un segundo libro de texto, mucho más ambicioso y con numerosos trabajos nuestros, pero basado en la misma concepción, fue publicado en 1968.⁶

Edición Revolucionaria fue una empresa en que nuestro grupo participó a fondo, desde que fuimos convocados a iniciarla el 7 de

diciembre de 1965; el 1° de septiembre de 1966 se convirtió en el Instituto del Libro, hoy Instituto Cubano del Libro. Los dos primeros libros publicados en su colección de filosofía fueron *El Materialismo Histórico y la filosofía de Benedetto Croce* (Gramsci, 1966)– un tomo de la edición temática de *Cuadernos de la cárcel–* y *La ideología Alemana*, de Marx y Engels. Ya Gramsci era manejado en Cuba por miles de lectores. Varias revistas también publicaron textos suyos, y sobre todo acerca de él y su pensamiento.

Desde mediados de la década comenzamos a recibir textos sobre Gramsci, y de él mismo, provenientes de Italia. Nos llegaban libros y revistas de ese país, sobre todo de izquierda, y en ellos era fuerte la presencia de Gramsci. Hacia finales de los años sesenta estábamos relativamente bien provistos de publicaciones extranjeras, por intercambios y con la ayuda de amigos y de gente interesada en la revolución cubana, que era muy influyente en la izquierda.⁷

Heredia, 1965), un comentario crítico publicado en *Juventud Rebelde*.

6 *Lecturas de Filosofía* (AA. VV., 1968), conocido como “el libro verde”. Esta edición de constó de 14 mil ejemplares.

7 Por entonces nuestras relaciones internacionales eran amplísimas. Por ejemplo, recibíamos 104 publicaciones periódicas de pensamiento y ciencias sociales en canje por *Pensamiento Crítico*, entre ellas las más conocidas de la izquierda, aunque no solamente de esa orientación.

En 1970 hicimos traducir la reciente biografía de Giuseppe Fiori, pero ya no pudimos publicarla.⁸ En 1973 apareció la *Antología* preparada por Manuel Sacristán (Gramsci, 1973 [1970]), pero fue una edición póstuma respecto a la primera etapa del estudio de Gramsci en Cuba.

III. BALANCE DE LA PRIMERA ETAPA CUBANA DE GRAMSCI

Sintetizo los resultados intelectuales e ideológicos de esa primera etapa. En cuanto a difusión, durante casi siete años, de 1965 a 1971, muchos miles de alumnos universitarios –primero en La Habana, después también en Oriente y Las Villas– recibieron docencia y conocieron el pensamiento de Gramsci en sus propios textos. En multitud de escuelas de organismos del Estado, de organizaciones políticas, militares,

otros miles leyeron sus textos. En sus programas, y en los de cursos de formación y de superación de profesores de filosofía, se incluía a Gramsci. Se hizo una amplia utilización de sus ideas en el trabajo de investigaciones sociales, entonces una fiebre impulsada por la propia dirección política del país. Es preciso destacar que el estudio de Gramsci comenzó por textos suyos, y no por interpretaciones; ese orden se mantuvo en la docencia y la divulgación.⁹

En contenido, en mi opinión, se obtuvieron frutos opimos con la asimilación de Gramsci, que trataré de esquematizar en siete puntos. Ante todo, una nueva perspectiva y una nueva formulación de la teoría marxista, inclusiva de la cultura como tal y de una teoría de los intelectuales, en sus especificidades y puestas ambas en relación con el desarrollo histórico de la dominación y con la revolución. La cultura de las clases subalternas como uno de los temas centrales. Una teoría que relaciona las personas comunes con la filosofía, lo que es un logro muy feliz para una sociedad en revolución. Una concepción marxista del mundo

8 *Vita di Antonio Gramsci* (Fiori, 1966). Se publicó en inglés (Nueva York, 1971), alemán (Berlín, 1979), portugués (Río de Janeiro, 1979) y después en español (Barcelona). Gracias a la solidaridad del Círculo de Sassari (Cerdeña) de la Asociación de Amistad Italia - Cuba podemos contar con una edición cubana, *Vida de Antonio Gramsci* (Fiori, 2002), que fue impresa en español en Verona.

9 “Hoy no es posible repetir esa experiencia, aunque se lea a Gramsci directamente, porque hay muchas lecturas sobre este autor”. Opinión de un entrevistado, en Marta Núñez (1999, 2003).

vinculada realmente con la política práctica. La idea –y esa quinta cuestión era básica para nosotros– de que la transición socialista debe consistir en una sucesión y combinación de gigantescos cambios culturales, y no en la supuesta “construcción de la base técnico-material del socialismo”, como si la economía fuera una locomotora que arrastra los vagones de la sociedad. Gramsci nos ayudó a pensar la concepción de la creación del socialismo que asumíamos, que a mi juicio sigue siendo la acertada. También constituía una aproximación filosófica a la revolución como un evento humano y protagonizado por seres humanos. Y nos planteaba siempre, sin tregua, la tremenda complejidad de lo social.

Apunto otras cuatro cuestiones que me parecen destacables.

Gramsci proporcionaba un formidable alegato contra el dogmatismo del llamado Materialismo Dialéctico e Histórico, contra la mezcla de pensamiento especulativo y positivismo en nombre del marxismo, contra la metafísica, el evolucionismo, las simplificaciones, el autoritarismo, el cientificismo y la pedantería.

Brindó, a través de una concepción crítica del mundo, un terreno teórico positivo en el cual cabían, funcionaban y debían articularse, entre otras cuestiones: la hegemonía como

teatro de contienda cultural; el partido como acción organizada, intelectual colectivo y forma de poder; los simples; la filosofía como superadora del sentido común; los intelectuales orgánicos; la recuperación de la centralidad de la dialéctica.

Nos ayudó en la búsqueda del único objetivo superior y al mismo tiempo viable de la transición socialista: la superación de la cultura del capitalismo a través del trabajo con la conciencia y las subjetividades. Con Marx conocíamos la necesidad de levantarse contra la totalidad del mundo vigente, y no contra una parte de él; esto es, no pasar de un tipo de dominación a otro, sino acabar con todo tipo de dominación. Con Gramsci, veíamos que la teoría era capaz de participar en la creación del socialismo. Ella permitiría pensar profundamente la complejidad de un proceso que asuma la socialización efectiva de los medios de producción, la economía y toda la vida pública. Que se articule al internacionalismo, en vez ser vehículo de la razón de Estado. Un socialismo que sea organizador de luchas y de cambios revolucionarios, es decir, superador de los límites que le ponen a la acción humana las condiciones llamadas materiales u objetivas de reproducción de la vida social. Un socialismo que no tema, ni oculte demagógicamente, que la transición socialista

está obligada a tener un poder muy fuerte y también su propio tipo de dominación, pero que desarrolle medios efectivos de socializar progresivamente los controles que ejerce y debilitar su naturaleza en cuanto a la dominación, viabilizando el ejercicio creciente de libertades que resulta imprescindible para la existencia y avance del socialismo. Una teoría y unas prefiguraciones de la dialéctica entre dominación y libertad en la transición socialista y, por tanto, entre el poder y el proyecto; dialéctica en la que el poder tiene que estar al servicio del proyecto.

Por último, al estudiar la vida del hombre extraordinario conocimos también a uno de los protagonistas de un drama histórico: el del apogeo y la tragedia del bolchevismo y las luchas de clases en Europa de los años veinte y treinta, el primer intento de universalización del movimiento comunista y el marxismo, el fin de la revolución soviética y el inicio de la dogmatización oficial del marxismo. Los textos y el drama personal de Gramsci contribuyeron también a nuestra adultez intelectual respecto a la historia del marxismo y de las luchas contra el capitalismo.

La obra de Gramsci, sus preguntas, sus temas, su arquitectura teórica, sus métodos y el carácter abierto de su pensamiento, constituyeron

una verdadera riqueza de caminos, sugerencias, intuiciones, interrogantes cruciales, incitación a pensar y a conocer, para actuar consecuentemente. Por todo eso, Gramsci fue una de las armas intelectuales de la primera etapa de la revolución en el poder –la que va de 1959 al inicio de los años setenta–, sobre todo en cuanto a su profundización y a la formulación de un proyecto comunista de la revolución cubana.

Gramsci estuvo totalmente comprometido en Cuba, y tenía que sufrir el final de esa primera etapa. Cuando comenzó la segunda etapa de la revolución en el poder –con sus logros y desaciertos, contradictoria en numerosos aspectos, pero funesta para el pensamiento social–, Gramsci salió de los programas docentes y se convirtió en un extraño en Cuba. La antología citada arriba cayó en el vacío, porque a Gramsci no se le mencionó más.¹⁰ Como al llegar, ahora tampoco fue objeto de una polémica, más

10 “El marxismo como disciplina y como saber social tiene ya también su historia en el proceso de transición socialista cubano. No hablaré aquí de sus caídas y vicisitudes; basta recordar que Antonio Gramsci, el último gran pensador europeo del período leninista, era estudiado y publicado en Cuba hace veintitrés años, y en los setenta y ochenta simplemente fue desaparecido” (Martínez Heredia, 1990: 29).

bien fue olvidado, quedó en la sombra, junto a aquellos espectros del monte que mencionaba Silvio Rodríguez en su “Canción urgente para Nicaragua”. Sin embargo, ya Gramsci había estado; ese fue un hecho cultural extraordinario para la cultura cubana. Era una herencia yacente –como dicen los abogados–, como otros muchos aspectos del gran avance intelectual y de la acumulación cultural constituida por los logros de la revolución cubana. Puedo afirmar en ese sentido que Gramsci permaneció, como un valor permanente, cualquiera que fuera su suerte inmediata.

A partir de 1986, la dogmatización y el empobrecimiento que habían regido al pensamiento social cubano fueron atacados por el movimiento político llamado de rectificación de errores y tendencias negativas. El final de los regímenes de Europa oriental y la bancarrota de su ideología favorecieron aún más las condiciones de una recuperación y nuevos desarrollos del pensamiento social. El regreso de Gramsci, sin embargo, no ha sido rápido ni fácil, lo cual es una constatación del carácter tan específico del pensamiento y su reproducción, y también de los rasgos generales del proceso cubano. De todos modos, dentro de la apertura de estos años Gramsci es cada vez más estudiado, se publican textos suyos y sobre él, y en

la situación actual vuelve a ser un instrumento sumamente valioso para las investigaciones sobre los problemas de la sociedad y la cultura, la recuperación del marxismo como teoría dialéctica anticapitalista y la defensa y profundización de nuestra transición socialista.

BIBLIOGRAFÍA

- AA. VV. 1966 *Lecturas de Filosofía* (La Habana: Departamento de Filosofía, Universidad de La Habana - Imprenta Universitaria) [Libro amarillo].
- AA. VV. 1968 *Lecturas de Filosofía* (La Habana: ILC) 2 T. [Libro verde].
- Aricó, J. M. 1964 “Examen de conciencia” en *Pasado y Presente* (Córdoba) N° 4: 241-265, enero-marzo.
- Castro Ruz, F. 1987 [1961] “Palabras a los intelectuales” en *Pensamiento y política cultural cubanos. Antología* (La Habana: Pueblo y Educación) T. II.
- Fiori, G. 1966 *Vita di Antonio Gramsci* (Bari: Laterza).
- Fiori, G. 2002 *Vida de Antonio Gramsci* (Verona: Ed. Della Sabbia / Ed. Achab).
- Gramsci, A. 1917 “La rivoluzione contro *Il Capitale*” *Avanti!* (Milán) 24 de diciembre.

- Gramsci, A. 1966 *El Materialismo Histórico y la filosofía de Benedetto Croce* (La Habana: ER).
- Gramsci, A. 1973 [1970] *Antología* (La Habana: Editorial Ciencias Sociales) Ed. M. Sacristán / Siglo XXI.
- Gramsci, A. 1974a *El Risorgimento* (Buenos Aires: Granica).
- Gramsci, A. 1974b *Pasado y presente* (Buenos Aires: Granica).
- Gramsci, A. 1977 [1948] *Quaderni del carcere* (Turín: Einaudi) Ed. crítica de V. Gerratana.
- Guevara, E. Ch. 1970 [1965] “Discurso en el Seminario Económico de Solidaridad Afroasiática, Argel, 24 de febrero” en *Ernesto Che Guevara. Obras 1957-1967* (La Habana: Casa de las Américas) T. II.
- Marx, C. y Engels, F. 1966 *La ideología alemana* (La Habana: Edición Revolucionaria).
- Martínez Heredia, F. 1965 “*Manuscritos económico-filosóficos de 1844*” en *Juventud Rebelde* (La Habana) 24 de diciembre.
- Martínez Heredia, F. 1990 “Transición socialista y cultura: problemas actuales” en *Casa de las Américas* (La Habana) N° 178: 29, enero-febrero.
- Martínez Heredia, F. 1999 “Entrevista” en *Laberintos de la utopía* (Buenos Aires: Ediciones de mano en mano).
- Núñez Sarmiento, M. 1999 “La apropiación de Gramsci en Cuba en los años sesenta, un estudio de caso” (México / La Habana: UAP-IGS / Cátedra Gramsci).
- Núñez Sarmiento, M. 2003 “La apropiación de Gramsci en Cuba en los años 60: un estudio de caso” en VV. AA. *Hablar de Gramsci* (La Habana: CIDCC Juan Marinello).

PROBLEMAS DE LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO MARXISTA: LOS TIEMPOS DE MARIÁTEGUI*

Que el marxismo tiene historia debía ser una verdad de Perogrullo. Pero no lo es. Es más, dentro del campo opuesto al capitalismo hubo una tendencia dominante, la más fuerte durante gran parte del siglo que termina, que hizo desaparecer esa historia del marxismo. En lo concerniente a la teoría postuló una filosofía especulativa que debía repetirse dogmáticamente; y en cuanto a los hechos de su historia, tergiversó, ocultó o sometió al olvido a autores, temas, corrientes de pensamiento e interpretación, y hasta etapas, siempre al servicio de lo que se calificaba de correcto. El predominio de esa tendencia en nuestro país desde el inicio de los años setenta¹ ha sido descalabrado por los eventos cubanos e internacionales de 1986-1991 y sus

* Presentado en La Habana, octubre 2000-diciembre 2001. Publicado en: AA. VV. 2002 *Mariátegui* (La Habana: Centro de IDCC Juan Marinello) pp. 251-268.

1 Ver Martínez Heredia (2001 [1995]: 82-114).

consecuencias, pero conserva poderosas adherencias mentales y asideros institucionales.

Se acaba el siglo XX y el marxismo experimenta problemas graves de otro tipo. Pero a mí me toca, entre los temas de este Taller, abordar el del marxismo en la época en que vivió José Carlos Mariátegui (1895-1930). Nació poco después del inicio de una época en la que partidos socialistas europeos declaradamente marxistas se desarrollaron, ocuparon lugares importantes dentro del sistema político de varios países y establecieron una internacional de partidos, que se llamó segunda respecto a la Asociación Internacional de los años sesenta y setenta y socialdemócrata por el nombre o la orientación de sus organizaciones. Casi treinta años de predominio de la II Internacional socialista europea constituyeron una etapa que ha tenido una posteridad curiosa: fue condenada desde la izquierda en nombre de la revolución y el leninismo, y por tanto relegada su historia y olvidados muchos problemas que planteó –algunos de ellos de verdadero valor actual–; pero a la

vez la Internacional socialdemócrata fue presa de los saqueos nocturnos del stalinismo, que utilizó numerosos materiales teóricos suyos al levantar su edificio del Materialismo Dialéctico e Histórico, mientras eliminaba las fértiles elaboraciones teóricas producidas por marxistas revolucionarios del siglo XX, y tendía a secar como higos en sus altares a Marx, Engels y el propio Lenin. Aquella época del pensamiento marxista de la II Internacional, sus disidentes y sus adversarios, fue la que impactó a José Carlos Mariátegui en sus años de formación, sobre todo en su experiencia europea, junto a otras corrientes del pensamiento a las que no me referiré aquí.

Me detendré, sin embargo, en los minutos de que dispongo, en otra etapa posterior, aquella de 1925-1935. Varios procesos se consumaron en ella. La primera gran ola revolucionaria anticapitalista del siglo, que tuvo su centro en Europa y se inició en 1917 con la Revolución de Octubre, llegó a su final en ese período. Solo quedó para 1936-1939 la tragedia de España, siempre retrasada. Aquella ola había separado de modo práctico y al parecer permanente al marxismo revolucionario y subversivo del marxismo legal y civilizatorio, adecuado a la hegemonía burguesa, que naufragó en la Gran Guerra de 1914-1918. También produjo el

primer intento de universalizar las luchas comunistas, y al marxismo, que por primera vez se encontraba en relaciones mucho más activas e íntimas con los principales procesos prácticos del mundo de entonces. Mucho más orgánica y fuerte que los nexos previos, la Internacional Comunista (IC; 1919-1943) significó un formidable paso adelante en las coordinaciones entre partidos, en el inicio de la difusión de las ideas comunistas europeas, en el propósito de relacionar y llegar a articular a los revolucionarios de todo el mundo, y en la aspiración de que el marxismo fuera, a escala mundial, la herramienta más capaz para los análisis de las realidades en todas partes, el cemento para combinaciones ideológicas y culturales válidas que motivaran actuaciones revolucionarias, y un participante principal en profundos cambios de conciencia de multitudes.

He dicho “paso”, “inicio”, “propósito” y “aspiración”. Bien visto, ya era bastante. Había necesidades muy profundas y urgencias de cambios radicales en numerosos lugares del heterogéneo mundo extraeuropeo. Por eso el movimiento y las ideas impulsados por la IC resultaron atractivos, entre otros movimientos e ideas muy diferentes que también atraían a los que ansiaban cambios radicales; me refero sobre todo a los nacionalismos y la reivindicación de las

identidades propias. Es que para la mayor parte del planeta la expansión del capitalismo había significado colonialismo, y su modernidad había consistido en aplastamiento, subordinación, racismo y desprecio. Quizás, visto desde hoy, lo más factible hubiera sido una etapa más o menos larga de entrada y desarrollo de las ideas anticapitalistas y marxistas, previa a las propuestas y a su conversión en ideologías de masas y organizaciones fuertes. Pero los hechos que ulteriormente llamamos históricos no esperan por las etapas que son fijadas idealmente después; en cada caso histórico real, los que están implicados actúan como pueden y, sobre todo, a partir de lo que creen, opinan y sienten. A mi juicio es imprescindible operar con esta cuestión de método en el trabajo de establecimiento de hechos, análisis y generalizaciones que nos permite elaborar comprensiones de la historia del pensamiento marxista.

La teoría marxista había sido conmovida a fondo por los aportes de Lenin y por los nuevos y trascendentales temas que trajo consigo la Revolución bolchevique; ellos ampliaron el objeto del marxismo. El pensamiento en Rusia Soviética/URSS floreció violentamente. En el terreno más teórico lo decisivo para el marxismo fue la recuperación y utilización de la dialéctica y el concepto de praxis, frente al materialismo

cientificista y determinista que había predominado. A los “viejos” –Lenin, Rosa Luxemburgo, León Trotsky–, se sumaron nuevas hornadas de intelectuales marxistas que supieron fundir los logros del conocimiento y las teorías de las décadas previas con el campo creado por la Primera Guerra Mundial y las revoluciones. Los debates entre marxistas se multiplicaron y se hicieron más profundos, porque en la nueva situación el pensamiento debía servir para enfrentar los problemas más agudos y cruciales. La autonomía relativa que siempre tienen los productos intelectuales se manifestó en marxistas centroeuropeos que en condiciones “de derrota” de los movimientos en los años veinte y treinta hicieron grandes aportes teóricos. Me refiero sobre todo a Karl Korsch, György Lukács, Walter Benjamin, Ernst Bloch, Wilhelm Reich, entre otros; los logros más trascendentes los obtuvo Antonio Gramsci. También fueron muy útiles al marxismo sus relaciones y contraposiciones con cuerpos de pensamiento no marxistas, y su influencia en ellos es palpable. Los años de entreguerras –con sus atrozantes urgencias prácticas– fueron todavía de fructífera madurez para las ideas en Europa.

La expansión del marxismo en el mundo desde Europa entre 1918 y 1935 estuvo marcada por esa ebullición y por sus secuelas. América

Latina recibió esta influencia desde sus rasgos particulares y sus necesidades, como sucede siempre con las influencias, una peculiaridad aumentada por las grandes disimilitudes entre los países de la región, y por el papel creciente de los Estados Unidos en los asuntos latinoamericanos y caribeños. José Carlos Mariátegui fue uno de los protagonistas de aquella aventura intelectual. Su acción política y cultural anticapitalista más decidida coincidió con la primera mitad de la etapa 1925-1935, los últimos cinco años de su vida.

Una paradoja trágica se había puesto en marcha. Por un lado, la utilización de la posición teórica marxista en los estudios específicos, concretos, permitía avanzar en la comprensión profunda de los temas y problemas parciales, y tratar de integrarlos en sus totalidades, tanto de clases como nacionales o de otro tipo. Pero por otro lado, la política comunista exigía a todo el que quisiera considerarse de izquierda una subordinación completa a gran número de orientaciones elevadas al rango de principios, y a formas organizativas e ideológicas muy autoritarias; la relación entre los análisis concretos y la política resultaba sustituida por la obediencia total a abstracciones convertidas en leyes. Desde 1925 se emprendió el proceso de “bolchevización” mundial de las organizaciones

comunistas, que en vez de constituir un peldaño en el desarrollo de cada organismo, mediante la ayuda, el consejo y el acompañamiento de cada diversidad y cada situación, fue una homogeneización forzada y una dogmatización de las ideas y las instituciones comunistas, que las perjudicó a escala siempre grande, y en varios casos fue fatal.

No me es posible en este texto atender a las causas y circunstancias de ese vuelco tan trascendental. Ellas nos llevarían a eventos históricos no intelectuales, que determinaron el destino del pensamiento social, pero no solo de él. Esos eventos tuvieron consecuencias extraordinarias; en el caso de la URSS es indispensable conocerlos para entender del todo el abrumador final de su régimen y su Estado entre 1986 y 1991.

La empresa política de Mariátegui chocó sin remedio con aquel escollo tremendo.² Como se sabe, entre 1929 y 1930 fue rechazada y derrotada su propuesta sagaz de formar un partido político socialista para ir creando un instrumento capaz de realizar una profunda

2 Ver J. C. Mariátegui (1984, T. II) y la “Introducción” de A. Melis (Mariátegui, 1984: XL-XLIV, T. I). También A. Flores Galindo (1980, 1989).

revolución contra el capitalismo en el Perú.³ Desde 1930 el nuevo Partido Comunista peruano aplicó la línea más sectaria. En los dos años siguientes, aunque Mariátegui fue calificado por documentos de la IC como “uno de los precursores de nuestro movimiento”, se aclaraba que su trayectoria hacia el marxismo-leninismo fue “parcial, debido a su muerte prematura”. Y que a pesar de sus méritos de fundador, se había equivocado en toda la línea en las cuestiones fundamentales del papel de la clase obrera en la revolución democrático burguesa (en América Latina, “agraria antiimperialista”), del carácter nacional de la cuestión indígena, de la organización comunista, del imperialismo y del carácter de la revolución.⁴ Descalificado ofi-

3 Nada más claro en la obra de Mariátegui. Ver, por ej., “Principios programáticos del Partido Socialista” (Mariátegui, 1982b [1928]: 216-220, T. II); “Punto de vista antimperialista” (Mariátegui, 1982 [1929]: 187-193, T. II), Tesis presentada por el PS peruano en la 1° Conferencia Latinoamericana de Partidos Comunistas, Buenos Aires, 1-12 de junio de 1929; o el famoso “Aniversario y Balance” (Mariátegui, 1982a [1928]: 240-243, T. II). Flores Galindo (1989: 94-117, Cap. IV) expone la posición del PS mariateguista y reproduce las 6 tesis principales de su programa, leído en la 1° Conferencia.

4 Ver: “La situación revolucionaria del Perú y las tareas del Partido Comunista peruano. Tesis del Bureau

cialmente por la IC, el “mariateguismo” se consideró una desviación ideológica; por tanto, lo mejor que podía esperar era un piadoso olvido. A la obra teórica de Mariátegui le sucedió lo mismo: durante treinta años fue prácticamente excluida del pensamiento marxista.

En la segunda mitad de la etapa 1925-1935 se consumó el cierre del discurso intelectual en la URSS, y la teoría fue convertida en una burda ideología de legitimar y obedecer, y en una camisa de fuerza.⁵ Ese hecho –y en

Sudamericano de la Internacional Comunista” (Mariátegui, 1980 [1932]: 83-98). En “Materiales sobre la actividad de la Komintern, América del Sur y América Central”, documento preparatorio para el VII Congreso de la IC (Mariátegui, 1980 [1935]: 125-137) que valora la actuación de cada uno de los partidos comunistas de esa región, se dice: “El lado fuerte del Partido Comunista peruano reside en que la formación de sus cuadros tiene lugar en la lucha tenaz contra el APRA y contra los residuos del mariateguismo”. José Aricó realizó la selección y las notas introductorias de la sección de documentos (120 págs.) de aquel número de *Socialismo y participación* dedicado al cincuentenario de la muerte de Mariátegui.

5 En octubre de 1931 Stalin (1941: 420-434) publica “Sobre algunas cuestiones de la historia del bolchevismo”, un autoritario forzamiento de los hechos, y de las ideas de Lenin; junto al pasado, la filosofía es reducida mediante las acusaciones públicas al “idealismo menchevitzante” y al “materialismo mecanicista”. Aquel pro-

general el trágico final de la revolución soviética– reforzó el autoritarismo y la sustitución de la creatividad y el debate entre los comunistas por la más férrea sujeción del pensamiento y la actividad intelectual. Como un escarnio al gran revolucionario, se invocó su nombre en la justificación de los hechos más execrables, y se llamó “marxismo-leninismo” a la ideología dominante. A escala internacional, los militantes y su periferia, y aquellos que aceptaran la influencia soviética, debían regir sus ideas por lo que orientaran y consideraran correcto la dirección central y sus “intérpretes” autorizados. El anatema caía con especial saña sobre los ex compañeros, sobre la izquierda de las organizaciones progresistas y sobre los que pensaban la liberación y el socialismo de manera autónoma.⁶

ceso fue complejo; hubo momentos en que la autoridad de Stalin se vio disminuida y en alguna medida contrastada (Ver Moscato, 1986; 83-114 y 171-87). En 1938 Stalin codifica la filosofía que debe ser consumida en nombre del marxismo, en un texto clave para la dogmatización perdurable del pensamiento marxista: “Sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico” (Stalin, 1941: 635-666).

6 Mariátegui tuvo su “crítica” pública en la argumentación superficial e insostenible de V. M. Miroshovski (1942 [1941]). Puede leerse en *Mariátegui y los oríge-*

Es una lección histórica para todos constatar que quien ha sido considerado el primer marxista de América y su obra fueran relegados y olvidados durante 30 años, con graves perjuicios para quienes tanto necesitaban de su teoría marxista revolucionaria. Fueron los propios hijos de Mariátegui los que emprendieron a partir de 1959 la publicación de sus escritos. Según José Aricó, ningún partido comunista editó los *Siete ensayos...* (Mariátegui, 1963) durante varias décadas, y “fue mérito de los comunistas cubanos, luego de la revolución, haber roto este cordón sanitario” (Aricó, 1980b: 83).⁷ El auge de las ediciones de Mariátegui y de los estudios sobre su obra están entre los aspectos positivos que evidencian el crecimiento de la conciencia en América Latina en la última parte del siglo.

nes del marxismo latinoamericano (Aricó, 1980a: 55-70). La Introducción de Aricó a ese libro constituyó un notable paso de avance en estos estudios.

7 En 1960 se editó en La Habana “El problema de la tierra”, capítulo de *Siete ensayos...*, como tercer libro de la colección Primer Festival del Pensamiento Político (Mariátegui, 1960). En 1963, Casa de las Américas publicó *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, segundo volumen de su Colección Literatura Latinoamericana (Mariátegui, 1963).

La fuerte acogida dada a nuestra petición de escribir ponencias para este Taller, y sobre todo la importancia que se está atribuyendo al rescate de la historia en Cuba actual, me animan a los siguientes comentarios que comparto con ustedes.

El “regreso” de Mariátegui y de sus pares, o para ser más preciso, los estudios acerca de las ideas y la actuación de los revolucionarios radicales que de una forma u otra retaron a la dominación capitalista en Cuba y en América Latina en la tercera y cuarta décadas del siglo XX, han recibido muy fuertes impulsos en la última parte del siglo. Dos avances han sido muy relevantes: la utilización de copiosas fuentes documentales y orales con métodos científicos de investigación, por un número apreciable de estudiosos, ha revolucionado los datos y resultados disponibles;⁸ y la expansión

y profundización de una conciencia más autónoma de la real situación, la cultura y los problemas de las sociedades americanas, lo que, entre otros efectos, ha aumentado nuestra sensibilidad a los valores y las ideas de aquellos revolucionarios. Pero el hecho decisivo en cuanto a ese segundo avance ha sido las experiencias de lo que he llamado la segunda gran ola revolucionaria del siglo XX, los “sesenta y setenta” que conmovieron al continente, y el consecuente crecimiento de la cultura política y social de muchos millones de personas.

Sin embargo, la asunción de esos logros del conocimiento y su utilización eficaz ha sido y sigue siendo complicada y difícil. En primer lugar, en la mayoría de los países latinoamericanos la dominación está basada en el enorme control ejercido sobre el sistema económico, el

8 No me ocupo de los enormes avances provenientes de la publicación de la obra y correspondencia de Mariátegui, y de una bibliografía acerca de él que ya es muy extensa e incluye aportes sumamente valiosos –como tampoco menciono ni cito ninguna de las ideas de Mariátegui–, por no corresponder al tema que expongo y ser objeto de la mayoría de las ponencias y debates de este Taller. Pero quiero mencionar a dos jóvenes autores argentinos, dos amigos que no pudieron venir: Fernanda Beigel, que nos envió la síntesis de un capítulo de su li-

bro *Entre el itinerario y la brújula: el recorrido estético y político de José Carlos Mariátegui* (Beigel, 2003), y Néstor Kohan, el autor de *Marx en su (tercer) mundo. Hacia un socialismo no colonizado* (Kohan, 1998), que dedica a Mariátegui un capítulo de *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano* (Kohan, 2000). Agradezco a Beigel y Kohan que me permitieran leer sus excelentes investigaciones cuando aún estaban inéditas. [N. de la Ed.] En la edición impresa del libro de Beigel (2003) se modificó parte del título, respecto del manuscrito citado.

trabajo y los ciudadanos a partir de relaciones sociales en que las mayorías no cuentan con recursos, garantías ni instrumentos a su favor; en regímenes políticos de débil democracia, estados de derecho más o menos frágiles y decisiones en manos de los representantes de las clases dominantes; y en mecanismos culturales de fragmentación, miedo, indiferencia y resignación, reforzados por la homogeneización cultural que viene del “primer mundo”. La criminal represión y los golpes a las formas organizativas populares por parte de los regímenes de “seguridad nacional” primero, y después el desarme político de los opuestos al sistema y la disgregación social que caracterizan la etapa reciente de “democracia”, lograron y han establecido una situación de bajos niveles de resistencia y lucha social. El formidable ciclo revolucionario vivido en Centroamérica no culminó en victorias y cambios permanentes. Pese al discurso de la integración, las dos tendencias reales a la unificación que muestra la región son: miseria, marginación y exclusión social de gran parte de la población; y control y expoliación externa de sus riquezas, por el sistema de transnacionalización imperialista y el dinero parasitario.

Los que producen conocimientos desde la izquierda son minorías, que suelen verse

circunscritas a sus nichos de actividad y tolerancia. Pero lo cierto es que producen bastante, circulan materiales y contribuyen a la creación de una contracultura notable que constituye un potencial muy rico⁹. En Cuba, como sabemos, tenemos una situación muy diferente a la del resto de América Latina. Pero aquellos materiales y cultura de izquierda latinoamericanos apenas se conocen aquí, casi no circulan, ni tienen entrada en nuestros circuitos educacionales, de investigaciones y de capacitación ideológica. Lo mismo podría decirse de estudios valiosos y bien orientados acerca de las ideas y los hechos latinoamericanos que se producen en países desarrollados. Esa es una dura realidad que habrá que cambiar; aquí yo me limito a apuntarla.

Es imprescindible que los cubanos nos apoderemos de la historia de este siglo en que el capitalismo ha sufrido sus mayores crisis y alcanzado su mayor poder, y en que las ideas anticapitalistas se convirtieron en prodigiosas prácticas y hoy confrontan una profunda crisis. No es un deseo de erudición, es una necesidad vital. Dentro de esa historia del siglo,

9 He tratado el tema en “Problemas y perspectivas del conocimiento y las ciencias sociales latinoamericanas” (Martínez Heredia, 1998 [1995]).

la época, los sucesos y las ideas de los años veinte y treinta son cruciales. En aquellos años enmarcados por las situaciones límite de las dos guerras mundiales se hicieron intentos y propuestas muy radicales de cambio del orden social y de la vida de las personas. Baste recordar que el fantasma del comunismo encarnó y alentó en Rusia, y desafió al capitalismo sobre el terreno europeo. Al mismo tiempo, 150 años de intenso desarrollo del pensamiento moderno –acelerado y llevado a nuevas fronteras en la segunda mitad de ese intervalo– fueron retados por situaciones que le exigían iluminar o apoyar consecuencias prácticas y formular proyectos superiores. Es demasiado para mí aludir siquiera a la magnitud y complejidades de esos desafíos de la época entre las dos guerras mundiales, cuando me queda tan poco tiempo. Hago al menos un enérgico llamado a los estudiosos: no es posible apoderarse de la historia de cualquier modo, ni es conveniente renunciar a elaborar comprensiones de sus períodos y sus eventos, si queremos sacar real provecho a esa apropiación.

Ciñéndome solo al pensamiento marxista, uno de los protagonistas de la época, afirmo ante todo que para conocerlo es imprescindible la perspectiva histórica: es una cuestión de método básica. Para el análisis de cada pensador

y de cada corriente de ideas marxista, y para conocer e integrar sus campos de actuación y sus contextos. En América Latina los grandes actores del socialismo revolucionario salieron de sus propios complejos culturales, no podía ser de otro modo. Recabarren, Ponce, Mella, Mariátegui, Farabundo Martí, Prestes, cada uno procede de una realidad nacional y social específica: lo que los une es su voluntad de enfrentar al sistema y su adscripción al marxismo con ese fin. Desde sus circunstancias, sus proyectos y sus urgencias, y con los rasgos personales de cada uno, ellos contribuyeron a una empresa que era fundamental para el marxismo y el comunismo: realizar su universalización. En la nueva época de imperialismo y de revoluciones anticapitalistas y antiimperialistas la coincidencia teórica no podía ser libresca o declarativa. Si vemos a los pensadores con esta óptica podrá captarse la originalidad y el contenido de sus ideas, y hacer mejores valoraciones de ellas, que si se registra cuánto conocían de la letra de los clásicos marxistas o cuán capaces fueron de elaborar discursos filosóficos. Y desde ese punto de partida podremos entrar bien en la cuestión fundamental en todo estudio de pensamiento, que es el pensamiento mismo.

Mariátegui y sus coetáneos enfrentaron, desde países republicanos, la afirmación del

capitalismo nativo y la fuerza del imperialismo, que en América tendió a apelar a vínculos neocoloniales; a la vez, su tiempo fue pródigo en protestas y rebeldías de clases oprimidas y en movilizaciones e ideas políticas y culturales nacionalistas. Los modelos de modernidad que estaban en pugna o en combinación habían provenidos de Europa o de los Estados Unidos, pero a diferencia de las construcciones económico-estatales de medio siglo antes –recordar las tesis y propuestas de José Martí (1963 [1891]: 15-23, T. VI) en “Nuestra América”–, ahora hubo sectores de clases dominantes y grupos intermedios que ensayaron propuestas autóctonas y regímenes fuertes.

Los marxistas latinoamericanos eran convocados espiritualmente por la utopía que enlazaba el progreso material con la felicidad humana y por la idea de que la realización del deber ser de Occidente correspondería al socialismo. Se suponía que esas dos abstracciones podrían hacerse realidad, tanto en Europa como en América, solo si se ponía en marcha el verdadero campeón del progreso y la libertad, la nueva clase social del proletariado industrial. No debe olvidarse que fuera del movimiento comunista, en un amplísimo arco de influencia, el socialismo fue igualmente visto como futuro o panacea indispensable por pensadores muy

notables y otros que no lo eran tanto, por activistas sociales, periodistas y otros formadores de opinión, revolucionarios muy diversos, movimientos de protesta, gente progresista, actores económicos interesados. El desencuentro entre todo ese potencial y el instrumento político comunista levantado para llevar adelante la propuesta del socialismo en América –y también, de otro modo, en Europa– es una de las tragedias del siglo XX. Pero no puedo tratar ese tema aquí, por lo que me devuelvo a los marxistas latinoamericanos ligados al proletariado industrial como motor histórico y a la influencia del movimiento y las ideas levantadas en la URSS como guía de sus proyectos de liberación.

El grave problema de estos marxistas cuando pensaban esa liberación y cuando entraban en política era constatar que no habría posibilidades para su teoría si no encarnaba en las masas reales, formadas por todo tipo de asalariados, artesanos, campesinos, razas despreciadas, pobres urbanos y rurales, sectores medios más o menos empobrecidos y estudiantes; todo un mosaico que convivía en espacios nacionales muy heterogéneos y a menudo poco integrados. Debían crear una idea de socialismo atractiva y eficaz para la lucha anticapitalista y para el proyecto de nueva sociedad, y

sobre todo lidiar con el nacionalismo, que enarbolaba banderas de autodeterminación y encontraba suelo en la tradición patriótica, y con los demás componentes de la cultura existente en sus propios países. El marxismo del tiempo de la socialdemocracia, amante de la civilización, eurocentrista y poco crítico del etnocentrismo, no podía ser la herramienta adecuada para su trabajo. Además, Karl Kautsky, uno de sus mayores líderes intelectuales, había hablado claro: el socialismo era revolucionario, pero los socialistas no necesitaban serlo porque el mundo estaba determinado para llegar al socialismo por su propia evolución natural. En América la nueva cuestión era inequívoca: los socialistas tendrían que ser revolucionarios consecuentes, y tendrían que inventar un socialismo revolucionario.

En este primer choque histórico entre capitalismo y luchas socialistas en América, los contendientes apelaron a la universalización de sus respectivas fuerzas, pero el capitalismo era más fuerte en medios y en implantación previa. Pero el frente fundamental y decisivo era el de las sociedades en que vivían y actuaban, y en busca de desmontar la hegemonía de las clases dominantes, los marxistas revolucionarios debieron encontrar los reales elementos de esas sociedades, incluidos los valores de lo

autóctono. Era una tarea muy difícil para cualquiera, frente al enorme peso del colonialismo que invadía desde hacía siglos los países y los entendimientos, colonialismo siempre renovado, aun en el curso de las ofensivas educativas americanas, y hasta en la nueva ideología marxista. Sin embargo, la combinación del pensamiento y la práctica revolucionaria produjo, al pie de ricas experiencias, el campo en que por primera vez floreció el pensamiento marxista en América Latina.

En el desarrollo de sus ideas y el curso de su actuación, una parte de los marxistas revolucionarios pertenecientes al campo de la IC quedaron de una forma u otra fuera de ella, y surgieron, se desarrollaron y actuaron otros marxistas revolucionarios que nunca estuvieron en el campo de la IC. Una verdadera historia de las ideas –y de las prácticas– marxistas y comunistas en América Latina está obligada a incluir a unos y otros, porque todos ellos lo fueron efectivamente.

Mariátegui fue en aquel grupo distinguido el que más lejos llegó en cuanto al ejercicio de esa capacidad del trabajo intelectual de irse muy por encima de sus condiciones de producción, ver más allá, intuir, presentar materiales y preguntas que todavía no tienen un suelo práctico. Su originalidad se expresó en la misma

elección de sus temas, en el peso que dio a factores que no eran privilegiados por la corriente principal del marxismo, como su vigor filosófico es visible en las combinaciones de perspectivas y visiones del mundo que supo utilizar en su trabajo, y su profundidad en el método y en los análisis de realidades sociales y de medios en que se producen las actuaciones humanas. No creo que sea algo excepcional que compartiera una actividad intelectual incansable –escribiendo con fecundidad de periodista y hondura y belleza de ensayista– con una práctica política y cultural intensa y muy creativa. Era lógico que fuera así, dada la concepción que tenía del marxismo y su decidida inadecuación al medio en que actuó.¹⁰ Bien visto, Mariátegui y sus pares no se correspondieron con su tiempo sino que trataron de cambiarlo, convertirlo en otro tiempo. El estudio de sus pensamientos no puede prescindir de ese dato.

10 “Mariátegui era un hombre enfrentado contra su tiempo, como termina siéndolo cualquier revolucionario [...] tal vez para definir a Mariátegui sea más importante –como anotó Sartre a propósito de Gustave Flaubert– ‘aquello que lo distingue de sus contemporáneos’. En Mariátegui es una actitud: la esperanza por encima de cualquier previsión razonable contraria [...] esa esperanza que hace de un inválido un político revolucionario” (Flores Galindo, 1989: 14 y 146).

Ellos pensaron los problemas del determinismo y la praxis, de la nación, las clases, las razas, lo étnico, las luchas de clases, el anti-imperialismo, el socialismo, el nacionalismo, el individuo, la sociedad civil, la educación, el arte, la democracia, el poder, los proyectos, las organizaciones políticas y sociales, la revolución; y trataron de comprender las relaciones entre todos ellos. Allí está su legado intelectual, aún espera por nosotros. Pero no se trata solo de una herencia. El conocimiento mismo de los distintos pensamientos que se produjeron y se entrecruzaron, los actos de producción de cada uno de esos cuerpos de ideas, estudiar sus condicionamientos, son pasos necesarios para ir levantando el mapa de la cultura a la que pertenecemos, y para aprender a conocer el presente, esto es, para saber de él lo esencial que no nos muestra, sin lo cual se hace imposible el futuro.

BIBLIOGRAFÍA

- AA. VV. 2002 *Mariátegui* (La Habana: Centro de IDCC Juan Marinello).
- Aricó, J. 1980a *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano* (México:

- Cuadernos de Pasado y Presente N° 60 / Siglo XXI) Segunda edición.
- Aricó, J. 1980b “Mariátegui y la formación del Partido Socialista del Perú” en *Socialismo y participación* (Lima: CEDEP) N° 11, septiembre.
- Beigel, F. 2003 *Entre el itinerario y la brújula: El vanguardismo estético-político de José Carlos Mariátegui* (Buenos Aires: Biblos).
- Flores Galindo, A. 1980 *La agonía de Mariátegui. La polémica con la Komintern* (Lima: DESCO).
- Flores Galindo, A. 1989 *La agonía de Mariátegui. La polémica con la Komintern* (Lima: Instituto de Apoyo Agrario) 3° edición ampliada.
- Kohan, N. 1998 *Marx en su (tercer) mundo. Hacia un socialismo no colonizado* (Buenos Aires: Biblos).
- Kohan, N. 2000 *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano* (Buenos Aires: Biblos).
- Mariátegui, J. C. 1960 *El problema de la tierra y otros ensayos* (La Habana: Editora Popular de Cuba y el Caribe - Col. Primer Festival del Pensamiento Político N° 3).
- Mariátegui, J. C. 1963 *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (La Habana: Casa de las Américas).
- Mariátegui, J. C. 1980 (1932) “La situación revolucionaria del Perú y las tareas del Partido Comunista peruano. Tesis del Bureau Sudamericano de la Internacional Comunista” en *Socialismo y participación* (Lima: CEDEP) N° 11, septiembre.
- Mariátegui, J. C. 1980 (1935) “Materiales sobre la actividad de las Secciones de la Komintern, América del Sur y América Central” en *Socialismo y participación* (Lima: CEDEP) N° 11, septiembre.
- Mariátegui, J. C. 1982 *José Carlos Mariátegui. Obras* (La Habana: Casa de las Américas) [Selección de F. Baeza y “Prólogo” de E. de la Osa].
- Mariátegui, J. C. 1982a (1928) “Aniversario y Balance” en *José Carlos Mariátegui. Obras* (La Habana: Casa de las Américas) [Reproducido de *Amauta* (Lima) N° 17, septiembre de 1928].
- Mariátegui, J. C. 1982b (1928) “Principios programáticos del Partido Socialista” en *José Carlos Mariátegui. Obras* (La Habana: Casa de las Américas).
- Mariátegui, J. C. 1982 (1929) “Punto de vista antimperialista” en *José Carlos Mariátegui. Obras* (La Habana: Casa de las Américas).
- Mariátegui, J. C. 1984 *Correspondencia (1915-1930)* (Lima: Biblioteca Amauta) T. II.

- Martí, J. 1963 [1891] “Nuestra América” en *Obras Completas* (La Habana: Editorial Nacional de Cuba) T. VI.
- Martínez Heredia, F. 1998 (1995) “Problemas y perspectivas del conocimiento y las ciencias sociales latinoamericanas” en *Periferias. Revista de Ciencias Sociales* (Buenos Aires: FISyP) Año 3, N° 4, enero-junio.
- Martínez Heredia, F. 2001 (1995) “Izquierda y marxismo en Cuba” en *El corrimiento hacia el rojo* (La Habana: Letras Cubanas).
- Melis, A. 1984 “Introducción” en Mariátegui, J. C. *Correspondencia (1915-1930)* (Lima: Biblioteca Amauta) T. I.
- Miroshevski, V. M. 1942 [1941] “El ‘populismo’ en el Perú. Papel de Mariátegui en la historia del pensamiento social latinoamericano” en *Dialéctica* (La Habana) Vol. I, N° 1, mayo-junio. [Reproducido de *Istoričeskij Marksizist* (Moscú) N° 4, 1941].
- Moscato, A. 1986 *Intellettuuali e potere in URSS (1917-1956)* (Lecce: Milella).
- Stalin, J. 1941 *Cuestiones del leninismo* (Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras).

LOS DESAFÍOS DE FOUCAULT*

I

Me toca pronunciar las primeras palabras de este taller, a nombre de la Cátedra de Estudios Antonio Gramsci.¹ No he querido gastarlas en un ritual enteramente dispensable para los

* El Coloquio *Los desafíos de Foucault: a tres lustros de su muerte*, organizado por la Cátedra de Estudios Antonio Gramsci del Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, se celebró en ese centro los días 13 y 14 de julio de 1999. Las intervenciones y los debates del taller se recogieron en el libro Esteva, R.; Parodi, R. y Hugo Vergara, H. 2000 *Inicios de partida* (La Habana: CIDCC Juan Marinello). Este texto reproduce mis palabras en la inauguración del taller y mis intervenciones en dos de los debates del evento. Las he revisado y he agregado las referencias y notas al pie. Se publica en: Martínez Heredia, F. 2015 *A la mitad del camino* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales) pp. 235-247.

1 La cátedra quedó constituida formalmente en febrero de 1997. Fue prácticamente la última iniciativa como Ministro de Cultura de Armando Hart Dávalos, uno de los grandes intelectuales de la Revolución cubana.

asistentes, como eran aquellas oberturas musicales que se escribían para ejecutarse mientras el público se iba acomodando, o como el creyente que se persigna ante el altar antes de seguir presuroso a atender sus negocios terrenales. Haré entonces directamente algunos comentarios. Como no soy un experto, sino apenas un admirador de Foucault, puedo tomarme ciertas libertades que les están negadas a los especialistas.

En cuestiones de trabajo intelectual yo vengo de Marx. Me encontré con él al inicio de los años sesenta; aunque había obstáculos, en aquel momento las condiciones favorecían los encuentros con Marx. En la actualidad no se encuentra uno a Marx, o sucede en condiciones muy desfavorables: el marxismo tiende a ser olvidado o ubicado en alguna región de un pasado superado.

Estudiar a Marx, estudiar *El Capital* (Marx, 1975), me ayudó a entender, compartir y servirme del trabajo de un sabio sobre lo oculto, lo que está sepultado o enmascarado. En el libro de

Marx hablaban autores de viejas obras que fueron a dar directamente a los estantes desde que se publicaron, o de libros recientes que no encontraban eco. Encontré también testimonios. Hablaban funcionarios anónimos –inspectores del trabajo– y sus interlocutores de todo pelaje, desde las simples obreras hasta el empresario que sabe muy bien que si puede aumentar diez minutos la jornada diaria se embolsará al año mil libras esterlinas más. Marx utilizaba también los saberes locales, presentes en los refranes y en las obras literarias. Todo aquel material estaba en función de una conceptualización muy rigurosa, perteneciente a un marco teórico que amenazaba ser inabarcable, y que solo mostraba los contornos o la sombra de sus fundamentos filosóficos. Una teoría social que perseguía sus validaciones no solo en los análisis de hechos recogidos, sino en sus contextos: en la creación, digamos, de una sociología del conocimiento.

Hoy, 13 de julio, se cumplen treintaidós años de que encontré la edición original de *Las palabras y las cosas* (Foucault, 1968), y leí de pie su índice. Fue en París, creo que en la librería de PUF. Me pareció una obra muy importante, pero me limité a anotar sus datos, porque no podía conseguir al momento que me la regalaran, ni tampoco llevarla conmigo. Muchos años después leí *Vigilar y castigar* (Foucault,

1976), un libro que me hizo muy feliz. Un gran pensador, que estaba resultando tan influyente, se metía a fondo en las regiones prohibidas de los cómo, de los mecanismos de la dominación. Esa obra extraordinaria analiza el sometimiento del cuerpo y el funcionamiento del poder.

En Cuba estábamos andando nuestro camino en aquellos años sesenta. Antonio Gramsci me había entregado invaluable instrumentos de estudio, alentaba mis intuiciones y me invitaba a conocer a la gente más “atrasada”, “supersticiosa” y “viciosa”: es decir, a nuestra gente. Teníamos que ser eficaces en relacionar a aquella gente con el ambicioso proyecto de transformaciones comunistas del cual ellos debían ser los protagonistas, o no habría socialismo. Eran los años en que investigadores sociales cubanos hacían historias de vida de campesinos, de obreros o de contrarrevolucionarios, y entrevistaban a centenares de personas en busca de respuesta a toda clase de preguntas, en medio de intensas conmociones sociales. Recorriendo nuestro camino aprendimos que los humildes habían dejado innumerables huellas, que debíamos recogerlas y descifrarlas, que sus representaciones, imágenes del mundo e ideologías tenían que formar parte del trabajo investigativo y concurrir a las teorizaciones. Aprendimos que era imprescindible

apoderarse del *saber histórico de las resistencias y las luchas*, de la memoria de los enfrentamientos. Y que las teorías no eran ejercicios inútiles de abstracciones vacías, ni feria de vanidades, ni lugar de premios y castigos.

Entonces fue una felicidad encontrar a Michel Foucault y comprobar que su obra ha sido una apertura de sendas, un enriquecimiento de las maneras de abordar y unos trazos enérgicos de trabajo realizado, todo ello dentro de la corriente que busca y persigue el conocimiento acerca de la dominación y, por tanto, de las condiciones y las posibilidades de actuar a favor de la liberación. Foucault me asegura que caminamos, que seguimos andando por los buenos caminos, que están dadas las precondiciones de un avance descomunal de la humanidad.

Lo dejo hablar entonces acerca de una de las fuerzas de aquella ancha corriente. Un entrevistador le pregunta: “Usted parece tener una cierta distancia respecto a Marx y al marxismo; esto le ha sido ya reprochado a propósito de *Arqueología del saber*” Responde Foucault:

Sin duda. Pero también hay por mi parte una especie de juego. Con frecuencia cito frases, conceptos, textos de Marx, pero sin sentirme obligado a adjuntar la pequeña pieza identificatoria que consiste en hacer una cita de Marx, en poner

cuidadosamente la referencia al pie de página, y acompañar a la cita una reflexión elogiosa. Gracias a esas mediaciones uno sería considerado como alguien que conoce a Marx, que reverencia a Marx, y se vería honrado por las revistas llamadas marxistas. Yo cito a Marx sin decirlo, sin ponerlo entre comillas, y como ellos no son capaces de reconocer los textos de Marx, paso por ser alguien que no cita a Marx. ¿Cuando un físico hace física, siente la necesidad de citar a Newton o a Einstein? Los utiliza, no tiene necesidad de comillas, de notas a pie de página o de aprobación elogiosa que pruebe hasta qué punto es fiel al pensamiento del maestro. Y como los otros físicos saben lo que hizo Einstein, lo que ha inventado o demostrado, lo reconocen al paso. Es imposible hacer historia actualmente sin utilizar una serie interminable de conceptos ligados directa o indirectamente al pensamiento de Marx, y sin situarse en un horizonte que ha sido descrito y definido por Marx. En un caso límite, se podría uno preguntar qué diferencia puede haber entre ser historiador y ser marxista” (Foucault, 1978: 100).

Hasta ahí Michel Foucault. Por cierto, hace unos minutos le he rendido un pequeño homenaje al usar unas cuantas expresiones suyas, sin citarlo, para referirme a mi actividad intelectual.

Con la misma naturalidad con que explica lo anterior, Foucault expone su especificidad. Un ejemplo es su aseveración en el Colegio de Francia sobre la crisis de las teorías acabadas, totalizadoras. Les leeré un fragmento de ese texto:

[...] desde hace diez o quince años emerge la proliferante crítica de las cosas, las instituciones, las prácticas y los discursos: una especie de enfriamiento general de los cimientos, especialmente los más familiares, los más sólidos y los más cercanos a nosotros, a nuestro cuerpo, a nuestros gestos cotidianos. Pero junto a este enfriamiento y a esta asombrosa eficacia de la crítica discontinua, concreta y local, se descubre en realidad algo que no estaba previsto al principio y que podría llamarse el efecto inhibitorio propio de las *teorías totalitarias*, globales. No digo que estas teorías globales no hayan procurado, ni procuren todavía, de manera bastante constante, instrumentos utilizables localmente: el marxismo y el psicoanálisis están ahí para confirmarlo. Pero pienso que no habrían procurado tales instrumentos más que a condición de que la unidad teórica del discurso quedase como en suspenso, cercenada, hecha pedazos, trastocada, ridiculizada, teatralizada [...] toda renovación en términos de totalidad ha tenido, en

la práctica, un efecto de freno. Así pues, primer punto [...]: carácter *local* de la crítica, que no quiere decir, pienso, empirismo obtuso, ingenuo o primitivo, ni eclecticismo equívoco, oportunismo, permeabilidad a cualquier empresa teórica: tampoco quiere decir ascetismo voluntario que se reduciría a la mayor pobreza posible. Creo que este carácter esencialmente local de la crítica indica en realidad algo que sería una especie de producción teórica autónoma, no centralizada, que no necesita para afirmar su propia validez del beneplácito de un sistema de normas comunes” (Foucault, 1978: 127-28).

Estoy citando a Foucault *in extenso*; perdónenme, pero algunas veces las citas cortas, desgraciadamente, son más bien un instrumento del que cita, y no del citado.

De las conferencias que dio en Río de Janeiro en 1978, publicadas con el título *La verdad y las formas jurídicas*, tomo un planteo conceptual que me parece principal para la posición que guía el trabajo de Foucault (1980: 31-32):

Llegamos así a esta noción muy importante y al mismo tiempo muy embarazosa de ideología. En los análisis marxistas tradicionales, la ideología es presentada como una especie de elemento negativo a través del cual se traduce el hecho de que

la relación del sujeto con la verdad, o simplemente la relación de conocimiento, es perturbada, oscurecida, velada por las condiciones de existencia, por relaciones sociales o formas políticas impuestas desde el exterior al sujeto del conocimiento. La ideología es la marca, el estigma de esas relaciones políticas o económicas de existencia, aplicada a un sujeto de conocimiento que, por derecho, debería estar abierto a la verdad.

Mi propósito es demostrar en estas conferencias cómo las condiciones políticas y económicas de existencia no son un velo o un obstáculo para el sujeto de conocimiento, sino aquello a través de lo cual se forman los sujetos de conocimiento y, en consecuencia, las relaciones de verdad. Solo puede haber ciertos tipos de sujetos de conocimiento, órdenes de verdad, dominios de saber, a partir de condiciones políticas, que son como el suelo en que se forman el sujeto, los dominios de saber y las relaciones con la verdad”.

No debo prolongar estas palabras con referencias a cuestiones tan centrales para Foucault como las relaciones entre el saber y el poder, los saberes descalificados, el poder como construcción, etcétera. Los ponentes, con un dominio que yo no tengo, van a introducirnos en ellas y proponer los debates pertinentes. Me

conformo con reiterar la extraordinaria riqueza del filón de pensamiento que nos ha dejado este pensador.

La Cátedra Antonio Gramsci abre hoy su sexto taller –también les hemos llamado coloquios– desde aquel primero que hicimos en febrero de 1997. Hoy estamos motivados por Michel Foucault, como en los cinco anteriores lo estuvimos por el propio Gramsci, por los bolcheviques de la Revolución de Octubre y la cultura, por el *Manifiesto Comunista* (Marx y Engels, 1959 [1848]), por Rosa Luxemburgo y los problemas contemporáneos, y también por un intercambio de experiencias entre cubanos y mexicanos que somos estudiosos de Gramsci.

De esta manera cumplimos los propósitos de la cátedra, como lo hacemos también a través de las conferencias de intelectuales visitantes, los debates de la cátedra y las publicaciones. Invitamos entonces a todos a participar en este taller, con las ponencias y las discusiones que ellas despierten.

II

Comienzo de una manera desordenada. Ayer hice unas palabras iniciales muy ordenadas y no muy esperanzadas. Trataba de mostrar, por

ejemplo, cómo Carlos Marx y Michel Foucault, los dos, se habían preocupado por el dominio sobre los cuerpos, la domesticación de los cuerpos en el capitalismo. Con un siglo por el medio y con las características descollantes de Foucault, en ciertos temas en que se movió logró ir más lejos que Marx, naturalmente.

Utilicé para prepararme, entre otros textos, uno de un intelectual argentino amigo mío que fue revolucionario activo, estuvo preso en un campo de concentración en Chile, vivió en Cuba y a su regreso ha llegado a ser un profesor muy prestigioso, pero poco conocido, en la Universidad de Buenos Aires. Para casos como el suyo existe en la actualidad el nicho para irreductibles, que es uno de los gastos no productivos de la democracia del capital. Se llama Juan Carlos Marín. Fue invitado a hablar de Foucault y debatir en el Colegio Argentino de Filosofía, hace trece años, un debate que primero fue comentado por la amenaza de un silletazo, un momento no muy académico; él tuvo la buena iniciativa de publicarlo, insertándole amplios fragmentos de Foucault (Marín, 1987).

Marín hablaba acerca del problema de la expropiación de la historia, de la construcción de discursos sobre los procesos históricos de tal manera que los sectores sociales que los

constituyeron queden sin nada. Es más, dice, la única alternativa que se les brinda es tomar conciencia de lo que realizaron en la medida en que pierden su relación de existencia con lo realizado. Marín opinaba que el trabajo de Foucault en la investigación de los mecanismos de ejercicio del poder, sus *cómo*, es extraordinario en sí mismo y como arma de lucha en las condiciones actuales. Foucault tuvo la capacidad de advertirnos: mire sobre lo que se construye, no se haga el distraído. No mire solo sobre lo que se reprime, empiece a mirar lo que de ahí en adelante se construye.

Foucault ha sido objeto también de duras críticas desde diferentes posiciones de pensamiento y ciencias sociales. En un ensayo sobre el valor de los clásicos para las ciencias sociales, Jeffrey Alexander le critica su concepción del discurso, precisamente por el peso que le da a la legitimación del poder y la construcción de verdad. “El ámbito discursivo de la ciencia social actual –dice– se encuentra en una difícil posición: entre el discurso racionalizante de Habermas y el discurso arbitrario de Foucault” (Alexander, 1990: 36). En un ensayo muy crítico sobre los fundamentos del estructuralismo y el posestructuralismo, Anthony Giddens es más generoso con Foucault, pero le reprocha que, una vez descentrado el sujeto, no sea capaz de

desarrollar una explicación convincente de la agencia humana; que sus sujetos sean impotentes para autocomprenderse, no digamos ya para determinar su destino (Giddens, 1990: 272, 277-278).

Más allá de las diferencias comprensibles que existen entre las comunidades científicas, ¿Foucault asumió en exceso una libertad de método, quiso gozar de una libertad excesiva? El anarquismo es una de las actitudes más despreciadas u odiadas por el orden, y lo mismo sucede con el pensamiento ligado o relacionado con el anarquismo. Y el pensamiento del orden es predominante en el mundo. El anarquismo, sin embargo, regresa periódicamente. En los años de madurez de Foucault sucedía uno de esos regresos.

Quiero recordar también a André Malraux, una de las cabezas pensantes de la nación francesa. Uso esta expresión intencionalmente. Cuando todavía no habían terminado los acontecimientos a los que llamarán después Mayo del 68, el 21 de junio Malraux declara en la televisión, en Europa 1: “La juventud, en este momento, no se adapta [...] todas las civilizaciones reposan sobre jerarquías [...]. Y entre nosotros, por primera vez, hay una hostilidad a la idea de jerarquía que nunca tuvo equivalente” (Malraux, 1969: 256). ¿Se acuerdan de

Malraux? Es el autor de *La condición humana*, aquella novela tan famosa que los muchachos que ya no somos leímos con tanta pasión hace tantos años. Malraux cita a Mao Tse Tung. Es natural: es 1968 y la Revolución Cultural china tiene un impacto tremendo. Él se ha entrevistado con Mao. Y dice que el líder chino, seguido con tanto fervor por los estudiantes, le comentó: “Queda por saber a dónde voy yo con la juventud” (ídem.). Y añade el francés: “En primer lugar, hay una crisis completa de la idea de la jerarquía. No es fácil de ver, porque en principio a la idea de jerarquía se opone la idea de desorden” (ídem.).

A los europeos nos falta aún algo para vivir en sociedades de consumo, dice Malraux, Estados Unidos sí vive ya en ella; pero tiene una carencia que no tuvieron las civilizaciones que ha habido. Por esto anuncia que estamos en el inicio de un drama mundial: “una civilización que es la más poderosa de todas y la única, en última instancia, que tiene el poder de destruirse a sí misma, llega a un momento de su desarrollo que es el momento en el cual no tiene conciencia [...]. Actualmente, la civilización, de alguna manera, se desarrolla en el vacío” (Malraux, 1969: 257).

Bueno, en realidad después de aquellos años del desorden se impuso el orden, en el Oeste,

en el Este, en el Norte y en el Sur: en los cuatro puntos cardinales. Sin embargo, todo evento social trascendente deja efectos imborrables, cualquiera que sea su suerte inmediata: ni siquiera el orden pudo reinar igual que antes. Lo mismo sucede con las ideas trascendentes. A nosotros nos han quedado las formulaciones que hicieron y el nuevo ambiente intelectual que plantearon, esa huella tremenda que dejan el pensamiento de algunas personas y las ideas que combatieron en una práctica histórica. Ellos agrandan en muchos sentidos las posibilidades de los que vienen después.

Recuerdo que Roque Dalton no solo leyó *Cuestiones de método*, leyó *La crítica de la razón dialéctica* completa (Sartre, 1963), para entender más profundamente el mensaje de Jean Paul Sartre, el filósofo que le reprochó a Lukács “situar” –esa manía de tantos autores marxistas de “situar” a los demás– tan simplemente a los existencialistas, buscando los contextos de su filosofía en el supuesto fascismo de los existencialistas alemanes y el liberalismo de los de Francia, donde esta última posición sería una “rebelión pequeñoburguesa”. Hace falta mucho tiempo para escribir una obra teórica –le dijo el ríspido Sartre–, y explicó que él comenzó a investigar lo que sería su obra *El ser y la nada* (Sartre, 1966) en 1930,

que leyó por primera vez a Heidegger, Husserl y Jaspers en 1933, y lo influyeron; y que llegó al método y las conclusiones principales del libro a fines de 1939. Por consiguiente, no la publicó en 1943 porque los alemanes hubieran ocupado Francia tres años antes.

Recuerdo a personas jóvenes de entonces, dedicadas a la acción revolucionaria, que leían profundamente, cuando podían, a todos los pensadores y científicos sociales que podían. Miguel Enríquez era todavía un joven estudiante de Medicina cuando leyó *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, de André Gunder Frank (1970), y me expuso una crítica muy aguda de aquel libro. Veinte años después supe de un joven provinciano, en Perú, que estudió Filosofía en una universidad de la región andina, y escribió a mano –parece que no tenía máquina– un trabajo de curso muy extenso sobre los reversos recuperados de las hojas de contabilidad de un almacén. Su tema era la *Fenomenología* de Husserl, el joven se llamaba Abimael Guzmán.

Hablo de todo esto porque parece que, entre otros graves problemas, tenemos el de la necesidad de teorías, agravada por la persistencia de los remanentes de la dogmática que rigió y por el alejamiento masivo de toda teoría. Pero que un problema siga en pie da una idea de su

importancia. Sé que no lo parece, pero el pensamiento y el conocimiento social en Cuba tienen ante sí la posibilidad de dar un salto de avance. Aunque hay que recordar que posibilidad no es igual a realidad.

El problema de la expropiación de la historia se lo ha planteado desde hace décadas mucha más gente de la que uno sospecha, a tal punto que existe una conciencia muy extendida en América Latina actual que ha producido mucho desde el enfrentamiento a ese problema. Lamentablemente, en Cuba ese movimiento es prácticamente desconocido. Son impresionantes la calidad y las novedades de contenido y pedagógicas de los folletos, materiales de estudio para la gente común, producidos en el Chile de Pinochet en los años ochenta, que incluyen incitaciones a los estudiantes para que busquen también ellos mismos, para que trabajen como investigadores. Leí una vez un folleto boliviano de edición muy humilde, de hace unos veinte años, *Metodología para el autoestudio de una comunidad*. Los autores explican que la han elaborado ellos mismos, pero se han ayudado con una metodología “de Francisco Utar”. Como sospechan ustedes, se refieren a François Houtart.

Cuando profesores jóvenes de la Escuela de Psicología de la Universidad de La Habana

empezaron a estudiar a Jean Piaget al inicio de los años setenta, ¿podrían entender el potencial subversivo que tenía su investigación del proceso por el cual el niño incorpora, en sus primeros años de vida, la arbitrariedad y las jerarquías? El ambiente en que producían sus estudios se oponía a esa comprensión. Ahora ya puede servirnos mucho Piaget en ese sentido, pero ¿ya estará superado su trabajo científico? ¿Ya no estará de moda? ¿Conspirará el ambiente contra esa posibilidad, ahora desde otros puntos de partida epistemológicos e ideológicos?

III

Sigamos con las posdatas. Como formo parte de “la casa”, trato de mantenerme lo más callado posible, pero no siempre lo logro.

Desde 1991 vengo afirmando que la situación en las últimas décadas es que los conocimientos sociales han llegado ya a una hondura y un desarrollo envidiables en sus capacidades y potencialidades, mientras que sus portadores intelectuales han llegado a ser dominados como nunca por el poder, un poder que tiende a un unanimismo que excluye disidencias y cuenta con una capacidad abrumadora para

ejercerse. Algo de la mayor importancia es cómo se construye ese poder, cómo conduce y obtiene el consenso de las mayorías, cómo se reproduce y se interioriza. Entonces, hay que buscarlo por todas partes. Le debemos mucho a Antonio Gramsci, que hizo aportes fundamentales para emprender esa búsqueda, pero también a Foucault. Por eso cité a aquel amigo mío que es un gran profesor, cuando nos dice: “Mira, mira, no te hagas el bobo, mira por encima del hombro para que te des cuenta cómo se construye poder”.

Repito la paradoja trágica: los intelectuales han llegado muy lejos, pero cada vez están más sujetos. Las discusiones actuales, tan restringidas y controladas en sus corrientes principales, no deben hacernos olvidar la inmensa cultura acumulada favorable a la liberación, que ha sido y es objeto de ocultamiento u olvido. Y no solo la contradicción antagónica con el capitalismo, que está obligado por su naturaleza a ser contrarrevolucionario y represor. La historia de los conflictos entre el desarrollo del arte y el de las revoluciones que están obligadas a constituir poderes muy fuertes, pero si pretenden ir hacia la liberación socialista deben ser defensoras a ultranza de la libertad.

Un ejemplo. Hace ochenta años triunfó la Revolución bolchevique, abordada en

el segundo taller que organizó esta Cátedra Gramsci; se llamó *Los bolcheviques y la cultura*. Allí discutimos acerca de los artistas que revolucionaron la escultura y la arquitectura, los artistas y técnicos bolcheviques que incluso proyectaron que la gente pudiera vivir de otro modo, varias familias compartiendo una vivienda de una nueva manera; los seguidores de la idea de darle un rango artístico a los objetos que se utilizan en la vida cotidiana; los alemanes del Bauhaus, que sostenían que el buen diseño debe ser agradable en lo estético y satisfactorio en lo técnico. Yo decía en aquel taller: imagínense ustedes la distancia que va desde los constructivistas y utilitaristas a Alamar.

Frente a las ideas, la conciencia y la organización de las resistencias y las rebeldías, que fueron creciendo desde el siglo XIX y se desataron durante este siglo que termina en formidables revoluciones, frente al riesgo de que se desarrollara una cultura liberadora de las personas y las sociedades, lo que hizo el capitalismo fue militarizar la cultura. Primero utilizó formas primitivas, después ha logrado tener formas desarrolladas. Ya en 1934, hace 65 años, Max Horkheimer se preguntaba, al prologar un libro sobre planificación económica –que se había puesto entonces de moda– cómo era posible que en los últimos cincuenta

años hayamos avanzado tanto en el conocimiento de las relaciones en la sociedad, las relaciones interpersonales e incluso el inconsciente de las personas, y a la vez la Economía, la más vieja de las ciencias sociales, se haya reducido a una técnica. No puede ser error o ceguera, decía, sucede porque no se logrado poner la economía al servicio de las personas, sino que está al servicio de las relaciones de explotación y dominación capitalistas. Si el hombre no consigue cambiarle su signo a los conocimientos sociales en lo que falta del siglo –decía Horkheimer cuando faltaban dos tercios– no vamos a conseguir el único objetivo que esa ciencia puede proponer con su actividad, que es la felicidad.

La falta de avance del socialismo se advierte también en una ausencia de la cual me he quejado durante muchos años: no existe una teoría de la dominación en el socialismo, que desde el punto de vista teórico es imprescindible. La causa no es, de ningún modo, que los socialistas hayan sido un hatajo de tontos. Se trató de echar las bases de ella desde muchos ángulos. No es solo que Rosa Luxemburgo haya planteado que frente a la dictadura de la burguesía tenía que haber la democracia del proletariado. El Primer Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en Rusia Soviética en

1919, produjo un documento acerca de la dictadura del proletariado, “Democracia y dictadura” (IC, 2017: 39), que expone los rasgos y diferencias fundamentales del problema en el capitalismo y el régimen de transición socialista, y explica cómo deberá ser la nueva forma de gobierno y organización social (Chatelet, Pisier-Kouchner y Vincent, 1977: 19-20). Ese texto es formidable, un avance inmenso, si se hubiera llevado a la práctica. Qué maravilla si se llevara a la práctica. Por esas realidades fue que el Che Guevara (1970 [1965]) tuvo que escribir en *El socialismo y el hombre en Cuba*: “debemos convenir en que todavía estamos en pañales y es necesario dedicarse a investigar todas las características primordiales [del socialismo...]”.

Por eso esta mañana yo recordé primero al anarquismo y después a la Revolución Cultural de Mao Tse Tung, el que colgó en la pared, ante los dirigentes, su *dàzìbào* subversivo: “Fuego en los Estados Mayores”. Cuando aquel ejercicio práctico tremendo estaba sucediendo en China, lo que Mao le comenta al francés es: “Los muchachos están conmigo, pero, ¿quién sabe qué es lo que va a pasar después?” Porque el desorden es identificado inmediatamente como lo que está opuesto y es un riesgo mortal para la jerarquía.

El problema tan grave de la *performance* del socialismo, es decir, cómo diablos sustituir al capitalismo y abrirse a una libertad más general, no ha tenido solución todavía. Por eso decía que periódicamente tiene que volver el anarquismo, de una u otra forma; tiene que volver periódicamente, porque hay un conjunto de problemas muy importantes sin resolver. Pero yo no soy pesimista, creo que hemos avanzado enormemente con las experiencias e ideas de todo este siglo, son de todo tipo en cuanto a posibilidades de plantearnos bien el problema. Prácticamente ya no resulta novedoso ningún planteo. Sin embargo, tenemos que decir en 1999: “miren ustedes qué mezquina es todavía la realidad”.

BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, J.G. 1990 “La centralidad de los clásicos” en Giddens, A. y otros *La teoría social, hoy* (México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Alianza).
- Chatelet, F.; Pisiér-Kouchner, E. y Vincent, J. M. 1977 *Los marxistas y la política* (Madrid: Taurus).
- Foucault, M. 1968 *Las palabras y las cosas* (México: Siglo XXI).
- Foucault, M. 1976 *Vigilar y castigar* (México: Siglo XXI).
- Foucault, M. 1978 *Microfísica del poder* (Madrid: Ediciones de La Piqueta).
- Foucault, M. 1980 *La verdad y las formas jurídicas* (Barcelona: Gedisa).
- Giddens, A, 1990 “El estructuralismo, el post-estructuralismo y la producción de la cultura” en Giddens, A. y otros *La teoría social, hoy* (México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Alianza).
- Guevara, E. Ch. 1970 [1965] “El socialismo y el hombre en Cuba” en Guevara, E. Ch. *Obras* (La Habana: Casa de las Américas).
- Gunder Frank, A. 1970 *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Internacional Comunista (IC) 2017 [1919] “Democracia y dictadura” en IC *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista* (Valencia: EIS). En <<https://www.marxists.org/espanol/comintern/eis/4-Primeros3-Inter-2-edic.pdf>> acceso 19 de abril de 2018.
- Malraux, A. 1969 “El principio del drama” en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 25-26: 256, febrero-marzo.

- Marín, J. C. 1987 *La silla en la cabeza. Michel Foucault en una polémica acerca del poder y el saber* (Buenos Aires: Nueva América).
- Marx, K. 1975 *El Capital* (México: Siglo XXI) 3 T. en 8 Vol. Trad. P. Scaron.
- Marx, C. y Engels, F. 1959 [1848] “Manifiesto Comunista” en Marx, C. y Engels, F. *Obras escogidas* (Moscú: Editorial en Lenguas Extranjeras) T. I.
- Sartre, J. P. 1963 *La crítica de la razón dialéctica (precedida de Cuestiones de Método)* (Buenos Aires: Losada).
- Sartre, J. P. 1966 *El ser y la nada* (Buenos Aires: Losada).

ANTICAPITALISMO Y PROBLEMAS DE LA HEGEMONÍA*

Una de las formas más válidas de acercarse al pensamiento de Gramsci –y de rendirle homenaje– es utilizar sus ideas y la influencia que tienen en nuestra manera de pensar, para abordar las cuestiones fundamentales de nuestro tiempo, y tratar de plantearlas bien. El tema al que aludiré fue central en su pensamiento: la necesidad de conocer profundamente lo esencial del sistema de dominación del capitalismo actual para guiar de manera eficaz la lucha anticapitalista; inspirado por su trabajo, añado otro tema que me motiva: los rasgos, problemas y dificultades del propio proyecto socialista. Lo hago desde la Cuba de hoy, el primer país de Occidente que realizó una revolución anticapitalista autóctona, y el único que, sacando fuerzas de ella, mantiene un poder de tipo transición socialista en Occidente.

En esta década se hicieron visibles dos tendencias que ya actuaban desde antes en el mundo contemporáneo: la aceleración del proceso de centralización capitalista y la descomposición de las ideas y los regímenes del llamado socialismo real. Hoy predominan la transnacionalización y el dinero parasitario en la economía, la democracia conservadora en política y el totalitarismo en los controles ideológicos, todo articulado en una dominación cultural que trata de convertir en algo “natural” para todos el modo de vivir, pensar y sentir del capitalismo, y además prevenir, subordinar o aislar las protestas, y excluir las rebeldías. El triunfalismo de los primeros años noventa se desgastó, pero hoy prevalece un ambiente de acomodados o de resignación que se expresaría así coloquialmente: “nadie cree que lo que existe sea lo mejor, pero nadie cree que nada importante pueda cambiarse”.

Hoy resulta difícil incluso representarse el anticapitalismo. Lo usual es que las oposiciones organizadas políticamente –sean “posibilistas”,

* Publicado en: Martínez Heredia, F. 2006 [1998] *Socialismo, liberación y democracia. En el horno de los noventa* (Melbourne / Nueva York: Ocean Sur) pp. 214-223.

“pragmáticas” o “éticas”– no reten realmente al sistema. Es tan grande el predominio de las ideas adecuadas al dominio capitalista que está en duda la posibilidad de construir alternativas radicales a ese dominio. Una dicotomía estéril parece regir a la izquierda: la permanencia dentro de la hegemonía burguesa, aunque con muy variadas actitudes y matices, o las sectas dogmáticas y sectarias que añoran un “pasado” y un “socialismo” que no vivieron o no les perteneció, o resisten a pie firme en magnífica soledad. Entiendo que ambas posiciones son funcionales al dominio del capitalismo.

Si el XIX fue el siglo clásico del capitalismo, el XX ha resultado otro siglo más de capitalismo, a pesar de que tantos creyeron que el poder de la burguesía y la propiedad privada se acabarían antes del año 2000. El siglo que termina ha sido sin embargo de profundos retos y angustias para el capitalismo. *Ha sido de inmensas experiencias, de prácticas anticapitalistas trascendentales.* Profundas revoluciones políticas cambiaron las relaciones económicas y sociales en sus países en buena parte del mundo, en grados y de modos diferentes. El contraataque del capitalismo contra ellas tuvo éxito porque tanto sus presiones como su peso y atracción culturales resultaron superiores, a mediano o largo plazo. Pero

eso solo fue posible porque en el curso general de la evolución de los regímenes surgidos de aquellas revoluciones predominó la reducción del alcance del propio proyecto, la conversión del poder en Estados al arbitrio de grupos dominantes, la consolidación de la desigualdad entre los ciudadanos mediante jerarquías y privilegios, y el predominio de la geopolítica en la dimensión internacional de su actividad.

En el siglo XX se organizaron y desarrollaron economías diferentes a la del capitalismo, basadas originariamente en satisfacer las necesidades humanas y la justicia social. Ellas movilizaron el entusiasmo y promovieron las capacidades de pueblos enteros, y así obtuvieron logros muy notables en cuanto a distribución de las riquezas, racionalización y planificación, esfuerzos de desarrollos de sectores; la soviética triunfó en levantar una industria de guerra capaz frente al fascismo alemán, y en la reconstrucción del país. Las economías de Europa oriental ocuparon un lugar en la geografía económica mundial. Pero en el marco del freno, los desvíos y la decadencia de los procesos de transición socialista, esas economías cada vez más buscaron objetivos análogos a los de las economías capitalistas. En las últimas décadas se combinaron sus insuficiencias y problemas con graves distorsiones provenientes de sus

rivalidades y de sus relaciones con los centros del capitalismo. Finalmente, los regímenes de Europa oriental se liquidaron a sí mismos. La mayor parte de los países del Tercer Mundo que emprendieron caminos de orientación más o menos socialista abandonaron de una u otra forma esa vía.

Por otra parte, tampoco pudo evitar el capitalismo que se produjeran mejores o nuevos autorreconocimientos y luchas, nacionales, clasistas, étnicas, de comunidades, de género. Su orden no ha podido reinar en paz. *Las naciones, los explotados y oprimidos, las mujeres, los negros, los pueblos originarios, los marginados y excluidos, las comunidades y otras diversidades sociales existentes, se reconocen a sí mismas, ganan conciencia y son activas.* Ellas se enfrentan parcialmente al capitalismo, o al menos lo niegan o lo desafían, e influyen en los reclamos humanos actuales, en un amplio arco que va desde la lucha contra las consecuencias de las políticas vigentes hasta la defensa del medio ambiente. Se ha acumulado en el mundo una inmensa cultura como resultado de las revoluciones, de las grandes experiencias políticas y de las identidades y movimientos sociales.

La victoria del capitalismo ha residido hasta ahora en lograr absorber los movimientos

y las ideas de rebeldía dentro de su corriente principal. Las experiencias de proyección socialista se han ido deslizando hacia el interior de la cultura del capitalismo. Y las ideas revolucionarias han padecido un retroceso descomunal, no solo por las represiones sufridas bajo los poderes capitalistas, sino también por sufrir sujeción, recortes y manipulación en las sociedades que emprendieron la transición socialista, que no lograron ser avanzadas de logros, prefiguración, protesta, proyecto y profecía.

La imposibilidad de ir más allá del condicionamiento que le imponía la escasez de sus medios ha recortado a menudo las victorias revolucionarias; pero lo que ha frenado y hecho retroceder a las revoluciones y a sus ideas ha sido la incapacidad de ir más de allá de las condiciones de reproducción “normales” de la vida social, de sostener –contra todas las dificultades, errores, riesgos, insuficiencias y hábitos– la aventura de la creación de una nueva cultura. Todo lo esencial en la transición socialista tenía que ser decidido por la intencionalidad organizada y consciente de los anticapitalistas en el poder, nada por el espontáneo “desarrollo” de las sociedades. Sin procesos firmes y sucesivos de crecimiento del poder de las mayorías sobre las decisiones importantes y el manejo cotidiano de la sociedad –y de su capacitación

para ejercer ese poder creciente– no estará garantizado jamás el triunfo del socialismo. *A pesar de enormes logros en materia de participación popular, también se han acumulado descalabros y desventuras entre los poderes socialistas y el necesario avance de su tipo de democracia.* Esas realidades, y el silencio de la teoría y la ideología ante los problemas de la dominación en el socialismo, lo privaron de una fuerza de masas y un planeamiento que le están vedados al capitalismo por su propia naturaleza. Se silenciaron o fueron muy mal tratados una gama de problemas, que van desde la extrema confusión entre los fines y los medios, la burocratización, la despersonalización y la intolerancia, hasta el ateísmo.

Confundir al socialismo con el desarrollo ha sido un gravísimo desacierto histórico, y ha estado en la base de confundir al socialismo con el desarrollo económico. Para este socialismo, la economía se convierte en el territorio ideológico por excelencia. De ahí que Jruschov llegara a convocar a la población de un Estado inmenso a “alcanzar y superar” a otro país, o afirmara que se estaba “construyendo el comunismo”; de ahí que en numerosos países se hicieran afanosas mediciones de la “construcción de las bases materiales”, para llegar a declarar “construido” el socialismo. Para la

mayoría de las naciones que emprendieron vías socialistas, tales escenarios aludían, sin embargo –y esto lo agrava todo–, a dos problemas reales y muy agudos: la revolución de los desposeídos y miserables del mundo tiene el deber de abolir la miseria en su país y encontrar los modos de que las mayorías actúen en busca de satisfacer sus necesidades y deseos; los países cuyas economías están en situación totalmente desventajosa en cuanto a capacidades como tales y en sus relaciones internacionales –esto es, los “subdesarrollados”– deben dedicar sus mayores esfuerzos a salir de esa situación. “Civilizar” y “desarrollar” son por tanto dos ideas contra las cuales yo tengo críticas muy duras, si se trata de liberación y socialismo, pero aluden a dos tareas cíclopeas reales para nosotros, la mayoría del mundo.

Avanzar en el siglo XXI exige análisis, debates, conocimientos y divulgaciones sobre los socialismos que han existido en el siglo XX, y que fije la naturaleza y el lugar histórico del que encabezó la URSS y compartió la mayor parte del llamado movimiento comunista mundial, cuya influencia ideal afectó también en buena medida a muchos de sus opositores políticos de izquierda. Resulta indispensable –aunque ya no será lo central– comprender sus procesos degenerativos y su desastre final, y convertirlos

en parte de la experiencia nuestra y argumentos sólidos para nuestra creación de nuevos proyectos. A base de aquel tipo de socialismo, sus creencias y su manera de contar es que se llegó a la conclusión de que el socialismo fue derrotado por las fuerzas productivas del capitalismo. En realidad, el socialismo que se reclamaba de las fuerzas productivas fue derrotado no solo por las fuerzas productivas, sino por la capacidad dominadora y reproductiva de sí misma que caracteriza a la cultura hegemónica del capitalismo mundial.

Quisiera al menos rescatar la existencia de minorías que a lo largo de toda la historia del movimiento y del marxismo han visto, y hoy vemos, de otro modo el socialismo: *la transición socialista, como una época prolongada consistente en cambios profundos y sucesivos de las relaciones e instituciones sociales, por los seres humanos que se van cambiando a sí mismos mientras se van haciendo dueños de las relaciones sociales*. En la búsqueda de las causas de las insuficiencias del socialismo hay que partir de analizar sus prácticas. Las transiciones socialistas se han inspirado en las ansias y las ideas de una justicia social verdadera, y la plena liberación nacional ha inspirado a la mayoría y tenido significado para todas. Para hacer realidad esos procesos de transición han

confluido, como sucede en todas las revoluciones, un movimiento de tipo libertario y un poder político. En el curso de las revoluciones, el primero suele ser ahogado de una u otra forma por el segundo, que se queda con los trofeos simbólicos de aquel, si le es posible, y ejerce el poder. Aunque su cualidad revolucionaria es radicalmente diferente, los poderes socialistas no han logrado conservar su contenido radicalmente diferente a todas las anteriores. Hay que comprender en qué y cómo el socialismo que ha existido se ha parecido al capitalismo.

La cuestión del poder se fue volviendo central en las transiciones socialistas. Los problemas del poder nos recuerdan las razones aducidas por Marx al reclamar una revolución proletaria mundial. El sueño anarquista de lograr toda la libertad, y pronto, no está nada mal, por muchas más razones que las del sentido común. Pero frente a la realidad mundial de un capitalismo que expresa su poder y su atracción de mil maneras, lo viable han sido las revoluciones que establecieron poderes revolucionarios en países aislados. Ese poder es imprescindible, para defenderse, sobrevivir, organizar y capacitar las fuerzas, instrumentar y realizar cambios, avanzar en muchos terrenos y participar en la lucha internacionalista. Negarlo es absurdo, en el mejor de los casos,

porque equivale a negar a las revoluciones reales contra la dominación capitalista, y si eso no fuera un crimen sería una estupidez. Pero lo perverso ha sido la absolutización del poder frente al proyecto de liberación, tendencia que ha resultado gravísima en muchos casos, y en otros mortal para el socialismo, porque la consecuencia usual de ella es la formación de un grupo que pretende que su poder sea permanente, y después pretende que su poder de grupo sea legítimo.

El hecho dramático es que, aun así, las experiencias socialistas han sido superiores a todo el capitalismo del siglo XX. Lo han sido por sus propios logros, por su capacidad de desnudar los crímenes terribles o cotidianos del capitalismo contra las personas y los países, y su ineptitud como sistema para darle a las mayorías bienestar y una opción para la felicidad, y sobre todo por un aporte fundamental: mostrarle a todos que es posible que la vida de la gente sea más humana. Es cierto que la promesa socialista no fue cumplida, pero el capitalismo de fin de siglo ni siquiera hace promesas. La naturaleza de su sistema concuerda con la exacerbación del lucro y el egoísmo más despiadados, y hace inevitable el aumento de las desigualdades, de la explotación, el desempleo, las marginaciones y la

exclusión de multitudes, del grave riesgo en que ya se encuentra el propio planeta en que vivimos.

Combinar civilización y liberación con franco predominio de esta última, no permanecer en una etapa “intermedia” e indefinida de “construcción del socialismo”, son lecciones de las experiencias socialistas del siglo. Y en la situación actual, tan difícil para las rebeldías prácticas contra el sistema, es de suma importancia compartir, recobrar y orientar los sentimientos y las ideas de las mayorías, y desarrollar los fundamentos teóricos y una estrategia intelectual anticapitalista. *Recrear y crear el concepto de socialismo es un elemento fundamental para nosotros, de cara al siglo XXI. No lo podemos crear solamente a partir de nuestros sueños, pero no podremos crearlo sin nuestros sueños. Topamos de inmediato con el uso actual de la palabra utopía. Opino que solo aceptando la legitimidad de una dimensión utópica podrá elaborarse el campo intelectual que se necesita. Con utopía quiero nombrar a un más allá posible, mediante la creencia en que es alcanzable y mediante la praxis revolucionaria. Ir más allá del mezquino rasero del determinismo económico y los ejercicios de costo-beneficio que reinan hoy, más allá de la moral sin trascendencia. La utopía rescata*

la movilidad de lo posible, la propensión humana a levantarse sobre sus condiciones de existencia y trascenderlas, y su capacidad de prefigurar un mundo mejor. La creencia en que ese mundo es alcanzable ha movido a todas las grandes empresas mediante las cuales las personas han cambiado la historia. Y la praxis revolucionaria es la actuación, el hecho decisivo que permite iniciar los cambios individuales y sociales imprescindibles para avanzar hacia la liberación de todas las dominaciones, y trabajar por ellos. La utopía de la liberación humana operaría como la guía más general.

A fines del siglo el capitalismo parece vencedor, pero su triunfo le ha costado demasiado caro. A diferencia de sus reformulaciones anteriores –incluso después de crisis muy profundas– ahora ofrece a todos un mundo sin valores, sin ideales, sin grandes relatos, sin comunidad, sin futuros que conquistar ni esperanzas, falto de motivaciones, de atractivos y de reservas morales para el mantenimiento del orden en caso de crisis del sistema. Esas carencias pueden ser muy peligrosas. El fascismo es una opción, pero muy riesgosa y difícil: también gastó el sistema ese recurso en este siglo, en un baño de sangre de una crueldad y unas dimensiones inolvidables. Ante las dificultades en renovar la hegemonía capitalista,

puede reaparecer la petición de ayuda a la izquierda para lograrlo, como ha sido costumbre. *Se necesita un nuevo reformismo*, dicen ciertos anuncios pagados en este tiempo de desempleo estructural. Quizás una nueva campaña de centroizquierda contra el neoliberalismo, en la que la izquierda parezca centro y el centro parezca izquierda, ayude a transitar de la gobernabilidad a la hegemonía. Esto es, de los peligros y molestias de la represión y de las escisiones, a la alternancia consentida entre las políticas del sistema.

El esfuerzo principal del capitalismo actual está puesto en *la guerra cultural por el dominio de la vida cotidiana*. Esto es, usted puede decir lo que le parezca y le pueden gustar o no el anarquismo, las telenovelas, la ecología, Lezama Lima o Paulo Coelho, los precios al consumidor, el sexo seguro, la posmodernidad o los comunistas, pero atégase a que la única cultura posible de la vida cotidiana es la del capitalismo. Los centros del sistema tienen dos cartas formidables a su favor: un poder inmenso en muchos terrenos, y que la naturaleza de la cultura del capitalismo es universalizante. Pero una contradicción monstruosa y preñada de peligros se levanta desde su misma naturaleza actual: la gestión económica y la obtención de ganancias del capital se han centralizado y

se han vuelto parasitarias a grados inauditos. Gran parte de las instituciones, relaciones sociales e ideologías que acompañaron y facilitaron el triunfo y la expansión universal del capitalismo, ahora le estorban. La economía capitalista solo necesita y abarca a una parte de la población mundial; al resto, enorme, no lo necesita. Mucho más de mil millones de personas sobrantes reciben calificativos como los de marginados, “nuevos pobres”, habitantes del “Cuarto Mundo”, inmigrantes indeseables, “informales”, indigentes, “desfavorecidos”, etcétera; acerca de ellos ensayan sus lenguajes hipócritas, “teorías” racistas y lugares comunes el saber científico, los políticos, los ideólogos y el sentido común.¹

La reproducción cultural universal de su dominio le es básica entonces al capitalismo, para suplir los grados crecientes –y contradictorios– en que se desentiende de la reproducción

1 Una masa aplastante de datos ofrecida por informes se trivializa en divulgaciones ingenuas, asépticas o astutas. Un arco amplísimo de palabras alude a los excluidos: pobreza y “lucha contra la pobreza”, “eficiencia”, “flexibilización”, “pagar la deuda social”, “fracasados”, quedarse definitivamente afuera”, nueva filantropía. Algunos sostienen en libros que los negros *son* menos inteligentes que los blancos; otros comentan que los desempleados pudieran ser vagos y drogadictos.

de la vida de multitudes a escala mundial, y se apodera de los recursos naturales y los valores creados, a esa misma escala. Para ganar su guerra cultural, al capitalismo le es preciso eliminar la rebeldía y prevenir las rebeliones; homogeneizar los sentimientos y las ideas, igualar los sueños; le es necesario obtener el consenso de la mayoría, incluso de los menesterosos. El consumo amplio y sofisticado, que está presente en todas las áreas urbanas del mundo, pero al alcance solamente de minorías, es complementado por un complejo espiritual “democratizado”, que es consumido por amplísimos sectores de población. Se tiende así a unificar en su identidad a un número significativo de personas, muy superior al de las que se benefician materialmente, que respondan mejor a la hegemonía capitalista. ¿Serán ellos la base social del bloque de la contrarrevolución preventiva actual? Ese objetivo le será alcanzable, si consiguen que la línea divisoria principal en las sociedades se tienda entre incorporados y excluidos. Los primeros –reales y potenciales, dueños y servidores, vividores e ilusos– se alejarían de los segundos y los despreciarían, y harían causa común contra ellos cada vez que fuera necesario.

En los países desarrollados es más fácil disimular que los beneficiarios del sistema en

realidad constituyen una minoría, cuya proporción respecto a la población total es más pequeña que hace 30 años. Pero en el Tercer Mundo la mayoría de los “incorporados” al modo de vida mercantil capitalista son más virtuales que reales; en realidad, están más adecuados a la hegemonía del capitalismo central que a la hegemonía que generarían de manera autóctona el capitalismo y la clase dominante en sus países. Eso implica una grave debilidad potencial de la capacidad de conducción de las clases dominantes locales en sus propios países. Sin embargo, al no existir hoy un nivel apreciable de lucha contra el sistema, las mayorías sobreviven o reproducen sus vidas mediante estrategias y redes que forman una suerte de “mercado de los pobres”, en el cual bienes, servicios y personas son mercancías que se ofrecen y se realizan de acuerdo a las reglas generales del juego del sistema, aunque ese mercado incluya actos no legales y delitos. En esa situación controlada, la incorporación de amplias fracciones a los consumos materiales o espirituales del capitalismo, el efecto de demostración que logran, y la *imitatividad* –esa forma renovadora de la igualdad en el capitalismo –, configuran un conjunto muy fuerte en favor del orden burgués. La lucha cultural del capitalismo se propone asegurar el restablecimiento ideal de

la comunidad en un mundo ferozmente dividido y fragmentado, que incluya lo más posible a los seres individualizados, aislados, opuestos, inseguros de sobrevivir, ateridos, pero articulados en diversidades controladas y en instancias de homogeneización que los vuelven aparentemente semejantes. El sentido de esa lucha es lograr el sometimiento voluntario de las mayorías a la manipulación política, económica y espiritual. Si las mayorías del mundo, oprimidas, explotadas o supeditadas a su dominación, no elaboran su alternativa diferente y opuesta a él, llegaremos a un consenso suicida, porque el capitalismo no dispone de lugar futuro para nosotros.

Saquémosle provecho sin temor a nuestras desgracias: no nos salvará el refugio funesto en lo que es indefendible del pasado, ni creernos fuertes en el ejercicio de las formas de mandar y obedecer que nos son conocidas, ni la roña dogmática de los clérigos sobrevivientes. *El proyecto de socialismo para el siglo XXI tendrá que ser mucho más radical y ambicioso que los que han existido.* Un socialismo de las personas y para las personas, de los grupos sociales y para ellos. Pero, ¿cómo será factible ese socialismo? Sin organización no llegaremos jamás a parte alguna. Entonces se trata de no crear monstruos y llamarle organizaciones,

y reverenciarlas como ídolos. Crear instrumentos para que caminen, piensen y sientan el hombre y la mujer que quieren ser libres.

La libertad y el socialismo tienen que ser muy amigos, y si es posible deben tener amores. Luchar por hacer realidad el proyecto socialista, y no por menos, es a mi juicio imprescindible. Para eso siempre será necesario osar construir un poder de transición socialista, y defenderlo. Tendrán que marchar unidos el poder y el proyecto. No se trata de que uno niegue al otro, pero el primero tiene que estar al servicio del segundo.

Sin política socialista no habrá futuro socialista. Pero ella no consiste en que las organizaciones y el poder socialistas logren evitar las debilidades y los peligros que supuestamente le aportan el ejercicio del albedrío y los sentimientos de las personas, y el diverso

entramado y las inclinaciones de los grupos sociales. Se trata de que las organizaciones socialistas y el poder de los socialistas consideren al albedrío, a los sentimientos, a la diversidad, a las inclinaciones de sus personas, de su gente, como lo que en potencia son: la fuerza suya, el vehículo suyo para la liberación.

Y la necesidad suprema suya, *porque sin esa comprensión no habrá proyecto factible, no habrá organización imbatible, no habrá socialismo.* Y aun así, habrá que ser creadores, y esta vez no serán dos o tres iluminados creadores, ni siquiera una pequeña falange heroica de creadores, sino miles o millones de creadores, porque solo así habrá y se mantendrá, esto es, se reformará y se cambiará a sí mismo una y otra vez el socialismo, y se dará un contenido que apenas podemos entrever o soñar hoy.

EL COLONIALISMO EN EL MUNDO ACTUAL*

La mayor parte de este número está dedicada a un tema de enorme importancia actual: el colonialismo. La nota inicial, “Al lector”, que es de una calidad singular, expone lo esencial en cuanto a las colonias que existen en el mundo actual, su distribución geográfica y las funciones que desempeñan para los poderes coloniales. Destaca los casos de Palestina, Puerto Rico, Sahara Occidental y Malvinas, por la atención internacional que reciben. Y explica muy bien y de manera sintética el contenido del número.

He tenido la satisfacción de revisar con cuidado los artículos, lo que me permitió constatar los valores de cada uno y del conjunto que forman, un número 176 que está a la altura de la

tradicción de esta revista, combatiente y hermosa, hija consecuente e intransigente de aquellos trabajos y aquellos ideales que reunieron en La Habana hace casi cuarenta y siete años a representantes de los luchadores de nuestro mundo, el que los enemigos de la Humanidad habían oprimido, expoliado y aplastado siempre, y al que en aquellos años los medios de comunicación le habían dado el tercer lugar en una clasificación de tres.

Estimo que hay dos procedimientos igualmente válidos en estas presentaciones: describir y comentar cada uno de los textos de la publicación; o hacer comentarios referidos al asunto principal que ha sido abordado y expuesto a lo largo del número. Inspirado por esos textos, escojo la segunda fórmula para estas palabras, por lo que acabo de decir y porque los presentes tendrán a su alcance de inmediato la revista. Añado solamente una cálida felicitación a los aspectos formales del número, que le aportan gran belleza y capacidad comunicativa.

* Palabras pronunciadas en la sede de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAAL) en la presentación de la edición de la revista *Tricontinental* N° 176, dedicada al tema del colonialismo. La Habana, Cuba, 20 diciembre de 2012.

El colonialismo ha sido la forma fundamental y decisiva de la universalización de las relaciones mercantiles, de la individualización de las personas y la oposición de todos contra todos –forzada por el poder del dinero y por las violencias del poder–, de la homogeneización de los patrones de consumo y la generalización de determinadas relaciones sociales fundamentales y sus valores correspondientes, a escala planetaria. En dos palabras, ha sido la forma principal de universalización del capitalismo. En el caso del continente americano, es en estos años que se está cumpliendo realmente el llamado Quinto Centenario, que en su momento fue tan publicitado y manipulado como rechazado, y no en aquellas fechas de 1492 en que un explorador llegó a unas islas del Caribe. Aquel fue el inicio de un colosal genocidio, de un gigantesco ecocidio, de la destrucción de culturas maravillosas, condicionante de la elaboración material e ideal de una civilización egoísta, explotadora, criminal, excluyente, racista y depredadora, que le impuso al planeta entero su título pretencioso de modernidad.

José Martí, el primer gran pensador anticolonial que comprendió el imperialismo, escribió en 1884: “¡Robaron los conquistadores una página al universo!”. Pero no olvidemos nunca que desde el inicio se trataba de un negocio,

el más despiadado y abarcador, el más opuesto al bienestar, la dignidad y el despliegue de la condición humana y la convivencia social que se ha inventado: el capitalismo. El jefe de los conquistadores de las sociedades existentes en el actual México, que eran superiores a ellos en muchos aspectos, le había escrito en 1524 a su emperador pidiéndole que ordenara la detención del saqueo indiscriminado y que se comenzara la colonización del país.

Los años que siguieron al final de la Segunda Guerra Mundial fueron los de la independencia para la gran mayoría de las colonias que existían en África y Asia. Varios factores principales concurren en aquellos eventos históricos. Un nuevo orden capitalista de posguerra, en el cual predominó abiertamente Estados Unidos, que tenía dentro de su estrategia mundial la disolución del dominio colonial europeo y que actuó en consecuencia. Una Europa colonialista, que aunque ya carecía de poder suficiente para alternar con Estados Unidos, pudo lanzarse a una rápida reconstrucción y ampliación económica; establecer relaciones de tipo neocolonial con sus antiguas posesiones podía serle muy provechoso en esa hora de reubicarse. Pero hay que recordar que no por eso propiciaron las independencias. Siglo y medio después de la Revolución francesa no querían aceptar la

autodeterminación de los pueblos. Los mismos colonialistas que aprobaron en 1952 un plan para conceder autogestiones o independencias después de 1972 ejecutaron matanzas terribles y represiones por doquier, y pusieron obstáculos de todo tipo a los procesos de independencia de las colonias.

Pero no pudieron evitar aquellos procesos. Lo que sucedió fue que los pueblos protagonizaron el ocaso efectivo del colonialismo. Por todas partes se movilizaron, se organizaron, presionaron, negociaron o exigieron la independencia, en muchos países como culminación de procesos políticos y sociales nacionalistas previos. En numerosos lugares se combatió con las armas en la mano a los colonialistas. El triunfo de la Revolución china en 1949 y las revoluciones victoriosas de Vietnam y Argelia fueron jalones muy importantes de un avance extraordinario de la cultura mundial: la conversión de la independencia en liberación nacional. Activistas y pueblos muy diferentes y que estaban en situaciones muy disímiles se aproximaron, motivados por la afinidad de sus problemas, la identidad de sus enemigos y la necesidad de aumentar sus fuerzas y auxiliarse. La Conferencia de Solidaridad Afroasiática de Bandung en 1955, la fundación del Movimiento de los Países No Alineados en

1961 y la Conferencia Tricontinental de 1966 fueron hitos de un movimiento internacional cuyo logro principal estuvo en formarse y desarrollarse fuera y lejos de la égida de los imperialistas, en ser una forma más de las identidades que reclamaban su lugar en el mundo.

Las nuevas realidades autóctonas de África, Asia y América Latina y el Caribe tenían que enfrentarse al mismo tiempo con el imperialismo y con la búsqueda de la justicia social, con el “subdesarrollo” –mal nombre dado al lugar en que fueron puestos dentro del sistema mundial capitalista–, con la mentalidad colonizada –la herencia maldita del colonialismo–, con la necesidad de modernizaciones y la de hacer la crítica del signo burgués de la modernidad. A diferencia de la primera ola revolucionaria del siglo XX, que tuvo su centro en Europa, una segunda ola revolucionaria que recorría el planeta en los años sesenta y setenta tenía su centro en ese mundo tercero.

Aquellos eventos cambiaron el mapa del mundo y la composición y el manejo de las relaciones internacionales, e hicieron grandes aportes a la cultura de los pueblos, al convertir lo que hubiera sido un paso de avance o una coincidencia de intereses diferentes en unos procesos políticos, sociales, económicos y de pensamiento que tuvieron un alcance

extraordinario. Pero en las últimas décadas hemos padecido una transformación hipercentralizadora y parasitaria del imperialismo, reforzado por un período de grave disminución de las luchas de clases y de liberación. El capitalismo actual está librando una formidable guerra cultural a escala universal, mediante la cual pretende compensar la desaparición de su gran promesa abstracta de progreso, desarrollo y buen gobierno; ocultar la pérdida de los rasgos de competencia, iniciativa y libertades económicas, y un campo y seguridad para sectores medios, que poseía su régimen; forzar a aceptar el despojo que se ha hecho en tantos países de la mayoría de las conquistas sociales y políticas logradas durante el pasado siglo; y prevenir o desmontar todas las resistencias y protestas.

Esta guerra cultural se propone que todos en todas partes acepten el orden que impone el capitalismo como la única manera en que es posible vivir la vida cotidiana, la vida ciudadana y las relaciones internacionales. Uno de sus objetivos cardinales es que olvidemos la gran herencia que nos brinda precisamente la acumulación cultural constituida por la historia horrorosa del colonialismo y la historia de las resistencias y las rebeldías de los pueblos. Reprimidos o tolerados, aplaudidos o condenados por ser

diferentes, pero siempre explotados, discriminados y avasallados, pretenden que renunciemos al pasado y el futuro y asumamos una homogeneización de conductas, ideas, gustos y sentimientos dictada por ellos.

La guerra del lenguaje forma parte de esa contienda. Como bien apunta Wilma Reverón, llamar a los colonialistas actuales “potencias administradoras”, y a las colonias “territorios no autónomos” o “en fideicomiso” es un escamoteo de la realidad. Existe toda una lengua para lograr que las mayorías piensen como conviene a los dominadores o, en muchos casos, que no piensen. El principio de soberanía nacional ha sido sumamente debilitado en el mundo actual, pero esto es ocultado mediante expresiones como “lucha contra el terrorismo”, “intervención humanitaria”, “tratados de libre comercio”, “defensa de los derechos humanos”, “países fracasados” y otras. En el siglo XXI, los imperialistas vuelven a ocupar militarmente países, pero a los ocupantes se los llama de cualquier manera menos invasores. Tratan de convertir en naturales las relaciones de vasallaje, el intervencionismo, el pago de tributos, el saqueo de los recursos. Lo que pretenden, en general, es desinformar, confundir, manipular, crear una opinión pública obediente –y, si es posible, entusiasta en su obediencia–,

y convertir a las personas en público. Danny Glover denuncia ese trabajo imperialista en un párrafo muy esclarecedor de su entrevista acerca de los Cinco.

La generalización del neocolonialismo como forma de dominación imperialista en su expansión mundial a mediados del siglo XX fue un indicador de madurez del capitalismo como formación social: el funcionamiento mismo de su modo de producción se convertía en su principal mecanismo de explotación y de obtención de ganancias procedentes de los países subalternos, aunque ventajas extraeconómicas y medios políticos, militares e ideológicos siguieran desempeñando papeles importantes en la relación neocolonial. Al mismo tiempo, esa relación marcaba los límites de aquella dominación. El país neocolonizado debía ser independiente y poseer soberanía nacional, aunque en la práctica lo fuera con limitaciones; disponer de grados relativamente notables de desarrollo de su formación social nacional; tener instituciones, intereses, representaciones y proyectos, capaces de ser integrados en la hegemonía de su clase dominante-dominada nativa, que los proclamaba como los nacionales, o de ser lugar de reclamaciones, conflictos y elaboraciones de sectores más o menos opuestos a ellas que también se reclamaban como nacionales.

Ese neocolonialismo formaba parte entonces de una época de muy agudas pugnas entre conservatismos y reformismos, entre revoluciones de liberación nacional y socialistas y contrarrevoluciones, entre modificaciones de muchos tipos de las estructuras y funciones del capitalismo a escala mundial, que negociaban o chocaban con estrategias, esfuerzos y proyectos de desarrollo nacional más o menos autónomo de numerosos países del llamado Tercer Mundo. El desarrollo, las políticas sociales a favor de mayorías, el socialismo, el nacionalismo de clases dominantes, la democratización de las formas de gobierno y otras dinámicas estaban a la orden del día, y el movimiento y la discusión de ideas acerca de todos estos temas era muy fuerte y constante.

En 1981, la revista *Tricontinental* reprodujo en sus números 74 y 75 mi ensayo “Neocolonialismo e imperialismo. Las relaciones neocolonialistas de Europa en África”. Ayer lo revisé, sobre todo el acápite en que trataba la relación en su aspecto conceptual, y se me hizo claro que aquella situación ha cambiado mucho, y que ha sido sobre todo en perjuicio de los pueblos y países de la mayor parte del planeta. El neocolonialismo se ha deteriorado en cuanto a sus aspectos menos negativos, y lo mismo ha sucedido con la forma de gobierno

democrática que se generalizó en la esa época. Estas dos instituciones notables de la segunda mitad del siglo pasado se han ido vaciando de su contenido, y en el nuevo siglo el retroceso se ha hecho evidente.

Siguen existiendo colonias remanentes de la época en que esa era la relación principal de dominación, y debemos seguir combatiendo hasta lograr que dejen de serlo, pero cada vez están menos solas. En la práctica, la recolonización selectiva es una de las características actuales del imperialismo, que escoge las regiones y países que considera apropiados para saquear sus recursos naturales, esquilmar su fuerza de trabajo, cobrar tributos, obtener ganancias directas y establecer posiciones militares. Las demás áreas del que fue Tercer Mundo son abandonadas a una suerte de miseria y exclusión. Los imperialistas operan con impunidad, por eso ocupan militarmente países, alardean de sus asesinatos mediante *drones*, sus esbirros toman presos a ciudadanos de otras naciones y sus jueces ordenan a otros países que paguen lo que ellos dispongan a partir de litigios privados.

Aparte de otros defectos, tengo que revisar aquel ensayo para que los conceptos de colonialismo y neocolonialismo que exponen puedan seguir siendo útiles, y los análisis acerca de

su alcance y sus procedimientos se enriquezcan o cambien sus resultados a partir de los nuevos datos. Considero necesario que todos los que analizamos estas cuestiones cruciales del mundo actual trabajemos con los eventos y los procesos que están en curso y las tendencias que puedan deducirse de ellos, pero sin limitarnos a ellos, en busca de un pensamiento crítico que llegue a aportarnos conceptos e interpretaciones de las características fundamentales del sistema que oprime a los pueblos y amenaza al planeta, de las claves de su funcionamiento y los rasgos y las reglas de sus modos de operar. Y que nos aporte, a la vez, conocimientos ciertos y crecientes acerca de los pueblos dominados y de nuestro propio campo; de los modos como se reformulan el consenso, la indiferencia o la resignación de los abajo, y no solo sus protestas y resistencias; de las raíces de nuestras insuficiencias, divisiones y debilidades.

En los años recientes se han levantando en diferentes lugares del mundo acciones y banderas de rebeldía, sentimientos profundos de inconformidad y esperanzas de que pueda pretenderse un mundo y una vida nuevos. La región de América Latina y el Caribe está en la vanguardia entre estos movimientos. Al enfrentar las tareas ciclópeas que esto demanda y los desafíos casi insondables que pone ante

nosotros, se hace clara la necesidad de ideas, elaboraciones intelectuales, divulgaciones, debates, capacidad de influir, hacer conciencia, sumar, aprender de los demás, conducir. La nueva vida y el mundo nuevo solo nacerán y serán fuertes a partir actividades intencionales, organizadas y conscientes. A nuestro favor tenemos una acumulación cultural excepcional, herencia yacente que hay que aprovechar y superar. Los trabajos como este que presentamos hoy son modestos pasos en el largo camino, pero son los que nos llevarán a vencer al colonialismo actual y a sus padres.

Ojalá que este número de *Tricontinental* trascienda la lectura por especialistas, pueda llegar a profesores y comunicadores y los induzca a ofrecerle a nuestra población informaciones y criterios que tanta falta nos hacen, para que los problemas, las tareas y la cultura de nuestro mundo, el mundo tricontinental, ocupen un espacio mayor y más calificado en nuestro

país. La OSPAAAL y su revista *Tricontinental* tienen una historia que nos invita a recuperar un legado de luchas y de ideas, pero nos ofrecen sobre todo una lección para el futuro, para el camino indispensable que debemos recorrer. Es obvia la necesidad de unirnos y avanzar juntos, en este momento histórico en que está en marcha la recolonización selectiva del mundo y el imperialismo norteamericano intenta convertirse en el imperio mundial, pero, al mismo tiempo, los seres humanos y los pueblos vuelven a actuar y a representarse la liberación de todas las dominaciones y la creación de nuevas relaciones entre las personas y con la naturaleza, y nuevas instituciones que estén realmente al servicio de todos y permitan el despliegue de todos. Termino con mis palabras en otra publicación cubana, con motivo del 45° aniversario de aquel Congreso celebrado en La Habana: este tiene que ser, entre otras cosas, otra vez el tiempo de la *Tricontinental*.

REVOLUCIÓN CUBANA CONTRA LOS COLONIALISMOS Y LA NECESIDAD DE FANON*

A partir de 1959, la Revolución cubana anunció desde el Caribe el inicio de un nuevo período histórico, que tenía que resultarle anormal e inaceptable a las lógicas propias de los sistemas sociales para los cuales el conflicto antagónico y la acción de los oprimidos no constituyen escenarios ni opciones posibles. Los capitalistas no habían ido más allá de los replanteos de la posguerra: predominio mundial de Estados Unidos; reformas sociales internas y democratización política en los países “centrales”; rechazo inicial a la independencia de la mayoría de las colonias, que fue derrotado por la actuación de pueblos organizados y por el reconocimiento de que esas independencias eran inevitables; y el logro o los intentos de pasar, en todas partes del llamado Tercer Mundo, al tipo de dominación neocolonial propio de la

madurez del capitalismo y de las exigencias del anticolonialismo.

Lo inaceptable para el sistema de dominación eran las revoluciones de liberación nacional, que implicaban verdadera autodeterminación de los pueblos, triunfo de la justicia social para las mayorías, soberanía nacional y proyectos propios. Para los imperialistas, el llamado “mundo libre” debía ser intangible. Por su parte, la Unión Soviética y el campo de países y de organizaciones políticas que ella lideraba tampoco creían posible cambios revolucionarios profundos fuera del nuevo esquema mundial creado entre las mayores potencias en 1945. Una revolución socialista en América Latina era impensable.

Sin embargo, el mundo mostraba cada vez más señales de la emergencia de nuevas identidades, resistencias, luchas, ideas y proyectos provenientes de aquellas personas y pueblos que durante toda la maravillosa y horrorosa época que han llamado moderna –es decir, la época del desarrollo y la mundialización del

* Palabras en la inauguración del Seminario *El Caribe que nos une*, en el 31° Festival del Caribe, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, 4 de julio de 2012.

capitalismo— habían sido excluidos de gozar totalmente de la condición humana, ser realmente libres, tener oportunidades de satisfacer sus necesidades básicas o lograr ascenso social, y ser considerados iguales en toda la gama de situaciones que va desde los planos más íntimos hasta las relaciones internacionales. Sobrevino un tiempo de revoluciones en Asia y en África, y la emergencia de países y movimientos de esas regiones que se coordinaban para conquistar o defender su autonomía frente al imperialismo e intentar desarrollar su economía. Los que habían aceptado ser subalternos y considerados inferiores ahora se reconocían, orgullosos de sí mismos, y se levantaban contra el racismo, las desigualdades y el orden social que había promovido y sostenido aquellas iniquidades.

Entre 1959 y los años sesenta Cuba vivió grandes transformaciones revolucionarias, invenciones, batallas, desafíos, desgarramientos, disyuntivas y urgencias, todo en un plazo muy breve, con la condensación del tiempo que produce una gran revolución. Al mismo tiempo, tanto el objetivo, la capacidad de motivar, movilizar y obtener devociones y sacrificios, como el proyecto trascendente, necesitaban ser intencionados, originales y creativos, para lograr liberar el país, las personas, las relaciones sociales, las instituciones, defender la revolución

de sus enemigos, satisfacer las necesidades y las expectativas crecientes de la población y desarrollar una nueva organización social.

Pero se expandía la conciencia de que todo aquel movimiento sería la premisa para procesos de liberaciones cada vez más profundas y abarcadoras, capaces de subvertir hasta sus propias creaciones previas, en busca de nuevas personas, una nueva sociedad y una nueva cultura. Porque la Revolución había franqueado el acceso a un formidable avance de la conciencia: la certeza de que todas las sociedades modernas funcionan garantizando la reproducción general de las condiciones de existencia de la dominación de clase y la dominación nacional, y que han sido y son capaces de reabsorber procesos que una época fueron revolucionarios, aunque en su saldo queden cambios que resulten muy positivos.

Frente a aquellas necesidades tan gigantescas como tan poco definidas, el país confrontó graves problemas: la Revolución entera, con sus realidades y sus sueños, era muy superior a la reproducción esperable de la vida social a partir de las realidades con que el país contaba. Y en el terreno internacional, duro condicionador de la empresa de llevar a término el socialismo de liberación nacional, la inadecuación era muy grave también. Solo tendré en cuenta

la situación que se creó en lo que atañe a sus relaciones con el mundo espiritual, las ideologías y el pensamiento.

Cuba poseía una enorme acumulación cultural revolucionaria previa, que concurrió en muy alto grado al triunfo de 1959. Pero dentro de ella, las ideas no estaban a la vanguardia. El pensamiento, la propuesta y el proyecto revolucionarios de José Martí, tan atinados para enfrentar la situación de fines del siglo XIX, tuvieron la grandeza de trascender mucho a su circunstancia cubana, latinoamericana y caribeña. Pero la primera república burguesa neocolonial implicó un duro retroceso respecto a Martí, al mismo tiempo que fue introduciendo nuevas contradicciones y conflictos. La Revolución del 30 provocó una profunda ruptura ideológica. Socializó la convicción de que los cubanos eran capaces de autogobernarse, una dimensión política muy desarrollada, una institucionalidad sumamente avanzada y un complejo ideológico que incluía el antiimperialismo, la intervención estatal, la democracia como un valor superior y el socialismo. Pero el sistema capitalista neocolonial y sus nefastas consecuencias permanecieron incólumes. Durante la segunda república, la hegemonía tuvo que complejizarse una vez más para evitar una nueva revolución, la

inadecuación entre las dimensiones de la formación social se agudizó y las formulaciones ideales e intelectuales no parecían tener relevancia efectiva.

Tan poco explicable resultó la Cuba en revolución que en 1959-1960 se decía de ella que no tenía ideología. Después de las nacionalizaciones masivas y la batalla de Girón quedó expreso que Cuba era socialista, pero al mismo tiempo se desplegaron serias diferencias y algunos conflictos dentro del campo de la Revolución acerca de cuestiones fundamentales de comprensión del socialismo. Muy próximo a la muerte, en aquel año de Girón compuso Frantz Fanon (1965 [1961]) su libro *Los condenados de la tierra*.

Los años sesenta cubanos fueron un capítulo de enorme importancia en el crecimiento del pensamiento revolucionario producido por el Tercer Mundo. En un país sumamente occidental triunfó la primera revolución antineocolonial en el mundo, que asumió un socialismo de liberación nacional y proclamó ser, por boca de Fidel, “la revolución democrática de los humildes, por los humildes y para los humildes”. Pero había que poner al pensamiento a la altura de los hechos, de los problemas y de los proyectos, porque él debía ser un auxiliar imprescindible, un adelantado y un prefigurador.

Sucedió entonces una colosal batalla de las ideas, que después fue sometida en su mayor parte al olvido y que está regresando, en buen momento, para ayudarnos a comprender bien de dónde venimos, qué somos y adónde podemos ir. El democratismo de los años cuarenta y cincuenta, que contribuyó a formar ciudadanos más capaces y exigentes, no pudo encontrar su lugar en medio de la tormenta revolucionaria. El socialismo del campo soviético no podía servirle al propósito liberador; el hecho de ser la URSS el principal aliado que tuvimos y el entusiasmo con que nos abalanzamos sobre el marxismo más bien fueron factores de confusiones y perjuicios en los campos de la política y del pensamiento. La teoría de Marx, Engels y Lenin había sido reducida por aquel campo a una ideología autoritaria, destinada sobre todo a legitimar, obedecer y clasificar. Necesitábamos un marxismo creador y abierto, *debatidor*, que supiera asumir el anticolonialismo más radical, el internacionalismo en vez de la razón de Estado, un verdadero antiimperialismo y la transformación sin fronteras de la persona y la sociedad socialista, como premisas para un trabajo intelectual que fuera indeclinable en su autonomía y esencialmente crítico. Un marxismo que no se creyera el único pensamiento admisible, ni el juez de los demás.

“Pensar con cabeza propia”, entonces, no era una frase, sino una necesidad perentoria. Fidel y Ernesto Che Guevara fueron maestros en aquel arte, que es tan difícil, porque el colonialismo mental resulta el más reacio a reconocerse, quizás porque porta las enfermedades de la soberbia y de la creencia en la civilización y la razón como entes superiores e inapelables. La Revolución verdadera, sin embargo, todo lo puede, y en aquellos años sesenta se reunieron las grandes modernizaciones y el ansia de aprender con el cuestionamiento de las normas y las verdades establecidas, la entrega completa y la militancia abnegada con la actitud libertaria y la actuación rebelde, la polémica y el disenso dentro de la Revolución. Como sucede en estos casos, los más jóvenes primábamos sobre el terreno, pero unidos con personas de todas las edades y sacándoles provecho a sus conocimientos. En todo caso, estaba claro que el pensamiento determinante también tendría que ser nuevo.

Por otra parte, para pensar con cabeza propia hay que tener instrumentos, y por eso leer era una fiebre. Junto a las obras y las palabras de cubanos, una gran cantidad de textos y autores de otros países se consumían o se perseguían. Además de los autores clásicos del marxismo, en el terreno del pensamiento de

mayor alcance descollaron en aquellos años dos personalidades que nos ganaron enseguida: Antonio Gramsci y Frantz Fanon. En realidad no estaban tan lejos entre sí estos dos isleños –uno de Cerdeña y otro de Martinica– que tuvieron sus experiencias decisivas y escribieron sus obras principales a ambos lados del Mediterráneo, y que murieron demasiado temprano. Esto lo expreso ahora, tantos años después, pero en aquel momento, sin darme cuenta del parentesco, los asumí a ambos con gran naturalidad, como hermanos que eran en un tipo específico de pensamiento, y ayudas providenciales para satisfacer mi necesidad.

Fanon nos brindó unas tesis poderosas, atinentes a cuestiones esenciales para nosotros y salidas de nuestro mundo. El colonialismo, el imperialismo y el racismo de mediados del siglo XX, reales, no abstracciones acerca de ellos ni estructuras de pensamiento y cuerpos teóricos en los que nosotros –los del Tercer Mundo– éramos siempre corolarios subalternos, “casos particulares”, folklore, vecinos molestos o lugar de olvidos. Los hechos y los procedimientos que caracterizan a esos enemigos de la humanidad y del planeta, pero también los sujetos que ellos producen, asumidos sin ceguera ni paternalismo. Y todo el trabajo de Fanon enrumbo por una brújula: la acción

revolucionaria o la necesidad de ella, la ruptura violenta de los órdenes de dominación como la posibilidad de la institución de personas y sociedades nuevas, acción y ruptura a las que dedicaba su intelecto y su pasión. La argumentación de sus tesis poseía una riqueza extraordinaria y convincente, asistida por ciencias o por la profesión que él dominaba, y su prosa, tan hermosa, recorría la gama que va desde el opúsculo de verbo quemante hasta el análisis más ecuánime o el encanto del narrador.

Con Fanon estábamos siempre en los temas nuestros. En la unión y la simultaneidad imprescindible del socialismo y la liberación nacional, tan poco entendida o negada a lo largo del siglo, desde posiciones diversas. En la urgencia de conocer de verdad al ser humano que es producido por el capitalismo, el colonialismo y el racismo, un requisito para darles estrategia, tácticas, efectividad, masividad y permanencia a los cambios profundos de las personas y las relaciones sociales. En el análisis riguroso y concreto de los procesos que se viven en una revolución, los rasgos generales y las tendencias, los papeles que tiene la actuación y, al mismo tiempo, las influencias que reciben los que actúan y sus reacciones ante ellas. En la recuperación de temas que pueden parecer inconvenientes, o causa de distracción

y confusión, cuando en realidad son indispensables si lo que se pretende es pelear y construir para liberar a todos y liberarnos de todas las dominaciones.

El racismo, ese elemento que formó parte de la constitución de la cultura cubana y fue tan importante en el sistema de dominación en el siglo XIX, que tiene una historia inseparable de nuestras luchas de liberación, fue golpeado muy duramente por la Revolución que triunfó en 1959, en sus bases y en su capacidad de reproducción social. Pero muy pronto el antirracismo fue pasado a un plano tácito, y fiados sus objetivos al del cumplimiento de los fines más generales del proceso, que debía traer aparejado la superación del racismo. El pensamiento cubano de esos años no fue fuerte en este tema. Por eso la publicación en nuestro país de *Piel negra, máscaras blancas* (Fanon, 1968 [1956]), fue un suceso tan importante.

Era un momento crucial en el esfuerzo de máxima profundización del socialismo cubano, y el país seguía inmerso en su combate internacionalista, cuando apareció aquel libro como un rayo de luz, para ayudar a situar mejor ambos esfuerzos ante necesidades apremiantes. Comprender la diversidad real de componentes y de situaciones que existen en el seno de un pueblo políticamente unido, pero también

percibir las deformaciones y las inequidades que parecen naturales en la vida cotidiana –donde la consecuencia es convertida en causa–, males que de un modo u otro disminuyen o envenenan a todos y obstaculizan la posibilidad de crear personas nuevas. Conocer concretamente las funciones que cumple el racismo a favor de la opresión de clase en el capitalismo, pero sin negar la existencia de las razas como construcciones sociales determinadas y como identidades de opresión y autodisminución del oprimido, y entender las salidas diferenciadas que tienen los racializados, desde tratar de ser aceptados como si fueran blancos hasta luchar contra todas las dominaciones. Es decir, complejizar tanto la creación del socialismo como las batallas caribeñas, latinoamericanas y mundiales.

Aunque escrito dieciséis años antes, aquel libro tuvo un prestigio e influencia aún mayores, porque ya *Los condenados de la tierra* (*op. cit.*) se había establecido en el pensamiento radical cubano como uno de los pilares del pensamiento marxista que debíamos desarrollar para estar a la altura de la Revolución y su proyecto.

Al concluir *Piel negra, máscaras blancas* (*op. cit.*), Fanon se encomendaba al Marx (1959 [1852]) de *El 18 Brumario*. Ahora, el título mismo de su libro mayor anunciaba su

posición. Desde 1961, los cubanos habíamos puesto a *La Internacional* en un lugar muy importante entre los símbolos revolucionarios. Aunque poco tiempo después cayeron en el descrédito varias expresiones, axiomas o lugares comunes del pretendido socialismo mundial, *La Internacional* siguió expresando la determinación de los cubanos y su devoción a la causa socialista. Era la canción de los humildes, a los que la lucha por una revolución hecha por los humildes y para los humildes convirtió en proletarios. Y ahora venía Frantz Fanon a rescatar el verso inicial del comunero, y le daba una nueva identidad al mismo tiempo que restituía su propósito: los condenados de la tierra somos nosotros, y mediante la lucha revolucionaria vamos a abrirle desde el Tercer Mundo un nuevo cauce a la liberación de todas las personas y de todos los pueblos del mundo.

Apunto, en forma telegráfica, un poco de la riqueza de esta obra. La violencia revolucionaria como praxis y como noción teórica es central en su argumentación. Un triunfo descomunal del capitalismo actual ha sido convertir la demonización de la violencia en uno de los dogmas políticos más aceptados y sentidos por una masa enorme de oprimidos del mundo que están activos en cuestiones sociales y políticas. Se convierten así en agentes de su propio desarme,

que se ofrecen inermes e inculcan inacción en todo su entorno. Lo peor es que la apariencia de esa demonización es moral y de defensa de los valores del ser humano. Mientras, no existe freno alguno para la violencia masiva imperialista, que siega vidas por cientos de miles, ni para el asesinato selectivo que se exhibe con jactancia, ni para las incontables formas de violencia que se practican cotidianamente contra las mayorías del mundo. A los pobres les queda ejercitar y ser víctimas de la violencia común, un cáncer inmenso que opone a los de abajo contra sí mismos y los deshumaniza, a la vez que alimenta grandes negocios capitalistas.

El legado de Martí tuvo que esperar por las revoluciones de mediados del siglo XX. Mao, Ho Chi Minh, Fidel, el Che, Fanon son sus continuadores en una nueva época histórica que ya había desplegado el mundo que aquel cubano vio venir. Para Martí, la violencia revolucionaria también era indispensable como escuela de personas nuevas que se apropiaran totalmente de su condición humana, se capacitaran como combatientes y ciudadanos, y aprendieran a sustituir el egoísmo por la hermandad y la solidaridad. La guerra sería la escuela de los hombres y mujeres para ser del todo humanos, y la garantía de que fuera posible crear una república nueva.

La violencia de Marx es la partera de la historia, es la condición sin la cual la conciencia y la organización de clase no destruirían el capitalismo, es lo que permite al proletariado devenir poder revolucionario e iniciar el fin de todas las dominaciones. La violencia de Fanon, como la de Martí, es partera ante todo porque permite al colonizado convertirse en un nuevo ser humano: “la ‘cosa’ colonizada se convierte en hombre en el proceso mismo por el cual se libera”. Pero Fanon ya se vale de los nuevos adelantos de campos del conocimiento de los seres humanos, y se vale del marxismo, que domina y utiliza de un modo creativo. Eso le permite también inscribir los conflictos y las situaciones concretas en totalidades aptas para comprender el sentido de ellos y orientarse.

Sugiero leer con cuidado esta tesis de la violencia de Fanon –que también le ha costado ser echado a un lado durante un largo período–, discutirla y ponerla en relación con aquel triunfo cultural del imperialismo.

No puedo referirme ya a sus ideas sobre la necesidad de que los rebeldes creen su organización política, y las características que ella está obligada a tener para ser realmente revolucionaria, ni aludir a sus riquísimos y polémicos análisis sobre la cultura nacional y los fundamentos recíprocos entre ella y las luchas

de liberación. Tampoco comentaré el capítulo “Guerra colonial y trastornos mentales”, tan rico en datos y sugerencias, pero que después de la ordenada exposición de tesis tan importantes que ha hecho pudiera parecerle curioso y demasiado extenso al que todavía no se haya apoderado del todo del pensamiento de Frantz Fanon.

Pero sí puedo agradecer que frente a las tremendas necesidades de hoy tengamos otra vez a Fanon con nosotros. Y citar las palabras finales de su primer libro: “¡Oh, cuerpo mío, haz de mí, siempre, un hombre que interrogué!” Y terminar citando las palabras finales de su último libro: “hay que inventar, hay que descubrir [...] compañeros, hay que cambiar de piel, desarrollar un pensamiento nuevo, tratar de crear un hombre nuevo”.

BIBLIOGRAFÍA

- Fanon, F. 1958 “Descolonización e independencia” en *El Moudjahid* (Argel) N° 22: 49-56, 16 de abril.
- Fanon, F. 1965 [1961] *Los condenados de la tierra* (La Habana: Ed. Venceremos).
- Fanon, F. 1968 [1956] *Piel negra, máscaras blancas* (La Habana: Instituto del Libro).

Guevara, E. Ch. 1967 “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental” en *Tricontinental* (La Habana) Suplemento especial, 16 de abril.

Marx, C. 1959 [1852] “El 18 Brumario de Luis Bonaparte” en Marx, C. y Engels, F. *Obras escogidas* (Moscú: Editorial en Lenguas Extranjeras) T. I.

EL CARÁCTER Y LA VÍA DE LA REVOLUCIÓN*

I. POLÍTICA DE IZQUIERDA Y REFORMISMO

Entre los que se ocupaban de política y se consideraban de izquierda, la proposición del título, sintetizada de manera más breve, era una de las más cargadas de sentido hasta los años ochenta del siglo pasado. Para revolucionarios como Julio Antonio Mella, José Carlos Mariátegui, Antonio Guiteras, Fidel, el Che, Miguel Enríquez, el carácter y la vía eran lugares de las alternativas cruciales y las creaciones imprescindibles. Pero como hoy la mayoría no sabe lo que quiere decir, debo desplegarla en sus interrogantes: ¿puede ser o no de carácter socialista una revolución que se haga en países como Cuba, de América Latina y del llamado

Tercer Mundo en general? ¿Qué forma de lucha será la más acertada para que en esos marcos una revolución pueda triunfar?

Los que respondimos socialista a la primera pregunta e insurreccional a la segunda, o pusimos nuestra vida en la balanza, no albergábamos dudas: hay cuestiones que no las admiten. Quizás eso nos hizo confiar mucho en el valor de la praxis. Los que poseían sobre todo su decisión política y su determinación personal confiaban en tener razón, porque consideraban muy factible arrastrar mediante el ejemplo de la acción y del sacrificio a los que todavía no habían advertido que ese era el único camino para las mayorías oprimidas del mundo colonizado y neocolonizado. Los que poseían cierta formación más intelectual también confiaban, por tener la misma entrega que los primeros, pero además por saber que no había otro camino, porque la burguesía de cada país es ante todo explotadora de su propio pueblo y cómplice subordinada dentro del sistema imperialista, y porque las clases dominantes jamás entregan pacíficamente su poder.

* Publicado en: Alfonso Parodi, R. y Rojas López, F. L. (comps.) 2015 *Ahora es tu turno Miguel. Un homenaje cubano a Miguel Enríquez* (La Habana: ICIC Juan Marinello) pp. 87-95.

En realidad, la cuestión no había nacido en el mundo colonizado. Desde que en Europa la hegemonía burguesa sobre las sociedades comenzó a incluir a socialistas organizados y marxistas, se presentó una alternativa muy descarnada a estos: ser o dejar de ser revolucionarios. La mayoría escogió lo segundo. Pedir, exigir y negociar reformas a favor de sectores amplios y organizados de la población europea fue entonces su acción más radical, la sistematizaron y se volvieron socialistas reformistas. No es desdeñable lo que una parte de ellos obtuvieron, pero a costa de apoyar la permanencia del sistema, del bienestar y los derechos de los no incluidos, y de la explotación y el dominio colonialista más inicuo de la mayor parte del planeta. Al mismo tiempo, los reformistas desarrollaron organizaciones políticas y sociales, hicieron estudios a veces muy notables y divulgaron ideas socialistas y marxistas.

Fue abandonada la idea marxiana de la necesidad de la insurrección y de la violencia revolucionaria en general como condición sin la cual no será posible la liberación de las sociedades y las personas. No habría necesidad de choques revolucionarios, porque la propia evolución económica y civilizatoria del capitalismo, el progreso que está obligado a ir

implantando, terminarían volviéndose contra él. Esa sería la vía por la cual la humanidad llegaría al socialismo.

El triunfo de la Revolución bolchevique desprestigió a fondo el edificio reformista y abrió paso a una nueva época. Las palabras y los hechos de esa época eran: comunismo como objetivo y lucha a muerte contra el capitalismo, revolución socialista, dictadura proletaria, gobiernos soviéticos, una internacional de organizaciones comunistas. No puedo abordar aquí la historia de lo que sucedió, pero sí afirmar que a partir de los años veinte el bolchevismo y el comunismo que alentó influyeron fuertemente a escala planetaria en la radicalización de representaciones, ideas y movimientos de resistencia y de rebeldía contra las opresiones coloniales y neocoloniales.

Sin embargo, la Revolución fue liquidada desde dentro en la Unión Soviética y se estableció un Estado muy fuerte y muy aislado, que logró vencer en una epopeya grandiosa al fascismo alemán, pero no consiguió crear las bases de una nueva cultura. En su lugar, fue echando mano a rasgos del mundo que la revolución había querido abatir, entre ellos el reformismo político. Al mismo tiempo, implantó un régimen dictatorial que no vaciló en asesinar a una parte de los militantes e impuso el

más absoluto control de la conducta y el pensamiento políticos. Y convirtió a la Internacional Comunista –nacida como instancia de universalización combatiente del socialismo marxista y expresión de la grandeza internacionalista del bolchevismo– en camisa de fuerza de los comunistas del mundo y seguidora de las orientaciones del Estado soviético.

En el terreno de las ideas se creó el más grave confusionismo de la izquierda a escala mundial: el llamado marxismo-leninismo, que era de rigurosa observancia para miembros y simpatizantes, delimitaba férreamente la línea política a seguir, lo cierto y lo falso, lo correcto y lo incorrecto, los hechos y la nada, el pasado y el futuro. Todo en él era presentado como una continuidad de los ideales y el pensamiento de Marx, Engels y Lenin, encarnados en la URSS y en el magisterio de su líder y sus ideólogos.

Lo más grave en el caso que analizo es que después de 1935 la orientación general que se dio y se mantuvo fue reformista, incluso en lugares y circunstancias en que los comunistas se enfrentaban con las armas a los peores enemigos. Desde 1945 en adelante, los revolucionarios del que pronto llamarían Tercer Mundo tuvieron que enfrentar, entre otras complejidades, una cultura de izquierda acumulada

respecto a los problemas del carácter y la vía de la revolución que pretendían.

Aunque la represión, la coerción e innumerables formas de violencia son características de las sociedades de dominación, cuando ellas están bien estructuradas elaboran una hegemonía capaz de impedir, neutralizar, prevenir, absorber o incorporar como actos inocuos las resistencias o las rebeldías que pudieran poner en riesgo su dominio. En su mundialización, el capitalismo construyó hegemonía en las regiones colonizadas con rasgos muy diferentes a los de sus países centrales; de otros modos, también fue así en los países neocolonizados. Pero las ideas y los movimientos de independencia o de liberación fueron ganando terreno en el siglo XX y se multiplicaron después de 1945. Un aumento notable de influencias externas modernizadoras o revolucionarias favorecía aquellas pretensiones. La más profunda crisis económica y la más abarcadora guerra de la historia del capitalismo lo obligaron a poner en práctica nuevas políticas. Entonces el reformismo adquirió para las clases dominantes y el imperialismo una importancia mucho mayor como instrumento de control hegemónico y arma antisubversiva. Al mismo tiempo, buena parte de sus demandas podían ser esgrimidas como necesidades y avances a obtener en los países colonizados o neocolonizados.

En estos países el reformismo, aunque tiene una dimensión nacional que es fundamental y sin la cual no funcionaría, posee notables rasgos que pertenecen a la más páfida y resistente forma de colonización: la de la mente y los sentimientos. El reformismo debe ser estudiado para poder actuar seriamente; hay que abandonar el uso de la expresión como una devaluación o un insulto, y las clasificaciones “de izquierda” que derivan las posiciones e ideas políticas de la pertenencia a sectores “económicos” que ellos llaman clases sociales. Investigar, por ejemplo, los modos prácticos de sentir y ser reformista de los que viven y actúan como tales. El peso enorme que tiene el orden vigente en una sociedad solo por serlo, el hábito de reconocerlo como intangible y obedecer, la tranquilidad que produce el “curso normal de las cosas”. El respeto al orden, e incluso el amor a él, no es para nada privativo de los dominantes mientras no haya una coyuntura de crisis, y lo usual es que la mayoría espere confiada que se tomen decisiones y medidas, a las cuales atribuye una entidad superior o ser ajena a intereses parciales.

Lo personal se traslada a la práctica de muchas organizaciones sociales y políticas integradas por personas procedentes de sectores bajos y que postulan sus anhelos e intereses.

Tener actitudes y propósitos comedidos y “serios” lo hacen a uno ser respetable, “a pesar de ser de izquierda, o de ser pobre”. Así se puede afirmar de una organización popular “que tiene palabra”. En la vida que viven los de abajo no es nada desdeñable lo que se expresa en frases como “tuvieron que sentarse a negociar con nosotros” o “más de una vez le hemos arrancado al capital / a los poderosos [...]”.

Una de las maneras de ser reformista es la conversión de una de las formas de lucha y de concientización, apta para un estadio del movimiento o para una coyuntura muy específica, en el modo general de actuar y pensar, en algo que es considerado, a la vez, lo factible y lo correcto.

II. LOS DESAFÍOS QUE ENFRENTAN LOS REVOLUCIONARIOS

Miguel Enríquez y el MIR debieron enfrentarse resueltamente a la represión y el reformismo burgueses, desde el nacimiento de la organización durante el gobierno democristiano de 1964-1970 que –en evidente contraposición a Cuba– se autobautizó “revolución en libertad”. Ese reformismo tenía una implantación y un peso extraordinarios en el sistema de

dominación en Chile, y durante el sexenio del presidente Frei su desempeño fue realmente notable. Su función principal era impedir la identificación de la naturaleza del sistema y la toma de conciencia que pudieran conducir a la insurgencia y la organización populares; es decir, a la capacidad de las mayorías para emprender y llevar a cabo de manera autónoma los cambios sociales que el país necesitaba.

El triunfo en 1970 de una coalición electoral que llevó a la presidencia a Salvador Allende y el gobierno de la Unidad Popular implicaron, por primera vez en la historia de Chile, una alternativa de generar cambios decisivos a favor del campo popular, si lograba consolidarse como un poder autónomo y movilizar y organizar fuerzas populares que fueran protagonistas y garantía de los cambios sociales a conquistar. Pero predominó la posición que creía factible conseguir esos cambios sociales, que para la burguesía y el imperialismo eran funestos e inaceptables, mediante la institucionalidad y las reglas y prácticas políticas de aquel mismo sistema, a través de una evolución que sería singular, un “camino chileno”. Podría concluirse que al resultar incapaz de romper los controles del orden vigente, cambiar la correlación de fuerzas y acumular y desatar fuerzas revolucionarias suficientes, el gobierno de Allende estaba destinado a

sucumbir ante sus enemigos, que optaron por la vía de la implantación de una dictadura militar criminal en septiembre de 1973.

Sin embargo, ese frío dictamen dejaría fuera toda la materia viva de la historia que sucedió, el proceso real al que aportaron sus actuaciones, motivaciones, ideas, creencias, polémicas, experiencias, dudas, peleas, esperanzas, angustias –sus vidas–, tantos miles de seres humanos durante tres intensos años. Los esquemas generales acerca de los hechos históricos –incluso los más acertados– no son más que guías parciales dentro de las labores del estudioso.

Desde ayer, este coloquio ha estado presentando y debatiendo con gran hondura y riqueza aspectos fundamentales de aquel proceso histórico, y lo seguirá haciendo en el día de hoy. Eso me ha permitido acotar mi intervención a algunos comentarios respecto al reformismo y su contrario, la posición revolucionaria socialista de liberación en el pensamiento de Miguel Enríquez, y las cualidades políticas y personales que desplegó en sus ideas y su praxis.

A todas las personas las va formando el medio, o los medios, en que desarrollan las primeras etapas de su existencia, y después la mayoría le deja su impronta personal a su vida, sin dejar de adecuarse a factores que se le imponen. A las grandes personalidades revolucionarias

les sucede lo mismo en sus primeras etapas, pero quiebran su destino previsible al volverse contra el cerco de sus circunstancias, romperlo e impulsar cambios profundos, o al menos marcar a fuego el orden vigente para facilitar que otros lo hagan. Sus propuestas y su proyecto general también trascienden mucho a la reproducción esperable de la vida de su tiempo, lo que conduce a menudo a que después se les alabe sin comprenderlos, y a que algunos pretendan manipular su memoria.

Miguel Enríquez fue uno de estos. Se convirtió en un anticapitalista y antiimperialista totalmente consecuente, un insurrecto contra el orden explotador y opresor, un profundo pensador marxista y uno de los más destacados dirigentes revolucionarios latinoamericanos.¹

III. UNA CARTA DE MIGUEL, DE 1968

En la fase inicial de los movimientos revolucionarios hay momentos casi mortales, y todo resulta sumamente difícil. Después sigue sucediendo lo mismo, pero ya no es igual, y es más

factible sobrevivir y avanzar. Miguel tuvo que aprender a ser revolucionario al mismo tiempo que postulaba otra acción y otra concepción políticas que las usuales, una posición revolucionaria singular que parecía irreal –o desatino juvenil– en el Chile burgués democrático de predominio democristiano, pero también se consideraba izquierdismo sin base por el que considerara a Chile una excepción respecto a la vía insurreccional. Recuerdo cuando me entregó un texto suyo escrito a mano que argumentaba la concepción revolucionaria, que tituló “La violencia en Chile”.

Para darles a conocer una muestra de la fase temprana en que Miguel comienza a ser dirigente y su joven organización pelea a contracorriente, he decidido leerles gran parte de una carta que él me envió desde Chile, el 10 de julio de 1968. Comparto con ustedes un documento valioso que ha permanecido inédito, y un homenaje al amigo querido que jamás morirá en mí.

Además de su entrega sin límites a la Revolución, en la carta se expresan las cuestiones en detalle y los condicionamientos, el terreno cotidiano en el que se ejercen las prácticas y el pensamiento de los revolucionarios, las concreciones de los grandes temas en forma de problemas de todo tipo, actitudes personales,

¹ He escrito una parte de mis criterios y valoraciones sobre Miguel en: Martínez Heredia (2010: 24-29; 2014: 3-7).

niveles de conciencia, diferencias y conflictos, caminos que hay que desbrozar y muchos asuntos más. No olviden que este tipo de comunicaciones tiene sus reglas, por lo cual, por ejemplo, datos relativos a la preparación o los elementos de la lucha armada no aparecen, aunque haya menciones generales a ella, como en el término alusivo de “radicalización de los métodos”.

Dice Miguel:

Te envió también la revista “Revolución”. Tiene ya 6 años de existencia, en ella nos iniciamos, en este último número escriben una serie de compañeros jóvenes, y más nuevos. (Les llamamos los “jóvenes”, la “segunda generación”, nosotros somos los “viejos” de la “primera”). Esta es la Revista del MIR universitario de Concepción; también te envió “Polémica”, que es la Revista de la FEC (Federación de Estudiantes de Concepción); allí ya escriben algunos de los “viejos” (no por ello mejor); te incluyo un número del periódico a mimeógrafo que se edita para los mineros del carbón del Sur (El Rebelde) y otro para los obreros del Sur en general (Concepción) “Barricada”, más algunos panfletos que tengo a la mano.

3) Nosotros en general bien; en gran crecimiento y habiendo ganado un enorme prestigio, casi ya

perfilándonos como alternativa revolucionaria a la izquierda tradicional. Hemos crecido especialmente en el sector poblador y estudiantil en Santiago, en el Sur el crecimiento es más uniforme en obreros, estudiantes y pobladores; lo que aún no hemos empujado con suficiente fuerza y solidez es el crecimiento en el sector campesino; evidentemente lo hemos hecho cerca de Santiago, al centro del país y especialmente al Sur; pero no en la forma en que lo necesitamos. Recién acabamos de tomar las medidas orgánicas necesarias para solucionarlo.

En el medio año que llevamos como dirección hemos progresado mucho, tanto en el plano político, como en todos los otros. Hoy en realidad vivimos casi una crisis de crecimiento; a lo que pondremos freno; tarea nuestra ahora es organizar y formar los sectores que han llegado.

Más de 5 organizaciones de jóvenes revolucionales han pedido su ingreso al MIR; constituimos el ala de extrema izquierda en la lucha universitaria de la U. de Chile en Stgo., y provincias, con un enorme crecimiento.

Muchas cuestiones nos quedan por resolver; aún no hemos sido capaces de sacar un periódico; nuestro crecimiento en campesinos es débil aún,

hemos crecido demasiado; etc., un poco estamos haciendo una experiencia, el problema es que los plazos son cortos y cada vez se acortan más.

Aquí el ascenso del movimiento obrero, la radicalización en los métodos, etc., cuestión que dada la crisis económica perspectiva, nos abre toda una perspectiva de empujarlos, profundizarlos, más aún, agudizarlos por los métodos; empujándolos a romper la legalidad y la institucionalidad.

El otro proceso político que se nos aproxima son las elecciones, las que los partidos tradicionales tratarán de utilizar para encerrar las luchas de los trabajadores y su combatividad creciente. Nosotros categóricamente no participaremos en el proceso electoral del punto de vista de llevar o apoyar candidatos (incluso si son del P.S.); pero por otro lado, no por ello dejaremos de actuar en pleno del proceso: combatiendo un Frente Popular, las candidaturas de derecha y radicalizando la lucha electoral introduciendo la violencia en su seno; a la vez que impulsamos a la ruptura con la legalidad a las luchas reivindicativas de la clase obrera. Paralelamente penetramos en el campo, nos organizamos en el plano político y en todo otro necesario; para poder en realidad luchar directamente por conquistar el poder (esto es, tratamos de acortar los plazos para iniciar la lucha armada).

Juega en contra nuestra el problema de la represión, lo que estamos viviendo desde hace tres meses, a raíz del problema del “terrorismo”. Ha estado dirigida casi exclusivamente hacia nosotros, de verdad poco han obtenido, y a nosotros nos ha servido para mejorar nuestra seguridad, y para un poco ponernos a prueba como organización y como personas: unos 30 allanamientos y más de 20 detenciones de Investigaciones, sin nada positivo para ellos. Otras organizaciones se han visto quebradas (FAR) o al menos implicadas.

Es bastante difícil pretender preparar la lucha armada sobre las tareas que nosotros nos proponemos; eso de penetrar en algunos y muy bien elegidos frentes obreros, estudiantiles y campesinos, con la organización de una estructura política previa; y con desarrollo ideológico y de propaganda suficiente; aun cuando todo ello esté subordinado a una estrategia de lucha armada prolongada y guerrillera, como única y definitiva arma política que nos permita ser en realidad vanguardia revolucionaria. Juegan en contra nuestra los riesgos de diluirnos en los frentes de masas; institucionalizarnos como “oposición de izquierda al reformismo”, o por último, ser rehenes de la represión policial. Son riesgos contra los cuales hemos dirigido nuestras mejores fuerzas en este periodo; creemos que en la medida en que la

dirección esté consciente de todo ello, y en que esta y sus militantes se estén forjando, nada de todo lo anterior será de importancia. Por último está el que la clase dominante chilena y norteamericana, hoy como nunca, está decidida a que si le amenazan sus perspectivas de encontrarse en el poder, no vacilará en romper la legalidad (te trataré de enviar los acuerdos del Secretariado Nacional, levemente modificados y enriquecidos en un Congreso Regional, en el que uno de los nuestros, mi hermano, resultó elegido jefe Regional Stgo., casi parece nepotismo).

Nuestro común amigo D. me dice que tú preguntas si hay correcciones que hacer al trabajo que dejé allá; te envía el documento más reciente que actualiza la cuestión nacional, pero creo que si algo tiene algún interés son los tres últimos capítulos “Posibilidades de ...”, “Carácter de...” y “ Condiciones necesarias para el inicio de...” Estoy seguro que debe haber repeticiones, fallos de redacción, etc.; si para algo sirve, puedes modificarlo y corregirlo como gustes, conservando, evidentemente, lo fundamental.

Soy ya un médico; me recibí en mayo; me casé en enero; vivo en Stgo. desde junio; trabajo 4 horas al día de médico, lo que me permite vivir, y el resto lo dedico a tratar de “curar a la sociedad”.

Sin más, perdona lo extenso, espero recibir noticias tuyas,

Miguel

P.D. 1) Si saliera la “Economía Política” de E. Mandel, o la “Acumulación del capital”, de R. Luxemburgo, te ruego me los envíes, o cualquier otro libro interesante. Saludos a todo el mundo.

[Y sigue con más posdatas].

IV. LUCHAR ABRE LAS PUERTAS AL FUTURO

En las experiencias se ponen a prueba las proposiciones y las tesis teóricas, y de sus choques surgen modificaciones y cierto número de ideas nuevas que, en tiempos en que predominan acontecimientos trascendentes, pueden ser decisivas para la teoría. Nada puede sustituir el estudio en detalle de esas experiencias y los análisis acerca de ellas, si queremos obtener conocimientos válidos y útiles. Lenin, el más grande de los pensadores políticos de la tradición revolucionaria marxista, dijo una vez que el centro del marxismo es el análisis de la situación concreta.

En Chile, aquel fue un tiempo de prácticas en conflicto y de encendidos e interminables debates, de extraordinaria batalla de ideas en la cual participaron por igual los doctos y los legos, en asambleas, reuniones, medios de comunicación, hogares y plazas.²

No les leeré fragmentos de textos de Miguel Enríquez durante el Gobierno de la Unidad Popular, pero les recomiendo leer, por ejemplo, el Informe de la Comisión Política al Comité Central Restringido, de 8 de septiembre de 1972, que contiene un tratamiento ejemplar de aquel momento y una formulación de la estrategia revolucionaria, a la par que muy valiosas reflexiones de alcance mucho más general.

Me permito, al menos, dos citas de Miguel de aquella etapa: “[...] un marxista no debe

guiarse jamás por lo que le gustaría que las cosas, instituciones, partidos, fueran, sino por lo que estas son verdaderamente en la práctica de la lucha de clases” (Enríquez, 1989: 215). Y la segunda:

El problema real es cómo la vanguardia asegura, mediante una conducción correcta, que el proletariado y las masas puedan vencer en los distintos enfrentamientos de la lucha de clases, y aun en la guerra civil a la burguesía si esta la desencadena, como respuesta de una clase que ve amenazados sus privilegios e intereses. Así, es necesario poner el énfasis en la movilización de las masas y en su organización en formas de poder independiente para cambiar favorablemente la correlación de fuerzas (Enríquez, 1989: 217).

Su llamado desafiante al combate, un mes después del golpe militar, ve mucho más allá del desastre, la derrota y la sangre. “La lucha será larga y dura –dice–, pero estamos seguros de vencer”. Y anuncia que partiendo de la restauración de libertades democráticas y la defensa del nivel de vida de las masas se transitará un camino de lucha, uniones, organización de masas, derrocamiento de la dictadura, restauraciones, que “abrirá la vía a un poderoso proceso revolucionario, obrero

2 Una muestra tomada del terreno académico es el Programa del *X Congreso* de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), celebrado en Santiago de Chile en agosto de 1972. Sus cuatro temas eran: “La lucha antiimperialista en América Latina”, “Las experiencias reformistas en América Latina”, “Las luchas por el socialismo” y “Perspectiva en la construcción del conocimiento científico acerca de la realidad social latinoamericana”. Los subtemas del Tema 2 eran: “El reformismo obrero” y “El reformismo burgués” [Del original en el archivo del autor].

y campesino, que culminará en la revolución proletaria y socialista” (Enríquez, 1989: 266).³

Su palabra me recuerda las de otro joven revolucionario, Antonio Guiteras, a la prensa cubana, cinco días después del golpe militar que derribó al Gobierno Provisional Revolucionario, en enero de 1934. Contra toda evidencia, Guiteras anuncia que hay que prepararse para enfrentar “en un futuro no lejano la inmensa tarea de la revolución social [...] rompiendo todas las barreras que la burguesía ha levantado para impedir su paso”. Y promete que luchará “por el establecimiento de un gobierno donde los derechos de los obreros y campesinos estén por encima de los deseos de lucro de los capitalistas nacionales y extranjeros” (Martínez Heredia, 2007: 38).⁴

Ellos, los comunistas guerrilleros latinoamericanos que trajeron la partera de la historia en forma de guerra revolucionaria, que despojaron de sus disfraces al progreso y a la evolución civilizatorios, que denunciaron y enfrentaron al colonialismo capitalista e imperialista, y

supieron que el único camino es la revolución socialista de liberación nacional, ellos son los maestros de hoy. Es hora de estudiarlos, de rescatar y sacarle provecho a su legado, plantear bien con su ayuda los nuevos problemas, los nuevos conceptos y las vías y los métodos necesarios. Y sobre todo es hora de emular con ellos, para hacer realidad las revoluciones socialistas que vendrán.

BIBLIOGRAFÍA

- Martínez Heredia, F. 2007 *La Revolución cubana del 30. Ensayos* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Martínez Heredia, F. 2010 “Recuerdo de Miguel Enríquez” en Martínez Heredia, F. *Si breve... Pasajes de la vida y la Revolución* (La Habana: Letras Cubanas).
- Martínez Heredia, F. 2014 “Prólogo: Miguel Enríquez apunta al futuro” en Castillo, C. *Un día de octubre en Santiago* (La Habana: ICAIC).
- S/d 1989 *Miguel Enríquez. La consecuencia de un pensamiento* (Suecia: s/d).

3 “Llamado a los revolucionarios y a los trabajadores”, 11 de octubre de 1973.

4 Declaraciones al diario *Luz* (La Habana), 20 de enero de 1934.

CRISTIANISMO Y LIBERACIÓN: ¿REVOLUCIÓN EN EL CRISTIANISMO?

UN ESTUDIO CUBANO SOBRE LA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN LATINOAMERICANA, SUS CONDICIONANTES Y SU SITUACIÓN ACTUAL*

I

En los últimos años se ha extendido en América Latina una manera nueva de vivir la religiosidad cristiana y de reflexionar acerca de ella. El tema mismo, por otra parte, ha ido atrayendo de modo creciente el interés de los medios sociales y políticos del continente, desde las comunidades campesinas, de pobladores, sindicatos y partidos o movimientos de liberación, hasta

* El texto apareció por primera vez en: Martínez Heredia, F. 1986 "Cristianismo y liberación ¿Revolución en el cristianismo?" en *Cuadernos de Nuestra América* (La Habana) N° 6: 51-98, julio-diciembre. Luego en: Martínez Heredia, F. 1987 "Cristianismo y liberación ¿Revolución en el cristianismo?" en *Revista Latinoamericana de Teología* (San Salvador: Universidad Centroamericana J. S. Cañas) Año IV, N° 11: 129-164.

[N. de la Ed.] El ensayo expresa en parte los aprendizajes del autor en el proceso revolucionario de Nicaragua y su posición intelectual en torno a un problema, que años después será parte de un combate: Fidel Castro, el Centro Memorial Martin Luther King Jr. y la Red Ecu-ménica Fe por Cuba.

los aparatos represivos de los Estados y la propia Administración norteamericana. Asistimos a una renovación del papel social y político de la religión que no era previsible o soñable en América de la primera mitad de este siglo. La proximidad del Reino y el fin de la dominación capitalista, los textos sagrados y la justicia social, la salvación y la liberación, la teología y la vida del pueblo humilde, se han vuelto tópicos afines entre sí, y se busca un auténtico compromiso y solidaridad con los pobres explotados que luchan por su liberación.

¿Qué ha sucedido en la Iglesia, cuyas jerarquías hace apenas treinta años bendecían a los "libertadores" que aplastaban a este continente, desde Guatemala a Argentina? ¿Qué está cambiando, y esto es mucho más profundo, en la manera de ser creyente y de ser Iglesia en América? ¿Qué lugar y qué perspectivas tienen la Teología de la Liberación y la Iglesia llamada popular, en la agonía que viven los pueblos y en la imprescindible era de cambios que exige la región? Estas y otras interrogantes muestran

muy claramente la necesidad de conocimiento –entre otras necesidades– que tenemos de estas realidades de nuestro tiempo. En buena medida, los analistas sociales estamos insuficientemente preparados para plantearlas bien, no digamos ya para responderlas. Una parte de los científicos sociales latinoamericanos no parece incluso tomar en cuenta el tema todavía, una ausencia que tiene consecuencias más lamentables en el caso de los que están comprometidos con las demandas y las causas populares. Son los intelectuales cristianos los que realizan casi toda la reflexión existente sobre la renovación cristiana y sus perspectivas respecto a la liberación. Sin embargo, por su evidente importancia el tema se impondrá sobre los obstáculos que han levantado la historia y la cultura.

En el medio cubano, de antiguo tan laico, y con ambiente de irreligiosidad muy multiplicada por el choque Iglesia-Revolución de los primeros años sesenta, la cuestión ha llegado durante un cuarto de siglo por la vía de la solidaridad sostenida de nuestro pueblo con las luchas de liberación latinoamericanas. Camilo Torres, por ejemplo, es para nosotros uno de los héroes populares que representa a todos los caídos luchando por la liberación latinoamericana, cristianos o no, sin exclusiones; la

Revolución cubana ha reconocido siempre, expresa y activamente, el derecho de los cristianos a participar en el proceso de cambios sociales imprescindible en la región. El triunfo sandinista de 1979 fue decisivo para mostrar a todos en América la importancia de la participación cristiana, tema que Fidel Castro había abordado varias veces con extraordinaria lucidez durante los veinte años anteriores. La guerra de liberación salvadoreña, el conocimiento creciente de la actividad y el pensamiento cristianos, la relevante participación de religiosos en la Reunión sobre la Deuda Externa de julio de 1985, la entrevista de Frei Betto a Fidel (*Fidel y la Religión*, 1985), tan difundida, son hitos recientes. Cuba actual, con sus inmensos logros y su indeclinable proceso de liberación, su socialismo marxista y su vocación latinoamericana, participa en condiciones privilegiadas en un encuentro de las raíces y los proyectos de liberación de los pueblos latinoamericanos que tiene necesariamente que incluir a los cristianos.

Este artículo se inscribe, en sus propósitos y limitaciones, en el aspecto del conocimiento, uno más de los que deben concurrir a aquel encuentro, pero en modo alguno un aspecto desdeñable. Deja sin tratar por tanto un tema decisivo: los movimientos populares

cristianos, sus formas organizativas y sus acciones, y la participación cristiana en los procesos populares de liberación. Por otra parte, dentro de la producción cristiana latinoamericana escrita no se recoge prácticamente nada de la pastoral de cierto número de obispos del continente que han asumido posiciones muy avanzadas junto al pueblo, y cuyo prestigio, autoridad y conducción desempeñan también un importante papel; tampoco analiza los numerosos textos de sacerdotes, hermanas y pastores evangélicos que tienen iguales posiciones. Por último, no tratamos aquí la Teología de la Liberación elaborada por protestantes, que tiene sin duda importancia desde los inicios de ese movimiento.

II

Al acercarse a la Teología de la Liberación (TL, de aquí en adelante), lo primero que resalta es que se trata de un cuerpo de pensamiento latinoamericano. La teología cristiana es, naturalmente, de origen europeo, y Europa la ha regido casi hasta hoy. La formación misma de los teólogos de la liberación, el patrimonio cultural que aprendieron, la lengua de la teología, sus temas, sus métodos, tenían que ser,

forzosamente, europeos (Gutiérrez, 1984).¹ Y sin embargo el asunto, el modo de aproximación hacia sus objetos de estudio, la elección misma de esos objetos, las circunstancias prácticas, afectivas e intelectuales de producción de la TL, son americanos.

¿Cómo pudo llegarse a esto? La pregunta es necesaria, y no solo por método: la TL forma parte del tronco de la Iglesia y del cristianismo mundial, de su historia reciente y, muy probablemente, de su futuro. Además, TL e Iglesias no están suspendidas en un espacio que llenan con sus libros, sus pronunciamientos y sus debates, sino que forman parte del complejo desarrollo de las sociedades que sucedió a la Segunda Guerra Mundial, ámbito histórico que en América se caracterizó, entre otras cosas, por una carrera casi palpable por inclinar la modernización (usemos el término) de las estructuras sociales y de su comprensión por

1 Gutiérrez cita con rigor y prolijidad a cuanto teólogo se ha referido en Europa a las cuestiones que él trata en su libro. Diez años después, Boff (1982), en *Iglesia: carisma y poder* tiene entre sus 402 citas a los representantes de la teología tradicional y moderna europea, como le recuerda el autor al cardenal Ratzinger en carta [en] respuesta a las acusaciones recibidas, del 24 de agosto de 1984.

parte de los implicados hacia el mantenimiento del régimen existente, o hacia su cambio radical; es decir, una carrera entre represión, reforma o revolución. La TL no escapa a esos condicionamientos; les debe a ellos mucho de su configuración primera, aunque afirmó su autonomía y ha actuado ella misma como modificadora de circunstancias. El curso actual y las perspectivas de la TL no pueden conocerse sin las instancias de sus condicionamientos.

El equilibrio de fuerzas que sucedió en Europa a las turbulencias de los primeros años de posguerra se plasmó finalmente en una limitación precisa de las luchas de clases en el seno de cada país, y en un pacto social que amplió la participación de los sectores nativos de la población en los gajes de un crecimiento económico notable. En el seno de ese capitalismo ‘maduro’ o ‘tardío’ predominaron, al fin, formas democráticas aceptables respecto al discurso clásico. En el terreno religioso, el alejamiento de las prácticas, y aun de las creencias, se acentuó en buena parte de la población europea.

A pesar de la militancia del Papa Pio XII en la *guerra fría*, en la Iglesia católica se fue abriendo paso una sensibilidad hacia las cuestiones sociales que superó las posiciones de la doctrina social expuesta en las encíclicas de

León XIII y Pio XI. Por otra parte, el humanismo integral y la nueva cristianidad enunciados por el filósofo Jacques Maritain sirvieron de marco a una consideración cristiana más activa de las realidades del mundo, que concurre a dar relevancia al papel de los laicos y, por último, a la fundamentación de los partidos socialcristianos contemporáneos. Los movimientos apostólicos renovados, la propuesta de “ver, juzgar y actuar”, las experiencias de actividades pastorales con obreros y de “diálogo” con marxistas, fueron marcando la apertura eclesial europea y la intención de “poner al día” a la Iglesia.

No puede entenderse el extraordinario avance que sobrevino en los años sesenta sin atender también al intenso trabajo teológico europeo que lo precedió y acompañó. ¿Cómo ser cristiano después de Auschwitz?, se preguntaban, pero no se limitaron a bucear en el análisis de la persona. Teología de las realidades terrestres, reflexión sobre las dimensiones sociales de los dogmas, teología de la historia, teología política, de los laicos, del trabajo, son los apellidos teológicos de una renovación intelectual. El peligro de la desaparición de la fe se les hace visible, pero sería superficial y muy erróneo ver en su “salida al mundo” un signo oportunista. Lo que sucedió fue una renovación teológica,

que ligó el devenir histórico al intento de autocomprenderse, antropologizó sus concepciones de la revelación, se planteó a la Iglesia misma como un lugar teológico y comprendió la necesidad de romper con la separación Iglesia-mundo y valorizar la actuación humana.

El Papa Juan XXIII (1958-1963) desempeñó un papel trascendental, al abrir paso a los cambios en la Iglesia católica. Con gran firmeza y ricas intuiciones superó los horizontes de la propia institución vaticana, exigió a la Iglesia practicar un ecumenismo real, “reconocer los signos de los tiempos”, abrirse al mundo contemporáneo y sus problemas, incluidos los de los países subdesarrollados, ser “Iglesia de los pobres”, reencontrarse y cambiar en medio de “las miserias de la vida social que claman venganza en la presencia de Dios”.² Juan XXIII dirigió por primera vez una encíclica no solo a los católicos, sino “a todos los hombres de buena voluntad” –*Paz en la Tierra*–, apoyó la coexistencia pacífica, reconoció la libertad de conciencia, eliminó la práctica de las excomuniones y declaró la utilidad del diálogo entre católicos y comunistas, entre creyentes

2 Mensaje papal del 11 de septiembre de 1962 citado en Gutiérrez (1985c: 293).

y ateos. Al Concilio Vaticano II que él convocó, celebrado entre octubre de 1962 y diciembre de 1965, se lo ha considerado el acontecimiento más importante en la vida de la Iglesia católica de los últimos siglos; en todo caso, marcó el fin, tardío, de toda una época en la historia de esa institución,³ y abrió cauces que todavía pugnan por alcanzar la amplitud que el Concilio esbozó.

El Papa Pablo VI (1963-1978) continuó la obra de Juan XXIII, llevando a cabo el Concilio, auspiciando la concreción de sus ideas e iniciativas principales a través de documentos rectores y de la creación o impulso de instancias y funciones dentro de la Iglesia que desarrollaran el espíritu de Vaticano II.⁴ Ese espíritu era para Pablo

3 “Solo en el Concilio Vaticano II la Iglesia ha comenzado a abandonar francamente la mentalidad de cristiandad. Época histórica fenecida [...] cuatro siglos antes” (Gutiérrez, 1984 [1971]: 73). “En el primer mundo el concilio llegó con un retraso de siglos” (Sobriño, 1985b: 319).

El primer concilio Vaticano (1869-1870), que proclamó la infalibilidad pontificia, se hizo bajo el signo del *Syllabus errorum* de 1864, condenación eclesiástica expresa de prácticamente todo movimiento de progreso en la sociedad, la política, la ciencia y la religión.

4 Encíclicas, constituciones y cartas apostólicas como *Mater et Magistra*, *Pacem in Terris* (ambas de

VI lo más importante –“debemos pensar de una manera nueva”, declaró en enero de 1966– para continuar la puesta al día y la apertura de la institución a los problemas del mundo de hoy. Una vasta reforma se produjo, y esta tendió no solo a modernizar la Iglesia, sino a permitir que en su seno llegaran a caber actividades como las de los movimientos populares cristianos⁵ y la TL.

Sin embargo, hoy está claro para los implicados que la Iglesia de Vaticano II y del posconcilio facilitó, pero no fue la causa o el impulso principal de la TL, y mucho menos de los MPC. Vaticano II fue un evento europeo que miró al llamado Tercer Mundo desde la Europa capitalista, región que asimiló la descolonización

Juan XXIII) *Lumen Gentium, Gaudium et Spes, Populorum Progressio, Octogesima Adveniens, Evangelii Nuntiandi*. Ellas se refirieron a transformaciones de la liturgia, libertad religiosa, ecumenismo, formación sacerdotal, actividad misionera, medios de comunicación social; se dieron pasos para fortalecer la colegialidad, el papel de los laicos en la Iglesia y el Sínodo.

5 Denominación no muy precisa bajo la que queremos referirnos al conjunto de actividades y de formas organizativas más o menos duraderas puestas en práctica por los sectores más avanzados de [la] Iglesia, sobre todo laicos pero también, y muchas veces guiándolos o inspirándolos, miembros del clero. Se refiere a la actividad pastoral y a luchas sociales. En adelante los llamaremos MPC.

afroasiática desde su historia colonialista y su nivel de desarrollo económico y la etapa de auge que vivía, y logró establecer, en buena medida, relaciones neocoloniales en esa región.⁶ Desde la posguerra, el capitalismo europeo comenzó a integrar democracia política burguesa con pluralidad de partidos y amplios pactos sociales, dinamismo económico y lo que después se llamó “cooperación para el desarrollo” del Tercer Mundo, en un marco de crecimiento de la importancia de las Naciones Unidas y otros organismos y foros internacionales, y también de ciertas contradicciones limitadas de Europa con los Estados Unidos. A pesar de sus irreducibles especificidades, el Concilio Vaticano y el posconcilio caben dentro de los márgenes de la sociedad europea que describimos, y vistos desde ese ángulo son expresión también de una madurez que reconoce la necesidad de reformas.

En su diálogo con la modernidad y con el no creyente, en su planteo de la Iglesia como Pueblo de Dios y de la autoridad como servicio, el Concilio y sus consecuencias no traspasaron la frontera de un reformismo europeo. No hay un movimiento católico que esté inspirando o formando parte de un proceso europeo que vaya

6 Cfr. Martínez Heredia (1980: 148-186).

más allá, ni hay hoy un florecimiento del cristianismo. La Iglesia pasa por “un tiempo invernal”, afirmó poco tiempo antes de morir el famoso jesuita alemán Karl Rahner, uno de los más descolantes teólogos del siglo.⁷ Se han levantado voces muy críticas entre la jerarquía que atribuyen precisamente a las supuestas desviaciones producidas después del Concilio una cosecha de decadencia, descrédito y desunión; esa reacción eclesial ha criticado a los teólogos progresistas, presionado a conferencias episcopales e influido en la designación de numerosos obispos y cardenales conservadores. Los resultados del Sínodo de diciembre de 1985 muestran más un equilibrio entre impugnadores y defensores que un avance cierto, veinte años después de la culminación del Concilio.

7 Son amargas las palabras del destacado teólogo Johann B. Metz en Nicaragua, el 10 de abril de 1980: “Vengo de un país y de una cultura en los cuales todos los movimientos de liberación han tenido lugar sin la Iglesia o contra la Iglesia, por ejemplo la Reforma, la Ilustración, la Revolución Francesa y la Revolución Rusa [...]. La identidad cristiana en Europa no está amenazada por la pobreza o por la opresión, sino por la riqueza y el consumismo. Por eso el cristianismo entre nosotros ha decaído hasta convertirse en una religión burguesa. Y si eso no se supera, el cristianismo va a morir entre nosotros” (Metz, 1981: 32).

Era lógico que entre los temas fundamentales propuestos por Juan XXIII al Concilio fuera el de los pobres el que tuvo menos desarrollo, y que estuvieran ausentes “temas tan latinoamericanos como la profecía, el Jesús liberador, el Dios de la vida, las comunidades de base, la persecución y el martirio” (Sobrino, 1985b: 315). El mundo moderno al que exige la encíclica *Gaudium et Spes* asomarse a la Iglesia es el mundo desarrollado, y la receta que propone *Populorum Progressio* al subdesarrollo que tan fuertemente denuncia es la del desarrollismo; se pide al mundo desarrollado justicia y técnica, las cuales, concedidas al llamado Tercer Mundo, eliminarán la pobreza, llevarán al desarrollo y conjugarán el peligro de las revoluciones. No hay que subestimar el lugar que abrieron las transformaciones y el espíritu conciliares en una institución tan vertical y estructurada como la Iglesia católica, pero tampoco pueden desconocerse sus limitaciones y el peso actual de sus eventuales retrocesos.

III

En la América Latina de los años sesenta se estaba produciendo precisamente la bancarrota del desarrollismo, un ideal formulado en

la coyuntura favorable de finales de los años cuarenta. La exportación de productos primarios –materias primas y alimentos– en condiciones desventajosas de intercambio no pudo ser superada, la industrialización limitada no pudo lograr la sustitución de importaciones ni encontró suficientes mercados externos y la mayoría de la población rural permaneció superexplotada o en la miseria. Al mismo tiempo, el imperialismo norteamericano se había lanzado a fondo a controlar la región mediante mecanismos comerciales y financieros, la transnacionalización y un amplio arsenal de medios de extorsión y agresión, que lograron sujetar las políticas económicas y las actuaciones de los Estados a los intereses supremos norteamericanos. Estados Unidos sobredeterminó la subordinación al capitalismo mundial de la América Latina y el Caribe. Sin olvidar la extrema diversidad de situaciones particulares, la reformulación del pacto neocolonial eliminó gobiernos populistas, influyó en los procesos de modernización capitalista de muchos países, mantuvo la despiadada explotación en el campo a pesar de desarrollos capitalistas agrarios, reorientó a las burguesías de cada país en sentidos cada vez más antinacionales y exigió la apelación a regímenes muy represivos.

La acelerada urbanización sin desarrollo nacional consumó la marginalización de enormes sectores urbanos. Las formas tradicionales de vida y los patrones de conducta correspondientes de decenas de millones de personas fueron desapareciendo, pero en general su pobreza no disminuyó y no mejoraron sensiblemente su seguridad ante el trabajo, la vivienda, la salud y demás servicios básicos, ni el futuro personal y familiar. Las expectativas de las mayorías aumentaron de manera rápida, pero también sus desilusiones: de ambas se llenó ahora la vida de los pobres, y también la de una parte de los sectores intermedios de las sociedades.

La modernización monstruosa a la que ha sido sometida América Latina es el marco inexorable de todo pensamiento que pretenda tener incidencia social en ella, y de todo proyecto de cambio. En esta región se han sumado, como en ninguna otra del planeta, toda la complejidad de contradicciones del mundo llamado moderno y de la etapa contemporánea. El conocimiento resulta por consiguiente una brújula imprescindible.

El régimen político del capitalismo está sometido a tensiones extremas en la región. Las ideas democráticas burguesas, tan antiguas en el seno de minorías, son impulsadas por la democratización en curso y se pretende que rijan

los países y se ubiquen en la base del consenso, porque parecen confluír en ellas intereses nacionales, aspiraciones populares y la creciente influencia cultural norteamericana. La plasmación de esas mezclas de realidades e ilusiones es contigua a la existencia de poderes mucho más efectivamente populares, e incluso socialistas, cuya realidad respectiva en Nicaragua y Cuba está a la vista. Pero la modernización con superexplotación y miseria creciente, neocolonizada y excluyente, exige un patrón represivo de Estado y de relaciones entre clases que tiene una y otra vez a la dictadura y sus represiones salvajes y organizadas. Así sucedió en estas últimas décadas incluso en países que habían obtenido crecimientos económicos fuertes y más o menos sostenidos, y desarrollado cierto número de instituciones democráticas. Ahora resulta una vez más imprescindible el reformismo para mantener el capitalismo y reformular su hegemonía, pero a ese modelo le falta una y otra vez lo indispensable: grados de redistribución de riqueza y servicios sociales, y de estado de derecho y funcionamiento de la política y la sociedad civil, que resulten efectivos para que la dominación obtenga consensos masivos y estables.

En los años sesenta, la mayoría de la población latinoamericana creía muy poco en los

partidos políticos y otras organizaciones del sistema como agentes de cambios sociales favorables a sus necesidades y anhelos. Pero no se había resignado. Después de la Segunda Guerra Mundial sucedió un enorme número de actividades cívicas y protestas en numerosos países, y en algunos se llegó a experiencias que incluyeron gobiernos sensibles a esas necesidades y deseos. Se pedía o se exigía democracia política y políticas sociales a favor del pueblo, en jornadas electorales, presiones y negociaciones, huelgas o revueltas populares. En la conciencia social de esas mayorías se fueron abriendo paso representaciones más naturales del mundo, también influidas por la urbanización, las relaciones mercantiles, la expansión de las matriculas escolares, la extensión del alcance y difusión de los medios masivos de comunicación y el mayor conocimiento de los sucesos del mundo. Las ideas económicas, políticas y sociales se situaron cada vez en sus ámbitos y ante los problemas latinoamericanos.

El triunfo de la Revolución cubana fue la primera irrupción victoriosa de los pobres en la historia de este continente. Sus rápidos avances en el proceso de liberación, su enfrentamiento vertical, intransigente y victorioso al imperialismo norteamericano, y su internacionalismo, se convirtieron en un polo de enorme atracción

en el escenario americano. Cuba demostró con fuerza dramática que la miseria, la impotencia y la desgracia del individuo respecto a la sociedad en que vive no proceden de su destino ni de su naturaleza individual; que es posible para los pobres vencer al aparato represivo, tomar el poder y redistribuir las riquezas sociales; que es posible emprender el camino de la humanización de la existencia, la promoción de las capacidades y el desarrollo para todos en una sociedad americana. Y todo en un pequeño país en la boca del Golfo, al norte del Caribe, a los pies mismos de los Estados Unidos.

El ejemplo cubano entusiasmó a las rebeliones latinoamericanas y contribuyó a darles confianza en sus fuerzas, certeza en la posibilidad de triunfar, radicalización de los medios y los objetivos de las luchas, confianza en las ideas de liberación nacional y social. Pero no solo afectó al campo popular. La política norteamericana hacia América Latina se multiplicó en su actividad, apeló a toda la gama del intervencionismo a la preparación de la represión a escala continental, al mismo tiempo que promovía o ayudaba a crear alternativas reformistas.⁸ Además de la agresión sistemática a la

Revolución cubana, le tendió un cerco de férreo aislamiento; las clases dominantes y todos los intereses opuestos a cambios profundos del continente fueron cómplices de ese cerco.

Esa era la situación general que, en términos generales, condicionaba a la Iglesia latinoamericana cuando recibió el impacto del Concilio Vaticano II. Los propios teólogos latinoamericanos han expuesto cómo sucedió, y han valorado críticamente significados y aportes.⁹ Solo quiero destacar aquí algo que es obvio en las primeras obras de la TL: la negación radical del orden social injusto vigente en el continente, la perspectiva teórica desde Latinoamérica, que asume en general la llamada teoría de la dependencia para explicarse

para el Progreso, lanzada por Estados Unidos en 1961. Pero no hay que olvidar otras iniciativas cuyas más siniestras, como la Escuela Interamericana de Policía. Por su parte, ideólogos y políticos latinoamericanos sostuvieron posiciones conservadoras frente a la nueva Cuba. Por ejemplo, la consigna central del gobierno democristiano chileno de 1964-1970 fue “revolución en libertad”.

⁹ Gutiérrez (1984 [1971], 1985c); Richard (1980); Boff y Boff (1986: Cap. V); Sobrino (1985b). El jesuita Oliveros (1977: 479), en una obra de obligada consulta, expone, entre otras, las posiciones de Assmann (1971) y de Segundo (1970).

8 El empeño continental más famoso fue la Alianza

aquel orden social, la crítica al desarrollismo y el reclamo de un proceso liberador, la exaltación de la praxis como punto de partida del trabajo teológico y de la actitud cristiana, la exigencia a la Iglesia de comprometerse en la lucha de los pobres, un lenguaje independiente que puntualiza la diferencia de temas, enfoques y actitud de la nueva teología, aunque siempre reconociéndose dentro del universo teológico y eclesial.

En suma, en su origen la TL tuvo una coyuntura propicia en el gran movimiento reformador europeo epitomizado en Vaticano II, pero su formulación primera fue producto de una aprehensión profunda y radical de la situación concreta de América Latina. El discurso tan radical de la TL ha resultado sorprendente para muchos no creyentes, y seguramente también para los cristianos conservadores o tradicionales. Cuando revisamos sus escritos, no encontramos referencias suficientes a un pensamiento teológico latinoamericano avanzado anterior a ellos, del cual la TL sería continuadora. Los creadores de la TL son, por otra parte, hombres formados en los centros del pensamiento teológico de Europa, por tanto “teólogos de verdad”, con conocimientos profesionales y capacidades que nadie dentro de la Iglesia les discute. Se puede inferir de todo

esto que la formulación primera de la TL fue el resultado feliz de un instrumento intelectual que hubiera llegado hasta el límite fijado a sus posibilidades –europeo, reformista–, pero que en manos de teólogos motivados e inmersos en sociedades de urgencias y estructuras diferentes a las europeas, hicieron saltar esos límites para que el pensamiento fuera útil a una praxis liberadora.

Si bien esto es cierto, resulta sin embargo insuficiente. La Iglesia institución latinoamericana, muchas de sus prácticas y actitudes, desempeñaron un papel importante en el surgimiento de la TL. El desarrollo de movimientos cristianos a partir de Acción Católica en medios estudiantiles, obreros, campesinos; las escuelas radiofónicas y actividades de educación dirigidas al pueblo, la aparición de las primeras comunidades de base, fueron manifestaciones organizadas de una voluntad de participación. La orientación vaticana y de organismos eclesiales que tienen su centro en Europa ha estado presente en la mayoría de ellas, en la creación de órganos como la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM) y la Conferencia Latinoamericana de Religiosos (CLAR), e influyó mucho en la creación de partidos democristianos en varios países. Esas iniciativas pretendieron movilizar

la actuación “en cristiano” hacia formas de apoyo político de un capitalismo renovado o reformado. Pero los resultados prácticos desbordaron los proyectos originales.

Frente a los violentos y rápidos avances de las ideas y los movimientos de liberación nacional y socialistas, por una parte, y de la modernización capitalista neocolonizada, por otra, en nuestro continente resultaron insuficientes los canales de organización y de conciencia políticos existentes. Se abrió entonces un ciclo de luchas populares contra los sistemas de dominación, con sus organizaciones e ideas propias, y con un entorno de concientización, agitaciones e inquietudes sociales correspondiente. En ese complejo de subversión y de protestas y resistencias se expresaron grandes iniciativas y proyectos, demandas inmediatas y rencores antiguos, una nueva generación de izquierda revolucionaria y un sin número de modalidades distintas, con el vigor que caracteriza a las necesidades sociales ciertas. Es en ese cuadro que la conciencia y las formas organizativas cristianas se radicalizaron, *ocupando parte del espacio político* por llenar. Esta comprobación no debe llevar a lamentaciones que son por demás inútiles: la conciencia social y los conflictos específicos son realidades; son los individuos los que

entran o no en las luchas que cambiarán las sociedades y los cambiarán a la vez a ellos mismos.¹⁰

No fue, no podía ser homogéneo ese movimiento, hijo de la diversidad de clases sociales, etnias y culturas regionales y nacionales en que está enraizado el cristianismo latinoamericano y de la singularidad del movimiento histórico que caracteriza a cada sociedad. Y al mismo tiempo referido a la institución eclesiástica, con sus niveles de autoritarismo, autoridad y formas de actuar y pensar, sus criterios pastorales, su conservadurismo y sus prejuicios políticos. Es cierto que sus manifestaciones son de una gran diversidad,¹¹ pero en conjunto

10 Conviene recordar un texto de Marx (1959 [1859]) que es más repetido que estudiado: “Al considerar tales revoluciones importa siempre distinguir entre la revolución material de las condiciones económicas de producción –que se debe comprobar fielmente con ayuda de las ciencias físicas y naturales– y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas; en una palabra, las formas ideológicas *bajo las cuales los hombres adquieren conciencia de este conflicto y lo resuelven*” [Subrayado por FMH].

11 Desde la actividad de obispos como Manuel Larraín y Helder Cámara, que presidieron el CELAM que vivió Vaticano II y promovió su difusión en América mediante acciones que culminaron en Medellín (1968),

cumplen un itinerario que estableció un papel para la Iglesia (en realidad, más de uno) en la vida social y política latinoamericana actual, y la actividad de los MPC como una parte importantísima de esa Iglesia. Dejando provisionalmente a un lado la cuestión teórica de la función social de la religión en el mundo contemporáneo, la constatación práctica que puede hacerse en América Latina es que –sin perder la Iglesia sus funciones de legitimación y de justificación dentro del bloque dominante en las sociedades capitalistas– la fe religiosa cristiana ha asumido también formas organizativas y de conciencia diferentes e incluso puestas totalmente a la dominación capitalista.

La segunda cuestión, íntimamente ligada a la primera, es que numerosos cristianos –y entre ellos los que hacen Teología de la Liberación– sostienen que aquella conciencia y organización puestas a la dominación son la respuesta cristiana obligada al momento histórico que

vivimos, la praxis que identifica lo que es ser Iglesia hoy, y que dimana de ella o es la base de su reinención, lo que permite representarse el Reino y comenzar a construirlo, interpretar la Escritura y la tradición, asumir a Cristo y su mensaje, obtener la salvación –o por lo menos identificarla– y prestar servicio, como misiones del cristiano y de la Iglesia.

En resumen, existe todo un conjunto de fe, representaciones, pensamiento y trabajo teológico que se reclama productor de pensamiento y actitud liberadores, y que reclama para su actividad el objetivo práctico de concurrir a la liberación de los hombres en América Latina. Que sean minoría numérica respecto a la totalidad de los creyentes e instituciones eclesíásticas no es más que un dato. Que conciban la liberación al interior de sus propias ideas, convicciones y fe religiosas es un hecho cuya importancia difícilmente puede ser exagerada.

Ya en la reunión de teólogos latinoamericanos celebrada en Petrópolis, Brasil, en marzo de 1964, el peruano Gustavo Gutiérrez planteó que la teología debe ser una reflexión crítica sobre la praxis. En los años siguientes continuó, desde esa posición, tratando el tema de la pobreza, en lo que él mismo llamó “hacia una Teología de la Liberación”. A inicios de esa década se había reclamado en medios

y la actitud de los episcopados brasileño y chileno en el Concilio, hasta la firma por nueve obispos brasileños del Mensaje de Obispos del Tercer Mundo, respuesta a *Populorum Progressio* (1967). En el otro extremo del orden de la Iglesia, puede encontrarse el humildísimo origen de las comunidades eclesiales de base (CEB) en el Brasil, que cuentan Boff (1979: 13-14) o Betto (1981).

cristianos brasileños la necesidad de un diálogo con los marxistas; “en Brasil, la izquierda católica produjo entre 1959-1964 una serie de textos básicos sobre la necesidad de un ideal histórico cristiano, ligado a una acción popular [...]” (Boff y Boff, 1986: 97). Una sucesión de encuentros teológicos¹² entre 1964 y 1971 sirvieron para socializar los puntos de vista y los temas, para autoidentificarse y relacionarse, en lo que ya todos convenían en llamar Teología de la Liberación. A la mitad de ese tiempo, en 1968, se celebró en Medellín, Colombia, la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, cuyo tema era la transformación de América Latina a la luz del Vaticano II.

Medellín resume el alcance de la puesta al día de la Iglesia, institución, en América Latina. Reconoció que la pobreza predominante era fruto de las relaciones de poder económicas y sociales vigentes, denunció la pobreza “y el pecado que la engendra”; calificó

de “violencia institucionalizada” la situación de injusticia prevaleciente “en muchas partes” del continente, y ante la “tentación de la violencia” que aquella engendra se pronunció por la paz, pero una paz condicionada por la justicia. Se dirigió abiertamente a “todos los hombres que en este continente tienen hambre y sed de justicia”. Postuló el amor a los hermanos y a Cristo como gran fuerza liberadora y planteó que donde no existe paz social y sí injustas desigualdades, “hay un rechazo del Señor mismo”. Expuso la situación concreta de América Latina y su momento histórico¹³ y reclamó mostrar “el rostro de una Iglesia auténticamente pobre, misionera y pascual, desligada de todo poder temporal y audazmente comprometida en la liberación de todo el hombre y de todos los hombres”.

El de Medellín fue un momento en que había en América una gran conciencia de que tenían que sobrevenir cambios profundos. Para muchos, las revoluciones parecían inminentes o

12 Entre ellos, los tenidos en La Habana, Bogotá y Cuernavaca entre junio y agosto de 1965; los continentales de la Comisión de Iglesia y Sociedad en América Latina (ISAL), protestante, en 1966, 1967 y 1971; los preparatorios de Medellín tenidos en Melgar (Colombia) e Itapoán (Brasil), en 1968. Ver: Oliveros (1977: partes I y II); Boff y Boff (1986: 97-99); Araya (s/f).

13 “Esto indica que estamos en el umbral de una nueva época histórica de nuestro continente, llena de un anhelo de emancipación total, de liberación de toda servidumbre, de maduración personal y de integración colectiva. Percibimos aquí los prenuncios de la dolorosa gestación de una nueva civilización”.

ya comenzadas; el despertar de la Iglesia institución coincidía con esa conciencia.¹⁴ Es muy importante tener en cuenta los cambios que afectaron a aquella atmósfera después de los primeros años setenta. La Iglesia institucional no volvió a alcanzar un momento como el de Medellín,¹⁵ el propio CELAM perdió paulatinamente su carácter impulsor hasta convertirse en lo que es hoy, y la III Conferencia Episcopal –celebrada en Puebla, México, 1979– fue precedida por un arduo conflicto entre los que querían plasmar una involución y condenar incluso a la TL, y los que reafirmaban la corriente

renovadora y pretendían profundizarla. Los textos de Puebla testimonian ese enfrentamiento, y como los organizadores no les habían dado lugar en los equipos de expertos, los teólogos de la TL que asistieron debieron hacerlo como acompañantes de obispos y cardenales progresistas, y desarrollar una actividad paralela.¹⁶

Puebla recogió planteamientos esenciales de Medellín, precisó y aún avanzó en algunos puntos, pero también expresó el impacto de la ofensiva conservadora que condicionaba la aceptación de la TL a definiciones muy restrictivas de su naturaleza y alcance. Dado el verticalismo de la Iglesia institucional, tanto sus eventos como lo expresado en sus documentos tienen una enorme importancia, de modo que las citas y comentarios de Vaticano II, Medellín, Puebla e iniciativas de Pablo VI (como el Sínodo Vaticano de 1971 o la *Octogésima Adveniens*) adquirieron un gran peso en los debates. Ellos constituyen un terreno ganado, que favorece la actividad de la TL y de los MPC, a pesar de la revisión de tendencia conservadora realizada en la Iglesia en los últimos años.

14 Por su parte, el imperialismo percibió la peligrosidad de aquel encuentro: “Debemos tener cuidado con la Iglesia latinoamericana, pues si cumple los acuerdos de Medellín atenta contra nuestros intereses”, informa al gobierno de Estados Unidos el político y experto en asuntos latinoamericanos Nelson Rockefeller, al regresar de una gira por América Latina, en 1969. Ese mismo año, el Departamento de Estado encarga a la Rand Corp. de California un estudio sobre los cambios en curso en la Iglesia católica. En 1970, la CIA orienta para Bolivia lo que pronto se generalizará en las agresiones a los cristianos más avanzados: “No se debe atacar a la Iglesia como institución [...] sino a una parte de la Iglesia, la más avanzada” (Sobrino, 1985a: 49).

15 “Se muestra la ambigüedad y retroceso del Sínodo de 1974, con respecto a Medellín” (Oliveros: 1977: 119, n. 14).

16 Una exposición de todo este proceso puede hallarse en Munárriz (1985: 45-60).

Ya en 1962, Juan Luis Segundo había esbozado el problema de las contradicciones entre la estructura de la Iglesia y su misión.¹⁷ Casi veinte años después, en *Iglesia: carisma y poder*, Leonardo Boff (1982) desarrollará a fondo esta cuestión.¹⁸ Prácticamente todos los teólogos de la TL han tratado el tema a lo largo de esos años y hasta hoy. La incorporación del análisis de la propia Iglesia con el auxilio de las ciencias sociales es otra característica importante del pensamiento teológico de la TL. Esos desarrollos analíticos les han permitido ubicar y valorar bien las tendencias desarrollistas y modernizantes, la política socialcristiana y democristiana, el asistencialismo social o la externa comunicación con el pobre.¹⁹

17 Según Assmann (1983; 225), plantea “un tema clave que atravesará sus escritos posteriores: las estructuras institucionales de la Iglesia real y, a partir de esa matriz objetiva, los criterios predominantes en la actividad pastoral, son un serio obstáculo para que la Iglesia se vuelva realmente evangelizadora”.

18 Ver, por ejemplo, su precisa descripción del tipo de Iglesia modernizada dentro del sistema capitalista, en Boff (1982: 20-22). Ya antes lo había hecho en Boff (1979: 53-61).

19 Gutiérrez (1982: 80-81) pinta muy bien a los que aún ven la Iglesia como “el sitio en el que nos sentimos

En un terreno práctico eclesial, el camino andado en los años sesenta-setenta desarrolló en muchos miles de cristianos latinoamericanos una nueva conciencia receptiva y activa ante las luchas y demandas populares, y un cambio en su autoidentificación como cristianos y su idea de comunidad e Iglesia cristianas. Esos avances se sedimentaron y multiplicaron en formas organizativas, publicaciones, divulgación y educación popular. El compromiso activo devino militancia en muchos casos, en organizaciones cristianas ligadas al movimiento popular y también directamente en organizaciones populares revolucionarias. Las grandes represiones de estos últimos treinta años –que en algunos casos llegaron al genocidio– han creado también un martirologio cristiano, sangre vertida que a la vez forma parte inseparable del acervo popular revolucionario latinoamericano.

cómodos en un mundo que no es el de los pobres. Me refiero a categorías mentales, pero también a actitudes afectivas y emocionales, a una complicidad profunda y sutil con un ambiente distinto e incluso opuesto al de los pobres. Es por eso que el mundo de los oprimidos conscientes de su situación y en lucha por sus derechos resulta extraño y a veces hostil a la Iglesia, le impide descansar, encontrarse en casa, sentirse confortable”.

Una parte del clero asumió también la práctica más allá del terreno modernizante. Concretar el compromiso en acciones, hacer pastoral entre la gente más humilde de la ciudad y el campo y compartir con ellos, nutrió de vivencias y experiencias a muchos, y acendrarón sus convicciones. Organizaciones o grupos sacerdotales combativos contribuyeron a hacer más efectiva la presencia e influencia del clero avanzado, y a esto se unió la actitud de respaldo, y en varios casos de conducción, de obispos esclarecidos de diversos países.²⁰ El autoritarismo jerárquico y el paternalismo clerical han perdido terreno como resultado de la actividad de esas vanguardias de Iglesia. Un buen número de sacerdotes y algunos obispos han pagado con la vida su amor práctico al pobre o su entrega militante a la causa popular.

20 Para el período hasta 1971, ver, entre otros: Gutiérrez (1984 [1971]: 125-164, Cap. 7). La publicación ordenada de cientos de documentos por el CEP de Lima, constituye una fuente muy valiosa: *Signos de liberación 1969-1973* (nov. 1973), *Signos de lucha y esperanza 1973-1978* y *Signos de vida y fidelidad, 1978-1982*, (feb. 1983). Un primer volumen de "Signos" fue *Signos de renovación 1966-1969*, publicado por la CEAS de Lima (1969).

IV

La autovaloración y la metodología de la TL nos han facilitado asomarnos a sus contenidos ya en el curso del análisis de sus condicionamientos eclesiales y sociales. Ahora trataremos de exponer de manera sintética sus temas y contenidos fundamentales, no con la pretensión de explicarlos totalmente –y aún menos de presentar de manera exhaustiva la TL, lo cual está fuera de mis posibilidades–, sino de suministrar al lector no iniciado elementos indispensables y que lo animen a leer a los teólogos mismos, tratar su situación actual y apuntar algunos criterios.

La cuestión misma de quién hace TL evidencia que para estos teólogos se trata de una nueva manera de hacer teología. Ellos parten de que la reflexión teológica se encuentra en la masa de los creyentes, en la inteligencia de su fe, en la experiencia espiritual de Dios como el Dios de los pobres y del pobre como lugar del encuentro con Dios, en la confrontación de fe cristiana y situación de opresión, en la práctica histórica de liberación del pueblo pobre y creyente latinoamericano.²¹ Por tanto, la TL no se

21 Ver: Gutiérrez (1984 [1971], 1978: XV-XLII); Richard (s/f); Boff y Boff (1986: Cap. II).

inicia con el teólogo ni se reduce a su actividad “profesional”. Richard distingue tres formas de la TL: espiritual en la práctica de la liberación del pueblo, orgánica en las comunidades eclesiales de base (CEB) y especializada en sus profesionales. Los Boff las clasifican como popular, pastoral y profesional, de acuerdo a características que enumeran, referidas a su grado de elaboración, relaciones con la práctica, lógica, método, lugares de aplicación, productores y productos. Gutiérrez, que trata el tema a lo largo de toda su obra, la llama “una reflexión que nace desde el reverso de la historia”.

La función del teólogo adquiere una calidad nueva desde esa perspectiva, a la vez que se reduce bruscamente la pretensión de dominio desde la función intelectual que caracterizó a la teología. Ahora forma parte de su tarea explicar el lugar del teólogo²² y los condicionantes

22 “Un teólogo no vive en las nubes, sino que forma parte de la Iglesia y de la sociedad, las cuales, tanto la una como la otra, no son cuerpos homogéneos, sino que se ven atravesados por tendencias, intereses y conflictos. Como cualquier agente social y eclesial, el teólogo ocupa un determinado lugar y su producción teórica y su práctica guardan una cierta funcionalidad para con tal o cual grupo de la Iglesia o la sociedad, ya sea apoyando, criticando, condenando o justificando. Esta situación es objetiva y no depende de la voluntad de las

históricos –por tanto, comprometidos, funcionales o no, y cambiantes– de la teología. Comienzan así a desplegar una de las cuestiones epistemológicas fundamentales de las ciencias sociales, la que emerge de someter a la producción misma de conocimientos a una interpretación histórica compleja que articule su campo mismo cognoscitivo con sus condicionamientos sociales.

Los pobres, la liberación, la espiritualidad, la relación entre fe y política, entre el amor y la violencia, la dimensión histórica, son temas principales para esta forma de hacer teología. Los teólogos los asumen, los trabajan y los desarrollan; los resultados varían, de acuerdo a sus características individuales y sus condicionamientos específicos. Ya se puede hablar de trayectorias, con sus permanencias y cambios, y también de diferencias que algunos llegan a agrupar en tendencias. Pero el conjunto posee suficiente unicidad, lo que permite referirse como un todo a sus temas, sus posiciones y su manera de hacer

personas. Sin embargo, el teólogo que ha tomado conciencia del fenómeno puede controlar y orientar dicha funcionalidad. Es una auténtica ingenuidad epistemológica pretender hacer un discurso teórico totalmente neutro, descomprometido y exclusivamente teológico” (Boff, 1982: 30-31).

teología. Ya es también un hecho la interpretación o percepción que hacen de la TL los medios sociales y las instituciones implicadas por el cristianismo. Que se correspondan o no totalmente con los contenidos de la TL puede ser materia de malos entendidos y de aclaraciones, pero sin duda indican la realidad de necesidades de nuevas ideas en el campo religioso.

¿Cómo ser cristiano en un mundo de miserables? ¿Con qué lenguaje decir a los que no son tratados como personas que son hijas e hijos de Dios? Preguntas como estas se hacen los teólogos a partir de la constatación de la situación en que viven las mayorías latinoamericanas. La mediación socioanalítica²³ –mediación en el sentido de instrumentos, medios de construcción teológica– de la TL se propone *conocer* las condiciones reales en que se encuentra el oprimido y sus causas. Este es el campo en que es más general y aceptada la utilización del marxismo por la TL: el pobre, exponen, es explotado económicamente, oprimido, marginado y discriminado, racial, sexual o culturalmente. En cuanto a la aceptación de las luchas de clases de los oprimidos hay más diferencias.

La pobreza no es más “una fatalidad”, ni algo que hay [que] aceptar y resignarse. La pobreza material es un estado escandaloso, condenado en las Escrituras, la tradición cristiana y, hasta cierto punto, en el magisterio eclesiástico. La pobreza espiritual del cristiano no consiste simplemente en desprenderse de riquezas, es tener una total disponibilidad ante Dios, es esperar y acoger a Dios. Gutiérrez plantea una síntesis: “la pobreza cristiana, expresión de amor, es solidaria *con los pobres* y es protesta *contra la pobreza*” (Gutiérrez, 1984 [1971]: 370). Según los Boff, esta solidaridad con los pobres tiene raíces propias, inherentes a la fe cristiana: teológicas, desde el Dios bíblico; cristológicas; escatológicas, como en el juicio final según el evangelio de Mateo; apostólicas, de la Iglesia primitiva; y eclesiológicas, la opción preferencial por los pobres, proclamada en Medellín y ratificada en Puebla.²⁴

La cuestión de los pobres en la TL no se limita al campo de lo social y económico: se sitúa en el nivel de la fe. Esto la diferencia en sus análisis del que hacen las ciencias sociales, aunque las utilice. Bien entendida, la cuestión

23 Cfr. Boff (1986: 228-236). Tomado de Boff y Boff (1982: 13-28). Ver también Boff y Boff (1986: 40 y 55).

24 “Solidarizarse con el pobre es adorar a Dios y comulgar con Cristo” (Boff y Boff, 1986: 66-68).

de la fe nos permite no reducir la posición de la TL a su dimensión política, ni a una interpretación de la realidad a partir de las ciencias sociales. “La función de la TL no ha sido, por lo tanto, la de introducir la política en la teología, sino la de introducir la teología en la experiencia de Dios que el pueblo pobre y creyente realiza en su práctica política de liberación”, ha escrito Pablo Richard (*op. cit.*, p. 40, n. 22). No es hacer ciencia o política, pero si implica ayudar a que el compromiso liberador de los cristianos sea más radical y más lúcido.²⁵

Situarse, pues, en la perspectiva del Reino de Dios es participar en la contienda por la liberación de los hombres oprimidos por otros hombres. La noción de espiritualidad –“seguimiento de Cristo”, sería su sentido estricto– para la TL exige en el cristiano una *conversión al prójimo*,

25 “El término ‘pobre’ puede parecer, además de impreciso e intraeclesial, un poco sentimental y, finalmente, aséptico. El ‘pobre’, hoy, es el oprimido, el marginado por la sociedad, el proletario que lucha por sus más elementales derechos, la clase social explotada y despojada, el país que combate por su liberación. La solidaridad y protesta de que hablamos tienen en el mundo actual un evidente e inevitable carácter ‘político’, en tanto que tienen una significación liberadora. Optar por el oprimido es optar contra el opresor” (Gutiérrez, 1984 [1971]: 371-372).

explicitado este en el individuo oprimido con los atributos que hemos descrito, que signifique una transformación radical de cada uno, encontrar a Cristo en el proceso de liberación y hacer de esta actitud algo que incluya *toda* la actividad vital del individuo y no una parte de ella, que le brinde significado como totalidad a cada detalle y aspecto de su vida.

Esa espiritualidad se realiza dentro de una comunidad, “es una aventura colectiva”. Y es un proceso de conversión y aprendizaje en la praxis que no termina, que reclama todo el curso de la vida de los cristianos. Totalidad, comunidad, búsqueda, formación y dedicación a lo largo de la vida; en la riqueza teológica de este concepto de espiritualidad reside también la posibilidad de establecer una insoslayable y fecunda confrontación con las ideas revolucionarias de ir logrando el cambio total de sí mismos, requisito indispensable para el curso de las revoluciones liberadoras y de transición hacia el comunismo.

Partiendo de la gratuidad del amor de Dios, expresada en el lenguaje místico y en la contemplación, la TL busca en el lenguaje profético la denuncia de la situación de injusticia y despojo en que viven los pobres. De la unión de ambos sale la teología, situada en la historia y buscando eficiencia para la praxis que es

necesaria en esa situación histórica. Se reivindica así la oración, se vuelve a interpretar al Nuevo Testamento y el conjunto de los libros de la Biblia,²⁶ y se van desarrollando los temas de una cristología y una eclesiología de la TL. Al nivel pastoral y en la actividad cristiana influida por las nuevas ideas se extiende ahora la relectura de la Biblia que encuentra un fortalecimiento de la fe y de la convicción en que la certeza de que el camino del cristiano es el de esperar y luchar por la liberación.²⁷

26 Ya son numerosos los trabajos de relectura de las Escrituras producidos por la TL. En cuanto a la espiritualidad, *cfr.* Gutiérrez: "Una espiritualidad de la liberación" (1984 [1971]: 253-260); *Beber en su propio pozo. En el itinerario espiritual de un pueblo* (1983: 208); "¿Qué es espiritualidad?" (1985a: 2-10); entre otros. Gutiérrez ha dedicado su último libro, *Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente* (1986a), a una reflexión sobre (y desde) el Libro de Job. Un ejemplo de esas reflexiones: "Además, la construcción misma de una sociedad justa requiere un impulso y un clima que únicamente la gratuidad puede dar. Efectivamente, no se trata de enfatizar lo lúdico y gratuito contra lo justo, sino de hacer que el mundo de la justicia encuentre su pleno sentido en el amor libre y fontal de Dios" (1986a: 209-210).

27 La Biblia se vuelve lectura del católico, no solo del protestante, y su estudio es promovido por las CEB y otras agrupaciones eclesiales. El Éxodo es preferido entre los libros del Antiguo Testamento, y también los

El concepto de liberación de la TL recorre, como es natural, toda su producción. Sin embargo, más que definido suele ser explicitado como práctica, como necesidad, como proceso histórico, puesto en relación con el pobre, el oprimido, el cristiano, con Cristo, con Dios y con otros conceptos manejados por la teología. No obstante, los tres niveles de significación del término que expuso Gustavo Gutiérrez en 1971 son generalmente aceptados:

- a) "Liberación expresa, en primer lugar, las aspiraciones de las clases sociales y pueblos oprimidos, y subraya el aspecto conflictual del proceso económico, social y político que los opone a las clases opresoras y pueblos opulentos";
- b) "Concebir la historia como un proceso de liberación del hombre, en el que este va asumiendo conscientemente su propio destino,

libros proféticos. Del Nuevo Testamento, los Evangelios, Hechos de los apóstoles y el Apocalipsis. Los Evangelios son lo más manejado, como toca al lugar central que la enseñanza y la personalidad de Cristo tienen en la TL y los MPC.

Por su parte, las fuerzas represivas han llegado a identificar como un índice de peligrosidad la tenencia de la Biblia, sobre todo en varios lugares de Centroamérica.

coloca en un contexto dinámico y ensancha el horizonte de los cambios sociales que se desean. Situados en esta perspectiva aparecen como una exigencia del despliegue de todas las dimensiones del hombre”;

- c) “[...] hablar de liberación permite otro tipo de aproximación que nos conduce a las fuentes bíblicas que inspiran la presencia y el actuar del hombre en la historia [...] Cristo salvador libera al hombre del pecado, raíz última de toda ruptura de amistad, de toda injusticia y opresión, y lo hace auténticamente libre, es decir, vivir en comunión con él, fundamento de toda fraternidad humana” (Gutiérrez, 1984 [1971]: 59-60).

Esos tres niveles pertenecen a “un proceso único y complejo que encuentra su sentido profundo y su plena realización en la obra salvadora de Cristo (*ibíd.*, p. 60). Salvación y liberación quedan así íntimamente relacionados, y ambas nociones enriquecidas de un modo que influye poderosamente en la reflexión teológica y en la manera de ser cristiano. El sistema mismo de creencias, representaciones y rituales religiosos, las instituciones eclesíásticas, son miradas a la luz de una fe que se siente histórica, humana, activa y crítica. Las formas concretas –y los conceptos abstractos– adoptados por

la modernización eclesíástica de la relación Iglesia-mundo corren el riesgo de ser sustituidas por esta concepción, que es realmente integradora del terreno de las necesidades más sentidas por los pueblos latinoamericanos y el campo de las dimensiones más hondas del cristianismo como fe, conciencia popular y proyecto.

Es comprensible que tal idea de liberación se considere extremadamente peligrosa por los beneficiarios y los defensores del orden y el sistema de explotación en América Latina, y por los burgueses y el gobierno de los Estados Unidos. Las profundas exigencias que envuelve el concepto de liberación están articuladas por una espiritualidad determinada: en la medida en que se es cristiano y comunidad cristiana se pretende practicar el proceso liberador; ese proceso a su vez será el que los constituya como cristianos de hoy y de mañana.

No se trata, por tanto, de la elección entre ser cristiano o ser revolucionario radical que puede presentarse en el curso de la lucha social, o de aquel que abandona el sacerdocio o las creencias religiosas como parte de su desarrollo personal. Se trata de una reafirmación de la fe religiosa y un replanteo de qué es ser Iglesia y cómo serlo, que integra como indispensable a ellos la praxis en defensa de los oprimidos,

los derechos humanos y los cambios profundos de las sociedades latinoamericanas. Son innumerables los testimonios de ese profundo movimiento renovador dados por miles de cristianos latinoamericanos; en su conjunto, constituyen una afirmación y una fuerza moral para la TL. Y desde hace una década, Centroamérica se ha convertido en el centro continental de insurrecciones y procesos revolucionarios de liberación, en los cuales la participación de cristianos es expresa y muy destacada. Las prácticas, la sensibilidad y las ideas de un cristianismo vuelto pueblo y proyecto constituyen una acumulación cultural trascendente y un polo de influencia y atracción para los cristianos del continente; al mismo tiempo, aumentan el prestigio y el peso de este tipo de cristianismo en el campo revolucionario.

La historia es una dimensión esencial en la TL. La comprensión de la Iglesia contemporánea de que no hay “dos historias”, sino una historia humana única, es profundizada por la TL, como hemos visto en citas y comentarios anteriores. Partir de la praxis históricamente condicionada de los hombres es relacionar la fe y la teología con el movimiento histórico de la humanidad. Esa posición tiene consecuencias importantes. Tanto el compromiso del cristiano y la comunidad como la reflexión que

los acompaña se renuevan y adquieren contenidos nuevos en las sucesivas etapas históricas. La “verdad” dogmática abstraída del tiempo se vuelve inaceptable,²⁸ y se da paso a planteamientos de evidente riqueza, como el de que la verdad evangélica es una verdad que se hace.

La reflexión misma sobre Dios busca entonces apoyo en el conocimiento profundo del tiempo en que se vive. Pero no es solo eso: la interpretación de la salvación, del pecado, de la evangelización, etc., se precisan y se comprometen,²⁹ *sin dejar de ser materia teológica*. Por otra parte, se abre el camino para una comprensión de la historia, la religión, la Iglesia y los papeles sociales que ellas han desempeñado a lo largo de la historia.³⁰ Y por

28 “La verdad es el nombre dado por la comunidad histórica a aquellos actos históricos que fueron, son y serán eficaces para la liberación del hombre”, afirma Assmann (1971), relacionando fe, praxis, criterio de verdad, historia y liberación. *Cfr. Oposición-Liberación. Desafío a los cristianos*. Tomado de Oliveros (1977: 178).

29 “La conversión evangélica exige más que un cambio en el corazón, exige también una liberación de la organización social que produce y reproduce comportamientos pecaminosos” (Boff y Boff, 1986: 88).

30 Desde la perspectiva de la TL, Dussel publicó *His-*

último, pero de la mayor importancia, se emprende un trabajo teológico de relectura de las Escrituras a la luz de esas concepciones que sitúa en sus lugares y condicionamientos históricos a la tradición y el magisterio eclesiásticos, funda una verdadera cristología de la TL y avanza en el terreno eclesiológico.

La utilización de los resultados obtenidos por las ciencias sociales, y de sus métodos en alguna medida, como auxiliares del trabajo teológico, deviene imprescindible dado el propio núcleo central de la TL y su metodología. La nueva teología es fortalecida por esa apropiación, que la ayuda a leer los hechos históricos y presentes en función profética. Relacionarse con las ciencias de modo indisoluble a la relación entre fe y sociedad no es poco, buscar los signos que guíen la praxis hacia un futuro esbozable y que permitan organizar la esperanza es todavía mucho más.

Al revisar los textos de los teólogos de la liberación que han estado a mi alcance, y entre ellos varios más recientes que se ven forzados

toria de la Iglesia en América Latina (1972); antes había publicado *América Latina y conciencia cristiana* (1970). P. Richard: *La Iglesia latinoamericana entre el temor y la esperanza* (1980); Beozzo: *Historia da Igreja no Brasil* (1980), y otros.

a volver sobre el tema,³¹ no encuentro razones para la tan reiterada crítica eclesiástica a la TL que se basa en que su utilización de las ciencias sociales atrae peligros de graves desviaciones. Si algo puede advertirse es que los de la TL trabajan con las ciencias sociales *desde* la teología. Una modernización bien entendida de Iglesia debería más bien aplaudir los logros que ha alcanzado la TL en la asimilación de esos instrumentos del conocimiento social.

En realidad, hay un fuerte componente ideológico en esas críticas, sin olvidarnos de la fuerza que todavía tienen el conservadurismo y el tradicionalismo en los medios cristianos; rasgos cuya historia, por cierto, podría conocerse mejor y tender a superarse con ayuda de la TL. Más allá de una preocupación excesiva de que el proceso de secularización que ha caracterizado a las sociedades en que vive el cristianismo en los últimos siglos se vuelva una corriente peligrosa –la del “secularismo”, para el cual el hombre ya no sería la imagen de Dios, sino al revés, lo divino sería símbolo de lo humano–, dentro de la Iglesia aparece la acusación de que la TL introduce el marxismo en el

31 Por ejemplo, “Teología y ciencias sociales”, de Gutiérrez (1984: 255-274), también publicado en varias revistas cristianas.

pensamiento y la práctica religiosos,³² y que esa peligrosa introducción lleva sin remedio hacia el ateísmo.

¿Por qué se pretende sacrificar uno de los aspectos más importantes de la “puesta al día” preconizada desde Vaticano II, el de abrirse a un conocimiento profundo y consciente de las sociedades, al acusar a “algunas TL” de introducir “la ideología” y el marxismo? Los teólogos de la liberación han apelado al buen sentido de sus críticos cuando anotan un simple hecho muy visible: ninguno de ellos se ha vuelto ateo en estos veinte años. Además, la participación de la fe, el pensamiento y las organizaciones religiosas en la actividad consciente de millones de latinoamericanos que necesitan con urgencia conocer su mundo y cambiarlo constituye, en el terreno práctico del lugar y la influencia social, un potencial de indudable valor positivo para la religión y la Iglesia. Hay una contradicción entre la modernización de la Iglesia y su doctrina social, por una parte, y esas críticas a la TL por otra.

32 Esa es la imputación usual y reiterada, aunque hay quienes permanecen en su conservadurismo tradicional: “El marxismo puede pasar de moda, pero la tentación secularista es más profunda y sin duda encontrará nuevas formas de presentarse” (Terán Dutari, 1985: 10).

Volvamos a los contenidos de la TL. La cristología desempeña en ella un papel central,³³ y no pretendemos exponer sus aportes aquí. Anotemos sin embargo algunos conceptos y planteamientos que nos ilustren sus posiciones.³⁴

Ante todo, se reivindica la obligación del cristiano de hablar a partir de Jesús y no sobre él, “como quien está tocado por la significación de su realidad”. Ese seguimiento implica al análisis que se hace de su legado desde una praxis concreta e histórica latinoamericana. Se considera a Jesús como el máximo exponente

33 “La reflexión sobre el misterio de Dios (eso es una teología) solo puede hacerse desde el seguimiento de Jesús” (Gutiérrez, 1983: 204). La cristología es desarrollada o transitada por todos los autores de la TL que hemos consultado. Por lo demás, es un lugar central de todo el pensamiento cristiano y ha sido fuente de las más encendidas polémicas desde los primeros siglos del cristianismo.

34 Los autores más conocidos de la TL en el tema cristológico son L. Boff (*Jesucristo Liberador*, 1971) y Sobrino (*Cristología desde América Latina*, 1976). Gutiérrez, a lo largo de su obra, desde *Teología de la Liberación* (sobre todo la Parte 4°, Sección “Fe y hombre nuevo”) hasta la “Conclusión” en *Hablar de Dios*. El teólogo de Uruguay, Segundo, *El hombre de hoy ante Jesús de Nazaret* (1983); Echegaray, *La práctica de Jesús* (1980); Dri, *La utopía de Jesús* (1984), y otros.

acerca de Dios, y al Nuevo Testamento como la elaboración que de aquella expresión hicieron las primitivas comunidades cristianas en las circunstancias de fines del siglo I. El Jesús histórico es privilegiado,³⁵ y se estudia su existencia y su praxis histórica. Los Evangelios mismos son entendidos como la interpretación del mensaje de Jesús que desde su praxis hicieron los primeros cristianos, y toda la historia de la cristología es puesta en relación con sus condiciones de producción.

La predicación y la acción de Jesús, plantean, está centrada en el Reino de Dios. El Reino no está solamente en el futuro, está también entre nosotros; no se origina en este mundo, aunque se comienza a realizar en él. El Reino es la liberación total e integral. El pecado social y personal es la negación del Reino de Dios y debe ser erradicado, no meramente perdonado. La predicación de la buena nueva se hace en un mundo regido por el pecado, y la conversión que implica para el cristiano acceder al Reino

35 “La forma de comprender la universalidad de Cristo en estas circunstancias concretas es la de su concreción histórica. En el Jesús histórico se encuentra la solución al dilema de hacer de Cristo una abstracción o de funcionalizarlo inmediatamente” (Sobrino: *op. cit.*, p. 18; citado en Oliveros, 1977: 417).

de Dios es un proceso caracterizado sobre todo por un cambio de sus actitudes respecto a todas las relaciones sociales, personales y religiosas, y de prácticas consecuentes a esos cambios.

La divinidad de Jesús está fuera de duda, como lo está la disyuntiva entre fe e incredulidad.³⁶ La comprensión de su práctica histórica de liberación debe partir de la idea del Reino que predicó, y que se acerca como liberación. Jesús asumió vivir entre los más pobres y oprimidos, serlo él mismo, escoger sus discípulos de entre los más “débiles y necios”, para anunciar y servir al Reino; a su vez, este “[...] ya se concretiza en la práctica de Jesús [...] su anuncio liberador ya se historiza entre los oprimidos, interlocutores privilegiados de su predicación y primeros beneficiarios de su práctica” (Boff y Boff, 1986: 77-78). El amor universal y la preferencia por los pobres caracterizan el

36 “En primer lugar, más que de la fe de Jesús, en oposición a una posible incredulidad, [la TL] está interesada en la historia de esa fe, pues en esa historia ve un paralelismo con la situación real del creyente. El problema de este no consiste en elegir entre fe e incredulidad (problema más típicamente europeo), sino en la problemática del paso de una fe heredada abstracta a una nueva fe liberadora” (Sobrino, *ob. cit.*, pp. 87-88; citado en Oliveros, 1977: 425).

anuncio que él hace del Reino, y su persecución y muerte son consecuencia de la oposición a su mensaje por parte de los opresores y usufructuarios de la sociedad en que vivió.³⁷ Jesús presenta a Dios el dolor y el abandono en que han vivido los oprimidos a lo largo de la historia. La fe de Jesús, centrada en la fidelidad a Dios y su misión de instaurar el Reino, la va viviendo en su historia concreta, como búsqueda.³⁸

El mensaje de amor de Jesús es consciente de que chocará con el pecado social, y de que las estructuras a las que este responde deben ser transformadas. “Jesús mostró con su ejemplo que puede haber compatibilidad entre el amor a las personas y la oposición a sus actitudes” (Boff y Boff, 1986: 88). El seguimiento de Cristo se hace a través del servicio al reino de

liberación y la lucha contra el pecado que niega a Dios y al Reino. El don liberador de Cristo permite entrar en comunión con Dios y con todos los hombres, define los actos y la vida cristiana en un proceso que se da históricamente en la liberación, pero no se agota en ese proceso mismo, que es su anuncio.

En la cristología de la TL se encuentran muchas de las páginas más inspiradas que he leído de esa corriente de pensamiento. El punto de partida y el método de la TL producen una específica hermenéutica de las Escrituras y un discurso teológico plenamente referido a los hombres concretos, reales, y a sus praxis históricas de liberación. Ellos no son los hombres en general, sino los oprimidos reales, los explotados que han existido y existen, y sus combates son el teatro del proceso histórico de liberación.³⁹ A los pobres se dirige el mensaje, pobreza es sinónimo de la disponibilidad y condición del seguimiento de Cristo, la praxis conducirá a la liberación y el proceso nunca

37 Varios autores han realizado estudios sobre Palestina en el siglo I de la era cristiana, en los que las estructuras de la economía y la política, las clases sociales y sus representaciones son expuestos con notable rigor y puestos en relación con la personalidad de Jesús, su procedencia y su actuación. La utilización que hacen estos teólogos de los logros del conocimiento científico social, y específicamente del marxismo, ha motivado también críticas fuertes en el seno de la Iglesia.

38 “La fe no es la *posesión* de Dios y su reinado, sino la *búsqueda* de ellos” (Oliveros: 1977: 426), que explica el Cap. IV de la obra de Sobrino (*op. cit.*).

39 “Enviando a su Hijo, el Padre apostó por la posibilidad de una fe y una conducta marcadas por la gratuidad y la exigencia de establecer la justicia. Siguiendo las huellas de Jesús, los ‘perdedores’ de la historia –como Job– están haciendo que el Señor gane su apuesta” (Gutiérrez: 1986a: 225.)

terminado de ella formará hombres nuevos. Las bienaventuranzas se llenan de sentido y promueven fe y convicciones; la reformulación de la utopía permite prefigurar metas y vivir ideales en medio de las terribles condiciones cotidianas del continente.

Ya hemos referido cómo las nuevas ideas y prácticas cristianas expresadas en la TL y los MPC exigen profundización y replanteos de las concepciones que se tienen sobre la Iglesia. La modernización conciliar y posconciliar fue decisiva para todo el catolicismo, pero es obvio que las necesidades latinoamericanas van más allá del campo de esas reformas. En la TL, la eclesiología fue terreno obligado desde sus inicios y teatro de muy duras polémicas, porque en América Latina las condiciones sociales y el nivel de los conflictos, la toma de conciencia cristiana y las formas de organización y de pensamiento que adopta, desbordan las estructuras, funciones y estilo de la Iglesia institución.

La TL reclama la formación y desarrollo de una nueva conciencia eclesial y la redefinición de la tarea de la Iglesia en nuestro mundo. El punto de partida conciliar de la Iglesia como pueblo de Dios, que declarativamente implica un lugar secundario para la jerarquía, fue tomado aquí en estricto sentido: las comunidades cristianas y la actividad liberadora del cristiano

son lo primordial. La actividad cristiana, condicionada a su vez por la actividad concreta e histórica del mundo en que ella está inmersa, será decisiva para que la Iglesia encuentre su misión en América, la cumpla y se fortalezca y desarrolle al mismo tiempo como Iglesia.

Dado el carácter de la TL, la dimensión pastoral es central en su eclesiología. Establecidos el origen y el proceso histórico de la Iglesia institución, y sus relaciones con la fe del pueblo y con las estructuras sociales que se han sucedido,⁴⁰ los teólogos miden su peso y sus condicionamientos actuales, para entender sus acciones posibles y actuar en consecuencia. Con ayuda de las ciencias sociales, profundizan en la comprensión de la religiosidad misma, sus formas organizadas y sus implicaciones sociales.⁴¹ Abordan los problemas de las

40 Es lo que hace, por ejemplo, Richard (1980), cuando define un modo determinado de relación Iglesia-sociedad, al que llama Cristiandad, como la forma de inserción de la Iglesia en la sociedad que utiliza como mediación el poder político y social de las clases dominantes (Cfr. *La Iglesia latinoamericana entre el temor y la esperanza*, sobre todo los caps. 4 y 5).

41 Por ejemplo, O. Maduro (1979), en su libro *Religión y lucha de clases*, conceptualiza los requisitos para que la visión preponderantemente religiosa del mundo de grupos sociales subalternos pueda tender a

relaciones y la posible articulación de la Iglesia con otras fuerzas sociales que buscan cambios cualitativos en el sentido de la liberación, reivindicando siempre la perspectiva específica en que inscriben sus análisis: liberación integral, Reino de Dios. La cuestión de la participación en política es obligada. Se parte del magisterio eclesiástico –especialmente de Pablo VI y de Puebla– para insistir en los deberes de los cristianos respecto a la concreción del compromiso con los pobres y oprimidos. Se buscan poner en concordancia la interpretación de los textos del magisterio con las realidades y las urgencias que se presentan ante los religiosos y laicos en la actualidad.

El potencial evangelizador de los pobres es un tema central en la Iglesia de las últimas décadas.⁴² Para la TL, que busca ser ante todo “la

cumplir una función revolucionaria, influyendo en los terrenos de la conciencia de clase, la organización de clase y la movilización de clase. Para que esa influencia se logre, la religión de las clases explotadas debe expresar su contradicción fundamental con las clases explotadoras y también “conservar una cierta continuidad con las tradiciones de la misma clase (y, sobre todo, con las tradiciones religiosas de ella)”. Tomado de Richard (1981), que utiliza también ese marco teórico en su “Religiosidad popular en Centroamérica”.

42 “El compromiso con los pobres y los oprimidos y el

interpretación de la fe que viene de los pobres” (Gutiérrez, 1978: XXXVI),⁴³ la Iglesia debe nacer de la fe del pueblo como un requisito indispensable para presentarse como señal de liberación y ser un instrumento de liberación.⁴⁴ Pero la Iglesia institucionalizada se ha comprometido con las clases dominantes a lo largo de la historia de las sociedades. Más que enumerar hechos que ilustren el desvío de la institución de su misión respecto a la fe y el mensaje cristianos, la TL analiza los procesos y las estructuras de poder creadas al cabo de ellos, la necesidad de realizar cambios profundos que revolucionen a la Iglesia institución y la fuerza motriz para lograrlos que será la praxis

surgimiento de las Comunidades de Base han ayudado a la Iglesia a descubrir el potencial evangelizador de los pobres” (Puebla, 1147).

43 En “La fuerza histórica de los pobres”.

44 “La mejor manera de evangelizar a los pobres consiste en permitir que los propios pobres se hagan Iglesia y ayuden a toda la Iglesia a ser realmente una Iglesia pobre y de pobres. En razón de ello comenzaron a surgir, por todas partes en América Latina, millares de CEB, círculos bíblicos y una verdadera pastoral popular. En estas comunidades los cristianos fueron descubriendo la *comunión* como el valor teológico estructurador y estructurante de la Iglesia” (Boff y Boff: 1986: 84).

cristiana de liberación.⁴⁵ La TL ha hecho muy serios aportes al conocimiento de las formas de poder y su ejercicio en la Iglesia institución. Leonardo Boff la ha llamado mediación socioanalítica religiosa al uso de las ciencias sociales con ese fin desde el trabajo eclesiológico.

45 La obra de L. Boff (1984) *Iglesia: carisma y poder*, subtitulada *Ensayos de eclesiología militante*, desarrolla con gran riqueza los temas que anuncia en el título. Boff utiliza la sociología, la economía y otras ciencias sociales, habla de capital simbólico, medios de producción religiosa y modos de producción disimétricos (sociedades de clases), en cuyos medios creció la Iglesia al mismo tiempo que producía un proceso de concentración del poder religioso, “un proceso de expropiación de los medios de producción religiosos por parte del clero a costa del pueblo cristiano”. En un texto posterior, Boff precisa con agudeza conceptos como el de sincretismo, y formula una clara advertencia contra los peligros del inmovilismo institucional: “En América Latina y en Brasil tenemos que hacer una teología de urgencia. De lo contrario perdemos el tren. Nos suplantarán la enorme vitalidad religiosa del pueblo, secuestrada por otros grupos ajenos a la Iglesia Católica [...]” (Boff, 1984: 362-363).

En torno a esta obra y a su autor se dio, en 1984, la más sonada acusación de altas instancias vaticanas a un teólogo de la liberación: las manifestaciones del cardenal Joseph Ratzinger, Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe (llamada del Santo Oficio hasta 1965). La convocatoria a Roma de Boff y demás detalles son conocidos.

Otro tema que retoman y desarrollan en ese campo es el de las relaciones entre Jesús, su prédica y la Iglesia. La TL fundamenta desde el Nuevo Testamento el papel del Reino –que es fin último y a la vez construcción histórica– como centro de la prédica de Cristo, y a la Iglesia como la comunidad organizada, instituida sobre la fe en la resurrección, posterior por tanto a la Pascua, misionera, que busca la fraternidad humana en la realización de su designio salvífico. Las formas institucionales de la Iglesia han evolucionado y tendrán que seguir haciéndolo para que se produzca el triunfo del amor, de la liberación.⁴⁶ La Iglesia participa del plan de Dios, y la salvación no se reduce a la acción eclesial. “En un mundo radicalmente escindido, la función de la comunidad eclesial es luchar contra las causas profundas de la división entre los hombres” (Gutiérrez, 1984 [1971]: 347).⁴⁷

46 “¿Cuál es la forma institucional que Jesús quiso para su Iglesia? [...] quiso y sigue queriendo aquella que la comunidad apostólica, iluminada por la luz del Espíritu Santo y confrontada con las urgencias de la situación, decida y asuma responsablemente” (Boff, 1979: 94).

47 Gutiérrez (1984 [1971]) continúa: “Solo ese compromiso puede hacer de ella un auténtico signo de uni-

La TL reivindica con fuerza la ligazón imprescindible entre el amor eficaz al prójimo y el sacrificio expresado en el rito de la misa, entre el culto y la acción en procura de la fraternidad humana. Gustavo Gutiérrez expone el ejemplo de Camilo Torres.⁴⁸ La eclesiología en la TL trasciende efectivamente a la modernización reformadora posconciliar en un campo especialmente difícil, dados el verticalismo y la disciplina férrea de la Iglesia institucional, y le hace un llamado a encontrar fuerzas en sí

dad. Esa unidad transita hoy, en particular en América Latina, a través de la opción por los oprimidos [...]. La Iglesia misma se irá haciendo una en este proceso histórico y en este compromiso por la liberación de los marginados y expoliados”.

48 Gutiérrez recuerda la declaración pública de Camilo Torres al pedir al cardenal Concha Córdoba “[...] que me libere de mis obligaciones clericales para poder servir al pueblo, en el terreno temporal. Sacrifico uno de los derechos que amo más profundamente: poder celebrar el rito externo de la Iglesia como sacerdote, para crear las condiciones que hacen más auténtico el culto [...]. Pero la comunidad cristiana no puede ofrecer en forma auténtica el sacrificio si antes no ha realizado, en forma efectiva, el precepto del amor al prójimo” (Torres, 1970: 227-228). Gutiérrez (1984 [1971]: 327, n. 31) anota: “El gesto de Camilo hizo percibir despiadadamente una realidad oculta bajo una montaña de palabras y buenas intenciones”.

misma para revolucionarse y marchar eficazmente con el pueblo cristiano en el sentido de las necesidades y urgencias del continente.

La TL es una de las fuentes más importantes de la nueva manera de vivir la fe y de actuar como cristianos que pugna por extenderse en América actual. Reflexiona sobre las prácticas y sobre las estructuras significativas de la Iglesia y de las sociedades, ayuda a comprender y motivar, a profundizar en la interpretación de las Escrituras, la tradición y el magisterio eclesiástico, a fundamentar *desde la religión* actuaciones en favor de la liberación.⁴⁹ Contribuye a modificar positivamente el acervo cristiano en cuanto a principios y comportamientos, y sienta bases de una ética que considera al hombre inmerso en sus condiciones de existencia y en los conflictos sociales, incluida la lucha de clases.

49 “El quehacer teológico desde –y más aún– por las clases explotadas, las razas despreciadas, las culturas marginadas mismas, es una parte del ejercicio de su derecho a la liberación [...] toda reflexión es una manera de tener poder en la historia; solo una manera, es cierto, pero se trata de una verdadera contribución al poder necesario para transformar la historia, para destruir un sistema opresor y construir una sociedad humana y justa. Reflexionar sobre la fe vivida en la lucha es una condición para anunciar al Dios liberador desde los hombres” (Gutiérrez: 1978: XXXVII-XXXVIII).

Quisiera terminar esta breve exposición de los temas de la TL con algunas calificaciones de la teología y de la religión que ilustren y ayuden a presentar sintéticamente los puntos de vista de la TL, tomadas de textos de sus propios autores.

La TL no es únicamente, como algunos lo piensan aquí, una teología que pone el acento en lo social. Es eso, pero es más; intentamos situarnos allí donde no es posible separar solidaridad con los pobres y espiritualidad, amor fraterno y oración, ser humano y Dios. Eso es ser cristiano, discípulo de Cristo, Dios y hombre (Gutiérrez, 1985b: 22).

La teología debe ser un pensamiento crítico de sí mismo, de sus propios fundamentos [...] en plena posesión de sus instrumentos conceptuales [...] también una actitud lúcida y crítica respecto de los condicionamientos económicos y socioculturales de la vida y reflexión de la comunidad cristiana, no tenerlos en cuenta es engañarse y engañar a los demás. Pero además, y sobre todo [...] la teoría de una práctica determinada. La reflexión teológica sería entonces, necesariamente, una crítica de la sociedad y de la Iglesia, en tanto que convocadas e interpeladas por la palabra de Dios; una teoría crítica, a la luz de la palabra aceptada en la fe, animada por una

intención práctica e indisolublemente unida, por consiguiente, a la praxis histórica (Gutiérrez, 1984 [1971]: 28).

La TL parte decididamente de la fe. Esta es su primera palabra; en el acto de captar la realidad en su iniquidad y en la opción por las mayorías humilladas resulta vivo el horizonte de la fe en el que se mueve vitalmente el cristiano. El objeto de la teología es Dios, el Dios revelado; pero no solo Él; lo son también todas las cosas en cuanto vistas a la luz de Dios. Esto significa que también es propio de la teología hablar de la historia, la política, la economía, la sociología y cualquier cosa que se contemple a la luz de Dios [...]. Cuando, por ejemplo, piensa sobre realidades complejas y 'seculares' (la sociedad, los mecanismos del empobrecimiento, las organizaciones populares y la política del trabajo, la función del Estado, etcétera) necesita conocer analítica y críticamente estas realidades [...]. Una vez descifradas [...] el teólogo pasa a leerlas a la luz de la fe, de la tradición, del magisterio y la razón teológica (Boff, 1976, 1984: 347-348).

La TL, finalmente, intenta articular una lectura de la realidad a partir de los pobres y en interés por la liberación de los pobres; en función de esto maneja las ciencias del hombre y de la sociedad,

medita teológicamente y postula acciones pastorales que ayuden a caminar a los oprimidos (Boff, *op. cit.*, p. 235).⁵⁰

V

Las críticas a la TL a partir de su supuesta adhesión o influencias marxistas son una constante desde su surgimiento; a ellas aludí en un punto anterior de este ensayo. Entre otras razones que llevan mantener esas críticas están los propios límites de la modernización posconciliar de la Iglesia: la reforma siempre se propone también evitar la revolución, y el marxismo expresa el proyecto más revolucionario de nuestra época a la escala mundial.

Sin embargo, esa diferencia más general se da en un medio concreto, o más exactamente, en medios concretos que pueden tener grandes disimilitudes entre sí, en los cuales las realidades sociales dominantes, los conflictos

y las interpretaciones de ellos y de los pensamientos y posiciones de marxistas y religiosos resultan determinantes. Un conjunto de prejuicios de orígenes antiguos y recientes se une a la diversidad de interpretaciones procedentes de los diferentes complejos culturales y de las determinaciones clasistas que los recorren y condicionan.

Cuando surgió la TL, la bancarrota del desarrollismo, la Revolución cubana y demás factores a los que nos referimos antes propiciaban en América Latina un clima favorable al despliegue de acciones y actitudes revolucionarias, y también al desarrollo de pensamientos que analizaran con radicalidad las causas del mantenimiento de estructuras de explotación y opresión, y mostraran caminos ciertos para prácticas opuestas al sistema de dominación. Por otra parte, el marxismo dogmático que predominó en las últimas décadas estaba siendo sometido a las más duras críticas, y también el reformismo y el sectarismo en las organizaciones socialistas. Esa conjunción abrió una etapa de renovación y auge de las ideas marxistas y una expansión notable de su influencia en este continente. A pesar de las críticas fundadas y los prejuicios mutuos, la asunción o utilización de elementos del marxismo por la TL no resultaba muy difícil.

50 Ver "Teología de la liberación: lo mínimo de lo mínimo" (Boff, *op. cit.*). Boff hace una exposición concisa y rica de la TL en *Iglesia: carisma y poder* (Boff, 1982, Cap. 2, epíg. 7) y "Sexta tendencia teológica: la teología del cautiverio y de la liberación" (Boff, 1976: 40-42).

Han transcurrido más de quince años de violentas luchas de clases y de liberación nacional, y de gigantescas represiones y dictaduras de “seguridad nacional” que lograron derrotar insurrecciones, movimientos de masas y resistencias. Estados Unidos desempeñó un papel muy importante en el desarrollo de las capacidades criminales contra los pueblos de la región, y reforzó su dominio sobre los países. La mayoría de los sectores burgueses “modernos” fue cómplice activa de las represiones y el imperialismo, o se allanó a todo, en defensa de sus intereses y su cuota de poder. Las políticas económicas se han ido subordinando e integrando a la centralización transnacional, el pago de tributos y el abandono de proyectos capitalistas nacionales. El saldo social es de disminución de la parte de la renta que reciben los trabajadores, auge del desempleo, degradación de servicios sociales y empobrecimiento y miseria urbana y rural. El grosero determinismo económico neoliberal es la ideología que pretende que se acepten como naturales estas realidades de iniquidades y entreguismo. La democratización política pretende ser vehículo de una reformulación de hegemonía que prevenga rebeldías y resistencias.

La Revolución cubana se ha afianzado y obtenido grandes logros sociales en ese período.

El triunfo de la Revolución sandinista y los grandes avances de la insurrección salvadoreña han creado una experiencia extraordinaria de desarrollos populares y una influencia muy positiva para las ideas y los movimientos de liberación. Pero la cultura política en el continente tiene a su favor una gran acumulación reciente, y en contra la pérdida de gran parte de las organizaciones populares, transacciones políticas que conllevan el desarme de movimientos sociales combativos y el cansancio y desaliento que siguen a los mayores esfuerzos y sacrificios. Se pretende descalificar desde la sombra “democrática” toda propuesta o actividad que pueda atacar alguno de los fundamentos de la dominación capitalista, y muchos reducen su actividad y sus ideas a lo que se considera posible. Las organizaciones y las prácticas sociales y políticas deberán entonces mantenerse dentro de lo aceptable por el sistema de dominación, y la alternancia procedente de los eventos democráticos estará también inscrita dentro del sistema.

Al marxismo se lo combate de las formas acostumbradas, pero además se insiste en que ha entrado en definitiva decadencia, junto con sus proyectos, sus organizaciones y el campo de países socialistas. En la actualidad, las críticas a la TL en lo que toca al marxismo

insisten en los riesgos del ateísmo y la eliminación de la fe, en el carácter supuestamente muy limitado de la doctrina marxista –“se basa solo en el proletariado, no en todos los pobres; pretende cambios socioeconómicos solamente, no una liberación integral”–, en que el marxismo favorece el odio y la lucha de clases, y está ligado a concepciones totalitarias que aspiran a sustituir al capitalismo por regímenes en los cuales a lo sumo se obtienen ventajas sociales a cambio de libertad. Se intenta que los teólogos de la liberación aclaren que tienen muy limitadas relaciones con el marxismo y tiendan a alejarse de él, dentro de una campaña para hacerlos parecer una modalidad de pensamiento teológico sin mayores conflictos y socavar la identidad de la TL. En la medida en que esa maniobra pudiera prosperar, estos teólogos quedarían ante la disyuntiva de declarar su distancia del marxismo o “parecer marxistas”.

Más allá de los problemas de la coyuntura, me parece esencial encarar la cuestión de las relaciones entre la TL y el marxismo. En su texto fundador, Gustavo Gutiérrez la plantea de manera clara y profunda: “[...] de hecho, la teología contemporánea se halla en insoslayable y fecunda confrontación con el marxismo [...]. Falta, sin embargo, una confrontación teórica

y práctica de alto nivel que deje los caminos trillados del ‘diálogo’ e innove creadoramente” (Gutiérrez, 1984 [1971]: 25-26 y 33).

Ese reclamo es fundamental, y no ha sido satisfecho todavía. Forma parte de la motivación que me ha llevado a sostener innumerables intercambios con activistas de la Iglesia popular y teólogos de la liberación, y que me condujo a estudiar, investigar y escribir este texto. Quisiera hacer algunos comentarios, pero debo comenzar por explicitar cuál es mi posición dentro de las diferentes corrientes que se reclaman marxistas.

Considero que el marxismo es, ante todo, la teoría social de las luchas de clases y de liberación nacional en el mundo contemporáneo, que trata de contribuir al conocimiento del sistema de dominación capitalista y el neocolonialismo, a concientizar y organizar contra él movimientos políticos y sociales, a su derrocamiento revolucionario y el establecimiento de poderes populares que lleven adelante transiciones socialistas de las sociedades de sus países, articuladas entre sí y con los movimientos en lucha a escala mundial mediante el internacionalismo. Lo fundamental que caracteriza a esa transición es ser la época de la creación de las bases y el desarrollo de una nueva cultura, diferente y opuesta a la del capitalismo, en la

que el motor fundamental será el que los participantes se vuelvan mayoría y capaces de cambiarse a sí mismos y a las condiciones de reproducción de la vida social. Una cultura de la organización social, la educación, las actitudes y conductas individuales, la política, el manejo de la economía, de todas las dimensiones que incidan en la eliminación progresiva de todas las dominaciones y la formación de personas nuevas y una nueva manera de vivir en sociedades nuevas.

Una nueva cultura que en el curso de la lucha y las transformaciones sociales ayude a los hombres y mujeres a volverse capaces de cambiar sus vidas y construir el mundo sobre nuevas bases. Serán procesos prolongados, pero necesariamente ininterrumpidos. Para el marxismo, reitero, el cambio social liberador solo puede ser obra de los explotados y dominados, y ellos *se cambiarán a sí mismos* en el proceso de cambiar sus circunstancias.⁵¹

51 “Por consiguiente, la revolución no solo es necesaria porque la clase dominante no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará la clase *que derriba* salir del cieno en que se hunde y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases”. (Marx y Engels, 1966 [1846]: 78). En el mismo sentido, ver *Tesis sobre Feuer-*

Es necesaria la organización política, e incluso político militar, para enfrentar a la dominación, que constituye un sistema muy elaborado que va desde la violencia ilimitada hasta una compleja red cultural, que está basada en siglos de poder y de consenso de gran parte de los dominados, y en la época reciente ha sido articulada a escala planetaria. Afortunadamente existen las luchas de clases y de liberación, para que pueda existir la fraternidad humana y llegue a predominar el amor.⁵² La liberación es un largo y duro proceso que hay que recorrer.⁵³ Las clases sociales del marxismo no son

bach (Marx, 1959 [1845]: Tesis III) y las páginas finales de *Miseria de la Filosofía* (Marx, 1985 [1847]).

52 En 1965 escribía Ernesto Che Guevara al director de *Marcha* de Montevideo: “Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad [...]. Nuestros revolucionarios de vanguardia tienen que idealizar ese amor a los pueblos, a las causas más sagradas y hacerlo único, indivisible”, en “El socialismo y el hombre en Cuba” (Guevara: 1970 [1965]: 382, T. 2). Este breve ensayo es uno de los más importantes textos marxistas que se han escrito en América.

53 A los 26 años, Marx ya tenía clara conciencia de esto: “para superar la *idea de la propiedad privada es plenamente suficiente la idea del comunismo. Pero*

simplemente los sujetos de conceptos generales económicos que denotan estructuras y funcionamientos, porque para Marx la clase solo se constituye en el curso de los conflictos y las luchas de clases. Sostener que el marxismo fomenta el odio entre las clases es absurdo: ese odio ha sido alimentado muy bien por los que han mandado, desde tiempo inmemorial. Los movimientos de liberación inspirados en el marxismo se proponen precisamente eliminar las causas que engendran esos odios, ir hacia la desaparición de las clases mismas y los Estados, y fomentar eficazmente relaciones directas, fraternales y humanas entre *todos* los seres humanos.⁵⁴

*para superar la propiedad privada real, hace falta la acción real del comunismo. La historia se encargará de llevarla a cabo, y ese movimiento que mentalmente nos representamos ya como autosuperación tendrá que recorrer en la realidad un proceso muy duro y muy largo". A continuación, Marx celebra como un progreso efectivo que se pueda tener ya, sin embargo, conciencia de ese movimiento histórico, "y una conciencia, además, que se eleva por encima de él". Cfr. *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*. (Marx, 1965: 130).*

54 Marx mismo insistió bastante en la distinción entre clases e individuos en su concepción teórica y en sus análisis de casos, y en las consecuencias que hay que extraer de esa distinción en el terreno de las valo-

Los pueblos que ya tienen poderes revolucionarios se ven obligados a combatir una y otra vez contra el inmenso poder que todavía tiene el capitalismo a escala internacional, que se les opone en todos los terrenos para tratar de hacerlos fracasar; tienen que luchar contra el llamado subdesarrollo, que va desde la falta de tecnología hasta las cabezas de los hombres, es un pozo en que caen las mejores intenciones y un peso muerto que tira en dirección contraria a la liberación. La unidad, el poder grande y la organización firme, el control de los recursos y de su manejo, las grandes empresas de transformación de la vida económica y social, no son caprichosas elecciones: son los caminos que hay que recorrer.

Esos procesos comenzaron a tener un suelo práctico en el mundo desde hace casi setenta años. Han involucrado las vidas y los proyectos de centenares de millones de personas, convirtiéndose en la más rica experiencia histórica de puesta en marcha de sociedades en busca del socialismo. Sus logros y creaciones, sus

raciones. En el prólogo del primer tomo de la obra más importante de su madurez, *El Capital* [1867], aclara que se refiere en ella a los capitalistas y terratenientes solo "en cuanto personificación de categorías económicas, como representantes de determinados intereses y relaciones de clase" (Marx, 1962: xxiii).

insuficiencias, sus errores, sus fracasos y sus proyectos son insoslayables para todo planteo serio de participación y de reflexión relativos a la liberación de la humanidad.

Existen enormes tensiones y contradicciones entre el proyecto y los ideales de liberación socialistas y la formación y cristalización de las instituciones a través de las cuales debe emprenderse y adelantarse la transición hacia la sociedad sin clases y liberada. La literatura marxista está llena de planteamientos y polémicas alrededor de ese problema crucial, desde décadas antes de la Revolución de Octubre hasta la actualidad. En la práctica se trata de un proceso muy difícil, en el que se recae una y otra vez en la reproducción de aspectos de una sociedad regida por el individualismo, el egoísmo, el poder de grupos, y se sale angustiadamente, una y otra vez.⁵⁵ Es fundamental estar

cada vez más lejos del modo de vida y la cultura burgueses, y lograr cada vez más relaciones fraternas entre los hombres, más pacificación de la existencia y más capacidades sociales para avanzar hacia el comunismo.

Al mismo tiempo, el marxismo es, a mi juicio, la teoría social que posee un paradigma, una estructura teórica y un método más acertados, lo que permite utilizarla como instrumento del conocimiento social con unas potencialidades que no tienen igual. Es la epistemología por excelencia de las ciencias sociales y humanas. Su propia teoría y su método histórico y dialéctico le permiten, además, interrelacionar los aspectos ideológicos y científicos en los procesos y los resultados de conocimiento –incluida la valoración crítica de su propia historia–, irse muy por encima de sus propias condiciones de producción, y prefigurar nuevas relaciones sociales y humanas y nuevas instituciones, en procesos sociales de liberación. El marxismo puede brindarnos una inmensa ayuda como brújula de la actividad intelectual.

Quisiera hacer dos precisiones. Primera, la cuestión de la historicidad: es necesario estudiar y conocer la historia y las vicisitudes del marxismo, con ayuda de sus propios medios de conocimiento. El marxismo no es algo dado de una vez para siempre, igual a sí mismo. Sus

55 Lenin lo sabía bien. Desde las dramáticas discusiones alrededor de la paz de Brest –“¿Creéis que el camino de la revolución está sembrado de rosas? [...]. Así sería fácil ser revolucionario”, le dice a sus compañeros en medio de una ardiente discusión– hasta sus escritos postreros, como “Nuestra revolución” [1923], Lenin trata esa cuestión con riqueza inigualada. Con razón pudo sugerir el Che al que quiera estudiar marxismo que debe leer hasta el último papel que escribió Lenin (1963) desde la toma del poder hasta el final de su vida.

núcleos fundamentales han sido una y otra vez afectados, durante casi siglo y medio, por los aportes intelectuales que han hecho sus pensadores, las influencias de otras corrientes de pensamiento social, ciencias e ideologías, el movimiento histórico del capitalismo, el surgimiento y desarrollo del socialismo, las revoluciones y las contrarrevoluciones, el reformismo y otras adecuaciones a la cultura dominante del capitalismo.

Es cierto que la producción teórica goza de una relativa autonomía, y que las incorporaciones de nuevas ideas, como el influjo de nuevas circunstancias, se asumen casi siempre desde y sobre el saber y las creencias intelectuales cristalizadas anteriormente. El pensamiento producido específicamente en cada momento histórico determinado expresa, al mismo tiempo, una continuidad de pertenencia teórica e ideológica y una acumulación cultural determinada, es objeto de unas determinadas “traducciones” de lo nuevo al conjunto en que se inscribe y muestra una complejidad en la que pueden distinguirse variantes y ambigüedades.

Resulta imprescindible entonces, para comprender y utilizar el marxismo, poner cada una de las manifestaciones suyas con que operemos en relación con sus condiciones históricas de producción, a la vez que con la totalidad

teórica a la que pertenece. Ello aumenta extraordinariamente su riqueza sus potencialidades. Y permite, entre otras cosas, apreciar cómo se ha ido ampliando y desarrollando –en un largo proceso no exento de contradicciones y retrocesos– el campo teórico del marxismo y los asuntos que examina.

Una segunda cuestión es la relativa al supuesto estatuto científico del marxismo como antítesis de la fe religiosa, que se basa en las creencias de que el marxismo elimina toda fe al reducirla a “política”, a “ciencia” o a “materialismo” filosófico. Frialdad absoluta en la que me resulta imposible reconocernos. Ante todo, sin poseer una intensa fe nadie participa y cree en un proyecto de cambio tan radical de las condiciones de existencia y actuación que han parecido “naturales” e inevitables a lo largo de la historia como es el proyecto de liberación socialista. ¿Cómo puede sino representarse el individuo la sociedad que vendrá y ponerla en relación con sus valores y sus actuaciones en la vida inmediata? ¿Cómo podría, sin esa fe, enfrentar los trabajos, los sacrificios, los riesgos, los fracasos, la esperanza, la solidaridad, la entrega?

El marxismo está adscrito a un tipo de conciencia social que hermana la actuación política revolucionaria con una posición ética

determinada y a la transformación de los individuos con la lucha social. Si recorremos, por ejemplo, los planteamientos más importantes de la Revolución cubana a lo largo de su historia, los conceptos de moral, desinterés, espíritu de sacrificio, solidaridad, pureza revolucionaria, honestidad, superación, entre otros, campean por textos, discursos y declaraciones;⁵⁶ su significado se enseña en la práctica, en las escuelas y en las demás instituciones de nuestra sociedad.

En el terreno de la teoría existe una deformación, desgraciadamente muy extendida, que le atribuye al ateísmo un lugar central en el marxismo, que sería el portador de las antítesis irreductibles de “ciencia-religión” y

“materialismo-religión”, y estaría destinado a salvar a la humanidad de las supersticiones y el oscurantismo con los cuales identifican a las religiones. La corriente más fuerte e influyente en el marxismo durante las últimas décadas utiliza oficialmente el término “ateísmo científico”. Esa posición reduce al marxismo a un simple seguidor anacrónico de corrientes del pensamiento que acompañó y animó al triunfo de la burguesía en la Europa de los siglos XVIII y XIX. El marxismo ateísta es ciego y sordo ante sus propios principios teóricos, su historia y la del movimiento histórico al que responde.

No es posible valorar la famosa crítica del joven Carlos Marx acerca de la religión sin informarse acerca del ambiente filosófico, de crítica de la religión y político en los medios alemanes de la coyuntura en que se publicó. Pero a continuación debemos pedirle al autor que responda por lo que escribió. La *Introducción...* de 1844 es un rotundo opúsculo contra todo el orden vigente en Alemania, que comienza por analizar las funciones que tiene la religión al servicio de ese orden y plantear la necesidad de que la crítica trascienda completamente a ese aspecto de la dominación. Si en vez de las siete palabras tan repetidas leemos el párrafo en que ellas están, constatamos de inmediato que no se trata de

56 En centenares de discursos, escritos, entrevistas y declaraciones, Fidel Castro ha manejado todos esos conceptos como expresión coherente de las posiciones marxistas y comunistas, al tratar los temas más importantes de la lucha, la construcción socialista y el internacionalismo. Para buscar ejemplos solo en los Congresos del PCC, recordemos el capítulo X, “El Partido”, del informe Central al Primer Congreso, o el último párrafo de aquel Informe; o la “Introducción” al Informe al Segundo Congreso. Con motivo del Tercer Congreso puede verse por toda Cuba un afiche político que tiene como lema una frase del Informe al Primero: “El Partido es hoy el alma de la Revolución cubana”.

un insulto al creyente religioso.⁵⁷ Por cierto, el opio era en aquel momento muy notorio, por la guerra con que Inglaterra se lo había impuesto a China; he pensado que el joven escritor jugó con la idea de que el dinero y el poder disponían del opio, y los pobres solo de la religión. Pero el párrafo, además, debe ser remitido al conjunto de la argumentación que se hace en el texto del que forma parte. Muy pronto Marx emprenderá su camino intelectual independiente, y se puede apreciar como en su obra la religión es entendida como una de las realidades sociales que participan en una formación social determinada.⁵⁸

57 “El sufrimiento religioso es, por una parte, la expresión del sufrimiento real y, por la otra, la protesta contra el sufrimiento real. La religión es el suspiro de la criatura oprimida, el corazón de un mundo sin corazón, así como es el espíritu de una situación carente de espíritu. Es el opio del pueblo” (Marx, 1959: 38).

58 “Lo que diferencia a Marx de otros críticos de la religión y ateos es que su crítica no se contrae al terreno moral. Que la superstición, e incluso la opresión y la miseria, sean malas es cierto; pero el pensamiento que se detiene ahí no es otra cosa que la forma más alta de la ideología burguesa: la crítica de sí misma. Es un signo de inteligencia, de madurez capitalista, incluir siempre a esta crítica entre sus gastos; en los países más avanzados se hace de una manera realmente notable” (Martínez Heredia, 1970: 24).

A mi juicio, lo principal que aportó Marx para la comprensión de las religiones es el conjunto de su teoría social, y no los pasajes o fragmentos en que trata de temas religiosos. Ella facilita acercarse con profundidad a estos temas, como a otros, en relación con las formaciones sociales y sus particularidades, la dominación y la hegemonía, las clases y las luchas de clases, la conciencia social, las relaciones entre individuo y clase, las revoluciones y la transición al socialismo.

El marxismo contemporáneo tiene tareas importantes por realizar en cuanto a la cuestión religiosa. El proceso de universalización iniciado por el bolchevismo y la Internacional Comunista registró logros en este campo, pero pronto fue víctima de su desencuentro con la complejidad de culturas, realidades y necesidades de África, Asia y América Latina, y de las profundas deformaciones que acarrió el trágico final de la Revolución bolchevique en los años treinta y la imposición de una versión dogmatizada, empobrecida y manipulada del marxismo. El eurocentrismo y la colonización mental “de izquierda” han sido corolarios muy negativos de aquella situación. Pero los avances de la conciencia en las últimas décadas y el ciclo reciente de luchas populares han incidido muy positivamente en el pensamiento de

muchos marxistas, tanto en el abordaje dialéctico y las posiciones de apertura ante los problemas y las ideas, como en la recuperación de pensadores tan valiosos como Antonio Gramsci y José Carlos Mariátegui.

Es cierto que la progresiva capacidad de las ciencias para explicar los fenómenos de la naturaleza, y de la técnica para aplicar los conocimientos y revolucionar la vida con sus productos, contribuye a disminuir uno de los soportes de la religiosidad, que es la sacralización de las relaciones hombre-naturaleza, o la mediación sobrenatural para explicar una parte de ellas. Pero la fe religiosa –y la mediación teológica– pueden asumir esos avances y trabajar con ellos. Por otra parte, es obvio que la contradicción vida-enfermedad-muerte, ligada aparentemente a la relación hombre-naturaleza, es permanente para todos, y que la contradicción bien-mal, ligada a lo social, aparece con gran frecuencia en los eventos, la vida diaria y las concepciones que sobre ellos se tengan. Es natural tener actitudes hacia esas contradicciones basadas en la fe religiosa, como también lo es buscarles condicionantes sociales y tratar de conocer mejor su naturaleza.

La Razón o la Ciencia no eliminan a la Religión. En los procesos de liberación pueden extenderse extraordinariamente las explicaciones

naturales para los fenómenos naturales, pero lo esencial es que se extienden extraordinariamente las explicaciones sociales, y en buena medida socialistas, para los fenómenos *naturales y sociales*. Se forma un nuevo medio ideológico y cultural, dentro de cuya complejidad lo natural y lo social se inscriben en las praxis. Ello no agota, sin embargo, los modos en que se viven las relaciones con los fenómenos naturales y sociales. El lugar, o los lugares que vayan ocupando la fe religiosa y las religiones en ese medio ideológico dependen de las condiciones concretas que existan en cada país, su acumulación cultural histórica y el curso de cada proceso.

Muchos cristianos arrastran el pesado fardo del anticomunismo, grosero o elaborado, hijo de una ideología o de un prejuicio que la hegemonía burguesa les ha transmitido. El temor, más de una vez fundado, a ser perseguidos o que les arrebaten su fe, a no poder transmitir sus creencias a sus hijos, cumple la función política de dividir a los dominados, y puede oscurecerles algo que es básico, la explotación y opresión que sufren las mayorías bajo el capitalismo. Los marxistas también cargamos con prejuicios de diferentes procedencias: el civilizatorio, que tacha de superstición y “atraso” a la fe religiosa, es creyente en la ciencia y es reforzado por los procesos de secularización;

el de la tacha de conservadurismo que se le supone al cristiano por serlo, en campos de la vida cívica y la privada; el del ateísmo, que implica cierta elaboración intelectual y puede creer que es un deber militante. La historia de la Iglesia institución contiene otro factor negativo, que pertenece al campo de los hechos: la secular pertenencia de sus jerarquías al campo de las clases dominantes, la participación en sistemas de explotación, opresión y represión, y la actividad reaccionaria de una parte de sus miembros frente a las identidades y demandas populares, y frente a las revoluciones, que pretende tener su legitimidad en la defensa de la religión.

Comparto el criterio de Gustavo Gutiérrez acerca de las limitaciones del llamado diálogo entre cristianos y marxistas, que resulta insuficiente e inadecuado en la América Latina, porque es un recurso de comunicación y de cálculo para las condiciones y la cultura política europeas. Por una parte, las necesidades, las ideas, las emociones y los ideales en este continente reclaman la marcha común y los avances hacia la unión de todos los sectores populares, que tienen una diversidad extraordinaria; por otra, cristiano o marxista no es una disyuntiva: en el campo popular muchos son cristianos y marxistas. El respeto mutuo alimentado por

la colaboración en la defensa de los derechos populares se vuelve admiración mutua y fraternidad probada cuando se llega a compartir la lucha y la entrega.⁵⁹ Y en el terreno de la teoría sirve como presupuesto ideológico para replantear más profundamente y comprender mejor a la religión, las iglesias, los creyentes, y los papeles que ellos pueden desempeñar en el curso de la liberación y en los regímenes de transición socialista.

La participación de todos los que están comprometidos con la liberación de los oprimidos en el análisis crítico y apasionado de las experiencias de las personas y de los pueblos que toman el camino de la liberación es muy necesaria y resulta sumamente positiva para todos.

59 Dos ejemplos muy destacados, entre muchos. El del sacerdote guerrillero de Nicaragua, Gaspar García Laviana, Comandante del FSLN, muerto en combate el 11 de diciembre de 1978. Entre sus poemas, uno brevísimo y profundo: "A morir, a morir/ guerrillero;/ que para subir al cielo/ hay que morir primero". El arzobispo Oscar Arnulfo Romero, de El Salvador, asesinado el 24 de marzo de 1980. Romero, que vio venir "un cristianismo consciente", denunció con firmeza ejemplar las causas estructurales de la miseria y la explotación, y la represión salvaje contra el pueblo. "La voz de la sangre es la más elocuente de las palabras", dijo, "Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño".

Además, es indispensable para los críticos militantes: forma parte de su asunción del acervo de las praxis de liberación y facilita que puedan pensar más acertadamente, con sus propias cabezas, los modos y vías por los cuales harán efectivos sus compromisos. Se van haciendo aportes notables por unos y otros.⁶⁰

Las revoluciones potencian a un grado muy alto las capacidades del individuo de cambiar, elevarse, volverse superior a sus circunstancias y asumir actitudes y conductas nuevas y fraternales. La convicción, la pasión, el entusiasmo, la fe, el desinterés, la entrega, la capacitación, plasmados en acción continuada y en organización, reproducidos cada vez en mayor número y calidad por el proceso múltiple de la educación social, en la que los papeles de educador y educando se mutan e interactúan, van estableciendo unos patrones de conducta y unas representaciones espirituales –que pueden configurar una ética, al menos parcialmente– de lo justo, lo humano, lo digno, lo que se debe hacer en la vida, las

condiciones que esperamos que reúnan nuestros familiares y demás allegados, los principios que es honesto sostener.

Todo lo anterior es vida espiritual, es organización progresiva de las normas que deben regirla y prefiguración de sucesivas revoluciones que esas propias normas sufrirán, intento de crear una nueva moral basada en una sociedad liberada, que sucede en medio de angustiosas recaídas en la manera prerrevolucionaria de vivir, y sin fáciles y aplicables recetas generales. Sería injusto, y un error de gran trascendencia, no ver al socialismo impulsando ese complejo proceso de liberación. Solo los explotadores y opresores saldrían ganando de ello.

VI

La “Instrucción sobre algunos aspectos de la Teología de la Liberación”⁶¹ fue el documento vaticano que más duramente criticó a la TL. Todos los teólogos comprometidos con ella y numerosos publicistas cristianos contestaron a esas críticas con una avalancha de argumentos

60 Entre nosotros se destaca la entrevista de Frei Betto a Fidel Castro, *Fidel y la religión* (Betto, 1985). Cientos de miles de ejemplares se vendieron en Cuba, y ha tenido gran acogida en Brasil y en otros países del continente.

61 Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, 6 de agosto de 1984.

y aclaraciones, a la vez que ofrecieron síntesis de las posiciones de la TL como parte de sus alegatos. Las publicaciones progresistas cristianas o afines dedicaron gran espacio a defender la TL. Las comunidades eclesiales de base, otras organizaciones cristianas y religiosos y obispos comprometidos se unieron a la defensa de la TL y del derecho de los cristianos latinoamericanos a vivir su fe desde su propio mundo.

Dos años después, la situación ya no es la misma. La “Instrucción sobre libertad cristiana y liberación”, publicada el 5 de abril de 1986, segundo documento de la Congregación sobre el tema de la liberación, ya anunciado en el primero,⁶² parece expresar, en su tono positivo y en la valoración que hace de las CEB, del amor preferencial por el pobre y de lo que llama misión liberadora de la Iglesia, el inicio de una “nueva etapa”. Diversos teólogos han analizado a la nueva “Instrucción” desde los puntos de vista de la TL, la mayoría de ellos con reservas hacia la comprensión real que aquella pueda tener de esta teología producida en

América, entre otras observaciones críticas.⁶³ Se reconoce sin embargo el lenguaje moderado y el tono constructivo del documento.

Un impacto positivo mucho mayor ha tenido la carta enviada por el Papa Juan Pablo II a la Conferencia Episcopal brasileña el pasado 9 de septiembre, poco después de su encuentro en Roma con veintidós obispos representativos de aquella Conferencia. Además de celebrar que la Iglesia brasileña haga una opción preferencial por los pobres y participe en el reclamo de reformas distributivas –como la agraria–, derechos humanos y servicios sociales, el Papa se refirió a las dos Instrucciones sobre la TL que en su momento él aprobó, calificó a la TL de “no solo oportuna, sino útil y necesaria”, y la llamó a cumplir un conjunto de requisitos para lograr mantener una “plena adhesión a la constante enseñanza de la Iglesia en materia social [...] plena fidelidad a la doctrina de la Iglesia”, ser una nueva etapa teológica en estrecha conexión con las anteriores y, a la vez, “inspirar una praxis eficaz” en favor de los derechos

62 Ambas Instrucciones pueden encontrarse en *Páginas* (Lima: CEP) N° 63-64 y 77, entre otras publicaciones.

63 Cfr. Los comentarios de Ellacuría, Sobrino, Gutiérrez, L. Boff y Fomet-Betancourt, en *Diakonia* N° 38 (1986). Ver, en *Páginas* N° 78 (1986), un análisis de Moreno Rejón y otro de Gutiérrez. Ver, asimismo, Richard (1986: 1-4); Gutiérrez (1986b).

sociales y humanos y por la “construcción de una sociedad humana basada en la fraternidad y la concordia, en la verdad y en la caridad”, que logre lo que no pueden lograr, dice, el capitalismo ni el socialismo.⁶⁴

El Papa exhortó a la Iglesia brasileña a desempeñar un papel principal en el desarrollo de la TL, como un servicio no solo para Brasil sino para América Latina y otras regiones del mundo con problemas análogos.

Ya se tengan opiniones optimistas respecto a estas valoraciones recientes de las jerarquías vaticanas y el efecto favorable que ellas tendrían para el desarrollo ulterior de la TL, o se vean con reservas sus motivaciones y sus insuficiencias, me parece indiscutible que esta teología tiene suficiente entidad propia para seguir desarrollándose como cuerpo de pensamiento ligado a una realidad tan acuciante como la latinoamericana, en cuyas necesidades más profundas encuentra motivación y fuerza. Continúan apareciendo las contribuciones intelectuales de los teólogos. A fines de

1985 comenzó la publicación progresiva de una colección que deberá tener 55 volúmenes, llamada *Teología y liberación*, y publicará textos de más de cien teólogos; pretende proveer a los agentes de pastoral y a todos los interesados un conjunto articulado del pensamiento cristiano de liberación.⁶⁵ Un grupo numeroso de revistas cristianas publica artículos y ofrece otros materiales desde los puntos de vista de la TL. Ellas sirven de vehículo también a numerosos centros de reflexión y formación de agentes de pastoral y cuadros de los MPC, que participan muchas veces en actividades de promoción social con organizaciones populares.

La importancia que da Juan Pablo II a la doctrina social de la Iglesia puede tener aspectos positivos para la renovación cristiana en un medio como el latinoamericano. Sin embargo, la ortodoxia ideológica que el pontífice reclama vigorosamente –y que incluye una crítica severa del socialismo y el marxismo–,⁶⁶ puede ser un factor

64 El texto completo en *Diakonia* N° 38 (1986) y en *Páginas* N° 78 (1986). En su visita a Colombia, el Papa había expresado públicamente que la TL “es útil y necesaria” (2 de julio de 1986), esta vez en la sede del CELAM, en Bogotá.

65 Los editores de la colección son *Vozes*, de Petrópolis, y *Ediciones Paulinas*, de Buenos Aires y Madrid.

66 Un caso muy reciente es su quinta encíclica, *Dominum et vivificantem* (Señor que da vida), de mayo de 1986, dedicada al Espíritu Santo en la vida de la Iglesia y el mundo. En su parte tercera se critica dura y expresamente al marxismo, reduciéndolo a un materialismo

negativo que choque con la necesaria originalidad de pensamiento y actuación que tienen los MPC y la TL. La máxima autoridad eclesiástica sigue considerándose intangible, por lo que las iniciativas de las comunidades siguen sumamente condicionadas y la actividad de los pensadores está sujeta en buena medida a los criterios favorables o no que tengan sus superiores.

Un complejo de factores intraeclesiales y extraeclesiales afectará al curso futuro de la TL. Entre estos últimos, es indudable la importancia que tendría la ampliación del campo popular en América, proveniente del avance de revoluciones de liberación en unos países y el logro de transformaciones a favor del pueblo en otros; pero sabemos que en la actualidad las causas populares confrontan una coyuntura difícil. Las fuerzas políticas que administran la democratización en la región tienden a desmontar los movimientos populares, de derechos humanos y otros de protesta social; en ese marco, la TL podría ser incluida en las presiones dirigidas a que los movimientos cristianos atemperen su mensaje y sus prácticas de liberación al espectro de actividades válidas dentro del sistema de

dominación. Esas presiones serían un complemento secular de la pretensión de espiritualización de corte tradicional que se les pide a estos teólogos desde dentro de la Iglesia.

¿Le tocará a la Teología de la Liberación el destino de ser finalmente una vanguardia modernizadora de la Iglesia en América Latina, que logró ir mucho más allá que la modernización eclesial europea, pero no tan lejos como el proyecto que formuló? ¿O, por el contrario, mantendrá y profundizará su actividad teológica creadora y su mensaje de liberación, contribuyendo a una renovación revolucionaria del cristianismo y al proceso liberador de los pueblos?

Creer que debe ocurrir una correspondencia simplista de la TL con sus condicionamientos sociales e intraeclesiales inmediatos llevaría probablemente a escoger la primera alternativa. Pero los que creemos en la relativa independencia del trabajo intelectual esperamos mucho de la segunda alternativa. La obra que tiene sentido para las necesidades humanas y calidades suficientes de contenido es siempre un potencial de enorme riqueza, aunque pase por etapas de espera respecto a su impacto social. Desde una perspectiva histórica, es inevitable que sobrevenga una nueva época de acciones colectivas por transformaciones liberadoras en América Latina y el Caribe, desde puntos de partida que

vulgar que pretende eliminar a la religión “por los métodos más oportunos según los lugares y circunstancias”.

no conocemos hoy, en las cuales participarán millones de cristianos. Lo harán como parte de los pueblos, pero la fuerza y las potencialidades de los movimientos serán mayores si también lo hacen en cuanto cristianos organizados y pensantes. Cabe esperar que en esa nueva época la TL, reflexión teológica desde la praxis cristiana de liberación, tense sus fuerzas y ofrezca profecía, espiritualidad y utopía a los pueblos –la teoría se convierte en fuerza material si se encarna en la masa del pueblo–; esto es, que concorra como parte y componente del proyecto de liberación que será imprescindible levantar por sobre los asuntos de cada día, y que dará sentido y victoria a los sacrificios y los combates de los pobres del continente.

BIBLIOGRAFÍA

- Araya, V. s/f “La Teología de la Liberación: aproximación histórica” en *Serie Iglesia y Religión* (México DF: Centro Antonio de Montesinos) N° 25-26.
- Assmann, H. 1971 *Opresión-Liberación. Desafío a los cristianos* (s/d).
- Assmann, H. 1983 “Os ardis do amor em busca de su eficacia” en *Perspectiva Teológica*, N°15 225.
- Beozzo, J. O. 1980 *Historia da Igreja no Brasil* (Petrópolis: Vozes).
- Betto, F. 1981 *O que é Comunidade Eclesial de Base* (San Pablo: Brasilense).
- Betto, F. 1985 *Fidel y la religión* (La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado).
- Boff, L. 1971 *Jesuscristo Liberador* (Petrópolis: Vozes)
- Boff, L. 1976 *Teologia do cativo e da libertação* (Petrópolis: Vozes).
- Boff, L. 1979 *Eclesiogénesis. Las comunidades de base reinventan la Iglesia* (Santander: Sal Terrae).
- Boff, L. 1982 *Iglesia: carisma y poder. Ensayos de eclesiología militante* (Santander: Sal Terrae).
- Boff, L. 1984 “Respuesta a Ratzinger” en *Revista Latinoamericana de Teología*, N° 3: 347-348.
- Boff, L. 1986 “Teología de la Liberación; lo mínimo de lo mínimo” en *Cuadernos de Nuestra América* (La Habana) N° 5: 228-236, enero-junio.
- Boff, C. y Boff, L. 1982 *Libertad y liberación* (Salamanca: Sígueme).
- Boff, C. y Boff, L. 1986 *Como fazer Teologia da Libertação* (Petrópolis: Vozes).
- Diakonia* (Managua: CICA) N° 38, junio de 1986.

- Dri, R. 1984 *La utopía de Jesús* (México: Nuevomar / CEE).
- Dussel, E. 1970 *América Latina y conciencia cristiana* (Quito: Don Bosco). En <<http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/otros/20120131124343/america.pdf>> acceso 22 de abril de 2018.
- Dussel, E. 1972 *Historia de la Iglesia en América Latina* (Barcelona: Nova Terra).
- Echegaray, H. 1980 *La práctica de Jesús* (Lima: CEP).
- Guevara, E. Ch. 1970 *Obras* (La Habana: Casa de las Américas) T. II.
- Gutiérrez, G. 1982 *Acompañando a la comunidad* (Lima: CEP).
- Gutiérrez, G. 1983 *Beber en su propio pozo. En el itinerario espiritual de un pueblo* (Lima: CEP).
- Gutiérrez, G. 1984 “Teología y ciencias sociales” en *Revista Latinoamericana de Teología* (San Salvador: UCA) N° 3: 255-274, septiembre-diciembre.
- Gutiérrez, G. 1984 [1971] *Teología de la liberación. Perspectivas* (Lima: CEP).
- Gutiérrez, G. 1985a “¿Qué es espiritualidad?” en *Diakonia* (Managua: CICA) N° 33: 2-10, enero-marzo.
- Gutiérrez, G. 1985b “Lyon: Debate de la tesis de Doctor” en *Páginas* (Lima: CEP) N° 71-72: 22, Separata.
- Gutiérrez, G. 1985c “Vaticano II y la Iglesia latinoamericana” en *Diakonia* (Managua: CICA) N° 36: 293, diciembre.
- Gutiérrez, G. 1986a *Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente* (Lima: CEP).
- Gutiérrez, G. 1986b *La verdad los hará libres* (Lima: CEP).
- Lenin, V. I. 1963 [1923] “Nuestra revolución” en Lenin, V. I. *Obras completas* (La Habana: Editora Política) 42 Tomos.
- Maduro, O. 1979 *Religión y lucha de clases* (Caracas: Ateneo).
- Martínez Heredia, F. 1970 “Marx y el origen del marxismo” en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 41: 24, junio.
- Martínez Heredia, F. 1980 “Neocolonialismo e imperialismo. Las relaciones neocolonialistas de Europa en África” en *Economía y Desarrollo* (La Habana: Facultad de Economía, Universidad de la Habana) N° 58: 148-186, julio-agosto.
- Marx, C. 1959 “Contribución a la crítica de la Filosofía del Derecho, de Hegel. Introducción” en Marx, C. y Engels, F. *Sobre la religión* (Buenos Aires: Cartago).

- Marx, C. 1959 [1845] *Tesis sobre Feuerbach* en Marx, C. y Engels, F. *Obras escogidas* (Moscú: Editorial en Lenguas Extranjeras) T. II.
- Marx, C. 1959 [1859] “Prólogo de la *Contribución a la crítica de la Economía Política*” en Marx, C. y Engels, F. *Obras escogidas* (Moscú: Editorial en Lenguas Extranjeras) T. I.
- Marx, C. 1962 *El Capital* (La Habana: Editorial Nacional de Cuba).
- Marx, C. 1965 *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844* (La Habana: Editora Política).
- Marx, C. 1985 [1847] *Miseria de la Filosofía* (Moscú: Progreso).
- Marx, C. y Engels, F. 1966 [1846] *La ideología alemana* (La Habana: Edición Revolucionaria).
- Metz, J. B. 1981 “s/d” en *Nicarúac* (Managua) N° 5: 32, abril-junio.
- Munárriz, J. M. 1985 “La Teología de la Liberación en los documentos de la Iglesia: Medellín y Puebla” en *Anthropos* (Caracas: Salesiana) N° 2/11: 45-60, julio-diciembre.
- Oliveros, R. 1977 *Liberación y teología. Génesis y crecimiento de una reflexión (1966-1976)* (Lima: CEP).
- Páginas* (Lima: CEP) N° 63-64, 77, 78, de 1986.
- Richard, P. s/f “Para entender la Teología de la Liberación” ” en *Serie Iglesia y Religión* (México DF: Centro Antonio de Montesinos) N° 25-26.
- Richard, P. 1980 *La iglesia latinoamericana entre el temor y la esperanza* (San José: DEI).
- Richard, P. 1981 *Religión y política en América Central* (San José: DEI).
- Richard, P. 1986 “El Vaticano, el Papa y la TL latinoamericana” en *Pasos* (San José: DEI) N° 7: 1-4, agosto.
- Segundo, J. L. 1970 *De la sociedad de teología* (s/d).
- Segundo, J. L. 1983 *El hombre de hoy ante Jesús de Nazaret* (Madrid: Cristiandad) 3 T.
- Sobrino, J. 1976 *Cristología desde América Latina* (México: CRT).
- Sobrino, J. 1985a “El Vaticano y la teología de la liberación” en *Controversia* (Bogotá: CINEP) N° 127: 49, julio.
- Sobrino, J. 1985b “Vaticano II visto desde América Latina” en *Diakonia* (Managua: CICA) N° 36: 319, diciembre.
- Terán Dutari, J. 1985 “Acercamiento a la Teología de la Liberación (II)” en *Mensajero* (Quito) N° 703: 10, julio-agosto.
- Torres, C. 1970 *Páginas escogidas* (La Habana: Universidad de La Habana / PCC - Serie Hombres de la Revolución).

ALGUNAS REFLEXIONES*

I

La revolución bolchevique soviética y el establecimiento y evolución de la URSS, el trágico proceso posrevolucionario sucedido en ese país en los años treinta y el sistema de dominación que fue impuesto durante más de medio siglo, constituyen una historia cuyo conocimiento es imprescindible para quien pretenda hoy pensar el socialismo y luchar por él. La URSS y los demás regímenes llamados socialistas erigidos en Europa tuvieron ya su destino, pero la importancia que adquirió el

* Escrito en Matanzas el 15 de junio de 1993. Publicado en: Martínez Heredia, F. 2006 [1998] *Socialismo, liberación y democracia. En el horno de los noventa* (Melbourne / Nueva York: Ocean Sur) pp. 146-158 [N. de la Ed.] Este texto ha sido poco destacado en la obra de FMH. Sin embargo, constituye una reflexión profunda sobre los elementos que pueden llevar a la caída de un régimen socialista. El tiempo de su redacción nos da pistas sobre las motivaciones y desafíos que lo conforman.

“socialismo” de tipo soviético, sobre todo después de la victoria sobre el fascismo en 1945, afectó de diversas maneras al mundo entero. La influencia material e ideal de la URSS y de los mecanismos políticos e ideológicos que ella controló o desarrolló fue muy grande y se sostuvo durante varias décadas. El pensamiento y las luchas de liberación contra el colonialismo, el neocolonialismo y el capitalismo han sido muy condicionados por esa prolongada influencia, y al mismo tiempo por las relaciones, las pugnas, los conflictos y las concertaciones entre el campo controlado por la URSS y los Estados capitalistas y sus clases dominantes. No trataré aquí este tema tan amplio, que necesitaría un desarrollo independiente.

II

Uno de los rasgos fundamentales de la crisis del que llamaron socialismo real, que se vuelve decisivo en la fase final, es la desactivación de

las capacidades y de los sentimientos revolucionarios de las personas y de las instituciones del régimen, frente a las realidades y las amenazas crecientes contra sus valores y su propia existencia. En esa fase, la obediencia rige como mecanismo de control eficaz para el tránsito al capitalismo, la disciplina opera como ceguera, y la ideología economicista dicta los nuevos cambios como una fatalidad. La devaluación de todo lo propio y de la vida que se ha vivido se torna una oscura forma de defensa, que el individuo asume para no autodestruirse, ante la impotencia general para enfrentar, detener y revertir el proceso final. Se produce un abandono progresivo de: a) los medios de poder social que se habían creado y utilizado; b) la convicción que se tenía acerca de la legitimidad del sistema; c) la comprensión socialista del mundo y de la vida. Y todo esto sucede sin que medie el avasallamiento militar desde el extranjero.

Tarda en hacerse visible la realidad del cambio de funciones que está experimentando el grupo de dominación, que incluye la conversión de una gran parte de ese grupo en el conductor del proceso de liquidación del régimen, y en usufructuario de la nueva situación. Una parte de las diferencias que caracterizan en el capitalismo a las clases sociales aumenta y se

desemboza, pero el grupo de dominación sigue sin lograr la legitimidad que es inherente a una clase dominante establecida, e incluso no se atreve aún a pretenderla. El papel de la corrupción –término amplio y provisional, cuyos contenido, funciones y evolución deberían precisarse y estudiarse– en el proceso de diferenciación clasista se multiplica y se arraiga a gran velocidad. El poder que ha existido acepta su reducción progresiva, tanto estatal como política, como de conducción ideológica de la sociedad. Los fundamentos de la forma de Estado, de gobierno y de la propiedad, la vigencia de valores de solidaridad entre las personas, son los últimos rasgos en ser abandonados formalmente; la pérdida práctica de esos factores en etapas previas es un aspecto principal de la transición.

III

El mundo llamado del socialismo real, que desapareció entre 1989 y 1991, no era el contexto del socialismo en Cuba, sino una camisa de fuerza que lo aprisionaba.

Las privaciones que está sufriendo hoy la mayoría de la población cubana no son suficientes por sí solas para hacer degenerar al

régimen socialista, ni para lograr que cese el apoyo activo a él. Lo decisivo es cómo se viven esas privaciones, de qué realidad ideológica y política forman parte, qué factores contrarrestantes de poder social y de realización personal tenga y sienta tener la mayoría de la población, qué actuaciones lleve a cabo el poder revolucionario y qué camino muestre, ya que durante toda una época han sido ese poder y el camino que orienta los referentes de la conducta cívica de la población, y desde ellos ha identificado sus comportamientos, sus esperanzas y su sentido de proyecto y trascendencia.

El mercado negro no solo ha crecido abruptamente, sino que ya cambia su composición respecto a la precedente clasificación de las relaciones económicas en tres grandes grupos que hice apenas un año atrás: estatales y otras legales, de mercado negro y del dólar, relacionadas estas últimas entre sí. La combinación de una extrema escasez de productos y servicios con una sobrecirculación estimada en 8.500 millones de pesos –los salarios correspondientes a un año– es un factor importante de ese cambio, pero no el único. El dólar rige cada vez más al mercado negro, de varias formas: es proveedor a ese mercado de productos muy avaluados, es devaluador y dominador del peso cubano, es desnacionalizador y desocializador del

propio mercado negro respecto a su entidad tradicional y a la funcionalidad que tuvo durante treinta años de transición socialista en Cuba. Esto hace aún más erosionante la entrada del dólar en la vida cubana. Esa moneda se torna el símbolo de una creciente ideología de “eficiencia económica”, parece regir a la parte más dinámica de la economía nacional, es la medida efectiva de gran parte de las operaciones económicas, es probablemente la moneda de atesoramiento, y llega a ser requisito de funcionamiento de buena parte de las actividades del Estado, porque se le exige obtenerlo a muchas áreas estatales, como medida de su “eficiencia”.

Sin embargo, el poder del dólar aumenta sobre todo como símbolo del consumo. Con él, lo inalcanzable se obtiene y puede tornarse normal, se satisfacen las necesidades y hasta deseos, los más disímiles servicios se ofrecen y el buen trato reina. El “*fula*” es el equivalente general de las mercancías, y cada vez más productos y servicios son mercancías. La distribución socialista, tan brutalmente contraída por la crisis económica, sufre una profunda depreciación moral, porque ya no es la más prestigiosa. (Qué proporción conserva ella respecto a la satisfacción de necesidades a escala social es un dato desconocido, como sucede hoy con casi todos los datos importantes). Las esferas

sociales en que interviene el dólar son las más atractivas –al menos en la capital y en la zona Varadero-Cárdenas– en cuanto a empleo, expectativas de realización personal y percepción de eficacia.

“Trabajar en turismo” es un ideal que crece a velocidad arrasadora y lo mismo puede decirse respecto a las empresas y entidades ligadas al dólar. No hay que despreciar el enorme valor de realización personal que le dan muchos miles de individuos jóvenes con alto nivel de instrucción, como el lugar en que vale la pena trabajar. Su dura disciplina y sus exigencias no son rechazadas; se ven como algo inherente a su naturaleza y como obligaciones que prueban al que cumple con ellas y muestran su calidad personal. El valor de desigualdad material y de prestigio social que tiene trabajar en la economía del dólar crece al mismo ritmo vertiginoso en que se deterioran el área socialista de la economía y los consumos relacionados con ella.

Los precios del mercado negro en pesos cubanos resultan prohibitivos o demasiado altos para las familias de ingresos bajos y medios. Si se quiere participar en su circuito algo más que esporádicamente, es necesario obtener de algún modo o fabricar mercancías, ofrecer servicios, criar animales, para realizarlos en el mercado negro. La tasa de cambio ilegal dólar-peso

es conocida por todos (y ya va por 55); ella afecta cada vez más a los precios del mercado negro. Van siendo numerosos los vendedores de mercancías o servicios que solo aceptan dólares como pago. Del área dolarizada pasan al mercado negro mercancías, servicios y dólares. Estas actividades ya involucran a una gran cantidad de personas, aunque los papeles que desempeñan y su significación en el conjunto son muy diferenciados.

La resultante general es obvia: hay que obtener dólares. La prostitución y una gama de servicios relacionados con ella constituyen también una buena fuente, y ganan un espacio en la contienda espiritual del país, desde el rechazo ideológico y moral hasta la aceptación o aprobación hacia la persona que está “luchando”. Otras actividades con dólares parten de ofrecer productos y servicios cobrados en esa moneda a cubanos y extranjeros, sea para gastarla en consumos posteriores de los vendedores o para emplearla en negocios del mercado negro en dólares. Por más que impresione moralmente, la prostitución como alquiler del propio cuerpo y otras actividades de individuos en busca de dólares son instancias igualadoras respecto a las oportunidades, buscadas por elementos pertenecientes a sectores sociales carentes de posición social relevante o de ingresos altos.

La prostituta busca con los medios a su alcance lo que busca el miembro de sectores medios al entrar en una “corporación”.

La llamada corrupción aumenta sus actividades y su peso general. En realidad es un término que carece de valor para el conocimiento de las actitudes y motivaciones de las personas y los grupos sociales cada vez más diferenciados. No me es posible desarrollar la cuestión en un texto como este, por lo que me limito a señalar que el hurto que cometen personas empobrecidas con vista a obtener algún dinero que les permita resolver necesidades primarias no debe relacionarse jamás con la malversación, la aceptación de coimas y otros delitos que cometen personas que desempeñan funciones.

¿Qué política gobierna o intenta gobernar esta situación? ¿Cuáles son las percepciones que se tienen ante la progresiva reducción de los ámbitos del Estado cubano? ¿Cuál es la política y cuáles son las percepciones que se tienen respecto a las relaciones entre la realidad descrita arriba y el socialismo, entre la sobrevivencia y el socialismo, entre el curso de los negocios conjuntos con el capital extranjero y el socialismo? ¿Qué papel juega o jugaría ante todo lo anterior una coalición fuerte entre el poder revolucionario que ha sido tan legítimo durante tantos años y una mayoría interesada

en conservar el socialismo y movilizada a favor de él? ¿Esto es todavía posible? ¿Con qué requisitos, cómo?

La ideología que se consume en el Partido es la de conservar las características que ha tenido la organización en los últimos veinte años, apoyar a la dirección histórica de la Revolución y proclamar la defensa del socialismo y de la Patria. Frente a una situación tan difícil y nueva, no va más allá de resistir y conservar. La ideología que se difunde en los medios de comunicación consiste en trasladar expresiones públicas de la dirección revolucionaria, dar informaciones fragmentarias en tono triunfalista –muchas veces irrelevantes o inútiles para el conocimiento popular– sobre la economía y otros temas de interés, no tratar la mayoría de las cuestiones fundamentales ideológicas y políticas que preocupan a los revolucionarios, ni tampoco las de la vida cotidiana, ofrecer informaciones sobre actividades de solidaridad material con Cuba, y dar informaciones internacionales seleccionadas o de fuente extranjera.

Entre los funcionarios estatales parece predominar el lógico agobio ante la situación, pero también las confusiones, la inercia y un deseo de recibir orientaciones acerca de qué es lo que se debe hacer. Se comportan de acuerdo a los hábitos adquiridos y a la sensación de que más

vale esperar y ver en qué termina todo. La ideología que pretenden mantener los encargados de la preparación marxista en el país es la del llamado socialismo real, aunque ahora asume formas vergonzantes; en esto se ve más claramente la contradicción existente entre la fidelidad a un tránsito de sabor *euroriental*, que conlleva la liquidación final del socialismo, y la fidelidad que sin duda tienen estos funcionarios a la revolución socialista cubana. Los profesionales implicados se esfuerzan en que predomine la segunda opción o aguardan a que suceda la primera; otros están confundidos o a la espera de instrucciones definitivas.

IV

La ideología llamada “marxismo-leninismo”, basada en el “materialismo dialéctico e histórico”, se correspondía teóricamente con el estancamiento del proceso socialista en una “fase intermedia” permanente (recordar la posición del Che en la polémica económica pública de 1963-1964), y correspondía históricamente al régimen de dominación que rigió en la URSS durante varias décadas y a sus campos de influencia internacional. La fraseología utilizada por esa ideología era de movimiento,

contrariamente al inmovilismo del régimen que la imponía: sus palabras clave eran el progreso, las fases sucesivas, la “construcción del socialismo”, la “satisfacción creciente de las necesidades”, etc. Criticar a fondo esa ideología es indispensable para los cubanos de hoy, pero para hacerlo no basta hablar mal de ella, sino explicar sus características fundamentales, sus condicionamientos, sus funciones, su evolución histórica y sus tendencias.

Ante todo, como aconsejaba Marx, no hay que creer a esa ideología por lo que ha dicho de sí.

No se ha avanzado mucho con las discusiones de tipo “cálculo económico versus Sistema Presupuestario de Financiamiento” que se han realizado en Cuba desde 1987. En ellas ha predominado, por una parte, la deformación profunda que caracteriza a la formación marxista prevaleciente, que refiere cada tema a sus principios especulativos y a sus dogmas, abstracciones “generales” que deben regir todo “caso particular”. Por otra, el precario conocimiento del pensamiento del Che entre los participantes y el disfraz de “economista” que le ponen al Che los que se van visto forzados a aceptar que vuelva a existir como pensador, pero no lo comprenden o no lo aceptan, y conservan poder para maniobrar con el fin de impedir o

neutralizar su influencia. Esta última posición resulta fortalecida por aquella deformación del marxismo que mencioné, la cual afecta también a una parte de los que tratan sinceramente de recuperar al Che. Las discusiones “SPF-cálculo” de fines de los años ochenta se convirtieron así en actos de tolerancia, o en adornos y paliativos frente a la falta real de desarrollo de la teoría, una ausencia gravísima en nuestra circunstancia actual.

Cuando se acepta que las diferencias entre el pensamiento del Che y las expresiones de la ideología del “cálculo” se reducen a problemas de matices, se está permitiendo escamotear una diferencia fundamental de criterios acerca de la transición socialista existente en el seno de nuestro proceso revolucionario. Cuando se acepta, casi tácitamente y como con pena, que el “cálculo” es el mal inevitable pero benigno, porque nos permitirá llegar a una supuesta meta en la que nos desharemos de él, o “ya no lo necesitaremos”, estamos renunciando a conocer lo esencial de las realidades que han amenazado de manera tan grave a la transición socialista en Cuba, y por tanto estamos comprometiendo nuestra capacidad de enfrentar esa amenaza. En el lugar del conocimiento se coloca entonces a la “necesidad”, que excluye todo examen o actuación, y al “sentido común”,

para el cual en realidad el socialismo es algo monstruoso e impensable. En lugar del trabajo con los elementos reales de cultura capitalista y socialista existentes, para enfrentar a los segundos contra los primeros con arreglo a un plan y de manera inexcusablemente participativa, de masas, se prefiere esperar a que el destino nos ayude a emerger socialistas después que con ayuda del capitalismo “construyamos” una cantidad, por demás indeterminada, de fuerzas económicas.

El “cálculo” es un mito central de la “Economía Política del Socialismo”, que formaba parte de la ideología de la dominación en la Unión Soviética y cumplió funciones diversas a lo largo de la historia de aquel país, en cuanto a las relaciones del poder con la economía, de la autoridad con la democracia, del socialismo con la “civilización moderna”, de la distribución de las riquezas entre los grupos sociales y el usufructo del bienestar, y otras. También cumplió funciones, como era natural, en las elaboraciones teóricas del “marxismo-leninismo” –pueden establecerse su historia y sus diferencias a lo largo de ella–, y en las prácticas profesionales amparadas por aquellas elaboraciones. He aludido a este tema en el libro *Che, el socialismo y el comunismo* (Martínez Heredia, 1989). El concepto de cálculo no contribuía a explicar a la realidad soviética, ni

en su dimensión económica ni en su totalidad; la ideología del cálculo era uno de los elementos del arsenal simbólico y una de las formas de manipulación del régimen.

Durante muchos años no fue posible oponerse eficazmente a esa ideología. No valían argumentos ni argucias frente a la “realidad objetiva” postulada por el determinismo y defendida por el poder, y a ella eran encomendadas todas las relaciones intersubjetivas amparadas idealmente en el “cálculo”, pero en realidad sujetas a un sistema híbrido de dominación. Nadie fue acusado nunca de objetivismo, mientras que el “subjetivismo” y el “voluntarismo” sí debían permanecer a la defensiva (en Cuba deben hacerlo todavía), y responder por las graves debilidades o errores que se le atribuían. Estos podían ser filosóficos –“idealismo”–, morales –no pueden “ver” que el hombre “realmente existente” es “malo”, “egoísta”, “mediocre”, etc.– o “científicos”. Los dogmas de la teoría se esgrimían como argumentos o servían para certificar calificativos políticos –irrealismo, voluntarismo, utopismo, irresponsabilidad– y debilidades prácticas: “en la vida” lo que rige es la ley del valor, la “economía” no puede existir sin el “cálculo”, que es el que brinda la “eficiencia”, etc. Al fondo, en su lugar grotesco, el viejo refrán: “la gente piensa según lo que come”.

Por consiguiente, las creencias, ideas y prácticas del llamado socialismo real han sido presentadas como las idóneas para “construir el socialismo”. Lo dramático es que esas aberraciones que fueron *impuestas* durante décadas todavía contribuyan en nuestro país a obstruir el encuentro del pensamiento con los problemas fundamentales de la sociedad.

En la situación cubana actual, la ideología “del socialismo real” conserva sectores con un poder nada despreciable, y se encubre con la capacidad de resistencia del pueblo en defensa de su revolución socialista y de la soberanía nacional. Que esa resistencia pueda parecer a muchos un fruto y una expresión de aquella ideología introduce una gran confusión, que favorece la negación en bloque de la teoría marxista por parte de miles de cubanos y debilita en ellos el concepto de socialismo, o contribuye al crecimiento del apoliticismo. Existen también otras motivaciones para esos rechazos o alejamientos. Algunos creen que de ese modo colaboran a poner al día a nuestro país respecto a las llamadas “realidades mundiales” y los cambios de pensamiento que supuestamente ellas deben acarrear. Otros quizás piensan que así se vuelven aceptables y hasta comprensibles los cambios económicos y sociales que comienzan a vivirse. Los valores e ideales

socialistas, y la idea de que el socialismo puede seguir existiendo, son debilitados por esas posiciones. La ideología del “socialismo real” ya ha demostrado de qué manera tan eficaz sirve para facilitar la liquidación de un régimen. Las otras posiciones expresan las profundas debilidades de la lucha ideológica actual entre nosotros.

V

Entre las consideraciones que pueden hacerse acerca de la cuestión de la moral en el proceso revolucionario cubano estaría la de distinguir modalidades de la moral. Debo reconocer los límites de la clasificación que presento: a) no sería la base de un clasificador de los individuos, que son muy complejos en la totalidad de su actuación y sus motivaciones, aunque ofrecería elementos para conocerlos. Sería solamente una guía aproximativa acerca de tendencias presentes en grupos; b) respecto a cada individuo brindaría distinciones, no subconjuntos, porque en la misma persona pueden estar presentes dos o más modalidades, aunque tienda a predominar una; y c) falta el corte diacrónico, con el cual se advertirían acumulaciones de moral, desgastes, transiciones, disfraces, sucesiones. Con todas

esas prevenciones, adelanto por ahora algunos elementos de ese trabajo.

La moral libertaria: fue muy disruptiva respecto al cuadro moral existente al inicio de la revolución. En la primera etapa del poder revolucionario esta modalidad de la moral estuvo en el centro de la posibilidad de pasar de las acciones masivas revolucionarias a comportamientos que tendieran a ser permanentes e influyeran de modo significativo sobre el resto de la actividad de los individuos. La politización extrema de la vida fue su condicionamiento y su signo distintivo. La moral libertaria exaltó el valor de la persona por sí misma, al considerar a los humildes como protagonistas de la revolución y como sus hijos más distinguidos, postuló al mérito como única medida válida de la desigualdad individual y del ascenso social, valoró la iniciativa individual y la valentía personal como cualidades preciosas, y execró a todas las relaciones de dominación que habían existido, los actos de lucro lícitos e ilícitos, la deshonestidad y el egoísmo. Al mismo tiempo, sacó a flote y revaloró el desprecio de los humildes hacia la propiedad privada, consecuencia del tipo de formación social desplegada en Cuba en el siglo XIX, desdén que no hay que confundir con el aprecio al dinero, que siempre fue muy estimado en su valor de uso.

Asocio esa moral a las siguientes características y actitudes que se van acumulando en el tiempo: gran peso de los valores y los sentimientos, disposición al sacrificio, ejercicio irrestricto del criterio, abnegación, altruismo, anticlericalismo, heterosexualidad más libre, vivir lo inmediato sin querer asegurarse el futuro.

La moral libertaria estuvo muy condicionada por los hábitos políticos rigurosos de organización revolucionaria preexistentes en Cuba, que la insurrección y la revolución reivindicaron desde su inicio, y por las ideologías que produjo o asumió el proceso. Ese condicionamiento redujo sus campos de influencia política según se institucionalizaba el país, y terminó construyendo en demasía a la moral libertaria, aunque estimo erróneo creer que desapareció. En esta aproximación quiero agregar que la moral libertaria ha permanecido hasta hoy como un componente del mundo espiritual cubano, casi nunca expreso pero en más de una ocasión efectivo, de maneras diversas, en varios campos muy importantes de la vida.

La moral caballeresca: se caracteriza por un profundo rechazo a la sociedad capitalista, debido a que esta niega la justicia, promueve y mantiene males sociales muy graves y condena a los individuos a vivir enajenados. A diferencia de otros medios y países, en Cuba esta

moral no tiene base alguna preburguesa, por lo que admite sin dificultad valores desarrollados bajo el capitalismo respecto al trabajo, el productivismo, el lugar que cada cual debe labrarse en la vida, el progreso, el desarrollo nacional, el papel de la civilización, el carácter decisivo de la sociedad en cuanto a conseguir el mejoramiento, el desarrollo y la felicidad de los individuos, y por tanto los fines a los cuales la sociedad debe dedicarse. Cultivada por un pensamiento marxista, esta modalidad de la moral entiende se entiende a sí misma sobre todo en dos sentidos: como un proyecto de perfectibilidad social a partir de la modernidad, que permite situar la meta en el futuro, y no en el pasado; y como impulsora ideal de un poder efectivo, que se encarga del bienestar de todos y que organiza la participación de todos en los frutos del trabajo y en el apoyo activo a la sociedad socialista en construcción. Aunque en su discurso no es ostensible, esta moral me recuerda las construcciones racionales europeas más radicales de los siglos XVIII y XIX.

La política es el teatro privilegiado de la moral caballeresca, aunque para ella la política es un proceso educativo. Esta política-educación es el vehículo fundamental para la realización de los valores e ideales relacionados arriba. La donación del socialismo al pueblo le parece

natural: por el pueblo se trabaja, él lo merece todo. Entiende el ejercicio de responsabilidades en la sociedad como un deber y una misión que el individuo debe cumplir con gran honestidad, según sus luces y las instrucciones recibidas, con disciplina y sin cortapisas. Los actores destacados de la empresa revolucionaria forman una falange con características muy definidas.

Esta moral se asocia a las siguientes características y actitudes: racionalidad, sentido del deber, disciplina, entrega personal y disposición al sacrificio, intolerancia ante las diversidades, paternalismo, exaltación de la vocación de servicio, justificación del arbitrio en el mando y de un gran control sobre numerosos aspectos de la vida de las personas, exigencia de lealtad, irreligiosidad y altruismo.

La moral revolucionaria: es la más extendida. Es una moral resultante de los eventos y la vida cotidiana de la revolución, que afecta de una u otra forma a los distintos tipos de participantes, grupos de edad y sectores que componen la población actual. Muchos aspectos de la moral libertaria han concurrido a su formación, aunque la política y la ideología que predominan hoy no permiten reconocerlo así. La moral caballescica la ha impactado y moldeado bastante; es su modelo de imitación en unos casos y una instancia de autoridad en otros;

en ambos sentidos le es respetable, pero más bien externa. La revolucionaria es una moral hija de complejas acumulaciones, aunque se la suele tratar como un todo dado desde siempre e igual a sí mismo.

La moral revolucionaria es la que ocupa formalmente todo el campo de la moral, lo que impide tanto conocer sus rasgos reales como relacionarla con otras formas de moral y con sus condicionamientos. Expresiones inexactas como la de “doble moral” denotan el rechazo que provocan la simulación y los graves alejamientos de la conducta social considerada revolucionaria, que practican muchas personas; también expresa el rechazo al autoritarismo. Por el contrario, es obvio que toda perfección es mentira, y que el discurso que proclama el “perfeccionamiento” de esto o de aquello es oportunista. Pero esas expresiones no aportan juicios en el terreno de la moral. Es preferible tratar de caracterizar a la moral revolucionaria, para conocer en qué medida y cómo expresa a la sociedad actual, en qué contribuye y en qué perjudica al avance del socialismo. El conocimiento acerca de la moral sería muy fructífero para la transición socialista, que solo puede defenderse y avanzar planeando sus acciones, para lograr otros resultados diferentes a los que “normalmente” se esperan.

Apunto algunos rasgos generales advertibles de la moral revolucionaria. Asume y brinda naturalidad –lo que implica un paso más allá que la legitimidad– a valores como el patriotismo, el antiimperialismo, el internacionalismo y el voluntariado. Ella ha contribuido al arraigo de la tendencia a convertir a cierto número de actitudes solidarias en costumbres de mayorías. Mantiene la intangibilidad del socialismo, que ha sido tan afectada en otras esferas de la vida de nuestra sociedad. Acepta el igualitarismo como un componente del socialismo que nos obliga moralmente, a pesar a la lucha ideológica que libra desde hace años gran parte de la ideología oficial contra ese principio básico de la Revolución. Su sentido del deber y de la disciplina ha sido hasta hoy fundamental para el funcionamiento y la continuidad del régimen revolucionario, pero a la vez ha sido muy perjudicial la reducción de esos rasgos a obediencia segura y exclusión de la expresión de criterios propios, porque priva al proceso de una calidad en la participación y una fuerza creadora que les son indispensables, y a largo plazo tiende a acumular debilidades y otros males funestos.

Esta moral asume como algo natural el autoritarismo proveniente del hecho revolucionario y del régimen político construido a partir de él, justifica la coerción social sobre

numerosísimas actitudes personales e incluso la coacción. Valora toda innovación, influencia nueva o criterio que aparezca desde el conjunto de cultura política que se ha acumulado –que incluye elementos no surgidos del medio político–, y por consiguiente los acepta o condena moralmente.

La moral revolucionaria ha sido sometida a la franca disminución de la movilidad social y a la recomposición de muchas relaciones sociales que ha tenido lugar en Cuba durante las dos últimas décadas. Bajo los impactos de esa etapa, la significación de numerosas dimensiones de la moral revolucionaria se ha ido diversificando respecto a diversos sectores de la población, y también por las situaciones diferentes en que se han visto envueltos los mismos individuos. El carácter contradictorio de esa segunda etapa de la revolución en el poder, que mezcló elementos revolucionarios y posrevolucionarios, conforma el complejo condicionamiento de esa moral.

En la actualidad la moral revolucionaria es el teatro de una lucha tremenda, aunque sorda. Los rasgos que atribuimos a la moral libertaria en este texto están desgastándose en unos casos, y en franco deterioro en otros, pero el desgaste o deterioro ya afecta también a aspectos centrales de la propia moral revolucionaria

que ha existido hasta hoy. La exterioridad a ella de la moral caballescica se está acentuando en la actualidad, lo que amenaza erosionar el impacto tradicional que esta ha tenido. La moral revolucionaria resultante tiene una historia prolongada, en la cual se fueron reformulando y resignificando diversos aspectos del mundo simbólico de la Revolución, además de desaparecer algunos y de surgir otros nuevos que invocaban esa procedencia. En la segunda mitad de los años ochenta sin duda hubo una revitalización de la moral revolucionaria, pero este proceso se fue enredando en sus contradicciones, y antes de que pudiera tener opción de resolverlas se precipitó la gran crisis del socialismo real, la pérdida de prestigio general del socialismo y la situación que estamos viviendo,

de enorme y creciente crisis económica y de graves riesgos para la seguridad nacional.

Prefiero no entrar de lleno en la situación crítica actual en estas breves consideraciones. Trato aquí más bien de identificar el campo de la moral en el proceso revolucionario. Si sirve de algo, puede ayudar a situarse mejor ante una crisis que apenas está desplegándose, para actuar contra ella.

BIBLIOGRAFÍA

Martínez Heredia, F. 1989 *Che, el socialismo y el comunismo* (La Habana: Casa de las Américas).

HISTORIA Y MARXISMO*

El trabajo tan notable de Guy Bois (1988) que ustedes han leído examina la relación entre marxismo y nueva historia con gran agudeza, y a mi juicio desde puntos de partida muy atinados. La clara exposición de los elementos del problema, la comprensión de la crisis del marxismo, de las diferentes posiciones intelectuales y tendencias existentes tanto en el marxismo como en la nueva historia, de la necesidad de teoría que tiene la Historia, la “impaciencia teórica” y las esperanzas de Bois, me han animado a hacer mis comentarios libremente, sobre el problema “Marxismo e Historia” y no necesariamente

sobre los puntos que desarrolló ese autor, desde su circunstancia, hace quince años.

I

Es demasiado difícil exponer brevemente un tema como este, tan amplio y cargado de sentidos para todos nosotros. No podré desarrollar aquí algunas cuestiones que estimo básicas: la existencia de corrientes marxistas que pueden ser profundamente diferentes entre sí; la obligación de contrastar al marxismo con otras teorías que han sido significativas para el pensamiento social, y también para la Historia (Nietzsche, Weber, Freud, la fenomenología). Mi posición, además, es muy ajena a la que ha predominado en el marxismo en Cuba desde los años setenta; me veo entonces forzado a afirmar muy sucintamente muchas cosas, sin argumentarlas ni ilustrarlas, solo para instar al debate necesario.

* El texto fue parte de un ciclo de Conferencias en la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana, el 21 de enero y el 4 de febrero de 1994, como comentario a *Marxismo y Nueva Historia*, de Guy Bois, en un ciclo de Seminarios sobre las actuales corrientes históricas y sus perspectivas. Publicado en: Colectivo de Autores 1996 *La Historia y el oficio del historiador* (La Habana: Imagen Contemporánea) pp. 336-346.

Es inevitable aludir al proceso del marxismo y de la Historia desde el siglo XIX. Me absuelvo de tocar aquí la transitada y debatida trayectoria del pensamiento teórico europeo del siglo XVI al XIX, y sus complejas relaciones con las dificultades y los triunfos del capitalismo en esa región. Esa trayectoria del pensamiento y sus condicionamientos sociales tiene sin embargo una importancia capital para el desarrollo de la Historia –que es una dedicación humana tan antigua– y la tendrá también para el surgimiento del marxismo. Carlos Marx vivió en un siglo que transformó el alcance de la filosofía, los lugares, los estatutos y los temas del pensamiento social –economía, historia, sociología, ciencia política, antropología–, y las percepciones sobre esas disciplinas y sus portadores.

Marx realizó a su vez una tarea intelectual tan extraordinaria que afectó hondamente a las resultantes de aquel proceso. Más que en las valoraciones hechas por sus seguidores, quisiera ilustrar ese efecto en las declaraciones de otros pensadores, ajenos a él. Como Max Weber (1904):

Con toda intención se han evitado las demostraciones basadas en el caso que, para nosotros, es el más importante entre las construcciones ideal-típicas: el de Marx [...] La importancia eminente,

incluso inventiva y única, que tienen estos tipos ideales, cuando se utilizan para comparar la realidad con ellos, e igualmente su riesgo, una vez que nos los imaginamos como empíricamente válidos o incluso como “fuerzas influyentes” reales (metafísicas), “tendencias”, etcétera.

Como J. Schumpeter (1924):

No solo tenía originalidad, sino también en general un talento científico de orden supremo [...]. En la época en que apareció su primer tomo (de *El Capital*) no había nadie que se le pudiera comparar, tanto en fuerza como en saber científico.

O Sigmund Freud (1991 [1933]):

La fuerza del marxismo no parece residir en su concepción de la historia y en la predicción del futuro basada en ella, sino en la demostración ingeniosa de la influencia coaccionadora que ejercen las condiciones económicas de los hombres sobre sus posturas intelectuales, éticas y artísticas. Con ello se descubrieron toda una serie de conexiones y dependencias que hasta entonces se desconocían casi por completo.

El problema de en qué consiste el marxismo de Marx es sumamente difícil para nosotros

en la actualidad. Lo es en sí mismo, al menos por cinco razones: carencia de fuentes directas suficientes; muy escaso manejo de los estudios calificados que se han hecho sobre el tema; gruesa capa acumulada de vulgarizaciones y discursos absurdos que se reclamaron marxistas y se nos impusieron como requisitos ideológicos; exigua participación real del marxismo de Marx en los marcos teóricos de nuestras ideas y trabajos científicos; y pérdida reciente de interés en el marxismo. Por otra parte, es muy difícil situarse en cuanto a los condicionamientos intelectuales del problema, porque estamos en una etapa de transición en que los materiales teóricos (autores clásicos, “modelos ejemplares” de Kuhn), que fueron objeto de adscripción, negación y debates por parte de los estudiosos durante tanto tiempo, han perdido fuertemente el consenso o están en crisis. El mundo que negó o que siguió abiertamente a Marx, el que lo utilizó subrepticia o parcialmente, el que debatió con él o lo omitió, parece estar desapareciendo, y en su lugar se bosqueja otro mundo que, en el mejor caso, apelaría a otros puntos de partida teóricos.

Frente a esta doble dificultad no puedo hacer aquí más que dos aseveraciones, sobre las cuales insistiré. La primera es la necesidad que tenemos del marxismo, y en ella es

imprescindible incluir, otra vez, una nueva comprensión de Marx. Los comentarios que haré del pensamiento marxiano pretenden aludir a la relación con la Historia que estamos persiguiendo, difícil reducción de un cuerpo teórico cuyos ámbitos son mucho más amplios, aunque ha sido asociado a la historia desde las propias formas de nombrarlo. El segundo aserto se refiere a la necesidad de evitar la moda reciente y superficial del fin de la historia, pero también la del fin de los paradigmas, mejor establecida, por ser ambas modas manipuladoras y engañosas.

Son complicadas las relaciones entre la teoría de Marx y ese marxismo que Bois define como “una teoría general del movimiento de las sociedades”. Eric Hobsbawm, en un artículo de hace 25 años acerca de la contribución de Marx a la historiografía, distinguía entre sus aportaciones y las exposiciones que llamaba de “marxistas vulgares”, pero aclaraba que estas últimas, en su simpleza, fueron poderosas cargas explosivas contra las fortificaciones de la Historia tradicional. Las tres principales vulgarizaciones de la teoría marxiana han sido la “interpretación económica de la historia”, “las leyes históricas ineludibles” y el modelo de simple dominio y dependencia entre la base “económica” y la superestructura. Por

otra parte, algunos temas de Marx resultaron más atractivos que otros para los historiadores, como es natural, porque respondían a sus necesidades. Es el caso de la temprana influencia de sus ideas sobre los condicionamientos de los hechos religiosos, por ejemplo, mientras que *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (Marx, 1959 [1852]), una de las más brillantes piezas de Historia, llena de ricas proposiciones, permaneció mucho tiempo sin ser atendida, quizás porque sus aportes referían sobre todo al análisis de las luchas de clases. Lo cierto es que a fines del siglo XIX la posición teórica general de Marx era ya de obligada referencia, recibiendo valoraciones diferentes y hasta contradictorias.

Marx mismo hizo numerosos esfuerzos para evitar ser malentendido. Es conocida su respuesta, en 1877, a una revista rusa que lo elogiaba como creador de una nueva Filosofía de la Historia: “Eso es hacerme demasiado honor, y demasiado escarnio”. Trató de desarrollar su concepción a partir de un plan intelectual sumamente ambicioso que solo realizó muy parcialmente, y en mi opinión existe ambigüedad en algunos puntos importantes de su obra teórica, además de adolecer de ausencias y contener errores, exageraciones y tópicos que hoy son insostenibles. Como toda nueva teoría, utiliza en gran medida el lenguaje existente –lo

que nunca es mero problema de “forma”– y está muy influido por el ambiente intelectual de su época, aunque se propuso revolucionarlo a fondo. El cuadro resultante es complicado, pero afortunadamente Marx no nos dejó una autoclasificación. A guisa de síntesis, y también para dejar situada mi posición, mencionaré solo los aspectos de su pensamiento que considero básicos:

- 1) El tipo capitalista de sociedad fue su objeto de estudio principal, y a su luz es que hizo postulaciones sobre otras realidades o planteó preguntas acerca de ellas. Tanto por su método como a través de la investigación de la especificidad del capitalismo, Marx produjo un pensamiento no evolucionista, cuando esa corriente estaba triunfando en toda la línea. Para él, lo social no es un corolario de lo natural;
- 2) Se enfrentó resueltamente al positivismo, que en su tiempo se convertía en la dirección principal del pensamiento social, y propuso una concepción alternativa;
- 3) Superó críticamente los puntos de partida de los sistemas filosóficos llamados materialistas e idealistas, y la especulación filosófica en general, colocándose en un terreno teórico nuevo;

- 4) Su teoría del modo de producción capitalista resultó válida como modelo para estudiar sociedades “modernas” como sistemas de relaciones entre grandes grupos humanos, un modelo que busca las contradicciones internas a esas sociedades, distingue y jerarquiza niveles de las realidades y procesos sociales, e investiga siempre el origen y las tendencias de esos procesos;
- 5) La lucha de clases moderna es para Marx la dinámica social fundamental, a partir de la cual se constituyen del todo las clases sociales, se despliegan sus conflictos y tienden a resolverse mediante el cambio revolucionario. Este es el núcleo central de su concepción;
- 6) La historia es una dimensión necesaria para su teoría, dados sus preguntas fundamentales y su método. Su concepción de la historicidad y del movimiento histórico de las sociedades trata de conjugar los modos de producción y las luchas de clases. Por qué y cómo cambian y se transforman las sociedades, podría ser una formulación general para comprender los procesos históricos desde la posición de Marx, que elaboró hipótesis y dejó expresiones interesantes relativas a la ampliación de su teoría a otros ámbitos históricos;
- 7) Su concepción unitaria de la ciencia social, y su manera de relacionar la ciencia con la conciencia social, la dominación de clase y la dinámica histórica entre ellas, inauguraron una posición teórica muy diferente a la especialización y las perspectivas de la Economía, la Historia y la Sociología, que se constituían como disciplinas y profesiones. Este es uno de los sentidos principales de la palabra “crítica”, tan usual en los títulos de obras suyas. Marx puso también las bases de una sociología del conocimiento social;
- 8) Marx no creyó en que la consecuencia feliz de la evolución progresiva de la Humanidad fuera el paso ineluctable al socialismo, a pesar de la fuerza de sus planteamientos acerca del modo de producción, y del triple sesgo determinista que pudiera emerger de las tendencias que identificó en su teoría, de los usos del campo científico de su tiempo y de la gran distancia que existía entre su propuesta de cambio y el enorme poder del capitalismo. Él postuló claramente que el derrocamiento del poder del capitalismo solo sucedería mediante la revolución proletaria, o revoluciones proletarias, que conquisten el poder político a escala mundial. La elevación del proletariado a clase dominante, es decir, su dictadura de clase, llevará a la conquista de la democracia;

9) Solo a través de un largo período histórico de muy profundas transformaciones revolucionarias –del que apenas bosquejé algunos rasgos– se avanzará según Marx desde la abolición de la explotación del trabajo y la apropiación burguesas, hacia la abolición del tiempo de trabajo como medida de la economía, la extinción de los sistemas de dominación de clases y los Estados, la desaparición progresiva de toda dominación y la formación de una sociedad comunista de productores libres asociados, nuevas formas de apropiación, nuevas personas y una nueva cultura. El poder público perderá su carácter político, y junto con el antagonismo y la dominación de clase se extinguirán las clases: “surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos”.

No puedo tratar aquí la historia de la Historia, que por suerte no es desconocida. El carácter “independiente” de la investigación científica apareció en Europa con la modernidad capitalista. La ley natural –Física de los siglos XVI y XVII– resistió los asedios de la teología y fue invadiendo las explicaciones de lo social. La historia fue después postulada como una cadena en movimiento lineal dirigida por el progreso, aunque en el pensamiento teórico de los siglos

XVI-XIX la Historia tiene una rica y compleja historia a la que no puedo ni siquiera aludir aquí. Mientras el marxismo originario se desarrollaba, la Filosofía de sistemas especulativos declinó, y la Economía y la Historia se constituyeron como ciencias y como profesiones. En la Europa del siglo XIX la Historia dejó de ser parte expresa de la educación moral, una literatura en la cual la verdad coincidía con el bien; en la sociedad “moderna”, la conducta “virtuosa” o “malvada” se separa de la actividad económica y del interés. Los campos de los estudios sociales se parcelaron y profundizaron, y surgieron especialistas de cada uno de ellos. Esos cambios fueron parte de un complejo proceso más amplio, que afectó a toda la producción de conocimientos sociales, y a las imágenes del mundo más extendidas.

Marx no fue ajeno a esos procesos, y es cierto que sostuvo relaciones especiales con la Economía y la Historia. Pero la concepción suya sintetizada arriba –ruego releer el punto 7– inauguró una posición teórica muy diferente a la especialización y los contenidos que asumían la Economía y la Historia. Era forzoso que su pensamiento resultara chocante –aun abstrayéndonos de otras causas de rechazo o extrañeza–, pero la corriente que se volvió dominante también tardó gran parte del siglo en llegar a serlo.

Como la Historia objetiva deseada por la historia-relato (“las cosas tal y como realmente sucedieron”, diría Ranke), el marxismo es también hijo del capitalismo, pero él quiere conocer bien al capitalismo con el propósito de eliminarlo. Para el marxismo la actuación que se pretende es diferente de lo que se estudia, pero ambas actividades son inseparables. El marxismo es una actividad científica pero es a la vez una actividad política e ideológica, y trata de inspirar una moral. Pretende ser gestor de la perfectibilidad de los individuos y de la sociedad, y brindar una legitimación del hacer futuro; por su necesidad y su búsqueda de convertirse en conducta puede considerarse incluso que aspira a ser una “religión”. ¿Cómo será entonces un historiador marxista? Marxiano y marxista, por cierto, fueron denominaciones creadas por los adversarios.

Marx ha repetido hasta el cansancio que la actividad científica está obligada a ser rigurosa, y acatar reglas y hábitos severos; él mismo da el ejemplo en la mayoría de sus textos, en la medida en que esto le es posible a un hombre absolutamente comprometido con sus convicciones, al punto de vivir una vida de gran miseria primero y discreta pobreza después, sin carrera académica ni puesto alguno de poder. Este hombre irascible y necesariamente

intransigente, que más de una vez hace juicios demasiado severos de otros hombres que son o han tratado de ser antiburgueses, es de una probidad intelectual paradigmática. Prefiere recortar su ambicioso plan, y gastar tiempo en estudios parciales y en dominar instrumentos, antes que disminuir el rigor de sus indagaciones por asegurarse de dejar un cuadro completo de sus ideas a la posteridad, o por aspirar al reconocimiento del público.

Por su valor teórico, la obra de Marx adquiere un peso enorme desde que todavía vive el autor, y a finales del siglo ya es inevitable en los medios intelectuales europeos. Sus seguidores cultos, desde Próspero Lissagaray y Pablo Lafargue hasta el joven Ulianov-Lenin, entre otros, hacen ciencias sociales comprometidas. Los objetivos de los autores y los temas escogidos son lo más notable de esos primeros textos marxistas. Pero comenzará desde entonces una gigantesca empresa de descalificación, señoreada por el prejuicio –arraigado como pocos– que atribuye a Marx y al marxismo excesos doctrinarios que resultan inaceptables para el estudioso que busque conocimientos sociales. Es difícil exagerar el daño que ese prejuicio ha inferido precisamente al conocimiento social. Ha cerrado el paso a un debate, una polémica de ideas que hubiera hecho

más lúcida la comprensión de las sociedades, y a una utilización amplia del marxismo en la investigación social. En su lugar hemos tenido usos parciales, aproximaciones vergonzantes, o la conversión de Marx y el marxismo en el polemista ausente, la influencia no declarada o la corriente eliminada arbitrariamente. En multitud de medios y actividades intelectuales puede apreciarse esa situación, y en obras importantes como *Economía y sociedad*, de Weber (1958 [1919-22]) o *La estructura de la acción social*, de Parsons (1968 [1937]).

A pesar de lo anterior, durante todo un siglo el marxismo ha sido interlocutor de las demás orientaciones y teorías sociales. Su influencia puede encontrarse en muchas de ellas, como en los ejemplos que ofrece Bois respecto a la renovación metodológica de la Historia. ¿Qué es el marxismo para la Historia, qué es la Historia para él, cómo se enlazan y se afectan mutuamente? Esas preguntas nos recuerdan enseguida palabras y frases que son claves para ambos. También nos recuerdan, del lado del marxismo, que este tiene una historia, *su* historia, en la que cada uno de sus momentos relevantes ha implicado, entre otros rasgos, determinadas relaciones con la Historia. El conjunto constituye un determinado acumulado cultural frente al cual estamos hoy.

Aludo al menos a esa diversidad. Los partidos y federaciones sindicales socialistas que formaron en Europa la II Internacional auspiciaron hace un siglo el primer marxismo que fue proclamado como doctrina oficial del socialismo, sus organizaciones y su cuerpo de ideas. Ese socialismo de “la bella época” del auge del imperialismo alternó con la dominación cultural burguesa, y se adecuó progresivamente a ella. La corriente dominante en el marxismo socialdemócrata –aunque no la única– fue la del evolucionismo y el cientificismo tipo “concepción materialista de la historia”, representado por el alemán Karl Kautsky (y por el ruso Jorge Plejanov); para ellos la sociedad era un corolario de la naturaleza, y el socialismo sería una consecuencia del progreso de la civilización que la burguesía estaba imponiendo al mundo. Dentro de la socialdemocracia se enfrentaron la ortodoxia (Kautsky) y el revisionismo (Eduardo Bernstein), que no creía en la crisis del capitalismo, y sí en reformas, humanismo ético y democracia creciente que llevaría a un “socialismo evolutivo”. En realidad, ambas corrientes fueron las dos caras del reformismo socialdemócrata, complementarias en la práctica política, aunque discordes en teoría y estrategia. Bernstein no solo teorizó

el revisionismo; también proclamó la importancia ideológica de la conciencia moral y pidió un retorno a Kant.

Desde una posición política ajena a ambos, Rosa Luxemburgo, revolucionaria e internacionalista, preconizó que llegarían a triunfar rebeliones de masas y reclamó la necesidad de la democracia en la organización y la lucha socialistas. El fundamento de la revolución estaba en “el suelo firme de la necesidad histórica objetiva” (Luxemburgo, 1967: 293), que Rosa creyó demostrar mediante su intento de completar la teoría económica de Marx. Revolución, teoría económica, teoría política, marxismo y materialismo fueron los temas de Vladimir I. Lenin (1963), que –sin cuestionar expresamente las bases teóricas de la ortodoxia– produjo la obra marxista más importante de todo el período. Lenin realizó una cruzada de antirrevisionismo comunista, elaboró una teoría sobre el capitalismo más desarrollado, reivindicó a la teoría del Estado de Marx y a la Comuna, pero no al espontaneísmo de esta, defendió la teoría de la dictadura del proletariado, que la II Internacional había escamoteado, y postuló los rasgos que debía tener la organización política marxista para ser eficaz en cuanto a tomar el poder. Hizo también más aportes que nadie a los análisis complejos de situaciones concretas

de sociedades europeas con propósitos políticos revolucionarios, y planteó con total consecuencia la lucha anticolonialista como parte de la revolución. Sin embargo, Lenin fue sobre todo un político práctico, el líder indiscutido de un partido diferente, el bolchevique, que se propuso tomar el poder en Rusia para realizar una revolución comunista. Y lo logró.

El triunfo bolchevique modificó y amplió el objeto del marxismo, y creó un verdadero polo cultural para los revolucionarios europeos y de otros países del mundo. Es imposible hablar de marxismo –y mucho menos conocerlo– sin estudiar esa etapa. Ernesto Guevara dio a un compañero el consejo inteligente de leer todo, “hasta el último papel” escrito por Lenin desde noviembre de 1917. Y es que crece brusca-mente el número y el tipo de documentos relevantes desde que comienza la experiencia del poder revolucionario y la transición socialista. También es necesario manejar la obra de otro de los protagonistas de la revolución, León Trotsky, teórico apegado a Marx y profundo analista político, a veces visionario; como historiador, leer sobre todo su pieza maestra, la *Historia de la Revolución rusa* (Trotsky, 2017) que combina un fresco histórico extraordinario con una gran riqueza analítica y valiosas indicaciones de método. Apropiarse de los aportes

teóricos de la filosofía dialéctica marxista y revolucionaria de Karl Korsch (1971 [1923]) y del György Lukács (1969 [1923]) de *Historia y conciencia de clases*, del pensamiento de una izquierda que consideró a los eventos de la teoría como funciones del movimiento histórico. Asumir la fértil variedad de posiciones y caminos de la época, expresada por voces como las de Ernst Bloch, Walter Benjamin o Wilhelm Reich, o el programa de investigaciones sociales del Instituto de Frankfurt. Estudiar, discutir y sobre todo utilizar la obra poderosa y abierta de Antonio Gramsci, a mi juicio el más notable de todos y el último gran pensador europeo del cauce abierto por Lenin y el bolchevismo. Es imprescindible conocer y asumir críticamente todo el complejo florecimiento de las prácticas intelectuales y el pensamiento social realizado por tantos europeos al calor de las luchas, las necesidades, las influencias más diversas, los experimentos, las polémicas y los límites del esfuerzo revolucionario.

El final de aquel proceso y el establecimiento de un régimen postrevolucionario en la URSS de los años treinta tuvieron consecuencias funestas para el marxismo. El pensamiento fue liquidado o aterrorizado en nombre de la razón de Estado, y se formuló un sistema de vulgarizaciones que mezcló caricaturas de

la antigua filosofía especulativa europea con manipulaciones de Lenin, Marx y Engels, y con toda suerte de elementos pragmáticos y doctrinarios. Una ideología de obedecer, legitimar y clasificar fue impuesta de manera exclusiva y exigida dogmáticamente en la mayoría de los terrenos de la vida social, convertidos en relevantes para la nueva dominación. Entre ellos estuvieron las disciplinas intelectuales. La historia fue reescrita, y se decretaron olvidos y manipulaciones. Después de las jornadas trágicas de los años treinta el daño se volvió crónico, porque aquel cuerpo ideológico institucionalizado predominó durante medio siglo, atenuados sus aspectos más agresivos desde los años cincuenta, y progresivamente desgastado, pero ampliado en su campo de acción a los países, instituciones e individuos a los que llegaba la influencia de la URSS –campo multiplicado después de 1945– y agravado por el confucionismo que asociaba esa ideología a las necesidades, las luchas y las ideas de liberación de los pueblos y los países en el mundo colonial y neocolonial. Guy Bois (1988) recoge con agudeza en su texto un momento del proceso de desgaste, desde Francia en 1979. Hoy se han secado las fuentes de los llamados marxismo-leninismo y socialismo de origen soviético, lo que es potencialmente muy positivo para

el desarrollo del pensamiento de liberación anticapitalista y socialista en el mundo, pero falta recorrer un largo y arduo camino para llegar a superar las consecuencias tan negativas que se han acumulado.

La incapacidad de constituir un campo cultural propio del socialismo, que resultó fatal para los regímenes de Europa oriental, ha perjudicado a fondo a la corriente del marxismo que respondía a ellos, y que era la de mayor producción y la más influyente. Sin duda hubo contribuciones puntuales, monografías y eruditos valiosos, en Historia y otras ciencias sociales, pero la teoría era sobre todo un peso muerto. Y el daño no afectó solamente a aquella corriente. En mucho –y a veces demasiado– la mayoría de las corrientes marxistas ajenas al campo soviético y de sus aliados han sido reacciones, resonancias, oposiciones, variaciones respecto a la que se impuso en la URSS y sus manifestaciones internacionales. No han estado entonces exentas de su influencia en cuanto a la manera de pensar, a los temas y métodos, al dogmatismo, a malas costumbres. Sin embargo, esos marxismos independientes, que lucharon, resistieron y sobrevivieron a todas las vicisitudes, han producido muy valiosos aportes durante décadas, tanto en ensayos y síntesis teóricos generales como en investigaciones

y estudios particulares. En el terreno de la Historia sus trabajos han sido muy notables y variados. Este pensamiento marxista y las prácticas intelectuales marxistas en disciplinas sociales ligadas a él, su influencia en otros medios, constituye un campo relevante e indispensable para cualquier consideración seria acerca del marxismo y de la Historia en general. El marxismo que ha quedado en pie puede ser decisivo en la coyuntura actual del pensamiento que se opone al capitalismo.

Es demasiado tratar de aludir siquiera a los problemas de la universalización intentada –y en buena medida conseguida– del marxismo, y a los temas de sus relaciones con el estudio y las interpretaciones de las historias particulares de los países y regiones del llamado Tercer Mundo, y sus implicaciones para la ciencia histórica; estos problemas son, sin embargo, fundamentales para nosotros. Las prácticas históricas específicas de los pueblos que han sufrido los impactos de la expansión del capitalismo mundial, el colonialismo y el neocolonialismo, las realidades constituidas por sus culturas, hibridaciones, instituciones, movimientos de la sociedad, dificultades y luchas, sostienen complicadísimas relaciones con el universo de la Historia que se ha elaborado y existe en los países desarrollados, y que se propaga desde

ellos hacia el resto del mundo. El resultado es una Historia que exhibe algunos logros y numerosas colonizaciones mentales, con ayuda de los múltiples recursos y atractivos de los poderes y las sociedades centrales, una Historia que sin embargo vive, y se renueva una y otra vez. En el Tercer Mundo, el marxismo ha servido muchas veces como factor de desarrollo de capacidades, identidades, ideas y movimientos muy positivos, pero otras tantas ha sido ineficaz o confusionista, y también ha sido portador de una colonización mental “de izquierda”. Del lado colonizador han sido determinantes las manipulaciones ideológicas, como parte de influencias avasalladoras provenientes de “centros” y de “sistemas del socialismo”, y los prejuicios eurocentristas.

En la historia de América Latina, África y Asia del siglo XX, esas debilidades y desventuras del marxismo han sido especialmente funestas, porque aquí resultaba imprescindible, pero a la vez era *más factible*, ser creativo “contra” el canon general proclamado en nombre del marxismo, para realizar aportes que contribuyeran en realidad a universalizar el marxismo. Por eso es tan grave la actitud colonizada entre nosotros. Si se logra unir la posición marxiana en la relación ciencia-conciencia revolucionaria y en las cuestiones de método,

con el estudio profundo e independiente de las sociedades tan diversas y heterogéneas que el capitalismo asaltó, saqueó y deformó, y ha pretendido ir reuniendo bajo su dominio, hay más posibilidades de validar en sí misma la perspectiva marxista, y de mejorar y ampliar el campo de su aplicación. En vez de camisas de fuerza “teóricas”, “aplicadas” a las realidades, de afirmaciones o negaciones absurdas, de apelar a aberraciones intelectuales para respaldar posiciones políticas, lo que está exigiendo hoy la necesidad de conocer las sociedades para transformarlas son nuevas fundaciones, audacia, buen método y mucho trabajo.

Ya existe un acumulado de pensamiento marxista muy notable en el Tercer Mundo; quiero llamar la atención sobre sus potencialidades en este momento mundial tan difícil. Los historiadores marxistas han avanzado —en grados y situaciones muy diversas, pero más profundamente en las últimas décadas— en el conocimiento y en la comprensión de los procesos históricos de sus sociedades, en terrenos más generales del trabajo de Historia, y en teoría. También han avanzado en cuanto a sostener relaciones fructíferas con historiadores del mundo desarrollado. Es muy apreciable la influencia de conjunto que ha tenido la Historia inspirada en el marxismo sobre la

ciencia histórica, otras disciplinas y el pensamiento social más general, así como sobre el mundo espiritual de sus países. Sin embargo, es imposible que el campo marxista no sufra un gran deterioro ante la gigantesca ofensiva cultural del capitalismo contemporáneo, decidido a convertir su dominio en un lugar común de la vida cotidiana y en el único horizonte de los proyectos humanos, ofensiva combinada y potenciada por la caída súbita y bochornosa del llamado socialismo euroriental y la ola de desprestigio en que quedó sumido el socialismo. Neutralizar, envolver, manipular, desmontar, cooptar, son verbos de trabajo de la ofensiva del capitalismo, y peligros que se confrontan hoy en todos los terrenos del pensamiento y la vida social.

II

Hay fuertes diferencias en el desarrollo del marxismo y de la Historia en Cuba: la Historia como disciplina es muy antigua aquí, y sus prácticas y productos hacía tiempo que eran notables cuando el marxismo comenzó a serlo. Durante la Revolución del 30 el marxismo se arraigó en Cuba, y como resultado de ella tomó un lugar en la cultura nacional. Mientras,

la Historia se convertía en la más significativa ciencia social del período siguiente –la segunda república burguesa neocolonial–, por la acumulación de trabajo profesional y de divulgación que se alcanzó, y por el lugar preponderante conferido a la historia en la identificación nacional y en los proyectos políticos y de cambio social. La influencia del marxismo era obvia a través de la obra de una parte de los historiadores destacados, pero no se llegó a formar una interpretación marxista de la historia de Cuba, ni una comunidad intelectual-política de los historiadores marxistas. Por su parte, entre los logros del sistema hegemónico estuvo la obstrucción de una divulgación consistente del marxismo. Los graves problemas y descalabros padecidos por el proyecto socialista y el marxismo a escala internacional desde los años treinta a los cincuenta también incidieron negativamente en Cuba.

Después del triunfo de la revolución en 1959 se produjo la asunción del marxismo en gran escala en la sociedad cubana, proceso que forzosamente fue muy polémico, en mi opinión sobre todo por tres razones: la seria incongruencia existente entre el marxismo internacional y el carácter y el contenido de revolución profunda anticapitalista y de ideales comunistas del proceso cubano; los logros, las

insuficiencias y los problemas de la acumulación cultural cubana previa; y las relaciones estrechas que Cuba debió establecer con la URSS. Pero fue precisamente el carácter polémico de esa asunción del marxismo en medio de una revolución lo que le permitió tener un impacto fuerte y generalizado en la cultura cubana, porque lo obligó a revisarse críticamente, y a expresar su vitalidad y su relación estrecha con las realidades y las necesidades sociales. En el campo de la Historia se expresaron también los rasgos generales que expongo. Fueron características de aquel primer período: la aparición de varias obras históricas muy notables, la creación de instituciones para formar profesionales, el rescate y divulgación de una parte de lo producido hasta entonces en Historia de Cuba, la publicación de obras extranjeras, las polémicas sostenidas –en su mayoría alrededor de interpretaciones de aspectos de la historia nacional–, la multiplicación del número y del interés del público, la aparición del movimiento de activistas de historia, la exaltación de la historia nacional como referente de los esfuerzos presentes y del proyecto revolucionario, y la gran politización de la actividad de Historia, rasgo este último que era común entonces a la mayor parte de las actividades sociales y a la vida cotidiana.

La situación en que se vio el proceso revolucionario después de 1970 produjo cambios profundos, que no es posible desarrollar aquí (desde 1987 hasta hoy he publicado mis criterios sobre este proceso). En cuanto a nuestro tema, la cuestión se complicó porque sobrevino un aplastamiento del pensamiento social y un subdesarrollo inducido del marxismo. Este fue convertido en una agresiva “ciencia general” y “guía” de los pensamientos sociales posibles, que se volvió dominante y excluyente. Se pretendió que fuera juez de toda la actividad intelectual, rechazando, aprobando, clasificando y distribuyendo premios y castigos. Entre otras consecuencias muy negativas, ese proceso formó y agravó el rechazo de los investigadores y estudiosos de materias sociales hacia la doctrina impuesta (o más bien el alejamiento y la aversión que aparecen cuando el rechazo es imposible).

Esta segunda etapa de la revolución fue sin embargo de acumulación muy contradictoria de aspectos positivos y negativos. En el caso de la Historia se fue logrando una multiplicación de los profesionales capacitados, un gran número de estudios concretos valiosos y algunos avances institucionales. Pero la subordinación teórica al llamado “marxismo-leninismo” y las normas restrictivas exigidas disminuyeron las posibilidades científicas y de prácticas de la

Historia, e impidieron el vital intercambio y debate públicos de ideas diferentes entre los propios cubanos. Además, esa sujeción obstruyó o hizo muy difícil la comunicación y el diálogo con los medios marxistas de Historia ajenos a los círculos considerados “correctos”, y también con los medios no marxistas, cuando en ambos campos se producen trabajos e ideas relevantes. La historia nacional sufrió en cierta medida, en sus temas y métodos de investigación, y también en su enseñanza en las escuelas.

Considerados como partes del campo ideológico en el proceso cubano de los últimos 40 años, la Historia y el marxismo no han guardado entre sí, empero, toda la subordinación de la primera al segundo que parecerían asegurar la fuerte determinación desde lo político y los diferentes grados de generalidad en lo teórico. En realidad, la Historia como historia de Cuba (¡siempre la dificultad de separar el nombre del contenido!) ha desempeñado muchas veces papeles de contén y de frontera frente al imperio de la arbitrariedad del marxismo dogmatizado, y algunas veces ha sido arma de ofensivas ideológicas contra él. En innumerables textos, exhortaciones y expresiones orales se ha invocado la historia de Cuba como proveedora de hechos y actitudes que avalan y refuerzan la legitimidad y los argumentos de una revolución y

un socialismo cubanos; a la vez, se la ha alabado como fuente y baluarte del campo espiritual revolucionario nacional. Todo eso ha ayudado a la Historia como disciplina, en las siempre difíciles tareas de conservar sus espacios y su autonomía, y a avanzar en sus prácticas.

El abandono del marxismo al que se refiere Bois se retrasó en Cuba respecto a lo que sucedió primero en América Latina, y más tarde –pero en magnitud descomunal– en la Europa Oriental. Las razones fueron políticas: en Cuba continuó el régimen creado por la revolución de transición socialista. En la actualidad, los problemas del marxismo están agravados en Cuba por tres características negativas:

- a) En el aparato productor de ideología hay más continuidad que discontinuidad del viejo tipo “marxista-leninista”;
- b) Los que están llamados a producir pensamiento social tienen debilidades en su formación teórica y dificultades en establecer su pertenencia ideológica; y
- c) La grave crisis y la transición económica del país, abiertas desde 1992, las constelaciones sociales y culturales que las nuevas relaciones económicas están difundiendo y la insuficiencia de las respuestas políticas y

culturales que se les han dado. Todo eso dificulta una recuperación crítica del marxismo, y en realidad facilita una tendencia a su abandono en general. Es difícil defender al marxismo en Cuba hoy.

Existe un profundo desgaste, incluso moral, del marxismo, y no solo una crisis. Es necesario levantarse sobre el mezcuzino rasero de lo inmediato (y de los intereses y emociones que lo dominan), no para conservar la vieja ideología, sino para asumir de manera crítica al marxismo y recuperarlo. Opino que necesitamos su ayuda ante los problemas y tareas trascendentales que están a las puertas.

Ya ha comenzado en Cuba una ola conservadora, una reacción del campo espiritual que amenaza envolver a la producción cultural y la vida cotidiana. Sus causas trascienden al rechazo a la ideología del “marxismo-leninismo”, y su contenido no se circunscribe a aquel, sino que alcanza al conjunto de la situación. En el terreno que estoy tocando, el de la producción de pensamiento y ciencias sociales, esa ola conservadora podría llevar a un triunfo de la “neutralidad” (la neutralidad es difícil siempre y nunca es inocente), o ir aún más lejos. Estamos como suspendidos en el aire en lo teórico y en la ideología que se hace expresa –después de haber vivido un período muy prolongado en que esos campos

estuvieron ocupados de manera exclusivista y demasiado abarcadora–, y parece como si fuera posible continuar así durante un tiempo indefinido. Estimo que esa creencia es infundada y peligrosa, que tal situación se tornaría insostenible y sus consecuencias pueden ser muy onerosas.

En la Cuba actual, la Historia necesita teoría y también precisa pertenencia ideológica, y el marxismo enfrenta el imperativo de revolucionarse. Ya hemos visto que el marxismo puede ser útil para la liberación, pero también puede serlo para la dominación. Abandonarlo hoy por haber tenido esta función sería no sacar provecho a tan costosos aprendizajes, y sería perder un formidable auxiliar del trabajo científico del historiador y una visión social integradora de ese trabajo en un horizonte más amplio, que dé sentido social a los proyectos y a las prácticas profesionales. No abandonar el marxismo puede significar también encontrar defensas más eficaces contra el desaliento, contra una historia para consumos turísticos, contra las manipulaciones, contra la no elección de los temas más valiosos y necesarios, contra la asunción de preconceptos conservadores sobre la materia histórica. Esas son reacciones ideológicas quizás explicables, pero debemos combatir las y aclarar que ellas perjudicarían duramente a la historiografía y a la conciencia cubana.

He escrito “puede significar”, y no más, porque el marxismo no es un talismán. No habría ninguna razón para esperar que el marxismo sea realmente útil, ni sea atractivo, si no se sacude las cargas pesadas que lo han agobiado y que lo convirtieron en agobio para todos. Es cierto que hoy tiene un prestigio que ganar, pero cuenta también con factores favorables. Nuestros más destacados historiadores son marxistas, tenemos profesionales muy capaces de otras disciplinas sociales que también lo son; en diferentes países de América Latina existen historiadores y pensadores marxistas con trabajos de mucha calidad e ideas muy valiosas, y también en Estados Unidos y en los demás continentes. Necesitamos conocer más sus trabajos e ideas, y –asombra un poco, pero es cierto– necesitamos conocernos más los cubanos unos a otros, e intercambiar criterios, ideas, trabajos, proyectos, datos, opiniones, entre nosotros mismos. La Historia y el marxismo en Cuba necesitan cosas diversas, pero también se necesitan mutuamente.

BIBLIOGRAFÍA

- Bois, G. 1988 “Marxismo y Nueva Historia” en Le Goff, J. y otros (dirs.) *La Nueva Historia* (Bilbao: Mensajero).
- Freud, S. 1991 [1933] “35° conferencia. En torno de una cosmovisión” en *Obras Completas T. XXII* (Buenos Aires: Amorrortu).
- Korsch, K. 1971 (1923) *Marxismo y filosofía* (México: Era).
- Lenin, V. I. 1963 *Obras completas* (La Habana: Editora Política) 42 T.
- Lukács, G. 1969 (1923) *Historia y conciencia de clases* (México: Grijalbo).
- Luxemburgo, R. 1967 *La acumulación del Capital. (Apéndice una anticrítica)* (Grijalbo).
- Marx, C. 1959 [1852] “El 18 Brumario de Luis Bonaparte” en Marx, C. y Engels, F. *Obras escogidas* (Moscú: Editorial en Lenguas Extranjeras) T. I.
- Marx, K. 1975 *El Capital* (México: Siglo XXI) 3 T. en 8 Vol. Trad. P. Scaron.
- Parsons, T. 1968 (1937) *La estructura de la acción social* (Madrid: Guadarrama) 2 Vol.
- Schumpeter, J. 1924 (s/d).
- Trotsky, L. 2017 *Historia de la Revolución rusa* (Buenos Aires: IPS-CEIP) T. I y II.
- Weber, M. 1958 (1919-22) *Economía y sociedad* (México: FCE).

¿ADÓNDE VA EL PASADO?*

Era como la percepción remota de otras posibilidades.
(A. Carpentier: "Viaje a la semilla").

Y no es el reino del Olvido. La memoria es la secretaria del olvido.
Maneja en archivadoras el pasado.
(E. Cardenal: "Coplas a la muerte de Merton").

La invocación de la historia de Cuba ocupa un lugar destacado en nuestra actualidad. La corriente principal y más visible la proclama como la prueba decisiva de la especificidad nacional y del destino del país, y como acta de legitimidad del régimen político y el tipo de sociedad en que vivimos. Pero esa corriente no es la única. Hay quienes van a la historia de Cuba

en busca de las señales que permitan identificar a un país de permanencias y de diferencias sociales, a salvo de radicalismos: el país futuro que desean. Si asumimos otro tipo de aproximación, la de la Historia como ciencia social, constatamos una sostenida multiplicación de los aportes de monografías historiográficas de buena calidad, que han ampliado mucho el acervo de preguntas y de evidencias sobre eventos, procesos y temas históricos. Ellas han abierto nuevas fuentes o leído más hondo las existentes, asumido más perspectivas diversas y utilizado nuevos instrumentos, y se han abierto mucho a los intercambios con otros medios en los que se hace Historia. A menudo sus resultados niegan o desafían creencias más o menos arraigadas, o ponen base nuevas para el trabajo en Historia. Es realmente inaceptable que esos aportes incidan tan poco en el contenido de la enseñanza y la divulgación de la historia nacional.

La crisis que se desató en Cuba hace más de quince años trajo consigo un reto formidable al

* Escrito en La Habana, en agosto de 2009 se publicó en: Martínez Heredia, F. 2009 *Andando en la Historia* (La Habana: ICIC Juan Marinello / Ruth Casa editorial) pp. 1-9.

sentido de los tiempos –el presente, el pasado y, sobre todo, el futuro–, que persiste aunque haya asumido formas más serenas. En lo concerniente a los grandes asuntos de la Historia, el de la nación ha sido el más saliente. Como es común en tantos países, guarda alguna relación con el lugar de Cuba en el mundo y con las ideas sobre el tema que dominan o están en pugna en ámbitos internacionales, pero lo esencial son sus contenidos y condicionamientos propios. Propaganda, divulgación, ediciones, seminarios, estudios, investigaciones, debates, son afectados o influidos por las preguntas y los abordajes de la nación. En los primeros años noventa las palabras clave eran “proyectos de nación”, “cubanía” o “identidad nacional”. Después vinieron los supuestos “retos del milenio” –felizmente olvidados–, y se sumaron otras locuciones, como “globalización”, “cultura nacional”, “diversidad” o “participación”. Estas últimas expresan la fuerza emergente de la cuestión del socialismo, que intenta ponerse en el centro de las ideas, movida por la etapa crucial para el orden futuro del país en que vamos entrando y por una premisa ineludible: para ser, la opción socialista necesitará la actuación política de las mayorías.

Las expresiones citadas indican tendencias de pensamiento e investigación, posiciones

ideológicas, ritos o modas. También concurre a este cuadro de lo histórico la situación y los problemas más generales de las ciencias sociales y el pensamiento social, que bregan por salir del todo de un período adverso que ha sido duro y largo, pero todavía tienen dificultades serias y además resultan insuficientes ante las exigencias de la coyuntura y de sus deberes específicos. En síntesis, puede afirmarse que la historia de Cuba es hoy un campo intelectual e ideológico de enorme importancia, y que la ciencia de la Historia está desarrollándose, puede ser capaz de seguir ese curso ascendente y, si las condiciones son favorables, será capaz de cumplir sus funciones sociales.

Trabajo en Historia desde una posición propia y definida. Ella me motiva, e influye –a veces decisivamente– en mi elección de temas e instrumentos, y en las hipótesis e intuiciones; mis presupuestos ideológicos participan en la labor investigativa y se notan en mis análisis. Nada de esto me hace original, les sucede a todos mis colegas; simplemente estoy consciente de ello. Esa lucidez me permite observar con rigor reglas tales como partir de una masa de hechos y no seleccionar arbitrariamente a mi conveniencia los que tomo; preguntarle a la materia en investigación, con libertad intelectual, lo que ella demanda o sugiere, no lo que mi

prejuicio desea; dudar del acierto de mi análisis si aparecen elementos díscolos u opuestos a la hipótesis en desarrollo; atenerme a métodos y normas de la Historia, aunque utilice también otros medios de ciencia social en la búsqueda del conocimiento histórico. Algunas veces llevo a someter a crítica la relación de mi posición con mi trabajo concreto, tratando de evitar la parcialidad, la arbitrariedad y la ceguera ante lo que no cabe en nuestra tendencia, aunque exista y hasta sea escandaloso. Esos sanos ejercicios convienen a todo estudioso. Desde mi compromiso político expreso y mi posición teórica –y no a pesar de ellos– reivindico la exigencia de respeto a la práctica específica de la ciencia social, con sus preguntas, sus criterios propios y sus pesquisas –que deben ser despiadados si es preciso–, su autonomía relativa y su ética.

Considero que el marxismo es el instrumento teórico más atinado y capaz para el pensamiento y las ciencias sociales, y que su teoría de las luchas de clases es fundamental para investigar el mundo que se ha llamado moderno y los movimientos e ideas que deben revolucionarlo, derrocar al capitalismo e impedirle recuperarse y reconquistarnos. Pero abomino y combato la mezcla de especulación, positivismo, autoritarismo dogmático y reformismo

político que logró ser la tendencia más fuerte e influyente dentro del marxismo en la centuria pasada, y que se niega a desaparecer. En Cuba actual, a mi juicio, lo principal en cuanto al marxismo es contribuir a que una nueva generación que posee ideales revolucionarios socialistas se apodere de la inmensa riqueza del pensamiento marxista y enfrente con esa fuerza y esas capacidades el cúmulo de desafíos y tareas que tendrá muy pronto ante sí. Por otra parte, soy seguidor de la antigua tradición de expresar en los trabajos científicos las convicciones propias y los criterios del autor acerca de los caminos a seguir y las soluciones de los problemas de las sociedades, una virtud que la profesionalización “objetivista” y el interés de la burguesía han tendido a eliminar o devaluar en el trabajo de ciencia social durante el último siglo y medio.

Precoz y permanente consumidor de estudios y narraciones orales sobre la historia de mi país, en los años sesenta cursé una gran parte de las materias contenidas en la Licenciatura habanera en Historia, pero dentro de un programa intelectual muy diferente al de ella, y con la expresa intención de no pretender graduarme allí. Desde aquellos años hasta hoy he realizado numerosas investigaciones históricas –aunque nunca he sido un profesional de dedicación

completa a la Historia-; he sido docente de la disciplina en muy diversos ámbitos, conferencista y divulgador. Todo este tiempo he seguido estudiando textos de historia, y también de posiciones teóricas acerca de esa ciencia. En este libro he reunido un conjunto de trabajos que tratan de la historia de Cuba y, en alguna medida, de la ciencia histórica.

El hilo conductor de mis investigaciones acerca de Cuba es la historia de la dominación y la de la de las resistencias y rebeldías. Los conflictos tienen, por tanto, un papel muy importante en esas indagaciones, pero sería erróneo estimar que son lo único central; me interesan igualmente el funcionamiento de la dominación, la adecuación a ella de los dominados y las reformulaciones de la hegemonía que logran los dominantes. Como es natural, he estudiado mucho y tengo muy en cuenta la dimensión económica de las formaciones sociales determinables en la historia de Cuba. Hace treinta y cinco años ensayé un esquema de ellas y su sucesión en el transcurso del medio milenio iniciado con la conquista, intentando crear un instrumento ajeno a los cánones europeos que han hecho daño a la comprensión de nuestra historia. Pero sigo el principio de no confundir dos ámbitos, la estructura económica y el movimiento histórico, realidades que marchan

juntas y revueltas pero que el investigador está obligado a discernir siempre. El valor de determinación de eventos de la “economía” en una sociedad determinada –usualmente tan mal entendido y exagerado– puede ser alto en cuanto al funcionamiento de la formación social, pero en modo alguno lo es cuando esta entra en procesos de cambios súbitos y, sobre todo, de revoluciones.

El ámbito temporal de los trabajos que integran *Andando en la Historia* (Martínez Heredia, 2009) es el de los dos últimos siglos. Sin olvidar la importante acumulación cultural resultante de los trescientos años de historia colonial que los precedieron, estas dos últimas centurias son el teatro de mi tema. Los dos primeros textos atienden a todo el período, y los siete siguientes desarrollan asuntos más específicos del decurso histórico de Cuba entre el inicio de ese lapso y 1961. El décimo aborda cuestiones de la ciencia histórica en el curso de la Revolución. Decidí cerrar la obra con tres prólogos en los que –al presentar los libros– vierto mis criterios acerca de grupos sociales cubanos y sobre la investigación histórica.

Este es un libro de interpretación, en el que, por consiguiente, predominan los asertos, la presentación de problemas, los juicios que pueden ser polémicos, las sugerencias de caminos

de búsquedas, la visión que pretende ser totalizadora y la puesta en relación de la materia histórica con otras áreas del conocimiento social y con las ideologías de las clases sociales y la conciencia social de una época determinada. Casi nunca narra eventos y episodios históricos como parte de su argumentación, aunque ellos están en el centro de su trabajo. Se beneficia de los notables avances y del estado de la ciencia histórica acerca de Cuba, aunque, como es natural, el autor es el único responsable de las opiniones e ideas presentadas.

Me permito llamar la atención sobre algunos de los asuntos y aseveraciones del libro. Ante todo, el papel decisivo de las revoluciones. Las dos primeras lograron la creación del cubano y la formación de una nación en Cuba, pero no se limitaron a las proezas de derrotar todos los esfuerzos del colonialismo de España y el peso cultural de su presencia, salvar a Cuba de ser anexada a los Estados Unidos y hacer que el Estado republicano naciera como fruto de una epopeya nacional popular. Esos eventos—sobre todo la Revolución del 95— fueron excepcionales por su magnitud y su alcance históricos. Exploro otras consecuencias tuyas, como fueron los cambios profundos en la autoestima, las capacidades y la conciencia política y social de los individuos y los grupos sociales humildes,

su comprensión de las relaciones de raza y nación, una nueva construcción social de razas y racismo muy superior en cuanto a justicia a la lograda después de la emancipación en otros países de América. También la ideología predominante durante la república, un nacionalismo transido de radicalismo popular que la política burguesa compartía, pero no podía conducir, y las relaciones y conflictos de ese nacionalismo con la justicia social y racial. No abordo en esta obra la Revolución del 30, por haberlo hecho en un libro reciente,¹ pero dedico un trabajo a la reformulación de la hegemonía de la dominación en el período de la segunda república burguesa neocolonial, en busca de lo específico de esa etapa histórica dentro de la continuidad republicana. Tampoco incluyo ningún texto sobre la insurrección de los años cincuenta—pretendiendo terminar un libro de interpretación sobre ese proceso—, pero consagro dos textos a los cambios radicales de las personas y la conciencia social en los dos primeros años del poder revolucionario, y parte de otro al problema del carácter de la Revolución.

1 *La revolución cubana del 30. Ensayos* (Martínez Heredia, 2008).

Los resultados esperables de las crisis de la formación económica y del sistema político alrededor de 1930 fueron alterados profundamente por la Revolución del 30, que generó nuevas realidades y un tipo determinado de reorganización del sistema. La cuarta revolución, que triunfó en 1959, no fue consecuencia de una crisis irremediable de la estructura económica y social, sino de una praxis que fue capaz de violentar a fondo lo que se estimaba posible y crear un medio nuevo en el que el poder revolucionario y el espíritu libertario popular transformaron al país y a las personas involucradas a un grado tan alto que vencieron al capitalismo y al dominio imperialista. La revolución asumió un proyecto trascendental, el socialismo, que ha movido o motivado a Cuba hasta hoy y sigue siendo la alternativa idónea.

La palabra revolución ha sido la central y la más cargada de sentido en la vida cívica de los cubanos durante el último medio siglo. Es necesario que la revolución como proceso social y como concepto sea más trabajada y ocupe el lugar que le corresponde en el pensamiento y las ciencias sociales. El estudio de las revoluciones cubanas me ha aportado algunas certezas. Entre ellas, que las tendencias evolutivas resultaron demasiado cercanas o subalternas a las de conservación de los sistemas de

explotación, opresión y colonización, y en las coyunturas de crisis tuvieron que ser las opciones revolucionarias las eficaces para obtener cambios. Que el proceso histórico fue formando una incongruencia creciente entre la estructura exportadora capitalista neocolonial y el nivel político y de conciencia social que conquistaba la población del país, inadecuación que no pudieron paliar la república burguesa neocolonial ni el enorme crecimiento económico de los años diez y veinte de la centuria pasada. Que el sistema de dominación se vio forzado después de cada revolución a complejizar más su hegemonía, para integrar y controlar los nuevos desarrollos de los niveles políticos y de la conciencia social; pero en esas reformulaciones coexistían la capacidad de evitar una nueva revolución con el peligro de que, si ella estallaba, partiría del mayor nivel político e ideológico alcanzado y tendría objetivos más funestos para el sistema en su conjunto.

Dado el cúmulo de factores históricos que han tendido a ligar a Cuba con los Estados Unidos, la gigantesca diferencia de fuerzas y la precoz relación neocolonial, quiero resaltar que sólo las revoluciones fueron capaces de crear y sostener una intransigencia nacional y popular de rechazo permanente al dominio norteamericano, y darle sentimientos,

solidez, capacidades y estrategia efectivos. La Revolución del 95 creó conciencia política y prácticas anticoloniales y ansias de soberanía. Pero la interiorización de la colonización, herencia terrible que deja el colonialismo, se tornó en la primera república desconfianza neocolonizada en la capacidad de los cubanos para gobernar su país y resignación a sufrir las injerencias externas. Fue la Revolución del 30 la que liberó a los cubanos de ese complejo político de inferioridad. En cuanto a la revolución que triunfó en 1959, son innecesarias las explicaciones: sin el peso colosal del antiimperialismo no pueden entenderse sus hechos, su proceso, sus ideas y las motivaciones, las prácticas y el consenso de las mayorías.

Una investigación que diferencia la historia de las estructuras económicas sociales de la de los movimientos y conflictos sociales que resultan históricos, tiene consecuencias que influyen en los criterios de periodización y en la comprensión de la historia de las formaciones económicas y sociales que han existido, de la formación de identidades y otros rasgos necesarios para la construcción de los grandes grupos sociales y de la nación, de la historia de unos y la otra, y de los conceptos de luchas de clases, nación, socialismo y liberación nacional. En cierto número de aspectos, mi

interpretación de la historia de Cuba difiere de las de otros historiadores, algo que es usual y conveniente. Muy distinta es la valoración que hago de creencias y usos acerca de nuestra historia que son tan repetidos como erróneos. Un ejemplo de estos últimos es la descalificación de la república burguesa neocolonial, a la que se le apoda “seudo” o se reduce a un rosario de maldades, con lo que se pierde la posibilidad de conocerla y se distorsiona la comprensión de la historia de los últimos cincuenta años, hasta el presente.

Otros dos temas a los que este libro presta especial atención son el de la nación y el de las razas y el racismo. Al primero me referí al inicio de esta introducción, y sólo quiero agregar que la nación y el nacionalismo son ejemplos palmarios de la necesidad de que el historiador –y cualquier otro científico social– utilice también instrumentos de otras disciplinas para obtener conocimientos válidos en su propio campo. El vigor y el peso social de una nación pueden expresarse mediante mayorías que realizan una y otra vez actos que resultan inexplicables para el estudioso que confía demasiado en su terruño científico. La Historia no se ocupa sólo de lo que racionalmente puede inferirse a partir de una masa de hechos, ideas de época y posiciones políticas.

Las construcciones sociales de raza y racismo en la historia de Cuba han sido un campo de trabajo muy importante para mí en los últimos quince años, lo que puede apreciarse en buena parte de estos textos. Atiendo siempre a las relaciones tan complejas y sostenidas en la historia cubana entre razas y nación, y entre libertad y justicia social, lo que permite, a mi juicio, comprender mejor todo el proceso histórico de estos dos últimos siglos, incluida la historia de la conciencia social y del pensamiento elaborado. El tema ha sido largamente tratado por nuestros historiadores y otros intelectuales, pero ha padecido mucho los efectos del racismo antinegro que caracterizó en sus inicios a la cultura cubana, quebrantado duramente pero no abatido por las revoluciones que crearon la nación, y con una historia republicana que no debe ser vulgarizada o desconocida. La revolución socialista de liberación nacional produjo cambios positivos tan profundos en las personas y las relaciones sociales que abrió paso a una nueva época en la cuestión de las razas. Pero el racismo persiste, tan tenaz como elusivo, y encuentra asidero en viejas realidades y en nuevas diferenciaciones entre los cubanos. Como expresé arriba, expongo procesos e interpretaciones a la vez que juicios personales y proposiciones sobre el asunto que

abordo, en este caso guiado por el antirracismo que considero indispensable en la posición revolucionaria socialista.

Las ideas que tiene un historiador sobre su disciplina pueden advertirse sobre todo en sus textos, pero en “Combates por la Historia en la Revolución” (Martínez Heredia, 2009) y en cierto número de pasajes de otros trabajos de este libro expreso mis criterios sobre la ciencia histórica. Ellos se suman a los que he ido publicando desde hace cerca de dos décadas. Opino que esa práctica resulta muy necesaria, dadas las circunstancias actuales a las que me he referido en este prefacio, y sería desacertado dejarla a cargo solamente de una literatura docente o especializada. La Historia en Cuba necesita revisar críticamente y debatir su naturaleza, sus temas cardinales y sus funciones. El grado de desarrollo que ha alcanzado y las necesidades del país se lo reclaman.

BIBLIOGRAFÍA

- Cardenal, E. 1970 “Coplas a la muerte de Merton” en *El pez y la serpiente* (Managua) N° 11: 17-32, verano.

Carpentier, A. 1987 [1944] “Viaje a la semilla” en *Guerra del tiempo* (Buenos Aires: Ediciones del 80).

Martínez Heredia, F. 2008 *La revolución cubana del 30. Ensayos* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).

Martínez Heredia, F. 2009 *Andando en la Historia* (La Habana: ICIC Juan Marinello / Ruth Casa editorial).

PRESENTACIÓN*

I

A treinta y cinco años de la muerte en combate de Antonio Guiterras –y setenta y cinco de la muerte en combate de José Martí– la revolución en Cuba ha alcanzado un nivel de profundización socialista que asegura para siempre su liberación nacional y es, a la vez, el primer acto de una nueva revolución latinoamericana que

* Publicado originalmente en: *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 39: 6-18, abril de 1970.

[N. de la Ed.] Con esta antología se reimprime por primera vez esta presentación. El texto y el número entero fueron preparados cuidadosamente por FMH. Sus más de 400 páginas –el doble de lo que regularmente tenía la revista– constituyen uno de los primeros materiales historiográficos que recuperaron la menos estudiada y más olvidada de las revoluciones cubanas. En esta presentación el autor expone elementos originales de su interpretación histórica, que profundizará luego en otros materiales y que constituye un posicionamiento político en el que el pasado adquiere vigencia y tensión en relación con los actores y planteamientos de un presente que se ve interpelado por él.

alcanzará el socialismo en el camino abierto con la sangre del Che. “En épocas como la actual, el recuerdo de aquellos muertos gloriosos tiene cierto aire de alegría [...]” –decía Ernesto Guevara (1961) en un aniversario de Guiterras–, cuando estamos “mostrando el camino que se puede abrir, a fuerza de trabajo, de fe en el futuro, y a fuerza de una conducción acertada de las masas populares”.

En los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial colonias y neocolonias han sido “redescubiertas” numerosas veces por nativos y navegantes; el impulso principal de estos estudios ha sido siempre la revolución, o el peligro de ella. La identidad nacional ha tenido que ser encontrada, defendida, vindicada frente al imperialismo, pero también frente a los depositarios de un nacionalismo que puede resultar ideología del mantenimiento de los privilegios de los explotadores o desvío y desarme de las explosiones populares. El nacionalismo revolucionario ha sido un motor extraordinario del combate por la dignidad de los pueblos

cuando las vanguardias han conducido a la vez la lucha por la dignidad plena de los hombres: nadie es más nacionalista que el comunista Ho Chi Minh cuando llama a su pueblo a la pelea en nombre de una milenaria tradición de independencia y en nombre de la libertad.

La Revolución cubana ha integrado una visión unitaria de un siglo de combates por la patria y por su transformación social, e impulsa la investigación y la divulgación, la asunción de esa historia por el pueblo como patrimonio de todos; ello es posible porque la dignidad nacional alcanzada por la revolución socialista se alimenta del esfuerzo de construcción nacional y del cumplimiento del deber internacionalista. En ese marco, el estudio de la historia nacional no se convierte en la observación del ombligo nacional –variante mayor del propio ombligo– lo cual no tendría valor alguno. En un verdaderamente liberado se exige, entre muchas cosas, liberar también la historia.

La Revolución del 30 es una etapa crucial para el estudio de la historia revolucionaria de Cuba. A partir de 1923 un movimiento de dignificación de la vida nacional se fue tornando en una conmoción de la vida del país por despojarse de la condición colonial, política y económica, ante los Estados Unidos; por hacer verdaderas las instituciones republicanas que

habían pasado del sainete del zayato a la tragedia del machadato; por encontrar el camino de la liberación social de los trabajadores. La expresión artística quiso también saltar la barrera colonial y encontrar al siglo XX. Ya en 1930 una vanguardia de la población se sintió histórica sobre la huella de un suceso y un muerto –el 30 de septiembre– que devino símbolo. El viejo filósofo Varona había registrado el signo de los tiempos: “el país ha vuelto a darse cuenta de su fuerza [...]”.

¿De dónde la extraía? La intervención norteamericana había producido la culminación neocolonial de una lucha de independencia que Martí intentó convertir en un proceso de liberación nacional. El partido de la guerra necesaria, de los revolucionarios callados, listos para aprovechar el momento oportuno, lanzó a Cuba a un combate total en que debía forjarse la nación. El imperialismo impuso su control al cabo de una guerra que costó 400 mil muertos; ya desde antes de la guerra su peso económico se hacía determinante en el país. Pero a pesar de las limitaciones políticas de los libertadores ante el nuevo poder –y de la complicidad de algunos de ellos en los gobiernos progresivamente corrompidos de la república– la guerra cercana prestó una sorda dignidad al pueblo del protectorado, rumiada por los veteranos,

aprendida en la escuela y en la tradición, fuerza en potencia para dar color y cohesión a una nueva convocatoria revolucionaria.

También la república neocolonial tuvo su historia capitalista. El nuevo poder viabilizó su desarrollo. Una producción predominantemente azucarera, con una progresión de las inversiones yanquis y del control del mercado y de las finanzas, le dio a la expansión económica capitalista una función colonial. La colonización de las provincias orientales, la enorme inmigración que permitió duplicar la población del país, la multiplicación de inversiones, *fueron* el capitalismo en Cuba en el primer cuarto de siglo: la dependencia extrema, el estancamiento económico y la crisis fue su consecuencia natural.

En la tercera década del siglo la revolución en Cuba tiene ya tareas que solo podrá resolver la dictadura revolucionaria de los trabajadores. La liberación nacional y la liberación social se condicionarán mutuamente: el *antiimperialismo* es el índice principal de la lucha, y él continuará y profundizará el ideal de Martí. Pero su ejercicio tendrá que ser el llamamiento al pueblo a pelear contra la dictadura machadista, que lo oprime para servir al amo extranjero y a los explotadores cubanos. Solo en la lucha podrá el pueblo forjar su conciencia antiimperialista,

solo mediante la revolución podrá la enorme masa de los trabajadores convertirse en clase capaz de destruir el poder de los burgueses nativos y extranjeros y consolidar la liberación nacional.

Surgen por tanto dos problemas: a) qué reivindicaciones y qué tácticas arrancarán progresivamente a la población de la situación de efectiva dominación —económica, ideológica, política, represiva— en que la mantienen; b) la necesidad de organizaciones revolucionarias que desempeñen el papel de vanguardia de la lucha y conduzcan al pueblo a la victoria.

En una nueva etapa revolucionaria dirigentes y organizaciones intentaron canalizar los esfuerzos de acuerdo a su óptica de la situación. A veces solitarios, otras acatados por grupos de avanzada o en la cresta de una ola de admiración popular, Mella, Villena, Guiteras, protagonizaron heroicamente un combate en que los revolucionarios no alcanzaron la unidad de acción. Obra sobre todo de pequeños grupos de intelectuales y obreros, la agitación revolucionaria se extendió a capas más amplias a partir de 1930 y alcanzó su clímax en la segunda mitad de 1933, cuando la Tiranía machadista y el régimen político del protectorado estallaron, la institución militar se quebrantó, cientos de miles de trabajadores se movilizaban por sus

reivindicaciones y la población repudiaba la amenaza intervencionista yanqui. A pesar de los factores que incidieron en contra del establecimiento de un poder revolucionario –que hubiera tenido que enfrentar una situación internacional muy desfavorable en su lucha antiimperialista– la reacción necesitó una labor represiva y política sostenida y paciente para lograr sujetar otra vez al país a su dominio. Raúl Roa ha descrito así esta situación:

[La generación del 30] está compuesta en rigor, por tres hornadas: la que aflora en 1923, que simbolizo en Mella y Rubén Martínez Villena, la que irrumpe entre 1927 y 1930, que personifico en Rafael Trejo, Antonio Guiteras y Pablo de la Torriente Brau, y la que se empina, incorporándose a la lucha revolucionaria en 1933, y que sigue personificada por esos tres ejemplares combatientes. En esas tres hornadas, los genuinos revolucionarios constituyen minoría [...].

Es indudable que la minoría revolucionaria de la generación del 30 quiso más de lo que pudo: planteó el problema de Cuba a la altura del tiempo, pero no supo resolverlo. La situación concreta en que le tocó actuar estaba suficientemente madura para el salto cualitativo; pero faltó la vanguardia, la unidad de pensamiento

y acción, la claridad en los objetivos, el aprovechamiento dialéctico de las circunstancias y factores operantes y, sobre todo, independencia de enfoque y perspectiva. El impulso revolucionario no tuvo cauce ni dirección congruentes con su ulterior desarrollo y por eso, se despilfarró en una lucha desconcertada que le propicia la revancha del imperialismo y las fuerzas a su servicio, especialmente las gavillas uniformadas de Batista, el ABC, partido político fascistizante, el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) aluvión amorfo del pueblo políticamente subdesarrollado que puso su esperanza en Grau San Martín, el Mesías de la desconflautación. La Convención Constituyente de 1940 representa el compromiso entre dos impotencias intrínsecamente similares: la contrarrevolución y la pseudorrevolución. Guiteras fue quien vio más claro, más hondo y más lejos. Aún Machado en el poder, empuñó el fusil en San Luis con la firme convicción de que era ése el camino revolucionario y Batista tronchó arteralmente su vida cuando se aprestaba a desatar la insurrección popular. De ahí su integración como símbolo vivo y actuante en la batalla subsiguiente hasta hoy (Fornet, 1968).

En 1923 Mella impulsó la insurgencia estudiantil que sería después factor en todas las jornadas revolucionarias. Combatiendo al

imperialismo y al gobierno de Zayas, fundando la Universidad Obrera “José Martí” y dándose a la causa proletaria, Mella encontró el camino de la Revolución: antiimperialismo intransigente, lucha armada, revolución para el socialismo. Ese mismo año el poeta Rubén Martínez Villena encabezó una protesta de los intelectuales contra la corrupción y el servilismo del gobierno; muy pronto la lucha lo llevó al comunismo, y entregó su talento y su vida a la Revolución.

Diez años después de aquellos inicios un universitario protestante del 27, Antonio Guiteras, que se había ido a pelear y organizar a los hombres de pueblo de Oriente para la insurrección, encontraba y mostraba el camino: lucha armada, antiimperialismo intransigente, revolución para el socialismo. La vocación de poder anunciaba en él la madurez de la semilla del 23: “imponer un programa revolucionario por medio de la dictadura [...]”.

Ellos marcaron a su tiempo, aunque no consiguieron hacerlo tiempo de victoria. Le dieron continuidad a la historia de la revolución cubana y paradigmas a la acción y al pensamiento que fueron recogidos por la generación siguiente. De cualquiera de ellos –y de sí mismo– pudo decir Pablo de la Torriente (1936): “Los ciudadanos de la revolución se llaman

héroes y mártires. Y esa ciudadanía solo se consigue con el sacrificio, el valor, el desinterés y la constancia. ¡Y solo se otorga con la victoria o con la muerte!”

Si el imperialismo trajo a Cuba el siglo XX de desenfrenada explotación neocolonial, la revolución alumbró también un siglo XX de cultura nacional que buscó en las vanguardias de su tiempo y en las raíces de la nación la fuerza para las nuevas tareas. Mella leyó en Martí y en Lenin para buscar mejor el rumbo de la revolución cubana. El marxismo se incorporó a la cultura revolucionaria porque resultó necesario para la nueva fase de la lucha antiimperialista; la admonición martiana siguió valiendo, empero, junto a él. Una nueva revolución arrancó de su prédica 30 años después del gesto de Mella y de Villena, y los combatientes llevaron a la guerra los nombres de Martí y de Guiteras: la revolución dirigida por Fidel Castro.

II

No pretendemos hacer historia de la Revolución del 30 con este número. Falta mucho todavía por andar en el análisis de ese período histórico para ensayar la publicación de un conjunto de artículos que estuvieran respaldados en lo

parcial de sus asuntos por la existencia de perspectivas más o menos discutidas. Hemos intentado por tanto ofrecer solamente una muestra de los acontecimientos y opiniones de entonces, a través de un trabajo de recolección de documentos y de entrevistas a sobrevivientes o testigos. Debemos insistir en el carácter de muestra que tiene este número, no solo por la limitación de información de los que lo hemos preparado, sino también por la escasez y deficiencias de obras de consulta sobre el periodo, que dificulta incluso la localización de sucesos y de fuentes. Se ha cuidado, en lo posible, que la muestra sea representativa.

Una cronología 1923-35 trata de ayudar al lector a seguir la secuencia de los acontecimientos y, en algunos casos, de salvar lagunas del número.

Acorde a los propósitos de nuestra revista, los fragmentos de entrevistas cumplen las funciones de mostrar las vivencias de acontecimientos y la atmósfera de una época, que los documentos no pueden ofrecernos. Otras veces sustituyen la carencia de los mismos, como es el caso de la actividad de los militares en los últimos meses de 1933, cuyo interés se manifiesta en los relatos. Tienen, naturalmente, el carácter parcial de toda visión personal de un suceso, aumentado por los años transcurridos, que conspiran contra

la memoria, y a veces por la “actualización del enfoque”, que acecha a quienes viven hoy en el seno de un país en revolución.

La iniciativa de salvar los testimonios de sobrevivientes de aquel proceso mediante entrevistas grabadas, así como estudiar a los principales revolucionarios de la época para emprender ediciones que divulgaran sus pensamientos y acciones, fue del compañero Eduardo Castañeda, desaparecido cuando apenas comenzaba a ofrecer los frutos de su labor de estudioso revolucionario. Publicando parte del material de entrevistas que él realizó, y el número mismo que íbamos a preparar juntos, le recordamos de la manera mejor.

Esperamos que este número contribuya en algo a acrecentar el interés de estudiantes y estudiosos en la interpretación histórica de un período importante de nuestra historia.

III

El compañero Roa¹ nos ha facilitado numerosos escritos que aquí se publican, los más de

1 [N. de la Ed.] Se refiere a Raúl Roa, conocido como el *canciller de la dignidad*, fue ministro de Relaciones Exteriores; embajador de Cuba ante la Organización de

ellos inéditos o solo publicados en su fecha original. Pero su ayuda también ha sido valiosa al ofrecernos explicaciones, análisis de situaciones, aliento y datos inagotablemente extraídos de una “memoria de papel de mosca”.

Iliá Villar, del Dpto. de Filosofía de la Universidad de La Habana, llevó el peso de la preparación del número junto a compañeros de la revista. Los compañeros Guillermo Alonso y Enrique Vignier, que trabajaron junto a Castañeda en el Instituto del Libro, colaboraron especialmente en lo referente a las entrevistas. A ellos, a los entrevistados y a los compañeros Calixta Guiteras² y Angel Augier les expresamos nuestro agradecimiento.

Estados Americanos (OEA) y embajador ante la ONU. Fue también un combatiente de la Revolución del 30 y fungió como un puente entre los revolucionarios de los años cincuenta y sesenta con aquella.

2 [N. de la Ed.] Hermana de Antonio Guiteras, antropóloga y etnóloga que realizó su vida académica entre Cuba y México. Es considerada una de las etnólogas más importantes de su país.

BIBLIOGRAFÍA

- De la Torriente Brau, P. 1936 “Hombres de la Revolución”, Nueva York, 22 de abril. En <http://www.lajiribilla.co.cu/2006/n290_11/290_19.html> acceso 11 de abril de 2018.
- Fornet, A. 1968 “Tiene la palabra el camarada Roa” en *Revista Cuba* (La Habana), octubre [Entrevista].
- Guevara, E. Ch. 1961 “Discurso en el Acto conmemorativo de la muerte de Antonio Guiteras, del 3 de mayo” en <http://www.lafogata.org/che/documentos/articulos/1961/che_10.htm> acceso 11 de abril de 2018.

MARX, EL MARXISMO, HOBSBAWM Y NOSOTROS*

Como historiador marxista europeo, Eric Hobsbawm vivió grandes satisfacciones intelectuales asistidas por el bienestar que producen las convicciones muy fuertes. Vivió en Gran Bretaña el movimiento de las contradicciones sociales y políticas que no llegaban nunca a configurar situaciones revolucionarias, y los retos cotidianos consecuentes en cuanto militante. Y vivió las angustias de un individuo muy sagaz y muy culto que ve como el socialismo revolucionario que dio un gigantesco primer paso en 1917, el socialismo que él había amado, se mostró incapaz de ser radicalmente diferente al capitalismo y fomentar una nueva cultura de liberación, y terminó hundiéndose de una manera bochornosa, acortando ante su vista el tamaño del siglo.

Hace 44 años me valí del concepto de *presupuestos ideológicos* internos al trabajo intelectual para ayudarme en el análisis del origen del marxismo. Se me quedó la buena costumbre de utilizarlo, y me ha servido ahora como uno de los recursos necesarios para entender la producción intelectual de Hobsbawm, la organicidad que la subtiende en general, su elección de los temas, sus tesis y otros aspectos de su obra. En este coloquio se han expresado y discutido cosas sumamente valiosas acerca de esa obra, lo que me releva de intentar glosarla o valorarla en sentido estricto. Pero sí quiero comenzar a exponer el tema que escogí, haciendo algunos comentarios acerca de él como marxista.

Ante todo, Hobsbawm logró no dejarse reducir a un brillante intelectual marxista que cimienta su fama en la publicación más o menos regular de libros especializados, es identificable por algunas tesis valiosas y una perspectiva determinada, es conferencista invitado por universidades y asiste a coloquios, publica artículos en revistas prestigiosas y sostiene

* Martínez Heredia, F. 2013 “Marx, el marxismo, Hobsbawm y nosotros”, Conferencia en el Coloquio Internacional *Cambiar la historia, transformar el mundo*, ICIC Juan Marinello. La Habana, Cuba, 21 de marzo.

polémicas, y es uno de los protagonistas de un círculo o una tendencia que tiene adherentes y adversarios. Si bien todo eso hizo durante una vida muy larga, Hobsbawm estuvo alerta ante la insuficiencia real que esa vida intelectual implica, si se es efectivamente marxista. Aunque cada cual tiene sus cualidades individuales, pienso que la actitud realmente marxista está en la base de su preocupación por lograr la comunicación más amplia posible, interesar a muchos en los problemas y los conflictos fundamentales de un mundo en el que la dominación capitalista y muchas formas de opresión son la regla, y tratar de inducir a sus lectores a adquirir conciencia contra la indiferencia o la resignación, y a favor de la actuación para cambiar ese mundo. La modestia que todos le reconocen frente a la inmensa fama que consiguió con varios libros suyos puede que resida también en que los viera como el cumplimiento de su deber como historiador marxista.

Hobsbawm supo escoger temas que, al mismo tiempo que resultaban imprescindibles para el desarrollo de la ciencia histórica, traían a la escena histórica a la gente sin historia, a los de abajo, y revaloraban y analizaban a las clases subalternas, a los oprimidos. Fue un fino investigador de sus estructuras mentales y culturales, sus motivaciones y los impactos que

recibían a causa de la acción de “los grandes” en la historia, sobre todo del mercado generalizado, el gran capital, la dictadura de la burguesía y el colonialismo. Supo darles un lugar amplio en sus estudios a las formas de resistencia de los individuos y los grupos sociales, los modos y el grado en que esas insumisiones generaban cambios en ellos, la necesidad de organización política y otros temas que respondían a su idea marxista de que solo la acción de los oprimidos será partera de los grandes cambios sociales liberadores. Con ese bagaje se sumó a la historia social, uno de los ejes del desarrollo de la Historia durante el siglo XX. Alegre por su auge escribió en 1971: “hoy día se siente uno bien de llamarse historiador social”.

Pero no dudó en mantener una gran consecuencia con sus ideas en su vida cívica. Admiró mucho a la Revolución bolchevique y militó en el Partido Comunista británico, y arrostró consecuencias que irían desde su insatisfacción ante hechos y actitudes erróneas o reprobables –como Hungría, 1956– hasta el rechazo a las críticas procedentes de la amplia gama europea de opuestos a la URSS. Por ubicación y edad le tocó pertenecer a la primera hornada más antigua y ortodoxa en los tiempos de la nueva izquierda británica. A los que hemos vivido la historia de las difíciles relaciones que existen

entre la política práctica, el deber ser del socialismo y la actividad intelectual de los militantes nos resulta más fácil identificar las tensiones y las oscilaciones del criterio, el aferramiento a certezas y las fronteras del disenso, presentes en un Eric Hobsbawm. Ilustro esta alusión con uno entre tantos avatares de su vida.

Una conferencia ofrecida por Hobsbawm (1978, 1981) en septiembre, llamada “The Forward March of Labor Halted” (“Detenida la marcha hacia adelante del movimiento obrero”; traducción propia), lo abocó a serias críticas y a una prolongada polémica con los que entendían que aparecía una tendencia de “nuevo revisionismo” que le negaba a la clase obrera posibilidades de actuación revolucionaria y la veía cada vez más seguidora del conservatismo. No olvidemos que Margaret Thatcher ganó los comicios de 1979 y 1983. En 1985, Ralph Milliband publicó en *New Left Review* un artículo muy consistente en el que hacía duras críticas a marxistas británicos a los que nombraba “nuevos revisionistas”. Incluía a Hobsbawm, al que criticaba su pretensión de que hubiera unidad a todo trance dentro del Partido Laborista y se llegara a arreglos que –según Milliband– solo servirían para fortalecer a la derecha y el centro. Era, decía, “una receta perfecta para actuar blandengue e indecisamente en la

oposición, y para fracasar, por ineficacia, en el gobierno”. Sin embargo, lo valoraba aparte, con estas palabras: “Eric Hobsbawm ha sido durante cincuenta años un hombre resuelto y firme en la izquierda. No solo es uno de sus intelectuales más dotados y distinguidos, sino también un hombre de gran honestidad, cuyas réplicas a las controversias que ha generado han sido modelo de sobriedad y moderación” (Milliband: 1985a:5-26; 1985b: 20-35).

Es natural que Hobsbawm padeciera mucho con las conmociones provenientes del fin de la Unión Soviética y su campo, el modo como sucedió y el tremendo desprestigio a escala mundial que sufrió el socialismo. Naufragaron también las esperanzas de desarrollo de la mayoría de los países del mundo, y en la escala de valores dominante su soberanía fue puesta por debajo del supuesto respeto a los derechos humanos. Pareció que no había espacio para nada intermedio, que todo quedaba en manos del gran capital y del imperialismo norteamericano, que el pasado y el futuro serían abolidos y el mundo y la vida reducidos a un mezquino presente. Es natural encontrar alguna cita desolada de Hobsbawm en aquel momento. Pero lo que realmente ha sido digno de alabanza es su aferramiento vertical a los ideales del socialismo, su respuesta retadora a los que no

entendían que él no renegara, su defensa del marxismo y de Marx, reivindicadora de su vigencia desde la izquierda, su capacidad de otear nuevos vientos de rebeldía o potencialidades en diferentes parajes del mundo.

Sin dejarse marear jamás por tantos éxitos editoriales, este hombre fue capaz de decirle a un entrevistador, a sus 93 años: “ideológicamente, me siento más en casa en América Latina, porque sigue siendo el lugar en el mundo donde la gente todavía habla y dirige la política con el viejo lenguaje, el lenguaje del siglo XIX y el XX, de socialismo, comunismo y marxismo” (Hunt, 2010).¹

No es el caso intentar aquí una revisión amplia del marxismo de Hobsbawm, que en realidad puede encontrarse a lo largo de toda su obra, tanto en sus reflexiones y criterios acerca de la teoría misma, sus problemas y sus usos, como en la utilización que hace de la teoría en sus investigaciones y exposiciones como historiador. Me asomo entonces solamente a ese rico venero, con una selección intencionada.

Hobsbawm había estudiado a Lukács, Korsch y Gramsci, a la izquierda que privilegió a la dialéctica en la teoría durante la ola revolucionaria

abierta por el bolchevismo, al mismo tiempo que avanzaba en sus estudios de los de abajo y sus perspectivas. Los efectos del XX Congreso del PCUS y la “desestalinización” lo encontraron preparado intelectualmente para asumir un cambio en la perspectiva teórica y una recuperación del legado marxiano. En 1964, cinco años después de su primer libro de impacto, *Rebeldes primitivos* (Hobsbawm, 1968 [1959]), escribió un texto que enseguida alcanzó justa fama, “Marx acerca de las formaciones precapitalistas” (Hobsbawm, 1964, 1967; Hobsbawm, y Marx, 1976), introducción a la sección de los Formen de los *Grundrisse* de Marx (1971, 1975), que al fin salían a la luz pública en el curso de lo que llamaron en Europa “vuelta a Marx”.²

Pocos años después, en su ensayo breve “La contribución de Karl Marx a la historiografía” (Hobsbawm, 1983: 81-100), tras exponer las pugnas de tendencias habidas durante un siglo en la ciencia histórica, afirmó que el mayor ímpetu para la transformación de la Historia provino de las ciencias sociales orientadas

1 Entrevista a Eric Hobsbawm en su casa, en Londres.

2 La “Introducción” de Hobsbawm a los *Fundamentos de la crítica de la economía política* se tradujo muy pronto al español y tuvo muy buena acogida en América Latina (Hobsbawm, 1967). El autor la incluyó en *How to Change the World* (Hobsbawm, 2011: 127-175).

históricamente, pero especialmente de Marx. Y recordó cómo el mismo Marx tuvo que rechazar que le atribuyeran el “determinismo económico” o la paternidad del concepto de clases. Permítanme, a mi vez, recordar que también Marx rechazó ser el creador de una nueva Filosofía de la Historia, con la frase: “sería demasiado honor, y demasiado escarnio” (Marx y Engels, 1977: 451).

Pero, continúa Hobsbawm, es difícil establecer con precisión la contribución marxiana, porque la influencia mayor del marxismo ha venido a través de ideas “relativamente simples, si bien poderosas”, que no son necesariamente marxistas ni expresan el pensamiento maduro de Marx. Hobsbawm llamó “marxista vulgar” a esa influencia; el mayor problema en el análisis histórico, dijo, es separar el componente marxista vulgar del componente marxista. Y relacionó siete aspectos principales del marxismo vulgar. Concluyó que “la mayor parte de lo que consideramos influencia marxista en historiografía ha sido en realidad marxista vulgar”.

Hobsbawm se situaba así abiertamente en una corriente crítica dentro del marxismo que tenía una larga historia, pero que resultaba profundamente necesaria en aquel momento histórico de los años sesenta, como lo está resultando ahora. Afirmaba que las tres principales

vulgarizaciones de la teoría marxiana han sido la “interpretación económica de la historia”, “las leyes históricas ineludibles” y el modelo de simple dominio y dependencia entre la base “económica” y la superestructura. Pero enseguida aclaraba que ellas, en su simpleza, “representaban cargas concentradas de explosivo intelectual, encaminadas a hacer estallar partes cruciales de las fortificaciones de la Historia tradicional”. Y recordaba la gran fuerza liberadora que habían tenido aquellos postulados “en nuestros primeros encuentros con el materialismo histórico”.

Como puede apreciarse, Hobsbawm examinaba las funciones del marxismo vulgar desde una perspectiva de sociología del conocimiento. Además de exponer algunos rasgos fundamentales de la concepción marxiana, reivindicaba la necesidad de separar el marxismo del positivismo, el evolucionismo y el estructural funcionalismo, y criticaba las teorías sociales vigentes en aquel momento, tanto las que escamoteaban el conflicto y la posibilidad de cambios revolucionarios como las que negaban la historicidad.

Tuve la oportunidad de leer ese ensayo poco después de su publicación, y me alentó mucho en medio de mis afanes por investigar el pensamiento marxiano, desarrollar la perspectiva del

marxismo como historia del pensamiento marxista –que habíamos logrado incluso convertir en la materia que estudiaban como Filosofía marxista miles de estudiantes en las universidades cubanas–, y participar en la formación de jóvenes docentes. Eran tiempos de creación y de polémicas, y Hobsbawm se sumaba al contingente tan valioso de pensadores marxistas que leíamos y discutíamos desde nuestros criterios y necesidades específicas.

Pronto hará veinte años que María del Carmen Barcia, Oscar Zanetti y Eduardo Torres Cuevas tuvieron la gentileza de pedirme que los acompañara en un largo curso de seminarios que brindaríamos a un grupo de graduados muy jóvenes de Historia. Aunque entonces no había almuerzos, los acontecimientos recientes nos habían dejado más libres para ayudar a desaprender y salir de la situación de retroceso y empobrecimiento inducidos que había confrontado el pensamiento social, y sobre todo para contribuir a que los jóvenes tuvieran a su alcance una formación. Utilicé con ellos esos argumentos de Hobsbawm acerca del marxismo vulgar y el de Marx, en nuestro intento de que el marxismo volviera a ser útil en Cuba en las nuevas circunstancias.

La gentileza de Robin Blackburn, gran amigo de siempre, que me envió un ejemplar, me

ha permitido conocer el libro postrero de Eric Hobsbawm (2011), *How to Change the World. Tales of Marx and Marxism*. En su cubierta desafiante campean el Che Guevara, con su estrella, y un bolchevique de filas que enarbola una enorme bandera roja en una calle moscovita colmada de gente en revolución. Contiene una selección de textos escritos entre 1956 y 2009, una parte de ellos inéditos, que el autor seleccionó y agrupó en dos partes: Marx y Engels, y Marxismo. En un prólogo muy breve explica que la mitad de la obra está formada por seis capítulos que escribió para *Storia del Marxismo* (Hobsbawm *et al.*, 1979), una “muy ambiciosa” enciclopedia italiana de la que fue coeditor, muy revisados para este libro. Y da cuenta de los demás trabajos que contiene.

Por cierto, Antonio Gramsci es el único marxista posterior a los fundadores al que dedica un capítulo en la obra. Pero ella no es propiamente una historia del marxismo, aclara. Algunos capítulos están dirigidos a cualquiera que desee conocer algo más de estos temas, pero la mayor parte pretende servir a los estudiosos del marxismo y sus relaciones con el contexto histórico y con el desarrollo de las ideas. Concluye que durante 130 años el marxismo “ha sido un tema mayor en la música intelectual del mundo moderno, y a través de su

capacidad para movilizar fuerzas sociales, ha sido una presencia crucial, y en algunos períodos decisiva, en la historia del siglo XX”.

Me parece un hermoso acto de consecuencia y valentía intelectual la elección que hizo Eric Hobsbawm del tema, el contenido y el diseño de cubierta de una publicación que él podía fácilmente prever que sería su último libro.

A todos los expositores que generosamente aceptaron nuestra invitación para este coloquio les sugerimos que, junto a sus consideraciones acerca de la obra de Hobsbawm, expusieran lo que estimaran conveniente sobre temas del pensamiento y las disciplinas sociales, en relación con o motivados por el asunto que escogieran. Haré lo mismo en cuanto a mi tema.

Durante 1959 y los años sesenta Cuba vivió grandes transformaciones revolucionarias, invenciones, batallas, desafíos, desgarramientos, disyuntivas y urgencias, todo en un plazo muy breve, con la condensación del tiempo que produce una gran revolución. Tanto las tareas y jornadas –es decir, el plano de lo inmediato– como el proyecto trascendente necesitaban ser intencionados, originales y creativos para lograr liberar el país y las personas, cambiar las relaciones sociales y las instituciones, defender la revolución de sus enemigos, satisfacer

las necesidades y las expectativas crecientes de la población y desarrollar una nueva organización social.

Al mismo tiempo, se expandía la conciencia de que todo aquel movimiento sería la premisa para desplegar procesos de liberaciones cada vez más profundas y abarcadoras, capaces de subvertir hasta sus propias creaciones previas, en busca de nuevas personas, una nueva sociedad y una nueva cultura. Porque la Revolución franqueó el acceso a un formidable avance de la conciencia: la certeza de que todas las sociedades modernas funcionan garantizando la reproducción general de las condiciones de existencia de la dominación de clase capitalista y la dominación nacional, y que han sido y son capaces de reabsorber procesos que en una época fueron revolucionarios, aunque en su saldo queden cambios que resulten muy positivos.

Cuba poseía una enorme acumulación cultural revolucionaria previa que concurrió en muy alto grado al triunfo de 1959. Pero, dentro de ella, las ideas no estaban a la vanguardia. Tan poco explicable resultaba la Cuba en revolución que en 1959-1960 se decía de ella que no tenía ideología. Después de las nacionalizaciones masivas y la batalla de Girón quedó claro y expreso que Cuba era socialista, pero al mismo tiempo se desplegaron serias diferencias

y algunos conflictos dentro del campo de la Revolución, acerca de cuestiones fundamentales de comprensión del socialismo.

Los años sesenta cubanos fueron un capítulo de enorme importancia en el crecimiento del pensamiento revolucionario producido por el Tercer Mundo. En un país sumamente occidental se sostuvo la primera revolución antineocolonial en el mundo, que asumió un socialismo de liberación nacional. Pero había que poner el pensamiento a la altura de los hechos, de los problemas y de los proyectos, porque debía ser un auxiliar imprescindible, un adelantado y un prefigurador.

Sucedió entonces una colosal batalla de las ideas, que después fue sometida en su mayor parte al olvido y que está regresando, en buen momento, para ayudarnos a comprender bien de dónde venimos, qué somos y adónde podemos ir. El democratismo de los años cuarenta y cincuenta, que había contribuido a formar ciudadanos más capaces y exigentes, no pudo encontrar su lugar en medio de la tormenta revolucionaria. El socialismo del campo soviético no podía servirle al propósito liberador; el hecho de ser la URSS el principal aliado que tuvimos y el entusiasmo con que nos abalanzamos sobre el marxismo más bien fueron factores de confusión y perjuicio en los terrenos

de la política y del pensamiento. La teoría de Marx, Engels y Lenin había sido reducida por el llamado comunismo a una ideología autoritaria destinada sobre todo a legitimar, obedecer, clasificar y juzgar. Necesitábamos un marxismo creador y abierto, debatidor, que supiera asumir el anticolonialismo más radical, el internacionalismo en vez de la razón de Estado, un verdadero antiimperialismo y la transformación sin fronteras de la persona y la sociedad socialista, como premisas para un trabajo intelectual que fuera celoso de su autonomía y esencialmente crítico. Un marxismo que no se creyera el único pensamiento admisible, ni el juez de los demás.

“Pensar con cabeza propia”, entonces, no era una frase, sino una necesidad perentoria. Pero se trataba de un propósito muy difícil, porque el colonialismo mental resulta el más reacio a reconocerse, porta la enfermedad de la soberbia y la creencia en la civilización y la razón como entes superiores e inapelables. Sin embargo, la revolución verdadera todo lo puede, y en aquellos años se reunieron las grandes modernizaciones y el ansia de aprender con el cuestionamiento de las normas y las verdades establecidas, la entrega completa y la militancia abnegada con la actitud libertaria y la actuación rebelde, la polémica y el disenso dentro de

la Revolución. En todo caso, estaba claro que el pensamiento determinante también tendría que ser nuevo.

Por otra parte, para pensar con cabeza propia hay que tener instrumentos. Por eso, leer era una fiebre. Junto a las obras y las palabras de cubanos, una gran cantidad de textos y autores de otros países se consumían o se perseguían. Además de los autores clásicos del marxismo y de latinoamericanos como José Carlos Mariátegui, en el terreno del pensamiento descollaron en aquellos años dos personalidades que nos ganaron enseguida: Antonio Gramsci y Frantz Fanon. Yo pertenecía a uno de los grupos activos que en esa época participó en el empeño de desarrollar el pensamiento necesario.

En medio de la herejía cubana, y de la etapa culminante de nuestra actividad, comenzamos a conocer escritos de Eric Hobsbawm (1969), y publicamos en la revista *Pensamiento Crítico* número 24, de enero, su ensayo “Los campesinos, las migraciones y la política”, que integraba el dossier junto a trabajos de Aníbal Quijano y Antonio García. Porque nos pareció realmente valioso su texto lo traducimos y lo publicamos junto a estos dos latinoamericanos que reconocíamos como autoridades en la materia. Llamo la atención sobre un dato: el

acucioso y extenso texto del sociólogo Quijano (1967, 1969), “Los movimientos campesinos contemporáneos en América Latina”, que aportaba numerosas clasificaciones y definiciones, distinguía de inicio dos etapas históricas de las luchas sociales: prepolíticas y políticas. Y más adelante incluía al bandolerismo social y el bandolerismo político dentro de amplias clasificaciones de formas de movimientos de las dos etapas que brindaba. Al inicio reconocía al libro *Rebeldes primitivos*, de Hobsbawm (1968 [1959]); pero de inmediato pasaba a citar numerosos estudios concretos y a exponer sus resultados de investigación. Para nosotros, el de Aníbal Quijano era el trabajo más importante de aquel número, y su autor el brillante joven marxista que estaba elaborando un nuevo concepto: marginalidad.

Es que –y es lo que quiero destacar con más fuerza– existía un gran número de trabajos marxistas latinoamericanos muy valiosos, y seguían apareciendo sin cesar. Entre ellos hubo obras que aportaron mucho, y como marco de esa producción existía un ambiente social, político y cultural en el que las nociones marxistas, o las que se le atribuían al marxismo, tenían un amplio espacio de aceptación o de manejo. Los que tenían conocimientos de esa teoría o estaban adquiriéndolos buscaban,

leían y discutían con entusiasmo a autores marxistas europeos, asiáticos y norteamericanos, pero con ánimo de volverse más capaces de utilizar el marxismo frente a sus propios problemas y de formular mejor sus propios proyectos y sus estrategias. Me impresiona todavía recordar a Miguel Enríquez, el líder máximo del Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Chile, exponerme en detalle sus criterios sobre *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, de André Gunder Frank (1971 [1965]), acabado de publicar por Monthly Review Press, o reclamarme el pronto envío de la voluminosa edición cubana de la *Economía política* de Ernest Mandel (1969).

Es cierto que el dogma y el catecismo, el marxismo como talismán o como propiedad privada, seguían vivos y activos, cumplían sus funciones confusionistas o desarmantes, de imposición de autoridad y neutralización de voluntades, y continuaban las discusiones estériles y la erudición vacía. Pero habían retrocedido mucho y habían perdido legitimidad.

Recordaré solo dos ejemplos, aunque notables. Los teóricos latinoamericanos de la dependencia fueron capaces de violentar los límites de las escuelas establecidas de la economía y, junto a la crítica necesaria, hacer los análisis positivos de las formaciones económicas e

integrarlas con comprensiones del conjunto de la formación social y del sistema mundial imperialista en el que estaban inscritas. Ese movimiento alcanzó un notable desarrollo y una positiva diversidad. El otro ejemplo, la Teología de la Liberación latinoamericana, negadora del orden social injusto vigente, que reclamaba un proceso liberador y proclamaba la praxis como punto de partida del trabajo teológico y de la actitud cristiana. El fundador, Gustavo Gutiérrez (1984 [1971]), planteaba que luchar por el oprimido significa luchar contra el opresor, y se valía del Che en su argumentación. Y el brasileño Leonardo Boff (1982) afirmaba que desde hace muchos siglos la Iglesia ha despojado a los creyentes de sus medios de producción religiosos.

La mayoría de los jóvenes no conoce la inmensa riqueza de la obra intelectual latinoamericana del tercer cuarto del siglo XX: se les ha privado de ella. Su rescate puede ayudar mucho a que sea posible enfrentar con éxito los desafíos actuales.

En lo que va de este siglo, el mundo de los hechos ha sido el que ha primado en América Latina. No hubo un previo crecimiento brusco de novedades en los contenidos, las teorías o los métodos del pensamiento social, ni hubo una revuelta intelectual que presagiara

tormentas en la sociedad. Tampoco el pensamiento social pronosticó que en un plazo tan breve podrían salirse países del continente del control tan completo que tenía el imperialismo en la región, e incluso formarse poderes populares en algunos de ellos. Pero ahora la praxis está reclamándole al pensamiento aprovechar los medios con que cuenta y lanzarse al ruedo del gran laboratorio social que constituyen las realidades, los conflictos, los condicionamientos y los proyectos actuales.

No se trata de una necesidad secundaria o que pueda posponerse. En la actualidad confluyen dos realidades de gran magnitud e importancia. Por un lado, las enormes insuficiencias, dificultades y enemigos de los países que aspiran a la autonomía real, el bienestar de las mayorías o la liberación de las dominaciones. Por otro, se levantan los retos gigantescos que confronta todo intento de lograr, defender, consolidar y hacer avanzar relaciones sociales, motivaciones y conductas individuales, instituciones, estrategias, ideales y proyectos que permitan la emergencia de nuevas sociedades y de vínculos solidarios, que vayan desde los interpersonales hasta el ámbito de toda la región.

Solamente una praxis intencionada, organizada, capaz de manejar los datos fundamentales, las opciones, la pluralidad de situaciones, las

condicionantes y las políticas que están en juego, será capaz de enfrentar esos desafíos con probabilidades de triunfar. Por eso resulta imprescindible el desarrollo de un pensamiento social apto para ayudar y participar, analizar y elaborar síntesis, contradecir o influir, prever futuros y recuperar legados, desde dentro de los procesos mismos y no como una conciencia crítica externa a ellos. Es decir, un pensamiento social que combine autonomía y conciencia de su especificidad con involucramiento efectivo en las causas populares, creación con divulgación para concientizar, independencia con acompañamiento. El marxismo puede ser un factor decisivo en ese pensamiento, si se desarrolla lo suficiente.

Realmente, a pesar de los contratiempos que todos hemos tenido, a la Historia le ha ido mucho mejor que al marxismo en la Cuba contemporánea. Pesan mucho el empobrecimiento y la dogmatización terribles a los que este fue sometido y las cuentas por saldar, no hay una estrategia a la vista que conduzca a su desarrollo, el pensamiento social parece ausente en documentos y decisiones, y el marxismo sufre también los rigores de la inercia, ese mal nacional actual que ya es comparable al burocratismo en su alcance nefasto.

Pero resulta obvio que en Cuba es necesario y urgente un pensamiento con las características

que acabo de relacionar. Sería suicida suponer que un pragmatismo afortunado nos salvará: la sociedad socialista que decidimos crear y vivir está obligada a ser intencionada, organizada y, si es posible, planeada. En la acera de enfrente, hasta el sentido común es burgués. Necesitamos ser capaces de elaborar una economía política al servicio del socialismo para la Cuba actual y la previsible, y de desarrollar un pensamiento social crítico y aportador, capaz de participar con eficacia en la decisiva batalla cultural que se está librando entre el socialismo y capitalismo. Ese pensamiento tendrá que ser socialista, es decir, superior a la mera reproducción esperable de la vida social.

Combinemos realismo terco e imaginación, que tenemos a nuestro favor la inmensa herencia que nos han dejado Eric Hobsbawm y todos los que han consagrado su obra, su conducta y su vida a los ideales de la liberación humana.

BIBLIOGRAFÍA

- Boff, L. 1982 *Iglesia, carisma y poder* (Santander: Sal Terrae).
- Gunder Frank, A. 1971 [1965] *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* (Buenos Aires: Signos).
- Gutiérrez, G. 1984 [1971] *Teología de la Liberación. Perspectivas* (Lima: Centro de Estudios y Publicaciones).
- Hobsbawm, E. J. 1964 'Introduction' en Marx, K. *Pre-Capitalist Economic Formations* (Londres: Lawrence & Wishart).
- Hobsbawm, E. J. 1967 "Introducción" en Marx, K. *Formaciones económicas precapitalistas* (Madrid: Ciencia Nueva) Edición de E. J. Hobsbawm.
- Hobsbawm, E. J. 1968 [1959] *Rebeldes primitivos* (Barcelona: Ariel).
- Hobsbawm, E. J. 1969 "Los campesinos, las migraciones y la política" en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 24, enero.
- Hobsbawm, E. J. 1978 "The Forward March of Labor Halted" en *Marxism Today*, septiembre [Reproducida de *Marx Memorial Lecture*, 1978].
- Hobsbawm, E. J. 1981 "The Forward March of Labor Halted" en Hobsbawm, E. J. *et al. The Forward March of Labor Halted?* (Londres: Verso / NLR).
- Hobsbawm, E. J. 1983 "La contribución de Karl Marx a la historiografía" en *Marxismo e historia social* (México: Universidad Autónoma de Puebla).

- Hobsbawm, E. J. 2011 *How to Change the World. Tales of Marx and Marxism* (Londres: Abacus).
- Hobsbawm, E. J. et al. (eds.) 1979 *Storia del Marxismo* (Turín: Einaudi) 4 Vol. en 5 T.
- Hobsbawm, E. J. y Marx, K. 1976 *Formaciones económicas precapitalistas* (México: Cuadernos de Pasado y Presente).
- Hunt, T. 2010 “Marx fue un profeta sin armas” en *Clarín* (Buenos Aires).
- Mandel, E. 1969 *Tratado de Economía Marxista* (La Habana: Instituto Cubano del Libro) T. I y II.
- Marx, K. 1967 *Formaciones económicas precapitalistas* (Madrid: Ciencia Nueva) Edición de E. J. Hobsbawm.
- Marx, K. 1971 *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política, 1857-1858 (Grundrisse)* (México: Siglo XXI) T. I y II.
- Marx, K. 1975 *Fundamentos de la crítica de la economía política* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Marx, C. y Engels, F. 1977 *Correspondencia* (México DF: Ediciones de Cultura Popular).
- Milliband, R. 1985a “The New Revisionism in Britain” en *New Left Review* (Londres) N° 150: 5-26, marzo-abril.
- Milliband, R. 1985b “El nuevo revisionismo en Gran Bretaña” en *Cuadernos Políticos* (México: Era) N° 44: 20-35, julio-diciembre.
- Quijano, A. 1967 “Movimientos campesinos contemporáneos de América Latina” en Lipset, S. M y Solari, A. E. *Elites y desarrollo en América Latina* (Buenos Aires: Paidós).
- Quijano, A. 1969 “Los movimientos campesinos contemporáneos en América Latina” en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 24, enero.

VISIONES ACTUALES DE LA HISTORIA DE CUBA*

Me he preguntado qué hacer en esta comunicación de veinte minutos acerca de un tema que he tratado una y otra vez en estos últimos veinticinco años. Por fin, decido dar por leído lo que he publicado, a pesar del silencio, de la mudez de la crítica frente a lo que se publica en Cuba en Historia, Ciencias Sociales y pensamiento social, frente al duro escenario de ausencia de intercambios y debates, un caso más en la inercia que padecemos, que amenaza corroer todo lo que toca. Y me decido por algunas consideraciones recientes no publicadas, en la esperanza de contribuir a los objetivos de este coloquio. Hablaré de la Historia en Cuba contemporánea y de la situación actual, y terminaré con alguna sugerencia. La existencia de continuidades, y la realidad de diferencias notables a lo largo de la época, autoriza a

hablar de fases. La situación actual es compleja y contradictoria.

En las décadas previas a 1959, la Historia era la ciencia social más desarrollada en Cuba. A partir de aquel momento se abrió una primera fase en la que, por una parte, la Revolución triunfante se consideraba la fuente de sí misma, y en sí basaba su legitimidad. Al mismo tiempo, era considerada por todos, incluidos la mayoría de los historiadores, como la culminación triunfal de la historia de Cuba.

Entre 1968 y 1973 se produjo el paso a una segunda fase, en la cual la Revolución fue proclamada expresamente como el resultado victorioso de las luchas revolucionarias de los cubanos. Su consigna central, “cien años de lucha”, adquirió una influencia decisiva en el discurso político, la ideología y el arsenal simbólico de la población, y también en el trabajo de los historiadores.

El socialismo cubano que triunfó en 1959 venía utilizando desde sus inicios el argumento de su continuidad y unidad con las luchas por

* Intervención en *Cuba Research Forum Annual Conference 2015*, Universidades de Nottingham y La Habana. La Habana, 8 de julio de 2015.

la liberación nacional. Pero en las coyunturas de 1967 a 1973 proclamar la continuidad y la autoctonía de la revolución en Cuba, además de reafirmar la legitimidad del poder revolucionario, era un arma de resistencia cultural contra el predominio de la URSS y su ideología sobre nuestro proceso. Frente a sus evidentes beneficios, aquella posición portaba también dos efectos negativos: 1) tendía a no ver las diferencias que existieron entre los períodos históricos contenidos en el siglo transcurrido, y a obviar las especificidades, los avances y los retrocesos de las revoluciones, las posrevoluciones y las etapas intermedias de dominación, así como los conflictos dentro del campo revolucionario y entre sectores sociales de Cuba; y 2) la Historia se volvió estratégica para la política, y, por consiguiente, fue muy celebrada y al mismo tiempo muy controlada, por razones ajenas a ella misma.

La segunda etapa de la Revolución en el poder –de inicios de los años setenta al inicio de los noventa– implicó una dogmatización y un autoritarismo extraordinarios en el campo del pensamiento y las ciencias sociales, que los empobreció y perjudicó en muy alto grado su naturaleza y sus prácticas. La Historia sufrió también los efectos de una situación que no registró fisuras durante quince años, y que creó y

naturalizó acciones, prohibiciones, injusticias, prejuicios, temores, costumbres, cuyas consecuencias nocivas y oscurantistas no han desaparecido del todo todavía.

Esa segunda etapa tuvo un carácter general contradictorio, que no debo exponer aquí. Baste señalar que se sistematizó la distribución de la renta nacional a favor del pueblo en su conjunto, que se le dio a cada cual por ser cubana o cubano, que se universalizaron los servicios sociales principales gratuitos y la seguridad social más avanzada, y sucedió un salto colosal educacional, quizás el único en el mundo logrado en tan breve lapso. La práctica masiva del internacionalismo, el desarrollo maravilloso de la condición humana y la conciencia social que generó, el escalón superior al patriotismo nacionalista y la plasmación real del ideal comunista que implicaba. El internacionalismo fortaleció mucho a la Revolución, fue un notable aporte a las ideas, las esperanzas y los movimientos de liberación y expandió en el mundo el prestigio de Cuba. El conjunto constituyó un apogeo de realizaciones prácticas del socialismo cubano, al mismo tiempo que se imponía la ideología del otro socialismo, se burocratizaba el sistema estatal y se difundían prácticas e ideas nocivas al proyecto liberador cubano.

Aquel carácter contradictorio también afectó a la ciencia histórica. Se incrementó notablemente el número de graduados, profesionales e instituciones o áreas especializadas en ese campo. Se produjo un desarrollo sostenido de la investigación histórica en un buen número de temas y aumentó aún más la edición de libros de asuntos históricos y el tratamiento de ellos en los medios de comunicación. Crecían la profesionalización y la modernización, lo que implicó sensibles aumentos en la calidad de lo producido. Desde la segunda mitad de los años ochenta comenzaron a ser apreciables más libertad o más permisividad en el campo de la Historia, tendencia sostenida desde entonces hasta hoy.

He hablado de la Historia en sí misma y en su relación con el poder, o los poderes. Pero es imprescindible referirse a las relaciones de la gente común con la Historia. Desde la Revolución del 95 y la constitución de la nación y el Estado en Cuba, la historia nacional tuvo un lugar privilegiado en la conciencia política y en la idea del ser nacional. El nacionalismo fue la ideología política principal hasta 1959. La burguesía cubana, que estuvo opuesta a la nación independiente durante todo el siglo XIX, solo logró acceder al poder político porque Estados Unidos ocupó militarmente a Cuba,

desmontó los poderes de su revolución y el proyecto martiano e impuso un régimen neocolonial de explotación y negación del desarrollo autónomo nacional, y una república de soberanía sumamente restringida. La burguesía cubana solo pudo estar en el poder como cómplice y subordinada de Estados Unidos, limitada a lo que le permitía el neocolonialismo y aceptando que la dimensión política de la sociedad tuviera como protagonistas a individuos procedentes de la Revolución de 1895.

El capitalismo neocolonizado cubano logró en cierta medida integrar el nacionalismo a su hegemonía y utilizarlo en manipulaciones políticas e ideológicas, pero este nacionalismo fue siempre un territorio en disputa. La mayoría del pueblo lo vivió como *patriotismo* y lo entendió siempre como algo suyo, como herencia de la gran revolución popular en la que había alcanzado la palma del heroísmo y se había sacrificado en masa. Reivindicó como suya la vertiente del radicalismo dentro de las revoluciones, que es la que en cada etapa levantaba por sobre todo la unión de la libertad con la justicia social.

La nación era representada más como un proyecto a completar o realizar en el futuro, contra un presente de frustraciones, que como un hecho logrado en el pasado, y el nacionalismo

patriótico podía ser esgrimido como un arma por cada nueva hornada de revolucionarios. Esto le daba a la Historia de Cuba un aspecto de libro mayor de lecciones cívicas y políticas, y un costado subversivo.

A partir de la victoria revolucionaria de 1959, la Historia fue asumida como parte del triunfo y gozó del amor y el entusiasmo de la gente que se estaba apoderando de su país, y que también se lanzó a apropiarse la historia nacional. La pasión de leer historia formó parte de las motivaciones que favorecieron los hábitos de lectura y escritura, además de fortalecer las convicciones políticas revolucionarias y las ideas del socialismo cubano. En el ámbito que es decisivo, el personal, la historia tuvo papeles importantes como acicate para pelear o resistir, emprender las tareas más difíciles, confiar más en que se tenía la razón, en la grandeza de la causa y en el futuro, y fortalecer la determinación personal.

En el gigantesco proceso de democratización de la cultura que sucedió, la Historia protagonizó un hecho muy notable: un gran movimiento de aficionados. Miles de personas le aportaron sus labores y su entusiasmo, recogieron datos y confeccionaron biografías de mártires e historias de centros de trabajo, de comunidades o de actuaciones populares, y participaron en concursos y en publicaciones.

El profesional que olvide esta dimensión de la historia en Cuba será más fácil víctima de los dogmas economicistas, o de construcciones relativistas en las cuales la Historia es supuestamente imaginada. Está claro que la Historia no debe ser confundida con la propaganda, y deben ser rechazados los teleologismos y los discursos de ideólogos baratos. Pero creerse un profesional “objetivo” y ajeno a toda ideología es, en el mejor caso, ignorar a qué ideología le está uno realmente prestando servicios.

Bajo los factores negativos que sobrevinieron en la segunda etapa de la Revolución en el poder pudiera decirse que la Historia comenzó a “enfriarse”. El viraje que implicó el proceso llamado de rectificación de errores y tendencias negativas, en la segunda mitad de los años ochenta, favoreció a la Revolución, y dentro de ella a la Historia. Pero la tremenda crisis económica cubana y la del socialismo a escala mundial, en los primeros años noventa, produjeron una modificación radical y abrieron paso a una tercera etapa del proceso. No emplearé tiempo en aludir a lo que hemos vivido desde entonces, pero sí agregó que la Historia siguió siendo un aspecto muy importante de la conciencia política y social y uno de los principales cementos ideales y de los sentimientos nacionales, patrióticos y socialistas.

Entre los problemas actuales generales que existen en Historia quisiera mencionar cinco. La elección de los temas a investigar sigue siendo omisa, deja fuera muchos asuntos necesarios, por rutina o por prevenciones. Esto no sucede solo en la Historia, aunque ya no es tan grave como cuando la elección del tema de investigación era un problema principal para las ciencias sociales cubanas. Un segundo problema es el de las deficiencias en cuanto a amplitud de miras como especialistas. Los planes de estudios, tesis y grados son un camino a recorrer y un vehículo para los profesionales, no son un fin en sí mismos. El buen historiador debe manejar bien su instrumental, pero ir mucho más allá, con su afán de buscar, su pericia, su imaginación y su sagacidad.

El tercero es el de las fuertes deficiencias y ausencias en cuanto a formación teórica, algo que es imprescindible para todo científico social. Lo peor en esto es que muchos creen que no la necesitan, en parte a consecuencia de que la bancarrota del marxismo dogmatizado e impuesto que reinó en la segunda etapa de la Revolución en el poder dañó el prestigio de todo el marxismo, y devaluó en general el aprecio por las teorías. Pero esta deficiencia ha sido muy reforzada por la gran influencia que tiene hoy en Cuba la academia de los países que

llaman más desarrollados, que da muy poco lugar y prestigio a la teoría y pretende que el estudioso nunca avance hacia valoraciones profundas que puedan ser peligrosas para la dominación capitalista.

El cuarto problema proviene de la falta de suficiente formación cultural en ámbitos más amplios que el de la Historia. No me cabe duda de que eso achata el intelecto y le pone orejeras al especialista, y me arriesgo a parecer anticuado al afirmar que para formarse bien como historiador es ineludible leer literatura y gozar de las artes todo lo que se pueda. Escribir historia, además, no es hacer informes ni resúmenes: para cumplir bien sus funciones, el historiador ha de ser buen escritor, o al menos aceptable. Y el quinto se refiere a la necesidad de asumir, comprender, fundamentar, argumentar, practicar y defender una posición propia como historiador. Insisto en que es funesto tratar de ser o parecer “objetivo”. Al mismo tiempo, hay que rechazar que se ponga a la ideología y las conveniencias o los temores personales por encima del trabajo científico social en Historia, y del respeto a sus reglas y a sus resultados, aunque estos resulten molestos o resulten inconvenientes. La Historia, para serlo realmente, no puede someterse a dictados, ni a orientaciones, ni a modas.

En la actualidad predominan las monografías, muchas con alta calidad y algunas descolantes. Pero se publican muy pocas obras de síntesis, y muy rara vez se discuten sus tesis o sus contenidos. Hay más y mejor utilización de las fuentes, identificación de nuevas fuentes y mejores ideas acerca de ellas. Sigue siendo muy difícil o imposible acceder a ciertas fuentes. Es necesario que las instituciones actúen y rompan los escollos, y que los profesionales organizados lo reclamen. Pero también se deja de buscar –o de buscar bien– fuentes que existen y están disponibles al historiador acucioso, y de convertir en fuentes a otras que no logran advertir aquellos que solo transitan los caminos trillados. En la producción de Historia acerca de la Revolución predominan las memorias, en libros y en trabajos más breves; hay crecientes aportes en cuanto a ofrecer datos históricos, pero los análisis son realmente escasos.

Hoy vivimos la paradoja de que junto a un desarrollo muy notable de la ciencia de la Historia se registra, a nivel social, una fuerte disminución de los conocimientos y del interés por la historia nacional, a un grado realmente alarmante. Advierto dos causas principales de ese hecho, diferentes entre sí. Una es el deterioro sufrido por nuestro sistema

escolar, dentro del cual el de la Historia sería un caso, y la otra es la disminución del orgullo de ser cubano.

Se está abriendo un foso entre una minoría de productores o consumidores de Historia a niveles altos, rodeada de una periferia muy interesada, pero no muy amplia, y una mayoría de la población que no lee o lee muy poca historia de Cuba, o que recibe elementos muy parciales, rutinarios, omisos, nada atractivos y a veces falsos, que están muy por debajo de otros medios y formas de sus consumos intelectuales y espirituales. Esa mayoría reacciona, como es natural, perdiendo interés y alejándose de la historia de su país.

Esto es muy grave. Por un lado, se produce una división entre élites y masa, algo que es típico de las sociedades capitalistas, pero que debería ser inadmisibile aquí, y que puede ser un paso más a favor de facilitar el retorno del capitalismo en Cuba. Por otro, forma parte de un proceso de desarme ideológico que está en curso, dentro del que la ignorancia de los hechos, los procesos y los problemas de la historia de la Revolución se ha convertido en la regla. En consecuencia, se desconocen los colosales logros que ella les ha brindado a los seres humanos, las relaciones sociales y la sociedad cubana en su conjunto, durante más de

cincuenta años. Y también se desconocen los esfuerzos, trabajos, sacrificios, resistencias, solidaridades con otros pueblos, del pueblo cubano, la multitud de problemas que ha habido que enfrentar y los condicionamientos implicados.

Sería realmente suicida que esa tendencia se mantenga, en esta coyuntura de lucha cultural abierta entre el socialismo y el capitalismo, y de establecimiento de crecientes intercambios con el gran enemigo mortal de Cuba, los Estados Unidos. Dejar a la mayoría de los cubanos sin su historia es dejarlos desarmados, es mutilar la cultura de este pueblo y atentar contra la soberanía y contra la sociedad que hemos creado entre todos.

En esta década están en curso las celebraciones del quinto centenario de la fundación de las llamadas primeras villas por los colonizadores europeos. La cultura del pueblo cubano hace mucho que es mayor de edad, y necesita incorporar bien el conocimiento del decurso comenzado con esa colonización, la conversión de la isla en objeto de un poder ajeno e impuesto, la fase inicial del capitalismo en el mundo –en la cual el Caribe tuvo un papel descollante–, y los modos como los países que iban convirtiéndose en potencias se enfrentaban entre sí por las riquezas naturales, los negocios y las posiciones estratégicas del mundo

colonial. Lo que preside la historia nuestra desde el comienzo es el colonialismo –que en Cuba duró casi cuatrocientos años, seguidos por sesenta de neocolonialismo–, y las resistencias y las revoluciones contra esos colonialismos. Sin embargo, la palabra misma, colonialismo, ha sido prácticamente desaparecida del lenguaje que aparece en público.

En general no existen lenguajes inocentes, y en particular tampoco existe una historia inocente. Hay que impedir que se difunda y popularice una historia conservadora y más bien propia de colonizados de la mente y de los sentimientos. Las primeras villas fundadas por los que le dieron permanencia al supuesto descubrimiento de Cuba no fueron unos hitos felices de la historia de un pueblo maleable y sonriente, solamente apto para recrear a los turistas y admirar las baratijas de los Colones del siglo XXI. Hoy se le sigue llamando a ese gran crimen histórico “el encuentro de las dos culturas”, en medios que pertenecen al Estado cubano.

Es de vida o muerte que rescatemos la cultura que logró ser nacional y popular a través de una epopeya tremenda y un mar de sacrificios, y que nos ha permitido avanzar tanto. Estamos enfrentando un desafío tremendo que ya tiene encima nuestro país: el de la reafirmación del

patriotismo. Cuba va entrando en una etapa de dilemas y alternativas diferentes, pero entre ellas sobresale la que existe entre el socialismo y el capitalismo, teatro de una lucha cultural abierta en la que se pondrá en juego nuestro futuro. El socialismo cubano tiene una profunda necesidad de apelar al patriotismo, hilo conductor de la hazaña maravillosa protagonizada por este pueblo en el último siglo y medio, y no servirán de nada los rituales vacíos y los lenguajes pequeños de un patriotismo formal y simplón.

No nos servirá cualquier nacionalismo. Si él ha sido un factor formidable para sostener las realidades y los proyectos cubanos, es porque ha sido concretado a lo largo de nuestra historia como vehículo del radicalismo revolucionario, el que, repito, une a la libertad con la justicia social. Esa continuidad esencial es la que debe gobernar a las situaciones, condicionantes y proyectos diferentes que manejemos. Por eso hay que reivindicar el patriotismo de honda raíz popular, el que está comprometido con la revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes, porque un nacionalismo sin apellidos sería manipulado para servir a un régimen contrario a las mayorías, y convertido en una función de la dominación capitalista.

Termino con una sugerencia. Está claro que los últimos problemas a los que me he referido

trascienden al ámbito de la ciencia histórica, pero los que trabajamos en este campo estamos en una situación más favorable que los que laboran en otros terrenos. En una u otra forma y medida somos especialistas, portadores y propagadores de la Historia de nuestro país, y tenemos influencia en medios educacionales y de comunicación, o al menos en muchas personas que trabajan en ellos.

Es un hecho incontrovertible que Cuba posee una fuerza instruida en general, en niveles técnicos e incluso científicos, que es realmente excepcional. Al mismo tiempo, su utilización efectiva es tan baja que resulta un hecho escandaloso. Conocemos los escollos formidables que ha ido levantando el propio sistema que la Revolución creó. Sabemos que el burocratismo es un enemigo mucho más terrible que lo mostrado por los escasos análisis que existen acerca de él, y que la inercia es un cáncer que crece aceleradamente y amenaza volverse un enemigo peor que el burocratismo. Pero no bastan las constataciones. La crítica solo debe ser una parte de lo que hagamos, y nunca la parte principal.

Pienso que los historiadores debemos discutir cómo actuar, en nuestra calidad de tales, para enfrentar los problemas referidos, y otros de nuestro campo que son seguramente

muy importantes. Debemos batallar a favor de que se produzca una revolución de la Historia que se imparte en el sistema educacional, y que esa revolución forme parte del rescate y la renovación de la escuela cubana que son imprescindibles. Que actuemos dentro de nuestra especificidad, como historiadores. Y es obvio que hay mucho que hacer en el área de la comunicación, que es posible que se vuelva decisiva en la agudización previsible del enfrentamiento cultural.

Llevar a cabo esos propósitos va a exigir creatividad y capacidad para organizarnos bien, y exigirá convencer y negociar, pero también reclamar con fuerza y emplazar, y tomar todas las iniciativas que sean necesarias, y más ahora que la democratización de medios hace más factibles las iniciativas. Quiero insistir en que no nos limitemos a constatar y a analizar bien. Es hora de actuar.

LOS MÁS HUMILDES TAMBIÉN CREARON LA NACIÓN*

He escogido este tema por lo necesario e importante que es hoy para nosotros. Las investigaciones culturales y el conocimiento que ellas aportan han logrado desarrollos muy notables en la Cuba actual, que pudieran ser influyentes en diferentes terrenos. Ante todo, ponen en relación aspectos entrañables de la

vida del pueblo, los grupos sociales y las personas con las actividades científico sociales, lo que sin duda ayuda a estas a sentirse valiosas además de serlo, y a la sociedad a apreciar más a los conocimientos. Pero, sobre todo, por el provecho que se les puede sacar, y porque fortalecen y le dan más sentido a los contenidos emocionales y de valores que poseen el mundo espiritual y las formas y actuaciones culturales. Por eso es tan natural que presentemos resultados de investigación y los discutamos como parte de un evento cultural que con razón lleva el nombre de Fiesta. Esto mismo hicimos la semana pasada en Santiago de Cuba, en el Seminario *El Caribe que nos une*, durante la Fiesta del Fuego.

Al mismo tiempo, el conjunto formado por nuestras dedicaciones y la vida cultural cubana enfrenta actualmente una situación que no oculta los desafíos tremendos que porta, y son obvios los riesgos que está corriendo la manera de vivir y el tipo de sociedad que hemos creado y desarrollado entre todos, a partir de que este

* Conferencia en el *XI Fórum Teórico Fernando Ortiz*, convocado por el Grupo de Investigación y Desarrollo de la Dirección Provincial de Cultura de Matanzas, en la *XII Fiesta de los Orígenes*. Matanzas, 14 de julio de 2016. Publicado luego en: Martínez Heredia, F. 2017 *Cuba en la encrucijada* (La Habana: Ruth Casa editorial / Editora Política) pp.138-166. En <<http://www.cubadebate.cu/opinion/2016/08/04/los-mas-humildes-tambien-crearon-la-nacion/#.V6jHW447rKa>> acceso 15 de abril de 2018.

[N. del A.] He utilizado algunos párrafos de textos antiguos o recientes míos en este trabajo, añadiéndoles precisiones o ampliaciones. Por esa última razón, y por ser del autor, me ha parecido innecesario anotarlos con citas. Lo importante para mí es que el conjunto contribuya al conocimiento, el debate y la divulgación, que tanto necesitamos.

pueblo y la nación se liberaron en 1959 de sus dominadores, explotadores y opresores. Esos desafíos y riesgos están determinados por su dimensión más general, en la que se ventila qué tipo de organización social regirá al país en toda una época por venir, y si sabremos defender eficazmente la soberanía nacional.

Ante nosotros están implicaciones de una importancia cardinal: la identidad nacional y las identidades que viven dentro de ella, la cultura popular nacional, las fuerzas espirituales, los valores de liberación, el patriotismo popular de justicia social. Tienen tanta importancia porque están en la entraña de las inmensas fuerzas con que cuenta el pueblo cubano, que si se ponen en marcha resultarán superiores a todas las insuficiencias, los errores, las deficiencias y las detenciones y retrocesos que hemos acumulado, a la inercia que nos corroe, al burocratismo empedernido y a las tendencias de retorno al capitalismo, la colonización y el entreguismo que existen en el país. Y serán capaces de vencer otra vez al enemigo externo, Estados Unidos, a pesar de su gran poderío y su determinación de acabar con la sociedad que hemos creado.

Confrontamos un alejamiento de la historia de las resistencias y luchas del pueblo cubano, y una escasa o adversa valoración del período

de 1959 a hoy, sobre todo por desconocimiento de sus hechos, sus problemas y sus logros. Existe deterioro del orgullo de ser cubano. El sistema de educación es débil y el de medios de comunicación está lejos de cumplir sus funciones.

Hoy no pretendo destacar, sin embargo, los defectos y los enemigos, sino algunos de los elementos con que contamos para la lucha imprescindible que hay que entablar. Aun si tuviéramos un cien por ciento de razón en nuestras críticas, ellas deben ser un aspecto secundario al compararlas con nuestras actuaciones, porque estas son lo decisivo y lo que nos salvará y permitirá avanzar y triunfar.

Les pido que nos asomemos al protagonismo popular que caracterizó la formación de la nación y el pueblo cubanos. Sus consecuencias y su legado favorecieron mucho las luchas de liberación que obtuvieron en 1959 un triunfo histórico decisivo. Cincuentaisiete años después, no debemos permitir que ese protagonismo sea olvidado o escamoteado. Les advierto, y pido excusas, que debo ser muy selectivo, y también omiso. Resaltaré entonces cuestiones que me parecen imprescindibles, con el ánimo de presentar algunas afirmaciones y de incitar al estudio y la utilización de este tema.

Los más humildes –la gente de abajo– transformaron profundamente con su trabajo y la entrega de sus vidas la colonia que existía en la isla de Cuba desde el siglo XVI. Ellos fueron protagonistas anónimos de logros colosales entre las dos últimas décadas del siglo XVIII y los dos primeros tercios del XIX. Tiene que cesar ya el silencio y el olvido abrumadores acerca de esos trabajadores que padece la mayor parte de la historia del país que consumen los grandes núcleos de la población. Necesitamos una historia del trabajo como parte importante e insoslayable de la historia de Cuba, que ayude a formar o fortalecer una conciencia que rompa con la subvaloración del trabajo, la superficialidad y las postales para turistas, formas de comportamiento colonizado del que son un ejemplo más los difundidos comentarios sobre la torre y los hermanos Iznaga, de Trinidad, hace dos años.

Un formidable dinamismo económico creó en el período mencionado una sociedad que estaba en la punta de los avances mundiales en tecnología y en organización empresarial, con formas urbanas de vida muy modernas y una cultura de élites muy sofisticada, occidental y capitalista. Fue también el ámbito vital de algunos pensadores notables. Pero ese impecuoso crecimiento no llevaba necesariamente

hacia la construcción de una identidad nacional. La nueva formación económica produjo un salto terrible en los niveles de intensidad y explotación del trabajo y del dominio de unas personas sobre otras, porque el modo de producción para la gran exportación de azúcar y café al mercado mundial –que convirtió al país en el mayor exportador de azúcar del planeta– se basó en la introducción masiva de esclavos africanos y su utilización despiadada, solo regida por el afán de lucro y las leyes de la ganancia. Comprar y usar personas como esclavas, despojarlas de todos los rasgos de su condición humana y su cultura que pudieran perjudicar a su explotación, y estrujarlas en el trabajo hasta la muerte era una pasión de los dueños de los grandes negocios en una de las colonias más ricas del mundo, en medio de los procesos de independencia de América y del triunfo de la modernidad industrial con asalariados en Europa.

El modo de vida personal y familiar de esos propietarios y de otros ricos del país –y la demostración de su alta jerarquía social– dependió en gran medida de ser servidos por miles de criados, hombres y mujeres esclavos. Otro gran número de esclavos fue empleado en satisfacer una parte de las necesidades de bienes y servicios que crecían y se diversificaban; algunos de ellos adquirirían habilidades y oficios.

Burgueses emprendedores alquilaban esclavos para trabajar en tareas muy diversas, a una escala creciente.

El gran grupo social formado por la nueva masa de esclavos del siglo XIX –un millón de personas– no fue esclavo por ser negro, sino que fue convertido en negro por ser aquella masa enorme de esclavos. Como vía para legitimar la dominación en aquel complejo tipo de sociedad se abrió paso la exigencia de considerar seres inferiores por nacimiento y de por vida a los africanos y sus descendientes. Hasta la octava década, este racismo del siglo XIX era una rigurosa función de la formación económica. Era hijo de la modernidad capitalista y no se basó en antiguos usos ni en arcaicas castas. Fue inducido mediante una multitud de medios, legalizado hasta los registros civiles y la prohibición del matrimonio interracial, extendió sus efectos nocivos de un modo u otro a toda la población no blanca de Cuba y fue aceptado por casi todos los que así resultaban blancos. Se consideró totalmente necesario, y la gran mayoría de los señores cultos lo explicaron o lo aceptaron siempre; las demás personas lo vivieron y lo atribuyeron a causas menos elaboradas.

De esa manera, un millón de personas y sus descendientes fueron marcados con un estigma permanente por el color de su piel, y se

le dio al racismo el carácter de hecho natural, lo que lo sustraía a las relaciones sociales –peligrosas por su potencial de conflicto y rebeldía– y lo hacía parecer algo dado desde siempre y para siempre. Se creó así una realidad que tendió a la permanencia y se convirtió en uno de los rasgos distintivos de la cultura del país.

Los habitantes de la isla estaban construyendo su identidad propia a través de la acumulación paulatina de rasgos específicos que en todos los casos va formando las comunidades nacionales, pero a lo largo de todas las coyunturas de aquel siglo la gran mayoría de los propietarios y empresarios renunciaron a promover la independencia y constituir una clase nacional. Su conducta ante los asuntos públicos se rigió por sus intereses económicos inmediatos y por acuerdos o subordinaciones que garantizaran sus negocios, sus propiedades, su dominio sobre personas, su preeminencia social y sus representaciones del orden y las jerarquías. La entrada de Cuba en la modernidad, a pesar de sus logros maravillosos, estuvo fundada en la negación de la libertad, la igualdad y la justicia.

Matanzas estuvo en el centro de la multiplicación del producto exportable y la riqueza en la etapa de ápice de aquella gigantesca

aventura. Y también estuvo en el centro de sus terribles rasgos y consecuencias sociales. Todo el poder y todo el horror del inmenso negocio integrado al capitalismo industrial de Europa y Estados Unidos, que molió a centenares de miles de personas esclavizadas y les negó la condición humana y la dignidad, y privó de derechos políticos y sociales a la mayoría de la población, puede encontrarse estudiando la historia de Matanzas. Y toda la hipocresía y la doblez de la clase dominante y sus constelaciones sociales puede resumirse en el joven Miguel Aldama, que en diciembre de 1843, en cartas a su cuñado, Domingo del Monte, describe con gran admiración y elogios a los esclavos sublevados en ingenios matanceros –entre ellos, uno de su familia–, su actitud rebelde y su valentía frente a las torturas y el cadalso, y condena con duras expresiones a la trata y al régimen al que son sometidos los esclavos. “Mártires infelices de la libertad”, les llama, “los vemos rufianes y altaneros, desafiando la misma fuerza armada, pues ya la fuerza moral la hemos perdido enteramente” (Del Monte, 2002: 212-214; 218-220). Aldama fue miembro del grupo Alfonso-Aldama-Madan, uno de los cinco primeros consorcios del comercio de esclavos del país, formado en 1820; en los años sesenta poseía unos cuarenta ingenios y quince

mil esclavos, grandes almacenes portuarios y sólidas conexiones en España, Francia y Gran Bretaña.

Aquel sistema portaba muy fuertes contradicciones en numerosos terrenos: los índices de masculinidad y las relaciones sexuales y amorosas; grandes diferencias regionales; la motivación del trabajador y la preservación del orden en un régimen de trabajo esclavo generalizado; el deterioro del lugar social de las personas llamadas de color libres –por no ser blancos–; la necesidad de múltiples oficios manuales en un medio en que se subestimaba el trabajo manual; los cánones religiosos católicos de la moral dominante y la realidad de la complicidad abierta de la Iglesia institución con el sistema. Criollos cultos pertenecientes a la clase dominante cultivaban las ideas liberales europeas modernas, pero cuando le pedían a la metrópoli formas de organización política en la que ellos pasaran de ser colonos a ser súbditos siempre añadían que la población no blanca debía permanecer excluida de los derechos ciudadanos.

Toda dominación lograda y constituida es cultural, pero, aunque lo era, la de aquella Cuba tenía demasiados aspectos forzados, y varios monstruosos.

Parecía muy poco probable lograr una identidad de tipo nacional. Hubo numerosos

ejemplos en la historia colonial del capitalismo en América y el Caribe en que esto no fue posible, y hasta hoy persisten en varios Estados de la región fuertes elementos en contra de esa unificación. La clase dominante de Cuba del XIX se negó a ser clase nacional, prefirió siempre conservar su ganancia, sus esclavos y su primacía social, y ser parte subordinada dentro de la monarquía española y el sistema capitalista mundial. Por consiguiente, tuvo horizontes, pensamiento y reacciones de colonizado, y fue activa contra todo movimiento revolucionario (Martínez Heredia, 2009). La contradicción social principal no podía tener una solución revolucionaria –como la tuvo en Haití–, y existieron entonces grupos sociales muy diversos, relacionados por la explotación, la opresión, los servicios forzados, las relaciones mercantiles, la hostilidad, los recelos mutuos o las vidas separadas. Casi hasta el final del siglo no hubo una cultura cubana, sino varias culturas en el país.

Durante el siglo XIX existieron dos opciones políticas que buscaban cambios en la colonia, pero eran opuestas a los intereses de las mayorías y al Estado independiente: el reformismo y el anexionismo. Del primero hablamos hace unos minutos. Casi noventa años estuvo solicitando reformas a la metrópoli, se conformó

con las respuestas que recibía y se mantuvo fiel. Respondió siempre a los intereses de sectores de la clase dominante, jamás fue abolicionista y su ideología fue siempre colonizada, racista y antinacional. Aunque tuvo matices diversos, el reformismo solo se renovó a consecuencia de la primera revolución cubana.

El anexionismo a la gran república esclavista, Estados Unidos, era la otra posición de colonizado. Más de una vez fue utilizado como arma de presión, y a sectores minoritarios de clase dominante pudo parecerle una alternativa conveniente dentro de la relación básica que tenía la formación económica de la isla con los centros del capitalismo mundial. Desde su mismo nacimiento, la república norteamericana quería apoderarse de Cuba, y utilizó todo tipo de manejos en esa dirección a lo largo del siglo, mientras aumentaban sus vínculos económicos con la isla, que se volvieron decisivos en la última fase del XIX. Pero solo en esos últimos años de la centuria tuvo fuerzas Estados Unidos para intentar quedarse con Cuba; mientras, la geopolítica se lo impidió. En la colonia con mayor proporción de población blanca del Caribe, y bajo la rauda acumulación cultural occidental de su siglo XIX, la anexión también motivó en Cuba a algunos activistas sinceros, que veían en

Estados Unidos el polo de modernidad y democracia que convenía al país. Pero después de la Guerra de los Diez Años, el anexionismo ya solamente pudo ser entreguismo, incapacidad de ser cubano o traición.

Carlos Manuel de Céspedes les exigió a sus compañeros ponerse de pie, y el 10 de octubre de 1868 destrozó los imposibles. Los iniciadores destruyen imposibles; los revolucionarios aprenden a domarlos y a trabajar con ellos. Los mambises que sostuvieron la pelea en más de media Cuba durante diez años tuvieron que volverse superiores a ellos mismos, no solo a sus circunstancias. La revolución comenzó como un acto ajeno a la política vigente, a lo que parecía viable, a la lógica del pensamiento político y a las motivaciones de gran parte de la población. Céspedes liberó a sus esclavos la primera mañana, pero el cálculo político, los valores heredados y el racismo les ponían obstáculos a la justicia en el amanecer de la libertad. La independencia y la abolición tuvieron que fundirse y ser una, y todo mambí ser abolicionista; la forma de gobierno tuvo que ser republicana y reunir la libertad personal y las libertades ciudadanas. En Guáimaro supieron dejar a un lado sus diferencias y unirse sectores de clase media para crear instituciones republicanas y convocar a todo el pueblo

a pelear por la independencia nacional.¹ Pero esas instituciones se fueron tornando un factor conservador en la medida en que la guerra revolucionaria promovió cada vez más la participación de la gente humilde del campo y los mulatos y negros.

Para hacer realidad la hasta hacía poco impensable identidad nacional y poder reconocerse como cubanos, todos, líderes y pueblo, tuvieron que recorrer un camino largo y muy difícil.

La guerra revolucionaria cambió los términos de los problemas. Se alimentó del sacrificio, el heroísmo y la participación de muchos miles de personas humildes, hombres, mujeres, familias. Dar la vida, pasar hambre y todas las escaseces, combatir, sembrar, realizar una enorme cantidad de tareas diversas, perseverar: todas las formas de la entrega y el altruismo se hicieron cotidianas. Fue en ese trance

1 José Martí analizó a fondo aquel proceso veinte años después de Guáimaro y reclamó veneración para los que abrieron el camino revolucionario. Al mismo tiempo, escribió: “[...] cómo atolondró al espantado señorío la revolución franca e impetuosa [...] cómo vició la campaña desde su comienzo, y dio la gente ofendida al enemigo, aquella arrogante e inevitable alma de amo con que salieron los criollos del barracón a la libertad” (Martí, 1963: 446, T. 4; De Armas, 2012: 111).

que la bandera del triángulo rojo y la estrella solitaria se volvió sagrada, y la marcha, el campamento, el héroe, el amado y la amada, la jornada de sangre y de muerte, se expresaron en canciones.² Próceres y pobres de todos los colores aprendieron que la rebeldía política les daba a sus luchas y sus necesidades más sentidas probabilidades de éxito, o de ser presentadas con más fuerzas. Y todos aprendieron a sentirse hermanos mientras compartían todas las vicisitudes. En aquella fragua tremenda nació la identidad nacional cubana, de contenido y objetivos populares.

Aunque no pudo llegar más allá del oeste de Las Villas, la Revolución de 1868 introdujo una nueva realidad y fue decisiva a escala del país para el logro de una identidad cubana y el nacimiento del patriotismo nacionalista. Sus hechos y los sentimientos que ella desató, los heroísmos y sacrificios de miles de personas, y de activistas y jefes hasta entonces desconocidos, el nuevo campo de ideas que creó y las

autoidentificaciones y el mundo simbólico que nacieron de esa revolución constituyen un primer capítulo prodigioso de la formación de la nación cubana.

En territorios en los que la mayoría de los vecinos eran recientes –esclavos estrujados en su trabajo y sus vidas, un buen número de pobres venidos de España, culíes chinos y empresarios ambiciosos–, en una sociedad tan opresora e incipiente, la insurrección contó con un gran número de soldados y una fuerte base social. ¿Qué los motivó, los decidió y los hizo persistir en las peores circunstancias? ¿Cómo pudo formularse en el campo revolucionario una ideología unificadora de las demandas, los sentimientos e intereses, las identidades y visiones del mundo de grupos tan heterogéneos? ¿Cómo pasaron tantos negros y mulatos esclavos y libres de sus formas propias de vida y resistencia a la participación masiva en una revolución? ¿Cuáles fueron las representaciones que los llevaron a ser revolucionarios? ¿Cómo relacionaron sus representaciones de libertad y vida digna con un ideal político general de independencia nacional? Porque la consigna de Cuba Libre, el Ejército Libertador, el patriotismo nacionalista y la República en Armas expresaban propósitos e ideas políticas mucho más generales. Estos

2 Por ejemplo, esta décima que responde a un pie forzado: “Cuando asoma la mañana / alumbrando el firmamento / se escucha en el campamento / alegre el toque de diana. / Cuando la tropa cubana / se forma por compañía / y el sargento, al ser de día / pasa lista diligente, / al responderle ¡presente! / yo pienso en ti, vida mía”.

rebeldes tuvieron que asumir una noción de libertad en la que cabría la libertad personal de cada uno, un proyecto de Estado nacional del cual serían ciudadanos y una futura legalidad que consagraría sus reclamos en forma de derechos.

Frente al final sin triunfo de la guerra, la Protesta de Baraguá fue la expresión mayor de la intransigencia revolucionaria cubana y como tal adquirió un extraordinario valor político y simbólico. Pero también hizo visible el tránsito experimentado por la bandera de la revolución, de los grandes y medianos propietarios a gente de origen popular.

Recojo la opinión de un adversario sagaz, el político autonomista matancero Eliseo Giberga, un analista burgués que conoció bien de relaciones entre clases sociales, hegemonía y construcciones raciales, y supo interpretar la historia y el presente para aconsejar una política burguesa futura. Giberga (1897) describe así en abril a los negros de Oriente: “[...] más celosos de sí mismos y de su raza, más ambiciosos de consideración y más inquietos”. La guerra, dice, “[...] durante diez años los mantuvo en la independencia de los montes y las sierras y en igualdad con los blancos, y en el seno de una democracia castrense [...] es allí el negro menos humilde, menos respetuoso de la autoridad

del blanco”. Giberga explica que en esta nueva guerra el país entero ha abrazado la causa revolucionaria y la contienda está perdida; por eso hay que apurarse y crear un sistema político que evite la revolución social: “No olvidarán los hombres de color que uno de ellos fue Maceo; y no renunciarán –tégase en cuenta– a cobrar en derechos el precio de su sangre” (Giberga, 1897: 24 y 156).

Entre 1880 y 1895 se estableció una nueva forma colonial, que resultó la postrera, al tiempo que transcurría la fase final de la esclavitud y se implantaba un capitalismo pleno. La metrópoli, con su insuficiencia y tardía modernización, pretendió mantenerse y seguir esquilmando a su colonia en la nueva situación. La clase dominante del país mantuvo en lo esencial un control autoritario de la fuerza laboral, profundizó sus nexos económicos íntimos con Estados Unidos y pretendió que rigieran un régimen político colonial con ciudadanía restringida y un campo cultural más amplio y reformulado, pero controlado por ella y España. El nuevo reformismo del Partido Liberal Autonomista desplegó una estrategia “cubana” mediante la cual quiso suplantar al pueblo que subestimaba, pasar por representante político de Cuba ante la metrópoli y ayudar a que no hubiera una segunda revolución.

Ese tipo de evolución era una posibilidad real, ya fuera sin autogobierno o con una organización estatal y política poscolonial. En el conflicto previsible se pondrían en juego las fuerzas, la conducción y la hegemonía, para decidir cuánta autodeterminación tendría el país y qué redistribución de la riqueza y el poder habría entre las clases sociales. En esos quince años se ventiló una polémica muy intensa alrededor de las cuestiones nacional, racial y social, íntimamente ligadas como no han vuelto a estarlo desde entonces.

Para ser revolucionaria, ahora la política tendría que ser muy creativa, ambiciosa y audaz, partir de los verdaderos problemas y, al mismo tiempo, convocar desde el complejo existente de conciencia, recuerdos, cultura política acumulada, rencores, ideales, intereses y afectos. Debía combinar un proyecto muy superior con una gran atracción de masas y unas prácticas inmediatas movilizadoras y eficaces.

Esa fue la propuesta de José Martí y el objeto de su trabajo ciclópeo: derrotar la posibilidad evolutiva y organizar y llevar a cabo una revolución de liberación nacional que fuera idónea para vencer al colonialismo y frenar el naciente neocolonialismo. Para triunfar, debía lograr que las energías de las mayorías se desataran y, mediante el fuego destructor y creador

de la revolución, se construyera un pueblo independiente que amara el ideal nacional, creara una república democrática y luchara por ella, desarrollara sus capacidades individuales y colectivas desde sus diversidades sociales, y aprendiera a ejercer la ciudadanía y exigir la justicia social. Su “equilibrio de los elementos reales del país” solo podía lograrse con una nueva identidad nacional en la que los más diversos se vieran, y un real aumento de la fuerza efectiva de las mayorías, que le quitara a la burguesía de Cuba la posibilidad de usufructuar para sí la construcción nacional y a Estados Unidos la posibilidad de dominar a Cuba. La república solo podría ser con todos y para el bien de todos si la mayoría adquiría un gran peso y un grado notable de control en ella.

La insurrección solo podría iniciarse y ganar vigor y solidez si se unían los veteranos que seguían deseosos de volver a pelear y los jóvenes decididos a pelear. La labor magnífica de Martí creó las condiciones y el ámbito para ese inicio exitoso. Hay que insistir en que –a diferencia de 1868– la conspiración antes de la guerra fue plurirracial: activistas, contactos y jefes eran de todos los colores. Y en que al ser Oriente el teatro factible del inicio, el inmenso prestigio de Guillermo Moncada fue símbolo y llamado a luchar mientras se esperaba a Martí y Maceo.

El protagonista de Baraguá era el héroe más admirado y famoso por su valentía, rectitud revolucionaria e inteligencia, y el pueblo de Oriente salió a la guerra cuando supo que había llegado a Cuba. La nueva política revolucionaria veía en Martí al apóstol y al presidente de la futura república.

Al calor de la Invasión a Occidente, el pueblo de la isla se fue en masa a la guerra revolucionaria, a conquistar la independencia, forjar la nación y crear el Estado cubano. Las cubanas y los cubanos se sacrificaron en el curso de la guerra, y el Ejército Libertador derrotó el colonialismo. Las culturas de Cuba, contiguas, alejadas o en conflicto durante el prolongado decurso colonial y el dinámico siglo XIX, habían ampliado mucho sus intercambios a partir de la Revolución de Yara, pero ahora se fusionaron en medio de aquella prueba suprema. Se plasmó así la cultura nacional cubana.

La violencia revolucionaria organizada constituyó una gigantesca escuela creadora de personas libres, de valores, fraternidad, dignidad, capacidades y ciudadanía para todos los participantes, los colaboradores y las familias de patriotas. Tuvieron experiencias formadoras, y el desarrollo que alcanzaron en la contienda resultó muy superior a lo que hubiera logrado una larga evolución, y muy diferente.

Se ha estimado que los negros y mulatos fueron mayoría en el campo de la Revolución. Su comportamiento emuló con el de los mam-bises blancos en cuanto a disciplina, valentía, sacrificios y renuncia a exigencias sectoriales, dentro de una terrible guerra total que provocó la muerte a cientos de miles de personas y la devastación del país. Las prácticas, los sentimientos y las ideas de la guerra revolucionaria hicieron retroceder el racismo en enorme proporción y por medios muy superiores a los evolutivos. Los negros y mulatos entraron a la Revolución como negros cubanos y en ella conquistaron con sus méritos una identidad nacional que nadie les donó, y de la que fueron tan creadores como el que más. La insurrección los reconoció como jamás lo hubiera hecho la vida social vigente, y su actividad política fue un enorme salto respecto a sus escasas experiencias cívicas previas y al alcance que habían tenido sus reclamos. La Revolución del 95 transformó al negro de Cuba en el cubano negro, y hasta hoy ese orden identitario nunca ha cambiado. La especificidad y el orgullo de raza se expresaron a través del patriotismo.

Jefes y oficiales negros y mulatos tuvieron por primera vez en Cuba presencia en el mando y en la política, junto a blancos pobres que alcanzaron iguales rangos. Su actividad

político-militar destacada fue uno de los factores más importantes para la plasmación de la identidad nacional y la creación de la nación cubana. Antonio Maceo fue el principal líder político de la Revolución desde la muerte de Martí hasta su caída en combate. Como tal actuó desde Oriente en 1895, y la Invasión a todo el país— que dirigió junto a Máximo Gómez— lo convirtió en un gran líder político a escala nacional. Pero pasó en un aislamiento muy combativo sus últimos diez meses de vida. Aquella actitud de subordinar todo lo personal a la causa revolucionaria completó su grandeza.

El racismo no desapareció dentro del campo revolucionario, y se expresó como menosprecio, doble rasero e injusticias. Sin dudas se debió al carácter cultural que poseía, pero también a su relación con el conservadurismo social y político que existió dentro del campo heterogéneo de la insurrección, y que logró contrapesar al ala radical durante el curso de la guerra. Opuesto al ideal de una República en Armas que prohibía toda referencia a personas que no fuera la de ciudadana o ciudadano, tuvo que ser un racismo vergonzante. No hay que olvidar que toda revolución implica permanencias, y no solo cambios, pero el saldo fue sumamente positivo en cuanto a cambios cualitativos y disminución del racismo.

La revolución transformó las relaciones de los negros y mulatos como diversidad social con la vida política y social cubana, con la conciencia social y con las representaciones de la identidad nacional, el patriotismo y la república.

Durante varias décadas existió una figura cívica de enorme prestigio, el veterano, que reunía por primera vez en Cuba en una categoría de gran reputación a blancos, mulatos y negros, sin excluir ni a los más pobres.

Desde la falsa aceptación de Cuba libre proclamada en la Resolución Conjunta de 1898, la intervención militar norteamericana se propuso y obtuvo la liquidación de las instituciones fundamentales de la Revolución. Estados Unidos mantuvo la ocupación hasta que impuso graves recortes a la soberanía cubana y un régimen neocolonial como condiciones a la existencia de la república, y se convirtió en el mandante de la nueva clase dominante en la posguerra, una burguesía cubana subordinada y cómplice. Eso contribuyó decisivamente a disminuir o desnaturalizar los logros de la revolución. La ideología dominante-dominada de la burguesía cubana asumió a Estados Unidos como el liberador del pueblo cubano, e intentó que toda la sociedad compartiera la creencia en esa mentira. El colonialismo mental

viabilizó la aceptación de una convicción: la supuesta incapacidad de los cubanos para el autogobierno.

En la primera república se desplegó una compleja combinación posrevolucionaria de semiprotectorado, economía liberal, política democrática neocolonizada, sociedad conservadora, nacionalismo patriótico y racismo. El pueblo cubano venció al colonialismo español, se constituyó como nación y creó su Estado, los varones tuvieron todos los derechos políticos y la cultura nacional tuvo fuerza suficiente para impedir cualquier intento de absorción pacífica yanqui, reafirmar las formas y los valores de lo cubano y absorber a su vez a millón y medio de inmigrantes en solamente treinta años, sin desnaturalizarse. Pero la vida de las mayorías siguió siendo de pobreza, falta de servicios y derechos sociales y postergación, la soberanía nacional estaba sometida a Estados Unidos y a Cuba le era imposible desarrollar cualquier proyecto económico autónomo.

Uno de los mayores logros de las revoluciones anticoloniales cubanas del siglo XIX fue la formación y el carácter permanente de relaciones muy estrechas entre lo cultural y lo político. El que examina la cultura cubana advierte de inmediato la enorme carga de acumulaciones políticas que contienen sus

dimensiones populares. En numerosos países, lo popular guarda distancia de lo político y, de paso, disimula la efectiva exclusión o la subalternidad de los populares respecto a la conducción de la política. Las relaciones que pueden advertirse suelen ser de lejanía, autonomía y desamparo, aunque un análisis que profundice puede encontrar manipulación, coerciones y resistencias culturales. Pero en Cuba fue imprescindible la participación de las mayorías en el proceso político, y que los sentimientos, las actuaciones y los sacrificios masivos por la libertad, la justicia social y la soberanía nacional y popular tuvieran papeles centrales en la plasmación de la identidad nacional y en la constitución política e ideológica de la especificidad nacional y del Estado propio.

Todo el mundo espiritual y una parte enorme de las formas culturales tuvieron que intervenir para que fuera posible la victoria y la permanencia de la nación, y en ese trance se relacionaron íntimamente y con lazos muy sólidos y perdurables la cultura del pueblo y lo político. Pese a lo que algunos creen, si analizamos las creaciones simbólicas fundamentales de la cultura política cubana veremos que ellas están más cargadas de sentidos populares que de proposiciones y elaboraciones de

personalidades y grupos selectos. Así sucede con el patriotismo nacionalista, la unión entre justicia social y libertad, la vocación republicana democrática, la negación de la anexión a los Estados Unidos, el antiimperialismo, y también con las ideas más contemporáneas de socialismo e internacionalismo.

Esto no se reduce, sin embargo, a unión y armonía. La construcción social lograda a partir de la fase final del siglo XIX tuvo que incluir cesiones y olvido en el campo popular. Me limito a mencionar un caso, como ilustración. Durante una época dilatada, el avance social de los no blancos estuvo relacionado con tomar distancia de lo que los acercara al origen africano y, por tanto, los hiciera parecer incivilizados o inferiores. Los dominados suelen verse en la necesidad de abandonar formas entrañables de sus culturas, al mismo tiempo que asumen elementos de la cultura dominante, para encontrar un espacio vital para ellos y para sus hijos en una sociedad que les presenta esas exigencias al grupo al cual pertenecen. Les dejo estas preguntas: ¿cómo se produce esto concretamente? ¿Mediante qué formas intermedias de aceptación, imitación y otras se transita, formas sutiles, traumáticas o monstruosas? ¿Cómo se produce la complejidad del proceso? ¿Cuáles son las renunciadas,

las resistencias, las asunciones y las creaciones que portan los resultados de cada abandono y cada asunción?

Les debo el tema del olvido esta vez. Pero hoy que hemos avanzado tanto contra las cesiones y el olvido, pido que no reduzcamos más el calificativo de “aportes” culturales a lo que provino de fuentes no europeas, que no usemos más esa noción en este campo, por razones obvias.

Me acerco al final desde la coyuntura actual. Cuba fue colonia o neocolonia durante cuatrocientos cincuenta años de su historia, desde que llegaron los colonizadores europeos hasta el triunfo de la Revolución en 1959. Durante poco menos de sesenta años ha estado liberada, y el pueblo cubano es el dueño de ella y de sí mismo. Cuba solo pudo lograr cambios colosales a favor de las personas, la sociedad y la nación mediante su sistema de socialismo de liberación nacional. En medio de la guerra cultural que se está librando hoy, es necesario que estemos conscientes de que Cuba puede ser recolonizada, pero solamente si nosotros mismos lo permitimos. Y que estemos conscientes de que únicamente podrá ser recolonizada mediante la restauración del capitalismo, que es el sistema de dominación mundial y es la base de todas las formas de colonización.

La naturalización del capitalismo, es decir, que todo parezca natural y no debido a relaciones sociales específicas de dominación y de promoción de comportamientos, motivaciones y sentimientos, es una necesidad fundamental para la implantación de ese sistema. Su éxito no dependerá de una gigantesca conspiración, sino de una progresiva aceptación que se vaya convirtiendo en consenso, y que reúna tanto la resignación como el entusiasmo, los intereses de lucro y poder y las esperanzas de gente común, las iniciativas y la inercia, los sucesos y las nuevas costumbres. No hay que desdeñar la intencionalidad que pueda existir dentro de un proceso de desarme ideológico que está en marcha y que es urgente frenar y revertir, y en la promoción interesada de motivaciones, normas, creencias y valores que corresponden al capitalismo. Pero lo esencial siempre será que esa transformación sea o no sea consentida, aceptada y asumida por grandes núcleos de la población.

Los que trabajamos en el campo cultural estamos conscientes del momento histórico que vivimos, y expresamos esa conciencia al dedicarnos a nuestras prácticas específicas.

La nación cubana se reconoce, ante todo, en su origen revolucionario, y ello es ostensible en su material simbólico. A ese material le toca

desempeñar hoy papeles importantes en la defensa de Cuba, ante el gran peligro que se nos viene encima. Se impone, entonces, enfrentar un conjunto de preguntas desde la perspectiva del conocimiento, y desde una conciencia que comprenda las funciones que pueden tener los hechos históricos respecto a los logros y los conflictos culturales, sociales y políticos de las sociedades.

Los investigadores deben considerar los eventos sin ira y con estudio, renunciando al fácil recurso de condenar simplemente, o de hacer “crítica social”. Si profundizan, si buscan, por ejemplo, lo esencial de una época, que gobierna con hilos invisibles desde los sucesos que resultan naturales a ella para el sentido común hasta los sucesos que parecen negarla, pueden aportar conocimiento, conciencia y orientación.

Ustedes saben mucho más que yo sobre el tremendo ciclo de azúcar y esclavitud que vivió Matanzas, sobre lujos y miserias, crímenes y artes, hermosos edificios y abismos de maldad, deculturación de multitudes y trabajo manual sin fin, nuevas tecnologías y hambre, prosperidad y ruina. Saben que Martí sintetizó la promesa al decirle a inicios de 1895 al matancero Juan Gualberto Gómez: “implantaremos toda la justicia”. Y que el pueblo de esta provincia

se alzó en masa al llegar la Invasión y protagonizó una guerra terrible, quizás la más terrible librada en el país, basando su heroísmo en sus sacrificios cotidianos. Por lo menos sesenta mil personas perecieron en ella, para una población total de doscientos mil en 1899.³ Y que, sin desaparecer, las culturas más diferentes se fundieron en la epopeya de la patria.

Vengo a pedirles que esos conocimientos se divulguen, y que se haga con verdadera eficacia. Que forme parte de lo que se considera conocimientos imprescindibles, para la educación y para la persona culta. Que el sistema de enseñanza lo tome al fin, y lo levante y lo difunda, y que no lo haga como en el magisterio tradicional. Que, por ejemplo, en las escuelas de todos los municipios alumnos y maestros busquen y recuperen a los combatientes de fila y los colaboradores de las revoluciones cubanas, y que estudien las culturas diversas y riquísimas de los que han vivido en esta provincia: comidas, creencias, música, trabajo, costumbres,

saberes, objetos de uso. Que los planes y programas docentes tengan íntimas relaciones con la vida. Que entre todos nos hagamos preguntas valiosas, y encontremos y levantemos el conocimiento de cómo se hizo esta tierra y este pueblo. Y que toda esta actividad forme parte de la conciencia, los valores, el patriotismo popular y el sentido de la justicia social como la estrella polar de la cultura y del mejoramiento humano.

Conocer la verdadera historia de Cuba es poseer un arma invaluable. Hoy es necesario divulgar y entregar esa historia a los niños, a los jóvenes, a todos. Hay que interesar, atraer, emocionar, compartir conocimientos y acendrar valores. Eso exige rigor y honestidad, no ocultar ni manipular, ser maestro y alumno, investigar con modestia, comunicar. Contamos con una ciencia histórica sumamente avanzada, una notable antropología y un buen número de investigadores sociales y culturales dedicados y capaces. Una dificultad que es obvia es el escaso aprovechamiento que se hace de esa gran riqueza, que no se vuelve guía de las políticas y las estrategias, ni se socializa a través de los vehículos educativos, de comunicación masiva y de otros tipos que tiene la sociedad cubana. Hay que romper la división entre élites y masa en este campo, y en cualquier otro

3 Ver Pérez Guzmán (1898), un extraordinario libro de Historia que expone resultados de investigación acerca de la Reconcentración de la población, genocidio cometido por el colonialismo español durante la Revolución del 95. Contiene un gran número de informaciones sobre la provincia de Matanzas.

también. Hay que hacerlo a través de las instituciones, que hoy están corriendo un fuerte peligro de sufrir un deterioro y un desprestigio que solo servirían a nuestros enemigos. Y se debe apelar, al mismo tiempo y sin esperar por nada, a iniciativas que movilicen y pongan en acción grupos de trabajadores y sectores sociales que cuentan con capacidad y con espíritu revolucionario suficientes para hacerlo.

Una de las principales tareas intelectuales es rescatar e interpretar con profundidad y compromiso el proceso de formación de la nación cubana, sus avatares y lo que ella nos brinda para enfrentar el presente y el futuro. Rescatar y resaltar el papel del sujeto popular como protagonista de una historia de rebeldías, resistencia, desgarramientos, heroísmos y privaciones en el largo proceso hacia la soberanía y la independencia nacionales. Desde una situación de terrible opresión social y colonial y una naciente sujeción económica neocolonial, la masa de la población de Cuba se fue a la revolución y se unió, por primera vez, en un propósito superior que permitió crear a los cubanos y a la nación. La solución revolucionaria ha sido, desde entonces hasta hoy, la única capaz de resolver los problemas fundamentales de Cuba.

Las revoluciones viven de subvertir una y otra vez lo establecido. Su objetivo es desatar

energías suficientes, que sean capaces de cambiar y mejorar la sociedad, las relaciones sociales y a los seres humanos. Por eso sus historias pueden acudir hoy y pelear junto a nosotros. Toda historia verdadera de revolución es subversiva, porque desafía el presente y ayuda a guiar y desatar el futuro.

BIBLIOGRAFÍA

- De Armas, R. 1012 *La historia de Cuba pensada por Ramón de Armas* (La Habana: Ruth Casa editorial / ICIC Juan Marinello).
- Del Monte, D. 2002 *Centón Epistolario* (La Habana: Biblioteca de Clásicos Cubanos / Imagen Contemporánea) Vol. III.
- Giberga, E. 1897 *Apuntes sobre la cuestión de Cuba, por un autonomista* (s/d). Giberga Galí, E. 1897 *Apuntes sobre la cuestión de Cuba, por un autonomista* (s/d).
- Martí, J. 1963 “El General Gómez” en Martí, J. *Obras Completas* (La Habana: Editorial Nacional de Cuba) T. 4.
- Martínez Heredia, F. 2009: *Andando en la Historia* (La Habana: ICIC Juan Marinello / Ruth Casa editorial).
- Pérez Guzmán, F. 1898 *Herida profunda* (La Habana: UNIÓN).

JOSÉ ANTONIO APONTE Y LOS ORÍGENES DEL PENSAMIENTO POLÍTICO CUBANO*

El pensamiento propiamente político de Cuba surgió y se desarrolló durante la segunda formación social de su historia, en los cien años que van de los ochenta del siglo XVIII a los del siglo XIX. Digo los orígenes, y no el origen, porque no fue un proceso único en su producción y su acumulación. No podía serlo, por dos razones: 1) sus productos pertenecían a grupos y sectores sociales rigurosamente diferenciados, subordinados unos a otros o distantes entre sí. Durante ese lapso fue existiendo cada vez más conciencia de que lo estaban; y 2) los dominantes en el modo de producción no se convirtieron en una clase nacional que condujera a la población en un proceso unificante y de creación del Estado propio, ni lo pretendieron, por lo

cual su pensamiento político no podía convocar al conjunto de la población, ni llegar a ser hegemónico.

Por otra parte, desde el exterior vinieron ideas políticas y la noción misma de pensamiento político, correspondientes a lo que estaban viviendo Europa y América durante aquel período histórico. Aquellas ideas tuvieron influencias muy fuertes sobre los diferentes medios sociales existentes en Cuba.

Desde fines del siglo XVIII, intelectuales orgánicos a quienes dominaban en la formación económica y la sociedad, o pertenecientes a su campo de influencia, produjeron ideas políticas referidas a Cuba, sus características, sus opciones y las conductas a seguir. De manera expresa, no incluían a una gran parte de la población del país en sus escritos ni en sus proyectos, y exponían que esa parte carecía de cualidades para ser cubanos, y hasta era peligrosa, o una rémora, para lograr un país moderno, ordenado y próspero. Su pensamiento se regía por cánones europeos –lo cual era casi

* Ponencia presentada en el Seminario *José Antonio Aponte. Perspectivas interdisciplinarias*, organizado por Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello. La Habana, Cuba, del 17 al 19 de noviembre de 2016.

inevitable-, pero optaron por permanecer dentro de la perspectiva liberal colonialista, y fueron, en consecuencia, pensadores colonizados. En realidad extraños a su tierra natal, pertenecían, o querían pertenecer, a una comunidad ideal moderna y civilizada.

Sin embargo, durante el período de revoluciones del último tercio del siglo XIX aquel pensamiento político recibió valoraciones generales positivas por parte de cierto número de ideólogos del campo revolucionario. El historiador de revoluciones se enfrenta a una masa de materiales heterogéneos y hasta contradictorios, y a esto se suman rasgos particulares en los casos de revoluciones anticoloniales. Se vuelven dominantes las convocatorias a conquistar la independencia nacional que tienden a incluir a la mayoría de los sectores del país, pero ellas no eliminan las diferencias, contradicciones y conflictos entre clases y grupos sociales. El cuadro resultante contiene siempre cambios y permanencias, y dentro del proceso se produce una gama de actuaciones, motivaciones y criterios, desde los más radicales hasta los muy moderados y los no revolucionarios.

Entre 1899 y 1959 las valoraciones positivas de aquel pensamiento se acentuaron y organizaron dentro de la corriente ideológica principal nacionalista, aunque siempre existió una

vertiente crítica que las impugnaba. En el lapso –casi tan largo como aquel– que va de 1959 a hoy, han predominado la exaltación y el estudio del pensamiento revolucionario, pero ellos viven en paralelo con valoraciones positivas de gran parte del pensamiento político del campo dominante previo a 1868. No debo abordar aquí este tema, pero sí quiero afirmar que esta presentación, además de contribuir modestamente a rescatar el nacimiento de otro pensamiento político –muy diferente de aquel y que me permito calificar de cubano–, intenta enfrentarse a los usuales elogios y la calificación de patriotas cubanos que todavía se les dedican a varios pensadores políticos dominantes del período que señalé, a los cuales se ensalza como abuelos de la nación cubana.

Como era de esperar, el caso que abordo, proveniente de la masa subordinada del país, adquiere importancia para el pensamiento político a partir de su entidad como evento práctico, de actuación, no por la obra escrita. Se trata de la rebelión de Aponte, la primera vez en la historia de Cuba que grupos organizados tras una idea de libertad y de justicia social conspiraron y llegaron a pelear por un cambio radical de sus vidas y de la vida del país. Esclavos africanos y nacidos en Cuba, junto a hombres libres negros y mulatos, se pusieron de acuerdo,

se prepararon y en algunos lugares lograron entrar en acción. Los gobernantes colonialistas y los criollos dueños de Cuba, firmemente unidos, poseían todos los atributos del poder, y con esa carta principal y decisiva en sus manos ejercieron contra ellos la más despiadada represión.

En el tiempo disponible no puedo exponer las condicionantes fundamentales de aquellos hechos, y ellas son indispensables, por una necesidad de método, para analizar y comprender bien las rebeldías y el mundo espiritual y político de los oprimidos de 1811-1812. Menciono al menos cuatro rasgos que son determinantes para comprender las actuaciones, las motivaciones y las ideas de esa coyuntura: la esclavitud como última razón de las relaciones sociales en el sistema social; las profundas contradicciones entre la sociedad que se estaba creando y el mundo espiritual que debía corresponderle; la gran heterogeneidad cultural de los factores componentes del país; y las conmociones revolucionarias y de graves conflictos que se vivían en América y Europa.

La nueva formación que transformó el modo de producción y la sociedad necesitó una fuerza de trabajo tan grande que generó una nueva esclavitud masiva, que tuvo su plenitud a lo largo del siglo XIX. Su extraordinario dinamismo

cambió a Cuba a un grado solamente comparable a la transformación producida por la colonización europea a inicios del siglo XVI. Su vertiginosa implantación, los eventos monstruosos y las contradicciones que conllevaba fueron el condicionamiento principal de los hechos de 1812.

Unos trescientos mil esclavos fueron introducidos entre 1790 y 1820, a una escala creciente; en 1816-1820 entró más del 35% de ese total.¹ Una orgía de explotación del esclavo fue la respuesta al hambre de fuerza de trabajo que creaba la incesante expansión de la producción. Los empresarios aprendieron a utilizar a sus trabajadores y resolver sus necesidades básicas matándolos, literalmente, de exceso de trabajo, malos tratos, desnutrición e insalubridad. La reposición con nuevos esclavos era su política, y siempre necesitaban un número mayor. Durante la etapa en que noveles traficantes aprendían su oficio se produjo también una horrible mortandad en las travesías.

1 Ver Moreno Friginals (1978: 259-269, T.I). Childs (2011: 83, 316) elabora una tabla con los estimados de importaciones de esclavos en Cuba, 1790-1820, de A. Humboldt, José A. Saco, Gloria García, J. Pérez de la Riva y David Eltis.

El desprecio ante los terribles sufrimientos, la muerte y el despojo de su cultura de aquella enorme masa de seres humanos fue la regla, un desprecio compartido por constelaciones de personas que vivían indirectamente de la esclavitud, y por los ideólogos del sistema. La iglesia católica, religión oficial y supuesta guía espiritual y moral de la sociedad, fue cómplice y beneficiaria de la nueva forma de explotación, opresión y humillación. La violencia física extrema y sistemática contra los esclavos se hizo cotidiana. Se buscaron pretextos en la alegada estupidez, la maldad o el “salvajismo” de estos, o se invocaron razones: la necesidad de que obedecieran a las órdenes de realizar trabajos tan duros sin tener motivaciones personales para hacerlo, o la de aterrorizarlos para que no se rebelaran e impusieran su número frente al de los amos. Estos no podían ser “blandos”, o los negros “les cogerían la baja”, opinaba la conciencia social predominante. Cuero, azote, cepo, bocabajo se tornaron palabras del lenguaje diario.

El racismo antinegro creció vertiginosamente e invadió tantos terrenos de la vida de las personas, sus actuaciones, sentimientos y oportunidades, las relaciones sociales y el ordenamiento legal, que se convirtió en un cáncer, más monstruoso porque se le consideraba parte del orden “natural”.

Parto de esos rasgos para valorar el rumor de que en España se había concedido la libertad a los esclavos –o se estaba a punto de hacerlo–, que recorrió la isla como una buena noticia para negros y mulatos, esclavos y libres, rumor trasmutado en reclamos, desobediencias, resistencias, pensamientos libertarios y rebeliones. No eran tontos ni ilusos. Eran personas y grupos sociales muy diversos, que habían sido golpeados de modo reciente y brutal por un evento que les adjudicaba una identidad deleznable: ahora, todos se habían vuelto negros. La masa enorme e ingente de bozales, miles de esclavos criollos y otros miles de negros y mulatos libres tenían que sentir, entender y comportarse de modos muy diferentes, porque eran muy diferentes entre sí. Pero la bárbara opresión, o el retroceso que los aproximaba, los acercó en aquella coyuntura.

El arsenal cultural de los calificados “de color libres” era copioso y variado, y cierto número de vasos comunicantes les permitían influir en los esclavos. Partían, naturalmente, de las formas de vida, experiencias, costumbres y asociatividad acumuladas en la isla durante casi tres siglos, en el trabajo rudo, las relaciones sexuales y familiares, las transacciones de muchos tipos, el artesanado y las actividades militares. Conocían también las disposiciones

de las autoridades de Cuba y de la monarquía, y las reformas intentadas por esta última, en cuanto podían debilitar el régimen de castas. Asumían las nuevas ideas liberales, que eran expresión consecuente de la individualización e igualación de las personas generadas por las funciones y el poder del dinero, en el marco de un proceso que ampliaba sin cesar la producción y la circulación mercantil y se articulaba al capitalismo mundial. Pero también recibían nuevas ideas con las noticias sobre el radicalismo revolucionario francés. Estaban presentes en ellos nexos antiguos y recientes, tradiciones y novedades, lealtades y conflictos: los materiales de toda complejidad social.

Un buen número de los no blancos gozaba de un prestigio social notable: milicianos, gente de oficio capacitada, comerciantes, dirigentes de cabildos, tenían lugares sociales definidos y estaban conscientes de su valía. Los milicianos “de color” poseían una larga historia de servicios y también hechos de armas notables y condecoraciones reales. Gozaban del fuero militar, ventaja sensible que les aportaba seguridad y mejor lugar social, y les era más fácil obtener relaciones favorables y consideraciones. Portaban orgullosos sus uniformes y sables, tenían un fuerte sentido de pertenencia y de su historia, se sabían necesarios y tenían

comportamientos organizados.² El Estado español y el régimen de la colonia les franqueaban ventajas para el ejercicio de sus capacidades y esperaban de ellos servicios útiles y fidelidad al orden vigente. Se establecía un delicado equilibrio, nunca exento de contradicciones, entre las necesidades de consumos, trabajadores especializados y soldados del sistema, y la nueva gran esclavitud y el racismo antinegro creciente, función necesaria de las transformaciones recientes.

El marco más general de la dominación albergaba también un potencial de contradicciones. La metrópoli se había ido quedando atrás respecto a las grandes potencias, mientras la tremenda expansión económica de la colonia de Cuba la integraba a circuitos económicos internacionales ajenos a España. La clase dominante en la economía aumentaba sin cesar su poder económico y su predominio en la sociedad, y se sentía burguesa y moderna, pero en aquella época de revoluciones había decidido mantenerse sujeta a la metrópoli, como salvaguarda de sus intereses y por su cultura criollohispana.

2 Ver Barcia (2009).

La aceptación de la cultura dominante y la pretensión de asumirla, asimilarla y buscar acomodo o ascenso social dentro de ella son actitudes típicas de la condición colonizada. De ese modo, sectores mejor establecidos, emprendedores o favorecidos por oportunidades constituyen estratificaciones sin salir de su denominador común. Pero en la Cuba de 1791 la nueva esclavitud y sus consecuencias deterioraban aquel orden social cuando surgió la Revolución haitiana, que vino a reivindicar la identidad de negro en el mismo momento en que aquí se establecía como la máxima devaluación humana, y vino a brindarle una fuente de orgullo y una formidable vinculación con lo político. Esa identidad no se basaba en una recuperación de ciertas formas y valores culturales antiguos, sino en una guerra por la libertad, para arrebatarles a los amos la abolición y quitarles el poder, organizarse políticamente como ciudadanos y darse no solo la igualdad, sino todos los derechos, incluso los más recientes que la Revolución francesa había lanzado al ruedo histórico.

Las ideas más avanzadas de Europa se pusieron al alcance de los nuevos ideólogos negros de América a partir de su concreción haitiana. Su difusión oral tuvo un alcance asombroso, y las imágenes de los generales y líderes haitianos

encendieron la imaginación de los negros a lo largo del continente. En el país más cercano a esta isla, ahora los negros eran los dueños y gobernaban el Estado.³ Las rebeliones y conspiraciones de las dos décadas anteriores a 1812 muestran muchas huellas del ejemplo de la revolución vecina. En Cuba, el bicornio haitiano fue un tocado de negro revolucionario.

En coyunturas de disminución del consenso, o de crisis, los involucrados parten de su acumulación de experiencias, representaciones, lealtades y formas organizativas –nada sale de la nada–, pero los conflictos crecientes llevan a los opositores radicales a cambiar su posición ante aspectos del sistema, o hasta frente a su conjunto. Los que se tornan subversivos utilizan al inicio los instrumentos en que han vivido para actuar en contra del sistema, pero pronto se ven forzados a crear sus propios instrumentos y nuevas comprensiones de su actuación y su proyecto.

3 Ferrer (2014) ha narrado y analizado con profundidad los procesos de ambos países en las dos décadas que siguieron al inicio de la Revolución haitiana y al de la colosal expansión de la economía exportadora en Cuba, sus relaciones y sus condicionamientos. El capítulo 7 está dedicado a una amplia indagación sobre el movimiento dirigido por Aponte.

Los materiales ideológicos y organizativos de procedencia africana tuvieron una enorme importancia en las elaboraciones de los conspiradores y los rebeldes de 1812, y en el aparato simbólico que portaban. Eso puede apreciarse en varios planos. Las instituciones y los órganos religioso-políticos africanos podían ser un suelo común para negros y mulatos esclavos o libres, o, al menos, podían ser invocados como tales. Para muchos criollos “de color” constituían patrimonios cercanos y animaban a una parte importante de sus asociaciones, brindándoles una base cultural ajena a la europea, aunque en realidad se sentían y se comportaban sobre todo como negros de Cuba, y participaban también en alto grado de la cultura criollohispana. Pero la dimensión africana era una fuente potencial de legitimidad y de jerarquías, de la necesaria combinación de lo religioso con estructuras sociales y con un referente cultural que no se limitara a ser un valor refugio y una forma de vivir la subordinación, sino que pudiera validar la acción política y constituir un impulso para ella.

Aquellos materiales africanos permitían ofrecerles a los bozales una identidad que ayudara a arrastrarlos a la acción, y hacer avanzar su conciencia hacia la necesidad de organizarse y perseguir objetivos trascendentes. Pero

sobre todo les proporcionaba a los ideólogos negros y mulatos un aparato ideal propio para representarse sus móviles, sus instrumentos y sus fines, que incluía hasta idiomas distintos al de los amos y los colonialistas. Es cierto que el acervo real de procedencia africana incluía dominaciones de unos africanos sobre otros, exclusiones y antagonismos, enormes diferencias y enfrentamientos étnicos, conflictos, guerras civiles y complicidades con los traficantes de esclavos. Pero en aquella época de tantos y tan grandes antagonismos y transformaciones era usual seleccionar y articular los cuadros más disímiles para formar las ideologías. Cuando Francia proclamaba la fraternidad universal y en un plazo muy breve reimplantaba la esclavitud, cuando científicos europeos clasificaban en cinco razas a los seres humanos atendiendo a los cráneos y el color de la piel, esta África ideal resultaba un arma de identidad y de lucha en manos de los ideólogos rebeldes en Cuba.

Sin duda, el combate por la igualdad y el proyecto político de Aponte no respondían a un principio de ciudadanía, ni se basaban en las clases sociales. Se trataba de la igualdad entre blancos y no blancos, y eso no era un defecto conceptual, sino una necesidad. Esa igualdad era impensable, imposible o inaceptable para la corriente principal del pensamiento social

y político dominante, en cualquiera de sus variantes.⁴ No cabía en el marco de su problemática, ni en su ética, ni en su conciencia común. Frente a un sistema de dominación que racializó el trabajo, la vida cívica y la entera condición humana y social de las personas bajo el

signo de un omnímodo racismo antinegro, lo esperable era una respuesta política popular racializada.

La dimensión cristiana formaba parte de la vida de Aponte, y tiene una presencia muy fuerte en lo que conocemos de su ideología. La religión es siempre una expresión cultural de grupos sociales específicos en un ámbito histórico determinado, a la vez que contiene importantes elementos de consumo o consenso general, pretensiones universales y larga duración. Aunque participa en sus estructuras, el catolicismo de Aponte no es el de la Iglesia institución, sino el que se alimenta de devociones populares y sus formas organizadas. No es el del Estado español, religión e iglesia políticas legitimadoras de la monarquía, ni el de la clase criolla que domina la economía y la sociedad colonial, religiosidad superficial y asunto, ante todo, de intereses y manipulación. El extraordinario nivel de informaciones e intereses culturales de Aponte, su afición enorme a acopiar datos, hechos históricos y saberes, lo hacen un hombre ilustrado americano, que es capaz de examinar la religión en su pluralidad y su evolución histórica, y de avanzar en el camino dieciochesco de secularización mediante la cultura, radicalizado por la Revolución francesa. Aponte es hijo de un pueblo nuevo,

4 “[...] en país donde existe la esclavitud y tantos libertos como tenemos, conviene que el derecho primitivo de sufragio descansa exclusivamente en la calidad de español de sangre limpia, con bienes de arraigo en tierras o casas urbanas y rurales [...]”, de la “Exposición” escrita por el sacerdote José Agustín Caballero y llevada por los diputados de Cuba a las Cortes de Cádiz (asamblea constituyente iniciada en 1810) citada en Pichardo (1973: 212, T. I).

Pero el conspirador Joaquín Infante, perseguido por independentista y prófugo en Venezuela, pensaba igual en este campo que los propietarios criollos ligados a la monarquía. Dice en su *Proyecto de Constitución para la Isla de Cuba* (Venezuela, 1812) que “aboliéndose la esclavitud no solo serían perjudicados los propietarios, sino el Estado mismo con la falta de este manantial de prosperidad pública”, y los esclavos liberados se entregarían “a los vicios”. Infante llega a afirmar que es preferible para un africano ser esclavo que vivir en aquel continente. Los empleos públicos solo serán desempeñados por “americanos blancos”, y solo tendrán derecho a elegirlos los propietarios. En el orden político, dice el artículo 84, llevarán los blancos la prelación, les seguirán los pardos y, por último, los morenos (Pichardo, 1973: 253-260, T. I).

en una colonia que está en íntima y permanente conexión con la cultura que se despliega en Occidente.

El preso que está viviendo una situación límite –con la vida en un hilo– responde con tranquila seguridad al apremiante y tenaz licenciado Nerey durante los intensos días de interrogatorios de la última semana de marzo.⁵ La Etiopía cristiana tiene un peso notable en su articulación entre cultura general e ideología, pero tanto ella como los sacerdotes negros que llegan hasta la cercanía del Papa, el Preste Juan, la narración del Génesis un tanto original y otros temas ajenos a la rutina del catecismo, todo el entramado de asuntos religiosos tan diverso y

rico en detalles de este prisionero que no hace declaraciones de su fidelidad a la Iglesia, están en el libro de pinturas para fundamentar su posición de negro subversivo. Aponte es un hombre culto que maneja y describe cuestiones de religión, y que está ampliamente enterado de mitología helénica, una instancia de historización profana que experimentaba un desarrollo reciente en Europa. Si no fuera por la sombra de la horca, parecería que el preso se va convertir en preceptor del policía.

La modernidad europea había generado formas y posiciones diversas de relacionar las creencias, instituciones, valores e ideas que conforman las religiones con el pensamiento y las prácticas políticas y sociales. La época de crisis, revoluciones y novedades de la fase final del siglo XVIII y las primeras décadas del XIX impactó fuertemente esa cuestión. Estimo que en la posición de Aponte tuvo un peso determinante su conciencia política, y que utilizó aspectos religiosos cristianos en función de su proyecto.

Finalmente, pero no en último lugar, el aspecto militar. En los cincuenta años transcurridos entre 1762 y 1812 crecieron mucho el número y la importancia de las milicias de negros y mulatos de Cuba. Su conducta heroica ante la invasión inglesa les aportó un gran prestigio, y

5 “Preguntado si el libro que incluye el campamento es obra del declarante únicamente o si ha contribuido a dirigirlo formar lo o pintarlo, dijo: Que nadie ha tenido la menor parte en el referido libro, que la idea es del que contesta, su dirección, igualmente su dibujo y pintura, sin que persona alguna le haya ni ilustrado ni auxiliado al intento, pues todo es efecto de su lectura [...] Preguntado si en el concepto de ser su autor según lo asegura en las anteriores, podría explicar circunstanciadamente todas las figuras que incluye dijo: que desde luego lo hará con la mayor exactitud y puntualidad [...]”, del interrogatorio del 26 de marzo, en *Expediente sobre José Antonio Aponte y el sentido de las pinturas que se hayan en el Libro que se le aprehendió en su casa. 1812*, citado en Franco (1977).

a la pronta reorganización militar hispana que siguió se le sumaron la guerra de independencia norteamericana, la Revolución haitiana y casi veinticinco años de guerras entre Francia y numerosos países europeos, que involucraron a España y al Caribe. La defensa de Cuba dependió en gran medida de estas milicias, por lo que se mantuvieron e incluso crecieron durante todo ese intervalo, a pesar del temprano alerta de Arango y Parreño, y del supuesto “miedo a Haití”.⁶

6 En 1792, Francisco de Arango y Parreño planteó que las Milicias de negros y mulatos “sin disputa alguna los mejores soldados del mundo” —serían un peligro gravísimo para el sistema vigente en Cuba, por el auge vertiginoso de la esclavitud. La diferencia entre esclavos y libres dejará de ser una barrera, dice: “Todos son negros: poco más o menos tienen las mismas quejas y el mismo motivo para vivir disgustados de nosotros”, citado en: “Discurso sobre la agricultura de La Habana y medios de fomentarla”, Pichardo (1973: 190-191, T. I). En cuanto a las características de las Milicias de color y la rebelión de Aponte, ver Childs (2011: 126-140). Por cierto, Childs brinda el dato documentado de que Aponte fue forzado a retiro en 1800, siendo capitán de la segunda compañía del batallón de morenos, con 23 años de servicio, por “falta de fuerza”. Por ser honroso el retiro, mantenía el fuero militar de por vida y su derecho a pensión (*ibíd.*, p. 135). Pero al anotar sus datos personales en el interrogatorio del 26 de marzo de 1812 se le llama “cabo

En las sociedades estamentarias, los méritos militares fueron muchas veces un vehículo de ascenso social para individuos de determinados sectores, respecto al destino fijado por su nacimiento. Pero en la Cuba de 1812 las realidades del cambio de estructura social y de las revoluciones contra las opresiones en América y Europa, y la existencia de nuevas representaciones e ideas de libertad, igualdad y justicia, permitieron la aparición de una nueva posibilidad ante un sector de los oprimidos: ¿por qué no utilizar la fuerza y la experiencia militares contra el sistema de dominación, en vez de esperar que este les mantuviera sus modestos gajes? La opción exigía determinación y valentía, e ir mucho más allá de las demandas sectoriales. Había que convocar a grandes grupos sociales a reconocerse fuertes y a pelear por un gran cambio, y aprender a motivarlos, conducirlos y organizarlos. Es decir, optar por la rebelión, y ser capaces de convertirla en una revolución. José Antonio Aponte creyó que era posible valerse de los rasgos, las cualidades y la forma de organización que estaban

primero”. Y al interrogar ese mismo día a Clemente Chacón, que también era capitán de milicias, ni siquiera se menciona que es miliciano al anotar sus datos.

al alcance de los que se rebelaran, como él los sentía y entendía, y decidió pasar a la acción.

El gobernador Someruelos y los elementos capaces dentro del sistema de dominación advirtieron el enorme riesgo potencial que implicaba la conspiración recién descubierta y el peligroso intelectual que parecía dirigirla. La metrópoli no podía estar en una situación más difícil, en medio de la guerra devastadora contra los ocupantes franceses, con una situación política interna sumamente compleja –Aponte fue detenido el mismo día que se aprobaba en Cádiz la primera constitución nacional– y enfrentando guerras por la independencia en gran parte de sus colonias americanas. Una rebelión en Cuba protagonizada por tropas “de color” podía ser fatal. Es muy probable que esta fuera la causa de tanto celo en la investigación y de una represión tan grande. El Capitán General supo identificar al enemigo y la gravedad de la amenaza, y procedió en consecuencia con presteza. Es lógico que apelara a la discreción y a minimizar a los rebeldes y al desafío, pero nosotros debemos destacarlo.

Es necesario profundizar en los modos reales en que los humildes y la gente común pensaron y sintieron, y en los eventos que protagonizaron, como una parte inalienable de la historia de la formación de la nación cubana

y de sus características fundamentales. Las ideas, las motivaciones y los hechos de José Antonio Aponte y sus compañeros forman parte de la historia política de Cuba. Que no tuvieran que ver con la política de las clases altas y medias de la isla no significa que aquellos negros y mulatos no hicieran política. Es obvia una realidad: desde el inicio mismo del proceso de formación de la nación cubana hubo más de una forma de hacer y entender la política. Sin esta *otra* historia, no se puede comprender ni asumir la historia de Cuba.

Aponte fue el primero en Cuba que dotó de voz intelectual a la rebeldía de la gente de abajo. Actuar para un conjunto de seres humanos reunido bajo la identidad singular e infamante de negros le brindó a sus ideas políticas un suelo de representación de un amplio sector social. Al mismo tiempo, la noción de raza unida a la de procedencia geográfica común –es decir, negro y África– le proporcionaron una base utilísima de legitimidad y de convocatoria, y un asidero esencialista.

Al convocar al grupo social que yo llamo *negros de Cuba* a hacerse de una conciencia política a través de una actuación que los identificara por lo que se proponían lograr, Aponte dio un primer paso hacia la formación de una conciencia realmente nacional en Cuba. Si

abandonamos las visiones colonizadas podremos afirmar con razón que Aponte hizo pensamiento político, como parte de una nueva forma de hacer política que nacía en este país. Esa política está muy lejana y es muy diferente al conocido proceso de un siglo de pensamiento y actuaciones políticas que va desde Arango y Parreño y José Antonio Saco hasta el Partido Liberal Autonomista. Sintetizo sus características:

- 1) Pretende subvertir el orden, no modificarlo para “mejorarlo”. No pide reformas, intenta hacer una revolución;
- 2) en sus inicios parte del negro, con una propuesta que pudiera incluir a toda la población colonizada, explotada y oprimida. No excluye de lo político a la mayoría de la población del país;
- 3) postula la igualdad real y efectiva como fundamento de la práctica política, no como la figura retórica utilizada desde la Revolución francesa, ni como una función del triunfo de las relaciones sociales del capitalismo;
- 4) combina los núcleos ideales existentes desde las posibilidades que tienen de contribuir a esa posición política, y no desde el ser particular de cada uno, que excluye o desestima

a los demás a partir de sus creencias, identidades, prejuicios, intereses o aversiones. Aponte practicó esa combinación en busca de una ideología revolucionaria; y

- 5) expone una nueva posición cultural no colonizada como fundamento de su posición política.

La ideología encarnada por Aponte, este otro origen del pensamiento político cubano –a pesar de su carácter incipiente, su debilidad y su derrota– se mostró capaz de ser radicalmente anticolonialista, y de asumir ideas y movimientos políticos de liberación que serían característicos del siglo XIX.

Aponte y sus compañeros aprovecharon el rumor acerca de la abolición, y también los amplios nexos internacionales informales que existían, aumentados en Cuba –crucero insoslayable a la puerta del Nuevo Mundo– por el alud de guerras y revoluciones de la época y por la expansión económica y la nueva esclavitud, que también introdujo en la isla un buen número de esclavizados procedentes de Jamaica y Saint-Domingue.

El objetivo de los conjurados no podía ser más ambicioso: liberar a los esclavos y derrocar a las autoridades coloniales, lo que los hubiera llevado a erigir un régimen independiente

en el país. Fue la primera vez en la historia de Cuba que una movilización subversiva tuvo esas pretensiones. José Antonio Aponte, centro y máximo ideólogo del movimiento, era un negro libre habanero de 51 años de edad, criollo reyoyo, maestro carpintero y tallador en madera, antiguo miembro de las milicias y un notable intelectual de su grupo social. Sobre ese último rasgo suyo citaré las palabras del destacado investigador y africanista Armando Entralgo (1987): “Cuando los interrogadores, perplejos por el aparente caos, inquirían sobre el origen e intención de grabados y figuras, Aponte respondía generalmente que todo era efecto de sus lecturas, que compraba pinturas para tomar ‘lo que conviene a su idea’, expreso reconocimiento de su sincretismo y su transculturación”.⁷

Los hechos de 1812 serán analizados en este coloquio. Por mi parte, recalco que los protagonistas de la subversión fueron personas muy diversas –como sucede siempre con los seres humanos–, que a partir de una de sus identidades se unieron en un propósito político común, pensaron y actuaron con gran decisión

7 Este pequeño texto contiene un gran número de datos e ideas muy valiosos.

y entrega a su causa y asumieron las consecuencias: la represión y la muerte. Son seres humanos los que actúan, tanto en los sucesos sin trascendencia como en los hechos que serán históricos, y quizás lo más admirable de la grandeza esté en cuánto han de elevarse los pequeños para poder alcanzarla.

El vibrante manifiesto lanzado por Aponte el 15 de marzo fue clavado en una pared lateral de la morada del capitán general, como una suerte de antiguo pendón de desafío. Llamaba a los habaneros y los compatriotas a mantenerse unidos y con su fe religiosa, para atraer el triunfo en la empresa de acabar con ese imperio de tiranía y vencer la arrogancia de los enemigos. El breve texto en primera persona expresa que les habla el líder, que pide no tener miedo, que los convoca –“al sonido del tambor y la trompeta”– a la acción guerrera que procurará a todos la felicidad que él les desea, invocando en primer lugar a María Santísima y encomendándose recíprocamente a Dios los combatientes y el jefe.⁸

8 Año y medio antes había estallado una insurrección revolucionaria conducida por Miguel Hidalgo en la más poblada y rica colonia de la América española, el actual México. Hidalgo tenía una formación intelectual muy sólida, conocía varios idiomas autóctonos de

Esta inequívoca proclama revolucionaria evidencia el carácter y el alcance del movimiento, y es un documento fundacional en la historia del independentismo cubano. Aponte fue “el primer cubano que soñó la hermosa inspiración de rebelarse contra el dominio español de modo práctico”, escribió en 1877 Juan Arnao (1900).⁹

En la primera disyuntiva histórica que tuvo este país, el proceso de revoluciones caribeño y americano que va de 1791 a 1824, los dueños de Cuba se decidieron por la contrarrevolución. José Antonio Aponte y sus compañeros

se decidieron por la revolución. Los gobernantes de 1812 obraron en consecuencia: había que matarlos. Sin juicio previo, para evitar el estorbo del fuero militar del que gozaban los milicianos presos y para mostrar fuerza y atemorizar. El bando de Someruelos que anuncia las ejecuciones no es tanto la hoja grosera del represor como el comunicado de un poder que teme ser insuficiente, al que le preocupa perder el control de una situación que es delicada y sabe que la desenfrenada importación de esclavos es peligrosa. Reconoce francamente que el intento es revolucionario, y al modo enemigo escribe el primer elogio que, al pie del patíbulo, recibirá Aponte.¹⁰

México y francés, fue profesor y rector de la Universidad en Michoacán. Pero escogió como consignas para el alzamiento armado las siguientes: “¡Viva Fernando VII!, ¡viva América!, ¡viva la religión y muera el mal gobierno!” Doce días después, un obispo publicó una condena de Hidalgo, en la que se decía: “E insultando á la religión y á nuestro soberano D. Fernando VII, pintó en su estandarte la imagen de nuestra patrona nuestra Señora de Guadalupe, y le puso la inscripción siguiente: Viva nuestra Madre Santísima de Guadalupe. Viva Fernando VII. Viva la América. Y muera el mal gobierno”. Naturalmente, ambos contendientes estaban hablando de política.

9 Arnao (1812-1901) tuvo actuaciones revolucionarias a lo largo de su vida, y estuvo exiliado en Estados Unidos.

10 “[...] y harán desaparecer los contagios que puedan haber causado las ideas revolucionarias que abrigaban un cortísimo número de individuos [...] vivo plenamente convencido de que en la lealtad de nuestros esclavos tenemos unos compañeros inseparables en nuestras vicisitudes políticas [...] arrastraron efectivamente algunos de los ingenios Trinidad y Peñas-Altas, sin tener otro dato ni antecedente que en el fatuo y acalorado cerebro del moreno José Antonio Aponte y de algunos otros que, embaucados con sus torpes y risibles cálculos, aspiraban á saciar su estúpida ambición con honores y empleos á la sombra de aquel fantástico rey”. Del “Bando del Capitán General de la Isla de Cuba, 7 de abril de 1812”, citado en Franco (1977).

Sobre Aponte y otros cientos de rebeldes cayó la mano de hierro de los verdugos y el balón ideológico y moral de la más dura condenación. Se habían atrevido a exigir la libertad y la justicia, y a pelear por ellas, en el momento crítico en que sucedían los enfrentamientos más violentos en la América española, la metrópoli y Europa. La maldad atribuida a aquellos rebeldes fue vaciada de hechos y formulada en forma coloquial para hacer más fácil su condenación, condensada en un axioma creado por el partido del orden: “es más malo que Aponte”. Este fue el primer refrán político acuñado en Cuba, destinado a prevenir rebeldías y esconder su mensaje antisubversivo.

La clase dominante se vio obligada a matar a Aponte dos veces. Los más cultivados entre ellos manejaban el pensamiento de la Ilustración y las novedades europeas de todo tipo, por lo que deben haber sentido que aquel negro tan culto y audaz los desnudaba. Como toda dominación establecida es cultural, había que permitir o reconocer como válidas algunas expresiones propias de los explotados y oprimidos, siempre que no entrañaran peligros reales. Veinticinco años después intentaron incluso ubicar en algún escalón muy bajo –casi en el suelo, pero dentro de la casa de la hegemonía– a un infeliz esclavo culto, Francisco

Manzano, que aprendió a creer, como escribió en su *Autobiografía*, que cuando su sádica ama lo tildaba de ser “más malo que Rusó y Volter” lo estaba comparando con dos diablos.

Pero en el caso de Aponte y sus compañeros apelaron finalmente a una solución más eficaz: ocultarlos, borrarlos de la historia, someterlos al olvido. La dominación de clase tiene sus leyes férreas, aunque pueda vestirse de seda. Todo eso sucedió porque resultaban irreductibles a la manipulación burguesa. Los rebeldes de 1812 fueron los protagonistas de la actuación más radical en la Cuba de su época, es decir, la subversión contra lo que era esencial en el sistema de dominación.

La sacarocracia y su constelación social criolla elaboraron su hegemonía a través de un complejo social esclavista decimonónico casi burgués, con expoliación, coartación, gran racismo y apartheid, bautizos y familias esclavas, muy grande esclavitud doméstica, esclavos con oficios, alquiler de esclavos, cuero, “buen trato”, innúmeras mancebías, hijos ilegítimos, hermanos de leche y “gracias” para “negritos”. Hasta aprendieron a dar estímulos dentro de la plantación. Pero no podían permitir ninguna expresión política de negros, ni siquiera que estos tuvieran derechos civiles o ciudadanía parcial. Y una política elaborada por negros

rebeldes era inconcebible y no debía estar dentro del campo de los pensamientos posibles. Su idea misma debía ser erradicada. Las personas de color libres con mayor desarrollo debían esperar que sus avances provinieran de la política de los blancos, fiarse a ella y confiar en ella.

Los rebeldes de 1812 alcanzaron con sus actos y su martirio una estatura humana muy superior a la de los explotadores, sus ideólogos criollos y los capitanes generales. José Antonio Aponte y sus compañeros todavía no tienen en la patria a la que aportaron su esfuerzo y su sangre ningún monumento que los recuerde en piedra, ni en mármol, ni en bronce. Pero poseen algo que es muy superior: fueron los primeros en proponerse la unión de la libertad y la justicia social, y pelear por ellas.

BIBLIOGRAFÍA

- Arnao, J. 1900 Páginas para la historia de la isla de Cuba (La Habana: Imprenta La Nueva).
- Barcia, M. del C. 2009 *Los ilustres apellidos: negros en La Habana colonial* (La Habana: Publicaciones de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana / Ed. Boloña).
- Childs, M, D. 2011 *La rebelión de Aponte de 1812 en Cuba y la lucha contra la esclavitud atlántica* (Santiago de Cuba: Ed. Oriente).
- Entralgo, A. 1987 “África política en la conspiración de Aponte de 1812” (La Habana: folleto inédito).
- Ferrer, A. 2014 *Freedom’s Mirror. Cuba and Haiti in the Age of Revolution* (Nueva York: Cambridge University Press).
- Franco, J. L. 1977 *Las conspiraciones de 1810 y 1812* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Moreno Fragnals, M. *El Ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Pichardo, H. 1973 *Documentos para la historia de Cuba* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).

DE NEGROS DE CUBA A CUBANOS NEGROS*

Los problemas y la tesis que expondré constituyen solamente un corolario dentro de una investigación acerca de clases y grupos sociales y nación, en relación con la dominación y la rebeldía, en el transcurso de la historia de Cuba. Comencé a trabajar aspectos de ese tema en los años sesenta; desde hace veinticinco años proyecté la investigación y trabajo sistemáticamente en ella, en la medida del tiempo disponible.

He investigado eventos y procesos diversos sucedidos entre la octava década del siglo XVIII y alrededor de 1965, un intervalo histórico ciertamente muy dilatado. Desde una perspectiva que privilegia la interpretación, he trabajado tanto con resultados de investigación existentes y bibliografía atinente a los temas y problemas que investigo, como con fuentes primarias.

Mi objetivo es buscar la comprensión del proceso histórico desde los elementos generales que mencioné al inicio, atendiendo tanto a los conflictos sociales como a los sistemas que han funcionado durante el período. La producción y la publicación de monografías han sido y siguen siendo para mí, por consiguiente, de resultados que aspiran a tener valor en sí mismos, pero que deben desempeñar funciones en la indagación de comprensiones más generales que sus asuntos. Ruego tener esto en cuenta.

Debo prescindir en este acto de consideraciones acerca de teorías y métodos utilizados, por lo que aclaro que el manejo eficaz de esas dimensiones es para mí indispensable en el trabajo de ciencia social. Ello está implícito en mis exposiciones de resultados, y a veces lo hago explícito.

La frase del título quiere sintetizar un proceso social que se fue integrando a lo largo del siglo XIX, pero con solo algunos avances significativos, mientras que sufrió una transformación brusca en el último quinquenio del siglo

* Comunicación leída en el Taller de Resultados 2017 del Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, La Habana, el 13 de marzo de 2017.

y plasmó una nueva identidad, a un grado que implicó un cambio cualitativo para los grupos sociales de Cuba y para las representaciones que se tienen de ellos, cambio que ha permanecido vigente hasta hoy.

Me refiero a la identidad predominante en un grupo social determinado, constituido por individuos no blancos criollos de la isla, que se modificó rápidamente, de sentirse ante todo negros a sentirse ante todo cubanos. Y al hecho de que no se trató de una lenta construcción cultural, aunque ella estaba en la base de su identidad de *negro de Cuba*, sino de la agudización y el completo dominio de la escena social por parte de un conflicto que podía haber sido secundario para ellos: el de la colonia con su metrópoli. Este sobredeterminó primero al conflicto social básico que afectaba a los negros de Cuba, la nueva esclavitud masiva que rigió en el país desde fines del siglo XVIII al inicio de los años ochenta del XIX. La revolución desatada en 1895 logró sobredeterminar también a la identidad de no blanco en su conjunto, y dentro de ella a la de negro de Cuba.

Como no cabe aquí ofrecer síntesis interpretativas de cuestiones previas, a pesar de que resultan necesarias al abordar este tema, me limitaré a mencionar las que me parecen principales. La nueva esclavitud instaurada por la segunda

formación económico-social de nuestra historia creó un grupo social por inmigración forzada de un millón de personas en menos de noventa años, al que he denominado *nueva masa de esclavos* (Martínez Heredia, 1998). Esto deterioró mucho la situación social de todas las personas consideradas no blancas, perjuicio agravado por el descomunal racismo antinegro que fue promovido por los dominantes y se generalizó en la sociedad de la isla. Los esclavos fueron marcados como ‘negros’ para disfrazar aquel crimen colosal; así se escamoteaba el carácter social de la esclavitud y se la presentaba como consecuencia de un orden natural.

Esa inferioridad naturalizada se extendió en un grado muy alto a los negros y mulatos llamados *de color libres*. Pero en cuanto a estos resultó muy compleja y contradictoria, porque durante la primera formación social colonial – siglos XVI al XVIII– habían sido parte notable en la formación de las comunidades, las relaciones sexuales y familiares, los oficios y la defensa militar del país. Su lugar social y su papel en la hegemonía de la metrópoli se deterioraron, pero todos los ideólogos del “blanqueamiento” de Cuba durante el XIX fracasaron ante aquella realidad y la necesidad que había de los no blancos, en la colonia cuya economía crecía sin cesar y que asumía vertiginosamente la modernidad.

Todavía el conflicto social en que se enmarcó la conspiración de José Antonio Aponte en 1812 –el primer intento de derrocar el dominio colonial– buscaba en la dimensión africana sustento para una parte de su ideología. Pero en el curso del siglo la cultura material e ideal se centró en relaciones, medios, representaciones y nociones del Occidente capitalista, y el dinero, la individualización completa, la moral burguesa y otros aspectos de ese sistema eran determinantes o muy influyentes. Para los libres no blancos, África fue cada vez menos un referente válido; la opresión racial lo hacía no deseable y la vida en la isla era demasiado diferente a las representaciones de aquel continente. Al mismo tiempo, identificarse como negro o mulato sin avergonzarse de serlo era una forma de identidad factible, que contenía elementos de resistencia cultural. El grupo social que he llamado *negro de Cuba* aparece muy definidamente en gran cantidad de fuentes del siglo XIX, con diferencias en cuanto a situación económica, oficios y regiones, pero con un denominador común.

Está claro que esta sociedad que experimentaba una colosal expansión económica y demográfica estaba muy lejos de asumir una identidad nacional, y que tampoco tendía a unificar las diversas culturas que existían en ella. Cuba

pudo haber quedado escindida respecto a sus componentes étnicos y regionales, como ha sucedido con otros países del Caribe y del mundo que fue colonizado.

Ese era el cuadro, referido demasiado en breve, de Cuba hasta 1868. No intento analizar aquí la primera revolución cubana, que sucedió entre 1868 y 1880, solo apunto que transformó en gran medida los datos principales del problema y que creó una semilla subversiva que se enfrentaría con eficacia a ulteriores soluciones de la cuestión colonial mediante arreglos de clases dominantes y potencias extranjeras. Aquella revolución se vio precisada a ser abolicionista para ser independentista, es decir, tuvo que incluir una solución revolucionaria a la principal contradicción social del país para que fuera viable su aspiración nacional. Su final sin victoria abrió paso a una tímida modernización política de la colonia de Cuba que se propuso evitar otra revolución –con un modo de producción plenamente capitalista–, pero también hizo patente el paso del liderazgo subversivo de un sector de la clase propietaria del este y el centro del país a personas procedentes del pueblo, formadas en la guerra revolucionaria.

Hay que hacerles preguntas a los hechos. Por ejemplo, estudié el caso de Yaguajay, el último valle que se abrió a la gran producción

azucarera con esclavos, en 1847. En 1868 la mayoría de los vecinos eran recientes: esclavos estrujados en su trabajo y sus vidas, un buen número de pobres venidos de España, culíes chinos y empresarios ambiciosos. Pero en una sociedad tan opresora e incipiente, la insurrección contó con un gran número de soldados y una fuerte base social. ¿Qué los motivó, los decidió y los hizo persistir en las peores circunstancias? ¿Cómo pudo formularse en el campo revolucionario una ideología unificadora de las demandas, los sentimientos e intereses, las identidades y visiones del mundo de grupos tan heterogéneos? ¿Cómo pasaron tantos negros y mulatos esclavos y libres de sus formas propias de vida y resistencia a la participación masiva en una revolución? ¿Cuáles fueron las representaciones que los llevaron a ser revolucionarios? ¿Cómo relacionaron sus representaciones de libertad y vida digna con un ideal político general de independencia nacional?¹

Porque la consigna de Cuba Libre, el Ejército Libertador, el patriotismo nacionalista y la República en Armas expresaban propósitos e ideas políticas mucho más generales que sus representaciones. Estos rebeldes tuvieron que

asumir una noción general de libertad en la que cabría la libertad personal de cada uno, una organización político-militar como el instrumento eficaz, un proyecto de Estado nacional del cual ellos serían ciudadanos y una futura legalidad que consagraría sus reclamos en forma de derechos.

La primera revolución le dejó varios legados muy fuertes a la cultura revolucionaria: a) debe pelearse por no menos que la independencia total y la soberanía nacional; b) Cuba es una nación por encima de sus componentes humanos y sus diferentes regiones, y es singular respecto a todos los demás pueblos del planeta; c) los nacidos en ella solamente se llaman cubanos y están orgullosos de serlo; y d) todos los seres humanos son iguales.

La política colonial hacia la “gente de color” en los años ochenta y noventa dio un gran espacio a permitir, legalizar y tratar de controlar sus expresiones organizadas, las que debían adecuarse a los cánones de la “civilización” y los requerimientos del orden establecido. Era una política obligada después de la Revolución del 68 y sus finales pactados, incluido el de la esclavitud, y ante el lugar que ocuparían los “de color” en un sistema capitalista de trabajo libre generalizado. Esa política favorecía el control estatal mediante una modernización,

1 Ver: Martínez Heredia (2011 [2002]: 53-68).

pero también permitía la asociación de sectores bajos y medios-bajos (al menos urbanos) caracterizados por sus lugares sociales y sus aspiraciones propias, los cuales aprovecharon ese espacio.

Esas no fueron “donaciones”, y lo principal es que no fueron consideradas así por los beneficiarios. Terminó la división entre esclavos y libres, y el mismo cese de la esclavitud fue atribuido por muchos al esfuerzo guerrero de una multitud de patriotas que incluía a negros y mulatos. Los héroes sobrevivientes eran un estímulo y un símbolo. Veteranos no blancos gozaban de gran prestigio, y Antonio Maceo trascendía a las razas como héroe epónimo del patriotismo y como líder político. La epopeya había comenzado a tender un puente entre blancos y no blancos del país, y era la vía idónea hacia una Cuba libre, un objetivo que solo podría conquistarse mediante un nacionalismo popular. La política colonial era, en realidad, de riposta y antisubversiva. El descontento ante su insuficiencia revela el fuerte desarrollo de una cultura de lucha social y política, tanto como el rápido auge que tuvo el asociacionismo.

¿Cómo se ligó aquel primer nacionalismo a las luchas por derechos civiles de los años ochenta y noventa? ¿Cómo estas llegaron a

reconocer la independencia como el ideal general en que cabrían las demandas particulares? ¿Qué peso tuvo la aceptación de esa fórmula por la gente humilde no organizada –que era la mayoría–, para la cual el patriotismo sería entonces la formulación factible de un ideal cívico que acompañara a una elevación individual? Propongo la hipótesis de que las fuertes luchas por derechos civiles de la “gente de color” constituyen uno de los prólogos de la Revolución del 95. Identidades, intereses y luchas de raza y clase se relacionaron profundamente con el nacionalismo: solo así pueden entenderse esfuerzos, capacidades, voluntades y sacrificios tan gigantescos y masivos como los desplegados entre 1895-1898 y hasta 1902.

Si esto es así, el nacionalismo popular deja de ser un “milagro patriótico” y es posible analizar su alcance, su riqueza, sus tensiones y sus contradicciones. Puede entenderse que existió una *política de los humildes*, y no solo una política de los próceres; que aquella fue un motor de la participación masiva en un movimiento que estaba obligado a ser una revolución; y que eso permitió que se sostuvieran los ideales comunes hasta las últimas consecuencias. Esto nos permitiría también hacer más comprensible la verdadera procedencia y la grandeza de José Martí y su proyecto.

La conspiración que preparó la Revolución del 95 fue multirracial, un hecho poco estudiado. Activistas, contactos y jefes eran de todos los colores; entre ellos el Directorio Central de Sociedades de Color, volcado a la actividad subversiva. Lo mismo sucedió en los alzamientos, a partir del 24 de febrero.

Los negros y mulatos se fueron en masa a la guerra; se ha estimado que no fueron menos del 60% de los combatientes. Para ellos, la Revolución del 95 fue el acontecimiento principal que cambió sus vidas: entraron a ella como negros cubanos y en ella conquistaron con sus méritos una identidad nacional que nadie les donó, y de la que fueron tan creadores como los revolucionarios blancos. La insurrección los reconoció como jamás lo hubiera hecho la vida social vigente, y su actividad política fue un enorme salto respecto a sus escasas experiencias cívicas previas y al alcance que habían tenido sus demandas.

Su comportamiento fue extraordinario. Rivalizaron en disciplina, valentía, sacrificios y renuncia a hacer exigencias sectoriales. En pos del ideal general de la independencia de Cuba se sometieron a la rígida disciplina mambisa y compartieron los esfuerzos sobrehumanos y las penalidades de la más terrible guerra total, que provocó la muerte a cientos de miles

de personas y la devastación del país. Pronto se distinguieron, junto a los veteranos, jóvenes oficiales y jefes negros y mulatos en el Ejército Libertador, el primero que realmente fue plurirracial a nivel de los mandos en este continente. Después de la guerra y durante varias décadas existió una figura cívica de enorme prestigio en Cuba: el veterano. Por primera vez en nuestra historia reunía, por el mérito conquistado y el reconocimiento social, a blancos, mulatos y negros, e incluía a personas muy pobres.

Entre otros hechos trascendentales, la Revolución del 95 transformó al negro de Cuba en un cubano que es, también, negro. Ese orden identitario nunca ha cambiado. Por eso considero erróneo calificar de afrocubana o de afrodescendiente a la parte de la población de Cuba que tiene antepasados africanos. Además del obvio costado de minusvalía que contiene esa noción en el caso cubano: nunca se le ha llamado eurodescendiente a ningún grupo social en este país.

En las dos décadas previas se había sostenido en Cuba la inferioridad del negro, en parte por la continuidad del tremendo racismo promovido por el apogeo de la esclavitud durante el siglo XIX –sedimentado como uno de los elementos constitutivos del inicio de una cultura propiamente cubana–, y en parte por la reciente

aceptación en Occidente de la supuesta fundamentación que aportaban el evolucionismo y la ideología de la ciencia a la creencia general en la supremacía de la llamada raza blanca dentro de la especie humana. En la isla, una pregunta relevante entre los científicos de mente colonizada era si los negros eran inferiores por causas sociales o por causas biológicas, y se afirmaba que los negros tenían una propensión particular a ser criminales.

Como pensaba Martí, fue la violencia revolucionaria organizada la que constituyó una gigantesca escuela de creación de valores, capacidades y ciudadanía para los participantes, los colaboradores y las familias de patriotas. El desarrollo que alcanzaron en la contienda los que comenzaban a ser cubanos resultó muy superior a lo que hubiera logrado una larga evolución, y muy diferente. Las prácticas, los sentimientos y las ideas de la guerra revolucionaria hicieron retroceder el racismo en una enorme proporción y por medios muy superiores a los evolutivos.

La revolución fue una explosión que negó súbitamente el mundo ideal previo y dejó maltrazo el edificio del racismo. A partir de ella se vivió una nueva etapa de la construcción social de las razas y el racismo en Cuba, que rigió durante más de tres décadas (Martínez Heredia, 2000: 82-125).

El racismo no había desaparecido en el curso de la Revolución. Continuó existiendo dentro de su campo, y se expresó como menosprecio, doble rasero y manifiestas injusticias; cierto número de insurrectos fue culpable, otros lo toleraron. Sin dudas se debió al carácter cultural del racismo establecido en Cuba, pero también tuvo relación con el conservadurismo social y político que existió dentro del campo heterogéneo de la insurrección, y que logró contrapesar al ala radical durante el curso de la guerra. En todo caso, tuvo que ser un racismo vergonzante, en una República en Armas que prohibía toda referencia a las personas que no fuera la de 'ciudadano'. Toda revolución implica permanencias, y no solo cambios.

Pero sucedieron dos transformaciones muy trascendentes que han permanecido hasta la actualidad: a) la doble autosubestimación que engendran el colonialismo y el racismo en las personas que no son consideradas blancas fue quebrantada por las prácticas y por las nuevas visiones del mundo promovidas por la revolución. Los negros y mulatos asumieron un orgullo proveniente de su participación en la guerra y en la creación de la nación y la república; y b) los fundamentos institucionales, el sistema, las organizaciones y las ideas políticas

republicanos, ciertas organizaciones sociales y las representaciones de la nación fueron definitivamente integracionistas.

La emancipación de la esclavitud solo se había completado en 1886, bajo el régimen colonial, pero solo dieciséis años después el nuevo Estado asumió formalmente los logros del período revolucionario. El arsenal simbólico nacional asociaba la gesta mambisa y la república cubana con la igualdad racial, y existía un espacio práctico donde bregar por el reconocimiento efectivo de los derechos y por obtener ascenso social.

Ambas transformaciones fueron posibles mediante un movimiento político de liberación nacional, no de lucha racial, y fueron hijas de la subversión mediante la práctica revolucionaria, esa palanca eficaz para romper las prisiones de la estructura económica, social e ideológica de la dominación, como afirmara Federico Engels. Por sus acontecimientos y sus realidades cotidianas, y por el protagonismo guerrero de una gran masa de participantes en su mayoría iletrados, la Revolución del 95 fue el apogeo de la acción. El pueblo naciente fue el que perfiló sus símbolos, su imagen y la formulación primera de su gesta. El combatiente y el veterano fueron los nuevos personajes ejemplares de la sociedad, muy lejos de los próceres de la primera mitad

del siglo XIX, y tuvieron un peso que equilibraba el que alcanzaron los doctores de la segunda mitad de la centuria. El ejercicio de la ciudadanía como un derecho de iguales nació en la guerra, no en el padrón electoral autonomista, ni en el del interventor extranjero. La democracia cubana fue una conquista de la guerra revolucionaria, no una reforma de políticos sagaces alimentada por intelectuales de gabinete; sus prácticas de 1899 en adelante no fueron de ningún modo un regalo, sino una victoria popular y una obligación contraída por las clases dominantes.

Sin perder su especificidad, la comprensión de la cuestión racial en Cuba ha necesitado desde entonces tener en cuenta otras dimensiones sociales en las cuales está inscrita. La revolución impactó a blancos, negros y mulatos de sectores humildes, al menos en cuatro direcciones: 1) aumento de las capacidades personales y estímulos para buscar ascenso social; 2) cambios muy positivos en la autoestima, un valor antirracista y anticolonial de la mayor importancia; 3) cambios en las actitudes respecto a la naturaleza y la omnipotencia del orden vigente, y en las ideas acerca de los sistemas políticos y sociales; y 4) capacidad de autoidentificación, tanto como ciudadano como de pertenencia a grupos sociales, incluida la identificación del otro y de enemigos potenciales.

Los esfuerzos y sacrificios tremendos requeridos por las acciones populares colectivas emprendidas y mantenidas durante los tres años y medio que duró la guerra fueron la base fáctica de la memoria que se conservó de esa Revolución, y el hecho de que ella consiguió la victoria político militar frente a España y el triunfo ideológico de materializar el ideal nacionalista de fundar una nación reforzó la tendencia a la permanencia de esa memoria. Pero pienso que, además de aquellos triunfos, lo decisivo fue haberse ligado la insurrección a ansias inmensas de libertad y justicia de sectores mayoritarios, a representaciones colectivas muy trascendentes y a un proyecto compartido que fue identificado como el destino nacional.

Tanto raza como nación son nociones muy resistentes al tiempo, que suelen referir su explicación y su legitimidad al pasado, ya sea de eventos y procesos de la sociedad que han sido registrados –es decir, considerados históricos–, o de sucesos y acumulaciones designados como culturales. No parecen registrar cambios, aparentan permanencia. Esos rasgos suyos deben ser muy tenidos en cuenta por quienes comprendemos a ambas como construcciones sociales determinadas por unas relaciones sociales y un momento histórico precisos. También es necesario no olvidar que

ambas nociones se viven como ideologías, característica que debe encontrar su lugar en el conocimiento al que aspiran las investigaciones de casos, los conceptos y las elaboraciones teóricas.

BIBLIOGRAFÍA

- Batrell Oviedo, R. 2015 [1912] *Para la historia: apuntes autobiográficos* (La Habana: Instituto Cubano del Libro).
- De la Torre Molina, M. 2006 *Conflictos y cultura política. Cuba 1878-1898* (La Habana: Editora Política).
- Ferrer, A. 2011 *Cuba insurgente, Raza, nación y revolución, 1868-1898* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Herrera, J. I. [Mangoché] ¹⁹⁴⁸ *Impresiones de la Guerra de Independencia* (La Habana: s/d).
- Ibarra Cuesta, J. 1972 [1968] *Ideología mambisa* (La Habana: Instituto Cubano del Libro).
- Ibarra Cuesta, J. 2007 *Patria, etnia y nación* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Maceo Grajales, A. 1998 *Ideología política. Cartas y otros documentos* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales) 2 vols.

- Martínez Heredia, F. 1998 “Problemas de interpretación de la historia de Cuba”, Curso de Posgrado (La Habana: CIDCC Juan Marinello).
- Martínez Heredia, F. 2000 “Nacionalismo, razas y clases en la Revolución del 95 y la primera república cubana” en Martínez Heredia, F. *Andando en la historia* (La Habana: ICIC Juan Marinello / Ruth Casa Editorial).
- Martínez Heredia, F. 2009 [2002] “La cuestión racial en Cuba y este número de *Caminos*” en Pérez, E. y Lueiro, M. (comps.) *Raza y racismo* (La Habana: Caminos - Serie Antologías).
- Martínez Heredia, F. 2011 [2002] “La Revolución del 95 en Yaguajay: participación, impacto, memoria” en Martínez Heredia, F. *Historias cubanas* (Sancti Spiritus: Ediciones Luminaria).
- Martínez Heredia, F. 2015 “Ricardo Batrell empuña la pluma” en Batrell Oviedo, R. *Para la historia: apuntes autobiográficos* (La Habana: Instituto Cubano del Libro).
- Martínez Heredia, F. 2016 “Los más humildes también crearon la nación”, Conferencia en el *XI Fórum Teórico Fernando Ortiz, Grupo de Investigación y Desarrollo de la Dirección Provincial de Cultura*, XII Fiesta de los Orígenes. Matanzas, 14 de julio.
- Pérez Guzmán, F. 2005 *Radiografía del Ejército Libertador, 1895-1898* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Portuondo Zúñiga, O. 2011 *Por la identidad del negro cubano* (Santiago de Cuba: Ed. Caserón / UNEAC).
- Portuondo Zúñiga, O.; Thyssen Stiftung, F. y Zeuske, M. L. (comps.) 2002 *Ciudadanos en la nación* (Santiago de Cuba: Oficina del Conservador de la Ciudad).
- Roloff M., C. y Forrest, G. (comps.) 1901 *Índice Alfabético y Defunciones del Ejército Libertador de Cuba* (La Habana: Imprenta de Rambla y Bouza).
- Scott, R. J. 2001 *La emancipación de los esclavos en Cuba: la transición al trabajo libre, 1860-1899* (La Habana: Caminos).
- Scott, R. J. 2006 *Grados de libertad. Cuba y Luisiana después de la esclavitud* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- VV. AA. 2003 *Historia y memoria: sociedad, cultura y vida cotidiana en Cuba 1878-1917* (La Habana: CIDCC Juan Marinello / Universidad de Michigan).

VISIÓN DE LA HISTORIA DE JOSÉ MARTÍ: FUNDAMENTOS Y PROYECTOS*

Tercer Libro: Esencia de la Historia: el Alma de la Historia. Cuanto enseña la vida de los pueblos. Estudio paralelo; y luego que todo esté visible y corpóreo como un mapa, ante los ojos, deducir la real significación del progreso, prever y entrever el mundo futuro en la organización terrenal, y el destino final de nuestro espíritu (J. Martí).¹

* Texto revisado y ampliado de Conferencia en el Coloquio *El Caribe que nos une*, convocado por la Casa del Caribe, Santiago de Cuba, 3 al 7 de julio de 2003. Publicado posteriormente en: Martínez Heredia, F. 2009 *Andando en la Historia* (La Habana: ICIC Juan Marinello / Ruth Casa editorial) pp. 126-138.

1 [N. del A.] De un proyecto de obra que se titularía *El concepto de la vida*, en tres libros; el de la historia sería el tercero.

I

Me limitaré a abordar cuestiones generales del tema y comentar algunos problemas que me parecen más relevantes, tanto en la concepción de Martí como en el proceso histórico cubano, y a añadir mis opiniones. Los estudios martianos tienen un siglo de historia, y en su fase contemporánea registran avances extraordinarios.² Los he tenido muy en cuenta y me son muy valiosos, aunque me es imposible referirme a ellos en esta presentación.

La condición colonizada de Cuba implicaba la no existencia de una historia propia, porque

2 También ha aumentado el número de textos martianos conocidos y se ha dado un salto en el cotejo con las fuentes más fidedignas y otras tareas. El Centro de Estudios Martianos, que ha sido la institución decisiva en esos avances, ha emprendido la publicación de la Edición Crítica de las *Obras Completas*, empeño erudito de una calidad ejemplar en su tipo; ya han salido dieciséis tomos.

el devenir de la colonia formaba parte de la historia del colonizador. Pero en el siglo XIX confluyeron en la isla tres procesos: la cristalización de la lenta acumulación de especificidades que suele estar en la base de una nacionalidad; el despliegue de una nueva formación económica sumamente dinámica e integrada al mercado mundial capitalista, que multiplicó la población y la riqueza del país; y una gama de sentimientos e intereses diversos que propendían a configurar identidades y reclamar autonomía frente a la metrópoli. Sin embargo, la esclavitud masiva como base principal del sistema de explotación del trabajo y producción para la exportación envileció la vida social de Cuba y castró la política de la clase criolla, que era dominante en la economía. A lo largo de la centuria, esa clase mantuvo su complicidad con el colonialismo y prohió el racismo antinegro; asumió ambas posiciones en aras de su lucro y de su dominio. Una de las corrientes políticas que existieron, el independentismo, logró producir un evento trascendental que –aunque no abarcó toda la isla– fue decisivo para el logro de una identidad cubana y el nacimiento del nacionalismo: la Revolución de 1868-1878.

José Martí recibió sus primeras experiencias políticas bajo el impacto de aquella revolución, desde su condición de adolescente pobre,

blanco, habanero y estudiante. A los dieciséis años sufrió las vivencias más traumáticas: estar preso durante once meses, la mitad de ellos sometido a trabajos forzados que le dejaron secuelas permanentes. De ahí salió a una vida de obligado alejamiento de Cuba, que unida a la formación intelectual que tuvo aumentaron la autonomía de su pensamiento respecto a las condiciones existentes en su país natal; sus profundos estudios y la comprensión que alcanzó de la cultura occidental “moderna” acentuaron esa posibilidad. ¿Por qué Martí no se convirtió en un intelectual del tipo de los que tienen perspectiva y significación cosmopolitas desde una de las lenguas desarrolladas de Occidente, intelectuales cuya significación y aportes son más bien de contenido y consumo general? Desde muy joven era portador de ideales de libertad y justicia que eran propios de órdenes sociales más avanzados que el de la colonia cubana; mientras, en ella naufragaban –en la segunda mitad de los años setenta– los esfuerzos revolucionarios, y en la década siguiente se producían reformulaciones políticas y económicas, tendientes a conservar la dominación social y la condición colonial.

Lo decisivo fue la vocación de Martí de dedicarse a la política práctica cubana, y su tenacidad y perseverancia en ese empeño. Sin

embargo, sus ideales tan avanzados podían llevarlo, dadas las coyunturas de su tierra natal, a tensiones y contradicciones con las fórmulas políticas que se elaboraban para ella, desde las conservadoras del orden vigente, como la asimilación a España como una “provincia de ultramar” con derechos muy restringidos o el liberalismo autonomista, hasta el plan revolucionario de Máximo Gómez y Antonio Maceo de 1884. Pero la posición de Martí –la que le aportó su brújula y decidió su camino y su vida– fue predicar la independencia nacional y organizar los instrumentos para una gran insurrección popular muy inclusiva y profunda, que fuera capaz de liberar a Cuba del colonialismo español en un mismo acto de transformación del pueblo y de la política, tornándolos aptos para conquistar la soberanía nacional completa frente a Estados Unidos y crear una república democrática que emprendiera cambios muy profundos de justicia social.

Martí no intentó llevar a Cuba a “alcanzar los niveles más altos de civilización”, tomando como modelo a naciones de Europa o a Estados Unidos: su proyecto y las vías asumidas para alcanzarlo eran muy diferentes a las ideas y las prácticas de tantos movimientos y personalidades de Cuba y América de aquella época. La cuestión es a la vez muy rica y muy compleja,

por ser Martí un caso excepcional de combinación de vocación y dedicación a la política, las letras y la producción de pensamiento, y ser ostensible la extraordinaria calidad y hondura de su desempeño en esos tres terrenos.

En tiempos de Martí, la historia cubana que se manejaba era poca y reciente. Para la clase dominante en la fase final del siglo XIX, después de la Revolución del 68 y al final de la transición de la esclavitud al trabajo libre, Cuba debía evolucionar hacia un capitalismo pleno con control autoritario de la fuerza laboral, un régimen político de orden con ciudadanía restringida y nexos económicos íntimos con Estados Unidos. Entonces la conciencia histórica no debería predominar en la isla, sino la atención hacia los hechos inmediatos, los problemas de la economía, ciertas modernizaciones necesarias y un campo cultural español y criollo, en busca del consenso hacia una unificación bajo la hegemonía compartida de aquella clase y la metrópoli. Digo español, por lo que toca al idioma, la continuidad del ejercicio de la autoridad política y represiva, la legitimidad del colonialismo y la necesidad consecuente de una visión colonizada del mundo y de la vida. Y digo criollo, porque después de la revolución era necesario darle más lugar a una instancia nativa que mediatizara y neutralizara

el nacionalismo, actuara dentro de un sistema político de alcance muy limitado y garantizara el ejercicio eficaz y permanente del control del activismo y la protesta sociales. En cuanto a la construcción social de las razas, persistía el profundo racismo antinegro, pero atenuado por la participación de los no blancos en la primera gesta nacional –que incluía la influencia política de héroes–, el carácter revolucionario que revistió la abolición de la esclavitud y la necesidad de dar cierto lugar dentro del campo “civilizado” a muchas personas de oficio, artistas y algunos profesionales no blancos, e incitarlos a un “blanqueamiento” cultural. En suma, un campo cultural reformulado de la dominación, en el cual lo español y lo criollo, aunque ya muy diferentes, estarían unidos en cuanto a la defensa de sus intereses comunes, la pertenencia al partido del orden y la atención al peso creciente de los Estados Unidos en los asuntos de Cuba.

Ese tipo de evolución social era una posibilidad real en nuestra historia, ya fuera sin autogobierno o con una organización estatal y política poscolonial: ni Cuba, ni ningún país, tienen marcado su destino. En el terreno de la batalla por lograr o impedir que cristalizara la nueva hegemonía, y en el de la conducción política, era que se decidiría cuánta autodeterminación

del país y cuánta redistribución de la riqueza y el poder entre las clases sociales habría en Cuba. Esa fue a mi juicio la cuestión fundamental del período histórico transcurrido entre 1880 y 1895.

El trabajo ciclópeo emprendido por Martí fue cerrarle el paso a la posibilidad evolutiva que tenía la dominación y organizar una revolución de liberación nacional, idónea para obtener el triunfo frente al colonialismo y frenar el naciente neocolonialismo. Para él, ese evento solo sería viable, y a la vez deseable y eficaz, si conseguía desatar las fuerzas de las mayorías para que, mediante el fuego destructor y creador de una revolución, se construyeran como pueblo independiente y distinto de todo otro pueblo, amaran el ideal nacional de crear una república democrática y lucharan por él, desarrollaran sus capacidades individuales y colectivas desde sus diversidades sociales, y aprendieran a ejercer la ciudadanía y exigir la justicia social. El equilibrio de “los elementos reales del país” que ese objetivo implicaba solo podía venir de una nueva identidad nacional y de un real aumento de la fuerza efectiva de las mayorías, de cerrarle a la burguesía de Cuba la posibilidad de usufructuar para sí la construcción nacional y a Estados Unidos la posibilidad de controlar a Cuba. La república solo podría

ser con todos y para el bien de todos si la mayoría adquiriría un gran peso y un grado notable de control en ella.

Esta concepción de Martí es lo que condiciona su intensa actividad práctica y los logros de su formidable trabajo intelectual, y es un dato ineludible y central para toda investigación martiana. Me asomaré apenas aquí a un aspecto de ella que, como otros, ofrece conocimientos en sí mismo y claves para entender mejor el conjunto: su visión de la historia.

II

Entre 1880 y 1895 se ventiló en Cuba una polémica ideológica muy intensa alrededor de las cuestiones nacional, racial y social. Ellas estuvieron tan íntimamente ligadas que su posterior y persistente segregación durante el siglo XX nos brinda una lección ejemplar acerca de las elecciones que están implicadas en toda asunción histórica, y de la necesidad de investigar los sentidos profundos de cada selección. Estas forman parte de la historia de la Historia, y ofrecen pistas acerca de los enfrentamientos, consensos, negociaciones, victorias y subordinaciones en el seno de una sociedad. Pero vuelvo a mi tema. José Martí participó a lo largo de todo

aquel debate, y su peso en él fue creciente en los últimos años del período, al convertirse en el líder de un nacionalismo popular que daba continuidad a la tendencia insurreccional y consideraba esencial heredar el ideal del 68, pero desde nuevas posiciones que superaran las insuficiencias y los desaciertos de aquella revolución.

Primero la cuestión del fin de la esclavitud, y enseguida la de las relaciones entre las razas, el racismo y la liberación nacional, son destacadas por Martí en la elaboración de su concepción de la lucha por la nación como un empeño forzosamente multirracial, tanto en sus vías de acción como en sus metas ulteriores. En textos tempranos como aquel de enero de 1880, en que negros y mulatos todavía son “ellos”, y maneja las ideas de la culpa blanca y de redención de ella al abrir paso a la libertad de los negros, debe ajustar su pensamiento a la difícil coyuntura de la Guerra Chiquita, en la que el racismo fue utilizado por España y confundió a una parte de los revolucionarios, pero a la vez inicia su largo camino independiente.³ Las transformaciones sociales experimentadas por el país en los quince años siguientes,

3 “Lectura en Steck Hall” (Martí, 1965 [1880]: 183-211, T. IV).

el desarrollo intelectual de su proyecto en los tiempos en que era inviable la insurrección y los enormes éxitos políticos y de prestigio de Martí en los años noventa, lo harán más profundo y más libre al tratar esas cuestiones.

Advierto dos líneas de trabajo, muy vinculadas entre sí, en la posición de Martí en cuanto a las construcciones de razas y de nación. Una es la recuperación de la memoria revolucionaria del 68 de tal manera que resalten los sacrificios y heroísmos compartidos en pie de igualdad, y se exalte a la guerra como el vehículo idóneo para acercar a las razas profundamente divididas. Es decir, para reconocerle al no blanco⁴ una dignidad y una conciencia de sí que por otros medios no podría obtener o le llevaría un tiempo muy dilatado y azaroso, y para inducir al que se precia de ser blanco a abandonar o aminorar el racismo que forma una parte importante de su concepción de la vida social. En ese plano fundamental que es lo individual, exalta la conducta

4 “Es decir, los esclavos, patrocinados, ex esclavos, negros y mulatos libres, y los chinos. Esta es solo una expresión que emplea el autor para denotar un conjunto significativo, en un tiempo histórico determinado” (Martínez Heredia, 2009). Ver un tratamiento conceptual de razas y racismo en Martínez Heredia (2002a: 1-5).

de los bravos guerreros y los fieles acompañantes no blancos durante la guerra, pero en Martí ellos no forman la comparsa habitual de los próceres blancos que adorna otras narraciones patrióticas o progresistas. Alaba la elevación de sí mismos que esas personas humildes han obtenido mediante las prácticas revolucionarias, y saluda la aparición de héroes y personalidades cubanas “de color”.

Martí comprendió que la afirmación de que la abolición de la esclavitud fue una hazaña revolucionaria era un punto principal para la aparición del cubano.⁵ Hay que distinguir entre la realidad que constituyó ese aserto en su tiempo y la complejidad de causas que establece el historiador actual del proceso de la emancipación. En un país en que los movimientos abolicionistas no tuvieron expresiones sociales importantes, la radicalización de la guerra revolucionaria de 1868-1878 movilizó los esfuerzos y las voluntades en un ejército plurirracial que firmó con sangre la unión entre libertad personal e independencia nacional, popularizó el ideal de la igualdad de los ciudadanos y se apropió del significado político

5 Ver, por ejemplo, su discurso del 10 de Octubre de 1889, pieza ejemplar de la ofensiva política que llevará a la fundación del Partido Revolucionario Cubano (Martí, 1965 [1889]: 233-244, T. IV).

de la abolición de la esclavitud. En el período de 1880-1895, estos temas y otros buscaron en la Historia un campo más para la pugna a través de la cual se dilucidaba cómo sería la asunción nacional de Cuba, cuál sería el contenido de la nación, y por tanto su proyecto, y qué organización política sería su vehículo. Martí actuó con plena conciencia en esa pugna.

La otra línea de trabajo es su concepción antirracista, muy consistente y bien fundamentada. La originalidad y el inmenso alcance de su pensamiento –tan aceptados como poco comprendidos y utilizados– se hacen obvios en este campo. Martí se opuso abiertamente a las tesis racistas imperantes en esa época en las teorías generales que guiaban las ideas y los estudios europeos sobre la naturaleza humana, los comportamientos y las capacidades individuales, los rasgos principales de los pueblos y naciones, y las virtudes, derechos, deberes y tareas que se les solían asignar. También elaboró una crítica muy profunda y singular sobre el significado que se atribuía a las nociones de cultura, progreso y civilización. En esta segunda mitad del siglo XIX, en la que varias ciencias sociales se estaban constituyendo como profesiones, gozaba de una influencia decisiva el racismo “científico”, asistido por el poder inmenso que tenían la idea de ciencia, el evolucionismo y el

positivismo. La misión del hombre blanco, de civilizar a todos los demás pueblos del mundo, por naturaleza inferiores, era un lugar común. La noción de progreso era profundamente racista en esta etapa del capitalismo. Por otra parte, estaban en curso procesos de unificación de ideas entre las élites intelectuales latinoamericanas y las de Europa y los Estados Unidos, en los que las primeras eran casi siempre subalternas. En el terreno de la difusión de ideas y creencias el colonialismo mental era aún más amplio y descarnado.

Para entender la singular capacidad de reaccionar contra la corriente dominante de este intelectual que al mismo tiempo poseía una descomunal formación occidental moderna, es imprescindible tener en cuenta sus veinte años de estudios de Cuba y América desde su tipo de pensamiento de liberación nacional. Sus vivencias y aprendizajes de juventud en Mesoamérica –un área cultural que contaba con 2.500 años de historia autóctona y logros extraordinarios de pueblos no europeos– seguramente lo impactaron mucho en su formación, pero fueron las ideas que lo guiaban las que lo llevaron más lejos que a otros intelectuales que también admiraron las civilizaciones autóctonas americanas, y por otro camino. Sin duda tuvieron también un papel principal los

aportes que recibió del México de aquella época, cuyo nivel de luchas revolucionarias y de ideas políticas y sociales era descollante en la América Latina; Martí supo asimilar esos frutos a un grado muy profundo.⁶

La grandeza de Martí, a mi juicio, estuvo en su doble actividad articulada. Por un lado, mantener siempre una posición afincada en su concepción superior, frente a la mezquindad predominante en ese terreno en la política cubana de entreguerras, y a la vez superar totalmente el canon biológico para la historia y las ciencias humanas en el momento álgido en que este triunfaba en Occidente, mediante un criterio cultural que no era meramente inclusivo sino realmente antirracista y anticolonial, inspirado por la idea de liberación nacional combinada con justicia social. Y por otra parte, sostener una constante campaña de concientización que partía –sin ingenuidades– de las realidades materiales y espirituales de su país de esclavitud, castas, racismo, colonialismo y expoliación de pobres y

trabajadores, no para comprenderlas y rendirse a ellas, sino para trabajar desde su existencia, criticarlas, combatirlas siempre que fuera necesario y convocar a los cubanos a cambiarlas.

No hay razas, concluye el pensador, pero en sus textos los cubanos negros y mulatos existen, son una parte específica de la sociedad, que tiene rasgos particulares además de los decisivos de su condición humana, una parte que ha sido estrujada y negada en la historia de Cuba, que ahora ve ante sí más oportunidades, confía en su futuro y luchará por la justicia y la libertad. Para ambas tareas, a Martí le resultan fundamentales la ideología mambisa y la praxis revolucionaria. El objetivo es lograr crear mediante la acción lo que él está afirmando en el terreno de las ideas: que entre iguales por naturaleza y copartícipes disímiles de una cultura sean construidas tanto la nación como nuevas relaciones entre las razas. En esos campos, como en otros, la guerra revolucionaria debe ser la preparatoria de la república. La historia concurre a un patriotismo plural y lo fundamenta, pero este no busca en ella el pasado remoto de las culturas concurrentes, sino la fuente de la igualdad en el reciente evento revolucionario y en las narraciones heroicas y edificantes.

No olvidemos que la obra de Martí fue truncada por la aceleración vertiginosa de su

6 En sus trabajos de México de 1875-1876 puede advertirse claramente esa benéfica influencia. No es posible aquí incluir comentarios sobre su posición intelectual en comparación con las de destacados pensadores mexicanos, como serían por ejemplo sus coetáneos Justo Sierra y Emilio Rabasa.

actividad política práctica y por su temprana muerte. Sin duda pretendía analizar los componentes de la nación que trataba de fundar. Su proyecto de libro *La raza negra. Su constitución, corriente y tendencias. Modo de hacerla contribuir al bien común, por el suyo propio*, es un buen ejemplo de ello.

José Martí no enunció su posición en libros de científico social, sino en cientos de artículos y discursos regidos por el combate ideológico y político. Pero a sus frases famosas –y a otras que lo son menos– sobre las cuestiones raciales y otros asuntos importantes las subtiende toda una rica concepción, que deberá formar parte de la historia de la ciencia social, cuando al fin se logre enfrentar con decisión y efectividad el carácter conservador de influencia avasalladora y el colonialismo mental que hoy la dominan. También quedarán definitivamente atrás las diversas “clasificaciones” del Apóstol que llevaron a graves errores o trajeron ira y polémica durante el siglo pasado. Ellas estuvieron muy marcadas –es preciso resaltarlo– por la “medición” del pensamiento de Martí a partir de cánones europeos asumidos sin crítica alguna, es decir, las presidió una profunda incompreensión de lo principal del pensamiento martiano, que tanto hubiera podido servirles para evitar la colonización mental.

III

En un plano más general, Martí reivindica una historia propia para Cuba, no española, pero que tampoco sea la narración de un camino que debe llevar hacia la realización de la idea de civilización europea o norteamericana. Hay que construir una historia de orientación anticolonial, que en vez de celebrar a un progreso centrado en la europeización de la población y de la vida política y social, busque sus esencias en lo específico americano y cubano. La clave de la visión de la historia de Martí es la producción y desarrollo de un pensamiento anticolonial que le ha permitido ser crítico de la conquista y de tres siglos de “vieja” colonización europea, y a la vez –y esto es lo que le confiere una trascendencia decisiva– ser crítico de la modernidad, una ideología de peso y brillo formidables que en nombre del progreso estaba consumando en lo ideal y espiritual la mundialización del capitalismo, mediante una nueva fase del colonialismo, más integral, abarcadora y homogeneizadora a escala mundial. Apta para servir al colonialismo rampante del Congreso de Berlín de 1885, la modernidad encontrará un suelo aún más propicio para su despliegue en el neocolonialismo que vendrá en el siglo XX, dándole continuidad

a la dominación capitalista al mismo tiempo que renueva la promesa abstracta y general del sistema.

La concepción anticolonial de José Martí le permite salvarse de la antinomia “civilización o barbarie”, que alcanzaba entonces su apogeo. Lo dice, tajante, en *Nuestra América*: “No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza” (Martí, 1965: 17, T. VI). Además, sabe situar a ese dilema colonialista dentro de la historia de las ideologías y los intereses humanos. Pero no confunde la exposición y la defensa que hace de la especificidad de nuestra América con el aferramiento a una autoctonía abstracta o ilusoria. Martí trata de profundizar en los rasgos reales que tienen los pueblos americanos, ya sean valorados como positivos o negativos, y trata de integrar en el trabajo de creación de los pueblos nuevos que se deben liberar todos los logros que resulten convenientes, aun los que proceden del mundo que está criticando por ser colonizador.

Los temas escogidos, las pautas del análisis y las valoraciones de Martí sobre la historia de América constituyen un aspecto principal de su tesis de la especificidad latinoamericana, y el fundamento más general para sostener que países como Cuba poseen una historia propia.

También ilustran claramente su visión de la historia. Forman un amplísimo abanico sus textos sobre temas históricos de la América Latina y el Caribe, de muy diversas factura, propósitos y circunstancias, desde profundos artículos para niños como los de *La edad de oro* hasta los trabajos que se ocupan expresamente de la dimensión histórica; pero también utiliza y maneja la historia en sus análisis políticos, económicos, ideológicos o de relaciones entre naciones. En gracia al tiempo no intentaré describir lo que creo esencial en el estudio de esa parte de su obra.⁷ En la historia y en las realidades contemporáneas de la América que él bautizó como nuestra, busca Martí los elementos y la legitimidad de su proyecto de liberación cubano y continental, un proyecto tan original como los pueblos que se fueron formando en el Occidente colonizado. El objetivo de la segunda independencia de nuestra América, proclamado por Martí, no es una frase feliz, es la concreción en consigna de un complejo programa de acción que todavía hoy no se ha llevado a cabo.

7 He hecho un análisis parcial del tema americano y su lugar en la concepción martiana en “*Nuestra América*. Presente y proyecto de la América Latina” (Martínez Heredia, 2002b: 138-157).

La dimensión política, hilo conductor del presente para Martí, está totalmente articulada con sus ideas acerca de la historia y del proyecto. Le llamo a este último de liberación nacional, para denotar un tipo específico de independentismo que será imprescindible para el anticolonialismo en el siglo XX,⁸ y del cual Martí fue pionero consciente a fines del XIX. La guerra revolucionaria es un componente fundamental de esa liberación nacional, no solo por acumular fuerzas suficientes fuera de los estrechos y siempre insuficientes marcos de las negociaciones entre los colonizados y las metrópolis, sino porque su propósito no es simplemente lograr la independencia de un país, sino una verdadera fundación, para la cual son obligatorios una gran creatividad y profundos cambios individuales y colectivos en el pueblo de la colonia. Martí lo explica muy expresamente, en textos que deberían formar parte de la ciencia política.⁹ Ha habido que esperar por Mao, Frantz Fanon, Fidel Castro y Ernesto Che Guevara para que este tema fundamental entrara a formar parte del conocimiento.

8 Ver Martínez Heredia (1968).

9 Ver, por ejemplo, los importantes artículos “Nuestras ideas” (Martí, 1965c [1892]: 315-321, T. I) y “La guerra” (Martí, 1965b [1892]: 61-63, T. II).

El grado de conciencia alcanzado y la organización que pretende desplegar Martí con su partido revolucionario son muy superiores a los de la primera revolución cubana; por tanto, existe siempre una tensión entre la continuidad con ella y el nuevo contenido de la revolución, entre la narración de la epopeya que se glorifica y se reivindica como cuna de la nación, y la crítica que se hace de los hechos y las limitaciones de aquella epopeya.¹⁰ La nueva revolución será la praxis creadora de la república nueva, el objetivo superior al que alude Martí, que deberá partir de la especificidad originaria y ser capaz de interesar y movilizar a los elementos reales del país, para que ellos cambien sus vidas y su sociedad.

La materia acumulada –la historia– tiene por consiguiente un lugar importante en la creación del cubano, pero la nueva nación dependerá sobre todo de la realización del proyecto. El nacionalismo militante martiano revisa y muestra los testimonios de la formación de la identidad nacional, tanto en sus retratos de próceres como en los de individuos humildes,

10 Ver, entre tantos ejemplos, la carta de Martí a Enrique Collazo (Martí, 1965a [1892]: 288-293, T. I).

y en las acciones y las representaciones colectivas.¹¹ El pueblo de Martí será el protagonista, no la comitiva de una casta, ni de los doctores, ni de los caudillos. Establece la singularidad de lo cubano, canta como nadie la gesta nacional y da un paso decisivo en la identificación de los enemigos de la nación cubana. Martí confía en la densidad de la historia que ya existe, y en la construcción de la historia que la patria necesita. Para él, la historia no es solamente un arma política, es una dimensión de la realidad y, aunque pueda parecer paradójico, una dimensión del proyecto.

BIBLIOGRAFÍA

- Martí, J. 1965 “Henry Ward Beecher” en *Obras Completas* (La Habana: Editorial Nacional de Cuba) T. XIII.
- Martí, J. 1965 [1880] “Lectura en Steck Hall, del 24 de enero” en *Obras Completas* (La Habana: Editorial Nacional de Cuba) T. IV.
- Martí, J. 1965 [1889] “¡10 de Octubre!” en *Obras Completas* (La Habana: Editorial Nacional de Cuba) T. IV.
- Martí, J. 1965a [1892] “Carta a Enrique Collazo, del 12 de enero” en *Obras Completas* (La Habana: Editorial Nacional de Cuba) T. I.
- Martí, J. 1965b [1892] “La guerra” en *Obras Completas* (La Habana: Editorial Nacional de Cuba) T. II.
- Martí, J. 1965c [1892] “Nuestras ideas” en *Obras Completas* (La Habana: Editorial Nacional de Cuba) T. I.
- Martínez Heredia, F. 1968 “Colonialismo y cultura nacional” en *Revolución y Cultura* (La Habana) N° 6.
- Martínez Heredia, F. 2002a “La cuestión racial en Cuba y este número de *Caminos*” en *Caminos. Revista Cubana de Pensamiento Socioteológico* (La Habana) N° 24-25: 1-5.
- Martínez Heredia, F. 2002b “*Nuestra América*. Presente y proyecto de la América Latina” en *El corrimiento hacia el rojo* (La Habana: Letras Cubanas) pp. 138-57.
- Martínez Heredia, F. 2009 “Nacionalismo, razas y clases en la Revolución del 95 y la Primera República cubana” en Martínez Heredia, F. *Andando en la Historia* (La Habana: ICIC Juan Marinello / Ruth Casa editorial).

11 Ver un juicio muy profundo de Martí respecto a las relaciones entre las personalidades históricas y los pueblos a los que pertenecen, en Martí (1965: 32, T. XIII).

NACIONALISMO, RAZAS Y CLASES EN LA REVOLUCIÓN DEL 95 Y LA PRIMERA REPÚBLICA CUBANA*

[...] no escribo para el hoy, sino para el mañana, porque entiendo que la memoria del ayer da impulso y crece al hoy, y que sin las pequeñas corrientes no puede haber caudalosos ríos [...] sin los relatos históricos locales, no puede haber *Historia General* (Moreno, 1921?)¹

1 Título: *Historial patriótico de los hijos de Mayajigua*. Subtítulo: *Residentes, Circunvecinos, Relacionados con la Prefectura de Cacarratas, Asociación de Mujeres Protectoras de la Revolución, Colegio de Cuba Libre "Martí"*, teniendo como apéndice la *Constitución de nuestro Gobierno Provisional de Cuba Libre* (s/d, 108 pp. en dos numeraciones). Incluye 10 fotografías. Su plan consta de tres partes; anuncia que la tercera aparecerá en un segundo volumen.

* Escrito en La Habana, en octubre de 2001. Una primera versión de este trabajo fue expuesta en el Taller *Sociedad, cultura y vida cotidiana en Cuba, 1878-1917*, organizado por el ICIC Juan Marinello, el Latin American and Caribbean Studies Program de la Universidad de Michigan y el Cuban Regional Archives Project y celebrado en el Centro Juan Marinello en La Habana, Cuba, del 19 al 21 de junio de 2000. Expusieron ponentes de Alemania, Cuba, Estados Unidos y Francia. Agradezco a Rebecca J. Scott y Cintio Vitier sus comentarios críticos a esa versión, que se publicó en *Temas* (La Habana) N° 24: 34-44, enero-junio

Este trabajo tiene dos motivaciones diferentes entre sí, y quizás complementarias. La primera es vivencial: mis recuerdos de niño y adolescente acerca de lo que podría llamarse el arsenal simbólico del nacionalismo. Pasé aquellas etapas en Yaguajay, una zona del centro

de 2001. Numerosos textos de Scott, y nuestras conversaciones sobre estos temas, me han inspirado y ayudado mucho en mi trabajo. Aquella primera versión ha sido muy ampliada y precisada, en cuanto a criterios del autor e informaciones, tanto que he preferido denotarlo con el cambio del título. El texto, en su última versión fue publicado en: Martínez Heredia, F. 2002 "Nacionalismos, razas y clases en la Revolución del 95 y la primera república cubana" en Portuondo, O. y Zeuske, M. (coords.) *Ciudadanos en la nación* (Santiago de Cuba: Thyssen Stiftung / Oficina del Conservador de la Ciudad) pp. 118-147.

del país que había vivido el florecimiento más tardío de la utilización de esclavos y la dinámica más temprana del capitalismo con trabajo asalariado.² Al mismo tiempo, fue un escenario muy activo de las tres guerras libradas entre 1868 y 1898, con una gran participación de la población y muy fuerte presencia del ejército español.³ Medio siglo después, los niños vivía-

mos las narraciones de la gesta nacional como parte de nuestra educación básica, ciertamente de manera poco abstracta y muy ligada a las ideas de ciudadanía –que en familias como la mía incluían valoraciones sobre las razas y el racismo–, e incluso de proyecto nacional.

El nacionalismo cubano de los años cuarenta y cincuenta era realmente diferente al

2 El municipio de Yaguajay comprende una fértil llanura costera que se va ampliando hacia el este hasta su límite, que es el río Jatibonico, y todo su lado sur es de sierra y montaña, con bosque firme. El pueblo de Yaguajay fue fundado en 1847, en la entonces Jurisdicción de Remedios, al ser abierta la zona a la producción azucarera con esclavos, culíes chinos y asalariados; en 1861 tenía 108 habitantes, y 30 años después, más de mil. Es municipio desde el 1° de enero de 1879, reunido el partido de su nombre con el de Mayajigua, ocupando el extremo nordeste de la recién creada provincia de Santa Clara. Su central *Narcisa* (80 mil sacos antes de la guerra de 1895) es muy buen ejemplo del proceso capitalista de la época. Según la *Guía Geográfica y Administrativa de la Isla de Cuba*, de Imbernó (1891: 292), el municipio contaba con 10 ingenios, y una vía férrea unía la cabecera con un embarcadero para buques menores. Según el Censo de 1899 el pueblo de Yaguajay tenía 1206 habitantes (Leví Marrero, 1955: 700).

3 Se combatió en la región desde el alzamiento que encabezó el propietario de los baños termales, Luis Miguel de Rojas, y el asalto y toma de Mayajigua, en 1869; numerosas unidades españolas –militares y de vecinos

voluntarios– actuaron en la guerra y la represión. Hubo actividad armada durante la Guerra Chiquita. Veteranos y jóvenes conspiraron para la nueva contienda en el nordeste villareño y al otro lado del río Jatibonico. En abril de 1895 Joaquín Castillo, Pío Cervantes, Pedro Díaz y Basilio Guerra iniciaron la sublevación. Díaz y Guerra se fueron en la Invasión a Occidente; en Morality, 19 de febrero de 1896, “el Coronel Basilio Guerra, hombre muy esforzado, sucumbió de los primeros [...]” (Miró Argenter, s/f). Gran número de vecinos lucharon en la Brigada de Remedios, dirigida por el general José González Planas, que libró numerosos combates en la región, la operación hacia Sagua y combatió en la toma de Arroyo Blanco. Otros vecinos sirvieron en el Regimiento “Martí”, Brigada de Sancti Spiritus. Muchos pobladores del municipio vivieron en el campo como ciudadanos de la República en Armas. Máximo Gómez operó a veces en la zona, o utilizó fuerzas de allí; al terminar la guerra acampó en Narcisa y Boffil, muy próximo al pueblo de Yaguajay, desde el 28 de agosto de 1898 hasta el 2 de enero de 1899.

de inicios de siglo,⁴ aunque existía entre ambos una esencial continuidad. Naturalmente, eso yo lo ignoraba. Junto a la influencia de los acontecimientos y las entidades sociales, y los fuertes ecos de la política del día, nuestra educación cívica se forjaba con ayuda de la narración y la exaltación de las luchas revolucionarias por la independencia; la escuela, las familias, los símbolos nacionales, la imaginación y los juegos infantiles, las efigies, las conmemoraciones, los narradores locales y los medios de comunicación se encargaban de esa tarea. Cada cubano se consideraba heredero de aquella tradición patriótica, que era un timbre de orgullo compartido y una carta de crédito para los proyectos cívicos. En los años sesenta, ya en La Habana, me pareció que la formación infantil en la gesta nacional de mis coetáneos habaneros quizás no había sido como la mía, pero la gran revolución en curso estaba promoviendo un acercamiento muy fuerte y entusiasta a la historia nacional que aproximó bastante a todos los implicados.

Mi otra fuente de motivación es el enorme avance de los estudios historiográficos en las últimas décadas. A su luz, la cuestión de las

características y la evolución histórica del nacionalismo cubano se tornó un tema favorecido por los avances del conocimiento, y también ha sido abordado directamente, y en sus relaciones con las cuestiones raciales. Hoy es tema de aportes variados y, por fortuna, de debates.⁵ Aprovecho esos logros para analizar la cuestión en el marco de mi investigación sobre el proceso histórico de las formas de dominación y de resistencia o luchas contra ella en nuestra historia; y a la vez me asomo de nuevo a mis vivencias tempranas, de una manera que quiere

5 Los más destacados historiadores cubanos han publicado valiosas monografías, y varias obras de síntesis, sobre temas de la nación y el nacionalismo, y en medida sensiblemente menor sobre las razas y el racismo; con la obra de otros más recientes, forman ya un cuerpo de resultados historiográficos muy notable. Heredera de una larga tradición de estudios cubanos, la investigación que proviene de Estados Unidos crece sin cesar en el período reciente, y contribuye al desarrollo de líneas y métodos de trabajo historiográfico en Cuba. Destaco por el conjunto de su obra a R. Scott y L. Pérez Jr. Y, entre otros libros, los de Helg (1995); Ferrer (1999) y De la Fuente (2001). En *Espacios, silencios y los sentidos de la libertad. Cuba entre 1878 y 1912* (Martínez Heredia; Scott y García Martínez, 2001), publicaron juntos sus resultados de investigación historiadores norteamericanos y cubanos, y un destacado historiador alemán, M. Zeuske, de la Universidad de Colonia.

4 Ver Martínez Heredia (1999).

ser calificada y hasta cierto punto “objetiva”. Mi pretensión en este texto es muy limitada: analizar dos libros que tratan de la Revolución de 1895, aunque sumamente distantes uno del otro, y hacer algunos comentarios sobre el contenido, funciones, relaciones con clases, razas y otros grupos sociales, incongruencias, tensiones y contradicciones del nacionalismo, que fue generalizado y arraigado en los cubanos por la gesta nacional y constituyó el cemento de la construcción nacional en la etapa histórica que siguió a aquella gesta: la primera república cubana.⁶

6 El orden republicano proveniente de la Intervención norteamericana de 1898-1902 y de la Revolución del 95 fue sumamente alterado 30 años después por las consecuencias de una profunda crisis que abarcó al sistema de dominación, la magnitud y trascendencia de las acciones colectivas durante la llamada Revolución del 30 (1930-1935) y el agotamiento del modelo económico. Considero que el régimen y la hegemonía reformulados después de esa revolución contuvieron tales modificaciones que dieron lugar a una segunda república. Califico a ambas repúblicas de “burguesa neocolonial”, para denotar dos rasgos comunes principales de su continuidad (Martínez Heredia, 1994, 1997: 23-42).

1. COLONIALISMO, CLASES, RAZAS, NACIONALISMO Y REVOLUCIÓN POPULAR

Durante los siglos coloniales fueron produciéndose en la isla los procesos prolongados y acumulativos que dan base y especificidad a una comunidad nacional, mas fue en el siglo XIX que aparecieron condiciones y sucedieron eventos capaces de llevar a la formación de una nación. Pero su consecución confrontaba dos escollos formidables. Por una parte la sujeción colonial a España –a la que se sumaba la política de las potencias durante el siglo, tendiente a conservar el *statu quo* de Cuba–, cuyo saldo negativo se agravaba y se hacía visible, y las profundas desventajas provenientes del predominio en la población de mentalidades colonizadas. Por otra parte, el papel determinante de la explotación masiva del trabajo esclavo en la economía y la sociedad, y sus consecuencias en la actuación y la conciencia de las personas y los grupos sociales, y en sus relaciones. Hasta donde es posible en un texto como este, apuntaré algunas precisiones y criterios que creo necesarios.

Las dimensiones del concepto de nación con que trabajo aquí son: la autoidentificación, la percepción de los demás pueblos como “otros”, y por tanto la exclusividad, la de gesta nacional

y la presencia o no de identificación de un enemigo. También manejo tres dimensiones de la nación, en cuanto a: unificación de diversidades sociales; existencia o búsqueda del Estado nación y demás instituciones; y representaciones y símbolos compartidos. Además, la nación y el nacionalismo nunca son iguales a sí mismos a lo largo de un proceso histórico, aunque los caracteriza una acumulación cultural y una aparente permanencia muy notables. Por ello tengo en cuenta el indispensable análisis de diferentes momentos históricos, en busca de las especificidades y continuidades de todos los elementos implicados.

Al estudiar a la mayoría de los países es imposible utilizar con provecho conceptos relativos a la nación y el nacionalismo sin tener en cuenta las formas específicas y complejas en que se ha establecido históricamente el dominio de un país sobre otro, y las relaciones que ha sostenido ese dominio con los sistemas internos del país que se estudia, especialmente la economía, las relaciones sociales alrededor del trabajo, la reproducción de la vida material y espiritual, los grupos sociales, las instituciones políticas y las ideologías relacionadas con ellas. El concepto de colonialismo, y los que se han ido desarrollando a partir de los estudios en ese campo, resultan entonces indispensables. A la

vez es imprescindible “mundializar” la concepción de la organización y los cambios sociales que subtienda o influya el trabajo del investigador de Historia, ya que la corriente principal del pensamiento, las ciencias y las profesiones sociales se ha originado en los países llamados desarrollados y ha sido funcional a la conciencia predominante en ellos y a sus prácticas dominadoras respecto al resto del planeta. A lo largo del siglo XX estos problemas han configurado un rico y conflictivo campo del pensamiento y las ciencias sociales.

El carácter unificador y exclusivo que tiene la nación, y aún más esa exacerbación suya que es el nacionalismo, debió enfrentar en Cuba numerosos y variados escenarios, retos y adversarios. En el último tercio del siglo XIX se acumularon muy profundos cambios: en las relaciones y el orden económico interno y en la creación de las bases para el predominio de los Estados Unidos en los vínculos económicos externos; en el monto demográfico, la situación y las relaciones sociales de los no blancos⁷ en el

7 Es decir, los esclavos, patrocinados, ex esclavos, negros y mulatos libres, y los chinos. Esta es solo una expresión que usa el autor para denotar a un conjunto significativo, en un tiempo histórico determinado. Prescindo en este trabajo del tema de los conceptos

país, tanto en el orden material como en el institucional; en el ordenamiento legal, las formas de gobierno y representación de la colonia, y por último el fin de la soberanía española; en el peso de las identidades sociales y sus relaciones con la asociación, la presión, negociación y otras formas de lucha de clases y otros grupos sociales; en la multiplicación de los actores políticos, y en la importancia, que llegó a ser decisiva para la época, de las acciones colectivas independentistas.

La plasmación política del nacionalismo en Cuba no fue el fruto de una elaboración oportunista realizada por un pequeño grupo interesado, ni de un evento afortunado. Ningún hecho social que resulta muy abarcador de actitudes masivas y con tendencia a la permanencia puede comprenderse como el fruto de la astucia de un grupo, aun si esta estuviera también presente. En el caso de Cuba, a lo largo del período que abordamos existe un gran cúmulo de documentos y otras fuentes valiosas para advertirnos que la cuestión fue tratada –y vivida– por un número amplísimo y creciente de

de razas y racismo, y los usos comunes sobre razas y racismo, algo que es, sin embargo, imprescindible para los trabajos historiográficos y de otras ciencias sociales sobre estas cuestiones.

personas, lo que invalidaba que la astucia de un grupo pudiera desempeñar un papel decisivo. La segunda precisión, que es determinante y explica la primera, es un macizo hecho histórico: el nacionalismo cubano se identificó con acciones populares colectivas muy profundas y abarcadoras, las guerras revolucionarias sucedidas entre 1868 y 1898, de las cuales la última (1895-1898) fue el evento principal de la época en gran cantidad de campos, entre ellos toda la problemática del nacionalismo. La Revolución del 95 fue el hecho cultural más trascendental en la formación de la nación y del nacionalismo cubanos.

Lo anterior no debe ocultar el hecho de que todo grupo social activo se representa los problemas fundamentales de la sociedad en que vive desde sus intereses, creencias y cultura de grupo, a la vez que influido por la acción de otros grupos y por otros eventos y factores significativos. Y actúa a partir de ese complejo. La actuación de cada grupo social participante como tal forma parte del hecho histórico, y de su conocimiento. Esto es, por muy unificante que pueda ser la cuestión nacional en la vida de una sociedad, ella no existe –ni puede ser comprendida– sin la dimensión configurada por las clases y otros grupos sociales y los más diversos tipos de relaciones que se dan entre ellos.

Ya a mediados del siglo XIX esto formaba parte del conocimiento y la cultura de Occidente, era manejado por un número creciente de cubanos, y fue un instrumento de análisis muy importante en cuanto se desarrolló la política en la isla y la comprensión de sus relaciones con la sociedad.⁸ Analizar profundamente la entidad real de cada grupo social activo en cada situación histórica concreta, sus prácticas y el medio histórico que se va creando, es esencial en las investigaciones históricas sobre la nación. Entre otras ventajas, ayuda a no atribuir a determinado grupo o clase social una capacidad o incapacidad permanentes ante la creación, tareas y retos de la nación, un prejuicio que puede resultar muy perjudicial.

Sin olvidar esas precisiones, considero que las clases dominantes de la Cuba del siglo XIX privilegiaron sus tipos de explotación del trabajo, de la población y de los recursos naturales, sin arriesgarse a promover movimientos políticos y sociales a favor de un capitalismo más “moderno” e independiente que quedara en manos suyas. No aspiraron, por tanto, a ser “clase nacional”, cuando la dinámica económica les

favorecía mucho, en las coyunturas críticas para España de la segunda y tercera décadas, pero tampoco cuando debieron someterse cada vez más al poder metropolitano en las décadas siguientes. En la segunda mitad del siglo limitaron sus aspiraciones a mantener sus ganancias y sus intereses, fiaron su existencia y cambios a los hechos económicos, a alianzas con sectores españoles y a no ir más allá de grupos de presión,⁹ sometiéndose al poder colonial y a la emergencia de la relación neocolonial.

La actitud pertinaz de aquella clase implicó una gran incongruencia entre las dimensiones económica y política de la sociedad.¹⁰ Ante los peligros y la existencia de movimientos revolucionarios entre 1868 y 1898

9 No tengo en cuenta los cambios internos en su composición ni las variantes en sus actitudes políticas, porque ellos no tienen entidad suficiente respecto a lo que planteo.

10 “Ningún país puede ser gobernado pacíficamente mucho tiempo por una clase que no sea dueña de los medios de producción, aunque la presencia de la esclavitud como contradicción principal mantenga a los unos y a los otros inmóviles frente al peligro común. En la historia de ningún país ha sido más evidente la lucha de clases que en el nuestro; solo una historia adocenada, escrita para latifundistas satisfechos, ha podido ocultar verdades tan palpables” (Pérez de la Riva, 1963: 95).

8 Ver, entre tantos ejemplos, *La cuestión de Cuba en 1884*, de Gómez (1885), reproducida en *Por Cuba Libre* (Roig de Leuchsenring, 1974 [1954]: 173-242).

esas clases dominantes-dominadas se opusieron a la creación del Estado nación independiente.¹¹ Mientras, la modernidad de la vida de Cuba durante el siglo XIX, la importancia y dinamismo económico de la isla, los factores geopolíticos, la precocidad de sus relaciones neocoloniales y las intensas acciones colectivas de rebeldía entre 1868-1898 le abreviaron a Cuba los plazos del tiempo histórico, que en una dinámica más lenta o más débil hubiera podido dar espacio a la formación de un sector burgués nacional compelido a enfrentar sus contradicciones –y alianzas– con el capitalismo central y a conducir a las mayorías del país. Les faltó iniciativa y no lograron generar visiones nacionales propias que fueran mínimamente eficaces en términos políticos y sociales.

Un conglomerado social de enorme dinamismo demográfico en el siglo XIX, el de los no blancos, guardaba complicadas relaciones con las relaciones y contradicciones existentes en la isla. La formidable y aplastante esclavitud masiva de fines del siglo XVIII y dos tercios del XIX hizo retroceder en su conjunto a los no blancos –en derechos y situación social–, sin

11 Mi opinión más general sobre esto, en “Nación y sociedad en Cuba” (Martínez Heredia, 1995: 25-33).

aportarle por eso unidad interna como grupo social. La identidad “de color libre” de la sociedad colonial sufrió un complejo proceso de pérdida de reconocimiento y de duras tensiones, entre la nueva masa de esclavos que pesaba sobre su imagen y su destino,¹² y los sectores de “blancos”. Cientos de miles de esclavos fueron utilizados intensivamente de un modo muy cruel, y sometidos a deculturación.¹³

El racismo se convirtió en una necesidad de la dominación, y fue generalizado e impuesto por medios legales e informales; trata, esclavitud, opresión racial y racismo formaron

12 “Todos son negros”, escribió el prominente Francisco de Arango y Parreño (1973 [1792]: 162-197, T. I), bajo el impacto tremendo de la insurrección haitiana y tratando de sacarle ventaja para la febril ampliación de los negocios de su clase, cuando recababa la disolución de las milicias de negros y mulatos libertos y establecer una política represiva y preventiva contra los no blancos.

13 “Entendemos por deculturación el proceso consciente mediante el cual, con fines de explotación económica, se procede a desarraigar la cultura de un grupo humano para facilitar la expropiación de las riquezas naturales del territorio en que está asentado y/o para utilizarlo como fuerza de trabajo barata, no calificada. El proceso de deculturación es inherente a toda forma de explotación colonial o neocolonial” (Moreno Fragnals, 1977, 1995: 5).

parte de la política y la ideología de las élites de Cuba,¹⁴ y de la metrópoli hacia la isla, con las variantes de sus intereses. La modernidad y la renovación de la hegemonía incluyeron la existencia de castas y el racismo como uno de sus elementos constitutivos, y de una u otra manera la mayoría de la población de la isla lo compartió, en la época en que se desplegaba la identidad específica del país. El racismo entró así a formar parte de la cultura cubana. A la vez, Cuba se transformó en un país multirracial en el que nada pudo evitar las mezclas y convivencias entre las razas, ni el papel relevante de los no blancos en la economía, la sociedad y la creación de expresiones culturales nacionales. Diferentes políticas en la segunda mitad del XIX favorecieron modificaciones de la situación –y el “blanqueamiento” del país–, pero las revoluciones entre 1868 y 1898 impactaron a este cuadro muy profundamente, y crearon otra importante especificidad de Cuba respecto a Brasil y los Estados Unidos –las otras dos

sociedades de América con presencia y explotación masiva de esclavos del siglo XIX–, y a otros de los países en que el trabajo servil “moderno” desempeñó papeles relevantes.

En los años ochenta y noventa algunos sectores altos y medios muy activos hicieron esfuerzos por desarrollar un medio político e ideológico en que se elaborara una hegemonía modernizada, inscrita en las reformas obtenidas después de la Revolución del 68 y en el final de la esclavitud, que cerrara el paso a una revolución independentista y asegurara un rumbo evolutivo conservador en Cuba. Fracasaron finalmente, entre el Gobierno y los intereses españoles por un lado y el independentismo por el otro, pero la nueva revolución de 1895, para ser viable, debió partir de la cultura política que se había alcanzado en esos años, negar su vertiente evolutiva y superarla totalmente con sus prácticas. Si la insurrección pudo sacarle provecho al medio creado previamente a 1895 fue porque logró ser su antítesis. Una política revolucionaria convocó con gran fuerza y efectividad a la masa del país a una insurrección general, creó un movimiento y un ejército realmente plurirraciales e hizo funcionar una nueva institucionalidad, promovió la asunción y exaltación masiva de la nacionalidad, transformó el contenido de la política e hizo avanzar

14 “El racismo *se impuso por todos los medios posibles* –incluso el orden jurídico– en la dimensión ideológica de la formación social. Fue difícil para la cultura criolla, mayormente burguesa –ya fuera romántica o cientificista–, sustentar el racismo sin contradecirse” (Martínez Heredia, 1992).

mucho las prácticas y las ideas de ciudadanía y democracia (Martínez Heredia, 2000). La gran conmoción cambió las vidas de una parte de la población y afectó sensiblemente al resto.

Los diversos grupos sociales y sus visiones e intereses fueron afectados por la gran condensación de las contradicciones, los hechos radicales de la revolución y el nuevo medio cultural que emergió. La liquidación del dominio colonial y la conquista de la nación fueron logros grandiosos, pero ellos no eliminaron lo fundamental de las relaciones sociales de dominación vigentes.¹⁵ Durante la guerra comenzaron a aparecer actitudes e ideas de individuos y grupos que aceptaban las nuevas realidades inevitables en busca de una reformulación de la hegemonía que diera cabida a los cambios sin implicar la sustitución del sistema. En el propio campo de la revolución se produjo un proceso de tensiones y oposición entre concepciones y políticas divergentes, que tenía su entidad propia pero guardaba también relaciones complejas con ubicaciones clasistas diferentes y con creencias civilizatorias muy influyentes; las posiciones más radicales y los

15 Expongo esa cuestión, y sus efectos en el sector de los participantes humildes en la revolución, en Martínez Heredia (2001b: 295-313).

intereses de los participantes más populares sufrieron reveses y recortes en el curso de la guerra.¹⁶ El final de la contienda fue, sin embargo, precipitado y sobredeterminado por la intervención de los Estados Unidos, que alteró decisivamente las estrategias y actuaciones de todos los diferentes grupos cubanos, y afectó a la situación en su conjunto.¹⁷

El carácter neocolonial del sistema vigente hasta 1959 no residió solo en el tipo de relaciones económicas establecidas, sino en la sujeción de clase de la burguesía cubana, que en vez de buscar un protagonismo en la coyuntura de las grandes acciones colectivas de fin de siglo, creadoras de la nación Estado, temió demasiado a sus consecuencias y veló solo sus intereses inmediatos, se acogió a la solución providencial

16 *La revolución pospuesta*, de R. de Armas (s/f), fue una obra historiográfica pionera muy notable en el análisis de este tema; también sostuvo la tesis de la formación de una neocolonia en Cuba cuando aún era una colonia (De Armas, 1971: 7-118). En la historiografía reciente se destaca por su alcance y calidad (Ferrer, 1999).

17 “[...] Estados Unidos se volvió dominante en la situación cubana, alterando todos los datos internos importantes, pero su poder no fue omnímodo, y los resultados históricos llevaron las huellas de las fuerzas en pugna” (Martínez Heredia, 2001a).

norteamericana y aceptó las relaciones de subordinación que se impusieron. El sistema registró diversos cambios durante el período 1902-1959, algunos realmente relevantes, pero la burguesía cubana nunca fue infiel a aquella subordinación. Por su parte, el carácter burgués de la república no residió solo en el dominio de relaciones económicas capitalistas en la sociedad, sino en que la clase dominante en la economía de Cuba al fin fue capaz de completar su carácter de clase, y de participar en una alianza postrevolucionaria que constituyera un nuevo poder y un sistema político republicanos que eran indispensables en Cuba después de la gran revolución, para garantizar la convivencia y un orden estable, y con el fin de reformular la hegemonía burguesa bajo una forma funcional, aunque el país tuviera soberanía limitada y esa clase renunciara otra vez a tener un proyecto nacional.

2. UN SAGAZ BURGUÉS CUBANO MIRA EL NACIMIENTO DE LA NACIÓN

He analizado dos libros que tienen como asunto la Guerra de Independencia. Los separa un cuarto de siglo, pero también a sus autores los separa la pertenencia de clase social, el oficio, los papeles que desempeñaron respecto a

aquella revolución, los propósitos y los contenidos de sus libros, sus ideologías. Me interesan como muestras de dos tratamientos y dos posiciones cubanas muy diferentes respecto a la cuestión nacional, escritas en dos momentos diversos; pero también me interesan en otro sentido: como testimonios, como hechos individuales. No intento postular que tipifican actitudes de grandes grupos, pero en su singularidad ofrecen materiales muy valiosos para el análisis histórico, desde un tipo de aproximación que está ofreciendo resultados fructíferos.

El primero es un texto publicado en Europa en plena guerra, un año antes del desenlace, *Apuntes sobre la cuestión de Cuba*,¹⁸ escrito por el matancero Eliseo Giberga Galí (1931), un notable abogado y dirigente del Partido Autonomista que en 1896 salió del país.¹⁹ Me

18 Lo firmó "Un autonomista". Sin datos editoriales, con 268 pp. fue fechado el 9 de abril de 1897; el autor añadió un breve *post scriptum* el 10 de junio. Debe haberse publicado poco después. Giberga comenta que la edición es de carácter privado y de pocos ejemplares. Fue reproducido en Giberga (1931, T. 3).

19 Giberga (1854-1916) se graduó de Derecho en Barcelona y de Filosofía y Letras en La Habana; fue fundador del Colegio de Abogados y un orador notable. Miembro de la Junta Central del Partido Liberal Autonomista desde 1879, fue diputado a Cortes en 1886. Apoyó como sus

parece un intento muy interesante de adecuar el conservatismo cubano a una política nueva, *nacional*; a la vez, es un ejemplo sobresaliente del alcance y los límites del pensamiento de clase dominante cubana de fines de siglo. No le faltaron antes textos y argumentos de gran interés a los productos intelectuales de los grupos dominantes; lo que destaca de este libro es su vigoroso esfuerzo por asumir la crisis en formulaciones explicativas y positivas que puedan servir para una nueva política de su clase, a pesar de la amargura que confiesa el autor.²⁰ Giberga no trata de torcer hechos ni forzar valoraciones, y hace pocas concesiones a la retórica; con gran agudeza muestra la profundidad de la crisis

colegas al gobierno español contra la insurrección en 1895; cuando el nuevo capitán general Valeriano Weyler intentó hacer elecciones a Cortes en 1896, Giberga fue designado senador por las Sociedades Económicas, pero no ocupó el cargo y salió del país. Fue diputado del Congreso Insular en el régimen autonómico de 1898. Bajo la Intervención fundó el Partido Unión Democrática. Fue miembro de la Convención Constituyente de 1901.

20 No interesan al uso que hago de su texto las motivaciones personales o de grupo de Giberga, ni pretendo evaluar su actuación. Por otra parte, en el pensamiento del campo opuesto se había ido mucho más lejos desde hacía años. Un ejemplo es *La cuestión de Cuba en 1884*, de J. G. Gómez (*op. cit.*).

que sufre el orden que ha estado vigente en la isla, los cambios que ya se han producido en las personas y los graves peligros perspectivas que confronta la dominación. Su objetivo aparente es criticar ciertas reformas anunciadas por el gobierno español,²¹ por ser totalmente insuficientes, y proponer acciones que consigan dar una salida política a la insurrección que sea satisfactoria para los contendientes.

El libro contiene un análisis muy calificado del proceso social y político de la isla en las últimas décadas, que incluye aspectos económicos; pero su centro es el período de guerra iniciado en 1895. Desarrolla el tema de la formación de una nación en Cuba y sus relaciones con las políticas del colonialismo y con los problemas de la convivencia de razas diferentes y de cubanos y españoles. Giberga conjuga la ciencia política y el enfoque psicológico en boga para referirse tanto a las grandes líneas de la materia social como a las cuestiones más concretas que aborda. Y su propuesta es radical. En medio de una guerra total en que España utiliza un inmenso ejército y apela al genocidio mediante la política

21 Proyecto de ampliación de la Ley Abarzuza (4 de febrero de 1897) y Real Decreto de aplicación del proyecto a las cuatro provincias occidentales de Cuba (29 de abril), supuestamente pacificadas.

de “reconcentración”, pide a la metrópoli dar paso a una reorganización a fondo del país, que conceda el autogobierno a la colonia y satisfaga una parte de los objetivos de la revolución, para evitar la pérdida del control de las clases dominantes y una ruptura irremediable del orden social. Parte de que ya España no puede ganar la guerra, y sostiene que conceder uno mismo lo que de todas maneras es inevitable dar, antes de que se lo arrebaten, es ser sagaz. Es muy interesante que los cambios sugeridos por Giberga –que muestra su desconfianza en que todavía sea posible una solución desde la metrópoli–, en caso necesario, podían ser un programa para una república conservadora.²²

Giberga (1931) pinta a lo largo del libro la intensificación del “patriotismo local” en Cuba – un producto colonial esperable que España no supo asimilar, dice, como hace Gran Bretaña con el de Canadá–, hijo de la extrema diversidad

existente entre España y Cuba, que nunca fue contrarrestada por lazos más íntimos que los políticos. Afirma que la lenta acumulación espiritual de la nación cubana se exacerbó a partir de las revoluciones. Le atribuye un papel muy notable en su análisis al desarrollo que han alcanzado mediante la acción los sectores populares participantes, al carácter que le están dando a la actual revolución y la influencia que ejercen sobre sectores de las “clases superiores”, y sobre las mujeres (*op. cit.*, pp. 154, 163-164). Los sectores populares a los que se refiere son las “clases sociales inferiores” y la “raza de color” o “los negros”, inteligente recurso que le permite utilizar el concepto de clases y analizar dos grupos sociales que tienen un amplísimo intersección, sin confundirlos. No muestra enojo ante la nueva realidad, más bien añade que es necesario tomar contacto con aquellos que militan dentro de la revolución pero no son irremediamente separatistas.

Aunque al inicio caracteriza a la población blanca como “una de las razas superiores de la humanidad” (*ídem*, p. 1),²³ se desentiende enseguida del racismo que tanto caracterizó a su

22 Lo que no significa que el autor considerara apropiada esa solución: “no es una república independiente el mejor gobierno que pueda tener Cuba [...] la profunda revolución social que ha de seguir a la emancipación, si ocurre ahora, y la revolución política que habría de arrancar de cuajo las bases seculares de la sociedad y de su gobierno y remover todo principio tradicional y conservador, ¿no han de traer consigo grandes peligros?” (Giberga, 1931: 57-58, T. 4; citado en De Armas, 1971: 71-72).

23 Casi al final del libro utilizará una descripción diferente: “de sangre española” (*op. cit.*, p. 264).

partido²⁴ y al ambiente cultural de la dominación, para razonar sobre la cuestión racial desde los hechos y desde intereses de clase más trascendentes. Los burgueses de Cuba fueron muy racistas, como decía arriba, actitud enmarcada dentro de las complejas secuelas del sistema moderno de explotación masiva del trabajo de esclavos en una sociedad colonial durante el siglo XIX. El racismo se convirtió así en un rasgo estable de la cultura cubana, compartido por muchos y diversos cubanos, incluida una parte de los independentistas. Pero la revolución desatada en 1895 había retado y debilitado aquel racismo. Giberga comprende que ni las “soluciones del problema negro” –tan en boga entre los criollos ilustrados de las dos generaciones anteriores– ni el racismo científico podrán primar ya en Cuba, y logra enfrentarse a la cuestión como un sociólogo que relaciona razas, clases, acción social y nacionalismo, y atiende a sus construcciones sociales. No hay solo contradicciones entre insulares y peninsulares, dice: “en Cuba están y cubanos son los negros, y con ellos hay que contar para todo, plazca o no plazca a estos o aquellos” (*op. cit.*, p. 23). Por fortuna, las relaciones en que han

vivido blancos y negros no han abierto entre ellos “el hondo abismo que en los países sajones los divide”. Solo se distinguen por su raza diversa, ya que la escasa cultura la comparten con “los blancos de las clases inferiores”, añade, y desde la emancipación “han hecho progresos superiores a cuanto pudo esperarse”, sin recibir ayuda del Estado ni de los cubanos blancos. En la práctica, concluye, se les negó participación en la vida política de los años ochenta; mientras que en la vida social eran mantenidos en inferioridad. La separación entre blancos y negros resultaba entonces mayor que la existente entre cubanos y españoles.

En su capítulo III Giberga expone muy claramente las relaciones que existen entre clases sociales, hegemonía y construcciones raciales. La falta de unidad moral y cohesión social entre los habitantes blancos y negros de Cuba, afirma, aunque era “*provechosa a una política de dominación*”, resultó funesta para el país, al impedir “la cooperación común [...] para obras comunes”, y la creación de un sistema político eficaz, una “vida política, *que en defecto de la social* hubiera podido reunirlos” (*op. cit.*, pp. 23-27; subrayado por FMH). Por eso, ante el hecho consumado de la revolución victoriosa, Giberga habla claro. La “raza de color” no tiene menos cultura que “numerosas clases sociales”

24 Ver Cepero Bonilla (1960 [1948]: 9, 219-226).

de España y de otros países que tienen sufragio universal, ni fue por aquella razón que se les limitó la participación en la vida pública, ni van a aceptar ya nunca más esa exclusión. Por tanto, la primera razón que brinda al proponer el sufragio universal es que no habrá sistema político en Cuba si no se satisface y se atrae a “la raza de color”.²⁵

Giberga enumera otros factores que según él debilitaron el sistema hegemónico que había existido sobre las “clases inferiores insulares” y ahondaron el rechazo al sistema colonial. Cuando en 1895 la revolución retó a la metrópoli, aunque “la crisis de la producción azucarera” afectaba “a cuantos concurrían a ella” (*op. cit.*, p. 30), respondieron más a los revolucionarios “los grupos sociales por el régimen imperante perjudicados y descontentos, y sobre todo el que se hallaba en inferior grado y más precaria condición” (*op. cit.*, p. 31).

Es fundamental entender los impactos de la insurrección, dice, buscando sus sentidos profundos. Toda gran rebeldía colonial, aunque sea

vencida, o es un triunfo porque hubo que darle mucho de lo que exigía, o es un paso hacia la futura emancipación. Y deja tras de sí, además de sus rescoldos, un estado de espíritu favorable a su ideal político. La Guerra de los Diez Años dio a Cuba una historia propia, “y la crónica y la leyenda nacidas de los combates, sacerdotisas fueron”. El hecho social decisivo fue, sin embargo, que en aquella guerra las clases sociales superiores del este del país condujeron tras sí a sus clientelas e influyeron mucho, pero carecieron de apoyo y de base social en el occidente de Cuba. Este hizo más resistencia que España a la insurrección, y la guerra escindió la isla en dos regiones distintas (*op. cit.*, p. 149). Mientras que ahora, aduce, por su extensión y profundidad la guerra ha incorporado a muy amplios sectores de toda Cuba, y el trabajo que realiza es incomparablemente superior.

Su análisis de la Invasión y sus consecuencias (Cap. XIV) es especialmente brillante. De él tomo solo algunos pasajes. Esta guerra, dice, deteriora las costumbres y las ideas de “las gentes de color y de las clases sociales inferiores”, pero la Invasión ha producido dos efectos todavía más trascendentes. El regionalismo, que ha sido tan fuerte en Cuba y no pudo ser superado en la Guerra de los Diez Años, desaparecerá, por la empresa que llevó a los orientales a Pinar del

25 “Y hay que atraer, además, a los negros y confundirlos con los blancos en el seno de los partidos políticos para evitar el peligro [...] de una organización separada y una acción propia y distinta de la población de color de Cuba” (*op. cit.*, pp. 229-30).

Río, y a los cubanos de todas las regiones a pelear juntos contra España. El hombre que los dirigió fue Maceo, del que se había llegado a creer que quería separar a Oriente, y también que era un racista; la Invasión lo convirtió en ídolo de la juventud blanca. El segundo efecto es que bajo la influencia de Maceo, los negros de Occidente se han unido a la insurrección. Esto multiplica a escala nacional y hace más profundos los efectos que tuvo la Guerra de 1868-1878 sobre el negro de Oriente,²⁶ que desde entonces es “menos humilde, menos respetuoso de la autoridad del blanco”, y ha tenido más aspiraciones políticas. Ahora son los negros de toda Cuba los que están rebelados y haciéndose de una conciencia nueva. “No olvidarán los hombres de color que uno de ellos fue Maceo; y no renunciarán –téngase en cuenta– a cobrar en derechos el precio de su sangre” (*op. cit.*, p. 156).

Las transformaciones de la cultura política y la creación de la nación están en el centro de la atención de Giberga. Trata incluso de “verlas”, pintando escenas de aquel invierno crucial de 1895-1896: “No deben olvidarse los efectos que por su valor plástico acompañan a los hechos

sobre ciertas imaginaciones, más sensibles a aquel valor que a toda representación ideal [...]. Eran los cubanos que a cubanos se dirigían, los cubanos vistos, presentes, palpables [...] ¡Y qué seducción para la muchedumbre inculta, en pueblo de nuestra raza, la del alarde de esfuerzo y de arrogancia que presenciaron los campesinos occidentales! [...]. Donde es simpático el bandolero, ¿no había de serlo el rebelde?” (*op. cit.*, pp. 150-151). Y puede ser profético: “la juventud no llegará mañana a la vida pública desde las aulas, las fincas o los talleres: llegará desde la manigua” (*op. cit.*, p. 236).

La gran ausencia de este libro es la variante de la intervención norteamericana. ¿Por qué no trata un tema como ese en un análisis tan serio y abarcador? ¿No quiere darle espacio? No tengo respuesta para ese silencio. La única referencia que encontré fue una nota (*op. cit.*, pp. 255-256, n. 51) en la que cita fragmentos de la carta de 86 “notables” cubanos al presidente Cleveland, de junio de 1896, que el autor presume falsa, o al menos desea comunicar eso a sus lectores. Pero usa la cita para mostrar que a causa de la Invasión los ricos de Cuba comprendieron que la guerra sería larga y que ponía en grave riesgo sus intereses, más importantes para ellos que las ideas y los sentimientos, según Giberga.

26 “[...] diez años los mantuvo en la independencia de los montes y las sierras y en igualdad con los blancos, en el seno de una democracia castrense” (*op. cit.*, p. 24).

Apuntes sobre la cuestión de Cuba analiza la situación política y sus perspectivas, y por eso entra a fondo en un hecho trascendente: el *ingreso* y la participación relevante de los no blancos en la política principal –y la única que tendrá futuro–, la independentista, y en la ideología que será dominante en el país, el nacionalismo. Examina la cuestión racial desde el vuelco radical que le está dando la revolución a la política y desde sus efectos sobre el sistema de dominación social de Cuba. La guerra está perdida, el país está en ruinas. El autor sabe darse cuenta de lo esencial en lo que está sucediendo: ya nadie podrá restaurar el orden racial que ha caracterizado al siglo XIX, ni las ideas y costumbres que le correspondían. Por tanto, propone a las “clases superiores” dar un gran paso hacia adelante: ingresar de una vez la cuestión racial en la política y el pensamiento cubanos, del modo más racional y a la vez más pragmático que sea posible, *incluir a los no blancos en la ciudadanía y en la política nacional*, reconocer *una nueva construcción racial* que forzosamente debe incluir la disminución del racismo, como parte de un gran acuerdo nacional que permita a la burguesía salvar el sistema de dominación, a partir de las *nuevas condiciones* creadas por la revolución. Los grandes cambios políticos deben evitar la hecatombe social, cerrarle el paso a la revolución social.

Como Giberga es un conservador, no propone la independencia ni siquiera en medio de la gran crisis cuya profundidad comprende. Trata de tender puentes entre los que claramente considera no revolucionarios dentro del campo independentista y procurar una solución reformista muy amplia que todavía evite o disminuya los costos de la revolución. Reconoce la bancarrota de su partido, a la vez que exige el *self government* a España. Se trata de una nueva solución: conseguir que la insurrección acceda a tener como objetivo propio lo que fue el horizonte ideal del Partido Autonomista; que España lo conceda como consecuencia de aceptar que ha perdido la guerra frente a los que exigían la independencia. Este deseo absurdo es realmente dramático.

¿Cómo pudo pensar Giberga que los mambises reales –cuya realidad él ha situado tan agudamente, e incluso ha tratado de “verlos” (imaginarlos)– iban a cambiar de identidad para que la burguesía de Cuba “se salvara”? ¿Qué historia o qué libro europeo alimentó la pretensión de Giberga? ¿Es que cree, a pesar del cataclismo, que las clases bajas o “inferiores” no tienen otra opción que seguir los consejos de “los doctores”? ¿No conoce la composición de los cuadros, funcionarios y líderes de la revolución, a pesar de estar dirigiéndose a ellos en busca de

un sector moderado al que habría que ofrecerle concretamente el predominio? El analista que ha entrevisto la magnitud del cambio social y la necesidad de adecuarse a él,²⁷ no se muestra capaz de calibrar las consecuencias inevitables del fin de una época, o tiene una vocación de política práctica que es superior a sus propias capacidades, y sobre todo a las de su clase.²⁸

27 En las últimas líneas de su libro insiste en que la acción política que propone es inexcusable: “Hágase *lo que se deba hacer*” (Giberga, 1931).

28 “Al establecerse el régimen autonomista, (Giberga) fue de los que preconizó la inteligencia con los insurrectos, lo cual no fue posible por la justa repugnancia de estos” (VV. AA., 1940: 893). Por otra parte, y sin contar con más elementos de juicio, encuentro que Octavio Giberga Galí, graduado en Derecho y en Filosofía y Letras, solicita al Consejo de Gobierno ingresar en el Cuerpo Jurídico del Ejército Libertador, el 21 de diciembre de 1897; se acordó ingresarlo con grado de capitán. Pero un mes después el Consejo de Gobierno acuerda ascenderlo a comandante y a teniente coronel ¡en dos momentos de una misma reunión! (27 de enero de 1898), e incluirlo en una Comisión que preside el general Lacret, que el Consejo envía a Estados Unidos. En los críticos días de mayo el Consejo decide enviarlo con un mensaje a Estrada Palma el 11, pero el 12 se acuerda enviar al vicepresidente D. Méndez Capote a Estados Unidos, crucial intento del Consejo de ser reconocido por el gobierno norteamericano como parte en la nueva situación creada, y de intervenir y someter a Delegado Estrada Palma; Octavio va en la delegación,

A la clase dominante de Cuba de fines del XIX también le estaba pidiendo ciertamente un imposible. Dados sus rasgos y comportamientos

como secretario de Méndez Capote. Desde el 15 de mayo es nombrado Auditor del Consejo de Gobierno. Después será escogido para la Comisión que debe discutir el traspaso de los gobiernos locales de Camagüey con las autoridades españolas (25 de julio de 1898). Y al terminar la guerra, el Consejo lo designa Comisionado suyo para la provincia de Matanzas (1° de septiembre de 1898). Mientras, otro hermano de Eliseo, Benjamín Giberga Galí, “desembarcado el cinco del corriente”, Notario Público en New York, solicita ingresar en el Cuerpo Jurídico, alegando que colaboraba desde antes del inicio de la guerra y que entró a trabajar en la Delegación de Cuba en Estados Unidos en junio de 1896. Lo ingresan como capitán, con antigüedad al 8 de junio de 1896, y el presidente Masó lo designa su ayudante secretario (20 de mayo de 1898). Pero apenas un mes después (19 de junio de 1898), cesa en ese empleo y queda a disposición de la Secretaría de la Guerra. Termina en el Estado Mayor del Departamento Oriental, a las órdenes de Calixto García, ascendido al grado inmediato como tantos otros oficiales (Roloff y Forrest, 1901: 318). En el Índice, Octavio aparece como teniente coronel del C. Jurídico, pero en el Apéndice y sin fecha de ingreso (*op. cit.*, p. 1.003). Ver los acuerdos del Consejo en *Actas de las Asambleas de Representantes y del Consejo de Gobierno durante la Guerra de Independencia* (Llaverías y Santovenia, 1933: 84, 116, 117, 120-21 T. III; 57, 66, 68-69, 83, 109, 124, 131, T. IV). Ver otros datos sobre los actos de estos hermanos en mayo de 1898, en Rodríguez (1998: 502-503, 506, T II).

previos, la revolución que no deseó, que fue para ella un trágico accidente, no podía transformarla súbitamente. ¿Cómo pudieron coincidir un desarrollo tan sobresaliente de la comprensión de aspectos esenciales del propio país con tan meridiana y categórica incapacidad de actuar en él de manera decisiva, o al menos notable? En medio del evento más dramático y trascendente del siglo, la madurez intelectual alcanzada era incongruente con la actuación política burguesa, y no le servía para aspirar a convertirse en conductora del protagonismo de las clases populares cubanas.

Aquel era el momento de otras voces: las que venían de la revolución. La mayoría de sus portadores eran ignorados o muy poco conocidos hasta 1895-1898. Los más cultos entre ellos utilizaron también argumentos fundados en análisis políticos, económicos y de ideas, y manejaron las teorías usuales, pero lo esencial del mensaje revolucionario estuvo en el contenido de órdenes, leyes, manifiestos, himnos, acuerdos y arengas. Los insurrectos renombraron al país y designaron con nuevos nombres a las instituciones civiles y militares que crearon, a sus militantes y a la población a su alcance.²⁹

29 Todo el territorio fue nominado, desde República

Miles de nuevos actores se apoderaron de facultades que habían estado en manos de una pequeña élite y realizaron actos que esta nunca había osado pretender. “El año terrible” le llamó la historiografía tradicional cubana a 1871. Pero el adolescente negro José Isabel Herrera (Mangoché) –mambí que reaparece en la historia cincuenta años después, convertido en historiador autodidacta– informa que “el año terrible” de esta guerra fue 1897, y aclara que el autor del bautizo ha sido el barbero de su regimiento “Calixto García”, “diezmado por la fiebre, la viruela y el soldado”.³⁰

de Cuba hasta Prefecturas y Subprefecturas. Mambí – el cubano insurrecto– se convirtió en una palabra de uso general y significados amplísimos. Ciudadano fue el apelativo legal –que tuvo usos coloquiales– del combatiente y del poblador activo de las zonas liberadas o en disputa; expresaba también sus deberes y derechos. Cuba Libre era el apelativo de los espacios, poderes e instituciones de la revolución. La más poderosa de estas, el Ejército Libertador, era un poder real y decisivo a escala nacional, que abarcaba en su estructura todo el territorio y comprendía unos 90 regimientos que llevaban nombres geográficos, de jefes y de mártires.

30 “[...] año terrible, como lo bautizara nuestro barbero, Dionisio Pedroso, que decía: ¡Coronel, esto es terrible!, de donde tomó el nombre el año 1897 de Año Terrible” (*Impresiones de la Guerra de Independencia*, 1948: 51-52).

Me permito pasar a comentar una obra sumamente valiosa aparecida un cuarto de siglo después del libro de Giberga, un libro que muestra claramente las huellas de la nueva época histórica abierta por la Guerra del 95, y también los rasgos y avatares de la primera república cubana.

3. YO ESCRIBIRÉ VUESTRA HISTORIA, A VOSOTROS TOCA DEFENDERLA

Ese lema escogió Francisco Moreno Carrero para colocar sobre su retrato en óvalo, en la portadilla de su *Historial patriótico de los hijos de Mayajigua*. En la foto, mulato oscuro, de edad mediana, bigote poblado, atildado. Lo poco que sé de él es lo que va diciendo de sí. Ha publicado tres memorias: *Relato de un veterano*, *Asociación de Mujeres Protectoras de la Revolución* y una ponencia al Congreso Espiritista celebrado en La Habana el 31 de marzo de 1920. Evidencia, por tanto, cierto entrenamiento intelectual. Nació en Mayajigua, el barrio más oriental y extenso del municipio de Yaguajay; la cabecera está a 24 km de la del Término, sobre el antiguo camino real que iba de Puerto Príncipe a Remedios. Su padre es un propietario rural; Moreno lo ayuda en las

labores agrícolas y adquiere alguna escolaridad. En 1895 posee una mina de asfalto y la finca “Veguitas”; debe tener una posición desahogada. Participa desde temprano en la conspiración separatista, y se une a Pío Cervantes³¹ al inicio del alzamiento. Lo envían como confidente entre los pueblos de la zona y los jefes alzados. Cumple una misión en Matanzas y La Habana, y al regreso se une al Brigadier Joaquín Castillo. Pide pasar como secretario a la Prefectura de Cacarratas,³² cuyo Prefecto fue

31 Pío Cervantes Bravo (1853-1895), nacido en Arroyo Blanco y veterano del 68, fue uno de los líderes iniciadores de la guerra en la región. Reconocido comandante por S. Sánchez y Roloff en julio, murió en combate en Sabana de Palma, el 26 de noviembre. El Índice... (Roloff y Forrest, 1901: 50) agrega “quedando su cadáver en poder del enemigo”; pero Moreno nos informa que no fue así: lo recogieron el cabo José Pérez (“Ran-caño”) y el soldado Amado Escobar (“Ortiz”), ambos de Mayajigua; que Máximo Gómez los ascendió al grado inmediato, y le habló a todas las fuerzas formadas: “Que no debía llorarse la muerte de los héroes que caen en el campo luchando por el acariciado ideal, que procuremos tener más bríos para vengar la muerte de tan digno y valiente Jefe” (Moreno, 1921?: 34).

32 Perteneciente al Distrito de Remedios, Estado de Las Villas o Cubanacán; ocupaba el extremo sureste de Mayajigua, pero la mayor parte de su territorio estaba al este del río Jatibonico, límite administrativo con Cama-

el capitán Gerónimo Cervantes, y allí sirve toda la guerra. Voluntarios de Camajuaní incendiaron las viviendas de los Moreno. Sus padres y sus cinco hermanas se fueron también al campo de la revolución; una de ellas, Juana, falleció allí. De su vida en la república solo sé que al publicar el libro reside en El Baño, Mayajigua, donde dirige un “centro” espiritista, el Centro de Estudios Psicológicos “Propagadores de la luz”. Un informante me dice que Moreno falleció en 1928.

La obra no tiene datos editoriales, aunque obviamente proviene de una imprenta; por algunos datos me parece muy probable que apareciera en 1921. Ante todo quiero aclarar que me faltan demasiados datos referentes al autor

y al material,³³ y otros datos que lo contextualicen o lo contrasten, por lo que ruego considerar a este texto como una materia intermedia respecto al trabajo en que finalmente se inscribirá, que quisiera compartir en el marco fraternal en que nos encontramos.

De entrada llama la atención un rasgo en la obra de Francisco Moreno (1921?): el rigor con que persigue su objetivo y cumple con las normas que se ha impuesto. Se muestra sereno respecto a la circunstancia republicana, sin desesperanza ni optimismo vacío. Obviamente tiene una fuerte posición cívica que es crítica de la vida pública vigente,³⁴ y proclama la necesidad de un patriotismo activo. Desde el

güey, ocupando todo el sector suroeste del municipio de Morón. La Revolución del 95 legalizaba un hecho: en todas las confrontaciones armadas de los siglos XIX y XX el territorio de Yaguajay ha estado íntimamente ligado con esas áreas, a despecho de las divisiones administrativas. Un Acuerdo del Consejo de Gobierno pasa la Prefectura de Yaguajay al Estado de Camagüey (Llaverías y Santovenia, 1933: 58, T. II), pero nadie le hizo caso; otro Acuerdo ubica la de Cacarratas en el Distrito de Sancti Spiritus, pero ella permaneció en el de Remedios, y Moreno (1921?) reproduce dos comunicaciones a la Prefectura del teniente gobernador mambí de Remedios, Celestino Bencomo.

33 He realizado búsquedas y comprobaciones de datos sobre más de la mitad de los combatientes que informa Moreno (1921?), en el Índice... (Roloff y Forrest, 1901). Como explicaré, este suele corroborar los datos de Moreno, los que por su carácter amplían la información, son alternativos o rectifican al Índice. También Moreno brinda información sobre otros combatientes omitidos en el Índice. En *Actas...* (Llaverías y Santovenia, 1933) encontré la Ley de Organización Civil; allí y en casi toda la literatura sobre la Guerra del 95 aparece un sinnúmero de informaciones relativas al Orden Civil de la revolución y sus actividades.

34 “[...] donde todo debía ser paz y armonía en vez de inquina y odio” (*op. cit.*, p. 12).

inicio, fija la motivación de su trabajo histórico: servir de sostén contra el “desvío en la senda patriótica [...]”. Sea esta ofrenda el más valioso tesoro, no lo dejéis arrebatarse, ni llegue a entregar la llave a ingerencia [*sic*] extraña, porque aprovechando oportunidades, tal vez vuestra obra inmaculada será mancillada” (*op. cit.*, p. 2). La Historia tiene pues una tarea política y moral que cumplir. En otros lugares del texto reaparecerá esa idea central, que no cree necesitar de argumentos para defenderse. Moreno es uno de los que estiman que la Historia es un arma en las mentes de su comunidad, un enlace con la dimensión más amplia y trascendente de la patria, una acción de las personas sobre los tiempos: tomar posesión de la memoria de sus propios hechos para guiarse y utilizar valores superiores frente al presente, y encontrar el rumbo del futuro. Claro que la Historia es una actividad específica, no confundible con otras como la poesía o las fábulas; por tanto, debe atenerse a la búsqueda de la verdad y el establecimiento de los hechos.

Moreno es un firme partidario de la historia local y de su papel como base imprescindible de una Historia general. Son muy interesantes sus opiniones acerca de la necesidad de publicar la información civil de la Revolución del 95 en el camino hacia una historia general

de ella, y lo que atañe a la información que él ha manejado y conserva. Su objetivo en esta obra es “dar una pequeña idea de la administración interior del Gobierno durante nuestra guerra de independencia [...] en medio de aquella agitación vertiginosa”.³⁵ Sobre los relatos históricos locales, dice que desde hace mucho tiempo se trabaja por lograrlos, pero se queja de que no se han nombrado “comisiones gestoras minuciosamente locales”, “que investiguen los hechos para que de estos surja el fin que persiguen.” En consecuencia, afirma, no hay “Historia General, sino con más o menos datos parciales, mencionando los hechos ya conocidos [...]” (*op. cit.*, p. 3). Su obra trata de constituir un aporte en la dirección que defiende.

El libro comienza por un pequeño capítulo acerca de la Guerra de 1868-1878. La narración del historiador se limita a un sobrio relato casi sin adjetivos, que ofrece el conocimiento de los hechos. Cuenta el inicio de la insurrección en Mayajigua, identifica por sus nombres y

35 “Los datos que doy son auténticos, pues aún conservo parte de los originales [...]” Anuncia que más adelante publicará la memoria *La Prefectura de Cacarvatas*, “donde se verá el funcionamiento práctico detallado del servicio que tenía que prestar el Cuerpo Civil [...]” (*op. cit.*, pp. 12-13).

algunos datos a más de 50 participantes, entre alzados y deportados, y a otros 53 que fueron muertos por la represión. En esta narración el joven héroe Modesto Pérez no mató al sargento ni a un soldado –como aseguraba la tradición oral cuando yo era niño– antes de caer cosido a bayonetazos dentro del cuartel español: en realidad al apresado se le dobló el cuchillo en el intento. Igual es un héroe, aunque sea colgado su cadáver en la plaza. Moreno enumera las dos tomas de Mayajigua y algunos otros combates, y hasta los nombres de batallones españoles que actuaron. Relaciona 5 veteranos sobrevivientes y 10 ya fallecidos, y nombra a 23 descendientes directos.

Después de establecer aquel antecedente histórico, la obra se ocupa de la formación y afirmación de la leyenda. En el período que siguió a la Guerra Chiquita, “el pueblo” se reunía en las noches en El Baño, en la finca arrendada por el veterano teniente coronel Secundino Oquendo; a las Juntas de Campesinos y Cobija invitaban a un vecino que combatió en Camagüey.³⁶ Allí se contaban los episodios de

la guerra y se entonaban sus canciones. “Se encontraba el pueblo impregnado de espíritu de libertad”. Menciona más veteranos, un poeta popular, y a otro “que hacía una propaganda continuada ambulante. [...] Y celebraban fiestas a menudo, los veteranos [...] ¡Cuántos ratos agradables pasé!”. La fiesta, como se sabe, es también un instrumento en la vida de las comunidades, para fines diversos; organizarlas bien es, además, una fuente de prestigio. Moreno alude también a su concientización y primeras actividades cívicas.³⁷

Cuando llegaban a Los Baños de Mayajigua los antiguos mambises Francisco Carrillo y Pedro Díaz –según Moreno, ambos eran ahora colonos de caña que molía el ingenio Jinaguayabo, al oeste del vecino municipio de

y noche por los hijos de la metrópoli y nativos; y entonaba lleno de vigor y estimulación patriótica, cantos de aquella época [...]” (*op. cit.*, p. 7; en adelante, las citas son de la segunda numeración).

37 “Y me decía: ¿me tocará algún día poder ayudar a una obra tan grande y majestuosa como es la libertad de mi patria, y contar episodios cual estos ciudadanos? [...]. Entendí que enseñando al que no sabía, era prepararlo para un caso dado a contribuir a la magna obra de la libertad, yendo niños y mozzalbetes de ambos sexos a las reuniones instructivas familiares que daba en la finca de mi padre” (*op. cit.*, p. 8).

36 “[...] el ha poco fallecido sargento Pablo Torres Rosado”, de la infantería villareña de Máximo Gómez. Contaba combates como los de Palo Seco y Las Guásimas, “y su vida errante por las montañas, acosado día

Caibarién–; “corría la noticia de boca en boca, siendo recibidos como nuevos redentores o renovadores”. Los jóvenes como él logran leer algunos periódicos,³⁸ dan fiestas, y en 1893 organizan la Asociación Privada “Hermanos de la fe”; muchos directivos y miembros de ella se fueron después a la guerra. Obviamente, era una sociedad de negros y mulatos, porque se liga “al Directorio Central, del que era Presidente Juan Gualberto Gómez, el que era un verdadero foco de propaganda de Libertad, siendo enviado de Yaguajay como representante al Directorio el Cdte. José Manuel Delgado” (*op. cit.*, pp. 7-8).³⁹ En Yaguajay hacía lo mismo

38 “[...] que con mucha dificultad llegaban a nuestras manos, pues Mayajigua era entonces un pueblo incommunicado”.

39 Quizás por orgullo, Moreno es aquí anacrónico: el joven Delgado se irá a la guerra en 1895 y llegará a comandante. Después será orador, primer juez municipal electo y líder de los partidarios en Yaguajay del Gobernador de la provincia, José Miguel Gómez, consejero provincial en 1902, representante a la Cámara y dirigente del Partido Liberal. Delgado llegó a ser secretario de Agricultura, al inicio del Machadato. Es muy interesante, sin embargo, que Moreno lo cite por su grado mambí y no por el de “general”, grado que Delgado se atribuyó en el alzamiento de 1906 –como otros antiguos mambises–, y por el cual se le llama hasta hoy.

la sociedad “San Francisco de Asís”, que presidía Benito González, adscrita también al Directorio⁴⁰.

La conspiración continúa, reciben a otros activistas –y también periódicos del extranjero–, se relacionan con jóvenes que se destacan en Jatibonico y Sancti Spiritus y organizan excursiones de propaganda por las sitierías y pueblos en un amplio radio que llega hasta Punta Alegre, en la costa al norte de Morón. “Teníamos organizado un coro de Damas, las que entonaban cantos apropiados, entre ellas la que fue herida por las fuerzas españolas en las altivas montañas de Mayajigua, en un brazo y costado, Concepción López de Varona. La totalidad de todas aquellas gentiles hijas de Cubanacán fueron a ocupar sus puestos de honor al toque del clarín” (*op. cit.*, p. 9). La señora Victoria Ortíz,

40 “Con fecha 12 de julio de 1892, el presidente de la Sociedad San Francisco de Asís de Socorros Mutuos de Yaguajay, Benito González, comunica al presidente del Directorio Juan Gualberto Gómez su conformidad y enviará un delegado que lo rela [*sic*] Asamblea dpresentará [*sic*] en el día 23” (ANC, Adquisiciones, Leg. 74, N° 4.308; citado en Montejo Arrechea, 2001: 93). Se refiere a una reunión fundamental, la Asamblea de Sociedades convocada por el Directorio Central, celebrada del 23 al 27 de julio de 1892, con participación de setenta sociedades legalmente constituidas (*op. cit.*, p. 94 y ss.).

dice, sirvió de emisaria entre Juan Gualberto Gómez y Carrillo y Pedro Díaz. En abril de 1895 comenzó la guerra en la región.

He descrito con amplitud esta primera parte para dar una idea de cuánto puede aportar el acercamiento microhistórico a la información y la mejor comprensión de eventos históricos, ya que no puedo exponer aquí ampliamente el contenido de la obra, lleno de informaciones sumamente valiosas. Después de presentar las disposiciones legales que regían el sistema de Prefecturas, Moreno expone un informe detallado de datos de la Prefectura de Cacarratas en 1897, incluidos los del registro civil que se llevaba. Está inscrita una población total de 2.612 personas, que forman 384 familias y están repartidas en las 5 Subprefecturas. Son 423 hombres, 608 mujeres, 743 niños y 838 niñas. Ha habido 77 nacimientos y 51 defunciones, diecinueve casamientos y ¡un divorcio! (*op. cit.*, p. 20-23)⁴¹ Ofrece otros datos de la situación y de las tareas que llevaba a cabo el Orden Civil, que así se le llamaba durante la revolución. A continuación relaciona los servicios

militares prestados por la Prefectura en 1896 y 1897, y reproduce algunas de sus circulares. Y hace un breve recuento de actividades militares sucedidas en la zona.

Moreno presenta una “Relación de los ciudadanos que han contribuido a la santa causa de la libertad, tanto en el orden civil como militar y confidencial, nativos, residentes en el barrio, con expresión de su prole y punto de residencia”. La relación nombra a 266 participantes en la revolución que están vivos al escribir el libro, y ofrece sobre cada uno de ellos algunos datos de 1895-1898 y del momento en que escribe. Ciento seis varones son antiguos combatientes de la 1° División del 4° Cuerpo; 49 mujeres son “veteranas”, un concepto que parece agrupar a las que fueron activas en tareas de la guerra; 86 son varones activistas de la rama civil de la revolución, con expresión de lo que hacían; 21 son mujeres que prestaron servicios civiles; y 4 son confidentes destacados en zonas urbanas. Moreno brinda los nombres de los cónyuges y los hijos de cada uno de los descritos, o aclara si viven solos. Esta parte ocupa la mitad del libro.

La “Relación” ayuda también a arrojar más luz, desde la microhistoria, sobre esa fuente monumental que es el Índice... (Roloff y Forrest, 1901). Veamos algunos casos. El

41 El 75% de los fallecidos son niños. Al relacionar a cada uno de 16 mayajigüeros que sirvieron en la Prefectura, Moreno (1921?: 79-80) dice “registrado en el censo” y va dando su número de cédula.

número 26.598 del Índice..., que ingresó al Ejército el 20 de mayo de 1895, resulta ser, en el libro de Moreno (1921?), “Pío Genetal Genetal de 90 años de edad, natural de África, durante la Guerra de los Diez Años operó en la jurisdicción de Holguín con Calixto García. En esta de Independencia salió en los primeros momentos con el Cdte. Pío Cervantes y el Brigadier Joaquín Castillo [...]. Se vio en los combates de Platero, Yigre y demás sostenidos por las fuerzas a que pertenecía, pues jamás se desviaba de ella”. Este antiguo esclavo que tanto luchó, ¡terminó de soldado! (Roloff y Forrest, 1901: 370)⁴² José Dolores Álvarez, conocido por Rojas, a los 14 años le quitó el fusil a un soldado en Yaguajay y se unió a Pedro Díaz; Moreno menciona 38 combates en los que participó, con P. Díaz, B. Guerra, González Planas y B. Alonso.⁴³ Eulogio Carvajal Rodríguez, de Palma Soriano, se unió el 4 de mayo de 1895 a Bartolomé Masó; fue invasor, herido en el pecho en Iguará, y otra vez en Aguada de Pasajeros, en 1897 (jefe, Gral.

42 Sus apellidos aparecen “Ginetal”. Moreno (1921?: 48) agrega que es soltero y no tiene prole; vive al abrigo del sargento Nicasio Salgado.

43 El 57.146 en el Índice es simplemente el cabo José Rojas, que ingresó el 3 de octubre de 1895 (Roloff y Forrest, 1901: 810).

Pedro Díaz). Moreno menciona otros combates en los que estuvo. José Jova era casi un niño cuando se alzó, al comenzar la guerra; estuvo en diversos combates. Se casó con una veterana.⁴⁴ Pedro Damián Brocat, de Baracoa, hijo de Catalina, se alzó con Félix Ruenes, vino a Las Villas con el Gral. Quintín Bandera y terminó en el Reg. “Remedios”. Moreno menciona varios de los combates en que estuvo.⁴⁵ El cabo Domingo Martínez Martínez, entonces secretario de la Delegación de Veteranos, sirvió en el Regimiento Martí. Fue herido, se le mencionan varios combates, pero no aparece en el Índice.⁴⁶ Tampoco aparecen el sargento Ángel González Camejo, que se inició con su

44 El soldado Jova es el 31.675, hijo de Caridad, que ingresó el 21 de abril de 1895 (Roloff y Forrest, 1901: 452). En Moreno (1921?: 42-43).

45 El soldado “Broscá”, 8.188, hijo de Juan y Catalina, ingresó el 15 de mayo de 1895 (Roloff y Forrest, 1901: 109). Moreno informa que tiene 44 años, es soltero y vive en El Baño.

46 Es improbable que sea el 40.629, cabo Santos Martínez Agramonte, hijo de Dolores y Juana, que ingresó el 1° de junio de 1895 (Roloff y Forrest, 1901: 578). Moreno informa también que los padres de Domingo son Rosalía y Juana, que sirvieron durante la guerra en el orden civil (*op. cit.*, pp. 44-45).

padre en la Guerra de los Diez Años, y en el 95 sirvió en la Artillería, con el Cnel. Estrampes; ni el cabo Benito Pérez Soto, que peleó en la 3° compañía del “Remedios”; ni los soldados Guillermo García Martínez, Miguel Bravo y Martín Jiménez, del “Martí”, José Mesa, del Reg. “Platero”, o Emilio Delgado, del “Remedios”.

Entre otros aspectos de interés, señalo uno. Varios de los mambises que dieron los nombres de padre y madre para el Índice..., 20 años después solo aparecen con el nombre de la madre en la relación de Moreno, un autor sumamente cuidadoso en anotar familiares. Solo encontré uno que “ganó” el padre en la obra de Moreno. Esto sugiere que durante la república hubo un retroceso en la audacia respecto a su filiación que muy probablemente había provocado la revolución entre hijos considerados ilegítimos.

En el libro de Moreno (1921?) las mujeres andan por todas partes, con gran naturalidad. Son activas conspiradoras, esposas, veteranas, miembros de las organizaciones revolucionarias, maestras, ciudadanas. Moreno destaca mucho el trabajo de instituciones femeninas como la Asociación de Mujeres Protectoras de la Revolución,⁴⁷ y concreta en su relato las

actitudes individuales.⁴⁸ No alaba a la maternidad, ni utiliza los estereotipos de época que aparecen en muchas obras dedicadas a aquella guerra: hermanas, esposas e hijas abnegadas, y otros “atributos femeninos”. El único giro rebuscado de todo su texto, las “gentiles hijas de Cubanacán”, se resuelve en la misma oración: todas “fueron a ocupar sus puestos” en la guerra. En el libro de Giberga la única mención política a “la mujer” se refería a una abstracción, al decir que fueron las más influidas por los atractivos del éxito de la insurrección. En concreto habla de mujeres de clase media,

febrero de 1897: “A petición del Secretario del Interior, se acuerda autorizar la creación de una asociación de mujeres [...] cuyo principal objeto es atender y socorrer en cuanto esté a su alcance las necesidades del Ejército Libertador y empleados de la República; aprobando el Reglamento que acompañan, el cual quedará archivado” en *Actas...* (Llaverías y Santovenia, 1933: 105, T. II). Moreno (1921?) relaciona 8 clubes de la Asociación, con su ubicación, número y nombre; el 1 es el “Martí”, el 2, “Basilio Guerra”, el 3, “Maceo”, el 4, “Francisco Carrillo”, el 5, “Pedro Díaz”.

48 Casi siempre identifica a las mujeres que menciona por lo que hicieron durante la guerra. Elogia sus trabajos y actitudes, o pinta un carácter: “la veterana Benisia Moreno, que por su arrojo y valor le decían *la capitana*” (*op. cit.*, p. 63).

47 Reconocida por el Consejo de Gobierno el 11 de

“lindos labios” que lo critican.⁴⁹ La prueba tremenda de la guerra unió en su remolino a muchos miles de personas de ambos sexos de las clases populares, y a numerosos individuos de otras clases que eligieron correr la misma suerte; en sus situaciones límite y su vida cotidiana hombres y mujeres se aproximaron y valoraron mutuamente, como no podía lograrlo ningún largo período “normal”. Qué huellas quedaron de esos impactos, qué nuevas combinaciones de cambios y permanencias se establecieron, son algunas de las preguntas para los temas de género y familia en la primera república. El *Historial patriótico...* es una fuente valiosa para esa búsqueda.

La obra incluye una breve información acerca de la organización veteranista formada en la zona: [...] al concluirse la Contienda lo primero que hicieron fue el formar una Asociación, hoy Delegación, [...] en el año 1899, antes de estar formada la Asociación Nacional de Veteranos en La Habana” (Moreno, 1921?: 83) Explica cómo ha actuado el movimiento en diferentes momentos, y la importancia que da a difundir “la instrucción tanto moral como cívica”

49 A las que Giberga escucha “con la indulgencia que ha de tener siempre un caballero para las expansiones femeninas” (*op. cit.*, p. 154).

(*op. cit.*, 83).⁵⁰ Da cuenta de la existencia de una Comisión Femenina de Veteranas, y de las fiestas patrióticas que organiza junto a la Delegación. Celebra la formación patriótica que imparten a niños y adultos los maestros de instrucción pública del Barrio, y brinda los nombres de diecisiete de ellos. Por último, rinde tributo “al mártir de los dos Ríos en el cumpleaños de su caída y al General José González Planas, Jefe de la segunda Brigada de la primera División del cuarto Cuerpo. A los ciudadanos muertos en los campos de Mayajigua, figurando entre ellos los que en el día mencionado serán depositados sus restos en el panteón dedicado al efecto en Yaguajay” (*op. cit.*, p. 87).⁵¹

En todo el libro no existe ninguna mención a razas ni a nada derivado de ellas, ni siquiera cuando el autor se refiere al Directorio Central,

50 “[...] no pasa una fecha histórica que no se le rinda su tributo merecido [...]” (ídem).

51 Moreno relaciona 7 combatientes cuyos restos permanecían en el campo. Uno es el capitán Andrés Sabroso, teniente en la Guerra del 68, que ingresó en agosto de 1895 y murió el 1° de diciembre de 1896, en el ataque a Mayajigua. Otro es un “Capitán expedicionario Extranjero cuyo nombre se ignora, muerto en el mismo combate”. ¿Seguirá siendo un soldado desconocido este internacionalista?

pues no completa su nombre: “de sociedades de color”. Se trata de un silencio impresionante, porque Moreno y quizás la mayor parte de los mencionados son negros o mulatos. Puede traslucir el orgullo por la participación de la raza “de color” en la revolución, implícito en lo que se narra de Basilio Guerra, José González Planas, Pedro Díaz Molina⁵² o Manuel Delgado, y en el juicio laudatorio sobre Juan Gualberto Gómez⁵³ y el papel de las sociedades “de color” en la preparación de la insurrección.⁵⁴ Todos esos conspiradores González, Ortíz, Batista, Fdragas, Jiménez, los sobrinos zapateros de Pedro Díaz, los parientes del autor, cuya

52 Mayor general, jefe del 6° Cuerpo del Ejército Libertador (la provincia de Pinar del Río), el hijo de Yaguajay que alcanzó mayor rango en la revolución.

53 En la página titulada “Grupo histórico” identifica a Juan Gualberto y otros cuatro revolucionarios negros y mulatos presos durante la Guerra Chiquita al sacar armas de Santa Clara en una carreta, fotografiados en Ceuta. La foto, dice, fue remitida desde Cayo Hueso en 1888, por el periodista revolucionario villaclareño José D. Hernández.

54 “[...] el Directorio Central, que como ya he dejado dicho, era el foco luminoso que iluminaba de Oriente a Occidente el camino que habían de seguir los cubanos para conseguir su ansiado derecho de libertad” (*op. cit.*, p. 10).

actividad recoge la narración, son “de color”, que hasta hace menos de 15 años debían especificar: “de color libres”.⁵⁵ Pero sus compañeros de conjura, los Cervantes, Leyva, Carrillo, Benítez, Castillo y otros tantos, seguramente son “blancos”.⁵⁶ La conspiración de gente

55 Los abuelos y padres de muchos de ellos deben haber odiado la esclavitud masiva a la vez que resentían la presencia de estos esclavos que los disminuían tanto socialmente. Sus descendientes buscan inspiración para la lucha política nacional en una memoria sublimada de lo que ya resultaba preferible olvidar, como en los versos de la canción de aquel coro de las jóvenes que Moreno (1931) recuerda todavía: “Porque ya es hora que el esclavo rompa/ esas cadenas que lo tienen sumergido”.

56 Moreno también elogia mucho a Pío Cervantes y Joaquín Castillo López, y son favorables sus menciones a Francisco Carrillo, tres libertadores de piel blanca. Es sugerente que, aunque publica su foto, no mencione nunca al Gral. José Miguel Gómez, jefe de la 1° División de Las Villas, que sería enseguida gobernador de la provincia y después líder liberal, una de las figuras cimeras de la política de la época y presidente de la república en 1909-1913. Ignoro si la actitud de Moreno guarda relación con una narración que escuché de niño acerca de que la Jefatura de la 1° División le correspondía a González Planas, pero se le dio a José Miguel, presumiblemente por ser negro aquel. Es improbable que esto sea históricamente cierto, pero la creencia en que lo fuera es un hecho que interesa a la Historia.

sencilla y sectores medios bajos⁵⁷ que narra Moreno, que trasciende la localidad y el regionalismo, se comunica con La Habana y espera una señal del exterior, es un empeño plurirracial y nacionalista, es un síntoma fuerte de una nueva política que pugna por emerger.

Por otra parte, no hay en la obra nada que aluda, ni siquiera de pasada, a una misión cívica específica de los no blancos en la república, y la lucha cívica que Moreno plantea es una empresa de todos los que se sientan patriotas, sin distinción. No existe ninguna razón para suponerle aviesas intenciones al silencio de Moreno. Su mutismo constituye un llamado a que sigamos profundizando en la comprensión de la “ceguera ante las razas”, o más exactamente, en la construcción cultural de lo racial en la primera república y sus relaciones con la hegemonía y con los complejos ideológicos. Entiendo que es necesario precisar más las permanencias y cambios en la cuestión racial en el curso del período que va de 1899 a la Revolución llamada

57 J. Castillo, Cervantes y Guerra son “del campo” (Moreno, 1921?: 21; Roloff y Forrest, 1901: 50, 106). Carrillo era colono, y Pedro Díaz estaba asociado a él. “Los trabajadores de las minas de asfalto que yo poseía, todos ingresaron en las fuerzas de Pío Cervantes y Basilio Guerra” (Moreno, 1921?: 9).

del 30, y practicar también aproximaciones a la cuestión desde otros aspectos de las realidades sociales, tanto materiales como ideales.

La construcción racial y el racismo en Cuba entraron en una nueva etapa a partir de la Revolución del 95, la ocupación norteamericana y el establecimiento de la primera república. Después de 1898 las relaciones en pie de igualdad entre las razas ganaron terreno a escala nacional,⁵⁸ y las ideas sobre las razas fueron mucho más inclusivas, porque:

- a) Los no blancos se lo ganaron con su participación masiva en la gran prueba de la guerra, y se afirmaron en la convicción de que les correspondían derechos conquistados;

58 No puedo atender aquí las diferencias regionales y locales, que suelen tener importancia al analizar las cuestiones raciales en un país, y Cuba no era una excepción. Pero una característica de la Revolución del 95 y de la república a que dio lugar fue la *disminución* de esas diferencias, mucho más allá de lo que ya advertía Giberga en 1897. El peso de lo nacional en la construcción racial republicana no estuvo determinado por un plan “desde arriba”; tuvo fuertes componentes populares, y formó parte de una construcción nacional modelada a partir de presiones, negociaciones y conflictos entre los diversos grupos sociales activos.

- b) Se desarrollaron alianzas interracialas en las luchas políticas y sociales de la revolución y de la república, que tendieron a permanecer aunque con nuevos contenidos, y se crearon lazos interracialas a partir de las grandes experiencias compartidas;
- c) La corriente ideológica principal fue el nacionalismo de origen mambí, proclamado antirracista e igualitario. La ideología mambisa fue legitimada por las prácticas durante la gesta nacional, e invocada frente a las realidades republicanas;
- d) El orden legal y el sistema político de la primera república favorecían la asunción plena de la ciudadanía por los no blancos y su presencia en la vida cívica, aunque fuera limitada;
- e) Los no blancos apelaron a todos los medios a su alcance para ascender socialmente: educación, trabajo, asociación, participación política, imagen de miembros de la comunidad nacional;
- f) La explotación del trabajo libre no pudo beneficiarse de modo muy amplio del racismo antinegro cuando la economía en expansión recibía una masa enorme de inmigrantes “blancos”, y la asociatividad de trabajadores se hacía cada vez más interracial.

El racismo persistió, sin embargo, en las nuevas circunstancias, porque:

- a) Ya poseía una implantación cultural en la conciencia común de la población, con mecanismos cotidianos de reproducción;
- b) Los resultados de la Revolución del 95 no afectaron las bases del sistema social que había necesitado al racismo, y bajo el orden republicano era posible utilizarlo y se utilizó para ganar ventajas en la explotación y la dominación;
- c) El sistema republicano burgués neocolonial debió ser liberal en política y conservador en lo social: el racismo era un elemento social factible de ser usado como carta conservadora;
- d) Las creencias compartidas en la civilización y el progreso sirvieron para quitarle espacio a la ideología mambisa y para legitimar el nuevo orden. Ellas incluían la “teoría” de la superioridad de la raza blanca y la creencia en las ventajas y la inevitabilidad del “blanqueamiento” de Cuba, y estimaban la instrucción, la “solvencia económica” y las ideas y costumbres europeas como índices de superioridad o mérito;

- e) La persistencia del colonialismo mental y las creencias asociadas a él durante la primera república dieron cierto peso al aspecto racista de la influencia norteamericana, en una época en que se reforzaba el racismo más abierto y excluyente en los Estados Unidos.

El rasgo del racismo facilitó la adaptación ideológica de los dominantes nativos a uno de los atributos del *mainstream* occidental del 1900: el racismo colonialista imperialista, basado en las ideas sobre razas superiores y en la “misión civilizadora del hombre blanco”. Pero Cuba, país plurirracial, era una posesión colonial devenida neocolonia a través de un proceso muy conflictivo en que la identidad nacional y la revolución popular fueron determinantes para el origen del Estado en 1902. Por ello, al adecuarse su clase dominante al racismo “civilizatorio” se subordinó a la ideología colonialista y efectuó un retroceso respecto a lo que ya había vivido la conciencia social cubana.⁵⁹

59 Las denuncias y exigencias de los oradores –J. G. Gómez, Silverio Sánchez Figueras, Lino D’Ou y G. Campos Marquetti– en el acto del “Comité de Veteranos de la raza de Color” del 29 de junio de 1902 –apenas a un mes del inicio de la república–, en el teatro Albisu de La Habana, muestran ese escandaloso retroceso (Portuondo Linares, 1950: 14-15; Ibarra, 1992: 239-240).

De ese modo redujo su capacidad de conducción interna y evidenció la debilidad de su régimen para hacer valer cualquier pretensión de ser tenido por algo más que socio menor o mandante; en momentos de desconfianza o crisis hasta sus dignatarios podían ser vistos como una suerte de “blancos sucios”. Como es sabido, ese menosprecio enconaba las reacciones del colonizado, que suele buscar legitimación en parecerse lo más posible al modelo colonial.

La exigencia de la participación política de los no blancos fue en buena medida satisfecha –pese a fuertes restricciones– y se utilizó más de una vez por ellos para ganar espacios o demandas sociales, pero el reto de una nueva construcción de raza no fue enfrentado por el pensamiento republicano, que retrocedió ampliamente respecto a las ideas de José Martí y de la revolución. El axioma de no ofrecer ningún pretexto al intervencionismo norteamericano como guía de la acción y los juicios políticos, y la unión irrestricta de todos los cubanos como requisito del mantenimiento de la nación e imagen que contrapesara la pretendida incapacidad para ejercer el gobierno propio, fueron esgrimidos de modo sistemático para acusar de malos patriotas a los activistas no blancos que desafiaran –real

o aparentemente— al orden vigente con sus demandas de mayor equidad o de mejoras de la situación de su grupo social.⁶⁰

Era obviamente un cuadro conflictivo el de aquella república postrevolucionaria, neocolonial, nacionalista, liberal, burguesa y democrática, en la que principios y prácticas muy necesarios se contraponían entre sí, y también instituciones e ideologías. Fue incierto el nacionalismo, y también el racismo, la democracia, la soberanía, y a la postre también lo fue la extraordinaria expansión económica que siguió a los años de reconstrucción del país. Hay una historia concreta de cada uno de esos aspectos dentro del período, y de las relaciones entre ellos. Pero yo debo volver al *Historial patriótico de los hijos de Mayajigua* (Moreno, 1921?).

Moreno no expone ninguna valoración general del transcurso, ni del alcance o los límites de la Revolución del 95. Quizás se abstuvo de hacer los comentarios que eran tan usuales en las memorias de guerra de la época, por

considerar su deber de historiador no hacerlos. Pero es obvio su criterio de que aquel evento marcó como ninguno las vidas de las personas que lo vivieron; también es evidente que le atribuye una importancia trascendental para la existencia de la república, y para guiar los valores patrióticos y los sentimientos nacionalistas hacia la realización de ideales todavía no alcanzados. Sería muy interesante comparar en lo posible su discurso con los de los relatos de Ricardo Batrell Oviedo (1912) y Mangoché, aunque estos sean de otro género, y muy posterior el segundo. Francisco Moreno no trae un anecdotario ni una narración en primera persona, aunque haya trazos de ambos en algunos pasajes de su libro, sino un relato histórico. Y desde su punto de partida, ha hecho un trabajo historiográfico.

Casi hasta la fecha en que Giberga escribió su libro eran los doctores, herederos culturales de los patricios de la primera mitad del siglo, los que dominaban la escritura acerca de la nación y de sus factores y problemas, a pesar del reto popular que les habían lanzado la Revolución del 68 y la producción radical de pensamiento de las dos últimas décadas. La Revolución del 95 fue la conmoción extraintelectual que cambió al país y desquició aquel predominio. El libro de Giberga (1931) es un

60 El más grave hecho de ese tipo durante la primera república fue la gran matanza desatada en Oriente en junio de 1912, para reprimir la “protesta armada” iniciada por el Partido Independientes de Color el día del décimo aniversario de la república.

fruto de la violencia ejercida por la crisis revolucionaria sobre el pensamiento. Veinticinco años después, Francisco Moreno (1921?) trae en su libro los frutos de la gran revolución que dio paso a la creación de nuevas realidades, a pesar de todos los recortes del proyecto radical y de la reformulación de la hegemonía de la dominación viabilizada por la primera república. Moreno puede mostrar entonces como en un corte transversal la vida en la guerra revolucionaria de las clases humildes que la pelearon; y a la vez reivindicar una determinada –y no cualquiera– memoria histórica de ella.

En el nuevo siglo, y después de ser Cuba el primer país de América que pasó de la condición colonial a la independencia no directamente sino a través de la ocupación militar por una potencia que la sometió a una relación neocolonial, la clase subordinada a esa relación pero dominante en Cuba había logrado al fin serlo simultáneamente en la economía, la política y la reproducción ideológica. Pero no había logrado apropiarse de la gesta nacional y sus símbolos, ni era la conductora del nacionalismo. Las clases populares los tenían por suyos, eran un aspecto decisivo de su identidad y su memoria histórica, e influían en grados importantes sobre sus comportamientos políticos y sociales. Las consecuencias de esas

nuevas realidades eran complejas, y en muchos casos podían favorecer a la clase dominante republicana, pero sin dejar de ser la base de un proyecto nacional, de una república a alcanzar, que era potencialmente hostil al sistema de dominación vigente. La nación y el nacionalismo eran un territorio en disputa.

Antes de terminar, me vuelvo una vez más a mis vivencias primeras. Dice un día mi padre, eterno miembro directivo de la Sociedad de Instrucción y Recreo “El Progreso”, en su voz baja casi cariñosa: “No lo olvides, los negros hicimos la Independencia de Cuba”. Bien, se pregunta el muchacho, pero ¿qué quiere decir eso de “los negros”? Poco tiempo después, en el parque Cnel. Leoncio Vidal de Santa Clara, segregado por razas, nos paseamos del brazo unos muchachos de todos los colores, que decimos: “Nosotros somos transparentes”. Bien, pregunta un muchacho que me escucha hoy, pero ¿qué quiere decir eso de “transparentes”?

BIBLIOGRAFÍA

Anónimo 1948 *Impresiones de la Guerra de Independencia* (La Habana, s/d).

- Batrell Oviedo, R. 1912 *Para la historia: apuntes autobiográficos* (La Habana: Seoane y Álvarez Impresores).
- Batrell Oviedo, R. 2015 [1912] *Para la historia: apuntes autobiográficos* (La Habana: ILC).
- Cepero Bonilla, R. 1960 *Azúcar y abolición* (La Habana: Echevarría) Segunda edición.
- De Arango y Parreño, F. 1973 [1792] "Discurso sobre la agricultura de La Habana y medios de fomentarla" en Pichardo, H. *Documentos para la historia de Cuba* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales) T. I. Segunda edición.
- De Armas, R. s/f *La revolución pospuesta* (La Habana: s/d).
- De Armas, R. 1971 "s/d" en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 49-50: 7-118, febrero-marzo.
- De la Fuente, A. 2001 *A Nation for All. Race, Inequality, and Politics in Twentieth-Century Cuba* (Chapel Hill: University of Carolina Press).
- Ferrer, A. 1999 *Insurgent Cuba. Race, Nation, and Revolution, 1868-1898* (Chapel Hill: University of Carolina Press).
- Giberga, E. 1931 *Obras* (La Habana: Rambla, Bouza y Cía.) T. 3 y 4.
- Gómez J. G. 1885 *La cuestión de Cuba en 1884* (Madrid: s/d).
- Helg, A. 1995 *Our Rightful Share. The Afro-Cuban Struggle for Equality 1886-1912* (Chapel Hill: University of Carolina Press).
- Ibarra, J. 1992 *Cuba 1898-1921. Partidos políticos y clases sociales* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Imberνό, P. J. 1891 *Guía Geográfica y Administrativa de la Isla de Cuba* (s/d: E. T. La Lucha).
- Llaverías, J. y Santovenia, E. (comp.) 1933 [1928] *Actas de las Asambleas de Representantes y del Consejo de Gobierno durante la Guerra de Independencia* (La Habana: Academia de la Historia de Cuba / Imprenta de Rambla y Bouza) T. I-IV.
- Marrero, L. 1955 *Geografía de Cuba* (La Habana: Talleres ALFA) Segunda edición.
- Martínez Heredia, F. 1992 "Economía, sociedad y hegemonía en la historia de Cuba: algunos problemas", Presentado en la *Jornada Científica* del Centro de Estudios sobre América, La Habana, Cuba.
- Martínez Heredia, F. 1994 "Cuba: coyuntura actual y acumulaciones históricas", Presentado en *Seminario Permanente El Mundo Actual* del Instituto de

- Investigaciones Económicas (IIEc-UNAM), México, diciembre.
- Martínez Heredia, F. 1995 “Nación y sociedad en Cuba” en *Contracorriente* (La Habana) N° 2: 25-33, octubre-diciembre.
- Martínez Heredia, F. 1997 “Cuba: coyuntura actual y acumulaciones históricas” en *Geoeconomía y geopolítica en el Caribe. Cuba, Estados Unidos, México* (México DF: IIEc-UNAM).
- Martínez Heredia, F. 1999 “Nacionalizando la nación. La reformulación de la hegemonía en la segunda república cubana” en *Anuario del Centro Juan Marinello* (La Habana) N° 1.
- Martínez Heredia, F. 2000 “Democracia y cultura política en Cuba”, Presentado en *Seminario Internacional Democracia, poder y ciudadanía*, organizado por el Laboratorio de Políticas Públicas, Universidad del Estado de Río de Janeiro, Brasil, del 24 al 26 de mayo.
- Martínez Heredia, F. 2001a “Presentación de *Máximo Gómez frente al imperio (1898-1905)*, de J. Ibarra”, La Habana, julio.
- Martínez Heredia, F. 2001b “Ricardo Batrell empuña la pluma” en Martínez Heredia, F.; Scott, R. J. y García Martínez, O. *Espacios, silencios y los sentidos de la libertad: Cuba 1878-1912* (La Habana: UNIÓN).
- Martínez Heredia, F.; Scott, R. J. y García Martínez, O. 2001 *Espacios, silencios y los sentidos de la libertad. Cuba entre 1878 y 1912* (La Habana: UNIÓN).
- Montejo Arrechea; C. 2001 *Sociedades negras en Cuba, 1878-1960* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales / ICIC Juan Marinello).
- Moreno, F. 1921? *Historial patriótico de los hijos de Mayajigua. Residentes, Circunvecinos, Relacionados con la Prefectura de Cacarratas, Asociación de Mujeres Protectoras de la Revolución, Colegio de Cuba Libre “Martí”* (s/d). [Incluye el Apéndice: “Constitución de nuestro Gobierno Provisional de Cuba Libre”].
- Moreno Fragnals, M. 1977 “Aportes culturales y deculturación” en *África en América Latina* (México DF: Siglo XXI).
- Moreno Fragnals, M. 1995 *Aportes culturales y deculturación* (La Habana: Pablo de la Torriente Ed.).
- Pérez de la Riva, J. 1963 *Correspondencia reservada del capitán general Don Miguel Tacón 1834-1836* (La Habana: BN J. Martí).
- Portuondo Linares, S. 1950 *Los Independientes de Color* (La Habana:

- Dirección de Cultura del Ministerio de Educación).
- Rodríguez, R. 1998 *Cuba: la forja de una nación* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales) T. II.
- Roig de Leuchsenring, E. (ed.) 1974 [1954] *Por Cuba Libre* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales) Segunda edición.
- Roloff M., C. y Forrest, G. (comps.) 1901 *Índice Alfabético y Defunciones del Ejército Libertador de Cuba* (La Habana: Imprenta de Rambla y Bouza).
- VV. AA. 1940 *Cuba en la mano. Enciclopedia popular ilustrada* (La Habana: Ucar, García y Cía.). [Incluye Índice Biográfico].

INTRODUCCIÓN

A LA REVOLUCIÓN CUBANA DEL 30*

Cuba se convirtió en una nación cuando sumó, a la lenta acumulación de rasgos culturales que van tornando específico a un pueblo en un lugar determinado del mundo, sus revoluciones del último tercio del siglo XIX. Ellas le dieron un significado particular a la emancipación de la gran masa de esclavos negros y al proceso que acabó con el régimen colonial, posibilitaron que fuera orgánica la composición de la población de Cuba y la integración de sus regiones físicas, proveyeron una gesta nacional con su historia propia, sus fastos, dolores, símbolos y emociones compartidos. Esas dos revoluciones crearon al pueblo cubano como comunidad autoidentificada como tal e irreductible a cualquier otra del planeta, hicieron que la política fuera la forma de conciencia social más característica del pueblo

de la isla y que ella exigiera la creación de una nación Estado republicana, con instituciones y usos democráticos. Por esas revoluciones, el nacionalismo en Cuba ha tenido un contenido popular y de ideas radicales que ha impedido a los que dominan disponer de él libremente como instrumento de hegemonía. La inmensa herencia de esas revoluciones sigue teniendo un gran peso en el mundo espiritual y político cubano.

Otras dos revoluciones sucedieron en la Cuba del siglo XX. La cuarta, iniciada en 1953 y triunfante en 1959, ha llenado con sus hechos y sus consecuencias el casi medio siglo siguiente, hasta hoy. La tercera, a medio camino histórico y cronológico entre esta última y las de independencia, es la que llamamos Revolución del 30.¹ En cierto número

* Publicado en: Martínez Heredia, F. 2012 “Introducción” en Martínez Heredia, F. *La Revolución cubana del 30. Ensayos* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales / Ruth Casa editorial) pp. 1-20.

1 Algunos estudiosos la han llamado Revolución del 33. Pero eso infringe el hábito general en Cuba de fechar a las revoluciones por el año de su inicio, que en este caso fue 1930, e induce al error de juicio –o la po-

de trabajos me he referido a esta revolución como la menos conocida y recordada de las cuatro. He elaborado este libro a partir de los resultados de un trabajo sostenido de investigación y pensamiento que inicié ya hace cuatro décadas, en busca de la comprensión de aquel proceso histórico.

El uso de las analogías entre eventos históricos de diferentes épocas o países como instrumento del conocimiento social conlleva muchas dificultades y riesgos de errar, pero también aporta sugerencias valiosas y terreno de preguntas e hipótesis, rasgos sin los cuales la ciencia social tiene muy poca utilidad y frutos como tal. Para ser funcionales, esas analogías se ven obligadas a dejar a un lado variables que podrían incluso invalidar afirmaciones que se hagan a partir de ellas. Hechas estas salvedades, quisiera comenzar a explicar lo que he pretendido en esta obra con una brevísima comparación de tres aspectos –entre otros que podrían someterse al mismo procedimiento– de las tres revoluciones cubanas a las que me referí: los grados de unificación

sición ideológica– de reducir los hechos y el alcance de aquel evento histórico a la “revolución contra Machado”, por la caída del régimen machadista el 12 de agosto de 1933.

del campo revolucionario alcanzados, sus instrumentos y el papel desempeñado por sus líderes.

Las Revoluciones del 68 y el 95 contaron con una entidad política rectora permanente –la República en Armas–, que tuvo su orden constitucional y legal elaborados, y con un instrumento militar único –el Ejército Libertador–, muy organizado como institución y articulado con el gobierno de la revolución. Los principales líderes de la Revolución del 68 no fueron jefes incontrastados –Céspedes fue depuesto en 1873 y abandonado a su suerte, Máximo Gómez tuvo y perdió mandos militares–, o de alcance nacional –Agramonte fue líder solamente del Camagüey; Maceo surgió como el líder popular más destacado solo al final de la guerra. Los líderes de la Revolución del 95 sí alcanzaron un peso decisivo, aunque dentro de las formas políticas y legales que la revolución construyó. Martí formuló el ideal nacional popular, creó el partido, organizó el inicio de la guerra revolucionaria, unió a las generaciones involucradas y proveyó un cuerpo de ideas eficaz y a la vez muy trascendente; se convirtió en el símbolo de la patria y del proyecto republicano. Maceo fue el líder popular de la guerra, paradigma de las virtudes revolucionarias y símbolo de la cubanía y de la unidad forjada entre las razas.

Máximo Gómez, jefe indiscutido del Ejército y reconocido como genio militar, impuso sus cualidades y su radicalidad, y fue la mayor personalidad del país desde 1898 hasta su muerte. Los tres fueron líderes nacionales y populares.

Durante la Revolución del 30 nunca existió la unificación política del campo revolucionario en un grado significativo, ni la de sus instrumentos, y ninguno de sus líderes desempeñó papeles decisivos. Los hechos más influyentes fueron acciones populares colectivas.² La deslegitimación que experimentó el sistema político a partir del acto dictatorial de 1927, que prorrogó los poderes ejecutivo y legislativo del Estado hasta 1935 y liquidó la política bipartidista vigente, provocó un repudio popular latente, que se hizo expreso desde 1930. Dos vertientes políticas organizadas lucharon separadas contra la dictadura: una de grupos revolucionarios opuestos al sistema en diversas formas y grados, y otra de políticos del sistema que deseaban obtener el poder y sus

gajes, y cerrar el paso a una revolución. Una tercera vertiente, basada en el comunismo de la Internacional, trataba de organizar y conducir a los trabajadores hacia una revolución social contra el sistema; era independiente y muy crítica de las otras vertientes. Todas batallaron con la represión y desgastaron al régimen, hasta que en mayo de 1933 el imperialismo norteamericano, controlador en última instancia del sistema a través de la relación neocolonial, “medió” en la crisis cubana, para lograr una sustitución de los gobernantes sin riesgo de revolución. Esto provocó una verdadera división del campo opositor –a mi juicio muy positiva– entre los cómplices de Estados Unidos y los opuestos a su dominio.

Desde fines de 1932 las acciones populares colectivas de resistencia y de protesta cobraban cada vez más intensidad y permanencia. Ellas iban a la vez contra la dictadura criminal y contra la pretensión del capitalismo neocolonial cubano de trasladar a las mayorías las consecuencias del final de la larga época –siglo y medio– en que el crecimiento de la exportación de azúcar había sido la constante principal en la formación económica, quiebra a la que siguieron de inmediato los efectos de la gran crisis económica mundial. Tiranía y desastre social fueron las condiciones de la revolución

² Me valgo del concepto de sociólogos del conflicto social como Charles Tilly, quien presta mucha atención a los procesos de movilización de recursos políticos y organizativos por masas de participantes, la dinámica de la acción colectiva y los papeles de las intenciones y la voluntad política. Ver, por ejemplo, Tilly (1990: 167-195).

que se desplegó. Las luchas revolucionarias y la protesta social masiva desembocaron durante el verano de 1933 en la caída de la dictadura de Machado y el quebranto sucesivo de la mayoría de las instituciones. Sitúo la crisis revolucionaria en su dimensión amplia entre fines de 1932 y marzo de 1935; la condensación mayor y más aguda de la crisis fue entre agosto de 1933 y enero de 1934, cuando la conciencia antiimperialista se generalizó y existieron una gran rebelión social y un gobierno revolucionario. En vez de coordinarse, esas fuerzas se mantuvieron distantes y tuvieron algunos enfrentamientos. En los quince meses finales de la crisis amplia el clima de activa protesta social y acciones revolucionarias persistía, y la contrarrevolución en el gobierno no controlaba totalmente la situación, pero no hubo unidad de acción ni pasos reales de acercamiento entre el movimiento huelguístico ahora más politizado, el socialismo insurreccional guiterista y el nuevo partido “auténtico”.

No intentaré sintetizar en esta introducción los hechos que considero más significativos ni los análisis y valoraciones que he venido elaborando sobre la Revolución del 30. A ellos me refiero a lo largo de este libro, cada vez que resulta necesario para la exposición; también lo he hecho en otras investigaciones y trabajos

míos.³ Pido al lector que tenga muy en cuenta los hechos de la revolución y del medio en el que ella sucedió, porque los acontecimientos, más los diferentes aspectos de la formación social, los conflictos y sus referentes sociales, los rasgos principales de la época, con sus cambios y permanencias, siempre son esenciales cuando se analizan y valoran las motivaciones y actuaciones individuales, y por tanto a aquellas personas que desempeñaron papeles destacados. El estudio de varias personalidades es precisamente el tipo de aproximación a la Revolución del 30 que he escogido. El libro combinará el análisis del complejo que formó cada coyuntura relevante con el de las acciones, ideas y estrategias de esas personalidades –que trataban de resolver esas circunstancias a favor de sus ideales–, privilegiando el estudio de sus actuaciones.

3 Algunos hitos de ese largo camino son: *Pensamiento Crítico* (1970); el proyecto de investigación *La crisis revolucionaria de 1933*, Universidad de La Habana, 1972; y el ensayo “Guiteras y la revolución” (2001 [1973]: 198-235) [Texto incluido en la presente antología]. Traté el tema ampliamente en dos cursos de posgrado en el Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, en 1999 y 2000, respectivamente.

Al no existir durante la Revolución del 30 una conducción unificada, el lugar de las personalidades reconocidas resultó más descollante, pero sus actuaciones, a la vez, fueron menos efectivas. He seleccionado a cinco revolucionarios entre los que compartieron o impulsaron las posiciones más radicales; tres de ellos fueron protagonistas y son los más citados hasta hoy. Los otros dos militaron en la izquierda estudiantil y su fama se consolidó a partir de sus escritos, aunque uno de ellos murió en combate como internacionalista y el otro tuvo una larga vida cívica e intelectual, y altos cargos en la cuarta revolución. Toda selección obliga a excluir. Por su actuación radical en aquella revolución, el dúo de Raúl Roa y Pablo de la Torriente Brau podría ampliarse con Gabriel Barceló, Ramiro Valdés Daussá, César Vilar, Leonardo Fernández Sánchez u otros. El campo revolucionario tuvo también personalidades sobresalientes entre los que mantuvieron ideas y actitudes menos radicales. Ramón Grau San Martín fue presidente, y el que tuvo influencia más dilatada en la época posterior; Eduardo Chibás se destacó mucho, y 15 años después fue el mayor líder político del país. Emilio Laurent, Rubén de León, Sergio Carbó, Carlos Prío, ampliarían esta lista. Pero todas esas relaciones son ilustrativas, otros podrían aparecer en ellas.

Es obvio que otros estudiosos podrían hacer un trabajo análogo con las personalidades opuestas a la revolución, o los que la traicionaron. La Historia en Cuba no cuenta con muchos trabajos serios acerca de las personalidades que sirvieron a la dominación o militaron en las contrarrevoluciones, y tampoco acerca de los organismos que tuvieron esas funciones. Ese perjuicio al conocimiento social se debe, a mi juicio, a la ideologización mal entendida, la falta de método eficaz de los programas de investigación y la ausencia de debates de cuestiones esenciales, e incluso de información y comunicación.

Reitero que las condiciones en las que se produjeron los cambios de las personas y las relaciones e instituciones sociales generados por la Revolución del 30 fueron las del agotamiento del régimen político e ideológico de la primera república burguesa neocolonial y el fin de la larga época del crecimiento de la exportación de azúcar al mercado mundial con liberalismo económico, que había abarcado toda la segunda formación económica de la historia de Cuba y casi dos tercios del tiempo que duraría la tercera.⁴ La acumulación cultural revolucionaria

4 Me opuse siempre a las clasificaciones en las que por fuerza debía caber la historia de los países que fueron subordinados y explotados por la expansión mun-

y política a la que me he referido hizo inaceptables las soluciones de autoritarismo político y resignación a la miseria y el desempleo que ofrecía la dominación. Entonces se puso a la orden del día una revolución socialista de liberación nacional.

Pero uno de los errores fundamentales que cometen estudiosos de épocas de bruscos cambios sociales es confundir sus análisis acerca de las estructuras, relaciones sociales y conflictos que existieron con lo que sentían y entendían las personas involucradas que los vivieron y actuaron en los eventos. Otro error, muy ligado al primero, es creer que el movimiento histórico que se produjo debía guardar una relación de dependencia con lo que ellos entienden por estructura económica social, lo que expresan con ideas como *determinación*, *necesidad* y otras

dial del capitalismo. Utilizando el aparato conceptual de Marx, en los años setenta adopté una secuencia numérica para las cuatro formaciones económicas que han existido en la historia de Cuba a partir de su colonización: primera, de la colonización a la novena década del siglo XVIII; segunda, de allí a la novena década del siglo XIX; tercera, de entonces a 1959-1960; y cuarta, de entonces a hoy. Ver el Programa del posgrado –que no pudo impartirse– en: Martínez Heredia (1975).

parecidas.⁵ Asumir y exponer esas creencias en Cuba como si fueran “aplicaciones” del marxismo ha acarreado desaciertos y confusiones muy graves en la materia misma de ciencia social y en numerosos campos de la vida, debido al peso y las funciones que tiene el marxismo como ideología. Ya no como cuestiones discutibles de teoría y de método, sino como artículos de fe, ellas han concurrido a un cuadro negativo para la investigación, pero sobre todo para la enseñanza y la divulgación de la Historia.

Más le vale a la ciencia social tratar de formular buenas preguntas, que den la posibilidad de comprender, o por lo menos de avanzar. Por ejemplo, la Revolución del 30, ¿fue una consecuencia final del largo proceso histórico iniciado en lo político en 1868 y en lo económico a fines del siglo XVIII? ¿O constituyó una toma de conciencia mediante la práctica de cómo podía hacerse realidad la Cuba de los proyectos revolucionarios, la Cuba que era posible realizar? Yendo a sus hechos, las limitaciones tan graves que confrontaron los proyectos y los esfuerzos

5 Una de las constantes de mi trabajo intelectual es la crítica de esas ideas, como consecuencia de que asumo otros puntos de partida teóricos. Ver un ejemplo de mi posición en “La Guerra de España revisitada” (Martínez Heredia, 2006 [1998]: 200-213).

más radicales, ¿se debieron a que la conciencia y la organización políticas no se formaron a tiempo para intervenir con éxito? ¿O fue por la gran incongruencia que portaba la formación social cubana entre sus relaciones e instituciones económicas y el campo de lo político e ideológico, entre sus mundos espirituales y el tipo de modernidad burguesa neocolonial que se había plasmado en ella?

El primer par de preguntas podría alimentar la hipótesis de que los eventos y las consecuencias de la revolución fueron lo más avanzado esperable, y de que las posiciones más radicales carecían de suelo social, aunque fueran interesantes. O, por el contrario, la hipótesis de que la acumulación cultural cubana citada no solamente permitía combatir la dictadura y la explotación y opresión social, sino que ya incluía la posibilidad de plantear y encontrar factible el socialismo de liberación nacional, es decir, formulaciones positivas para conquistar unidas la libertad, la soberanía plena, la democracia y la justicia social. El segundo par de interrogantes puede ser conveniente para la exploración de diferentes alternativas de explicación a conjuntos de datos de aquel proceso revolucionario, que contribuyan a comprensiones más profundas, y válido para la elaboración de síntesis acerca del conjunto

de la Revolución del 30. Puede arrojar más luz sobre la cultura política que guió los orígenes y el desarrollo del movimiento insurreccional de los años cincuenta. Y quizás la idea de la gran incongruencia puede contribuir al análisis de otras situaciones que hemos vivido desde entonces, a lo largo del siglo XX y hasta hoy.

Sin olvidar que una revolución –alteración profundísima, con efectos permanentes, de los resultados esperables del proceso social y su evolución– es siempre un evento singular e irreplicable, quiero agregar que la Revolución del 30 constituye un momento central y un gozne en la acumulación de fuentes que posibilitaron en Cuba la opción de una revolución como la que triunfó en 1959 y cambió al país en los años inmediatos.⁶ Por otra parte, es muy comprensible que los sobrevivientes del treinta no desempeñaran papeles relevantes en el nuevo proceso y que la nueva revolución no se proclamara especialmente la culminación victoriosa de la inmediata anterior, como en su tiempo hizo la del 95 respecto a la del 68. Pero hoy deberíamos contar con más investigaciones acerca de las relaciones entre ambos procesos

6 Sobre esas fuentes de la revolución, ver mi ponencia “Visión cubana del socialismo” (Martínez Heredia, 2003).

revolucionarios del siglo XX cubano. Por fortuna, las monografías acerca de eventos y personalidades de la Revolución del 30 han venido enriqueciendo el acervo de conocimientos en las últimas décadas, aunque con sensibles limitaciones.⁷ Ellas serán sumamente útiles para las nuevas monografías y para los imprescindibles textos de síntesis e interpretación, si tenemos siempre presente el sabio consejo que en su día nos diera Ramiro Guerra y Sánchez.⁸

Trato de profundizar en el conocimiento del evento histórico a través del análisis de las actuaciones y la vida de individuos participantes.⁹ Mi tema son las relaciones entre ciertas

personalidades radicales actuantes y la época de revolución en que vivieron y actuaron. ¿Cómo entendieron los datos de su situación y de su época, cómo se representaron las tareas a realizar, las vías para hacerlo, los amigos y los enemigos de su causa? ¿Qué ideales le dieron forma, alcance y vehículo a sus motivaciones, les sirvieron para luchar y persistir, para llegar a los mayores sacrificios? La Historia que solo observa a organizaciones políticas a través de actas de sus reuniones y declaraciones, está ciega y tiene tratos con fantasmas. Entre otras cuestiones ineludibles al investigar cualquier organización política están, por ejemplo, los papeles que desempeñan esos documentos respecto al conjunto de su actuación, el grado real de institucionalización que tengan, la

7 Ruego al lector tener en cuenta respecto a este párrafo lo que planteo en el trabajo dedicado a Roa (Martínez Heredia, 2007: 143-149, IV; 191-195, VI).

8 “Volviendo al citado prefacio del *Manual de Historia de Cuba*, impreso en 1938, debo recordar que expresé con toda sinceridad la opinión de que cada generación debe escribir la historia de su comunidad, con los materiales disponibles en el momento. Un país, declaró entonces, no podrá tener jamás una historia, sino muchas historias. De nuestra gran epopeya de 1868-1878, cabe decir lo mismo” (Guerra y Sánchez, 1952 [1950]).

9 Carlos Marx, fundador de una ciencia social que se ocupa propiamente de las revoluciones y sus condiciones, advierte en un pasaje más famoso que bien utilizado la obligación de distinguir entre “la revolución material

y “las formas ideológicas bajo las cuales los hombres adquieren conciencia de este conflicto y lo resuelven” (Marx, 1859). Lucien Febvre, uno de los fundadores de la revista *Annales...*, setenta años después, decidido a destruir las fortalezas del anacronismo en Historia, abre caminos al conocimiento con su *El problema de la incredulidad en el siglo XVI* (1959). Y el Che retoma el marxismo de Marx cuando escribe: “La mecánica de las relaciones de producción y su consecuencia, la lucha de clases, oculta en cierta medida el hecho objetivo de que son hombres los que se mueven en el ambiente histórico” (Guevara, 1970 [1964]: 252, T. II).

distancia que hay en las revolucionarias entre el deber ser y los propósitos que expresan sus textos y los hechos que logran realizar, las “traducciones” que en sus prácticas se hacen de su ideología, sus ideas centrales y su estrategia, o las complejas relaciones y representaciones que siempre existen entre los individuos y su organización.

El radicalismo en la Revolución del 30 asumió el antiimperialismo y el socialismo, dos nuevas dimensiones respecto al patriotismo nacionalista y la ideología mambisa de los radicales previos. Los cinco revolucionarios sobre los cuales leerán ustedes aquí fueron antiimperialistas y socialistas de la primera época de arraigo social en Cuba de esas ideologías, cuando en el mundo de entreguerras mundiales chocaban a grados muy violentos todas las ideologías, se universalizaba por primera vez el socialismo marxista, el capitalismo sufría su mayor crisis económica y era dividido por el fascismo, se quebrantaba y perecía la revolución bolchevique mientras se fortalecía la URSS, y reinaba el colonialismo en gran parte del mundo. El gran desafío para los cinco fue cómo ser antiimperialistas y socialistas, es decir, patriotas antiburgueses, comunistas cubanos, cómo unificar las luchas de clases con las luchas del pueblo, cómo conciliar ideas y

estrategias disímiles y a veces opuestas. Y todo eso en función de convencer y conducir a sus compañeros cercanos, sectores afines y, de ser posible, la gente del país, a la organización y el combate, en un tiempo en que las prácticas de resistencia y rebeldía terminaron por cambiar a la situación y las personas, pero en la conciencia de estas predominaban los materiales previos: liberalismo democrático y popular, anarcosindicalismo, odio a la dictadura y sus esbirros y personeros, simpatías por algunos políticos.

Ellos tuvieron que descubrir ideas y normas de conducta esenciales, entre el pensamiento y las normas que existían y lo nuevo que llegaba, ser creativos frente a todos estos elementos para elaborar sus posiciones, y aferrarse a ellas. Señalo uno solo de esos descubrimientos, pero que tuvo una importancia inmensa: para ser antiimperialista de manera eficaz en Cuba hay que ser socialista; para ser realmente socialista, es forzoso ser antiimperialista. Parece una obviedad, pero fue extremadamente difícil comprenderlo y practicarlo, muchos no lograron entenderlo o llevarlo a sus prácticas consecuentemente, y después que la unión de esos dos rasgos alcanzó su cenit durante la crisis revolucionaria, el antiimperialismo fue sacado de la escena política en la segunda mitad de los

años treinta y el socialismo dejó de ser un objetivo político. Ambos quedaron latentes, y la necesidad de su unión, en los ríos profundos de la conciencia, pero fue tan larga su ausencia que solamente la revolución triunfante de 1959 pudo hacerlos retornar, unidos, y ponerlos en el centro de la política y las ideas.

He buscado un balance de relevancia y representatividad respecto a los temas de la Revolución del 30 que escogí para tratar en este libro. Julio Antonio Mella y Antonio Guiteras son los protagonistas de la línea del socialismo cubano, una forma de comunismo que resultó la apta para bregar por la liberación nacional y el socialismo; en las nuevas condiciones de los años cincuenta, esta forma fue retomada y llevada a la victoria por un movimiento revolucionario conducido política, militar e ideológicamente por Fidel Castro. Mella fue la personalidad joven más descollante de su tiempo, le dio un perfil subversivo a la creación del movimiento estudiantil y a la superación de adultos trabajadores, denunció la democracia liberal corrompida y colonizada, fue una figura central en el origen de la política comunista en Cuba, se convirtió en un líder y un ideólogo en el naciente movimiento comunista de la región, elaboró la primera propuesta práctica cubana de insurrección popular unitaria para lograr el

socialismo y la liberación nacional. Murió demasiado temprano, cuando todavía el pueblo no se había puesto en movimiento. Expongo de manera muy sintética tres dilemas que Mella debió enfrentar y en cuya solución debió acertar cuando su causa tenía muy escasa implantación, no podía echar mano a experiencias y a menudo no contaba con la aprobación de sus propios compañeros.

Antonio Guiteras fue el más destacado exponente del socialismo cubano durante la Revolución del 30. Reivindicó la centralidad de la lucha y la organización políticas, y la vía de la insurrección armada popular y la toma del poder político para lograr la liberación nacional y el socialismo. En el texto que le dedico –el más extenso de este libro–, expongo en detalle su vida política y sus ideas respecto a la afirmación que acabo de hacer, lo que trato de sustentar con las fuentes necesarias y la exposición de mis juicios y valoraciones sobre la cuestión y sus condicionamientos. Es un fruto de mis estudios a lo largo de décadas, parcial en cuanto no analiza su actuación durante la etapa última de su vida, entre la caída del Gobierno Provisional en enero de 1934 y su muerte en combate en mayo de 1935, ni Joven Cuba, la importante organización política revolucionaria que creó para que fuera el vehículo

de su concepción y su estrategia. No me pareció necesario para sustentar la tesis que presento, además de que alargaría demasiado ese trabajo.

Rubén Martínez Villena es el héroe político e intelectual cubano de la línea bolchevique del socialismo. Joven poeta de grandes méritos y actor cívico notable desde 1923, se hace latinoamericanista y antiimperialista, e ingresa en 1927 en el Partido Comunista (PC), fundado dos años antes. Vive junto a sus compañeros obreros, es el líder de la gran huelga de marzo de 1930 y tiene que partir al exilio. Tuberculoso declarado desde 1927, a partir de 1930 la enfermedad se agrava, lo va deteriorando, y fallece en enero de 1934. De los personajes de este libro, es el único que vivió en la Unión Soviética y conoció directamente la Internacional Comunista (IC), en cuyas oficinas trabajó durante meses como representante del partido cubano. Por la lucidez con que asume los problemas y las situaciones, su comprensión de la centralidad de la política para el partido, su antiimperialismo y su personalidad política tan cubana, Rubén resulta superior en sus actuaciones y sus ideas a la ideología y la línea política de las cuales es seguidor. Con la fuerza tremenda de su voluntad, logra regresar a Cuba en mayo de 1933, a tiempo apenas para

participar en la crisis revolucionaria del segundo semestre del año como el más prestigioso líder comunista, mientras se agrava y agoniza. Su partido no logró ser protagonista en la crisis, a pesar de la amplitud y combatividad de la gran rebelión social de aquel año, debido a la combinación de sus posiciones erróneas, la imposición ideológica y disciplinaria extranjera que sufrió y la falta de fuerza y de líderes.

El texto sobre Villena es el de una entrevista que me hicieron¹⁰ en 1999, en ocasión del centenario de su nacimiento. El género me permite bucear en el ser humano como parte del análisis de un personaje histórico, hacer comentarios más libres que los usuales en estos trabajos, aludir a otros temas e incluso asomar otras aproximaciones históricas, tan válidas como la historiográfica. Por las preguntas es, además, una interlocución entre diferentes generaciones. Por otra parte, aquel mismo año 1999 le dediqué a Rubén un estudio más orgánico y formal.¹¹ Sin embargo, debo reconocer que la vía que utilicé no sustituye relatos y análisis más

10 Julio César Guanche e Hilario Rosete Silva (Guanche, 2004 [1999]: 69-84).

11 “El poeta y la revolución” (Martínez Heredia, 1999, 2002: 163-179).

fundamentados en la documentación, que nos ayuden a avanzar más y a poner al alcance de todos la trayectoria de Martínez Villena.¹²

Permítanme un paréntesis sobre el problema de los líderes y las organizaciones revolucionarias. El socialismo marxista le brindó una fundamentación basada en las luchas de clases a la política proletaria y a la comprensión de las revoluciones y el movimiento histórico en general. Desde ella se debatieron el llamado papel de la personalidad en la historia, la necesidad de preservar el carácter del partido como actor colectivo y expresión de la conciencia de la clase trabajadora, y otros problemas afines. Los revolucionarios comunistas se oponían a la exaltación de personas como caudillos –aunque fueran caudillos del pueblo– y trataban de encuadrar a sus propios líderes en la concepción marxista y en el marco de sus organizaciones. En términos teóricos, ese fue un desarrollo muy notable de las políticas de la liberación –que tiene un valor permanente–, pero en la práctica de sociedades como la

cubana de la época que estudiamos era casi un salto en el vacío respecto a la necesidad de un liderazgo carismático. Dados los niveles reales de conciencia social y política, ese liderazgo facilitaría la obtención de simpatías, la ideología compartida y el reclutamiento de militantes, y la disposición por parte de activistas políticos y sociales, combatientes y masas populares a reducir su autonomía personal, entregarse a la causa y hacer sacrificios.

El viejo caudillismo clientelar republicano, crecido a la sombra del árbol de la Revolución de 1895, estaba vencido históricamente, pero eso no hacía innecesarios a los líderes populares, capaces de convocar aprovechando inclinaciones existentes en los convocados, de cuya movilización, conciencia y actuación depende la política popular. Más que ofrecer sesudas explicaciones, esos líderes unifican y conducen a los individuos más dispares, los sectores diferentes en que viven los oprimidos y sus intereses desacordes, y obtienen mediante una condensación difícilmente explicable la acumulación de fuerzas que se perdería en debates y negociaciones. Ellos manejan la estrategia que da confianza en que el triunfo vendrá, y canalizan y sujetan las fuerzas y las acciones más disímiles para que sirvan a un fin y unos modos comunes. Esos líderes encarnan el

12 Menciono un solo ejemplo, su carta a la esposa, Asela Jiménez, desde el sanatorio en la URSS, el 30 de octubre de 1930, que contiene un profundo análisis de las posibilidades y la política que debe desarrollar su partido. Ver Martínez Villena (1978: 441-444, T. II).

deseo libertario y la necesidad de organización, esas dos dimensiones lejanas que solo reunidas aportan un sentido de eficacia política a la actuación revolucionaria.

Mella y Villena compartían las convicciones comunistas acerca del “papel de la personalidad”, pero sabían situar el tema, como marxistas, en su condicionamiento histórico, para utilizarlo en la política real.¹³ Como se sabe, el naciente Partido Comunista cubano hizo caso omiso del asombroso carisma de Mella y prácticamente lo expulsó por indisciplina, a inicios de 1926; solo rectificó esa actitud un año después, cuando se lo orientó la Internacional. Martínez Villena nunca pudo ser el Secretario General de su partido, por la absurda regla de “bolchevización” que exigía que solo pudiera serlo un obrero; en los últimos meses de su vida se vio sometido a los ataques de los “delegados” de la Internacional enviados

a La Habana, que le exigían al partido cubano condenarlo por “su línea oportunista”. Estos y otros hechos contra los propios compañeros no ayudaban a la causa que querían defender, generaban lejanía o rechazo, y convenían a quienes presentaban al comunismo como algo detestable o exótico. Mella, Guiteras y Rubén, siempre personalidades fascinantes en los recuerdos de los sobrevivientes, fueron paradigmas para quienes querían ser revolucionarios en la generación siguiente a la suya, pero solo como individuos que habían sido grandes revolucionarios cubanos.

Raúl Roa García es el único de los cinco que sobrevivió a la época que se trata en el libro. Dadas sus extraordinarias cualidades intelectuales y consecuencia política y cívica hemos podido contar con numerosos textos suyos que contienen profundos criterios y valoraciones acerca de la Revolución del 30. He estudiado su pensamiento y las diferentes circunstancias en que lo produjo, temas que he desarrollado en escritos y conferencias; también tuve oportunidad de entrevistarle y de discutir con él estos y otros asuntos de la Revolución del 30. Pero en su caso escogí el prólogo que escribí para la segunda edición –setenta años después de la primera– de su primer libro, *Bufa subversiva*, de 1935 (Roa, 2006). Roa seleccionó y organizó

13 “Tú me hablas [...] de la falta que hago, del desaliento de los obreros que me creen necesario, que en general creen indispensable ‘el líder’ para cualquier campaña. Yo sé que desgraciadamente todavía nuestros obreros necesitan ‘el líder individual’, es decir, no ven claramente *su líder* –el Partido–, sino personificándolo en un individuo determinado. (No debo ser injusto con nuestros obreros: creo que en todos los países es igual [...])” (*Ibidem*, p. 441).

un conjunto de trabajos suyos para ofrecer al público su posición y un testimonio, en los meses finales de la Revolución. Con esto nos dejó –además de sus grandes valores intrínsecos– el primer libro cubano fruto de la asunción del comunismo como concepción social y política, como digo en mi texto. En él examino los rasgos de *Bufo subversiva*, las tensiones y contradicciones que porta, su lugar en la obra y la vida política del autor, y sus condicionamientos. Esto me permite ofrecer una perspectiva diferente a la asumida para los demás: la que el propio participante, viviendo aún el acontecimiento histórico, ha querido compartir.

Roa y su gran amigo Pablo de la Torriente Brau se formaron como revolucionarios en la acción subversiva dentro del movimiento estudiantil, militando en la forma de comunismo que el impacto de la Revolución bolchevique y la conducción de la Internacional Comunista estaban implantando y extendiendo en América Latina. Hicieron suyos, por tanto, los logros maravillosos aportados por aquel movimiento europeo en cuanto a la comprensión de las dominaciones bajo el capitalismo; el ejemplo excepcional y la insólita esperanza que entrañaron el triunfo de una revolución anticapitalista y la existencia de una sociedad en transición socialista en un país enorme, aunque

muy lejano; los cambios que experimentaban o intentaban los individuos en sí mismos y en sus relaciones políticas y sociales; la fe y la fuerza inmensas que sentían los que militaban o eran seguidores de los nuevos partidos comunistas –híbridos formidables de organización política terrenal y criatura mítica procedente del futuro–; y la expansión y el arraigo de la teoría social del marxismo, instrumento singular para el conocimiento y para la revolución, que intentaba convertirse en concepción del mundo y de la vida. Pero a lo largo del proceso de la Revolución, Roa y Pablo entraron en contradicciones con deficiencias reales de la causa en que militaban, e incluso las trascendieron, hasta donde les fue posible, a partir de sus actuaciones y de sus cualidades intelectuales, políticas y morales.

Pablo de la Torriente Brau fue el único entre los cinco que actúan en esta obra que no era universitario –ni graduado de enseñanza media–, que se ganaba la vida como empleado y que entró de mayor edad en las filas revolucionarias. Periodista descollante y notable escritor, es el más afamado cronista de la Revolución del 30. Remató su vida política en 1936 en España, con su caída gloriosa como combatiente internacionalista. El texto que le he dedicado expone en detalle su actuación

política y todos los aspectos que estimé necesarios de su actividad intelectual dentro de la Revolución. También brinda mis criterios acerca de ellos, al mismo tiempo que caracteriza la época mundial y cubana en que vivió, analiza cómo trató de cambiar a fondo lo que podía esperarse de la época y cambiarse a sí mismo en el curso de ese combate, y describe las vicisitudes de sus relaciones con la causa que asumió, sus órganos políticos y sus ideas. Lo último incluye sus relaciones con el Partido Comunista y las valoraciones que hizo de él. En suma, este texto me permite ofrecer datos y juicios sobre la época en que sucedió la Revolución del 30 y tratar expresamente, entre otros temas, cómo y hasta dónde una personalidad trasciende el destino que le toca y altera los resultados esperables del proceso social.¹⁴

14 Expuse la versión original de este texto en el Coloquio Internacional *Cien años de Pablo*, del Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, en 2001; el Centro publicó esa ponencia en *Para ver cosas extraordinarias* (Martínez Heredia, 2006: 191-208). Para el presente libro (Martínez Heredia, 2007: 18) emprendí una nueva investigación, agregué numerosos datos y aspectos nuevos, y reevalué toda mi argumentación. El resultado casi triplica en tamaño el texto de 2001 y es sumamente diferente a él, a pesar de llevar el mismo título.

Desisto de alargar esta introducción refiriéndome al tipo de trabajo realizado y a cuestiones de método y teoría que vendrían al caso, y me limito a unos breves asertos. Este es un trabajo de ciencia social, naturalmente, desde la disciplina de Historia, cuyo punto de partida es el tipo de marxismo que comparto y práctico; tengo muy en cuenta las direcciones de la ciencia histórica que pueden servirme para mi tema y mis propósitos. Traté de construir y ofrecer aquí una perspectiva declaradamente parcial en cuanto a los contenidos de los eventos históricos involucrados, pero esa perspectiva está inscrita dentro de una comprensión totalizadora del proceso histórico –la Revolución del 30– a la que he arribado previamente. La obra y el autor son ajenos y opuestos al bloque de prejuicios, selecciones tendenciosas, distorsiones y ocultamientos que han dificultado tanto el conocimiento de ese proceso histórico durante un período prolongado.

Como soy un modesto continuador de tantos estudiosos que proclamaron sus ideales dentro de sus obras de conocimiento, no quiero terminar sin declarar mi intención de homenajear con este texto a la Revolución del 30 –que no fracasó, porque ninguna Revolución verdadera fracasa– y a los cinco protagonistas del libro, y, con ellos, a los que fueron la causa de sus

desvelos y el motor de sus ideas, actuaciones y pasiones: la gente de abajo de mi país, los que generación tras generación han ofrecido sin desmayo sus esfuerzos y sus sacrificios, sus heroísmos y su abnegación, a la causa de la libertad y la justicia. Y mi esperanza en que, en alguna medida, logre influir a sus lectores a tratar de conocer más, debatir acerca de las cuestiones polémicas y, sobre todo, ser motivados por tan hermosos ejemplos.

BIBLIOGRAFÍA

- Febvre, L. 1959 *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais* (México: UTHEA).
- Guanche, J. C. 2004 *La imaginación contra la norma. Ocho enfoques sobre la República de 1902* (La Habana: Ed. La Memoria / Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau).
- Guerra y Sánchez, R. 1952 [1950] "Prefacio" en *s/d Guerra de los Diez Años* (La Habana: Cultural S.A.) T. I.
- Guevara, E. 1970 *Obras. 1957-1967* (La Habana: Casa de las Américas) T. II.
- Martínez Heredia, F. 1975 "Algunos problemas de la historia económica de Cuba", Programa del Curso de Posgrado, Facultad de Economía de la Universidad de La Habana (*mimeo*).
- Martínez Heredia, F. 1999 "El poeta y la revolución" en *La Gaceta de Cuba* (La Habana: UNEAC) N° 6: 163-179, noviembre-diciembre.
- Martínez Heredia, F. 2001 [1973] "Guiteras y la revolución" en *El corrimiento hacia el rojo* (La Habana: Letras Cubanas / ICL).
- Martínez Heredia, F. 2002 "El poeta y la revolución" en Martínez Heredia, F. *El corrimiento hacia el rojo* (La Habana: Letras Cubanas).
- Martínez Heredia, F. 2003 "Visión cubana del socialismo", Ponencia presentada en el Instituto de Historia de Cuba en el Evento Científico Internacional "El Moncada, *La historia me absolverá* y la Revolución cubana, 50 años después", 9-11 de julio (inédito).
- Martínez Heredia, F. 2006 "Pablo de la Torriente Brau" en Rodríguez Hernández, E. (ed.) *Para ver cosas extraordinarias* (La Habana: Ed. La Memoria).
- Martínez Heredia, F. 2006 [1998] "La Guerra de España revisitada" en Martínez Heredia, F. *Socialismo, liberación y democracia. En el horno de los noventa* (Melbourne / Nueva York: Ocean Sur).

- Martínez Heredia, F. 2007 *La Revolución cubana del 30. Ensayos* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales / Ruth Casa editorial).
- Martínez Villena, R. 1978 *Poesía y prosa* (La Habana: Letras Cubanas). T. II.
- Marx, C. 1959 [1859] “Prólogo de la *Contribución a la crítica de la Economía Política*” en Marx, C. y Engels, F. *Obras escogidas* (Moscú: Editorial en Lenguas Extranjeras) T. I y II.
- Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 39, especial, abril de 1970.
- Roa, R. 2006 [1935] *Bufa subversiva* (La Habana: Ed. La Memoria / Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau).
- Tilly, Ch. 1990 “Modelos y realidades de la acción colectiva popular” en *Zona abierta* (Madrid: P. Iglesias) N° 54/55: 167-195.

IDEAS E IDEOLOGÍA EN LA SEGUNDA REPÚBLICA: LA POSICIÓN DE RAÚL CEPERO BONILLA*

Cuando Raúl Cepero Bonilla escribió el prólogo para la primera edición de *Azúcar y abolición*, en menos de dos páginas, el joven de 27 años presentaba sus propósitos, sus ideas acerca de la Historia y su posición personal. Decía: “[...] este estudio, que versa sobre las cuestiones del pasado, tiene evidentemente un contenido de actualidad que al lector avezado no se le escapará” (Cepero Bonilla, 1971 [1948]).

Más allá de las pequeñas historias y las mezquindades, quizás el secreto de tanta resistencia a aceptar esta obra como el hito que constituye en la ciencia histórica de Cuba esté en esa capacidad que tiene de ser también

actual, tener tantos años y sin embargo, seguir siendo actual hoy. Por un lado, la obra comparte esa cualidad con las demás que al paso del tiempo solemos llamar clásicas, es decir, la de tener un valor permanente en varios sentidos, incluido el de inspirar a los que están investigando o van a investigar. Pero, por otro lado, la actualidad de *Azúcar y abolición* (*op. cit.*) está referida a sus contenidos y a sus tesis fundamentales: es porque participa en la contienda de ideas alrededor de la historia de la dominación en Cuba.

Las clases dominantes necesitan siempre controlar también el pasado, convertir en condiciones naturales lo que en su día fueron crímenes a escala de la sociedad y adjudicarse la representación de la nación, a través de la fabricación de antepasados ilustres o del escamoteo de los hechos, de argumentar falsedades, todo ello para enfrentar o desarmar la acumulación de experiencias, ideas y sentimientos de rebeldía que fue construyendo el pueblo cubano a la par que elaboraba su

* Publicado en: Martínez Heredia, F. 2013 “Ideas e ideologías en la Segunda República: la posición de Raúl Cepero Bonilla” en Gumá, A. (comp.) *Raúl Cepero Bonilla y la subversión de la historia* (La Habana: ICIC Juan Marinello) pp. 47-66.

[N. de la Ed.] Se publica la ponencia íntegra que presentó el autor junto con las palabras de inauguración compartidas por el autor en el Taller que le dio vida al libro.

identidad y sus proyectos. Esa batalla entre las dos tradiciones –como escribió Cepero– fue decidida a favor del pueblo con el triunfo revolucionario de 1959. Pero esas victorias jamás son completas, ni permanentes: la cultura de los dominantes y los colonizados sobrevive de mil modos y trata de recuperar y ganar terreno una y otra vez.

Cepero dice en el otro prólogo que escribió para este libro, el de diciembre de 1959: “es necesario establecer el pasado para facilitar la transformación del presente, que surgió del mismo, la historia de Cuba tiene que ser veraz y crítica”.

“[...] ser fiel a la verdad histórica ha sido mi orientación [...]”. Buen consejo para todos, como lo es también el final de su segundo prólogo, tan fiero y tan sereno, el que dice: “denunciar la tradición aristocrática, negrera y anexionista y buscar para la Patria un porvenir de justicia social, de igualdad y de absoluta independencia”.

Una de las malas experiencias escolares es ir saltando de autor en autor, e ir pasando en el estudio del asombro al olvido de cada autor. Es decir, si nosotros no logramos poner a los productos del pensamiento social en relación con los demás productos del pensamiento social, con los ambientes culturales en que vivieron

sus autores, con las comunidades científicas, con los ambientes políticos e ideológicos en que suceden, con los conflictos que hay siempre, visibles o no, con la dominación de clases y de grupos, me parece que es bastante estéril el resultado.

Los años veinte, tan conocidos como “la década crítica”, no tuvieron en Historia frutos comparables a los años cuarenta, tan olvidados todavía, o todavía casi olvidados; tenemos que superar los olvidos inducidos, y también los clichés. Carlos Rafael Rodríguez, que sin duda no estuvo de acuerdo con las tesis de *Azúcar y abolición* (*op. cit.*) cuando la obra apareció por primera vez, calificó al libro de “demoledor y esclarecedor” 36 años después, cuando escribió el prólogo al tomo de escritos históricos de Cepero para la obra en dos volúmenes publicada en 1989. Aunque no suscribe todos sus asertos, Carlos Rafael dice que es “un libro esencial para entender el ayer cubano”. Otros 20 años después, Diosnara Ortega nos explica que Cepero sigue fuera de la bibliografía para alumnos. Entonces, está claro que existe una historia de rechazos, olvidos, elogios y aceptaciones, de condicionamientos que cambian, y esos hechos se van sumando a los del medio de los años cuarenta, y formando con él una acumulación cultural.

Preguntarse y buscar, discernir por qué unos hechos de conocimiento se aceptan y se divulgan, y otros no lo logran o son olvidados, tiene que formar parte de las investigaciones sociales. Y también de la divulgación, para que no sea la Historia entre los cubanos, como otros campos de la vida, un campo en el cual coinciden y viven en el mismo país una élite y una masa: una élite que es capaz de consumir productos refinados y a veces hasta producirlos, y una masa a la cual se le sirve, en lugar de la historia, una papilla, un alimento para niños en el que no faltan omisiones, tergiversaciones y algunas mentiras.

La dificultad de entrar a discutir lo que Cepero escribía había comenzado algunos años antes de 1948, por una pugna muy fuerte que hubo entre socialistas. De ella salió el semanario *Tiempo*, que después se convirtió en el diario *Tiempo en Cuba*, del que Cepero fue uno de los fundadores. Allí publicó, por ejemplo, un conjunto de artículos, a mi juicio de una claridad extraordinaria, entre febrero y junio de 1946, motivados por las discusiones acerca de la necesidad de una ley de reforma agraria. Por cierto, ese año un senador que será ortodoxo, Manuel Dorta Duque, presentó una iniciativa voluminosa, llamada “Proyecto de Ley de Reforma Agraria y Catastro Nacional”.

Cepero desestima el rechazo al latifundio y el monocultivo como las causas de los males nacionales, porque ocultan o desconocen la causa verdadera: la industria azucarera. Por ella es que Cuba es dependiente de Estados Unidos e incapaz de lograr su liberación económica. Es “el enemigo público número 1”, afirma; la reforma agraria será la base de la liberación, y solo será posible si se nacionaliza la industria azucarera. Sin duda, las ideas de Raúl Cepero Bonilla eran inaceptables en aquel mundo.

Lo que sucedió en octubre de 1968 fue un debate de otro tipo, con la Revolución en el poder y seis años después de la muerte de Cepero. Había quienes planteaban que Máximo Gómez no fue más que un pequeño burgués. La expresión “pequeñoburgués” se utilizaba en los medios de izquierda no para analizar, sino para calificar a las personas. Unas veces se usaba como insulto y otras veces como un premio de consolación, dependía del caso y la circunstancia. Ya nadie la utiliza, los más jóvenes no la habrán oído nunca, pero hizo sufrir a muchos durante tres cuartos de siglo. La forma coloquial de expresarlo sería: “Máximo Gómez es un pequeñoburgués; será un héroe, pero fue un pequeñoburgués”. Fidel se enfrentó a esos clasificadores en Bayamo, aquella noche del 10 de Octubre. Pero en realidad eran antiguas las

divergencias en la interpretación de la historia de Cuba entre los que entendían el socialismo y el marxismo de un modo y los que los entendían de otro modo, divergencias que se volvían encendidas polémicas cuando se trataba de la valoración de los patriotas cubanos más relevantes.

Las posiciones intelectuales y políticas de dos marxistas independientes del Partido Comunista fundado en 1925. Uno es Leonardo Fernández Sánchez, miembro del CC de aquel partido desde que era un jovencito, que fue uno de los dos “segundos” de Mella en México, líder del Club *Julio Antonio Mella* de Nueva York, famoso orador y el cuadro comunista en la delegación cubana al Congreso de Valencia de 1937. Salió del partido en 1938, cuando este pactó con Batista. En 1946, fue Leonardo el que propuso que la nueva organización liderada por Eduardo Chibás se llamara Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos), y fue uno de sus ideólogos principales. Fernández Sánchez ha sido sometido rigurosamente al olvido. El otro es Raúl Roa García, que salió de la disciplina del PC en 1935, militó junto a Pablo de la Torriente en la Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista, fue uno de los que pretendió formar en 1937 el Partido Democrático Revolucionario y a continuación se alejó de la

política partidista, pero mantuvo una actitud cívica muy loable y una posición marxista y socialista en su obra hasta 1959.

En mi opinión, *Azúcar y abolición (op. cit.)* constituyó un impulso decisivo para una comprensión cubana de la historia nacional a partir de la teoría marxista de las luchas de clases. Repito esta afirmación: una comprensión cubana de la historia nacional a partir de la teoría marxista de las luchas de clases. Una comprensión, es decir, una posición determinada de interpretación ante la historia. Cubana, porque siempre es muy difícil tener una comprensión propia en las sociedades que han sido colonizadas culturalmente, y eso logra Cepero, una comprensión cubana ajena y opuesta a todo colonialismo. Historia nacional, y no meramente del país, porque en el caso cubano lo nacional está el centro de la historia del país; no es así en todas partes, incluso dentro de la propia América Latina. Y a partir de la teoría marxista de la lucha de clases, porque hay más de una posición entre los marxistas en cuanto al punto de partida de su concepción.

Debo ante todo destacar que su aparición fue una campanada subversiva respecto a las corrientes ideológicas predominantes en 1948. *Azúcar y abolición (op. cit.)* es uno de los puntos culminantes del gran conflicto latente en el

mundo ideal de la Segunda República burguesa neocolonial, hija de una continuidad esencial, pero de rupturas profundas con la época que la precedió. Aquel libro fue un relámpago en el tranquilo cielo cubano de prosperidad azucarera que siguió a la Segunda Guerra Mundial. En el campo de la Historia, como en tantos otros, la cuestión estaba planteada por las prácticas y las consecuencias de un evento trascendental para la Segunda República: la Revolución del 30.

Quisiera llamar la atención sobre cuatro cambios ideológicos, mediante alusiones a cuatro temas, que son: la democracia, la justicia social, el socialismo y el antiimperialismo. Sin dudas persistía el nacionalismo, ideología fundamental de la Primera República, pero con modificaciones notables. Ante todo, la firme convicción de la capacidad de autogobierno de los cubanos— rasgo que no poseía antes de 1933—, una exigencia mucho mayor de soberanía plena para el país y un carácter inclusivo de justicia social y racial en el nacionalismo que tampoco había sido característico de la primera república. Pero la democracia como práctica y su propuesta ideal constituyeron el cambio más dinámico del período, que funcionó e incluso avanzó hasta 1952. La conciencia política como forma principal de la conciencia social, que había estado en la base de la formación del

Estado y la nación, obtuvo ahora mucho más espacio práctico que en la primera república, y funciones de suma importancia. Se exigía el imperio de una institucionalidad modernizada y con legislación social, y un Estado con muy fuerte presencia social, árbitro entre los patronos y las organizaciones de trabajadores, viabilizador de las formas organizadas de la sociedad civil e interventor en la economía (sobre este último aspecto les recomiendo un libro reciente de Oscar Zanetti (2004), una monografía excelente que debió llamarse *El Estado interviene*, pero se llama *Las manos en el dulce*). El sistema político y de ideas políticas era sumamente fuerte, complejo, organizado y eficaz.

Otros materiales ideales de este período tuvieron un origen más coyuntural; anoto nada más, de pasada, el caso del civilismo contra el militarismo, que en realidad invocaba los manes patrióticos contra la primera dictadura batistiana.

El democratismo que trasciende y critica al liberalismo fue muy influyente en el medio político y en el campo intelectual, llegó a ser vivido y pensado por masas de ciudadanos y legitimó la opción predominante de los que ansiaban cambios, incluso radicales, que era la legalidad y la vía electoral para obtenerlos. Esa era una pieza antisubversiva decisiva para

la hegemonía, pero no debemos olvidar lo que significó en la formación de los cubanos y cubanas, porque no lograríamos entender cómo fue posible la insurrección de los años cincuenta y el alcance colosal de la revolución que sucedió a continuación.

Otro cambio principal fue la entrada de la justicia social en las ideas, las prácticas y las demandas cubanas, y su ingreso en el campo de la política, sus discursos y sus programas. Las leyes y las medidas del Gobierno Revolucionario Provisional de septiembre de 1933 a enero de 1934 –que presidió Ramón Grau San Martín y donde Antonio Guiteras fue protagonista– le dieron realidad a la noción de justicia social, pero la legislación social continuó creciendo bajo la dictadura contrarrevolucionaria de 1934-1935 y bajo el orden posrevolucionario dictatorial controlado por el coronel Fulgencio Batista que siguió: era inevitable, y necesaria para reformular la hegemonía. La justicia social se volvió un tópico habitual en la política, los medios de comunicación y la conciencia común. Sin embargo, en la práctica la justicia social era una meta imposible, porque la “reciprocidad” comercial y demás nexos neocoloniales con Estados Unidos le cerraban el paso al desarrollo de una economía nacional que empleara a plenitud sus factores

y sus recursos naturales a partir de un dominio propio sobre ellos e instrumentos para actuar, diversificara sus producciones, buscara complementación de las ramas y amplias y diversas relaciones económicas internacionales, y relacionara con efectividad la satisfacción de las necesidades básicas de la población con el sistema económico.

La “cuota” azucarera era una de las palabras centrales de la jerga económica y del lenguaje común, y las zafras restringidas apelaban a mantener y reforzar la ganancia capitalista mediante la operación industrial más efectiva y el control total y la superexplotación del trabajo agrícola. Siglo y medio de hambre de trabajadores fueron sustituidos por un enorme desempleo estructural y estacional, la miseria en el campo era abrumadora y muy grande en las zonas urbanas.¹ Los sindicatos eran más bien fuertes en los centrales y en cierto número de empresas, pero los trabajadores del campo estaban inermes. El control del medio principal de producción era fundamental para aquel

1 “Importa recordar que la economía cubana arrastra, aun en las etapas de prosperidad, una pavorosa legión de desocupados que pasa de los 600 mil hombres. [...] Fuentes de ocupación permanente: he ahí lo que urge” (Cepero Bonilla, 1983: 242).

sistema. En 1946, el 1,5% de las fincas poseía el 47% de la tierra en fincas; dos tercios de esas tierras no eran cultivados. El latifundio, proscrito en la letra de la avanzada Constitución de 1940, era la bestia negra del lenguaje cívico, pero su némesis, la reforma agraria, estuvo rigurosamente excluida en Cuba hasta que triunfó la Revolución en enero de 1959. El latifundio era una función del capitalismo cubano, no una rémora del pasado, y era absurdo dividir a la clase dominante en burgueses y latifundistas y guiarse en política por esa idea; esta clasificación todavía se escucha por ahí.

No había base real para que avanzara la justicia social, y en ese terreno las creencias comunes podían ser contradictorias. “Sin azúcar no hay país” era un anuncio publicitario que parecía un axioma en el mismo país en que la reforma agraria era un anhelo cívico generalizado. Por eso mencioné en la primera sesión artículos de Cepero Bonilla de 1946 sobre esta cuestión; en otros, que no cito, fustiga la falta de pensamiento económico acerca de la naturaleza y funciones de la industria azucarera, de elaboraciones de política económica y de una enseñanza de la economía a los jóvenes.

La idea del socialismo se arraigó en Cuba durante la Revolución del 30 y tuvo una enorme influencia. Desde sus inicios en los años

veinte tuvo dos vertientes distinguibles: la que he llamado socialismo cubano y el socialismo proveniente o seguidor de la Internacional Comunista (IC) y la URSS. Hasta 1935, el socialismo cubano había planteado la centralidad de la política en la actuación revolucionaria, la necesidad de tomar el poder a partir de organizaciones de tipo insurreccional y el carácter socialista, antiimperialista y de liberación nacional que debía tener la revolución. El socialismo ligado a la IC tenía una estructura rectora, el Partido Comunista (PC), y exigía cumplir las orientaciones de la IC y seguir la ideología del marxismo-leninismo; hasta 1935 postulaba la lucha de masas bajo la dirección del proletariado, que debía conducir a una revolución agraria y antiimperialista, pero a mi juicio no ponía la lucha política en el centro de su actuación.

Después de 1935 el PC continuó existiendo, aunque cambió su nombre en 1939 y en 1944; adoptó primero la nueva estrategia orientada por la IC, llamada de frentes populares, que lo llevó en 1938 a un pacto político duradero con el coronel Batista y le hizo renunciar a salidas revolucionarias a la situación cubana. Mantuvo siempre una estructura partidaria sólida y coherente, presencia en la política práctica de la Segunda república y una fuerte actividad de divulgación del socialismo, sin volver a tener

una influencia entre los oprimidos como la que tuvo durante la crisis revolucionaria de los primeros años treinta. El socialismo cubano fue mantenido también durante toda la segunda república por individuos que pertenecían a muy diversas organizaciones sociales y políticas o lo hacían a título personal. Solían alentar actuaciones y programas radicales, reivindicar a Guiteras, Mella e interpretaciones de la historia republicana bajo ópticas socialistas cubanas, y acompañar ideas, acciones y organizaciones ubicadas en lo que podrían calificar de nacionalismo revolucionario. Unos y otros socialistas no tenían discrepancias notables respecto al ideal general o a la teoría del marxismo, pero sí en cuanto a cuestiones fundamentales de la política cubana del día, la Revolución del 30 y los años que siguieron a ella, las interpretaciones de la historia de Cuba y las valoraciones acerca de la URSS.

Raúl Cepero Bonilla fue un destacado intelectual marxista perteneciente a la vertiente del socialismo cubano. A pesar de que se le mencionaba mucho hasta la Segunda Guerra Mundial, el socialismo desapareció como objetivo político expreso durante la Segunda república. En realidad, el recurso a la revolución fue totalmente excluido de la política práctica, a pesar de que la palabra revolución era muy

utilizada, con fines y desde valores sumamente diversos: “todo por la evolución, nada por la Revolución”. Es necesario estudiar y divulgar la presencia y la influencia de ideas y actitudes socialistas en los años cuarenta y cincuenta en la sociedad cubana, un hecho sometido al olvido y a los prejuicios. La hegemonía vigente incluyó esas referencias, tratando de neutralizarlas y de que no pasaran de un pequeño nicho, de ser una forma más entre la multitud de expresiones y posiciones que se manejaban libremente en aquella época. Pero a esa cultura acumulada fueron sensibles un gran número de los que no aceptaban el orden dominante, y les sirvió como instrumento para pensar sus objetivos a muchos insurreccionales de los años cincuenta.

El cuarto tema es el del antiimperialismo, que en nuestro caso ha sido ante todo y sobre todo referido a las actitudes y las ideas opuestas al designio de Estados Unidos de apoderarse de Cuba. Abordar bien esta cuestión exige tener en cuenta las muy antiguas relaciones entre Cuba y las Trece Colonias y el nuevo Estado independiente, su fortalecimiento en muchos planos a lo largo del siglo XIX y las simpatías que despertaba el sistema republicano de este vecino y su vigor tecnológico y empresarial. Pero después de no haber favorecido a los

revolucionarios cubanos durante casi 30 años, Estados Unidos declaró la guerra a España e invadió y ocupó militarmente a Cuba cuando su pueblo estaba ganando su independencia mediante una epopeya guerrera y un holocausto masivo, desconoció sus instituciones, quebrantó su revolución, y le impuso un semiprotectorado al nuevo Estado cubano como garantía de su explotación neocolonial del país. Todo eso generó profundos sentimientos de frustración y de rechazo a la intervención imperialista de 1898-1902 y al control descarnado de Estados Unidos sobre la república. Pero ellos eran matizados por la pervivencia de creencias en la incapacidad del cubano para asumir del todo el autogobierno y la aceptación de que el poderoso extranjero dijera la última palabra en nuestros problemas. Había también un costado de recelo frente a Estados Unidos desde una pretensa hispanidad.

El antiimperialismo comenzó a expresarse en los años veinte, creció durante la Revolución del 30 y llegó a ser masivo entre la Mediación de 1933 y la Huelga de marzo de 1935. El fragor de la revolución puso las cosas en claro, exigió prácticas políticas y arraigó un cuerpo ideológico antiimperialista cubano que identificaba muy bien al enemigo y sus características, y que recorrió pronto un camino de

ideas, acciones y posiciones políticas. La idea luminosa de Martí fue al fin comprendida e incorporada a las visiones y las estrategias de los revolucionarios y los patriotas.

Sin embargo, después del final sin victoria de la Revolución el antiimperialismo perdió terreno, y pronto la nueva situación internacional lo relegó. El antifascismo fue asumido como lo principal por las diferentes fuerzas políticas, y la Segunda Guerra Mundial conllevó el reconocimiento de EU como el líder de los beligerantes de Occidente y le atrajo simpatías. Después vinieron juntos su predominio mundial como superpotencia y su supremacía en los sistemas de información, formación de opinión pública y entretenimiento. Y de inmediato se desató la llamada guerra fría, que era ajena a la sujeción neocolonial de Cuba a Estados Unidos –igual que lo había sido la pugna entre fascistas y antifascistas–, pero que servía para exigir subordinación al gobierno cubano y exponer a todos a un descomunal “lavado de cerebro” ideológico en nombre de la “lucha contra el comunismo”. Pero el antiimperialismo no desapareció a manos del anticomunismo durante la Segunda república, como algunos prefirieron creer; siempre tuvo cultivadores y se hizo visible en numerosos momentos y situaciones, y permaneció

como una herencia yacente en la acumulación cultural cubana hasta la nueva coyuntura revolucionaria.

En esa época aumentó mucho la población que consumía hechos e ideas políticas, la que opinaba acerca de ella y también la que participaba directamente en política. Ese fue un avance importante. El tejido de la sociedad civil, de antiguo muy tupido, creció mucho y se complejizó más. Los medios masivos de comunicación multiplicaron su número, su alcance y su influencia a la sombra de una libertad de expresión muy notable, una conquista histórica de la cultura cubana al mismo tiempo que una función de la dominación, que le resultaba imprescindible a la hegemonía reformulada. La frustración volvía a ser un elemento muy relevante en la conciencia política, pero ahora referida a los ideales de la Revolución del 30, “traicionada” por los que se transformaron en politiqueros, y adquiriría fuerza la idea de la necesidad de completarla y convertir en realidad aquellos ideales. La frase “la política es muy sucia” expresaba una creencia generalizada, pero las mayorías estaban atentas a la política y actuaban en sus jornadas. Se renovó así la conciencia del proceso histórico cubano como algo inacabado, susceptible de generar proyectos. La complejidad contradictoria de

la hegemonía la hacía más eficaz, pero a la vez –como he dicho– aumentaba los riesgos potenciales de subversión si el sistema se debilitaba y se deslegitimaba, como sucedió a partir del 10 de marzo de 1952.

Las disciplinas sociales más cultivadas en este período eran la Historia y la Economía. Además de sus asuntos específicos, en los textos de ambas se ventilaban los problemas intelectuales de las posiciones políticas e ideológicas. Si en 1933 Sánchez de Bustamante había buscado en la filosofía hegeliana la justificación para apoyar la Mediación norteamericana –“El ideario autonomista”, conferencia en el Lyceum–, ahora la idea de la importancia, o incluso de la determinación económica de los eventos históricos –que no es privativa de los marxistas–, había ganado un gran terreno. Dentro del marxismo, la idea de la determinación de los eventos sociales por los de la economía tenía una larga historia, pero había sido colocada en un lugar central del llamado marxismo-leninismo, la ideología teorizada que José Stalin impuso en los años treinta a todos los militantes y simpatizantes del comunismo. A escala de la política mundial de la URSS, sirvió primero para fundamentar el sectarismo; después de 1935, para fundamentar el reformismo. La combinación del dogmatismo en lo

teórico y el reformismo en lo político es algo bastante usual. Pero sería demasiado simplista suponer que todos los intelectuales marxistas se dedicaran todo el tiempo a elaborar recetas, fabricar explicaciones y repetir dogmas. Y mucho menos que los sinceros luchadores que soñaban con el comunismo y la liberación de los pueblos imitaran todo el tiempo esas conductas.

Cepero tenía 12 años en agosto de 1933, y 14 cuando mataron a Guiteras. Como tantos jóvenes en tiempos posrevolucionarios, recibió narraciones, no vivencias. Llegó al marxismo como estudioso, y a los 20 años un trabajo de curso suyo tiene un título muy expresivo: “El desarrollo económico de la sociedad: el comunismo primitivo” (Cepero Bonilla, 1989). Pero tres años después, en 1943, cuando es publicado por la revista *Universidad de La Habana*, le añade una coletilla autocrítica mediante tres puntos, “por estar hoy más cerca del espíritu de la dialéctica materialista”. “Me parece ahora muy simple y mecánica la forma en que expongo la concepción dialéctica materialista del desarrollo social” –dice en el segundo punto–, pero le alivia que en “un párrafo salvador” decía que “para el marxismo son los hombres los que hacen la historia”, y “para Marx, las fuerzas económicas no actúan por sí, que son creadas

y movidas por los mismos hombres” (Cepero Bonilla, 1989: 9). Cinco años más tarde, en el prólogo a la primera edición de *Azúcar y abolición* (*op. cit.*), el marxista Cepero Bonilla advierte al lector que ha enfatizado “la influencia decisiva de la economía en los acontecimientos políticos e históricos. Al hacerlo continúa lo mejor de la tradición de los pensadores cubanos del siglo pasado”.

En vez de repetir lo dicho u ocultar lo que no parece conveniente, es necesario que en todos los casos investiguemos la producción intelectual misma de cada pensador, su transcurso y sus condicionamientos de todos los tipos que resulten atinentes. La gran influencia de la economía como explicación de los hechos históricos, en una época y lugar determinados, es un elemento importante a considerar, pero el modo como ella se entiende puede llegar a ser decisivo para comprender un pensamiento determinado. Siempre hay que tener en cuenta la posición individual, los modos en que el individuo es condicionado, los hechos intelectuales mismos y el complejo que forman. Pongo un ejemplo. Juan Marinello tuvo una historia personal política e intelectual compleja en los años veinte y treinta. En noviembre de 1934 publica su artículo “Martí y Lenin” (Marinello, 1934), desafortunada valoración del primero

desde la línea sectaria orientada por la IC en el período 1928-1935. Pero al año siguiente escribe un extenso ensayo a partir de la petición que le han hecho Manuel Navarro Luna y un joven santiaguero marxista, Leonardo Griñán Peralta, de que escriba el prólogo para un libro que Griñán acaba de terminar. *Maceo. Análisis caracterológico*, que aparecerá en 1936. Pero su “Maceo, líder y masa” no comparte del todo las ideas del autor del libro. Marinello lo subtítulo “Notas polémicas en el libro de L. Griñán Peralta”, y este se lo publica al final de su libro, en un hermoso ejemplo de fraternidad intelectual (Griñán Peralta, 1936: 221-265).²

El ensayo de Marinello es deslumbrante; su lectura puede ayudarnos mucho a conocer aquel medio intelectual. Me limito a llamar la atención sobre su afirmación acerca de la singularidad de Maceo respecto a Martí y Gómez –a los que califica de “tres hombres de superior grandeza”–, que argumenta de manera muy profunda, y que atribuye a lo que su condición de mulato y de hombre de origen rústico le puso como obstáculo y le brindó como

objetivo vital revolucionario, y al carácter de su representatividad del pueblo humilde en revolución. Dentro de esta exposición, Marinello incluye la valoración de Maceo sobre Saco y Luz Caballero, que considera justa y resalta como diferente a la Martí y otros próceres e intelectuales. Cita *in extenso* la carta de Maceo a Eusebio Hernández en la que critica muy duramente a Luz, y la utiliza para dar más fuerza a sus propias opiniones. Esta es la misma carta que Cepero citará 12 años después en el capítulo uno de *Azúcar y abolición (op. cit.)*, para escándalo de timoratos y conservadores de todo tipo, que hasta el día de hoy prefieren olvidar este libro para no leerla.

Juan Marinello pasará pronto a ser presidente del Partido Unión Revolucionaria, una fórmula legal que utiliza el PC para ir viabilizando su nueva línea política. En medio de conflictos muy serios que deben haberle afectado personalmente, Marinello continuó como Presidente de URC y del PSP, las denominaciones adoptadas por el PC, hasta la disolución de ese partido. Llamo la atención sobre la extraordinaria labor de investigación y divulgación de la obra de José Martí llevada a cabo por Marinello durante varias décadas.

Cepero estuvo en el centro de los combates por la Historia del socialismo cubano. El libro

2 Al dar cuenta al pie de dónde ha escrito su ensayo –Castillo del Príncipe - Algodonal–, Marinello nos brinda información sobre su compromiso político y la consecuencia represiva que ha sufrido en aquel año 1935.

de 1948 expone su investigación crítica acerca de un período de la historia de Cuba, al mismo tiempo que ofrece una comprensión de la historia nacional que milita con los explotados y oprimidos, y desde ese punto de partida analiza los comportamientos y las ideas de la clase dominante de esta isla durante el siglo XIX. Su interpretación histórica tiene también un claro propósito político e ideológico: pretende descalificar a la burguesía de Cuba y dar armas a los oprimidos de su tiempo.

Es muy importante esa comprensión anticolonialista y antiburguesa de la historia. La corriente dominante dentro del marxismo durante la mayor parte del siglo XX se sometió a la idea de que la burguesía debía desempeñar papeles revolucionarios en la necesaria evolución de todos los países del mundo, a través de los llamados regímenes económico-sociales. Las abstracciones llamadas conceptos –fuerzas productivas, relaciones de producción, superestructuras, modos de producción, revoluciones sociales, etapas, etc.– pretendían explicar las realidades del mundo que el capitalismo colonizó y explotó, y gobernar las acciones y los proyectos de los que se le oponían. Mezclas de evolucionismo, positivismo, cientificismo y pensamiento especulativo sustituían a la teoría y el método de Marx en nombre del marxismo,

en una suerte de eurocentrismo “de izquierda” que albergaba la esperanza de que la realización suprema de la modernidad, el progreso y la civilización sería el socialismo, fruto inevitable de la historia.

Ese mundo de ideas permitía creer que el liberalismo había sido una maravilla intermedia y la democracia sería un paso más hacia el socialismo. Para esto se les quitaba el apellido burgués –excepto cuando se les hacía oposición– y se olvidaba su función burguesa. El pasado se reorganizaba para que expresara lo que el dogma quería de él, se volvía abstracto y se le expurgaban hechos y procesos inconvenientes, hasta lograr que fuera la prueba de la infalibilidad de las “regularidades” y el prólogo del guión prescrito para el presente y el futuro.

La Cuba del XIX en la obra de Cepero no está regida por un “atraso” “esclavista” que debería ser superado por una revolución que llegue a ser burguesa, sino por burgueses muy modernos que son antinacionales para sostener un sistema de superexplotación del trabajo y un poder articulados al capitalismo mundial; la isla tiene pensadores muy cultos que saben ponerse límites férreos y entrar en contradicción con todo principio de la modernidad que afecte lo esencial de la dominación vigente en Cuba. Estos liberales no son racistas por

maldad, dice Cepero, sino “porque así naturalizan la dominación de clase”. ¿Qué es mejor, que acepten que son dominados o que acepten que son inferiores? Si uno acepta que es inferior ya está todo asegurado: la resistencia se reduce a rencores y la rebeldía queda excluida de los pensamientos posibles. Lo que Cepero Bonilla expone es la cristalización de la dominación como hegemonía.

El capítulo diez de *Azúcar y abolición* (*op. cit.*), “Racismo y nacionalidad”, contiene una extraordinaria exposición acerca de este tema desde un análisis de clases marxista, que recomienda al que quiera conocer verdades históricas, y frente a interpretaciones del surgimiento de la nación cubana que tratan como abuelos de la patria a quienes de ningún modo lo fueron. Hechos como el paso del predominio de la idea de mezclar las razas en una colonia repleta de esclavos de campo expoliados hasta la muerte, con tres hombres por cada dos mujeres y vecina del Haití liberado –que ejemplifica con Arango y Parreño–, a la de excluir a los negros, hacerlos salir de Cuba y considerar a los mezclados como degenerados, que parecería un “retroceso” a los seguidores del progreso, son sometidos al examen de sus razones de ser y las motivaciones de los ideólogos para defenderlos, desde las funciones que tuvieron

en el criminal sistema con el que se estrenó el capitalismo en Cuba. Los reformistas de toda laya desfilan por este manajo de páginas con su denominador común de racismo a ultranza y con la nación solo para blancos que aspiran a que se les conceda.

Aquí se muestra claramente al racismo como fruto de relaciones sociales de dominación determinadas. La colonia del XIX va madurando como país específico sin que la clase que domina en ella tienda a ser clase nacional. Recorre entonces toda la gama de actitudes, desde la ignominia hasta las presiones, pero sin dejar jamás de ser colonizada, como cuadra a sus intereses inmediatos, su poder y su cultura. El racismo que impone y difunde es una función de ese dominio suyo, y es un formidable medio antisubversivo frente al crecimiento de una masa de pobres libres de todos los colores que se mezcla y va creando otra cultura, una masa que podría encontrar vehículos de lucha social y política que pretendieran otra Cuba.

La segunda mitad de *Azúcar y abolición* (*op. cit.*) se ocupa de la parición y el transcurso práctico de la solución revolucionaria, que entre 1868 y 1880 echó las bases de la creación del cubano y de la nación cubana, y a continuación analiza la postrera ideología liberal colonial, el autonomismo, que pretendió entre

1880 y 1895 impedir que Cuba se lanzara a una segunda revolución. No debo aludir a la profundidad analítica y la valentía intelectual que demostró Cepero al examinar la complejidad de los conflictos sociales, raciales y políticos en el seno de la primera revolución cubana –un aporte que fue tachado de iconoclasta por sus críticos–, pero quiero al menos señalar cómo desnudó a los próceres autonomistas –que tenían también por 1948 sus turiferarios– y expuso la nueva construcción social de raza y racismo sin esclavitud del periodo 1880-1895.

La avanzada comprensión marxista de la modernidad y el liberalismo que portaba Raúl Cepero Bonilla tenía que chocar con el amplio y diverso espectro de los que defendían el mundo ideal del capitalismo, y también con los que pretendían que el socialismo en Cuba sería consecuencia de un “buen” desarrollo del capitalismo: aunque lejanos entre sí en ideales e intereses, ambos estaban presos en las redes del colonialismo. En su conferencia en el Lyceum sobre el diario *El Siglo*, en noviembre de 1957,³ Cepero critica a “un escritor marxista” que ha considerado que el movimiento reformista de la Cuba previa a la Revolución de 1868 “fue un

fermento revolucionario, y sus hombres nos dieron una enseñanza política muy aprovechable, de cómo sirve la legalidad para convencer a los pueblos de la idea revolucionaria, cuando la paz se hace imposible”. Lo tacha de exagerado, insiste en los argumentos que ha expuesto a lo largo de su conferencia acerca del carácter opuesto a toda salida revolucionaria de aquel reformismo, y las razones por las cuales era así, y aclara que el reformismo no era un disfraz de la revolución, “que fue concebida, organizada y realizada por otras figuras, que aspiraban a constituir una nación libre e independiente” (Cepero Bonilla, 1957).

El marxista citado era Carlos Rafael Rodríguez (1938), en “El movimiento reformista”, su intervención en un curso radial colectivo sobre historia de Cuba ofrecido entre octubre de 1936 y febrero de 1937.⁴ La aclaración

3 Publicada de inmediato. Ver Cepero Bonilla (1957).

4 El *Curso de Introducción a la Historia de Cuba* (La Habana: Municipio de La Habana, Colección Histórica Cubana y Americana, 1938, 463 pp.) fue publicado por Emilio Roig de Leuchsenring, Historiador de la Ciudad, que había acogido la iniciativa del Instituto Popular del Aire y la Hermandad de Jóvenes Cubanos, les franqueó los medios para que se realizara en ese vehículo tan importante de divulgación y emprendió la publicación de las conferencias. Era un paso más en la extraordinaria y fructífera labor realizada por Roig des-

de Cepero contradecía sus afirmaciones de que los reformistas de la Junta de Información de 1867 habían hecho una “defensa magnífica” de los intereses cubanos, y que “el grupo de cubanos que había demostrado ser leal a su tierra se convirtiese, en su mayor parte, en fomentador de la guerra del 68”, dos asertos que son insostenibles. Al revisar la intervención en ese mismo curso de Emeterio Santovenia, “Raíces económicas del 68”, leo afirmaciones como esta: *El Siglo* “era cubano [...] mantenedor de un programa que traducía el anhelo de ascensión de la población cubana consagrada al trabajo [...]”. Santovenia eliminaba, de la condición de lo que él llamaba cubanos a la mayoría de los trabajadores de la rama fundamental de la economía de Cuba, y a muchos miles de trabajadores libres no blancos, porque los reformistas pedían derechos de súbditos españoles solamente para los blancos, en su proyecto de asimilación. Pero lo impresionante es que en su último párrafo coincide con el último párrafo de Carlos Rafael, (Rodríguez, 1938: 243-255) aunque se base en motivaciones diferentes:

Ya los más interesados en la economía cubana, los ricos, [...] comprendieron que a esta suprema razón de la fuerza tenían que apelar en defensa de su perdurabilidad. Y la economía cubana, lejos de obstruir el advenimiento de una lucha cruenta, fue factor de la mayor importancia en la formación y el crecimiento de las raíces de la revolución de 1868 (Santovenia, 1938: 271-279).

Afirmación de Santovenia tan rotunda como incierta.

No hace falta insistir en la importancia ideológica y política que ha tenido atribuirle a la burguesía misiones revolucionarias y de representación nacional, sea como instrumento de su hegemonía sobre sociedades explotadas y colonizadas o sea como una “etapa necesaria” para que en un futuro los pueblos puedan aspirar a más. Manejar la Historia de esta manera es ponerla al servicio, como escribió Cepero en 1959, de “tratar de encontrar en el pasado la razón de las instituciones y conductas actuales”.

BIBLIOGRAFÍA

Cepero Bonilla, R. 1957 “Conferencia en el Lyceum” en *El Siglo (1862-1868)*. Un

de que asumió aquel cargo municipal recién creado.

- periódico en lucha contra la censura* (La Habana: Ed. Lex).
- Cepero Bonilla, R. 1963 *Obras Históricas* (La Habana: Instituto de Historia).
- Cepero Bonilla, R. 1971 [1948] *Azúcar y abolición* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Cepero Bonilla, R. 1983 [1953] “Fuentes de ocupación permanente: he ahí lo que urge” en Cepero Bonilla, R. *Escritos económicos* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales) [Reproducido de *Prensa Libre*, 27 de diciembre de 1953].
- Cepero Bonilla, R. 1989 *Escritos históricos* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Griñán Peralta, L. 1936 *Maceo. Análisis caracterológico* (La Habana: Ed. Trópico).
- Marinello, J. 1934 “Martí y Lenin” en *Masas* (La Habana) Año 1, N° 6, octubre-noviembre.
- Martínez Heredia, F. 2013 “Ideas e ideologías en la Segunda República: La posición de Raúl Cepero Bonilla” en Gumá, A. (comp.) *Raúl Cepero Bonilla y la subversión de la historia* (La Habana: Ed. ICIC Juan Marinello).
- Rodríguez, C. R. 1938 “El movimiento reformista” en Roig de Leuchsenring, E. (ed.) *Curso de Introducción a la Historia de Cuba* (La Habana: Colección Histórica Cubana y Americana, Municipio de La Habana).
- Santovenia, E. 1938 “Raíces económicas del 68” en Roig de Leuchsenring, E. (ed.) *Curso de Introducción a la Historia de Cuba* (La Habana: Colección Histórica Cubana y Americana, Municipio de La Habana).
- Zanetti, O. 2004 *Las manos en el dulce: estado de intereses en la regulación de la industria azucarera cubana, 1926-1937* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).

LA NOCIÓN DE PUEBLO EN *LA HISTORIA ME ABSOLVERÁ**

El discurso con que cierra Fidel Castro su actuación en el juicio por el asalto al cuartel Moncada solo podría calificarse como una defensa atendiendo a la circunstancia en que fue pronunciado. En realidad, se trata –en la fuerza y la belleza de su prosa de manifiesto revolucionario– del primer documento importante del proceso revolucionario cubano contemporáneo.

En síntesis, consideremos referida su significación a cuatro aspectos fundamentales:

- Es el primer programa de la Revolución, aunque no solamente por las medidas que anuncia, sino sobre todo porque fija los objetivos del movimiento revolucionario y plantea el problema básico de la necesidad de asumir revolucionariamente el poder del Estado, exponiendo además los métodos correctos de lucha y relacionándolos con los fines del movimiento;
- Es un instrumento de politización para los militantes y las masas, por el conjunto de sus planteamientos políticos y por el impacto que producen sus denuncias de la dictadura y del sistema de opresión y explotación;
- Es una potenciación de la importancia de la acción del Moncada, al hacer públicos la ideología y los móviles de los asaltantes, su estilo de trabajo y sus virtudes revolucionarias, el papel que desempeñó el heroísmo y el sacrificio de un grupo para desencadenar la lucha armada de las masas;
- Es un análisis de la estructura de la dominación de clases existente entonces en Cuba, hecho en función de la revolución, y que por tanto identifica y separa las fuerzas de la revolución y las de la contrarrevolución, y trata de atraer a las primeras a la lucha, y además deja situado tácitamente el carácter

* Publicado en: Martínez Heredia, F. 1973 “La noción de pueblo en *La Historia me absolverá*” en *Verde Olivo* (La Habana) N° 46: 26-29, 18 de noviembre.

de la revolución; todo ello desde las condiciones de lucha política existentes en Cuba en 1953.

De cada uno de estos aspectos y de los modos como se relacionan entre sí, podría estudiarse mucho. Nuestro propósito aquí es examinar solamente un tema de *La Historia me absolverá* (Castro Ruz, 2001 [1953]) que, sin embargo, no hemos escogido al azar: la noción de pueblo, que recorre el discurso, y es uno de sus elementos centrales y que contribuye más a establecer el enorme valor teórico de este documento en el campo de las ideas revolucionarias.

PUEBLO, VANGUARDIA Y ASALTO AL MONCADA

Fidel aclara a todos la estrategia y la táctica del asalto al Moncada: no se trata de una conspiración de un grupo valeroso que aspira a realizar sus designios aislado de las masas, sino del primer episodio de una guerra popular revolucionaria.

La estrategia de lucha armada era objeto en aquel momento en Cuba de alardes propagandísticos por parte de grupos, “líderes” y sectores que la usaban como instrumento de presión política, con fines variados pero

ajenos a una verdadera decisión de derribar por la fuerza a la tiranía, y aún menos de desatar una revolución. Sin embargo, Fidel demostró que la falta de prestigio y la mentira no residían en la estrategia sino en los que pretendían medrar pasando por sostenedores de ella, y buscó los elementos revolucionarios para la vanguardia entre los miles de cubanos que ansiaban luchar con las armas contra la dictadura, muchos de los cuales habían sido ya engañados por los políticos “insurreccionistas” o no creían en ellos.

En las condiciones de 1952-53 la lucha no podía iniciarse de otro modo que mostrándole al pueblo el camino y el objetivo mediante hechos. Pero para producirlos era necesaria la más rigurosa clandestinidad, y los futuros combatientes se entrenaron, acopiaron sus escasos recursos y prepararon y ejecutaron todas las fases de su plan con un grado de eficiencia, discreción y abnegación muy difíciles de igualar.

¿Los alejó esto del pueblo, les quitó la posibilidad de conducirlo a la revolución? De ningún modo, porque aquella organización –y esto fue lo principal– interpretó en sus fines y en sus métodos las necesidades más entrañables del pueblo cubano, su anhelo secular y su urgencia de un cauce de la lucha inmediato. Al plasmarse en el acontecimiento histórico del

26 de julio, quedó capacitada para atraer cada vez más a las masas y para ser su vehículo en la tarea tremenda de hacer la revolución y forjarse en ella.

“Solo hombres del pueblo, de las filas más humildes del pueblo, sanos, desprovistos de ambición, podían sentir aquella posibilidad, podían sentir aquella fe, podían creen en que fuera posible llevar a cabo una lucha en condiciones tan difíciles” (Castro Ruz, 1966). Fidel buscó y encontró en los humildes el grueso de la primera tropa de la Revolución, y esta incorporación se ha multiplicado a lo largo del proceso revolucionario.

Pero lo que daría sentido definitivo a esa conducción, lo que haría permanente y no fortuito el encuentro entre la Generación del Centenario y las masas –la vanguardia y el pueblo– fue la ideología decididamente revolucionaria que presidía y orientaba sus acciones.

El asalto no consiguió tomar la fortaleza, pero cuarteó los muros de todas las fortalezas de la Tiranía, al mostrar al pueblo que era posible atacarlas sin el concurso de politiqueros ni de una parte del propio ejército. El ejercicio de la violencia como método idóneo para derribar a la dictadura liberó al pueblo progresivamente del mito del ejército y de las “soluciones políticas”, y permitió a la Revolución acelerar su

radicalización: los cambios sociales profundos que se perseguían no podrían proceder de transacciones con los políticos y los militares, sino de derrotarlos y destruirlos totalmente como fuerza de dominación.

“Una vez en poder nuestro la ciudad de Santiago de Cuba, hubiéramos puesto a los orientales inmediatamente en pie de guerra”. La gallarda actitud de no llamar a la lucha al pueblo antes de asegurar el cuartel con sus armas, certificaba la intención de servir al pueblo y no servirse de él. Pero no era solo táctica guerrera la decisión de llamar al pueblo a la lucha armada. Ante la dirección revolucionaria estaba el problema crucial que define el alcance posible y la victoria o el fracaso de las revoluciones: el problema de la toma revolucionaria del poder del Estado. Y es maravillosa la profundidad leninista con que Fidel plantea la cuestión en *La Historia me absolverá* (ídem), a partir de los intereses del pueblo y de la participación popular.

LLEVAR LAS MASAS A LA REVOLUCIÓN; HACER SOCIALISTA A LA REVOLUCIÓN

Frente a la posibilidad de que las masas lucharan por la liberación y el socialismo se alzaban todos los resortes del sistema de dominación

del imperialismo y la burguesía cubana, desde la represión abierta hasta las ideologías –un ejemplo, el anticomunismo– que sirven para impedir o desviar la rebeldía de los explotados.

Los pasajes de *La Historia me absolverá* (*op. cit.*) en que Fidel se ocupa de aspectos legales y jurídicos no son adornos para consumo forense en este documento en que se toca “a degüello” contra toda la estructura miserable que santifica en nombre de la justicia y la legalidad a la más inicua opresión y explotación. El dirigente revolucionario actúa sobre la realidad existente, en este caso la realidad de las ideas generalizadas en 1953.

“[...] demostraré ahora que únicamente de nuestra parte está el derecho [...]” –y la promesa es cumplida mediante una argumentación exhaustiva, que enfrenta las arbitrariedades y crímenes del régimen a la propia legalidad existente, debilitando así el frente ideológico burgués. Pero no se detiene ahí. “Mi lógica, es la lógica sencilla del pueblo”. Y armado con ella cumple la misión revolucionaria de llevar las exigencias democráticas de libertad, igualdad y justicia social, más allá de los límites a que puede admitirlas el capitalismo.

La lucha por el imperio de la Constitución de 1940 frente a los Estatutos batistianos era una consigna arraigadísima en aquel momento,

y la primera de las cinco leyes que se promulgarían en Santiago devolvía su vigencia a la Constitución. Pero el problema de la revolución no es víctima del espejismo de la legalidad: “[...] el movimiento revolucionario, como encarnación momentánea de esa soberanía, única fuente de poder legítimo, asumía todas las facultades que le son inherentes a ella, excepto la de modificar la propia Constitución [...]”.

No se trata pues, de volver meramente al 9 de marzo. Y la prosa de los pactos y las “restituciones” desaparece; en su lugar, un lenguaje nuevo relaciona el asalto a un cuartel y la necesidad de derribar a la Tiranía con el conjunto de las miserias y opresiones que padece el pueblo de Cuba. El discurso refiere el objetivo del poder revolucionario a la liquidación de esas miserias y opresiones, y analiza la sociedad cubana en función de identifica a las fuerzas que deberán crear ese nuevo poder.

El análisis social implicado en la descripción y delimitación del pueblo y en la exposición sucesiva de la actitud que tomaría el Gobierno Revolucionario ante los problemas sociales fundamentales –verdadero análisis de las clases cubanas en función de la Revolución– tiene dos objetivos principales: deslindar los campos de la revolución y la contrarrevolución, y clarificar a los revolucionarios acerca

de dónde encontrar las fuerzas motrices de la Revolución y hacia qué objetivos debe dirigirse ésta. “Haber derramado la sangre del Moncada y de miles de cubanos más para mantener el capitalismo, habría sido sencillamente un crimen”, concluye Fidel veinte años después.

“Entendemos por pueblo, cuando hablamos de lucha [...] llamamos pueblo si de lucha se trata [...]”. Así comienzan los párrafos en que se describen las características más salientes y la distribución de la explotación capitalista neocolonial. La noción de pueblo se funda en dos premisas:

- La exposición rigurosa y sin concesiones de la situación desesperada de explotación, abandono y opresión en que se encuentra la masa trabajadora y humilde de la nación como consecuencia del carácter burgués de las fuerzas productivas y relaciones de producción existentes;
- La fe indeclinable en la capacidad de esas masas para transformarse a sí mismas en el curso de la lucha revolucionaria, para volverse capaces de subvertir todo el orden existente y fundar a Cuba sobre nuevas bases.

Esa posición marxista-leninista, –fuente, junto a la tradición revolucionaria martiana, de

las ideas que “orientaron nuestra acción en relación con la organización, en relación con las masas y en relación con la forma de lucha” (Castro Ruz, 1972)– se concreta en diversas formas ante la tarea de movilizar al pueblo para la revolución.

Ante todo en la convicción firme de la posibilidad de hacer la revolución, a condición de organizar y desarrollar la lucha armada de las masas: “¿quiénes han dado en Cuba prueba de mayor fe en las masas del pueblo, en su amor a la libertad, en su repudio a la Dictadura, en su desesperada miseria y en su conciencia madura?” (Castro Ruz, 1973 [1953]).

Esta convicción permite enfocar el grave problema de la inexistencia de una conciencia socialista previa extendida en las masas como un problema a solucionar por la propia marcha de la Revolución. “La lucha revolucionaria misma, con objetivos determinados y concretos, que implicara sus intereses más vitales y las enfrentara en el terreno de los hechos a los explotadores, las educaría políticamente” (Castro Ruz, 1973).

El papel de la organización revolucionaria es por tanto guiar y alzar al pueblo, servirle de vehículo para conquistar la soberanía y la libertad verdaderas a través de la guerra revolucionaria, y hacerse a sí mismo en la revolución:

“[...] no le íbamos a decir: ‘te vamos a dar’, sino ¡Aquí tienes, lucha ahora con todas tus fuerzas para que sea tuya la libertad y la felicidad!”

La clasificación ideológica de los revolucionarios debe marchar junto a la acción, y *La Historia me absolverá* (op. cit.) no descuida el cumplimiento de esta necesidad. El enemigo es identificado no solamente como tiranía, guardia rural, esbirros; las expresiones “manos extranjeras, poderosos intereses, poseedores del capital, propietarios (casatenientes), monopolio eléctrico”, son usadas para identificar a enemigos del pueblo al analizar los problemas sociales del país, dándole un sentido más profundo a la acción revolucionaria.

La tradición patriótica revolucionaria se convierte en arma cuando estalla la revolución. A lo largo del discurso de Fidel las guerras liberadoras reviven al ser tomadas como ejemplo, citadas; y reviven sobre todo cuando los fundadores de la nueva revolución se proclaman continuadores de una larga historia de luchas y herederos de sus fines más radicales. Es natural entonces que Martí emerja en su estatura verdadera, autor intelectual del futuro de Cuba, ahora que se pretende establecer, mediante la guerra necesaria, la dignidad plena del hombre.

Ahora sí es posible vislumbrar al poder que vendrá, como un fenómeno nuevo en nuestra

historia. Y se habla de él sin vacilaciones ni hipocresía, como el producto imprescindible de la victoria popular: un gobierno revolucionario para acometer la gran tarea de la liberación y de la revolución social. Su fuente legal y material son las masas, que ahora tendrán un nuevo y más alto título: “un gobierno aclamado por la masa de combatientes, recibirá todas las atribuciones necesarias para proceder a la implantación efectiva de la voluntad popular y de la verdadera justicia”.

Fidel está seguro del producto irreversible que se obtendrá de este encuentro de un pueblo combatiente con los elementos constitutivos de su liberación, con la creencia en alguien y en sí mismo, con la conciencia de su dignidad, de su poder y de su inmensa energía. Y lo constatará veinte años después, al repasar las jornadas de la Revolución: “Un decisivo salto en la conciencia patriótica se había producido desde el 26 de julio de 1953. Ninguna victoria moral pudiera compararse a ésta en el glorioso camino de nuestra Revolución”.

El análisis del pueblo como fuerza motriz de la Revolución cubana realizado en *La Historia me absolverá* (op. cit.) –que tuvo en cuenta las condiciones de desarrollo político de entonces sin trabarse en ellas– estableció por primera vez la significación histórica del asalto al Moncada

como acto de constitución de la vanguardia de ese pueblo, y fijo para la Revolución una meta consecuente con las necesidades de la sociedad en que aspiraba a producirse. Después, ha sido el desarrollo práctico de la revolución socialista el que nos ha permitido a todos entender en su significación más profunda toda la proyección social de *La Historia me absolverá* (*op. cit.*), porque la vanguardia arrastró tras sí a la masa del pueblo a la acción revolucionaria, y en ella se forjó el carácter socialista del proceso y se cumplió con creces el programa del Moncada.

BIBLIOGRAFÍA

- Castro Ruz, F. 1966 “Discurso pronunciado el 26 de julio” en <<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1966/esp/f260866e.html>> acceso 11 de abril de 2018.
- Castro Ruz, F. 1972 “Discurso en la Universidad de Carolina de Praga el 22 junio” en <<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1972/esp/f220672e.html>> acceso 11 de abril de 2018.
- Castro Ruz, F. 1973 [1953] “Manifiesto a la nación” en *Granma* (La Habana), 13 de junio.
- Castro Ruz, F. 1973 “Discurso del 26 de julio” en <<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1973/esp/f260773e.html>> acceso 11 de abril de 2018.
- Castro Ruz, F. 2001 [1953] *La Historia me absolverá* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).

EL MUNDO IDEOLÓGICO CUBANO DE 1959 - MARZO 1960*

Debo admitir que solamente como estudioso puedo hablar de la visita de Jean Paul Sartre a Cuba en 1960. No tengo vivencias de interés acerca de ella, excepto que leí, como tantos, su “Ideología y revolución” (Sartre, 1960a) –y quizás también la entrevista con escritores–, en uno de aquellos *Lunes de Revolución* que devoraba cada semana. Después leería su “Huracán sobre el azúcar”, en *Sartre visita a Cuba* (Sartre, 1960b), el libro de cuidada edición que apareció antes de fin de año. Me simpatizaron su apoyo entusiasta y decidido a la Revolución y su capacidad para decir cosas profundas con palabras sencillas. Quedaron en mi memoria la foto en que están él y Simone de Beauvoir con el Che –fumando Sartre un tabaco en vez de su habitual cigarrillo–, y alguna otra imagen. Pero no me

influyeron sus argumentos, su interpretación de la revolución cubana, y eso me impresiona al advertirlo ahora, cuando pienso que en aquel momento yo estaba participando con el cuerpo y el alma en una agudísima lucha ideológica y política, y también estaba muy interesado en las definiciones de la revolución.

Es cierto que no había leído nada de Sartre y carecía de formación teórica. Apenas comenzaba mis estudios universitarios, y en el tiempo que hurtaba al descanso, a mi trabajo y a las tareas, consumía –sin tasa ni método– a Keynes o Arciniegas, todas las obras de literatura e historia de América Latina y de Cuba que conseguía, los libros de texto de Derecho y de Ciencias Sociales y, sobre todo, los discursos de los líderes revolucionarios y las educadoras polémicas que se sucedían en los medios cubanos de entonces.

Si he hablado hasta aquí más bien de mí que de otra cosa, es solo porque en primer lugar quiero señalar la diferencia que existe entre el complejo que forman los eventos cuando

* Escrito en La Habana, noviembre de 2005. Publicado en: Martínez Heredia, F. 2009 *Andando en la Historia* (La Habana: ICIC Juan Marinello / Ruth Casa editorial) pp. 192-221.

están sucediendo y las percepciones y apreciaciones que tienen de ellos los que están viviéndolos, por una parte, y las interpretaciones y los juicios que hacen los estudiosos de aquel complejo de hechos en momentos diferentes o en épocas posteriores, es decir, la materia de conocimientos y valoraciones que se va construyendo después a partir de aquellos. Si esta sencilla cuestión de método fuera tenida más en cuenta, la comprensión de los procesos históricos sería mucho mayor y mejor.

Advierto otros dos problemas: es necesario darnos cuenta de a quiénes nos referimos cuando hablamos de las percepciones y apreciaciones que se tuvieron sobre un hecho determinado; y es relevante que este suceda o no en el momento oportuno. Sin hacer generalizaciones riesgosas, sospecho que la primera generación carente de experiencias intelectuales anteriores al triunfo revolucionario –los jóvenes de los primeros años sesenta– valoraba las ideas, las corrientes de pensamiento y a sus portadores refiriéndolos a la praxis revolucionaria, y a una concepción de ella que, aunque no estaba muy formulada, se fiaba sobre todo de sí misma. Los mismos cubanos que entonces eran famosos por su saber, que permanecieron en Cuba y hoy son admirados con justicia –Fernando Ortiz, Ramiro Guerra Sánchez, Emilio Roig y otros–,

vivieron sus últimos años sin constituir guías para los jóvenes. Sartre tenía una fama bien ganada de filósofo y de defensor de las causas de liberación de otros pueblos, compartió aquí las jornadas febriles de cambios cotidianos y el suceso tremendo de *La Coubre*, y anduvo con Fidel. Es decir, podía contar con la simpatía y la admiración de todos los revolucionarios. Pero no eran muchos los que podían seguir sus argumentos con provecho, y aún menos ser sus interlocutores.

Por otra parte, la oportunidad en que vino Sartre fue un momento impar. Si nos hubiera visitado año y medio después, se habría encontrado una fiebre de preparación militar, alfabetización y abnegación, un país escindido por duros enfrentamientos con la contrarrevolución y miles de salidas legales, y una ideología que vivía su primera etapa de dogmatización y sectarismo en nombre del socialismo. Si su primera visita se hubiera diferido seis años, habría hallado un país unificado y en busca de su profundización independiente del socialismo y el comunismo, la plenitud de la herejía cubana. En el primer caso, probablemente habría sido más crítico, aunque apoyando la gesta de la defensa armada. En el segundo, casi seguro habría amado esa soberbia elección de un país entero que peleaba por la justicia y la libertad,

y a la vez sus juicios y exigencias habrían sido más profundos. Pero nada de eso sucedió. El hombre singular respecto a las banderas ideológicas de su país y Europa de aquel momento vino a Cuba en un momento singular de la historia ideológica de su revolución.

Pero no es el francés el centro de mi trabajo aquí. Me toca el tema del mundo ideológico cubano en el tiempo de la visita de Sartre, y su relación con ella.

1. POSGUERRA, TERCER MUNDO Y REVOLUCIÓN CUBANA

Sartre llegó a Cuba el 22 de febrero de 1960, precisamente al inicio de los que iban a ser “los años sesenta”, famosos a escala mundial. Pero lo cierto es que en Cuba los sesenta habían comenzado un año antes. El atractivo de la revolución de los jóvenes barbudos, la informalidad sartorial del verde olivo, las fotos maravillosas no eran solamente la epidermis de un evento deslumbrante que venía como a vengarse de las mezquindades y el mal gusto que habían invadido los años cincuenta como acta de consumación de un duro recorte. Los sacrificios gigantescos de los pueblos en la Segunda Guerra Mundial, el choque que pareció excluyente

entre el fascismo y la libertad, la idea de que después de aquella guerra vendría un mundo nuevo, hicieron avanzar la conciencia y las capacidades de muchos millones de personas, pero gran parte de los frutos esperados no se consiguieron. Quince años después de 1945, las frustraciones se hacían visibles.

Estados Unidos alcanzó una enorme prosperidad interna y una preeminencia mundial avasalladora, que iba desde el dólar y las fuerzas armadas hasta el cine y la música popular, pero reprimió a sus capas progresistas, mantuvo el subdesarrollo de su política doméstica y se empleó en negocios transnacionales y en ser la policía planetaria, sin grandeza política ni moral. Su forma de capitalismo se volvió la dominante en lo material, y en muchos campos ideales, pero Estados Unidos era incapaz de proveer un avance del complejo cultural y la promesa de mejoramiento humano y social que se habían elaborado en casi dos siglos. La economía europea se fue recuperando y comenzó a expandirse, y los sistemas políticos se reorganizaron; mientras, el colonialismo europeo se empeñaba en sus últimos actos criminales, pero cedía ante las luchas de liberación y las identidades de numerosos pueblos, y ante el orden de una nueva fase del capitalismo. El pillaje era sustituido por las relaciones con

ventaja y el neocolonialismo. Perdida la iniciativa histórica, la Europa capitalista evitó cambios sociales radicales –aunque fue inevitable la construcción de pactos sociales–, se subordinó a la superpotencia norteamericana en busca del equilibrio frente a la URSS y de la consolidación de sus regímenes, e inició un camino de integración regional.

La URSS, destrozada por la guerra, llegó sin embargo al cénit de su prestigio mundial, por su papel protagónico contra el nazismo y porque la promesa socialista pareció a la orden del día cuando tantos pueblos exigían justicia social, verdadera democracia y fin del colonialismo y el racismo.¹ Reconstruido el país tras un esfuerzo ciclópeo, el tránsito desde el régimen stalinista –marcado por la esperanza del 20º Congreso del PCUS, en 1956– pacificó la política pero no democratizó a la URSS ni transformó la ideología autoritaria y dogmática. La razón de Estado seguía guiando la actuación internacional soviética. Esos rasgos negativos presidían sus orientaciones y su influencia en el movimiento comunista internacional y

1 Un ejemplo de esa expectativa, en el caso de intelectuales, es la exposición que hace Albert Einstein (1948) de la necesidad de que el mundo pase al socialismo, en un artículo de ideas muy profundas.

en los medios sociales y culturales afines. En medio de la puja de la guerra fría, el Informe Jruschov fue agujereado por los cañonazos de Budapest. La URSS salió al cosmos y a los mares del mundo, pero las Declaraciones de las Conferencias de los Partidos Comunistas de 1957 y 1960 eran el ropaje retórico de una política regida por el interés estatal soviético, la geopolítica de las potencias, el reformismo político y la desorientación en cuestiones fundamentales de las luchas en cada país contra el capitalismo, el colonialismo y el neocolonialismo, y eran la respuesta al crecimiento de graves disensiones.² La dirección soviética dilapidó la posibilidad de ejercer un liderazgo moral y político –cultural– frente a un capitalismo desprestigiado por los eventos del fascismo y un colonialismo en retirada. Se produjo así un segundo desencuentro del movimiento y las ideas comunistas con fuerzas

2 “[...] lo que estaba sobreviniendo en la práctica – junto a renovaciones más o menos efectivas– era una diversificación inevitable ante la emergencia de necesidades, aspiraciones y situaciones nuevas en todo el mundo, y también una escisión del campo socialista que hizo de las divergencias chino-soviéticas el teatro de una confrontación agudísima que perjudicó duramente al movimiento revolucionario en el mundo” (Martínez Heredia, 1989: 47-48).

y ansias sociales, políticas y de pensamiento opuestas al sistema, más trágico que el primero –el de los años veinte y treinta–, por ser más evitable.

Otro mundo se estaba configurando, frente a aquellos dos mundos. Desde el fin de la gran contienda, en todo el ámbito colonial se abrieron paso las exigencias de autodeterminación, y las luchas, presiones y negociaciones fueron las vías para la aparición de docenas de nuevos Estados. Setenta años después del Congreso de Berlín de 1885 –la apoteosis del colonialismo–, en la I Conferencia de Solidaridad Afroasiática celebrada en Bandung se reunió por primera vez otro tipo de estadistas y líderes, de veintinueve Estados y seis movimientos de liberación. Bandung fue el punto de partida de una política internacional que universalizó la ONU y legitimó la autodeterminación y la descolonización, por las vías que fueran necesarias. Había surgido el término “Tercer Mundo”, y el tercermundismo ganó espacios y adeptos como fórmula de políticas y de alianzas, y también como opción frente a las grandes potencias, el imperialismo y la cultura eurocentrista. Muy pronto comenzó a ser también una opción para las ideas de izquierda, y para movimientos de liberación y socialistas que no quisieran someterse al eurocentrismo.

Globalmente asumible como una entidad, las realidades en Asia, África y la América Latina y el Caribe eran sin embargo sumamente heterogéneas, y eran muy disímiles las posiciones, intereses, culturas y proyectos que albergaban. Lo más avanzado de aquel mundo –a mi juicio– fueron las revoluciones de liberación, porque ellas se proponían cambios profundos de las personas a la vez que cambiaban las relaciones fundamentales de dominación social y nacional. La situación reproducida sistemáticamente por el sistema capitalista en esos países no podía ser superada mediante evoluciones dentro de sus reglas de funcionamiento, ni los poderes imperialistas lo consideraban permisible. Y las personas colonizadas que esos regímenes producen no serían capaces de sentir, pensar e intentar la liberación y el cambio de su mundo si no rompían con las camisas de fuerza y los encantamientos de su condición. La revolución, esa violentación a fondo del orden vigente y las conductas esperables, esa ruptura abrupta de los límites de lo posible, era la solución. Desde China hasta Cuba, las prácticas revolucionarias aportaron el suelo para un nuevo planteo de la vieja aspiración de liberación social y humana. En los países capitalistas desarrollados hubo personas como Jean Paul

Sartre, que fueron sensibles y supieron entender los cambios de lugar y de circunstancias de la promesa revolucionaria.

Hacia 1960, la arrogancia y el racismo colonialistas habían perdido mucho terreno, y se afirmaba la convicción de que una enorme parte del planeta no estaba habitada por sombras que servían para materia de antropólogos y modas. La idea de que el triunfo de la revolución china era un engendro soviético y la pretensión de que un general y una enfermera franceses fueran los héroes de *Điền Biên Phủ* –y no los abnegados soldados de *Giáp* y *Hồ Chí Minh*–, pertenecían a un modo de mandar obsoleto, que solo podía creerse fuerte por la existencia de la “guerra fría”. Y esta comenzaba a ponerse en cuestión, aunque tímidamente, a partir de 1959.

Entonces se produjo el triunfo de la revolución cubana, que conmovió a toda la América Latina e interesó a muchos a escala mundial. En un lugar muy estratégico, un pequeño país con una densa historia realizaría la primera revolución socialista autóctona de Occidente, un proceso socialista de liberación nacional. Pero nada de esto era expreso o seguro a inicios de 1960. En el ámbito regional, el triunfo cubano fue visto de inicio como una victoria de la democracia contra

la dictadura, otra jornada favorable después del enero venezolano de 1958, frente a las viejas dictaduras de Trujillo y Somoza, y las recientes, creadas o renovadas durante diez años al amparo de la “guerra fría”. Las visitas de Fidel en el continente alentaban la idea de un latinoamericanismo en el que podían coincidir –y colaborar– Estados y dirigentes diversos, incluso los que estaban lejos de pretender cambios radicales en sus países, pero la revolución cubana pronto comenzó a mostrar su esencia subversiva. Un poder realmente independiente lanzaba, una tras otra, las leyes que cambiarían la estructura y las relaciones sociales fundamentales del país, y procedía a aplicarlas, con una amplísima participación popular. Invocaba las necesidades del pueblo y la soberanía nacional, se confería rango constituyente y movilizaba una y otra vez al pueblo, para realizar las nuevas tareas y para reconocerse como tal y mostrar su fuerza, orgulloso de encontrar un destino muy trascendente que debía ser conquistado sin dilaciones.

A pesar de la soberbia que ciega y del estupor que acompaña a toda novedad, Estados Unidos advirtió desde temprano el riesgo –aunque quizás no su magnitud–, y se aprestó a impedir o derrocar al régimen revolucionario.

De las primeras campañas de propaganda – como fue el caso de los fusilamientos– y el duro rechazo a la Ley de Reforma Agraria de mayo de 1959, pasó a una escalada que apeló a fomentar deserciones, conspiraciones contrarrevolucionarias y los primeros actos de sabotaje. Sartre vivió en Cuba la tarde terrible del 3 de marzo de 1960 y la determinación revolucionaria de un pueblo entero en el entierro de los mártires de *La Coubre*, y dejó escritas en seis páginas de dolor y reflexiones su emoción y su comprensión del significado del evento y de los retos mortales que enfrenta una revolución verdadera (Sartre, 1960: 238-243). Todavía estaba en Cuba el día 17, cuando el presidente D. D. Eisenhower firmó el Programa de Acción Encubierta, que disponía y organizaba la agresión a otro país con el cual el suyo no estaba en guerra, sin invocar ni respetar ley alguna. Con frialdad administrativa, ese programa detallaba las cuatro direcciones de la acción, terrorismo de Estado que culminaría en la batalla de Girón. Para ser, la revolución cubana tendría que ser antiimperialista. Pero aquellos planes no eran aún de dominio público al inicio de 1960, y más que el reto mortal que se intuía, eran temas de debate si la revolución iba o no hacia el comunismo, si atacaría o no a la fe

católica, si le era posible a Cuba organizarse de una manera más justa y sobrevivir frente a una enemistad norteamericana.

La rebeldía y el poder cubanos concitaron una inmensa ola de simpatía entre los pueblos de América Latina, que abarcó a medios políticos avanzados y movimientos sociales combativos, pero también a multitud de personas no organizadas. Entre los primeros, impactó sobre todo a jóvenes que quisieron cambiar sus organismos o fundaron otros nuevos, con objetivos radicales. La vía armada para hacer realidad los ideales de cambios adquirió de súbito un gran prestigio. En un medio más general, Cuba en revolución era noticia diaria. Constituía una esperanza y un ejemplo para todos los que deseaban democracia política unida a justicia social, y ofrecía una opción en español para los proyectos sociales y de mejoramiento humano en este continente. Comenzaba a ayudar también en la identificación del enemigo, porque agregaba a las experiencias de intervencionismo imperialista en Guatemala de 1954 y en otros muchos lugares, la interrogante de si Estados Unidos respetaría al proceso autóctono de un pequeño país latinoamericano que ansiaba tener soberanía plena y poner a su pueblo en posesión de los recursos de su país. Pronto aparecería la consigna “Cuba sí / yanquis no”.

2. LA SOCIEDAD CUBANA ANTES DEL TRIUNFO DE LA REVOLUCIÓN

En numerosas ocasiones y textos he abordado el tema de los extraordinarios eventos vividos por los cubanos entre 1958 y 1961-62. No debo intentar resumirme aquí, y acerca del proceso ideológico de ese período casi no existen obras de análisis a las cuales referirse.³ De manera sintética, solo apuntaré cierto número de hechos y de criterios que pueden ayudar a enmarcar el momento de los primeros meses de 1960, cuando Jean Paul Sartre nos visitó.

Está claro que las prácticas vividas a partir del derrumbe del aparato militar y político de la dominación no cabían en las concepciones del mundo y de la vida que habían regido hasta ese momento, no solo en el suelo común sobre el que se edificaba el consenso, sino tampoco en las diversidades y oposiciones que hasta hacía dos años se consideraban principales. El nivel general de conciencia política era alto,

pero estaba muy lastrado por los resultados del intenso ejercicio de la política bajo la forma democrática de hegemonía predominante durante la segunda república burguesa neocolonial. Fueron rasgos de aquel período la organización de los partidos como camarillas al servicio de intereses y apetitos de grupos, la colosal corrupción administrativa, el abandono de los ideales de la Revolución del 30, la demagogia rampante, el fracaso de una institucionalidad y un sistema político que eran realmente avanzados, y una libertad de expresión notable, pero incapaces para resolver uno solo de los problemas fundamentales del país, ni para que la ciudadanía pudiera controlar la vida pública o influir medianamente en ella. A pesar de ello, una parte apreciable de los cubanos aprendió a consumir informaciones amplias y criterios variados sobre los asuntos públicos, a discernir sobre ellos y a ejercer el voto y otras actividades ciudadanas con regularidad.

El liberalismo que rigió en la primera república fue enmarcado dentro de un Estado interventor en los conflictos entre las clases sociales y regulador de numerosos aspectos de la vida económica, una tendencia que comenzó en los últimos años veinte y se impuso después de la Revolución del 30. Ese Estado

3 De mis trabajos, me limito a mencionar: "El ejercicio de pensar" (Martínez Heredia, 1967); "Cuba: problemas de la liberación, el socialismo, la democracia" (Martínez Heredia, 1991: 124-148); "Izquierda y marxismo en Cuba" (Martínez Heredia, 2001 [1995]: 82-114) y "La fuerza del pueblo" (Martínez Heredia, 1999a: 82-93).

no fue capaz de resolver los problemas básicos de la nación, y las funciones suyas tenían diferentes fines y motivaciones –estancamiento de la exportación azucarera, control social y evitación de luchas de clases, cierta redistribución del ingreso, entre otras–, pero lo cierto es que la creencia en la necesidad de las acciones y las atribuciones del Estado se hizo bastante general. Es error o ignorancia imputar al socialismo que vino después todo el impulso estatizador y centralizador cubano. La sociedad civil tenía un desarrollo realmente extraordinario, y la riqueza de su tejido era otra evidencia de la incongruencia entre el adelanto del mundo cívico cubano y el subdesarrollo y carácter neocolonial de su estructura económica, pero los movimientos sociales obtenían muy poco, defendían solo intereses sectoriales, dependían del lugar social y económico y las relaciones políticas de cada uno, y sufrían desde la cooptación hasta la inopia. La proporción de trabajadores en sindicatos era de las mayores del continente. Estos agrupaban su diversidad en un solo órgano nacional –la Central de Trabajadores de Cuba–, gozaban de una legalidad favorable y una presencia influyente. Pero no protegían de la expoliación y la miseria a los más pobres y necesitados del país, y solían

sostener vínculos espurios con los gobiernos y partidos políticos, y padecer cúpulas corrompidas.⁴

La superexplotación del trabajo y bajas retribuciones en áreas fundamentales de la economía, un alto desempleo estructural y estacional, profunda miseria rural y marginalidad urbana, pésimos o ausentes servicios sociales y carencia de oportunidades de acceder a ellos, eran la realidad social en que vivía la mayoría de la población. Persistía la sujeción neocolonial a Estados Unidos, aunque con rasgos diferentes a los de la primera república, y la situación era potencialmente más grave porque el conocimiento de las cosas, y hasta el ordenamiento legal, contradecían escandalosamente lo que sucedía en la práctica.⁵ Por ejemplo, la

4 Análisis los rasgos principales de esta época en Martínez Heredia (2000: 29-50).

5 Raúl Cepero Bonilla, un gran historiador y economista cubano, decía en 1946 –cuando solo tenía 25 años de edad–, en artículos en la prensa diaria: “Los interesados en desviar la atención popular del verdadero centro de nuestra problemática agraria, gritan que son el monocultivo y el latifundio improductivo las causas de nuestro atraso material. Pero nada se dice de la ligazón estrecha que existe entre latifundio, monocultivo e industria azucarera” (Cepero Bonilla, 1983a: 5); “Solo hay una vía para convertir a la industria azucarera en

Constitución de 1940 proscribía el latifundio (artículo 90) y el discurso político y los medios de comunicación lo execraban, pero la concentración de la propiedad de la tierra en Cuba era abrumadora y nunca el parlamento discutió un proyecto de reforma agraria para resolver la situación. Pero junto a la desilusión, el descreimiento y el rechazo profundos existían siempre conciencia, fermentos de resistencia, y en alguna medida organización e incluso rebeldías. Dentro del marco institucional y el sistema político vigentes se formó en 1947 el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) liderado por Eduardo Chibás Rivas, antiguo revolucionario del 30, que atrajo y entusiasmó a una gran parte de la población, con un programa de adecentamiento y de rescate nacional; era el seguro ganador de las elecciones presidenciales de 1952, por lo cual el golpe militar ochenta días antes resultó una agresión y humillación inaceptables.

una industria que contribuya ciertamente al progreso del país: la nacionalización” (Cepero Bonilla, 1983b: 11); “[...] la verdadera reforma agraria, que es la que imperativamente ordena la Constitución, que aún espera la ley complementaria que le dé vigencia y que cuando sea promulgada trazará un nuevo rumbo en la historia cubana” (Cepero Bonilla, 1983c: 13-14).

La dictadura fue para las mayorías la demostración suprema de que todo había sido falso, lo cual no es históricamente cierto, pero la creencia en que fue así es una realidad que se volvió un axioma después de 1959. La exaltación del civilismo frente al militarismo había sido un punto muy fuerte de la ideología prevaleciente después de la Revolución del 30, reacción lógica contra la dictadura del coronel Batista –aunque reductora respecto a la raíz de los problemas de la nación–, que también reforzó la legitimación de la democracia representativa, e incluso se extendió a las interpretaciones históricas. El cincuentenario de la república en mayo de 1952 y el centenario del nacimiento de Martí en enero de 1953 sirvieron para contraponer a la dictadura toda la inmensa carga de nacionalismo y de radicalismo político patriótico y democrático que está en la base de la constitución ideal de la nación cubana. Era un recuento amargo de frustraciones, pero a la vez enunciaba al país como un proyecto que debía realizarse aunque conllevara nuevos sacrificios. Solo después se supo que se trataba de una vela de armas, pero desde que en 1955-1956 se puso en marcha la rebeldía activa, fue general la exigencia de que la acción política no se limitara a derrocar a la tiranía. No hay que “volver al 9 de marzo de 1952”,

se decía con menosprecio de esa opción, hay que llevar a cabo una revolución que cambie a Cuba, en lo económico, lo político y lo social. Las formulaciones ideológicas y los medios de comunicación insurreccionales reivindicaban ese objetivo para la revolución y el poder que ella establecería.

Demasiado sintetizado, este es el mundo ideológico en el cual se formó y transcurrió el movimiento insurreccional que triunfó en enero de 1959. Es indispensable conocerlo para referirse al mundo fulgurante de los quince meses siguientes –nada sale de la nada–, pero también lo es porque todavía en 1959 y 1960 su peso era enorme sobre la mayoría de los cubanos. Sus datos y sus situaciones eran el material de lo existente y de lo que resultaba urgente cambiar, y sus modelos de conducta, sus ideas y buena parte de sus sentimientos fueron negados, transformados u ocultados en la vorágine que invadió la vida de las mayorías. Los temas, los retos, las exigencias y el contenido de lo político se alejaban cada vez más veloz y bruscamente de ese mundo, por eso es tan complejo e importante este primer año y medio en que todavía coexistían los hechos revolucionarios y sus consecuencias con buena parte del mundo que venían a eliminar o superar. La gran victoria no había dado aún todos sus frutos, y

los enfrentamientos de clase no habían generado una dura polarización –como sucede en toda revolución–, ni mostrado todavía sus costados más violentos, sus luces y sus sombras.

3. EL MUNDO IDEOLÓGICO DE CUBA EN REVOLUCIÓN

Durante 1957 y 1958, masas cada vez mayores habían pasado de abominar la tiranía batistiana a una simpatía activa por la insurrección. Miles de personas participaron directamente en los combates, la clandestinidad y la resistencia, y adquirieron experiencias muy ricas, decisión, espíritu de sacrificio, iniciativa ante las tareas y una fuerte disciplina, gran cohesión alrededor de la causa y la organización, e ideales radicales respecto a las transformaciones que necesitaba el país. Esta vanguardia fue el instrumento fundamental de la acción revolucionaria en su primera etapa en el poder. Fidel y el Ejército Rebelde gozaron de un prestigio supremo como expresión suprema del nuevo régimen y garantía de que las aspiraciones populares serían satisfechas. Sobre esa base se acometieron también dos tareas políticas principales: lograr la unidad política entre los revolucionarios, y la unidad del pueblo en la revolución.

El verde olivo estuvo en el centro del nuevo arsenal simbólico, y ayudó a un feliz rescate y apoderamiento de los atributos patrióticos y de la gesta nacional, lo cual multiplicó la fuerza espiritual de la revolución.

Fidel y los “barbudos” ocupaban todo el espacio de la política real, y en las cuestiones y decisiones importantes el pueblo solo les prestaba atención a ellos. La vieja política había sido silenciada por la violencia durante más de dos años, pero ahora no tenía posibilidad alguna de regresar. Los participantes en la política de la dictadura y sus cómplices estaban prófugos o incapacitados por la ley rebelde; los opositores que no habían apoyado a la insurrección perdieron toda fuerza moral. Los grandes y medianos intereses nunca pudieron movilizar bases para organizar una nueva política moderada propia que se presentara como alternativa frente a la revolución.

Es un error creer –como se repite todavía, incluso en la enseñanza– que hubo una fase “democrática burguesa” de la revolución en el poder –que iría del 1° de enero de 1959 al otoño de 1960–, aunque a la clasificación se le sustraija el mote de burgués y se le agreguen apellidos “progresistas”. El triunfo de la insurrección fue el que destruyó el aparato militar, represivo y político del Estado burgués, pero además

desmoralizó a los sostenedores y beneficiarios de ese Estado –hubieran sido o no batistianos– y les hizo imposible desempeñar ningún papel en negociaciones o en maniobras ulteriores. El curso inmediato de la revolución en el poder no dejó espacio alguno para alianzas de clase con predominio –o siquiera con un papel apreciable– de una burguesía “nacional”, ni podía respetar los intereses y hábitos de mando que a ella le eran necesarios reivindicar.⁶ La ley de disolución de los partidos políticos y la expeditiva depuración de la administración pública y los sindicatos no confrontaron oposición. El gabinete de gobierno del primer mes y medio fue tan provisional como la coexistencia de rebeldes y antiguos militares en los cuarteles. Los líderes revolucionarios no manifestaban respeto por las instituciones y las ideas que habían sido consagradas hasta entonces, ni por un retorno rápido al orden. Y el pueblo tampoco.

Las leyes y otras medidas revolucionarias, que como enormes martillazos iban rompiendo la maquinaria gigantesca que ahogaba al pueblo

6 Los burgueses cubanos fueron bastante sensibles a esa realidad y retiraron muy pronto los carteles de “Gracias Fidel” que habían exhibido en las primeras semanas. También se arrepintieron de su ‘generosa’ oferta de 10 mil novillas cargadas para la Reforma Agraria.

–gloso el artículo “Septembrismo”, de Antonio Guiteras (1968 [1934]), escrito 25 años antes–, fueron el instrumento fundamental de cambio de las relaciones sociales, las personas y las instituciones, el motor principal de aquel año 1959 y de los años inmediatos. Esa actuación no era solo del poder que promulgaba y disponía, eran hechos vividos por miles de personas que se instituían a sí mismos como ejecutores, le daban sentido a esos nuevos actos como satisfacción de las necesidades y exigencias del pueblo y como destino del país, se convertían en partícipes, se involucraban con sus cuerpos, sus espíritus y sus mentes en la revolución. No hay que olvidar que estas prácticas eran el factor primordial del mundo ideológico, aunque en este texto no sea desarrollado su recuento o su análisis.

Fidel, Primer Ministro desde febrero, se convertía en el líder único e indiscutido de la nueva fase iniciada a partir del triunfo, ahora a la escala de un pueblo multiplicado, y emprendía una campaña de educación popular con ayuda de la televisión. Se hacían proverbiales su capacidad persuasiva y su presencia física en cualquier lugar. Por otra parte, no hubo paz para el proceso cubano. Si la cuestión de los fusilamientos de los criminales de la tiranía capturados fue una primera escaramuza con

los controladores imperialistas de la opinión pública, la Ley de Reforma Agraria constituyó un enfrentamiento decisivo. Fue un partea-guas con los Estados Unidos, con los burgueses de Cuba y con los que no deseaban ir demasiado lejos. La Ley del 17 de mayo de 1959 abrió el camino a transformaciones radicales, tanto en el sector agropecuario y la vida rural como en factores fundamentales de la producción, la distribución y el consumo, en las relaciones sociales principales vigentes en Cuba y en el contenido de clase del nuevo poder. Lo interesante al examinar el mundo ideológico es que nadie –estuviera a favor o en contra– creyó que aquella medida legal fuera una maniobra demagógica, o que la reforma podía ser finalmente mediatizada y desmontada. La credibilidad y el peso moral de la revolución crecían cada día más.

Además de los límites sociales y humanos para asumir cambios muy profundos, y la especie de estupor que permite que convivan, en las primeras fases de los grandes acontecimientos históricos, las fuerzas revolucionarias con el mundo que van derribando, en realidad había diferencias no públicas en el seno del nuevo gobierno respecto al alcance de la revolución. Pero los dirigentes principales mantenían activa una estructura paralela informal desde las

primeras semanas, junto a un infatigable trabajo de concientización popular; muy pronto hicieron triunfar un curso radical dentro de la revolución, como sucedió en el caso del proyecto de la ley agraria. Cuando en julio asomó una crisis entre Fidel y el presidente de la república, el magistrado Manuel Urrutia, este sufrió el repudio popular y fue sustituido por un ministro revolucionario, Osvaldo Dorticós Torrado.

Quizás algunos datos de la trayectoria del Che durante aquel año sirvan para ilustrar ese proceso. Jefe militar de La Cabaña desde enero de 1959, pronto conocido por sus ideas radicales y uno de los protagonistas de la estructura informal mencionada, en marzo ya también era Director de Cultura del Ejército Rebelde. En esa entidad hizo editar el pequeño libro *Curso de orientación revolucionaria* (AA. VV., 1959), dirigido a la formación de sus miembros, y facilitó la filmación de los dos primeros documentales del ICAIC. En junio, Fidel lo envió a un viaje descomunal de tres meses, de Marruecos a Indonesia, de la India al Japón, de Sri Lanka a Yugoslavia. En septiembre se le asignó la dirección del Departamento de Industrialización, un activo instrumento encaminado hacia el desarrollo de ramas industriales, el planeamiento y la futura nacionalización y gestión estatal de la industria del país; estaba adscrito al Instituto

Nacional de la Reforma Agraria (INRA). En noviembre, el Che fue nombrado Presidente del Banco Nacional de Cuba. No es que pasara de una responsabilidad a otra, cada una se sumaba a las anteriores. En enero de 1960 publicó, por el Departamento de Instrucción del MINFAR, el *Manual de capacitación cívica*, una obra colectiva dirigida no solo a los militares “sino [para] que sea útil a las Milicias Nacionales, a todas las organizaciones y personas que apoyan a la revolución, es decir, a todo nuestro pueblo” (AA. VV., 1960: 2).

Sintetizo los hechos que considero decisivos para el mundo ideológico de aquella etapa: a) el apoyo general a la revolución fue convertido en la multiplicación de los actores, a través de su participación directa en innumerables hechos y de un proceso vertiginoso de concientización; b) con gran decisión y habilidad magistral, la dirección revolucionaria aprovechó el tiempo de que disponía y adoptó las medidas más radicales en todas las cuestiones fundamentales que pudo, sin atraerse más enemigos que los inevitables; c) la revolución se apoderó y encarnó en sí los símbolos y prácticamente toda la acumulación cultural de la nación, expropiándole a las clases dominantes la parte de ella que habían usufructuado durante la república; d) fue desmontada la creencia en la

omnipotencia de los Estados Unidos, y el anti-imperialismo –latente, pero como suspendido durante las dos últimas décadas–, adquirió un gran vigor y fue asumido masivamente; y e) comenzó a predominar una ideología revolucionaria que combinaba el patriotismo radical con la exigencia de una justicia social completa e inmediata.

La revolución gozaba de un consenso muy poderoso, porque alentaba la confianza en un futuro luminoso para el país, la realización de la promesa nacional tantas veces frustrada y una superación rápida de los males que aquejaban a todos, o a grupos sociales determinados: la miseria y el desempleo, el fraude, la malversación y la mentira como modelos de conducta pública, la explotación de los trabajadores, la falta de servicios de salud y educación, el racismo, la prostitución, la incuria, el entreguismo a Estados Unidos. Entre todos se podría conseguir abolir tantos males, y con ellos las formas de vida perversas a que ellos obligaban.⁷

7 “La revolución convirtió el presente en cambios y el futuro en proyectos [...] transformó la cotidianeidad de tal modo que hasta ahora solo las formas artísticas han podido transmitir eficazmente la gesta a los que no la vivieron. Además, duró bastante tiempo; su prolongación garantizó el cambio de la manera de vivir, de los

El desafío era formidable y a la vez fascinante. En este tiempo, la vía idónea para triunfar fue calificada por unos de humanista, mientras otros invocaban, como opción para Cuba frente al capitalismo y el imperialismo, un socialismo cubano que sería la consumación de la democracia y la justicia social. En realidad, la sociedad cubana tenía una historia del capitalismo muy compleja, que desafiaba o hacía francamente insuficientes las clasificaciones del arsenal teórico de origen europeo. Cuba era sumamente occidental, con relaciones sociales en las que el dinero tenía una implantación como vínculo muy generalizado y antiguo, que resultaba algo natural a las personas de todos los grupos sociales.⁸ Pero sus enormes riquezas

resultados de la reproducción de la vida social y de las instituciones básicas del país. Para lograr esto fue imprescindible una prolongada unión de los dos impactos principales de las revoluciones: el libertario que se desata, permite vencer y hace posible los cambios, y el del poder revolucionario que da cauces, garantiza y organiza” (Martínez Heredia, 1999b: 30).

8 Juan Noyola, un notable economista mexicano que encabezó una misión de la CEPAL en Cuba, se admiró al constatar que todos, hasta el último campesino descalzo y analfabeto, referían al dinero el valor de cada cosa. Noyola se enamoró de la revolución y se quedó a servirla como economista. Perekó con una delegación

y avances del siglo XIX se levantaron con fuerza de trabajo esclava y un régimen colonial, y su economía del siglo XX había sido neocolonial. Las mayorías sufrían aún las secuelas sociales muy profundas de tantas opresiones y explotación. Al mismo tiempo, una historia de revoluciones populares muy profundas había sido capaz de dignificar la abolición de la esclavitud, crear la nación y el Estado republicano y desarrollar mucho las experiencias y los ideales de libertad, justicia social y democracia. ¿Cómo pesaría cada una de estas características en el rumbo a seguir, como influiría el sentido general de la vorágine en que se estaba viviendo?

Lo cierto fue que las ideas generales podían ser y fueron objeto de polémica, pero no las medidas revolucionarias, ni el apoyo al proceso. Las mayorías descalificaron a los que sostuvieron estas últimas posiciones. Sin ninguna opción de iniciativa política ni de utilización de los atributos nacionales, algunos

cubana en un accidente aéreo en Suramérica, en noviembre de 1962. El edificio de la Facultad de Economía de la Universidad de La Habana lleva su nombre; pero nunca se ha publicado aquí un libro que contiene trabajos suyos escritos en Cuba, fue publicado en México hace más de treinta años.

intentaron manipular la fe católica contra la revolución. Los temores de creyentes a que su fe fuera rechazada o atacada “si Cuba va al comunismo” estaban influidos por hechos reales y por prejuicios, provenientes ambos de las experiencias europeas y de la “guerra fría”. Pero la Iglesia institucional carecía de peso en la vida pública de la nación cubana, desde la Revolución del 95, y el saldo de los incidentes favoreció a la revolución.⁹ Más peligrosos resultaron la desconfianza, las ideas y los prejuicios que experimentaban muchos respecto al comunismo, hijos del trabajo ideológico del capitalismo, pero también de los aspectos negativos de ese movimiento que se conocían. El anticomunismo y las reacciones vinculadas a las religiones tuvieron una parte notable en el conflicto ideológico que se desencadenó durante 1960 y los años que siguieron, pero no era así todavía en 1959.

El papel de Fidel Castro en esta etapa fue excepcional. Había sido el iniciador, el patriota

9 Un ejemplo fue la propaganda basada en un cartelito que debía ponerse en las puertas, con un escolar (blanco) y la inscripción: “¿Este niño será creyente o ateo?”. La respuesta fue otro cartelito con dos escolares (uno blanco y uno negro) unidos, que decía: “¿Este niño será patriota o traidor?”.

y martiano más consecuente, el empecinado en seguir la vía armada hasta llegar a tener la razón, el que tejió voluntades y factores tan diversos y no siempre bien avenidos, el hombre de la Sierra Maestra, que logró convertirse en el líder militar y político de la insurrección, el héroe popular y el jefe de la organización victoriosa. A partir de enero de 1959 tuvo ante sí una tarea muy diferente y mucho más compleja, y supo desempeñarla de manera ejemplar. Desde 1953, Fidel había prefigurado la voluntad revolucionaria de ejercer el poder a partir del principio de soberanía popular, en su famosa defensa al ser juzgado por el asalto al Moncada, dejando a un lado la tendencia de muchos revolucionarios –presente desde la Revolución del 30–, a declarar que no desempeñarían cargos cuando se obtuviera el triunfo, como expresión moral de desinterés frente a la corrupción republicana.¹⁰ Fidel recuperaba así, en la cuestión

10 “[...] el movimiento revolucionario, como encarnación momentánea de esa soberanía, única fuente de poder legítimo, asumiría todas las facultades [...]. Esta actitud no podía ser más diáfana y despojada de chocherías y charlatanismos estériles: un gobierno aclamado por la masa de combatientes, recibiría todas las atribuciones necesarias para proceder a la implantación efectiva de la voluntad popular y de la verdadera justicia” (Castro Ruz, 1967: 57-58).

política central del poder, las concepciones de las revoluciones cubanas del siglo XIX y de Mella y Guiteras en la Revolución del 30, que están entre las fuentes del socialismo de liberación nacional de este país. Cinco años y medio después del Moncada, tenía a su favor factores fundamentales que le permitían ejercer ese poder. Pero en política, aun los enunciados generales más acertados deben pasar por innumerables pruebas prácticas, en circunstancias que solo son parcialmente previsibles.

Fidel se comunicaba sistemáticamente con toda la población, prácticamente sin intermediarios, reclamaba a los cubanos estar atentos a todo problema importante y tratar de conocerlo, manifestar su apoyo a la revolución, actuar en la vida política y no solo dar su consenso, incorporarse a todas las tareas, tener iniciativas para lograr la ejecución de los grandes lineamientos que se lanzaban, ir cambiándose a sí mismos en el curso de los cambios de las relaciones y las instituciones del país. Fue un excepcional educador popular, y –que yo sepa– el primer líder político en el mundo que utilizó la televisión para una gigantesca campaña directa de concientización.

Maestro de la táctica, la paciencia y el momento oportuno, Fidel no hizo expreso todo el proyecto de cambios, mas llevó siempre el

timón de lo político y lo ideológico, conservó y proyectó el lugar central y la unidad del Ejército Rebelde, controló las decisiones fundamentales y tejió la unidad política de los revolucionarios. En breve tiempo fue más allá de su campo de liderazgo previo –el Movimiento 26 de Julio y la insurrección– y pasó a ser el líder del pueblo, una nueva dimensión que comprendía a todos los que se identificaban con el proceso, comenzando la extinción de las banderías previas y recibiendo a toda persona que participara. La entidad “pueblo” era independiente de la del partido político –que se había desprestigiado tanto–, era un flexible lugar de encuentro, identidad y pertenencia general, y expresaba el protagonismo de la gente corriente, la masa del país. Y mientras el “agradecimiento” de la burguesía fue muy efímero, el pueblo se identificaba cada vez más con él. La relación era directa –Fidel, sin apellidos ni cargos– y la confianza se hizo absoluta; “si Fidel se entera”, se decía ante lo mal hecho, y su opinión dirimía las cuestiones.¹¹

11 “Fidel entendió muchas cosas más; se desarrolló como el extraordinario conductor de hombres que es hoy y como el gigantesco poder aglutinante de nuestro pueblo. Porque Fidel, por sobre todas las cosas, es el aglutinante por excelencia, el conductor indis-

El sistema de instituciones estatales y locales, que tenía un desarrollo relativo, fue intervenido totalmente por la revolución. Los métodos y la burocracia en el nuevo poder mantenían una continuidad parcial con el pasado de esas instituciones, pero enseguida aparecieron diferencias radicales. Lo más impactante fue el fin de la deshonestidad administrativa, una corrupción gigantesca que era el otro demonio –con los abusos y la represión– que había sufrido el pueblo. Dos nuevos ministerios, Asistencia Social y Recuperación de Bienes Malversados, indicaban las nuevas intenciones. Pero aquella estructura estatal no estaba hecha para viabilizar las transformaciones profundas. Desde mayo, el INRA se convirtió en un instrumento básico del nuevo poder, y a muchos efectos sus 26 Zonas de Desarrollo Agrario constituían una real división político-administrativa del país. El INRA tuvo su sostén efectivo y su espinazo de cuadros en el Ejército Rebelde, y a su vez comenzó a ser partero de

cutido que suprime todas las divergencias y destruye con su desaprobación. Utilizado muchas veces, desafiado otras, por dinero o ambición, es temido siempre por sus adversarios” (Guevara, 1970: 678, T. II)

un nuevo Estado.¹² Personas sin la preparación suficiente se hicieron cargo de miles de responsabilidades en toda Cuba, y esto se acentuaba por la nacionalización de las empresas de los cómplices de la tiranía y por los fenómenos crecientes de abandono de empresas y emigración de técnicos, pero también por la aparición de una multitud de tareas que antes no existían. En general se juzgaba con benignidad a estos nuevos cuadros, por honestos y bien intencionados, pero también por poseer otra cualidad: procedían de cualquier sector social, incluido el de los de abajo.

Desde enero había comenzado una práctica que pronto sería emblemática de la revolución: las concentraciones populares masivas. El 1° de Mayo, soldados rebeldes y obreros intercambiaron sus fusiles y herramientas en los desfiles en La Habana y Santiago, y para el aniversario del 26 de julio vinieron a La Habana muchos miles de campesinos de toda Cuba. La metrópoli llena de cubanos que se hospedaron

en casas de familia y miraban el mar con asombro daba fe de la decisión del país de volverse hacia el campo. La democratización de los sindicatos tuvo un hito en el difícil X Congreso de la Central de Trabajadores de Cuba; la organización de trabajadores cumplió papeles importantes en las tareas de los primeros años sesenta. En octubre fue conjurado en Camagüey el peligro de una sedición dentro del Ejército Rebelde y se fundó la organización de masas más importante de la primera etapa: las Milicias Nacionales Revolucionarias, que fueron una forma efectiva de avance hacia el armamento general del pueblo y un agente decisivo de radicalización masiva y de interiorización de nuevas conductas e ideas. Un rasgo principal de estos primeros años fueron las sucesivas ampliaciones del campo revolucionario, aunque desde 1960 ese proceso estuvo acompañado de una delimitación cada vez más radical de la pertenencia a ese campo, con agudas consecuencias: necesidad de elegir, rupturas y nuevos lazos, desgarramientos y nuevas tablas de valores y motivaciones. Cuando Sartre nos visitó, esta delimitación apenas comenzaba a hacerse visible.

El ambiente intelectual del primer año y medio de revolución en el poder no puede revisarse sin incluir expresiones que antes no se habrían

12 En el INRA nacieron, por ejemplo, el futuro Ministerio de Industrias y la Empresa Consolidada del Azúcar (ECA), después Ministerio del Azúcar, a partir del Departamento de Industrialización. También nació el Ministerio del Comercio Interior, a partir de las Tiendas del Pueblo.

considerado. La profunda transformación de la materia política reclamó nuevos modos, y su lejanía de la actividad considerada intelectual disminuyó mucho. Consignas como “convertir los cuarteles en escuelas”, “la Reforma Agraria va” y “elecciones para qué”, adquirieron un peso argumental. Se extendió una nueva oratoria, más directa y sin afeites, y sobre todo se prefirieron formas más llanas de comunicación. Ahora tomaban la palabra cada vez más personas que antes no se atrevían a hacerlo, ni creían tener nada valioso que decir. Nacían las ansias de alfabetizarse, aumentar la capacidad intelectual, incluso asistir a una obra de teatro, que pronto se convertirían en una verdadera fiebre nacional.¹³ La humilde letra y la sencilla música del himno del 26 de Julio comunicaban emoción a los actos públicos, junto a los símbolos nacionales, y se dedicaban a la revolución los más disímiles frutos del estro popular.¹⁴ El apellido

13 Desde 1959 comenzaron acciones de alfabetización, en el Ejército Rebelde y en otros medios. Se emprendió un esfuerzo ingente por universalizar la enseñanza primaria, creando miles de aulas y empleando a todos los maestros disponibles. En mayo de 1960 comenzó una experiencia masiva, la de los maestros voluntarios.

14 El más famoso cantante, Benny Moré, componía

“de la libertad” se agregaba con liberalidad, y lo llevaron desde los carnavales hasta las fiestas de fin de año. Las nuevas publicaciones periódicas pertenecientes a los órganos de la revolución gozaban de un enorme favor popular, aunque el sistema previo de medios masivos de comunicación, grande y bastante desarrollado, seguía siendo mayoritario.

Además de las comparecencias televisivas, Fidel, el Che y los líderes más prestigiosos de la revolución hablaban eventualmente en los foros culturales existentes, o en el marco de ciclos dedicados a los temas acuciantes o más permanentes del país. Numerosas instituciones estatales, locales y sociales editaban folletos y libros con las intervenciones en esos foros, discursos y una variedad de temas de la actualidad, y también históricos. La comprensión de los problemas principales de la economía y la sociedad dejó de considerarse asunto de técnicos y de unos pocos, de modo que comenzaron a tornarse tópicos de uso más general el desempleo, la necesidad

una canción por el Día de las Madres, en honor de los mártires, que también dedicaba un recuerdo a los soldados de fila de la dictadura que habían caído en la guerra. Y una canción tan ayuna de calidad como desafiante decía: “ya se acabaron los privilegios / ahora los pobres van al colegio”.

de luchar por la autosuficiencia alimentaria, consumir productos nacionales y fortalecer un mercado interno, universalizar la atención médica y crear escuelas para todos los niños, la situación financiera, la reforestación del país, la creación de cooperativas y otros problemas. Aunque con una tendencia creciente a diferenciarse por sus actitudes favorables o no a la revolución, en los medios aparecía una multitud de noticias, reportajes, entrevistas, imágenes, artículos de opinión, acerca de los hechos, la gente que hacía la revolución o a los cuales ella llegaba, el curso del proceso y sus proyectos.

Las instituciones culturales habían pasado una etapa difícil, entre la usual carencia de recursos y abandono y la cooptación de funcionarios y voceros. A pesar de que Cuba poseía una riquísima historia de la literatura y las artes, ellas eran sobre todo asunto individual y de pequeños grupos, que sobrevivían con duros esfuerzos, compartían esas tareas con el periodismo y con trabajos muy ajenos para ganarse la vida, o conseguían papeles y encargos en radio, televisión y algunas paredes de instituciones.¹⁵

15 Uno de los más grandes artistas plásticos cubanos, Carlos Enríquez, había muerto en la más completa miseria, en el hospital “Calixto García”, en 1957. Pocos días antes el escritor Onelio Jorge Cardoso había ca-

Por ser la nación y su Estado republicano frutos de muy duras y prolongadas luchas anticoloniales y sociales, las bellas artes habían tenido una intensa relación con lo político; la Revolución del 30 también renovó aquel compromiso, que desde entonces incluía propuestas ideológicas y teóricas acerca de las relaciones entre la política y la cultura –entendida esta en su sentido estrecho–, y un acervo de ideas acerca de las funciones sociales del arte y los deberes del artista. En la segunda república, el Estado también intervino más directamente en este terreno, creó estructuras –como la Dirección de Cultura en el Ministerio de Educación– y asignó algunos recursos. La dictadura tuvo sus cómplices y sus cooptados en el campo cultural, pero la mayoría de los literatos y artistas compartió el repudio que le tenía la población.

El triunfo revolucionario levantó una gigantesca ola de alegría y adhesión entre la mayoría de los intelectuales y artistas, expresada en sus obras y sus actitudes públicas. Cierta número de ellos, que vivían en el exterior, regresaron

minado una gran distancia para ir a visitarlo allí, por carecer de dinero para el transporte. En uno de los países latinoamericanos más famosos por la calidad y diversidad de su música popular propia, la mayoría de los compositores cobraban centavos por sus obras.

enseguida y se integraron al medio y al apoyo a la revolución. Como es natural, este campo era muy heterogéneo; fue el proceso el que los aproximó y paulatinamente fue articulándolos como un sector social con organicidad. En 1959-1960 florecieron las reuniones de intelectuales, en las que se discutía la situación nacional, se formulaban demandas del sector y se redactaban y acordaban manifiestos revolucionarios. En los medios era habitual encontrar textos de intelectuales –conocidos y noveles– dedicados a los eventos de la revolución y a su defensa, y las jornadas de la insurrección y de la nueva época comenzaron a ser temas usuales de las creaciones literarias y artísticas. Por otra parte, lo que dijimos arriba acerca de las insuficiencias de las concepciones del mundo y de la vida que habían regido frente a las prácticas, urgencias y exigencias de la revolución, incluía también, enteramente, a la actividad intelectual. Con sus especificidades, en ella se dieron –como en otros tantos aspectos de la vida nacional– actitudes negativas y simulaciones, movidas por los valores y hábitos de la sociedad anterior, y en alguna medida también por el escaso desarrollo de la nueva sociedad.

El nuevo poder tomó los organismos oficiales existentes y situó a su frente a personas prestigiosas; la Biblioteca Nacional es un ejemplo

notable entre numerosas instituciones que obtuvieron rápidos logros en sus funciones. La compañía del Ballet Nacional y otros empeños artísticos de la sociedad se sumaron con entusiasmo al proceso, y ahora se vieron realmente atendidos. Al mismo tiempo, la revolución procedió a crear sus primeras instituciones. Fue el caso de la Casa de las Américas y el Instituto Cubano del Arte y la Industria Cinematográfica (ICAIC), dirigidos por personalidades revolucionarias. Muy pronto un público emocionado veía revolución en la pantalla de cine,¹⁶ y en enero de 1960 se celebró el primer concurso literario de Casa de las Américas, insignia de una institución cultural que supo tejer rápidamente innumerables lazos con nuestro continente. Se creó la Imprenta Nacional de Cuba, que comenzó a ofrecer libros buenos al pueblo, en ediciones enormes a precios ínfimos. Desde marzo de 1959, el diario *Revolución* publicaba su semanario cultural *Lunes de Revolución*, con tiradas masivas.

16 *Esta tierra nuestra* y *La vivienda* eran hechos artísticos y manifiestos revolucionarios. Pronto les siguieron otros cinco documentales, la aparición del noticiero semanal, cortometrajes, los primeros largometrajes, publicaciones. Ver Alfredo Guevara (2003 [1960]: 75-82).

Este tiempo fue de un violento florecimiento del consumo de la literatura y las artes, multiplicado por el ansia de acceder a las letras y la cultura y su identificación con tener una actitud revolucionaria, y por los grandes esfuerzos realizados por muchos que podían ofrecer esos productos a los demás. Un fresco del paisaje cultural antes de la llegada de Sartre mostraría nuevos lectores y nuevas lecturas, 10 libros por un peso, obras de teatro sobre problemas sociales, la banda de música de la Policía Revolucionaria tocando en el Aula Magna de una Universidad de La Habana reabierta que es un hervidero de estudiantes, de política, ideologías y milicianos con un búho y un fusil en su distintivo, un XIII Congreso Nacional de Historia celebrado en Matanzas, al calor del INRA, exposiciones de pintura y debates sobre la plástica, jóvenes pintores enviados con becas a París, polémicas más o menos ácidas, misiones de intelectuales cubanos al exterior, una gran exposición soviética en La Habana. Todavía no puede decirse que se multiplicaba el número de intelectuales, pero sí los participantes en los hechos culturales.

El medio cultural era extraordinariamente plural. El ambiente intelectual de 1959 - marzo 1960 forma parte del proceso cubano de los años sesenta, pero en esa primera etapa aún no

actuaban tres factores que después fueron decisivos: asunción del control cultural por el poder revolucionario; proclamación del carácter socialista del proceso; problemas de la unidad política y tendencias discordes o enfrentadas, con sus ideologías y sus luchas por el control cultural y de los contenidos de los productos culturales.

Una de las dimensiones necesarias al recordar y analizar la visita de Jean Paul Sartre a Cuba es inscribirla en ese medio que he tratado de presentar aquí. Esto puede ayudarnos en varios sentidos, como son, por ejemplo, comprender lo que Sartre escribió sobre su experiencia, lo que otros expresaron acerca de su visita y el significado de ella en la historia de aquel período. En un orden más particular, la visita de Sartre estuvo ligada a la comprensión que se abrió paso de la necesidad de invitar a Cuba a intelectuales famosos, con el fin de que tuvieran vivencias de la revolución, la valoraran y fueran influidos, lo que se revertiría en sus manifestaciones públicas más resonantes a causa de su fama, y más creíbles que las de otros voceros. Claro que ya habíamos sido visitados, desde el inicio de la revolución, por personalidades de numerosos países, que sentían curiosidad o verdadera simpatía; esa corriente siguió en ascenso según el proceso continuaba

y se profundizaba. Sartre fue invitado en razón de su fama de intelectual y su prestigio de hombre de izquierda, pero también ya había declarado abiertamente en Francia su solidaridad con Cuba.¹⁷

La revolución cubana impactó muy fuertemente a personas y medios de ideas y actitudes avanzadas de los países capitalistas desarrollados. Era una revolución de liberación en la época del fin del colonialismo, pero en una nación de cultura occidental. Su intensa historia colonial y neocolonial registraba sucesivos vínculos con los centros del capitalismo mundial, y a través de todas las ideas y corrientes políticas occidentales había llevado adelante la creación de su nación y medio siglo de historia republicana. Pero había mucho más. Para los norteamericanos se trataba de un asunto álgido: Cuba se liberaba de la opresión neocolonial que había ejercido *su* país, y luchar contra el

retroceso de la promesa democrática y el esfuerzo antifascista que sufrió Estados Unidos en la posguerra debía incluir la solidaridad con Cuba. Décadas de denuncia del propio imperalismo podían renovarse ahora en la exigencia de un trato limpio para Cuba, de manos fuera de los asuntos cubanos, que hiciera avanzar una nueva relación con América Latina. En Europa la cuestión era menos compleja. La revolución cubana era una rebeldía victoriosa frente a Estados Unidos. Y si uno comprende el colonialismo propio y se opone a él, ¿cómo no apoyar a los que hacen saltar el yugo neocolonial?

Cuba les propuso otro dilema a estos interlocutores, planteado desde la Revolución bolchevique de 1917, pero a la vez puesto a la orden del día y muy complejizado desde 1945. Era un país que estaba buscando la más completa justicia social mediante una revolución autóctona muy democrática. ¿Esa búsqueda lo llevaría al socialismo, un socialismo que no fuera como el soviético? ¿Un socialismo occidental, en el cual encontrar ejemplo y claves de una concepción que volviera a animar la liberación total del trabajo y de las personas? Formidables implicaciones, que es imposible separar de las condicionantes y las posiciones de los extranjeros, porque era desde ellas que podían mirar y entender a Cuba.

17 Recordemos solamente el manifiesto lanzado dos meses atrás, que firmaban Sartre, André Breton, Simone de Beauvoir, Jean Cocteau, Claude Julien, Jean Cassou y otros. “Una campaña de prensa desencadenada en los EE.UU. y continuada por los periódicos franceses tiende a deformar en la opinión pública el sentido y el triunfo de la Revolución Cubana, y la inmensa esperanza que representa para el pueblo de Cuba”, decía su primer párrafo (Sartre y otros, 1960: 10).

4. FINAL

Este es el año del 40° aniversario de *El socialismo y el hombre en Cuba* (Guevara, 2007 [1965]) uno de los textos fundamentales del comunismo de la segunda mitad del siglo XX, el manifiesto de una nueva etapa de las revoluciones y las ideas marxistas, que fue lanzado desde aquí, desde la América Latina. Y es el año del vigésimo aniversario del inicio del proceso de rectificación de errores y tendencias negativas de la revolución cubana, que constituyó a la vez un reconocimiento de la profunda desviación que había experimentado el rumbo, un testimonio del extraordinario vigor que conservaba el proceso cubano veintisiete años después de su triunfo y una campaña por recuperar y profundizar el proyecto del socialismo cubano. Sin dudas es una larga historia la de estos cuarenta y cinco años transcurridos desde que Jean Paul Sartre nos visitó.

Sartre fue uno de los grandes pensadores del siglo XX y un ser humano que supo poner siempre su pluma, su actuación pública y su fama del lado izquierdo en el campo de las luchas sociales, y del lado de los pueblos colonizados en el apoyo a sus combates por la liberación. Como se opuso a la dominación, sin reservas, caídas ni adecuaciones, su pensamiento y su

vida constituyen un valor inapreciable. Y por lo mismo, le ha tocado su cuota de olvido, enfrentar las dificultades que la posteridad reserva a los de su condición. Al calor de este homenaje tan merecido, aprovecho la oportunidad también para reclamar la recuperación, el estudio, el debate, de aquellos años, acontecimientos, ideas y sentimientos en que se produjo el prodigioso hecho cultural que atrajo tanto a Sartre: la Revolución cubana.

BIBLIOGRAFÍA

- AA. VV. 1959 *Curso de orientación revolucionaria* (La Habana: Dirección de Cultura del Ejército Rebelde).
- AA. VV. 1960 *Manual de capacitación cívica* (La Habana: MINFAR, Departamento de Instrucción).
- Castro Ruz, F. 1967 [1953] *La historia me absolverá* (La Habana: ILC).
- Cepero Bonilla, R. 1983a [1946] “La reforma agraria y la industria azucarera” en *Raúl Cepero Bonilla. Escritos económicos* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales) [Reproducido de *Tiempo en Cuba*, 24 de febrero].

- Cepero Bonilla, R. 1983b [1946] “La venta de la zafra” en *Raúl Cepero Bonilla. Escritos económicos* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales) [Reproducido de *Tiempo en Cuba*, 7 de abril].
- Cepero Bonilla, R. 1983c [1946] “Hacia la reforma agraria” en *Raúl Cepero Bonilla. Escritos económicos* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales) [Reproducido de *Tiempo en Cuba*, 23 de junio].
- Einstein, A. 1948 “¿Por qué el socialismo?” en *Monthly Review* (Nueva York) N° 1.
- Guevara, A. 2003 (1960) “Revisando nuestro trabajo” en Guevara, A. *Tiempo de fundación* (La Habana Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano) [Reproducido de *Cine Cubano* N° 2].
- Guevara, E. Ch. 1970 “Carta del Che a Ernesto Sabato, de 12 de abril de 1960” en Guevara, E. Ch. *Obras, 1957-1967* (La Habana: Casa de las Américas) T. I y II.
- Guevara, E. 2007 *El socialismo y el hombre en Cuba* (La Habana: Ocean Sur). [Primera edición: Guevara, E. Ch. 1965 “Desde Argel para *Marcha*. La Revolución cubana hoy” en *Marcha* (Montevideo), marzo].
- Guiteras Holmes, A. 1968 [1934] “Septembrismo” en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 16, mayo [Reproducido de *Bohemia*, 1° de abril].
- Martínez Heredia, F. 1967 “El ejercicio de pensar” en *El Caimán Barbudo* (La Habana) N° 11, febrero.
- Martínez Heredia, F. 1989 *Che, el socialismo y el comunismo* (La Habana: Casa de las Américas).
- Martínez Heredia, F. 1991 “Cuba: problemas de la liberación, el socialismo, la democracia” en *Cuadernos de Nuestra América* (La Habana) N° 17: 124-148, julio-diciembre.
- Martínez Heredia, F. 1999a “La fuerza del pueblo” en *Temas* (La Habana) N° 16-17: 82-93, octubre de 1998-junio.
- Martínez Heredia, F. 1999b “Significado cultural de la revolución” en *Cultura y revolución. A cuarenta años de 1959* (La Habana: Casa de las Américas).
- Martínez Heredia, F. 2000 “Nacionalizando la nación. Reformulación de la hegemonía en la segunda república cubana” en *Pensamiento y tradiciones populares: estudios de identidad cultural cubana y latinoamericana* (La Habana: Centro de IDCC Juan Marinello).
- Martínez Heredia, F. 2001 (1995) “Izquierda y marxismo en Cuba” en Martínez Heredia, F.

El corrimiento hacia el rojo (La Habana: Letras Cubanas).
Sartre, J. P. 1960a “Ideología y revolución” en *Lunes de Revolución* (La Habana) N° 51: 3-9, 21 marzo.

Sartre, J. P. 1960b “Huracán sobre el azúcar” en *Sartre visita a Cuba* (La Habana: Ediciones Revolucionarias).
Sartre, J. P. y otros 1960 “Manifiesto” en *Lunes de Revolución* (La Habana) N° 41: 10, 4 de enero.

LA FUERZA DEL PUEBLO*

La guerra nos revolucionó [...] estamos ahora hablando un lenguaje que es también nuevo [...] este pueblo es fuerte, porque ha luchado y ha vencido y sabe el valor de la victoria. [...] Sabrá luchar con una entereza ejemplar (Carta del Che a E. Sabato)¹

La batalla de Girón y sus consecuencias constituye uno de los eventos principales de la Revolución socialista de liberación nacional cubana, cuya primera fase había sido un movimiento insurreccional, iniciado en 1953, contra el régimen dictatorial implantado a

partir del golpe de Estado de marzo de 1952. La derrota militar y política del esfuerzo norteamericano y de la contrarrevolución cubana por lograr la caída súbita del régimen revolucionario en aquellos días de abril de 1961 fue un acontecimiento de gran alcance en la historia cubana y tuvo un enorme impacto en América Latina y otros lugares. A diferencia de otros hechos trascendentales, la importancia histórica de este fue comprendida de inmediato por la población a la que afectaba, que incorporó su significado a sus representaciones básicas de lo público y a sus decisiones vitales.

Entre las numerosas aproximaciones válidas a aquel suceso he escogido una que estimo muy importante, tanto para el conocimiento de la etapa de esa Revolución en la que Girón fue un momento principal, como para que la comprensión de la historia contemporánea sea útil, ante las urgencias de hoy y las necesidades que el futuro nos traza. No me referiré a los eventos bélicos de 1961 sino al problema de la fuerza del pueblo en la etapa inmediata anterior.

* Primera edición: Martínez Heredia, F. 1999 "La fuerza del pueblo" en *Temas* (La Habana) N° 16-17: 82-93, número extraordinario, octubre de 1998-junio. Luego se publicó esta versión más extendida en Martínez Heredia, F. 2009 *Andando en la Historia* (La Habana: ICIC Juan Marinello / Ruth Casa editorial) pp. 222-254.

¹ Carta fechada el 12 de abril de 1960 (Guevara, 1970: 680, T. II).

Llamo la atención sobre la necesidad de ahondar en este tema que apenas esbozo aquí, con ayuda de indagaciones más puntuales y de instrumentos de investigación convenientes, para arribar a síntesis más acertadas y con mayor sustentación en procedimientos empíricos.

DOS CUESTIONES CONCEPTUALES: EL PUEBLO, LAS RELACIONES ENTRE DETERMINACIÓN Y ACTUACIÓN

El problema de la preparación militar revolucionaria masiva, sus motivaciones y sus significados en Cuba de 1960-1961, y las acciones colectivas que generó, en cuanto expresión de la fuerza del pueblo en una circunstancia determinada, exige de inmediato abordar dos cuestiones: la del concepto “pueblo” y la de la relación de mi proposición con el problema de las relaciones que existen entre la determinación de los acontecimientos sociales y los papeles que desempeñan en ellos las actuaciones individuales y de grupos.

Utilizo aquí “pueblo” como una expresión conveniente, sin ignorar los problemas conceptuales que envuelve. Esta expresión tiene un uso político inmediato desde hace dos siglos, tan legítimo como cualquier otro que hagamos

de ella, pero cuya carga de sentido es, a veces, demasiado fuerte para permitir su uso con propósitos conceptuales. Hecha esa prevención, anoto el valor que tiene “pueblo” como concepto, frente a los graves problemas que enfrenta el conocimiento de los procesos sociales de los países en los cuales la expansión del capitalismo se ha dado como colonialismo y neocolonialismo, que son la mayoría del planeta y entre los cuales ha estado Cuba. Las teorías que se basan o tienen en cuenta las clases sociales han resultado muy insuficientes o poco apropiadas para dar cuenta de las estructuras sociales, los sistemas de dominación, las identidades favorables o no al independentismo y el nacionalismo, los cambios sociales y la historia de las sociedades que han sido colonizadas y neocolonizadas. Esto resulta obvio cuando advertimos la lejanía que llega a existir entre los enunciados de aquellas teorías y masas de hechos de las realidades –tanto hechos “materiales” como “de conciencia”– vividas por los países, los grupos humanos y los individuos de esas sociedades.

En la tradición marxista a la que pertenezco (no olvidemos que hay varias) el concepto de luchas de clases es central. Por consiguiente, me valgo de “pueblo” para denotar la existencia de un gran grupo humano que vive en una

sociedad dada y en unas condiciones históricamente determinadas, caracterizado por ser capaz de identificar las condiciones de dominación y de vida material y espiritual en que vive como las suyas propias, frente a las que tienen otros grupos humanos de esa sociedad, a los que caracteriza como opresores o dominantes, independientemente de la existencia de otras diferencias en el interior del propio grupo social que en este caso llamo “pueblo”. Tres corolarios importantes: a) “pueblo” se refiere a una polarización, no a una estratificación social; b) este grupo tiene más identidad desde la identificación del enemigo que desde la de sí mismo, y de los demás como “otros” (mismidad y otredad); c) existe un dinamismo: “el pueblo” no está dado de una vez para siempre ni es igual a sí mismo, pueden historiarse su composición, sus rasgos y sus motivaciones.

El concepto está referido entonces a la existencia y el desenvolvimiento de un movimiento histórico dado, a las luchas sociales en las que un grupo caracterizado participa. Es decir, “el pueblo” no se refiere a una materia social inerte ni a un objeto de metafísica. Exploro las posibilidades de conocimiento de las clases sociales a partir de la posición teórica que afirma que ellas solo se constituyen del todo desde

sus contraposiciones, percepciones y actitudes conflictuales, esto es, desde las luchas de clases.

Los movimientos revolucionarios del siglo XX han utilizado o elaborado conceptos de “pueblo” porque en sus prácticas todos se han visto envueltos en las confrontaciones sociales aludidas por ese término. Desde la Revolución mexicana iniciada en 1910 y el Mao Tse Tung de los años veinte, pasando por la autodefensa de Fidel Castro (2001 [1953]) –*La Historia me absolverá*– hasta la Revolución vietnamita y el sandinismo en la segunda mitad del siglo, el concepto siempre fue muy utilizado y el apelativo de “popular” o “del pueblo” fue dado a movimientos y Estados.² Lo mismo sucedió en incontables casos de otros tipos de experiencias políticas y corrientes de ideas que lograron gran arraigo en países del llamado Tercer Mundo. El pueblo ha sido protagonista, o el más invocado y nombrado. Una masa enorme de textos e intervenciones jalona la historia mundial de este tema, que resulta central en los análisis de las luchas nacionales y de clases y las relaciones entre ellas, los procesos

2 Para los dos primeros casos citados ver, por ejemplo: A. Córdova (1973); Mao Tse Tung (1968). Sobre el texto de Fidel Castro, ver F. Martínez Heredia (1973).

de descolonización o de liberación nacional, las coordinaciones y agrupaciones internacionales opuestas a la dominación imperialista o a manifestaciones suyas, y a las ideologías y teorías sociales implicadas.³ En el asunto que me ocupa –las profundas transformaciones de las personas y la sociedad cubana a partir del triunfo de la insurrección a inicios de 1959 hasta 1961, por un proceso de acciones y cambios sociales– prefiero utilizar el concepto “pueblo” para caracterizar y estudiar la actividad de la masa del bloque que se formó del lado revolucionario en la lucha nacional y de clases que se estableció.

Sería ir demasiado lejos exponer aquí las implicaciones teóricas de la segunda cuestión, la de las relaciones entre determinación y conducta, por lo que me limito a un breve apunte, siempre al servicio de la exposición de mi asunto. Sin embargo, entiendo que este sigue siendo uno de los temas básicos que gobiernan desde la sombra las posiciones de los estudiosos de las materias sociales, aun las de los que no tienen conciencia de ello. Es uno de los problemas principales de la teoría y de las

disciplinas sociales, por la incidencia fundamental y simultánea que tiene en las prácticas humanas y en las indagaciones más generales, incluida la filosófica.

El caso que analizo nos asoma de inmediato a la antigua cuestión de qué es esperable o factible de la actuación humana frente a lo que se considera inevitable o determinado dadas las circunstancias; esto es, a la cuestión de lo posible.⁴ Según mi criterio, lo posible es una formulación que se llena de sentidos diversos de acuerdo a las ideas que se tengan acerca del problema más general de las relaciones entre determinación y conducta, ideas que siempre están influidas por el medio ideológico en que se educó, vive y se expresa el que examina lo que se considera posible o no. Pero, desde otro plano, al análisis de lo posible le es forzoso tener en cuenta el tipo de eventos sociales a que se refiera. El curso de un proceso revolucionario es uno de esos tipos: un conjunto interactivo de acciones políticas colectivas, que incluyen acciones populares, que impacta profundamente a una sociedad e introduce en ella tales cambios que deja instituidos un antes y

3 No puedo referirme aquí a la producción de pensamiento y ciencias sociales acerca del concepto de pueblo.

4 Un buen recuento de lo posible filosófico en N. Abbagnano (1966: 931-936).

un después respecto a la revolución, para las personas, los grupos y la sociedad como un todo. Durante la revolución se modifican el alcance, el sentido y el valor de lo posible, de tal modo que lo que hasta entonces era inevitable o determinado retrocede ante lo que resulta factible a la actuación humana. La duración, la intensidad y la capacidad de reproducción de esas modificaciones de lo posible ofrecen datos mensurables y material analizable al que intenta después, como nosotros en este caso, comprender y conocer una revolución dada.

Valorar, en el curso mismo del proceso, si es o no posible tener determinadas conductas, es por naturaleza un resultado de las apreciaciones de los sujetos involucrados. Se diría, utilizando la riesgosa expresión, que es algo “subjetivo”. Al valorar las conductas después, como parte del evento que se investiga, prefiero decir que la producción misma de las precondiciones de aquellas conductas –esto es, que los que van a actuar sientan, crean, entiendan que es posible actuar en una dirección determinada– debe ser también una tarea para el conocimiento. La complejidad implicada hace más apasionante el estudio de la revolución como forma de cambio radical de las personas y de una sociedad, y más necesaria la rigurosidad en ese tipo de estudio. Y hace más perturbador el hecho de

que la indagación teórica de las revoluciones no forma parte de los temas asumidos con alguna asiduidad y rigor por las ciencias sociales cubanas.

EL PUEBLO SE REVOLUCIONA

He manejado una masa de datos históricos –utilizando fuentes documentales y orales– acerca de las situaciones y los conflictos y enfrentamientos sucesivos en que se vio envuelta la población cubana en el breve intervalo que va desde que el repudio social antibatistiano se volvió masivo y la oposición revolucionaria que se organizó (1955-1956) hasta la batalla de Girón y sus consecuencias. Puede afirmarse que en esos años los choques y experiencias fueron cada vez más abarcadores, y sus impactos más profundos. Los rasgos principales del período fueron: a) el orden social dominante fue derrocado, y cambiaron radicalmente las relaciones internacionales; b) se modificaron bastante las instituciones sociales fundamentales, y las ideas acerca de ellas; c) variaron profundamente muchas creencias, ideas y valores compartidos socialmente, y comenzaron a arraigarse otros nuevos; y d) se produjeron cambios tan fuertes en los individuos que la

mayoría se encontró realizando actividades, pensando y sintiendo con contenidos y maneras que eran inimaginables hacía solo cuatro años. Todavía son insuficientes los estudios realizados y publicados sobre esos asombrosos cambios que marcaron a Cuba desde entonces hasta hoy, y es aún más notoria la ausencia si se trata de los procesos operados en los individuos en el curso de ese período.

Comentaré solo algunos aspectos de los procesos operados en el país y los individuos, que llevaron a la mayoría a unificarse y formar una colectividad de un tamaño y una cohesión inusitados, capaz de actuar coordinadamente y de representarse como algo posible su participación más enérgica en diversos esfuerzos simultáneos, tales como resistir y vencer agresiones militares norteamericanas, enfrentarse a la contrarrevolución interna, prepararse militarmente y aplicarse a una formación política e ideológica consideradas imprescindibles para ser ciudadanos de la Revolución, cumplir tareas de interés social tan grandes como la reforma agraria y la alfabetización, o nacionalizar la economía manteniendo su funcionamiento. La mayoría se representó también como posible crear nuevas formas de organización para realizar tan numerosas y disímiles actividades, gozar de la libertad como una conquista

colectiva y esperar del futuro una felicidad que también sería fruto de las luchas colectivas. Todo eso sucedió en medio de cambios extraordinarios en la vida cotidiana y en los códigos de relaciones e intercambios de diversos y grandes grupos sociales, de las familias y, en alguna medida, de los géneros.

La Revolución conllevó dos tremendos impactos en ese breve intervalo que refería arriba: el libertario y el del poder revolucionario. Mi hipótesis general es que ambos impactos coincidieron, se condicionaron mutuamente y fueron los responsables del alcance tan extraordinario que tuvo la Revolución como proceso de cambios sociales e individuales radicales y de liberación del país y las personas. Ese hecho está en la base del atractivo, del carácter político y social y de la capacidad de resistencia que ha mostrado el régimen revolucionario.⁵

Las iniciativas de los individuos encontraron marco adecuado y estímulos sostenidos en esa etapa. Aun cuando esas iniciativas podían tener consecuencias favorables para sus creadores, su valor y el reconocimiento que

5 He tratado esta cuestión, entre otros textos, en Martínez Heredia (1988, 1989, 1992, 1993, 2005a-b: 107-158) [Los 2 últimos textos citados se han incluido en la presente antología].

recibían estaban dados por sus efectos positivos para las necesidades y el proyecto de la sociedad. La significación de la organización social para los individuos, y el ámbito real en que los afectaba, aumentaron y se modificaron mucho; se multiplicaron sus canales, su presencia y el número de personas que se involucraban efectivamente. La imagen de la organización social cambió radicalmente y se prestigió en grado sumo. Las formas organizadas fueron penetrando el espacio y el tiempo de la gente, envolviendo su actividad y creando otras actividades nuevas.

Para entender lo que sucedió es fundamental tener en cuenta el origen revolucionario, no evolutivo ni pactado, de los cambios y de las nuevas instituciones. Las actuaciones revolucionarias fueron la causa de todo lo importante, desde la liquidación de la dictadura y el sistema represivo del Estado burgués hasta el primer sistema de control y dirección de la economía por el Estado, la campaña de alfabetización o la creación de un poderoso organismo militar. El Ejército Rebelde se convirtió en el instrumento principal del nuevo poder, engendró el Instituto Nacional de Reforma Agraria y este generó el nuevo Estado. La gente común identificó el verde olivo como su poder y su esperanza, y el verde olivo le respondió bien y le instó

a adueñarse de las calles y del país. El principio básico de legitimación era que la Revolución es fuente de derecho, y cada cual lo aplicó como pudo o como lo entendía. La coerción social se volvió tan o más fuerte en Cuba que la represión estatal y la milicia fue la más importante organización de masas, y la forma cubana del armamento general del pueblo soñado por los clásicos europeos de la revolución.

Más que de un consenso con el poder, estamos ante un nuevo poder que actuó en beneficio del pueblo con gran participación popular. Sus credenciales fueron la implantación de la paz, la creación masiva de empleos, una gran revolución agraria, mejores salarios, protección laboral y otras demandas de los trabajadores, leyes de vivienda, campañas sanitarias y educacionales, respeto efectivo al ciudadano, honestidad administrativa, lucha contra la discriminación racial. La aplicación de las nuevas leyes, las acciones del INRA, las administraciones municipales, los sindicatos democratizados, los Consejos Técnicos y los Comités de Defensa de la Revolución eran formas organizadas de poder popular. La presencia masiva del pueblo en esas actividades, y sus capacidades de representación, presión y negociación ante el Estado, constituyeron una realidad jamás vista antes.

La gran diversidad social cubana fue afectada profundamente y en un plazo muy breve. Las acciones populares colectivas, las nuevas relaciones y las medidas tomadas por la revolución social atacaron y demolieron el sistema de clases basado en la dominación capitalista hasta entonces vigente; el nuevo régimen proclamó la igualdad más radical de los cubanos y abrió paso a una formidable movilidad social que duró a ese ritmo más de una década, y se fue formando un proyecto trascendente de sociedad solidaria que pedía a cada uno ceder sus especificidades. Las revoluciones sociales son movimientos de tendencia unificante de las diversidades de sus participantes; la cubana tuvo ese rasgo a un grado altísimo.

Aunque las necesidades del proceso que se está viviendo resultan siempre decisivas, en el caso cubano contribuyó mucho la particular historia nacional. Una gran dinámica económica con integración al mercado mundial capitalista y esclavitud muy masiva en el sistema de trabajo habían configurado una modernidad muy contradictoria en el siglo XIX. La sociedad de castas que se creó solo pudo dar paso a una nación-Estado a partir de movimientos revolucionarios radicales que postularon con gran firmeza la unidad popular; la guerra de 1895-1898 y el genocidio colonialista fueron la experiencia

suprema que hizo al pueblo cubano. Los modos específicos en que se reformuló el orden social entre 1879-1895 y en la coyuntura posrevolucionaria de inicios del siglo XX se vieron obligados a ser expresamente inclusivos de toda la población en el ejercicio formal de la ciudadanía y los derechos civiles y políticos correspondientes, que grandes sectores de la población pudieron poner en práctica o tener como objetivos cercanos. La ideología nacionalista fue con mucho la más fuerte y profunda en el período republicano; ella predicaba la unidad de todos los cubanos, reconocía el origen del país en la gesta revolucionaria nacional y reivindicaba un proyecto de nación por lograr, superior a la existente. Además, existía un siglo de historia de oposición muy radical al dominio colonial y neocolonial, por lo cual la nación como un todo frente al extranjero identificado como enemigo había sido crucial en las representaciones, ideologías, movimientos políticos y acciones colectivas.⁶ Por todo lo anterior, en Cuba se formó una acumulación cultural que, en cuanto a este aspecto, sirvió de base y fortaleció el papel central de la ideología de la unidad nacional en la política revolucionaria.

⁶ Ver Martínez Heredia (2005c: 185-197; 1997: 23-42; 1998: 3-6).

No debemos olvidar que la mayoría de los países han sufrido formas de dominio colonial y neocolonial, por lo que no pueden comprenderse su historia ni sus realidades contemporáneas sin tener eso en cuenta, ni aplicárseles sin más las teorías y creencias utilizadas para analizar y comprender los eventos y procesos de los países que llaman “desarrollados” o “centrales”.

Como es natural, la Revolución no eliminó las diversidades sociales, pero hizo desaparecer a varias, amortiguó otras, y pasó a segundo plano o pospuso los problemas implicados en algunas de ellas. Una nueva estructura social se iría abriendo paso; ella y las políticas de la Revolución influirían en alto grado y formas variadas a los grupos sociales. Mientras, en un tiempo muy breve, se producían reidentificaciones –y nuevas identificaciones– atinentes a la soberanía, la nación, la justicia social, la igualdad, el poder del pueblo, el enemigo y, en un terreno más íntimo, atinentes a la propia entidad de las personas en cuanto a creencias, fuerza propia, deberes, expectativas, virtudes, derechos y destino.

El patriotismo y la unidad nacional fueron exaltados hasta el paroxismo, precisamente en el momento en que la exacerbación de las luchas de clases llegaba a situaciones límite.

Llamo la atención sobre la aparente paradoja contenida en ese hecho histórico. Lo que sucedió realmente fue que, en una coyuntura tan crítica, el patriotismo y la unidad nacional llevaron apellidos creíbles y que motivaban a un pueblo que estaba adquiriendo conciencia de clase anticapitalista y, a la vez, la confrontación principal de la lucha de clases fue sobredeterminada por Estados Unidos, enemigo permanente de la autodeterminación y la soberanía de Cuba.⁷

Esas realidades son las que me permiten afirmar que el carácter de la Revolución fue socialista de liberación nacional. Una de las realidades básicas consistió en que los eventos principales y la conciencia social acerca de su significado se correspondieron. La expropiación de los capitalistas cubanos y la liberación de Cuba del dominio neocolonial se condicionaban mutuamente, de manera que la Revolución fue capaz de realizar sus “tareas” porque lo hizo del único modo posible: en un proceso único.

7 La consigna principal, que se hizo permanente, fue “Patria o muerte”, lanzada por Fidel el 4 de marzo de 1960, en el sepelio de las víctimas del sabotaje de la CIA al barco mercante *La Coubre*, que estalló en el puerto de La Habana. Bajo ese lema nacionalista se pusieron las acciones anticapitalistas y la ideología comunista.

Los riesgos que corría y las oportunidades políticas que tenía le exigieron audacia y rapidez, y ella fue vertiginosa; al nivel de las personas el proceso fue tan intenso y arrebatado que la acción pareció convertirse en un estado de la existencia, y no en sucesos. El origen de la creencia en que hubo dos fases sucesivas de la Revolución en el poder, una “democrático-agraria-antiimperialista” (esto es, burguesa), hasta octubre de 1960, y otra “socialista” de ahí en adelante, solo puede explicarse por el afán de encuadrarlo todo en esquemas –acudiendo incluso a camisas de fuerza– que caracterizaba al marxismo de tipo “materialismo dialéctico e histórico” soviético que irrumpió en gran escala en la Cuba de 1961. De inmediato, y después, la cuestión estuvo asociada a las diferencias y pugnas internas respecto a qué tipo de ideas –y prácticas– debían predominar en nuestra transición socialista. Lo que resulta lamentable es que en la actualidad siga siendo ese esquema insostenible un lugar común aceptado y repetido, que obstruye el análisis y el conocimiento de aquel proceso.

La “recuperación” de las libertades y el reordenamiento de la Isla se convirtieron rápidamente en la toma de posesión del país por las clases dominadas. El gran desafío a Estados Unidos se volvió posible porque el impulso de

rebeldía que creció durante el período insurreccional se desató en 1959-1961, ampliando una y otra vez el número de involucrados y los ámbitos de su actuación.⁸ A su vez, la ideología del nacionalismo más radical garantizó legitimidad y una continuidad cultural a la Revolución socialista. Al implantar el régimen socialista, los cubanos sentían un gran orgullo de sí mismos en cuanto cubanos. La Revolución hizo suyos, a la vez, los símbolos nacionales y las demandas y sentimientos de todos los oprimidos, y pudo englobar así a la clase explotada, el nacionalismo, el individuo humillado, la soberanía nacional, el patriotismo y muchas demandas y esperanzas políticas, sociales y económicas.

8 Enfrentado a aquella situación, el gobierno norteamericano elevó el nivel de su oposición al movimiento revolucionario a una actitud francamente agresiva, de acuerdo con sus intereses y su ideología imperialistas. Esa hostilidad echó leña al fuego del proceso de liberación social cubano. No comparto la opinión de los autores que listan los “errores” cometidos por Estados Unidos y los culpan de que Cuba “se arrojara en brazos del comunismo”. Esa visión está muy atada a los prejuicios de la supremacía y el providencialismo norteamericanos; una actitud más juiciosa les permitiría apreciar las razones y los aciertos de los comportamientos de ambos contendientes.

El contenido y el papel de la política en la sociedad se transformaron radicalmente. La población políticamente activa se multiplicó. El pueblo de 1958 estaba constituido por una mayoría de la población de simpatías antibatistianas, que contenía en su seno un sector creciente de insurreccionales; gran parte de ellos luchaba por una revolución radical. En 1959-1961 la entidad del pueblo se fue modificando. En un plazo muy breve la población que se había unificado, en su repudio a la tiranía y su apoyo al nuevo régimen de 1959, se definió en varios sentidos: el proceso político, las confrontaciones ideológicas y las formas abiertas de luchas de clases trazaron fronteras diferentes que, aunque móviles, pronto perfilaron un bloque alrededor de la liberación anticapitalista y el antiimperialismo. Ahora los revolucionarios se autoidentificaban por su actuación y su fidelidad al proyecto; toda la política que había existido –no solo la de la tiranía sino también la anterior a 1952– se volvió extraña y, por último, fue repudiada abiertamente. Fidel completó su liderazgo mediante una ejemplar combinación de conducción política brillante del proceso, gran comunicación con la población, unificación de los revolucionarios, entrega personal, audacia, carisma y sagacidad. Sus intervenciones públicas fueron una forma sumamente

influyente de orientación ideológica y de captación de prosélitos para la Revolución, en una campaña descomunal que usó masivamente la televisión, que yo sepa por primera vez en la historia mundial. Su desempeño facilitó la transición de la forma de gobierno y la de hacer política, y la transición ideológica, que era aún más difícil.

La Revolución logró tener a su favor un rasgo ideológico fundamental: ocupó todo el espacio nacional y social, haciendo suyo todo el arsenal simbólico de la libertad y de la justicia social, tanto de la acumulación histórica de Cuba como de sus proyectos. A pesar de las profundas divisiones que desgarraron al país durante varios años, la ideología revolucionaria como instancia nacional unificadora nunca perdió su lugar central y su dominio de la situación.⁹ Este es el dato básico de su victoria en lo espiritual, que le dio manos libres y solidez.

9 La Crisis de Octubre de 1962 (llamada en el exterior “de los cohetes [o misiles]”) fue la más aguda confrontación entre las dos mayores potencias del mundo, que lideraban sus bloques en nombre del capitalismo y del socialismo; el mundo estuvo al borde de una guerra nuclear. Su causa provino de la existencia de la Revolución y el régimen comunista cubano, pero prácticamente toda la población se aprestó a combatir, y la consigna en las paredes de aquellos días era “Todos somos uno”.

Esa realidad también contribuyó a ocultar la permanencia de rasgos del mundo previo –algo que, a pesar de los cambios más fulgurantes, caracteriza a toda revolución, la relativa impermeabilidad respecto a los cambios mismos que es propia de todo tejido social, y también los defectos y las caídas respecto a sus ideales y su proyecto que portaba la Revolución, como porta toda realización práctica.

UNIDAD, DESGARRAMIENTOS Y CONFRONTACIONES: EL PUEBLO DE 1960

En este proceso la Revolución no solo atrajo e incorporó a las mayorías, también aisló y descalificó política y moralmente a sus oponentes. La conjunción evidente o de propósitos entre estos y las acciones norteamericanas cerró el espacio político a grupos intermedios, o a la recuperación de posiciones previas a 1959. La regla fue una división tajante entre la Revolución y la contrarrevolución. No creo que hubiera podido ser de otro modo, dadas la profundidad de los cambios, los ritmos del proceso y la virulencia de los enfrentamientos; en el vórtice de este tipo de conmociones sociales las antinomias ocupan casi todo el espacio, y dejan muy poco a otros dilemas o a la abstención. La

confrontación tuvo también el valor de exacerbar la actividad y la definición revolucionarias, y facilitar sus apropiaciones simbólicas. Las virtudes del revolucionario resaltaban y se hacían más claras por contraposición. La oposición y la contrarrevolución vieron reunidos en sí los peores rasgos de la época. Para la mayoría fueron el reverso, el lado oscuro de la nueva vida, la suma de atributos negativos (traición, crimen, cobardía, huida); se consideraba, además, un destino asumido por decisión personal, y el que lo seguía dejaba de ser cubano a los ojos de la mayoría. También dejaban de ser considerados cubanos los que se marchaban del país.¹⁰

Naturalmente, en realidad existieron diferentes formas de resistencia a un cambio social tan profundo y tan súbito que planteaba retos

10 El lenguaje expresaba con claridad el intenso desgarramiento social que se estaba produciendo. “Gusano” era la palabra más general para calificar al que era desafecto o militaba contra la Revolución. “Mercenario” o “apátrida” eran los militantes del exilio o los emigrantes. Por su parte, muchos opositores expresaban su esperanza de que “los americanos vendrán a acabar con esto”, lo cual reforzaba su imagen de traidores a la patria. En planos más íntimos, el dolor y la decisión de las rupturas se expresaban en frases como “si te vas, olvídate que yo existo”.

existenciales tremendos. Después de las primeras oleadas de esbirros y cómplices del batistiano, la salida hacia Estados Unidos de emigrantes económicos cubanos –una corriente– se alteró bruscamente, alentada por una amplia e interesada política de inmigración norteamericana y por el manejo contra la Revolución cubana que se hizo de ella y de la comunidad de cubanos residentes en ese país. “Huir a la libertad” desde “el infierno comunista” era una actitud muy celebrada en Estados Unidos y por sus medios masivos, que incluían emisoras radiales orientadas hacia Cuba. El gobierno cubano permitía la salida legal, sin cortapisas. Burgueses, altos empleados y sus familiares se fueron, acompañados por personas de clases medias dispares y técnicos, y también miembros de las capas más modestas de la población.¹¹ “Irse” o “irse para el Norte” eran expresiones cotidianas

11 Unas 200 mil personas emigraron entre 1959 y octubre de 1962 (Hernández, 1985: 77). En el verano de 1961 salieron 57 mil. Lo más trágico fue que 14 mil niños fueron enviados por sus padres a Estados Unidos para “salvarlos”, porque creyeron el criminal infundio de que una inminente ley les quitaría la patria potestad sobre ellos. Hubo complicidad eclesiástica en esta operación. “Las experiencias más duras fueron quizás las de aquellos de nosotros que salimos al exilio solos” (Grupo Areíto, 1978: 39).

para hechos que tenían consecuencias tajantes. Desde posiciones antitéticas el gobierno norteamericano y los revolucionarios cubanos coincidieron en convertir la emigración en un fenómeno político e ideológico. Sin embargo, la mayor parte de los que emigraban de Cuba en aquel momento expresaba o aceptaba que esas eran sus motivaciones.

Algo mucho peor que la confusión de intereses al emigrar fue la participación de personas de sectores sociales bajos en la contrarrevolución interna; el grueso de los que combatieron en el campo contra la Revolución, y de los que les ofrecieron ayuda, fueron de esa procedencia. La Revolución tuvo que enfrentar una dolorosa guerra civil en escala limitada –Estados Unidos auxilió con algunos recursos a las bandas e intentó controlarlas– y una subversión que realizó sabotajes, ataques desde bases externas, atentados terroristas y conspiraciones; esta subversión fue controlada o dirigida por la CIA y la Administración norteamericana.¹² En

12 En la etapa más álgida llegó a haber doscientas bandas armadas en el campo del país, perseguidas en ciertos momentos por 50 a 100 mil combatientes. La fuerza moral de la Revolución puede buscarse incluso en sus oponentes: ningún jefe de banda ostentó un grado mayor que el de Comandante, el rango militar

este tiempo de lucha abierta las actitudes de rechazo a los cambios revolucionarios o la inadaptación a ellos no eran muy diferenciados de la actitud contrarrevolucionaria.

La movilidad en el contenido del concepto “pueblo” en 1959-1961 favoreció el triunfo del anticapitalismo, la implantación ideológica del socialismo y su integración con el nacionalismo y el antiimperialismo. El poder revolucionario fue el elemento decisivo para ese éxito. A diferencia de la segunda y la tercera revoluciones cubanas, la desobediencia generalizada al orden previo en la cuarta revolución contó con el poder a escala nacional, una ideología libertaria de justicia social y las organizaciones necesarias. Ahora los dirigentes de la Revolución hablan efectivamente con el pueblo, y hablan de él con naturalidad; lo identifican a la vez como sujeto y objeto del proceso, y como fuente de su legitimidad. Fidel dialoga

máximo en el campo revolucionario desde el inicio de la insurrección contra Batista. En 1965 fueron liquidadas las últimas bandas. Después los actos terroristas y sabotajes continuaron, aunque en menor escala; sin embargo, en 1976 los terroristas volaron un avión civil en vuelo en el mar frente a Barbados, lo que provocó setenta y tres víctimas. R. González de Cascorro (1975) ofrece un crudo y valioso testimonio de participantes del enfrentamiento.

con la gente común, en cualquier lugar del país o en la tribuna, y el pueblo es el protagonista en su discurso. La última noche de 1960, con las milicias de todo el país movilizadas, le habla a diez mil maestros: “¡Que se vea lo que puede el pueblo y lo que puede la Revolución! [...] Lo que el pueblo nuestro necesitaba era la oportunidad, [...] era la Revolución” (Castro Ruz, 1961a: 10). Y seis semanas después expresa: “la Revolución encuentra fuerza suficiente para luchar contra todos los que le nieguen ese derecho a ser y a existir; ¡que le sobra fuerza en el pueblo, y en el pueblo tiene su fuerza!” (Castro Ruz, 1961b: 7).

El concepto “pueblo” englobaba la existencia, la actuación y el gran dinamismo en sus cambios internos de una fuerza organizada que realizaba las campañas más asombrosas y, a la vez, las tareas más difíciles y cotidianas de interiorizar los cambios y tornarlos más fuertes que las permanencias. “Pueblo” goza de la plasticidad necesaria para expresar tanto la nueva unidad nacional como la emergencia del nuevo poder de las clases que habían sido siempre dominadas, para fijar sin dogmas las nuevas líneas de inclusión-exclusión que iba delineando la Revolución. Ese último rasgo de la fuerza del pueblo, esa unión de toda la gente revolucionaria, basada en el esfuerzo, la disposición y el

mérito, desempeñó un papel ideológico principal en la exitosa resistencia del régimen revolucionario a adoptar los cánones de un socialismo tipo URSS. Por su esencia y por sus condiciones de existencia este era ajeno y diferente al régimen cubano, pero varios factores operaron en favor de que su influencia en Cuba fuera grande y pretendiera ser decisiva desde esta etapa temprana. La revolución popular anticapitalista era directamente contraria a la corriente predominante en las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI) durante el llamado sectarismo (1961-1962), cuando una camarilla trató de expropiar el poder popular, estrangular el proceso y crear un régimen de dominación en nombre del socialismo que convirtiera a Cuba en otra “democracia popular”. El prestigio de Fidel y la fuerza del pueblo fueron las bases idóneas para que la dirección revolucionaria eliminara ese intento sin grandes tropiezos.

La fuerza del pueblo fue constituyendo un poder capaz de irse por encima de todas las imposibilidades y todos los temores. La conciencia de la mayoría de los individuos registró cambios trascendentales, o se sumó a ellos, modificaciones profundas en las esferas de la “vida privada”, de las actividades “públicas” y los valores que las regían, del mundo vigente y de la acumulación cultural recibida. La

politización fue envolviendo cada vez más aspectos de la vida de un número creciente de la población. La noción de la igualdad de derechos de todos los cubanos se volvió central y se hizo física, palpable, y también la idea de que todos debían esforzarse a favor de aquellos a quienes les había sido negada la igualdad y la dignidad (alfabetizar, dedicar recursos al desarrollo rural, volver el país hacia el campo, crear empleos para todos). Pertenecer a organizaciones era timbre de orgullo o requisito social; no estar era muestra de desafección (“no está con esto”). La vida laboral se politizó en alto grado: el trabajo fue considerado la actividad más digna; el centro laboral se llenó de vida y entró a formar parte de la vida de sus miembros; la organización, los productos y los fines del trabajo se tornaron temas de interés para los trabajadores; el trabajo voluntario apareció como forma de altruismo colectivo y prefiguración social. Estas transformaciones eran más singulares por suceder en un país de antigua economía mercantil que levantó su modernidad material mediante la esclavización masiva en el siglo XIX, y que tenía en 1959 muy altas tasas de desempleo, subempleo y trabajo informal.

Entre otros estudios de gran interés podría estar el de la fiesta en los primeros años del poder revolucionario. El dominio sobre

el tiempo de no trabajo –y los cambios de su sentido y sus contenidos– es uno de los lugares de liberación por excelencia. Los grados de la entrega de ese tiempo a las tareas revolucionarias darían también idea de los impactos que tuvo la gran aventura social sobre la gente. Las “concentraciones” de masas fueron, además de ensayos democráticos y demostraciones de fuerza, una forma de fiesta popular. La noche del 6 de agosto de 1960, al leerse el decreto de nacionalización de todas las empresas norteamericanas, la gente expresó su alegría en una plaza sin música mediante el baile, una expresión social tan fuerte en la cultura cubana que no faltó nunca, ni en las más duras condiciones de las guerras mambisas. Cuando el pueblo se desata, coinciden maravillosamente –eso solo sucede en la cresta de las revoluciones– el caos y el orden, el trabajo y la fiesta, la muerte y la vida, la libertad y el poder.

HACIA EL ARMAMENTO GENERAL DEL PUEBLO

La mayoría abrumadora de los que llevaron su decisión revolucionaria hasta el acto político de encuadrarse en las formaciones armadas de la Revolución estaba entre los más pobres del

campo y las ciudades, los trabajadores y un número de miembros de sectores medios. Para el que da ese paso el tiempo diario de vigilia y de actividades se alarga, se cambian los horarios y hasta las convenciones temporales. Las “casas del miliciano”, puntos de reunión, unidades militares, campamentos, emplazamientos, se vuelven lugares familiares para decenas de miles de personas. La diversidad de servicios que puede prestar el miliciano le permite elegir de acuerdo con sus condiciones físicas, su edad y su grado de compromiso. Marchar como militares (“hacer infantería”) les es universal; también resulta un ejercicio mental de adecuación a la nueva actividad. Las caminatas de muchos kilómetros son una prueba práctica de la voluntad junto a un simulacro que muestra el grado de preparación del neófito. Son ritos de pasaje de la Revolución, que resisten bien a los consejos y los deberes alegados por el buen sentido familiar, al chiste zahiriente y a la conciencia de que se está cambiando de modo de vida.

En el pasado reciente los uniformes habían sido odiados; ahora se generalizan y cumplen numerosas funciones. El uso del uniforme indica compromiso político, disposición a luchar y marcialidad del que lo lleva, y es la presencia visible de la Revolución. Es una instancia palpable de igualdad frente a la que parecía eterna

omnipotencia del dinero, constituye una moda atractiva, y ayuda a una nueva actitud ante el vestir y ante el consumo que privilegia la informalidad y la austeridad. Está apareciendo una nueva relación entre el uso y consumo de productos por grandes grupos organizados y el Estado y sus agencias como proveedor de ellos, relación que es ajena a la distribución capitalista: se extenderá como la pólvora en los meses y años siguientes. La boina verde es la barba del nuevo militante revolucionario; ella y los distintivos de algunas unidades de milicias proporcionan una conveniente ampliación de los portadores de símbolos.

En este ejército popular la obediencia es estricta, pero su origen está en la voluntariedad; la autoridad tiene atribuciones muy amplias pero está basada en un consenso primordial; la disciplina es consciente y la dignidad de los individuos queda a salvo. La gente humilde que ha desatado su potencial libertario en las jornadas de la Revolución se encuadra masivamente en las Milicias: le da un sentido político a su desobediencia. Es un honor “pertenecer a...”, no un lamentable destino. Las voces de mando se oyen por todo el país, pero los que las dan no se distinguen de los que las reciben: tienen la misma procedencia. Se ha operado una formidable democratización de la jerarquía: las manos y los rostros, la escolaridad, las razas, el

estado de la dentadura, el dominio del lenguaje, de los jefes y los subordinados, se parecen muchísimo. Los instrumentos de la institución militar moderna –que Michel Foucault (2002) estudió tan sagazmente en cuanto aparato de la dominación en *Vigilar y castigar*– fueron intervenidos también por la conjunción de poder popular actuante en el momento en que esa institución adquiriría un papel decisivo en Cuba. En un tiempo breve se produjo la creación de una inmensa maquinaria revolucionaria, mayor y mucho más formidable que sus antecesoras en nuestra historia,¹³ pero además relacionada con el ejercicio del poder de modo mucho más amplio y complejo, y participante como tal en numerosos campos de la vida política, económica y social.

13 El Ejército Libertador de 1895-1898 es un excepcional antecedente. Quizá su monto total alcanzó la misma proporción respecto a la población cubana de su época que la de la fuerza armada que tenía la Revolución en 1961-1962. Sin embargo, su contingente en cada fase de aquella guerra era menor que el total, y la carencia de medios de guerra y de vida de gran parte de sus tropas solía ser demasiado aguda. Dentro de ese marco, el Ejército Libertador fue el esqueleto político de la Revolución del 95, cumplió muy bien su papel en la guerra irregular y contaba, sin duda, con cierto número de unidades que poseían una descollante capacidad combativa.

Es obvio que el alcance de las instituciones armadas de la Revolución fue mucho mayor que la defensa, pese a ser esta su razón de ser. Ellas constituyeron, además:

- a) La forma más atractiva de introducir el orden al espíritu libertario desatado por la gran Revolución, sobre todo porque el sujeto que se sometía a ese orden quedaba armado y entrenado, y se consideraba a sí mismo miembro de una inmensa falange que era una fuerza política y moral;
- b) Un instrumento eficaz para ser utilizado en todas las tareas revolucionarias (por ejemplo, la reforma agraria);
- c) Una instancia de disminución de diferencias sociales previas y de homogeneización del pueblo revolucionario, que igualaba en el trato a sus miembros y los medía con un mismo rasero;
- d) Una agencia de socialización de adolescentes y adultos, a un grado que no podía brindar la vida económica de aquel momento: cumplía papeles de cultura urbana, motivacionales, de fomentar las capacidades de trabajar en cooperación, de distribuir tareas y de racionalizar el trabajo, de mejorar la relación hombre-técnica y adquirir habilidades

mecánicas, de dominio de mapas, números, textos y otras materias tendientes al aumento de los niveles escolares. Proporcionaba múltiples formas de disciplina, “buenas maneras”, normalización de masas de gente, identificación, aprendizaje y sistemas de estímulos, sanciones, selección y promoción; y

e) Una gigantesca escuela de revolucionarios de tendencia socialista, con unidad ideológica, de propósitos y de formas de actuar.

Si dejamos a un lado las experiencias variadas de milicias previas al triunfo de la insurrección, el armamento organizado de grupos de civiles existió durante todo 1959, asociado a necesidades puntuales. Pero el fenómeno que nos interesa –la generalización del armamento popular– surgió a fines de octubre, en uno de los momentos de radicalización del proceso, los días de la sedición de Hubert Matos en Camagüey y el ametrallamiento aéreo de civiles en La Habana. En una gran concentración frente al antiguo Palacio Presidencial fue proclamada la creación de Milicias masivas.¹⁴ La nueva organización se formaría con voluntarios de los centros de trabajo y de los territorios, a

14 Ver Castro Ruz (1959).

escala nacional, y dependería de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). En pocas semanas ya tenía miles de miembros que realizaban ejercicios militares básicos y se organizaban. Unos formaron Milicias encargadas de custodiar los centros de trabajos y otros objetivos; otros integrarían los Batallones (“Bones”), unidades dispuestas a prestar todo tipo de servicios militares. Hasta el verano de 1960 estas unidades se apellidan “obreras”, “campesinas” y “estudiantiles”, por aproximación a la procedencia de la mayoría de los miembros de cada una. Ellas son la fuerza armada que se prepara, junto a las FAR y los órganos de Seguridad del Estado, para asumir la defensa militar del país.

Una gigantesca tarea de organización y de preparación masiva fue cumplida en un plazo muy breve. En el segundo semestre de 1960 las unidades se convirtieron en Bones de Infantería –los hubo de mil hombres– bajo criterio territorial y estructura totalmente militar. A fines de octubre comenzaron a pasar escuelas básicas –usualmente de quince días– y períodos de maniobras sobre el terreno (movilizaciones); ambas debían capacitarlos en cuanto a manejo de los armamentos e ingeniería, táctica y capacidad de operar, disciplina y costumbres militares. A la vez, se ampliaron las fuerzas armadas y se crearon órganos intermedios y superiores,

y servicios auxiliares, para una institución militar que crecía sin cesar. Varias especialidades iban surgiendo: comunicaciones, artillería y otras; ellas abrieron sus propias escuelas para milicianos. La preparación emergente de oficiales para tantas unidades y especialidades fue un problema agudo. Además de las Escuelas de Oficiales de las FAR se abrió en Matanzas una Escuela de Responsables de Milicias para formar oficiales. Comenzaba un drenaje de decenas de miles de jóvenes estudiantes y trabajadores de los que más capacidades mostraban –e iniciativa y otros rasgos positivos– para dedicarlos a la defensa del país; la Revolución fue obligada a asumir ese elevado costo humano durante una etapa muy prolongada.

En la realidad de 1960-1961 se trataba también de una carrera contra el tiempo, casi desesperada. Se conocía la existencia de un plan de invasión dirigido por el gobierno norteamericano, con una brigada de cubanos que debía tomar un área del país para establecer allí una base para bombardeos aéreos y un gobierno contrarrevolucionario títere, con el objetivo de derrocar la Revolución. ¿Cuándo se desataría la agresión? ¿Hasta dónde se utilizaría el apoyo aéreo y naval norteamericano? Era vital llegar al día decisivo con una capacidad de respuesta suficiente.

El problema del armamento en gran escala para un pequeño país sin industria militar ni planta mecánica, privado por Estados Unidos en el verano de 1960 del sistema económico de intercambios internacionales del cual era muy dependiente, y sometido a un progresivo aislamiento por su ex metrópoli neocolonial, solo encontró solución en los acuerdos con la URSS. Desde el segundo semestre de aquel año arribaron y se pusieron en servicio gran cantidad de armas de infantería soviéticas y checas; por su parte morteros y cañones livianos y alguna artillería pesada llegaron también antes de Girón. Las leyes de la geopolítica habían sido destrozadas por la Revolución triunfante, pero la rápida escalada agresiva norteamericana y las acciones cubanas llevaron a la internacionalización del proceso. El aspecto internacional de la prodigiosa transformación ideológica que estaba en curso en Cuba se había afinado desde un inicio en el latinoamericanismo; ahora incluyó también la simpatía y agradecimiento a “los países socialistas” –China incluida– que, con sus acciones económicas y sus armamentos, materializaban la expresión de solidaridad contenida en la consigna “Cuba no está sola”. La milicia se tornó así un lugar de identificaciones prácticas en la lucha entre capitalismo y socialismo.

El crecimiento de bandas de alzados en Las Villas en esos meses, de las conspiraciones y el terrorismo urbano, más algunos conatos y riesgos de invasión, convirtieron las maniobras en ensayos reales de la confrontación bélica, que incluyeron enfrentamientos armados, sobre todo en Las Villas, donde se movilizaron muchos miles de hombres durante algunos meses en persecución de las bandas. “El cambio de poderes” de Eisenhower a Kennedy (fin del año de 1960 a 20 de enero de 1961) constituyó una verdadera movilización militar general. El país hizo una demostración de fuerza y de decisión de luchar, frente a todos los implicados y a la escalada de las amenazas. A la vez, las organizaciones y mecanismos de la defensa comprobaron sus logros, errores, avances y retrasos; los individuos se familiarizaron con actividades y actitudes que eran nuevas para la mayoría, y adquirieron experiencias. La multitud armada empezaba a adquirir los contornos de una fuerza militar.

EL CAMBIO DE SÍ MISMOS

Trato de ilustrar el cuadro mostrando algunos otros cambios y novedades de aquella coyuntura.

Nuevos significados y palabras nuevas designan nuevas realidades. La más extendida y de mayor alcance es “compañero/compañera”, instancia democratizadora que fue una gran ganancia contra las jerarquías que marcan secularmente la inferioridad social en que viven las mayorías en el mundo. “Compañero/compañera” no fue un apelativo demagógico usado por un determinado régimen político para convocar y unir mejor a sus seguidores, y para compensar con un apellido que reuniera a los modos de vida tan diferentes que tenían en realidad, según la condición social de cada uno. Fue el nombre general que se dieron, para reconocerse, los que estaban dispuestos a dar la vida por el nuevo sentido que le daban a sus vidas y a la vida del país. Las jerarquías de una sociedad de castas habían normado las formas diferentes de llamarle a cada cual en Cuba casi hasta fines del siglo XIX. Después el “señor/señora” amparó formalmente a todos, como la ciudadanía republicana lo hacía en lo público, aunque las desigualdades reales eran tan duras que tuvieron que pasar décadas y otra Revolución –la del 30– para que efectivamente todos fueran al menos llamados “señor” y “señora”. En 1959 los descalzos solo podían acceder a ser señores si abolían todos los señoríos. Tras lo que sucedió, “compañero/compañera” certificó en el lenguaje la decisión

de implantar la igualdad en la sociedad, la inversión de valores que ese acto implicaba y la sustitución de unos usos sociales mistificadores por otros que aludían directamente al centro del conflicto social. Ahora el responsable reprende al miliciano que por costumbre le ha llamado “señor”: “¡los señores están en Miami!”.

Junto a “compañero/compañera” aparece un repertorio de palabras: “milicia”, “Bon”, “caminata”, “como presente”, “pasar escuela”, “formación”, “operaciones”, “limpia” (que viene obviamente de labores agrícolas), “peine”, “ligera de combate”, entre otras. La técnica traerá otras nuevas: los nombres o las marcas de las armas de fuego –FAL, “pepechá”, R2, “la checa”– y sus adjetivaciones –“becetero”, “morterista”, “bazuzero”– y otras como “zapador”, “planchetista”, “comones”. Consignas rimadas e himnos propios y ajenos de calidad artística sumamente modesta se ganan el favor de las multitudes, junto a canciones de género y procedencia variados.¹⁵ Los términos y cantos nacidos del armamento popular comparten su novedad con otras muchas

15 Las parodias ocupan amplio lugar, lo que dice del origen popular de muchas inspiraciones. Letras radicales usan los géneros populares cubanos como vehículo. La mayoría de los himnos de estos primeros años tienen mejores intenciones que calidades.

palabras –y un mar de siglas– nacidas o resignificadas por el proceso que se está viviendo.¹⁶ El lenguaje militar de una revolución iniciada como proceso insurreccional había tardado, sin embargo, en desplegarse; ahora las circunstancias y el armamento general del pueblo le dieron gran fuerza. Pronto entraría en uso en la actividad económica –como en Rusia Soviética desde inicios de 1920– y también en el lenguaje político.

La imagen en transición de los cubanos produjo un impacto formidable. En 1959 las fotos de la revolución de jóvenes rebeldes –los barbudos– habían recorrido el mundo. Ahora se multiplicaron imágenes de jóvenes de ambos sexos en toda una gama de actitudes, con armas y uniformes. La gran tradición nacional y popular de fotografía, varios fotógrafos cubanos excepcionales y los que llegaban al país a tomar fotos, produjeron una iconografía vastísima. Los noticieros y documentales del Nuevo Cine mostraron los gestos, los cuerpos, el dinamismo de las escenas y las nuevas preguntas, y comenzaron un camino de creaciones artísticas. La mujer

miliciana fue un referente de la nueva Cuba y su proyecto de liberación de las personas. El fuerte atractivo de aquellas imágenes imponía una belleza sin afeites, una informalidad desafiante y muy segura de sí, un canon nuevo que reunía una vanguardia formal con un ideal de vida que apenas comenzaba a plasmarse, y que sacaba partido a la escasez de recursos materiales. El pequeño país que realizó la primera revolución socialista autóctona en Occidente estrenaba también una nueva estética que se extendería en el mundo de los años sesenta.

La relación con las armas de fuego fue un hecho cultural muy importante. El proceso de proletarianización de grandes grupos humanos cumplido por la Milicia se dio, como todos, a través de dimensiones individuales. Portar el fusil ayudó a quebrantar el orden de las cosas, la fatal obediencia al poderoso, el atractivo mismo que dimana de su poder; le brindó seguridad al individuo y extendió el alcance de su confianza.¹⁷ La invocación de “los hierros” de la cultura popular fue resignificada como calificativo general del armamento, sin dejar de pedirle a esa

16 Ejemplos: “por la libre”, “esbirro”, “bombines”, INRA, “tiendas del pueblo”, INIT, “¡la Reforma Agraria va!”, “melones”, “sacudir la mata”, ICAIC, G-2, “gusano”, “intervenido”, “nacionalizado”, “concentración”, “bandido”, “mercenario”, “radiosuán” y OFICODA, entre otros.

17 “[...] que un campesino armado valía tanto como el mejor de ellos; e ir también aprendiendo cómo la fuerza de uno no vale nada si no está rodeada de la fuerza de todos” (Guevara: 1970: 678, T. 1).

cultura su transmisión de fuerza y de valentía, ante la guerra y la muerte, ante las disyuntivas tajantes expresadas en las grandes palabras. Las personas armadas se hicieron familiares en el paisaje cotidiano, y las armas velaron las tareas pacíficas y las pasiones privadas. A escala social el mensaje era excepcional y muy claro: las armas son el poder en manos del pueblo, la unión del pueblo y el instrumento armado de la Revolución, la democratización del poder del Estado y la garantía del rumbo popular (Castro Ruz: *ibídem*, pp. 24-25). La nueva política se dirigía a un sujeto social. El obrero y el campesino eran protagonistas de su discurso pero en realidad hablaba siempre a toda la gente pobre, a los jóvenes sin empleo, los negros, las mujeres, los niños desvalidos; y también a todos los cubanos que sintieran la necesidad y el deseo de participar y combatir por la causa de la justicia y la libertad. El pueblo se identificó con el discurso a través de su acción: la institución más prestigiosa no lo clasificaba ni lo llamaba a obedecer sus orientaciones, sino a crear la nueva vida con su trabajo y sus sacrificios.¹⁸ La

18 La acción y las palabras de la nueva ideología tratan de intimar. Regresando de combatir en Girón, un empleado bancario que participó en la lucha clandestina, fundador de las Milicias y de un Bon, se autoclasi-

actuación era la piedra de toque. El combate por la igualdad, que en el siglo XIX estuvo en el centro de las ideologías populares independentistas, y durante la república burguesa neocolonial tuvo una historia muy compleja, pasó al centro de la lucha. En adelante, la libertad solo pudo ser concebida en íntima unión con la igualdad y la justicia social. El lenguaje se pobló de expresiones cargadas de sentido: “todos somos iguales”, “se acabaron los privilegios”, “las playas para el pueblo”; el sentimiento de que existía una deuda social con los más desposeídos se hizo general.¹⁹ Como la alfabetización, las movilizaciones, las luchas contra bandidos y la batalla de Girón fueron también la gesta de los habaneros. Los hombres de la ciudad conocieron al fin el fondo de su propio país, aprendieron y enseñaron en íntimo

ca ante el periodista: “Supongo que formaba parte de la pequeñaburguesía de la que el comandante Guevara hablaba el domingo pasado, la que se escindió y una parte adquirió conciencia revolucionaria” (VV. AA., 1961: 174).

19 En 1962 se inició el sistema de racionamiento de alimentos, bajo la consigna de “a comer parejo”. “Ir al campo” era la actitud del revolucionario. “Ayudar al campesino” había sido quizás la idea más difundida en 1959; como es natural, la Revolución la convirtió pronto en trabajo y aprendizaje entre todos en el campo, en favor de las necesidades y del proyecto nacional.

contacto con los de abajo y se mostraron capaces de realizar todos los sacrificios.

Hasta la resistente pero elusiva discriminación racial del pasado más cercano se convirtió en un virulento punto de las prácticas igualitarias. El gran avance de la integración racial durante la insurrección fue retado por la ampliación del proceso a escala de la sociedad. Lo fundamental fue ahora la convicción masiva de que era imprescindible una fraternidad real entre los revolucionarios: según ella, la discriminación racial era injusta, divisionista e inmoral. La política invadió así otro territorio social más, esta vez en busca del mejoramiento humano. Las medidas tomadas fueron importantes –las escuelas de cadetes, por ejemplo, fueron teatro de una real integración– pero si el racismo, ese aspecto tenaz de la cultura cubana, retrocedió sensiblemente fue porque la mayoría comenzó a condenarlo por contrarrevolucionario, a denunciarlo o a sentir vergüenza por padecerlo. La posición que prevaleció fue considerar a la Revolución el vehículo principal de la justicia que eliminaría las raíces de la discriminación racial y daría reales oportunidades a los negros y mulatos quienes, a su vez, eran estimados lógicamente como revolucionarios.²⁰

20 Tomo ejemplos en el testimonio de un opositor de

PUEBLO ARMADO CON PODER REVOLUCIONARIO, FÓRMULA DE LA VICTORIA

En la defensa de la Revolución se plasmó por primera vez una unidad social en una escala inmensa, algo que resultaba vital para el país. La economía fue agujereada primero, y después literalmente estalló bajo los efectos de la revolución agraria, las nacionalizaciones masivas, el corte brutal de las relaciones con Estados Unidos, las relaciones súbitas con los socialistas –un área del mundo tan distante y extraña a los parámetros que habían regido la economía cubana–, el gran drenaje de personal calificado causado por la emigración y la asunción del mando de la gente corriente sobre las empresas. Sus propios cambios y un gran número de eventos extraeconómicos asaltaron la economía por todas partes; a veces el remolino amenazaba hasta la mera relación entre la ciudad y

entonces. Un bandido mulato narra cómo una vez su jefe le dijo: “Tú, para llegar después a nosotros, ¡cuántas audiencias tendrás que pedir!”. Y de cuando cae prisionero en combate refiere: “A mí me coge Pedro. [...] En esos momentos viene un negro a matarme. Arturo y Pedro lo regañan, lo sacan de *alante*. Me dijo: ‘te quitaron el rabo y te lo ibas a poner’. Yo andaba *churrosísimo* y parecía más prieto” (González de Cascorro, *op. cit.*, pp. 245-246).

el campo. Eran la acción y la decisión política, la unión de ideales y un proyecto común lo que mantenía la cohesión nacional en medio de la más aguda confrontación de clases y con la ex metrópoli neocolonial. Mientras era destruido lo que quedaba del sistema político anterior, todavía la nueva política se basaba más en la emoción que en la organización. La presencia de la defensa, entre el verano de 1960 y todo el año 1962, fue un esqueleto político que articulaba los diferentes aspectos de la sociedad. Y la defensa fue dirigida políticamente y expresó la ideología más avanzada dentro de la Revolución.

En la defensa se realizó tempranamente una unidad política con unas posiciones radicales que resultaban anticapitalistas y antiimperialistas, que tenía una fuerza persuasiva y un prestigio solo igualados en aquel momento por la palabra de Fidel. Existía un impulso de rebeldía a un grado altísimo y generalizado, que se combinaba con una bajísima escolaridad promedio, mientras las tareas ideológicas y de unificación política eran colosales. Los enormes escollos y los choques esperables en un largo camino de adoctrinamiento y de proletarianización de las ideas disminuyeron o se evitaron en el terreno favorable de las prácticas y experiencias, la concientización y las

fraternidades generadas en la defensa. El esquematismo, sectarismo e intolerancia que portaban la tradición ideológica y organizativa de la izquierda fueron así neutralizados, suavizados o contrapesados por el valor de la acción revolucionaria, y también expresados en otras formas nacionales y consentidas de intolerancia. Las ideas del socialismo existentes en Europa y en China, y la concepción marxista comenzaron a ser atractivas o aceptadas de forma masiva en los ámbitos de las actividades de la defensa; avanzado 1961 ya no hubo diferencias, porque esas ideas invadieron prácticamente todos los ámbitos.

De todos modos, al comprometer tanto y de modo tan profundo a cientos de miles de personas y afectar a sus familiares, el armamento del pueblo fue una de las formas básicas de la política y de la concientización. El dio lugar o impulsó mucho la creación de organizaciones populares, de actividades estatales y sociales por todo el país, y elevó la participación política muchísimo más que lo previsible a partir de las condiciones de vida y de trabajo que tenían las mayorías. El gran poder represivo que ejercen las revoluciones fue compartido popularmente, y la oposición política fue identificada con contrarrevolución. Los enfrentamientos armados en el campo acentuaron el carácter

socialista de la reforma agraria y su peso decisivo, y dieron a la Milicia y a ser miliciano una fuerte definición política clasista. A escala internacional la imagen del pueblo cubano armado certificó la decisión intransigente de un pueblo pequeño frente a la mayor potencia imperialista, la rebeldía y la soberanía como esencias del proceso cubano y la aparición de un llamado a otros pueblos –sobre todo latinoamericanos– a considerar la lucha armada como la vía apropiada para su liberación.

Los datos fríos de abril de 1961 podían inducir a analistas cubanos “serios” a vaticinar la derrota de la Revolución, si ella no detenía su radicalización y trataba de negociar su situación, y por consecuencia se veía obligada a enfrentar el reto militar impulsado por la más fuerte potencia mundial. Lo cierto es que esa percepción de la propia impotencia no debía parecerle descabellada a cualquier buen conocedor de la Cuba de cinco años atrás. Si esa convicción de imposibilidad se hubiera adueñado de sectores amplios de la población cubana, quizás no habría hecho falta la invasión, o la resistencia de 1961 se hubiera desplomado más o menos rápidamente. Pero lo que sucedió a partir del vuelco radical que había dado y seguía dando Cuba, de la colmena infatigable en que se había convertido el país y de

la autoconfianza que reinaba en el campo revolucionario, fue el hecho histórico de Girón.

La capacidad de respuesta militar y de la seguridad fue enorme; la contrarrevolución interna quedó totalmente paralizada²¹ y el apoyo popular fue arrollador. La velocidad de movilización fue alta y los problemas tácticos se enfrentaron con una celeridad increíble, a partir de la gran sagacidad de la dirección que supo ver que esa rapidez era imprescindible. El heroísmo y la abnegación de masas fueron la regla en el combate; ellas suplieron la escasez de medios técnicos y la insuficiencia de preparación militar de la mayoría, enfrentadas al poder de fuego de un enemigo que tenía armamento excelente y un arma aérea fuerte y muy activa.²² El plan entero dirigido directamente

21 Muchos miles de potenciales participantes de la acción contrarrevolucionaria fueron detenidos al unísono en todo el país, con gran eficacia, orden y respeto por su integridad.

22 Un teniente del Ejército Rebelde que estuvo en el centro de la acción decía al autor días después: “No creía que los milicianos fueran tan capaces de dar la vida como soldados. Gritaban y saltaban adelante por encima de los muertos”. El precio de la victoria fue caro: 154 muertos y cientos de heridos. Cayeron veinticuatro cadetes de la Escuela de Responsables de Milicias; tuvieron bajas muy sensibles el Bon 339, la Co-

por autoridades de Estados Unidos se vino a tierra en sesenta y seis horas, con un inmenso desprestigio para los implicados que quedaron desconcertados. La contrarrevolucionaria Brigada 2.506 se rindió en masa (seis de cada siete invasores); además de militar, la derrota que sufrieron fue política y moral.²³ El efecto de esa victoria sobre la moral y la determinación de los cubanos es difícil de exagerar. La gente sintió que se había obtenido una gran victoria, un triunfo magnífico del pueblo en armas y comprobó que además de resistir era posible vencer a los más poderosos. La gente les perdió el respeto a sus enemigos.

lumna 1 del Ejército Rebelde, el Bon 123, el Bon de la Policía Revolucionaria y el Bon 116. Otras unidades de las Milicias y de las FAR, incluidas Marina y Aviación, tuvieron las bajas restantes (Sánchez, 1979). Una investigación muy completa de aquella batalla se encuentra en Rodríguez (1996).

23 Según José Pérez San Román, jefe de la Brigada, desembarcaron 1.242 invasores, más 160 paracaidistas; con los 61 hombres del personal aéreo suman 1.463. Murieron 102 en total (Pérez San Román, 1979). El total de prisioneros fue 1.198 (Rodríguez, *op. cit.*). Tiempo después fueron devueltos a Estados Unidos, a cambio de una indemnización en alimentos para niños y medicinas que ese gobierno pagó solo en parte. La expresión popular selló su suerte: "los cambiaron por compotas".

La victoria de 1961 fue posible porque en Cuba se desató la fuerza del pueblo y se ató el poder revolucionario en un mismo proceso. En muchas revoluciones esa coincidencia no se ha dado, sino que ha habido dos momentos o dos etapas sucesivas y la regla ha sido el desarme y el desbande de las multitudes o de las formaciones armadas de la insurrección. El nuevo poder y el nuevo orden han sido entonces una función del fin o el recorte del alcance libertario y la radicalidad del proceso.²⁴ A Girón se llegó en medio de un proceso unido, en que el consenso y la imaginación coincidieron con el poder. Esa conjunción no solo barrió a los invasores. Ella le dio su verdadero sentido a la proclamación del día 16 de abril, obtuvo la primera victoria del socialismo en América y se nutrió de su triunfo para continuar profundizando la revolución socialista de liberación nacional. Si fueran necesarios símbolos y fastos,

24 En 1898-1902 se consumó el recorte de la Revolución del 95 y fueron disueltos sus instrumentos; se creó el Estado nacional, pero bajo control neocolonial y de una burguesía subalterna. En otros casos, como el de la Guerra Civil española de 1936-1939, se impuso pronto un orden estatal que sofocó a la revolución posible dentro de su propio campo, y aplicó su energía a intentar ganar la guerra.

recordemos que quince días después de Girón cayó el águila del Maine y fue nacionalizada la enseñanza.

BIBLIOGRAFÍA

- Abbagnano, N. 1966 *Diccionario de Filosofía* (La Habana: Edición Revolucionaria).
- Castro Ruz, F. 1959 “Discurso del doctor Fidel Castro Ruz, Comandante en Jefe del Ejército Rebelde y Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, el 26 de octubre de 1959, contra bombardeos de poblaciones cubanas por aviones que a ese fin partieron de los Estados Unidos” en *Cuadernos de Historia Habanera* (La Habana: Oficina del Historiador) N° 68.
- Castro Ruz, F. 1961a “Discursos” en *Playa Girón: derrota del imperialismo* (La Habana: Edición Revolucionaria) T. 1.
- Castro Ruz, F. 1961b “Discursos” en *Revolución* (La Habana) 13 de febrero, p. 7.
- Castro Ruz, F. 2001 [1953] *La Historia me absolverá* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Córdova, A. 1973 *La ideología de la Revolución mexicana* (México DF: IIS-UNAM / ERA).
- Foucault, M. 2002 *Vigilar y castigar* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- González de Cascorro, R. 1975 *Aquí se habla de combatientes y de bandidos* (La Habana: Casa de las Américas).
- Guevara, E, Ch. 1970 *Obras. 1957-1967* (La Habana: Casa de las Américas) T. I y II.
- Grupo Areíto 1978 *Contra viento y marea* (La Habana: Casa de las Américas).
- Hernández, R. 1985 “La política de los Estados Unidos hacia Cuba y la cuestión de la migración” en *Cuadernos de Nuestra América* (La Habana) N° 3: 77, enero-junio.
- Martínez Heredia, F. 1973 “La noción de pueblo en *La Historia me absolverá*” en *Verde Olivo* (La Habana) N° 46, 18 de noviembre.
- Martínez Heredia, F. 1988 *Desafíos del socialismo cubano* (México DF: Mestiza / CEA).
- Martínez Heredia, F. 1989 *Che, el socialismo y el comunismo* (La Habana: Casa de las Américas).
- Martínez Heredia, F. 1992 “Cuba: problemas de la liberación, el socialismo, la democracia” en *Cuadernos de Nuestra América* (La Habana: CEA) N° 17, enero-junio.
- Martínez Heredia, F. 1993 “Desconexión, inserción y socialismo en Cuba” en

- Cuadernos de Nuestra América* (La Habana: CEA) N° 20, julio-diciembre.
- Martínez Heredia, F. 1997 “Cuba: coyuntura y acumulaciones históricas” en VV. AA. *Geoeconomía y geopolítica del Caribe* (México DF: IIE-UNAM).
- Martínez Heredia, F. 1998 “En el horno de los noventa” en *La Gaceta de Cuba* (La Habana: UNEAC) N° 5: 3-6, septiembre-octubre.
- Martínez Heredia, F. 2005a “Cuba: problemas de la liberación, el socialismo, la democracia” en Martínez Heredia, F. *En el horno de los noventa* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Martínez Heredia, F. 2005b “Desconexión, reinserción y socialismo en Cuba” en Martínez Heredia, F. *En el horno de los noventa* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Martínez Heredia, F. 2005c “Nación y sociedad en Cuba” en Martínez Heredia, F. *En el horno de los noventa* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Pérez San Román, J. 1979 *Respuesta. La verdad sobre Girón* (Miami: Lib. Cervantes).
- Sánchez, M. Á. 1979 *Girón no fue solo en abril* (La Habana: Orbe).
- Rodríguez, J. C. 1996 *Girón: la batalla inevitable* (La Habana: Ed. Capitán San Luis).
- Tse Tung, M. 1968 “Análisis de las clases en la sociedad china” en Tse Tung, M. *Obras Escogidas* (Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras) Primera edición.
- VV. AA. 1961 *Playa Girón: derrota del imperialismo* (La Habana: Edición Revolucionaria) T. 1.

MOVIMIENTOS SOCIALES, POLÍTICA Y PROYECTOS SOCIALISTAS*

El problema práctico de las relaciones entre lo político y lo social es central en América Latina actual, aunque no es explícito en el mismo grado ni de igual forma por los sectores interesados. Que sea abiertamente un problema principal para todo aquel que pretenda actuar desde los intereses de las mayorías del continente es ya un logro importante de cultura política, a pesar de las usuales lamentaciones acerca de las insuficiencias y los desaciertos de las organizaciones políticas populares en relacionar lo político con lo social. Esto significa que se comienza al menos por aquello que en

coyunturas decisivas anteriores no se vio, o se advirtió demasiado tarde. Esa es una ventaja a la que es necesario sacar provecho.

Trataré este tema desde el terreno de la búsqueda de conocimientos, indagación que siempre es condicionada por las realidades y sus tendencias, y por determinados presupuestos ideológicos. En realidad solo aspiro a contribuir al planteo que considero adecuado de los problemas, que es lo que me parece más urgente. Por eso este trabajo presenta únicamente caracterizaciones y proposiciones sintéticas acerca de los procesos sociales que a mi juicio es necesario manejar para comprender el tema estudiado, y se mantiene a los niveles generales que estima apropiados.

Estos son apenas apuntes para un debate. Las soluciones acertadas serán siempre fruto de combinaciones afortunadas de prácticas políticas y sociales eficaces con buenas reflexiones y previsiones. Opino, sin embargo, que estas últimas son indispensables para adelantar camino a las prácticas actuales, cuyo

* Exposición en el Seminario *Estado, partidos políticos y movimientos sociales*, organizado por el Foro Social de San Pablo en México DF, en marzo de 1993. Revisado para esta edición. Publicado en: Martínez Heredia, F. 2006 *Socialismo, liberación y democracia. En el horno de los noventa* (Melbourne / Nueva York: Ocean Sur) pp. 24-46.

desarrollo es muy insuficiente, y también creo que no se cuenta con demasiado tiempo para hacerlo antes de que nuevas coyunturas decisivas se presenten en América Latina.

1. POLÍTICA, ECONOMÍA Y SOCIEDAD DESPUÉS DE LA “DEMOCRATIZACIÓN”

El sistema político predominante en términos generales en la última década en América Latina es el llamado democrático. Sus características principales son:

- Regímenes (en muchos casos posdictatoriales) basados en gobiernos civiles, avances variables en el Estado de Derecho y procesos electorales relativamente aceptables¹ en cuanto a limpieza y participación en los comicios de los inscritos como electores;

¹ Incluyo aquellos casos en que el contenido de la lucha política sigue siendo conseguir que esos regímenes civiles y procesos electorales sean realmente aceptables, y no unos simples tramitadores de la conservación legalizada del sistema. Esto es, que las prácticas del poder respeten al menos los rasgos básicos de la propia democratización.

- Alternancia de los partidos del sistema en el ejecutivo y en el control de los poderes formales del Estado;
- Continuidad del Estado autoritario y de sus funciones de dominación;
- predominio de ideologías y creencias políticas que consideran intangible el orden legal vigente y el sistema capitalista;
- La toma de decisiones fundamentales queda fuera del control de los representantes electos, las instituciones y la mayoría de la población;
- Los mecanismos políticos y las ideologías predominantes son funcionales a la transnacionalización y el arbitrio del capital financiero parasitario, que se han vuelto determinantes en la formación económica. Las instituciones financieras internacionales gozan de enorme influencia sobre los medios políticos;
- Fuerte control, influencia y presencia del poder político y económico de los Estados Unidos, en formas y grados diversos.

Otro rasgo significativo actual es la tendencia a homologar idealmente los sistemas políticos de América Latina y sus referentes ideológicos a los de los países capitalistas desarrollados. Las causas y las manifestaciones de esa tendencia

son complejas. En las últimas décadas se ha profundizado y acelerado la universalización de los procesos sociales, impulsada por el capitalismo desarrollado. En los países de la llamada periferia del capitalismo se combinan, por una parte, la creciente determinación y sujeción de su economía al exterior y la disminución progresiva de su autodeterminación, la transnacionalización, la miseria masiva estructural y otras consecuencias de la madurez del sistema mundial capitalista, con la pretensión –por otra parte– de que esas sociedades “subdesarrolladas” se organicen políticamente y tengan un mundo ideológico que imite a los países centrales.

Muchos factores operan a favor de esa pretensión. Desde historias diferentes, y hasta cierto punto, se han desarrollado procesos, relaciones e instituciones característicos del capitalismo desarrollado en la mayoría de los países del planeta. Con mayor intensidad y difusión –aunque en proporciones muy diferentes según los estratos de población de que se trate– se consumen los valores y diversos productos culturales procedentes del polo desarrollado del capitalismo. Ciertas clases sociales y estamentos son más receptivos a aquellos valores y productos por razones directamente ligadas a su existencia y modo de

vida; otros muchos son influidos a sumarse por los medios de socialización del sistema, aunque no gocen de sus gajes. Por diversas razones, en América Latina se da una incidencia mayor de estos procesos y características que en las otras regiones del llamado Tercer Mundo. Ellas incluyen la realidad de que los elementos culturales en cuestión no solo están sólidamente implantados en el campo de la dominación en este continente de antiguos Estados independientes republicanos, o funcionan a favor de él: una larga tradición de luchas y de ideas populares latinoamericanas ha reivindicado la identidad regional y el bienestar para sus pueblos a partir de ideales y de instrumentos políticos e ideológicos originados en el desarrollo de Occidente.

Antes de continuar esta descripción breve y esquemática del complejo que forman la política y las ideas relacionadas con ella en América Latina actual, advierto que he tomado tres licencias. Ellas son: obviar la diversidad por países, discordancia que a veces es extrema, mediante generalizaciones cuidadosas pero que en algunos puntos resultan insuficientes; excluir a Cuba, cuya situación es irreductible al resto; y no dar al aspecto de la violencia política el peso que tiene en la realidad en los casos de Guatemala, Perú y Colombia.

La llamada democratización se está agotando, pero ha ocupado el lugar central de la política en la última década. El par “dictadura-democracia” marcó los límites de esa política, reduciendo el campo de los proyectos considerados posibles. A la vez que se dio entrada en los actos electorales a decenas de millones de personas y se reconoció a millones como actores sociales, se excluyó a proporciones generalmente mayoritarias de la población de los acuerdos políticos tomados sobre las cuestiones sociales y económicas: las “concertaciones” han reconocido derechos y demandas, más o menos, a sectores organizados con poder de presión; el resto de la población de cada país ha sido sometida a las políticas de los regímenes “democráticos” y a los llamados ajustes económicos. La evolución de los arreglos siguió este orden general: primero se concertaba para obtener o preservar gobiernos civiles e institucionalidad, dejando las demandas sociales “para después”; a continuación, las políticas de ajuste han exigido sacrificar a las mayorías en aras de un “*chorreo*” de la futura prosperidad, o simplemente porque resulta indispensable que la política económica haga esas “concesiones” a leyes externas “de la economía”. La macroeconomía que manejan los gabinetes económicos gubernamentales no se

siente obligada a tener en cuenta a la miseria ni a la política social, ni estas afectan mucho a la actividad cotidiana de los partidos políticos. El desastre que se vive en la sociedad es excluido de las variables determinantes del sistema político democrático.

Ese desastre no es consecuencia de una coyuntura de crisis. La miseria actual en América Latina se torna estructural y creciente porque es consecuencia de la fase del capitalismo subordinado en que la transnacionalización se ha vuelto determinante en la formación económica. Este proceso significa que más del 40% de la población es excluido de la economía o no es necesitado por ella: la mitad de ellos ya son indigentes. Pero no solo ellos sobran: el bienestar de amplios sectores medios, los negocios de una parte del empresariado capitalista, la actividad económica con fines nacionales, todo proyecto capitalista nacional, la más modesta política social, la soberanía nacional, también se deterioran o están siendo excluidos. Decrecen el empleo, el ingreso, el valor que se da a las capacidades, la salud y hasta la estatura de los pobres; su lucha diaria es por la sobrevivencia. Millones de servidores públicos, técnicos, profesionales, comerciantes, empresarios –cada uno a su talla– pierden nivel de vida, seguridad y esperanzas.

La formación económica en América Latina está adecuándose al modelo que le impone el capitalismo mundial, un modelo que es demasiado excluyente y subordinador. El lugar de este continente en el comercio mundial decrece rápidamente, se dismantelan estructuras de producción industrial y el gigantesco parásito de la deuda externa extrae proporciones crecientes del producto económico. En las condiciones actuales, la política de las clases dominantes carece de espacio para medidas sociales que equilibren sus regímenes y sustenten reformismos políticos. Se les exige que el Estado –a la vez “adelgazado” y autoritario– sirva menos a los intereses del país y a la soberanía nacional que a la dominación transnacional. Además, Estados Unidos sobredetermina los rasgos de esa dominación: ante su pérdida de competitividad frente a otros centros capitalistas y sus problemas internos, Estados Unidos trata de convertir a la América Latina en coto suyo, basándose en su implantación imperialista y controles previos en la región, y en ser hoy la única superpotencia mundial. Pretende hacernos rehenes de su debilidad, además de víctimas de su fuerza.

La base social y nacional de la hegemonía de las clases dominantes se estrecha y se debilita; la legitimidad de su hegemonía no está

conseguida en unos casos, y en otros se desgasta. En muchos casos los dominantes son fracciones nuevas, que no tienen a su favor la tradición ni condujeron alguna vez al pueblo. En su pasado reciente, abunda la complicidad con las dictaduras sangrientas de “seguridad nacional”, y con el entreguismo, frente la opción de reconocer demandas y personalidad a las mayorías de sus propias sociedades. En general no hay propuestas de futuro que avalen al presente: ni economistas ni políticos se atreven a prometer bonanza para la gente común. La democratización mantiene las características del sistema político enunciadas arriba, pero no enfrenta problemas básicos como son la participación cada vez menor del trabajo en la renta nacional, la inmensa y creciente desigualdad ante el ingreso, la no solución de las necesidades básicas de las mayorías y la erosión de la soberanía. Cambian los gobiernos, los partidos y parlamentos, pero no cambia el Estado. La reproducción ideológica del capitalismo sigue siendo en América Latina mucho más abarcadora y decisiva que la reproducción del capital. La ideología neoliberal y el triunfalismo capitalista difundidos desde los países centrales aún muestran eficacia, pero van camino de agotarse –y quizás con ellos la democracia electoral– frente a las miserables realidades de las sociedades.

El momento es de transición, insisto. Que la lógica dominante condene a desaparecer o perder su importancia a determinadas formas económicas, actividades estatales, instituciones y profesiones –y a los valores, intereses, sentimientos y hábitos que han estado ligados a aquellas– no es igual a que esos procesos hayan recorrido en la práctica su ciclo vital. No hay que confundir las tendencias con procesos transcurridos. Es inevitable que en este tiempo de transición surjan tensiones, contradicciones y enfrentamientos. En realidad, ellos forman una parte muy importante de la política latinoamericana de esta etapa, que puede asumir significaciones y entidades disímiles y acarrear consecuencias significativas al sistema político vigente.

Lo más trascendente en las sociedades del continente en la actualidad es que partes apreciables de ellas adquieren conciencia de sí y formas propias de organización. Los movimientos sociales agrupan a millones de pobladores urbanos humildes, cristianos de base, trabajadores “informales”, defensores de derechos humanos, mujeres, indígenas, campesinos sin tierra, ecologistas, negros, jóvenes, desempleados, jubilados; ellos expresan en unos casos los cambios estructurales recientes, pero sobre todo manifiestan la emergencia de conductas

masivas concertadas en defensa de sus identidades, sus intereses específicos y sus representaciones sociales. El período reciente ha hecho relevantes a los movimientos sociales, por razones muy variadas. Apunto las cinco que creo más importantes:

- La universalización capitalista tiene efectos monstruosos y contradictorios en este continente: crecen las relaciones sociales y los productos culturales típicamente capitalistas, lo que favorece la atomización de los intereses individuales y la ampliación de los papeles de la sociedad civil. Pero crece a la vez, en ese mismo proceso, la gran pobreza en que transcurre la vida de las mayorías, y en el sistema político no se plasman regímenes democráticos análogos a los típicos del capitalismo desarrollado;
- La autoidentificación social, y sus especificaciones, han sido favorecidas por la expansión de la capacitación, de la escolarización y de representaciones más complejas del mundo, que han acompañado a los procesos latinoamericanos de las últimas décadas;
- En las últimas décadas, las represiones políticas y sociales y los estados de excepción sistemáticos vaciaron de sentido al sistema

político en cuanto a la defensa de intereses populares y el contrapeso de poderes. Muchos movimientos sociales ocuparon espacios que antes eran de la política, o controlados por ella, y desplegaron formas sociales de lucha de manera autónoma;

- Los regímenes políticos actuales funcionan de manera ajena a los reclamos y necesidades inmediatos de las sociedades. La mera sobrevivencia y la defensa de intereses, identidades y representaciones sociales de millones de personas ha tenido que expresarse como autodefensa, y apelar a solidaridades y fuerzas culturales de los propios grupos implicados;
- El Estado es execrado hoy desde los ángulos y los propósitos más diferentes: se le considera entrometido e ineficaz respecto a la economía, incapaz para atraer la inversión extranjera o para defender a la sociedad de sus efectos; burocrático, autoritario, sordo o inútil para enfrentar las necesidades sociales, o servidor de intereses antipopulares. La sociedad que se expresa o se organiza parece ser la antítesis del Estado, y eso aureola de simpatía a los movimientos sociales.

Muchos movimientos sociales fueron activísimos –y por momentos protagónicos– en los

procesos antidictatoriales. La política del sistema se ha cuidado de desmontarlos o embotar su filo, como parte de *sus* procesos de democratización controlada y limitada. Pero la naturaleza, las demandas y las actuaciones de los movimientos sociales tienden a oponerlos a aspectos del sistema de dominación. Esa virtualidad que los asociaría a la lucha contra el sistema en una coyuntura determinada no implica que las organizaciones opuestas a aquel hayan conseguido vincularse con los movimientos sociales a escala significativa (reitero las licencias que advertí arriba). Este problema, y en sentido más general el de la articulación entre lo social y lo político como parte de una renovación del quehacer político, es central para el avance de una alternativa política a la dominación.

2. HEGEMONÍA CAPITALISTA, DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

Desde varios años antes de la caída del llamado socialismo real, ya en gran parte de América Latina estaban en crisis o muy debilitadas las organizaciones e ideas revolucionarias, la alternativa socialista y la izquierda en general. Durante los años sesenta y setenta se había producido un enfrentamiento prolongado y

muy sangriento entre la ola de protestas sociales y rebeldías revolucionarias que recorrió el continente, preludiada y estimulada por el triunfo cubano, y la gran represión, que llegó en algunos países al genocidio, emprendida por las clases dominantes y el imperialismo. Ambos se enlazaban entre sí más íntimamente en ese mismo tiempo, mediante un proceso que ha dado lugar al dominio actual del capitalismo transnacional en la región. La victoria obtenida por el bloque dominante no fue solo militar sino también política e ideológica, aunque también es cierto que se vieron obligados a reconocer el aumento de la conciencia social y la capacidad organizativa de muy amplios sectores de la población.

También se produjeron o mantuvieron, sin embargo, eventos y situaciones de signo contrario a esa tendencia. Desde fines de los años setenta, Centroamérica influyó a todo el continente con el triunfo de la insurrección sandinista y la existencia de un poder revolucionario en Nicaragua, con el gran movimiento revolucionario salvadoreño y el crecimiento de la insurgencia en Guatemala. Las agresiones y el intervencionismo sistemático de Estados Unidos fueron factores contrarrevolucionarios principales en la región. En Centroamérica se violaron todos los derechos humanos, se reprimieron las

actividades sociales y políticas de la población, y se llegó al genocidio, mientras se declaraba la democratización de todo el continente. En algunos países latinoamericanos las movilizaciones laborales, políticas y populares durante la transición a gobiernos civiles renovaron o dieron lugar a muy importantes expresiones políticas de oposición al sistema que continúan hasta hoy, y que forman parte de los esfuerzos y las rebeldías contra la dominación capitalista que existen en la región. La revolución socialista de liberación nacional en Cuba, con sus realidades ejemplares de avances sociales, soberanía, convivencia y solidaridad humana, es un extraordinario ejemplo de lo que pueden hacer los latinoamericanos por su liberación.

La situación creada con el fin de los regímenes de Europa oriental ha fortalecido mucho las posiciones de la dominación capitalista en América Latina. Entre sus principales consecuencias están el gran desprestigio del socialismo, el triunfalismo capitalista, la seducción del neoliberalismo y el desaliento que hizo presa de muchos. Los cambios geopolíticos mundiales favorecieron sobre todo a la potencia norteamericana. En términos generales, se pretende que el capitalismo es el único horizonte general de la diversidad de comportamientos, organizaciones y proyectos humanos.

Me interesa destacar ciertos aspectos de la hegemonía de las clases dominantes.² Lo esencial de la victoria de estas clases ha sido que abrió una etapa de aceptación de la imposibilidad de lograr cambios sociales profundos favorables a las mayorías, por parte de la generalidad de los actores y el pensamiento representativos de las clases populares. Ellos han aceptado también limitar su actuación a las prácticas fomentadas o permitidas por la legalidad establecida, restricción que favorece la creencia en que esa conducta es la correcta, y la condena a toda otra posición. Esas aceptaciones inclinan a la desaparición del socialismo como ideal y como modelo confrontador del capitalismo, y a la descalificación de todo intento práctico de avanzar hacia el socialismo. En su lugar aparecieron o se incrementaron pensamientos y prácticas que aspiran a reformas dentro del sistema capitalista, de diferente entidad y adscripción.

La democracia “sin apellidos” se tornó el más tratado de esos temas que comparten en un momento dado el favor de la academia y de los medios masivos de comunicación. Como

2 He tratado este tema ampliamente en Martínez Heredia (1992). Utilicé ideas y algunos textos del acápite 3 de “Dominación” en la parte final de este trabajo.

forma ideológica se ha beneficiado del ansia de gozar de derechos civiles que tenían la población políticamente activa³ y los activistas sociales, después de tantos años y tantas represiones masivas y estados de excepción. A escala de las sociedades le es propicio el deseo generalizado de tener formas democráticas efectivas de gobierno, aunque el significado que se le dé a la democracia y las expectativas que se tengan de ella sea en los hechos muy diferenciado. También ha sido un interés de la política norteamericana hacia la región promover formas de gobierno civil, como lo fue,

3 Llamo población políticamente activa a la parte de una población que es capaz de incidir en la continuación o el cambio de las estructuras políticas a partir de sus actuaciones, sistemáticas o frecuentes, motivadas por percepciones, sentimientos y pensamientos directamente relacionados con la dimensión política en una formación social determinada. Se diferencia pues de la parte que actúa en política esporádicamente, o que no actúa nunca; también de las actuaciones que no están políticamente motivadas, aunque puedan tener efectos políticos. El concepto de población políticamente activa permite analizar la dimensión cuantitativa de la participación en los procesos políticos, afinar el conocimiento de los modos e instrumentos utilizados por las organizaciones y personalidades políticas, y obtener elementos, como son las series históricas, para estudiar la evolución en el tiempo de los problemas mencionados.

al contrario, su promoción injerencista de la “seguridad nacional” en los 20 años anteriores; ese interés ha aumentado sensiblemente la factibilidad de la democratización y el trabajo de formación de opinión pública a su favor. Esta última labor es una variable que en los últimos años ha crecido cualitativamente en influencia masiva, en los medios y técnicas con que se la trabaja y en el control imperialista y totalitario sobre ella, de manera que la inducción en gran escala de opiniones y sentimientos desempeña un papel muy grande en la configuración de la hegemonía. Además, la promoción del tema de la democracia en los medios masivos internacionales se volvió un asunto privilegiado, y eso influyó mucho en América Latina, que es gran consumidora de aquellos medios.

La vieja contraposición entre socialismo y democracia, dejada a un lado durante el predominio de las dictaduras y la represión, fue renovada. Pero ahora sus circunstancias registran cambios importantes. Los factores que he relacionado hasta aquí tienden a identificar o al menos reconciliar al sistema político capitalista vigente con la democracia; los actores interesados tratan de convertir a ese sistema en el defensor de la democracia o –en los casos en que es demasiado difícil– presentarlo como un avance o un tránsito hacia ella. Por otra parte,

el abandono de los ideales y objetivos anticapitalistas lleva a ciertos sectores caracterizados como de izquierda a relacionar sus criterios y su actuación con el avance o perfeccionamiento de la democracia *del sistema capitalista*. Para ellos el socialismo solo tiene dos caminos: desaparecer del todo, o integrarse a la hegemonía capitalista y servir dentro de ella como cuerpo de valores y factor de morigeración del liberalismo y el poder del mercado.

A todo esto hay que sumar la gran desventaja histórica del socialismo respecto a la cuestión democrática:

- a) El socialismo surge –como pensamiento y como lucha política– enfrentado a la primera sociedad que se organizó efectivamente en el mundo a partir de la libertad personal y no de las prestaciones serviles, de la igualdad formal y no de la desigualdad legal y consensual, de las relaciones mercantiles generalizadas y la política fundada en derechos ciudadanos y elección de representantes. Y las instituciones económicas y políticas del capitalismo no son contradictorias entre sí, sino que se necesitan;
- b) Bajo el capitalismo se formula un deber ser de la libertad y de la democracia que ha

servido como referente y como meta para muchas luchas e ideas sociales y políticas que han sido efectivamente rebeldes contra males del capitalismo real. Ese deber ser ofrece también un horizonte ideal a gran parte del campo ideológico y cultural. Así, la libertad y la democracia pueden parecer metas alcanzables dentro del capitalismo;

- c) Por su mismo objetivo anticapitalista el socialismo se formó y evolucionó tratando de negar la totalidad del sistema de dominación. Existe una larga tradición socialista que denuncia el carácter capitalista de esa democracia, que la subestima, y se opone a ella. Además, desde hace un siglo la adecuación reformista de tipo socialista a la hegemonía capitalista iniciada en Europa ha privilegiado la aceptación y defensa de las formas democráticas capitalistas, como legitimación de sus posiciones y vehículo de su actividad reivindicativa. Esto influyó mucho en el rechazo o el desprecio de los socialistas revolucionarios a la democracia;
- d) La toma y utilización del poder como objetivo político expreso del socialismo implicaba una preferencia teórica por la forma dictatorial de gobierno, al menos por cuatro razones: (1) el nuevo régimen se originaría en la ruptura revolucionaria del orden vigente;

(2) la necesidad de imponerlo, en vez de evolucionar hacia él; (3) ser el poder un instrumento para la época de la transición del capitalismo al comunismo (época reducida luego a las infortunadas “construcciones” del “socialismo”); y (4) ante la realidad histórica de que no sucedió la revolución mundial o simultánea prevista por el marxismo originario, y la necesidad de una lucha internacional y de defensa de los nuevos poderes frente al capitalismo mundial.

La segunda razón nos conduce al lugar de una ambigüedad teórica principal presente en el marxismo originario. Entonces comenzaba a triunfar el evolucionismo como nuevo paradigma científico que influía en el conocimiento social. El postulado de la ineluctabilidad del socialismo como consecuencia de la evolución social parece afirmarse en ciertos pasajes de la obra de Marx; a ellos pueden, sin embargo, contraponerse otros –que a mi juicio son decisivos– en los que Marx postula que solo mediante un tipo de actuación humana especificada socialmente (clasista y por ello consciente, organizada, violenta), puede triunfar la revolución proletaria, como condición imprescindible para que pueda advenir la transición socialista y para que

sus actores sean efectivamente capaces de transformarse, de superar la manera de vivir capitalista y crear una nueva manera de vivir. Estimo que este problema es fundamental para la perspectiva marxista, pero no puedo tratarlo en este texto;

- e) La historia de la principal experiencia socialista del siglo, la soviética, que comenzó como una revolución contra una compleja cultura de despotismo imperial, pero que no logró desarrollar formas democráticas propias, se tornó antidemocrática, liquidó la revolución que la había originado y después petrificó un sistema estatal de autoritarismo, privilegios por estamentos y asfixia de la sociedad. La teoría socialista fue degradada durante décadas a ideología de la justificación y legitimación de aquel régimen, y a un rígido y estéril dogmatismo;
- f) La difícil universalización del socialismo, que debió ser anticolonialista y antiimperialista ante las formas fundamentales de universalización que ha tenido el capitalismo, resultó muy perjudicada por ciertos rasgos negativos de los movimientos e ideas socialistas: el eurocentrismo, el interés estatal desmedido de países socialistas, la manipulación, el seguidismo, la subordinación y la colonización mental. La democracia sufrió

las consecuencias, como las sufrieron otros campos muy importantes;

- g) Un complejo de formas culturales propias y de efectos de todo lo anterior ha operado contra el desarrollo de la democracia en el pensamiento y las organizaciones socialistas en América Latina. La reproducción del autoritarismo y otras prácticas antidemocráticas ha tenido funestas funciones políticas y morales. El desapego o la aversión a la democracia han dificultado pensarla y actuar eficazmente en política. La adecuación a la hegemonía y la cultura capitalistas, tan nefasta como usual, limitó la preocupación democrática a tarea de “intelectuales del partido”, dejándole a esa fracción la función –propia de una división muy primitiva del trabajo– de portadores de un “deber ser democrático”, en este caso llamado “socialista”, que podía ser ajeno al resto del partido.

El capitalismo latinoamericano dominante-dominado por el imperialismo, que tiene un historial muy antidemocrático, acorde a su naturaleza, sus necesidades y su campo cultural, pudo sin embargo desde su poder fortalecer la imagen del socialismo como principal enemigo de la democracia.

La tendencia dominante en la actualidad en los estudios sociales en América Latina es fruto de un cambio muy notable de la perspectiva y de los temas de investigación social. Primero fueron prácticamente abandonados el tema del cambio social y la influencia de las teorías del conflicto social; después se ha ido dejando a un lado la práctica de relacionar el tema del desarrollo económico con la búsqueda de causas estructurales y de inserción de los países en sistemas internacionales. La crítica –muy acertada a mi entender– a la pretensión de que determinados sujetos sociales debían cumplir un destino histórico se ha vuelto ahora más abarcadora: para esa crítica no son posibles los proyectos que prefiguren un nuevo orden social, no son deseables los paradigmas abarcadores, no tiene sentido incluso hablar de un sentido de la historia. Otra característica actual es la escasez de mediaciones entre los temas del campo intelectual y los tópicos manejados por los intereses más poderosos de la sociedad.

La transición a la democracia, y ahora más bien la gobernabilidad, dominan por tanto la indagación teórica sobre el movimiento político. En la perspectiva prevaleciente, el Estado asume la transición concertada y las políticas de “liberalización” económica y de “democratización”; los movimientos sociales ocupan un

espacio fragmentado y heterogéneo que crecerá sin pretensiones de determinar lo social, la democracia carecerá de “apellidos” y de dimensiones sociales o económicas. El reduccionismo de la perspectiva en cuanto a la acción social se acentúa en los últimos años. La “crisis de paradigmas” abarca ahora también a la perspectiva keynesiana, que fue tan influyente durante un largo período. Con el liberalismo remozado –“neoliberal”–, declarativamente antiestatista pero que utiliza los recursos del poder para todos los efectos económicos que le convienen, y el férreo determinismo económico que amenaza al pensamiento social en su conjunto, se completa un cuadro de correspondencias entre el rumbo de la dominación en el sistema mundial capitalista y el del pensamiento social.

El tema de la democracia, tan vital para la reformulación de un proyecto de cambio social que se oponga a la dominación vigente, resulta entonces doblemente manipulado. La democracia formal y sus instituciones, instrumental cuyo conocimiento es tan necesario para acertar en su utilización, se vuelve abstracta o ritual, y el apelativo “democracia” se erige en un ideal a alcanzar por todos, instituciones e individuos, un altar moral de la política y un lugar retórico. A la vez, esa democracia

independizada de la realidad se torna una exigencia ideológica permanente ante la que deben hacer penitencia y promesa de fe los pensadores y políticos “de izquierda”, culpables de ignorarla o violarla sin que la mayoría de ellos haya tenido jamás poder alguno para hacerlo.

El ideal de una democracia efectiva es sentido y analizado también de manera independiente por numerosos latinoamericanos ajenos a la dominación, a pesar de esa maquinaria formidable y ubicua que actúa desde los consumos culturales cotidianos hasta la academia. La existencia de esta *otra* democracia da testimonio de la ampliación y los avances que está logrando el campo cultural de las clases dominadas del continente, una característica de la realidad actual que a mi juicio es muy relevante.⁴ Son muy importantes sus avances, en cuanto a la obtención, utilización y adecuación de conocimientos, métodos y técnicas sociales, aunque ellos sean todavía muy insuficientes y estén en parte marcados por rasgos que ya no son útiles, o que nunca lo fueron. Esos avances van desde la maduración de la educación popular como instrumento del desarrollo de

las personas y los movimientos sociales, hasta la realización de investigaciones rigurosas de ciencias sociales y formulaciones de un pensamiento opuesto a la dominación.

3. PROBLEMAS DE UNA ALTERNATIVA ANTICAPITALISTA

Frente a los gobiernos que expresan el poder de las clases dominantes se reorganizan –o nacen– instituciones políticas que los desafían en el terreno del sistema político vigente; en algunos países ellas tienen notable fuerza numérica y arraigo popular, en los demás son muy minoritarias en la actualidad.⁵ Esas organizaciones políticas participan en los procesos electorales y llegan al parlamento, ejercen funciones de gobierno local y regional en varios países, exigen la afirmación y profundización de los procesos de democratización, luchan contra las políticas económicas y sociales “neoliberales” que avanzan, apoyan las demandas sociales de

4 Entre otros textos, lo he tocado en Martínez Heredia (1987, 1988, 1989, 1991).

5 En cuanto a procesos electorales, México en 1988 y Brasil en 1989 son ejemplos del primer caso; en Uruguay ganan la alcaldía de Montevideo. La izquierda electoral peruana, sin embargo, en alza a inicios de los ochenta, decae a fines de la década.

diversos sectores y denuncian la situación de las mayorías miserables, y en alguna medida enfrentan la ideología dominante y tratan de presentar una alternativa de cambio frente al sistema vigente. Sectores dentro de esas organizaciones suelen reivindicar el socialismo como horizonte, sin pretender su implantación para un futuro próximo, ni ser homogéneos en cuanto a qué entienden por socialismo.

En lo atinente al conflicto entre el sistema capitalista y quienes quieren cambiar profundamente la sociedad, la política latinoamericana actual *opone a dos minorías*, una de ellas en el poder y la otra sin posibilidades inmediatas de enfrentarla con éxito, por carecer de conducción o atracción suficiente sobre grandes porciones de la mayoría de la población. Hay que añadir, entiendo, otras dos peculiaridades notables: a) una parte de esa mayoría que no es conducida por los políticos opuestos al sistema está organizada, y tiene sus visiones e ideas propias acerca de contradicciones de la sociedad en que vive; y b) la idea del poder como vehículo del cambio social, que es tan central en política, está siendo cuestionada en el campo de los opositores al sistema.

La hegemonía capitalista conserva aspectos que le son muy favorables, como es el de amplios contingentes de votantes muy humildes

que favorecen a candidatos del sistema frente a los candidatos populares. Desde luego, en las contiendas electorales y otras coyunturas que comprometan su seguridad, el sistema utiliza las tremendas ventajas que le dan el ejercicio y los recursos del poder, ordenamientos legales que lo benefician y argucias, los límites prácticos al ejercicio de la ciudadanía, la cultura de dominación establecida, y hasta la inercia. Esos factores protegen al sistema frente a las propuestas de sus adversarios, y estos, por mucho que se moderen, siempre pueden ser calificados de aventureros. La descalificación que sufren actualmente los actos que se salgan de las reglas del juego del sistema completa la fortaleza política de las clases dominantes, y oculta o disimula su subordinación a los poderes del capitalismo central.

Sin embargo, no son desdeñables los factores negativos para la dominación. Es muy notable la diversidad de intereses económicos, la voracidad y la pertenencia a grupos rivales existente entre sectores activos que no se proponen un cambio de sistema, y también las diferencias de posiciones y valores políticos e ideológicos entre ellos. Cuando esa diversidad lleva a confrontaciones, ocasiona desequilibrios que pueden ser de importancia y hasta poner en riesgo el orden en coyunturas determinadas. El apego

a los modos tradicionales de operar desde el poder –autoritarismo, corrupción abierta, represiones, continuismo, nepotismo y otros– constituye una fuerte rémora ante ciertas necesidades de la democratización. El narcotráfico, importante rama de negocios en la actualidad y que por sus propias características debe sostener relaciones complejas con las autoridades, es un agente especialmente nocivo para los sistemas de dominación latinoamericanos, a diferencia de lo que sucede en el “Primer Mundo”, donde sus papeles son más controlados. Por otra parte, la situación social de empobrecimiento, miseria creciente y marginalización, sin salidas visibles, genera numerosas respuestas entre los afectados que violan las normas legales, y origina también protestas sociales; ambos tipos de rebeldías más o menos primitivas pueden llegar a ser peligrosos para el orden vigente.

Muchas organizaciones políticas “de izquierda” manifiestan la necesidad de articular las esferas de lo político y lo social como elemento imprescindible para que su oposición al sistema sea eficaz, y colocan a este problema en el centro de una voluntad expresa de renovar su manera de hacer política. Pero se admite en general que es muy insuficiente lo logrado en ese campo. ¿Es acertada la cuestión planteada, cuáles son sus causas?

En busca de lograr una profundización en el problema –y para ello hay que plantearlo bien– quisiera identificar posibles insuficiencias presentes en organizaciones “de izquierda”:

- Mantienen dogmas organizativos e ideológicos, a la vez que copian formas capitalistas de ejercicio de poder;
- No consiguen ser el polo atractivo de formación de un bloque amplio y a la vez de orientación popular contra el sistema;
- No ponen en el centro de su actividad política los intereses de los más humildes;
- No logran ocupar simultáneamente espacios políticos y sociales en coyunturas sensibles, y actuar con eficacia en ambos terrenos;
- No elaboran claros proyectos anticapitalistas que influyan en sus expresiones organizativas, ideológicas, culturales, y no avanzan hacia la formación de movimientos socialistas.

Es cierto que este conjunto de reclamos puede parecer referido a un “programa máximo” político, que en el mejor caso sería rechazado, por impertinente, en la difícil circunstancia en que vivimos. Esa creencia, sin embargo, evidencia los límites no franqueados que siguen teniendo

las formas tradicionales de hacer política “de izquierda”. En realidad lo promisorio que tiene la situación a que hemos llegado es la posibilidad que nos da, al fin, de englobar en una perspectiva unificadora las necesidades inmediatas de numerosos sectores, las actividades sociales más heterogéneas, el reclamo de que se pongan en vigencia valores arraigados o de consenso más reciente –como la justicia y el buen gobierno, o la democracia como gobierno del pueblo– y los elementos más radicales de las prácticas y del imaginario popular.

Para ser eficaz, la lucha práctica anticapitalista está obligada a combinar propósitos que en la perspectiva tradicional serían “finales” o “máximos”, con la actividad cotidiana y con las decisiones coyunturales, lograr cambios íntimos de los participantes a partir de sus acciones desde etapas tempranas del proceso, e imbricar los proyectos con las prácticas. Por su parte, la actividad intelectual que se reclame socialista está obligada por su naturaleza a enlazar sus reflexiones sobre los asuntos del día con las referidas a los problemas del proyecto socialista mismo y de su realización. La dimensión trascendente es inexcusable en el trabajo intelectual socialista, que está obligado a prefigurar y proyectar, porque la sociedad que pretende

es una creación consciente que transformará las relaciones existentes, y no una consecuencia de la evolución de estas.

Ante todo hay que afirmar que estamos ante problemas políticos. La expresión feliz “nuevas formas de hacer política” alude precisamente a *hacer política*, no a pronunciar referencias vergonzantes o autocríticas crónicas. Transformar radicalmente lo político no es sinónimo de eliminarlo, sino intención de fortalecerlo; exaltar lo social y ampliar y profundizar sus campos de acción no es pretender –o creer– que su ámbito sustituya a lo político. La oposición abstracta de lo social a lo político solo sirve en la práctica para negar a un tipo de política: la que se opone al sistema. La novedad consistirá precisamente en ir creando una política superior y más capaz que toda la política anterior, que evite ser el vehículo de la pretensión de poder de grupos dominantes o manipuladores; una política que asuma con eficacia objetivos reales de liberación, anticapitalistas y socialistas. Solo si persigue esos objetivos podrá plantearse, a la vez, transformaciones profundas de las relaciones entre lo social y lo político.

Esa política nueva sería mucho más atractiva –y a la larga superior– para los movimientos de la sociedad que las que pueda practicar el sistema capitalista en América Latina, ya que la

determinación estructural transnacional actual del sistema no le deja espacio a los dominantes locales para hacer reformas sociales ni lanzar proyectos ambiciosos. Por ello sus políticas hacia los movimientos sociales se reducen a aprovechar los medios y mecanismos al alcance del poder y de los arreglos políticos, al clientelismo, la cooptación, la neutralización y la manipulación.

La gran ampliación de los participantes es un hecho contemporáneo de la política latinoamericana. Inevitable para las clases dominantes, ellas tratan de integrarlo en su hegemonía; en general lo logran, hasta ahora, en los eventos electorales y en episodios del funcionamiento de la política al uso. Pero, dadas las condiciones generales actuales que vive el sistema, esa ampliación es –potencialmente– una fuerza formidable para una política socialista de liberación que lograra ser eficaz. Al régimen político vigente le es vital mantener las características de su sistema democrático que apuntó al inicio, para controlar la ampliación de los participantes, pese al agotamiento de la coyuntura en que se desarrolló la democratización. Le es vital que lo social y lo político permanezcan separados, que no se exija que la democracia abstracta y declarativa se convierta en actos concretos y en libertad, derechos y justicia, que

las mayorías no aspiren a cambios radicales, que sus representantes no los promuevan, que la política “de izquierda” no los pretenda. Esta última debe ser reducida a límites mezquinos: siempre aprendiendo a comportarse, avergonzada de su pasado, logrando alternar, siendo funcional al curso general del mantenimiento del sistema, aunque sea irritante o parezca amenazante en ciertos momentos.

La escisión entre la vida cotidiana y las actividades sociales por una parte, y la política por otra, es esencial para la dominación. La separación de moral y economía y de moral y política le son fundamentales. Los casos de los presidentes Collor de Mello y Carlos A. Pérez –en Brasil y Venezuela– muestran tanto los límites como las reservas de maniobra de la hegemonía capitalista. Ante situaciones de crisis, la cultura de la dominación pretende restablecer todas las relaciones mencionadas en otros teatros que le son convenientes: sus mecanismos masivos de información y de creación de opinión y estados de ánimo públicos; su sistema político, dueño de grandes controles; su Estado; las necesidades perentorias de poblaciones depauperadas, la homogeneización abstracta de los modos de vida, las instituciones económicas y políticas, los consumos culturales, que el capitalismo desarrollado impone por todo el mundo.

En esta etapa resulta entonces central la lucha cultural. La izquierda tiene que lograr una identificación propia de tal calidad que constituya al fin su especificidad, que sea su brújula para la actuación y el polo que atraiga a los humildes y a todos los que quieran sumarse en favor de los cambios, en vez de ser su identidad el peso de un saco de indefiniciones e inconsecuencias que arrastra fatigosamente. Entiendo que el único camino viable y eficaz es la construcción de una posición socialista (lo que siempre incluye convicción, elaboración teórica, voluntad, acción) que sea irreductible a la dominación capitalista y generadora de una cultura de liberación. Las ideas, la organización y la acción política de izquierda están obligadas a ser ajenas y a ser opuestas al capitalismo: solo así podrán tener oportunidades en esta etapa y en la lucha cultural que se ventila. No solo son obsoletos los viejos tópicos y modos ideológicos “de izquierda”, también es ineficaz la lucha ideológica que no se entienda a sí misma como parte de un enfrentamiento más amplio, cultural. La madurez del capitalismo nos ha hecho visible al fin lo que Marx intuía y expresaba como podía hacer siglo y medio.

Las opciones del futuro cercano en América Latina no están distribuidas fatalmente en uno

u otro campo político. Al menos en algunos países, el capitalismo puede introducir modificaciones al modelo neoliberal en busca de equilibrios, después de cumplir las salvajes etapas “de ajuste”. Hasta ahora sus representantes salen vencedores, o airoosamente, en las contiendas electorales, lo que facilita a las clases dominantes capear las dificultades del tránsito a una dominación que es más excluyente en lo social que hace tres décadas. Otro futuro posible es la posibilidad de que el autoritarismo se acentúe cada vez más, ante el crecimiento de la miseria sin salidas, ante rebeldías nacionalistas o de sectores con peso en la sociedad, o ante combinaciones de ellas. Y es posible también que cualquiera de esas opciones, o todas ellas, se compliquen, fallen y se configuren situaciones de debilidad o riesgo para el sistema de dominación. Los protagonistas de esas situaciones podrían ser muy diversos.

No hay que desestimar la posibilidad de que muchos movimientos sociales sean adecuados a la hegemonía capitalista. Si no hay desajustes apreciables del sistema actual, ese proceso formaría parte de la “democratización”, al ampliar con participantes populares las instancias y los asuntos que el sistema controla. Se produciría una suerte de “acción cívica desde dentro”, si el sistema logra intervenir o neutralizar los

liderazgos, los temas de confrontación y las acciones sociales, aunque lo haga de manera indirecta; esto lo ayudaría a “educar” la acción social, para hacerla inofensiva ante orden vigente. En tal caso, los movimientos sociales hegemonizados por el sistema cumplirían funciones sociales que en política le tocan al reformismo, y contribuirían a combatir o aislar a las alternativas revolucionarias, al confundir a una parte de su base social y al propiciar que se les califique de extremistas desde la sociedad.

Todas las opciones futuras y los cursos de acción posibles presentan a las organizaciones opuestas a la dominación la necesidad de pensar y actuar políticamente ante las cuestiones de las relaciones entre lo político y lo social. Naturalmente, los que están involucrados directamente son los protagonistas, y ellos serán los que planteen, con acierto o no, las iniciativas y las actuaciones concretas. Desde la búsqueda de conocimiento aventuro entonces algunos comentarios que me parecen imprescindibles, con las mismas prevenciones hechas al inicio de este texto.

El problema del proyecto es central para el pensamiento y la acción opuestos a la dominación. Hoy hay, ha habido siempre, diversidad en esos proyectos. Los une el deseo de expresar las necesidades y sentimientos de las mayorías

explotadas, miserables u ofendidas, la convicción de que el capitalismo es enemigo de las personas, los pueblos y el medio en que vivimos, y la participación en acciones y esperanzas organizadas dirigidas a la creación de realidades sociales y personales nuevas y humanas. Quizás en todo lo demás son no coincidentes y hasta divergentes –a veces con virulencia–, ya que su diversidad se debe a situaciones, circunstancias, vivencias e ideas muy específicas. Esos proyectos diversos entre sí son, sin embargo, hijos tanto de lo que los une como de lo que los diferencia. Por consiguiente, son un terreno básico para conocer más y enriquecer con principios acertados la necesaria comunidad espiritual de los opuestos al sistema, y para guiar la actividad de cada uno, tan compleja y sometida a tensiones de todo tipo.

En mi opinión, los proyectos latinoamericanos atinados, viables, atractivos y eficaces, tendrán que ser socialistas. Por eso es esencial lograr reformulaciones del socialismo, que contribuyan a superar sus insuficiencias y la degeneración progresiva experimentada en el curso histórico de sus prácticas, y que le permitan asumir la centralidad de la lucha cultural contra el capitalismo. La acumulación histórica y las características actuales de América Latina son potencialmente favorables

para esas reformulaciones y proyectos. El socialismo tiene que resurgir, ahora como creación social, y eso exige proyectos políticos que reconozcan y auspicien el papel creciente de los movimientos sociales en todo el proceso, incluida la actividad política misma. En nuestro continente muchos movimientos sociales tienen características y condicionamientos apropiados para alcanzar y asumir aquellos papeles, sobre todo porque pueden representárseles como un interés suyo, y como realización de sus identidades.

Las organizaciones políticas y sociales requerirán cambios y desarrollos que las hagan capaces de desempeñar los papeles requeridos por procesos tan profundos. Pero ni el más perfecto proyecto puede lograr esos cambios por iluminación: las organizaciones e ideas actuales solo existen a través del duro y penoso trabajo cotidiano, y de enfrentar los eventos y retos de hoy, por lo que sus cambios tendrán que partir de esas realidades. Además, el proyecto socialista como un dictado previo que será cumplido por actores providenciales es falso, y ya nadie cree en él; solo será construido progresivamente, comenzando a transformarnos desde el primer día, y cada vez por más participantes conscientes. Entonces, el éxito residirá en combinaciones acertadas de perspectivas y actuaciones.

El problema fundamental es político: ir reuniendo una fuerza social muy amplia, a partir de las actividades y las identidades que la convoquen, que aprenda a lidiar por los espacios sociales e institucionales imprescindibles para producir cambios, y a romper los límites y obstáculos que se le interpongan. Es lograr organizaciones políticas y sociales eficaces, para lo cual es indispensable que sean controladas por las bases populares, y que incluso sean rediseñadas periódicamente por ellas. Es luchar siempre por las porciones del poder que sean necesarias, en los más diversos escenarios y con las más distintas tácticas y formas, pero con la vocación irrenunciable de expropiar todo el poder.

La efectividad en la lucha contra el despiadado sistema vigente se alcanzará en el transcurso de la incorporación y permanencia de fuerzas sociales crecientes, su concientización y organización, y la práctica de políticas alternativas dirigida contra aquel sistema y sus relaciones fundamentales. Solo un proceso político e ideológico que involucre progresivamente a las mayorías viabilizará una voluntad masiva de apoyo activo a los cambios, y ese ejercicio tiene que tornar a los participantes capaces de conducir ellos mismos las transformaciones, de atraer la simpatía y la participación de

sucesivos contingentes mayores y de profundizar sus propios cambios. Sin esas acumulaciones, ningún proyecto alternativo radical podría sostenerse y avanzar.

La alternativa está obligada a ser radical, para que goce de posibilidades de triunfar. El socialismo es la única opción razonable y práctica ante las tareas tan ambiciosas que debe asumir una política opuesta al sistema, y frente a la incapacidad de realizar reformas de los dominantes locales y el poder excluyente y depredador del imperialismo, dos características del capitalismo mundial. La alternativa socialista necesita ser democrática, porque solo en el protagonismo y el control popular encontrará fuerza suficiente, identidad, persistencia y garantías contra su propia desnaturalización, y porque debe brindar cauce y espacio a la cultura nacional popular. Como se trata forzosamente de un largo proceso, la perspectiva socialista puede ofrecer valores y un horizonte para avanzar desde el primer momento hacia una liberación que tiene visos de realización lejana.

Esta posición revolucionaria no es excluyente respecto a las que procuran avances del campo popular mediante reformas. La disyuntiva “reforma o revolución” tuvo razones históricas para existir, pero nunca ha expresado ni la realidad ni la estrategia eficaz de las

revoluciones. En la situación actual, a la dominación le es muy difícil negar espacio a los que exigen reformas dentro de su propia lógica hegemónica, pero la estructura económica vigente no da espacio para que esas reformas puedan realizarse. El desfase entre el mundo de lo político y social y el de la economía dominante es mayor que nunca. Las reformas que pretenden profundizar la democratización tienden a afectar las bases mismas de la dominación. Las movilizaciones, las jornadas electorales, la educación política popular, las presiones masivas, las acciones populares fuera de las reglas del juego del sistema, no son privativas de una posición reformista o revolucionaria. Un gran logro cultural del campo popular es que ya nadie se atreve a afirmar que es propietario único de la verdad y el camino. Si en las condiciones actuales se van a formar la conciencia y los instrumentos que lleven adelante cambios trascendentales será porque todos los que crean en ellos participen en formarlos.

Las alianzas y los bloques populares posibles en este tiempo y en el futuro previsible serán aquellos que sean capaces de reunir medidas que urgen y necesidades identificables, aquellos que porten la emoción que moviliza multitudes y los proyectos de vida por los cuales la gente se motiva más allá de sus intereses

inmediatos. Convertir a esos instrumentos que invoco en realidades exigirá esfuerzos tales que los actores de ellos se irán cambiando a la vez a sí mismos. En ese largo camino sociedad y política se modificarán tan profundamente, que renovarán del todo los términos del debate que hoy podamos tener acerca de ellas.

BIBLIOGRAFÍA

- Martínez Heredia, F. 1987 “Transición socialista y democracia: el caso cubano” en *Cuadernos de Nuestra América* (La Habana) N° 7, enero-junio.
- Martínez Heredia, F. 1988 “Transición socialista y democracia: el caso cubano” en Martínez Heredia, F. *Desafíos del socialismo cubano* (México: Mestiza / CEA).
- Martínez Heredia, F. 1989 “Transición socialista y democracia: el caso cubano” en Martínez Heredia, F. (La Habana / Buenos Aires / Montevideo: Centro de Estudios sobre América / Dialéctica / TAE).
- Martínez Heredia, F. 1991 “Pensar desde los movimientos populares” en *Casa de las Américas* (La Habana) N° 183, abril-junio.
- Martínez Heredia, F. 1992 “Dominación capitalista y proyectos populares en América Latina” en *América Libre* (Buenos Aires) N° 1, diciembre.

IMPERIALISMO, GUERRA Y RESISTENCIA*

Es necesario y urgente un trabajo de identificación y análisis de los rasgos fundamentales del imperialismo contemporáneo. No digo imperio, porque entiendo que este término puesto en boga recientemente no es adecuado para calificar el fenómeno al que alude, y sí lo es

* Ponencia en el Foro Social Mundial 2003. [N. del A.] Una primera aproximación a este tema fue presentada por el autor el 24 de enero de 2003 en el Panel 1 del Área 5, “Imperio, guerra y unilateralismo”. La convocatoria pedía referirse a “la contradicción del sistema internacional, basada en un análisis del significado actual de imperio y del auge del unilateralismo. Lógica del terror y la guerra e inexistencia de la legalidad internacional. ¿Cómo puede ser rota la hegemonía interna y externa del gobierno de EE. UU.?”. Aunque he ido mucho más allá en el análisis en esta redacción final, y he introducido valoraciones de los acontecimientos de los cuatro meses siguientes, prefiero respetar aquel punto de partida, que le dio su ámbito de contenidos y su propósito de contribuir a la actividad y el pensamiento de los opositores al sistema.

el concepto de imperialismo,¹ que cuenta con un siglo de trabajos científicos, por una parte, y tiene una clara significación ideológica que no debemos perder. A mi juicio, los estudios sobre el imperialismo actual no pueden limitarse a recolecciones y análisis de datos recientes de la dimensión económica de las sociedades, seguidos de datos relativos a sus funestas “consecuencias” sociales, ni es suficiente llegar solo a comprensiones conceptuales acerca de aquella economía. Los análisis del imperialismo deben incluir su estrategia contra la formación de alternativas rebeldes a su dominación, y las formas y el grado en que la naturaleza actual de ese sistema favorece o debilita su propia estrategia. Solo así ayudaremos a la tarea crucial de relacionar la caracterización del enemigo de la

1 La obra *Imperio*, de Michael Hardt y Antonio Negri (2000), tuvo enseguida gran repercusión y varias ediciones (ver Hardt y Negri, 2002), y ha suscitado fuertes polémicas. Para unas críticas que comparto, ver Atilio Borón (2002) y Néstor Kohan (2002).

vida humana y del propio planeta en que vivimos con el pensamiento y las propuestas de un movimiento plural que tiene como denominador común lograr cambios radicales y contribuir a la creación de “otro mundo posible”.

Mi exposición se mantendrá en un nivel de generalidad correspondiente a los propósitos de la convocatoria, pero ella está basada en análisis de situaciones concretas, y tiene muy en cuenta las grandes diferencias y las especificidades que concurren al tema.

1. LA GUERRA CULTURAL, Y LA GUERRA

Hoy funcionan dos lógicas de terror y guerra a escala mundial. Una emprende la guerra, la intervención violenta o la amenaza de ella dondequiera que eso favorece a la dominación y los intereses imperialistas, o a la eliminación de posiciones autónomas o riesgos de formación de rebeldías. Los medios que utiliza son las presiones, los chantajes y las imposiciones; las conspiraciones, atentados y sabotajes terroristas; o el uso de la fuerza militar en guerras sucias o abiertas. La soberanía de los Estados como principio del derecho internacional es violada en la práctica a partir de las exigencias que se hacen a la mayoría

de los países de practicar la “democracia”, los “derechos humanos” o la “lucha contra la corrupción”, nociones ambiguas cuya presencia o ausencia en cada caso es medida y manipulada por los mismos que las exigen. Argumentaciones que al menos eran polémicas, como las relativas a la interdependencia obligada entre los Estados, han quedado atrás, sustituidas por apelaciones descaradas a la superioridad militar y técnica, las operaciones limitadas con pocos riesgos para los agresores y crímenes impunes contra la población civil, las demandas de obedecer y apoyar los dictados imperialistas o enfrentarse a represalias económicas, y las construcciones de opinión pública cada vez más mendaces e inmorales. Se intenta lograr que todos en el mundo acepten como hechos naturales la desigualdad, la ventaja y los abusos implicados en esas violencias.

La otra lógica imperialista está constituida por una guerra cultural en toda la línea, que moviliza formidables instrumentos y recursos, y que ejerce controles totalitarios sobre la información, la formación de opinión pública, los gustos y los deseos; esa verdadera guerra mundial se dirige a impedir la formación de voluntades, identidades y pensamientos opuestos a la dominación. Ella recurre al ocultamiento

de hecho y a mentiras más o menos burdas o refinadas, pero también apela a brindar datos y crear opinión pública acerca de ciertos problemas e injusticias, los cuales son seleccionados de manera muy controlada y manipuladora, siempre que se considere conveniente. El objetivo de esta guerra es gobernar todo el mundo de la conciencia de los seres humanos en aquellos aspectos que resulten sensibles para el sistema de dominación. El determinismo económico más grosero, la eliminación del pasado y el futuro –esto es, de la memoria y del proyecto–, la trivialización de las cuestiones y la manipulación del trabajo intelectual, están entre los principios fundamentales de esa guerra cultural.

La segunda es la lógica preferida por el sistema, pero ambas se utilizan alternativamente, y siempre son complementarias.

La predilección por la lógica de guerra cultural tiene sus antecedentes y sus causas en la situación a la que se llegó después de 1945, cuando la hegemonía capitalista, después del inmenso desprestigio que significaron para ella el fascismo y los horrores de la Segunda Guerra Mundial, debió enfrentar cuatro retos: las exigencias generalizadas de reformas sociales redistributivas y democracia, las identidades nacionales activas que se convirtieron en una ola de luchas e ideas anticoloniales y

de liberación que recorrió el mundo, la emergencia de la URSS y su bloque como un gran poder rival, y el prestigio del socialismo como propuesta válida de organización social.² En el marco de esa situación sobrevino la segunda gran ola de revoluciones del siglo XX, ahora no con su centro en Europa, sino en Asia, América Latina y también en África. Ese fue un gran reto contra la dominación colonial y neocolonial en general, y contra los sistemas de opresión en muchos países, que fue capaz de crear poderes propios que en numerosos casos lograron o intentaron existir fuera del sistema capitalista y convertirse en un polo atractivo para los que deseaban cambios radicales en todo el mundo. Y en los propios países centrales capitalistas se desarrollaron grandes movimientos de protesta que no aceptaban el orden de la nueva etapa imperialista, o exigían demandas sociales y reconocimiento de identidades; ellos solían

2 Las experiencias socialistas incluían hechos graves que contradecían a ese prestigio, pero es innegable que este se había afirmado mucho. La victoria soviética frente al fascismo y sus éxitos subsiguientes pesaban, mas el socialismo apareció en las luchas revolucionarias en países colonizados y neocolonizados, como una opción propia frente a las coaliciones de enemigos internos y externos, y para la lucha contra el subdesarrollo.

ser solidarios con los que ahora se llamaban “subdesarrollados”, y con los movimientos de liberación del llamado Tercer Mundo.

Liberación nacional, desarrollo, reforma agraria, socialismo, feminismo, eran palabras vigentes, y todo intento de reformular la hegemonía burguesa debía adecuarse a aquellas realidades. Aunque las represiones y las guerras continuaron sin descanso en el Tercer Mundo –hasta llegar al genocidio en los tres continentes–, el capitalismo se vio obligado en general a llegar a pactos sociales más inclusivos y regímenes políticos más representativos, y a buscar consensos negociados, en un medio internacional caracterizado por la descolonización y la tendencia a las democratizaciones. La casi desaparición del colonialismo y el paso al predominio del neocolonialismo, que es la relación fundamental de integración en el sistema mundial capitalista en su época imperialista, también implicó el establecimiento de tipos de relaciones e influencias que necesitaban ser fortalecidas y legitimadas con arreglo a la nueva situación.³

3 “[...] neocolonialismo es el concepto que expresa la supeditación más o menos completa de un país que posee entidad estatal formalmente independiente, a otro Estado capitalista (o a más de uno) que viabiliza

Un amplio arco de actividades estuvo dirigido a “ganar las mentes y los corazones” –empeño que fue mucho más que una frase feliz en un documento–, pero es necesario recordar que esas acciones guardaban nexos muy estrechos en la estrategia imperialista con las “guerras de baja intensidad” y las “operaciones encubiertas”.

La bipolaridad establecida en la posguerra entre los Estados Unidos y la URSS tuvo consecuencias muy profundas sobre las rivalidades que hasta entonces habían sido tan importantes en las relaciones entre las potencias imperialistas; la competencia en el plano militar pronto fue inviable excepto para las dos superpotencias, y la contraposición política e ideológica de la “guerra fría” terminó por cerrar el espacio a conciertos de potencias capitalistas en los que el equilibrio de intereses fuera determinante.⁴ Después de 1945 se

y representa a fuerzas económicas muy superiores a las del Estado neocolonizado, fuerzas económicas que constituyen el vehículo fundamental de la generalización y permanencia de aquella supeditación, aunque estén asistidas por fuerza política, ideológica e incluso militar” (Martínez Heredia, 1980: 151).

4 En el famoso discurso en que inventó el término “cortina de hierro”, Winston Churchill había dicho en

mantuvo siempre el liderazgo norteamericano en las alianzas militares establecidas en todo el mundo dominado por el capitalismo. En un plano más general, el control de las finanzas internacionales por Estados Unidos y la profundización de los procesos de centralización capitalista, más la gigantesca presencia ideológica y cultural norteamericana, determinaron el progresivo predominio de ese país más allá de todas las diferencias de intereses y la competencia económica, que persisten entre

Fulton, EE. UU., el 5 de marzo de 1946: “Los Estados Unidos están hoy en el pináculo de su poder mundial”, para pedir a continuación una alianza anglonorteamericana por fuera de la ONU. En una tormenta de opiniones diversas, el presidente Truman se mostró complacido, mientras el Secretario de Estado Henry Wallace dijo temer que los anglonorteamericanos anduvieran “pavoneándose por el mundo y diciéndole a la gente lo que deben hacer”. Piqueteros en New York cantaban a Truman: “No seas un pelele / del imperialista Winnie (Churchill)”; mientras Stalin declaraba a *Pravda* que las naciones no deseaban cambiar “el dominio de Hitler por el dominio de Churchill”. En aquella coyuntura, Gran Bretaña, EE. UU. y la URSS estaban ventilando un diferendo por el petróleo de Irán y por su influencia en aquella nación del Medio Oriente. ¡Cuántas diferencias, cuántas analogías! [Todas las citas son de Paterson, Clifford y Hagan (1983: 445, Vol. II)].

los países desarrollados. El lapso de más de una década transcurrido desde el fin de la bipolaridad no ha modificado esa tendencia.

En la segunda mitad del siglo XX la lógica de guerra cultural no ha expresado solamente la madurez del capitalismo; ella se ha vuelto obligatoria para el sistema, ante todo por dos razones. Una es que su forma principal de existencia actual es el proceso de transnacionalización y del dominio del capital parasitario a escala mundial, y el predominio de ese proceso está negando las bases de aquel medio que fue formado a mediados del siglo XX, porque trae consigo dos exigencias básicas: *una nueva recolonización del mundo y el abandono de la forma democrática de dominación*. La naturaleza del régimen de explotación vigente y el modo como obtiene su objetivo esencial, que es el lucro, y el grado de centralización del poder que se ha alcanzado en los terrenos principales, han dejado atrás las relaciones sociales capitalistas típicas y sus modelos políticos, ideológicos y éticos. No hay más lugar para liberalismos económicos o políticos, ni para reformismos basados en sectores sociales intermedios, ni para programas y gestos populistas, ni funciona más la vieja promesa de llegar a realizar un día los ideales de la modernidad. La

lógica de la competencia ha sido sustituida por la lógica de la exclusión, y el ideal del progreso ha sido echado a un lado.

Sin embargo, un mundo sin valores ni comunidad, sin futuros que conquistar ni esperanzas, puede tornarse muy peligroso. Para conjurar ese riesgo, una gigantesca operación de homogeneización de sentimientos e ideas, cooptación de criterios e igualación de sueños, pretende suplir los límites a los que ha llegado el capitalismo y dominar a todos, hasta a los excluidos, y obtener un consenso que para nosotros sería suicida, porque este sistema no dispone de espacio en el futuro para las mayorías. En el curso de las últimas décadas, la motivación principal de la reformulación de la hegemonía capitalista ha ido trasladándose del enfrentamiento cultural al crecimiento de la fuerza, las capacidades, experiencias y pretensiones de los dominados del mundo –tendencia predominante desde los años cuarenta hasta los setenta–, hacia la prevención del debilitamiento de las bases sociales de los consensos a la dominación, causada por el despliegue de la naturaleza actual del propio capitalismo.

Aquella motivación principal previa sigue siendo, sin embargo, la otra causa de la preferencia de esta segunda lógica, de guerra cultural. Los dominados del mundo poseen en la

actualidad una inmensa acumulación cultural de experiencias de rebeldías, y de conocimientos relacionados con ellas. El XX fue un siglo de intensas y abarcadoras prácticas de liberación, en las que participaron cientos de millones de personas. Se desacreditaron el colonialismo, el racismo, la misión del hombre blanco y su civilización; se aprendió que la miseria no es un hecho natural, sino que tiene causa social; las naciones, las etnias, el género, los explotados, los excluidos, se identificaron y se organizaron; los oprimidos del mundo compusieron leyes, ideas, canciones y revoluciones, para sí mismos y sobre sí mismos. La gente, las relaciones, las instituciones, llevan las huellas de aquellas prácticas, de las diversidades que establecieron y de las transformaciones que emprendieron o ensayaron. La guerra cultural imperialista pretende borrar esa riqueza de la rebeldía, que es la adultez de la cultura, o cuando menos convertirla en pasado despreciado y cada vez más borroso y desconocido, y lo intenta porque reconoce que ese legado de rebeldía es potencialmente muy peligroso. A ese fin se aplican con todos los medios a su alcance, y buscan ayuda en nuestras debilidades.

Ambas lógicas de terror y guerra mantienen al mundo en un estado de violencia cotidiana, que viola los derechos de individuos, grupos

y naciones, impone una cultura del miedo, la fragmentación, la indiferencia y la resignación, y rebaja la condición humana.

2. LA NUEVA FASE

El imperialismo trabaja en la eliminación de todo vestigio de los avances en la convivencia humana y la legalidad internacional que se habían conseguido –aunque solo parcialmente– mediante incontables sacrificios de varias generaciones. Pero trata de no verse obligado a admitir abiertamente que lo está haciendo, y hasta hoy ha venido lográndolo: son solo determinadas acciones suyas las que aparecen visiblemente opuestas al derecho y la justicia. En realidad, *es la propia naturaleza del imperialismo actual* la que ha ido ocasionando a miles de millones de personas una privación generalizada de la existencia decorosa, del trabajo, del goce de los derechos y servicios sociales y del acceso a los logros del último siglo, negándoles las posibilidades de cuidar de sí y de sus familias y avanzar en la vida, de albergar la aspiración a ser felices. Las luchas tremendas en las que perecieron muchos millones de personas lograron que el ciclo imperialista de 30 años de guerras mundiales y fascismo de

1914-1945 fuera sucedido por décadas de avances –cierto es que siempre interrumpidos por dramáticas regresiones– en terrenos como el fin del colonialismo, las políticas sociales con Estados garantes y los sistemas democráticos. Hoy estamos viviendo una nueva época de retrocesos en todos esos y en otros campos.

La privatización es uno de los mecanismos generales del sistema, que oculta algunos de sus peores rasgos y es un emblema cardinal en su ideología. Ella es la preferida actual en la política económica de los que tienen y utilizan todas las ventajas del poder, y se presenta disfrazada de la necesidad de eficiencia, sin que contribuya en nada a la competencia entre empresas, porque se ha llegado en el mundo a un grado de centralización capitalista, transnacionales y fusiones nunca antes conocido. Es una burla proclamar el reino del mercado y la iniciativa privada cuando jamás han sido tan férreos como hoy los controles de la oferta, la demanda, la inversión, la producción, la distribución, el consumo, las finanzas y los demás rubros económicos. La “privatización” de la relación laboral deja al trabajador en manos de sus patronos, sujeto a formas precarias de empleo, pagos y seguridad social, explotado a fondo y “libre” de toda protección legal, estatal o sindical; esta situación es más grave porque

el desempleo estructural en esta etapa del capitalismo ya es gigantesco, y ha dejado de depender de ciclos económicos. Por falta de fuerzas efectivas, los trabajadores no tienen hoy voz, ni capacidad de negociación u oposición, ante cambios profundos en la relación laboral que son consecuencia de las manos libres con que funciona la economía capitalista en su fase actual.

La parte enorme y creciente de la población activa de cada país que no participa de relaciones salariales decorosas ni de otras actividades económicas satisfactorias debe buscar sus ingresos y reproducir sus vidas y las de sus familias apelando a todo lo que esté a su alcance o pueda intentar; pero ese mundo precario es calificado con palabras como iniciativa individual, microempresas u otras expresiones cínicas, alusivas a la “libertad” de que goza el que sobrevive de manera “privada”. No hay fronteras entre la precariedad, la marginación y la exclusión, y tampoco entre la actividad legal y la penalizada, para aquellos que no tienen dinero ni relaciones con poderosos. Mientras, el delito en gran escala y organizado es prácticamente una rama económica. De un sexto a un tercio de la población mundial carece de alimentación suficiente, vivienda decorosa, servicios básicos para la

vida que se considera vivible, es analfabeta y muere o se enferma de enfermedades prevenibles o curables; proporciones mucho mayores no tienen acceso a tipos de trabajo y niveles de preparación personal de alguna complejidad y calidad, ni a los medios de transporte, información, entretenimientos y comodidades que se consideran modernos. Sobre esta situación, una minoría que es sensible entre aquellos que no la padecen puede encontrar un mar de datos, innumerables descripciones y algunos estudios serios. Lo usual son las cifras, los pormenores y las expresiones de condolencia; lo insólito son las referencias directas a las causas y los culpables.⁵ Por eso palabras como “filántropos” y “compasión” han vuelto a estar de moda, las luchas por

5 Hay algo más que hipocresía en los Informes anuales sobre pobreza que publican instituciones como el Banco Mundial, un protagonista del saqueo del mundo por las finanzas imperialistas. Su “lucha contra la pobreza” forma parte de la guerra cultural que contribuye a convertir en algo natural la explotación, al sustituir el ocultamiento por informaciones manipuladas y la construcción de imágenes que “hermanan” al asaltante con el asaltado, crear confusiones y sugerir algunos paliativos convenientes al sistema, como es el Documento de Estrategia de Lucha contra la Pobreza de 1999, del BM y el FMI (ver Toussaint, 2002: 239-40 y 424).

donaciones han sustituido a la cooperación para el desarrollo, y hasta las consignas tímidas, como “crecimiento con equidad”, han caído en desuso.

Las políticas sociales que introdujeron avances de justicia y bienestar en grados diversos para mayorías en el llamado Primer Mundo, y para amplios sectores en una parte de los demás países, se han reducido y tienden a desaparecer, y junto a ellas se desvanecen los controles estatales de la actividad económica y la función redistribuidora y de servicios que ha tenido el Estado respecto a la sociedad. Es falso, sin embargo, que los Estados “adelgazados” se debiliten. Todos, hasta los más entreguistas al imperialismo, mantienen bastante fuerza en dos terrenos principales: como entidades represivas, y como fiadores y canalizadores de los grandes negocios del capital y de sus instituciones internacionales. Para esa última función siguen siendo vitales sus actuaciones en el campo económico, regidas por el poder y no por el mercado. Por otra parte, las decisiones importantes están fuera del control o la fiscalización de los gobernados, sea mediante sus legisladores, jueces, contralores u otra acción ciudadana. La democracia política –en la medida en que funciona– se ha ido reduciendo a la alternancia entre las formaciones políticas del

sistema, y a una cosa pública que se parece demasiado a un espectáculo para ocupar el tiempo libre cívico; persisten al menos las cotas de identidades, actuaciones y capacidades de presión que han obtenido con sus luchas ciertos niveles locales y movimientos de la sociedad civil, y los desvelos por las libertades individuales y el estado de derecho.

El viejo principio de la autodeterminación de las naciones le vuelve a ser restringido, manipulado o negado, a la mayor parte de los países del mundo. La descolonización que triunfaba hace apenas medio siglo está siendo revertida de modo sistemático, a través de nuevas formas neocoloniales, pero también se excluye del sistema y se abandona a su desgracia a regiones que antes fueron expoliadas. La marginación, la exclusión, las hambrunas, la extrema miseria urbana y rural, las epidemias, son materia de reportajes, pero las transnacionales que dominan hasta las patentes de semillas, y el Estado más poderoso del planeta, se oponen incluso a medidas moderadas como la relativa a las medicinas genéricas. Se han abatido los consensos que habíamos ganado sobre la justicia como condición para la libertad y sobre la obligación de los países desarrollados de cooperar al desenvolvimiento de los llamados subdesarrollados; todo aquel mundo de acuerdos y medidas

internacionales, políticas estatales y luchas nacionales, de nociones en uso y de investigaciones sociales atinentes al subdesarrollo y el desarrollo, tan dinámico todavía hace 25 años, hoy parece pertenecer a un pasado remoto.⁶ El capital que devastó a África e inventó la esclavitud moderna masiva, el que requirió decenas de millones de inmigrantes baratos para maximizar su ganancia y para sus pactos sociales metropolitanos, ahora implanta la preocupación por la inmigración y difunde la creencia en que ese es un asunto central de su agenda, y fomenta las restricciones y persecuciones, con las consecuentes renovaciones de la xenofobia y el racismo. En la fase actual del imperialismo se están perdiendo los grados de soberanía y autonomía que ganaron los países del llamado Tercer Mundo, y que eran reconocidos por los sistemas neocoloniales “ortodoxos”. Desde hace más de una década vengo denunciando que está en

6 Habría que recordar los dos Decenios del Desarrollo de la ONU, y su Programa Mundial del Desarrollo Económico y Social de 1975, que ratificaba el compromiso de los países desarrollados de aportar un 0,7% de su PNB a través de la famosa asistencia oficial al desarrollo, la noción de nuevo orden económico internacional, etc. Pero no puedo detenerme en este, como en otros aspectos de suma importancia, para no desmesurar el tamaño y oscurecer el sentido de este texto.

marcha una recolonización “pacífica” del mundo por el gran capital; hoy se me hace cada vez más difícil llamarle “pacífica”.

Nada de lo que sucede se debe a la perversión de los ideales ni al incumplimiento de los proyectos de la modernidad: *es la consecuencia obligada del desarrollo del capitalismo*, para el cual ya resulta sobrante una parte de la población del planeta y una parte de sus propios trabajadores. No se trata de que la mayoría de los países fracasen en cuanto a supuestas necesidades de ajustarse o de abrirse, de privatizar, de ser antiinflacionarios o saber atraer a los inversionistas, de reducir o eliminar el gasto social, ni de que estén incumpliendo las “leyes económicas” generales. Se trata del callejón sin salida al que han llegado una economía y una organización social específicas, las del capitalismo, respecto a la satisfacción de necesidades y la existencia de oportunidades para la mayoría de la gente de este mundo, y para la conservación del propio planeta. Lo mismo podría decirse al examinar las dimensiones política, de las ideas y de las relaciones internacionales. *No es posible, por tanto, reformar al capitalismo: es necesario denunciarlo, negarlo, derrotarlo y superarlo.*

Un factor de capital importancia que resulta favorable al imperialismo en esta nueva fase

suya es el profundo retroceso experimentado en las últimas décadas por el nivel de la organización, las capacidades de resistencia y de lucha, de negociación y de presión de las clases dominadas. Pero antes de referirme a este aspecto de la resistencia y el conflicto, obligado en todo análisis de la dominación, necesito abordar la manifestación principal del imperialismo actual, que es la de los Estados Unidos.

3. EL IMPERIALISMO NORTEAMERICANO QUIERE CONVERTIRSE EN IMPERIO

El imperialismo norteamericano podría tener como divisa las tres palabras del título de este Panel. Fue el gran beneficiario de las dos guerras mundiales, y también de la bipolaridad, y se convirtió en la mayor potencia económica, financiera y militar capitalista. Asumió un papel de vanguardia en el ataque a los intentos de desarrollo autónomo y a las rebeldías en todo el mundo; baste el recuerdo de la guerra de Vietnam para ejemplificar su uso brutal de la fuerza contra el ejercicio de un pueblo de su autodeterminación y su unidad nacional, que llegó al genocidio y el ecocidio, y para recordar sus guerras sucias, el del golpe militar del 11 de septiembre de 1973 en Chile –pronto se

cumplirán 30 años de aquel crimen–, contra un régimen de democracia representativa. Ha sido también el máximo creador e impulsor de las campañas ideológicas que deben consumir todos. Aunque su antigua promesa de progreso, libertad y democracia está totalmente desgastada, con sus formidables recursos mantiene muchos de los atractivos de su propuesta cultural, que sin duda es la que mostró más dinamismo y capacidad de penetración durante el siglo XX. Pero los Estados Unidos no han sido capaces de contribuir al avance de programas reales de eliminación –aunque fuera parcial– de las consecuencias más graves del colonialismo y el desarrollo desigual en la mayor parte del planeta, ni de optar por el fortalecimiento de un sistema internacional que salvaguarde la equidad en las relaciones, la paz y el respeto a los principios formulados y codificados durante el siglo XX, ni de defender el medio ambiente. En vez de ese camino, ha seguido el de utilizar su poder y su papel protagónico al servicio de los más mezquinos intereses nacionales, los del capital transnacional y la extorsión financiera, y la imposición de su predominio irresistible, de talante imperial.

A partir de la bancarrota de su rival soviético, los Estados Unidos emprendieron una nueva ofensiva por el dominio pleno a escala

mundial, utilizando todos los medios a su disposición en la nueva coyuntura de los años noventa. El grupo dominante en el país en la actualidad ha ido mucho más lejos, a pesar de la precaria legitimidad de la elección presidencial del 2000. Con soberbia inaudita se ha autodesignado campeón de una supuesta lucha mundial contra el terrorismo que le autoriza a aterrorizar, chantajear, someter o agredir a quien quiera, incluidas las agresiones preventivas “en cualquier oscuro lugar del mundo”. Está probando a reducir o moldear las normas de convivencia a su arbitrio, a convertir en algo natural sus coacciones y abusos, y a asumir unos papeles y un aire imperial. Ante su poder y sus chantajes gran parte de los Estados sencillamente se somete, y la ONU ha ido declinando mucho más allá de sus vacilaciones, hasta convertirse en una sombra. Si hacemos a un lado el espeso humo de la retórica de sus dirigentes, en la que se mezclan viejas consignas chovinistas con grotescos desplantes recientes –como “justicia infinita”, “eje del mal” o “Dios no es neutral”–, podrían sintetizarse así los designios del imperialismo norteamericano: apoderarse de los recursos más estratégicos del planeta y obtener todas las ventajas en la economía internacional, expoliar a los países subdesarrollados y controlar más a sus aliados del

llamado “Primer Mundo”, ser el policía mundial y someter a combinaciones de manipulación y coerción a su propio pueblo.⁷

Los riesgos de guerras abiertas se han multiplicado rápidamente. Mientras se preparaba el III Foro Social Mundial, los imperialistas se aprestaban a una nueva guerra contra Iraq. Como ilustración ejemplar de las miserias de la época en que vivimos, no se discutieron en el caso de Iraq las realidades palpables: doce años de agresiones económicas que ocasionaron miseria y mayor mortalidad a la población de aquel país, bombardeos “limitados”, fuertes recortes de la soberanía, inspecciones de la ONU que no encontraron lo que se deseaba. En su lugar se hacían exigencias de rendición y se disponía un despliegue militar creciente, y la única cuestión a debatir era si los Estados Unidos tenían derecho a aplastar a Iraq sin hacer caso a nada, o si debían esperar a que el Consejo de Seguridad de la ONU los “autorizara”.

7 No abordo aquí las debilidades de la economía, ni la pésima situación en que viven varias decenas de millones de personas en los Estados Unidos, pero es obvio que el control de ambas cuestiones es también una motivación principal para el grupo dominante.

Si no olvidamos que las analogías siempre dejan en suspenso las diferencias, el mundo actual se parece mucho al de la segunda mitad de los años 30 del siglo pasado. Una superpotencia apela a la ideología de la superioridad de una nación y de su derecho soberano a disponer de las demás, hace trizas los organismos y el derecho internacionales, juega a debilitar a los otros grandes del capitalismo, y aspira al gobierno supremo del planeta. En ese camino de imposiciones, su grupo dominante altera el control indirecto de sus propios ciudadanos que ha sido una parte principal de las bases de su hegemonía interna, y conduce al pueblo al plano inclinado de la disminución progresiva de sus derechos ciudadanos, los peligros de la guerra y el odio de los demás pueblos. Para los países desarrollados, que son a la vez socios y competidores suyos, se abren inciertas interrogantes: acabar de someterse a los Estados Unidos, hacer apaciguamiento,⁸ o ir a la rivalidad y la búsqueda

8 La política de “apaciguamiento activo” de la Gran Bretaña y Francia, en 1936-1939, pretendió disuadir a Adolf Hitler para que cesaran las conquistas fascistas en Europa. Cuando se firmó el Pacto de Múnich (29-9-1938) entre Alemania, Italia, Gran Bretaña y Francia, el primer ministro británico dijo que se había conseguido “la paz para nuestra época”. Todo fue inútil: antes de un

de nuevas alianzas. Los más perjudicados, que son los pueblos de la mayoría de los países del mundo, no cuentan en esta coyuntura con poderes de magnitud suficiente para enfrentar a esa superpotencia, ni con una voluntad de rechazo generalizado ante esta perspectiva ominosa que se nos viene encima.

Ha aparecido el calificativo de nazi para el régimen y la actuación de los que dominan en los Estados Unidos.⁹ Sin duda hay numerosas diferencias entre el mundo de los años 30 y el actual, y entre las condiciones de existencia y los rasgos principales del régimen de Hitler y el que preside George Bush; el fascismo tuvo su lugar –el más horroroso– en la historia del imperialismo de la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, es por lo menos inquietante que ese apelativo infamante parezca encajar bien en la realidad actual que quiere designar. Un académico norteamericano considera que los Estados Unidos “se está moviendo hacia un régimen totalitario”, conducido por “fanáticos e intolerantes ideológicos”.¹⁰ Por mi parte, quiero llamar la

año había comenzado la Segunda Guerra Mundial.

9 Ver Fidel Castro Ruz (2003).

10 Sheldon Wolin (s/f), constitucionalista, Profesor Emérito de Ciencia Política en la Universidad de Prince-

atención sobre un hecho: los Estados Unidos conquistaron una imagen positiva a escala mundial con su democracia burguesa sin un sistema colonial, y con la derrota del nazismo en 1945. Hoy ese país es el protagonista del retroceso franco que se experimenta con la quiebra de la democracia y la recolonización mundial, y ape-la cada vez más a la imposición y a la violencia abierta. Parece pues un heredero de lo peor de las dos formas principales del imperialismo de hace 60 años, y la muestra palpable de que dentro del capitalismo no hay solución para los problemas y necesidades de la humanidad.

ton, escribe en “Totalitarismo invertido”, publicado en *The Nation*: “la guerra de agresión a Iraq oscurece el cambio de régimen que se está produciendo en la *Homeland* [palabra inglesa para patria preferida por Bush. FMH]”. Y argumenta acerca de los rasgos de la imposición progresiva en el país de “un sistema de totalitarismo invertido”, que persigue los mismos objetivos que los nazis, pero con métodos y acciones diferentes. Por su parte, el filósofo italiano Giorgio Agamben (2003), en *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, compara el estado de excepción aplicado por el gobierno Bush con la Orden para la Protección del Pueblo y el Estado de Hitler, de 1933. Tomo estas informaciones de Carlos Fazio (2003), en “Los nuevos nazis”, que a su vez califica: “la política bushista basada en la concentración del poder corporativo en casa y un imperialismo agresivo en ultramar”, nota reproducida en la revista digital de La Habana *La Jiribilla* (2003).

Estos meses del 2003 nos muestran, sin embargo, experiencias que es necesario asimilar, y algunas señales alentadoras. Frente a la inminencia de la agresión a Iraq, millones de personas respondieron a convocatorias a lo largo del mundo para manifestar su protesta y su repudio a la guerra en las calles y a través de todos los medios que supieron utilizar; las jornadas del 15 de febrero y el 15 de marzo fueron movilizaciones extraordinarias. Movimientos sociales de los más variados tipos llevaron el peso de su organización, junto a algunos sectores políticos, pero lo determinante es una masa inmensa de personas motivadas que salieron a participar. Un gran número de personalidades de los más diversos campos se han sumado a las protestas, y están dejando productos intelectuales que ayudan a reflexionar y a convocar. El inicio de la guerra no abatió las protestas, ni siquiera en los Estados Unidos –como temían algunos–, y la condena moral a los imperialistas agresores se volvió cotidiana y encontró expresiones de verdadera fuerza. Los bombardeos masivos contra la población civil, el asesinato de miles de personas inermes desde el aire y por las tropas de tierra, las privaciones causadas a millones, certificaron quiénes son los criminales. La valerosa defensa de su patria por los combatientes iraquíes obligó a los invasores a una

campaña difícil, y desprestigió todas las mentiras acumuladas por sus declaraciones y las de sus cómplices; la férrea censura a los medios y las noticias ridículas no lograron torcer esa verdad. Los graves saqueos propiciados por los invasores después del fin de la resistencia –que incluyeron tesoros de la historia de la humanidad– evidencian una intención de desmoralizar al pueblo iraquí que no se detiene ante ninguna inmoralidad.

Se hacen visibles los costos hasta esta fecha de la aventura de Iraq para los imperialistas. No fue posible aplastar desde el aire a un país –nunca ha sido posible–, y a pesar del alto grado de desarme previo los defensores les causaron cientos de bajas a los agresores; si la resistencia armada duró solo tres semanas fue porque la dirección de Iraq seguramente tramitó su final. El grupo dominante en los Estados Unidos sabe hoy que tendrá que enfrentar dificultades internas ante cualquier perspectiva de bajas mayores. Además, la resistencia fue más notable si se recuerda la falta de unidad étnico-religiosa de Iraq y los enfrentamientos y agravios que eso conllevaba para el gobierno de Hussein, más otras cuestiones previas que ponían a ese gobierno en desventaja. Y frente a la ocupación militar, los chiitas que reafirmaban su fe y sus derechos religiosos reclamaron

la inmediata salida de los norteamericanos. No hubo agradecimientos por parte de los diferentes sectores del pueblo iraquí, sino el reclamo cívico de que se retiren los invasores. Por otra parte, las movilizaciones de calle y los innumerables escritos en contra de la acción imperialista dejan sin duda huellas positivas en cuanto a profundización del rechazo, a los grados de conciencia y experiencias prácticas alcanzadas por los involucrados, y al desprestigio que cae sobre los políticos dirigentes de la agresión y sus argumentos, y sobre la maquinaria que la desató.

A cuarenta días del final de las acciones bélicas, sin embargo, es necesario reconocer el fuerte descenso del movimiento de denuncia y protesta, que no ha sido capaz de persistir, frente a una fuerza que es sistemática. El frío asesinato de los periodistas europeos, al que siguieron dos crueles matanzas de civiles desarmados, en Mosul y Jabullah, no levantó campañas de condena, ni la exigencia de la salida de las tropas extranjeras de Iraq. En su lugar, se abrió nuevamente una campaña contra Cuba, a partir de sanciones de tribunales de justicia cubanos a ciudadanos cubanos; de inmediato los temas de debate público internacional pasaron a ser la procedencia de la pena de muerte, los derechos formales de opinión y el deber

ser del socialismo. No aludiré al contenido de ese debate,¹¹ sino a lo que a mi juicio significa. Primero, el imperialismo mantiene su ofensiva, después de un amago hacia los vecinos de Iraq que era más bien un final de aquella aventura militar: no se juzga más su crimen, sino el que se atribuye a un país satanizado que los Estados Unidos ha denunciado siempre. Segundo, el control casi total de la opinión pública se restablece, haciendo que discuta lo que el imperialismo quiere, y no lo que las mayorías necesitan. Tercero, un éxito en su guerra cultural, cuando se establece la confusión a partir de condenas “dobles”: a los que “violentan la paz mundial” y los que “pisotean los derechos humanos” –una suerte de “dos demonios” supuestamente iguales–, un primero que es olvidado o dado por “incorregible”, mientras se intenta desacreditar y debilitar al segundo. Al confluir, en la condena a Cuba, individuos y organizaciones que no son defensores del sistema con otros que se oponen a todo poder popular y a todo cambio social que lesione al capitalismo, y con los agentes de los Estados Unidos, se fomentan los recelos y

el divisionismo entre los críticos del sistema. Cuarto, se refuerza la presión sobre los críticos más conscientes del imperialismo, tratando de aislarlos, y hacerles perder crédito por no ser “imparciales”. Y por último, pero no menos importante, se avanza en el desarrollo del esquema agresivo actual contra Cuba, que tiene su dinámica propia para el imperialismo.

El gobierno cubano actuó con gran decisión, ha expuesto los hechos reales y ha respondido con argumentos de mucho peso a las acusaciones y las maniobras imperialistas. Movilizaciones populares extraordinarias han vuelto a mostrar la “unión de las mayorías en la defensa de la soberanía nacional cubana y su tipo de sociedad anticapitalista”. Y un mes de pugna ideológica internacional alrededor de Cuba ha ayudado a clarificar en qué consiste ser solidario con los que luchan en el mundo de hoy; la ola de apoyo que se alzó, y el propio debate de criterios diversos, dejan un saldo positivo. Esta es una experiencia muy valiosa: el grupo dominante en los Estados Unidos no es omnipotente, una pequeña nación en que se vive de manera más solidaria puede enfrentarse a sus designios, porque posee un poder propio y unidad popular en torno a él, conciencia política y moral suficiente, preparación y medios para defenderse, y sabe que hacer concesiones a ese enemigo sería mortal.

11 Lo hice en un breve texto, “Los intelectuales y la dominación” (Martínez Heredia, 2003), publicado en órganos digitales, como *Rebelión*, de Madrid, y *La Jiribilla*, de La Habana.

Conocer y valorar las dificultades que encuentra la superpotencia imperialista cuando pasa del reino de la manipulación en abstracto al de los hechos es un buen antídoto contra la resignación o el desánimo. La capacidad de actuación y desarrollo del movimiento de protesta, y el significado trascendente que tiene la resistencia decidida de un pueblo, son enseñanzas que muestran los límites y las debilidades del imperialismo.

4. ATREVERSE A LUCHAR

Dedicaré la parte final de mi exposición a las posibilidades y las necesidades del movimiento que se opone a la dominación, ya que es nuestra oposición a ella la que nos convoca. A este tema le dedico una gran parte de mi trabajo intelectual; aquí me limitaré a unos breves comentarios. Ante todo, por una razón que concierne a cualquier análisis que se haga del imperialismo actual: *las debilidades de nuestra oposición a él forman parte muy importante de su fuerza.*

El Foro Social Mundial es una expresión más de la potencia mayor con que cuenta el movimiento: una enorme acumulación cultural, hija de actividades muy diversas, fruto de los

combates, las ideas y los sentimientos de varias generaciones que se han enfrentado a la dominación. Ella constituye un cuerpo inestimable de experiencias, tradiciones, solidaridades, órganos de pensamiento y de lucha, deseos, preguntas, disconformidad. El imperialismo se ve obligado a reconocer la existencia de ese potencial de rebeldía, lo tiene siempre en cuenta y se empeña en neutralizarlo, esterilizarlo, inducirnos a olvidarlo. Antes se benefició de nuestra debilidad y nuestra ignorancia. Ahora solamente somos débiles. ¿Permitiremos al imperialismo privarnos de nuestra cultura de rebeldía, adquirida con tantos sacrificios?

Lo primero es el ejercicio de la voluntad de protesta, de denuncia, de adquirir cada vez más conciencia y mejor organización, de coordinar los esfuerzos de todos y formar una internacional de voluntades. El desafío es forjar y convertir en un fenómeno masivo la disposición a resistir, a confiar en nosotros mismos, a pensar, hablar y sentir con independencia, creatividad y audacia, de manera autónoma respecto al poder de ellos, de dejar de ser una parte subalterna del propio cuerpo de la dominación. En el principio está la voluntad de luchar; el reto es construir bien esa voluntad y generalizarla. Desde ese punto de partida hay que contrastar siempre la decisión de actuar con el análisis

serio de los problemas esenciales y los datos reales, pero estos deben ser buscados y formulados con independencia, por parte de nosotros mismos, y no dentro del terreno de los problemas, datos y creencias que ellos organizan para el consumo nuestro. Como denominador común tenemos un campo de ideales que compartimos cientos de millones de personas, que es también fruto del siglo XX, formulado en ideas que han pasado a formar parte de la sensibilidad y las convicciones, y que es muy difícil rechazar o despreciar. Entre ellas está la repulsa a que se causen sufrimientos y a las situaciones de indefensión de personas y grupos humanos, porque ya no se acepta que ese sea un orden natural, e incluso se ponen en relación esas situaciones con los privilegios e intereses de los ricos y poderosos; también las exigencias de democracia y la condena al uso de la violencia.

Es preciso liberar al lenguaje y al pensamiento de las cárceles de la dominación. Se han abolido las palabras que expresaban los afanes, logros y luchas de las mayorías, sustituyéndolas por las de una *neolengua* que nos desarma al impedirnos pensar y sentir con autonomía, que confunde y distorsiona las relaciones entre las personas, grupos y países, y trastorna la identificación de los hechos y los

símbolos, que convierte la iniquidad social en hechos naturales. Urge rechazar por todas partes esos instrumentos del sistema, divulgar sus funciones y defender el uso del idioma que el pensamiento social ha elaborado para conocer las sociedades, y promover la creación de los nuevos conceptos que sean necesarios. Para realizar esa tarea que no puede esperar, no es necesario tener una correlación de fuerzas propicia, ni grandes recursos. Un aspecto central de la indispensable democratización de los medios de comunicación es lograr que en vez de servir de puente para la aceptación progresiva de la sumisión al imperialismo, sean vehículos de un lenguaje y un pensamiento favorables a las necesidades de la sociedad.

El capitalismo ha dejado de ofrecer al mundo las promesas del progreso, el desarrollo económico y la democracia, porque ya no le es posible ni siquiera invocarlos. En su lugar apela a la fuerza de sus finanzas, recursos materiales y armamentos; a inducir a todos a creer que el mundo se divide en incluidos y excluidos, y que cada uno luche por ser un incluido; a utilizar la violencia criminal en una supuesta guerra mundial “contra el terrorismo”, organizada por los mayores terroristas de la historia; a exigir a los países que se sometan y abandonen todo proyecto nacional; a desmoralizar y desalentar

resistencias promoviendo la aceptación general de que son invencibles; y a fabricar e inducir consensos con su formidable maquinaria cultural. Explicar, divulgar y condenar esa estrategia de la dominación es un paso en el camino de debilitarla y comenzar a desmontarla.

Nada lograríamos, sin embargo, si no emprendemos desde ahora el cambio de nosotros mismos. Hay que hacer que el vigor y entusiasmo con que se participa en las actividades de protesta, denuncia o rebeldía se extiendan a prácticas de alcance más profundo y con tendencia a la permanencia, que nos eduquen para ser capaces de crear otro mundo diferente y opuesto –y no solo opuesto– al mundo en que vivimos. Esas transformaciones subjetivas serán las que contribuyan de modo decisivo al desarrollo de una fuerza suficiente para cambiar la sociedad.

Librarse de la dominación cultural es lo más difícil, y será un largo trayecto. Pero nada sustituye a la primacía de la actuación. Objetivos muy concretos y perspectivas de cambios muy radicales, y trabajar en ambos campos a la vez: ese es el camino. Los millones que se manifiestan contra la guerra, junto a los que organizan vehículos sociales y políticos para la resistencia, los que construyen reforma agraria y se proponen abolir el hambre en países como

Brasil, los que defendemos un futuro humano para la Humanidad en Cuba, los que resisten y combaten de mil maneras en tantos lugares del mundo, podemos y debemos redoblar y coordinar nuestros esfuerzos. La concientización y la protesta deberán ir creando sus propias formas políticas y sus ideas, porque se avecina un conflicto mortal con el enemigo de la vida. Si llegamos a ser capaces de unirnos, haremos posible la victoria, y comenzaremos a hacerla realidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, G. 2003 “s/d” en *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (Frankfurt) 19 de abril.
- Borón, A. 2002 *Imperio & Imperialismo* (Buenos Aires: CLACSO).
- Castro Ruz, F. 2003 “Discurso en la concentración por el 1° de Mayo”, Plaza de la Revolución, La Habana.
- Fazio, C. 2003 “Los nuevos nazis” en *La Jornada* (México DF) DF, 19 de mayo.
- Hardt, M. y Negri, A. 2000 *Empire* (Cambridge: Harvard University Press).
- Hardt, M. y Negri, A. 2002 *Imperio* (Buenos Aires: Paidós).
- Kohan, N. 2002 *Toni Negri y los desafíos de Imperio* (Madrid: Campo de ideas SL).

Martínez Heredia, F. 1980 “Neocolonialismo e imperialismo. Las relaciones neocolonialistas de Europa en África” en *Economía y Desarrollo* (La Habana) N° 58: 151, julio-agosto.

Martínez Heredia, F. 2003 “Los intelectuales y la dominación” en *Rebelión* (Madrid) y *La Jiribilla* (La Habana) 26 de abril.

Paterson, T. G.; Clifford, G. y Hagan, K. 1983 *American Foreign Policy. A History, since 1900* (Lexington: D. C. Heat & Co.) Vol. II.

Toussaint, E. 2002 *La Bolsa o la vida. Las finanzas contra los pueblos* (Bruselas / San Sebastián: CADTM / Gakoa).

Wolin, S. (s/f) “Totalitarismo invertido” en *The Nation*.

CULTURA Y POLÍTICA EN AMÉRICA LATINA*

*Cuando la verdad sea demasiado débil para
[defenderse,
tendrá que pasar al ataque (B. Brecht).*

A pesar de ser tan imprecisa, la proposición de defender la identidad latinoamericana desde la cultura tiene fuerza y se ha ganado un espacio. Esto se debe por lo menos a tres razones: a) las identidades latinoamericanas están en riesgo, por causas muy visibles. Eso no les sucede, por ejemplo, a la francesa o la norteamericana; b) sigue existiendo la dimensión de proyecto, la propensión a atribuirle un destino a la América Latina, o a asumirla como un proyecto, lo cual se debe a necesidades regionales

muy prácticas y a la existencia de una cultura política acumulada; c) la necesidad de defenderse, y la de proyecto, encuentran en lo específico regional una fuerza, y en la cultura la expresión por excelencia de lo que tienen y de lo que buscan.

Existe otra razón, ciertamente. Cuando se pasa revista a la situación de la región, la defensa de la identidad latinoamericana desde la cultura parece ser la única posible. La tendencia general en las últimas décadas –más acentuada en los últimos años– ha sido adecuarse a los diseños de la centralización creciente del capitalismo mundial. Sus decisiones se imponen en la economía, en las formas políticas, en las políticas sociales, en las ideologías relativas a esos campos y en las visiones predominantes acerca de lo que es posible hacer o pretender, en el consumo espiritual de las élites y –con diferencias– en el de las masas. Quizás la mayor victoria cultural del capitalismo central actual está en el terreno de lo que se considera posible: sus oponentes potenciales, que podrían

* Conferencia en el XXI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. San Pablo, Brasil, septiembre de 1997. Publicada en: Martínez Heredia, F. 2006 [1998] *Socialismo, liberación y democracia. En el horno de los noventa* (Melbourne / Nueva York: Ocean Sur) pp. 11-23.

nuclearse y arrastrar a tantos perjudicados a emprender caminos de rebeldías eficaces, desconfían mucho o no creen en que sea posible cambiar en nada esencial el sistema vigente.

Resulta entonces ambigua –y hasta contradictoria– la asunción de la defensa de la identidad latinoamericana desde la cultura. En la medida en que responde a las necesidades anotadas al inicio es un vehículo de resistencias, que podría ser muy útil en la búsqueda de caminos y en la acumulación de fuerzas propias que permitan avanzar desde la defensa hacia la proposición de opciones viables frente a la inhumana dominación del sistema. En la medida en que se reduzcan los ámbitos y perspectivas de esa identidad a ideas estrechas que permanezcan dentro del campo “cultural”, que no incluya e integre los conflictos reales existentes –ideológicos, sociales, económicos, políticos–, y las necesidades reales de las mayorías, ella será muy débil frente al imperialismo y frente a los intereses de las minorías dominadoras en cada país, y será manipulable por ellos.

La universalización de los procesos sociales se ha ido profundizando y acelerando, y se ha vuelto tangible por todas partes en la actualidad. Desde los consumos materiales y espirituales de la población que participa en la vida regida por el mercado –simplificados e inducidos a un

grado nunca antes visto– hasta las instituciones y los ritos de la vida cívica, se está produciendo un gigantesco y abarcador proceso de homogeneización a escala mundial. Lo determinante en esa tendencia es el control que ejerce sobre ella el capitalismo, que conjuga la existencia de una brecha honda e ingente entre la vida en los países centrales y el modo en que vive la mayoría miserable, depredada, explotada y sin oportunidades del planeta, con la presencia, prácticamente en todos los países del mundo, de cierto número de procesos, modos de vida, relaciones sociales y entidades que son típicos del capitalismo desarrollado. Los valores y numerosos productos culturales procedentes del polo desarrollado del capitalismo se consumen hoy con mayor intensidad y difusión, aunque en proporciones y de maneras muy diferentes según los grupos de población de que se trate. Los individuos de ciertas clases y estratos sociales son más receptivos a aquellos valores y productos por motivos directamente ligados a su existencia; otros muchos son influidos a ello por los medios de socialización del sistema.

Por diversas razones, en América Latina han incidido más que en otras regiones del llamado Tercer Mundo los procesos de universalización subordinadora impulsados por el capitalismo occidental. Pero esto no se debe solamente al

interés foráneo y de las clases dominantes de cada país. En la conformación misma de las comunidades nacionales han primado los ideales y los instrumentos originados en el desarrollo de Occidente, como en las formaciones económicas han sido decisivas las integraciones sucesivas al capitalismo mundial, desde la destrucción de las civilizaciones existentes al inicio de la colonización hasta hoy. La extrema complejidad de las realidades resultantes podría formularse de esta manera: desde la composición poblacional y las relaciones interpersonales actuales, pasando por las gestas nacionales que están en el origen de muchos de sus Estados y una larga tradición institucional, de ideas y de luchas, hasta los proyectos de futuro que se elaboran hoy, predomina en América Latina un medio cultural que reivindica su específica identidad regional y busca bienestar y un lugar autónomo para sus pueblos con ideas e instrumentos profundamente imbricados a una cultura surgida en otro ámbito, que es materialmente mucho más poderosa que ella, que se hizo a partir de las colonizaciones, ejerce en la actualidad una dominación muy centralizada y no ha podido superar su carácter colonialista.

Un planteo adecuado en materia de identidades latinoamericanas debe tener muy en

cuenta la homogeneización de conductas, consumos y valores inducida a escala mundial por el capitalismo centralizado. Para ese sistema de dominación es esencial que los individuos y los movimientos activos del Tercer Mundo persigan los ideales que en abstracto les formula el Primero, y que cada modernización que consigan equivalga a una sujeción mayor.

Las asunciones latinoamericanas de las culturas latinoamericanas serán eficaces para nuestras sociedades si ellas son capaces de asumir las complejidades de sus implicaciones. Ante todo las procedentes de la colonización y la neocolonización, cuya importancia en nuestras historias es tan grande que baña de mil modos a la mayoría de nuestras instituciones, relaciones, valores y actitudes; su impronta nos hace singulares respecto a otras sociedades como son, por ejemplo, Canadá o Japón. Afortunadamente los estudios latinoamericanos valiosos en este campo ya forman legión, y las celebraciones del V Centenario, fracasadas en su sentido de operación cultural neocolonial, tuvieron la paradójica virtud de animar más esos estudios y aguzar su posición de resistencia y sus logros analíticos. De todos modos, hay que reconocer que son rasgos sumamente extendidos el sometimiento a los parámetros y los valores del otro, la angustia por alcanzarlos,

la fiebre imitativa, la autosubestimación, el racismo del colonizado. En muchos medios se llega a una esquizofrenia entre la comprensión y la conducta, incluido el medio de los que trabajamos en ciencias sociales. Es demasiado difícil analizar fríamente y con hondura a algo que nos está acechando casi siempre en nuestra vida cotidiana, exigiendo comportamientos y distribuyendo premios y castigos muy ligados a lo que se considera el éxito o el fracaso.

Siempre desde sus implicaciones sociales, las formas culturales –y las acumulaciones culturales– tienen un carácter contradictorio. La reproducción cotidiana de la vida y todos los campos diversos de actividad humana, los universos simbólicos a través de los cuales cada comunidad se identifica, interactúa y concibe el mundo y la vida, son también, siempre, el teatro de convivencia y conflicto de muy diferentes grupos sociales, el medio en que suceden efectivamente la dominación, las jerarquías, las subordinaciones, las hegemonías, las negociaciones, las rebeldías, las coacciones, las reformulaciones de los sistemas sociales de dominación. Desde este ángulo –que según mi criterio es el principal– los complejos culturales expresan el restablecimiento una y otra vez elaborado de las tendencias a la vida en común, a la vez que una extrema oposición entre

las personas y entre los grupos sociales, a la cual hemos llegado en las sociedades en que vivimos.

El análisis cultural latinoamericano se encuentra ante una riquísima diversidad, ante un sinnúmero de especificidades nacionales, regionales, locales, de tipos disímiles de grupos humanos, como seguramente sucede en otras regiones del mundo. Lo problemático es que esas especificidades tienen que tomar parte activa en cualquier proyecto unitario latinoamericano que pretenda ser beneficioso para las mayorías del continente. De manera general y abstracta se podrá estar de acuerdo enseguida con la proposición que acabo de hacer, pero en la realidad existe una multitud de dificultades y factores negativos frente a esa avenencia: intereses de clases y sectores dominantes, formidables prejuicios muy arraigados, desconocimientos mutuos, historias de rivalidades y enfrentamientos, ideologías y prácticas que arrasaron y humillaron a millones, asumidas en nombre del Estado nación, del progreso, del liberalismo y de movimientos sociales, económicos y políticos que tuvieron otros aspectos positivos. La intolerancia, la confusión, el error, el agravio y la colonización mental han buscado fundamentos incluso en el socialismo. Las visiones de futuro y los proyectos liberadores en

América Latina tendrán que partir de nuestras realidades y tener muy en cuenta nuestras representaciones y hasta nuestro tipo de sueños, o no tendrán ninguna posibilidad de éxito.

El problema es más grave porque en la fase actual del capitalismo centralizado se ha hecho más profunda y abarcadora su capacidad de destruir, anegar, calar, manipular, asumir, incorporar especificidades de las regiones neocolonizadas en sus esquemas de dominación. La batalla alrededor de las especificidades forma parte de la contienda cultural que se está librando en el mundo de hoy.

Cultura y política es el tema planteado por los organizadores, y eso invita a abordar lo político desde su relación con la cultura. La política, los políticos, los sistemas políticos, lo político, son aspectos dentro de la totalidad que implica una cultura determinada; el poder, esa cuestión central para los políticos, es solo un aspecto –aunque decisivo– dentro de una cultura de dominación determinada. En América Latina existe un desarrollo desigual de los sistemas políticos, sus rasgos y funciones, y de la profesionalización de la política. En las condiciones actuales el mundo de la política en el continente –como tantas otras esferas, cada una a su modo– también ha sido emplazado a homogeneizarse a imagen del llamado Primer Mundo. El resultado

es muy complicado. Mantener la democracia formal con sus elecciones periódicas, practicar con firmeza la desregulación, la privatización, la apertura sin límites de la economía, reducir los derechos del trabajador, los servicios públicos y las prestaciones sociales, tener en cuenta como temas rituales a los derechos humanos y las luchas contra la corrupción y el narcotráfico, seguir las orientaciones del FMI y el Banco Mundial, atender prioritariamente al gobierno de Estados Unidos, son comportamientos esperados o exigidos a los políticos en funciones públicas, y es de buen tono para los candidatos a ellas asegurar que no harán nada que se aleje de esos cánones. A la vez –y la cuestión no está exenta de contradicciones–, la eficacia de lo político en cada país, como dimensión de la vida social, como instrumento del mantenimiento o el cambio del orden y la convivencia vigentes, y como aspecto de la hegemonía de las clases dominantes sobre la sociedad, sigue dependiendo de la capacidad que muestren los políticos implicados respecto a las coyunturas, a los factores de poder y los grupos de presión, las oportunidades, las alianzas, los intereses, sentimientos e inclinaciones que sean significativos, la historia del medio determinado en que actúa; en suma, a acumulaciones culturales específicas.

Como se sabe, en los años ochenta sucedió en numerosos países de la región el fin de una larga etapa de golpes de Estado, gobiernos dictatoriales, liquidación de libertades y de organizaciones populares sociales y políticas, y represiones en gran escala contra toda rebeldía o protesta, que en algunos lugares llegaron al genocidio. Estados Unidos utilizó todos los medios a su alcance –incluidos los peores– como líder de esa campaña continental, y eso le sirvió también para profundizar su control político y económico en América Latina; represores, empresarios y otros sectores “modernos” de cada país se le subordinaron, mientras las dictaduras se justificaban en nombre de la “seguridad nacional” y Cuba revolucionaria era demonizada como un “régimen totalitario extracontinental”. Se ha llamado democratización a la sustitución de esos regímenes por gobiernos civiles con elecciones sistemáticas y actividad política, y con democracias formales y estados de derecho más o menos aceptables, lo cual es un verdadero avance respecto a la situación anterior. Pero no hay que subestimar el profundo retraso que imprimieron las dictaduras al desarrollo humano y de la convivencia social en la América Latina, ni lo que lograron en varios países en cuanto a conservatización del pensamiento y las instituciones, y a la gran

moderación y timidez en las actitudes cívicas de grupos amplios de población. Tampoco hay que olvidar que aquel autoritarismo fue también una preparación dirigida a evitar que las dos “décadas perdidas” que vinieron a continuación pudieran ser caldo de cultivo de nuevas situaciones revolucionarias.

En estos regímenes actuales el papel decisivo de la personalidad en la conducción política, ejercido por tantos caudillos en la época anterior a las dictaduras, sigue formando parte de las representaciones básicas de la política. Pero los guías han sido sustituidos por presidentes de república, que portan solo algunos rasgos de aquellos líderes, y de maneras efímeras; unos pocos candidatos no electos también se mantienen como personalidades políticas. Los sistemas electorales garantizan, en general, la alternancia entre los partidos políticos del sistema; en realidad, el Estado no cambia nada en su carácter esencial de clase, continuidad de mando e instrumentos para ejercerlo. Persisten viejas formas de manipulación, cooptación e influencia, acompañadas de otras nuevas. A pesar de las proclamadas oposiciones entre los que compiten por el gobierno bajo estas reglas de juego, sus programas políticos no se diferencian demasiado al abordar los problemas esenciales de la sociedad. Las

ideologías que durante la mayor parte del siglo mantuvieron vitalidad y enfrentamientos, muestran hoy claramente su agotamiento. Numerosos partidos y movimientos sociales expresan intereses, identidades y resistencias de clases subalternas y dominadas, pero solo algunos de ellos alcanzan fuerza, extensión e influencia apreciables de manera permanente.

La política sigue siendo asunto de profesionales en la mayoría de los países. Pero en algunos se está desarrollando un nuevo tipo de político, a la vez admirado y despreciado, como eran los artistas de espectáculos hasta hace poco tiempo. Su actuación está destinada a ocupar nuestro tiempo libre cívico, que ha aumentado, como aquellos artistas ocupaban el tiempo libre físico desde que este fue ampliado. Los shows de estos políticos consisten en campañas electorales, anuncios solemnes, “nuevas” políticas económicas, y también protagonizan juegos públicos más específicos, de acuerdo a la especialidad de cada uno. Sus escándalos –el escándalo es indispensable en la vida de una “estrella”– consisten en delitos seleccionados de malversación o relativos a sus deberes de mandatarios, problemas de narcotráfico, líos conyugales y, todavía, algunos crímenes políticos. Todo eso refuerza el desinterés de las mayorías por participar en la política

“nacional” de su país, mientras que los medios masivos de comunicación –hoy multiplicados en nivel técnico, alcance, audiencia y control totalitario de sus contenidos– mantienen a todos sabiamente informados, es decir, entretenidos y manipulados.

Los regímenes democráticos no han cumplido sus promesas, excepto las de mantener la institucionalidad, la alternancia electoral y grados más o menos apreciables de respeto por derechos individuales, del modo como son enumerados en las constituciones de los países. La década pasada registró, además de redemocratizaciones y nuevas democracias, sesenta millones de *nuevos pobres* (se llama así a los que pierden el acceso a vivienda, educación y salud). La marginación y la exclusión son hoy fenómenos tan extendidos en el continente que las fuentes más diversas concuerdan en que la situación social tiende a ser desesperada.¹ Pero

1 Más del 50% de la población tenía alguna necesidad elemental insatisfecha según la estadística oficial peruana, en 1995. El obispo Presidente de la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM) declaraba ese mismo año que ya es prácticamente imposible cerrar la brecha entre los pobres y los ricos, y que la corrupción política es aumentada por el narcotráfico. Hace pocos meses el presidente del FMI declaró en Argentina que teme que la democracia no pueda conservarse en ese

la capacidad política de las clases subalternas para presionar, luchar o negociar en favor de sus intereses es, en general, bajísima. En otras palabras, el sistema logró reducir mucho el nivel de las luchas de clases y la actividad organizada autónoma de los dominados, y la recuperación que estos han alcanzado sigue siendo muy insuficiente todavía.

Estos años de democratización neoliberal han culminado en una situación social desastrosa, pero a pesar de cierto número de estallidos sociales puede decirse que la vida política ha transcurrido con bastante normalidad. Esa paradoja podría tener límites marcados. ¿Estamos transitando, de una democracia que solo existe con apellidos restrictivos, a una nueva forma de dominación, la gobernabilidad? Esa palabra se utiliza cada vez más en la región, pero opino que el autoritarismo seguirá valiéndose de la institucionalidad actual y tratará de coexistir con ella, al menos mientras no se vea obligado a otra cosa. Como consecuencia de las tendencias principales prevalecientes en la región –y también de influencias del capitalismo central–, se está

país con un deterioro tan grande de la situación social, y que eso puede repetirse en otros países.

desarrollando un nuevo conservadurismo liberal, aunque con formas variadas en la política práctica.

Quiero llamar la atención, sin embargo, sobre un hecho de signo diferente. Los sectores de poder actuales en América Latina en muchos casos apenas están integrándose, los gobernantes no tienen a su favor los beneficios que las tradiciones daban a las viejas élites, y las nuevas no pueden aprovecharse de ser herederas de un pasado reciente de conducción popular. Los principales cambios de las últimas décadas han tenido efectos antipopulares, de tinte sangriento y coactivo primero, de sello famélico y consentido después. Esta última fase de modernización latinoamericana no cuenta con recursos que repartir entre determinados sectores medios, como base para un nuevo reformismo, porque esa acción contradice la naturaleza económica del modelo transnacional que la rige. A los que dominan les es demasiado difícil apelar al nacionalismo –quizás la ideología política que tiene mayor peso en nuestras culturas– cuando están aceptando limitaciones de la soberanía nacional, debilitando las instituciones que deben defenderla y, sobre todo, renunciando a proyectos nacionales si estos contravienen las orientaciones externas por las cuales se rigen en última instancia. La

hegemonía de esa dominación no está cristalizada; en general está en busca de su legitimación, y en muchos casos está lejos de contar con ella. Si esta situación de transición no resulta en la práctica muy peligrosa para el sistema, es por la falta de fuerzas suficientes que se le opongan.

Parece inevitable que una dominación que posee medios y legitimidad tan limitados busque seguridad en una ligazón y subordinación mayores con los centros capitalistas. Así coincidirían no solo con intereses inmediatos de estos, sino con un objetivo más estratégico imperialista: llevar cada vez más lejos una ofensiva cultural mundial que logre cerrar el largo ciclo de independentismo y luchas por la liberación nacional del llamado Tercer Mundo, y logre borrar la perspectiva socialista frente a una injusticia social que se ha vuelto escandalosa y no tiene solución mediante reformas. Para esos dos objetivos tan ambiciosos, el imperialismo cuenta con dos cartas formidables a su favor: un poder inmenso y unos medios efectivos en muchos terrenos, y el carácter universalizante de la naturaleza de la cultura del capitalismo. La reproducción económica de los centros solo necesita y abarca a una parte de la población mundial; el resto, enorme, resulta sobrante. La reproducción cultural universal de su

dominación le es básica entonces, para suplir los límites del alcance real de su reproducción material, y dominar a todos los excluidos mediante la obtención de su consenso. Para ganar su guerra cultural, al capitalismo le es preciso prevenir las rebeliones y eliminar las raíces de la rebeldía; homogeneizar y controlar los consumos, los sentimientos, las ideas, la información, la opinión, el pensamiento, las creencias. Manejar los deseos e igualar los sueños.

La meta es lograr que la manera de vivir del capitalismo parezca lo normal y el único horizonte posible; que se le considere deseable, necesario, o por lo menos inevitable. Que rija la vida cotidiana y las expectativas; que acote las fronteras éticas y cívicas, y sea la norma última para la vida pública. En esta invisible jaula de acero es que se permitiría la existencia de diversidades conscientes. Actuando en innumerable campos y con enormes recursos, se intenta avasallar o neutralizar hasta el lenguaje. Así la trágica situación del empleo se verbaliza como “flexibilización del trabajo”, y la apertura ilimitada de las economías subalternas se llama “desregulación”. Y ambas palabras dan idea de estar opuestas a lo rígido, una noción que debe ser devaluada, por anticuada y perversa, en un mundo que en realidad está regido por las muy rígidas normas del capital financiero.

Para el consumo de masas se acuñan frases felices, como: “hoy uno sabe cuánto dinero tiene en el bolsillo”, a pesar de que tantos millones más bien saben que su bolsillo está vacío.² El objetivo central de esta lucha cultural es lograr el sometimiento voluntario de las mayorías a la manipulación política, económica y espiritual.

Las derrotas de las rebeldías y las represiones en la región durante los años sesenta y setenta, el final de la experiencia revolucionaria sandinista después de diez años de gobierno, el heroico esfuerzo sin victorias de los pueblos salvadoreño y guatemalteco, y un acontecimiento muy diferente, la vergonzosa bancarrota de los regímenes de la URSS y Europa oriental, se reunieron para generar y consolidar una percepción de fracaso de la opción radical en el seno de las clases dominadas. La pérdida de la autoconfianza, de identidades y de la capacidad de creer en proyectos autónomos ha sido muy perjudicial, rasgos acentuados por la disminución de la actividad organizada y

2 El rechazo abstracto a la violencia permite diluir culpas terribles mediante expresiones como “los dos demonios” o “los excesos de unos y otros”. Algunos han llegado a creer que durante las dictaduras “al menos había tranquilidad”, o incluso que “los militares no robanan”.

las expresiones de protesta social y de política autónoma; la situación de empobrecimiento o miseria que afecta a las mayorías agrava esa situación. La miseria no forma parte de la política, y la fuerza de presión y negociación de los trabajadores es muy limitada. Por su parte, la actuación de los que dominan no les atrae apoyo irrestricto ni simpatías duraderas. Lo cierto es que resulta muy difícil restablecer idealmente la unidad social en sociedades que contienen: a) una opresión de las vidas individuales y de los grupos sociales a través del poder del dinero y del mercado capitalista, ejercida sin cortapisas y reforzada por el poder del Estado, que ha abandonado la mayoría de las funciones suyas que amparaban a amplios sectores sociales; b) terribles marginalizaciones y exclusiones, que alcanzan a gran parte de las personas; y c) hegemonías no cristalizadas, sino en transiciones.

Sin embargo, no son solamente las dificultades de los dominantes lo que podría facilitar la emergencia exitosa de una política popular. Existe una inmensa cultura acumulada de rebeldía en América Latina, constituida por comportamientos, ideas, sentimientos y experiencias resultantes de una prolongada historia de resistencias y luchas sociales y políticas. En América Latina las identidades mismas están

muy relacionadas –en numerosas formas– con esas resistencias, luchas y experiencias, lo que brinda también a la cuestión nacional una carga de anticolonialismo y antiimperialismo popular que puede formar una combinación eficaz con las ideas y las experiencias de las luchas por la justicia social. Defender a esa acumulación cultural de las pretensiones de incluirla en un olvido inducido, condenarla o trivializarla, es una tarea de la mayor importancia.

Rescatar la memoria histórica latinoamericana es imprescindible como parte de la batalla cultural por una nueva política. Pero también lo es no idealizar ni simplificar lo recordado, como si en la remembranza todo fuera rebeldía. La memoria histórica de las clases y grupos oprimidos debe incluir el estudio de sus modalidades históricas de subordinación a la dominación, de las formas complejas en que ha retornado el consenso y se ha reformulado la hegemonía de las clases dominantes, después de las protestas y rebeldías, e incluso después de las revoluciones. Pese a tantos factores desfavorables, el desarrollo de los conocimientos sociales y de sus instrumentos, más las ricas experiencias de las últimas décadas, nos permiten ahora plantearnos conocer profundamente las formas de la dominación y de la rebeldía presentes en nuestras culturas, sus rasgos y

sus condicionantes. Esos conocimientos resultarán valiosísimos para el trabajo de generar comportamientos, ideas y organizaciones eficaces contra el sistema de dominación vigente.

Es necesario relacionar más la cultura acumulada con los movimientos, las ideas y los proyectos actuales que retan de alguna manera al sistema. Entre ellos están: movimientos sociales, nuevos y viejos, que luchan por sus identidades y sus reivindicaciones; los que protestan y se movilizan por casos o situaciones concretas de abusos, medidas antipopulares, corrupción, entreguismo y otros males, y los que lo hacen por razones más generales y perspectivas más trascendentes; ciertos gobiernos locales que están orientados a la gestión honesta y la defensa de los intereses ciudadanos; actividades de organizaciones políticas de orientación popular. Esas relaciones podrían potenciar la actuación, la concientización y la autoconfianza en las fuerzas propias del movimiento, y podrían ayudar en una cuestión crucial: ampliar su base social y sus participantes politizados, mediante la capacidad de lograr coordinaciones entre los oprimidos, crear formas organizativas y elaborar estrategias, la comprensión de las posibilidades y los límites de un entorno institucional y unas reglas de juego fijadas por otros, y la capacidad de elaborar

proyectos propios. Esto exigirá nuevos avances del pensamiento, que lo hagan muy superior a sus propias condiciones de existencia, porque a la liberación de las sociedades y las personas le es imprescindible una intencionalidad muy calificada, crítica y creadora.

Es cierto que el desencanto o la negativa a pertenecer a partidos políticos es muy común entre la gente, y también es cierto que el desinterés por la política existente afecta a millones de jóvenes. Pero es muy probable que eso no se deba al desinterés de estos, sino a que han adquirido cierta conciencia de que la política está obligada a transformarse profundamente si aspira a tornarse creíble y digna de conducirlos.

La política opuesta al sistema vigente no puede parecerse a la del sistema: debe ser diferente y opuesta. Para ser viable y eficaz, tendrá que emprender el cambio social y de las personas desde las condicionantes culturales existentes y las gigantescas dificultades de hoy, no desde un deber ser especulativo, sectario y estéril, ni desde un posibilismo que no será reformismo, sino comparsa política, pieza de la hegemonía y lugar de cooptaciones para la

dominación. Esa política no podrá posponer los cambios de sí misma, ni de las personas, relaciones e instituciones, para después que tenga poder suficiente, porque así nunca será un poder liberador ni formará a las personas y la sociedad para interactuar e inventar entre todos los caminos de la libertad. Si esa política es verdadera, el poder tiene que ser un instrumento del proyecto. Y tendrá que plantear sin temores ni equívocos que lucha por todo el poder, y actuar consecuentemente, porque la cuestión del poder está en el centro de toda política de cambios radicales. Librar una lucha cultural que también permita cambiar profundamente los instrumentos políticos, las ideas y las maneras de actuar de los que están opuestos al sistema o albergan rebeldías. Va siendo hora de actuar mediante una lucha cultural basada en una estrategia anticapitalista, en la cual esté inscrito lo inmediatamente político. La cultura no sustituye a la política, pero si la política por sí sola es insuficiente para mantener los sistemas de dominación, para lograr la liberación es impensable e ineficaz una política que no sea el instrumento de una grandiosa acción cultural.

TRAZANDO EL MAPA POLÍTICO DE LA AMÉRICA LATINA*

1. PLATICAR CON ELLA

Solo el debate nos ayudará a encontrar el rumbo, porque trazar este mapa es demasiado complicado. Por suerte, hoy se comprende su complejidad, antes era más simple, engañosamente simple. Ahora, a fines del 98, me alegra que comencemos un Taller de Educación Popular con un panel que se llama “La política y las luchas sociales y políticas en América Latina hoy”.

Temas relevantes para la discusión. Mientras me preparaba recordé que en 1979, cuando fui para Nicaragua, supe enseguida de algo que llamaban “sujeto popular”, algo interesantísimo. Y que la revolución sandinista combinaba las luchas políticas con las sociales. Después fui

entendiendo un poco más, porque yo conocía a los sandinistas hacía años, pero como dicen en Centroamérica, “no es lo mismo mirarla de largo que platicar con ella”.

La experiencia sandinista me ayudó a comprender mejor que la combinación de las luchas sociales y políticas ya había sucedido en Cuba, aunque nosotros no le habíamos puesto nombre. La gran revolución cubana –una revolución socialista de liberación nacional, de cuyo triunfo se cumplirán 40 años dentro de mes y medio– también combinó las luchas sociales con las políticas. Lo que pasa es que en ese tiempo estábamos como en aquel grabado de Goya que tenía inscrito al pie: “No lo saben pero lo hacen”. Nosotros no lo sabíamos, pero lo hacíamos. . A mí me llamaba la atención que siendo los nicaragüenses de 1979 mucho más analfabetos que los cubanos de 1959, sus necesidades intelectuales eran, sin embargo, superiores. Y es que con ayuda de las luchas de la gente uno se da cuenta, sobre todo si participa, que la cultura política general de

* Palabras motivadoras para el debate del Taller de Educación Popular del Centro Martin Luther King. La Habana, 16 al 20 de noviembre de 1998. Publicado luego en: Martínez Heredia, F. 2006 [1998] *Socialismo, liberación y democracia. En el horno de los noventa* (Melbourne / Nueva York: Ocean Sur) pp. 47-71.

los latinoamericanos en la segunda mitad del siglo XX ha crecido enormemente. Quiero comenzar presentando ese primer problema: el inmenso crecimiento de la cultura política de los latinoamericanos.

A principios de los años cincuenta todavía era normal lo que sucede en *Vidas secas* (1963) aquella película del *Cinema Novo* brasileño –en que Ruy Guerra adapta la novela de Graciliano Ramos (1938)–, donde un hombre y su perro sufren tanta hambre. Entonces el hambre era natural. Un fenómeno principal de los años sesenta y de ese tiempo de rebeldías es que el hambre dejó de ser natural y se volvió social. Nunca más se pudo decir que es natural pasar hambre, sino que se pasa hambre porque hay unos hijos de puta que hacen que uno pase hambre. Eso es fundamental. De ahí en adelante se avanzó muchísimo en multitud de cosas. Incluso ayudó algo el aumento de las matrículas y las redes de escolarización que estaban en curso entonces, a pesar de sus mentiras y mezquindades. A fines de los sesenta, en Chile, un estudiante de medicina discutía las tesis de André Gunder Frank mientras disimulaba en su bolso de compras una pistola 45. La cultura fue creciendo.

Nada más complicado que intentar el cambio total de las personas y las relaciones sociales.

En Nicaragua, por ejemplo, los soldados sandinistas eran muy valientes y aprendían a manejar el armamento moderno rápidamente, pero no querían aprender a ser jefes de pelotones y muchos menos jefes de compañías. Querían avanzar y morir primero, y de esa manera era muy difícil una preparación táctica que defendiera la vida.

Por otra parte, querían maestros, alfabetizar a todos y hacer escuelas para todos. Pero expresaban su descontento con el papel general de la escuela. Un alto funcionario decía que la escuela es un instrumento de dominación del capitalismo –lo cual es verdad–, y a la vez, se luchaba angustiosamente por construir apenas un sistema escolar. En 1980, la Cruzada Nacional de Alfabetización movilizó a decenas de miles de muchachos, y a los sentimientos de todo el país. El ministro de Educación, Fernando Cardenal, me contó después que ellos obtuvieron la lona para las hamacas de los alfabetizadores, y dijeron: ¿cuánto mide un nicaragüense? En general no son altos. Entonces cortaron la tela a una medida, y se desgraciaron los muchachos, porque los que mandaron a cortar olvidaron que las hamacas llevan un pedazo además de la estatura de cada persona, que va llevando a las puntas en que se amarra.

¿Qué quiere decir todo esto? Que hay que enfrentar muchos problemas gravísimos para hacer una revolución, y muchos más para profundizarla, para enseñar a todo el mundo y para que todo el mundo aprenda a enseñarle algo a la revolución. Constituye un problema gravísimo defenderse, hacer un nuevo poder que no repita los males de los viejos poderes.

Problemas de todo tipo. La multiplicación de los problemas es una señal del avance, del desarrollo. Pero la multiplicación de los problemas por sí sola no genera un cambio cualitativo (como dirían los antiguos filósofos). La “contra” auspiciada por los Estados Unidos obligó a Nicaragua a desgastarse en una terrible lucha durante años. Y en cuanto a educación, en 1987 un 30% de los niños del país carecía de escuelas. Sucedió un avance tremendo en la cultura política. Por eso, al hacer una revolución en un país con menos escolaridad y desarrollo general de las capacidades sociales que en Cuba, identificaron al sujeto popular y a la combinación de las luchas sociales y políticas. Pero las clases dominantes –y el imperialismo– también habían aprendido sus lecciones y aumentado su cultura política. Ahora, 40 años después de 1959, la mayoría de los latinoamericanos no conoce el proceso revolucionario cubano. Muchos compañeros de izquierda que

tienen una buena cultura lo desconocen. Lo que hay son pasiones alrededor de la revolución cubana. La aman, no la aman. Tienen pasiones, no conocimientos acerca de esta experiencia extraordinaria de la cultura del lado de acá del Atlántico, y esa es una desventaja que debemos superar. La tenaz existencia de Cuba levanta retos culturales a los ojos y las mentes de todos, y la mantiene viva. A casi 20 años de su triunfo, la maravillosa rebelión popular nicaragüense –la revolución sandinista– pasa por una etapa de olvido: hoy pesan más el fango, el cansancio y las frustraciones que la sangre, las iniciativas y los triunfos.

A pesar de que he comenzado hablando de dos países que me son entrañables, me referiré muy poco a los hechos concretos de cada nación de América Latina: por suerte están aquí muchas compañeras y compañeros de diferentes países. Mario Garcés nos invitaba al inicio a no convertir este taller en uno de aquellos congresos en que uno se aburría muchísimo si le tocaba ir, donde cada compañero se levantaba y le explicaba a todo el mundo cómo estaban las cosas en su país según la línea de su organización. Usaré pocos ejemplos, aunque siempre estoy pensando en cuestiones concretas, y mencionaré algunas solo para ilustrar lo que digo.

Vuelvo, entonces, al mapa de problemas que estamos tratando de construir.

Debemos tener en cuenta no solo las ausencias: la acumulación de olvidos es extraordinaria. Tenemos que luchar contra estos olvidos. Aprendí también en Centroamérica lo de la memoria histórica. La memoria histórica puede resultar encantadora, si siempre habla a favor nuestro. Hablamos, casi siempre, de la memoria histórica de las rebeldías. Sin embargo, es muy importante conocer la memoria histórica de la sumisión, y rescatar la memoria de la adecuación a la dominación es muy importante. ¿Por qué? Porque lo usual no es la rebeldía, lo usual es la sumisión. Si podemos entender cómo la mayoría de la gente se adecua a la dominación, entonces vamos a ganar mucho para nuestra acción en busca de la rebeldía, y de paso, por fortuna, perderemos uno de los malos hábitos de la izquierda, que es su desilusión respecto al pueblo. “¡Qué malo es que el pueblo no reconozca que somos sus conductores! Es algo triste. Estamos aquí, ellos están ahí. Y el pueblo no nos entiende. ¡Si nos permitieran guiarnos, si los pudiéramos guiar a la liberación!” Hablo así porque no viene al caso aquí ser cortés. Somos compañeros, y de lo que se trata es de profundizar. Por eso estoy señalando un segundo problema, que es la necesidad

de comprender, pero a través de una búsqueda en la que los papeles no estén repartidos previamente, un conocimiento sin “buenos” y “malos”. No repartir los papeles previamente, a ver si eso nos ayuda a luchar eficazmente contra la dominación.

“Sujeto”, “combinar lo político y lo social”, “memoria histórica”, son expresiones que señalan el crecimiento de la cultura política, porque atañen a problemas fundamentales y revelan la vocación de identificar las cuestiones básicas. Es la gente la que hará los cambios, o no habrá cambios. Es imprescindible reunir en un bloque cívico formas de acción social y política, para lograr romper la hegemonía cultural burguesa. Debemos apoderarnos de lo que hemos sido y de lo que creemos ser, para conocer los términos del combate y las fuerzas que es posible convocar. Esto es fundamental, pero es solo parte de la cultura necesaria, y aun en esa parte nos perdemos o encontramos a veces callejones sin salida. De todos modos, esas identificaciones y esas búsquedas constituyen avances notables, y hay que destacarlo en estos tiempos en que está de moda la desesperanza.

Todos los que estamos aquí hoy trabajamos con las alternativas o estamos en busca de ellas. La palabra “alternativas” es, por cierto, muy interesante. El lenguaje siempre es algo más que

una herramienta comunicativa. Vigotski decía, incluso, que sin el lenguaje no hay pensamiento. Pero el lenguaje sirve para muchísimas cosas, entre ellas, es un instrumento de dominación o de liberación. Y la palabra “alternativas” tiene diversas implicaciones. Alternativa es una manera delicada de llamarle a las cosas cuando uno carece de todo poder. Como carecemos de poder, le decimos alternativa al poder, le llamamos alternativa al socialismo y a la liberación.

No estoy en contra del uso de esa palabra, pero quiero señalar con claridad lo que ella expresa. Expresa, entre otras cosas, nuestra falta de poder. Le tenemos que llamar de una manera alusiva, delicada, a una cuestión que hoy parece imposible: nada menos que la ruptura del orden, o lo que es igual, del sentido común. Porque el sentido común es burgués. Las cosas solo pueden suceder cuando no perjudican lo esencial de la dominación. Por ejemplo, se dice que el Che Guevara era un hombre maravilloso, muy bueno, que se creía que todas las personas son buenas, cuando, en realidad, no son buenas, sino que la mayoría de las personas son malas. Veán cómo hemos retrocedido en la actualidad a aquel viejo problema de la filosofía clásica y del iluminismo, al problema del estado de naturaleza y de la bondad o no de la naturaleza humana.

Y aquí asoma la tercera cuestión: aunque la tendencia histórica de este medio siglo es el aumento de la cultura política, la coyuntura es manifiestamente desfavorable, y la dominación capitalista a un grado irrestricto está exigiendo un retroceso incondicionado del pensamiento. Se está requiriendo que la mayoría acepte la dominación vigente como el único mundo posible, y que la minoría que constituimos nosotros no se sienta en condiciones de negar la imposibilidad de cambios profundos que favorezcan a las personas y a las sociedades.

Los que estamos aquí somos todos partidarios de las alternativas. Ahora, ¿la mayoría de la gente en América Latina está a favor de las alternativas? La pregunta es inquietante. ¿La mayoría de la gente está o no está por las alternativas? Población políticamente activa y población socialmente activa son conceptos sociológicos. ¿Cuánta gente es necesaria para que hablemos de “muchos”? Esa pregunta es un corolario de la anterior, pero muy importante. En algunos casos, 2 mil o 3 mil personas ya son muchas, a veces hasta menos son muchas. Pero si las cosas marchan bien, pronto tendrán que ser 200 o 300 mil personas, y después tendrán que ser 2 o 3 millones. Depende también de la población de cada país. Lo cierto es que, dejando a un lado consideraciones más

estrictas de conocimiento acerca del significado de las magnitudes, me arriesgaría a opinar que las mayorías latinoamericanas no se han identificado con las propuestas de alternativas.

Las alternativas, como es natural, se refieren a algo radicalmente opuesto al orden existente. Después habrá que ponerles nombre. Pero muchas veces las acciones colectivas de protesta, o los “castigos” electorales, lo que expresan son reacciones ante el abuso o la situación desvalida e irritante que se vive, y se agotan en sí mismos. Esto marca los límites de esos actos, pero no niega que ellos dejan huellas y constituyen pasos en un camino que mañana podría dar más frutos. Reacciones, como fueron los sucesos de El Cibao y otros lugares de la República Dominicana el año pasado. Grandes protestas en las que la combatividad llegó hasta reeditar el viejo invento popular de la escopeta de perdigones a partir de un tubo, que es efectivo contra los represores. Y esa reacción grande llegó hasta la capital, una reacción de la gente. Me recuerda los motines de hace 13 años contra las medidas neoliberales, que fueron tan sangrientos. La política nacional, sin embargo, no se mide por esas protestas, sino por las pugnas en materia electoral y municipal entre los partidos, y por las acciones del gobierno. El presidente de la república, un joven simpático

que habla muy bien el inglés, se debate entre esos conflictos, la necesidad de borrar el sello de impunidad de los viejos represores y las consecuencias de su política neoliberal. Y pronto habrá nuevas elecciones presidenciales.

¿Hay búsqueda de alternativas o solo existen demandas y objetivos limitados? ¿Qué tendencia está predominando? ¿La que identifica la alternativa con una salida radical, la utopía, el socialismo o cualquier otra denominación que se le dé? ¿O la que postula conseguir lo que sea posible dentro de un sistema que es intangible, esto es, adementamientos de la vida pública, mayor y mejor ejercicio de la ciudadanía y uso de los recursos, estado de derecho, medidas ecológicas? ¿Cómo introducir este problema más general en las acciones y los análisis particulares? Las situaciones son muy diversas en el continente –desde la magnífica resistencia de Chiapas hasta las pugnas políticas en Argentina– y no estoy subestimando lo que han hecho millones de votantes en Río Grande do Sul y otros lugares. Pero las preguntas siguen en pie. Me parece esencial el problema de cómo conectar el “nosotros” con el “muchos”, cómo conectar a los “nosotros” –incluyendo los que estamos aquí, porque somos uno de los tantos grupos que existen en América Latina– con los millones de “muchos”. Modificar las escasas

relaciones existentes entre los nosotros y los muchos es un problema básico para la conversión de las ideas en movimiento histórico. Por eso es tan valioso este taller, que en vez de regodearse en lo que somos se dedica a discutir e intercambiar acerca de los problemas principales que identificamos. Lo más valioso del trabajo intelectual es que puede levantarse por encima de las coyunturas, para ayudar a la gente a entenderlas, a mirar más allá de sus narices y a representarse un mundo y una vida muy superiores a las condiciones en que se vive, y ayudar a la gente a buscar los caminos.

2. LAS CARTAS DEL OTRO

Vamos a abandonarnos un momento a nosotros –evitando así complacernos demasiado– para atender a la naturaleza y a las fuerzas con que cuentan los que se oponen activamente a las alternativas. Constituimos dos minorías: la nuestra y la de ellos. Ellos tienen rasgos muy particulares. Podrían aplicarse a su análisis, entre otros, los conceptos que relacionaba al inicio. Su historia parece, en ciertos aspectos, tan vieja como el tiempo del hombre en la Tierra; en otros ya tiene algunos siglos; pero sus características más recientes son las más visibles y las

que parecen determinantes. ¿Cómo se percibe su poder en la actualidad, cuáles son los fundamentos de su hegemonía sobre las mayorías?

Lo primero es el mito de la centralidad de la economía vigente, y de su intangibilidad. Está muy extendido en toda América Latina y no solo en ella: es el gran mito mundial de hoy. Pero estoy hablando de América Latina. ¿Por qué es tan fuerte ese determinismo económico y cómo se llegó a ese grado de impotencia? Varias tradiciones diversas son opuestas al fatalismo económico, y el tipo de marxismo al que yo me adscribo también lo es. Pero en la región fueron creadas condiciones –externas a la economía– favorables a la libertad de acción de las clases dominantes para hacer que las mayorías sean las que paguen las consecuencias de la renovación de su asociación subordinada a los centros del capitalismo mundial –que ahora es mucho más íntima–, y de las variaciones de la tasa de ganancia. Los Estados Unidos sobredeterminaron ese proceso, desde el control económico más descarnado hasta la colaboración en la represión, que llegó en algunos lugares al genocidio. Una historia de crimen mancha a los Estados Unidos, desde la Escuela Interamericana de Policía, que graduó torturadores a escala continental y la complicidad abierta con el golpe de estado en Chile en 1973,

hasta el largo baño de sangre en El Salvador. Una primera diferencia en cómo llegamos al lugar en que estamos atañe, entonces, a los instrumentos utilizados y a los modos en que se realizó el tránsito. La conservatización de la política fue solo uno de los rasgos generales de estas décadas en los países capitalistas desarrollados o centrales, y apeló a los mecanismos legalizados de su propio sistema. En América Latina, los regímenes de “seguridad nacional”, las represiones abiertas y la imposición de un gran autoritarismo fueron la vía y los medios para reducir a las mayorías al arbitrio del gran capital. Solo después –y en las dosis necesarias a cada país– vinieron la “democratización” y la “redemocratización” controladas. La historia reciente de los colonizadores no es igual a la historia reciente de los colonizados.

El sistema que consumó genocidios en Guatemala y Argentina, y represiones terribles en tantos otros lugares, bajo el pretexto de la seguridad nacional, era hijo, sin embargo, de una tradición. El peso simbólico de la patria, la bandera, la república, no es pequeño en el caso latinoamericano. Nació de conmociones generalmente anticoloniales, y de eventos revolucionarios que reunieron a clases y grupos diversos, y que en algunos casos tuvieron extraordinarios componentes populares.

Los dominantes poseyeron una historia de viejas clases que fueron sustituidas por regímenes liberales autoritarios, de viejas relaciones hacendarias que fueron reemplazadas por abiertas modernidades, de sustitución de importaciones y nuevos empresariados mejor ligados al mundo capitalista, de viejos partidos clientelares que fueron suplantados por otros nuevos, de luchas democráticas por el estado de derecho, y de nuevos liderazgos populistas. Y eso siempre explotando y dominando a las mayorías, unas veces enfrentando a sangre y fuego las rebeldías o protestas populares, otras veces manipulando al pueblo, y en ocasiones conduciéndolo en jornadas revolucionarias. Junto a un proceso de supeditación de los dominantes a los centros del capitalismo mundial, hemos tenido una historia de hegemonía burguesa en América Latina, una historia del capitalismo propio. Esto se ha ido acabando en los últimos 30 o 40 años.

Durante gran parte de esas décadas se apeló a la más dura represión. No solo hubo represión: ella fue central para la dominación burguesa. Cuando se juzgó necesario, se golpeó a sectores o individuos ajenos a los dominados, pero la gran mayoría de las víctimas fueron de la gente común. Sufrieron terribles desilusiones aquellos que creían que los sectores

modernos e industrialistas –también llamados burguesía nacional– iban a protagonizar una época de avances contra el atraso, el imperialismo y su aliada nativa, una clase dominante arcaica o anticuada, “semifeudal” y “compradora”. Resultó que la acción de los modernos fue totalmente contrarrevolucionaria, antipopular y aliada al imperialismo. Esa alianza ha producido una evolución que hizo de América Latina una región del mundo mucho mejor articulada que nunca antes al capitalismo mundial.

El proceso de centralización y concentración de capitales del último tercio del siglo XX ha sido descomunal. América Latina no quedó al margen de él. La intimidad de los lazos que se han establecido entre los países latinoamericanos y el centro imperialista es tal que el espacio de autonomía de los poderes de la región está desapareciendo. La soberanía nacional y la autodeterminación de los Estados formaban parte de la doctrina y se enseñaban en todas partes. Después de la defensa a sangre y fuego de la “seguridad nacional” contra nuestra propia gente, los gobiernos legales llamados democracias no consiguen éxitos en cuanto a defender la soberanía de cada país frente a los designios del gran capitalismo. Hace varios años le escuché a una persona que después ha desempeñado cargos importantes el concepto

de “soberanía limitada”: en el mundo de hoy ya no es posible sustentar la idea de la autodeterminación ilimitada y la soberanía de las naciones (¡de nuestras naciones, claro, no de las de ellos!). Nos gustaría tenerla toda, pero es imposible. La soberanía, como tantas cosas, debe limitarse. Me aterró.

Está en curso en América Latina y en una enorme parte del planeta un proceso de recolonización, una recolonización pacífica del mundo. Las clases dominantes latinoamericanas no se oponen a él, lo aceptan o son cómplices activas, según sus posiciones, intereses y posibilidades. Los Estados y sus gobiernos consienten en los recortes progresivos y sucesivos de sus atribuciones, en nombre de sus propias abstracciones, como la democracia, o de las que les han ido recetando, como “los derechos humanos”, la “lucha contra el narcotráfico”, o “contra la corrupción”. A inicios de siglo se nos consideraba eternos niños, a los efectos del garrote, la zanahoria, el cobro de deudas o la civilización; al final del siglo se celebra nuestra madurez al ver como aceptamos o colaboramos en todo eso con gran urbanidad.

La centralización del sistema económico y de las formas de dominio internacional del capitalismo es la fuente de este poder tan grande sobre las economías, los Estados, la política y

las sociedades latinoamericanas. Su nombre verdadero es transnacionalización y poder del dinero parasitario. Desde hace más de una década lo llamo así, y no “neoliberalismo”, porque en mi opinión el neoliberalismo es sobre todo una ideología.

El proceso fue llevado adelante con el concurso del poder de los Estados, que aplicaron políticas económicas junto a represiones, que usaron mecanismos extraeconómicos para fines económicos, como sucede siempre. Después, los gobiernos civiles de los Estados democráticos o democratizados les han dado continuidad a esas políticas económicas de las dictaduras, en correspondencia con el avance del proceso de dominio de la transnacionalización y el poder del dinero parasitario. Si no nos dejamos arrebatar la memoria podemos constatar esa continuidad.

Y desde hace unos 15 años se “adelgaza” a los Estados para que “abran” las economías, esto es, eliminen toda traba al dominio transnacional, y a la vez las “ajusten”, esto es, descarguen el peso de los cambios sobre la parte del ingreso, la capacidad adquisitiva y la calidad de la vida de las mayorías de cada país. Retrocede la legalidad de defensa del país ante el gran capital, retrocede la política social que redistribuía algo del ingreso hacia más amplios

sectores del pueblo, retroceden normas de convivencia procedentes de la tradición de los contratos sociales; pero avanzan la utilización de los mecanismos del poder político en favor de las nuevas formas de integración internacional con el gran capitalismo y la impune formación de mafias formidables para todo tipo de negocios, mientras –al fondo de los eventos y las alternancias de los políticos– permanece la continuidad del Estado, cuyos medios de actuación, decisión y represión siguen fuera del control y la fiscalización de los ciudadanos. Frente al proceso de dominación económica actual, las “economías nacionales” carecen de autonomía, no tienen posibilidad de integrar modos de vida que satisfagan a amplias partes de la población y no pueden servir a proyectos nacionales. Salen sobrantes la soberanía, una parte del empresariado, los jueces y gran parte de los funcionarios y empleados de los Estados, las fuerzas armadas y los legisladores, y, sobre todo, una parte creciente de la población de cada país.

Es la naturaleza excluyente del desarrollo actual del capitalismo la que hace crecer el desempleo; ya no habrá más ciclos de expulsión y atracción de masas de trabajadores, regidos por crisis y bonanzas del capitalismo. Al fin empieza a aceptarse la realidad de que el

desempleo es estructural. Pero no es natural, no es el desempleo que exige la economía en general para “desarrollarse”: es el desempleo que exige el capitalismo actual. Es un rasgo y una debilidad que nace de su orientación al lucro, de su carácter antihumano. No lo pueden cambiar. Es una debilidad y un riesgo potencial muy grande, y ellos no pueden solucionarlo.

El empobrecimiento de los latinoamericanos es una tendencia central de esta época. Después de un crecimiento de las proporciones generales del ingreso y de la participación de amplios sectores en el aumento del ingreso nacional, esa tendencia se frenó hace 30 años. Hasta hoy ha descendido intensa y firmemente la parte de los trabajadores y de las mayorías en el ingreso. Están mezcladas en nuestra gente las experiencias duras u horribles de las grandes represiones y la conciencia de que se tiene menos y se puede aspirar a menos. El sentido último de la eliminación de la memoria por las acciones de la dominación es completar el cuadro de desaliento de los “viejos” con la formación de nuevas generaciones que carezcan de experiencias y de conciencia; lograr que la situación de empobrecimiento sea natural, no social, que el imperio del egoísmo de todos, del lucro de las minorías y del poder del capitalismo se considere lo natural, no una opresión

social. Necesitan ese formidable retroceso después del inmenso crecimiento que tuvo la cultura política. Pero puede serles muy difícil llevar a cabo su tarea.

El mito de la centralidad de la economía vigente, y de su intangibilidad cumple, entonces, funciones principales. Refiere los males que sufren las mayorías a algo “objetivo”, “externo” e incambiable, porque nadie tiene en sus manos la capacidad de hacerlo. Las políticas económicas, y en última instancia toda decisión de envergadura y toda conducta sensata, están sujetas a esa premisa férrea. Mientras el sistema de dominación en cada país es subordinado y cómplice del capitalismo central, el mito sugiere que no hay tal responsabilidad, porque el tipo de economía vigente, tan perjudicial a las mayorías, es resultado de un orden mundial, algo impuesto desde afuera, inapelable, pero del que nadie en el mundo tiene culpa; el mundo es así. Por otra parte, si ya no son posibles los proyectos, sí lo son todavía los comportamientos: “ajustarse”, “abrirse”, “ser eficientes”, “flexibilizar”, son los verbos requeridos. Su signo es claro: colaborar y esperar. El presente es fatal, el futuro incluye una vaga promesa: sobrevivencia y buena conducta pudieran ser premiados de algún modo, aunque todavía no se sepa cómo.

Detrás de esa centralidad de una economía que es ajena se esconde también la debilidad de las hegemonías nuevas. Las viejas hegemonías latinoamericanas fueron arrastradas por las modernizaciones y por los cambios del período reciente, pero las nuevas clases dominantes de la mayoría de los países carecen de rasgos fundamentales para que pueda hablarse de la consolidación de nuevas hegemonías. Sin gestas propias ni memorias de conducción de mayorías, sin base en amplios sectores intermedios, sin dominio apreciable sobre la autodeterminación nacional ni la economía, la hegemonía de las clases dominantes no está establecida, y en algunos casos se reduce a equilibrios. Sin proyectos, sin mucho que repartir y sin dominio sobre el pasado, tienen demasiadas carencias. El imperio de la “economía” esconde la mezquindad de la política, que ofrece a la ciudadanía un teatro muy inferior a la cultura política que se ha alcanzado. Viejos partidos actúan como sombras, y la mayoría de los nuevos partidos muestran casi desnudos sus grupos de intereses. Sin haber subido los escalones de algún esplendor trágico, la política se asoma a la etapa de espectáculo. Los políticos se mueven en un mar proceloso, entre escándalos, cambios de monedas y cambios de personas. Se reclutan políticos profesionales

usualmente mediocres, pero también hay profesionales liberales, caballeros emprendedores y artistas, y algún que otro bergante ha llegado incluso a presidente de república. Pero, en términos generales, el consenso no adquiere visos de legitimidad. No obstante, si tienen tiempo y manos libres, quizás los dominantes terminarán por lograrlo. La historia tiene sus etapas. Si se deja pasar el tren del cambio histórico, hay que esperar el próximo, y el siguiente tren puede tardar 20 o 25 años, porque esos trenes no son diarios, ni anuales.

La otra carta fuerte de las clases dominantes de América Latina es que la mundialización de la hegemonía del capitalismo las favorece. Gracias a su naturaleza, la dinámica del capitalismo generó la única cultura en la historia de la humanidad que ha logrado una expansión de alcance y dimensiones universales. Su etapa actual le permite y lo obliga a librar una guerra cultural mundial que está en curso, a la que me he referido muchas veces en esta última década. La negación de posibilidad a toda alternativa le es inherente. Su alcance global, sus recursos y los medios que usa sirven también, en la práctica, a los dominantes locales de América Latina, aun si a veces no es esa su intención.

La guerra por el dominio de la vida cotidiana persigue, entre otros fines, homogeneizar la

información a escala mundial y formar la opinión pública que le conviene. Recuerdo nuestra angustia en 1986-90 al ver la televisión noche tras noche, porque los militares querían derrocar a la presidenta viuda de Filipinas. Nadie nos decía que los grandes propietarios rurales en Filipinas –entre ellos la familia de la presidenta– son el azote del pueblo. Nada tampoco de los guerrilleros que llevaban décadas peleando en Filipinas: solo hablaban de la viuda y de los malvados militares antidemocráticos. Esa información omisa, seleccionada *y* manipulada es hoy un arte, fino o burdo, *y* un acto impune al servicio de un totalitarismo ideológico. Los temas sucesivos que consumen las poblaciones convertidas en público configuran lo que antes se llamaba opinión pública. Los sentimientos mismos son “satisfechos” de cuando en cuando por eventos (la princesa Diana, por ejemplo), pero se aseguran con la forja sistemática del gusto de las personas. La telenovela es una de sus vías. Son formas de homogeneizar el gusto para facilitar la aceptación de la dominación en la vida cotidiana.

La vida ciudadana también es acotada de manera rígida. Solo son admisibles las declaraciones y los regímenes llamados democráticos, que deben copiar los modelos de sistema político y de ideologías de Europa occidental

o los Estados Unidos. El efecto en América Latina es muy notable. Realza ciertos rasgos de sus gobiernos civiles, como los procesos electorales o la existencia formal de tres poderes del Estado. De esa forma se cubren con retazos de tradición las nuevas realidades de la dominación política e ideológica. También parece como si al fin estuviéramos logrando el ansiado objetivo de parecernos a los países del Primer Mundo, cuando en realidad el sistema político en esos países tiene otras funciones y otra historia –por cierto, muchas veces no muy edificante–; cuando el estado de derecho del capitalismo está lejos de conseguirse o es parcial en tantas tierras, entre ellas las latinoamericanas; y, sobre todo, cuando en América Latina las relaciones y las estructuras sociales están atrapadas en los rasgos esenciales del sistema económico.

Hace 15 años, Frei Betto escribía que, respecto a la vida material, Brasil alberga en sí una Bélgica y una India. Hace 10 años recorrí una Calcuta en el centro de Lima. Quizás la paradoja más hiriente para el conocimiento en América Latina es ver que conviven esas realidades con la aceptación de que la vida no se puede vivir de otra forma que como en el capitalismo. Esa sobredeterminación de fuente mundial favorece a las clases dominantes latinoamericanas.

Pero, a la vez, es un índice de su debilidad, porque las va reduciendo en términos culturales a ser clases cada vez menos nacionales.

¿Qué peso llegará a tener y quién controlará la internacionalización, la mundialización? ¿Qué puede desatar, quién la utilizará finalmente y para qué? Por lo pronto, los políticos tienen que ser nacionales. Siempre recuerdo a un cantante que ofreció ser un presidente de nuevo tipo en su país y cerró su campaña con un discurso ecológico. Su adversario cerró su campaña con un discurso violentamente nacionalista. Y ganó. ¿Por qué? Los votantes fueron sensibles a ese nacionalismo. Si hubieran votado los ecólogos de todo el mundo, habría ganado el otro. Ahora acaba de ganar una señora del partido opuesto al del discurso nacionalista. En suma, debemos distinguir entre las tendencias históricas y las situaciones, la conciencia y las luchas del día.

Si escojo algunos rasgos muy centrales para terminar esta parte, diría que el capitalismo latinoamericano actual tiene un límite dramático: muestra ser un sistema en el que unos pocos obtienen ganancias y poder mediante la subordinación, la complicidad y las mafias, pero no sirve para ofrecer vida material decente ni esperanzas a las mayorías. Y sus clases dominantes no logran obtener legitimidad,

porque no gobiernan las tradiciones, ni tienen autonomía y capacidad de maniobra, ni hacen propuestas de futuro. Y todo eso se sabe. Hay una gran cultura adquirida y todo eso se sabe.

Sus enemigos reales o potenciales tienen también límites tremendos. En general, los opuestos al capitalismo no pretenden el poder. Sus formas de organización, sus formas de presión, sus formas de lucha, sus ideologías no tienen suficiente base social para actuar con éxito dentro del sistema de dominación vigente. El otro aspecto es que no muestran suficiente vocación creativa para la subversión.

3. EL “SUJETO POPULAR”

¿Cómo es el sujeto popular? ¿Cómo es nuestra gente? Ante todo, no es necesariamente nuestra. Podemos atribuirnosla, confundiendo deseos con realidades, la potencia con el acto. No lo hacemos por mala intención, ni por engañar a nadie. Es lo normal cuando la unión de protesta y adecuación ya se expresa políticamente en una sociedad que haya quienes se atribuyan la representación del pueblo frente al sistema, como por innatismo, por un destino o una misión. Lo anormal es conducir realmente al pueblo contra el capitalismo, conseguir una unión

de planes, líderes, masas, conciencia, organización, sueños, decisión, capaces de barrer con el capitalismo y crear una vida nueva. Por eso son tan insólitas y anormales las terribles y maravillosas revoluciones. Ya es bastante anormal que aparezcan indicios de la posibilidad de un gran cambio.

En segundo lugar, la gente vive en su diversidad, y no en la unidad. Eso también es lo normal. La diversidad es local, regional, económica, de género, política, religiosa, étnica, ideológica, racial, de todos los tipos imaginables. Lo anormal es la unificación de diversidades. Puede suceder o conseguirse por un tiempo o transitoriamente, por determinados motivos. Ya eso es algo. Creo que siempre es una ganancia, es una escuela, pero es un logro muy insuficiente. La diversidad no es una argucia o una conspiración de los burgueses, ni es tampoco una bendición para los que luchamos contra el capitalismo. Es una característica de la gente.

En tercer lugar, la gente vive en su cultura, y, por tanto, vive sus culturas. Siempre existe una compleja integración de las formas culturales, con predominio de una estructura que fija lugares, alcances y valoraciones para cada forma, asegurando mediante la dominación cultural que la reproducción de la vida social sea a la

vez la de la dominación. Un error de la izquierda es, por ejemplo, no advertir que las mayorías respetan y tienden a acatar las jerarquías. Muchos creen que el presidente de la república debe ser un doctor y no un tornero mecánico, y, por tanto, votan por el doctor. Cuando yo era muy joven, el dirigente máximo de una organización de izquierda fuerte y muy establecida en un país entonces democrático no me pudo explicar por qué ellos le llamaban *lumpen* a la gente más humilde, esto es, por qué desprecian a la gente más humilde, en vez de pensar que si tienen tanto apego a la sobrevivencia es por ser tan pobres, y que si conseguimos ganarnos su confianza quizá puedan dar una ayuda inestimable a los procesos de liberación.

Un fenómeno más eventual y reciente, pero muy importante, es que en cierto número de países se ha conseguido implantar una cultura más conservadora en el terreno de lo político. El poder y los medios a su servicio la promueven con descaro o con astucia. Pero gente común llega a creer y a decir que “al menos los militares no robaban”.

Sin embargo, la dominación cultural no es un escenario fatal en el que todo es funcional: es un teatro de conflictos y adecuaciones, de renovaciones y nuevos conflictos. En lo esencial, hoy el capitalismo está ejerciendo

el control, pero en la cultura de las gentes y sus expresiones hay un inmenso potencial de rebeldía.

La movilización social es uno de los factores de cultura política más relevantes de América Latina. La capacidad de movilización social ha crecido de manera descomunal en las últimas décadas, y pese a retrocesos puntuales, de una u otra manera incluye a decenas de millones de personas. ¿Qué relación tiene este hecho social con nuestro tema central? ¿Qué relación tiene con las debilidades de la política anticapitalista? Ese es un problema principal.

Se han multiplicado las autoidentificaciones. Ha crecido la propia estimación de muchos millones de personas. “Un indio de mierda”, por ejemplo, era una expresión muy usual. Ya no lo es, nadie la dice en público. Desde México hasta Argentina, los descendientes directos de las poblaciones autóctonas se autoidentifican, y muchos se precian de serlo, identifican y rescatan en lo posible sus culturas, se organizan para defender sus derechos y su identidad, prueban a aliarse o ir juntos con otros grupos desposeídos y con otras culturas subalternas, entendiendo y practicando otra diversidad social. Cosas análogas pueden decirse de otros grupos sociales,

numerosos y diversos. Identidades, autoestimación, demandas, organizaciones sociales se han multiplicado a un grado impresionante.

La identificación del enemigo es mucho menor. Los ámbitos en que existe y se ejercita son sectoriales, parciales, locales. Pero los conceptos “sociedad civil” y “movimientos sociales” han salido de los libros, aulas y foros académicos, y están en los medios masivos y en las reuniones, las publicaciones y la prosa de los activistas populares: ningún político se atreve a ignorarlos. Entro en este terreno polémico presentando los hechos, que en sí no son ni “malos” ni “buenos”. La diversidad social expresada en movimientos no es, en sí misma, una función de la política de nadie. Eso dependerá de múltiples variables y, sobre todo, de las actuaciones.

Los movimientos sociales me parecen escuelas en varios sentidos: escuelas de actores sociales, de concientización social, de luchas sociales, de formación de grupos calificados; escuelas de tácticas y de imaginación, que es un producto que a veces está en falta. Forman grupos de presión, de negociación, de conflictos, grupos de gestión económica, de satisfacciones personales y grupales, escuelas para enfrentar la cotidianidad y grupos para enfrentar la cotidianeidad; permiten estrategias de vida

y son expresiones culturales frente a la cultura nacional, que es la cultura dominada por la clase dominante. ¿Son o serán escuelas de actuación política? ¿Qué efectos le harán a la política que se opone realmente al sistema capitalista, y qué podrán aprender de ella?

Es absurdo presentar el problema de “lo social y lo político” como si ambos estuvieran en el aire y destinados a ser relacionados de un modo u otro, que además, supuestamente, lo definirá todo. Demasiadas veces hay un hueco entre ese abstractismo y los problemas acuciantes y concretos. Por otra parte, debates como los sostenidos alrededor de las ONG no son más que escaramuzas acerca de los grados de perversidad de lo que hace el enemigo. ¿Y qué hacemos nosotros?

Está claro que las prácticas específicas son las que definen a quién sirve lo que se está haciendo, y las que brindan experiencias. Pero es indispensable hacer análisis, y ellos deben tener en cuenta las estrategias de sobrevivencia de los implicados, las graves necesidades e insuficiencias de la política burguesa hegemónica, las acciones del gran capitalismo mundial, las derrotas y las imágenes de la política opuesta al sistema, las tendencias a adecuarse a la dominación, el potencial de rebeldía, etc. Solo desde esta complejidad será lícito preguntar hasta dónde los

movimientos sociales son funcionales o están en conflicto con los sistemas de dominación vigentes. O hacer preguntas más generales, como, ¿la movilización social implica desmovilización política? El mundo social, ¿hasta dónde pesa frente a las gestas y los proyectos conocidos, que son los nacionales y los de los próceres de la historia que se escribe? Hablamos de grupos sociales, pero no podemos olvidar que la individualización de tipo capitalista –la que “instituye individuos histórico universales, empíricamente mundiales” que decía Marx en 1846– al fin se ha logrado. El dinero reina a un grado nunca visto, con su “todo vale”. Reina la atomización de las personas, el hombre vuelto hacia sí, que a lo sumo admite a su familia inmediata.

Pese al “subdesarrollo”, en América Latina hemos llegado tan lejos en ese proceso como en los países del capitalismo más avanzado. Cada individuo solo en la multitud es el ideal contrainsurgente de hoy: hacia eso se dirige la ofensiva cultural mundial. Ella difunde y exagera cuatro rasgos, que aquí solo tengo tiempo para nombrar: el temor, la indiferencia, la resignación y la fragmentación. Es obvio que en la batalla cultural contra la dominación, las identidades y los movimientos de grupos sociales pueden ser baluartes de resistencia y lugares de iniciativas.

4. DENTRO Y FUERA DEL JUEGO

Por un lado hemos tenido “democratizaciones” de los regímenes políticos en los años ochenta y noventa. Sus consecuencias no son despreciables. No han cumplido ninguna de sus promesas, excepto la de mantener el sistema institucional y poner en juego periódicamente los cargos electivos. Algo es, aunque demasiado insuficiente. Por otro lado, el empobrecimiento causado por el sistema ha sido legalizado y bendecido por las políticas económicas de ajustes y desregulaciones, como único camino racional. En suma, se ha producido un desastre social tan grande que, si al pasar balance a los ochenta se les llamaba “la década perdida”, en esta década al parecer no habrá ni siquiera balance. A inicios de los noventa la CEPAL proclamaba la meta de “crecimiento con equidad”; ahora ya no se proclama nada. Hace una década se decía que todos los sacrificios eran necesarios para el desarrollo; hoy nadie se atreve a prometer el desarrollo. Simplemente, suceden las cosas. El desgaste del sistema político es grande, pero sigue funcionando. Las dos cosas son ciertas. ¿Por qué?

Anotaré solamente que el valor “democracia”, en su realidad y en su mito, es muy compartido por millones de personas activas que

estiman que al menos garantiza un sistema con derechos cívicos codificados. Otros millones le conceden intangibilidad al régimen vigente, remitiéndolo a un campo inerte, en el que no participan. Gran parte de los componentes de ambos grupos no creen que esos regímenes resolverán los problemas básicos de sus países.

Por el lado de los poderes, la gobernabilidad va ocupando parte del espacio ideológico que un día monopolizó la democracia. La continuidad y el poder eficaz del Estado autoritario hacen frente y complementan a todos los cambios de gobierno. Sus estructuras y funcionarios no fiscalizados ni controlados –y en gran parte no elegidos– ejecutan los actos represivos y administrativos que se consideran necesarios, y toman las principales decisiones. El Estado supuestamente débil y mal visto por todos es instrumento efectivo del poder de los grupos dominantes de cada país y es subordinado de los poderes del gran capitalismo mundial.

A pesar del autoritarismo, en general no se eliminan las reglas básicas de la legalidad. Como en todas las cuestiones de importancia, en cada país las prácticas se adecuan a sus rasgos específicos. Sigue siendo muy diferente en Uruguay que en Paraguay. En Perú, el autoritarismo apela al autogolpe, somete a la institucionalidad y obtiene después la reelección

presidencial. Y así en cada caso. Aunque la ideología dominante niega los conflictos, estos se forman sin cesar, se conjuran o estallan, persisten o son olvidados. La conflictividad de las actuales sociedades latinoamericanas solo puede negarse por maldad o ceguera. A veces asoma el motín, como en Caracas en 1990, aplastado por una gran matanza. Otros estallidos de furia popular, fuego y saqueo se alzan súbitos y desaparecen pronto. Esos comportamientos de masas desesperadas no concuerdan con los de esas mismas poblaciones ante otras clases de eventos, como suelen ser los electorales. Un tipo de conflicto crónico se relaciona con la marginación de poblaciones urbanas y la imposibilidad de viabilizar comunidades y aspiraciones: la informalidad incontrolable, el barrio “peligroso” y la delincuencia de los más pobres.

La violencia es abominada de palabra por los que dominan, y remitida ideológicamente a cierto pasado. Pero existe una violencia cotidiana, omnipotente contra todos los desvalidos. La del hambre es sorda y general, la que sufren la mujer y el niño es más notoria: ambas son impunes. La de la delincuencia común ha hecho famosas a un buen número de ciudades. El miedo es general, pero la seguridad se privatiza en favor de las clases altas y

medias. El arma de la violencia represiva sigue siendo usada contra las rebeldías, las protestas e incluso preventivamente. Tanta violencia en tantas formas merece ser tenida en cuenta. Los que discutimos sobre alternativas no debemos hacer caso a la exigencia de que condenemos toda violencia y la abominemos, aunque solo sea por sentido común, ya que existe tanta. En la escala más amplia de lo social, estamos obligados a darles a los conflictos, y a su análisis, el espacio que exige su trascendencia. Es un asunto vital.

Existen conflictos caracterizados por una organización muy combativa de sectores desposeídos y oprimidos que han ido lejos en su rebeldía. El Movimiento de los Sin Tierra de Brasil (MST) y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas son los más famosos. Cada uno en su circunstancia y con sus tácticas han mostrado gran creatividad, energía, unidad consciente en sus bases y determinación. La trascendencia de su actuación en sus países y en el continente es muy superior a sus logros específicos –diferentes en cada caso–, porque su mensaje moral y sus ideas tienen más largo alcance que sus actos, y porque son ejemplos vivos de que se puede ir más allá si se rompe el mezuquino rasero de lo establecido como posible.

Hay pugnas de otro tipo en toda la región. Ellas oponen a formaciones políticas de izquierda y centroizquierda a los partidos del sistema, en eventos electorales y otros palenques ciudadanos. El Partido de los Trabajadores (PT) de Brasil, el PRD mexicano, el Frente Amplio uruguayo, el FMLN salvadoreño son ejemplos de estos que luchan dentro de las reglas del juego. Son gobierno en varias grandes ciudades y algunas regiones, y han estado muy cerca de ganar la presidencia en un momento dado. Escuelas de ciudadanía, balance diversificador en poderes públicos, instrumentos de presiones sociales mediante la política, vehículos de luchas locales, formas prácticas de ejercitar ideologías opuestas al sistema actual, canales de ascenso social: esta política es una realidad que entronca en parte, o en situaciones dadas, con protestas populares, y es erróneo despreciarla. Es cierto que su peso, rasgos y posibilidades varían mucho de un país a otro, pero en general son un factor de disenso en la América Latina de hoy, y escenario del ejercicio de las actividades cívicas, esporádicas o constantes, de millones de personas. Nosotros solemos vacilar entre despreciar esa política o darle toda la importancia del mundo, a veces alternativamente, según perdamos las elecciones o nos acerquemos a ellas, o cuando se gana una importante alcaldía, por ejemplo.

¿Constituyen esas actividades un potencial de conflicto y el esbozo de una alternativa viable al capitalismo en América Latina? ¿O son funcionales al sistema, al darle una oposición imprescindible para la hegemonía en lo político, más necesaria cuando no existe ningún reformismo social? Las otras formas de conflicto a las que aludí, ¿pueden ser absorbidas o neutralizadas por los poderes actuales sin daños graves o huellas peligrosas? Toda respuesta a estas interrogantes está ineludiblemente mediada por un dato básico: el nivel de las luchas de clases en la América Latina actual es muy bajo. Las causas y condicionantes no son ignoradas por nosotros, pero el hecho está ahí. Se ha llegado a esta situación por un camino que traté de describir –para ayudar a que no se olvide–, y el reino de miseria y empobrecimiento de hoy no genera por sí solo, no sucede jamás, ninguna rebeldía organizada y eficaz. Es esencial que no creamos el argumento burgués de que ese bajo nivel es un éxito de la convivencia que nos conviene a todos. ¿Qué causas hacen persistir el bajo nivel de lucha de clases? Ya no se manda a pelar a los jóvenes, ni se hace desaparecer a decenas de miles de personas. En la ciudad de Rosario, donde nació el Che, reina el desempleo, y una asamblea de choferes de ómnibus acuerda reducir sus ingresos para

ayudar a sus patrones a continuar operando los ómnibus. ¿Dónde está el quid de la cuestión? No tengo las respuestas, solo pregunto. Pero tengo la convicción de que son interrogantes fundamentales.

5. QUÉ PROBLEMAS, QUÉ FUTURO

Se ha repetido hasta el cansancio que las derrotas llevaron a la izquierda, al fin, a considerar importante la política institucional. Esto es, la izquierda está compuesta de gente terrible que nunca le hizo caso a lo institucional, y solo el peso de sus derrotas la ha llevado a considerarlo. ¿De qué izquierda están hablando? Si es del conjunto de la izquierda, eso no es cierto. Es mejor preguntarnos a quién beneficia esa creencia absurda que a veces repetimos con satisfacción, como si fuera nuestra y nos sirviera de algo. Yo diría más bien que las luchas anticapitalistas de los años sesenta y setenta –Centroamérica de los ochenta no es igual– fueron, en general, primerizas, primitivas, insuficientes, sobre todo en sus capacidades de formar militantes y organizaciones y de conducir a las mayorías humildes y a capas medias a participar en las revoluciones y dejar de ser el público ante las dos minorías enfrentadas. Fueron insuficientes en cuanto

a operar teniendo en cuenta los datos sociales esenciales, y en cómo comprender y actuar ante las diversas coyunturas.

Es necesario que nos apoderemos de esas experiencias, que las conozcamos: ellas forman parte importante de la memoria histórica de las rebeldías. Si colaboramos en su demonización nos debilitamos todos. Pensemos lo que pensemos, creamos lo que creamos acerca del presente y del futuro, si creemos que los llamados subversivos eran bestias de izquierda, los matamos otra vez. Es un triunfo ideológico del capitalismo. Lo que quiere decir el “*nunca más*” oficial, sobre todo, es que nunca más haya una revolución. Los que dirigieron y llevaron a cabo la represión sí se comportaron como bestias, incluso frente a tradiciones de convivencia y frente al ideal del estado de derecho. Las formas hegemónicas fueron echadas a un lado durante todo un período en el cual se comportaron bestialmente, en Chile y Uruguay. Después de construir un estado de derecho y una democracia política, los echaron a un lado. En otros países con grados diferentes de desarrollo de la institucionalidad capitalista tuvieron dictaduras abiertas que se igualaron en bestialidad.

Por otra parte, en la historia de las izquierdas del continente ha tenido un papel enorme

la adecuación a la institucionalidad de las clases dominantes, y ha habido muchos casos de colaboración con sus regímenes. La izquierda tiene una larga historia de adecuación, que forma parte de sus tradiciones. La perspectiva histórica ayuda siempre, y en este caso también.

Nos deben la historia completa. Cuando uno ve el modo en que se narra la historia en la actualidad, y los olvidos a que es sometida, se da cuenta de las intenciones ideológicas de cerrar el paso a toda posibilidad de conciencia y organización que echen adelante las luchas sociales. La política institucional actual no es un gracioso regalo. Para la mayoría de la población de la región, que vivió bajo dictaduras, es el espacio cívico abierto después de ellas, que fue exigido por las protestas sociales y por el ascenso de la cultura política de decenas de millones de latinoamericanos. Nadie lo regaló. Eso es importantísimo. Lo ha exigido también la necesidad de reformular la hegemonía en cada país, por parte de las clases dominantes en busca de legitimidad. Las reglas del juego de los regímenes civiles son fruto de negociaciones y prenda de equilibrios.

En segundo lugar, la llamada democracia también juega con la estrategia general de los Estados Unidos y del gran capitalismo mundial. El primero sobredetermina el dominio

con sus cartas marcadas, con su “integración” y sus exigencias, su panamericanismo de fin de siglo. Pero la institucionalidad y la alternancia política son necesarias al modo de dominación actual del gran capital internacional, que he caracterizado de recolonización “pacífica” del mundo. Aunque periódicamente se refuerza con bombardeos y asesinatos masivos de civiles, el tipo político e ideológico de democracia del gran capital es un aspecto importante de su hegemonía y de su batalla cultural. La hegemonía burguesa en cada país latinoamericano trabaja con esa democracia, o se acerca a ella, o los Estados Unidos se la señalan como meta a alcanzar. Esta complejización del sistema implica algunos riesgos, pero toda reorganización y renovación del consenso con reformas de la dominación capitalista los incluye.

Uno de los rasgos más interesantes de la insurrección cubana de los años cincuenta es que se originó en un país en que se había desarrollado y legitimado un orden democrático burgués ejemplar en el Caribe y Centroamérica (exceptuada Costa Rica) y superior al de muchos países de América del Sur, orden que fue roto por un golpe de Estado militar. Los riesgos de la institucionalidad eran los de dominar a la gente con su consentimiento y no mediante la represión. Se rompió la institucionalidad,

afloraron otras características de la sociedad, apareció una nueva política revolucionaria, y, como se sabe, lo pagaron muy caro. Después he oído cosas absurdas, como la fábula de que la “vía cubana” había sido posible porque los cubanos siempre vivieron bajo dictadura.

¿Qué es ser de izquierda hoy? Las izquierdas, ¿indican las diferentes “situaciones objetivas” de los grupos sociales y naciones, o los diferentes modos de acción-organización y de concientización populares? ¿Indican los diferentes estadios de las luchas de clases? Estos cuestionamientos apuntan a otros problemas, entre ellos el de la discusión sobre el predominio de la determinación social como guía de la acción, o la acción que parte de lo existente para violentarlo. El problema del alcance de las ideas y del movimiento es también el problema de lo posible. ¿Nos estamos planteando estos problemas realmente? Tengo la sensación de que las cuestiones fundamentales no se discuten mucho.

Y ya en la senda de las incitaciones al debate y las provocaciones, ¿por qué las propuestas políticas de izquierda se parecen tanto, o no niegan, o no se oponen, o no son muy diferentes a las propuestas que hacen los dominantes? ¿Por qué todos están de acuerdo en que la eficacia y la calidad de la nueva política

anticapitalista están ligadas a nuevas relaciones entre lo político y lo social, pero en la práctica esas novedades no se producen o no prosperan mucho? Los proyectos que guían a los movimientos sociales populares, ¿son acaso más de izquierda que los proyectos políticos? La autonomía que tienen los movimientos sociales respecto al sistema, ¿es más aparente que real? ¿Será que esa autonomía es propia de su naturaleza y de su tipo de espacio y de acción dentro del sistema actual y que esa es la forma en que son funcionales al sistema? O bien, ¿será que los movimientos sociales populares son realmente formas de acumulación anticapitalista más factibles y más eficaces en la actualidad?

Para mí son preguntas acuciantes y graves, porque no creo que la política vieja sea capaz de leer este mapa, y mucho menos de cambiarlo, y tampoco creo que sea posible ninguna liberación humana y social sin dimensión y actuación políticas revolucionarias. Soy de los que creen que es posible la alternativa anticapitalista: por eso le presto tanta atención al hecho de que tantos millones no creen que esa alternativa sea posible. Es imprescindible librar la batalla cultural que cree espacios para negar la dominación, el poder y las jerarquías vigentes; que cree un campo diferente y opuesto al

capitalismo para la actuación y los proyectos nuevos, que instituyan nuevas personas y nuevas sociedades.

Por último, creo que América Latina necesita declarar su Segunda Independencia de proyecto. En este momento de mundialización desarrollada del capitalismo no puede, no tiene ninguna posibilidad de seguir un proyecto mundial que le ofrezcan. No sé si alguna vez la tuvo realmente, no opinaré aquí sobre eso. Pero en la actualidad le es indispensable crear un proyecto propio. No puede consistir, sin

embargo, en soñar otra vez con un bloque popular-burgués nacional, que hoy sería más que nunca burgués (sin apellido nacional) que conduzca a los famélicos populares ya demasiado desgastados para intentar algo serio. La construcción de esa propuesta latinoamericana será una gran aventura intelectual y práctica, si es que quiere tener alguna posibilidad de ser realizada: en la actualidad, la utopía resulta de un pragmatismo feroz. Tiene que ser una gesta de creaciones. Y debo repetir que tendrá que parecerse más a una cruzada que a una evolución.

PRIMEROS PASOS. PROYECTOS PARA EL PUNTO DE PARTIDA*

1. NOTA INICIAL

1) El problema general más grave para los anticapitalistas es el retroceso que han tenido en las últimas décadas las luchas de clases y de liberación, a escala mundial. Ese reflujo ha estado ligado a:

a) La maduración de las capacidades del capitalismo relacionado con: a) maduración de las capacidades de alta centralización para controlar a sus opositores: represivas, de eliminar espacios alternativos para países y sectores burgueses no centrales, de conservatización del campo político, y de una efectiva dominación

cultural que incluye la conversión en “naturales” de los tópicos antisubversivos, y la devaluación de las rebeldías;

b) La quiebra y desaparición hace 15 años de los regímenes que en el mundo usufructuaban la representación más importante del socialismo y sus ideales, que tenían capacidad disuasiva militar en la geopolítica de superpotencias y que daban ciertos espacios alternativos a varios países;

c) El final en el Tercer Mundo de la segunda ola de revoluciones del siglo XX y el arribo de esos países a callejones sin salida ante su debilidad económica y la incapacidad de dar satisfacción a las necesidades sociales. En el Primer Mundo, el agotamiento de las organizaciones políticas y sociales capaces de oponerse al sistema con proyectos propios, y de exigir demandas de trabajadores y ciudadanos.

* Texto preparado para el seminario *¿Reforma o revolución? Más allá del capitalismo neoliberal: concepciones, actores y estrategias*, publicado en: Martínez Heredia, F. 2004 “Primeros pasos. Proyectos para el punto de partida” en *Reforma ou Revolução? Para além do capitalismo neoliberal: concepções, atores e estratégias* (San Pablo: Expressão Popular) pp. 293-360.

Esos tres aspectos se han influenciado o condicionado entre sí, lo cual ha hecho más negativos los resultados.

2) La falta de alternativas “económicas” a la política de dominio y expoliación actual, como defecto principal atribuido a sus potenciales opositores, es un argumento secundario que solamente tiene algún peso por la realidad tan adversa expresada en el punto 1, ya que ninguna situación de conflicto agudo y de lucha política abierta contra el sistema se caracteriza porque los opositores hayan enunciado “alternativas” de política económica que serían “mejores” que las que aplican los que ejercen el dominio. En realidad una discusión en esos términos –que reduce el enfrentamiento a un supuesto debate sobre “economía”– permanece completamente dentro del discurso de la dominación.

3) Me parece sumamente difícil en la actualidad que movimientos de izquierda que no estén en el poder puedan formular proyectos que cumplan al mismo tiempo con las cinco condiciones enumeradas en las reflexiones para el Taller. Sin embargo, esas condiciones son una guía indispensable para el contenido de los proyectos anticapitalistas actuales, ya que en mi opinión esos proyectos tendrán que ser muy superiores a lo que parece posible, y mucho más profundos y ambiciosos que los elaborados hasta hoy, para que puedan ser viables.

4) América Latina y el Caribe expresa – desde su nombre mismo– una extraordinaria

diversidad de situaciones. Ellas son de numerosos tipos, sea en los diferentes aspectos de las formaciones sociales de cada país, o en las acumulaciones históricas, las historias contemporáneas y las coyunturas actuales, y hasta en los tamaños y los recursos naturales de países. La región carece de una fuerza propia y coordinaciones internas comparables a la de la Europa actual. Pero también tiene un conjunto excepcional de factores que le son comunes, y que no aludiré aquí, porque son muy conocidos y porque nos motivan a hacer análisis y reuniones como las de este Taller. Sin embargo, quiero llamar la atención sobre el grado de generalización riesgosa que tienen nuestros asertos cuando se refieren a la región como un todo, y las dificultades que aquella diversidad conlleva en materia de análisis y utilización de instrumentos.

Es obvio que el contenido de nuestros cuatro Paneles tiene numerosos puntos comunes, o de contacto muy intenso. Esto reforzará la calidad de la pesquisa y de los debates. Me beneficio entonces al eximirme de exponer cuestiones que me serían indispensables, pero habrán sido tratadas antes. Paso a presentar reflexiones que puedan contribuir al debate sobre el crucial problema de los proyectos y las acciones que son necesarios para que crezca y avance la

estrategia contra el sistema capitalista mundial de dominación actual, aunque lo haré, naturalmente, refiriéndome a América Latina.

2. ALGUNAS INTERROGANTES

Lo social hoy es igual a miseria generalizada, como consecuencia de la caída de las posibilidades de ganarse la vida y la decadencia de las políticas sociales (empobrecimiento), causadas por el dominio del sistema transnacional y del dinero especulativo, y las políticas económicas que exige. La política práctica alude a la miseria, pero no la considera realmente parte de su actividad: el sistema político ha logrado funcionar sin atenderla, y sin correr verdaderos riesgos ante ella. Las excepciones han sido estallidos populares sucedidos en los últimos 15 años, movilizaciones, protestas o rebeliones por causas sociales, y casi nunca originadas por enfrentamientos políticos. Esos estallidos han sido capaces incluso de derribar gobiernos, pero no de abrir paso a nuevos procesos de liberación o de autonomía efectiva del campo popular. Este es un dato básico para los análisis de estrategia, porque nos muestran a la vez uno de los potenciales grandes de rebeldía, y las mayores debilidades que padece la opción

anticapitalista. ¿Por qué a las rebeldías sociales no les corresponden logros políticos apreciables contra el sistema? ¿Cómo evitar que la dominación se reformule una y otra vez, a pesar del debilitamiento de las condiciones de su hegemonía?

La línea práctica que separa en las sociedades la vida de los incluidos de la vida de los excluidos es hoy central para el funcionamiento del sistema de dominación, porque le ha permitido desembarazarse hasta ahora del problema explosivo de que su modo de ser actual cierra el paso al desarrollo y crea la marginación de la cuarta parte de la población de la región, y un grave deterioro de la calidad de la vida de otra gran proporción, cuando los niveles escolares y de experiencias sociales y políticas de los pueblos son muy superiores a los de hace 40 años, y por tanto lo son las expectativas y el potencial de rebeldía. A pesar de sus ideas y sus intenciones, la política del campo popular no logra superar su ámbito social restringido y su matriz limitada respecto a los problemas esenciales. ¿Cómo logran sostener los dominantes que la línea divisoria sea entre incluidos y excluidos, cómo actuar contra ella, y lograr que cambie la línea principal de identidades y la formación de un bloque popular para luchar por los cambios contra el sistema?

La separación entre excluidos e incluidos es una de las causas de la falta de unión entre las luchas sociales y las políticas, pero no es la única. Existen otras dimensiones, dentro de los incluidos, en que esa unión no funciona, ni está cercana. En este terreno opera la antigua separación entre los sectores de los dominados, debida a intereses, identidades, concepciones, prejuicios, vehículos y acciones diferentes, que a veces los oponen entre sí. Esa disgregación es alimentada y aprovechada por las clases dominantes, que unen a su vieja sabiduría una nueva ventaja: el retroceso de las luchas de clase y de liberación referido ha dejado a los opositores sumamente débiles en cuanto a organizaciones políticas, sindicatos, *asociatividad*, autoconfianza, estrategias y proyectos, mientras la tremenda expansión de la miseria y la marginación modifica las condiciones de reproducción del sistema a favor de los explotadores dominantes, y su conversión en hechos naturales refuerza entre los incluidos una cultura del miedo, la indiferencia, la resignación y la fragmentación. ¿Cómo enfrentar las tendencias al *“sálvese quien pueda”* y al *desarme que padecen sectores incluidos dominados que podrían desempeñar papeles principales en la puesta en marcha de procesos*

liberadores? ¿Qué tipo y qué contenidos de concientización y de organización serán necesarios?

La participación subordinada en el sistema democrático de dominación ha sido la línea predominante de actuación política de los que se oponen a aquel. Pese al profundo desgaste de esa democracia –ocasionado por el desastre social, la incapacidad en cuanto a sostener economías nacionales, políticas sociales y satisfacción de necesidades básicas o niveles medios de vida, soberanía y proyectos autónomos, la corrupción política y administrativa y el simple recambio de grupos–, los opositores a las clases dominantes y el imperialismo se atienen a las reglas del juego de esa forma avanzada de dominación que es la democracia, la cual parece combinar bien en América Latina la eficiencia de su propuesta general con la ineficiencia suma en sus prácticas. El resultado es que no predominan los avances en cuanto a convivencia social, bienestar general, goce de derechos y participación en el gobierno que deben caracterizar a una democracia, pero no se consuma la deslegitimación de los que dominan –un elemento que tiene importancia crucial para que puedan existir cambios sociales radicales–, ni sus opositores parecen acumular fuerzas como resultado de ciertos éxitos obtenidos en niveles

locales,¹ aunque seguramente sí acumulan experiencias. ¿Es una trampa insuperable pero inevitable esa participación que hasta ahora no tiene éxito en cuanto a cambios en el sistema, es un nudo gordiano que hay que cortar, o habrá que encontrar formas de lograr cambios radicales por esa vía?

Durante toda la historia de las ideas y los movimientos de liberación contra el capitalismo ha habido temas de discusión en el interior de ellos que se han vuelto centrales, y esos debates han sido un signo de vitalidad muy positivo para quienes se han impuesto la tarea de cambiar tan profundamente el mundo y la vida. En las difíciles condiciones actuales los problemas de la organización y del poder son los que han recibido mayor atención. En realidad, el primero parte de la profunda crisis sufrida por las organizaciones políticas de izquierda, y de la valoración muy crítica que se tiene de ellas en las condiciones combinadas de las derrotas de los movimientos populares, el grotesco final del socialismo real y el notable crecimiento de los niveles de cultura política de millones de personas. Una nueva generación ha crecido

ajena al viejo ambiente partidario, y la mayor parte de los activistas no quiere repetir los caminos errados ya conocidos. La cuestión del poder también tiene los mismos referentes, pero en ella inciden otras dos variables: a) el lugar y el prestigio que han ganado en las últimas décadas los movimientos sociales, en las luchas por demandas, las identidades y la actividad cívica general; b) la gran confusión que existe entre la crítica concreta a los Estados capitalistas subordinados que han abandonado la mayor parte de las funciones sociales positivas que tenían y están en manos de camarillas cómplices del imperialismo, por una parte, y la crítica abstracta a todo Estado y a todo poder como algo perjudicial por sí para el campo popular. Se llega así a pedir a los que nunca han tenido en sus manos los instrumentos de los cambios, que no pretendan nunca tenerlos. Esto solo beneficia a los que sí detentan el poder. ¿Cómo llevar las cuestiones de la organización política y del poder al terreno del servicio a las prácticas populares, y de su preparación para conquistar la dirección de los procesos sociales? ¿Es necesario desarrollar una nueva concepción de la organización política y del poder, para que puedan existir y tener éxito movimientos capaces de dirigir la sociedad y hacer los cambios?

1 El caso del gobierno actual de Brasil seguramente será analizado en este Taller.

La pacificación de la existencia y la renuncia al recurso a la violencia es uno de los ideales que forman parte de los logros culturales del siglo anterior. El sistema capitalista niega la puesta en práctica de ese ideal, al imponer a una parte de la población mundial la miseria, que desata la violencia cotidiana del hambre, la desnutrición, las enfermedades evitables o curables y la falta de capacidades y oportunidades, fomenta la agresividad en las relaciones humanas, la delincuencia y otros males sociales, y al exigir al resto el egoísmo como actitud básica en sus relaciones, y situar al dinero y el éxito como centro de la vida. También niega la paz la práctica capitalista cuando ejerce su dominación utilizando la violencia de muchas maneras en cada país, y como instrumento de poder del imperialismo a escala internacional mediante guerras sucias y abiertas, y en la actualidad con su escalada guerrillera abierta. Sin embargo, el sistema utiliza a su favor el ideal de la paz, execrando en abstracto toda violencia, y sobre todo como parte de la campaña mundial de “guerra contra el terrorismo” iniciada en septiembre del 2001. Mientras, las ideologías del campo popular actúan a la defensiva en este tema, entre los antiguos tópicos de la “lucha por la paz” y la sujeción a la prisión del lenguaje del adversario, superadas por la

guerra cultural imperialista. ¿Son posibles los cambios profundos que se necesitan sin apelar a la violencia revolucionaria? ¿Cómo volver a analizar y debatir los problemas de la violencia en los procesos de liberación de las personas y las sociedades?

En la etapa reciente está siendo sometida al olvido –o al desprestigio y devaluación moral– la memoria de las luchas, de las victorias y experiencias derrotadas, los logros reales, la capacidad de negociar con éxito o de presionar, que produjeron a escala mundial durante el siglo XX las clases populares y los pueblos en rebeldía. Ese fue el siglo de la puesta en práctica de las ideas anticapitalistas desarrolladas por los pensadores y los luchadores europeos del XIX, de la generalización de los movimientos anticoloniales y antineocoloniales, de las revoluciones socialistas de liberación nacional, de la mundialización de las ideas y los movimientos. Es cierto que fue también un siglo de grandes tragedias en todos esos campos, que mancharon los ideales y descalificaron a regímenes, y que expresaron la *primitividad* y los desaciertos de los grandes retadores de la dominación y la cultura capitalista. El desastre final de la URSS y los demás regímenes del llamado “socialismo real” añadió un formidable desprestigio para el socialismo y un descrédito

del marxismo. Pudiera parecer más prudente comenzar otra vez desde cero, pero eso –además de ser imposible– sería privar a los que intentan pensar y luchar de una maravillosa acumulación cultural de liberación que pertenece a la humanidad. ¿Cómo lograr recuperar la memoria histórica de las ideas, los sentimientos y los movimientos prácticos de liberación, sin caer en prejuicios, exclusiones, ni ocultamientos, cómo lograr que brinde autoconfianza, orgullo, experiencias muy valiosas en todos los campos, concepciones, motivaciones y fe en que un mundo diferente y mejor es alcanzable, y en la victoria?

Esta es solo una selección de interrogantes, pero confío en que atañe a cuestiones principales para los objetivos de nuestro Taller.

3. MIS CRITERIOS GENERALES SOBRE EL TEMA

Aunque ya he expuesto algunos en los acápites previos, quisiera reproducir aquí ciertos pasajes de diversos textos míos para contribuir también a la discusión mediante una de las tantas elaboraciones con que contamos acerca del tema. Como sucede en estos casos, mis criterios se sostienen a partir de una organicidad

con otros juicios y aspectos conceptuales que no expongo, y con un determinado compromiso personal.

El crecimiento impetuoso y desatado de las desigualdades en el mundo se hace público y se trivializa. Una nueva manera de ocultar consiste en mostrar “todo”, en realidad de manera controlada, con medios, modos y gentes controladas. La forma actual de mundialización capitalista se viste de “inevitable globalización”, la democracia se somete a un reduccionismo feroz, y se anuncian “luchas mundiales” contra el narcotráfico o la corrupción. El reino del determinismo económico más grosero quiere reducir el campo de las actitudes y los pensamientos posibles, acotar los sueños, pero no lo hace solamente porque la miseria, la explotación del trabajo y la marginación sean hoy demasiado escandalosas. Se ha producido a la vez en estas décadas un inmenso aumento de los participantes en la vida política y social, y un enorme crecimiento de la cultura política de muchos millones de personas. La complejidad del involucramiento de esas multitudes, y sobre todo el signo que lo presidirá –subordinación o rebeldía– constituyen los grandes retos actuales. El capitalismo está obligado a luchar por excluir la autoidentificación de los oprimidos, su identificación del enemigo, sus tendencias a

unificar esfuerzos, organizarse y proyectar caminos. Se trata, en fin, de excluir las luchas de clases (Martínez Heredia, 1999 [1998]: 169).

La alternativa revolucionaria socialista es la única capaz de: enfrentar con éxito las necesidades de sobrevivencia de las poblaciones; detener la entrega progresiva de la economía, la soberanía y las decisiones nacionales al capital transnacional y a Estados Unidos; reorganizar los países mediante la participación popular superior, que son los poderes populares, en función de los objetivos anteriores; desatar las fuerzas que sí tiene América Latina, las de las personas, si ellas se motivan, se organizan, se vuelven solidarias, se cambian a sí mismas y a su entorno, se apoderan de su memoria histórica, en busca de su realización como seres humanos. Es la única opción razonable y práctica ante el cúmulo de factores que aplastan a las mayorías, la tendencia a agravarse esa situación según avance la transnacionalización subordinada, el carácter externo a la región y no influenciado por ella de los poderes que dominan esa transformación capitalista, y la relativa debilidad que todavía tiene la dominación interna.

La alternativa tiene que ser revolucionaria porque la clase dominante no tiene fuerza y consenso suficientes para manejar un proyecto

propio que le dé base social y reparta al menos esperanzas, y la tendencia probable frente a problemas sociales graves sería extremar el autoritarismo. Porque no hay campo para evoluciones reformistas si no son apoyadas o impuestas por movilizaciones y presiones masivas, y el reformismo muy respetuoso y legalista en países en que no suele estar completado el estado de derecho difícilmente será atendido por unos ni por otros. La alternativa a la vez tiene que ser socialista porque es el único marco suficiente para tareas tan ambiciosas como las que se ve obligada a tener, que implican actividades y cambios tan profundos de las personas. Los valores socialistas son el referente humano frente a la exaltación del interés egoísta, el mercado y la moral fundada en el costo-beneficio, en un mundo en que la inmensa mayoría ni siquiera tiene oportunidad de sacar provecho comportándose de acuerdo a estas normas.

Esta alternativa socialista no fructificará si no tiene en cuenta por lo menos lo siguiente:

- lograr la constitución progresiva de coaliciones representativas realmente de la cultura nacional popular de cada país. Las formas organizativas y el liderazgo tendrán que ser por tanto democráticos;

- solo un largo proceso llevará a la liberación socialista, y solo comportamientos que desde el primer momento crezcan hacia ese horizonte garantizarán el triunfo;
- solo el protagonismo popular dará fuerzas suficientes y persistencia al proceso, y evitará su desnaturalización. Esto condicionará a las organizaciones, la estrategia y tácticas y a la educación política;
- una parte del movimiento y del pensamiento neorreformista será indispensable para que el proceso revolucionario se desarrolle; la unión de ambos negará a los otros aspectos del neorreformismo. A su vez, el proceso revolucionario realizará las reformas fundamentales.

[...]

Reforma y revolución, no reforma o revolución, tiene que ser la palabra de orden. El espacio de las reformas es el que no puede cerrar hoy el sistema sin arriesgar demasiado; si esas reformas se proponen alcanzar y profundizar la democratización tenderán a afectar las bases mismas de la dominación. En ese espacio confluyen también los sectores y personas que tienen intereses o ideales opuestos a la transnacionalización antinacional, a la corrupción, etc. El bloque popular posible en la actualidad es el que

reúne medidas y necesidades identificables con la emoción que moviliza y los proyectos de vida por los cuales la gente se motiva más allá de un interés inmediato. Que lo anterior adquiera realidad exige entendimientos y coordinaciones, y cuando ese bloque popular se desarrolle exigirá unidad entre los que compartan intereses e ideales (Martínez Heredia, 1992).

La alternativa al capitalismo actual es el socialismo. Parezco demasiado concluyente, pero en realidad no existe alternativa dentro del sistema vigente para detener el despliegue arrollador de su naturaleza antihumana y rapaz, no digamos para revertir la situación que ya ha creado. Pero mi afirmación no es más que una postulación, que debe enfrentarse a un fuerte grupo de preguntas y desafíos. El socialismo, ¿es una opción realizable, es viable?, ¿puede vivir en países o regiones del mundo, sin controlar los centros económicos del mundo? ¿Es un régimen político y una forma de distribución, o está obligado a desarrollar una nueva cultura diferente, opuesta y más humana que la del capitalismo? ¿Por su historia no está incluido también en el fracaso de las ideas y las prácticas modernas que se propusieron perfeccionar a las sociedades y las personas?

Es imprescindible entrar a fondo a esos cuestionamientos, por una razón muy práctica: el

socialismo va a emerger otra vez como propuesta para este mundo, y eso lo hará avanzar como promesa y volver a presentarse como política y como profecía. Pero no le será posible intentarlo sin saldar sus propias cuentas, sin radicalizar y transformar sus proyectos, sin rediscutir y hacer avanzar su teoría, sin partir de la situación real actual, sus datos desfavorables y favorables y sus tendencias, con el objetivo de cambiarla hasta su raíz. Este socialismo renovado necesitará, entre otras cosas, gran claridad y compromiso con los tiempos pasado, presente y futuro, una gran audacia, ser atractivo y ganarse la conducción de la esperanza. En síntesis, deberá crear la alternativa (Martínez Heredia, 2001: 11-12).

Saquémosle sin temor provecho a nuestras desgracias: no nos salvará el refugio suicida en lo que es indefendible del pasado, ni creernos fuertes en el ejercicio de las formas de mandar y obedecer que nos son conocidas, ni la roña dogmática de los clérigos sobrevivientes. *El proyecto de socialismo para el siglo XXI tendrá que ser mucho más radical y ambicioso que los que han existido.* Un socialismo de las personas y para las personas, de los grupos sociales y para ellos. Pero, ¿cómo será factible ese socialismo? Sin organización no llegaremos jamás a parte alguna. Entonces se trata de no crear monstruos y llamarle

organizaciones, y reverenciarlas como ídolos. Crear instrumentos para que caminen, piensen y sientan el hombre y la mujer que quieren ser libres. La libertad y el socialismo tienen que ser muy amigos, y si es posible deben tener amores. Luchar por hacer realidad el proyecto socialista, y no por menos, es a mi juicio imprescindible. Para eso siempre será necesario osar construir un poder de transición socialista, y defenderlo. Tendrán que marchar unidos el poder y el proyecto. No se trata de que uno niegue al otro, pero el primero tiene que estar al servicio del segundo.

Sin política socialista no habrá futuro socialista. Pero ella no consiste en que las organizaciones y el poder socialistas logren evitar las debilidades y los peligros que supuestamente le aportan el ejercicio del albedrío y los sentimientos de las personas, y el diverso entramado y las inclinaciones de los grupos sociales. Se trata de que las organizaciones socialistas y el poder de los socialistas consideren al albedrío, a los sentimientos, a la diversidad, a las inclinaciones de sus personas, de su gente, como lo que en potencia son: la fuerza suya, el vehículo suyo para la liberación. Y la necesidad suprema suya, *porque sin esa comprensión no habrá proyecto factible, no habrá organización imbatible, no habrá socialismo.* Y aun así, habrá

que ser creadores, y esta vez no serán dos o tres iluminados creadores, ni siquiera una pequeña falange heroica de creadores, sino miles o millones de creadores, porque solo así habrá y se mantendrá, esto es, se reformará y se cambiará a sí mismo una y otra vez el socialismo, y se dará un contenido que apenas podemos entrever o soñar hoy (Martínez Heredia, 1999 [1998]: 165-166).

Las debilidades de nuestra oposición al imperialismo forman parte muy importante de su fuerza. El Foro Social Mundial es una expresión más de la potencia mayor con que cuenta el movimiento: una enorme acumulación cultural, hija de actividades muy diversas, fruto de los combates, las ideas y los sentimientos de varias generaciones que se han enfrentado a la dominación. Constituye un cuerpo inestimable de experiencias, tradiciones, solidaridades, órganos de pensamiento y de lucha, deseos, preguntas, disconformidad. El imperialismo se ve obligado a reconocer la existencia de ese potencial de rebeldía, lo tiene siempre en cuenta y se empeña en neutralizarlo, esterilizarlo, inducirnos a olvidarlo. Antes se benefició de nuestra debilidad y nuestra ignorancia. Ahora solamente somos débiles. ¿Permitiremos al imperialismo privarnos de nuestra cultura de rebeldía, adquirida con tantos sacrificios?

Lo primero es ejercitar la voluntad de protesta, de denuncia, de adquirir cada vez más conciencia y mejor organización, de *coordinar los esfuerzos de todos y formar una internacional de voluntades*. El desafío es forjar y convertir en un fenómeno masivo la disposición a resistir, a confiar en nosotros mismos, a pensar, hablar y sentir con independencia, creatividad y audacia, de manera autónoma respecto al poder de ellos, dejar de ser una parte subalterna del propio cuerpo de la dominación. En el principio está la voluntad de luchar; el reto es construir bien esa voluntad y generalizarla. Desde ese punto de partida habrá que contrastar siempre la decisión de actuar con el análisis serio de los problemas esenciales y los datos reales, pero estos deben ser buscados y formulados con independencia, por parte de nosotros mismos, y no dentro del terreno de los problemas, datos y creencias que ellos organizan para el consumo nuestro. Como denominador común tenemos un campo de ideales que compartimos cientos de millones de personas, que es también fruto del siglo XX, formulado en ideas que han pasado a formar parte de la sensibilidad y las convicciones, y que es muy difícil rechazar o despreciar. Entre ellas está la repulsa a que se causen sufrimientos, y a las situaciones de indefensión de personas y grupos

humanos, porque ya no se acepta que ese sea un orden natural; incluso se ponen en relación esas situaciones con los privilegios e intereses de los ricos y poderosos; también son importantes las exigencias de democracia y la condena al uso de la violencia.

Es preciso liberar al lenguaje y al pensamiento de las cárceles de la dominación. Se han abolido las palabras que expresaban los afanes, logros y luchas de las mayorías, sustituyéndolas por las de una *neolengua* que nos desarma, al impedirnos pensar y sentir con autonomía, que confunde y distorsiona las relaciones entre las personas, grupos y países, y trastorna la identificación de los hechos y los símbolos, que convierte la inequidad social en hechos naturales. Urge rechazar por todas partes esos instrumentos del sistema y divulgar sus funciones, defender el uso del idioma que el pensamiento social ha elaborado para conocer las sociedades, y promover la creación de los nuevos conceptos que sean necesarios. Para realizar esa tarea, que no puede esperar, no es necesario tener una correlación de fuerzas propicia, ni grandes recursos. Un aspecto central de la indispensable democratización de los medios de comunicación es luchar por que en vez de servir de puente para la aceptación progresiva de la sumisión al

imperialismo, sean vehículos de un lenguaje y un pensamiento favorables a las necesidades de la sociedad.

El capitalismo ha dejado de ofrecer al mundo las promesas del progreso, el desarrollo económico y la democracia, porque ya no le es posible siquiera invocarlos. En su lugar, apela a la fuerza de sus finanzas, recursos materiales y armamentos; a inducir a todos a creer que el mundo se divide en incluidos y excluidos, y que cada uno luche por ser un incluido; a utilizar la violencia criminal en una supuesta guerra mundial “contra el terrorismo”, organizada por los mayores terroristas de la historia; a exigir a los países que se sometan y abandonen todo proyecto nacional; a desmoralizar y desalentar resistencias promoviendo la aceptación general de que son invencibles; y a fabricar e inducir consensos con su formidable maquinaria cultural. Explicar, divulgar y condenar esa estrategia de la dominación es un paso en el camino de debilitarla y comenzar a desmontarla.

Nada lograríamos, sin embargo, si no emprendemos desde ahora el cambio de nosotros mismos. Hay que hacer que el vigor y entusiasmo con que se participa en las actividades de protesta, denuncia o rebeldía se extiendan a prácticas de alcance más profundo y con

tendencia a la permanencia, que nos eduquen para ser capaces de crear otro mundo diferente y opuesto –y no solo opuesto– al mundo en que vivimos. Esas transformaciones subjetivas serán las que contribuyan de modo decisivo al desarrollo de una fuerza suficiente para cambiar la sociedad.

Librarse de la dominación cultural es lo más difícil, y será un largo trayecto. Pero nada sustituye a la primacía de la actuación. Objetivos muy concretos y perspectivas de cambios muy radicales, y trabajar en ambos campos a la vez: ese es el camino. Los millones que se manifiestan contra la guerra, junto a los que organizan vehículos sociales y políticos para la resistencia, los que construyen reforma agraria y se proponen abolir el hambre en países como Brasil, los que defendemos un futuro humano para la Humanidad en Cuba, los que resisten y combaten de mil maneras en tantos lugares del mundo, podemos y debemos redoblar y coordinar nuestros esfuerzos. La concientización y la protesta deberán ir creando sus propias formas políticas y sus ideas, porque se avecina un conflicto mortal con el enemigo de la vida. Si llegamos a ser capaces de unirnos, haremos posible la victoria, y comenzaremos a hacerla realidad (Martínez Heredia, 2003: 109-111).

4. INTERESES NACIONALES, NACIONALISMO Y LUCHAS SOCIALES

Un tema importante para este Panel es la emergencia de gobiernos que lleguen a ser más autónomos en varios países de la región, y la posibilidad de que coordinen entre sí acciones de política internacional y el fomento de más relaciones económicas mediante “mercados comunes”. Por una parte son mencionados como una alternativa al ALCA, y en un plano más general como factores para el fomento de una integración realmente latinoamericana. La instancia más amplia a la que pudieran referirse es la de países del llamado Tercer Mundo que son identificados como Grupo de los 20, a partir de la reunión de la OMC en Cancún; se espera que negocien y presionen juntos, y que cultiven ciertos campos de intereses comunes en cuanto a intercambios económicos. Esa dimensión implica que cierto número de países “grandes” consideren preferible la asociación entre ellos, en vez de sus posibilidades en negociaciones bilaterales con los centros del capitalismo mundial, y que esa posición basada en su cálculo económico les resulte viable. En el ámbito latinoamericano, el referente internacional instituido más visible para gobiernos en busca de autonomía parece ser el Mercosur. Como es usual, las relaciones

bilaterales son decisivas en las fases tempranas de tales procesos; sería el caso, por ejemplo, de coordinaciones entre Brasil y Argentina. Llamo la atención sobre las relaciones entre Venezuela y Cuba –que no tenían importancia hace menos de una década y hoy son profundas–, o sobre la posibilidad de mayores relaciones entre Venezuela y Argentina.

Existen diferentes aproximaciones a esta cuestión. Cuando desde el campo popular se mira con esperanzas cada hecho o cada gesto que apunta en dirección a la existencia de esos gobiernos autónomos, no puede reducirse nuestro análisis a constatar y prevenir contra ingenuidades, en nombre de claros principios. Pero tampoco pueden descuidarse la identidad, los intereses y los objetivos del campo popular sin sufrir graves consecuencias. Por tanto, sobre esta compleja alternativa –que no es nada nueva en América Latina–, se exige un pensamiento profundo que utilice bien sus marcos teóricos y que lidie con todas las variables significativas, llegando a una buena integración de sus resultados. Entiendo que además urge contar con las contribuciones de las ideas nuestras, si vamos a tener incidencia real sobre el proceso actual.

Apuntaré apenas algunas cuestiones para el debate. Está claro que, en todo análisis de

situación, para caracterizar al bloque en el poder estatal son decisivos los lazos reales que tiene con el modo dominante de relaciones sociales a través de las cuales se mantiene y reproduce la vida material en su país, y con los poderes económicos y políticos internacionales involucrados. Sin embargo, esto es insuficiente si se trata de investigar el modo en que la dominación ejerce y reformula su hegemonía sobre la sociedad. Entre las mejores páginas de la literatura política marxiana están las que tratan ese tema, precisamente por la comprensión de Marx de que lo político sería el terreno decisivo de la actuación revolucionaria. Para conocer las realidades y posibilidades de aquella hegemonía es necesario comprender a fondo la composición cultural e ideológica de la propia sociedad, su acumulación histórica, y sobre todo, su coyuntura actual. Muchas acciones, esfuerzos y organizaciones opuestos al sistema adolecen de esa comprensión, y padecen de antiguos prejuicios y dogmatismo –los cuales, sin embargo, más de una vez les ayudaron a sostenerse en situaciones muy adversas–, agravados por la enorme influencia actual del economicismo en el campo de las ideas, y por los problemas de lucha por niveles de vida o por sobrevivencia que confrontan los sectores sociales que han sido más activos en el campo popular.

Sobran razones para no aceptar y para denunciar al viejo concepto de burguesía nacional, y a sus funciones reales. Pero esto no puede hacernos ciegos frente a dos realidades: a) existen contradicciones de intereses dentro de un capitalismo que es cada vez más centralizador y excluyente, y algunas de ellas pueden pasar por la dimensión nacional, o hacer que la invocación de ella sea conveniente para una parte implicada; b) el nacionalismo es uno de los rasgos fuertes en las acumulaciones culturales en toda América Latina, y él puede ser convocado y movilizado desde posiciones políticas e ideológicas muy diferentes. Ambas certezas tienen que formar parte de los análisis y de las políticas de los opuestos al sistema. En términos de hegemonía, y de lucha contra ella, el nacionalismo es un elemento básico en este tema. Y la cuestión es muy compleja, porque en América Latina la nación y el nacionalismo tienen relaciones profundas con el centro más abarcador de la política revolucionaria a lo largo de su historia: las luchas de liberación frente a las dominaciones coloniales y neocoloniales del capitalismo central. El Estado nación y su forma republicana han sido concreciones de esas luchas, percibidas como grandes logros, e incluso como una dimensión central en la identidad regional. Colonialismo y anticolonialismo

son por tanto una parte fundamental en la conciencia, las ideas y las prácticas latinoamericanas, y esto nos diferencia muy profundamente del pensamiento europeo.

Estoy aludiendo a un lugar de extremas tensiones dentro de nuestras ideas y nuestras prácticas. El peso de la matriz europea del marxismo clásico tiende a que se priorice la comprensión desde las clases y luchas de clases en detrimento de la dimensión nacional, que en aquel continente es identificada con el ascenso de la burguesía, y tiene una larga historia de utilizaciones hegemónicas burguesas. Pero a la vez, el marxista latinoamericano tiene toda la razón cuando cree que no habrá jamás revolución contra el sistema mientras se permanezca sujeto a la hegemonía burguesa, y esta una y otra vez funciona y ha sido reformulada en la dimensión nacional. Por tanto, no podemos ser ingenuos, porque perderíamos la identidad y el objetivo válido de movilizar y luchar, ni podemos ser dogmáticos, porque perderíamos la oportunidad de movilizar y luchar. Existe en la región una larga historia de recriminaciones a los que hicieron oposición “de izquierda” a experiencias fallidas que tuvieron la enemistad del imperialismo, aunque ella es contrapesada por los duros reproches hechos a los directivos de aquellas experiencias, por haberse negado

a hacer los cambios que les hubieran dado una base de confianza y apoyo popular real y un sentido a las luchas y los sacrificios. Hoy no debemos limitarnos a añadirle nuevos capítulos a ese contrapunteo. El imperialismo, por su parte, se ha superado mucho en materia de controlar, cooptar o asfixiar experiencias que contengan alternativas a su dominio. Si lo político es el campo decisivo, abstenerse o hacer concesiones cómplices no puede ser la disyuntiva.

Se abre así un abanico de interrogantes que debe ser abordado. En América Latina y el Caribe, *¿qué hechos y qué posibilidades tiene –a favor o en contra– la opción de un capitalismo nacional más o menos autónomo? ¿En unos países es posible y en otros no?* [El Grupo de] Los 20, Mercosur, *¿son o pueden llegar a ser vehículos de coordinación internacional eficaces? Los nexos y las subordinaciones de la economía en cada país con los centros del capitalismo, ¿dejan espacio para que las contradicciones entre los centros y sectores económicos locales concurren a la formación de posiciones consecuentes en luchar por la autonomía?* La homogeneización ideológica provista y controlada en cada país desde el centro imperialista, y la guerra cultural en curso *¿dejan espacio para la formación de una clase burguesa nacional con proyecto propio y política*

propia? Los sistemas políticos reales actuales de la región, es decir, democracias electorales de dominación con estados de derecho deficientes, sin control ciudadano ni contrapesos apreciables al poder que ejecuta, en Estados que en general han perdido sus sectores y controles en el campo económico, y sus políticas sociales, *¿sirven para propósitos que exigirían una gran concentración de poder y de consenso, o deberán ser sustituidos por otras formas de gobierno y sistemas políticos?*

Este campo exige una labor doble y urgente: analizar, debatir y proveer una comprensión marxista, y ayudar a la política popular inmediata. *¿Cómo revisar las vertientes teóricas, y conceptos como formación económica y social, dominación, hegemonía, luchas de clases, clases, nacionalismo, nación, burguesía nacional, bloque histórico y otros, –usualmente independizados de su matriz teórica–, y lograr nuevas síntesis que sean a la vez instrumentos útiles? ¿Qué bloque político y qué bloque social integrados serían necesarios para que sea viable una opción autónoma? ¿Cuáles son las tareas inmediatas para los movimientos sociales y las organizaciones políticas en cuanto a actuación, concientización, divulgación y posturas públicas? ¿Qué relaciones guardarían la estrategia y las tácticas, la línea,*

los objetivos y los principios que se defienden, por una parte, y las decisiones inmediatas, los apoyos y las denuncias, por otra? ¿Cuándo acompañar, marchar junto a, o enfrentar? Y finalmente, pero no en último lugar, ¿qué hacer, concretamente, ante gobiernos actuales como los de Brasil y Argentina?

En un plano más general de formulación de estos problemas:

¿Se levantarán en América Latina y el Caribe nacionalismos enfrentados al imperialismo, capaces de formar gobiernos y bloques sociales fuertes, de ganar legitimidad por sus actos y encontrar fuerza en la memoria y la cultura de rebeldía, de expresarse a través de políticas, acciones e ideologías en las que participen las colectividades? ¿Serán capaces esos nacionalismos de comprender la necesidad de coordinaciones internacionales antiimperialistas como una forma central de ser factibles, de poder luchar y avanzar, y de hacerlas realidad? ¿Qué predominaría si eso sucede, los intereses de sectores minoritarios pero con influencia decisiva en la economía, las instituciones y la hegemonía sobre la sociedad, o los intereses de la sociedad, a través de las movilizaciones y concientizaciones populares opuestas al imperialismo y a los sistemas de dominación? ¿O será que en la actualidad solo puede salir

adelante una o la otra opción coordinándose, o inclusive uniéndose? Pero, ¿es que es posible ese tipo de relaciones, o una opción deberá gobernar a la otra? (Martínez Heredia, 2004).

Aunque solicito tener muy en cuenta para toda cuestión específica los cuatro puntos enumerados en el acápite 1, quiero reiterar aquí que la gran diversidad presente en la región hace riesgosas las generalizaciones: nada podrá sustituir al análisis de las realidades concretas de cada país y cada situación.

NOTA FINAL

Tenía el propósito de desarrollar otros cuatro acápites, cuyos temas serían: 5. Concientización y organización: dos tareas básicas; 6. Movimientos y acciones contra el sistema. La cuestión del poder; 7. Demandas y objetivos generales. Coyunturas, estrategias y proyectos; y 8. El internacionalismo en el siglo XXI. Pero dada la extensión alcanzada por los cuatro primeros, y la falta de tiempo, continuar quizás perjudicaría más que ayudar a los objetivos que estamos persiguiendo. Por eso prefiero detenerme aquí, confiar en que ya he aludido –en diversa medida– a varios de los temas que iba a tratar en estos últimos acápites y, sobre todo, en que el

carácter de nuestro Taller privilegia los debates que tendremos, por lo cual mi presentación será solo uno de los instrumentos para propiciarlos.

BIBLIOGRAFÍA

- Martínez Heredia, F. 1992 “Dominación capitalista y proyectos populares en América Latina”, Presentado en San Pablo (s/d). En *América Libre* (Buenos Aires) N° 1, diciembre.
- Martínez Heredia, F. 1999 [1997] “Anticapitalismo y problemas de la hegemonía” en Martínez Heredia, F. *En el horno de los noventa* (Buenos Aires: Ediciones Barbarroja).
- Martínez Heredia, F. 1999 [1998] “Manifiestos, ¿comunistas?” en Martínez Heredia, F. *En el horno de los noventa* (Buenos Aires: Ediciones Barbarroja).
- Martínez Heredia, F. 2001 “La alternativa cubana” en Martínez Heredia, F. 2001 *Corrimiento hacia el rojo* (La Habana: Letras Cubanas).
- Martínez Heredia, F. 2003 “Imperialismo, guerra y resistencia. Acápite 4: Atreverse a luchar”, Presentado en el *III Foro Social Mundial*, Porto Alegre, enero. En *Temas* (La Habana) N° 34-35: 109-111, abril-septiembre.
- Martínez Heredia, F. 2004 “Aspectos políticos de la integración latinoamericana”, Conferencia en la Mesa inaugural del *Congreso Internacional “Políticas culturales e integración regional”* celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires (UBA), 30 de marzo (inédito).

MARXISMO REVOLUCIONARIO EN AMÉRICA LATINA ACTUAL*

Muchas gracias por esta segunda vez, hermanos queridos. Ante todo, quiero agradecer al FMLN y a los compañeros organizadores por el honor que me hacen al permitirme participar hoy con esta intervención, y reconocer con entusiasmo los esfuerzos y los logros en formación política que han caracterizado al curso que culmina sus labores, sobre “Paradigmas emancipatorios desde América Latina y el Caribe. Nuevos escenarios de disputa por la hegemonía entre emancipación y dominación”. Quiero reconocer a mis hermanos todos, los profesores cubanos de Galfisa y los alumnos-cuadros salvadoreños, que unidos lo han hecho realidad. Y reiterar el elogio que hice el año pasado a la voluntad del Frente de que los estudios políticos sean una tarea imprescindible y muy importante para la organización.

Desde hace un año estamos oyendo decir que la situación en nuestro continente se ha vuelto cada vez más difícil, por hechos adversos a los pueblos que acontecen, y por la ofensiva del imperialismo y sus cómplices de clases que son a la vez dominadas por él y dominantes en sus países. Sin dudas, este será el marco inevitable de lo que hablemos hoy aquí, pero para mantenerme dentro de los fines de estas actividades de formación política quisiera privilegiar las reflexiones y los análisis.

Comienzo con un breve comentario acerca de las relaciones que existen entre dificultades y revolución.

Para los revolucionarios, y durante los procesos de revolución, hay momentos felices y procesos felices, pero en las revoluciones verdaderas no hay coyunturas fáciles. Cuando puedan parecernos fáciles es solamente porque no nos hemos dado cuenta de sus dificultades. Y es así porque estas revoluciones, las que amamos y por las que estamos dispuestos a todo, son las iniciativas más audaces y arriesgadas

* Conferencia impartida en el Centro de Estudios de El Salvador, Universidad de El Salvador. San Salvador, El Salvador, 26 de noviembre de 2016.

de los seres humanos, que emprenden transformaciones prodigiosas liberadoras de las personas y de las relaciones sociales, a tal grado que nunca más quieran ni puedan volver a vivir en vidas y sociedades de dominación y de violencias y daños de unos contra otros, de individualismo y afán de lucro. Son revoluciones que pretenden ir creando personas cada vez más plenas y capaces, y realidades que contengan cada vez más libertad y justicia, donde entre todos se logre cambiar el mundo y la vida. Es decir, crear personas y realidades nuevas.

Si lo que acabo de decir le parece imposible al mundo existente y las creencias vigentes en la prehistoria de la humanidad, al sentido común y al consenso con lo esencial que mantiene a las sociedades sujetas al capitalismo, ¿cómo no va a ser sumamente difícil todo lo que hagamos y proyectemos? Si jamás las clases dominantes estarán dispuestas a admitir que se levante el pueblo y adquiera dignidad, orgullo de sí mismo y dominio de la situación, conciencia y organizaciones suyas, a su servicio y eficaces, que esté en el poder y que lo convierta en un poder popular, entonces hay que convenir en que en esas épocas todo se vuelve muy difícil para la causa del pueblo. El joven Carlos Marx avizoraba bien cuando escribió que solamente mediante la revolución podrán

los dominados salir del fango en que viven metidos toda su vida, porque los cambios y la creación de nuevas sociedades exigen también liberaciones colosales de los enemigos íntimos que todos tenemos. ¿Cómo no van ser tan difíciles las revoluciones de liberación?

Pero, si miramos bien y no nos dejamos desanimar, constataremos que el campo popular ya tiene mucho a su favor. El Salvador es uno de los países latinoamericanos que cuenta con numerosos logros. Poseemos ya muchos elementos y muchas conquistas a nuestro favor. Han sido inmensos los avances que registra la acumulación cultural de liberación de este pueblo, desde los tiempos de Farabundo Martí y Feliciano Ama hasta hoy, es sobre ese legado que han podido desplegarse muchas de las cualidades adquiridas por las hijas y los hijos de este país, y es sobre él que puede existir hoy un proceso político en el cual el partido revolucionario está en el gobierno. Sería muy bueno si algunos de los cuadros alumnos del curso que termina pudieran elaborar un recuento de esos avances conquistados por la gente y la sociedad salvadoreña a costa de tantos sacrificios y heroísmos, para que puedan divulgarse ampliamente en soportes diversos.

Entremos con esas armas en un problema inmediato, que no es pequeño. La coyuntura

actual expresa de manera escandalosa una carencia del campo popular que se ha ido acumulando en las últimas décadas, al mismo tiempo que esa carencia dejaba de ser percibida como una grave debilidad: la de un pensamiento verdaderamente propio, capaz de fundamentar su identidad en relación con su conflicto irremediable con la dominación del capitalismo, y capaz de servir para comprender las cuestiones esenciales de la época, las coyunturas, los campos sociales implicados y las fuerzas en pugna. Un pensamiento, por consiguiente, fuerte, convincente y atractivo, al mismo tiempo que útil como instrumento movilizador y unificador de lo diverso, y como herramienta eficaz para guiar análisis y políticas acertadas que contribuyan a la actuación de los revolucionarios y a la formulación de proyectos.

Esa ausencia del desarrollo de un pensamiento poderoso del campo popular, crítico y creador, puede constatarse ante el estupor y la falta de explicaciones válidas que han abundado frente a los acontecimientos en curso en varios países latinoamericanos, que han registrado diferentes quebrantos, derrotas o retrocesos de procesos que han sido favorables a sus poblaciones y a su autonomía frente al imperialismo en lo que va de este siglo. En lugar de análisis coherentes, profundos y orientadores hemos

escuchado o leído más de una vez comentarios superficiales revestidos con palabras que quisieran ser conceptos, o dogmas que quisieran cumplir funciones de interpretación.

Nada se avanza cuando se tilda de malagradecidos a sectores pobres o paupérrimos que mejoraron su alimentación y sus ingresos, y tuvieron más oportunidades de ascender uno o dos peldaños desde el fondo del terrible orden social, porque no han sido activos en defender a gobiernos que los han favorecido, o hasta les han vuelto la espalda en determinados eventos que les aportan triunfos a los reaccionarios. Y hasta se intenta explicar esos sucesos con retazos de una supuesta teoría de las clases sociales, como cuando se repite la proposición absurda de que “se convirtieron en clase media, y ahora actúan como tales”. Es preferible comenzar por ser precisos ante los hechos y partir siempre de ellos, como cuando el dirigente del Movimiento de los Sin Tierra de Brasil (MST), João Pedro Stedile (s/d), dice:

Tenemos muchos retos de corto plazo para poder enfrentar a los golpistas. La clase trabajadora sigue en casa, no se movilizó. Se movilizaron los militantes, los sectores más organizados. Pero el 85% de la clase sigue viendo novelas en la televisión.

Tampoco se va lejos cuando se elaboran y discuten explicaciones de los eventos y las situaciones políticas e ideológicas candentes de la coyuntura a base de menciones acerca del fin de ciclos de altos precios de las materias primas, ni siquiera cuando economistas capaces ofrecen datos serios y añaden el descenso de la dinámica de la economía mundial y otros factores y procesos adversos.

Simplificando un poco más, habríamos tenido unos quince años de victorias electorales, gobiernos progresistas y notables logros por medidas sociales, una fuerte autonomización de gran parte del continente respecto a los dictados de Estados Unidos y avances en las relaciones bilaterales y las coordinaciones de los países de la región hacia una futura integración, solamente porque tuvimos un largo ciclo de altos precios de exportación de las materias primas, explicable por los avatares de la economía mundial. Como ahora esta se mueve en otro sentido y bajan los precios, debe terminar el ciclo político y social, y la “derecha” debe avanzar y recuperar sin remedio la posición dominante que había perdido.

Una persona con buena memoria y escasa credulidad se preguntaría enseguida cómo fue posible que a inicios de los años setenta del siglo pasado no sucediera en la región lo mismo

que a inicios de este siglo, en cuanto a elecciones victoriosas, buenas políticas sociales y más autonomía de los Estados y horizontes integracionistas. Porque en aquella coyuntura subieron mucho los precios de las materias primas y, además, en buena parte de la región se vivían aumentos más o menos grandes del sector industrial, con ayuda de aquellos re-desplazamientos jubilosos del gran capital en busca de maximización de ganancias que hoy tanto disgustan a Donald Trump. Lo que sucedió entonces fue totalmente diferente, eventos y procesos nefastos que mencionaré en parte un poco más adelante. Por consiguiente, hay que concluir, no es verdad que a determinada situación económica le “correspondan” necesariamente ciertos hechos políticos y sociales, y no otros.

En este caso estamos ante una de las deformaciones y reduccionismos principales que ha sufrido la teoría marxista, quizás la más extendida y persistente de todas: la de atribuir una supuesta causa “económica” a todos los procesos sociales. Detrás de su aparente lógica está la cosificación de la vida espiritual y de las ideas sociales que produjo el triunfo del capitalismo –que es aceptada por aquellos que pretenden oponerse al sistema sin lograr salir de la prisión de su cultura–, y la consiguiente

incapacidad de comprender que son los seres humanos los protagonistas de todos los hechos sociales.

Se trata, entonces, de una cuestión teórica que es fundamental para el marxismo. El ámbito de producción y manejo principal de esta teoría está integrado por: las sociedades que integran el capitalismo central y las de su universalización colonizadora; las identidades, motivaciones y actividades de las clases y los grupos sociales, sus conflictos y sus enfrentamientos; las ideas y las organizaciones anticapitalistas y de liberación nacional; las revoluciones; y las sociedades en transición socialista. La estructura económica y el movimiento histórico son dos de las dimensiones básicas en el trabajo teórico marxista para comprender cada totalidad social determinada. Pero es un grave error pensar o creer que la primera es la esencia del segundo, o que lo determina necesariamente.

Son dos órdenes de realidades íntimamente relacionadas –como que se viven por los mismos implicados–, que es muy lícito separar con fines de investigación. Ahora bien, el análisis de los sistemas de dominación, que incluyen la estructura económica, pero no se reducen a ella, trabaja con determinados conceptos y demás instrumentos de conocimiento, y el análisis de los conflictos y enfrentamientos trabaja

con otros instrumentos de conocimiento diferentes. Esta última distinción tiene una importancia fundamental en el marxismo.

Es imprescindible hacer la crítica fundamentada del determinismo económico, y divulgarla bien. Porque no se trata solamente de una cuestión teórica que podría disputarse en una reunión de estudiosos: es también una creencia muy extendida que forma parte de las concepciones de muchos militantes y simpatizantes de las causas populares, y es una de las fuentes de la idea de destino, de un triunfo futuro aunque todavía esté lejano, que nutre tanto las esperanzas como las convicciones de mucha gente nuestra. Tiene, por tanto, una función ideológica y cultural nada despreciable. En las clases populares existen muchas formas diferentes de percibir, pensar y expresar las realidades y las ideas, y debemos respetar efectivamente a todas, como un aspecto de nuestra decisión de vivir la vida de esas clases, y de enseñarles y aprender de ellas.

En una de las notas geniales que escribió en presidio dice Antonio Gramsci que el militante nunca ha visto *El Capital* de Marx (1975), pero confía en que en el partido hay compañeros que lo conocen bien, y podrían explicar que allí se demuestra que el futuro es nuestro. Y en uno de tantos fragmentos suyos de mayor

alcance de *Cuadernos de la cárcel*, llamado “Espontaneidad y dirección consciente”, que está en el Cuaderno 3, expone la gran complejidad de las relaciones existentes entre la teoría revolucionaria y la asunción de sus principios y enseñanzas por los hombres reales y determinados que actúan en el movimiento, y cómo ambas pueden fecundarse mutuamente. Dice Gramsci (2000 [1931]):

Esa unidad de la espontaneidad y de la dirección consciente, esto es, de la disciplina, es precisamente la acción política real de las clases subalternas, en cuanto política de masas y no una simple aventura de grupos que se autoproclaman masa.

Pero les pido excusas, porque ya ustedes tuvieron catorce jornadas sabatinas del curso, ricos debates y arduo autoestudio, y yo no debo volver sobre sus temas en estas palabras del día en que lo cerramos.

Regreso entonces a los problemas actuales del pensamiento. Si nos detenemos a examinar por qué estamos tan poco provistos de un pensamiento crítico y creador cuando tanta falta nos hace, enseguida aparecerá el recuerdo de cómo en un breve lapso antes y después de 1990 se derrumbó con gran estrépito todo el sistema que llamaban del socialismo real y sus

constelaciones políticas en el mundo, con una enorme cantidad de consecuencias funestas. Cayeron juntos sus realidades efectivas, su lugar en la geopolítica mundial y las representaciones de un futuro de liberaciones para la humanidad que aquel sistema parecía encarnar, aunque esto último no fuera cierto. Es decir, cayeron juntos lo que era y lo que no era.

Si seguimos aguzando el análisis, constataremos que prácticamente en el mismo lapso se hicieron claros y visibles los resultados de otro proceso diferente al anterior: el de la imposibilidad para la mayoría de los países del planeta de lograr aquello que en las cuatro décadas previas se había llegado a sostener con gran entusiasmo, proyectos, medidas, ideas y hasta decenios que proclamaba la ONU: que era posible lograr el desarrollo económico autónomo de un país, sin que necesariamente saliera del sistema del capitalismo. Una terrible realidad golpeó a la mayoría de los países del mundo, y a la mayor parte de la población en cada uno de ellos: no eran posibles ni liberarse de los regímenes de explotación, opresiones y neocolonialismo, ni desplegar economías nacionales autónomas y capaces de crecer en beneficio del pleno empleo, más producción y productividad, servicios sociales suficientes para todos y una riqueza propia que repartir.

Si bien lo anterior era cierto y muy perjudicial, no era todo en cuanto a desgracias para América Latina. En el curso de aquellas cuatro últimas décadas Estados Unidos había consumado su dominación sobre casi toda la región. Para conseguirlo destruyó la institucionalidad de países y ordenó, impulsó o respaldó los crímenes más horrorosos, que en algunos lugares llegaron al genocidio, limitó o lesionó la soberanía nacional de la mayoría de los Estados, sometió, sobornó o convirtió en socios subordinados a infinidad de empresarios y gobernantes, hasta establecer un control, descarado o sutil, a escala continental. Al mismo tiempo, se acabó una ilusión que padecían muchos movimientos e ideas de izquierda: que la que llamaban burguesía nacional –una parte de la clase dominante de cada país–, por sus intereses económicos apoyaría cambios democratizadores, y hasta podría aliarse a los revolucionarios en una primera etapa que llamaban democrático burguesa, previa a una supuesta segunda etapa que ya sería socialista. Los burgueses “modernos” fueron cómplices y subordinados del imperialismo, y se encucaron hasta el pelo en sangre, abyección y negocios sucios.

El capitalismo en América Latina transitó un largo camino de evoluciones neocolonializadas,

sobredeterminadas por el poder de Estados Unidos, que lo dejó mucho más débil y subalterno.

Las lecciones que nos brindan esos tres procesos están claras y son sumamente valiosas. Una, todos los avances de las sociedades son reversibles, aun los que se proclamaban eternos; es imprescindible conocer qué es realmente socialismo y qué no lo es. Hay que comprender y organizar la lucha por el socialismo desde las complejidades, dificultades e insuficiencias reales, sin hacer concesiones, como procesos de liberaciones y de creaciones culturales que se vayan unificando. Dos, el capitalismo es un sistema mundial, actualmente hipercentralizado, financiarizado, parasitario y depredador, que solo puede vivir si sigue siéndolo, por lo que no va a cambiar. Las clases dominantes de la mayoría de los países necesitan subordinarse y ser cómplices de los centros imperialistas, porque no existe espacio ni tienen suficiente poder para pretender ser autónomos. La actividad consciente y organizada del pueblo, conducida por proyectos liberadores, es la única fuerza suficiente y eficaz para cambiar la situación. Para la mayoría de los países del planeta, serán los poderes y los procesos socialistas la condición necesaria para plantearse el desarrollo, y no el desarrollo la condición para plantearse el socialismo, como dijo Fidel en 1969.

Tres, Estados Unidos hace víctima a este continente tanto de su poderío como de sus debilidades, como una sobredeterminación en contra de la autonomía de los Estados, el crecimiento sano de las economías nacionales y los intentos de liberación de los pueblos. La explotación y el dominio sobre América Latina es un aspecto necesario de su sistema imperialista, y siempre actúa para impedir que esa situación cambie. Por tanto, es imprescindible que el antiimperialismo forme parte inalienable de todas las políticas del campo popular y de todos los procesos sociales de cambio.

Como era de esperar, el capitalismo pasó de inmediato a una ofensiva general para sacarle todo el provecho posible a aquellos eventos y procesos, y establecer el predominio planetario e incontrastado de su régimen y su cultura. El objetivo era, más allá de las represiones y las políticas antisubversivas, consolidar una nueva hegemonía que desmontara las enormes conquistas del siglo XX, manipulara las disidencias y protestas inevitables, y las identidades, impusiera el olvido de la historia de resistencias y rebeldías, y lograra generalizar el consumo de sus productos culturales y el consenso con su sistema de dominación.

Esa ofensiva no terminó, sino que se consolidó como una actividad sistemática que

sigue siéndolo hasta hoy. Es dentro de ese marco general que en cierto número de países de América Latina, la región del mundo con mayor potencial de contradicciones que pueden convertirse en acciones contra el sistema, movimientos populares combativos y victorias electorales produjeron cambios muy importantes de la situación general, a favor de sectores muy amplios de la población y de la capacidad de actuación independiente de esos Estados.

La institucionalidad y las reglas políticas del juego cívico no fueron violadas para acceder y mantenerse en el gobierno, pero dentro de ese orden se han logrado reales avances, que sintetizo en seis aspectos: políticas sociales que benefician a amplios sectores necesitados; ejercicios de la ciudadanía mucho más amplios y mejores; cambios muy positivos en la institucionalidad en algunos de esos países; un rango apreciable de autonomía en el accionar internacional; más relaciones bilaterales latinoamericanas; y adelantos en las relaciones y coordinaciones de los países de la región, bajo la advocación de la necesidad de una integración continental.

No me detengo en esas nuevas realidades, que han alentado muchas motivaciones y esperanzas de avanzar hacia cambios más

profundos, y han recuperado la noción del socialismo como el horizonte a conquistar, pocos años después de aquel colapso europeo que el capitalismo pretendió que fuera definitivo a escala mundial. Pero si quiero enfatizar dos cuestiones que el militante marxista debe analizar, conocer y manejar en sus prácticas. Primera, cada país tiene características, dificultades, acumulaciones históricas y condicionamientos que son específicos de él y resultan decisivos, al mismo tiempo que existen rasgos y necesidades comunes a la región que pueden ser fuente de aumento de la fuerza y el potencial de cada país, si somos capaces de desarrollar la cooperación y el internacionalismo. Segunda, los poderes establecidos en estos países confrontan enormes limitaciones, porque tienen muy poco control de la actividad económica, y padecen la hostilidad de una parte de los propios poderes del Estado y de los medios de comunicación.

He revisado mi intervención aquí en noviembre pasado, palabras que les envié enseguida bajo el título de “Un arma para el presente, una apuesta al futuro” (Martínez Heredia, 2015). Como aquel texto está a la disposición de ustedes, no he querido repetirme, aunque les comento que cierto número de cuestiones que allí planteé siguen en pie, con pocas variaciones.

Les pido permiso para leer a continuación un fragmento de aquella intervención que me parece procedente para el tema que estamos examinando.

En lo que va de este siglo, ha sido el mundo de los hechos el que ha primado en América Latina. No hubo un previo crecimiento brusco de novedades en los contenidos, las teorías, los métodos del pensamiento social, ni hubo una revuelta intelectual. Tampoco el pensamiento social pronosticó que en tan breve plazo podrían salirse países del continente del control tan completo que tenía el imperialismo, e incluso formarse gobiernos de orientación revolucionaria en algunos de ellos. Ahora esas prácticas le están reclamando al pensamiento aprovechar los medios con que cuenta y lanzarse al ruedo del gran laboratorio social que constituyen las realidades, los conflictos, los condicionamientos y los proyectos actuales latinoamericanos. Pero no se trata de una necesidad secundaria o que pueda posponerse. Porque solamente una praxis intencionada, organizada, capaz de manejar los datos fundamentales, las valoraciones, las opciones, la pluralidad de situaciones, posiciones y objetivos, las condicionantes y las políticas que están en juego, será capaz de enfrentar los desafíos con probabilidades de triunfar.

Partiendo de ahí, desarrollaba mi exposición extensamente, y terminaba abordando las derrotas electorales en Argentina y Venezuela, el peligro que ya corría la presidenta de Brasil y la obligación de rechazar y condenar todo derrotismo y desmoralización. La situación, decía, nos está exigiendo revisar y analizar con profundidad y con espíritu autocrítico todos los aspectos relevantes de los procesos en que estamos metidos, todas las políticas que practicamos y las opciones que escogemos. Podemos hacerlo, y actuar con consecuencia, decía, porque poseemos ideales, convicciones, fuerzas reales organizadas y una cultura acumulada.

Un año después, la necesidad y la urgencia planteadas siguen en pie, aunque podemos constatar lo específico de cada país que enfaticé hace unos minutos. La gran victoria electoral legislativa de la reacción venezolana no consiguió deponer a Maduro, y ahora se encuentra sin fuerza, unidad ni líderes suficientes para intentarlo. Pero en Brasil una pandilla de delinquentes logró todo lo que quiso, sin que haya fuerzas populares organizadas para resistir con alguna eficacia. Los procesos de Bolivia y Ecuador se mantienen fuertes y estables ante sus situaciones específicas, y en Nicaragua el FSLN acaba de ganar otra vez las elecciones muy holgadamente. Mientras, en México no es

probable un triunfo de partidos opositores en 2018, aunque el prestigio del equipo gobernante está muy deteriorado y existen manifestaciones de protesta y resistencia no articuladas.

Estas especificidades, y muchas otras de tamaño y sentido diferentes, podrían irse enumerando, pero seguiría en pie un problema de gran envergadura: Estados Unidos continúa su ofensiva general dirigida a recuperar todo el control neocolonial sobre América Latina –incluida una “ofensiva de paz” contra Cuba–, y el bloque que forma con los sectores reaccionarios y entreguistas de cada país continúa tratando de cancelar o ir debilitando los procesos de los últimos quince años de la región.

Nada está decidido, ni nuestros enemigos ni nosotros tenemos la victoria al alcance de la mano. Pero albergo la certeza de que las batallas ideológicas y políticas serán las que determinarán la decisión en el enfrentamiento general. Destaco tres direcciones principales para el trabajo de análisis: a) buscar con rigor y sin omisiones todos los datos y todas las percepciones y formulaciones ideológicas que tengan alguna importancia –porque tanto unos como las otras constituyen las realidades que existen–, analizarlas por partes e integralmente, encontrar y formular lo esencial y describir al menos lo secundario; b) examinar

y valorar los condicionamientos que sean relevantes para nuestra actuación, institucionales, económicos, ideológicos, políticos o de otro tipo; c) analizar y conocer las identidades, motivaciones, demandas, capacidad movilizadora y grado de organización con que contamos, y lo que está a favor de nuestros adversarios en esos mismos campos, es decir, la correlación de fuerzas. E insisto en que son las actuaciones de los seres humanos la materia principal de los eventos que mañana serán históricos.

La reacción no está proponiendo ideas, está produciendo acciones. No maneja fundamentaciones acerca de la centralidad que debe tener el mercado, la reducción de las funciones del Estado, la apología de la empresa privada y la conveniencia de subordinarse a Estados Unidos. No es a través del debate de ideas que pretende fortalecer y generalizar su dominio ideológico y cultural. El anticomunismo y la defensa de los viejos valores tradicionales ya no son sus caballos de batalla, ni los viejos organismos políticos son sus instrumentos principales.

Desde hace veinte años vengo planteando que el esfuerzo principal del capitalismo actual está puesto en *la guerra cultural por el dominio de la vida cotidiana*, lograr que todos acepten que la única cultura posible en esa vida

cotidiana es la del capitalismo, y que el sistema controle una vida cívica despojada de trascendencia y organicidad. Lamento decir que todavía no hemos logrado derrotar esa guerra cultural.

Obvio aquí la mayor parte de lo que he expuesto acerca de sus rasgos, los factores a su favor y en contra suya, y sus condicionamientos, con la esperanza de que los tengan en cuenta quienes lo hayan leído, y comento solo lo más cercano a nuestro tema. El consumo amplio y sofisticado, que está presente en todas las áreas urbanas del mundo, pero al alcance solamente de minorías, es complementado por un complejo espiritual “democratizado” que es consumido por amplísimos sectores de población. Se tiende así a unificar en su identidad a un número de personas muy superior al de las que consumen materialmente, y lograr que acepten la hegemonía capitalista. La mayoría de los “incorporados” al modo de vida mercantil capitalista son más virtuales que reales. Pero, ¿formarán ellos parte de la base social del bloque de la contrarrevolución preventiva actual? El capitalismo alcanzaría ese objetivo si consigue que la línea divisoria principal en las sociedades se tienda entre los incorporados y los excluidos. Los primeros – los reales y los potenciales, los dueños y los

servidores, los vividores y los ilusos– se alejarían de los segundos y los despreciarían, y harían causa común contra ellos cada vez que fuera necesario.

La reproducción cultural universal de su dominio le es básica al capitalismo, para suplir los grados crecientes –y contradictorios– en que se ha desentendido de la reproducción de la vida de miles de millones de personas a escala mundial, y se apodera de los recursos naturales y los valores creados, a esa misma escala. Para ganar su guerra cultural, al capitalismo le es preciso eliminar la rebeldía y prevenir las rebeliones; homogeneizar los sentimientos y las ideas, igualar los sueños. Si las mayorías del mundo, oprimidas, explotadas o supeditadas a su dominación, no elaboran su alternativa diferente y opuesta a él, llegaremos a un consenso suicida, porque el capitalismo no dispone de un lugar futuro para nosotros.

Les he aclarado a compañeros que aprecio mucho que el capitalismo no intenta imponer un pensamiento único, como ellos afirman, sino inducir que no haya ningún pensamiento. Está en marcha un colosal proceso de desarmar los instrumentos de pensar y la costumbre humana de hacerlo, de ir erradicando las inferencias mediatas, hasta alcanzar una especie de *idiotización* de masas.

Aparentemente, el marxismo revolucionario no se enfrentaría a nada, porque esta propuesta enemiga consiste en que no parezca haber ningún combate ideológico. Que las ideas y los mensajes que portamos sean considerados anticuados y nada interesantes, que no reciban miles de mensajes de “me gusta”, que sean vistos con cierta lástima, o que ni siquiera sean percibidos. Pretenden vencer sin combatir.

Por todo esto son tan importantes el curso que acaban ustedes de realizar, todas las actividades de formación que realiza el FMLN y la lucha ideológica en su conjunto. Están en un lugar central de la batalla.

Para actuar bien ahora es imprescindible partir, con honestidad y valentía, de todos los hechos y criterios relevantes sin excepción, analizarlos sin concesiones, unir siempre la fraternidad sin límites con la militancia y los principios, casados con las verdades, pensando con cabeza propia, ocupándose de los problemas concretos que hay que conocer y resolver. Utilizar los medios y métodos de investigación empírica, e integrar sus resultados en comprensiones más generales. Contribuir seriamente a la politización y la concientización del pueblo, y al desarrollo efectivo de la organización política. Divulgar bien, con formas eficaces y atractivas, los hechos positivos para la población

que ha logrado y que hoy impulsa el gobierno, y la historia cargada de sacrificio y heroísmo del pueblo salvadoreño.

Y utilizar el instrumento intelectual maravilloso que es la teoría marxista, la dialéctica que –como escribió Carlos Marx (1975: 20)– es escándalo y abominación para la burguesía y sus portavoces doctrinarios, porque en la inteligencia positiva de lo existente incluye también, al mismo tiempo, el conocimiento de su negación, de su necesaria ruina; porque concibe toda forma desarrollada en el fluir de su movimiento, y, por tanto, sin perder de vista su lado percedero. Porque nada la hace retroceder y es, por esencia, crítica y revolucionaria.

Unir la utopía con la práctica política inmediata es una clave fundamental para ser revolucionario. Es, a la vez, un antídoto contra la teoría como adorno o como acto de fe, y contra el oportunismo, el reduccionismo pragmático y el dogmatismo.

Termino ya, porque lo más provechoso será el amplio intercambio que podamos tener a continuación, y lo hago con una breve reflexión sobre el socialismo, algo que se nos muestra lejano todavía y, sin embargo, nos calienta el corazón y nos brinda ánimos para enfrentar tantas dificultades y carencias cotidianas, que a veces parecen invencibles. Hay que vivir,

pelear y saber todo lo del día, y al mismo tiempo soñar y proyectar el futuro de creaciones y liberaciones.

El proyecto de socialismo tendrá que ser mucho más radical y ambicioso que los que han existido. Un socialismo de las personas y para las personas, de los grupos sociales y para ellos, de convivir con la naturaleza y no destruirla. Pero, ¿cómo será factible ese socialismo? Sin organización no llegaremos jamás a parte alguna. Entonces, no debemos crear monstruos y llamarle organizaciones, y reverenciarlas como ídolos. Hay que crear instrumentos para que caminen, piensen y sientan el hombre y la mujer que quieren ser libres. La libertad y el socialismo tienen que ser muy amigos, y si es posible deben tener amores. Luchar por hacer realidad el proyecto socialista, y no por menos, es imprescindible. Para eso siempre será necesario osar construir un poder de transición socialista, tangible y muy fuerte, y defenderlo. Tendrán que marchar unidos el poder y el proyecto. No se trata de que uno niegue al otro, pero el primero tiene que estar al servicio del segundo.

Sin política socialista no habrá futuro socialista. Pero ella no consiste en que las organizaciones y el poder socialistas repriman u oculten el ejercicio del albedrío y los sentimientos

de las personas, y el diverso entramado y las inclinaciones de los grupos sociales, por creer que son debilidades, rémoras o peligros que los amenazan. Es imprescindible que las organizaciones socialistas y el poder de los socialistas consideren al albedrío, a los sentimientos, a la diversidad, a las inclinaciones de sus personas, de su gente, como lo que en potencia son: la fuerza suya, el vehículo suyo para la liberación. Y la necesidad suprema suya, *porque sin esa comprensión no habrá proyecto factible, no habrá organización imbatible, no habrá socialismo*. Y aun así, habrá que ser creadores, y esta vez no serán dos o tres iluminados creadores, ni siquiera una pequeña falange heroica de creadores, sino miles o millones de creadores, porque solo así habrá y se mantendrá, esto es, se reformará y se cambiará a sí mismo una y otra vez el socialismo, y se dará un contenido que apenas podemos entrever o soñar hoy.

La primacía de la actuación política, la participación como ley primera, la orientación revolucionaria, la formación ideológica de contenido acertado y alcance popular serán fundamentales para derribar imposibles y para encontrar los modos de vencer. Y por el camino

quedará claro que solo venceremos si al mismo tiempo que se enfrentan los incidentes pequeños, los problemas cotidianos, los avatares de las tácticas y los combates del día, se mantiene siempre el apego firme a los principios, la brújula del ideal liberador, los objetivos estratégicos y el avance hacia la utopía, ese más allá conquistable mediante la acción masiva, consciente y organizada.

BIBLIOGRAFÍA

- Gramsci, A. 2000 [1931] “Espontaneidad y dirección consciente” en *Cuadernos de la cárcel*. (México: ERA) C. 3, T. 2. Ed. crítica de V. Gerratana.
- Martínez Heredia, F. 2015 “Un arma para el presente, una apuesta al futuro”, Conferencia impartida en el Centro de Estudios de El Salvador, Universidad de El Salvador. San Salvador, El Salvador (*mimeo*).
- Marx, K. 1975 *El Capital* (México: Siglo XXI) T1. Vol. 1. Trad. P. Scaron.

IZQUIERDISMO Y REFORMISMO EN AMÉRICA LATINA ACTUAL*

Es óptima la elección de este tema principal. Hace 20 años la situación del movimiento popular era pésima y los temas principales eran de sobrevivencia, exigencias mínimas, aferrarse a ideales y tratar de recuperar autoestima en medio de la euforia neoliberal. Hoy este es un tema principal porque hemos avanzado mucho y la situación es diferente y mucho más favorable. Hay que tener esto muy en cuenta, para lograr planteos a la altura de la situación y soluciones que realmente no sean mediocres o mezquinas, porque, en términos históricos, estamos abocándonos en América Latina a una nueva etapa de acontecimientos que pueden ser decisivos, de grandes retos y enfrentamientos, y de posibilidades de cambios sociales

radicales. Es decir, una etapa donde predominarán la praxis y el movimiento histórico, donde los actores podrían imponerse a las circunstancias y modificarlas a fondo, una etapa en que habrá victorias o derrotas. El momento exige mucho al pensamiento revolucionario, porque esa praxis tiene que acertar y tiene que ser intencionada, saber lo que quiere, por qué lo quiere, cómo hacer, distinguir el tiempo de acumular del tiempo de actuar con decisión, combinar la paciencia y la audacia. La actuación revolucionaria es como el arte más difícil.

Lo que hoy llamamos reformismo o izquierdismo tiene una historia tan larga como la de las resistencias, las luchas y los movimientos contra la dominación colonial y de clase en América Latina. A pesar de sus rasgos singulares e irrepetibles, los hechos históricos portan también una continuidad y unas constantes que permiten sacarles provecho en los análisis actuales, y portan una acumulación cultural que puede convertirse en una fuerza concientizadora y movilizadora. Al mismo tiempo, cada nueva época

* Martínez Heredia, F. 2013 "Izquierda y reformismo en América Latina actual", Intervención para el *III Seminario latinoamericano de formación política del CEPIS-Brasil*. La Habana, Cuba, 28 de octubre. En <<https://www.alainet.org/es/active/68523>> acceso 10 de abril de 2018.

trae problemas y exigencias específicas, que es obligatorio conocer y enfrentar con creatividad y originalidad. La combinación no es fácil, pero ayuda un hecho que me atrevo a considerar axiomático: en la medida en que la práctica y sus instrumentos ganan fuerza, organización y atracción sobre las mayorías, la acumulación histórica se les va entregando y pueden atribuírsela, se van apropiando de la razón histórica y de los nexos entre el pasado y el futuro; eso multiplica su fuerza y su seguridad en el triunfo, y disminuye las de sus adversarios.

El funcionamiento de los sistemas de dominación siempre conllevó la subordinación de las mayorías oprimidas: el momento del consenso es la clave de las hegemonías, no el de la represión. Entonces, lo que se considera normal han sido las diferentes y sucesivas formas de adecuación al dominio de una minoría sobre la sociedad. Las resistencias culturales que se vuelven activas, los estallidos sociales, las rebeldías individuales, han dado cuenta del conflicto que siempre está latente, pero no de la posibilidad de que se convierta en rebeldía organizada y en opción de victoria y de poder. Ellas tienen raíces lejanas en el tiempo y se apoyan en ideas de justicia y de libertad, y sus acciones han dejado huellas históricas importantes. Pero por sí solas no han generado

políticas capaces de vencer a los sistemas de dominación. El problema que hoy llamamos de reformismo o izquierdismo solo aparece cuando existe suficiente conciencia de la dominación y una actitud de rechazo a ella, aunque esa conciencia haya sido de diferentes tipos y alcances en la historia latinoamericana.

Pero una y otra vez se ha llegado a nuevas formas de adecuación al dominio después de las etapas de alta conciencia y rechazo generalizado, incluso después de revoluciones, por dos razones principales: no se llegaba a destruir las bases del sistema de dominación; este aprendía a hacer concesiones en cuestiones no esenciales, a mudar sus modos de mandar y sus símbolos, a reformular, en suma, su hegemonía. La falta de una política propia, de representaciones autónomas del mundo y de decisión de ir hasta el final en los cambios y crear un poder popular, ha sido complementaria al funcionamiento del poder, muy fuerte y previamente instalado, a su represión sistemática y despiadada y a su inteligencia en cuanto a reformular la hegemonía. Los rebeldes intransigentes han sido reprimidos y aislados al mismo tiempo, y después demonizados, trivializados, manipulados y sometidos al olvido.

Con el desarrollo del capitalismo en la región se fue produciendo una maduración de la

capacidad de las clases dominantes de darle relativa autonomía a la dimensión política y organizar dentro de ella formas de consenso en que la petición y obtención de reformas dentro del sistema tuviera peso y ocupara a la mayoría de los actores sociales y sus ideologías. Aunque una parte del reformismo viniera a satisfacer demandas que habían levantado las rebeldías, y aunque fuera un vehículo usual de ciertas redistribuciones de recursos y de posiciones sociales, su función primordial ha sido siempre asegurar la dominación capitalista sobre la sociedad. Por eso lo que hoy llamamos reformismo ha tenido su sentido último en la subordinación al sistema y el desarme o la prevención de las actitudes y las ideas subversivas. El horizonte del pragmático reformista siempre queda dentro del orden vigente.

Para los que nos oponemos de manera consecuente a la explotación, la complicidad subordinada al imperialismo y las demás formas de dominación, todo eso está claro en general, pero frente a la situación concreta de cada sociedad en un momento determinado muchas veces esa claridad desaparece. Duros datos de realidades, prácticas y creencias llenan la materia de la vida cotidiana y de lo que le parece posible pretender a la mayoría, acotan identidades y demandas sectoriales, configuran

lealtades, aversiones e ideologías, y le fijan féreos límites a las actuaciones y al trabajo de concientización de los movimientos populares que luchan por cambiar a fondo la sociedad y la vida de esa misma mayoría.

Termino este primer acercamiento a nuestro problema con dos precisiones. La primera es que ambas posiciones, su contraposición y su dialéctica deben ser analizadas, pero la valoración predominante desde una perspectiva revolucionaria las diferencia de una manera radical. El reformismo es antirrevolucionario en cuanto práctica de sus gestores y es un indicador de escasa conciencia y de confusiones de los que se adhieren a él, mientras que el izquierdismo es un grave desacierto que cometen quienes son o pretenden ser revolucionarios, es una enfermedad infantil que padecen, diría Lenin. La liberación de todas las dominaciones y la creación de sociedades nuevas es el ideal que nos mueve, nos sostiene y nos sirve de brújula y de guía política y moral. Las grandes jornadas de rebeldía popular, las vidas y los hechos de los revolucionarios, son los hitos principales de esta memoria y proveen sus símbolos. Simplificando, el izquierdismo sería un error, y el reformismo un crimen.

Pero mi segunda precisión es que las prácticas, las experiencias, las formas organizativas

y los niveles de conciencia establecidos que se convierten en formidables adelantos provienen de las épocas en las que el campo popular ha tenido que reorganizarse después de los grandes eventos. Más de una vez han sido elaborados después de la derrota de los esfuerzos más radicales. Son fruto de trabajos pacientes y extraordinarios, de descubrir realmente a la gente común y compartir con ellos sus vidas, sus necesidades, anhelos y demandas, de tejer redes de alcance restringido pero que nada puede romper. Aunque obligan a la dominación a ceder avances y campos, a negociar y convivir con lo que repudia, pudieran calificarse de moderadas, porque caben dentro del orden vigente y no pretender tomar el cielo por asalto. Sin embargo, la acumulación cultural que producen no es nada desdeñable: ella es la realidad a partir de la cual es factible proponerse las empresas revolucionarias más ambiciosas.

La cuestión, entonces, es compleja, como sucede siempre en los análisis sociales. No soy capaz de resolverla, y creo que en los momentos cruciales es la actuación la que puede hacerlo. Pero también creo que el estudio, la discusión, la formación política e ideológica, son imprescindibles para comprender lo fundamental en una sociedad determinada, en un proceso, en una coyuntura, en el movimiento

que será histórico, que siempre es diferente a lo aparente. En política, lo principal es lo que no se ve. Esa preparación es indispensable para los activistas, porque su deber es enorme: conducir bien, acertar, no dejar pasar las oportunidades, combinar la audacia, la determinación y el buen juicio, y mucho más. Para ayudar un poco a esa tarea examinaré algunas cuestiones que me parecen necesarias para nuestro tema, tanto de los dilemas mismos de la actuación expresados por el par “reformismo-izquierdismo” como del análisis de las realidades históricas y actuales que constituyen sus condicionantes, en el espíritu de promover los debates y dar algún marco a la exposición y la discusión de las experiencias y las ideas.

Aunque hay un conjunto de factores comunes que nos permiten situarnos en América Latina y el Caribe como un todo, y que serán cada vez más fuertes en la medida en que nuestra causa avance, las diferencias entre países en la región son muy notables, y en varios casos las de regiones dentro de ellos. Ellas se verán mejor cuando escuchemos las contribuciones por países, ahora nos referiremos a los problemas en sus dimensiones más generales, que suelen implicar tendencias para cada caso, o servir para hacer más claras las particularidades.

Recuperar la historia desde el campo popular es una necesidad para comprender el presente y para guiar nuestras acciones y proyectos. La historia ha sido prisionera primero del colonialismo, y después de las clases dominantes de las repúblicas, burguesas y neocolonizadas. La independencia misma, al fijarse el bicentenario en 2010 escamoteó la gran Revolución haitiana, verdadero inicio en 1791 del proceso que culminó en Ayacucho 33 años después. En Haití hubo una grandiosa revolución social, en la que una enorme masa de esclavos que producían para el capitalismo mundial se liberaron mediante la guerra revolucionaria, vencieron a los soldados de Inglaterra, de España y a un gran ejército de Napoleón, se consideraron americanos a pesar de que una gran parte había nacido en África, implantaron el primer Estado soberano de nuestra región y promulgaron la Constitución más avanzada de América. Nadie hubiera concebido posible algo así en 1791, y trece años después era realidad. Esa fue una gran lección histórica.

Solo unas palabras acerca de aquel proceso. La independencia de la América ibérica fue la más temprana descolonización regional ocurrida en el mundo. Lo determinante en el proceso fueron revoluciones violentas en la mayor parte de los casos de la América española, aunque en

Centroamérica y Brasil la independencia se estableció a partir de actos no violentos promovidos desde arriba. Hubo crisis en las metrópolis y en sus colonias, sin duda, pero solo porque hubo revoluciones pudo producirse la gran transformación. La nación, como la entendemos hoy, era una idea incipiente en Europa cuando sucedió la independencia en América. Si allá era una novedad, en América pudo encontrar espacio precisamente por las necesidades de autoidentificación que tenían los que se levantaban contra un orden colonial que, además de su poder material y la inercia de lo establecido, tenía muchos medios espirituales a su favor. Los insurgentes y los nuevos políticos tuvieron que aprender a organizar poderes propios, confiar en ellos y hacerlos permanentes, y aprender a nombrar el nuevo mundo que iban creando. Hubo revoluciones sociales en diferentes lugares durante el proceso, más o menos victoriosas, inconclusas, parciales o derrotadas. Desde las complejas sociedades de dominación resultantes de la larga época colonial fue que cada país enfrentó la ruptura del orden colonial y la formación de los Estados independientes.

Solamente la violencia revolucionaria pudo ser eficaz para conseguir que individuos y grupos sociales se representaran negar y trascender su situación de colonizados o su condición

servil y actuar en consecuencia, ser muy subservivos en sus prácticas, sacrificarse, persistir durante las circunstancias más difíciles, organizarse militar y políticamente, superar hasta donde fue necesario las divisiones en castas que tenían y las ideas y sentimientos correspondientes, cambiarse o reeducarse a sí mismos en buena medida, crear nuevas instituciones y relaciones, vencer a sus enemigos e instituir países que se reconocieran como tales y masas de personas que fueran o aspiraran a ser sus ciudadanos. En general, las independencias se consideraron parte de una epopeya y un proyecto americanos, y así quedaron fijados en la conciencia social y en los discursos más influyentes. Moderados, aprovechados y conservadores americanos tuvieron que adoptar los símbolos de la epopeya libertadora, incluso los que querían mediatizarla y controlarla.

En el origen estuvieron, por tanto, la revolución y un proyecto continental. La iniciativa humana radical e intransigente fue decisiva, y el resultado de conjunto fue un formidable avance cultural a escala continental. Esa tradición es un aspecto de enorme importancia en la acumulación cultural latinoamericana y caribeña actual. Pero en las repúblicas se fueron integrando y consolidando versiones que se convirtieron en la historia nacional, como parte de

un complejo cultural que respondía, en todo lo esencial, a la dominación de clase, al Estado y a las representaciones sociales correspondientes. Igual que las economías locales, los idiomas, las comunidades, las diversidades sociales y humanas, la historia fue cristalizada en un molde nacional. No les fue posible reducir ese molde a los arbitrios de los dominantes, pero lo cierto es que excluyó lo que fuera realmente peligroso para la dominación. No fue por gusto: la subordinación al capitalismo mundial no fue eliminada, y ella rigió desde la formación económica y la organización estatal hasta las corrientes dominantes de ideas y creencias. Las colonizaciones persisten hasta hoy, en las instituciones, las mentes, los sentimientos y la vida espiritual. Las zonas de silencio, las multitudes sin voz, las selecciones tendenciosas de hechos, procesos y personalidades, las distorsiones y las falsedades, han formado parte hasta hoy de las culturas nacionales.

La libertad, las naciones y la justicia social han vivido muy dilatados y complejos procesos en nuestra América desde 1824 hasta hoy. La forma republicana de gobierno predominó, pero las libertades fueron recortadas, conculcadas o no cumplidas en la práctica en innumerables ocasiones y lugares, la justicia social siguió siendo negada a las mayorías y las

naciones se fueron forjando paulatinamente, tanto que algunas no se han completado todavía. Sin embargo, en nombre de ellas y del nacionalismo se implantaron regímenes de dominación, se reprimieron las luchas sociales y de los grupos étnicos oprimidos y se emprendieron numerosas guerras y conflictos entre países del continente. Las potencias capitalistas, y cada vez más Estados Unidos, aprovecharon el tipo de sociedades de dominación establecido en la región para convertir a sus beneficiarios en socios subordinados o en cómplices, dominantes y dominados al mismo tiempo. Estos sacrificaron los intereses generales de sus sociedades para mantener los de ellos y los de sus nuevos mandantes.

Pero existe una gran acumulación cultural en el continente, de capacidades económicas, cultura política y social, identidades, experiencias e ideas, que es hija del transcurso histórico de estos dos siglos y forma parte de su patrimonio. Ella es potencialmente capaz de enfrentar en mejores condiciones que otras regiones del mundo los males a los que ha sido sometido en las últimas décadas y la rapacidad y la agresividad del imperialismo, y de emprender transformaciones profundas que le permitan hacer posible y convertir en realidad lo que le está impidiendo el sistema capitalista.

Entre las décadas quinta y octava del siglo XX tuvieron su máxima expresión ideas y prácticas de políticas de desarrollo relativamente autónomas de cierto número de países de la región, pero ellas cayeron en decadencia. Los burgueses latinoamericanos protagonizaron una etapa económica expansiva y fueron en general hegemónicos en sus países, pero no resistieron el desafío de cuatro procesos simultáneos, aunque diferentes entre sí:

- a) La emergencia de Estados Unidos después de 1945 como el poder decisivo en el continente y a escala del capitalismo mundial, lo que le permitió doblegar las resistencias, dismantelar las autonomías e imponer la incorporación de cada país a su dominio político y económico;
- b) La extrema centralización del sistema capitalista mediante los procesos de transnacionalización y el dominio financiero y comercial, la especulación, el gigantesco parasitismo de la deuda externa y la tiranía ejercida por el FMI y el Banco Mundial. En consecuencia, las burguesías subalternas perdieron espacio de maniobra, se redujo el papel de América Latina en el comercio mundial, quebraron o se deformaron ramas industriales y

predominaron los sectores primarios exportadores, se multiplicó la entrega de excedente como tributo, se anuló la capacidad de los Estados para cumplir sus funciones de factor redistribuidor y de equilibrio social y se produjo la conservatización y el desarme de la mayor parte del pensamiento económico y social;

- c) El enorme crecimiento de las luchas sociales y políticas latinoamericanas, que llegaron a ser radicales en su actuación y en sus proyectos de cambio del sistema y deslegitimaron a numerosos grupos de poder, desafiaron la hegemonía burguesa, proclamaron proyectos populares y profundizaron el anti-imperialismo. Esas experiencias fueron muy ricas y diversas: gran número de movimientos de masas muy combativos, luchas armadas en una docena de países, el Gobierno de Unidad Popular en Chile de 1970-1973 y varios intentos nacionalistas en otros países;
- d) La liberación de Cuba de sus ataduras, mediante una insurrección triunfante y una revolución muy profunda, social, política y de las conciencias. Cuba, un país pequeño pero estratégico del Caribe, que tuvo dos grandes expansiones económicas entre 1780 y 1930 y un extraordinario proceso revolucionario anticolonial, y fue sometido al neocolonialismo

por Estados Unidos desde fines del XIX, liquidó el poder de la burguesía y del imperialismo, y logró colosales cambios sociales y económicos que transformaron las relaciones fundamentales, la vida pública y las instituciones, le aportaron dignidad y bienestar a toda la ciudadanía y la soberanía nacional plena al país. Su ejemplo y la resistencia y las victorias obtenidas frente a la agresión y el bloqueo imperialistas durante medio siglo, han despertado un arco muy amplio de esperanzas, rebeldías, solidaridad, odio y agresiones. La Revolución cubana ha estado siempre presente desde 1959 en los asuntos latinoamericanos, por sus actuaciones, por las reacciones que ha provocado, por las relaciones que se han sostenido con ella y por su influencia en la política norteamericana hacia los demás países de la región. En la actualidad es un factor importante para las acciones y los proyectos que promueven soberanía, políticas sociales a favor de los pueblos, autonomía, integración y unidad continental.

Ante las profundas transformaciones acontecidas en las cuatro décadas citadas, la política burguesa en América Latina no se dividió entre los arcaicos y los modernos, los entreguistas y los “nacionales”, como suponían la creencia y la esperanza pertinaces que albergaban fuertes

corrientes de pensamiento y organización de organizaciones de izquierda y el campo popular. Volveré a referirme a esa creencia. En general, los modernos abandonaron las políticas de cierto desarrollo autónomo –allí donde las había– y se “integraron” como subordinados al gran capital, y en todo lo esencial al imperialismo norteamericano. En el terreno político, en vez de aliarse a los movimientos de rebeldía o resistencia populares, se plegaron a las exigencias imperialistas, aceptaron las nuevas dictaduras –los llamados regímenes de “seguridad nacional”– o fueron incluso coautores en los procesos represivos en numerosos países de la región, que llegaron hasta el genocidio en algunos casos. En vez de una integración, se organizó una internacional del crimen. Los regímenes capitalistas neocolonizados arrasaron o desmontaron las formas organizativas del pueblo, abandonaron las políticas de desarrollo autónomo y los instrumentos de la soberanía nacional, practicaron el entreguismo, abolieron conquistas y políticas sociales y provocaron fuertes retrocesos culturales conservadores, todo en nombre de las bondades o la necesidad del neoliberalismo. Esos daños han persistido hasta hoy en muchos ámbitos.

El Che había escrito en 1966: “las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad

de oposición al imperialismo –si alguna vez la tuvieron– y solo forman su furgón de cola. No hay más cambios que hacer: o revolución socialista o caricatura de revolución”. (Guevara, 1967, 1970: 589).

La política revolucionaria fue la principal en esta etapa en que las clases dominantes mostraron su entraña antinacional y fueron verdugos de sus propias sociedades. Por primera vez en el siglo XX se pensó y se actuó en América Latina para conquistar una transformación radical liberadora a una escala de participación notable. Los revolucionarios intentaron derrocar el sistema de dominación de cada país mediante el desarrollo de luchas armadas, la concientización y la formación de bases sociales, combatieron al imperialismo, practicaron el internacionalismo y plantearon la continentalización. El pensamiento logró un alto grado de independencia y produjo tesis, corrientes y conceptos para comprender las realidades materiales e ideales, y para guiar o fundamentar la conciencia, la conducta y la actuación de los individuos, los grupos sociales y los pueblos. (Dependencia, TL, Che). Hubo un nuevo grado de socialización más amplio de esas ideas, por los estudios de militantes y activistas y la divulgación intencionada a sectores de población, y por la combinación del acompañamiento de un

buen número de intelectuales a los procesos prácticos y la producción de pensamiento por parte de revolucionarios activos.

A pesar de los sacrificios, las movilizaciones, el heroísmo y la tenacidad que desplegaron, las extraordinarias luchas populares de esta época no lograron convertir en realidad sus ideales y sufrieron derrotas políticas, no solo represivas. Pero por segunda vez en la historia latinoamericana fueron la política y el pensamiento revolucionarios los que pusieron a la orden del día el derrocamiento de las opresiones y las liberaciones sociales y humanas. Los proyectos radicales abominaron al sistema capitalista como un todo, no a sus vicios o errores, y le dieron suelo americano al socialismo, que adquirió concreción y atractivo para muchos. La libertad y la justicia social reunidas, que habían sido el motor de tantas rebeldías, ahora se representaron y se formularon como características indispensables de las sociedades a crear, como objetivo a conquistar a partir de las experiencias de anticolonialismo, repúblicas, ciudadanía, democracia, combates sociales, revoluciones, organizaciones populares, antiimperialismo, representaciones, símbolos e ideas latinoamericanos. Ese proyecto de América nuestra que cristalizó hace pocas décadas tiene mucha fuerza y vigencia como ideal general,

porque brinda una base espiritual y política para abominar el sucio final del siglo XX mientras se elaboran las nuevas bases que están exigiendo las realidades actuales, porque logró ser efectivamente latinoamericano, y porque sus propuestas fueron firmadas con sangre.

En el marco de los procesos diversos de modernizaciones del siglo XX, existieron muchas organizaciones políticas y sociales que actuaron a favor del bienestar de las mayorías, el buen gobierno, el desarrollo económico, más soberanía, estado de derecho pleno, dentro de las reglas de juego cívicas del orden vigente. Sería un error muy grave despreciarlas o subestimarlas por esa limitación básica. Ellas proveyeron el campo para la actuación, las ideas y las experiencias políticas de millones de personas durante un largo período histórico; muchas veces obtuvieron demandas y avances parciales, más o menos duraderos, que no hubieran cedido graciosamente los gobernantes, los patronos y los magnates, la clase dominante poseída del afán de lucro, poder y predominio social. En otros casos sirvieron al menos como escuela de ciudadanía y aprendizaje de los límites de ese tipo de política. Lo que me impide tildarlos de “pragmáticos” es que estoy refiriéndome a los largos períodos y las coyunturas en las que no estaban en marcha protestas apreciables o

rebeldías. El indicador fundamental, a mi juicio, es que este tipo de acción política y social, y sus ideologías, son las factibles y esperables dentro del funcionamiento de un sistema de dominación que no está confrontando graves conflictos abiertos ni crisis.

Eran funcionales al sistema en general, es cierto, pero al menos le forzaban a negociar y a ceder en temas que no ponían en peligro su dominio. Por otra parte, los golpes de Estado a gobiernos que no iban más allá de reformas moderadas, las brutales represiones a partidos y movimientos sociales que no tenían pretensiones de subvertir lo esencial del orden, constituyeron también enseñanzas para los pueblos acerca de la naturaleza del sistema capitalista.

Las revoluciones mismas tampoco han sido criaturas procedentes de la nada. Han tenido que comenzar por lo que el medio existente consideraba demandas y banderas de rebelión, y expresándose en su lenguaje (Sandino, liberal; Cuba 1952-53: Const. 40). El izquierdista cree ser el verdadero radical, y el único representante de un pueblo abstracto y virtuoso al que prácticamente no conoce. El revolucionario sabe que debe partir de los conflictos reales: y al mismo tiempo de las percepciones reales que la gente y los diferentes sectores del

pueblo tienen de ellos [de los revolucionarios]. El proceso práctico y las concientizaciones irán dando instrumentos para profundizar las comprensiones y los objetivos, permitirán a unos y otros conocerse y aportarse saberes, a los revolucionarios ganar la condición de conductores, a los participantes adquirir la determinación y otras cualidades personales y la organización política que resultan imprescindibles. (Reforma y Rev., SP 1992).

Acabo de salir de improvisado del terreno del recuento histórico, porque me preocupa que ya llevo media hora hablando. Quisiera incluir en esta introducción la cuestión de los instrumentos de pensamiento, que tienen una importancia fundamental para la actividad revolucionaria, porque ella sucede a contracorriente de lo que parece de sentido común y está obligada a ser intencionada y creativa, a pensar lo que hace y lo que propone. Ante todo, ¿a partir de qué pensamos? Carlos Marx y Antonio Gramsci nos han dejado claro que lo que parece vacío al inicio de los análisis de ningún modo lo está: hay materiales previos que condicionan poderosamente la actividad de pensamiento. La formación entera de los niños y jóvenes incluye una preparación para servir al orden de dominación vigente, o por lo menos para aceptarlo. En los países que han

sido colonizados y neocolonizados la formación incluye una autosubestimación que compulsa a buscar modelos externos, a imitarlos y correr detrás de ellos, a creer que de ese modo se recorre un camino que tendrá su punto de llegada y su premio en una civilización que es ajena y, por consiguiente, inalcanzable. Ya estamos alertas contra la colonización del pensamiento, pero no está de más insistir, porque en el problema del par reformismo-izquierdismo existe también un componente de colonización mental.

El problema es muy complejo, porque a lo largo del transcurso histórico de este continente desde la conquista europea ha sido dominante la cultura de los colonizadores, que ha contado con incontables medios de imposición y de atracción. El pensamiento reconocido como tal excluía en la práctica lo que no estuviera dentro de la llamada modernidad; es realmente reciente la emergencia de valoraciones positivas y de alguna utilización de otros saberes y formas de conocer y hacer juicios de origen propiamente americanos. Lo grave es que los procesos de universalización cultural capitalista se han acelerado cada vez más en los últimos sesenta años; por consiguiente, la colonización mental es muy fuerte y abarcadora, y muchas veces resulta difícil identificarla.

Las ideas opuestas al capitalismo no podían salir de la nada. En Europa, que fue el centro de todo aquel proceso histórico, las oposiciones al capitalismo contenían –junto a antiguas creencias como la de una parusía o un destino– un gran número de ideas y símbolos pertenecientes al propio orden que querían combatir, y durante mucho tiempo fueron sobre todo formas de radicalismo procedente de la “izquierda” de las revoluciones burguesas. No olvidemos que una parte apreciable del pensamiento de Marx se dedicó a la crítica de esas ideas y de algunos movimientos que produjeron, que se oponían a la propiedad privada y solían considerarse socialistas. Y es que ellos eran productos de la reproducción de lo existente, aunque quisieran oponérsele, y la teoría y el comunismo de Marx se basaban en irse muy por encima de lo que podría producir el capitalismo en cualquiera de sus modos de superarse, para negarlo e impulsar la revolución anticapitalista a escala total en la que los oprimidos se cambiarían a sí mismos y crearían una sociedad diferente y muy superior.

Algunos opositores en realidad querían regresar a un pasado idealizado, pero otros querían reformar las modernas sociedades europeas para darles una racionalidad que no oprimiera a las mayorías. Marx y Engels entendían que ya

solo podrían cambiarse las sociedades que el capitalismo industrial estaba revolucionando y dominando a la vez, pero ese orden proyectado hacia el futuro tenía que partir de hechos sumamente radicales: las luchas políticas de clases, la concientización proletaria, la formación de organizaciones revolucionarias y la revolución proletaria que debería alcanzar una extensión mundial. Ellos partían del análisis del modo de producción capitalista, y de Europa como centro de ese proceso –como era lógico pensar entonces en Europa–, y de una sociología del conocimiento que vinculaba íntimamente los pensamientos posibles y la producción de conocimientos sociales con el desarrollo del capitalismo, con el conflicto antagónico que él mismo generaba y con el movimiento histórico que los revolucionarios iban a promover.

A mi juicio, ellos crearon el instrumento de análisis social más capaz que se ha logrado hasta hoy, la ciencia política y las formas políticas prácticas más apropiadas para producir las revoluciones sociales y humanas que logren la liberación de todas las dominaciones y la epistemología más adecuada para el conocimiento social. Siempre, claro está, que tengamos en cuenta los innumerables aportes que se han hecho desde entonces hasta hoy desde posiciones muy variadas, los que incluyen cambios,

a veces muy notables, de ideas que tenían los fundadores del marxismo. También era inevitable que la teoría original contuviera algunas contradicciones, ambigüedades y ausencias; más de una de ellas fue advertida por el propio Marx, que trató de avanzar en su superación. Para profundizar en nuestro tema, necesitaríamos apoderarnos de la historia del pensamiento marxista y asumir una perspectiva marxista consecuente con esa posición –lo que, lamentablemente, no es muy usual–, poner a esa historia siempre en relación con la historia política y social de ese largo período histórico, y sobre todo introducir la dimensión de la universalización, que desde hace un siglo se volvió fundamental para el desarrollo del pensamiento revolucionario.

Seguramente, la organización prevista para este día nos permitirá en algún momento abordar algo de esos temas. Ahora solo quisiera agregar algunos comentarios que sirvan para ilustrar problemas.

Es natural que una teoría destinada a servir a la gente de abajo en sus luchas tuviera mayor éxito en la medida en que estos la asumieran como suya. Pero fue inevitable que desde entonces la tomaran desde sus estructuras de pensamientos y creencias, y la acomodaran a sus necesidades más sentidas. El marxismo

que con razón consideramos vulgar tiene en esto uno de sus fundamentos. La creencia en que “después del capitalismo vendrá el socialismo”, como un destino inevitable, en que “la Historia está con nosotros”, o incluso la de que “la materia” es lo primero y “la conciencia” es segundona, son formas ideológicas de reafirmación de quiénes tienen muy poca fuerza para hacer realidad sus ideales. También la conversión de la expresión de Engels de que la teoría marxiana había llevado al socialismo de la utopía a la ciencia en el título pretencioso de “socialismo científico”, que en realidad se acogía para legitimarse a la ideología burguesa de la ciencia, en el momento en que esta era la gran justificadora intelectual del colonialismo y del racismo. La formulación intelectual más importante e influyente de la vulgarización del marxismo ha sido el modelo de simple dominio y dependencia entre la base “económica” y la superestructura, que supuestamente debe regir la política revolucionaria y lo que esta podría proponerse en cualquier situación concreta.

Pero insisto, en esta primera ocasión, en tener en cuenta siempre las realidades de lo que piensa y siente nuestra gente. Les leeré una cita un poco larga, pero con la idea de que constatemos la grandeza del pensamiento que hemos

producido en cada país de nuestra América, y que es necesario rescatar y conocer. En 1931, Gabriel Barceló, un joven dirigente comunista cubano que fue un gran estudioso del marxismo, estaba en presidio y allí era el profesor de *El Capital* (Marx, 1975) en la Academia de los presos. Le escribió Barceló a un intelectual muy notable que no entendía nada de lo esencial, desde el presidio político en que estaba recluido:

La economía marxista, que fue construida con el mismo sentido del devenir que anima todo el pensamiento de Marx, al igual que el materialismo histórico, su genial interpretación de la Historia, no solo no son dogmáticos, sino

César Vallejo (1959), en su libro *Rusia en 1931*, trata en un capítulo de su interesante obra la dogmática y la mítica revolucionaria. [...].

Entre el elemento mítico, se puede situar la “lucha final”. De esta convicción profunda, que surge sobre su infinito dolor, brota potente del proletariado la voluntad de triunfar en una “lucha” que sea “final” de toda desventura.

Hemos logrado en estas últimas décadas desterrar la idea de que el pensamiento revolucionario solo podía ser elaborado por unos pocos

iluminados. Por lo mismo, tenemos que generalizar el ejercicio de pensar. Por eso, aunque sea difícil, resulta fundamental el trabajo de formación en la actualidad.

BIBLIOGRAFÍA

Guevara, E. Ch. 1967 “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental”

en *Tricontinental* (La Habana) 16 de abril, Suplemento especial.

Guevara, E. Ch. 1970 *Obras* (La Habana: Casa de las Américas) T. II.

Marx, K. 1975 *El Capital* (México: Siglo XXI) 3 T. en 8 Vol. Trad. P. Scaron.

Vallejo, C. 1959 [1931] *Rusia en 1931*.

Reflexiones al pie del Kremlin (Lima: Editora Perú Nuevo).

MEDIOS, CULTURA, DOMINACIÓN Y RESISTENCIA*

Entre las aproximaciones posibles al tema de medios, cultura y conocimiento, abordaré la de algunos problemas de las relaciones entre ellos y la dominación sobre las personas, los grupos sociales y los países. Es solo uno entre los acercamientos posibles. Pero me parece

un hecho muy negativo que las revoluciones de la comunicación, la creciente valoración de las culturas y la multiplicación de los conocimientos, características muy relevantes de la época contemporánea, estén acompañadas por el control –en algunos aspectos totalitario– que ejercen los instrumentos que el capitalismo ha creado con ese fin, con los perjuicios correspondientes para las mayorías del mundo. Considero muy necesario debatir y conocer los mecanismos y modos específicos actuales de ese control y sus funciones, con el fin de enfrentarlo eficazmente.

Desde mediados del siglo pasado se aceleró el proceso de ruptura de las fronteras que impedían a sectores muy amplios de las sociedades el consumo de la llamada alta cultura. La escolarización registró un crecimiento brusco –aunque casi la sexta parte de la población mundial sigue registrada como analfabeta, proporción que sería mucho mayor si se incluye a los funcionales–, y se tornó usual la divulgación de numerosos campos de los conocimientos. Los

* La versión primitiva de este texto se hizo para la Mesa de conferencias “Medios de comunicación, cultura y conocimiento” en el IV Foro Social Mundial, celebrado en Mumbai, India, en enero de 2004. Se publicó después en: Martínez Heredia, F. 2006 “Medios, dominación, cultura y resistencia” en *Revista Cine Cubano Online* (La Habana: ICAIC) N° 3. En <<http://www.cubacine.cult.cu/sitios/revistacinecubano/digital03/centrocap63.htm>> acceso 10 de abril de 2018.

[N. de la Ed.] En una nota al pie el autor dice: “Aprecio mucho las contribuciones tan valiosas que se hacen en la actualidad sobre aspectos de los temas que abordo aquí, desde diferentes disciplinas, y también combinándolas. Y sobre todo me solidarizo con los que están produciendo miles de informaciones, denuncias, análisis, rescates de la memoria, debates, proyectos, enfrentados al sistema de dominación capitalista, a través de todos los medios a su alcance”.

medios masivos de comunicación –reforzados primero con la televisión y después con una verdadera revolución tecnológica– se convirtieron desde entonces en entes decisivos para la divulgación de informaciones, opiniones, temas e ideas.

El conjunto constituyó una transformación colosal de la vida y las concepciones de la mayor parte de la humanidad, que está en curso todavía. Fue al mismo tiempo un paso que formó parte de un proceso de democratización del consumo de bienes culturales. Cientos de millones de personas han obtenido capacidades suficientes para conocer más, pensar con más elementos y más complejamente, gozar de los productos de las artes y ampliar sus horizontes espirituales. También ha contribuido ese proceso a que esos millones dejen de considerar como hechos naturales las privaciones y opresiones que marcan sus vidas, y deseen y reclamen el acceso a su dignidad humana, la promoción efectiva de sus derechos a la vida, la salud, el trabajo, la educación, los servicios, igualdad real y oportunidades, un bienestar basado en la satisfacción de las necesidades básicas y expectativas crecientes. Una gran parte de ellos se ha movilizadado y participado en acciones dirigidas a lograr la ciudadanía plena, libertades y convivencia democrática, la justicia social, la

autodeterminación de sus naciones y un trato justo en sus relaciones internacionales.

Aquello no fue un regalo o una donación. Fue consecuencia de las iniciativas, los esfuerzos, los sacrificios y los combates de pueblos enteros durante varias generaciones. En el curso de la mayor parte del siglo XX, ellos lograron la liberación nacional de cierto número de países y al menos la independencia formal de casi todos los demás, se despojaron de los yugos coloniales, transformaron las nociones del valor de sí mismos y de sus naciones, y cambiaron el mapa del mundo. Ellos derrotaron al fascismo en Europa, deslegitimaron los racismos y los hicieron retroceder, impusieron o negociaron redistribuciones de las riquezas y democratizaciones de la política por todas partes, exigieron la socialización de la libertad y de la justicia, e inclusive pusieron en marcha proyectos de cambios profundos de las sociedades y la vida en buena parte del planeta, a partir del triunfo de revoluciones contra el colonialismo imperialista y el capitalismo. Sucedió un cambio cultural prodigioso, que en términos históricos asomó a la Humanidad a la posibilidad de usar y disfrutar los logros de las ciencias, las técnicas y la organización social, y volvió obsoletas las formas de dominación elaboradas hasta entonces por el capitalismo.

Es cierto que la democracia política había demorado un siglo después de la Revolución francesa para establecerse en la Europa capitalista –el liberalismo antiguo nunca fue amigo de la democracia–, y todavía registró un retroceso descomunal en ese continente, a causa sobre todo del fascismo, en los años treinta y hasta 1945.¹ En los países capitalistas desarrollados las leyes de hierro del sistema rigen hasta hoy la vida material y social junto a las formas políticas democráticas, y sectores más o menos amplios de la población sufren las consecuencias. Por otra parte, en un proceso que no trataré aquí, el maravilloso ensayo bolchevique de una nueva democracia anticapitalista fue perdiendo terreno en la URSS, y en los años treinta fue suprimido brutalmente. El autoritarismo quedó establecido durante cincuenta años como la forma de gobierno de aquel país.

En los demás países capitalistas del mundo la vida de las mayorías es incomparablemente peor. El hambre, la desnutrición, la miseria, la falta de oportunidades, la explotación más descarnada del trabajo de adultos y niños, el desvalimiento de multitudes, convierte en una

caricatura la forma democrática de gobierno. Gobernados por burguesías locales y grupos de poder que han ejercido su dominio al mismo tiempo que se subordinan a los imperialistas y al gran capital, en estos países han abundado las rupturas de la institucionalidad y los regímenes dictatoriales, las represiones selectivas o masivas –incluso genocidios–, y también las guerras. El Estado de derecho, el ejercicio de libertades ciudadanas y de amplias políticas sociales, han sido a menudo precarios o casi siempre incompletos. Por su parte, el imperialismo ha sometido a esos países a incontables intervenciones en defensa de sus intereses y sus cómplices, o para evitar que adquieran autonomía efectiva, y los ha hecho víctimas de todo tipo de agresiones, incluidas guerras, ocupaciones y matanzas terribles.

A pesar de todo, la consolidación de identidades, Estados y sociedades, y los avances políticos, sociales y económicos, fueron configurando nuevas relaciones, maneras de vivir, instituciones e ideas. Los países que habían calificado de atrasados, y que después llamaron subdesarrollados, intentaron en diferente medida y con resultados muy diversos llevar adelante procesos de defensa de la soberanía nacional, dignificación de sus poblaciones, desarrollo, democratizaciones, políticas sociales,

1 En Grecia, Portugal y España debieron esperar treinta años más.

reformas y revoluciones. Con esas acciones, y mediante coordinaciones internacionales y vínculos no neocoloniales, intentaron eliminar o disminuir la situación a la que los ha sometido el sistema mundial capitalista. Esta otra historia, rica en esfuerzos maravillosos y llena de horrores, suma de victorias y derrotas, avances y caídas, proyectos y esperanzas, ha sido nuestra historia, y no la historia “universal” que repite el colonizado mental. Pero en las décadas finales del siglo XX la nueva fase del imperialismo le ha cerrado el paso y pretende borrarla y someter a todos.

Para el tema que nos reúne hoy, quisiera destacar que la dominación capitalista no fue ciega ante sus reveses y el despliegue de premisas de la liberación humana acontecidos a lo largo del siglo; se reorganizó, lanzó nuevas estrategias e impulsó reformulaciones de su hegemonía. La independencia nacional y las políticas sociales en los países que mantuvieron la dominación burguesa y vínculos neocoloniales –avances que en muchos casos nacieron de revoluciones o de movilizaciones populares–, resultaron también modernizaciones que viabilizaban la renovación del consenso de los dominados. El imperialismo utilizó todos los recursos de presiones, violencia, influencia, sobornos y complicidades que estuvieron a su alcance, pero

confió sobre todo en el desarrollo de su propia naturaleza, y en la etapa más reciente ha recuperado la iniciativa histórica. Es esencialmente el mismo, pero tiene varios rasgos específicos que resulta imprescindible tener en cuenta.

La naturaleza actual del sistema está basada en la transnacionalización y las finanzas parasitarias. La competencia en los negocios ha sido progresivamente negada por la monopolización y todo tipo de ventajas para los más poderosos; en el “libre mercado”, la oferta y la demanda están rigurosamente controladas. Una parte de los trabajadores, y quizás la mitad de la población mundial, resultan sobrantes para este sistema, que agrava la incapacidad de la mayoría de los países de satisfacer las necesidades básicas de sus ciudadanos, ineptitud creada en ellos por la propia historia de la acumulación y el desarrollo de los centros del capitalismo. A escala mundial, la vida y las expectativas de los individuos han sido brutalmente recortadas: dos de cada cinco personas sobreviven en la miseria y no pueden aspirar a un lugar decoroso, y otras dos bregan duramente por mantener o conquistar el modo de vida y la posición social que se consideran aceptables en cada país. Están en marcha una nueva colonización selectiva del mundo y el abandono de la forma democrática de dominación, es decir,

se está renunciando a dos pilares principales del equilibrio y el consenso obtenidos por el sistema en los últimos cincuenta años.

El capitalismo ha abandonado expresamente el ideal de progreso que asumió durante su ascenso y difundió por todo el planeta. En las últimas décadas se ha abierto paso la comprensión de que el dominio de la naturaleza por el hombre fue una aspiración equivocada, y que es vital alcanzar una armonía con ella, pero el sistema imperialista y las sociedades privilegiadas no pueden aceptarlo, continúan depredando el medio y desafiando crecientes y ominosos cambios climáticos. El capitalismo es la más grave amenaza para el planeta en el cual vivimos. Si ya no se quiere respetar la condición humana y la reproducción de la vida de las mayorías, ni a la naturaleza, es lógico que no se respete a la capacidad y la necesidad humana de pensar.

Por consiguiente, se ha producido una conservatización progresiva de la organización social y de las ideas. Un nuevo liberalismo es la estrategia prevaleciente para la política económica, el sistema político y los deberes sociales del Estado, y es la ideología dominante. Hace quince años se indujo a casi todos a creer la falsedad de que se trataba de “cambios inevitables”, después bautizados como

“globalización”. En realidad, los siglos de historia del capitalismo han implicado sucesivas mundializaciones, mediante las cuales se impuso a la mayor parte de la humanidad el colonialismo y el desarrollo desigual. Lo nuevo –y una razón de ser del descomunal retroceso– es que el desarrollo de su propia naturaleza ha llevado al capitalismo a perder sus banderas de progreso, desarrollo, libertad, democracia e igualdad de oportunidades. La promesa de la liberación socialista ha sufrido derrotas gravísimas, pero el capitalismo actual ya ni siquiera hace promesas.

La otra causa de la ofensiva conservadora es que el poder percibe la colosal acumulación cultural de resistencia y de rebeldía que poseen los pueblos, constituida por innumerables experiencias prácticas, sentimientos e ideas. La cultura adquirida por los dominados durante el siglo XX forma un potencial subversivo muy peligroso, que puede llegar a identificar bien al capitalismo en su totalidad como el enemigo, denunciarlo y combatirlo eficazmente.

Por eso se ha vuelto vital para la dominación la guerra cultural que lleva a cabo a escala mundial. Esta es una gigantesca operación de prevención de las rebeldías, que a la vez trata de ocultar y suplir la incompetencia creciente del sistema para satisfacer las necesidades de

miles de millones de personas y las aspiraciones de sectores modestos o medios, mantener y universalizar las libertades y las prácticas democráticas, auspiciar iniciativas económicas y políticas sociales de beneficio general, reconocer la autodeterminación de los pueblos y las naciones y actuar en consecuencia. Se utilizan los más poderosos instrumentos e innumerables recursos para controlar de manera totalitaria y eficaz la información que es consumida, la formación de opinión pública, e incluso las emociones, los gustos y los deseos. El objetivo es homogeneizar las ideas y los sentimientos de todos –de los incluidos de algún modo en el sistema, y de los excluidos también–, según patrones generales que garanticen su encuadramiento dentro de una cultura del miedo, la indiferencia, la fragmentación y la resignación.

Esta guerra cultural intenta evitar las rebeliones, diluir las protestas y trivializar los hechos –hambrunas, crímenes, infancia desvalida, consumo de drogas, etc.–, igualar los sueños, contrapesar la profunda y creciente fractura social de este mundo, mediante un complejo espiritual “democratizado” que convertida en eventos naturales las iniquidades sociales. Se ejerce así una terrible y cotidiana violencia, aunque disimulada, contra la mayoría de los individuos, grupos sociales y naciones.

La democratización –de la alta cultura, los conocimientos y los medios masivos de comunicación– a la que me referí al inicio debe ser entonces desnaturalizada y controlada, convertida en un instrumento de dominación renovada, confusión, manipulación y cooptación, o en un ejercicio estéril. En el campo de la comunicación el sistema se lanzó a concentrar en sus manos la propiedad, las redes, las normas legales, las acciones gubernativas y la formación y las ideas del personal involucrado, dándole un golpe mortal tanto a la competencia empresarial como a la libertad de expresión. Consiguió de ese modo ponerle fin al pluralismo real de los enfoques, las informaciones y las ideas, y ahogar la difusión amplia de productos alternativos u opuestos a su dominio. Con esas cartas en la mano, dispone de manera sistemática el contenido y la ideología de la información y las campañas, la selección previa, el momento conveniente, la formación de la opinión pública, sus temas, palabras claves y pasos de un asunto a otro. El sistema crea la noticia, el juicio y el entretenimiento, y también crea al público.

La televisión, las nuevas tecnologías para la reproducción de imágenes, sonidos y textos, los diarios y revistas, la distribución del cine, están hoy sometidos al más férreo dominio, unas veces abierto y otras encubierto. La

edición de libros y la radio también lo están en gran medida. El grado tan alto de control y la intolerancia que se ejercen en este campo son una de las muestras más ostensibles del franco retroceso de la democracia en el mundo.

Una nueva manera de ocultar consiste en mostrar masas de informaciones seleccionadas, mediante instrumentos, modos y agentes controlados. El objetivo no es solo mezclar lo baladí con lo trascendente, dejar a todos en la superficie de los acontecimientos que se presentan, desgastar ciertos temas mediante la reiteración mientras se ocultan otros, manipular: a largo plazo, es conseguir que la gente –ya reducida a público– no desee conocer o no sepa buscar lo que no se le dice. Hace cuarenta años se multiplicó la matrícula escolar en América Latina, pero hemos llegado a la multiplicación actual del desempleo y las frustraciones: los medios del sistema le brindan a la multitud escolarizada explicaciones acerca de qué es el *stress* y datos diarios e incomprensibles sobre las bolsas de valores, aunque millones de sus consumidores no puedan solucionar su angustia y no tengan un centavo. Pero esos medios no divulgan nada acerca del control monopólico establecido sobre las patentes de semillas, la proliferación de los transgénicos o por qué son estratégicas las cláusulas sobre propiedad

intelectual en los tratados de “libre comercio”. Hace quince días fue el bicentenario del triunfo de la Revolución de Haití, la victoria de los esclavos modernos sobre un gran ejército de Napoleón y la creación del primer Estado soberano en América Latina: pero no debemos saberlo, no hubo divulgación ni celebraciones. Ellos necesitan arrebatarlos los tiempos, quitarnos el pasado y el futuro.

La batalla del lenguaje es un componente muy importante de la guerra cultural, y no la estamos ganando. La conciencia acerca de ella es muy insuficiente, y el combate eficaz en sus terrenos es escaso. La campaña con la palabra “terrorismo” es el caso ejemplar del siglo que comienza. El oscuro episodio de las torres de New York lanzó al “terrorismo” al centro de la ideología de consumo mundial. Un enemigo omnipresente pero elusivo, que no es un Estado pero sirve para amenazar a docenas de Estados, ni es una doctrina, pero permite movilizar conciencias y entontecer a millones con las consignas de la “lucha contra el terrorismo”. Estados Unidos se ha conseguido un sustituto del comunismo, y a los pueblos empobrecidos se les ofrece un tema que sustituya al de su desarrollo. Los imperialistas esgrimieron los derechos humanos en los años noventa como prioridad frente a la soberanía nacional de los países del Tercer Mundo;

en esta década el “terrorismo” ha servido para legitimar la práctica de ocupar militarmente dos países del Medio Oriente –como hacía el viejo colonialismo– y asesinar cientos de miles de personas. Invocando esa “lucha” se intoxica al público diariamente con amenazas y planes truculentos, se le infunde un temor que sea la sal de su tiempo libre y se intenta reclutarlo para que apoye moralmente la tortura a “sospechosos”, los secuestros y cualquier otro delito que cometa el gendarme mundial.

Aunque hacemos denuncias valiosas de las agresiones y crímenes recientes, no existe una campaña de denuncia de la operación “terrorismo”. Su jerga ha sido impuesta con tanto poder e impunidad que es usual la inclusión de condenas al “terrorismo” en las declaraciones de nuestras instituciones y órganos, que parecen aspirar a que no se les confunda con los malvados y se reconozca su apego a normas de conducta que rechazan la violencia y el desorden. Los que dominan pueden aceptar esas posiciones, o dudar de que sean sinceras, porque, como se sabe, los de abajo nunca resultan suficientemente confiables. Por su parte, siguen colocando y retirando los temas según sus intereses, con una selección rigurosa: es impresionante cómo no es posible acusar de terrorista al ejército sionista.

La “lucha contra el terrorismo” es una campaña abiertamente ideológica, pero esa beligerancia es desdibujada en una enorme parte de los materiales de la guerra cultural. La comunicación es convertida en un inmenso objeto, que parece tener vida propia y carecer de segundas intenciones, y deberse a normas propias y a la profesionalidad. Su objetivo verdadero es formar la opinión pública que se desea, interiorizar en el público el tipo de comunicación social y el colonialismo mental que conlleva, y que sus mensajes y lugares comunes, arraigados y difundidos, sustituyan al pensamiento. En esta guerra cultural, “liberalización” identifica acciones positivas, el Estado “es ineficaz” y los “nuevos pobres”, los “informales” y los “desfavorecidos” no son puestos en relación con los “ajustes”, las “aperturas” y las “reducciones de gastos” de las economías. Las políticas y las medidas económicas neoliberales se explican por la obligada “globalización” y por la necesidad de “ser competitivos” y “no quedar atrás”. Las “democracias” deben –al mismo tiempo– evitar “la fuga de los inversionistas”, no caer en el “populismo” y “luchar contra la corrupción”. Los trabajadores pierden sus relaciones sociales y su talante, y son reducidos a “capital humano”, mientras los ladrones al mando de las finanzas mundiales se tornan organizadores de

la “lucha contra la pobreza”. Las intervenciones imperialistas pueden ser calificadas de “humanitarias” –los desastres naturales también–, y las víctimas de las agresiones genocidas se transforman en “daños colaterales”, mientras los rebeldes de cualquier parte resultan “narco-guerrillas”. El “éxito” es la palabra de pase, un hecho que salva al individuo; su opuesto es un estado, ser un “fracasado”, mote que técnicos y políticos aplican también a ciertos países.

La garantía que busca el capitalismo actual es el dominio transnacional sobre las conciencias y los medios de pensar y conocer de las personas, sobre sus deseos y sentimientos. La fuerza de la superioridad material se impone de manera permanente solamente mientras no se ponen en marcha en contra suya subjetividades motivadas, consientes y organizadas. La fuerza del militarismo se rige por la alta tecnología, el gran poder económico, el poderío del armamento, y parece invencible, hasta que surge una resistencia capaz de promover en los sujetos oprimidos motivaciones, conciencia y organización; entonces su actuación llega a ponerla en jaque.² La “economía” se considera

lo fundamental en un mundo basado en la ganancia, el lucro, el cobro de tributos y el despojo de recursos, un mundo de transnacionales, control financiero e inmenso poder estatal de las potencias. Se supone inevitable su dominio sobre las sociedades, las políticas económicas, los gobiernos, la soberanía de la mayoría de los países, y la vida y el sentido común de los individuos y las familias. Pero si una colectividad logra crear conciencia y voluntad política suficientes, y las organiza en poder popular, puede resistir eficazmente a la “economía” y a su última razón, el capitalismo. La política económica y social, el Estado, la soberanía y la conducta internacional de Cuba, un pequeño país al pie mismo del campeón de Occidente, son escandalosas negaciones del dominio de la “economía” y del imperialismo.

La dominación cultural y mediática tiene también sus especificidades, y una de ellas puede ser fundamental para combatirla: exige consenso. Ellos están obligados a mantener,

cataclismo de origen técnico, ninguna persona. En adelante se han prohibido rigurosamente las imágenes de soldados muertos o heridos, y ha aparecido la figura vergonzosa del periodista “incrustado”. Pero es innegable que el pueblo iraquí pelea con decisión y heroísmo contra la ocupación imperialista.

2 La imagen mil veces repetida de los bombardeos genocidas al inicio de la invasión a Iraq era una masa brillante, mil tonos del rojo en medio de la noche, un

extender y educar el consenso; nosotros necesitamos horadarlo y romperlo, a escala creciente. A pesar de su soberbia y sus aventuras, triunfar en la guerra cultural es una necesidad vital para el imperialismo. Es cierto que su predominio y la ofensiva que mantiene en el campo cultural y mediático no se explican por sí mismos: todavía estamos pagando los costos terribles de una etapa en la que ha sido realmente muy bajo el nivel de las confrontaciones de clases y las luchas de liberación a escala mundial. Pero también es cierto que la debilidad de la oposición al capitalismo constituye hoy una parte muy importante de la fuerza que este conserva, dados los límites que le acarrearán su naturaleza actual y el potencial cultural de rebeldía acumulado en el mundo. Esa es su debilidad potencial.

Si se aprovechan la carencia de soluciones y perspectivas, y la mediocridad del pensamiento del capitalismo actual, la resistencia y la creación de alternativas serán más factibles en los campos mediático y cultural que en otros terrenos. Tomar conciencia, movilizarse, actuar, crear instrumentos a favor de una comunicación que defienda los intereses y las identidades populares, las demandas inmediatas y los horizontes de liberación latentes, el derecho a los logros de la humanidad, al conocimiento y

a una cultura de la justicia, la libertad y la vida, pueden constituir pasos trascendentes en el cambio en la correlación de fuerzas y en la consolidación de autoconfianza, ideas y proyectos populares.

Lo primero es ir más allá de lo que parece posible. En realidad, el trabajo intelectual no tendría mucho valor si no fuera capaz de irse muy por encima de sus condiciones de reproducción.

En la coyuntura actual, solo voluntades actuantes y persistentes pueden enfrentar la gran diferencia de medios que existe entre las fuerzas en pugna, pero en este tipo de trabajo se puede ser eficaz con recursos escasos, y sin esperar a una circunstancia más favorable. Es posible –y es imprescindible– liberar al lenguaje y al pensamiento de las cárceles de la dominación. Hay que analizar bien y llegar a conocer la guerra cultural, encontrar sus puntos débiles y aprender a utilizar ese conocimiento no solo para denunciarla, sino para actuar contra ella, y sobre todo para ir creando un campo cultural diferente y opuesto al del sistema. Es necesario desarrollar medios y otros instrumentos alternativos que no sean solamente los nichos tolerados que sobreviven en medio de una corriente principal omnipotente, porque esos nichos suelen tener uno entre dos destinos: servir a una minoría que se conforma y satisface con

hacer solo eso; o ser reabsorbido, reincorporado como una faceta más en el prisma de la dominación, que la renueva y la hace más capaz.

Mil millones de personas en el mundo son analfabetos, dos mil millones están demasiado angustiados tratando de sobrevivir para prestarle atención a lo que discutimos aquí. Pero esa tercera parte de la humanidad también debe formar parte de nuestras motivaciones y batallas, porque así llegarán a coincidir la exigencia moral y la fuerza suficiente, y porque si se cede a la creencia, fomentada por el sistema, de que el mundo se divide en incluidos y excluidos, se termina aferrado a ser un incluido. Liberarse de la dominación cultural es sumamente difícil, por eso hay que emprender el largo camino con instrumentos y valores apropiados, y con tenacidad. Pero es ineludible crear desde el principio elementos de una nueva cultura de liberación, por más débiles que seamos; se ha demostrado hasta la saciedad que son suicidas las ideologías, organizaciones y poderes que pretenden posponer esa tarea para supuestas etapas más favorables, y pretenden construir las relaciones, mentes y corazones nuevos utilizando los viejos materiales de la dominación.

La acumulación cultural lograda por la humanidad puede ser la premisa de procesos de concientización y preparación para la liberación,

que tendrán que ser muy originales y creativos para constituir opciones válidas. Desde esos puntos de partida, será indispensable situarse siempre en la especificidad del medio y de los objetivos que buscamos. Enumero cuestiones que me parecen principales: asumir temas procedentes y métodos convenientes, con calidad y de maneras atractivas; ser realmente opuestos y diferentes a la cultura de los opresores, y no solo opuestos a ella; salir de los *ghettos* a encontrarnos y reunirnos con todos los inconformes que tengan la sagacidad de no querer andar por los viejos caminos ni adorar dogmas; construir coordinaciones cada vez más amplias y eficaces con los que realizan trabajos afines y con los mismos objetivos generales; participar efectivamente en la causa con la que se simpatiza, donde se estime mejor, pero siempre con la gente, a enseñar y aprender durante la actuación; ver más allá del horizonte del trabajo específico; ayudar a forjar herramientas realmente autónomas de educación y concientización popular. La contienda por los medios, la cultura y el conocimiento solo será eficaz si forma parte de una batalla mayor.

Para una empresa tan ambiciosa no serán suficientes las ideas que hemos tenido acerca de los medios, la cultura y el conocimiento: habrá que desarrollarlas más y en nuevas direcciones,

y descubrirles contenidos y modos que ahora apenas entrevemos o deseamos. Para esa labor serán necesarias todas las personas que no estén francamente al servicio de nuestros adversarios, tanto si las consideramos demasiado moderadas o excesivamente radicales. Quizás

la mayor importancia que tienen estos Foros es indicarnos el buen camino. Es decir, nos ayudan a conocernos y reunirnos, aprender a apreciarnos, como lo que somos: los que van a luchar juntos.

SIETE RETOS PARA LOS JÓVENES DE AMÉRICA LATINA*

El tema que me han pedido desarrollar me parece muy procedente, porque junto al conocimiento y la confraternidad entre los participantes, las acciones de solidaridad y demás actividades, estos Festivales son también espacios donde se examinan y debaten cuestiones fundamentales para los jóvenes que trabajan por la creación de un mundo de justicia y libertad para todos.

Quisiera exponer siete desafíos que a mi juicio deben enfrentar los jóvenes de América Latina y el Caribe. Sin dudas hay más retos, y la formulación general no puede tener en cuenta los ámbitos específicos que condicionan la identificación de las realidades, los modos de comprender y sentir, las contradicciones y los conflictos que se enfrentan, los objetivos e instrumentos que se privilegian.

Además, seré sintético, como corresponde al tiempo disponible.

Primer reto. Los jóvenes tienen características generales en cuanto tales que no debemos olvidar nunca; ellas siempre son importantes, y pueden llegar a ser decisivas. Pero no existen los jóvenes en general. El primer reto parte de la realidad de que una gran parte de los jóvenes de nuestro continente se enfrentan todos los días al desafío de sobrevivir y encontrar un lugar en el mundo. Padecen hambre o carecen de alimentación suficiente, de servicios de educación y de salud, de empleo, y viven en familias precarias. Saben del trabajo infantil, de la delincuencia de los pobres, la prostitución y el consumo de drogas baratas. Esos jóvenes no están aquí, no conocen lo que hacemos ni nuestros escritos –muchos no podrían leerlos–, ni es probable que les interesen. No suelen votar, porque no sienten suya la política que existe en sus países. Por consiguiente, muchos pueden ser acarreados precisamente por los culpables de la vida que llevan, si les resuelven algunas de sus necesidades perentorias.

* Intervención en la presentación de la Red de Redes en Defensa de la Humanidad, durante el *18 Festival de la Juventud y los Estudiantes*, Quito, Ecuador, 12 de diciembre de 2013.

El primer reto ante nosotros es romper esa terrible división, que es una de las fuerzas mayores de los enemigos de la Humanidad. Debemos ir a ellos, conocerlos realmente en vez de creer que los representamos, acompañarlos en sus vidas y sus afanes, con el fin de ayudarlos a ser rebeldes y pelear por ideales, ganarnos el derecho a conducirlos en el prolongado y difícil proceso de cambiar sus vidas y las sociedades de explotación, desigualdades, exclusión y opresiones.

Segundo reto. Lograr combinar las tareas y las satisfacciones personales –el amor, el trabajo, el estudio, las inclinaciones particulares– con intereses cívicos, con la necesidad de conocer el mundo en que vivimos y sus problemas. Darles lugar en nosotros a ideales que hacen crecer las dimensiones humanas y brindan una riqueza personal que trasciende, y lograr gobernar la esfera de los egoísmos. Ir más allá de las reacciones esporádicas ante incidentes y los entusiasmos efímeros.

Tercer reto. Tomar conciencia de las claves fundamentales del sistema capitalista y la manera de vivir que genera, difunde y mantiene. Conocer sus hechos, sus instrumentos, su criminalidad despiadada, su conversión de los individuos en agresores entre sí y en indiferentes ante las desgracias ajenas. Conocer las

funciones sociales de dominación que cumplen los atractivos que en realidad posee el capitalismo, y que ese sistema constituye un complejo orgánico, lo cual permitirá situarse mejor ante sus manifestaciones. Salir del control que ejerce su sistema de información, formación de opinión pública, entretenimiento y gustos. Pensar las contradicciones y los conflictos, y buscar sus causas. Pero no basta con conocer: en realidad los sentimientos que concentran energías y fomentan motivaciones, y que desatan actitudes y actuaciones, son tan importantes como las ideas y los conocimientos.

Cuarto reto. Vivir la conciencia que se está adquiriendo como un conjunto de ideales, convicciones e ideas que llevan a la actuación. Reunir las capacidades personales, la necesidad de participar en causas justas, los deseos de goces y satisfacciones, los impulsos de rebeldía, los conocimientos que se adquieren, para integrar con el conjunto a una joven o un joven consciente y rebelde.

Quinto reto. Darles permanencia a esas transformaciones conquistadas y convertirlas en guía de los juicios y motor de la actividad, tanto de la vida cotidiana como de las jornadas trascendentes. Es decir, aprender a luchar y a ser militante revolucionario.

Sexto reto. Poner una gran parte de sus esfuerzos, capacidades y sentimientos dentro del cauce de un colectivo, lo que implica ceder una parte del albedrío y de la libertad del individuo, al mismo tiempo que puede crear un instrumento organizativo que multiplique las fuerzas y las cualidades de cada uno y las posibilidades de victoria. Las organizaciones revolucionarias no son una panacea: sus realidades y su historia lo muestran claramente. Por eso, precisamente, no temer a entrar en ellas constituye un reto para los jóvenes revolucionarios, y aún mayor es el reto de no estar dentro de ellas para perder cualidades y asumir rituales vacíos, sino para contribuir a transformarlas en nuevas organizaciones capaces de ser realmente revolucionarias. El desafío está en comprender que la organización y la política son indispensables, y a partir de esa comprensión y la actuación consecuente inventar nuevas formas revolucionarias eficaces de hacer política.

Séptimo reto. Practicar la solidaridad como ley primera de los intercambios humanos y las relaciones sociales. Al actuar y pensar en política, el contenido concreto del medio en que cada uno viva y se mueva serán determinantes, y por consiguiente debe ser priorizado. Pero no podemos olvidar en ningún momento las cuestiones más generales, sus características y sus

implicaciones, y los condicionamientos que pone a nuestra acción: tener en cuenta el movimiento en su conjunto. El capitalismo ha logrado universalizarse y universalizar su cultura, y esgrime con gran fuerza esos logros contra la humanidad y el planeta. Pero nos ha enseñado, primero, que podíamos tener dimensiones universales para enfrentarlo, y después, que solo universalizando nuestros combates contra él y por la creación de sociedades libres y justas seremos capaces de hacer permanentes nuestros logros y llegar, entre todos, a vencerlo.

Ser internacionalista es triunfar sobre un desafío vital. El colonialismo ha sido el modo criminal y devastador de mundializarnos del capitalismo, la liberación nacional antiimperialista es la ley de la creación de nuevos seres humanos y de sociedades libres. La unión del patriotismo y el internacionalismo es el camino seguro para que ese proceso de creaciones no pueda ser detenido ni derrotado. Es forjar la dimensión que nos une a través y por encima de todas las diferencias y todas las fronteras.

Termino invocando a un individuo cuyo nombre y rostro son como un esperanto para nuestras lenguas y un denominador común para nuestros ideales, porque logró triunfar sobre todos los retos, ascender al escalón más alto de la especie humana y dejarnos a todos

un legado invaluable de ejemplos, acciones y pensamiento. Ernesto –que poseía una belleza física y una inteligencia ostensibles– quiso ser profesional, como le era posible a un joven de su medio social, pero al mismo tiempo darse a los más desvalidos y curar leprosos en Perú o en África. Leyó novelas desde niño y filosofía y tratados políticos desde adolescente, albergó el deseo de conocer París, pero caminó a lo largo de su continente para conocer a los pueblos oprimidos y acendró una vocación de entregarse a ellos. Encontró una noche su destino con Fidel y la guerra cubana y supo tomar la decisión más importante antes de que amaneciera.

Dio un prodigioso salto hacia delante mediante la práctica revolucionaria consciente y organizada, avance tan grande que hasta le cambiaron su nombre. El Che fue uno de los más grandes y amados dirigentes de la Revolución cubana, pero supo dejar sus cargos y volver al combate internacionalista, hasta dar su vida como comandante cubano y latinoamericano.

Recordemos su grandeza de revolucionario y su tranquilo optimismo cuando, a la hora de otra decisión trascendental de su vida, le escribió a Fidel, nos escribió a todos: hasta la victoria siempre.

LA REVOLUCIÓN CUBANA EN EL SIGLO XXI*

Como todos saben, Cuba es un país realmente singular. Solo mencionaré los cambios colosales de la vida de las personas, las relaciones sociales y las instituciones generadas por el proceso revolucionario, conquistadas y desarrolladas con la participación decisiva de las mayorías, codificadas por las leyes y convertidas en

* Texto publicado *post mortem* en: Solana, P. y Szalkowicz, G. (comps.) 2017 *América Latina. Huellas y retos del ciclo progresista* (Buenos Aires / Bogotá / Caracas: Sudestada / La Fogata / El perro y la rana). En <<http://www.alainet.org/es/articulo/186134>> acceso 10 de abril de 2018.

Escrito para ser publicado en compilado por Pablo y editado por en Argentina y en Colombia. En línea: [Nota editorial] En la madrugada de este lunes falleció Fernando Martínez Heredia, profesor, ensayista e historiador cubano y uno de los principales pensadores latinoamericanos. A modo de homenaje, publicamos por primera vez *online* el artículo que enviara en marzo pasado para el libro *América Latina. Huellas y retos del ciclo progresista* (Solana y Szalkowicz, 2017). Allí elabora un agudo análisis de la etapa y los desafíos que atraviesa el proceso cubano en el marco del escenario continental.

costumbres. El consenso por parte de las mayorías de que el poder político ha gozado durante más de medio siglo tiene bases muy firmes en el imperio de la justicia social, la redistribución sistemática de la riqueza del país en beneficio de esas mayorías, la identificación general del gobierno como servidor de los altos fines de la sociedad y administrador honesto –y no como una sucesión de grupos corrompidos que medran, engañan y lucran– y la defensa intransigente de la soberanía nacional plena.

La sociedad de justicia, bienestar y oportunidades para todos que se logró como saldo del proceso hasta 1990 ha sufrido deterioros y reducciones de esos rasgos en los últimos 25 años. No me detengo en la profunda crisis que vivió Cuba en la primera mitad de los años noventa, que originó esa tendencia negativa, solamente añadido dos constantes que operan siempre y sistemáticamente en contra: la agresión permanente de Estados Unidos, desde 1959, que incluye el funesto estado de guerra económica del bloqueo; y las profundas

y abarcadoras desventajas económicas que sufrimos, como la mayor parte de los pueblos del planeta, causadas por el sistema de financiarización, centralización, robo de recursos y exacciones parasitarias del gran capital.

La crisis pudo ser enfrentada y remontada porque se produjo la conjunción de una gran sagacidad, decisión de resistir, valentía y un apego estricto a los principios socialistas, combinados con una enorme flexibilidad táctica y con la abnegación, la combatividad y la pericia de las mayorías, franqueada por el extraordinario desarrollo que habían experimentado sus capacidades y su conciencia política en las décadas previas. Fue mucho más que el mantenimiento de un gran pacto social. No hubo ninguna rendición, ni apelación al repertorio neoliberal que era usual: la política social ejemplar cubana se mantuvo, aun en los peores momentos. La maestría y la firmeza de Fidel y la sabiduría política del pueblo, unidos, impidieron la caída del socialismo cubano.

Pero los efectos de la profunda contracción de la actividad económica y la calidad de la vida, y los de una parte de las medidas que fue necesario tomar, se hicieron sentir de manera aguda primero y, aunque pronto fueron atenuados, comenzaron a tener consecuencias que se

han vuelto en parte crónicas, y que han recibido impactos muy diversos en las dos décadas que siguen hasta hoy.

En la actualidad se puede apreciar la consolidación de desigualdades ante el ingreso que percibe la población, que eran desconocidas antes de la crisis. Hay sectores empobrecidos, y esto es más agudo en grupos sociales que estaban en desventaja por razones históricas y/o territoriales, o a los que la evolución de la situación fue llevando a ese estado. De un nivel ínfimo de pobreza y cero pobreza extrema hace 30 años, hemos pasado a tasas de pobreza que para Cuba son notablemente altas. Las deficiencias más significativas se encuentran en vivienda, remuneración del trabajo, situación de comunidades y acceso a una parte de los consumos necesarios o deseados. De una sociedad en la que las relaciones entre los esfuerzos laborales y los consumos y la calidad de la vida eran muy indirectas, hemos pasado a una situación en la que los ingresos directos que se obtienen desempeñan un papel grande en esos consumos y en la calidad de la vida. El papel del dinero ha crecido muy sensiblemente en un gran número de campos.

Las remesas desde el exterior, importantes para la macroeconomía, pueden erosionar también las ideas socialistas. Es probable que una

parte de ellas esté sirviendo para crear empresas pequeñas, pero privilegiadas en cuanto a operar y sostenerse.

Junto a esas realidades han sido impactadas las representaciones, los valores, la conciencia y las ideas, de manera paulatina pero que no puede subestimarse. Entre sus efectos está la existencia de una franja de población que es ajena a la Revolución, privilegia los asuntos personales y las relaciones familiares y de pequeños grupos, y suele creerse ajena a militancias y contaminaciones políticas. Ese apoliticismo convive en paralelo con las convicciones políticas y las costumbres socialistas arraigadas, como conviven en paralelo en nuestra sociedad un enorme número de relaciones sociales, representaciones y valores socialistas y capitalistas. Se está librando una guerra cultural abierta entre el socialismo y el capitalismo.

Agrego aún otro rasgo negativo que ha crecido: la conservatización de la vida social. Parece ser aún más neutra que la despolitización, y podría verse solamente como una portadora de modas, comportamientos, satisfacciones y normas que tienen su referente en algo que porta el aura de lo intemporal. Como una “vuelta a la normalidad” de la sociedad. Pero en realidad es un enemigo peligroso del socialismo, porque

es una forma efectiva de desarmar la actividad política y promover la simpatía por soluciones conservadoras a los problemas de la sociedad.

¿AVANZARÁ EL DESARME IDEOLÓGICO? ¿LLEGAREMOS A SER UN PAÍS “NORMAL”?

Frente a esas realidades adversas, Cuba conserva fuerzas profundas y enormes para mantener su revolución socialista de liberación nacional, y un sólido potencial para desarrollarla hacia nuevas metas, ambiciosas pero necesarias. Ante todo, se ha mantenido la mayor parte de una política social que asigna recursos, brinda un enorme número de servicios sobre bases socialistas de gratuidad y universalidad, sostiene sistemas como los de salud, educación, seguridad social y cultura, y protege a los grupos humanos con necesidades especiales.

El acumulado con el que contamos es impresionante a nivel mundial. Un buen ejemplo de ello son los datos sobre las mujeres cubanas brindados por el presidente Raúl Castro en su discurso ante la Conferencia sobre Igualdad de Género y Empoderamiento de las Mujeres de la ONU, el 27 de septiembre de 2015. Las enormes capacidades de formación general, técnica

y científica, que fueron un factor tan relevante para enfrentar la crisis, siguen siendo una gran ventaja permanente. La pacificación de la existencia personal y familiar garantizó y elevó la calidad de la vida, las posibilidades, los derechos, los nuevos problemas y los proyectos de las mujeres, los hombres, los niños y los ancianos. En Cuba no existen, desde hace más de 50 años, la violencia en la política, las ejecuciones extrajudiciales, las desapariciones forzadas ni las torturas a detenidos. Las tasas de homicidios y de consumo de drogas son bajas. No existe como problema de alguna entidad la seguridad de la población.

Tenemos, desgraciadamente, barrios marginales, pero no tenemos seres humanos marginales que hayan interiorizado su inferioridad y su destino. Nuestros investigadores estudian la pobreza en el país, pero no tenemos clases subalternas. No se ha producido, ni permitiremos que llegue a producirse, esa victoria de la dominación que es la naturalización de las relaciones sociales que producen la desigualdad, la explotación del trabajo, la exclusión, la opresión. Un escamoteo de lo esencial que es básico para la hegemonía del capitalismo.

Frente a los desafíos cruciales de la actualidad y el futuro cercano, es imprescindible conocer lo mejor posible los problemas, los

límites y los retrocesos, identificar lo que nos perjudica, además de los enemigos externos y las insuficiencias estructurales, como son el burocratismo y la inercia, males muy graves, la falta de cumplimiento o el mal ejercicio de tareas que son indispensables, los errores, la formación de grupos conservadores o de intereses materiales y de poder social, y los manejos corruptos. Es decir, ganar conciencia de lo que necesitamos cambiar en nuestro propio campo.

Una forma eficaz de oponerse a la expansión de las desventajas y exclusiones, por ejemplo, es discutir y encontrar los modos acertados de combatir la reproducción de las desventajas de determinados grupos y áreas, incluyendo desartar las fuerzas unidas de especialistas y masas de población que poseen cualidades suficientes para hacerlo, y hacer los cambios institucionales que sean necesarios.

Desde 1959 hasta hoy Estados Unidos ha mantenido su objetivo estratégico de destruir el socialismo cubano y socavar nuestra soberanía nacional. A partir de diciembre de 2014 comenzó una etapa diferente dentro de la misma estrategia, mediante lentas y astutas negociaciones, gestos formales, algunas medidas según sus intereses y una “ofensiva de paz” que erróneamente nos supone ingenuos. Pero

mantiene incólume el sistema ilegal y criminal de agresiones sistemáticas contra Cuba, a la espera de recibir concesiones y que nos dividamos, mientras intenta seducir a una suerte de nueva clase media con comercio, inversiones, consumos y “tecnologías”, y esperar a sectores menos conscientes de la franja de pobreza existente. Sin prescindir, naturalmente, de todas las formas de subversión que estén a su alcance. Así fue durante la presidencia de Obama. Es una incógnita –al momento de escribir estas líneas– si Donald Trump continuará esa fase o si le introducirá cambios.

Nadie puede ni podrá imponerle a Cuba cambios que no sean los que las cubanas y los cubanos quieran darse libremente, en el ejercicio de su cultura, sus intereses, sus ideales, sus proyectos y su soberanía.

No podemos separar las respuestas a la política imperialista de las acciones dirigidas a defender y profundizar nuestro socialismo: en realidad, estas últimas serán lo decisivo. La sociedad pasa al centro del combate político, y ella necesita que entre todos hagamos política social, y hagamos política. Un requisito básico será la activación de muchos medios organizados que no están siendo eficaces ni atractivos, y la creación de nuevos espacios y mecanismos para fomentar la actuación y la creatividad

populares. Son innumerables los asuntos, los retos, las necesidades, los campos en los que podrían ejercitar su participación quienes sientan que deben hacerlo.

La economía es una dimensión estratégica que no tengo espacio para abordar aquí. Las referencias a ella han tenido un lugar central en los últimos años. Pero las relaciones y los problemas económicos son algo demasiado importante para reducirlos a invocaciones pragmáticas y medidas que involucren a unos pocos: tienen que ser campo de debates y de labores de todos. Por otra parte, necesitamos que la educación escolar se renueve y se desarrolle, pero ese objetivo es completamente factible, por el intenso amor a la educación que caracteriza a nuestra cultura, la multitud de personas muy capacitadas que hay en todas partes del país y la gigantesca cultura institucional que existe en ese campo.

Necesitamos más rescate en términos ideales y materiales de las relaciones y la manera de vivir socialista; mayor socialización dentro del ámbito y la gestión estatales; un impulso cierto de la municipalización y otras formas de descentralización que benefician a empeños de colectivos, a las comunidades y al país, y no al individualismo y el afán de lucro; enfoques integrales de los problemas.

Se está produciendo un aumento de la politización en sectores amplios de población, que estimula al nivel inmenso de conciencia política que posee el pueblo cubano. Emergen sectores de jóvenes expresamente anticapitalistas. Ha crecido la expresión pública de críticas y criterios diferentes hechos por cubanos socialistas y dirigidos a fortalecer el socialismo. El pueblo cubano ha ejercido la justicia social, la libertad, la solidaridad y el pensar con su propia cabeza, y se ha acostumbrado a hacerlo. Tenemos conciencia política del momento histórico en que vivimos y lo que se juega en él.

“YO SOY FIDEL”

Aquella consigna que salió a enfrentar su muerte fue inventada por la gente, no fue orientada por nadie, y se convirtió en la expresión nacional por excelencia, porque contiene homenaje, orgullo del que la pronuncia y determinación personal de continuar la causa revolucionaria, encarnada en el líder mayor y más amado. Fidel dio muchas lecciones en los nueve días del duelo, y ganó su primera batalla póstuma. El pueblo mostró abiertamente qué es realmente, y demostró que está dispuesto.

Durante más de 30 años, Cuba se vio prácticamente privada de tener relaciones económicas y estatales con la región. Pero en los últimos 25 esa situación se transformó radicalmente. Existe hoy una masa enorme de vínculos sociales, económicos, políticos y estatales, y por sus posiciones y su alto nivel de actividades internacionales, Cuba goza de gran prestigio en todo el ámbito regional. Al mismo tiempo, casi 60 años de solidaridad en ambos sentidos entre los pueblos del continente y el nuestro, y el ejemplo permanente constituido por la sociedad de justicia y libertad creada por la Revolución en la isla, su soberanía nacional plena y su antiimperialismo e internacionalismo, configuran un hecho muy relevante entre las realidades latinoamericanas.

Eventos recientes adversos en Venezuela y algunos otros países latinoamericanos nos preocupan a todos y podrían indicar que el tipo de proceso que tuvo muchos logros en una parte de la región y generó tantas esperanzas está chocando con sus límites, y el imperialismo y sectores capitalistas locales han pasado a la ofensiva con el fin de liquidarlo y esparcir el derrotismo. Cuba mantiene su apoyo y acompañamiento a esos procesos, y lo expresa muy claramente. Si la tendencia

actual avanza y se consolida, sin duda tendremos más dificultades y menos compañía, pero, como siempre, haremos causa común con nuestros pueblos hermanos y el país

mantendrá la política de apoyo a las coordinaciones de América Latina y el Caribe, y al horizonte integracionista.

SOCIALISMO*

I. SOCIALISMO, SOCIALISTAS

El concepto *socialismo* ha sido cargado de sentido desde una amplia gama de orientaciones ideológicas y políticas diferentes, durante más de un siglo y medio. Sin duda, esto dificulta el trabajo con él desde una perspectiva de ciencia social, pero es preferible, en vez de lamentarlo, partir de esa realidad, que es casi imposible separar del concepto. Lo más importante es que desde el siglo XIX y en el curso del siglo XX la noción de socialismo auspició a un amplísimo

campo de demandas, ideas y anhelos de mejoramiento social y personal, y que después de 1917 llegó a asociarse a las empresas de transformación social y humana más ambiciosas y profundas que ha vivido la Humanidad. Ellas han constituido el reto más grave que ha sufrido la existencia del capitalismo, en todas sus variantes, a escala mundial.

También ha estado vinculado el socialismo a una interrogante que es crucial para toda la época que vivimos. Se produce una multiplicación acelerada de logros técnicos y científicos en multitud de campos, y de las necesidades y los consumos asociados a ellos, un crecimiento incesante del conocimiento cada vez más profundo de los seres humanos, y cambios sensibles en el desarrollo de las subjetividades y las relaciones interpersonales. Es decir, se produce un raudo crecimiento de las potencialidades y las expectativas de la Humanidad. Esta situación, ¿desembocará en una agudización de la dominación más completa y despiadada de una minoría muy poderosa sobre las personas

* El autor escribió una versión primitiva de este texto en 2005, a solicitud de Pablo González Casanova, que fue publicada en Martínez Heredia y otros 2009 *Auto-críticas, un diálogo al interior de la tradición socialista* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales / Ruth Casa editorial - Cuadernos de Pensamiento Crítico N° 1). La presente versión fue revisada y ampliada para promover la discusión en el Seminario de Posgrado del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la UNAM, México DF, 19 de septiembre de 2012; y para su reedición en 2014.

y la mayoría de los países, y la pauperización de gran parte de su población, al que se sumará un deterioro irremediable del medio en que vivimos? ¿O este será el prólogo de movimientos e ideas que logren transformar el mundo y la vida para poner aquellos logros inmensos al servicio de las mayorías y de la creación de un orden social y humano en que primen la justicia, la libertad, la satisfacción de necesidades y deseos, la convivencia solidaria y la armonía con la naturaleza?

Socialismo y socialista han sido denominaciones utilizadas por muy disímiles partidos y movimientos políticos, Estados, corrientes ideológicas y cuerpos de pensamiento, para definirse a sí mismos o para calificar a otros. Las posiciones que se autocalifican socialistas pueden considerar al capitalismo su antinomia y trabajar por su eliminación, o limitarse a ser un adversario legal suyo e intentar cambiar el sistema de manera evolutiva, o ser apenas una conciencia crítica del orden social vigente. Por otra parte, la tónica predominante al tratar el concepto en los medios masivos de comunicación y en la literatura divulgativa –incluidas enciclopedias–, y en gran parte de las obras especializadas, ha consistido en una sistemática devaluación intelectual del socialismo y en simplificaciones, distorsiones y acusaciones

morales y políticas de todo tipo. Pocos conceptos han confrontado tanta hostilidad y falta de rigor al ser criticados, lo que registro aquí solamente como un dato a tener en cuenta.

Las relaciones entre los conceptos socialismo y comunismo –a las que me referiré más adelante– no solo pertenecen al campo teórico y a las experiencias prácticas socialistas; el cuadro de hostilidad mencionado ha llevado muchas veces a preferir el uso exclusivo de la palabra socialismo, para evitar las consecuencias de incomunicación o malos entendidos que suelen levantarse cuando se utiliza la palabra comunismo. Durante una gran parte del siglo XX, esa desventaja fue agravada por la connotación que le daba a “comunismo” ser identificado con la tendencia más fuerte que ha habido dentro de las experiencias, organizaciones e ideas socialistas, la integrada por la Unión Soviética, el llamado movimiento comunista internacional y la corriente marxista que llamaron marxismo leninismo.

No pretendo criticar, o siquiera comentar, las muy diversas definiciones y aproximaciones que registra el concepto de socialismo, ni el océano de bibliografía con que cuenta este tema. Asomarme apenas a esa valiosa tarea erudita ocuparía todo el espacio de este ensayo, y me alejaría de lo que pretendo. Solo por

excepción colocaré algunas notas al pie, para que ellas no estorben al aire del texto y su intención. A mi juicio debo exponer aquí de manera positiva lo que entiendo básico en el concepto de socialismo, los problemas que confronta y la utilidad que puede ofrecer para el trabajo intelectual, desde mi perspectiva y desde nuestro tiempo y el mundo en que vivimos.

Dos precisiones previas, que son cuestiones de método. Una, todo concepto social debe ser definido también en relación con su historia como concepto. En unos casos puede parecer más obvio o provechoso hacerlo, y en otros más dispensable, pero entiendo que en todos los casos es necesario. La otra, en los conceptos que se refieren a movimientos que existen y pugnan en ámbitos públicos de la actividad humana, es necesario distinguir entre los enunciados teóricos y las experiencias prácticas. Tendré en cuenta ambos requerimientos en este texto.

II. HISTORIA Y CONCEPTO, PRÁCTICAS Y CONCEPTO

El socialismo está ligado al establecimiento de sociedades modernas capitalistas en Europa y en el mundo, si prescindimos de una dilatada historia que podría remontar la noción a las

más antiguas sociedades con sistemas de dominación. Esa historia incluye rebeliones de los de abajo contra las opresiones, por la justicia social, la igualdad personal o la vida en comunidad, actividades de reformadores que tuvieron más o menos poder o influencia, y también creencias e ideas que fueron formuladas como destinos o parusías, y construcciones intelectuales de pensadores, basadas en la igualdad de las personas y en un orden social colectivista, que usualmente eran atribuidas a una edad pasada o a una era futura *sine dia*. En la Europa de la primera mitad del siglo XIX le llamaban socialismo a diferentes teorías y movimientos que postulaban o buscaban sobre todo la igualdad, una justicia social y un gobierno del pueblo, e iban contra el individualismo, la competencia y el afán de lucro nacidos de la propiedad privada capitalista, y contra los regímenes políticos vigentes. Estos socialistas prefiguraban sociedades más o menos perfectas o favorecían la idea de sociedades en las que predominaran los productores libres.

En general, esos socialismos debían mucho de su lenguaje y su mundo ideal a los radicalismos desplegados durante y a consecuencia de las revoluciones burguesas, especialmente de la francesa, pero encontraron base social entre los contingentes crecientes de trabajadores

industriales y sus constelaciones sociales. Una parte de esos trabajadores se reconocían como tales a partir de su actividad mancomunada en las manufacturas y fábricas, potenciaban sus identidades a través de movimientos sociales y solían luchar por algunas reformas que los favorecieran; en ciertas coyunturas, encontraban lugar o recibían apoyo de organismos y líderes políticos. Pero surgieron también otros activistas y pensadores que aspiraban a mucho más: cambios radicales que implantaran la justicia social, o que llevaran la libertad personal mucho más lejos que sus horizontes burgueses. Socialistas, comunistas y anarquistas pensaron y actuaron en alguna medida durante las grandes convulsiones europeas que son conocidas genéricamente como la Revolución del 48.

En la Europa del medio siglo siguiente se desplegó la mayor parte de las ideas centrales del socialismo, y sucedieron algunas experiencias revolucionarias y radicales, pero sobre todo sobrevino la adecuación de la mayoría de los movimientos socialistas a la hegemonía de la burguesía. El triunfo del nuevo tipo de desarrollo económico capitalista, ligado a la generalización del mercado, el dinero, la gran industria y la banca, las nuevas relaciones de producción, distribución y consumo, el mercado mundial y el colonialismo, unido a la caída

del antiguo régimen y a las nuevas instituciones e ideas políticas e ideológicas creadas a partir de las revoluciones burguesas y las reformas del siglo XIX, formaron un conjunto que transformó a fondo a las sociedades en una gran parte del continente. Esa victoria en toda la línea, sin embargo, abrió la posibilidad de comprenderla desde una posición contraria al capitalismo, como el gigantesco proceso de creación de condiciones imprescindibles para que la humanidad entera contara con medios materiales y capacidades suficientes para abolir con éxito la explotación del trabajo y la propiedad privada burguesa, las opresiones sociales y políticas, el propio poder del Estado y la enajenación de los individuos.

Esa concepción nació ligada a la convicción o la confianza en la actuación decisiva que tendría un nuevo sujeto histórico. El mismo proceso de auge del capitalismo en Europa estaba creando una nueva clase –el proletariado–, capaz de llevar a cabo una nueva labor revolucionaria y destinada a ello por su propia naturaleza; la tarea suya, igual que la de la burguesía, tendría alcance mundial, pero con un contenido opuesto, liberador de todas las opresiones y de todos los oprimidos. El nacionalismo, política e ideal triunfante o exigido en una gran parte del continente, y que parecía próximo a

generalizarse, sería superado por la acción del proletariado paneuropeo, que conduciría finalmente al resto del mundo a un nuevo orden en el cual no habría fronteras. Las ideologías burguesas del progreso y de la civilización podían ser aceptadas por los proletarios, porque ellos las volverían contra el dominio burgués: el socialismo sería la realización de la racionalidad moderna. Aún más, el auge y el imperio de la ciencia, con su positivismo y su evolucionismo victoriosos, podían brindar la clave de la evolución social, si se hacía ciencia desde la clase proletaria.

Una concepción se abrió paso entre las ideas anticapitalistas, en franca polémica con el anarquismo en torno a los problemas de la acción política y del Estado futuro, aunque coincidiendo con él en cuanto a la oposición radical al sistema capitalista, la abolición de la propiedad privada y el desarrollo humano. Esta fue la concepción de Carlos Marx (1818-1883), que en vida suya comenzaron otros a llamar marxismo. Como cuerpo teórico y como ideología, ella ha sido el principal adversario del capitalismo desde entonces hasta hoy. Además, innumerables movimientos políticos y sociales anticapitalistas y de liberación en todo el mundo se han proclamado marxistas, y prácticamente todas las experiencias socialistas lo han hecho

también. La producción intelectual, su historia de más de siglo y medio y las diferentes tendencias del marxismo están profundamente vinculadas a todo abordaje que se haga del concepto de socialismo. No me es posible sintetizar ese conjunto, por lo que me limito a presentar un sucinto repertorio del marxismo originario, tan abreviado que no tiene en cuenta la evolución de las ideas del propio Marx. Más adelante añadiré algunos comentarios muy parciales.

Carlos Marx intentó desarrollar su posición teórica a través de un plan sumamente ambicioso, que solo en parte pudo realizar; pero, además, es erróneo creer que estuvo elaborando un sistema filosófico acabado, como había sido usual en el medio intelectual en que se formó inicialmente. Marx fue un pensador social, lo que sucede es que puso las bases y construyó en buena medida un nuevo paradigma de ciencia social, en mi opinión el más idóneo, útil y de mayores potencialidades de los existentes hasta hoy. También entiendo que existe ambigüedad en ciertos puntos importantes de su obra teórica, y además ella adolece de ausencias y contiene algunos errores, exageraciones y tópicos que hoy son insostenibles. Por otra parte, pesar de su radical novedad, la concepción de Marx no podía ser ajena a las influencias del ambiente intelectual de su época,

aunque fue capaz de mantener su identidad, y de contradecir la corriente principal de aquel ambiente intelectual. No puede decirse lo mismo de la mayor parte de sus seguidores, y esa debilidad ha tenido consecuencias muy negativas. En general, la posición tan revolucionaria de Marx resultaba demasiado chocante, y el conjunto formado por la calidad del contenido y el carácter subversivo de su teoría, su intransigencia política y su ideal comunista concitó simplificaciones, rechazos, distorsiones y exclusiones. Apunto nueve rasgos de su pensamiento que considero básicos:

- 1) El tipo capitalista de sociedad fue su objeto de estudio principal y de sus tesis, y a su luz es que hizo postulaciones sobre otras realidades o planteó preguntas acerca de ellas. Tanto por su método como a través de la investigación de la especificidad del capitalismo, Marx produjo un pensamiento no evolucionista, cuando esa corriente estaba triunfando en toda la línea. Para él, lo social no es un corolario de lo natural;
- 2) Se enfrentó resueltamente al positivismo, que en su tiempo se convertía en la dirección principal del pensamiento social, y propuso una concepción alternativa;
- 3) Superó críticamente los puntos de partida de los sistemas filosóficos, tanto de los llamados materialistas como de los idealistas, abandonó la especulación filosófica en general y se colocó en un terreno teórico nuevo;
- 4) Produjo una teoría del modo de producción capitalista, capaz de servir como modelo para estudiar las sociedades “modernas” como sistemas de relaciones sociales de explotación y de dominación establecidas entre grandes grupos humanos. Esa teoría permite investigar las características y los instrumentos de la reproducción del sistema de dominación, las contradicciones internas principales de esas sociedades, su proceso histórico de origen, desarrollo y apogeo, y sus tendencias previsibles;
- 5) Su teoría social privilegia los conflictos, y considera que la dinámica social fundamental proviene de la lucha de clases moderna. Mediante ella es que se constituyen del todo las clases sociales, se despliegan sus conflictos y tienden a resolverse mediante cambios revolucionarios. Las luchas de clases no “emanan” de una “estructura de clase” determinada a la cual las clases “pertenecen”. El desarrollo mismo del capitalismo genera un antagonismo de clases sintetizador entre burgueses y proletarios, y en esas

condiciones puede emprenderse un proceso político que lleva a la revolución proletaria. La teoría de las luchas de clases es el núcleo central de su concepción;

- 6) La historia es una dimensión necesaria en la teoría social de Marx, dados su método y sus preguntas fundamentales. ¿Cómo funcionan, por qué y cómo cambian las sociedades?, se pregunta. Su concepción de la historicidad y del movimiento histórico de las sociedades trata de conjugar los modos de producción y las luchas de clases. Sus estudios del capitalismo son la base de sus afirmaciones, hipótesis y sugerencias acerca de otras sociedades no europeas o anteriores al desarrollo del capitalismo, de las preguntas que se hace acerca de ellas y de las prevenciones que formula respecto a la ampliación de su teoría a otros ámbitos históricos;
- 7) Su concepción unitaria de la ciencia social, y su manera de relacionar la ciencia con la conciencia social, la dominación de clase y la dinámica histórica entre ellas, inauguraron una posición teórica que es radicalmente diferente a la especialización, las perspectivas y el canon de “objetividad” de las disciplinas y profesiones que se estaban constituyendo entonces en Europa, como la Economía, la Historia y la Sociología. Ese es

uno de los sentidos principales de la palabra ‘crítica’, tan usual en los títulos de obras suyas. Marx puso las bases de la sociología del conocimiento social;

- 8) Marx es ajeno a la creencia en que la consecuencia feliz de la evolución progresiva de la Humanidad sea el paso ineluctable del capitalismo al socialismo. Esta aclaración es muy necesaria, por dos tipos de razones: a) como ideología de la liberación humana y social, la propuesta de Marx era más bien una profecía lanzada frente al inmenso poder burgués y la incipiente de su movimiento. Para reafirmarse y avanzar, los marxistas comenzaron a atribuirse el respaldo de la Historia, de la ciencia y de la propia ideología burguesa del progreso: trataron de convertirlos en la promesa de que el futuro pertenecería al socialismo; b) en la época de Marx, la actividad científica estaba muy ligada al determinismo. Numerosos pasajes suyos sugieren que el modo de producción capitalista contiene rasgos y tendencias que lo llevarán hacia su destrucción, pero eso se debe a cuestiones de método en su investigación y a que hace exposiciones parciales de su concepción. La expresión misma de “socialismo científico” reúne ideología y ciencia, que se refuerzan mutuamente. Pero Marx siempre postuló

muy claramente que la caída del capitalismo no consistiría en un derrumbe a partir de sus crisis, sino en su derrocamiento mediante la revolución proletaria, o revoluciones proletarias, que conquistaran el poder político a escala mundial y establecieran la dictadura revolucionaria de la clase proletaria;¹

- 9) Según Marx, solo a través de un prolongado período histórico de muy profundas transformaciones revolucionarias –del que apenas bosquejó algunos rasgos– se avanzará desde la abolición de la explotación del trabajo y la apropiación burguesas hacia la abolición del tiempo de trabajo como medida de la economía, desde la toma del poder político hacia la extinción de los sistemas de dominación de

clases y los Estados, la desaparición progresiva de toda dominación y la formación de una sociedad comunista de productores libres asociados, nuevas formas de apropiación, nuevas personas y una nueva cultura. En ese proceso, el poder público perderá su carácter político, y junto con el antagonismo y la dominación de clase se extinguirán las clases: “[...] surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos” (Marx y Engels, 1959 [1848]: 43).

El ápice de los movimientos anticapitalistas del siglo XIX fue la Comuna de París, en 1871, primera experiencia de un poder proletario. Aunque efímera y aplastada a sangre y fuego, la Comuna dejó un legado sumamente valioso: sus hechos mismos y las enseñanzas que aportaron; una identidad rebelde que al fin tuvo encarnaciones propias; una insurrección heroica y un gobierno con democracia participativa; y la Internacional, una canción que ha alcanzado significado de símbolo a escala mundial. Hasta pocos años antes, las represiones y la negación de ciudadanía plena al pueblo habían sido armas comunes tanto de los príncipes como de los políticos liberales europeos, mientras la autonomía local, la democracia, la soberanía popular y las reivindicaciones de género eran

1 “[...] la revolución no solo es necesaria porque la clase *dominante* no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará la clase *que la derriba* salir del cieno en que se hunde y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases” (Marx y Engels, 1966: 78). Veinte años después de aquella obra de deslinde teórico y exposición positiva, Marx cierra la exposición del tomo I de *El Capital*, “La tendencia histórica de la acumulación capitalista”, con la actuación revolucionaria de la clase proletaria consciente: “Se la hace saltar. Suena la hora postrera de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados” (Marx, 1975: 953, T. I, Vol. 3).

banderas de los socialistas. Pero en 1871 ya estaban en marcha las reformas que llevaron a la construcción de un nuevo sistema en los Estados nacionales, con derecho general al voto de los varones, constituciones, estado de derecho, parlamentos y predominio de la instancia nacional, un nuevo orden que concedió o reconoció derechos en materia de ciudadanía y representación, y de organización social y política. Al mismo tiempo, las potencias de Europa renovaban el colonialismo y estrenaban el imperialismo.

Los movimientos socialistas encontraron un lugar en ese sistema: el socialismo colaboró así en la elaboración de la hegemonía burguesa, reduciéndose progresivamente de antinomia a diversidad dentro del capitalismo. Partidos de trabajadores y federaciones sindicales que se declaraban socialistas y marxistas alcanzaron éxitos notables dentro de la legalidad abierta desde los años setenta, dieron más impulso a sus intereses corporativos y a las luchas por democracia en sus países, ganaron representación en los parlamentos y se asociaron en una Segunda Internacional. Pero, al mismo tiempo, se alejaron definitivamente de los ideales y la estrategia revolucionaria y asumieron el reformismo político como guía general de su actuación. Vivían escindidos entre los ritos de

su origen y su adecuación al dominio burgués, que llegó a hacerlos cómplices del colonialismo en nombre de la civilización y de la misión mundial del hombre blanco. Su pensamiento también se escindió, entre una “ortodoxia” y un “revisiónismo” marxistas, que a pesar de sostener controversias constituían las dos caras de una misma moneda.

La gente común que se sentía socialista practicaba el activismo sindical, la participación política o la representación proletaria como formas de obtener “demandas inmediatas” y mejoras en la calidad de la vida –el urbanismo de la época aportó en Europa el barrio obrero–, superación personal y satisfacciones en su pertenencia a un ideal organizado. O admiraba al socialismo como ideal de los trabajadores y los pobres, acicate para adquirir educación y ascender en la sociedad, y creencia que aseguraba que el progreso llevaría a un mundo futuro sin capitalismo.

III. SOCIALISMO Y REVOLUCIONES ANTI-CAPITALISTAS DE LIBERACIÓN

La “bella época” del imperialismo desembocó en la horrorosa guerra mundial de 1914-1918. Pero en 1917 cayó el régimen zarista en la

quebrantada Rusia, y el país entró en revolución. El Partido Obrero Socialdemócrata ruso (bolchevique) –dirigido por Vladimir I. Lenin y opuesto a la posición de la II Internacional–, pasó a llamarse Partido Comunista, asumió una estrategia revolucionaria ante la crisis y en noviembre logró tomar el poder y convertir aquel proceso en una revolución anticapitalista. El bolchevismo desplegó una gigantesca labor práctica y teórica que transformó o creó un gran número de instituciones y relaciones sociales a favor de los pueblos de la Rusia Soviética –URSS desde 1922–, y multiplicó las capacidades humanas y políticas de millones de personas.

Ese evento histórico afectó profundamente al concepto de socialismo. Las ideas sobre el cambio social y el socialismo fueron puestas a prueba, tanto las previas como las nuevas que surgieron en aquella experiencia. En vez de la creencia en la evolución natural que llevaría del capitalismo al socialismo y de los debates anteriores acerca del “derrumbe” forzoso del capitalismo a consecuencia de sus propias contradicciones, el bolchevismo se vio en el trance histórico de actuar en innumerables terrenos, y de poner a discusión la naturaleza del poder obrero, la actualidad de la revolución, los problemas de la organización estatal y partidaria, la política económica, la promoción y los fundamentos de una

educación, una cultura, una democracia y unos valores que llevaran al socialismo, la creación de formas socialistas de vida cotidiana, los rasgos y los problemas fundamentales de la transición socialista, las perspectivas del socialismo. El objeto de la teoría marxista se modificó y se amplió. A escala internacional, el campo conceptual y político del socialismo fue sometido a alternativas entre la revolución comunista y el reformismo socialdemócrata. La separación entre ambas posiciones fue tajante y cada una tendió a negar a la otra.

El impacto y la influencia de la revolución bolchevique en Europa y en muchos medios en el mundo fueron inmensos. La existencia y los logros de la URSS daban crédito a la posibilidad de alcanzar el socialismo en otros países, elevaron mucho el prestigio y la divulgación de las ideas socialistas y permitieron que las ideas internacionalistas se pusieran en práctica. Después de 1919, la creación y el desarrollo de la Internacional Comunista y su red de organizaciones sociales fue el vehículo para formar un movimiento comunista que actuó en numerosos lugares del mundo. Pero se cometió el grave error de pretender que una sola forma organizativa y un mismo cuerpo ideológico teórico fueran compartidos por los revolucionarios anticapitalistas de todo el orbe, y que la línea

de la Internacional se tornara determinante en las políticas y los proyectos de cambio en todas partes. Los partidos comunistas que se fueron creando en docenas de países debían ser los agentes principales de esa labor. En escala muy diversa y adecuada a las más disímiles situaciones, la influencia del socialismo soviético estuvo presente en las ideas y las experiencias revolucionarias a lo largo del mundo del siglo XX.

El concepto de socialismo del marxismo originario sufrió adaptaciones a prácticas que fueron más o menos lejanas a sus postulados teóricos, por dos razones principales:

- a) Para Marx, la revolución anticapitalista y el nuevo régimen previsto debían ser victoriosos a escala mundial, es decir, a la misma escala alcanzada por el capitalismo. Al no suceder así, ambos tipos de sociedad quedaron como poderes enfrentados en una enemistad mortal. Pero en el interior de los regímenes de transición socialista estuvieron presente cada vez más instrumentos, relaciones, ideas, formas de reproducción de la vida social y de dominación que eran propios del capitalismo;
- b) El predominio en esas sociedades en transición de intereses parciales, y la apropiación

del poder por parte de grupos, con la consiguiente expropiación de los medios revolucionarios, la participación democrática y la libertad que eran necesarios para la formación de personas y relaciones socialistas.

El proceso de la transición socialista debía ser diferente y opuesto al capitalismo –y no solo opuesto a él–, y sobre todo debía ser un conjunto y una sucesión de creaciones culturales superiores, obra de contingentes cada vez más numerosos, más conscientes y más capaces de dirigir los procesos sociales. En vez de esto, sucedió una historia de deformaciones, detenciones, retrocesos, e incluso represiones y crímenes. Durante ese proceso, el socialismo fue referido a las necesidades de la URSS y los intereses y políticas de sus gobernantes –“el socialismo en un solo país”–, fue convertido en sinónimo de metas civilizadoras o demagógicas –la “construcción del socialismo”, “régimen social superior”–, su triunfo mundial fue referido a una competencia entre superpotencias –“alcanzar y superar”–, e incluso se llegó a inventar un apelativo de consuelo para la resultante soviética: el “socialismo realmente existente”, o “socialismo real”. La colosal experiencia bolchevique fue liquidada y la URSS se convirtió en un poderoso Estado. Todavía protagonizó la epopeya de 1941-1945 contra el nazismo, que

brindó al socialismo un formidable prestigio mundial –dilapidado en la posguerra–, pero en los cuarenta años siguientes la URSS y el bloque que formó en Europa constituyeron poderes que asfixiaban a sus propias sociedades y participaban en la geopolítica bipolar. Al final de sus procesos de estancamiento y de corrosión, aquel socialismo de las fuerzas productivas y la dominación de grupos fue vencido por las fuerzas productivas y por la cultura del capitalismo. La caída de esos regímenes, tan súbita como indecorosa, le infligió un daño inmenso al prestigio del socialismo en todo el mundo.

Desde los años treinta el marxismo había sido víctima de la liquidación de la Revolución. Se impuso el llamado marxismo-leninismo, autoritario, dogmático, distribuidor de premios y castigos, una ideología teorizada de obedecer, legitimar, clasificar y juzgar. Unía una profusión de citas de “los clásicos” con una mezcla de filosofía especulativa y positivismo. En 1965, Ernesto Che Guevara escribió en un texto clásico acerca del socialismo: “[...] el escolasticismo que ha frenado el desarrollo de la filosofía marxista e impedido el tratamiento sistemático del período”.²

² “El socialismo y el hombre en Cuba” (Guevara, 1970a [1965]: 377, T. II).

Sería un grave error, sin embargo, reducir la historia del concepto y las experiencias del socialismo al ámbito de aquellos poderes europeos. En la propia Europa, numerosos revolucionarios hicieron aportes al socialismo. La obra intelectual de algunos de ellos –como Antonio Gramsci– es muy trascendente. En Asia y África, esa historia ha estado ligada al desarrollo de las revoluciones de liberación nacional y social, y a la emergencia y afirmación de Estados independientes. Han sido muy valiosos los aportes de China y Vietnam –presididos por Mao Tse Tung y Hồ Chí Minh–, y también los de Corea, los luchadores de las colonias portuguesas y Argelia, y otros africanos y asiáticos. En África, cierto número de Estados se calificaron de socialistas en las primeras décadas de su existencia como tales, y también movimientos políticos que deseaban unir la justicia social a la búsqueda de la liberación nacional.

En América Latina y el Caribe, las necesidades y las ideas llevaron a pensadores y políticos a relacionar la libertad y el anticolonialismo con la justicia social, durante la época de las revoluciones de independencia (1791-1824). En las nuevas repúblicas, el socialismo fue valorado sobre todo en relación con los objetivos y las posiciones que se defendían o promovían.

José Martí (1853-1895) fue, a mi juicio, el pensador más profundo, original y subversivo de la época en América. Llegó a una comprensión completa del colonialismo viejo y nuevo, en sus relaciones con la explotación de los trabajadores, campesinos y pueblos sometidos en general, y con el naciente imperialismo norteamericano, y estudió los rasgos y las tendencias de este último, lo esencial de los sistemas de dominación vigentes en América Latina y la política revolucionaria necesaria para transformar la región. Político excepcional, su lucha y su proyecto eran de liberación nacional, una guerra revolucionaria para conseguir la formación de nuevas capacidades en un pueblo colonizado y la creación de una república democrática en Cuba, la detención del expansionismo norteamericano en el Caribe y el inicio de la “Segunda Independencia” del continente. Martí conoció ideas marxianas y anarquistas, y admiró a Marx y los luchadores obreros de Estados Unidos, pero fijó su diferencia política e ideológica respecto a ellos.

Hace más de un siglo que existen las ideas socialistas en América, y organizaciones que las han proclamado o tratado efectivamente de realizarlas. Una gran corriente ha sido la que se inscribió en la Internacional Comunista o fue influida por ella y por los partidos comunistas

a lo largo del siglo. Pensadores y movimientos políticos de otras corrientes, diversas entre sí, han asumido el comunismo marxista u otras ideas socialistas y han hecho un enorme número de aportes valiosos. Unos y otros se han visto ante los problemas, las identidades, los conflictos, las culturas y las situaciones latinoamericanas, y han acertado los que supieron utilizar sus instrumentos intelectuales de alcance general para conocer aquellas especificidades, como enseñó en fecha temprana José Carlos Mariátegui (1894-1930).³ Si se estudia e investiga sin prejuicios, puede establecerse un rico inventario de ideas de pensadores y movimientos,⁴ y descubrir las posiciones reales de revolucionarios descollantes, como Augusto

3 “El socialismo no es, ciertamente, una doctrina indoamericana. Pero ninguna doctrina, ningún sistema contemporáneo lo es, ni puede serlo. Y el socialismo, aunque haya nacido en Europa, como el capitalismo, no es tampoco específico ni particularmente europeo. Es un movimiento mundial [...]. No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He aquí una misión digna de una generación nueva” (Mariátegui, 1982 [1928]).

4 Como el logrado por Michael Löwy (1999) en *O marxismo na América Latina*.

César Sandino y Antonio Guiteras. El socialismo sigue vivo en el pensamiento latinoamericano actual –que es tan vigoroso–, y en movimientos sociales y políticos cuya capacidad de proyecto acompaña a su actividad cotidiana.

IV. EXPERIENCIAS Y DEBER SER, PODER Y PROYECTO, CONCEPTO DE TRANSICIÓN SOCIALISTA

La historia de las experiencias de socialismo en el siglo XX ha sido satanizada en los últimos veinte años y tiende a ser olvidada. Es vital impedir esto, si se quiere comprender y utilizar el concepto, pero sobre todo para examinar mejor las opciones que tiene la humanidad ante los graves peligros, miserias y dificultades que la agobian en la actualidad, y enrumbar los nuevos movimientos e ideas que retan al capitalismo. El balance crítico de las experiencias socialistas que ha habido y existen es un ejercicio indispensable para manejar el concepto de socialismo. Contribuyo a ese examen con algunas proposiciones.

Poderes que aspiraban al socialismo organizaron y desarrollaron economías diferentes a las del capitalismo, basadas en su origen en satisfacer las necesidades humanas y la justicia

social; los Estados las articularon con muy amplias políticas sociales y con cierto grado de planeamiento. Pueblos enteros se movilizaron en la defensa y el despliegue de esas sociedades, en las cuales desplegaron su condición humana y aumentaron sus capacidades y la calidad de sus vidas. Esas sociedades, y las luchas de liberación y anticapitalistas de otros pueblos, involucraron a cientos de millones de personas; ellas, y la acumulación cultural que han producido, constituyen el evento social más trascendente del siglo XX. Pero a pesar de sus logros tan grandes, los poderes socialistas padecieron graves faltas y descalabros en cuanto a elaborar un tipo propio de democracia y enfrentar los problemas de su propio tipo de dominación, impidieron la ampliación de los espacios y el poder de sus sociedades, y en síntesis resultaron incapaces de echar las bases de una nueva cultura de liberación humana y social. La victoria del capitalismo frente a este socialismo estuvo en reabsorberlo a mediano o largo plazo, lo cual forma parte de su extraordinaria cualidad de recuperar los movimientos y las ideas de rebeldía dentro de su corriente principal. Frente a esa la línea general, Cuba ha logrado mantener hasta hoy su sociedad de transición socialista.

En cuanto se habla de socialismo aparece la necesidad de distinguir entre las propuestas y el deber ser del socialismo, por una parte, y las formas concretas en que este ha existido y existe en países, a partir de las luchas de liberación y los cambios profundos en esas sociedades. Las ideas, la prefiguración, los ideales, la profecía, el proyecto, constituyen el fundamento, el alma y la razón de ser del socialismo, y brindan las metas que inspiran a sus seguidores. Las prácticas son, sin embargo, la materia misma de la lucha y la esperanza: mediante ellas avanza o no el socialismo, y por ellas suele ser medido.

Esa distinción es básica, pero no es la única importante cuando se reflexiona acerca del socialismo. En cuanto se aborda una experiencia socialista, se encuentran dos problemas. Uno es interno al país en cuestión: cómo son allí las relaciones entre el poder que existe y el proyecto enunciado; y el otro es externo: se refiere a las relaciones entre aquel país en transición socialista y el resto del mundo. En la realidad ambos problemas están muy relacionados, porque las prácticas que se tengan en cuanto a cada uno de ellos afectan al otro, y en alguna medida lo condicionan.

Las cuestiones planteadas por los experimentos socialistas no existen separadas, ni en

estado “puro”. Hay que enfrentarlas todas a la vez, están mezcladas o combinadas, ayudándose, estorbándose o confrontándose, exigiendo esfuerzos o sugiriendo olvidos y posposiciones que pueden ser o no fatales. Sus realidades, y cierto número de situaciones y sucesos ajenos, condicionan cada proceso. Enumero algunas cuestiones centrales. Cada transición socialista debe conseguir cambios “civilizatorios” a escala de su población, no de una parte de ella, y debatirse entre ese deber y el complejo formado por los recursos con que cuenta y las carencias que padece; pero tiene que enfrentar, al mismo tiempo, la exigencia de cambios de liberación, porque o va conquistándolos, o todo el proceso se desnaturalizaría. Las correlaciones entre los grados de libertad que posee y las necesidades que la obligan son cruciales, porque la creación del socialismo depende básicamente del desarrollo de actividades calificadas que sean superiores a las necesidades y constricciones.

Hay muchos más dilemas y problemas. Cómo combinar cambios y permanencias, relaciones sociales e ideologías que vienen del capitalismo –y que son muy capaces de rehacer capitalismo o generarlo– con transformaciones que están destinadas a formar personas diferentes, nuevas, y a producir una sociedad y una cultura nuevas. Cómo aprovechar, estimular o

modificar las motivaciones y actitudes de los individuos –sin lo cual no habrá socialismo–, cuando el poder socialista resulta tan abarcador en la economía, la política, la formación y reproducción ideológica y la vida cotidiana de las personas, y tiende a desalentar o impedir las iniciativas de las personas en la medida en que se burocratiza. Cómo lograr que prevalezca el proyecto sobre el poder –el mayor desafío interno a los regímenes de transición socialista–, cuando, además de los ámbitos que he referido, el poder es responsable de la defensa del país frente al imperialismo y los enemigos internos, y de las relaciones con los países, las empresas y las instituciones internacionales del capitalismo. Cómo lograr que prevalezca el internacionalismo sobre la razón de Estado.

Es necesario que el pensamiento se ocupe de los problemas centrales, como los citados y otros, porque él debe cumplir una función crucial en la realización práctica del socialismo. No hay retórica en esta afirmación: *para toda la época de la transición socialista el factor subjetivo está obligado a ser determinante*, y eso exige un pensamiento que sea muy superior a sus circunstancias, crítico y creador. Algunas cuestiones teóricas más generales, ligadas a los problemas que cité arriba, resultan de utilidad permanente en el trabajo con

el concepto de socialismo. También poseen ese valor proposiciones estratégicas del marxismo originario, como la de la necesidad de la revolución a escala mundial –frente al ámbito nacional de cada experiencia socialista y frente a un capitalismo que ha sido cada vez más profundamente mundializado. Y problemas desarrollados en momentos o a lo largo de la historia de la teoría, como el relativo a las decisiones en cuanto a qué es lo fundamental a desarrollar en las sociedades que emprenden el camino de creación del socialismo.

Paso a exponer mi concepto de *transición socialista*, que intenta precisar y hacer más útil para el trabajo intelectual el concepto de socialismo.⁵ La transición socialista es la época consistente en cambios profundos y sucesivos de las relaciones e instituciones sociales, y de los seres humanos que se van cambiando a sí mismos mientras van haciéndose dueños de las relaciones sociales. Es muy prolongada en el tiempo, y sucede a escala de formaciones

5 Selección aquí elementos que me parecen principales, pero forzosamente resultan parciales respecto a una argumentación que vengo elaborando desde hace más de tres décadas. Puesto a escoger una referencia, sugiero ver Martínez Heredia (1990), reproducido en: Martínez Heredia (1999: 182-194; 2005: 247-262; 2006: 227-242).

sociales nacionales. Consiste ante todo en un poder político e ideológico dedicado a realizar el proyecto revolucionario de elevar a la sociedad toda y a cada uno de sus miembros por encima de las condiciones de reproducción social existentes, no para adecuarse a ellas. El socialismo no surge de la evolución progresiva del capitalismo. Este ha sido creador de premisas económicas, de individualización, ideales, sistemas políticos e ideológicos democráticos, que han permitido postular el comunismo y el socialismo. Pero de su evolución solo surge más capitalismo. El socialismo es una opción, y solo existirá a partir de la voluntad y de la acción que sean capaces de crear nuevas realidades. Es el ejercicio de comportamientos públicos y no públicos de masas organizadas y conscientes que toman el camino de su liberación total.

La práctica revolucionaria de los individuos de las clases explotadas y dominadas, ahora en el poder, y de sus organizaciones, debe ser idónea para trastornar profundamente las funciones y resultados sociales que hasta aquí ha tenido la actividad humana en la historia. En este proceso debe predominar la tendencia a que cada vez más personas conozcan y dirijan efectivamente los procesos sociales, y sea real y eficaz la participación política de la población.

Sin esas condiciones, el proceso perdería su naturaleza, y sería imposible que culmine en socialismo y comunismo.

La transición socialista es un proceso de violentaciones sucesivas de las condiciones de la economía, la política, la ideología, lo más radical que le sea posible a la acción consciente y organizada, si ella es capaz de volverse cada vez más masiva y profunda. No se trata de una utopía para mañana mismo, sino de una larguísima transición. Su objetivo final debe servir de guía y de juez de la procedencia de cada táctica y cada política, dado que estas son las que especifican, concretan, sujetan a normas, modos y etapas las situaciones que afectan y mueven a los individuos, las instituciones y sus relaciones. Por tanto, no basta con tener eficiencia o utilidad para ser procedente: es obligatorio sujetarse a principios y a una ética nueva, socialista. Las etapas de la transición socialista se identifican por el grado y profundidad en que se enfrentan las contradicciones centrales del nuevo régimen, que son las existentes entre los vínculos de solidaridad y el nuevo modo de producción y de vida, por un lado, y por otro las relaciones de enfrentamiento, de mercado y de dominio.

La transición socialista debe partir hacia el comunismo desde el primer día, aunque sus

actores consuman sus vidas apenas en sus primeras etapas. Se beneficia de un gran avance internacional: la conciencia y las acciones que sus protagonistas consideran posibles son superiores a las que podría generar la reproducción de la vida social a escala del desarrollo existente en sus países. Es un grave error esperar que el supuesto “desarrollo de una base técnico-material”, a un grado inciertamente cuantificable, permita “construir” el socialismo, y por tanto creer que el socialismo pueda ser una locomotora económica que arrastre tras de sí a los vagones de la sociedad. El socialismo es un cambio cultural.

Nacida de una parte de la población que es más consciente, y ejercitada a través de un poder muy fuerte y centralizador en lo material y lo ideal, la transición socialista comienza sustituyendo la lucha viva de las clases por un poder que se ejerce sobre innumerables aspectos de la sociedad y de la vida, en nombre del pueblo. Por tanto, su factibilidad y su éxito exigen la creación y desarrollo de sistemas de control sobre los que ejercen funciones, pero sobre todo complejas multiplicaciones de la participación política y el poder del pueblo, que deben ser muy diferentes y superiores a los logros previos en materia de democracia. Desatar una y otra vez las fuerzas reales y potenciales de las

mayorías es la función más alta de las vanguardias sociales, que van preparando así su desaparición como tales. El predominio del proyecto sobre el poder es la brújula de ese proceso de creaciones, que debe ser capaz de revolucionar sucesivamente sus propias invenciones, relaciones e instituciones, a la vez que hace permanentes los cambios y los va convirtiendo en hábitos. Todo el proceso depende de hacer masivos la conciencia, la organización, el poder y la generación de cambios: el socialismo no puede crearse espontáneamente, ni puede donarse.

El concepto de transición socialista está más referido al movimiento histórico, mientras el de socialismo resulta más “fijo”; entiendo que eso ayuda a discernir las ventajas de cada uno para el análisis teórico y para el análisis de las experiencias. Además, el ámbito de la transición socialista abarca toda la época entre el capitalismo y el comunismo, por lo que facilita la recuperación de este último concepto. Socialismo es ciertamente una noción más inclusiva que comunismo, lo cual ha facilitado que pueda pensarse desde él un arco muy amplio de situaciones y posibilidades no capitalistas. Pero al ser su sentido verdadero la creación de una sociedad cuya base y despliegue son opuestos y diferentes al capitalismo, el

socialismo necesita de la noción de comunismo, por dos razones. Una, la dimensión más trascendente, el objetivo –la utopía, incluso– de las ideas y los movimientos socialistas es el comunismo, una propuesta que no está atada a la coyuntura, la táctica, la estrategia de cada caso y momento, pero sirve para reconocer o promover actitudes, y para fijar el rumbo. La segunda, el referente comunista es útil para la recuperación de la memoria histórica de más de siglo y medio de ideas, sentimientos y acciones revolucionarias, y también lo es para pensar desde otro punto de partida ético y epistemológico los grandes temas de la transición socialista.

V. DOS CONCEPCIONES DEL SOCIALISMO

Entre tantos problemas que porta el concepto de socialismo, he seleccionado solo algunos para esta exposición.

La vertiente interpretativa del marxismo originario que privilegió la determinación de los procesos sociales por la dimensión económica fue la más influyente a lo largo de las experiencias socialistas del siglo XX. Entre sus corolarios teóricos fueron centrales los de la “obligada correspondencia entre las fuerzas

productivas y las relaciones de producción”, la cuantificación “técnico-material” de las bases de la “construcción del socialismo” y la supuesta ley de “satisfacción creciente de las necesidades”. La llamada Economía Política del Socialismo llegó a codificar en un verdadero catecismo estos y otros preceptos de mayor o menor generalidad. Pero el tema del desarrollo, que floreció y tuvo un gran auge a escala mundial entre los años cincuenta y ochenta del siglo XX, replanteó la cuestión, al pensar la relación entre socialismo y desarrollo desde la situación y los problemas de los países que se liberaban en el llamado Tercer Mundo.

Entre polémicas y aportes, se avanzó en el conocimiento del formidable obstáculo al desarrollo constituido por el sistema imperialista mundial, el neocolonialismo y el llamado subdesarrollo. En cuanto a la relación desarrollo - socialismo, la concepción que aplicaba los principios citados entendió que el primero debía preceder al segundo, es decir, que el desarrollo de la “base económica” sería la base del socialismo. Fidel Castro y Che Guevara estuvieron entre los opuestos a esas ideas, desde la experiencia cubana y como parte de una concepción teórica de la revolución socialista que articulaba la lucha en cada país, la especificidad del Tercer Mundo y el carácter mundial

e internacionalista del proceso.⁶ Guevara desarrolló un análisis crítico del socialismo de la URSS y su campo, y de su producción teórica, como parte de una posición teórica socialista basada en una filosofía marxista de la praxis, y en experiencias en curso.⁷

6 “Marx concibió el socialismo como resultado del desarrollo. Hoy, para el mundo subdesarrollado el socialismo ya es incluso condición del desarrollo. Porque si no se aplica el método socialista –poner todos los recursos naturales y humanos del país al servicio del país, encaminar esos recursos en la dirección necesaria para lograr los objetivos sociales que se persiguen–, si no se hace eso, ningún país saldrá del subdesarrollo” Fidel Castro (1970 [1969]: 133-184.).

“No puede existir el socialismo si en las conciencias no se opera un cambio que provoque una nueva actitud fraterna frente a la humanidad, tanto de índole individual, en la sociedad en que se construye o está construido el socialismo, como de índole mundial en relación a todos los pueblos que sufren la opresión imperialista [...]. El desarrollo de los subdesarrollados debe costar a los países socialistas; de acuerdo, pero también deben ponerse en tensión las fuerzas de los países subdesarrollados y tomar firmemente la ruta de la construcción de una sociedad nueva” (Guevara, 1970b [1965]: 572-583, T. II).

7 En los últimos años se han publicado más textos del Che. Llamo la atención sobre una obra de gran valor, *Apuntes críticos a la Economía Política* (Guevara, 2006). Acaba de publicarse un nuevo libro que incluye otros inéditos del Che, para el cual escribí un estudio

Ha habido dos maneras diferentes de entender el socialismo en el mundo del siglo XX. Ellas han estado muy relacionadas entre sí, solían reclamarse del mismo origen teórico y no siempre han sido excluyentes. Expongo, sin embargo, los rasgos principales que permiten afirmar que se trata de dos entidades distintas.

La primera es un socialismo que pretende cambiar totalmente el sistema de relaciones económicas, mediante la racionalización de los procesos de producción y de trabajo, la eliminación del lucro, un crecimiento sostenido de las riquezas y la satisfacción creciente de las necesidades de la población. Se propone eliminar el carácter contradictorio del progreso, cumplir lo que considera el sentido de la historia y consumir la obra de la civilización y el ideal de la modernidad. Su material cultural previo han sido tres siglos de pensamiento avanzado europeo, que aportaron los conceptos, las ideas acerca de las instituciones guardianas de la libertad y la equidad, y la fuente de creencias cívicas de Occidente. Este socialismo propone consumir la promesa incumplida de la modernidad a través de la introducción de la justicia social y la armonía universal. Su consecución

introductorio: *Apuntes filosóficos* (Guevara, 2012).

necesita un gran desarrollo económico y debe liberar a los trabajadores hasta tal punto que la economía dejaría de ser medida por el tiempo de trabajo. Bajo este socialismo, la democracia sería puesta en práctica a un grado muy superior a lo logrado por el capitalismo, e incluso a sus proyectos más radicales. Libertades individuales completas, garantizadas, instituciones intermedias, contrapesos, control ciudadano, extinción progresiva de los poderes. En una palabra, toda la democracia y toda la propuesta comunista de una asociación de productores libres. Su presupuesto es que al capitalismo no le es posible racionalmente la realización de aquellos fines tan altos: solo el socialismo puede hacerlos realidad.

La otra manera de entender el socialismo ha sido la de conquistar en un país la liberación nacional y social derrocando al poder establecido y creando un nuevo poder, ponerle fin al régimen de explotación capitalista y su sistema de propiedad, eliminar la opresión y abatir la miseria, y efectuar una gran redistribución de las riquezas y de la justicia. Sus prácticas tienen otros puntos de partida. Sus logros fundamentales son el respeto a la integridad y la dignidad humana, la obtención de alimentación, servicios de salud y educación, empleo y demás condiciones de una calidad

de la vida decente para todos, y la implantación de la prioridad de los derechos de las mayorías y de las premisas de la igualdad efectiva de las personas, más allá de su ubicación social, género, raza y edad. Garantiza su orden social y cierto grado de desarrollo económico y social mediante un poder muy fuerte y una organización revolucionaria al servicio de la causa, honestidad administrativa, centralización de los recursos y su asignación a los fines económicos y sociales seleccionados o urgentes, búsqueda de relaciones económicas internacionales menos injustas, y planes de desarrollo.

Este socialismo debe recorrer un duro y largo camino en cuanto a garantizar la satisfacción de necesidades básicas, la resistencia eficaz frente a sus enemigos y a las agresiones y los atractivos del capitalismo, y el enfrentamiento a las graves insuficiencias emergentes del llamado subdesarrollo y de los defectos de su propio régimen. Al mismo tiempo que realiza todas esas tareas –y no después–, debe crear instituciones, normas y hábitos democráticos, y un estado de derecho. En realidad, está obligado a crear una nueva cultura diferente y opuesta a la del capitalismo.

En el ambiente del primer socialismo se privilegia la significación burguesa del Estado, la

nación y el nacionalismo: se les condena como instituciones de la dominación y la manipulación. En el ambiente del segundo, la liberación nacional y la plena soberanía tienen un peso crucial, porque la acción y el pensamiento socialistas han debido derrotar al binomio dominante nativo-extranjero, liberar las relaciones sociales y las subjetividades de sus colonizaciones, y arrebatarle a la burguesía el control del nacionalismo y el patriotismo. Para el segundo socialismo, es vital combinar con éxito las tareas y las ansias de justicia social con las de libertad y autodeterminación nacional. El poder del Estado le es indispensable, sus funciones aumentan fuertemente y su imagen crece mucho, a veces hasta grados desmesurados. Las profundas diferencias existentes entre el socialismo elaborado en regiones del mundo desarrollado y el producido en el mundo que fue avasallado por la expansión mundial del capitalismo han conducido durante el siglo XX a grandes desaciertos teóricos y políticos, y a graves desencuentros prácticos.

La explotación del trabajo asalariado y la misión del proletariado tienen lugares prioritarios en la ideología del primer socialismo; para el segundo, lo central son las reivindicaciones de todos los oprimidos, explotados, marginados o humillados. Este es otro lugar

de tensiones ideológicas, contradicciones y conflictos políticos entre las dos vertientes, en la comprensión del socialismo y en establecer sus campos de influencia, con una larga historia de confusiones, dogmatismos, adaptaciones e híbridos. Es cierto que las construcciones intelectuales influidas por la centralidad de la explotación capitalista y de la actuación proletaria han contribuido sensiblemente a la asunción del necesario carácter anticapitalista de las luchas de las clases oprimidas en gran parte del mundo colonizado y neocolonizado. Pero para el segundo modo de socialismo, la participación decidida y el cambio profundo de las vidas de las mayorías es lo fundamental. No puede esperar, cualquiera que sea el criterio que se tenga sobre las estructuras sociales y los procedimientos utilizados para transformarlas, o los debates que con toda razón se produzcan acerca de los riesgos implicados en cada posición. Y esto es así, *porque la fuerza de este tipo de revolución socialista no está en una racionalidad que se cumple, sino en potenciales humanos que se desatan.*

La libertad social –pongo el acento en ‘social’– es priorizada en este socialismo, como una conquista obtenida por los propios participantes, más que las libertades individuales y la

trama lograda de un estado de derecho. Es una libertad que se goza, o que le hace exigencias y presiona a su propio poder revolucionario, y es la que genera mejores autovaloraciones y más expectativas ciudadanas. La legitimidad del poder está ligada a su origen revolucionario, a un gran pacto social de redistribución de las riquezas y las oportunidades que está en la base de la vida política, y a las capacidades que demuestre ese poder en campos diversos, como son encarnar el espíritu libertario que se ha dejado encuadrar por él, guiarse por la ética revolucionaria y por principios de equidad en el ejercicio del gobierno, mantener el rumbo y defender el proyecto.

El segundo modo de socialismo no puede despreciar el esfuerzo civilizatorio como un objetivo que sería inferior a su proyecto liberador. Una de sus primeras grandes misiones es proporcionar alimentación, ropa, zapatos, paz, empleo, seguridad social, atención de salud e instrucción a todos, pero enseguida todos quieren leer diarios, y hasta libros, y en cuanto se enteran de que existe el internet, quieren navegar en él. Se levantan formidables contradicciones ligadas íntimamente a las expectativas de la población y al propio desarrollo de esta sociedad. Cito solo algunas. La disciplina capitalista del trabajo es abominada

mucho antes de que una cultura productiva y una alta conciencia del papel social del trabajo se vuelvan capaces de sustituirla. La humanización del trabajo y el auge de la calificación de las mayorías no son respaldadas suficientemente por los niveles técnicos, las tecnologías y la organización de los procesos con que se cuenta. Los frutos del trabajo empleado, el tesón y sacrificios conscientes y el uso planeado de recursos pueden reducirse mucho por las inmensas desventajas del país en las relaciones económicas internacionales. Los individuos son impactados en sus subjetividades por un mundo de modernizaciones que cambian sus concepciones, necesidades y deseos, pero están dedicados conscientemente a labores cuya retribución personal es más bien indirecta y de origen impersonal, y no es necesariamente justa respecto a la calidad y la especialización del trabajo realizado.

El sistema puede aparecer frente a ellos entonces como un poder externo, dispensador de beneficios y dueño del timón de la sociedad, a la que conduce con benévolo arbitrio. La cultura “moderna” capitalista implica también economía dineraria e individualismo exacerbado, y cada uno debe vivir en soledad la competencia, los premios o castigos, el interés y el afán de lucro, el éxito o el fracaso. A pesar

de las abismales diferencias que han creado y desarrollado, las sociedades que viven en el segundo modo de socialismo no pueden evitar que algunos de esos rasgos estén presentes en ellas. La mundialización del incremento de las expectativas –entre otras tendencias homogeneizadoras que no puedo tratar aquí– es muy rápida hoy, y constituye un arma de la guerra cultural mundial imperialista.

La transición socialista de los países pobres devela entonces lo que a primera vista parecería una paradoja: el socialismo que está a su alcance y el proyecto que pretende realizar *están obligados a ir mucho más allá* que el cumplimiento de los ideales de la razón y la modernidad, y de entrada deben moverse en otro terreno. Su viabilidad y su camino le exigen negar que la nueva sociedad sea el resultado de la evolución del capitalismo, negar la ilusión de que la sola expropiación de los instrumentos del capitalismo permitirá construir una sociedad que lo “supere” y negarse a “cumplir etapas intermedias” supuestamente “anteriores” al socialismo. Es decir, a este socialismo le es ineludible trabajar por la creación de una nueva concepción de la vida y del mundo, al mismo tiempo que se empeña en cumplir con sus prácticas más inmediatas, en medio de graves escaseces y adversarios formidables.

VI. NECESIDADES Y PROBLEMAS ACTUALES DE LA CREACIÓN DEL SOCIALISMO

Y entonces aparece también otra cuestión principal. Del mismo modo que todas las revoluciones anticapitalistas triunfantes desde fines de los años cuarenta del siglo XX sucedieron en el llamado Tercer Mundo, es decir, fuera de los países con mayor desarrollo económico –sin hacer caso de la doctrina que postulaba lo contrario–, el socialismo factible no depende de la evolución progresiva del crecimiento de las fuerzas productivas, su “correspondencia con las relaciones de producción” y un desarrollo social que sea consecuencia del económico, sino de un cambio radical de perspectiva.

La transición socialista se enfrenta aquí a un doble enemigo. Uno es la persistencia de relaciones mercantiles a escala internacional y nacional, que tiende a perpetuar los papeles de las naciones y los individuos basados en el lucro, la ventaja, el egoísmo y el individualismo, y sus consensos sociales acerca de la economía, el dinero, el consumo y el poder. El otro es la insuficiencia de capacidades de las personas, relaciones e instituciones, resultante de la sociedad preexistente, para realizar las grandes y complejas tareas necesarias. El subdesarrollo tiende a producir un socialismo

subdesarrollado; el mercantilismo, un socialismo mercantilizado. Las combinaciones de ambos son capaces de producir frutos peores. Es forzoso que en este tipo de transición socialista las “leyes de la economía” no sean determinantes; al contrario, la dimensión económica debe ser gobernada por el poder revolucionario, y este debe constituir una conjunción de fuerzas sociales y políticas unificadas por un proyecto de liberación humana.

Es preciso calificar desde esa perspectiva los factores necesarios para emprender la transición socialista y avanzar en ella, y manejarlos de manera apropiada. Brindo ejemplos. Derribar los límites de lo posible resulta un factor fundamental, y que se torne un fenómeno masivo la confianza en que no existen límites para la acción transformadora consciente y organizada. Dentro de lo posible se consiguen modernizaciones, pero la transición que se conforma con ellas solo obtiene al final modernizaciones de la dominación y nuevas integraciones al capitalismo mundial. Los procesos educativos tampoco se pueden “corresponder” con el nivel de la economía: deben ser, precisamente, muy superiores a ella y muy creativos. Esta educación socialista no se propone formar individuos para obedecer a un sistema de dominación e interiorizar sus valores; al

contrario, debe ser un territorio antiautoritario al mismo tiempo que un vehículo de asunción de capacidades y de concientización; la educación está obligada a ser superior a las condiciones de reproducción de la sociedad, precisamente porque debe ser creadora de nuevas fuerzas para avanzar más lejos en el proceso de liberación.

Sintetizo preguntas sobre cuestiones principales. ¿El desarrollo económico es un presupuesto del socialismo, o el socialismo es un presupuesto de lo que hasta ahora hemos llamado desarrollo económico? ¿Qué objetivos puede y debe tener realmente la “economía” de los regímenes de transición socialista? ¿Qué crítica socialista del desarrollo económico es necesaria en este siglo XXI? ¿Cómo puede una posición ambientalista socialista manejar con efectividad la conflictividad de las relaciones con los recursos y el medio natural? En otro campo de preguntas: ¿A través de la profundización de la democracia se marcha hacia el socialismo, o a través del crecimiento del socialismo se marcha hacia la profundización de la democracia? ¿Cómo pasar de la dictadura revolucionaria que abre caminos a la liberación humana, a formas cada vez más democráticas, que con sus nuevos contenidos y procedimientos aseguren la preservación, continuidad y

profundización de aquellos caminos y la evitación del retroceso hacia nuevos sistemas de dominación? ¿Cómo evitar que el subdesarrollo, las relaciones mercantiles, el burocratismo, los enemigos externos, tejan la red en la cual el proceso sea atrapado y progresivamente desmontado? ¿Cómo lograr y asegurar que la transición socialista incluya sucesivas revoluciones en la revolución?

No quisiera terminar sin expresar mi posición, a la vez que reconocer la difícil situación en que se encuentran el ideal socialista y su concepto, en la coyuntura actual, aunque en la América Latina reciente ha ganado terreno y está participando en los nuevos procesos. A escala mundial, la palabra socialismo se utiliza poco, incluso en medios sociales avanzados; algunos prefieren aludir a su contenido sin mencionarla expresamente, sobre todo cuando quieren ser persuasivos. Una pregunta pertinente es: ¿Qué tiene que ver hoy el socialismo con nosotros? Opino que la única alternativa práctica al capitalismo realmente existente es el socialismo, y no la desaparición o el “mejoramiento” de lo que llaman globalización, que suele ser una vaga referencia al grado en que el capitalismo transnacional y parasitario ejerce su dominación en el mundo contemporáneo. Tampoco considero una alternativa suficiente

el fin del neoliberalismo, palabra que hoy sirve para describir determinadas políticas económicas y la principal forma ideológica que adopta el gran capitalismo. Esos conceptos no son inocentes, el lenguaje nunca lo es. Cuando se acepta que “la globalización es inevitable” se está ayudando a escamotear la conciencia de las formas actuales de la explotación y la dominación imperialista, es decir, el punto a que ha llegado en su larga historia de mundializaciones, en una gama de modalidades que va del pillaje abierto a los dominios sutiles. A la vez, se le da categoría de fenómeno natural a una despiadada forma histórica de aplastar a las mayorías, como si se tratara del clima.

En su guerra cultural mundial, el capitalismo intenta imponerle a todos –incluidos sus críticos– un lenguaje que condena a los pensamientos posibles a permanecer bajo su dominación. El rechazo al neoliberalismo expresa un avance muy importante de la conciencia social, y puede ser una instancia unificadora para acciones sociales y políticas. Pero el capitalismo es mucho más abarcador que el neoliberalismo. Incluye todas las ventajas ‘no liberales’ que obtiene de su sistema de explotación y opresión económica, sus poderes sobre el Estado, la política, la escuela, la información y la formación de opinión pública y una parte de los gustos,

del neocolonialismo, de sus instrumentos internacionales, su legalidad y sus supuestas luchas contra el terrorismo, el narcotráfico y la corrupción. Es por su propia naturaleza que este sistema resulta funesto para la mayoría de la población del planeta y para el planeta mismo, y no por sus supuestas aberraciones, una malformación que puede ser extirpada o un error que pueda enmendarse.

El capitalismo ha llegado a un momento de su desarrollo en que desenvuelve todas sus capacidades con un alcance mundial, pero su esencia sigue siendo la obtención de su ganancia y el afán de lucro, la dominación, explotación, opresión, marginalización o exclusión de la mayoría de las personas, la conversión de todo en mercancía, la depredación del medio, la guerra y todas las formas de violencia que le sirven para su sistema económico y para imponerse, o para dividir y contraponer a los dominados entre sí. Lo más grave es el carácter parasitario de su tipo de expansión, centralización y dominación económica actual, y el dominio de Estados Unidos sobre el sistema. Ellos están cerrando las oportunidades a la competencia y la iniciativa que eran inherentes al capitalismo, y a su capacidad de emplear a las personas; están vaciando de contenido su democracia y liquidando su propio

neocolonialismo. Le cierran las oportunidades de satisfacer sus necesidades básicas a más de la cuarta parte de la población mundial, y a la mayoría de los países el ejercicio de su soberanía plena, de vida económica y social propia y de proyectos nacionales.

Es cierto que en la fase final del siglo XX se reunieron numerosas derrotas de causas populares, el fracaso de una gran parte de los intentos de desarrollo y el fin de la bipolaridad. El capitalismo pareció más poderoso e intangible que nunca, pero en realidad porta grandes debilidades y está acumulando elementos en su contra. El mayor potencial adverso a su dominación es la enorme cultura acumulada de experiencias de contiendas sociales y políticas –y de avances obtenidos por la Humanidad–, cultura de resistencias y rebeldías que fomenta identidades, ideas y conciencia, y deja planteadas inconformidades y exigencias formidables y urgentes. Todo eso favorece la opción de sentir, necesitar, pensar y luchar por avances y creaciones nuevas.

Los principales enemigos internos de las experiencias fallidas de transición socialista han sido la incapacidad de ir formando campos culturales propios, diferentes, opuestos y superiores a la cultura del capitalismo –y no solamente opuestos–, y la recaída progresiva de esas

experiencias en modos capitalistas de reproducción de la vida social y la dominación. Mientras, el sistema desplegó su paradoja: lograr un colosal y muy cautivador dominio cultural, y al mismo tiempo ser cada vez más centralizado y más excluyente, producir monstruosidades y monstruos, ahogar sus propios ideales en un mar de sangre y lodo, y perder su capacidad de promesa, que fue tan atractiva. Por eso trata hoy de consumir el escamoteo de todo ideal y toda trascendencia, y reducir los tiempos al presente, sin pasado ni futuro, para impedirnos recuperar la memoria y formular los nuevos proyectos, esas dos armas tan poderosas.

Solo podrá salvar a la humanidad la eliminación de ese poder, un trabajo creador, abarcador y muy prolongado contra la pervivencia de su naturaleza, y una política sistemática y eficaz de recuperación del medio en que vivimos. La única propuesta capaz de impulsar tareas tan ineludibles y prodigiosas es el socialismo.

Pero esta afirmación del socialismo es una postulación que debe enfrentarse a un fuerte grupo de preguntas y desafíos. El socialismo, ¿es una opción realizable, es viable? ¿Puede vivir y persistir en ciertos países o regiones, sin controlar los centros económicos del mundo? ¿Es un régimen político y de propiedad, y una forma de distribución de riquezas, o está

obligado a desarrollar una nueva cultura, diferente, opuesta y más humana que la cultura del capitalismo? Por su historia, ¿no está incluido también el socialismo en el fracaso de las ideas y las prácticas “modernas” que se propusieron perfeccionar a las sociedades y las personas? No hay que olvidar ni disimular ninguno de esos desafíos, precisamente para darle un suelo firme a la idea socialista, sacarle provecho a sus experiencias y tener más posibilidades de realizarla.

BIBLIOGRAFÍA

- Castro Ruz, F. 1970 [1969] “Palabras a los 244 graduados del Instituto de Economía de la Universidad de La Habana, 20 de diciembre” en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 36: 133-184, enero.
- Guevara, E. Ch. 1970a [1965] “El socialismo y el hombre en Cuba” en *Ernesto Che Guevara. Obras 1957-1967* (La Habana: Casa de las Américas) T. II.
- Guevara, E. Ch. 1970b [1965] “Discurso en el Seminario Económico de Solidaridad Afroasiática, Argel, 24 de febrero” en *Ernesto Che Guevara. Obras 1957-1967* (La Habana: Casa de las Américas) T. II.

- Guevara, E. Ch. 2006 *Apuntes críticos a la economía política* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales / Ocean Press).
- Löwy, M. 1999 *O marxismo na América Latina. Uma antologia de 1909 aos dias atuais* (San Pablo: Ed. F. Perseu Abramo).
- Mariátegui, J. C. 1982 (1928) “Aniversario y Balance” en *José Carlos Mariátegui. Obras* (La Habana: Casa de las Américas) [Reproducido de *Amauta* (Lima) Año III, N° 17, septiembre de 1928].
- Martínez Heredia, F. 1990 “Transición socialista y cultura: problemas actuales” en *Casa de las Américas* (La Habana) N° 178, enero-febrero.
- Martínez Heredia, F. 1999 [1990] “Transición socialista y cultura: problemas actuales” en Martínez Heredia, F. *En el horno de los noventa* (Buenos Aires: Ediciones Barbarroja).
- Martínez Heredia, F. 2005 [1990] “Transición socialista y cultura: problemas actuales” en Martínez Heredia, F. *En el horno de los noventa* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Martínez Heredia, F. 2006 [1990] “Transición socialista y cultura: problemas actuales” en *Socialismo, liberación y democracia. En el horno de los noventa* (Melbourne / Nueva York: Ocean Sur).
- Martínez Heredia, F. 2012 “Estudio introductorio” en Guevara, E. Ch. *Apuntes filosóficos* (La Habana: Ocean Sur / Centro de Estudios Che Guevara).
- Marx, C. 1975 *El Capital* (México: Siglo XXI) T. I, Vol. 3. Trad. P. Scaron.
- Marx, C. y Engels, F. 1959 [1848] “Manifiesto comunista” en Marx, C. y Engels, F. *Obras escogidas* (Moscú: Editorial en Lenguas Extranjeras) T. I.
- Marx, C. y Engels, F. 1966 *La ideología alemana* (La Habana: Edición Revolucionaria).

RECTIFICACIÓN Y PROFUNDIZACIÓN DEL SOCIALISMO EN CUBA*

*“[...] sin las masas el socialismo pierde la batalla: se burocratiza, tiene que usar métodos capitalistas, tiene que retroceder en la ideología. Así que no puede haber sociedad más democrática que la socialista sencillamente porque sin las masas el socialismo no puede triunfar”
(Fidel Castro Ruz, 3 de septiembre de 1970).*

El socialismo cubano está viviendo una etapa de renovación y profundización de su régimen y su proyecto, en un proceso que solemos llamar de rectificación de errores y

tendencias negativas. Cuba no es ajena a la revisión crítica de instituciones y de valores que se vive hoy en el socialismo mundial, ni su economía puede mantenerse al margen de los perjudiciales efectos de la acción del capitalismo internacional. Pero sería profundamente erróneo explicar la rectificación cubana como consecuencia de la crisis económica del llamado Tercer Mundo, o de la revisión crítica socialista.

Casi medio siglo después del inicio de la Segunda Guerra Mundial parece que se está

* Escrito en La Habana, entre abril y noviembre de 1988. Publicado en: Martínez Heredia, F. 1988 *Desafíos del socialismo cubano* (La Habana: Centro de Estudios sobre América) pp. 9-56.

[N. de la Ed.] Con una trayectoria intelectual ya consolidada, este libro fue el primero que publicó el autor. La obra se inscribe en el proceso de Rectificación de Errores y Tendencias Negativas que lanzó Fidel Castro en 1986, para defender y profundizar el socialismo cubano en un entorno mundial adverso. El autor asume la lucha desde este material y desde su

siguiente publicación sobre el pensamiento de Ernesto Che Guevara. En una nota introductoria *Al lector* expone: “El pensamiento social cubano tiene que estar a la altura de los esfuerzos que hace el país por salir adelante y asegurar su rumbo y su futuro. El proceso de rectificación de errores y tendencias negativas, la profundización de la transición socialista, son asuntos necesarios para la investigación y la reflexión. Tengo la esperanza de que este modesto trabajo, y la crítica que pueda recibir, contribuyan en algo a ese ejercicio indispensable”.

llegando a prevenir que se desencadene una tercera. Un complejo de factores lo está permitiendo, entre los que se destacan el poderío militar que tiene la URSS y la base socialista de su política de paz, el cambio registrado en la naturaleza de los armamentos y la extrema polarización de las fuerzas que serían decisivas en esa guerra. Sin embargo, una guerra terrible se desarrolla permanentemente en el Tercer Mundo, y la están perdiendo los pueblos.

El Banco Mundial estima que la depresión económica del Tercer Mundo en esta década ha sido más severa que la famosa crisis de los años treinta. La pobreza absoluta se ha incrementado hasta alcanzar a cerca de mil millones de personas; otros cientos de millones, calculan, han visto caer fuertemente sus niveles de vida. El 70% de la población mundial, que ya sintetizaba su lugar de desvalimiento, miseria, hambre, debilidad y deformaciones estructurales y ausencia de perspectivas de desarrollo en el apelativo común de sus países (los “subdesarrollados”), está ahora peor que hace diez años. Han pasado las décadas en que se hablaba de desarrollo; hoy se asume con naturalidad que los países subdesarrollados deben conformarse con encontrar “estrategias” que les permitan al menos sobrevivir.

La economía del Tercer Mundo está en crisis profunda porque el capitalismo desarrollado se ha racionalizado y ha aumentado sus capacidades financieras y tecnológicas. En un mismo proceso, sus relaciones con los países subdesarrollados se hacen más orgánicas a su funcionamiento capitalista y se hacen más parasitarias, expoliadoras y dominadoras. La gigantesca deuda externa es la expresión más visible, pero muy parcial, de este sistema de relaciones de explotación y dominación imperialista. No debe extrañar entonces que las jornadas de protesta y rebeldía sean la realidad o la necesidad para la vida de muchos cientos de millones de personas, ni que continúen produciéndose revoluciones de liberación. “Concebir el desarrollo sin la paz y el desarme es imposible, pensar en la paz sin desarrollo carecería de realismo” (Castro Ruz, 1987a).¹

Por otra parte, el mundo del socialismo se agita, debate y ensaya transformaciones, tanto en sus instituciones como en las concepciones que lo han caracterizado. La perestroika soviética es

1 Fidel recordaba allí, en Moscú, que la “humanidad ha vivido y vive todavía bajo el terror de la autodestrucción y la ignominia de una miseria que mata cada año tantos niños del Tercer Mundo como cien bombas nucleares”.

el principal de esos movimientos, por la audacia y alcance de sus propósitos y por el peso inmenso que tiene la URSS en el campo revolucionario y en los asuntos mundiales en general; sobre ella recae hoy la atención universal. En otros países socialistas se inician o continúan revisiones, debates y cambios también muy importantes, en los que las circunstancias, la historia y los condicionamientos de cada uno desempeñarán sin dudas papeles decisivos.

Cuba se emancipó hace treinta años de la explotación capitalista y la dominación extranjera, mediante la culminación victoriosa de su lucha revolucionaria de liberación. Salió adelante desde entonces profundizando su revolución, con una consecuencia aferrada a principios de hacer justicia social y desarrollar los vínculos de solidaridad, mediante la lucha abnegada del pueblo y la conducción política acertada; y enfrentada siempre, es la necesidad que le han impuesto, al imperialismo norteamericano. La ayuda internacionalista recibida y el desarrollo de la solidaridad internacional, a la que Cuba a su vez ha contribuido destacadamente, han sido y son factores sin los cuales no podría entenderse la Revolución cubana.

La transformación socialista de las sociedades contemporáneas no es algo dado de una vez, ni lo conseguido está asegurado para siempre,

ni corresponden necesariamente todas las realidades creadas con los pasos acertados para hacer realidad el proyecto. En Cuba, consecuentemente, está produciéndose un proceso de análisis, de rectificaciones y de cambios, que no puede estar ajeno a lo que sucede en el mundo; pero que parte de nuestros problemas y de las fuerzas fundamentales con que contamos para avanzar, y eso es esencial.

Ante esa necesidad, el trabajo que sigue ha preferido presentar y tratar de profundizar en alguna medida en la “rectificación” cubana, tocando solo en lo imprescindible lo internacional, recurso lícito solamente si no se olvida que la realidad no puede ser parcelada como el conocimiento.

I. LA TRANSICIÓN SOCIALISTA, Y SUS ENEMIGOS

Rectificación es la palabra clave del lenguaje político en Cuba en los tres últimos años. Si hacemos abstracción de los argumentos de los enemigos² y de la superficialidad resultante de

2 Abstracción difícil. Además de la suma inmensa de poder material y de dominación ideológica de antiguo establecida y una y otra vez renovada, nuestros

la falta de información, queda en pie la necesidad de partir de este proceso, su significado y sus proyecciones, a la hora de examinar la transición socialista en curso en Cuba durante tres décadas.

Lo que sugiere la expresión es que se trata de rehacer, retornar, desdecirse; y para personas y objetos sociales, de sustituir y reestructurar. Sería entonces la amarga cuestión de comprobar que se erró, con todo el peso que eso tiene en un régimen como el nuestro, y emprender un camino de subsanación de errores, esto es, de rectificación. Reducir a esto la comprensión sería, sin embargo, quedarse en la superficie del proceso

enemigos tienen a su favor la profunda radicalidad que diferencia la realidad y el proyecto cubanos ante el continente. El carácter monstruoso de la permanencia de una revolución anticapitalista y enfrentada a Estados Unidos incita al olvido o a la toma de distancia.

Una buena parte de nuestras exposiciones están, a su vez, viciadas por el *defensismo* resultante de la percepción del cerco de agresión y cuestionamiento, por las debilidades que ha acumulado nuestro pensamiento social y por la falta de vinculación suficiente con el medio latinoamericano. El resultado, en blanco o negro, prácticamente nos deja fuera de todo debate de alternativas, lo que no es poca ventaja para los adversarios de los cambios sociales.

y completamente fuera del conocimiento. Intentare entonces –en los límites de mis posibilidades y del espacio disponible– atender a las causas, lo esencial, los fines, las tendencias, las probabilidades de acierto y de éxito del proceso llamado de rectificación de errores y tendencias negativas, como parte de la necesaria conflictividad presente en la construcción socialista.

Como se sabe, el régimen revolucionario cubano constituido en 1959 encontró en el socialismo la vía eficaz para:

- Realizar y hacer permanente la liberación nacional de Cuba del dominio extranjero, garantizar la soberanía y la autodeterminación.
- Movilizar, educar y organizar las fuerzas populares en el curso de inmensas jornadas de transformación social anticapitalista que implicaron a la vez formidables y desgarradores cambios de los actores mismos.
- Rehacer a fondo el modo de producción y reproducción de la vida social y las ideas y creencias que sobre aquel se tenían.

El socialismo es, por tanto, el punto de partida. Pero aún a riesgo de hacer esbozos demasiado esquemáticos y selecciones demasiado

omisas, hay que precisar también al socialismo a que nos referimos cuando analizamos la Revolución cubana.³

La transición socialista es el ejercicio de comportamientos políticos de masas organizadas que toman el camino de la liberación total. La práctica revolucionaria de los individuos de las clases explotadas debe ser capaz de trastornar profundamente las funciones de la actividad humana y los resultados del proceso productivo. Esto sucede mediante un proceso, en el que distingo tres aspectos solo con el fin de que sea más clara su exposición: el apoderamiento y utilización de las fuerzas y relaciones de producción fundamentales, los actos conscientes de la vanguardia organizada como poder político y estatal, y el vuelco radical y continuado del conjunto de creencias e ideologías que rigen la reproducción espiritual del modo de dominación capitalista. Y que predomine la tendencia a que cada vez más personas conozcan y dirijan efectivamente los procesos sociales, y sea real y eficaz la participación política de la población.

³ La argumentación en el terreno conceptual acerca de la transición socialista en nuestras condiciones, se encuentra mucho más desarrollada en el segundo ensayo del libro: "Transición socialista y democracia: el caso cubano" (Martínez Heredia, 1988).

Condición sin la cual el proceso dejaría de ser revolucionario y sería imposible que culmine en socialista.

Son evidentes las dificultades extraordinarias de la transición socialista real de un país en medio de la existencia del sistema mundial capitalista. Ellas se multiplican cuando este es, como Cuba, un pequeño país sometido a lo largo de su historia al colonialismo y el neocolonialismo; añádate a nuestro caso la escasez relativa de recursos y estar situados al borde mismo de los Estados Unidos. En los países llamados subdesarrollados se ve mucho más claramente la doble insuficiencia a que se enfrentan los procesos de transición socialista: la persistencia de relaciones mercantiles a escala nacional y sobre todo internacional, y la simultánea insuficiencia procedente de la incapacidad de su capitalismo anterior para completar la subsunción del trabajo al capital, con el desarrollo contradictorio que ello implica.⁴

⁴ Ernesto Che Guevara tiene muy en cuenta esta doble insuficiencia: "La nueva sociedad en formación tiene que competir muy duramente con el pasado [...] también por el carácter mismo de este período de transición con persistencia de las relaciones mercantiles. [...] En estos países no se ha producido todavía una educación completa para el trabajo social [...]" (Guevara, 1970 [1965]: 371-372, T. II).

Las relaciones mercantiles persisten a escala nacional, tiñendo de diversa manera las relaciones sociales y las percepciones que de ellas se tienen, aunque estén subordinadas al poder revolucionario. A escala internacional se mantienen presentes y presionantes mediante la existencia y la fuerza del capitalismo mundial, y las relaciones que es necesario sostener con él. Por otra parte, existe un nivel insuficiente de desarrollo de las capacidades productivas y de las demás capacidades de los individuos, las empresas y demás organizaciones para las tareas que exige la transición socialista. Esas capacidades son hijas de las grandes revoluciones técnicas y de la división del trabajo social: en el capitalismo metropolitano han florecido sin dejar de estar al servicio o dominadas por la burguesía, pero en los países sometidos a la explotación y la dominación colonial y neocolonial ellas han sido negadas, excluidas, deformadas, limitadas o sometidas en su implantación parcial a razones de ser externas al interés del país.

En la realidad, la revolución constituye entonces una violentación –monstruosa, si se quiere– del conjunto de la vida social, producida a partir de la acción consciente organizada que se vuelve masiva. Para continuar siendo un proceso revolucionario de transición socialista

y orientado hacia el comunismo, tiene que avanzar una y otra vez, violentando una y otra vez las condiciones de reproducción de la economía, de la política y de la ideología, incluidas las creadas por ella misma, aunque ahora de maneras muy diferentes a las que utilizó para derribar al capitalismo y la dominación imperialista.

No es posible tratar aquí el complejo de conflictos que todo lo anterior presupone, que llena de dificultades y ausencias tanto a la historia práctica de las revoluciones y los regímenes socialistas, como a la de las concepciones, teorías y debates dentro del campo revolucionario. Llamo la atención sobre su extraordinaria importancia para nosotros, los latinoamericanos, que tenemos urgencia de entender la compleja realidad del mundo actual con nuestra propia cabeza. Solo aludiré al tema, sin embargo, en la medida en que sea imprescindible al asunto de este trabajo.

II. ¿QUÉ ES POSIBLE HACER EN EL SOCIALISMO?

El problema de los límites de la voluntad y la acción revolucionarias respecto a su “condicionamiento objetivo” reaparece una y otra vez

durante la transición socialista, por el carácter mismo de violentación reiterada de las condiciones de reproducción de la sociedad que tiene toda revolución verdadera. Los dilemas de la teoría (¿cómo debe ser la transición?, ¿cómo es posible la transición?) se llenaron a partir de 1917 de la complejidad práctica enfrentada en forma de opciones a tomar, con premura y en condiciones generalmente difíciles, por los países en que se ha comenzado la transición socialista.

El capitalismo funciona mediante “leyes ciegas”, esto es mecanismos sociales que articulan “el reino de la economía” con las demás esferas de la vida, y las motivaciones y acciones de los individuos con el funcionamiento del sistema de dominación, en una totalidad que reproduce permanentemente el modo de producción y de vivir capitalista. La voluntad y la acción organizada socialista en el poder tienen que abrirse paso mediante combinaciones de elementos del modo capitalista (y de ciertos mecanismos, aunque ya no con todas las características que tenían unos y otros en el capitalismo), y de elementos de un nuevo modo de predominio de la voluntad consciente y organizada sobre el “reino” mismo de la economía y también sobre las demás esferas de la vida. Y la tendencia tiene que ser a

que este nuevo modo, el socialista, domine la sociedad, desalojando y superando a los elementos y mecanismos del capitalismo, en un proceso visible y hasta previsible, al menos en los pasos más o menos cercanos y en la visión articulada a ellos del futuro.⁵

Las políticas posibles, y el grado en que ellas sean instrumentos gobernables de la acción consciente y comunista que orienta la transición socialista (y no meras políticas económicas de mecanismos que arrastren tras de sí a la política y a la ideología), son la base y el teatro de una conflictividad que llena toda la historia real y los proyectos de todas las sociedades socialistas.

Los debates, las dudas, la angustia, las decisiones, se refieren inevitablemente a la viabilidad de las políticas y su capacidad de garantizar la sobrevivencia, la reproducción y la profundización de la revolución socialista. Las

5 La Revolución soviética enfrentó por primera vez este problema; sus acciones y sus debates, y sobre todo los trabajos de los últimos años de Lenin, son un aporte valiosísimo al pensamiento y la experiencia mundiales. En nuestro país el tema ha sido desarrollado sobre todo en la obra, casi toda en discursos, de Fidel Castro. Los artículos, intervenciones y la actividad práctica de Ernesto Che Guevara forman un conjunto de valor excepcional para el estudio de este problema.

opciones traen siempre sus interrogantes: ¿Qué tipo de transición favorece? ¿Qué logramos y qué rasgos negativos para los pasos futuros tendrá? ¿Cuánta audacia, cuánto azar, cuánta excesiva prudencia, cuánto no previsible contiene? ¿Qué posponemos, cuánto nos costarán las posposiciones?

Entre otras consecuencias importantes de lo planteado arriba, está la inevitable discontinuidad del avance en el proceso de transición socialista. Desarrollos rápidos, vertiginosos incluso como en el caso de los primeros años de nuestro poder revolucionario, lentitud, estancamientos y también retrocesos, caracterizan a la transición; y esa discontinuidad se complejiza en la práctica también por estar referida a aspectos y no a toda la sociedad en cada caso y momento, y por las influencias que unos aspectos tienen sobre otros o los demás. Las vanguardias socialistas tienen grados de prefiguración de sus acciones y de los resultados perspectivas de ellas, muy superiores a los que pudieron tener los grupos de poder que las precedieron en la historia, y el concepto de conciencia expresa hoy el complejo de comprensiones y relaciones que puede irse desarrollando con el fin de dominar activamente los procesos sociales, desde la economía hasta las relaciones interpersonales y la conducta

individual.⁶ Hay que destacar, sin embargo, que el cuadro de un progreso gradual e ineluctable del socialismo, que admira muy complacido cómo coinciden en cada etapa la meta y el plan, es simplemente falso.

(La disminución de la inconsciencia ideológica, que caracteriza a los procesos socialistas, puede encontrarse también en el campo capitalista contemporáneo, en escala apreciable y con efectos muy perturbadores; pero ese sería otro problema).

Todavía es necesario –entre tantas cuestiones importantes que se dejan sin tratar– mencionar una dimensión imprescindible para entender los procesos revolucionarios contemporáneos, aún más los de países como Cuba: la dimensión internacional. Nuestro vecino inmediato, Estados Unidos, es nuestro enemigo mayor: de Cuba como nación independiente, a lo largo de la historia, y aún más hoy como país socialista latinoamericano. En términos mundiales, por otra parte, el capitalismo ha

6 “[...] la planificación centralizada es el modo de ser de la sociedad socialista, su categoría definitoria y el punto en que la conciencia del hombre alcanza, por fin, a sintetizar y dirigir la economía hacia su meta, la plena liberación del ser humano en el marco de la sociedad comunista” (Guevara, 1970: 273, T. II).

alcanzado su mayor desarrollo racionalizador y centralizador, un inmenso poderío financiero y tecnológico y una capacidad neocolonizadora desplegada, cuando ya la URSS es tan poderosa como para enfrentarlo con éxito en el terreno de la fuerza, y se desarrollan transformaciones socialistas en ella y en una buena parte del mundo. El nivel de conciencia antiimperialista y anticapitalista, y de enfrentamientos efectivos a escala mundial entre revolución y contrarrevolución, ha ido creciendo en las últimas décadas y configura una realidad fundamental en el mundo actual.

La existencia del campo revolucionario mundial franquea la posibilidad a las nuevas revoluciones de consolidar su victoria y evitar ser estranguladas brutalmente por el capitalismo mundial. Sin internacionalismo no es posible plantearse seriamente completar un proyecto verdadero de liberación nacional; si no se es internacionalista tampoco es posible considerarse parte del campo revolucionario. En el sistema de transición socialista el internacionalismo no es “algo más”, “un deber”, o parte de la actividad exterior del Estado: es condición sin la cual no se es socialista. El internacionalismo es la subversión mediante la práctica revolucionaria de las imposibilidades “materiales” que el desarrollo limitado de las

sociedades en revolución pone a sus proyectos socialistas, para defenderse y para desarrollarse frente al capitalismo mundial que es el enemigo común. Y el internacionalismo es a la vez la práctica revolucionaria que permite al país que lo brinda elevar su desarrollo socialista y humano a un grado y un ritmo muy superiores a lo que le permitiría una lucha estrictamente nacional contra los elementos de la manera de producir y de vivir burguesa que persisten o asedian a su régimen de transición socialista.

La necesidad de que se tengan en cuenta los problemas centrales en su planteo correcto y profundo, y salvemos así a los análisis de la experiencia cubana del confusionismo, la ignorancia y los torneos de anécdotas, es lo que me ha llevado a dedicar toda una primera parte de este trabajo a explicar cuestiones teóricas que resultan imprescindibles, después de vencer el temor al rechazo que muchos lectores hacen a los autores que se encomiendan al inicio a unos principios de los que supuestamente extraen en buena lógica deductiva lo que afirman a continuación y vuelven a ofrecer como conclusiones al final.

Aunque no es este artículo el lugar para discutirlo, no quiero callar en él la falta de un desarrollo mínimamente suficiente de la teoría social en cuanto a la transición socialista en

países subdesarrollados, grave limitación que padece, y no es la única, la universalización del marxismo. La consecuencia más grave de ello es que no forme parte de nuestra cultura un cuerpo conceptual que desde América Latina y el llamado Tercer Mundo sea eficaz para plantearse mejor los complejíssimos y particulares problemas que recorren el campo revolucionario en ese terreno. En muchas ocasiones la teoría resulta más bien el ropaje que indica la pertenencia al campo revolucionario o las buenas intenciones del que la cita, con lo que se pierde su incalculable riqueza potencial de usos prácticos.

III. ¿QUÉ QUEREMOS “RECTIFICAR”?

A fines de 1984 comenzó a ponerse en práctica un conjunto de medidas por parte de la dirección del Partido Comunista y del Estado cubano, que en los 16 meses siguientes implicaron correcciones en la dirección de la economía y cambios en diferentes sectores políticos y estatales; el III Congreso del PCC, iniciado en febrero de 1986 (y concluido en diciembre, algo inusual), favoreció a ese movimiento. Pero fue en ocasión del 25 aniversario de la victoria de Playa Girón (19 de abril de 1986) que Fidel

reclamó por primera vez la necesidad de que se iniciara todo un proceso de rectificación de los errores y tendencias negativas acumulados en Cuba en los años anteriores, tanto en la economía como en otros campos del trabajo y en las instituciones políticas e ideológicas. Desde entonces, Fidel ha estado profundizando en las raíces de esa situación, mediante docenas de discursos e intervenciones en las más diversas reuniones y asambleas, ha hecho divulgación que facilite comprenderla y superarla, y sobre todo ha venido requiriendo a instituciones, organizaciones e individuos que hagan suya esta batalla y participen en ella, apelando a la vergüenza revolucionaria y a los valores socialistas y comunistas, instigando a todos a actuar en defensa del desarrollo socialista y del proyecto comunista de la revolución.

Un listado incompleto de los errores y tendencias a combatir sería: la apelación desmedida al interés material individual, la multiplicación de la burocracia (aumentó 2,5 veces entre 1973 y 1984) y sobre todo del burocratismo como sistema y del espíritu burocrático, el predominio de puntos de vista tecnocráticos en la dirección de la economía, y a la vez la dilapidación de recursos, las ficciones y alteraciones en la información, los pagos indebidos por concepto de trabajo, las plantillas excesivas, la

corrupción en diversas formas, la mercantilización privada de numerosos productos y servicios, la utilización de cargos y funciones para obtener privilegios y ventajas materiales, la burla del ordenamiento legal y económico por parte de empresas y organismos, el descontrol.

Ha sido muy perjudicial el gran prestigio atribuido en el terreno ideológico y organizativo al poder de los mecanismos monetarios y mercantiles, que supuestamente iban a traer al país la prosperidad económica y a regular armónicamente todas las relaciones. De manera aparentemente extraña, junto a esos mecanismos se mantuvieron o florecieron la ineficiencia, la falta de inventiva y el seguidismo acrítico de experiencias ajenas, el silenciamiento de los problemas y de las críticas de los revolucionarios, la autosuficiencia y el encumbramiento.

El mercantilismo subdesarrollado resultante produjo hijos híbridos que consolidaron o profundizaron los males de ambos padres, como los relacionados arriba, y reforzaron o auspiciaron tendencias que la revolución ha luchado siempre por erradicar: el parasitismo, el chanchullo, el vivir de hacer transacciones a costa de la sociedad, el ausentismo y la desatención al trabajo. Fueron alentadas las dos formas fundamentales de inacción burocrática (ante lo que no está normado expresamente

que uno debe hacer y ante todo problema que no se haya ordenado previamente que uno debe resolver), la falta o la no expresión de criterios, la cobardía política, el acomodamiento, el amiguismo, entre otros. Se corría el riesgo de que se extendiera el conformismo, el confucionismo o la desilusión entre sectores amplios de la población

El país que relaciona abiertamente ese listado de deficiencias ya no se parece en nada, sin embargo, al país capitalista neocolonizado de hace treinta años, barrido por la revolución. Sus extraordinarios logros, y las luchas tremendas a través de las cuales se obtuvieron y defendieron, cambiaron para siempre a Cuba; no es en este trabajo que deben detallarse aquellos éxitos, que ya son reconocidos al menos en parte de sus aspectos por numerosas fuentes internacionales, que incluyen organismos y personas lejanas a nuestra ideología. Señalemos solamente que el punto de partida de la rectificación está en esas nuevas condiciones, caracterizadas por notables avances en la producción, la creación y desarrollo de infraestructuras, cierta introducción de tecnologías y técnicas, aumentos de la productividad, prácticamente pleno empleo durante décadas, ingresos familiares crecientes y enorme seguridad social, un desarrollo extraordinario de

la educación política y la instrucción general y técnica a nivel masivo de la población, cobertura total de servicios de salud y desarrollo muy notable de las ciencias médicas, gratuidad total de educación y salud; grandes logros en la seguridad personal y de las familias, en reducción de los delitos con violencia y en pacificación de la existencia; experiencias prácticas masivas de internacionalismo y conversión de este en rasgo importantísimo de la educación y la ideología política.

Constituyen relevantes adelantos del régimen revolucionario las experiencias de aciertos y errores en la economía y en la actividad estatal de gestión económica y de administración general y a la vez en la creación y despliegue de poderes populares locales, durante casi treinta años. La fuerza del pueblo organizado se ha multiplicado mediante la constitución efectiva y el desarrollo de las organizaciones de masas, y a través de la conversión de la vanguardia política en un partido grande, muy organizado, experimentado y con una inmensa fuerza moral y prestigio.

A lo largo del proceso revolucionario se desataron y se organizaron sucesivamente fuerzas cada vez mayores a favor de los cambios liberadores y socialistas. Fueron ellas las que salvaron a la revolución frente a sus enemigos,

y las que permitieron realizar las tareas increíbles, imposibles para el sentido común, que pusieron a los individuos, al pueblo y al país en un nuevo medio social radicalmente diferente al del capitalismo neocolonial. “Crear riquezas con la conciencia, no conciencia con la riqueza”, “convertir a la sociedad en una gigantesca escuela”, “a comer parejo”, “democracia es esta”, “pensar con cabeza propia”, “el deber del revolucionario es hacer la revolución”, “el poder del pueblo, ese sí es poder”, “ser como el Che”, “no queremos construir el paraíso en las faldas de un volcán”, son expresiones que retratan a una etapa que va del triunfo de la revolución a inicios de la década del setenta.

Los errores de extremismo, o de idealismo –como les ha llamado Fidel– cometidos en esa etapa fueron muy criticados en los años setenta, y se fue extendiendo la errónea idea de que ellos impidieron el desarrollo acelerado del país. Tendencia introducida paulatinamente, pero al cabo, firmemente enraizada y con motivaciones complejas, que ha llevado a la subvaloración de esa primera etapa. Hoy resulta sumamente difícil aceptar que debemos recuperar y valorar con justicia aquella parte de la memoria histórica de nuestra revolución.

La política económica implantada en los setenta, el Sistema de Dirección y Planificación

de la Economía, se basó en el cálculo económico y dio gran peso a las relaciones monetario-mercantiles, aunque se mantuvo la dirección fuertemente centralizada de la economía. La institucionalización estatal establecida coetáneamente reforzó la ilusión de que los mecanismos implantados formarían un entramado casi perfecto, cuyo funcionamiento produciría espontáneamente el socialismo.

El socialismo y el comunismo no surgen espontáneamente. Por el contrario, solo serán el fruto de la tenacidad, la abnegación, la ampliación y la profundización continuada de la acción consciente y organizada de la vanguardia y de las masas. En la realidad cubana coexistieron de manera contradictoria numerosos avances materiales reales, una política internacionalista muy consecuente, saltos impresionantes de la salud y de la educación de las jóvenes generaciones, entre otros logros, con todo el cuadro de características negativas que hemos relacionado arriba.

IV. ¿UNA REVOLUCIÓN “DESDE ARRIBA”?

¿El proceso llamado de rectificación es una revolución “desde arriba”? Esta pregunta, muy sugerida por las creencias que muchos tienen

acerca de los regímenes socialistas y sobre todo por el peso inmenso de la excepcional personalidad de Fidel Castro, ciertamente no ayudaría mucho.

La “rectificación” iniciada en 1986 es precisamente una apelación a las fuerzas fundamentales con que cuenta el socialismo cubano, que son las del pueblo organizado y los valores que le corresponden, fuerzas creadas por la revolución. La “rectificación” pretende en realidad profundizar y no dejar detenerse y retroceder al proceso de transición socialista en un pequeño país del llamado Tercer Mundo que combate abiertamente junto a los progresistas y revolucionarios de esas regiones y contra el imperialismo que insiste por su parte en hostigarlo. Un país cuyo sistema económico no brinda suficientes fuerzas de acumulación para un desarrollo acelerado, y en el que persisten varias de las características del subdesarrollo.

Llamamos rectificación a un proceso que nace de la denuncia clara de males internos ciertos, y de percepciones todavía parciales, e incluso confusas, sobre las políticas a implementar. Lo que puede resultar decisivo para su éxito es que se pretende resolver con métodos revolucionarios, esto es, socialistas y en parte comunistas, las tensiones múltiples emergentes de las relaciones que se establecen entre

economía y política, economía y educación, entre la necesidad de un régimen centralizado y la de la participación popular efectiva en la gestión y las decisiones; entre la unidad ideológica y la libertad de criterios, entre las relaciones mercantiles y los comportamientos socialistas (y comunistas), la administración en condiciones de subdesarrollo y la evitación del burocratismo y el clientelismo, entre el insuficiente dominio de las condiciones del modo de producir y la necesidad de tener eficiencia económica, etc. Problema que se hace aún más complejo por las interrelaciones que esas mismas tensiones sostienen entre ellas.

Para lograr plantear y resolver tales propósitos no existen otras fuerzas capaces que las humanas organizadas, conscientes, motivadas por valores que les permitan violentar lo que las condiciones, factores y “leyes objetivas” parecen sujetar férreamente.⁷ La apelación se

ve entonces en su significado profundo, sin un adarme de figura de retórica o demagogia política: en las condiciones nuestras y en el mundo en que vivimos no podemos “optar por la conciencia” caprichosamente o como una de las elecciones posibles, sino reconocer a esa opción como la única realista, la que enlaza utopía, teoría, estrategia y táctica, relaciona a la planificación y el entusiasmo, a las motivaciones y las retribuciones, al todo y las fases, a las insuficiencias con los proyectos, a las concepciones y las prácticas.

Si comprendemos en qué consiste realmente el capitalismo, su especificidad, su fuerza y su capacidad de permanencia y de recuperación; si comprendemos que la transición socialista y el proyecto comunista implican cambios tan formidables que son incluso difíciles de pensar por las gentes y las sociedades, queda claro

7 Fidel expone esta cuestión central una y otra vez, sin descanso: “En el capitalismo funcionan las leyes ciegas, la ley del hambre, la ley de la supervivencia que obliga al hombre a hacer esfuerzos en cualquier sentido. En el socialismo el factor fundamental es la conciencia de los hombres y mujeres del pueblo” (Castro Ruz, 1986b). “¡Es la Revolución la que vino a crear aquí una escala de valores grandes, de todo tipo! Y el único cemento que nosotros tenemos son esos valores, lo úni-

co que nos da unidad, nos da disciplina, nos da motivaciones, aquí, al lado de Estados Unidos” (Castro Ruz, 86a). “Si perdemos esa conciencia, si perdemos ese espíritu, ¿qué nos queda? ¿Qué le queda a un pequeño país frente al imperio? ¿Qué le queda a un pequeño país que trata de construir el socialismo a partir del subdesarrollo y la pobreza, de la ignorancia y la incultura? ¿Qué le quedaba? ¿Cómo se defendía? ¿Cómo se desarrollaba? Es que no se trata simplemente de ideas, si no de cosas muy concretas” (Castro Ruz, 1987c).

entonces que solo tiene posibilidad práctica de éxito la acción consciente más decidida, enérgica y organizada, que afecte a todos los niveles y esferas de la vida social continuamente, que haga prevalecer la tendencia socialista en su obligada relación contradictoria con el mercantilismo, el egoísmo y el subdesarrollo. Tendencia que encuentre fuerza y cohesión en valores nuevos que sean vivibles a escala masiva e inspiradores de los sacrificios necesarios. Solo una acción con esas características será capaz de propiciar la victoria.

Las medidas a tomar “desde arriba” son por tanto profundamente limitadas en su eficacia, si somos consecuentes con lo que se acaba de plantear, aun cuando ellas y la factibilidad de su ejecución provengan de la capacidad que tiene una dirección muy fuerte, y que goza de amplísimo consenso, de dictar decretos correctivos de errores y situaciones negativas y distribuidores de castigos y premios. Ante todo, no puede haber soluciones rápidas y espectaculares, providenciales y brillantes, porque ellas solo serían engañosas y efímeras. En las semanas siguientes al 19 de abril, Fidel previno contra la precipitación, el extremismo, la demagogia, el desorden y la eventualidad de caos y de oportunismo que esas falsas soluciones podrían traer al proceso de rectificación, y así lo ha reiterado hasta hoy.

La rectificación será entonces, forzosamente, un proceso prolongado, que durará años, y buscará sus modos de actuar, al menos en una primera etapa, en los cauces existentes. “Tal vez estemos simplemente comenzando”, ha dicho Fidel el 26 de Julio (Castro Ruz, 1988). La larga duración tiene dos implicaciones visibles: una es la aceptación de que la rectificación enfrenta un conjunto de problemas que han alcanzado un relativo enraizamiento; la otra, a mi juicio mucho más importante, es la comprensión de que solo utilizando los instrumentos fundamentales del poder popular socialista, esto es, la acción masiva consciente y organizada, podrán vencerse de manera eficaz y con tendencia a la permanencia las lógicas resistencias ofrecidas por las deformaciones ideológicas y los intereses creados.

Lo anterior significa proceder sin apelar a violencias, métodos burocráticos, apresuramientos o extremismos que comprometen el éxito, la fuerza moral y la permanencia de las rectificaciones en una sociedad revolucionaria.⁸ Y a la vez convertir el proceso en algo muy

8 “Y trabajamos con métodos persuasivos y no mediante ucases. Es fácil dictar ucases, lo difícil es hacer las cosas por medios políticos, por medios inteligentes. Muchas veces ello obliga a andar despacio [...]” (Castro Ruz, 1988).

superior a una rectificación: en una multiplicación de la eficiencia de los órganos económicos, políticos e ideológicos de la sociedad, un salto cualitativo en la actuación y en la educación política y social de los individuos y de la población, en la afirmación y crecimiento de sus convicciones y su confianza en el socialismo y el comunismo.

Se han tomado medidas, ciertamente, que tienden a reordenar la dirección estatal de la economía. La instancia de decisión que antes descansaba en la Junta Central de Planificación fue modificada desde fines de 1984, y se constituyó un colectivo de dirigentes que reestructuró los planes de la economía y que desde entonces ha ido tomando medidas concretas de control y a favor de las transformaciones imprescindibles. La existencia de una conducción económica integrada, que permite agilidad, eliminación de mediaciones e instancias innecesarias o perjudiciales, intercambio de criterios entre los responsables mismos de la vida económica, política y social, es un primer gran paso de avance. Esa conducción no busca solamente la racionalidad organizativa y administrativa de la economía – que ya es en sí una meta muy ambiciosa– sino la integración de ella con la dirección política que debe orientarla, algo esencial a la actividad económica en el socialismo.

Está en curso la implementación de un sistema de planificación, posible por lo que se ha avanzado hasta ahora, en que a partir de las directivas aprobadas por el colectivo de dirección superior del Partido y el Estado, el plan se elaborará como un proceso continuo e ininterrumpido en todos los niveles organizativos: global (para la economía en su conjunto), territorial (provincias y municipios) e institucional (organismos, uniones, empresas y unidades presupuestadas). Ningún eslabón debe esperar por otro en las tareas de planificación; cada nivel resolverá todo lo que pueda con sus recursos y solo trasladará los problemas que realmente lo rebasen. El control de la actividad económica será mediante un sistema único que comprenda el plan de la economía, el presupuesto estatal y la actividad financiero-crediticia, y que elimine la petición de informaciones innecesarias. En busca del objetivo fundamental de la eficiencia se fortalece el papel y las funciones de las empresas y uniones, y las estructuras más básicas de dirección. El plan de producción debe expresar la producción física, el surtido que tendrá referido a las necesidades, la calidad esperada. Los órganos del Poder Popular deberán participar más efectivamente, ayudando además a relacionar los aspectos territoriales y ramales del plan. Debe

garantizarse la participación activa de los colectivos laborales en la discusión de las cifras directivas del plan.

Para el proceso de rectificación es fundamental la crítica a fondo que ha recibido la política económica basada en el predominio de una mezcla de concepciones mercantilistas, tecnocráticas y burocráticas, ejercida durante años en nuestro país en nombre del cálculo económico, y a cuyas negativas consecuencias nos hemos referido arriba. Fidel ha cumplido sistemáticamente una labor de desmistificación respecto a ella que resulta indispensable –por lo “natural” que esa política parece ser, y por el vigor y la multiplicidad de medios con que se aplicó en nuestro país– y también ha mostrado muy reiteradamente los graves peligros que hubiera acarreado su continuación y los numerosos perjuicios que nos ocasionaron esas concepciones y las prácticas económicas que propició. También insiste en la necesidad y las ventajas de ir venciendo y sustituyendo a aquella política, pero mediante un proceso paulatino en el que todavía se acepta su vigencia parcial, como un mal necesario.

Lo cierto es que no ha habido aún definiciones conceptuales acerca de la política económica que regirá y sus fundamentos. Este es uno de los problemas más complejos que enfrenta

la rectificación, y en él se puede advertir, de un modo u otro, la incidencia de todas las condicionantes internas y externas del proceso revolucionario cubano actual. La apelación al estudio y el conocimiento del pensamiento de Ernesto Che Guevara sobre la transición socialista como una fuente teórica fundamental para la rectificación indica sin embargo, en mi opinión, que es factible recuperar y utilizar esa guía, inapreciable para avanzar realmente por la vía socialista.

La rectificación tiene tareas muy difíciles que realizar en el campo económico. Quiero afirmar que sin ella, sin embargo, esas tareas terminarían por ser prácticamente insolubles. La economía cubana tiene logros productivos y aseguramientos de su reproducción, una base de relaciones sociales justas y dirigidas al beneficio de la mayoría y unas posibilidades reales de planear sus perspectivas, que constituyen sus características principales. Pero la situación económica actual añade un conjunto de factores negativos a la insuficiencia estructural mencionada antes. Cuatro años de sequía afectaron duramente la producción azucarera, a tal punto que se han tenido que adquirir un millón de toneladas anuales para cumplir los compromisos de venta a los países socialistas. Los precios de las principales exportaciones

cubanas en el mercado mundial se han mantenido bajas, y el aumento de los precios de las importaciones en divisas agravó la relación de intercambio. Las depreciaciones del dólar golpearon a la deuda externa cubana en monedas capitalistas que se apreciaron con aquellas depreciaciones; nuestra deuda pasó de 4.985 a 5.657 millones de dólares en 1986-1987. Los pagos continúan suspendidos pero también la entrega de dinero fresco por los acreedores.

En 1987 el valor de la producción mercantil fue 3,2% menor que el año anterior. Se consiguió disminuir en 20,7% las importaciones en divisas, brusca eliminación del déficit comercial que tuvo su contrapartida en la afectación de producciones nacionales que dependen de esas importaciones. La situación en materia de divisas es la más difícil del período revolucionario. Y a todo esto hay que agregar los efectos de tendencias negativas del período precedente, tales como la alta proporción de inversiones en proceso, la deficiente utilización de los fondos básicos, las retribuciones exageradas mediante normas irrealmente laxas, entre otras. El descuido, y hasta el abandono del trabajo político e ideológico dirigido a desatar las fuerzas del pueblo en la actividad económica, ha producido también consecuencias adversas.

El Informe Central al III Congreso del PCC de febrero de 1986 ya hizo pública una revisión autocrítica y detallada de las deficiencias y fallas de la economía cubana, rama por rama y actividad por actividad. Esta dura requisitoria de Fidel fue el prólogo de la rectificación. Después, en docenas de discursos e intervenciones de Fidel, en los informes de los dirigentes e instancias del Estado, el Poder Popular y las organizaciones e instituciones del país, en las asambleas, en las informaciones de los medios masivos, se ha ido mostrando y profundizando la realidad, oyendo a miles de personas sus críticas y apreciaciones de lo mal hecho, lo no hecho, lo mal organizado, etc. Es necesario que una conciencia “económica” se abra paso en el país mediante la rectificación, y su motor principal estará en las acciones mismas de los involucrados.

La fuerza productiva fundamental del país, los trabajadores, ha conseguido ya aumentos de la producción con iguales salarios y plantillas –en cierto número de casos con menos trabajadores– en áreas de diversas ramas económicas. En el sector de la construcción se ha producido una verdadera revolución: salir del estancamiento de numerosas obras en el país, cambiar la concepción basada en el presupuesto y la supuesta creación de valores por otra, basada en la recuperación de la producción física,

en plazos juiciosos de ejecución, y en el interés por los costos, la calidad, la eficiencia y la productividad. Con una idea diferente de lo que es posible hacer, se han creado contingentes de constructores con “trabajo comunista y retribución socialista”, que están resultando eficaces en la aplicación de la nueva concepción. Quizás la experiencia de estos contingentes pueda ser provechosa para otros colectivos laborales.

Se vuelven a formar colectivos organizados en “microbrigadas”, de trabajadores voluntarios que cobran su salario normal, pero trabajan todo el tiempo necesario en obras que satisfacen las necesidades sociales, incluida la vivienda. En un año lograron construir 54 círculos infantiles en La Habana (el plan 1986-1990 preveía construir un círculo por año, de 210 plazas, frente a 19.500 solicitudes) y están construyendo 50 más en 1988; en febrero ya pasaban de 30 mil los microbrigadistas. Hospitales, casas-consultorios de médicos de la comunidad (un sistema que se extiende en todo el país), la central electronuclear, una planta níquelífera, entre otros objetivos industriales, también están siendo impulsados. Y la realidad dura de la vivienda en la ciudad capital (50 mil personas en barrios insalubres; 70 mil viviendas apuntaladas) solo podía ser enfrentada con éxito mediante la movilización popular

revolucionaria que significa el movimiento microbrigadista, que se va extendiendo además por todo el país.

Es muy temprano aún para afirmar que se da un salto en la economía debido a la rectificación, y menos utilizando datos estadísticos. Hay además cierto número de variables de la economía cubana que quedan fuera de su alcance, sobre todo las afectaciones que nos produce el funcionamiento del sistema capitalista internacional y los modos como este distribuye los efectos de las crisis en los países subdesarrollados; no podemos describir esas variables negativas aquí, pero sería un grave error olvidarlas. Por otra parte, la fuerza económica del socialismo mundial es todavía insuficiente para que su ayuda pueda incrementar notablemente el ritmo de nuestro desarrollo. A pesar de las variables aludidas, y precisamente para enfrentar con éxito también esa realidad adversa, la rectificación favorece obviamente el esfuerzo económico nacional.

Su impacto en la racionalización de los recursos y esfuerzos es innegable; sus objetivos en cuanto a la actividad económica son realizables en las condiciones cubanas actuales. Un esfuerzo inversionista enorme y prolongado, un sistema educacional y de capacitación permanente y abarcador de la gran mayoría del pueblo, y más

de 25 años de prácticas y organizaciones de la economía nacional bajo el régimen revolucionario, forman un complejo de recursos, capacidades y experiencias solo parcialmente utilizado en medio de las insuficiencias y deficiencias descritas antes. Por tanto, es factible organizar el pleno uso y evitar el despilfarro, a la vez, pero a costa de hacerlo con métodos socialistas de movilización, organización y control, ya que en Cuba actual es imposible hacer la racionalización con métodos capitalistas, y los métodos de mercantilismo, tecnocracia y burocracia combinados, no han dado resultado.

El desinterés por los resultados reales de los procesos de producción y servicios, y por la actividad que cada uno realiza, caracteriza a situaciones en que la organización socialista es burocratizada: la estimulación material al trabajo resulta insuficiente siempre, por ser la oferta al consumo inferior a las expectativas, y el régimen burocrático no promueve sino que desmoviliza el entusiasmo y las motivaciones que llevan a la actividad humana al esfuerzo, al trabajo abnegado, la responsabilidad, la creatividad, la austeridad y la solidaridad. Esa situación puede ser más eficazmente combatida solo si hay una comprensión ideológica real de los fines socialistas de la economía y una movilización política realmente articulada a ella,

que se sinteticen en conductas y en valores. Solo las convicciones y creencias que genera una profunda revolución social son capaces de servir de base al intento de utilizar esas palancas político-ideológicas para el desarrollo económico: echar mano a esa fuerza, la que sí tenemos y es nuestra, es rectificación. La consigna de combinar la retribución socialista al trabajo con el espíritu de trabajo comunista hace ostensible entonces su lógica rigurosa en las condiciones cubanas.

El entusiasmo, el espíritu emprendedor y de entrega a una causa y un proyecto, mueven obstáculos que parecen inmovibles. Pero la transición socialista es un proceso dirigido a la participación de la masa de la población, no solo a las vanguardias que las interpretan y conducen. La redistribución continuada de la riqueza social es una de sus leyes de funcionamiento y de avance, porque aumenta el bienestar y el poder de la mayoría, estimula la incorporación más amplia y permite identificar mejor los intereses sociales. La rectificación contribuye a esa redistribución al cambiar el rumbo en defensa del nivel de vida alcanzado ya, de la política social de la Revolución y, sobre todo, de la propia economía nacional, que es la que genera las riquezas. El trabajo creador de viviendas, hospitales, medicina comunitaria,

círculos infantiles, centros deportivos, el gasto social necesario que asume el Estado, la atención a los seres humanos y la preocupación por la solución de sus problemas, son actividades inherentes al proceso actual.

La rectificación da pasos de justicia social. Junto a la eliminación de los cobros indebidos por trabajo no realizado o menor, y la racionalización de plantillas, se elevaron un 40% los salarios más bajos del sector agrícola (que tiene el 18,5% del empleo total), y en proporciones menores los de otros muchos miles de trabajadores de las escalas más bajas de salario. La seguridad social, que ya era amplísima y con real cobertura nacional, creció un 10% para 1988: en ese presupuesto el 49% de los gastos se destinan a educación, salud y seguridad social. Se mantienen las gratuidades existentes en servicios básicos, y los subsidios a la alimentación básica, y otros. Y el mismo movimiento microbrigadista tiene como objetivo central el mejoramiento de las condiciones sociales de vida y de los servicios a la población.

Los objetivos económicos actuales⁹ pueden ser entonces parte de una estrategia socialista

que se limita a lo posible en las condiciones económicas prevaletentes, y sin embargo busca crecer a pesar de las limitaciones y dificultades (se espera que la economía crezca en 1988 hasta los valores de 1986) y obtener notables avances en el desarrollo económico y social, mediante una conducción acertada y el fortalecimiento y la profundización del papel del movimiento de masas. Hacer madurar realmente un número de grandes y medianas inversiones, establecer muy selectivamente en qué crecer, producir un millón de toneladas más de azúcar en 1989, incrementar las exportaciones, disminuir las importaciones y ahorrar divisas, mantener niveles de consumo similares a los de 1987, ampliar la inversión en obras sociales, ahorrar energía y materiales al máximo y asegurar el uso de todos los medios materiales, crecer basados en la producción física en surtido, son directivas que pueden cumplirse mediante esfuerzos, entusiasmo, organización, y con el ingrediente imprescindible de una amplia participación.

Miles de asambleas de trabajadores han tratado los problemas desde la óptica de la rectificación en estos años, en todos los centros de trabajo del país. Delegados municipales y provinciales lo han hecho a su vez, y se han celebrado congresos nacionales de varias

9 Ver "Plan Único de desarrollo económico social y presupuesto del Estado para 1988" (Asamblea Nacional del Poder Popular, 1987: 4-5).

organizaciones revolucionarias y otros muchos eventos nacionales. Reuniones con los responsables de cada empresa (Partido, Juventud, Sindicato, Administración) a escala provincial se están celebrando anualmente, para analizar a fondo cómo marcha el proceso y los problemas principales.

Sin embargo, en Cuba todos convenimos en que no existe una participación suficiente de los trabajadores y la población revolucionaria en la dirección de los procesos económicos, ni es sistemática la ejecución de los mecanismos que existen para su participación, ni tienen información indispensable para comprender suficientemente los hechos y la estrategia económica. Naturalmente, estas ausencias son relativas; pero no hay que minimizarlas: se refieren nada menos que a la utilización plena y la multiplicación de las fuerzas fundamentales con que contamos, según lo expuesto hasta aquí, las fuerzas humanas que de manera consciente y organizada pueden hacer avanzar decisivamente nuestra economía socialista.

La cuestión central que queda planteada entonces al proceso de rectificación es la de la participación, que no se agota con la participación en el terreno económico sino que se extiende a los procesos políticos y de reproducción ideal del sistema y de los proyectos revolucionarios.

Ella forma parte de un problema central para toda transición socialista, el de los modos sucesivos y articuladas a través de los cuales se irá volviendo la población cada vez más capaz de dominar y dirigir los procesos sociales, e irán debilitándose y desapareciendo las formas de dominación de unos hombres por otros. O si se quiere, aunque la expresión puede ser insuficiente o confusa, el problema de la democracia en la transición socialista.

Es demasiado importante y complejo el problema para tratarlo de pasada aquí. Dedicaré el resto de este trabajo a referirme parcialmente a su situación actual en Cuba, a sus manifestaciones y a algunas de las reflexiones que ellas me sugieren.

V. PARTICIPACIÓN Y PROFUNDIZACIÓN DEL SOCIALISMO

La rectificación necesita de la más amplia y calificada participación popular en todas las instancias de la vida nacional, y ella no puede ser fruto de las exhortaciones solamente. Las formas más directas de relación de las masas con el poder caracterizaron el origen y el triunfo del régimen revolucionario cubano: lucha armada victoriosa, destrucción violenta del

orden que existía, armamento general del pueblo, expropiación forzada generalizada de los capitalistas y pérdida del respeto a la propiedad privada, sus representantes y sus símbolos, toma física de las empresas de producción y servicios, caída de la disciplina capitalista del trabajo, un grado de participación nunca antes visto ni soñado en las relaciones de producción y distribución, extrema democratización del consumo, participación política directa de masas y amplio apoyo a las decisiones fundamentales. Ellas han sido las bases de sus instituciones y de las representaciones que se tienen hasta hoy de la sociedad y de sus fines. Luchas de clases sucesivas ampliaron el número de los participantes, la profundidad de sus objetivos e ideales y su autoeducación revolucionaria.

Todo se consiguió en un proceso continuado: soberanía, liberación nacional, caída violenta del orden capitalista, justicia social, multiplicación de las capacidades creativas humanas que genera en sus actores la acción revolucionaria organizada, prácticas que los van volviendo cada vez más capaces de crear y de prefigurar una nueva sociedad. Esos comportamientos, esas representaciones y el consenso que formaron, son los creadores de la legitimidad del poder político ejercido en las personas de los dirigentes de la revolución.

La gran redistribución de la riqueza social que dio paso al cuadro de logros materiales y espirituales para la masa de la población que describimos antes, y que es renovada y se fija nuevas metas a lo largo del proceso hasta hoy, ha sido vivida como acción y como fruto de la acción total revolucionaria por la gran mayoría, no como donación. A la vez, y como casi todas las medidas, se ha formulado mediante el profuso ordenamiento legal a que estamos acostumbrados los cubanos. No es fácil siempre entender fuera de Cuba esa dialéctica de poder de sí mismos y poder de la Revolución que aquí está tan arraigada. La forma más habitual y eficaz de expresarla o representársela es referirla a Fidel Castro. Para la gran mayoría de la nación, él encarna el origen, la historia del proceso, la sociedad actual en que tr baja y vive, y sobre todo les fines y el proyecto de sociedad a que aspira.¹⁰

10 El liderazgo de Fidel Castro ha desempeñado papeles fundamentales en todo el proceso de la Revolución cubana. Además de otras funciones importantísimas en lo que toca al tema que abordamos, ese liderazgo actualmente: brinda confianza en una gran suma de principios revolucionarios que sirven de brújula, constituye un ejemplo palpable a seguir, expresa la cohesión y la unidad de todos los revolucionarios, proporciona una clarificación y concientización constante con rigor a

Ya hace 23 años –en “El socialismo y el hombre en Cuba”– Ernesto Che Guevara (1970 [1965]) exponía con gran riqueza las relaciones entre el pueblo y la vanguardia, entre las masas y Fidel y las tareas de la revolución. Ya advertía también que “falta una conexión más estructurada con las masas”, y que el carácter mismo de transición socialista del régimen exigiría una institucionalización “que permita la perfecta identificación entre el Gobierno y la comunidad en su conjunto” durante esa larga etapa, que funcione al servicio del avance hacia la más plena liberación. Más vale institucionalizar sin prisa, y evitando “que cualquier aspecto formal nos separe de las masas y del individuo”, indicaba el Che.

De entonces a hoy el problema de la reeducación y la educación revolucionaria, las redistribuciones sucesivas de poder sobre las condiciones de existencia, han sido la base del sistema que paulatinamente se ha ido creando. Hoy existen múltiples instituciones, organizaciones, instancias intermedias, canales y medios a través de los cuales producir la participación efectiva y la información e influencia en ambas vías

nivel pedagógico, denuncia las deficiencias de los hombres y del sistema una y otra vez, contraponiéndoles su inmensa autoridad moral.

a todos los niveles y en todos los campos de la vida cubana. Sin embargo, su utilización práctica es, se ha demostrado en los últimos años, completamente insuficiente para las necesidades y los propósitos del socialismo cubano.

Ha pasado una generación completa desde los años de la guerra y la victoria; el 55,5% de la población cubana es menor de 30 años.¹¹ Lo más notable en los jóvenes es su identificación masiva con los principios y el régimen revolucionario, la gran cultura política que expresan en sus actitudes prácticas y en sus opiniones acerca de cuestiones concretas. Por lo demás, se está produciendo un complejo proceso emergente del nivel cultural muchísimo más alto y el ritmo de crecimiento de este que portan los jóvenes, las capacidades y los valores que adquieren durante el largo y rico proceso de su niñez y adolescencia, las realidades de su acceso al mundo laboral y el carácter de las relaciones que en ese campo y en el de la socialización política establecen con los mayores y con los sistemas existentes a cargo del Estado y de las instituciones y organizaciones.

11 Para una población total estimada en 10.245.913 personas, al 31 de diciembre de 1986 (CEE, 1987: 60). Al 31 de diciembre de 1958 la población era, aproximadamente, de 6,8 millones.

Desde hace más de una década la escolarización de seis grados es prácticamente total, y la de nueve abarca a más del 80% de la población adolescente; la retención escolar, el contenido de las materias de ciencias básicas, el estado físico y el bienestar en el seno del hogar de los muchachos son también logros muy notables. En los años ochenta se han graduado en las universidades a un promedio de 22 mil anuales, y en las escuelas de técnicos medios y obreros calificados a 83.400 por año.¹² La escolarización es, sin embargo, solo parte de la educación nueva de estos jóvenes y niños, aunque parte importantísima; numerosas agencias sociales y sus propias vivencias completan una educación que en líneas generales es muy superior a lo que el medio económico cubano podría “producir”.

Tensiones inevitables proceden de ese desarrollo. Hay grandes diferencias culturales y de preparación técnica con la población menos joven;¹³ el empleo técnico y la utilización

de las capacidades no resultan suficientes en diversas ramas para el número y las expectativas de los más jóvenes. El empleo del tiempo libre presenta una riqueza potencial solo muy parcialmente realizada, y en esto la insatisfacción procede de fuentes realmente muy diversas. Por otra parte, la revolución educativa que produjo la Revolución cubana en su primera década fue seguida por otra en la segunda década en cuanto a escolarización, a la combinación del estudio y el trabajo en cientos de modernos planteles de enseñanza media en los campos, una experiencia original a escala mundial, y por la multiplicación cuantitativa de docentes, aulas, becas y recursos que aseguró la permanencia de la masividad y la cobertura nacional. Pero ha faltado una transformación cualitativa, más allá de la modernización, que vuelva a la escolarización más capaz de formar niños y adolescentes para la vida real de Cuba, de proporcionar instrumentos y hábitos de búsqueda, creatividad, habilidades y creencias y correspondan a las necesidades de un pequeño país subdesarrollado, occidental, revolucionario, combativo, que lucha por el desarrollo socialista y tiene un proyecto solidario y comunista.

El terreno mismo del trabajo y de la producción, ruego recordar lo planteado antes, exige

12 La información sobre escolarización está basada en los datos del *Anuario...* (CEE, 1987: 513-532, Cap. XIII Educación, n. 11).

13 El Censo de 1981 registraba 2.032.653 personas de 17 años en adelante sin instrucción primaria terminada, un 64% de ellos mayores de 45 años. (CEE, 1987: 532, Tabla XIII.23).

una participación consciente y creadora que enfrente con éxito sus carencias y las dificultades económicas actuales. En realidad, la extrema confianza en la autoridad de la revolución, tan valiosa para el proceso en su conjunto, no está complementada con sistemas de participación efectivos, por lo que la tendencia dominante es la de esperar orientaciones y soluciones. Y en la medida en que los factores políticos e ideológicos no logren regir la conducción y la realización misma de los hechos económicos no podrán eliminarse las actitudes y formas de vida y actividad que describimos en el acápite III y que la rectificación pretende erradicar. Y eso es así porque los individuos quedarían en gran medida a merced de los mecanismos burocráticos y mercantiles, y las conductas “normales” serían por tanto las que tiendan a adecuarse a esos mecanismos.

¿Cómo hacer efectiva y permanente la participación popular y obrera en la conducción de los procesos económicos? Sin duda este complejo problema será resuelto solo vinculándolo con el de la participación en todas las esferas de la vida, involucrando entonces a todo el sistema político y social nacional, y a las representaciones que se tienen de él y de su conservación, en una gigantesca operación revolucionaria.

Existe un conjunto de organizaciones que pueden ser decisivas, si logran servir eficazmente a

ese proceso. El Partido Comunista es la principal. La más poderosa organización del sistema político cubano, lo es ante todo por su enorme autoridad moral: la militancia en el PCC está basada en la ejemplaridad previamente reconocida a cada individuo por el medio que lo rodea, y en la selectividad; la organización ha construido su lugar en la sociedad, sus estructuras, sus métodos y sus fines, inmersa en el mismo largo, difícil y creador proceso de la revolución. El Partido ha ido creciendo lentamente hasta pasar hoy de medio millón de miembros, y sus organizaciones de base (más de 35 mil) existen en todas las colectividades del país, con estructuras y funciones muy definidas. Su influencia, su prestigio, las funciones efectivas que tienen sus niveles intermedios, obran además como factores de equilibrio de poderes ante el de las instituciones estatales. El Partido provee un balance político y es una instancia participativa para cientos de miles, aportando así una dimensión decisiva que se suma a los equilibrios legales y de controles que tiene el sistema.¹⁴

14 En el más alto nivel, Partido y Estado están reunidos en la autoridad de las mismas personas; el Buró Político es la autoridad máxima por delegación del Comité Central, que se reúne en Plenos periódicos para analizar las cuestiones más importantes. Desde 1975 hay

Un comentario acerca de la diversidad de sistemas de referencias con que es analizado el sistema cubano. Tenemos un partido único, lo que es considerado por estudiosos amigos como un gran riesgo o un defecto, frente al pluralismo político que sería la condición de existencia de una vida política real. Sin embargo, en las innumerables expresiones críticas y en los todavía pocos análisis que hacemos nosotros mismos sobre las deficiencias del sistema político cubano, nunca ha aparecido la preocupación por el partido único; es más, rechazamos la simple idea de que pueda haber dos o más. ¿Por qué no aceptar que puede pensarse una democracia socialista desde puntos de partida diferentes a la democracia capitalista, del mismo modo que existe y precisamente por existir en la realidad un régimen socialista, como es el caso cubano? Esto permitiría analizar sus deficiencias, sus etapas de transición y su proyecto, los propios; en vez de confundirlo con las contradicciones internas de otro tipo de sociedad.

A la vez que crecía en número y en organización, el PCC vio limitada su acción sobre la

sociedad durante la etapa anterior a la rectificación, sumiéndose en su vida interna. El PCC se incorporó al proceso de rectificación y lo hizo suyo, desde los diferentes ángulos de su organización y vigencia social, mediante discusiones en sus organizaciones de base, plenos de todas las instancias y medidas diversas, desde mayo de 1986; la fase final del III Congreso, en diciembre de ese año, ya mostraba cambios de concepciones y estilo en el Partido. Ese proceso continúa sin interrupción, caracterizado por influencias y acciones “de arriba-abajo y abajo-arriba”, promovidas por su misma dirección y por sentimientos, criterios y acciones de las bases, de vergüenza revolucionaria, iniciativas contra lo mal hecho y las tendencias perjudiciales al socialismo, revisión de la propia ejemplaridad y combatividad, participación creciente en la conducción de los esfuerzos y acciones laborales y populares encaminadas a solucionar los problemas concretos de nuestra sociedad. Si no se olvida la especificidad del régimen cubano de transición socialista, es posible entender que estos cambios, acciones y actitudes del PCC constituyen realmente un gran logro de aumento de la participación popular.¹⁵

Congresos del PCC cada cinco años. El Partido se rige por Estatutos y tiene otros reglamentos más detallados; el III Congreso aprobó un Programa nuevo, respecto a la Plataforma que tenía el PCC desde su I Congreso.

15 “[...] El Partido sabe lo que quiere y está aprendien-

Algunos datos: los Comités Municipales del PCC pasaron de un 24,1% miembros menores de 36 años en 1985 al 51,5% en la actualidad, los Primeros Secretarios de esas edades pasaron de 2 a 18. El 43,5% de los 169 Primeros Secretarios municipales, electos en 1985, han sido sustituidos. El 22,9% de los miembros del PCC son mujeres, cifra todavía muy baja; pero ellas han pasado a ser el 23,1% de los Secretarios Generales de núcleo y 23,4% de los miembros de Comités Municipales (Álvarez Gil, 1988: 38-50).

do como hacerlo, y está empleando, además, un nuevo estilo de trabajo [...] se ha vertido hacia los problemas del país en un grado mayor que lo haya hecho nunca, y hoy se ocupa de muchos problemas de los cuales no se ocupó durante años" (Castro Ruz, 1986c). "Nosotros no podemos incurrir en la ilusión o en el error, en ningún momento, de que el socialismo y el comunismo se pueden construir sin el Partido, sin el trabajo abnegado del Partido y de la Juventud, sin el trabajo revolucionario, sin el trabajo político" (Castro Ruz, 1987d). "Nuestro partido sabe que no puede cometer errores que lo debiliten ideológicamente [...] no necesitamos más que un partido [...] En este proceso de rectificación, el partido tendrá cada vez más fuerza, porque reitero que no se puede construir el socialismo sin el partido. Sin el partido se puede construir el capitalismo, que es el caos [...]" (Castro Ruz, 1988).

Los documentos internos, las elecciones en las bases y organismos intermedios, toda la actividad del PCC, se ha puesto en función de penetrarlo y hacerlo portador de las ideas de la rectificación, volverlo capaz de movilizar, entusiasmar y abrir paso a las energías revolucionarias del pueblo. Vincular efectivamente a los militantes y los núcleos con los problemas de su radio de acción, hacer evaluaciones más profundas y autocríticas, lograr el predominio del espíritu crítico a todos los niveles, poner en el centro el trabajo político e ideológico concreto, promover a los más capaces y mejores y entre ellos a los jóvenes, luchar por la eficiencia, son tareas centrales actuales del PCC.

La Unión de Jóvenes Comunista (UJC), organización política selectiva basada también en la ejemplaridad y estructurada de manera análoga al Partido y en estrecha relación con este, pero con un campo específico de acción y de estilo propio, también puede desempeñar un papel extraordinario en la rectificación. La UJC tiene más de 600 mil miembros, aproximadamente el 20% del grupo de edad de 16 a 30 años. El modo tan profundo y creador como la UJC ha asumido el proceso actual y ha desplegado acciones en su favor le garantiza un primer éxito básico, dada la complejidad de las relaciones de los jóvenes con las instituciones de

nuestra sociedad que tan someramente he aludido aquí: el de conservar la confianza de los jóvenes, ser sentida como un vehículo suyo, ser su vanguardia política en el proceso de rectificación, y a la vez mantener el vínculo indispensable y orgánico con la conducción partidaria y con el conjunto del sistema revolucionario.

El V Congreso de la UJC, en abril de 1987, ha sido un momento muy importante de la rectificación. Como es usual en nuestras organizaciones, era la culminación de un ciclo de discusiones y asambleas de base y de niveles intermedios de todo el país, que discuten los problemas fundamentales y eligen a sus delegados. El Congreso mismo, sin embargo, constituyó un suceso renovador: con gran espontaneidad e igual profundidad, los delegados plantearon y discutieron sobre todas las deficiencias de nuestro sistema, en una absoluta comunicación con Fidel. El Congreso hizo ostensible la voz de una nueva generación en la política cubana: su espíritu ha inspirado la participación de los jóvenes desde entonces, y ejercido una sana influencia sobre la conciencia nacional.

La militancia del PCC y la UJC reúne al 15% de la población de más de 15 años de edad; su fuerza política organizada es por tanto importantísima, aun sin olvidar que los niveles de

conciencia y participación reales dentro de ella no pueden ser homogéneos. La fuerza de la respuesta de la masa del pueblo a los llamados de Fidel y a las medidas y a las iniciativas del proceso rectificador es la otra corriente decisiva que está en marcha en Cuba actual. Ella no debe ser entendida como complementaria o subalterna a la anterior: militantes y no militantes son reclamados afectivamente por el nuevo llamado de la Revolución; su actividad consecuente, la conciencia que se forma en la acción y en la reflexión acerca de ella y de los problemas que ahora son develados harán el resto.¹⁶ Los niveles organizativos existentes o a alcanzar en las diferentes instituciones a las que el pueblo pertenece son influidos más o menos vigorosamente por ese proceso. La capacidad que tengan de producir respuestas propias, conscientes y organizadas, esto es, multiplicadoras de la fuerza con que se cuenta y garantizadoras del rumbo y de mucho más altos grados de concientización acerca de la lucha y sus fines, serán lo que certifique la condición de vanguardia de cada una, y su eficacia.

16 “Yo diría que de este proceso las dos cosas que más se destacan son: la reacción del pueblo y el trabajo impresionante del Partido” (Castro Ruz, 1987c).

El movimiento sindical cubano, favorecido por una larga historia de luchas propias, muy combativo, unitario como pocos en América Latina, influido por las ideas marxistas leninistas y acostumbrado a participar en política, se incorporó a la Revolución plenamente. Hoy cuenta tres millones de miembros y sus actividades trascienden totalmente a las sindicales del mundo capitalista. Pero todavía no hemos logrado que sea una instancia efectiva organizada de participación de la mayoría de los trabajadores en la economía nacional, y solo parcialmente lo es en los niveles de base; cumple efectivamente funciones sociales en algunos campos. Está tratando de participar más fuertemente en la rectificación, mediante iniciativas como la revisión del sistema de emulación socialista o la de hacer de la renovación de mandatos de los sindicatos una oportunidad de elección democrática de los mejores y más capaces, y de análisis de los problemas de cada centro de trabajo.

Las demás organizaciones cubanas de masas –los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), la Federación de Mujeres Cubanas (FMC), la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP), las Federaciones de Estudiantes (FEU, FEEM), los Pioneros– enfrentan los retos del proceso de rectificación

desde la especificidad que tiene cada una como movimiento social, y desde las características que han ido adquiriendo en el curso de la Revolución.¹⁷

La rectificación va ayudando a cada organización de masas a identificar mejor su campo de acción y a volverse capaz de reaccionar de manera creadora y eficaz. La ANAP es la organización revolucionaria de un sector que genera directamente una parte de la producción

17 Los CDR agrupan a 6,5 millones de miembros. La FMC cuenta más de 3,1 millones, también basada en una estructura territorial. Pertenecen a la ANAP los campesinos que integran el sector no estatal agropecuario (20,9% del valor de la producción del sector en 1986, a precios constantes de 1981); a fines de 1986 el 53% del área que ocupan estaba ya integrada en Cooperativas de Producción Agropecuaria, en que tierras y demás medios fundamentales son de propiedad social cooperativa. En 1985 los trabajadores agrícolas no estatales eran el 5,3% del total nacional de ocupados en el sector civil (179 200); comprendidos en ese número los pequeños agricultores y los cooperativistas (CEE, 1987: 192, Tabla IV.1). FEU y FEEM agrupan a más de medio millón de estudiantes; los Pioneros son 1,5 millones. Las Milicias de Tropas Territoriales (MTT), con más de millón y medio de hombres y mujeres organizados, armados y entrenados, articulados con las Fuerzas Armadas Revolucionarias y sus reservas a partir de la doctrina de guerra de todo el pueblo, constituyen en realidad una formidable organización de masas.

nacional, con una incidencia sensible en el mercado interno y el consumo; un sector que ocupa un lugar físico del país y es económica y socialmente identificable respecto al de los trabajadores asalariados. Su empeño principal en esta etapa es hacer avanzar el movimiento cooperativista. El campo de la FMC procede de la inexcusable tarea revolucionaria de luchar contra la milenaria situación subordinada y dominada de la mujer, por una parte, organizándolas y educándolas respecto a sus derechos, necesidades y tareas, y por otra, pero en estrecha relación dialéctica con la anterior, impulsando la participación femenina en todas las tareas de la Revolución. Las organizaciones estudiantiles existen en la población juvenil e infantil que realiza su escolarización, y deben contribuir a desarrollar en ella capacidades políticas y hábitos socialistas. Los CDR, una creación de la Revolución cubana, organizan y movilizan con fines revolucionarios a la mayoría de la población en su célula comunitaria más básica, la “cuadra”, en todo el país. Constituyen un apoyo fundamental para el funcionamiento de los órganos locales del Poder Popular.

El Estado, como parte de nuestro sistema de transición socialista, tiene un número enorme de funciones y una naturaleza intrínsecamente

diferente a la de los Estados capitalistas.¹⁸ En la práctica es el instrumento formidable de poder que la revolución ha creado para su supervivencia, para la realización de sus propósitos en numerosos terrenos de la vida social, en estrecha relación con los derechos y deberes de los individuos, y para garantizar en lo que a él le toque la continuidad del curso revolucionario. Instrumento, insisto, y no por gusto. La suma real de poder que es imprescindible para que el Estado cumpla aquellas funciones en el régimen socialista, en las condiciones de dominación sobre la economía, muy fuerte unidad política e ideológica y enfrentamiento a tan grandes enemigos e insuficiencias que hemos descrito, implica siempre el serio riesgo de la ineficiencia, las deformaciones burocráticas, la colocación de personas y funciones por encima del control y de la crítica, el autoritarismo, etc. La revolución cubana ha rehecho varias veces su Estado, en busca de que tenga eficacia para los fines socialistas y en evitación de sus

18 Ver en la *Constitución de la República de Cuba* (1976), sobre todo el Cap. I, “Fundamentos políticos, sociales y económicos del Estado”; también los Caps. VII, VIII, IX y X contienen informaciones valiosas para conocer el ordenamiento fundamental cubano en lo que atañe más directamente al Estado.

deformaciones. El proceso de rectificación es también principalmente, o debe ser, un profundo revolucionamiento de la actividad y el estilo de trabajo del Estado, que asegure su función de servicio y su carácter de instrumento para el socialismo y el comunismo, porque en nuestro Estado están presentes diversas deformaciones y deficiencias de las relacionadas arriba.

Un inmenso conjunto de funciones administrativas, legislativas, defensivas, de dirección y gestión económica a todos los niveles, de salud, de actuación internacional, represivas, de reproducción de la sociedad existente, educacionales, publicísticas, etc., son funciones estatales, pero también lo son, en una u otra medida, de las organizaciones políticas y de las organizaciones de masas y sociales, asunto de todos los revolucionarios. Esa realidad tan compleja –nadie se llame a engaño– es la que permite que funcionen tantas instituciones y áreas de actividad, y se realicen tantas tareas: sin la fuerza de la Revolución no serían siquiera concebibles. La rectificación tiene ante sí la cuestión crucial de garantizar la continuidad del orden vigente, y a la vez promover saltos en la participación y cambios en las estructuras y las relaciones que propicien la modificación positiva de los resultados de la actividad total de la sociedad.

En la vida real de los individuos, las acciones e intereses de organizaciones y de poderes administrativos se presentan como un complejo de acciones que cada uno realiza, o no realiza, de acuerdo a sus motivaciones, a la vez que recibe requerimientos y presiones. El centro de trabajo es el lugar donde millones de personas practican su actividad social fundamental, y no solo laboralmente; allí realizan prácticas políticas y sindicales, socializan o resuelven problemas individuales y familiares, reciben influencias diversas de la sociedad. La familia, que en Cuba es predominantemente nuclear y pequeña (menos de 4,2 personas, en 1981), con su tremenda importancia, requeriría un trabajo para ella sola, como otros temas que apenas tocamos aquí; anotemos al menos la seguridad de ingresos y servicios básicos con que vive, la escasez o mal estado que afecta tanto a la vivienda, las fuertes relaciones afectivas que la caracterizan, la alta tasa de divorcio, el esfuerzo que realiza por ayudar a la formación cultural y política de los niños.

Por las características ya expuestas del proceso educacional, la escuela como institución desempeña un papel sumamente importante en la formación de niños y jóvenes; sobre sus logros e insuficiencias ya he dicho algo. Las comunidades son la otra instancia más o menos

permanente en que vive inmersa la población, y van desde las cuadras, con sus CDR, hasta las comunidades rurales y cooperativas agropecuarias, pasando por las circunscripciones y municipios del Poder Popular. Este último sistema, vigente desde 1976, ha significado un gran salto en el proceso de desarrollo de los gobiernos locales en Cuba. Las Asambleas locales están investidas de autoridad respecto a numerosas funciones estatales, en lo económico, asistencial, educacional, cultural, recreativo y otros aspectos de la vida social¹⁹ sostienen por tanto relaciones complejas con los poderes superiores del Estado, y se apoyan o coordinan con las organizaciones de masas. Los Delegados por circunscripción, electos y revocables, no pagados, son muy prestigiosos y abnegados, aunque tienen más representatividad que poder de gestión, frente a la madeja formada por la falta de recursos y por los hábitos de mando y demás características de los medios administrativos.

Este esbozo de situaciones, instancias, relaciones y circunstancias que forman el medio en que el socialismo cubano intenta vencer

las dificultades fundamentales en un proceso único con la profundización del socialismo y el proyecto comunista, tiene el propósito de llamar la atención sobre los problemas y las fuerzas principales, más que el de ser exhaustivo o concluyente, lo que sería demasiado ambicioso.

En relación con ese propósito entiendo que es completamente insuficiente el nivel de reflexión y de debate que hay entre nosotros acerca de este tema, que por ser primordial para la práctica debiera serlo para el pensamiento social. No se trata de un reclamo académico. Si se cree que la voluntad consciente y organizada, la planificación y el trabajo político e ideológico, desempeñan los papeles principales en la lucha por el socialismo, entonces aquella reflexión y aquel debate se vuelven una necesidad insoslayable. El duro impacto de empobrecimiento, dogmatización y erradicación del choque de criterios diversos que sufrió nuestro pensamiento social desde la década pasada no ha podido ser borrado todavía, y ello ha traído una disminución de la capacidad de análisis y de la eficacia en la lucha ideológica y la divulgación de nuestras posiciones. Esa situación afecta no solo al campo académico sino al de los medios masivos de comunicación, y en conjunto a la reproducción ideológica de nuestro sistema.

19 Ver artículos 101-105, 109-110 y 116 de la *Constitución de la República de Cuba* (1976).

El papel de la crítica, profunda, militante-revolucionaria y eficaz, es insustituible, junto al de la acción misma, para concientizar y sumar actores, y para tender a hacer permanente la actitud rectificadora. Sin embargo, lograr que sea así en la práctica es difícilísimo, a pesar del auge radical experimentado por críticas y autocríticas en los últimos años. Es ilusorio pensar que ese proceso transcurra sin errores y sin riesgos, no sucede así en ninguna mudanza social de importancia. Pero es muy buena señal que se vayan abriendo paso, o sean exigidos cada vez más, la franqueza, la información clara, la honesta exposición o aceptación de deficiencias, el análisis riguroso de las cuestiones concretas, la aceptación práctica de que se expresen criterios diversos y encontrados.

Por último, si de llamar la atención sobre lo fundamental más que de concluir se tratara, calificaría al proceso en curso en Cuba como uno en que se da al factor subjetivo el lugar fundamental que debe tener en la transformación socialista (por tanto anticapitalista, anti-imperialista) de una sociedad latinoamericana y del llamado Tercer Mundo. Una nueva profundización de la democratización de la sociedad en transición socialista, que busca eliminar las consecuencias de detenciones, desaciertos y retrocesos que suceden en la realidad de

nuestro sistema, y erradicar sus causas en un proceso único con el fortalecimiento de las tendencias socialistas y comunistas que produce la revolución. Que reconoce la conflictividad implicada siempre en el seno de la sociedad en construcción, entre sus realidades y el proyecto revolucionario, y entre ese conjunto y las fuerzas existentes en el mundo actual. Que comprende que su fuerza fundamental está en la del pueblo consciente y organizado, que necesita vanguardias cada vez más comunistas y más amplias, y que necesita ejercitar cada vez más masivamente el dominio sobre sus condiciones de existencia, su gobierno y su proyecto de sociedad futura. Una revolución en la revolución.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Tabío, F. 1981 *Comentarios a la Constitución Socialista* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Álvarez Gil A. 1988 "Las asambleas de balance del partido en 1987. Continuación del proceso de rectificación de errores y tendencias negativas" en *Cuba Socialista* (La Habana) N° 31: 38-50, enero-febrero.

- Asamblea Nacional del Poder Popular 1987 “Plan Único de desarrollo económico social y presupuesto del Estado para 1988”, en *Granma* (La Habana), 31 de diciembre, pp. 4-5.
- Brundenius, C. 1984 *Crecimiento con equidad. Cuba 1959-1984* (Managua: INIES / CRIES - Cuadernos de Pensamiento Propio).
- Castro Ruz, F. 1983 *La crisis económica y social del mundo* (La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado).
- Castro Ruz, F. 1986a “Discurso en la Asamblea Nacional” (La Habana: diversas publicaciones cubanas), 3 de julio.
- Castro Ruz, F. 1986b “Discurso en Bayamo” (La Habana / Bayamo: diversas publicaciones cubanas), 19 de diciembre.
- Castro Ruz, F. 1986c “Discurso en el III Congreso” (La Habana: diversas publicaciones cubanas), 2 de diciembre.
- Castro Ruz, F. 1987a. “Discurso en el Encuentro de representantes de 178 partidos y movimientos presentes en Moscú” (La Habana: diversas publicaciones cubanas), 5 de noviembre.
- Castro Ruz, F. 1987b *Un encuentro con Fidel* (La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado) [Entrevista de G. Miná].
- Castro Ruz, F. 1987c “Discurso en la Asamblea Provincial del PCC de Ciudad de La Habana” (La Habana: diversas publicaciones cubanas), 28 de noviembre.
- Castro Ruz, F. 1987d “Discurso en el V Congreso de la UJC” en *Juventud Rebelde* (La Habana) 5 de abril.
- Castro Ruz, F. 1988 “Discurso del 26 de Julio” (La Habana: diversas publicaciones cubanas).
- Comité Estatal de Estadísticas 1987 *Anuario Estadístico de Cuba, 1986* (La Habana: CEE).
- Constitución de la República de Cuba, 1976* (La Habana: Oficina de Publicaciones del Estado / ediciones varias).
- Díaz, E. y Núñez, M. 1986 “América Latina-Cuba: desarrollo y calidad de la vida” en *Cuadernos de Nuestra América* (La Habana) N° 5: 152-170, enero-junio.
- Dilla, H. 1987 “Democracia y poder revolucionario en Cuba” en *Cuadernos de Nuestra América* (La Habana) N° 7: 55- 75, enero-junio.
- Granma* (La Habana: CC del PCC) 1° de diciembre de 1987-15 abril de 1988 [Informaciones sobre la rectificación].

- Guevara, E. Ch. 1970 “Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento”, en *Obras*, ed. cit., t. II, p. 273).
- Guevara, E. Ch. 1970 [1965] “El socialismo y el hombre en Cuba” en *Obras*, Ed. Casa de las Américas, La Habana, 1970, t. II, ps.371-372
- Löwy, M. 1986 “Las organizaciones de masas, el Partido y el Estado: la democracia en la transición al socialismo” en *La transición difícil: la autodeterminación de los pequeños países periféricos* (México: Siglo XXI). pp. 74-86.
- Martínez Heredia, F. 1987 “Las revoluciones de la revolución” en *Brecha* (Montevideo) 23 de octubre, p. 19. [Entrevista de F. Butazzoni].
- Martínez Heredia, F. 1988 “Transición socialista y democracia: el caso cubano” en *Desafíos del socialismo cubano* (La Habana: Centro de Estudios sobre América).
- Ministerio de la Agricultura de Cuba 1987 *Informe a la Asamblea Nacional del Poder Popular* (La Habana: Ed. J. Martí) julio.
- Ministerio del Interior de Cuba 1988 “Informaciones y criterios ante la Asamblea Nacional del Poder Popular” en *Bohemia* (La Habana) N° 2: 22-26, 8 de enero.
- Partido Comunista de Cuba (PCC) 1978 *Plataforma Programática del Partido Comunista de Cuba* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Partido Comunista de Cuba (PCC) 1981 *Lineamientos Económicos y Sociales para el quinquenio 1981-1985* (La Habana: Editora Política).
- Partido Comunista de Cuba (PCC) 1986 *Programa del Partido Comunista de Cuba* (La Habana: Editora Política).
- Permanent Peoples Tribunal 1988 *Tribunal about the policies of the FMI and the World Bank Verdict* (Berlín Occidental: PPT) 26-29 de septiembre.
- Primer Congreso del PCC 1978 *Informe Central* (La Habana: Pueblo y Educación). *Revista Cuba Socialista* (La Habana: CC del PCC) N° 23 al 35 (1986-1988).
- Rodríguez, C. R. 1978 *Cuba en el tránsito al socialismo (1959- 1963)* (México: Siglo XXI).
- Rodríguez, J. L. 1984 “La economía de Cuba Socialista” en *Dos ensayos sobre la economía cubana* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Rodríguez, J. L. y Carriazo, G. 1987 *Erradicación de la pobreza en Cuba* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).

Segundo Congreso del PCC 1981 “Informe Central” en *Documentos y Discursos* (La Habana: Editora Política) pp. 9-167.

Zimbalist, A. 1987a “Cuban Industrial Growth, 1965-84” en *World Development* (Oxford / Nueva York) Vol. 15, N° 1: 83-93, enero.

Zimbalist, A. (ed.) 1987b *Cuba's Socialist Economy Toward the 1990s* (Boulder: Rienner Publishers).

DESCONEXIÓN, REINSERCIÓN Y SOCIALISMO EN CUBA*

La primera revolución socialista autóctona que tuvo éxito en Occidente fue la cubana. Sin embargo, en 1992 Cuba se ha encontrado en una circunstancia tan compleja y difícil que muchos se interrogan si sobrevivirá su régimen, o si caerá, víctima de una coyuntura demasiado adversa o de una tendencia inexorable del mundo actual. Esta experiencia única del socialismo latinoamericano se encuentra en realidad ante tres interrogantes: la de la *sobrevivencia* de la Revolución, que significa sobrevivencia de su gente en niveles decorosos y sobrevivencia de la soberanía nacional y del régimen socialista; la de la *viabilidad* de la estructura y la estrategia económicas que

se pretenden mantener y desarrollar, ante el cúmulo de dificultades y enemigos que tiene y tendrá y, en íntima relación con las anteriores, la de la *naturaleza del sistema* que emergerá de las transformaciones de estructura económica en curso y de sus consecuencias sociales, de la evolución política de su proceso de rectificación socialista, de las luchas más o menos duras y largas a que sea obligado el país, de los contextos y adecuaciones internacionales.

Dos cuestiones, muchas veces mal planteadas o manipuladas, ya han sido dilucidadas por los hechos: el régimen político y social cubano no sucumbió como consecuencia de la caída estrepitosa de los regímenes europeos del llamado socialismo real; Cuba sobrevive al fin de las relaciones que ha sostenido con la Unión Soviética durante tres décadas. La naturaleza del socialismo cubano ha vuelto a hacerse clara: es un caso específico de revolución socialista latinoamericana de liberación nacional, antiimperialista y productora de cambios muy profundos y sistemáticos de la sociedad y los

* Escrito en La Habana, diciembre de 1992 y publicado en: Martínez Heredia, F. 1993 "Desconexión, reinsertión y socialismo en Cuba" en *Cuadernos de Nuestra América* (La Habana) N° 20: 136-158, enero-junio. Luego se publicó en: Martínez Heredia, F. 2006 *Socialismo, liberación y democracia. En el horno de los noventa* (Melbourne / Nueva York: Ocean Sur) pp. 123-145.

individuos. Su especificidad ha sido más fuerte que la enemistad norteamericana y que sus vínculos con el socialismo real. Cuba no era un satélite de la URSS, y la conseja del “subsidio” soviético no sirve para explicar las relaciones que existieron entre ambos países, y evidencia su falsedad ante la capacidad de resistencia cubana tras el fin de esas relaciones.

Trataré de sintetizar los elementos de la naturaleza del socialismo cubano que son indispensables para esta exposición. No serán ellos mi tema principal, sino los problemas actuales y las perspectivas de Cuba; pero sin aludirlos al menos, sería imposible entender nuestro presente e intentar prever nuestro futuro. Este breve texto estará centrado en la dimensión económica de la formación social; para ello se referirá también a importantes cuestiones no estrictamente económicas, lo cual no debe extrañar porque sin ellas nunca es posible entender el proceso económico de cualquier país. En este caso otra razón refuerza esa necesidad: *no se trata de economía en general, sino de la economía de un país en revolución.*

La alternativa entre dictadura y libertades civiles, que parecía central cuando Cuba entró en revolución, fue rápidamente superada por la de proponerse la liberación nacional y la justicia social frente a una renovación de la hegemonía

capitalista neocolonial como desenlace de la lucha antidictatorial. Esos fines trascendentales fueron posibles porque las formas de dominación previas a la Revolución se deslegitimaron, y porque una nueva vanguardia política interpretó y vivió las necesidades, los anhelos y representaciones de los cubanos y los formuló de maneras viables. La guerra revolucionaria fue su instrumento, el cauce que incorporó a muchos miles de actores populares y exaltó la simpatía y la esperanza de las mayorías; fue la escuela de cuadros del futuro poder, el cemento ideológico del nuevo régimen y el origen de la necesidad de una política nueva.

La clave de la fuerza y del triunfo del nuevo poder revolucionario estuvo en enlazar entre sí la soberanía nacional, la justicia social, el imperio de la democracia y el desarrollo nacional independiente, y en convocar efectivamente al pueblo a ser el protagonista, corriendo todas las consecuencias. Las fuerzas populares movilizadas contra la dictadura querían y podían desatarse para rehacer su vida y crear un nuevo país; al reconocer a la Revolución como guía y vehículo idóneo se dio la culminación de un apretado proceso histórico de un siglo de luchas populares, y la corriente de cultura política radical de liberación se volvió dominante.

Cuba se transformó radicalmente, mediante acciones masivas organizadas, el ejercicio del poder revolucionario, la concientización general, la gran autoconfianza y el orgullo de ser cubano revolucionario, las nuevas realidades superiores a los más ambiciosos programas previos, la subversión por la práctica del límite de los pensamientos posibles. Y los individuos participantes se cambiaron a sí mismos en muchos sentidos. El régimen es hijo de victorias populares armadas y del armamento general del pueblo; de la expropiación forzada generalizada y la pérdida del respeto a la propiedad privada, sus representantes y sus símbolos; de la creación y el desarrollo de organizaciones revolucionarias muy participativas; de una inmensa movilidad social; de la promoción de los individuos por los méritos y la exaltación del trabajo y el estudio; de la legitimación sostenida del nuevo liderazgo y de la eliminación del sistema político previo y sus ideologías.

La importancia del origen revolucionario de las relaciones, instituciones y representaciones características del socialismo cubano es decisiva. La formidable redistribución sistemática de la riqueza social, la dignidad que genera no ser objeto de esa redistribución sino actor que la ejecuta, el intenso proceso educacional que ha elevado las capacidades de contingentes

enormes en tan breve plazo, las formas de poder popular y los avances del ordenamiento legal, le han dado continuidad a aquel origen. Todos los anteriores operan también como factores contrarrestantes, tanto de las insuficiencias debidas al subdesarrollo y a otras desventajas provenientes de las relaciones internacionales del país, como de los errores, deformaciones, detenciones e incluso retrocesos registrados en diversos campos en el curso del proceso.

La expropiación generalizada de los empresarios nativos y extranjeros y la eliminación del poder neocolonial de los Estados Unidos sobre Cuba fueron imprescindibles en el caso cubano. Frente a la suspensión muy brusca de las relaciones económicas y la agresividad permanente de los Estados Unidos, la economía cubana contó para sobrevivir con la inmensa concentración de poder que se produjo y la decisión del pueblo, masiva y resuelta, de defender la liberación y el proyecto de desarrollo socialista. Sin esas dos realidades no habríamos sobrevivido ni podido acometer las transformaciones y las tareas formidables que hicieron funcionar a la economía sobre nuevas bases de relaciones, de objetivos y de actores, con un cambio tan profundo de la orientación de sus relaciones internacionales. Sin ellas hubiera sido imposible proyectar y realizar –como se

ha hecho en grados muy notables— estrategias de desarrollo económico efectivamente nacionales y dirigidas al bienestar de la población.

Aspectos favorables de la coyuntura internacional implicaron a la Revolución cubana. El apogeo de la ola anticolonialista, las autoidentificaciones del Tercer Mundo y el surgimiento del Movimiento de los No Alineados, el rechazo múltiple que recibían las torpezas, abusos y salvajadas neocoloniales del capitalismo transnacional adolescente, fueron el ambiente propicio para un proyecto que estaba obligado a trascender el ámbito nacional. América Latina es la región natural y cultural de pertenencia de Cuba, y ha sido campo privilegiado de sus actuaciones, pensamientos, gestiones y sentimientos, tema que no puedo abordar aquí. Pero la Revolución argelina amplió los horizontes cubanos, pronto extendidos por África. Vietnam completó la mundialización de la solidaridad; aquella guerra terrible empujó a los Estados Unidos, disminuyendo el peligro de una agresión militar directa a Cuba, que a su vez fue solidaria a ultranza con el pueblo vietnamita. El internacionalismo consecuente es uno de los aspectos fundamentales de la experiencia cubana, que ha ampliado y fortalecido su cultura socialista mucho más allá de lo alcanzable en una perspectiva restringida a lo nacional.

La salida de las marinas mercante y de guerra soviéticas a los mares del mundo, el gobierno Jruschov —quizás el último que incluyó consideraciones ideológicas revolucionarias y audacia en aquel país— y los intereses y rivalidad del tiempo de la Guerra Fría, configuraron una situación favorable a la Revolución cubana. Por primera vez en nuestra historia la relación exterior principal provino de intereses y necesidades de Cuba, y no de la imposición extranjera. Armas e intercambios económicos se acompañaron ahora de soberanía, amistad política y afinidades ideológicas.

La formación nacional cubana obtuvo, precisamente en el momento de su liberación, el inicio de una etapa de relativa “desconexión” del sistema del capitalismo mundial, al relacionarse en Europa Oriental con un espacio diferente a ese sistema. La alianza de 30 años con la URSS tuvo un valor general inestimable para Cuba en su enfrentamiento mortal y permanente con el imperialismo norteamericano. También le permitió atenuar los efectos tan negativos que tiene para cada país subdesarrollado su inserción en el sistema capitalista mundial, y mitigar las consecuencias, muchas veces perjudiciales, que las acciones económicas de los países desarrollados traen a los subdesarrollados.

Liberada y excluida a la vez, Cuba aumentó de manera excepcional su capacidad de decidir sobre su propia economía. Así ha sido en cuanto a que ella tenga como objetivo inalienable el bienestar popular, y a que esté en función del proyecto socialista nacional. Se han podido elaborar estrategias nacionales de desarrollo, aunque muy condicionadas por los grados de subdesarrollo existentes en los diversos momentos, y por la vulnerabilidad de la economía cubana ante las estructuras y las prácticas del capitalismo mundial y ante las opciones y limitaciones impuestas por las relaciones de Cuba con la URSS. Se han conseguido programas económicos y ciertos niveles de planificación, con avances en la integración de los sectores de la economía y en el grado y calidad de la industrialización.

Hacia inicios de la década de los setenta, a Cuba se le tornó imposible sostener una posición suficientemente autónoma en sus relaciones económicas internacionales y su estrategia de desarrollo; sus relaciones con la URSS se volvieron entonces mayores y más profundas. Cuba ingresó en el CAME (1972) y sujetó su vida económica y sus proyectos de desarrollo a esa asociación. La férrea necesidad rigió esa elección, pero ella obligó a Cuba a adoptar un modelo que perspectivamente cerraba puertas

a un desarrollo económico armónico, autónomo y sostenido. La práctica y la ideología económicas fueron influidas cada vez más por el llamado socialismo real, lo que afectó negativamente a la dirección económica, la eficiencia de los actores, el papel de la actividad económica en las transformaciones socialistas de los individuos, de las instituciones y la sociedad en su conjunto, y al proyecto socialista nacional.

Es general el reconocimiento que hacen hoy las fuentes más diversas de los avances trascendentales logrados por Cuba desde 1959, en las diversas condiciones del período y a partir de esfuerzos extraordinarios y sistemáticos. Paso a mencionar resultados, características, dificultades e insuficiencias del desempeño económico cubano. Ellos constituyen una riquísima y singular experiencia de puesta en práctica de políticas liberadoras y de desarrollo desde un poder popular en América Latina, durante un tiempo prolongado.

Una revolución agraria transformó radicalmente el teatro de mayor explotación del trabajo y mayor concentración de miseria del país. Ella triplicó el número de pequeños propietarios, liquidó el latifundio y todo el sistema capitalista neocolonial que regía en el campo, elevó al 80% del total la tierra en empresas estatales y garantizó al campesino contra toda

colectivización forzosa. El área agrícola se duplicó, y se produjo una revolución en regadío, mecanización, fertilización, humanización del trabajo y capacitación de la fuerza laboral, calidad de la vida en el campo y relaciones del sector agropecuario con la economía nacional. El país volcó sus recursos humanos y materiales a esa transformación; la población rural se organizó y participó de manera decisiva en todo este proceso.

La industria azucarera, eje de la economía exportadora desde hace 200 años, aumentó un 40% su producción promedio 1981-1989 comparada con 1951-1959, pero hizo ahora sus zafras con solo el 20% de obreros agrícolas, y llegó a mecanizar un 74% del corte y un 100% del alza de la caña. Fue necesario rehabilitar, ampliar y modernizar las viejas fábricas, crear una industria mecánica azucarera, resolver complejos problemas químicos, inventar y producir cortadoras de caña, dedicarle la mitad de la tierra arada de Cuba a ese cultivo, formar una multitud de técnicos y cuadros, etcétera; inversiones enormes de recursos se hicieron para conseguir esos logros. Hoy se proyectan y se fabrican centrales con más de 60% de componentes nacionales; 60 fábricas de derivados producen torula, alcohol, tabletos de bagazo, y 200 plantas producen tres

millones de toneladas de alimento animal por zafra. El bagazo es eficaz como combustible de la fábrica.

El desarrollo de la producción de cítricos hasta alrededor de un millón de toneladas anuales es un logro muy importante de la Revolución, articulado con el sistema de estudiantado masivo de los adolescentes desde hace 20 años. Otras ramas, como los casos de la industria mecánica, el cemento y los textiles, se han desarrollado mucho. Se ha creado una infraestructura muy notable. Entre 1959 y 1987 la inversión estatal bruta sumó 58.635 millones de pesos, un 13,9% del producto social global; los gastos por seguridad social, educación y salud entre 1959 y 1988 sumaron 49.527 millones. La economía creció, a precios constantes de 1965, al 4,3% promedio anual en 1959-1988; la productividad bruta del trabajo en 1960-1988, al 2,6%. El PIB per cápita creció al 3,1% anual entre 1960-1985, mientras que para el resto de América Latina el promedio anual del período fue de 1,8%. La distribución del ingreso cambió radicalmente: el 30% más pobre pasó del 4,8% del ingreso en 1953 al 18,5% en 1986; el 5% con ingresos más altos pasó del 26,5% en 1953 al 10,1% en 1986.

La nueva relación entre economía y sociedad se afirmó y desarrolló, caracterizada por

pleno empleo y por ingresos reales altos, asignación sistemática de amplios recursos para el desarrollo social, participación y consenso de la población en las actividades y políticas económicas, y relación permanente de estas con las necesidades sociales. La opción socialista implica un modo de ser en economía que es irreductible a la racionalidad y las exigencias de la economía del capitalismo. Motivaciones, mediciones, asignaciones de recursos, la lógica misma, registran transformaciones, transiciones, contradicciones. El sentido general en el caso cubano ha sido que la economía forme parte y se inscriba en la lucha de la sociedad por un proceso de cambio cultural total que vaya creando un campo diferente y opuesto a la manera de vivir del capitalismo, que este no pueda reabsorber, en el que predominen los vínculos de solidaridad y la dirección de los procesos sociales por parte de la mayoría.

En el breve lapso de una generación se han producido cambios trascendentales en la preparación de las personas, absorbidos sobre todo por los jóvenes (el 55% de la población tiene menos de 30 años). En los últimos 15 años se avanzó de la escolarización masiva al predominio del nivel secundario y superior en las matrículas, y creció raudamente la escolaridad promedio de los trabajadores; más de la

mitad de los técnicos y profesionales son ya jóvenes. Muchos retos están implícitos en esas cifras y en otras realidades de su formación, pero es obvio que son un potencial invaluable para transformaciones cualitativas desde la economía. En un aspecto crucial, la investigación científica y su aplicación técnica, Cuba ha realizado un esfuerzo tenaz y ambicioso que ya está dando frutos que la colocan entre los países desarrollados en ese campo; los jóvenes serán decisivos para el éxito de esos programas.

Frente a todo lo anterior, hoy vemos más claramente lo que no se ha podido conseguir, y los errores. La agricultura no dejó de ser extensiva todavía; la caña compensa sus rendimientos insuficientes tomando demasiadas tierras. La alimentación es el talón de Aquiles de una ganadería vacuna satisfactoria en otros aspectos; la masa es hoy menor que hace 24 años. La autosuficiencia alimentaria, estrategia temprana de la mayoría de los países desarrollados actuales y requisito indispensable para Cuba, fue abandonada como meta durante demasiado tiempo. El mimetismo nos llevó a asumir lo que fue una necesidad –entrar al CAME en 1972– como las esperadas ventajas de una supuesta “división internacional socialista del trabajo”, cuando esta nos impelía a especializarnos en vender más azúcar, más

níquel que contiene cobalto, más cítricos, para comprar alimentos, materias primas y los necesarios combustibles y equipos.

No ha sido posible aprovechar a fondo una de las primeras reservas de hierro y de níquel del mundo, separar el cobalto, beneficiar el níquel, crear un complejo siderúrgico. No hemos contado con recursos para explotar el potencial petrolero nacional; con gran esfuerzo logramos una producción modesta desde hace unos años. Tampoco producimos motores eléctricos, apenas comenzamos con los automotrices. Son muy recientes las producciones notables en algunos derivados de la caña y subproductos de la industria azucarera, pese a que desde hace décadas tenemos grandes avances en la investigación de derivados. Uno de los países pioneros en computación, Cuba encontró límites férreos en el desarrollo de esa rama. Es insuficiente la relación de la planta industrial cubana con los demás sectores de la economía. Los escasos avances en la sustitución de importaciones han pesado contra nuestra balanza comercial. El dispendio de combustibles fue consecuencia de las características de ineficiencia de las tecnologías y los vehículos que pudimos adquirir, y pésima escuela de relación con las máquinas para obreros y técnicos noveles. Mientras nos han faltado tecnología y otros medios para establecer

industrias a partir de materias primas nacionales, numerosas industrias cubanas dependen de materias primas importadas.

La necesidad de exportar más a áreas de moneda convertible, para atenuar o resolver parte de los problemas nacionales, no fue satisfecha; Cuba llegó a descender en un 25% en la parte de su azúcar exportada al mercado libre en 1975-1985. El déficit de la balanza comercial creció sensiblemente desde 1984. El deterioro de los términos de intercambio con países del CAME se tornó importante en los primeros años ochenta, y se agravó desde 1986. El bajo rendimiento de los fondos básicos y la tendencia a un débil crecimiento de la productividad del trabajo completaban la evidencia de las grandes limitaciones que tenía el modelo vigente, de crecimiento extensivo, bajos rendimientos e intercambios externos distorsionantes. Pero factores de crisis en las finanzas externas a mediados de los ochenta, y sobre todo la dinámica política, llevaron al país a un viraje de consecuencias trascendentales.

El proceso político de rectificación de errores y tendencias negativas, iniciado en 1986, se propuso combatir y erradicar las deformaciones de la transición socialista provenientes de la amplia penetración de instituciones, influencia e ideas del llamado socialismo real,

sucedida durante los 15 años precedentes, pero no solo eso. La rectificación consistió también en el intento de enfrentar con métodos y soluciones socialistas los problemas de la coyuntura adversa, a la vez que revisar a fondo la estrategia, las valoraciones y las creencias acerca de la estructura y funcionamiento de la economía y del sistema en su conjunto.

El significado de esta lucha por profundizar el socialismo está dado por su modo de actuar: convocar a la actividad del pueblo organizado en defensa de sus intereses y de su proyecto. Sintetizo las características principales de la rectificación, atendiendo a sus definiciones públicas:

- Ser un proceso prolongado de movilizaciones, persuasión, educación y reeducación, y no una solución providencial, administrativa o represiva. Esto implicaba: reconocer el enraizamiento relativo de las deformaciones ideológicas y de los intereses creados; y defender determinados métodos y negarse a utilizar otros, como condición sin la cual nunca se producirán los cambios sociales e individuales socialistas;
- Apelar a los valores creados por la Revolución, y a su proyecto de solidaridad tan diferente al socialismo real, valores y proyectos que matizan las expectativas personales y unifican a los diversos grupos sociales;
- Mantener la política de que el régimen socialista es un puesto de mando sobre la economía. No liberalizar las instituciones económicas, sino ejercer control estatal y popular sobre ellas. Utilizar a la política socialista como única alternativa práctica capaz de reconocer y enfrentar las coyunturas más difíciles y sacar adelante a la economía cubana. Demostrar la falsedad de la antinomia entre socialismo y eficiencia;
- Renovar y continuar la obra de la liberación nacional, por medio de: fortalecer la base popular de la unión nacional, salvaguardar las conquistas sociales del pueblo, abandonar la copia parcial del socialismo real y pensar con cabeza propia los problemas, recuperar el proyecto original de la Revolución y la fuerza e identidad del socialismo cubano, convocar a todos a expresarse y obrar, propiciar más unidad y cohesión en defensa del sistema y de la independencia nacional frente a los Estados Unidos;
- Proclamar como objetivo la democratización socialista y luchar por ella, defender el crecimiento sostenido y sistemático de

la participación masiva de la población en el conocimiento, en los controles y en las decisiones en todos los ámbitos de la sociedad.

Una gran ola de reanimación de las ideas y de enriquecimiento de la política socialista se produjo, precisamente antes del estallido y la caída del sistema europeo oriental. El rechazo a las combinaciones de burocratismo, mercantilismo y tecnocratismo que rigieron en nombre de la ideología "socialista" de procedencia soviética preparó la conciencia más reciente de que la lucha es doble y simultánea: contra el socialismo burocratizado que promueve grupos privilegiados posrevolucionarios, autoritarismo, clientelismo, dogmatismo y desinterés, desmoralización y rechazo de las mayorías; contra el socialismo mercantilizado que juega a ir ampliando instituciones e ideología capitalistas desde el poder hasta que la imposición de las reglas capitalistas, el lucro y la ambición desmantelen el régimen.

Las tensiones entre el deber ser de la rectificación expresado en la relación precedente, y la política práctica y los comportamientos, intereses, ideas y percepciones tan diversos de los actores reales, configuran el contenido del período 1986-1989, con sus avances, detenciones y complicaciones del proceso.

La caída repentina, escandalosa y sin honra del socialismo europeo, con el descrédito consecuente para las ideas y experiencias socialistas en todo el mundo, ha tenido también consecuencias muy perjudiciales para Cuba. El súbito final de la bipolaridad y unos Estados Unidos victoriosos y necesitados de predominio mundial ponen en grave riesgo la seguridad de Cuba. Amenaza recrudescerse la política de violencia sistemática que es el bloqueo económico que ya dura 30 años, una clara negativa a admitir la soberanía y la autodeterminación de los Estados más débiles si no actúan como exigen los Estados Unidos. Se trata de aislar a Cuba, debilitarla en su capacidad económica hasta la asfixia gradual, deteriorar su vida social cada vez más, alentar de todas las formas posibles el descontento, el derrotismo y la desmoralización. Que la propaganda y los estereotipos que se difunden sobre Cuba sean consumidos y repetidos hasta tornarlos de sentido común, combinado con el aislamiento, las penurias, el deterioro de la capacidad de resistencia y de la voluntad de resistir, son los procedimientos y los pasos por los cuales se consuma hoy la agresión a la experiencia cubana.

La crisis de las relaciones económicas cubano soviéticas se precipitó a partir de los incumplimientos de suministros soviéticos y de

las modificaciones introducidas por ellos en las normas y prácticas de esas relaciones. El problema más grave y visible es el del combustible, porque Cuba dependía casi totalmente de la importación desde la URSS. En 1990 se pactaron 13,3 millones de toneladas, pero solo llegaron diez. Se pactaron diez para 1991, y solo suministraron 8,6 millones, pero lo fundamental fue el derrumbe del último trimestre y la posición rusa de que los intercambios se rigieran por los precios del mercado mundial.

La situación del resto de los suministros soviéticos fue mucho peor. Al comparar 1991 con 1989, se constata una contracción brutal: las importaciones totales descendieron a un 30,3%; si se excluyen los combustibles no llegarían al 20%. Dos tercios de la reducción sucedieron en 1991, cuando el incumplimiento en alimentos fue de más del 50%; las materias primas, partes y piezas, y otros productos muy necesarios para la industria, la construcción, la agricultura y el transporte casi desaparecieron. Cuba debió gastar, además, más de 150 millones de dólares como parte de la transportación de un millón de toneladas de mercancías que anteriormente trasladaba la URSS. En 1991 las exportaciones cubanas a la URSS se redujeron a un 38% de las de 1989, después de haber sido casi un 25% mayores en 1990 que en 1989.

El impacto del fin precipitado de unas relaciones externas principales durante tanto tiempo, que aumentaban hasta el 83% del total mundial de Cuba en 1985, solemnizadas y teóricamente planificadas hacia el futuro, ha sido terrible para la economía cubana. En dos años las importaciones totales se redujeron a la mitad y las exportaciones a un 38%. Muchas industrias pararon por falta de materias primas o por ahorrar combustible. La maquinaria y los insumos agrícolas, el transporte, la construcción, los servicios, han sido muy afectados. Cálculos no oficiales dan un estimado de caída del producto social global de alrededor del 25% en 1991. La gran obra de la central nuclear, convenida con el CAME, tuvo que paralizarse; en ella y en otras obras cruciales para los planes de desarrollo Cuba ha gastado miles de millones y el trabajo de decenas de miles de personas durante años. La dependencia cubana de combustibles, materias primas, manufacturas, equipos, piezas, alimentos, ha sido tan grande como enorme es ahora el daño que nos causa su abrupto final.

Más allá de reconocer el obvio decrecimiento del producto económico y constatar sus efectos durante 1992, no me parece significativo el resultado de medir los años posteriores a 1991 comparándolos con los 15 que les

precedieron. La serie histórica de la estadística formada por los años del poder revolucionario hasta 1974 es sucedida por otra, la de los años en que Cuba estuvo vinculada efectivamente al CAME. Ni siquiera tenemos certeza al cuantificar este segundo período, al menos hasta que se conozca mejor el régimen de relaciones que determinó durante esa etapa los precios de intercambio, la magnitud y los rubros de lo intercambiado, las estructuras de coordinación económica, las transportaciones, la estadística económica, etcétera. Por otra parte, una nueva etapa de la formación económica cubana está comenzando, en la que la estrategia de desarrollo, las exigencias de la sobrevivencia, las motivaciones de los actores, el papel de la inversión extranjera, entre otros factores, registran diferencias notables respecto a la anterior.

Durante 1992 el comercio con los países europeos que pertenecían al CAME se redujo a intercambios totales por valor de 830 millones de dólares, un 7% del que llegó a ser; un millón de toneladas de azúcar por 1,8 de petróleo intercambiados con Rusia constituyeron más de la mitad de ese comercio. En noviembre de ese año se firmaron entre Cuba y Rusia acuerdos económicos que facilitan las relaciones comerciales a precios de mercado mundial; se revisará la colaboración en la planta electronuclear y

en otros objetivos. El interés de ambos países, al parecer, favorecerá ciertas relaciones, lo que aminoraría algo el daño causado a Cuba por el abrupto final que ellas tuvieron, y le aportaría tiempo para la diversificación de sus relaciones económicas, un elemento fundamental de su estrategia actual. La variable tiempo resulta principal para el éxito de los esfuerzos cubanos, en ese como en otros campos.

En 1992 las importaciones totales continuaron reduciéndose; su valor fue de unos 2.200 millones de dólares. Se importaron un millón y medio de toneladas de alimentos (el 10% del comercio físico total del país); 6,1 millones toneladas de combustibles significaron en valor casi el 40% de lo importado. En muchos productos sensibles los precios han resultado más adversos para Cuba que los del mercado mundial: el trigo, un 40% mayor; el petróleo, un 30%; el pollo, un 20%. Las exportaciones de azúcar promediaron precios 7% menores que los de 1990, y los precios del níquel continuaron su actual tendencia a la baja. El bloqueo económico norteamericano también ha hecho más adversos los precios internacionales para Cuba en las nuevas condiciones que enfrenta.

La producción azucarera alcanzó los siete millones de toneladas, esfuerzo notable en la rama que siguió siendo la principal aportadora

de recursos al país. El níquel se sostuvo bien (la producción aumentó un 8%, según fuente no oficial) a pesar de complejos problemas de mercado, tecnología e insumos, y es campo de inversiones en busca de mayor eficiencia y producción. Los cítricos, rama en que Cuba es productor mediano a escala mundial, tratan de abrirse paso en las nuevas condiciones en asociación con capital extranjero. El turismo siguió creciendo: respecto a 1991, los turistas aumentaron un 32% y los ingresos un 37%; la rama aportó a la economía unos 400 millones de dólares, casi el doble que en 1988. La industria médico farmacéutica y biotecnológica, en la que se han invertido más de 300 millones de dólares en 1988-1992, ya ha recuperado esa inversión con sus exportaciones; su anticolesterol PPG, sus vacunas contra la meningitis meningocócica y la hepatitis B, entre otros productos, expresan su nivel mundial y los logros de Cuba en el desarrollo a partir de las revoluciones científicas y técnicas contemporáneas.

La producción de alimentos para el consumo nacional –estratégica para la sustitución de importaciones, el bienestar popular y la seguridad nacional– es el teatro de uno de los mayores esfuerzos cubanos actuales, y el que más presencia tiene en la vida cotidiana. La gran escasez de recursos ha afectado muy duramente

a la alimentación animal, la fertilización, la mecanización y la disponibilidad de herbicidas y pesticidas. La producción de viandas y hortalizas es la más exitosa, con un 16% más en 1992 que en 1990; el sector estatal creció mucho más, mientras el campesino decrecía. En 1992 solo se produce un 45% de la leche obtenida en 1989; la producción de carne también decreció mucho. Otras producciones registran resultados diversos. Una extraordinaria movilización sistemática de trabajadores urbanos voluntarios enfrenta el brusco ascenso de la necesidad de fuerza de trabajo; grandes avances en organización, utilización de bueyes, multiarados, producción masiva de biofertilizantes, biopesticidas y semillas, son factores fundamentales de una batalla decisiva para el país.

La vida cotidiana se ha tornado muy difícil. Alimentos y otros bienes de consumo importados, y productos nacionales de materias primas importadas, han sido víctimas de la contracción; unos faltan del todo y otros muchos escasean. El transporte sigue sufriendo sucesivos recortes ante la falta de combustibles, piezas y equipos; el servicio de ómnibus en La Habana se redujo a un tercio. Un millón de bicicletas recientes, y las que siguen entrando o produciéndose, cambian la fisonomía urbana. El consumo de energía eléctrica está racionado

severamente, con apagones programados. Los aires acondicionados recesan, disminuyen los horarios de la televisión, la red comercial y las actividades nocturnas, y se racionaliza el alumbrado público.

Las medidas tomadas por los órganos de dirección del país frente a los agravamientos de las dificultades han sido una decisiva ratificación de la opción socialista. Consumos racionados en vez de aumentos de precios, aumento estatal de la distribución equitativa, disminución de actividades laborales y paro sin dejar abandonados a los trabajadores afectados, exigencia de austeridad a todos los niveles, enérgica acción judicial contra los infractores, intangibilidad de los servicios gratuitos de salud y educación, y de la seguridad social, configuran un cuadro insólito en el mundo actual, que fortalece al sistema y a las convicciones socialistas.

Dos aspectos resaltan sobre todo en esta situación extraordinaria: el orden y el consenso generales. Las medidas de racionamiento, reducción de servicios, etcétera, se han ido tomando y cumpliendo muy ordenadamente, con informaciones precisas, sin desorden ni irregularidades. Con laboriosidad y efectividad, sin estridencias, se llega a decisiones respecto a recursos, actividades de producción y servicios, etapas. En la práctica atenazada por

tantas dificultades se está abriendo paso el antiguo reclamo de eficiencia, con ostensible aumento de los niveles de responsabilidad, exigencia y conciencia de los actores.

Existe una conciencia generalizada de que está en juego la vida del país y la manera de vivir forjada entre todos. La dirección revolucionaria es identificada por la mayoría de la población, a mi juicio, como conductora de los esfuerzos nacionales, de la política en general y la defensa de las conquistas sociales, y de las transformaciones de estructuras que resulten necesarias. Muchos miles de personas vuelven activo este consenso al asumir con mayor eficacia sus responsabilidades, o al concertar sus iniciativas y capacidades individuales para realizar esfuerzos sistemáticos tan diversos como el trabajo voluntario agrícola o la invención o adaptación de productos y procedimientos que solucionen problemas de la industria y los servicios. Sin acudir al formalismo vacío y los rituales que han lastrado tanto nuestros lenguajes y prácticas en muchos terrenos, la mayoría de la población relaciona sus estrecheces y acciones cotidianas con los compromisos trascendentales de defender su patria y su proyecto solidario y socialista.

Un conjunto de factores internos operan en sentido diferente, entorpecen o se oponen al

cuadro favorable apuntado arriba. Ante todo, ni el grado de desarrollo material y de satisfacción de necesidades materiales y espirituales, ni el desarrollo real de muchas instituciones de la sociedad y de las ideas relativas a ellas, se corresponden con la enorme ampliación de las capacidades de las personas –sobre todo de los jóvenes– que ha provocado la propia Revolución, ni con la consiguiente maduración relativa de actitudes y relaciones propias de una cultura socialista. Esto es fuente de tensiones, insatisfacciones, frustraciones y contradicciones. Las deformaciones y limitaciones que la adopción parcial del llamado socialismo real trajeron al proyecto socialista cubano agravan los efectos de las insuficiencias referidas arriba y, lo que es peor, pueden confundir o hacer vacilar en la coyuntura actual respecto a la validez del socialismo como vía para continuar, o a la necesidad de auspiciar formas efectivas y muy amplias de participación popular precisamente para garantizar la continuidad del socialismo.

Por otra parte, diferentes motivaciones provenientes de las relaciones sociales en que están envueltos, o de los grupos de los que forman parte, tienden a disgregar o a apartar del socialismo a cierto número de personas. Los resultados pueden ir desde el alejamiento

de las definiciones y prácticas políticas, la identificación con actividades sociales o especializadas que se oponen a lo político, hasta una gama de inclinaciones o posiciones antirrevolucionarias.

La extrema complejidad y diversidad de los factores que he mencionado nos remite a campos de la vida cubana que no son asunto de este texto. Pero es imprescindible apuntarlos al menos aquí: la actividad económica no puede ser comprendida ni ejecutada sino como parte de la actividad total de los individuos y las colectividades. Esta forma un complejo social determinado, en cuya trayectoria puede resultar más influyente o determinante en cada momento significativo un aspecto de la formación social, que puede ser o no el económico.

La crisis ha sido enfrentada no solo con medidas de emergencia, sino con una estrategia ambiciosa. Más que sobrevivir, se busca viabilidad para combinar la satisfacción de necesidades con la creación de un autoabastecimiento alimentario y con una reinserción progresiva en la economía internacional que permita comercio, recepción de capitales y renovación tecnológica funcionales a la continuidad del sistema socialista cubano. El aprovechamiento de los logros obtenidos por el país –altos niveles culturales y técnicos, infraestructura, ramas

productivas, investigación científica aplicada, salud, gran cohesión social–, de recursos naturales valiosos, y de las posibilidades que brinda el régimen social vigente, son factores cruciales en esa estrategia.

Cuba está modificando muchas de sus instituciones económicas –y las jurídicas y sociales que resulta necesario– en busca de adecuación a las nuevas condiciones. Por ejemplo, las ramas del níquel, el acero, la aviación, la pesca, el cemento y algunas otras operan con gran autonomía respecto a su actividad exportadora y los recursos que obtienen, aunque bajo control del Estado y decisión suprema de este sobre sus fondos. Se estimula a otras instituciones a buscar mediante actividad hacia el exterior las divisas que les son necesarias. El comercio exterior, que se descentraliza, registra relaciones con casi 3 mil firmas de 84 países. En octubre el gobierno comenzó una reforma que incrementará en breve los precios mayoristas en no menos del 50%; la reforma busca acercar esos precios a la media internacional para eliminar subsidios por esa vía a las empresas estatales y establecer un nuevo criterio de eficiencia y rentabilidad. El Ministro de Precios declaró que nunca habrá automatismo entre los precios mayoristas y los minoristas, en defensa de la política social que hasta hoy ha tenido la Revolución.

El país se abre a la inversión de capital extranjero, un reto crucial para el socialismo cubano. Quiero destacar siete características de este proceso de asociación con empresarios extranjeros de despliegue reciente:

- 1) Las ganancias y los activos de la parte cubana pertenecen a la nación, no a la empresa creada. Los recursos generados son distribuidos por el Estado en función del desarrollo de esa actividad o de otras convenientes al país;
- 2) Los cubanos dirigentes en esas empresas no pueden disponer de ellas; son asignados por el Estado y a él responden. Los trabajadores cubanos no participan de las ganancias. Unos y otros mantienen los derechos y beneficios del sistema social cubano;
- 3) Los inversionistas extranjeros reciben numerosas facilidades, por ejemplo, la exención de impuestos sobre ingresos brutos y la libre remisión al exterior de sus utilidades. Hay pocas restricciones previas, las regulaciones van estableciéndose sin prisa y pueden ser casuísticas;
- 4) Los logros del país relacionados arriba, más el orden y la estabilidad social, la responsabilidad y honestidad de la parte cubana, constituyen ventajas adicionales para el inversionista;

- 5) Cuba propone la asociación allí donde entiende que es más conveniente a sus intereses nacionales: turismo, industria básica, sideromecánica, materiales de construcción, textiles, agricultura, industria farmacéutica son las ramas principales en la actualidad;
- 6) Los objetivos fundamentales buscados son: mercados, divisas, mayor aprovechamiento de recursos, tecnologías y organización de la producción más avanzadas, insumos. Cuba ofrece en cada caso los elementos propios que resulten significativos;
- 7) Existe gran interés en muchos países por los negocios con Cuba, aunque es contrarrestado activamente por el gobierno de los Estados Unidos con medidas de recrudecimiento de su ilegal bloqueo económico y con presiones sobre empresas y países a lo largo del mundo.

La actitud norteamericana implica una clara elección: ahogar al socialismo cubano más bien que apostar a su erosión a mediano plazo. Se oponen así incluso al interés de empresarios de su país, y a las subsidiarias norteamericanas que han más que triplicado sus compraventas con Cuba en los últimos años (718 millones de giro comercial en 1991 según el Departamento del Tesoro norteamericano).

El control que tiene el régimen cubano sobre la economía nacional, el lugar y el papel que le toca a la economía en las ideas dominantes en el país, los mecanismos y ciertos avances logrados en cuanto a planificación del desarrollo, operan fuertemente a favor de una reinserción exitosa en la economía mundial. La capacidad negociadora de Cuba se potencia por la concentración de sus recursos, sus fuerzas y sus objetivos. Una inserción dirigida, organizada, le evita al país la suerte que correrían la economía y los recursos de una pequeña nación de pasado neocolonial si son disgregados y sometidos por el capitalismo internacional. Riesgo incomparablemente más grave cuando se sufre el súbito desplome de las relaciones económicas internacionales fundamentales, como es el caso cubano.

La coyuntura sigue siendo, sin embargo, crítica. Se anuncia un 1993 por lo menos tan duro como 1992, o peor, con una producción azucarera menor, los mismos factores adversos de precios y otros, y más fuerte bloqueo norteamericano. Se va haciendo claro que es necesario un tiempo prolongado para superar esta etapa, aunque las nuevas experiencias y la autoconfianza que aporta la sobrevivencia favorecen al proceso. Se acumulan también, en sentido contrario, factores negativos.

La distribución y el consumo basados en el racionamiento y en los principios socialistas son atacados duramente por la gran escasez de productos y servicios y el consiguiente exceso de circulante. El complejo de actividades ilícitas que ya existía, para extraer productos y servicios de la economía socialista hacia consumos individuales, ha crecido, y también el mercado negro crece, mas no solo sucede eso.

En la capital y en otros lugares del país crecen las actividades económicas operadas mediante dólares. Productos y servicios que en muchos casos son escasos o inexistentes para la población se ofrecen en esa esfera; miles de cubanos trabajan directamente en ella y otros muchos reciben sus influencias de las más diversas maneras. Nuevas relaciones sociales se establecen alrededor de estas actividades económicas dolarizadas, y muchas personas van variando las ideas que tienen acerca del consumo, el estatus, la retribución al trabajo, la eficiencia, el papel del Estado, la organización económica de la sociedad, con tendencia al alejamiento de las ideas que hasta ahora han sido dominantes en esos campos.

Un complejo de actividades lícitas e ilícitas –las fronteras son además imprecisas–, ligadas a la esfera dolarizada, debilitan el papel de la distribución estatal de productos y servicios,

alimentan el mercado negro, deterioran el poder adquisitivo del peso cubano y por tanto el significado material y moral del ingreso obtenido en esa moneda, y erosionan en alguna medida la confianza en la economía socialista. La cuestión es más grave y compleja por estar íntimamente vinculada a las prácticas mediante las cuales el país está enfrentando con éxito la súbita desaparición de sus relaciones económicas internacionales fundamentales y sus consecuencias tan negativas.

Las estrechas relaciones que existen entre sobrevivencia, viabilidad y naturaleza del sistema resultante –como planteábamos al inicio– se dan también entre los problemas que esos tres procesos confrontan. La falta de decisión podría comprometer esfuerzos fundamentales, pero tan cierto como eso es que pasos erróneos en materias esenciales comprometerían el futuro de la sociedad como un todo. Por tanto resulta hoy imprescindible la reafirmación del carácter planeado del socialismo y del papel decisivo de la participación.

La situación cubana presenta una disyuntiva ante la estrategia que se ha puesto en marcha y los eventos y realidades que ella debe forzosamente producir: promover efectos inducidos por la conjunción activa del pueblo y el poder en defensa de la continuidad socialista, o

esperar efectos producidos por el curso de los acontecimientos con la esperanza de que resulten positivos para el país. En mi opinión, la primera opción es la acertada. Y ella exige que la información y el debate cumplan sus papeles de multiplicadores de la fuerza masiva, consciente y organizada sin la cual no es posible que la transición socialista prevalezca.

La proliferación de la economía mercantil lo erosionaría todo si no operan a favor del socialismo mecanismos extraeconómicos fundamentales. La participación popular calificada en la economía y en todos los terrenos de la sociedad, y un poder socialista muy fuerte y cohesionado que mantenga el rumbo y utilice a las nuevas instituciones y relaciones como instrumentos de la transición socialista y no como sus enterradores, son los elementos indispensables.

Resulta muy significativo que al terminar bruscamente la etapa cubana de desconexión relativa permanezcan dominantes, a pesar de la crisis, las características fundamentales de esa sociedad: un poder muy fuerte y movilizador, de consenso mayoritario y participación muy organizada, y un proyecto muy enérgico de desarrollo socialista de liberación nacional. Y también que la acumulación social –económica, política, ideológica– que ha realizado le

permita defender su soberanía y seguridad nacionales, sus políticas públicas de desarrollo de la calidad de la vida y la cultura, y los intereses de su economía nacional, con cierto número de variables a su favor, una notable cohesión interna y bastante capacidad negociadora.

Para un plazo que transcurrirá sin remedio pueden irse adelantando nuevas interrogantes centrales: ¿Cómo sucederá la integración paulatina de Cuba a una economía internacional que está dominada en sentido general por el capitalismo transnacional y su ideología? ¿Qué efectos tendrá ese proceso sobre su régimen socialista? ¿Podrían desarrollarse las transformaciones estructurales necesarias y la continuidad del fortalecimiento de la cultura de vínculos solidarios, socialista, de manera que esta última controle y se sirva de las primeras?

Puedo parecer especulativo, y en Cuba hay tales urgencias y dificultades en este momento, y tantos trabajos, preocupaciones, convicciones y esperanzas, que parecería lícito posponer la reflexión sobre aquellas interrogantes. También es probable que al reflexionar y al actuar sobre problemas más cercanos, contribuyamos entre todos a cambiar a nuestro favor en alguna medida los datos de los problemas más mediatos. Estimo, sin embargo, imprescindible para el socialismo cubano plantearse sus

problemas perspectivas desde ahora, como garantía de llegar a tiempo a ellos y de resolverlos acertadamente.

También en este campo es Cuba un laboratorio inapreciable acerca de las posibilidades del socialismo de ser la alternativa para los pueblos. Ayuda a la vez a la tarea indispensable de seguir pensando, entre todos los latinoamericanos, qué naturaleza tendrá la sociedad hacia la que pretendan ir los movimientos y las luchas populares, dado que las sociedades capitalistas existentes son desoladoras. Opino que a los proyectos y a los procesos populares de liberación se les va a hacer cada vez más clara la necesidad de construir campos culturales y vínculos solidarios socialistas contra el campo cada vez más totalitario del capitalismo transnacional.

Las experiencias cubanas –y entiendo que no solo ellas– muestran que las vías para la superación del férreo determinismo económico que hoy parece reinar, contra toda esperanza de las mayorías, no dependen solamente de los indicadores y las iniciativas económicos, e incluso enseñan que esas iniciativas económicas tampoco cumplirán sus objetivos si se basan solo en las condicionantes y las normas económicas. El reto está en que los movimientos y las sociedades organizados e inspirados en

finés de liberación y de solidaridad sean capaces de ir más lejos y de “dar más” de lo que las circunstancias y las posibilidades parecen permitir.

FUENTES DE LOS DATOS Y OTRAS REFERENCIAS

- Amin, S. 1989 *La desconexión* (Buenos Aires: Editorial del Pensamiento Nacional / IEPALA).
- Castro Ruz, F. 1992a “Discurso en Cienfuegos” en *Granma* (La Habana) 8 de septiembre.
- Castro Ruz, F. 1992b “En la Asamblea Nacional del Poder Popular” en *Granma* (La Habana) 31 de octubre.
- Fernández Font, M. 1989 *Cuba y la economía azucarera mundial* (La Habana: Pueblo y Educación).
- Granma* (La Habana: órgano oficial del CC del PCC) enero a noviembre de 1992.
- Guzmán, A. 1992 “Entrevista” en *Trabajadores* (La Habana) 19 de octubre.
- Inter Press Service (IPS) 1992 *Economics Press Service. Información Quincenal sobre Cuba* (s/d).

- Lage Dávila, C. 1992 “Comparecencia en *Hoy Mismo*, de la TV Cubana” en *Granma* (La Habana) 10 y 14 de noviembre.
- Martínez Heredia, F. 1991 “Cuba: problemas de la liberación, el socialismo y la democracia” en *Cuadernos de Nuestra América* (La Habana) Vol. VIII, N° 17, juliodiciembre.
- Martínez Heredia, F. 1992 “Tres notas y dos debates” en *La Gaceta de Cuba* (La Habana) N° 3, mayojunio.
- Partido Comunista de Cuba (PCC) 1991 “IV Congreso, Debates y Documentos” en *Granma* (La Habana) octubre.
- Rodríguez, J. L. 1989 “El desarrollo económico y social de Cuba: resultados de 30 años de Revolución” en *Cuba Socialista* (La Habana) N° 39, mayojunio.
- Rodríguez, J. L. 1990 *Estrategia del desarrollo económico en Cuba* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) 1992 “Informe al VI Congreso” en *Juventud Rebelde* (La Habana) 25 de marzo.
- Zimbalist, A. y Brundenius, C. 1989 *The Cuban Economy* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press).

CUBA: PROBLEMAS DE LA LIBERACIÓN, EL SOCIALISMO, LA DEMOCRACIA*

El hecho histórico fundamental, que llena la segunda mitad del siglo XX en Cuba, es la revolución iniciada en 1953 y que asumió el poder en el país desde 1959. La democracia, que solo puede ser comprendida, clasificada y problematizada a partir de concretarla en tiempo y lugar, está ligada decisivamente en Cuba a esa revolución, sin que esta afirmación pretenda desconocer otros factores: la historia previa de la democracia entre nosotros, en cuanto hechos, usos políticos, creencias y aspiraciones; las diferentes condicionantes externas que ha tenido y tiene el proceso. La revolución popular que derribó en Cuba los aparatos de dominación, explotación y opresión existentes, ha

organizado y reorganizado sus fuerzas siempre según un proyecto de conseguir y mantener la soberanía e independencia nacional, a la vez que redistribuir la riqueza social de modo radical a favor de los trabajadores y el pueblo, basándose en un poder popular. Liberación nacional, socialismo y democracia son entonces elementos principales de la realidad cubana; los problemas que ha confrontado y enfrenta cada uno de ellos, y los de sus nexos, influencias y contradicciones, resultan insoslayables para el conocimiento y las valoraciones a que podemos llegar.

Intentaré abordar –en los límites del tema y de mis posibilidades personales– la cuestión de la democracia en la Revolución cubana. Tendré en cuenta la historia de un proceso que dura ya más de treinta años, historia de hechos, representaciones y proyectos, y las alternativas del futuro cercano, según las aprecio en este momento en que se pretende negar a la mayoría del mundo todo derecho a decidir sobre su futuro, y hasta toda esperanza. Sostengo una

* Primera edición: Martínez Heredia, F. 1991 “Cuba: problemas de la liberación, el socialismo, la democracia” en *Cuadernos de Nuestra América* (La Habana: Centro de Estudios sobre América) N° 17, julio-diciembre. Publicado luego en: Martínez Heredia, F. 2006 [1998] *Socialismo, liberación y democracia. En el horno de los noventa* (Melbourne / Nueva York: Ocean Sur) pp. 94-122.

posición determinada acerca del socialismo, que enmarca mi comprensión y mis valoraciones del proceso cubano y de su opción para garantizar el futuro socialista del país. Esa posición se ubica *desde* América Latina, sus necesidades y proyectos, como reflexión latinoamericana socialista.

La caída del socialismo real, la profunda crisis en que se encuentran las ideas socialistas en el mundo actual, la unipolaridad que por ahora goza Estados Unidos de manera incontrastada, son factores ineludibles en el análisis de Cuba. La tensión, muchas veces extrema, entre la vida y los intereses del país y los grandes intereses en curso o en pugna en el mundo, han marcado toda la historia cubana. Aunque de manera muy sucinta, por esa historia hay que comenzar.

UNA REVOLUCIÓN SOCIALISTA DE LIBERACIÓN NACIONAL

Cuba fue, ante todo, un país colonizado y neocolonizado durante cuatro siglos y medio, de los que pueden contar la historia del capitalismo desde su reverso: en vez de desarrollo, subdesarrollo; en vez de modernizaciones sucesivas, dominaciones sucesivas. Un país pequeño

que registró dos cambios profundos de su formación económica –aproximadamente entre 1780-1860 y entre inicios del siglo XX y 1927– con sus consecuentes transformaciones demográficas, económicas, sociales y espirituales. El primero la convirtió en una colonia riquísima basada en la producción de azúcar crudo para el mercado mundial mediante el uso masivo de esclavos; el segundo volvió a expandir la producción azucarera para la exportación y consumó el paso de Estados Unidos de primer comprador, que siempre fue, a dueño, controlador o rector de la economía cubana. Tres revoluciones políticas sucedieron entre 1868 y 1953, que tuvieron consecuencias decisivas para el país.

El desarrollo tan contradictorio de Cuba en el siglo XIX desembocó en la práctica de opciones revolucionarias muy profundas ante el colonialismo y la esclavitud, frente a otras posiciones menos revolucionarias y enfrentadas a las opciones reformistas y el anexionismo a Estados Unidos. Las grandes guerras revolucionarias consumaron la nación cubana como una entidad autónoma, autoidentificada, con una epopeya propia de carácter muy popular. Al proyecto político radical de José Martí (liberación nacional antiimperialista, democracia y república nueva) le correspondió la visión

popular de la *patria*, como una nación de todos y el vehículo de los sacrificios compartidos y de las demandas y las esperanzas específicas de los humildes. Frente a la república burguesa neocolonial, una nueva Revolución, la del 30, logró relacionar efectivamente el antiimperialismo, la tradición patriótica de lucha armada y las ideas socialistas, aunque sin fuerza suficiente para triunfar.

Las relaciones de dominio impuestas por Estados Unidos impidieron todo proyecto de desarrollo económico nacional y de distribución justa del ingreso durante sesenta años. Por medios económicos y extraeconómicos, Cuba fue despojada sistemáticamente, y el cuadro neocolonial se completaba con la dominación del Estado por parte de Washington y de la mayoría por los beneficiarios económicos y políticos del sistema. La superexplotación del trabajador del campo, la miseria de cientos de miles de familias, el enorme desempleo permanente y cíclico, la gran insuficiencia de servicios sociales conformaban la vida cotidiana.

La reformulación del modelo de dominación después de la Revolución del 30 fue produciendo un régimen político electoral con partidos muy estructurados y con masas, un Estado aparentemente por encima de las clases, un orden constitucional muy avanzado en

su letra, funcionamiento de los poderes del Estado, cierto desarrollo de la sociedad civil, demagogia y propaganda muy tecnificada. El predominio del reformismo dejaba intangibles los pilares fundamentales del sistema, pero aun así este régimen fue quebrantado por un golpe militar en 1952. La dictadura significó una apelación creciente a la represión, no consiguió legitimarse y concitó un inmenso pero no organizado repudio popular. La revolución iniciada en 1953 canalizó ese sentimiento, polarizó al país, emprendió la guerra revolucionaria, se tornó la mayor fuerza de masas y cambió la historia nacional.

El triunfo revolucionario fue el fruto de las luchas y las condiciones existentes en Cuba, cuando una vanguardia política interpretó y vivió las necesidades, los anhelos y representaciones de los cubanos y los proyectó hacia objetivos más trascendentes. Ni los dos cambios referidos de la formación económica ni las tres revoluciones políticas habían logrado acabar con el colonialismo-neocolonialismo como relación externa dominante, o con la explotación, el estrujamiento, miseria y opresión de la mayoría de la población como relación interna fundamental. Pero en este proceso histórico se formó y fortaleció una corriente de cultura política muy radical que ahora se volvió dominante.

A partir de enero de 1959, las alternativas se corrieron velozmente. La opción de restablecer las libertades civiles en una democracia política con capitalismo neocolonial, esto es, la continuidad renovada del sistema, fue derrotada por otra opción: una revolución de liberación nacional y justicia social. El poder imperialista norteamericano emprendió acciones para acabar con la Revolución de inmediato, pero Cuba no fue “empujada” por aquel al socialismo. La nuestra podía ser tan capaz como cualquier otra sociedad capitalista de absorber el heroico esfuerzo de una revolución e incluso injertar parte de su fuerza en su sistema de dominación, sobre la base de la profunda relación del país con Estados Unidos. Pero ahora estaba claro que los objetivos de soberanía nacional, justicia social, imperio de la democracia, desarrollo nacional independiente, solo eran alcanzables si se enlazaban entre sí, y para eso tenían que desatarse todas las fuerzas y despertarse toda la conciencia del pueblo.

La acción esclarecida, las tácticas, la astucia de un grupo, no pueden por sí solas lograr tales resultados. Aquellas fuerzas populares movilizadas para derrocar a la dictadura podían y querían desatarse para rehacer su vida y crear un nuevo país, y reconocieron en la Revolución y su liderazgo el vehículo idóneo para lograrlo. Sucedió una conjunción feliz, que se cimentó

en esos años de retos, jornadas y campañas increíbles, y de cambios profundos, magníficos y desgarradores. Fidel y sus compañeros habían subvertido con su práctica no solo el orden dictatorial neocolonial, sino también el límite de los pensamientos posibles en el campo revolucionario. El nuevo régimen surgió de las victorias populares armadas y el armamento general del pueblo; la expropiación forzada generalizada y la pérdida del respeto a la propiedad privada, sus representantes y sus símbolos; la creación y desarrollo de organizaciones revolucionarias que asumen el poder, organizan y dirigen el proceso, y conducen la acción y la politización de los participantes; la eliminación del sistema político previo y sus ideologías; la legitimación sostenida del nuevo liderazgo.

Las acciones masivas organizadas, el ejercicio del poder, la concientización general, la gran autoconfianza y el orgullo de ser cubano revolucionario, las nuevas realidades superiores a los más ambiciosos programas previos, transformaron radicalmente a Cuba y a los participantes en su proceso. Es imposible exagerar la importancia del origen revolucionario de las relaciones, instituciones y representaciones que caracterizan al régimen cubano actual. A la sociedad resultante de tantas transformaciones, su decisión de mantenerse y de continuar su proceso

de liberación total, se le ha llamado socialismo. Fue la primera revolución socialista autóctona producida en Occidente.

El socialismo cubano tiene varias características distintivas principales que quisiera al menos enumerar. Es, ante todo, de liberación nacional, vía eficaz para eliminar el dominio extranjero y garantizar la soberanía y la autodeterminación, tarea siempre compleja y difícil. Es antiimperialista, carácter consustancial a todo proyecto de liberación verdadera de Cuba, que la sociedad ha incorporado profundamente a partir de la defensa y la negativa a hacer concesiones de principio; el antiimperialismo se ha desarrollado como participación o apoyo a las causas de otros pueblos, y también ha contribuido a identificar y valorar negativamente a un proceso fundamental del capitalismo mundial contemporáneo.

El socialismo cubano es un proceso de redistribuciones sucesivas de la riqueza social, una de las más profundas que hayan sucedido nunca en el mundo. El pleno empleo se alcanzó pronto y se mantuvo, la distribución del ingreso se transformó radicalmente¹ y el ingreso

familiar ha ido creciendo mientras permanecen los precios subsidiados al consumidor para muchos artículos necesarios, pagos módicos aplazados de la vivienda y otras facilidades; por su cobertura y prestaciones, la seguridad social es considerada ejemplar. Los sistemas gratuitos y efectivamente universales de salud y de educación, la extraordinaria igualación de oportunidades de ascenso social, han dado profundidad y tendencia a la permanencia a esa redistribución. A veces se olvida que este proceso implica una relación profunda de nuevo tipo entre economía y sociedad; al promoverse las necesidades y el bienestar de la población y predominar el proyecto socialista de vida, la economía sufre cambios y afectaciones de diversos tipos en su funcionamiento y sus posibilidades.

La acción combinada o acumulada de los factores referidos hasta aquí permitió la utilización en gran escala de los recursos de la sociedad, en estrategias de largo plazo, en pos de la humanización y pacificación de la existencia, de la disminución de las diferencias sociales

1 Por estratos de la población, en 1953 el 40% más pobre recibía el 6,5% del ingreso nacional; en 1986 recibía el cuádruple, un 26%. El 10% más rico en 1953 recibía el

38,8% del ingreso, en 1986 el 10% más favorecido recibía el 20,1%. Y no se repartió la miseria, porque el PIB per cápita cubano creció al 3,1% anual entre 1960 y 1985 (Zimbalist y Brundemus, 1989: Tablas 10.2 y 10.6).

entre clases y grupos y de la realización de proyectos soberanos de desarrollo nacional. Todos los rumbos adoptados desde el inicio hasta hoy por la dirección del país han tenido el consenso de la mayoría de la población, pero ha sido el protagonismo popular, los comportamientos políticos de masas, los decisivos para que este tipo de socialismo resultara viable. La legitimidad del poder se ha renovado una y otra vez mediante la acción y no solo mediante el consenso. Las concepciones y visiones del socialismo de la mayoría de los cubanos se han formado en el complejo de prácticas, percepciones y tradición procedentes del proceso descrito; el reclamo de una ortodoxia normativa y escolar les es mucho más externo y superficial.

SOCIALISMO CUBANO, SOCIALISMO INTERNACIONAL

Las características distintivas referidas del socialismo cubano marcan su modo de enfrentar y adecuarse a dos órdenes de condicionantes fundamentales en su actuación: el socialismo internacional existente y las “tareas” a realizar por la transición socialista.

Ante todo, para Cuba el socialismo internacional apareció ligado a la sobrevivencia

material y la defensa de la Revolución frente a la agresión permanente norteamericana. A partir de 1960 se anudaron lazos de amistad política y se recibió armamento proveniente de la URSS. De inmediato se establecieron con ella relaciones de intercambio económico que sirvieron para salvar el corte brutal dado por Estados Unidos a nuestro sector externo. Esa alianza fue duramente afectada por la Crisis de Octubre de 1962 en cuanto a la confianza cubana, pero resultó satisfactoria en lo tocante al formidable instrumento defensivo y disuasorio que la Revolución se vio obligada a tener. Después, la relación con la URSS evolucionó como el vínculo económico externo principal de Cuba, pero por primera vez en nuestra historia esa relación partió de las necesidades cubanas, hasta llegar a ser lo que es hoy.² La alianza política con el campo socialista europeo liderado por la URSS –y relaciones económicas de alguna importancia con los demás países de ese grupo– terminó por ser la más influyente

2 “Entre nuestros países se ha formado una división del trabajo bastante estable y un cierto reemplazamiento recíproco de las economías”, declaró Leonid Abalkin, vicepremier soviético, a *Sovietskaia Rossia* (*Granma*, 7 de mayo de 1990).

vinculación externa del país. Se aceptaron, formalmente o de hecho, numerosas instituciones y prácticas del llamado socialismo real.

Las características esenciales distintivas del socialismo cubano no desaparecieron, sin embargo, y en la práctica de los años setenta y ochenta se dieron rasgos de continuidad, de coexistencia, de ambigüedad y de contradicciones y negaciones en la relación entre el socialismo real y el cubano. El antiimperialismo tercermundista y comunista, el decisivo componente latinoamericano de la ideología y de muchas prácticas cubanas, la activísima política internacional propia y sujeta a principios muy específicos han diferenciado mucho a Cuba del socialismo europeo desde 1959 hasta hoy. A lo interno, la continuidad del socialismo cubano quedó marcada por la permanencia del liderazgo superior originario de la Revolución, la ideología y las prácticas de antiimperialismo, patriotismo, tendencia al igualitarismo, internacionalismo, redistribución de la riqueza, formas de poder popular, educación política y creencias en que la sociedad y la humanidad deben marchar hacia formas de solidaridad y convivencia socialista-comunista. En diferencia o en contradicción con esos rasgos se desarrollaron relaciones, instituciones y valores –que tendré en cuenta más adelante– procedentes

o facilitados por el influjo del socialismo real, perjudiciales al avance y a la conservación del socialismo en Cuba.

Toda transición socialista ha tenido que enfrentar un doble enemigo: el “subdesarrollo” que para la mayoría del mundo ha significado el desarrollo desigual (colonizador y neocolonizador en el Tercer Mundo, subordinante en tantos casos) del capitalismo mundial, por un lado; y por otro, el dominio internacional económico que conserva el capitalismo sobre mercados, finanzas, transportes, patentes, etcétera, y el papel de las relaciones mercantiles, fundadas en el valor, que persisten o se establecen en el propio país en transición y, lo que es inevitable, en las cabezas de los individuos. La conjunción de subdesarrollo y mercado implica la insuficiencia de las capacidades de las personas y las instituciones para realizar una “superación” del capitalismo como tipo de sociedad. A la vez, es inevitable que se realicen de manera continua relaciones y comparaciones con niveles económicos internacionales más altos y con culturas de dominación capitalistas muy desarrolladas; por otra parte, no hacer esas comparaciones pueden ocasionar perjuicios, porque vivimos en un mismo mundo.

Qué “tareas” y qué “etapas” tendrá ante sí la transición socialista es el enunciado más simple

del complejo de problemas de todo orden que a partir de aquel doble enemigo acosa al régimen revolucionario. Sobrevivir y avanzar es la necesidad, muchas veces angustiada. Si se cree necesario consolidar una sociedad de tipo intermedio que asegure cambios “civilizatorios” y un proceso de “construcción económica” o de la “base técnica material” del socialismo, se asume una concepción determinada: la evolución (progresiva) del capitalismo se continúa en socialismo con ayuda del régimen socialista; la “economía” determina a la “sociedad”, rige las etapas sucesivas y los métodos de construcción del socialismo. A mi juicio, se absolutiza así lo que la sociedad *en transición* tiene de capitalista o de vínculos con ese sistema, y se va perdiendo la especificidad socialista del proceso y, por tanto, la utilización y desarrollo de sus fuerzas propias, sus métodos de cambio social y sus valores.

Ese tipo de socialismo es débil para enfrentar las tendencias al predominio de actuaciones correspondientes a las instituciones que privilegia, y se generaliza la propensión al afán de ventaja y de dominio, de reproducción del imperio del egoísmo, el lucro y el individualismo. Un socialismo subdesarrollado y mercantilizado produce disfraces de futuro para la reproducción de grupos dominantes y

detención y retroceso del proceso, y cristaliza en un régimen posrevolucionario de dominación, en el mejor caso modernizante de ciertos aspectos de la vida social. La extrema agresividad y el poder enorme del capitalismo mundial, ejercidos de mil modos diferentes contra los países en transición socialista, es un tercer factor constante. Que le toque asestar un golpe definitivo o reabsorber y subordinar mediante los mecanismos más propios de su madurez –que es la tendencia dominante en la actualidad– depende de las características concretas de cada caso y algunos otros factores; esa prevención de lo específico es válida para todo el proceso, complejizado en cada caso respecto a su tipo general.

El socialismo cubano ha partido de una concepción de la transición muy diferente a la referida. La radicalidad del proceso le permitió fortalecerse sobre la base de la gran participación popular organizada y medidas de liberación y redistribución muy profundas, y le permitió asumir el proyecto marxista basándose mucho más en la propuesta original marxista de cambio radical de los individuos y de la sociedad que en la doctrina llamada “marxismo-leninismo”, que llegaba del campo de la URSS y sus aliados. El proyecto cubano, explicitado en los años sesenta, consiste en un cambio cultural

total, que debe simultanear sobrevivencia, alcance de cotas altas de calidad de la vida, soberanía nacional, cambios sociales profundos en favor de los vínculos de solidaridad, crecimiento económico, nuevas formas de gobierno popular y Estado al servicio del pueblo. Creación de un hombre nuevo, revolución técnica, democracia de trabajadores, una gigantesca escuela, crear riquezas con la conciencia, no son frases retóricas sino elementos fundamentales de un lenguaje que alude y pretende fijar ese proyecto. Una gran confianza en que las condiciones “normales” de existencia pueden ser subvertidas mediante la *praxis* revolucionaria del conjunto pueblo-poder revolucionario inspira ese proyecto.

LA GRAN TRANSFORMACIÓN, LAS DOS ETAPAS

Los problemas de la democracia en Cuba guardan estrecha y compleja relación con el proyecto socialista original de su Revolución, las realidades que este ha ido creando, sus condicionantes, derrotas y victorias, su continuidad y su futuro. Este aserto no niega ni subestima que treinta años de historia de la democracia y su acumulación de experiencias, ideas e

instituciones, le aportan una relativa autonomía y eficacia. Por el contrario, pienso que en la situación actual y el futuro cubanos el aumento del papel autónomo y de la eficacia de la democracia podría ser un factor decisivo para que el proyecto original revolucionario, con la imprescindible reformulación acorde con las nuevas condiciones, predomine y le dé continuidad y avance al proceso socialista y liberador del país.

Los modos como se desarrollan e interactúan democracia, socialismo y liberación varían a lo largo del proceso, lo que constituye uno de los elementos principales para distinguir etapas y caracterizarlas. La revolución, como fuente de derecho, principio incorporado previamente al pensamiento político cubano, no solamente cobijó todos los programas y medidas de la insurrección y del nuevo poder,³ también se generalizó en la conciencia política y la vida cotidiana de los cubanos durante esos primeros años. La avanzada Constitución de

3 El primer programa revolucionario, *La Historia me absolverá*, anunciaba: “un gobierno aclamado por la masa de combatientes recibiría todas las atribuciones necesarias para proceder a la implantación efectiva de la voluntad popular y de la verdadera justicia” (Castro Ruz, 2001 [1953]).

1940 sirvió de marco a los copiosísimos frutos del nuevo ordenamiento legal revolucionario –mil leyes y un mar de resoluciones y reglamentos produjo el Gobierno Revolucionario en sus primeros tres años– y se reorganizaron o crearon órganos estatales en todos los campos, ahora extraordinariamente ampliados por las nacionalizaciones.

Una nueva manera de hacer política, y de entenderla, se creó en esos años, y ella implicó una ruptura muy profunda con la sociedad anterior. Ante los cambios tan radicales y beneficiosos para las mayorías, la democracia burguesa anterior quedó descalificada, pero al atacar a la Revolución la mayor parte de sus representantes, se condenó sin remedio. La Revolución ocupó todo el espacio nacional y social y Estados Unidos consumaron esa situación al desnacionalizar del todo a la oposición, ya de por sí esperanzada en la invasión de su país por los norteamericanos. El pueblo, que vivía el duro y magnífico proceso de liberación, trabajo, lucha, creación, aprendizaje, justicia, era hostigado, atacado, acosado y calumniado sistemáticamente en nombre de la democracia, la libertad, la propiedad privada y el anticomunismo. En esta escuela aprendió la población cubana a valorar muy negativamente las diferentes formas de gobierno y de

reproducción política e ideológica del capitalismo, un rechazo cuyas consecuencias todavía se perciben con fuerza.

La defensa armada de la Revolución fue una de las más profundas y masivas formas políticas y de concientización de la población, que sigue teniendo ese contenido hasta hoy. Comprometió directamente a cientos de miles, que se enfrentaron a invasiones, lucha armada irregular, atentados terroristas, sabotajes, amenazas militares norteamericanas, de manera intensa durante seis años, hasta vencerlas.⁴

Ella condujo al armamento y preparación militar general del pueblo, dio lugar o impulsó mucho la creación de organizaciones populares, de actividades estatales y sociales por todo el país, y elevó la participación política muchísimo más que lo esperable de las condiciones

4 La Batalla de Girón y la Crisis de Octubre de 1962 son más conocidas. Pero las bandas armadas en el campo obligaron durante cinco años a una virtual guerra civil; en sus momentos más álgidos participaron entre 50 y 100 mil combatientes en persecución de hasta 200 bandas. Por otra parte, después de 1965 continuaron los actos terroristas y sabotajes, aunque en menor escala; la voladura de un avión civil en vuelo en Barbados, que causó 73 víctimas (1976), es un ejemplo inolvidable. Las provocaciones y amenazas de acción militar norteamericanas no han terminado nunca.

de vida y de trabajo que tenían las mayorías. El antiimperialismo se soldó con la defensa de la Revolución, el poder represivo fue compartido y la coerción social ha sido tan fuerte por lo menos como la estatal. La identificación de oposición política con contrarrevolución persiste en la mayoría de la población.

La intensificación del flujo migratorio a Estados Unidos después de 1959, sin perder las motivaciones socioeconómicas que suelen determinar esos fenómenos, fue una respuesta a los cambios sociales tan profundos, y ha sido muy estimulada legal, ilegal y políticamente por Estados Unidos, en su enfrentamiento permanente a Cuba, para convertirla en símbolo anticubano de “huida a la libertad” y de fracaso del régimen.⁵ Desde la cobertura política y la utilización de contrarrevolucionarios de los primeros años, dirigidas al derrocamiento del gobierno cubano, hasta la guerra ideológica de siempre, predominante hoy, Estados Unidos han pretendido manipular la comunidad cubana en su territorio contra su país de origen.

⁵ Rafael Hernández estima en 230 mil los emigrantes de 1959-1965; 240 mil para 1965-1973; 17 mil en 1973-1977 y 207 mil hasta mediados de los años ochenta, incluidos aquí los 125 mil del Mariel en 1980. *Cfr.* Hernández (1985); Hernández y Gomis (1986).

Identificados muy fuertemente su ámbito, su elección y su destino, el régimen cubano se definió como una democracia de trabajadores. La realización práctica de los ideales revolucionarios es mucho más apreciada que la democracia formal, y el ejercicio por parte de todos de derechos fundamentales para vivir dignamente, para la igualación de oportunidades y para tener una rica actuación política dentro de la Revolución se valora mucho más que cualquier declaración de libertades y derechos formales. Las formas de democracia directa que se practican adquieren un gran prestigio. La sociedad civil multiplica sus actores; organizaciones muy estructuradas sirven de vehículo a millones de personas en diversos sentidos, y promueven los intereses de comunidades y de grupos específicos de la población, aunque siempre centradas en la defensa y el apoyo político a la Revolución.

Una extraordinaria movilidad social fue uno de los rasgos más importantes y definitorios del carácter de la Revolución. Ella fue propiciada por las prácticas de un poder popular real que abrió campo a la participación de todos los individuos –incluidos los más humildes– en las más disímiles tareas y a escala muchas veces masiva, por la formidable redistribución de la riqueza, nuevas relaciones e instituciones

políticas y sociales, una economía de transformaciones profundas y enormes esfuerzos de sobrevivencia y desarrollo, gigantescos cambios educacionales, y un mundo ideal opuesto a las jerarquías tradicionales o debidas al dinero. Disminuyeron a fondo las desventajas materiales y sociales de los sectores humildes, y también el racismo y la discriminación racial sufridos por negros y mestizos, no por donación, sino mediante la participación y como un aspecto de la Revolución. Se inició un gigantesco proceso de modificación de la situación de subordinación tradicional de la mayoría de las mujeres, que les abrió vías y oportunidades, derribó tabúes, corroyó prejuicios y echó las bases para hacer viable una ulterior transformación de la condición femenina. La familia recibió en muy breve tiempo formidables impactos sociales; normas y valores sufrieron transformaciones notables en ese ámbito, como en muchos otros, y puede afirmarse que se abrió una nueva etapa para la institución familiar en nuestra sociedad.

Desapareció la clase de los propietarios de empresas industriales y comerciales, y de explotaciones agrícolas grandes y medianas, y los banqueros, los demás elementos ligados al modo de producción capitalista neocolonial, y sus grupos de interés, fueron barridos por la

Revolución. La mayoría emigró, y también una parte de los profesionales y otras personas calificadas. Otra parte de los técnicos, empleados y demás sectores medios, junto a la mayoría de los elementos de las clases y grupos populares, se integraron con gran esfuerzo y entusiasmo a las tareas económicas y sociales. La disciplina laboral capitalista neocolonial se extinguió, y el complejo de motivaciones y obligaciones instrumentadas por el nuevo poder no ocupó totalmente el espacio que aquella dejó vacío. El desbarajuste que ocasiona a la economía una transformación social tan profunda, el aprendizaje precipitado de tantas nuevas técnicas y roles, la carencia de cuadros, la urgencia simultánea en tantos terrenos, presidieron la formación de las nuevas agrupaciones, relaciones e instituciones sociales. No fue un paseo, sino un trayecto agónico,⁶ pero él produjo un nuevo país.

6 “Ahora pasan los medios de producción a poder del pueblo, pero el pueblo sigue siendo aquel mismo pueblo que ayer increpaba al patrón y maldecía su trabajo. Las condiciones de trabajo en muchos casos no han cambiado [...]”. (Guevara, 1966, 1970 [1964]). “En estos países no se ha producido todavía una educación completa para el trabajo social [...]” (Guevara, 1966, 1970 [1965]).

Es esa sociedad la que confía al Estado más poderoso que ha conocido la historia del país la salvaguarda de sus conquistas, la reorganización de la economía, la elaboración de las normas legales y la conducción de su proyecto más radical. Y es la que participa en un sistema político que no organiza la competencia política de partidos, la alternancia y representación a nivel central de base electoral ni la institucionalización del disenso. Sería erróneo dispensarla basándose en que se vivían circunstancias extremas que facultan el estado de excepción, aunque efectivamente las hubo, porque la acción y la vocación del régimen fueron desde el inicio establecer un sistema ordenado de administración y gobierno, con sus niveles y relaciones institucionalizados, y esto se logró con apreciable celeridad. Tampoco se trató de ingenuidad masiva ante el discurso demagógico de un proceso reformista y el carisma de un caudillo. Este sistema político fue creado y desarrollado para servir al proyecto popular, buscando que tuviera eficacia para cumplir muchos y complejos fines, entre ellos, también, el de modificarse a sí mismo.

Para la mayoría de la población, el Estado era expresión de la voluntad colectiva, fuerza y organización puestas al servicio de la Revolución, la vía idónea para garantizar las conquistas y prestaciones sociales, la defensa

de la Revolución y la continuidad del socialismo, y para producir los cambios y avances. El partido revolucionario surgió, sobre todo, como expresión de la unidad de los revolucionarios –un punto central en la política cubana– y la ejemplaridad de los individuos. Creado desde las asambleas de masas, pero selectivo, con fuerte disciplina y principios ideológicos comunes, ha mantenido una enorme autoridad moral.

La ideología predominante, formada durante la primera etapa de la Revolución en el poder, puede caracterizarse como antiimperialista, patriótica, socialista, internacionalista. Para ella, la política se basa en la unidad, la fe en el líder máximo, los objetivos trascendentes y generales del proceso, la disposición al sacrificio y a los esfuerzos decisivos de movilización o de jomada, el poder de la voluntad, la creencia en el triunfo final de la liberación de los pueblos y la conversión de las sociedades en socialistas, la honradez de los funcionarios y de los revolucionarios en general. Esa ideología exaltó el igualitarismo convirtiéndolo en la guía para el consumo, el valor de cada persona como miembro de la sociedad y sus instancias, las oportunidades de ascenso social –especialmente a través del mérito y de la educación–, el acceso a los servicios sociales y el ejercicio de

las actividades ciudadanas. Consideró el trabajo manual como tarea de todos y dio participación a los valores revolucionarios en los actos y normas de la vida cotidiana.

A pesar de sus inmensos logros, la primera etapa de la Revolución en el poder no pudo avanzar hacia una integración en América Latina, que era uno de los elementos principales de su proyecto, ni conseguir el desarrollo económico acelerado socialista que su estrategia necesitaba. Enredada en sus dificultades e insuficiencias, no pudo evitar la desorganización económica. Los defectos de sus propias virtudes –tendencia a esperar orientaciones, unanimidad que llega a ser unanimismo, conversión de la confianza en triunfalismo, autoridad irrestricta– erosionaron a un control social incipiente que apenas comenzaba a mediar entre la libertad conquistada desde la neocolonia y una organización social original, que no tenía de dónde tomar modelos. La extrema heterogeneidad de los elementos concurrentes a la construcción social necesitaba plazos más largos y, sobre todo, más organización eficaz y de tipo diferente a lo conocido. Los factores internacionales fundamentales fueron adversos, excepto el empantanamiento norteamericano en Vietnam.

El proceso de reorganizar la economía y las instituciones sociales y políticas, y sus

interrelaciones, y de crear una red institucional capaz de garantizar la permanencia de lo logrado y de ser un vehículo y no un obstáculo para los pasos revolucionarios futuros, ocupó la primera mitad de los años setenta. Su resultado fue el establecimiento de una segunda etapa de la Revolución en el poder, muy contradictoria en sí misma, y en relación con su aceptación parcial de instituciones y valores del llamado socialismo real. Las contradicciones que apuntábamos arriba entre el socialismo internacional y el socialismo como “construcción” y el socialismo cubano, ahora se potenciaron y se expresaron de maneras muy concretas.

Ante la imposibilidad de operar en la necesaria interdependencia de sus relaciones económicas internacionales desde una posición suficientemente autónoma, Cuba debió sacrificar la diversificación y armonización de su producción económica a la seguridad que ofrecían los vínculos con la URSS y a la alianza política. La agresión económica permanente de Estados Unidos reforzó esa necesidad, a pesar de alguna distensión en el período 1977-1978. Las relaciones económicas con la URSS se volvieron mayores y más profundas. Cuba ingresó en el CAME (1972) e intentó un proyecto a largo plazo de integración económica, que se apoyaría en la llamada división internacional socialista

del trabajo. La estrategia, la práctica y la ideología económicas fueron influidas cada vez más por el llamado socialismo real, pese a ser sus realidades tan disímiles. Esto afectó negativamente a la dirección económica, a la eficiencia de los actores económicos, al papel de la actividad económica en las transformaciones socialistas de los individuos, de las instituciones y la sociedad en su conjunto, y al proyecto nacional de desarrollo económico socialista.

Esta segunda etapa se propuso conservar la Revolución, rectificar lo que consideró errores de “idealismo” de los años previos, crear condiciones para una industrialización gradual y realizarla, continuar desarrollando los servicios sociales y el bienestar de la población, fortalecer el Estado, los poderes locales, el partido y las organizaciones de masas mediante los procesos de institucionalización y la participación popular organizada, difundir y fijar en la población la ideología del socialismo real. El carácter contradictorio de esta etapa se evidenció paulatinamente, hasta que la dirección revolucionaria levantó en 1986 la campaña pública de rectificación contra muchos de sus aspectos negativos.

El proyecto socialista original de la Revolución resultó devaluado, aunque en la práctica solo se abandonó parcialmente, porque se le atribuyó ser inviable y responsable de los errores previos,

y también porque se asumió con gran fuerza y exclusividad la teoría euroriental del marxismo y del socialismo llamado científico, fundamento ideológico del socialismo real con pretensiones de ser el paradigma de toda la actividad social. En consecuencia, se subvaloraron las experiencias y el pensamiento propios, y se descuidó la búsqueda de soluciones y avances autóctonos y factibles para los complejos problemas de la transición socialista en nuestras condiciones. Se arraigó la creencia en la construcción espontánea del socialismo, que combinaría mecanismos mercantiles y motivaciones individualistas, supuestamente reguladores, con un complicado y creciente aparato burocrático; una construcción mercantilizada sin capitalismo que sería tutelada por el Estado socialista hasta alcanzar el “desarrollo” o la “base material del socialismo”. La institucionalización y el franco auge de los formalismos reforzó la ilusión de que el sistema llegaría a funcionar a la perfección.

LA SOCIEDAD ACTUAL Y LA DEMOCRACIA

No dispongo aquí de espacio para tratar con algún detalle los aspectos positivos y negativos para el desarrollo del socialismo de esta

segunda etapa, y las medidas con que se inició la rectificación.⁷ A los efectos de nuestro tema, quisiera precisar algunas características de la sociedad cubana actual.

La población ha registrado cambios muy notables en las dos últimas décadas. Ante todo existe una nueva generación respecto a la que vivió el triunfo y la formación del nuevo régimen (grupos etarios muy diversos que la Revolución cohesionó), crecida en condiciones sumamente diferentes a las que tuvo aquella. Incomparablemente más sana y mejor alimentada, con un ambiente familiar, escolar y comunal mucho más favorable, con prácticas masivas y sistemáticas de estudio-trabajo de adolescentes, con una escolarización primaria universal desde hace 15 años y secundaria para más del 80% de los adolescentes, esta generación llega a la adultez con unas capacidades realmente notables, a las que contribuyen una riqueza cultural, de vivencias propias y de adopción de normas y valores nuevos y transmitidos.⁸ Es difícil

encontrar cambios tan trascendentales en las personas a escala de un país en el plazo de solo una generación.

La dinámica de la economía cubana es inferior a aquel salto, a lo que se suman los problemas de una industrialización reciente. El empleo técnico y la utilización de las capacidades son insuficientes, la antigüedad y el escalafón de empleos priman sobre la competencia, y no es fácil la absorción satisfactoria de los jóvenes por el mundo laboral. A su vez, la ocupación no productiva tiene más prestigio social, y a la educación formal le ha faltado una tercera transformación que la capacitara para formar habilidades, creatividad, creencias, instrumentos y hábitos de búsqueda correspondientes a las necesidades y proyectos de Cuba. Aunque 2,3 millones de jóvenes cumplieron la edad laboral entre 1980-1985, el grupo de los trabajadores productivos envejece.

7 Lo he hecho, entre otros textos, en: Martínez Heredia (1988, 1989, 1990, 1991).

8 El 55% de la población es menor de treinta años. En 1989-1990 la matrícula nacional era: superior, 12,2%; en 1975-1976 la primaria abarcaba el 71,6%. El nivel educacional aprobado de los trabajadores se modificó así

entre 1978 y 1986: primaria: del 54% al 23,5% del total; secundaria: del 26% al 37,8%; otros de nivel medio, del 16,1% al 29,7%; superior, del 3,9% al 9%. En 1985, el 42,8% de los técnicos y profesionales eran menores de 30 años. Por otra parte, el censo de 1981 registró dos millones de personas de 17 años en adelante sin instrucción primaria terminada; un 64% de ellas eran mayores de 45 años. Cálculos a partir de datos del AEC/CEE (1988), Domínguez (1987) y *Granma*, 22 de septiembre 1990.

La estructura social no registra ya la extrema movilidad de los primeros quince años, lo que es natural, pero hoy se advierte cierta impermeabilidad entre sus grupos componentes. El 94,4% de los trabajadores está en el área estatal,⁹ siempre dominante y ahora fortalecida en el plano legal por la reducción del resurgimiento de intermediarios, servicios y algunas producciones privadas de fines de los años setenta. Sin embargo, existe un complejo de actividades ilícitas que extraen productos y servicios de la economía socialista hacia consumos individuales directos o por precio; otras actividades, sobre todo de servicios, cubren necesidades no satisfechas por la vía estatal. Existe un fuerte rechazo hacia las actividades ilícitas y sus consecuencias de corrupción, afanes de consumo y de lucro, especulación y perjuicios al pueblo. Pero también se critican las escaseces de ciertos productos y la mala calidad o ausencia de determinados servicios, la desorganización, errores y negligencias que persisten en la economía y la administración.

9 Un 4,5% son agricultores no estatales (el 40% de ellos son cooperativistas), un 0,8% trabajan por cuenta propia y un 0,3% son asalariados privados (AEC/CEE, 1988: 192, IV. 1).

Tensiones y paradojas actuales relacionan a capacidades intelectuales y profesionales mucho mayores que sus campos laborales de aplicación, confrontan a los lugares ideológicos del trabajo y el proletariado con un complejo de actitudes prácticas que van desde respuestas muy positivas a llamados movilizados y de esfuerzos laborales hasta una valoración mucho mayor para el saber que para el hacer, o desinterés por los resultados del trabajo que se hace. Se aprecia muchísimo la eficacia, pero no se la quiere a costa de los beneficios que la política social asegura a todos ni de los ideales igualitaristas. Los logros sociales de la Revolución son, para los jóvenes, algo natural, no una donación; para todos, esos logros son inalienables. La influencia de numerosos aspectos de la cultura de los países desarrollados es enorme, desde la computación hasta la música popular, pero la idea del socialismo como el sistema social existente y conveniente para el país está profundamente arraigada en la población.

Numerosas experiencias políticas se han acumulado durante los años setenta y ochenta. La más visible ha sido la constitución de poderes locales estructurados sobre la base de la más amplia participación popular –a escala nacional desde 1976– y la desconcentración

relativa del poder central del Estado, al crearse la Asamblea Nacional legislativa y el Consejo de Estado como sus órganos supremos, electivos, como parte de un ordenamiento político plasmado en la Constitución de 1976. El proyecto constitucional fue discutido por millones de personas, en una práctica democrática a cargo de las organizaciones sociales y políticas que ya tiene veinte años de experiencias en discutir proyectos de leyes; finalmente fue aprobado mediante un referendo de votación abrumadora. Este proceso general de institucionalización impulsó una sostenida campaña por imponer la “legalidad socialista”, esto es, el imperio de la ley como un valor fundamental de la Revolución.

Esa campaña permanente, y el grado en que ha obtenido éxitos hasta hoy, es uno de los adelantos más valiosos de la etapa. Ella echó bases para la superación del orden ya creado por 15-20 años de Revolución, desde principios formalmente externos a él, a la vez que busca darle al derecho y al ordenamiento político que lo produce y sustenta una legitimación y un prestigio propios, que sean una barrera frente a la arbitrariedad y un cauce hacia el autogobierno del pueblo. Qué motivaciones han tenido los actores que la originaron ya es un factor muy secundario, porque

las instituciones democráticas así creadas tienen su vida propia, y sobre todo potencialidades propias.

El poder popular local es un magnífico ejemplo. Recogió una tradición política descentralizadora que formó parte de las luchas revolucionarias desde el siglo pasado, plasmada en la Constitución de 1940, y toda la experiencia riquísima de los poderes locales desde la guerra revolucionaria hasta 1976, que incluye juntas en las que participaban organizaciones políticas y sociales y rendiciones de cuentas. Asume la formulación que hizo el marxismo originario del espíritu libertario de la Comuna de París, y para numerosos aspectos prácticos se basa en una organización comunitaria realmente popular, los Comités de Defensa de la Revolución, existentes desde 1960. Establece un régimen de nominación libre de candidatos, obligadamente más de uno (sin participación alguna del partido), con elecciones nacionales por circunscripción cada dos años y medio, de delegados revocables en cualquier momento por sus electores, no pagados, en contacto sistemático con sus electores, con rendiciones de cuenta periódicas. Las asambleas municipales, formadas por los delegados de circunscripción, gobiernan el municipio y tienen autoridad respecto a numerosas funciones económicas, asistenciales, educacionales,

culturales y otras, que hasta entonces eran estatales. La práctica frente a fuertes y diversos obstáculos –tener, en muchos casos, más representatividad que poder de gestión, entre otros– es un éxito y un camino en el crecimiento de la participación y el control populares.

Otras experiencias han sido mucho menos felices. Y en general, el sistema político quedó lastrado por un formalismo ritualista, expresión conservadora que trató de ganar también a la sociedad; más adentro estaban el silenciamiento de los problemas y de las críticas, el seguidismo sistematizado y la eliminación del debate entre revolucionarios. La idea de una “democracia de trabajadores” ha sido perjudicada así por la ampliación indefinida de la intolerancia al disenso, en vez de ser esta intolerancia progresivamente reducida por el desarrollo del socialismo. La ausencia de violencias en este campo, y la gran moderación en el ejercicio del poder discrecional, cada vez más trasladada a la legalidad, disminuyen, pero no hacen menos importantes, los perjuicios, sobre todo porque se afectó el enriquecimiento positivo del proceso con la participación y las aportaciones de contingentes de población cada vez más capaces de darlas, y se retrasó sensiblemente la formación de un sistema político e ideológico idóneo para nuestros problemas y nuestro proyecto.

El partido comunista se estructuró totalmente, en todas las colectividades del país y en sus niveles internos, con funciones muy definidas. Separado del Estado excepto en el máximo nivel, evitó así uno de los males del socialismo real, pero no ha tenido suficiente poder como contrastación organizada de la masa de revolucionarios con las instituciones estatales. Conserva su prestigio y su fuerza moral, y ha sido una instancia participativa para su medio millón de miembros, una vía de ascenso social basada en el mérito y un balance político, aunque no pudo evitar el formalismo, los esquemas burocráticos y la priorización de su actividad interna. Quedó latente una tensión entre el partido-ejemplo, gestor del proyecto original y prefigurador del futuro, y el partido correspondiente a la institucionalización.

La sociedad civil recibió impulsos diversos. El movimiento sindical fue relanzado, y logró pronto una estructuración prácticamente de todos los trabajadores del país y bases muy democráticas, aunque no en la amplitud de contrapartida de las administraciones que se pretendió.¹⁰ En Cuba, el sindicato es dueño de

10 Ese primer momento de rectificación iniciado a mediados de 1970, inspirado por Fidel, pretendía un fortalecimiento de la democracia en todos los campos y

una inmensa riqueza en tradición de luchas y organización, factor muy favorable que sigue teniendo peso; pero a pesar de su efectividad en varios campos, el movimiento sindical carece de una identificación plena de sus objetivos y métodos, lo que perjudica el papel que podría desempeñar en el avance del socialismo. Los Comités de Defensa de la Revolución (CDR) son una fuerza extraordinaria de la comunidad, evidenciada en las tareas que asume, pero a mi juicio tienen la misma carencia que los sindicatos respecto a las necesidades y realidades actuales. En sus especificidades, lo mismo puede decirse de la organización femenina, la Federación de Mujeres Cubanas.

Los movimientos de la sociedad cubana son muy estructurados y expresan una riqueza cultural y una vitalidad de la gente muy notables. Están ligados a la política y sus requerimientos prácticos e ideológicos son muy deudores, sin embargo, de la copia parcial que se hizo del socialismo real y de los hábitos previos de autoridad y confianza tornados muchas veces en autoritarismo y paternalismo. Se pierden así

organizaciones de la sociedad. Al presentarse el primer sindicato nacional constituido democráticamente desde las bases, Fidel exclamó en su discurso televisado: "¡Ahora el ministro tiene con quién discutir!".

aportes valiosos que esos movimientos sociales pueden dar, como creadores de cultura socialista, en un terreno más amplio y abierto que el de la ideología, precisamente para ayudar al socialismo a abarcar más, y más profundamente, la vida del pueblo. Necesitamos una sociedad civil que no sea apéndice del sistema político ni pretenda sustituirlo desnaturalizándose, sino que engrane en una transición socialista concebida como cambio cultural.

RECTIFICACIÓN, PROYECTO SOCIALISTA Y DEMOCRACIA

El proceso de rectificación iniciado en 1986 es un proceso político que promueve la participación de la masa del pueblo en acciones dirigidas contra las consecuencias de los desciertos, deformaciones y retrocesos, a la vez que una concientización masiva que permita precisar y atacar las causas de aquellos y recuperar la autoidentidad específica del socialismo cubano, y también una campaña contra las insuficiencias y peligros que amenazan hoy la continuidad del sistema y de la independencia nacional. En esa centralidad de lo político encuentran su lugar, orientación y validación las medidas, las tácticas, las ideas y actividades de

la rectificación. Enumero de manera muy sintética varias de sus características principales:

- Es un proceso prolongado de movilizaciones, persuasión, educación y reeducación, y no una solución providencial, administrativa o represiva. Eso implica que reconoce el enraizamiento alcanzado por las deformaciones que denuncia y los intereses que han creado, pero también es una defensa de la naturaleza socialista de las soluciones, del papel del consenso y la renuncia al recurso a la violencia en las relaciones políticas y económicas que caracteriza al régimen cubano;
- Apela a los valores creados por la Revolución, que matizan las expectativas personales y unifican las representaciones de los grupos sociales y de la nación. En ellos encuentra su fuerza motivadora y su capacidad de movilizar a la población tras objetivos trascendentes. Convoca a avanzar, no a retroceder, a resolver mediante más socialismo y más revolución;
- Pretende que la política socialista siga siendo un puesto de mando sobre la economía, un rasgo desconcertante para la ideología dominante en el mundo actual, que se basa en lo que llama economía de mercado. No aspira a liberalizar las instituciones económicas, sino a que funcionen bajo control estatal y popular. Explicita el antiguo rechazo cubano a que sea posible llegar al socialismo desarrollando instituciones económicas capitalistas, y considera, como país subdesarrollado, que “si se abandona a las fuerzas del mercado” no podrá utilizar sus recursos y fuerzas propias en su beneficio, y será sometido a los dictados del capitalismo transnacional;
- Sus iniciativas y medidas en el campo económico se dirigen a superar las enormes dificultades actuales y potenciales desde la convicción de que la política socialista es la que ofrece la única alternativa práctica para conducir y sacar adelante a la economía cubana. Eso incluye mantener un control firme y una inserción en el proyecto general socialista de toda asociación con capital extranjero que se emprenda;
- Aspira a fortalecer la cohesión y la unidad nacionales imprescindibles para conservar la soberanía nacional frente a Estados Unidos. Al reiterar el vínculo absoluto entre socialismo e independencia nacional, se mantiene la relación fundamental entre patriotismo y justicia social y la identificación entre la nación y las conquistas sociales del

pueblo. Al abandonar el seguidismo al socialismo real y exigir que se piense con cabeza propia, también se fortalece la independencia nacional en la búsqueda de caminos correctos y viables de desarrollo económico y social;

- Reconoce la insuficiencia de la participación popular y plantea su crecimiento en todos los sentidos como condición del éxito de la rectificación. Denuncia las deformaciones y hábitos que obstruyen o limitan la participación, exhorta a fortalecer los órganos, instituciones y actividades en que se puede efectuar la participación y toma medidas desde la dirección política que la favorezcan.

Lanzar un proceso de rectificación en 1986 fue posible por toda la cultura revolucionaria y la fuerza acumulada por el país en el curso de treinta años; enfrentar la hecatombe que ha barrido el socialismo real y quebrantado el prestigio del socialismo en tantos ámbitos de 1989 a hoy ha sido factible en Cuba porque a aquella cultura y fuerza se le sumó una rectificación en curso. A pesar de sus intermitencias y contradicciones, una revolución dentro de la Revolución estaba actuando. Las tendencias disolventes o desmoralizadoras, una nueva imitación inspirada por la

influencia recibida durante tanto tiempo, no tuvieron fuerzas ni oportunidad de volverse significativas.

El rápido deterioro de las relaciones económicas con Europa Oriental sí se volvió una amenaza para cualquier proyecto político y para la seguridad nacional. El pacto al que Cuba fió sus proyecciones y su funcionamiento económico básico se desmoronó; el comercio (83,2% del total cubano en 1985) registró déficits agudos de combustible, insumos para la industria y la agricultura y otros productos en 1990, cuando Cuba acaba de terminar un quinquenio de contracción en sus intercambios con el resto del mundo por una grave disminución de divisas y créditos. Las bases mismas de las relaciones económicas se están modificando, con perjuicio para nuestro país. Aunque la voluntad y el interés en el caso de las soviético-cubanas tratan de mantenerlas y de producir un tránsito ordenado hacia un nuevo tipo de relaciones, la muy difícil situación interna de la URSS es una variable sumamente preocupante.

La cuestión de la defensa de la liberación nacional fue proyectada, así, de manera brusca, al primer plano, y no solo por la situación económica. Desde su inicio, el gobierno Bush dejó claro que no cambiaría la hostilidad hacia Cuba pese a la distensión creciente con la

URSS, y la ruptura de la bipolaridad –estrenada en diciembre de 1989 con la bárbara invasión de Panamá– es una amenaza muy grave para todo el Tercer Mundo y, naturalmente, para Cuba. Quedaban comprometidas a la vez la vía de desarrollo y la sobrevivencia del sistema económico, junto a la seguridad nacional. Al quedar descartada la caída del socialismo en Cuba por contagio del europeo –hipótesis que pecaba de ignorancia suma, pero que fue alegremente difundida– se abrió, sin embargo, la probabilidad de que una espiral de descontento y represión siguiera al deterioro económico y al reclamo internacional de “democratización” del sistema, con escenarios distintos de colapso, o al menos se produjera una etapa de endurecimiento del régimen político.

El rasgo más importante de la política cubana actual es que, a diferencia de tantos ejemplos en la historia de los países desarrollados, y aún más en la de los subdesarrollados, se enfrenta la situación excepcional con procesos de profundización de la democracia política y se involucra a la masa de la población en las tareas que enfrentan a esa situación como parte del proceso democrático y de recuperación y desarrollo de su proyecto socialista.

Desde varios ángulos han partido las acciones, encontrando en general reacciones muy

positivas en los demás. La dirección política y estatal tomó iniciativas autocríticas y medidas judiciales ante la corrupción de algunos altos funcionarios y la manifiesta colocación de personas por encima de la ley y de la manera de vivir de las mayorías implicada en los delitos que osaron cometer algunos altos oficiales militares y civiles. El partido reconoció la presencia de “una suma de fallos que envuelve, de una forma o de otra, a todas las instituciones de la Revolución”,¹¹ al final de aquel verano de 1989.

Al final del invierno, en que caía el socialismo real, el Partido convocaba a su IV Congreso con una alerta al pueblo acerca de las deficiencias propias.¹² Y el “Llamamiento al IV Congreso”, dirigido a toda la población, es profundamente

11 “Editorial: Saquemos las lecciones y sigamos adelante” (*Granma*, 2 de septiembre de 1989).

12 “A la luz de la situación en el socialismo a nivel mundial”, Cuba está a salvo “de ciertos errores, gracias a nuestro apego a una política revolucionaria”, pero “debemos tomar conciencia de que podemos y debemos prevenimos de cometer otros, para los cuales existen algunas premisas en nuestra sociedad, determinadas en lo esencial por el traslado y la copia de experiencias ajenas a la tradición, la historia y la idiosincrasia cubanas, cuando no incompatibles con los principios que defendemos en la dirección política y estatal” (*Granma*, 17 de febrero de 1990).

crítico de todos los aspectos de la sociedad cubana, de manera rica y valiente, y considera la rectificación y el perfeccionamiento de las instituciones democráticas como el más importante contenido del Congreso.

El llamamiento define conceptualmente a la rectificación, reafirma el papel rector del partido comunista y la necesidad de eliminar sus deficiencias de estructuras, métodos y estilos de trabajo. Vincularse con el pueblo es fundamental para el partido, y eso incluye “con las diferentes corrientes de opinión dentro de la Revolución”; luchar contra las desigualdades y discriminaciones, contra la falsedad mecánica de la unanimidad, que conduce a la simulación, la doble moral y la imposición, y en favor de un consenso basado en el reconocimiento de la diversidad, “que se fortalezca por medio de la discusión democrática en el seno del Partido y de la Revolución”. Todas las instituciones y organizaciones deben analizarse y producir cambios en busca de los objetivos generales enunciados y de sus necesidades específicas.¹³

Por su parte, un movimiento de apoyo a los ideales revolucionarios y de repudio a la

corrupción, la impunidad y los privilegios que había surgido desde la población en 1989, exigía medidas enérgicas y eliminación de las causas. La caída del socialismo real lo convirtió en un movimiento político más completo y profundo. De inicio, era una exigencia de que la moral se enlazara y rigiera a la política, de que la moral privada se correspondiera con la pública, de que todos sean iguales ante la ley y ante las exigencias y las escaseces; la gran crisis del socialismo lanzó a las mayorías a apoyar más activamente al régimen y a participar en jomadas muy combativas de reafirmación del antiimperialismo y el socialismo. Las primeras exigencias no desaparecieron –y eso es básico– ante los grandes desafíos; se integraron en una conjunción de propósitos cuya generalización podría formularse de este modo: a más problemas, más democracia y más socialismo.

La Unión de Jóvenes Comunistas (UJC), organización selectiva análoga al Partido y orientada por este, reveló su fuerza como cauce político juvenil en esas jomadas. Ya desde su V Congreso de la UJC (1987), que agrupa al 20% del grupo de edad de 16 a 30 años, había afirmado la confianza de los jóvenes en ella; su estilo propio, capacidad persuasiva y movilizadora, acciones políticas acertadas y fidelidad al liderazgo de la Revolución desde su generación,

13 “Llamamiento al IV Congreso del PCC” (*Granma*, 16 de marzo de 1990).

la han convertido en vehículo político eficaz. La actividad política de los jóvenes, que no se contrae a lo que organiza la UJC y se expresa de muchos modos, es un fenómeno importantísimo: no son indiferentes ni antirrevolucionarios, asumen mayoritariamente que es necesario defender su país y su socialismo, y lo hacen sin dejar de ser muy críticos de muchas de las deficiencias principales del sistema.

Las discusiones del *Llamamiento* se efectuaron en todas las colectividades del país, sin distinción de militancia ni discusión previa del Partido; todos los participantes dieron libremente sus criterios, recogidos en actas para la Comisión organizadora del Congreso.¹⁴ Este ejercicio político de criterios, un verdadero alud de críticas, facilitado por el texto y por la exhortación a profundizar en las deficiencias, fue una ratificación de que la inmensa mayoría del pueblo está por el socialismo, del consenso que goza la forma de gobierno que se ha dado el país y de que es posible y necesario desarrollar formas eficaces y sistemáticas de control popular.

Las medidas tomadas según aumentan las dificultades provenientes del abastecimiento externo ratifican la opción socialista. Consumos racionalizados en vez de aumentos de precios, control estatal de la distribución equitativa, disminución de actividades laborales sin disminuir retribuciones, exigencia de austeridad a todos los niveles, enérgica acción judicial contra los transgresores, intangibilidad de los servicios gratuitos de salud, educación y seguridad social, configuran un cuadro insólito en el mundo actual y fortalecen las convicciones socialistas.

Los esfuerzos económicos se perciben como un compromiso para salvar la patria y demostrar la validez del socialismo, y no solo en su valor intrínseco para la sobrevivencia y la reproducción. Se intenta conjugar aumento de la eficiencia y del interés de los actores y de la organización, con el predominio de relaciones y motivaciones socialistas, aunque no está cercana la determinación del sistema de dirección económica que regiría. Está muy arraigada la idea de que el socialismo burocratizado fomenta el desinterés en los procesos y el fracaso económico, y la de que el socialismo mercantilizado llevaría al desastre a la Revolución y al fin del socialismo y de la independencia nacional. Toda esta renovación de concepciones

14 Más de 70 mil asambleas, que recogieron casi un millón de opiniones en ambiente de absoluta libertad de criterios, se celebraron en pocos meses.

y dedicación práctica está incidiendo decisivamente en la estrategia económica actual, aumentando sus posibilidades de éxito. Mientras, la extensión y calidad del consenso brindan una envidiable situación social a las iniciativas económicas.

El liderazgo máximo de Fidel Castro se reafirmó con el proceso de rectificación, iniciado e impulsado por él. Es difícil exagerar su papel en todo el proceso revolucionario desde 1953. Conductor político extraordinario y muy experimentado, con autoridad moral inmensa e indiscutida, una personalidad de renombre mundial, Fidel expresa la unidad política popular tras los principios revolucionarios y el patriotismo, la historia entera del proceso,¹⁵ y ante la angustia de estos tiempos brinda confianza a su país en que es posible salir adelante y no de cualquier modo. Lo decisivo en su liderazgo político actual es que sigue portando las ideas más revolucionarias dentro del sistema. Su trabajo de concientización y su comunicación directa con los más diversos sectores del pueblo,

unido a los factores referidos, lo ratifican como protagonista en el proceso político nacional.

En la política cubana actual se evidencia una vez más la tensión fundamental y permanente entre la necesidad de garantizar la continuidad del orden vigente mediante un poder muy concentrado y el imperativo central de la transición socialista de promover saltos en la participación y cambios en las estructuras y las relaciones sociales que conduzcan a la actividad total de la sociedad hacia la eliminación de toda forma de dominación. En la vida real es que se ventilan las contradicciones, muchas veces angustiosas, entre ambas necesidades. Y eso se expresa mediante la diferenciación de conductas, condicionadas por los ideales más trascendentes o las coyunturas más perentorias, a través de las cuales y de manera compleja predominan uno u otro polo de aquella tensión.

Está clara la necesidad de excluir el autoritarismo y los hábitos de mando irrestricto, el gobierno sin confrontación con los gobernados, el burocratismo, la intolerancia ante la diversidad, la obstrucción de las ampliaciones sucesivas de la participación en el poder. Mucho más tajante es el repudio a la formación de grupos que pretendan perpetuarse en un ejercicio exclusivo de poder –siempre asociado al medro y

15 En Fidel se representa la población esa dialéctica de poder de sí mismos y poder de la Revolución que está en la base de su vida política. El último día de una visita a Cuba me decía Alberto Flores Galindo: “Fidel es un seudónimo colectivo”.

a los privilegios— y colocarse por encima de la sociedad. Se percibe también, aunque en grados y de modos diversos, que el socialismo cubano debe renovarse en los años noventa para seguir siendo viable y para avanzar, y que los cambios y avances necesarios serán promovidos en el seno del régimen revolucionario y no por la acción de fuerzas opuestas a él. Cómo hacerlo, a qué ritmo, con qué métodos, con qué objetivos parciales y en qué etapas, venciendo qué resistencias internas, con qué garantías frente a los grandes peligros y carencias que nos condicionan, quiénes serían los impulsores, cuáles las fuerzas principales, cómo evitar la detención y los retrocesos: tales son las interrogantes, y sobre ellas y sus respuestas no hay todavía suficiente claridad ni acuerdo.

Una rémora sensible para esta tarea tan grande es la insuficiencia acumulada por el sistema político y de reproducción ideológica para corresponderse, y sobre todo, para estimular nuevos avances y cambios. Además de prácticas políticas e ideológicas que fueron muy eficaces y convenientes en etapas previas, pero que muestran cada vez más sus lados negativos y su inadecuación ante los avances que ya tiene la sociedad cubana, hay otras que nunca tuvieron ese lado positivo. En sentido contrario, el país cuenta con canales organizados

de manera sistemática y permanente para las actividades políticas y sociales, que abarcan prácticamente a toda la población, pese a sus deficiencias. Existe también un desarrollado ordenamiento legal para el control y fiscalización de las instancias del Estado y para la garantía de los ciudadanos y las instituciones de la comunidad, lo que brinda una base avanzada para la exigencia de su cumplimiento íntegro y eficaz.

El consenso popular con las orientaciones fundamentales —políticas, económicas, ideológicas— que emanan del máximo liderazgo es un valor positivo capital, ante los profundos cambios internacionales y sus consecuencias para Cuba. Acciones como la desburocratización del aparato partidario y otras medidas democráticas desarrolladas en el seno del partido en el período reciente,¹⁶ manifiestan la voluntad del

16 La reducción a la mitad de los funcionarios del partido, la atención a las características y problemas de los lugares en que actúa y no la nominal a cada nivel y aparato estatal, elecciones más democráticas en los niveles intermedios, “[...] que el Partido sea un ejemplo en [...] el esfuerzo coherente y sistemático que se requiere, a fin de suprimir la hipertrofia de los aparatos de dirección en el Estado, la administración y las organizaciones políticas y de masas” (*Granma*, 5 de octubre de 1990).

liderazgo de no descuidar, por la situación que se vive, el aspecto de los cambios necesarios. En Cuba no bastará, sin embargo, con renovar el consenso con ayuda de medidas democratizadoras, porque lo que se necesita es algo más profundo.

Si un proceso revolucionario se detiene, termina o decae progresivamente, puede suceder que se garantice la existencia de un ordenamiento jurídico, electoral y de representaciones correspondiente a un grado determinado de realización democrática. Si se alcanza un grado apreciable, la sociedad ha avanzado, pero la función principal de esa forma de gobierno será legitimar y hacer permanente la dominación postrevolucionaria establecida, a la vez que marcarle límites y procedimientos, ante los derechos de una parte más o menos grande de la población.

Cuando la Revolución no termina, sino que predomina el proyecto del socialismo como un cambio cultural total, el desarrollo de la realización democrática es imprescindible, porque su función principal es ser el vehículo de la actividad, las movilizaciones y la autoeducación como individuos y como miembros de la comunidad, de cada vez más gente y con carácter permanente, que se vuelvan cada vez más capaces de dirigir los procesos sociales y

efectivamente lo hagan; esto es, que ejerciten de manera creciente el dominio sobre sus condiciones de existencia, su gobierno y su proyecto de sociedad futura. El objetivo de esta organización es inducir a la sociedad a ser más solidaria, más rica, más capaz de satisfacer las necesidades y de educar las necesidades, más libre de enajenaciones, y, además, garantizar la continuación de ese proceso.

En Cuba la Revolución continúa, y se lucha por desarrollar el proyecto que es realmente socialista. Más democracia para tener más socialismo no es, no puede ser entre nosotros, una simple consigna, porque dependemos de la interacción entre la multiplicación de la fuerza del pueblo consciente y organizado y la profundización de la revolución social en todos sus aspectos. Lo mucho que hemos ganado ya en ordenamiento democrático de la sociedad deber ser garantizado en su práctica de manera rigurosa y sistemática. La aproximación exitosa a la forma de democracia que necesitamos tiene que combinar la utilización de mecanismos conocidos, en la medida y en la manera en que nos sean útiles, con la creación.

Por esas razones, la política de sobrevivencia, de reinserción internacional y de desarrollo económico se ventila con el pueblo y poniendo la actividad popular en el centro de ella.

Y, a la vez, se van poniendo a la orden del día los problemas de la multiplicación y profundización del control popular sobre el Estado, del funcionamiento efectivo de los poderes de este y sus especificaciones, del ejercicio de los derechos de los individuos, de la democracia como garantía efectiva de la permanencia y justicia de la distribución de las riquezas, de dar más poder real a los que desempeñan cargos por elección, más funciones y autonomía a las instituciones de base e intermedias, más conocimiento de los procesos y problemas sociales a toda la población. Acciones y criterios van reivindicando una participación más calificada de la sociedad civil en las decisiones importantes, más autocontrol de sus propias estructuras y más influencia de ellas en el conjunto de la sociedad.

Cuba responde a una coyuntura y una perspectiva difíciles con un enriquecimiento de la actividad política de la sociedad y un proyecto democrático de transición socialista que puede parecer demasiado ambicioso. No lo es. Solo la preeminencia del factor subjetivo en un régimen que derribe todas las estructuras, hábitos e intereses que se lo impidan, la afirmación de una organización social que promueva el predominio de los vínculos de solidaridad sobre los egoístas, brindarán la posibilidad de que

la cultura socialista se mantenga como opción cubana y se desarrolle como manera de vivir superior en los tiempos que vendrán.

BIBLIOGRAFÍA

- Castro Ruz, F. 2001 [1953] *La Historia me absolverá* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- CEE 1988 *Anuario estadístico de Cuba* (La Habana: CEE).
- Domínguez, M. I. 1987 "Tendencias del desarrollo de la estructura social de la juventud cubana actual" (La Habana: CIPS/ACC).
- "Editorial: Saquemos las lecciones y sigamos adelante" en *Granma* (La Habana) 2 de septiembre de 1989.
- Granma* (La Habana) 17 de febrero de 1990.
- Granma* (La Habana) 22 de septiembre 1990.
- Granma* (La Habana) 5 de octubre de 1990.
- Guevara, E. Ch. 1966 *El Che en la Revolución Cubana* (La Habana: Ediciones del Ministerio del Azúcar) Tomos I a VII.
- Guevara, E. Ch. 1970 *Obras* (La Habana: Casa de las Américas) T. I y II.

- Hernández, R. 1985 “La política de Estados Unidos hacia Cuba y la cuestión de la migración” en *Cuadernos de Nuestra América* (La Habana) N° 3.
- Hernández, R. y Gomis, R. 1986 “Retrato del Mariel: el ángulo socioeconómico” en *Cuadernos de Nuestra América* (La Habana) N° 5.
- “Llamamiento al IV Congreso del PCC” en *Granma* (La Habana) 16 de marzo de 1990.
- Martínez Heredia, F. 1988 *Desafíos del socialismo cubano* (México: Mestiza / CEA).
- Martínez Heredia, F. 1989 *Desafíos del socialismo cubano* (La Habana / Buenos Aires / Montevideo: Centro de Estudios sobre América / Dialéctica / TAE).
- Martínez Heredia, F. 1990 *El socialismo cubano: perspectivas y desafíos* (Guadalajara: Instituto Mexicano para el Desarrollo Comunitario).
- Martínez Heredia, F. 1991 *El socialismo cubano: perspectivas y desafíos* (La Habana: Centro de Estudios sobre América).
- Rodríguez, J. L. 1990 *Desarrollo económico de Cuba, 1959-1988* (México: Nuestro Tiempo).
- Rodríguez, J. L. 1991 *Los cambios en la política económica y los resultados de la economía cubana (1986-1989)* (La Habana. s/d).
- Zimbalist, A. y Brundenius, C. 1989 *The Cuban Economy* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press) Cap. X.

VISIÓN CUBANA DEL SOCIALISMO Y LA LIBERACIÓN*

I. LA LARGA MARCHA DEL SOCIALISMO Y LA LIBERACIÓN

La revolución que triunfó en Cuba el 1° de enero de 1959 puede inscribirse en la gran corriente de luchas de liberación de pueblos y naciones que a partir de 1945 conmovió al mundo que comenzarían a llamar tercero. Revoluciones triunfantes y otras que no lo fueron, movimientos nacionalistas e independencias concedidas o arrebatadas que cambiaban el mapa mundial, líderes carismáticos y partidos que estrenaban la política nacional en sus países. El lenguaje de los medios de comunicación se pobló de nuevas palabras, porque había que nombrar a tantos eventos, nuevos Estados y personalidades, que para esos medios nunca habían existido. El mundo exclusivo de los conciertos de las

potencias y la fatigosa misión civilizatoria del hombre blanco y superior habían desaparecido cuando los “barbudos” de la Sierra Maestra llegaron a La Habana.

Las ideas también se estaban revolucionando entre 1945 y 1959. A la exigencia de que la democracia fuera efectiva como sistema político se unió la de que la democracia tuviera en cuenta formas de justicia social. Las clases dominantes del capitalismo desarrollado tuvieron –en términos generales– que atener sus políticas sociales y sus discursos a esos reclamos que siguieron a la caída del fascismo. La gran corriente de luchas del Tercer Mundo produjo un desarrollo muy rico del pensamiento anticolonial y antineocolonial, y le otorgó a este un gran prestigio. La mundialización de las ideas políticas dejó de ser sobre todo asunto de consumidores, cuando nuevas fuerzas las rehacían de acuerdo a sus necesidades o elaboraban ideas propias. La diversidad cultural comenzó a tener presencias que nacían de los que fueron colonizados, y que

* Escrito en La Habana, el 6 de enero de 2009. Publicado en Martínez Heredia, F. 2009 *Andando en la Historia* (La Habana: ICIC Juan Marinello / Ruth Casa editorial) pp. 36-64.

pugnaban contra su reducción al exotismo y las modas dictadas desde los países llamados centrales.

Por su parte, el socialismo soviético y su campo de influencia internacional vivieron paradojas tremendas. En la II Guerra Mundial, la URSS enfrentó la agresión nazi a un costo terrible y fue la protagonista de la victoria de los Aliados; en Europa numerosos sectores burgueses fueron cómplices o colaboradores de los fascistas, mientras muchos comunistas los combatían. Sobrevino un gran auge del prestigio del socialismo y de la URSS, país que ampliaba su campo a gran parte de la Europa oriental y central, mantenía el liderazgo en el movimiento comunista internacional y emergía como una potencia a escala mundial y la única capaz de enfrentarse a Estados Unidos. Pero sucedió un segundo desencuentro histórico entre este campo soviético y comunista y un Tercer Mundo que multiplicaba sus ideas, movimientos de liberación y Estados. La URSS fue saliendo en los años cincuenta de la dictadura descarnada como sistema político, pero no se mostró capaz de retomar un camino de creaciones socialistas. Su política exterior se regía por razones de Estado y por los acuerdos limitadores de su conflicto con Estados Unidos y el campo capitalista. Por consiguiente, aunque

resultó un factor positivo para una parte de los Estados y movimientos nacionales del Tercer Mundo, no fue un adalid del anticolonialismo. Por otra parte, el marxismo de la URSS y el movimiento comunista –que era la corriente marxista más fuerte a escala mundial– se mantuvo preso en las cárceles del dogmatismo y el reformismo, en momentos en que era necesario que asumiera al Tercer Mundo en movimiento y le brindara aportes.

Pero ningún evento revolucionario en un país –es decir, un evento capaz de cambiar vidas, relaciones sociales, instituciones y mundo ideal, y establecer un antes y un después– puede explicarse a partir de los movimientos de los “hechos” y de las ideas internacionales que resultan objeto de las selecciones y las comprensiones que se formulan desde la Historia –con sus consecuentes periodizaciones–, por más que esas variables externas tengan un peso influyente, y a veces abrumador. Las revoluciones constituyen un complejo de sucesos y conductas –muchos de ellos inesperados y hasta inconcebibles– que subvierten y derrotan el orden vigente en un país, ensayan a construir un mundo nuevo y ponen en marcha proyectos muy ambiciosos. Para todo esto resultan decisivos las motivaciones, actitudes, hechos, persistencia, creatividad, conciencia

y organización de la gente del propio país, los elementos de la cultura propia a los que echan mano los participantes y los otros elementos de esa cultura que les imponen su existencia. Por otra parte, no se debe olvidar que durante el curso del siglo XX se produjeron dos mundializaciones que han expandido la influencia de los aspectos internacionales en el curso de las revoluciones: la definitiva del capitalismo y su cultura, que llevaban siglos en ese proceso, y la de los movimientos y las ideas contra el capitalismo y por la liberación de los pueblos y las personas.

La cubana de 1959 ha sido la última revolución en que el ámbito y los factores nacionales han sido prácticamente los únicos relevantes, a la vez que fue la primera que venció en toda la línea en un país neocolonizado.¹ Además,

1 Este último rasgo ha sido expuesto muy bien por Jesús Arboleya (2008) en *La revolución del otro mundo*. Una breve digresión necesaria. Después de colocar mi primera nota al pie, comencé a advertir que debía dar cuenta de un extenso repertorio de aportes muy relevantes de la ciencia histórica respecto a los temas y problemas de Cuba que vengo tratando, y quizás ir anotando también fuentes que permitieran constatar que ellos fueron objeto de identificación, criterios, ideologías y análisis en muchos casos profundos, por parte de protagonistas y otros actores de aquellos procesos.

el triunfo y la permanencia de su poder fue una extraordinaria victoria contra la geopolítica, que no admitía que esos hechos fueran posibles. Pero no puede negarse que durante casi medio siglo la geopolítica ha estado vengándose concienzudamente de aquellos logros cubanos.

Por su carácter de revolución socialista de liberación nacional, la cubana debía explicarse atendiendo a ambos terrenos de los movimientos prácticos y de las ideas. Pero el estatus subalterno de la liberación nacional respecto al socialismo en el campo de las ideas anticapitalistas fue establecido desde hace cerca de un siglo por un marxismo que no ha podido salir del todo de su impronta eurocentrista, hasta el punto que la mayoría de las personas de izquierda de los continentes que fueron colonizados aceptan que la liberación nacional es un peldaño de una escalera simple que conduce al

Pero esa tarea es imposible cumplirla, dadas la entidad y el tamaño de este trabajo, y el tiempo con que cuento. Por ello –y por no ser parcial en cualquier selección que emprendiera– decidí prescindir de un aparato bibliográfico y de documentos. Me limito a reconocer la necesidad y la justicia de tener en cuenta ese extraordinario venero, y la procedencia de utilizarlo para precisar, apoyar o contradecir este texto.

socialismo. No puedo detenerme aquí a criticar una idea errónea que impide plantearse bien –y por tanto pensar y producir ideas válidas– todo un territorio de la realidad y de los combates y los proyectos, que es nada menos que el territorio nuestro. Si asumimos este problema desde una perspectiva más libre a la vez que comprometida –como en su momento hizo Frantz Fanon–, estaremos en mejor posición ante los productos de ciencias sociales y pensamiento de las últimas décadas sobre estudios culturales, estudios postcoloniales y otros, pero sobre todo ante la necesidad impostergerable de producir investigaciones y reflexiones propias.

La revolución cubana ha debido referir sus interpretaciones y ubicaciones intelectuales e ideológicas al socialismo. Sus mayores protagonistas –en cuanto pensadores e ideólogos– han tenido que vérselas con esa cuestión; también aquellos que se han dedicado al pensamiento social, los docentes y otros interesados. Un ejemplo: como siempre debían existir “etapas” previas y “tareas” para completar el capitalismo en el camino hacia el socialismo que emprendieran nuestros países –los que fuimos ascendiendo de “atrasados” y “ coloniales y semicoloniales” a “subdesarrollados”–, y como debíamos padecer regímenes “semifeudales” aunque no hubiera feudalismo en nuestra historia, se consideró que

la revolución triunfante en Cuba en 1959 tuvo dos etapas: una que va desde aquel 1° de enero hasta octubre de 1960, llamada democrática, agraria y antiimperialista, y una segunda etapa, socialista gracias a los decretos revolucionarios de nacionalización de las grandes empresas capitalistas extranjeras y nacionales. Es impresionante que una explicación tan artificial se repita hasta el día de hoy.

Dedico este breve trabajo a anotar rasgos y problemas que considero principales en cuanto al socialismo y la liberación en la historia cubana, hasta la revolución que triunfó en 1959. Cuba es un laboratorio extraordinario para estudiar el proceso histórico, la naturaleza y los cambios de esos dos movimientos e ideas, y las complejas relaciones que se establecen entre ambos. El proyecto del socialismo revolucionario marxista es hijo de la comprensión del carácter mundial del capitalismo y de la necesidad de que se le enfrente una revolución que no nace de las resistencias de las formas sociales previas, que él aplasta, somete o explota mediante su tipo de dominación, sino de las propias fuerzas sociales que el capitalismo desarrolla, explota y domina para poder ser y expandirse. Esa revolución, que Marx llamó proletaria, encuentra su sentido a escala mundial, aunque se ve precisada a actuar en ámbitos

nacionales. La liberación nacional es hija de la comprensión de lo esencial del dominio colonial o neocolonial que es ejercido sobre todos los componentes sociales de un país determinado, de la necesaria unidad de explotados, oprimidos, humillados y ofendidos para lograr movimientos capaces de obtener independencia y soberanía nacionales, y de la insuficiencia de la mera independencia para lograr la justicia social y las libertades reales que exigen los participantes de las revoluciones populares.

A primera vista, la diferencia parece clara: el socialismo es mundial y la liberación es nacional. Pero los procesos reales han diferido en extremo de esa visión tan simple. Casi una centuria de universalización del socialismo revolucionario y la puesta en práctica de la liberación nacional a lo largo del siglo XX registran una multitud de coincidencias, tensiones, conflictos, solidaridades y mutaciones de papeles entre la liberación y el socialismo. Durante varias décadas estos temas han estado en el centro de mis actividades intelectuales; ellas me han llevado, por ejemplo, a valerme de la noción de socialismo cubano.² Reitero que me limitaré a presentar

un punteo de cuestiones que considero principales, con el objetivo de sumarlas al rico veneno de aportes con que ya contamos, tratando de contribuir a la profundización y el debate que nos son vitales en la actualidad. Socialismo y liberación albergan permanencias y cambios, aspectos perimidos y nuevos contenidos, en su transcurso histórico y hoy mismo. Necesitamos identificar y plantear bien, porque este aniversario de la revolución que triunfó en 1959 es también una interrogación hacia el futuro.

II. INDEPENDENCIA, JUSTICIA SOCIAL Y LIBERACIÓN NACIONAL

Tanto el independentismo como el socialismo en Cuba han procedido de una diversidad de fuentes. Como todas las ideologías del mundo extraeuropeo sometido a la expansión colonial y cultural capitalista, recibieron gran número de influencias e ideas provenientes del exterior. Pero la particular historia del país fue decisiva para sus asunciones y arraigo en Cuba. La formación económica que existió durante un siglo a partir de los años ochenta del siglo XVIII fue una gran exportadora de azúcar a Europa y Estados Unidos, con relaciones de producción principales basadas en la esclavitud masiva de

2 Mi primer libro publicado en Cuba con identificación de autor fue *Desafíos del socialismo cubano* (Martínez Heredia, 1988).

africanos y sus descendientes; ella registró un formidable dinamismo empresarial, de la sociedad y de las ideas, enorme captación de riquezas e integración al capitalismo mundial. La primera configuración de Cuba como entidad específica viable contenía relaciones sociales de explotación y dominación muy anómalas para un desarrollo capitalista, componentes muy dispares de población y régimen de castas y racismo impuesto, sujeción colonial a España y una presencia muy fuerte de sus nacionales y de intereses y lealtades ligados a ella –además de ser el castellano la lengua dominante–, y rigurosas subordinaciones y compromisos de la clase que regía en la economía para obtener sus ganancias y mantener su poder social. Tantas diferencias y contradicciones parecían negar toda posibilidad de rupturas del orden y cambios políticos profundos mediante acciones colectivas revolucionarias, porque acarrearían desastres para el funcionamiento económico y el orden social vigentes. La clase dominante en Cuba entendió bien esto y fue siempre opuesta o ajena a la independencia.

Desde su origen como movimiento importante en 1868 el independentismo se encontró ante colosales problemas de justicia social. La abolición revolucionaria de la esclavitud fue un gran reto, que comprometía tanto el alcance

mismo de la revolución como movimiento e ideales de creación de una nueva nación y de transformación de la sociedad como su capacidad de conducción de los elementos de esa nación y sus relaciones con los cambios o la permanencia en la formación económica. Es obvio que todo esto implicaba si su triunfo sería o no viable, frente al poder de la metrópoli colonial, los numerosos aspectos de las culturas de Cuba que eran opuestos a un régimen de libertad y justicia, y el papel creciente de los Estados Unidos –muy interesados en apoderarse del país– en la economía y los asuntos cubanos. La primera gesta revolucionaria cubana no pudo alcanzar sus fines últimos ni una escala territorial nacional, y confrontó numerosas insuficiencias, pero desplegó desde muy temprano tantas fuerzas políticas y morales, y concitó tanta participación, voluntades, sacrificios y hazañas, que fue capaz de violentar y de quitarle prestigio al mundo de ideas previo a 1868, en cuanto a la imposibilidad de que Cuba fuera para sí, y creara un orden y un Estado con libertades y justicia. Para lograrlo, tuvo que conseguir avances extraordinarios de sus propios contenidos, ideas y creencias, y cambios muy notables entre sus protagonistas. Tuvo que asomarse, en una palabra, a la conversión de la independencia en liberación nacional. Es

algo más que un símbolo que el acto inicial de la revolución fuera el alzamiento en el ingenio La Demajagua y su acto final fuera la Protesta de Baraguá.

La segunda revolución sí se encontró abiertamente ante la necesidad de ser de liberación nacional. En el país se había establecido al fin una formación económica plenamente capitalista, pero la clase dominante en la economía no pretendía ser clase nacional, sino mantener sus ganancias a costa de una fuerza de trabajo sometida y con baja calidad de vida para la mayoría de la población, vender cada vez más azúcar crudo a Estados Unidos con pactos comerciales aceptables y otros negocios, y mantener su lugar social privilegiado dentro de un orden político colonial, pero con capacidad de presionar y negociar con la metrópoli y –de ser posible– gozar de un estatuto autonómico. Fue muy positivo para Cuba que aquel sistema tan mezquino no fuera capaz de admitir también una organización política independentista legal y respetuosa del orden vigente.

Ante aquella realidad el independentismo, para ser viable y tener opción de victoria, tenía que partir de los avances registrados en mayor o menor medida durante la primera revolución: lucha armada activa, decidida e intransigente por la independencia total, organizada como

República en Armas; abolicionismo revolucionario e integración racial efectiva en el ejército de la revolución; noción y sensibilidad cubana, como representación de mismidad y de entidad política nacional, irreductible y desafiante; republicano democrático e ideología radical mambisa. Partir de ahí, pero de ningún modo limitarse a eso. La generalización a escala del país y el logro de aquellos objetivos en las nuevas condiciones históricas exigía ahora una revolución muy radical, libre de ataduras con la burguesía de Cuba –fuera en sus modalidades reaccionarias como en las evolucionistas–, que formara un bloque histórico con fuerza suficiente para vencer y sostenerse, al convocar a todo el pueblo a conquistar la república y satisfacer demandas diversas de libertades políticas y justicia social, dándole a ese pueblo un vehículo de protagonismo en la guerra revolucionaria, la gran escuela en la que se volvería capaz de ser cubano, ser ciudadano, adquirir autoestima, capacidades personales y espíritu de colectividad.

Y todo lo anterior era una obligación, no una opción entre dos o más. Porque durante la segunda mitad del siglo XIX los Estados Unidos habían resuelto sus más graves contradicciones internas, ocupado todo su territorio y el que arrebataron a México, experimentado

un gran crecimiento poblacional y emprendido un enérgico y sostenido desarrollo de su economía capitalista. En la cuenca del Caribe y Centroamérica habían ido desplazando la presencia británica y comenzaban a desplegar una política expansionista. Los vínculos existentes con Cuba desde la época de las Trece Colonias se habían multiplicado. Todo tipo de relaciones de negocios y sociales vinculadas a ellos se anudaron entre ambos países a lo largo de la centuria, los lazos culturales crecían sin cesar y la situación colonial, las necesidades y las representaciones políticas y del progreso de Cuba alentaban las ideas de tener mayores nexos con el gran vecino, engañosa propuesta que ha logrado repetirse en momentos posteriores. Hacia fines del siglo XIX se habían puesto bases para una sujeción neocolonial de Cuba a los Estados Unidos, pese a ser todavía colonia de España. Es decir, la “*fruta*” cubana, codiciada setenta años antes por un poder ambicioso pero todavía débil, estaba madurando. Por lo tanto, la segunda revolución cubana tenía que ser no solo para liberarla de España, sino también para impedir que cayera en manos de los Estados Unidos.

José Martí poseyó todas las cualidades necesarias para comprender la situación y aquellas tareas formidables que era necesario

emprender, a pesar de que vivía envuelto en los acontecimientos del momento y entre las creencias, ideas y pasiones de los participantes, y combatiendo al poder colonial y a las divisiones, debilidades y prejuicios de los patriotas. Aspectos esenciales de la situación y las tendencias previsibles apenas se esbozaban, el deber ser exigido por los ideales revolucionarios podía chocar con los problemas de estrategia y táctica, y la política práctica estaba llena de urgencias, acciones sistemáticas o insólitas, organización, insuficiencias, decisiones, negociaciones, cuestiones de principio, que debían combinarse o preferir unas frente a otras. A todo eso se enfrentó Martí con una efectividad extraordinaria, al mismo tiempo que creaba un cuerpo de pensamiento propio e instrumentos para desatar y llevar a cabo la revolución. Pero tan valiosa como esos trabajos que no parecen tener parangón fue su capacidad para ir más allá de las tareas y los objetivos cercanos del movimiento, y producir una concepción sobre la república nueva que debía crearse y el mejoramiento nuevo que se iniciaría con la revolución de liberación, tan profunda, abarcadora y trascendente que ha permitido pensar a Cuba como proyecto y sigue proponiendo alcanzar metas hasta la actualidad.

Martí fue también más lejos en otros terrenos, de los que me limito a mencionar dos. La comprensión de la modernidad capitalista desde una concepción anticolonial y con propósitos subversivos, producida por un pensador procedente del mundo colonizado que poseía un dominio extraordinario de la cultura de esa modernidad. Y sus tesis acerca de los rasgos fundamentales de Nuestra América y la necesidad de que emprendiera nuevas revoluciones de un carácter superior a las de independencia, tanto para liquidar las formas poscoloniales de dominación como para lograr transformaciones sociales y humanas de liberación que no intentarían seguir el camino de la modernidad europea, sino caminos propios. Revoluciones que deberían forjar coordinaciones y alcance continental, porque a la vez tendrían la tarea de evitar que el imperialismo norteamericano –Martí analizó este sistema, no se limitó a calificarlo– llegara a ejercer un dominio neocolonial sobre la región. Esta concepción situaba también el papel internacional de la revolución cubana de liberación: enfrentar el expansionismo de Estados Unidos en el Caribe e iniciar las revoluciones de la “Segunda Independencia” y el camino de su unificación.

Sin dudas, Martí fue un individuo excepcional, un ser humano superior. Pero al analizar

el medio en que le fue posible descollar tanto, tengo en cuenta la especificidad social, económica y política de la Cuba del siglo XIX respecto a lo que hoy llamamos América Latina y el Caribe, y el mismo rasgo de singularidad de los Estados Unidos respecto al desarrollo del capitalismo mundial, en el mismo período. Martí se las vio con dos desarrollos muy notables de lo que llegarían a ser las dos partes distinguibles del capitalismo mundial, los cuales eran muy complejos para ser entendidos por los conceptos y los tipos que el pensamiento avanzado elaboraba en aquella época. Tuvo que enfrentar los desafíos de las influencias que ambos ejercían sobre él, y el gran reto de comprenderlos, para lanzarse a una política –que debía ser forzosamente muy moderna y a la vez discrepante de la modernidad– destinada a transformar a fondo el medio cubano y evitar que fuera absorbido por el peso, la fuerza y el atractivo del medio norteamericano.

En el último tercio del siglo XIX se desarrollan y arraigan en Europa las distintas ideas y formas de organización socialistas, y su influencia llega a América. Son expresiones de la nueva contradicción principal de las sociedades en que se desarrolla el capitalismo, nuevas explicaciones para las sensibilidades, la conciencia y las luchas por la justicia social,

e instrumentos de mundialización distintos a los del capitalismo. En Cuba toman contacto con ellas trabajadores, intelectuales y activistas sociales y políticos, pero su lugar es muy modesto respecto a los conflictos centrales de las relaciones económicas y sociales, y mínimo en los hechos y en el pensamiento de las revoluciones de ese mismo tercio de siglo. Podría afirmarse que los tipos de dominación vigentes en el período y los objetivos de las revoluciones, pese a ser opuestos, coincidieron en este aspecto, controlado por los primeros o soslayado por las segundas. Pero me parece una explicación insuficiente.

El nuevo conflicto social debía ser reprimido o conjurado por el sistema de dominación, fuera cual fuese su modalidad principal. Pero para la revolución popular que era indispensable en Cuba, aquel conflicto era una de las expresiones de la injusticia y la opresión, y uno de los potenciales de trastorno del orden. Estaremos más cerca de entender, a mi juicio, si inscribimos cada aspecto de nuestro decurso histórico en las totalidades a las que pertenece. En realidad, todos los protagonistas y participantes de fila de las revoluciones cubanas de 1868-1898 se vieron envueltos en las cuestiones y conflictos sociales junto a los relativos a la nación, en el curso de sus acciones y en los ideales, las

ideologías y las concepciones intelectuales que compartieron, o por las que mantuvieron diferencias, contradicciones y conflictos entre ellos. En ese terreno, como en los demás, se vieron obligados a ser subversivos y originales frente a lo que se considera normal, que es cambiar dentro de lo que se estima posible, pensar dentro de los pensamientos posibles, romper el orden pero elaborar rápidamente un orden nuevo que sea respetable. Y aunque a la larga y después de colosales sacrificios y hazañas fueron capaces de derrotar a la metrópoli colonial, los revolucionarios encontraron féreos límites, tanto por la heterogeneidad de su propio campo –expresada en sus diversidades sociales, de posiciones políticas y de personalidades–, como por el brutal recorte impuesto por la ocupación norteamericana a las consecuencias sociales y políticas que hubiera podido tener la revolución.

La revolución pudo ser nacional y de masas, involucrar a la mayoría de la población en una guerra total y obtener su tenacidad y su sacrificio, resistir el genocidio y formar a miles de cuadros y militantes, porque motivó a muy amplios sectores a partir de sus representaciones de la patria a conquistar, pero también de identidades y demandas de sus grupos sociales de pertenencia, de derechos que se aspiraba

a ganar, de igualdad y justicia. Así había sido en la primera revolución de la región, la haitiana de 1791 a 1804, y en todos los casos en que efectivamente hubo una participación popular notable. En innumerables fuentes cubanas de la época puede corroborarse esto. Los principales líderes revolucionarios vivieron esas motivaciones y pensaron acerca de ellas, las incluyeron en su conducción de los participantes y sus llamamientos al pueblo, e incluyeron la satisfacción de los cambios y demandas que implicaban en sus proyectos y sus estrategias. Los escritos y expresiones orales recogidas de Martí, Maceo y Gómez lo muestran claramente.

No se trata entonces, a mi juicio, de medir hasta qué punto alguno de ellos “se acercó al socialismo”, o “lo intuyó”. El hecho histórico es que en la medida en que eran quiénes fueron –y no a pesar de serlo–, esos revolucionarios no tenían por qué basarse en el pensamiento y los ideales del socialismo europeo, sino en los de una liberación social americana. Esto permite entender las valoraciones que alguna vez hicieron sobre aquel socialismo y sus creadores, pero sobre todo analizar lo que sí efectivamente obraron y pensaron en el terreno de las luchas por la justicia social. A esa luz podría examinarse, por ejemplo, el carácter realmente interracial de la conspiración dirigida por

Martí, que permitió desatar la Revolución del 95. O la Invasión de Occidente y el establecimiento en todo el país de un gran instrumento político militar de composición popular y prácticas muy subversivas, en relación con una concepción de las luchas de clases más inclusiva de los procesos reales a escala de la diversidad de sociedades del mundo y más inclusiva de la diversidad de los grandes grupos sociales que se autoidentifiquen, organicen y actúen como tales.

La Revolución del 95 fue el acontecimiento más trascendental en la formación del pueblo y la nación Estado cubana, y las batallas cívicas por la república durante la ocupación norteamericana generalizaron y afirmaron aún más sus efectos. No puedo describirlos aquí, ni siquiera sucintamente; baste decir que de un modo u otro han estado vigentes hasta hoy. Pero respecto al tema de este trabajo quiero destacar que esa revolución unificó las culturas de la isla a base de una gesta nacional grandiosa y terrible, puso a lo político en el centro de la conciencia social y proveyó a todos de prácticas, conceptos y exigencias de ciudadanía plena en una república democrática, y convirtió al nacionalismo patriótico en la principal ideología. Los componentes étnicos y raciales del país se sometieron de grado a la identidad

general de cubanos, y la república absorbió cerca de un millón y medio de inmigrantes sin desnaturalizarse. Pero la soberanía fue sumamente limitada y Cuba sujeta a la dominación neocolonial de Estados Unidos, que perjudicó casi todo, desde el modo de producción hasta la confianza en la capacidad para el autogobierno. La burguesía dominó el Estado por primera en nuestra historia, pero subordinada al imperialismo y sin proyecto de desarrollo nacional. Liberalismo económico a ultranza y racismo completaron la gran frustración de los ideales revolucionarios.

Sin embargo, en la misma inadecuación y contradicciones entre la formación económica y la política, entre la ideología mambisa y la corrupción y el entreguismo republicanos, entre el patriotismo popular y la Enmienda Platt, entre la democracia política y la falta de derechos sociales y laborales, residía un potencial para protestas y eventuales luchas por la soberanía nacional, la democratización verdadera y la justicia social, que estarían en puntos de partida muy superiores a los de la Revolución de 1895. La compleja y delicada hegemonía de la primera república burguesa neocolonial debía moverse en ese terreno e impedir que ese mosaico de disensos y frustraciones se uniera y se pusiera en marcha.

III. ANTIIMPERIALISMO, SOCIALISMO, DEMOCRACIA Y NUEVA INSTITUCIONALIDAD

Lo lograron durante más de veinticinco años. Pero la deslegitimación del sistema político después de 1927, la dictadura machadista, el final de 150 años de crecimiento de la exportación de azúcar y una profunda crisis económica exigieron cambios profundos. Entonces sucedió una tercera revolución, entre 1930 y 1935, en la que el antiimperialismo se hizo masivo por primera vez, el pueblo se sintió capaz de gobernarse sin injerencias externas, las ideas y movimientos políticos socialistas como superación del sistema capitalista se arraigaron en Cuba y el orden de la primera república fue abatido y sustituido por una nueva institucionalidad más democrática y participativa, con un peso mayor del Estado. En el curso de esa Revolución del 30, la lucha armada y otras formas de violencia fueron ejercidas por revolucionarios y por diferentes fuerzas opositoras a los gobiernos. El comunismo que se adhería a la III Internacional (IC) y otras posiciones e ideas de lucha social influyeron mucho entre los trabajadores y sectores populares. La oposición a la dictadura se dividió a mediados de 1933, respecto a ser o no antiimperialistas; estos últimos fueron decisivos en el heterogéneo

gobierno revolucionario de septiembre de 1933 a enero de 1934, y se enfrentaron con las armas al régimen contrarrevolucionario que se impuso a continuación, tratando de desatar una insurrección. La desobediencia de masas duró más de dos años y tuvo un pico de gran rebelión social en 1933.

Los revolucionarios del treinta se sintieron herederos de la tradición mambisa pero fueron muy críticos de los políticos de la primera república, cuyos rangos altos y una parte de los intermedios procedían en su mayoría de la Revolución del 95. No tenían como meta la independencia, sino la liberación nacional, la justicia social, un nuevo sistema democrático e incluso el socialismo. En cuanto a la liberación, hubo acuerdo en que el país debía ser más soberano y sus instituciones más representativas de ello, aunque la subordinación neocolonial se mantuvo en todo lo esencial. Fuera de esto, las posiciones difirieron, desde los que combinaron una renovación del nacionalismo con el sometimiento al capitalismo neocolonial hasta los que entendieron que bajo ese sistema no habría liberación verdadera y era necesario salir de él. Una parte de estos últimos reivindicaban la conquista o cumplimiento de un destino nacional, que podría expresar la consigna “por la libertad política, la independencia económica

y la justicia social”. La otra parte, compartiendo el contenido de ese lema, entendía que solo una revolución orientada a implantar el socialismo podría lograr esos objetivos en Cuba.

Estos fueron los años del origen del socialismo en Cuba. El llamado sindicalismo revolucionario –sobre todo de inspiración anarquista– fue la vertiente de organización obrera más combativa y de efectos más trascendentes en el primer cuarto del siglo. Ellos utilizaron mucho el arma de la huelga y difundieron visiones clasistas ajenas al mundo de la política republicana, cuyo impacto fue importante en todo el proceso hasta 1935. El Partido Comunista (PC), fundado en 1925, fue una organización política cuya referencia fundamental eran los trabajadores; en sus primeros diez años logró influir mucho y organizar en alguna medida la protesta y la rebelión de los trabajadores y desempleados, y practicó una línea opuesta a alianzas con otras fuerzas políticas, que aspiraba a dirigir un futuro gran movimiento social dirigido por el proletariado, en una revolución que sería sin embargo democrática burguesa, dada la creencia del PC en que era necesario cumplir las tareas de desarrollo capitalista antes de pretender pasar al socialismo. El PC se sujetó a las orientaciones de la IC –que resultó tan rígida y autoritaria como neófita en los

problemas cubanos y la estrategia a seguir-, y eso lo perjudicó bastante. Pero la gran revolución bolchevique y la permanencia de la Unión Soviética fueron polos notables de atracción y de difusión de las ideas comunistas y marxistas, y avivaron la esperanza en que era posible que existieran poderes socialistas.

Hubo dos corrientes diferenciadas en el origen del socialismo en Cuba. La otra, a la que llamo el socialismo cubano, nació también en íntima relación con las corrientes obreras más radicales, e incluso con la creación del PC en 1925, en el caso de Julio Antonio Mella. Este pionero del socialismo cubano –un joven estudiante de origen “ilegítimo” pero no pobre– organizó y se convirtió en el líder del primer movimiento estudiantil relevante en el país, ganó una extraordinaria popularidad con sus campañas contra el conservatismo en la Universidad y el clericalismo, la corrupción política de la república y el dominio imperialista, se ligó al sindicalismo combativos y los trabajadores organizados, y fundó una Universidad Popular para ellos, se sumó a las ideas comunistas y fue uno de los fundadores y dirigentes del PC. Preso y protagonista de una huelga de hambre que multiplicó su fama, el carismático Mella tuvo que exiliarse en México. Allí continuó sus luchas y sus escritos

marxistas, fue dirigente del Partido Comunista mexicano –incluso Secretario General varios meses–, pero siempre buscando la revolución en su patria. Mella dirigió una organización que lanzó el primer programa para desatar una insurrección a partir de un frente único de fuerzas opositoras a la dictadura –cuando esa política que impulsó Lenin era abandonada por la IC–, lucha revolucionaria en la que los comunistas debían ganarse el derecho a conducir al pueblo y dirigir una revolución hacia el socialismo. Mella murió asesinado por sicarios del Machadato en enero de 1929, cuando tenía 25 años de edad.

Para llegar a un socialismo cubano cuando todavía no había en Cuba agitación ni chispas de revolución, Mella tuvo que pasar de la reforma universitaria a comprender la esencia de los males de Cuba y hacerse comunista; para ser del todo comunista debió hacerse antiimperialista y no permanecer en el rechazo cultural a los “bárbaros sonidos” del idioma inglés ni el repudio a la gran matanza de 1914-1918, sino comprender en qué consiste el imperialismo y qué hacer para combatirlo, y concluir que el antiimperialismo latinoamericano viable debía ser anticapitalista. Pero todavía debió ir más lejos: la revolución comunista tenía que ser nacional, vivir las ansias de liberación de cada

pueblo, aprender a guiar a los explotados y oprimidos para formar una vanguardia revolucionaria capaz de atreverse a arrastrar al pueblo a la conquista y el ejercicio del poder. Construir un bloque histórico en el que se vayan fundiendo los ofendidos y los humildes, los excluidos y los que portan intereses socialmente útiles, el nacionalismo y los ideales libertarios. La acción revolucionaria como una escuela en la que todos lleguen a aprender que solo unidos tendrán opción de triunfar y sostenerse, y que la justicia social y el socialismo son el camino y la alternativa que hacen viables las liberaciones.³ Es impresionante encontrar todas esas ideas estudiando los escritos de Mella, que siguen esperando que se enseñe en las escuelas cubanas su contenido, procedencia revolucionaria, creatividad y organicidad.

Antonio Guiteras fue el más destacado entre los iniciadores del socialismo cubano. He escrito largamente sobre esto, y aquí me limito a apuntar algunas razones para calificarlo así. Comenzó también en el movimiento estudiantil, pero ya en el Directorio de 1927, antidictatorial y de ideas radicales. Sin embargo,

el farmacéutico de 20 años se sumergió de inmediato en las provincias y se convirtió en un conspirador contra la tiranía y un organizador de gente del pueblo que ansiaba pelear. A diferencia de Mella, Guiteras nunca perteneció al PC. En Oriente fundó y dirigió Unión Revolucionaria, de lucha armada y con ideología antiimperialista y socialista. Hombre de acción y poseedor de muy amplia cultura, las acciones armadas y su rechazo a la “mediación” imperialista le dieron un enorme prestigio. A la caída del Machadato era el líder revolucionario de izquierda de la provincia oriental. Fue llamado a participar en el gobierno revolucionario de septiembre, y allí comenzó una experiencia práctica que constituyó un salto de avance extraordinario de la liberación y el socialismo en Cuba: defensa a ultranza de la soberanía y derrota de la contrarrevolución, leyes favorables a los trabajadores y desempleados, medidas contra el dominio imperialista que incluyeron la intervención estatal de grandes empresas yanquis, trabajo revolucionario en las fuerzas armadas, iniciativas de reforma agraria, intentos de formar un bloque revolucionario antiimperialista. Y todo lo hizo divulgando expresamente la necesidad de que los derechos de los obreros y los campesinos predominaran contra el afán de lucro de burgueses e imperialistas.

³ Desde los dos puntos hasta aquí, esta tomado casi textualmente de Martínez Heredia (2007: 32-33).

En la última fase de su vida –enero de 1934 a mayo de 1935–, Guiteras fue el protagonista principal del campo revolucionario, como el coronel Batista lo era en el campo contrarrevolucionario. Su organización Joven Cuba, sus acciones y sus escritos tenían como objetivo la insurrección armada para tomar el poder e implantar una dictadura revolucionaria que consumara la liberación nacional de Cuba y construyera una sociedad socialista. Es decir, Guiteras reunió en su política y sus ideas el mayor avance registrado por la cultura revolucionaria cubana hasta ese momento, la liberación nacional antiimperialista martiana y la ideología mambisa, con una forma cubana de lucha comunista por el socialismo. Es natural que una propuesta tan subversiva fuera oscurecida y tratada de olvidar en los años siguientes, como fue natural que los nuevos combatientes y pensadores de la insurrección de los años cincuenta lo reivindicaran como su antecedente junto a las revoluciones del siglo XIX, porque Guiteras es el enlace por excelencia entre las fuentes del socialismo y la liberación cubanos.

La mejor prueba de la importancia y profundidad de la Revolución del 30 en nuestra historia es que entre 1934 y 1935 la contrarrevolución ganó sus batallas, pero nunca pudo

imponer un orden reaccionario permanente. Las demandas asumidas por las mayorías y las grandes transformaciones ideológicas a las que me he referido obligaron al sistema a una reformulación de la hegemonía por lo menos tan compleja como la que siguió a la Revolución del 95, pero ahora admitiendo instituciones, relaciones e ideas que en buena parte eran potencialmente peligrosas. En el campo de las ideas y representaciones, el nacionalismo siguió siendo un componente básico de la conciencia cívica, pero dejó de ser ajeno o contraponerse a las luchas sindicales o por la igualdad racial. La justicia social fue admitida declarativamente como un ideal a alcanzar; gran número de organizaciones sociales y políticas la esgrimían en pos de sus demandas específicas o la defendían en general. El socialismo fue utilizado en el lenguaje político postrevolucionario y aceptado como una ideología a tener en cuenta en la mayor parte de los medios públicos y en la conciencia común. Después de 1945 se intentó satanizarlo en el marco de la “guerra fría”, pero siempre hubo socialistas –del PC o ajenos a él– que siguieron sosteniéndolo como ideal de sociedad a alcanzar. El antiimperialismo permaneció como una fuerza latente a consecuencia de la conciencia ganada, pero su uso público disminuyó.

Lo fundamental de un compromiso que conservaba la esencia del sistema de dominación fue la elaboración de un sistema político y un cuerpo institucional y legal realmente muy avanzados. Desde 1934 se siguió promulgando leyes que reconocían derechos sociales, y a fines de la década una convención constituyente muy plural elaboró una carta magna que recogía de un modo u otro gran parte de las demandas de la revolución y daba base institucional a un sistema político, social y administrativo muy elaborado, con normas muy avanzadas respecto a las libertades y sus garantías, las cuestiones sociales y la organización de la sociedad. La segunda república burguesa neocolonial tuvo instituciones y prácticas de democracia a un grado muy superior a lo que Cuba había conocido. Grandes partidos pluriclasistas con estructuras y realidad permanente en todo el país eran protagonistas de un medio político que incluía a otras organizaciones menores, y que sostenía ricas y complejas relaciones con una sociedad civil sumamente desarrollada, y los poderes ejecutivo y legislativo eran activísimos. Existía una notable libertad de expresión dentro del sistema y las prácticas del capitalismo, y toda aquella vida pública y sus conflictos eran objeto de consumo de masas a través de los medios. El Estado tenía una presencia y

funciones mucho mayores que antes; aparecía como mediador entre las clases sociales e intervenía en la economía con controles y algunas instituciones propias. El liberalismo perdió peso e influencia frente a un democratismo que tenía expresiones intelectuales y motivaba actitudes políticas.

Esas dimensiones política e ideológica eran profundamente incongruentes con la formación económica y la explotación y la miseria que regían en la sociedad. Aquellas cumplían funciones de establecer consensos, confundir, entretener o mantener divididos a los explotados y dominados, y eso amortiguaba bien las graves contradicciones y el potencial de conflictos existente. Pero no dejaban de constituir una escuela de ciudadanía que formaba individuos, grupos y conciencia nacional, y traían consigo el riesgo implícito de que el nivel de demandas populares y de rebeldías pudiera crecer muy bruscamente si situaciones conflictivas o grandes agravios se salían del control de los dominantes.

El mundo concreto de esa segunda república incluía leyes complementarias a la Constitución que al no aprobarse impedían aplicar preceptos cruciales, como una reforma agraria, normas que no eran efectivas, como la carrera administrativa o el control del Congreso sobre

el presupuesto, instituciones como el Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales y el Tribunal de Cuentas, que no frenaban las arbitrariedades y el incumplimiento del ordenamiento legal, ni la colosal corrupción administrativa. Esas realidades generaron una nueva versión de la frustración vivida en la primera república, ahora referida a los ideales de la Revolución del 30, que contenían elementos mucho más ambiciosos que los de 1902. Ese malestar de la sociedad era por tanto potencialmente peligroso para la existencia del capitalismo neocolonial. La república cubana nació marcada, retada por la frustración de una gran gesta revolucionaria y un proyecto nacional popular de liberación, pero pareció estabilizarse durante un cuarto de siglo de reconstrucción y de gran expansión económica. La Revolución del 30 transformó el agotamiento del modelo económico colonial-neocolonial y su salida dictatorial en una gigantesca conmoción, que modificó los términos de dominación del sistema. Por sus logros, pero sobre todo por la conciencia y las ansias que no satisfizo, la segunda república no podía ocultar a un análisis lúcido y severo que la solución para las amplias mayorías y para el logro pleno de la nación exigía una revolución que abatiera el sistema vigente con objetivos antiimperialistas y anticapitalistas.

Pero mientras aquel orden republicano funcionó y su reproducción predominó, su propia naturaleza generaba la creencia más extendida entre los que eran activos en las luchas por cambios para el país y la gente: que estos podían obtenerse por vías institucionales, mediante luchas cívicas y dentro de las reglas del juego político, sin apelar a vías revolucionarias ni a la violencia política.

IV. UNA REVOLUCIÓN SOCIALISTA DE LIBERACIÓN NACIONAL

La ruptura de la institucionalidad y la dictadura establecida a partir del 10 de marzo de 1952 no parecieron suficientes para quebrantar el funcionamiento del sistema de dominación, a pesar del gran repudio que provocó aquel hecho. Como sucede en numerosos momentos de la historia, el acontecimiento trascendental que fue el asalto al Moncada no resultó comprendido de inmediato –y el gobierno pudo creer que había limitado su significado–; solo en el segundo semestre de 1955 se hizo ostensible que el movimiento que había nacido de aquellos hechos podía llegar a ser una presencia importante en la política cubana.

Pero no expondré aquí los acontecimientos y los procesos vividos desde entonces hasta

hoy en Cuba, porque son en sí mismos bastante conocidos y porque eso haría demasiado extenso este trabajo. Ruego tener esto en cuenta ante esa ausencia, y ante las menciones que hago de algunos de ellos en el curso de lo que resta del texto.

El movimiento insurreccional de los años cincuenta albergaba muy fuertes visiones de socialismo cubano y de sus nexos íntimos con la liberación nacional. Es muy comprensible que así fuera, dada la densidad que tuvo la historia de protestas, rebeldías y acciones colectivas revolucionarias en Cuba entre 1868 y 1959, si vemos el período en perspectiva histórica, y dadas su gran coherencia y su enorme vocación de sentirse continuadores, herederos y llamados a consumir los esfuerzos y los proyectos anteriores, si desde aquella perspectiva no exageramos la entidad y el papel de sus divisiones internas, errores e insuficiencias. Confiar en que la deslegitimación del sistema político de la segunda república en 1952 no tendría mayores consecuencias fue el error del siglo XX de la burguesía de Cuba y del imperialismo norteamericano, al cual no sobrevivieron. Cuando las voluntades organizadas, audaces y dispuestas a pelear, con un cuerpo de ideas muy definidas, organizaron el Movimiento 26 de Julio y combinaron las tareas conspirativas para la

insurrección con la vinculación a las protestas sociales y el inmenso malestar político de 1955 y 1956, pudieron levantarse contra el sistema, a pesar de su inicial debilidad, porque se apoderaron de todo el potencial subversivo que hasta entonces neutralizaba la hegemonía burguesa neocolonial, y de toda la historia revolucionaria del país. A esa luz es más fácil comprender el carácter de *La Historia me absolverá* (Castro Ruz, 2001 [1953]).

Los textos de la insurrección –documentos de organizaciones, artículos publicados, cartas y mensajes políticos y personales, anotaciones de pensamiento o proyectos, comunicaciones orales– abundan en el uso de conceptos de liberación, antiimperialismo, socialismo, nacionalismo revolucionario, latinoamericanismo, democracia. Por lo general no pretenden someterse a definiciones, pero los autores los utilizan con propiedad y desenvoltura, y los ligan entre sí. Es que un punto central de la ideología de la insurrección era “no volver al 9 de marzo”, es decir, no regresar a la institucionalidad ni a los empeños cívicos de cambiar a Cuba dentro de las reglas del juego de la segunda república. Ese proyecto de consumación de la nación cubana y de liberación de su pueblo exigió visiones que no cabían dentro del orden burgués neocolonial, ni dentro de la

mayor parte de las ideas que disentían de él. Ya están disponibles cientos de documentos y un buen número de monografías sumamente valiosas acerca de este período; sin embargo, su conocimiento no está establecido con firmeza de síntesis, pese a ser de importancia crucial para comprender la revolución y sus ideas dominantes. No es posible seguir reduciendo a destellos luminosos y pastos de citas lo que fue creación heroica y contiene una organicidad, aunque no la hicieran expresa los que vivieron aquel proceso. Más grave aún son las ausencias en los terrenos de la docencia y la divulgación sistemática de la gran mayoría de esos textos y de valoraciones acerca de su naturaleza y su significación histórica.

Cuba no estaba predestinada a ser un país socialista. La república de 1902, con democracia política y capitalismo neocolonial y liberal, fue conquistada por las revoluciones de 1868-1898. Un mar de sangre clausuró la posibilidad de que Cuba fuera incorporada a los Estados Unidos, pero no pudo evitar la relación neocolonial. La ciudadanía fue una inmensa conquista popular, pero no se pudo lograr una reforma agraria ni desterrar el racismo. Vimos como en el decurso de medio siglo se transformaron numerosos aspectos, pero lo esencial del sistema se mantuvo. En 1959 el entusiasmo

revolucionario era universal y la confianza en las propias fuerzas crecía cada día. Pero todavía podría el historiador registrar la existencia de opciones para el destino de aquel proceso. En teoría, Cuba podía volver al régimen democrático que era esencial a la segunda república y profundizarlo, tratando de hacer efectivas sus normas y honestos sus gobiernos. Pero la alternativa práctica no estaba allí.

Solo la elección de destruir el aparato militar, represivo y político del sistema, puesta en práctica desde el 1° de enero de 1959, hizo viable al proyecto revolucionario. Solo la decisión de transformar a fondo las estructuras de dominación sobre la economía, la propiedad y las relaciones sociales ligadas a ellas –reforma agraria, recuperación de bienes malversados, sector estatal siempre creciente, leyes revolucionarias– le dio suelo al nuevo poder y consumó su conducción del pueblo, a la vez que este se lanzaba a la participación política masiva en todas las tareas y recibía las armas. Solo violentando los resultados esperables de la fiesta de la libertad y la democracia, poniendo el poder al servicio de la liberación de las mayorías de la explotación capitalista y la miseria, y de la conquista de la plena soberanía nacional, se hizo real la unidad de los revolucionarios y se forjó un nuevo bloque popular. La revolución

multiplicó su fuerza y su legitimidad, y se tornó capaz de vencer a sus descomunales enemigos y de cambiar la vida, las relaciones, las instituciones y el mundo espiritual de la gente y del país.

Fue un proceso ininterrumpido, con fiebre de nacer y ser, más que de ponerse nombre. Cuando tuvo que hacerlo, en vísperas de una batalla decisiva, Fidel Castro, el llamado a hacerlo por sus hechos, sus ideas y su liderazgo, dijo: “esta es la Revolución socialista y democrática de los humildes, con los humildes y para los humildes” (Castro Ruz, 1961). El analista lo dice otro modo, una revolución socialista de liberación nacional. La conciencia del carácter y el contenido del proceso revolucionario se fue creando en las luchas, aprendizajes y experiencias, con los materiales previos siempre presentes, pero con nuevos materiales que resultaron decisivos, porque el objeto del pensamiento y los ideales del socialismo y de la liberación se habían ampliado bruscamente al mismo tiempo que tendían a unirse, mientras lo nunca soñado se ponía a la orden del día.

Las victorias y las inmensas transformaciones de los primeros años del poder revolucionario fueron calificadas después como el triunfo y la implantación del socialismo en Cuba. Esto provenía de su contenido real, pero

también del deseo de formar parte de un proceso mundial de cambios que acabaría con las opresiones del capitalismo y el colonialismo, y abriría un mundo de oportunidades nuevas para los países y las personas. La concreción más poderosa e influyente que parecía tener ese proceso era la Unión Soviética, que lideraba un grupo de países y un sector muy numeroso de partidos políticos a escala mundial, campo y movimiento que reivindicaban el comunismo, y ser los herederos de la Revolución bolchevique y las ideas de Marx, Engels y Lenin. Cuba necesitó y obtuvo relaciones y alianza con la URSS que muy pronto se volvieron de un peso inmenso, dadas las formidables agresiones de Estados Unidos y la naturaleza de la economía cubana. Parecían unirse felizmente los ideales y las necesidades. Pero pronto se hizo visible que las prácticas y las ideas del socialismo cubano contenían diferencias e incluso contradicciones con la ideología de aquel país y del movimiento comunista que conducía, y con la política exterior soviética.

El proceso de sectarismo en las Organizaciones Revolucionarias Integradas (1961-1962) y la Crisis de Octubre de ese último año hicieron palpables aquellas diferencias y contradicciones. A lo largo de la década se repitió esa constatación, en cuanto a la estrategia económica y

de construcción socialista cubana, la organización política, la cultura, el pensamiento marxista y otros ámbitos. También fue real –aunque quizás menos obvio– que la posición política e ideológica y el ejemplo cubanos implicaban un polo diferente de atracción y potencial formación de un frente de países y movimientos independientes de la URSS, que conjugaran con acierto el socialismo y la liberación *desde* América Latina y el Tercer Mundo, un movimiento y un cuerpo de ideas basado en un internacionalismo anticapitalista y de liberación realmente revolucionario y en proyectos de transformaciones sociales realmente socialistas-comunistas. La revolución cubana confrontó entonces, además de sus enemigos y dificultades internos y externos, el hecho de constituir una herejía para el llamado campo socialista y su teoría. El pensamiento de Fidel Castro y el de Ernesto Che Guevara son las expresiones más notables de esa herejía.

Las acciones revolucionarias cubanas plasmaron una visión propia del socialismo y de la liberación nacional en incontables terrenos, recogida también en cientos de discursos, documentos políticos y otros escritos. Todos los revolucionarios cubanos secundaron aquellas prácticas. Pero en el campo de las ideas hubo serias diferencias entre nosotros, que se

expresaron en divergencias y debates. Cuba enriqueció el acervo mundial de las revoluciones y del conocimiento del mundo contemporáneo en esa primera etapa de la revolución en el poder que terminó a inicios de los años setenta. Aunque en la segunda etapa –la que va de ese momento a inicios de los años noventa– Cuba debió sujetarse al predominio de la influencia soviética en diversos campos, mantuvo su régimen, dirigentes y personalidad propios, y numerosas políticas y actuaciones autónomas. Esto resultó decisivo para nuestra revolución y para la sobrevivencia nacional cuando la URSS y los demás regímenes no capitalistas de Europa se autodestruyeron como tales y dañaron profundamente el prestigio mundial del socialismo, y Cuba debió enfrentar una crisis demoledora de su economía –que dependía sobremanera de las relaciones con la URSS, un deterioro muy fuerte de la calidad de la vida y graves peligros en cuanto a seguridad nacional.

Sintetizo las que me parecen características principales del socialismo cubano de este medio siglo. Ante todo, ser de liberación nacional, para eliminar todo dominio extranjero, garantizar la soberanía y la autodeterminación –una tarea permanente que es muy difícil y compleja–, y hacer al pueblo sentirse dueño de su propio país y de un ambicioso proyecto social

compartido a escala nacional. Ser un proceso de distribuciones sucesivas y sistemáticas de la riqueza social, regidas por el ideal socialista y la justicia social, principio mantenido en las circunstancias más duras o disímiles, que mantiene efectos muy profundos en la vida material y espiritual de las personas y las familias, y en las relaciones entre economía y sociedad. Ser antiimperialista y latinoamericanista, rasgo esencial para la liberación de Cuba, cemento de la unidad popular nacional y de una vocación de unión continental, que identifica y denuncia la esencia del capitalismo contemporáneo –enemigo de los pueblos a escala planetaria– y no le hace concesiones, y tiene una política latinoamericana muy activa, basada en hermandad entre revolucionarios, alianzas, colaboración o intercambios. Ser internacionalista, gigantesca ampliación y cambio de naturaleza de las prácticas y las ideas modernas de filantropía y de ayuda a otros pueblos, que potencia la fraternidad entre los pueblos del mundo que fue colonizado, hayan o no completado su liberación, y les permite movilizar recursos y hacer políticas superiores a sus medios propios; es un paso efectivo de avance para el socialismo y la liberación en el mundo, y una gran escuela de desarrollo humano y revolucionario para los cubanos.

En las últimas décadas se han agudizado las contradicciones entre tantos logros y nuevos horizontes que se abren ante los seres humanos y el carácter centralizador, parasitario, recolonizador, criminal y excluyente del gran capitalismo, portador de una cultura del más profundo egoísmo, afán de lucro, individualismo, miedo, indiferencia por la suerte de los demás. También han hecho crisis las ideologías que simplificaban las grandes contradicciones sociales y sus soluciones, y los regímenes que se oponían al capitalismo pero cada vez se diferenciaban menos de él y perdían la batalla de la creación de una nueva cultura. Todo eso hace obvia la necesidad de repensar los ámbitos y rasgos de la liberación y el socialismo, y el contenido de ambos conceptos. No pretendo intentarlo aquí. Me limitaré a terminar mi texto con algunos comentarios acerca del socialismo en Cuba contemporánea.

Cuba ha tenido que lidiar a la vez con el capitalismo más desarrollado y con los problemas del subdesarrollo, con fuertes tendencias internas burocráticas y con el plano inclinado hacia el capitalismo constituido por las relaciones mercantiles, con la agresión sistemática de los imperialistas de Estados Unidos y con las profundas deformaciones e insuficiencias de nuestros aliados, con la centralización, el

unanimismo y otras deformaciones propias y con la tremenda ofensiva cultural mundial del capitalismo. Sin paz, recursos ni soledad suficientes, el experimento de la transición socialista cubana siempre se ha visto forzado a ser creativo y a unir la flexibilidad a los principios.

El desarrollo como meta del país y como ideal ha vivido siempre las tensiones de insuficiencias insalvables, del cierre de oportunidades y espacios que padece la mayoría de los países a escala mundial, y de las necesidades de la defensa de la revolución y de sus principios. Fidel enunció hace 40 años una idea que a mi juicio es básica: para los subdesarrollados, el socialismo es condición del desarrollo, y no el desarrollo la condición del socialismo. En realidad, la creencia en que la economía debe regir al socialismo –expresada en formas grotescas o sutiles–, en el papel inapelable que tendrían sus “leyes” autónomas y en la correspondencia obligada entre la “base material” y las relaciones sociales principales, es quizás la más extendida entre las deformaciones del ideal socialista. Ir más allá de lo posible es el sello de la revolución socialista, que solo puede existir y avanzar mediante una época prolongada de predominio del factor subjetivo. El poder tiene que ser un puesto de mando sobre la economía. Las relaciones, tensiones y

contradicciones entre el poder y el proyecto, la dominación y la libertad, la unidad y las diversidades, las relaciones económicas y la igualdad de oportunidades, la autoridad y la participación, son temas –entre otros– del socialismo cubano, que ya no es solo una visión, porque cuenta con una gran acumulación cultural de experiencias, subjetividades, conocimientos y preguntas.

No quiero concluir sin llamar la atención sobre una cuestión importante. En los años setenta el socialismo fue convertido en un vocablo ineludible y un paraíso hueco, fue aireado y participó en los encendidos debates durante el proceso de rectificación después de 1985, pero comenzó a desaparecer del discurso cívico hace quince años, en medio de la gran crisis. Lo mantuvo vivo la conjunción de las enérgicas iniciativas de la dirección revolucionaria –en defensa de los intereses y las oportunidades de la gente común y la permanencia de la transición socialista– con un profundo saber popular, que lo defiende porque sigue siendo el mejor nombre para sus necesidades, esperanzas e ideales. En los últimos años viene regresando el concepto de socialismo, motivado por los avances populares en América Latina y por la conciencia en Cuba de que estamos en una coyuntura que

irá exigiendo definiciones. Por otra parte, la naturaleza actual del capitalismo no deja más alternativa que rendirse a él o luchar por el socialismo. Pero hoy ya no es posible postular simplemente el socialismo. Hay que enfrentar las dudas y los desafíos, saldar las cuentas históricas, superar su insuficiencia y sus desvaríos, rediscutir y hacer avanzar su teoría marxista –tan necesaria ante el páramo que ha llegado a ser el pensamiento social–, partir de las realidades actuales cómo son, sin ceguera ni ocultamientos, con el fin de cambiarlas hasta sus raíces. No sucumbir al pesimismo, ni a engaños triunfalistas. Es indispensable reformular y profundizar el proyecto socialista, con gran audacia, creatividad y compromiso.

BIBLIOGRAFÍA

- Arbolea, J. 2008 *La revolución del otro mundo. Cuba y Estados Unidos en el horizonte del siglo XXI* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Castro Ruz, F. 1961 “Discurso pronunciado por Fidel Castro Ruz, el día 16 de abril” en <<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f160461e.html>> acceso 16 de abril de 2018.
- Castro Ruz, F. 2001 [1953] *La Historia me absolverá* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Martínez Heredia, F. 1988 *Desafíos del socialismo cubano* (La Habana: Centro de Estudios sobre América).
- Martínez Heredia, F. 2007 *La Revolución cubana del 30. Ensayos* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales / Ruth Casa editorial).

SOCIALISMO SOVIÉTICO Y SOCIALISMO CUBANO. EL CASO DE ANTONIO GUITERAS*

El escaso tiempo con que contamos los ponentes no me permite exponer elementos previos a la etapa que examinaré que, sin embargo, resulta necesario tener en cuenta para fundamentar y defender las afirmaciones que haré. Menciono al menos el origen revolucionario específico que tuvieron la nación y el Estado cubanos, el nacionalismo con fuertes componentes populares que primó en la primera república, el tipo de dominación y de conflictos que condicionaron las formaciones económicas y los sistemas de dominación que existieron entre 1780 y 1930, y la coincidencia del final de ese siglo y medio y la crisis del sistema político y de la hegemonía a fines de los años veinte. Ruego entonces al oyente

generoso e interesado que lea algunos de los textos que he dedicado al resultado de mis investigaciones sobre esos temas.

Entre tantos aspectos que habría que tratar, escojo los que conciernen al origen del socialismo cubano, pero prevengo contra los peligros de no apreciar bien su naturaleza y sus condicionamientos, además de quedar fuera otras alternativas que ofrecía el proceso, tan factibles y fuertes que algunas de ellas fueron las que finalmente prevalecieron. Los investigadores marxistas –como los de otras tendencias– debemos cuidarnos de no reducir los procesos históricos revolucionarios a simple marco de las actividades de los héroes socialistas y de las jornadas populares que seleccionemos.

En el proceso histórico del socialismo como política revolucionaria en Cuba existieron dos líneas, que aparecen claramente definidas desde la tercera década del siglo XX: la de un socialismo cubano, que encuentra su expresión mayor en esta época de su origen en Julio Antonio Mella y Antonio Guiteras, y la de un

* Ponencia presentada en el Seminario Internacional *Las izquierdas latinoamericanas: Sus trayectorias nacionales y relaciones internacionales durante el siglo XX*, organizado por Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello. Cuba, La Habana, del 14 al 16 de noviembre de 2016.

socialismo organizado en partido comunista e inscrito en el movimiento comunista internacional. Mella y Guiteras encontraron la estrategia y el camino del socialismo cubano: anti-imperialismo intransigente, ideal comunista, insurrección armada, frente revolucionario y ganar en la lucha el derecho a conducir la creación del socialismo. Y ambos buscaron las vías para mantener el rumbo y consumir esa posición. Mella tuvo que descubrir todo esto cuando el país aún no se movía, e intentar ponerlo en práctica. Su triunfo estuvo en trascender los límites del campo de la problemática de la república burguesa neocolonial y ser como un rayo en lo oscuro. Le tocaron la gloria y el destino del pionero. Antonio Guiteras resultó su más cabal continuador, porque fue mucho más lejos en condiciones mucho más favorables.

Al final de los años veinte terminó el largo período de 150 años de incesante expansión de la producción azucarera para exportación. Estados Unidos había reforzado y sacado gran provecho a su dominio neocolonial sobre la república, pero se abría una fase de cambios inevitables. La gran crisis económica mundial que se desató agravó la iniciada en Cuba por el desplome de las ventas y los precios del azúcar. Esto coincidió con la deslegitimación, en 1927, del sistema político creado al inicio de siglo,

a consecuencia de la imposición de la prórroga de los mandatos de los poderes ejecutivo y legislativo, y la abolición del bipartidismo. La dictadura abierta confió en la represión y en el apoyo imperialista norteamericano. Pero a fines de 1930 crecía una oposición activa, constituida por tres vertientes separadas: la que dirigían políticos liberales y conservadores, unidos por su exclusión del poder, que solo aspiraba a un cambio de gobierno; la de sectores de trabajadores organizados y el Partido Comunista; y un movimiento estudiantil muy combativo y movilizador de conciencias. Estas dos últimas tenían objetivos más radicales de transformaciones, aunque diferentes.

En aquel momento comenzó la llamada Revolución del 30, la tercera de la historia cubana. En sus primeros tres años el objetivo común fue derrocar la dictadura, pero en su decurso los políticos tradicionales perdieron su prestigio y las aspiraciones de los otros dos sectores ganaron mucho terreno en la población. El rechazo al imperialismo norteamericano tuvo expresiones masivas, y también las ideas de que los patronos y el gobierno eran culpables del desastre social.

El repudio a tantos crímenes, la violencia revolucionaria, un alto nivel de protestas de calle y de huelgas, la desobediencia civil,

desgastaron a la dictadura, que entró en crisis a fines de 1932. En mayo de 1933, Estados Unidos envió a un “mediador” a Cuba, a realizar una intervención “suave” que impusiera la sustitución de los gobernantes y evitara una revolución radical. Esto provocó una tajante división del campo opositor –a mi juicio muy positiva–, entre los cómplices de Estados Unidos y los opuestos a que dominara una vez más las situaciones cubanas. Entonces ganó fuerza la revolución.

La huelga como arma política se había convertido en un fenómeno de masas. Pero en aquel verano de 1933 se desató una verdadera rebelión social, en la que trabajadores y desempleados unidos hicieron trizas el orden, ocuparon empresas, aterrorizaron a los patronos, formaron sus propios comités, a lo largo de todo el país, completando la debacle de la primera república. Pero aquella rebelión tuvo dos límites decisivos: sus acciones eran espontáneas y sus organizaciones solo locales; sus objetivos se limitaron a las llamadas demandas inmediatas. En octubre la ola amainó, en parte por haberse satisfecho sus exigencias y en parte porque comenzó a reorganizarse la represión. El Partido Comunista, el partido obrero que tenía más trabajo que nadie en ese campo, y la lucha social como centro de su estrategia,

no logró dirigir la rebelión, ni conducirla hacia fines trascendentes. Pero el socialismo cubano no logró vincularse con ella, en manifiesto retraso de la unión de la liberación con la justicia social.

No existe prácticamente ningún estudio histórico dedicado a este formidable movimiento social.

Durante la segunda mitad del año se desplomaron sucesivamente la dictadura y la mayoría de las instituciones de la primera república, y se agudizaron los conflictos a un grado no visto desde 1895. En ese semestre sucedió el cenit de la crisis revolucionaria, aunque entre enero de 1934 y marzo de 1935 la mantuvieron la fuerza y la magnitud de las movilizaciones revolucionarias y de protestas, y la negativa a acatar el orden.

El Partido Comunista (al que llamaré PC) y las organizaciones que dirigía crecieron e influyeron mucho durante la revolución. Pero una parte de sus características, y la obediencia a su vínculo principal, le impidieron convertirse en un protagonista del proceso e intentar convertirlo en una revolución socialista. El PC era un partido basado en los obreros, y afirmaba que la clase de los trabajadores organizados sería el sujeto histórico del paso al socialismo en Cuba. Seguía rígidamente las normas de

organización y conducta llamadas bolcheviques y cumplía las orientaciones que emitía la Internacional Comunista (a la que llamaré IC) cuya política de “clase contra clase”, promulgada por su VI Congreso, de 1928, perjudicó mucho al PC cubano, que en medio de una situación revolucionaria tuvo que ser profundamente sectario, rechazar alianzas, condenar a todo revolucionario ajeno a él y denunciar a las demás políticas o propuestas como cómplices del sistema, incluidos el nacionalismo y lo que llamaban la pequeña burguesía.

El PC logró éxitos notables en cuanto a organizar trabajadores y darles vehículos capaces, y tuvo una militancia anticapitalista abnegada, muy laboriosa, disciplinada y dispuesta al sacrificio por la causa. Acertó en cuanto a que los burgueses de Cuba y el imperialismo constituían el bloque enemigo, y en cuanto a la inminencia de la crisis de la primera república, pero no asumió la centralidad de la política, no intentó convertirse en una alternativa real de poder, ni abordó seriamente la cuestión de la insurrección. El PC sustituyó esas necesidades vitales por abstracciones acerca de una “revolución agraria y antiimperialista” que debería realizar “tareas” previas al socialismo, lo que le daría a esa etapa un “carácter democrático burgués”. Pero a pesar de tener aquel contenido, la

revolución sería guiada desde el inicio por un proletariado que no haría alianzas con ningún sector “intermedio”, y triunfaría a causa de una gran rebelión social no definida. La victoria no estaba cercana, decían, pero era históricamente ineluctable. El PC existía fuera y en contra de la política de partidos y del sistema, pero sostenía una estrategia absurda y cayó en errores tácticos y confusiones graves.

Un joven revolucionario que nunca perteneció al PC, Antonio Guiteras Holmes, asumió las posiciones del socialismo cubano y tuvo la actuación y las ideas más avanzadas de la época. A los veinte años fue uno de los dirigentes del Directorio Estudiantil Universitario de 1927 contra la dictadura. Se graduó de Farmacia y se empleó en un trabajo modesto que le permitió relacionarse con la gente sencilla, sobre todo del oriente del país. Guiteras se convirtió en un conspirador que tejía relaciones y grupos subversivos que lo admiraban por su determinación y sus cualidades personales, aunque él fuera “un hombre de izquierda” y muchos de ellos creyeran todavía en políticos opositonistas. Las revoluciones nacen del medio mismo que tratan de destrozarse y cambiar. Querían hacerlo suyo los de clase media que apreciaban su origen social, su amplia cultura y su tranquila valentía, pero él se fue con la gente del pueblo

de Oriente a la insurrección popular de agosto de 1931, convocada por los viejos políticos. En la cárcel leyó a Bujarin y la Constitución soviética, en la clandestinidad a Thalheimer, Ramiro Guerra, Jean Jaurès. Pero Guiteras había ido al encuentro del socialismo desde las prácticas y las ideas insurreccionales, y en toda su intensa vida política mantendrá esa unión.

En 1932 creó su propia organización clandestina de lucha armada, Unión Revolucionaria (a la que llamaré UR), que tenía su centro en Oriente. Guiteras presidía su Comité Central; las células se llamaban “radios”. Intentó formar un Frente Único Revolucionario en Oriente, con el Directorio Estudiantil Universitario, Unión Nacionalista y otros sectores, pero los viejos políticos lo impidieron. UR tenía una actividad febril de captación de miembros, organización, búsqueda de armas, explosivos y recursos, expropiaciones, adoctrinamiento, propaganda y preparación de una insurrección general en la provincia de Oriente. La toma del cuartel de San Luis y otras acciones armadas en abril de 1933 tuvieron resonancia nacional.

Para este socialista cubano había dos cuestiones políticas centrales: la del poder y la del alcance de la revolución. Un “Manifiesto al pueblo de Cuba” (Guiteras Holmes, 1960, 1970, 1973 [1932-3?]) que redactó entonces nos permite

conocer el programa y la estrategia de UR, y asomarnos al proyecto del autor. Convoca a un amplio frente insurreccional, aunque se tengan variadas ideologías, pero como habrá que crear un régimen nuevo, propone un programa “que sirva de aspiración común al Pueblo de Cuba”, y expone a continuación un gran número de medidas muy concretas—la justicia de cada una podía defenderse fácilmente—, pero tan profundas que implicarían una transformación a fondo de la sociedad cubana y serían inaceptables para la burguesía y el imperialismo. El contenido de ese plan es análogo a lo que realizó la Revolución de 1959 en sus primeros dieciocho meses, aunque en ninguno de los dos casos se utilizó la palabra *socialismo*.

Guiteras fue uno de los más destacados opositores a la “mediación” norteamericana. Sin dejar de actuar, preparó una nueva fase: la toma del cuartel de Bayamo, con 62 hombres armados, y la formación de una fuerte guerrilla rural en la Sierra Maestra. La guerra es política. El 12 de agosto cayó la dictadura, el país se negó a aceptar el gobierno impuesto por Estados Unidos y Guiteras se convirtió en una fuerza política en Oriente. El 4 de septiembre los soldados y clases despidieron a sus oficiales y derrocaron al presidente títere. Se formó un Gobierno Provisional Revolucionario

de antiinjerencistas, que llamó a Guiteras al cuartel Moncada para pedirle que fuera el Secretario de Gobernación. Acepta el cargo, pocos días después ampliado con el de Guerra y Marina, y pronto será en la práctica el primer ministro de un gobierno insólito en Cuba previa a 1959, que durará 125 días.

Renunció a aludir aquí a la extraordinaria complejidad y riqueza de acontecimientos, posiciones e ideas de la Revolución, y me refiero solamente a Guiteras, que intentó convertirla en una revolución socialista de liberación nacional. Primero utilizó el poder que tuvo para que se promulgaran numerosos decretos a favor de los trabajadores, los campesinos y los más pobres, combatió directamente al imperialismo y la contrarrevolución –que utilizaron ampliamente la violencia–, hizo campaña a favor de cambios profundos e intentó formar un bloque revolucionario de izquierda. Como líder del ala radical y máximo colaborador del presidente nacionalista Grau San Martín, llevó a cabo una experiencia práctica singular en nuestra historia, mediante la creación de realidades y motivaciones que favorecieran la ulterior implantación del socialismo en Cuba. Trató de ser la opción revolucionaria ante el golpe militar que derribó al Gobierno en enero de 1934, y volvió de inmediato a la acción subversiva.

En los últimos dieciséis meses de su vida gozó de un enorme prestigio y fue el antagonista principal del coronel Fulgencio Batista, jefe del ejército que ejercía la dictadura al servicio de los Estados Unidos y con un antiguo político como presidente títere de la república. Guiteras se propuso la conquista del poder mediante la insurrección armada, para liberar al país del dominio extranjero y llevarlo hacia el socialismo. Con esos fines fundó la organización político militar Joven Cuba, que contó con miles de miembros a nivel nacional y una notable influencia. Murió combatiendo en El Morrillo, Matanzas, el 8 de mayo de 1935.

A partir de agosto de 1933, Guiteras hizo expreso su antiimperialismo radical y su posición e ideales socialistas, y la pretensión de que el país llegara al socialismo. Pienso que estimó que eso era ahora lo más atinado para las tareas de concientizar a los revolucionarios y al pueblo, elaborar una política práctica eficaz y violentar aquella coyuntura, aunque siguió practicando siempre una política de frente amplio. Intentó aliarse con el PC y entregarle armas, pero la IC lo prohibió; y ese partido, víctima de su sectarismo, no vaciló en atacarlo y se privó de acercarse al socialismo cubano y forjar con él una alianza. En diciembre de 1933, Guiteras declaró que el gobierno debía llegar a

ser “un socialismo del Estado”. Y el 20 de enero de 1934, en el diario *Luz*, planteó que era necesario enfrentar

[...] la inmensa tarea de la Revolución Social, que a pesar de todas las dificultades, de todas las resistencias, se avecina, rompiendo todas las barreras que la burguesía ha levantado para impedir su paso. [...] Actualmente estoy en la oposición y lucharé por el establecimiento de un Gobierno donde los derechos de los Obreros y Campesinos estén por encima de los deseos de lucro de los Capitalistas Nacionales y extranjero (Guiteras Holmes, 1970 [1934]: 283-284).

Dos meses después expone sus ideas en un texto breve y profundo: “Septembrismo” (Guiteras Holmes, 1968a [1934]). Al pie mismo del evento histórico, un protagonista hace un análisis marxista extraordinario –sin utilizar los conceptos usuales– de lo esencial de los hechos y las actuaciones, del carácter de la nueva organización política necesaria y sus problemas, del sujeto político y del papel de la praxis. A partir del potencial revolucionario de la cultura nacional define a la revolución que debe realizarse en Cuba, la obligación de unir el antiimperialismo consecuente con la lucha por la implantación del socialismo y las funciones del poder

revolucionario. Valora la trascendencia de un gobierno cubano que se enfrentó abiertamente a Estados Unidos y legisló a favor del pueblo, que mostró el valor de la audacia y dejó latente la posibilidad. Y termina profetizando “la revolución que se prepara”, que consistirá en “una profunda transformación de nuestra estructura económico-político-social” (Guiteras Holmes, 1968a [1934]: 287).

“Septembrismo” es uno de los documentos más relevantes del pensamiento revolucionario cubano. En el “Programa de Joven Cuba” (Joven Cuba, 1968 [1934]), en algunas entrevistas y en su correspondencia pueden seguirse encontrando las ideas de este gran comunista cubano.

Antonio Guiteras intentó que la educación social y política de masas avanzara a saltos mediante la praxis, tanto al impulsar una experiencia de gestión de gobierno antiimperialista y de justicia social en beneficio de las mayorías explotadas y oprimidas como al formar organizaciones políticas insurreccionales para tomar el poder y desde él impulsar la creación de una sociedad liberada.

En su primera fase, el socialismo cubano pudo afirmarse y persistir porque comprendió la especificidad y lo esencial de Cuba, y supo inscribirlo en el ideal y el proyecto socialista y

encontrar las vías que permitirían emprender el camino. Logró el encuentro de la cultura y las luchas de liberación nacional con la cultura y las luchas por la justicia social y el socialismo, y produjo experiencias prácticas e ideas que constituyeron un legado invaluable para la generación siguiente. Además, le añadió un símbolo y un ingrediente sintetizador: la personalidad más trascendente de aquel evento revolucionario era un joven combatiente, un héroe dueño de ideas claras y muy radicales: antiimperialista, socialista e insurreccionalista. No es asombroso que el movimiento de jóvenes que desató la revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes en los años cincuenta se encomendara también a Antonio Guiteras cuando fue al asalto del Moncada.

BIBLIOGRAFÍA

- Guiteras Holmes, A. 1968 [1934] “Septembrismo” en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 16, mayo [Reproducido de *Bohemia*, 1° de abril].
- Guiteras Holmes, A. 1970 [1932-3?] “Manifiesto al pueblo de Cuba” en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 39: 270-271, Edición especial, abril [Reproducción parcial del fragmento conservado por Calixta Guiteras].
- Guiteras Holmes, A. 1970 [1934] “Declaraciones” en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 39, Edición especial, abril [Reproducido de *Luz* (La Habana), 20 de enero].
- Guiteras Holmes, A. 1973 [1932-3?] “Manifiesto al pueblo de Cuba” en Tabares del Real, J. A. *Guiteras* (La Habana: Editorial Ciencias Sociales / ICL) [Reproducción completa].
- Guiteras Holmes, C. 1960 [1932-3?] “Manifiesto al pueblo de Cuba” en Guiteras Holmes, C. *Biografía de Antonio Guiteras (folleto)* (La Habana: Dpto. de Educación de la Administración Municipal) [Reproducción completa del fragmento conservado por la autora].
- Joven Cuba 1968 [1934] “Programa de Joven Cuba” en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 16: 207-220, mayo [Reproducido de *Ahora* (La Habana), 24 de octubre].

INDEPENDENCIA Y SOCIALISMO EN LA AMÉRICA NUESTRA*

El 12 de junio pasado, el comandante Hugo Chávez Frías escribió, en su Programa de Gobierno para 2013-2019: “A la tesis reaccionaria del imperio y de la burguesía contra la Patria, nosotros y nosotras oponemos la tesis combativa, creativa y liberadora de la independencia y el socialismo como proyecto abierto y dialéctica construcción”. La riqueza de esa proposición me inspira a hacer un breve comentario sobre algunas de las cuestiones que ella plantea.

La primera Independencia, obtenida en la gesta continental que va de 1791 a 1824, fue insuficiente, pero fundó a nuestras naciones cuando la idea misma de nación era incipiente en Europa, creó nuevas identidades y nos aportó una extraordinaria acumulación cultural

revolucionaria, un legado inapreciable al que atenemos y la necesidad de promover nuevos proyectos de liberación.

La gran Revolución haitiana, el Grito de Murillo, la obra, el pensamiento y el proyecto de Bolívar, Sucre –el *antioligarca* de virtud sin par–, la epopeya de Hidalgo y Morelos, y después la trascendente propuesta de Martí, confirmada por la sangre del pueblo cubano, le pusieron metas muy altas a la libertad, mucho más altas que las vigentes en Europa. Esos revolucionarios bregaban por el gobierno del pueblo desde mucho antes de que el liberalismo europeo se decidiera a aceptar y utilizar su democracia. Le dieron un lugar preferente a la igualdad y la justicia en sus combates, algo que negaba los fundamentos mismos del sistema colonialista imperialista que se fue desarrollando en el mundo, y que puso al derecho internacional y a la conciencia común a su servicio. La resistencia, la rebeldía y el proyecto de la América nuestra resultaban opuestos incluso a los fundamentos ideales burgueses de la

* Martínez Heredia, F. 2013 “Intervención” en el X Encuentro Internacional de Intelectuales, Artistas y Luchadores sociales En Defensa de la Humanidad, *Plan de la Patria: pensamiento y acción de Hugo Chávez*, celebrado en Caracas los días 25 y 26 de marzo.

civilización como misión patriarcal colonial de las potencias, y a su racismo “científico”, que eran dominantes hace un siglo en el mundo espiritual y de las ideas.

En América del Sur, las guerras de independencia se internacionalizaron, la independencia se consideró parte de una épica y un proyecto americanos y así quedó fijada en la conciencia social. Hidalgo se proclamó “General de los ejércitos de América”; Morazán intentó lograr la unión centroamericana. Esa experiencia nos permite hasta hoy referirnos a hechos históricos cuando pretendemos una integración continental.

En estos dos últimos siglos, los que han ejercido la dominación les han negado a amplios sectores de la población la igualdad real, la justicia social y muchos derechos en *sus* repúblicas, en todo lo que consideraron necesario y todo el tiempo que han podido hacerlo, para defender y ampliar sus ganancias, mantener su poder político y social y su propiedad privada, con un ordenamiento legal y político favorable a ellos. Han preferido no ser clase nacional y, cada vez que ha sido necesario, han sido antinacionales. Al mismo tiempo, el capitalismo mundial se impuso en la región de acuerdo a las características de sus fases sucesivas, mediante su viejo y su nuevo colonialismo, aplastando

resistencias y rebeldías, cooptando y subordinando, hasta que en la actualidad su propia naturaleza imperialista saqueadora, parasitaria y depredadora ha cerrado la posibilidad de que bajo su sistema la América Latina pueda satisfacer las necesidades básicas de sus pueblos, mantener las soberanías nacionales, desarrollar sus economías y sus sociedades, defender y aprovechar sus recursos y organizar su vida en comunión con el medio natural.

Pero una constante latinoamericana y caribeña de resistencias, ideas, combates y sentimientos ha mantenido vivo el carácter popular del legado patriótico, sin entregarlo a los burgueses cómplices y subalternos del capitalismo imperialista, y le ha ido aportando desarrollos. El Presidente de Venezuela, compañero Nicolás Maduro, recordó en el funeral de Estado del comandante Chávez en la Academia Militar los avatares póstumos del Libertador y de Sucre. Cada época tuvo sus logros y sus avances, porque, en su saldo histórico, ninguna revolución verdadera es derrotada.

El largo camino ha brindado conocimientos y certezas, que ayudan a los que se han puesto en marcha en este continente a tener una conciencia superior. La primera región del Tercer Mundo que logró crear Estados independientes y mantenerlos aprendió que el capitalismo

también podía desarrollarse y establecer sistemas de dominación nuevos, neocoloniales, más funcionales a su madurez que el bárbaro colonialismo, y así subordinarnos, dividirnos y perpetuar nuestra condición mísera e inerme, teniendo a las relaciones económicas capitalistas como centro de esa dominación. Pero no por eso los revolucionarios despreciaron a sus repúblicas. Al contrario, levantaron en una sola bandera la causa del verdadero patriotismo y la causa de las luchas de las clases explotadas y oprimidas.

Hemos tenido que ir más lejos que compañeros de otras regiones, que no lograron entender que esta mitad del mundo no podía considerarse “atrasada” y resignarse a vivir en supuestas etapas intermedias en espera de una providencia ajena. Que para poder ser nosotros, y para pelear por ser realmente libres, teníamos que pensar con cabeza propia.

Cuando la libertad y la justicia son planteadas de tal modo y con tanta hondura desde el inicio, la independencia tiene que tornarse liberación nacional, y la justicia social, socialismo. Experiencias y estudios, combates y debates, han sido el taller y la escuela. Un avance fundamental está en la comprensión de la relación que ha existido históricamente entre la independencia y el socialismo. No ha sido fácil ni

rápido, una cultura entera universalizante ha estado en contra de que lo entendamos; sobre todo desde el imperialismo, que levantó promesas sucesivas, como el progreso, el panamericanismo y el desarrollo, siempre dirigidas a conducir a los emprendedores, confundir a todos y neutralizar y vencer a los rebeldes y a los que querían avances para sus países. El capitalismo actual ha perdido la posibilidad de ofrecer promesas, solo propone palabras como éxito y fracaso, imágenes e informaciones controladas en un sistema totalitario de formación de opinión pública y conversión de la gente en público –el rostro de un mundo despiadado en que todo es mercancía–, y reparte algunos premios para los cómplices. Sin embargo, no podemos subestimar su poder, su agresividad y su criminal inmoralidad, ni los atractivos de su colosal capacidad de manipulación cultural.

Pero también hemos encontrado muchas dificultades y obstáculos en nosotros mismos. En la nación independiente que no sabe ser la nación para todos sus hijos, y el gobierno que ante las crisis no lleva su desafío frente a enemigos tan poderosos hasta cruzar la frontera de darle más poder al pueblo, que es al final su única fuerza, y convertirse en un poder popular. En la educación y la cultura que, en países formalmente independientes, siguen siendo

escuela y agencia de colonización de las mentes y los sentimientos, sostén de desprecios y exclusiones de una parte del propio pueblo y refugio de la legitimación de las dominaciones de unas personas sobre otras. En los Estados que no logran liberarse de las marcas infamantes de la época de balcanización, y en los que levantan demasiado la ventaja particular en sus tratos con los países que su interés estatal bien entendido debiera considerar como hermanos.

Otra América nuestra es posible, porque hemos ido creando sus cimientos. Para que tomemos posesión de esa fuerza fue que el Presidente Chávez se lanzó a liberar el pasado. Una historia en la que Simón Rodríguez enseñó a Simón Bolívar que es necesaria una revolución social, cultural y económica junto a la revolución política. En la que Sandino dirigió una gran insurrección de campesinos pobres que pelearon durante seis años contra el invasor yanqui sin ser derrotados, y le pudo escribir a un dirigente comunista que su ejército era la vanguardia del proletariado de la América Latina. En la que el Che, entre tantas lecciones incomparables de pensamiento y de acción que dio, afirmó que en este continente se hará “revolución socialista o caricatura de revolución”, y que para triunfar, habrá que instaurar gobiernos de corte socialista. Y el líder de la herejía

cubana, Fidel, que es tan grande y es de todos, aclaró hace más de cuarenta años que el gran revolucionario Carlos Marx concibió el socialismo como consecuencia del desarrollo, pero en nuestro mundo, será el socialismo el que haga posible el desarrollo.

Ese socialismo, dijo Chávez hace dos años, tiene que ser un poder, pero un poder del pueblo, una nueva concepción de poder y una nueva forma de crear poder y distribuir poder. Como reza la Constitución venezolana, en un Estado democrático y social de derecho y de justicia que propugna como valores superiores la vida, la libertad, la justicia, la igualdad, la solidaridad, la democracia y los derechos humanos. Y en su texto de junio de 2012: “Este es el tiempo, como nunca antes lo hubo, de darle rostro y sentido a la Patria Socialista por la que estamos luchando”.

Ya sabemos que la bonanza económica por sí sola no trae ningún avance real para las mayorías, y las modernizaciones bajo un régimen de dominación traen consigo, en el mejor caso, la modernización de la dominación. La actividad liberadora es lo decisivo, ella es la que será capaz de darle un sentido a las fuerzas sociales económicas. El carácter de una revolución no está determinado por la medición de la estructura económica de la sociedad, sino por

la práctica revolucionaria. En las condiciones desventajosas de la mayoría de los países del mundo, la transición socialista y la sociedad a crear están obligadas a ir mucho más allá de lo que su “etapa del desarrollo” supuestamente le permitiría, y ser superiores a la reproducción esperable de la vida social: consistir en simultáneas y sucesivas revoluciones culturales, que las vuelvan invencibles. Es preciso acometer la creación de una nueva cultura, que implica una nueva concepción de la vida y del mundo, al mismo tiempo que se cumplen las tareas imprescindibles, más inmediatas, urgentes e ineludibles.

Lo decisivo es que existe una gran acumulación cultural en este continente, de capacidades económicas, cultura política y social, identidades, experiencias e ideas, de poderes populares y procesos autónomos que buscan bienestar para sus pueblos y tienen voluntad de integración y unión. Esa acumulación cultural nos hace capaces de enfrentar en mejores

condiciones que las otras regiones del mundo los males a los que ha sido sometido en las últimas décadas y la rapacidad y las guerras actuales del imperialismo, y de emprender en consecuencia transformaciones profundas que hagan posible y conviertan en realidad lo que impide el sistema capitalista.

Somos los herederos de una tradición maravillosa, que convirtió lo que en el Viejo Mundo y en las ideas colonizadas se consideraban luchas nacionales burguesas o rebeldías primitivas de grupos sociales arcaicos en unas formidables revoluciones de los humildes y sus guiadores y representantes, lanzados a conquistar la asunción de la plena soberanía sobre nuestras patrias y el pleno dominio sobre nuestros recursos, y desde ellos, como plantea el Plan de la Patria, asegurar la mayor suma de seguridad social, estabilidad política y felicidad.

Hay que llamar a las cosas por su nombre. El socialismo es la forma nuestra, latinoamericana, de ser independientes.

PROBLEMAS DEL SOCIALISMO CUBANO*

He trabajado mucho el tema y los problemas del socialismo en Cuba desde que era muy joven, en una gama de asuntos, formas y propósitos, e incluso he publicado varios libros acerca del socialismo cubano. Por eso no me parece atinado intentar una selección de esos resultados de trabajo y sintetizarla en el breve tiempo con que contamos. Prefiero entonces plantear lo que creo de mayor importancia y relieve en esta coyuntura de fines de abril de 2016, y utilizar algunos breves fragmentos de textos míos recientes integrados al discurso de esta exposición.

Para ser, consolidarse y satisfacer las necesidades y los anhelos que la desataron, la revolución que triunfó en 1959 tuvo que optar por ser

socialista de liberación nacional. Al bautizarla, Fidel, su conductor máximo, la calificó de socialista, democrática, de los humildes, por los humildes y para los humildes. Esa no era una frase oratoria, sino una definición. Tampoco lo hizo dentro de una reunión política, sino en la calle, ante una multitud de personas armadas y decididas a combatir hasta morir o vencer a los lacayos de la burguesía de Cuba y sus amos imperialistas, como hicieron horas después. Desde el origen estuvo muy claro de qué tipo de socialismo se trataba, y se puede afirmar con orgullo que en Cuba ese es el significado de la palabra socialismo.

Las cubanas y los cubanos, la sociedad y su poder revolucionario emprendieron desde 1959 colosales cambios de sí mismos, sus relaciones sociales y sus instituciones. La acumulación y el entrelazamiento de viejos y nuevos problemas e insuficiencias condicionaron desde el inicio la creación de una nueva sociedad. Fidel, el Che y otros dirigentes, y un número cada vez mayor de revolucionarios pensaron las batallas y las

* Intervención en el Panel “Aniversario 55 de la proclamación del carácter socialista de la Revolución Cubana. Vigencia del socialismo en Cuba”, organizado por el Instituto Cubano del Libro y el Grupo de Trabajo sobre la Revolución Cubana de la UNEAC, Centro Cultural Dulce María Loynaz, La Habana, 22 de abril de 2016. Publicado en *La pupila insomne* (2016) y en el libro *Cuba en la encrucijada* (Martínez Heredia, 2017: 33-43).

situaciones que vivían. Entre cientos de expresiones de Fidel acerca del socialismo escojo una, del 3 de septiembre de 1970, que ilustra su acierto, su lucidez extrema y su capacidad de guiar:

Nosotros llegaríamos muy lejos si con el trabajo de masa ganamos esta batalla. Nosotros llegaríamos muy lejos si introducimos hasta su grado máximo la democratización del proceso. No puede haber ningún Estado más democrático que el socialista, no puede; ni debe haberlo. Es más: si el Estado socialista no es democrático, fracasa [...] sin las masas, el socialismo pierde la batalla: se burocratiza, tiene que usar métodos capitalistas, tiene que retroceder en la ideología. Así que no puede haber sociedad más democrática que la socialista, sencillamente porque sin las masas el socialismo no puede triunfar (Castro Ruz, 1970).

Quisiera destacar una dimensión que a mi juicio ha sido siempre y todavía es principal: la humana. Millones de individuos han puesto sus vidas en la balanza del socialismo cubano y le han entregado lo mejor de sus actos, sus sentimientos y sus pensamientos. Ellos son hijos, creadores y partícipes de una cultura socialista. Hoy muchos quizás no lo llamen socialista, porque no está de moda en estos días, pero estoy seguro de que cada vez que sea necesario

tendrán suficiente determinación personal para defender e impulsar el socialismo cubano.

El predominio del llamado socialismo real en Cuba entre 1971 y 1985 fue solamente parcial. Pero constituyó una amarga aceptación de los límites de una Revolución que había sido la más avanzada del mundo, y llevó a un recorte fuerte de los ideales y del proyecto, al mismo tiempo que a la implantación de características y prácticas muy negativas en nombre del socialismo. Sin embargo, Cuba siguió siendo socialista-comunista en campos esenciales internos y en el internacionalismo, ese rasgo primordial que también es distintivo del socialismo cubano, y que tanto nos ha desarrollado y salvado de mezquindades y retrocesos. El resultado de aquella etapa fue muy híbrido y contradictorio, pero muy fuerte en cuanto al socialismo. La persistencia de rasgos de “socialismo real” en Cuba de los años noventa en adelante, hasta hoy, que es tan perjudicial como obstinada, resulta en la práctica un hecho ajeno u opuesto a las dos opciones que ha enfrentado y enfrenta el país: cambios para profundizar un socialismo verdadero, creciente y atractivo; o un retorno paulatino al capitalismo.

En los últimos veinticinco años, la acumulación cultural de la Revolución ha sido un baluarte fundamental del socialismo cubano y sigue teniendo un peso enorme en la actualidad.

Cuba está entrando en una etapa de dilemas y alternativas diferentes, entre los que sobresalen los que existen entre el socialismo y el capitalismo, teatro de una lucha cultural abierta en la que se pondrá en juego nuestro futuro. El gran dilema planteado es desarrollar el socialismo o volver al capitalismo. No servirá aferrarse meramente a lo que existe, habrá que desarrollar el socialismo. Tampoco debemos creer que el capitalismo será un futuro inevitable, que hasta podría traer progresos consigo: sería regresar al capitalismo. No se está librando una pugna cultural entre el neoliberalismo y la economía estatal: es entre un socialismo que tendrá que transformarse y ser cada vez más socialista, o perecerá, y un capitalismo que ha apostado a acumular cada vez más fuerza social, ir conquistando con sus ilusiones a la sociedad y que se vayan acostumbrando los cubanos a sus hechos, sus relaciones y su conciencia social.

Estamos ante un claro enfrentamiento cultural, que no ha conllevado hasta ahora confrontaciones políticas. Amplios sectores de la población están conscientes de esto o lo perciben bastante, y reaccionan en consecuencia. Pero otros sectores no están conscientes y se sitúan a partir de aspectos del problema, o de incidentes y comentarios.

Una cuestión principal es si el contenido de la época cubana que se está desplegando en estos últimos años será o no será finalmente posrevolucionario. En las posrevoluciones se retrocede, sin remedio, mucho más de lo que los juiciosos involucrados habían considerado necesario al inicio. Los abandonos, las concesiones, las divisiones y la ruptura de los pactos con las mayorías preludian una nueva época en la que se organiza y se afina una nueva dominación, aunque ella se ve obligada a reconocer una parte de las conquistas de la época anterior. Las revoluciones, por el contrario, combinan iniciativas audaces y saltos hacia adelante con salidas laterales, paciencia y abnegación con heroísmos sin par, astucias tácticas con ofensivas incontenibles que desatan las cualidades y las capacidades de la gente común y crean nuevas realidades y nuevos proyectos. Son el imperio de la voluntad consciente que se vuelve acción y derrota las estructuras que encarcelan a los seres humanos y los saberes establecidos. Y cuando logran tener el tamaño de un pueblo son invencibles.¹

¹ He reproducido este párrafo de “Días históricos, épocas históricas”, de agosto de 2015, porque considero que sigue siendo muy procedente el problema que plantea de manera muy sintética. Ver el texto completo en Martínez Heredia (2015: 296-300).

La política cubana tiene que avanzar mucho. La política no existe en general, ni la cultura tampoco. Si un pueblo hace una revolución anticapitalista y entra en la época de transición socialista, la política y la cultura –como la economía y todo lo demás– adquieren nuevas especificidades y nuevos órdenes de relaciones radicalmente diferentes a los que hasta entonces habían tenido, que deben ser vividos, pensados y organizados. Al mismo tiempo, debe adelantarse sin descanso en el conocimiento profundo de esas realidades nuevas. Las razones de tantos requisitos son obvias. El capitalismo sigue existiendo, y no de modo inerte, sino atacando siempre, de manera aguda o crónica, pero también y sobre todo ingresando, retornando, reviviendo, empapando, contagiando las instituciones y las actitudes individuales y de grupos de la sociedad que quiere ser nueva y socialista.

El mal mayor está en la reproducción en el seno de la sociedad en transición socialista de las relaciones, las instituciones, las ideas y los sentimientos que rigen la dominación capitalista. Y esa reproducción no depende tanto de conspiraciones y acciones de origen externo –por más reales y peligrosas que ellas sean, y lo son– como de la inmensa, formidable acumulación cultural de signo favorable a las

dominaciones de unas personas sobre otras, antigua y renovada, que caracteriza a las sociedades. Una verdadera batalla cultural se libra entre ambos complejos de maneras de vivir.

En la batalla entre esas dos maneras de vivir, la del capitalismo ha estado recibiendo muchos refuerzos en la época reciente. Tiene, además, la sabiduría –a escala social no es necesario saber para ser sabio– de no pretender el poder político: su campo de batalla principal está en la vida cotidiana, las relaciones sociales, el aumento y la expansión de los negocios privados y sus constelaciones de relaciones económicas y sociales, las ideas y los sentimientos que se consumen.

No podemos permitir que avance un proceso de desarme ideológico que dejaría al país inerme. Es necesario rescatar o utilizar bien los instrumentos de la cultura de liberación.

Es la falta de cultura política suficiente la que impide que le saquemos más provecho a la vida que hemos construido entre todos, a la sociedad que despierta tanta admiración a millones de personas en el mundo y que sustenta tantas simpatías y manifestaciones de solidaridad que recibimos. La liberación humana necesita una militancia de la cultura, que brinde espacios y sea capaz de reunir la diversidad de las subjetividades, habilidades y propensiones

humanas, el planeamiento de las tareas revolucionarias, el afán de belleza, goces y felicidad, la expansión de la influencia y del control de la gente común sobre todos los ámbitos de la vida pública, la creatividad y la originalidad para enfrentar las escaseces y dificultades, que son tan graves que serían insalvables si no se ponen en marcha nuevos medios de desplegar la superioridad de las personas.

El avance real del socialismo en Cuba dependerá en gran medida del afianzamiento y la expansión de una cultura anticapitalista y creadora a la vez de satisfacciones y educación. Por eso es tan necesario darnos plena cuenta de la hora tremenda que vivimos, de los deberes de cada cual y del bienestar que podríamos sacar del ejercicio de pensar y de la creatividad.

El concepto de socialismo es conservado por muchos revolucionarios activos, pero a escala de la sociedad desde hace tiempo se ha batido en retirada. Fidel y Raúl lo mantienen siempre, de manera expresa. Algunos documentos oficiales también lo hacen. Pero en la propaganda y en los rituales la palabra socialismo fue desapareciendo, y hoy es solo una mención rara. Por otra parte, para diferentes sectores de la población el socialismo persiste como una noción, fuerte o no, con atributos que también son diferentes. Por ejemplo, como palabra

que sintetiza las grandes conquistas que obtuvo nuestro pueblo y la nación cubana, o como la etapa de bienestar material de los años setenta y ochenta. Es necesario precisar qué significa hoy el socialismo para la población. Habría que ayudar a esa tarea con investigaciones bien planteadas y bien ejecutadas, que vayan más allá de la encuesta y la recopilación de datos, y sobre todo con intercambios y discusiones serias.

Hoy resulta imprescindible librar combates culturales e ideológicos concretados, orientar y conducir a las mayorías con acciones y mensajes atractivos y con firmeza revolucionaria, incitar a participar y debatir, y brindar realmente las condiciones para que eso suceda efectivamente, presentar y divulgar sin descanso los datos necesarios, los problemas candentes, las opciones existentes, las discrepancias, las posiciones políticas e ideológicas, nuestras ideas y los logros de la Revolución, sin miedo a polemizar entre revolucionarios. En suma, hacer realmente mucho trabajo político e ideológico, que incluya formas nuevas o que han parecido impensables.

El socialismo cubano tiene una profunda necesidad de apelar al patriotismo popular de justicia social, hilo conductor de la hazaña maravillosa protagonizada por este pueblo en el

último siglo y medio, y no servirán de nada los rituales vacíos y los lenguajes pequeños de un patriotismo formal y simplón, reiterador de lugares comunes siempre iguales, que oculta la historia social y las voces y las vidas de los de abajo, omite lo que le parece inconveniente y esconde las contradicciones y los conflictos que existieron en el seno de los movimientos revolucionarios.

Estamos en medio de una gran pelea de símbolos. Los enemigos pretenden borrar toda la grandeza cubana y reducir al país a la nostalgia de “los buenos tiempos”, antes de que imperaran la chusma y los castristas. La estrategia actual de Estados Unidos contra Cuba nos deparará un buen número de recursos “suaves” e “inteligentes”, modernos “caza bobos” de la guerra del siglo XXI. Desbaratar confusiones y desinflar esperanzas pueriles es una de las tareas necesarias.

La ofensiva de paz norteamericana contra Cuba se inscribe también dentro de una estrategia general bien diseñada y bien ejecutada con ayuda de una democratización del mercado cultural controlada por el sistema, que tiene como uno de sus fines la expansión acelerada y triunfal del papel de los símbolos y los valores homogeneizadores y universalizantes que rigen las vidas, los sentimientos y las conciencias

de las mayorías en los países dominados por el capitalismo. En el caso cubano esa transformación es imposible sin someterse a Estados Unidos.

Este es el enemigo que está tocando a nuestra puerta, duro y con aire triunfalista. Está decidido a recuperar el dominio que tuvo sobre Cuba mediante la victoria en una guerra cultural.

No podemos separar las respuestas a la política imperialista de las acciones dirigidas a defender y profundizar nuestro socialismo: en realidad, estas últimas serán lo decisivo. La sociedad pasa al centro del combate político, y ella necesita que entre todos hagamos política social, y hagamos política. Un requisito básico será la activación de muchos medios organizados que no están siendo eficaces ni atractivos, y la creación de nuevos espacios y mecanismos para fomentar la actuación y la creatividad populares. Ganar la batalla de la participación de los que están dispuestos y reconquistar a la mayoría de los que no lo están. Son innumerables los asuntos, los retos, las necesidades, los campos en los que podrían ejercitar su participación quienes sientan que deben hacerlo.

Necesitamos rescatar en términos ideales y materiales las relaciones y la manera de vivir socialistas; mayor socialización dentro del

ámbito y la gestión estatales; un impulso cierto a la municipalización y otras formas de descentralización que beneficien a empeños de colectivos y comunidades, al país y al socialismo, y no al individualismo y el afán de lucro.

Se está produciendo un aumento de la politización en sectores de la población, que estimula el nivel inmenso de conciencia política que posee el pueblo cubano. Emergen sectores, no pequeños, de jóvenes que rechazan el capitalismo. Ha crecido bastante la expresión pública de críticas y criterios diferentes hechos por cubanos socialistas y dirigidos a fortalecer el socialismo. El pueblo cubano ha ejercido la justicia social, la libertad, la solidaridad y el pensar con su propia cabeza, y se ha acostumbrado a hacerlo.

Tenemos conciencia política del momento histórico en que vivimos y lo que se juega en él. Es hora de expresar esa conciencia en las prácticas que Cuba necesita.

BIBLIOGRAFÍA

- Castro Ruz, F. 1970 “Discurso en la Plenaria Provincial de la CTC, Teatro de la CTC”, 3 de septiembre (La Habana: Departamento de Versiones Taquigráficas del Gobierno Revolucionario).
- Martínez Heredia, F. 2015 *A la mitad del camino* (La Habana: Editorial Ciencias Sociales).
- Martínez Heredia, F. 2016 “Problemas del socialismo cubano” en *La pupila insomne* (Cuba), 29 de abril. En <<https://lapupilainsomne.wordpress.com/2016/04/29/problemas-del-socialismo-cubano-por-fernando-martinez-heredia/>> acceso 30 de abril de 2016.
- Martínez Heredia, F. 2017 *Cuba en la encrucijada* (La Habana: Ruth Casa editorial / Editora Política).

O CUBA O WASHINGTON*

Campo militar o sitio de labranzas y ganado, centro del comercio o jurisdicción administrativa, en la bonanza o en la ruina, el destino de cada comunidad en la Cuba colonial era ajeno a su voluntad. El colonialismo, ese crimen mayor a escala planetaria cometido por la expansión del sistema capitalista, mandaba en todo, desde la invocación eclesiástica oficial que precedía al nombre de la ciudad de Bayamo hasta las limitaciones o prohibiciones que se aplicaban a los individuos de castas consideradas inferiores.

Como todo orden de dominación, el colonialismo tiene sus leyes. Una colonia no tiene historia propia, sus nativos son eternos niños, sus recursos pertenecen a la metrópoli, que puede

esquilmarla, imponerle los tributos que desee e implantar las formas más salvajes de explotación en ella. Esto último sucedió en Cuba con la esclavitud masiva del siglo XIX, un millón de personas traídas en ochenta años. Sobre la explotación más despiadada de su trabajo y la opresión y humillación permanentes se levantó la colosal riqueza de la colonia de Cuba.

Así era gobernada Bayamo, como todo el país. Pero una lenta y dilatada acumulación de rasgos específicos estaba formando en la isla una comunidad que podía llegar a ser nacional. Sin embargo, ella no era suficiente por sí sola. Diferentes acciones y formas de resistencia de los hijos del país le fueron añadiendo a la identidad naciente un costado de negación del dominio y del derecho del otro, que se volvía extranjero en la medida en el que el criollo se volvía cubano. El abuso, la represión y la soberbia condujeron al rechazo y el rencor, pero eso tampoco era suficiente. Tuvo que aparecer la necesidad de rebeldía, y con ella la de darle organización y sentido. Esos dos

* Palabras en la inauguración en la Fiesta de la Cubana, en Bayamo; publicadas en: Martínez Heredia, F. 2016 "O Cuba o Washington" en *Juventud Rebelde. Diario de la juventud cubana* (La Habana, Cuba), 19 de octubre. En <<http://www.juventudrebelde.cu/cuba/2016-10-19/o-cuba-o-washington/>> acceso 17 de octubre de 2017.

rasgos convirtieron al prófugo, al campesino pobre, al bandolero y al apalencado, unidos al señor criollo local ofendido, díscolo y conspirador, es decir, a sectores y gentes nunca antes reunidos, en los sujetos que se unieron para una empresa común, nunca antes vista. Hace ciento cincuenta años, el oriente de Cuba hervía en desobediencias, y cientos de personas estaban al margen de la ley. Pero faltaba la conversión de la subversión o el motín en una rebeldía detonada con un fin preciso, que convirtiera la actuación en falange combativa y la pasión en ideales expresos. Faltaba la revolución.

Aunque fuera doctor en leyes y propietario de fábrica con esclavos, hombre culto, buen jinete y amigo del arte, Carlos Manuel de Céspedes era un colono más. Su carácter firme y sus ideas avanzadas lo hicieron líder local de conspiradores, uno entre los posibles directores. Pero su determinación personal era superior, y en la hora singular supo comenzar a labrar su grandeza. Él pronunció la primera frase de la leyenda mambisa: “España nos parece grande porque la miramos de rodillas. Levantémonos”.

El 10 de octubre de 1868, Céspedes inauguró la política revolucionaria cubana y llamó al pueblo a pelear, con la misma campana,

por la libertad y por la justicia. Aquella acción destrozó los imposibles y creó una nueva realidad. En esos diez días que van de La Demajagua a la toma de Bayamo, Céspedes abrió la brecha para que insurgiera el pueblo, y para que todo el que ansiaba ser rebelde pudiera convertirse en soldado y en ciudadano, en revolucionario.

Después de que acontecen, los grandes eventos históricos se pueden enunciar fácilmente, y hasta pueden parecer fáciles al pensamiento pequeño, el que cree que siempre sucede solamente lo que debe suceder. O al que cree que esos acontecimientos deben sujetarse a un esquema, a camisas de fuerza de la Historia manejadas por doctores incapaces de cometer ninguna locura. Al pie mismo de unos hechos en lugar remoto, el adolescente habanero José Martí, que ya conoce bastante de imposibles, sabe que lo que sucede en Bayamo parece un sueño. Por eso escribe: “No es un sueño, es verdad: Grito de guerra / lanza el cubano pueblo, enfurecido; / el pueblo que tres siglos ha sufrido / cuanto de negro la opresión encierra” (Martí (2011 [1869])). A Martí, tan lejos y tan pobre, lo iluminaba la luz de Yara, porque en tiempos de revolución la luz no se propaga de manera uniforme. Y una semana después de la quema gloriosa de esta ciudad por los revolucionarios, el

joven escribe la frase que será definitiva para toda la época que apenas se inicia: “O Yara o Madrid”.

Céspedes liberó a sus esclavos la primera mañana, pero la justicia tuvo que abrirse paso frente a los obstáculos provenientes de su propio campo. La independencia y la abolición tuvieron que fundirse en un solo propósito, y la libertad personal y la ciudadana, reunidas, asumir la forma republicana de gobierno. Los revolucionarios tuvieron que volverse superiores a ellos mismos, y no solo a sus circunstancias. La guerra fue la fragua tremenda en la que se lograron los prodigios necesarios, y ella se alimentó con los sacrificios, el heroísmo y la constancia de muchos miles de hombres y mujeres.

Dar la vida, pasar hambre y escasez de todo, combatir, todas las formas de la entrega y el altruismo se hicieron cotidianas. La bandera de la estrella solitaria se volvió sagrada, y la marcha, el campamento, el héroe, el amado y la amada, la jornada de sangre y de muerte, se expresaron en canciones. Cuando todo se condensó para sobrevivir, escoger lo vital y ganar fuerzas, el himno de Bayamo se quedó en ocho versos guerreros que invitan a pelear, retan a la muerte necesaria y prometen vida eterna. Próceres y pobres de todos los colores

aprendieron que era la revolución la que le daba probabilidades de éxito a sus luchas y sus anhelos más sentidos. Y lograron sentirse hermanos mientras compartían todas las vicisitudes. En la guerra revolucionaria nació la identidad nacional cubana, con su contenido y objetivos populares.

La historia ha sido nuestra maestra, y en esta región nos dio sus primeras lecciones. Más de ochenta años después, buscando en aquella gesta fuerzas para asaltar el futuro, los niños cantaban, poco antes de arrancarse los juegos de un tirón: “que Bayamo fue un sol refulgente / donde puso el cubano valiente / muy en alto el pendón tricolor”. Y en *La historia me absolverá*, el joven rebelde Fidel reivindicaba el abolengo patriótico de Oriente, donde, decía: “se respira todavía el aire de la epopeya gloriosa” y “cada día parece que va a ser otra vez el de Yara o el de Baire” (Castro Ruz, 2001 [1953]).

El discurso de Fidel en el Centenario del 10 de Octubre, en La Demajagua, es una pieza maestra para la comprensión de nuestra historia. Escojo una de sus tesis y lo cito:

Si una revolución en 1868 para llamarse revolución tenía que comenzar por dar libertad a los esclavos, una revolución en 1959, si quería tener el derecho a llamarse revolución, tenía como cuestión elemental la obligación

[...] de liberar a la sociedad del monopolio de una riqueza en virtud de la cual una minoría explotaba al hombre [...]. Suprimir y erradicar la explotación del hombre por el hombre era suprimir el derecho de la propiedad sobre aquellos bienes, [...] sobre aquellos medios de vida que pertenecen y deben pertenecer a toda la sociedad (Castro Ruz, 1968).

La historia sigue siendo maestra, pero ahora trae consigo una gigantesca cultura de liberación acumulada. De Céspedes a Fidel hemos crecido y aprendido tanto, que ya nunca más podrá engañarnos el capitalismo, y frente a cualquier ropaje con que se presente sabemos desnudarlo y barrerlo. Y nuestra patria ha crecido tanto, que lo que fue Yara hoy es Cuba, y Cuba es mucho más que una isla liberada.

El antagonista en el mundo actual también es mucho más grande y poderoso, cuenta con inmensos recursos materiales y una cultura ubicua, muy capaz e incluso atractiva, que es su arma principal en esta fase de su guerra contra Cuba. Pero es el mismo enemigo de que este país pudiera ser independiente desde hace doscientos años, el mismo que truncó la gran revolución libertadora hace 118 años e impuso su dominio neocolonial, el que ha hecho todo lo que ha podido contra este pueblo desde 1959,

el águila rapaz, grande en el crimen y en la inmoralidad. Aspira a debilitarnos y dividirnos, a reclutar cómplices y acabar con la sociedad que hemos creado entre todos y con la soberanía nacional.

El desafío, entonces, es del mismo carácter que cuando era o Yara o Madrid, y la disyuntiva vuelve a ser tajante. Ahora es: o Cuba o Washington.

Y en el recuento de los que ya estamos acostumbrados a pelear juntos forma en las filas la luz de Yara, y se reúnen en Bayamo, sitio sagrado de la patria, las artes y las ideas, los homenajes y los sentimientos, el clarín que llama y la decisión revolucionaria. La canción mayor en la voz de todos, el himno en la voz del pueblo. Y como faro y guía, la bandera del triángulo rojo y la estrella solitaria.

BIBLIOGRAFÍA

Castro Ruz, F. 1968 “Discurso Pronunciado en el Centenario en La Demajagua, Manzanillo”, 10 de octubre en <<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1968/esp/f101068e.html>> acceso 17 de octubre de 2017.

Castro Ruz, F. 2001 [1953] *La historia me absolverá* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).

Martí, J. 2011 [1869] “¡10 de Octubre!” en *Obras Completas. Vol. 17* (La Habana:

Editorial de Ciencias Sociales / Karisma Digital / Centro de Estudios Martinianos). En <<http://biblioteca.clacso.edu.ar/Cuba/cem-cu/20150114052847/Vol17.pdf>> acceso 2 de abril de 2018.

LOS SÍMBOLOS NACIONALES Y LA GUERRA CULTURAL*

Desde hace varios meses –y estimulado por un incidente bochornoso– está presente en el conjunto de medios que circulan en la actualidad cubana un debate acerca de la utilización en espacios públicos de nuestros símbolos nacionales, la bandera de Estados Unidos y las implicaciones que advierten los participantes en el debate. Esto es muy positivo, porque ayuda a defender y exaltar el patriotismo en la coyuntura peligrosa que estamos viviendo e invita a definirse en un terreno que es favorable a la patria, en un momento en que el curso cotidiano incluye muchas cosas en las que no es necesario definirse, que resultan desfavorables a la patria y la sociedad que construimos a partir de 1959.

Como en tantos otros campos y problemas, pudiera producirse en este una división entre élites y masa de la población. La cuestión expresada en los símbolos nacionales tiene una larga data –siglo y medio–, e implica una cultura acumulada que desde el inicio hasta hoy le aporta al mismo tiempo una fuerza descomunal, una gran complejidad y aspectos que han sido y pueden volver a ser conflictivos. Desde hace tres décadas vengo publicando mis criterios sobre ese decurso histórico y sus expresiones contemporáneas, y no me repetiré aquí. Solo reitero que la explosión libertaria y de poder revolucionario combinados que se desató hace casi sesenta años logró –entre tantas victorias– deslegitimar y disminuir a fondo las divisiones cubanas entre élites y masa, y resulta vital que no permitamos que hoy se vuelvan a levantar.

En torno a la cuestión de estos símbolos existen actualmente reacciones y opiniones diversas que no creen referirse a problemas trascendentales. Más vale no tacharlas de

* De la edición: Martínez Heredia, F. 2016 “Los símbolos nacionales y la guerra cultural” en *Dialogar, dialogar* (Cuba: blog de la Agrupación Hermanos Saíz), 26 de septiembre. En <<https://dialogardialogar.wordpress.com/2016/09/26/los-simbolos-nacionales-y-la-guerra-cultural/>> acceso 22 de octubre de 2016.

superficiales, ni sentirse solamente heridos ante lo fenoménico. También pueden crearse confusiones involuntarias, porque las ideologías que se van instalando en clases y sectores sociales no se basan en la malicia, ni en intenciones y reflexiones. Es imprescindible interesar a la formidable conciencia política que posee el pueblo cubano en cuanto a lo que significa esta cuestión, para que la resuelva.

Es preciso aclarar que estamos ante dos problemas diferentes: el del uso y la regulación de los símbolos identificados como nacionales, y el de la batalla cultural decisiva entre el socialismo y el capitalismo que se está librando en la Cuba actual.¹ Trataré de sintetizar aspectos, comenzando por el primer problema.

La ley que rige la utilización de esos símbolos puede ser muy rígida, pero nadie le ha hecho caso nunca a esa rigidez, y el pueblo ha expresado su patriotismo de todas las formas y con todas las acciones que ha estimado conveniente. El canon patriótico popular de uso de los símbolos nacionales tiene otras reglas

que son diferentes a las legales, y más legítimas que estas, porque tiene su fundamento en la conciencia colectiva, los sentimientos, las costumbres y las tradiciones que lleva íntimamente cada persona consigo, desde que comienza a descubrirlos y asumirlos de niño hasta la muerte.

En la batalla de símbolos que se está librando participa una multitud de cubanas y cubanos que sienten una profunda emoción al cantar el himno nacional –como el atleta premiado que lo entona llorando–, o portan, veneran, pintan, saludan a la bandera de la estrella solitaria. Participan los que tienen a Martí como el padre tutelar de esta nación, que nos enseñó las cuestiones esenciales y nos brindó su talento, su proyecto y su vida, le tienen devoción y lo representan, aunque lo hagan con más unción que arte. Y los que siguen a Maceo porque supo transmutar la guapería en heroísmo, renunciar al mérito propio por la causa y presidir la familia que murió por Cuba. Participa el que se tatúa al Che en su cuerpo, el que siente orgullo de ser cubano y el travesti vestido con la bandera en la obra de teatro político hecha por jóvenes.

Es un error poner las precisiones y discusiones sobre la ley en un lugar importante, en medio de la tremenda pelea de símbolos que

1 Por cierto, vengo utilizando el concepto de guerra cultural y alertando en público acerca de ella desde hace más de veinte años. Ver Martínez Heredia (2005 [1997]: 242-245).

ya estamos viviendo. Sería otra de esas discusiones que pueden ser largas o abstrusas, pero le interesan a muy poca gente y no sirven de mucho.

La ley debe servir, con claridad y sencillez, para defender lo que sería el hábito externo del patriotismo, frente al avance galopante de la mercantilización que está envileciendo tantas cosas, y para ayudar a hacer acertadas y efectivas las expresiones populares y oficiales del patriotismo. Hay que sacarla de la fría prosa y la convocatoria semestral de la Asamblea Nacional. Los medios de comunicación y el sistema educacional deben divulgarla –insisto, divulgarla–, como un auxiliar más del patriotismo, ayudándose con algunas narraciones emotivas y unos cuantos datos que casi nadie conoce, que sean ajenos unas u otros a los clichés tan repetidos que no mueven a nadie y provocan aburrimiento o rechazo.

Paso a la función de los símbolos en la batalla cultural, que en la fase actual de Cuba es la principal.

Será muy positivo si podemos analizar cada aspecto diferente del problema, teniendo siempre en cuenta que no existen así, sino como parte de un todo; que existen mezclados, en conflicto o en paralelo con los demás aspectos y problemas de su propio ámbito, pero sobre

todo con otras características de la sociedad cubana actual. Habría que elaborar una comprensión del conjunto de la cuestión de los símbolos nacionales en función del complejo y doble conflicto actual, entre capitalismo y socialismo y entre Cuba socialista y Estados Unidos. Y atender también a los condicionamientos a que someten a la cuestión las corrientes culturales principales del mundo actual.

En cuanto a esto último, gana cada vez más terreno a escala mundial la homogeneización de opiniones, valoraciones, creencias firmes, modas, representaciones y valores que son inducidos por el sistema imperialista mediante su colosal aparato cultural-ideológico. Una de sus líneas generales más importantes es lograr que disminuyan en la población de la mayoría del planeta –la que fue colonizada– la identidad, el nacionalismo, el patriotismo y sus relaciones con las resistencias y las revoluciones de liberación, avances formidables que se establecieron y fueron tan grandes durante el siglo XX. La neutralización y el desmontaje de los símbolos ligados a esos avances es, por tanto, una de sus tareas principales. Es obvio que ese trabajo trata de ser más eficaz hacia los jóvenes, que están más lejos de las jornadas y los procesos del siglo XX. Si logran que les salga bien, la victoria imperialista será mucho mayor,

porque se generalizará el desconocimiento y el olvido de aquel mundo de libertad, justicia social y soberanía, y les será más fácil implantar el mundo ideal y sensible correspondiente a su dominación.

En vez de desconcertarnos con las anécdotas terribles de ignorancias de jóvenes en este campo, y de que se extiendan las creencias en mentiras y aberraciones que son difundidas dentro de la masa creciente de medios que no controlamos, hay que desarrollar ofensivas –no ripostas– de educación patriótica y socialista bien hechas, atractivas y eficaces, exigir y lograr la participación de los medios nuestros que deben implicarse en esas ofensivas y la eliminación de las actuaciones y omisiones que se opongan a ellas o las debiliten, y organizar atinadas campañas de condena y desprestigio de los aspectos burdos o menos disimulados del sistema cultural-ideológico imperialista.

Pero lo esencial es que partamos de que en lo interno a Cuba está lo decisivo para la batalla de los símbolos.

Los niños pequeños y los alumnos de primaria aprenden a sentir el patriotismo y venerar los símbolos. Confluyen en ese logro la enorme tradición cubana que les llega desde las familias y la escuela, por la cual pasa el universo infantil, el esfuerzo de sus maestros, los actos

escolares. Desde hace más de un siglo el patriotismo ha tenido una amplia presencia en su socialización, y la Revolución multiplicó las acciones, los vehículos y las actitudes positivas en esa asunción más temprana del patriotismo. La fractura viene poco después.

Hay que actuar mucho y bien en la formación de los adolescentes y jóvenes, porque ahí se unen la deficiente calidad de la educación secundaria y la avalancha de materiales ajenos o desfavorables al patriotismo nacional que cae sobre ellos, en una etapa de la vida en la que el ser humano experimenta una multitud de cambios, motivaciones e influencias. El peso de la familia disminuye en esa etapa, es insuficiente el trabajo o la influencia en ellos de instituciones y organizaciones de la Revolución, y se topan cada vez más con diferencias sociales, porque ellas han venido creciendo. Esas diferencias impactan en su sensibilidad y su comprensión de la sociedad cubana, llegan a obligar a una parte de los adolescentes y jóvenes a hacer elecciones y renunciaciones, y tienden a sectorizarlos y disgregarlos.

Sin embargo, no debemos conformarnos con generalizaciones superficiales, ya sean triunfalistas o pesimistas. Es imprescindible analizar y llegar a conocer la situación, con rigor y con honestidad. Esto nos permitirá, por ejemplo,

encontrar muchos miles de jóvenes en disímiles situaciones y de diferentes sectores, a lo largo del país, que se identifican con el patriotismo popular de justicia social, o que lo harían si se representan que eso es necesario. Qué los motiva, cómo lo entienden, cómo lo formulan, merece estudio más que preocupación. Y es posible que los más conscientes no parezcan muy tentados a decir lo dicho, hacer siempre lo que se espera ni hacer mucho caso a los consejos. Las generaciones que emprendieron las revoluciones que ha vivido Cuba tenían esos mismos rasgos.

Por su parte, la creciente *conservatización* de nuestra sociedad no incluye un chovinismo cubano, sino más bien la imitación de modelos extranjeros. Ponerse al día con los consumos materiales e ideales, hacer lo que se espera que uno haga, alternar, ocupar un lugar social determinado, no privilegia lo nacional, sino lo “de afuera”, y Estados Unidos tendrá cada vez más presencia en esto. Pero no se trata de una subestimación abierta de lo propio, como experimentaban los colonizados hasta el siglo pasado: ahora viene envuelta en su disfraz neocolonial. Lo que abunda es una supuesta comprensión de que las naciones y lo nacional no tienen tanta importancia, y que la vida cotidiana, la diversidad de identidades e inclinaciones humanas

y sociales de los individuos, gran parte de las preocupaciones y las ideas sobre el medio ambiente, la vida cívica y otras cuestiones se pueden y se deben compartir sin ninguna reserva por las personas de “todas” las naciones.

Detrás está la estrategia imperialista de desnacionalización de la población de la mayoría de las naciones, para desarmarlas y dominarlas más fácilmente, pero este peligro mortal no es objeto de polémicas políticas ni ideológicas. Los comportamientos desarmantes parecen algo natural, “normal”, y pueden llevar a considerar anticuado, obcecado y hasta cavernícola al que insiste en fastidiosos discursos políticos.

Permítanme usar un material de hace dos meses para añadir criterios acerca de los símbolos. En los pueblos que han logrado avanzar en la lucha contra el colonialismo que el capitalismo le ha impuesto a la mayoría del planeta, numerosos aspectos de su universo simbólico adquieren una importancia excepcional. Son fuerzas inmensas con las que cuentan, muy superiores a sus escasas fuerzas materiales, porque son capaces de promover la emoción, exaltar los valores y guiar la actuación hasta cotas de esfuerzos, incluso de abnegación, heroísmo y sacrificios, que serían imposibles sin ellas, y propician triunfos que pueden ser asombrosos. Al mismo tiempo, esos símbolos son el santo

y seña cívico de una comunidad nacional: las canciones, las telas, los nombres, los lugares que identifican y reúnen a las hijas y los hijos de un pueblo orgulloso de su historia.

Por eso los símbolos cubanos son hoy también un frente en la guerra cultural. Pero lo que a mi juicio será decisivo es si enfrentaremos o no nuestros problemas fundamentales como revolucionarios cubanos socialistas, con la mayor participación real que sea posible en cada caso, con honestidad ante los datos de los problemas, la apelación al consenso y la creatividad de los implicados, la mayor flexibilidad táctica y el más férreo apego a los principios.

Hay que defender y difundir la causa del patriotismo socialista, la hija de la revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes, hay que hacer conciencia y movilizar, hay que vivir y compartir las emociones y los sentimientos, las ideas y las actuaciones que

han llevado a este pueblo a ser admirado en el mundo. Los símbolos nacionales no son cosas fijas que deben ser honradas según un recetario establecido, son algo que no vive por sí, sino cuando lo hacemos vivir. Son una relación íntima de cada uno y del pueblo entero con una dimensión que las personas revolucionarias y la nación liberada convirtieron en algo entrañable. Son la campana de La Demajagua de hoy, que apuesta a un futuro de libertad, soberanía y justicia social.

BIBLIOGRAFÍA

Martínez Heredia, F. 2005 [1997]

“Anticapitalismo y problemas de la hegemonía” en Martínez Heredia, F. *En el horno de los 90* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).

CIENCIAS SOCIALES CUBANAS: ¿EL REINO DE TODAVÍA?*

Titulé así mis palabras no solo para rendir homenaje a Silvio Rodríguez, que es uno de los principales pensadores sociales de Cuba y un genial popularizador de las ideas más avanzadas y los mejores sentimientos; también lo hice porque la canción suya con ese título contiene un buen acercamiento a una de nuestras insuficiencias principales, la que sintetiza la palabra “todavía”. Pero ante la realidad del poco tiempo disponible me atrevo a rogarle, a quien quiera tener más idea de mis criterios sobre este tema, que lea “Ciencias sociales y construcción de alternativas”, mis palabras al inicio de un Taller Internacional del Centro de Investigaciones

Psicológicas y Sociológicas celebrado en 2006, que recogí en el libro *El ejercicio de pensar* (Martínez Heredia, 2010 [2008]).

No repetiré aquí lo que he escrito y dicho acerca del subdesarrollo inducido que sufrieron el pensamiento y las ciencias sociales cubanas a inicios de los años setenta, ni acerca de los rasgos de aquella desgracia. Pero en los análisis que hagamos hoy es imprescindible tener en cuenta que se volvieron crónicos, y que en cierta medida se mantienen todavía. Y se le han sumado otros males, como cuando a inicios de los años noventa no solo naufragó en Cuba el mal llamado marxismo-leninismo, sino que se produjo un alejamiento bastante generalizado de todo el marxismo. A menudo los cambios impulsados se han reducido a puestas al día que no brindan mucho más que buena imagen, pero suelen reforzar el colonialismo mental, y también a permisividades conquistadas. Pero hoy tenemos avances muy grandes. Contamos con mayor cantidad que nunca de especialistas calificados, cientos de

* Intervención en el Panel “Ciencias sociales, academia y transformaciones sociales” del *Coloquio de Ciencias Sociales* de la 23ª Feria Internacional del Libro, Teatro Manuel Sanguily, Universidad de La Habana, 15 de febrero de 2014. Publicado en: Martínez Heredia, F. 2017 *Cuba en la encrucijada* (La Habana: Ruth Casa editorial / Editora Política) pp. 57-64.

monografías muy valiosas, centros de investigación y docentes muy experimentados, y un gran número de profesionales con voluntad de actuar como científicos sociales conscientes y enfrentar los desafíos tremendos que están ante nosotros.

Prefiero, al menos, citar problemas y dar algunas opiniones. Las minorías sumamente valiosas y esforzadas, que frente a dificultades y obstáculos a veces muy grandes han estudiado, investigado, hecho docencia, expuesto, utilizado el marxismo y los conocimientos sociales, y publicado, están lejos de ser emuladas por la mayor parte del sistema de enseñanza, ni por la divulgación que hacen numerosos medios. En contra de todo avance están el conservatismo, la rutina y la inercia; esta última se ha convertido en un mal nacional que ya es comparable al burocratismo por su alcance nefasto. Además, a pesar de tener entre sí diferencias notables, factores con poder han coincidido en no fomentar el hábito de pensar ni el debate a escala del pueblo. En el capitalismo es normal la división entre élites y masas en este como en multitud de terrenos culturales y de la vida, pero en nuestra sociedad eso debe ser inadmisibile.

La coyuntura política nos es favorable. El compañero Raúl lanzó una ofensiva política el

1° de enero –secundado por el Vicepresidente Díaz Canel– para la cual convocó también a las ciencias sociales expresamente, y reclamó que se les atienda como tales, por la importancia de sus trabajos. Sería muy doloroso dejar pasar esta oportunidad, a pesar de las dificultades tan serias que tenemos para cumplir con el reclamo.

La tarea es grande. Por ejemplo, desde hace mucho tiempo no existe un pensamiento estructurado que opere como fundamentación del socialismo en Cuba. El predominio del economicismo ha asumido el complejo de cambios sociales, económicos y del mundo ideal que están en curso con un pragmatismo muy descarado. No se debate sobre economía política, porque no se invoca ninguna. Mientras, lo que se juega es cómo será en el futuro el socialismo en Cuba, o incluso si continuará o no, pero esa actitud es una incitación a no pensar ni investigar, a esperar resultados positivos desde la ideología de que la economía es la locomotora y la guía, o a consumir los pares burgueses de ricos y pobres y de éxito o fracaso individuales y familiares.

Se trata de una ausencia muy grave en sí misma, porque el socialismo solo puede vivir a partir de una intencionalidad que violenta la reproducción esperable de la vida social, que

en las sociedades que llamamos modernas siempre termina por ser la reproducción del capitalismo. El socialismo solo puede vivir a partir del pensamiento que se ejerce como actitud y actuación superiores, del ser humano que se está desarrollando y creciendo de un modo nuevo y de una sociedad que tiene que ser creadora en innumerables aspectos. El pensamiento y el debate son para la sociedad en transición socialista como el aire que respira para el individuo.

Es necesario y urgente un pensamiento social que sea idóneo para analizar en toda su complejidad la situación actual y las tendencias que pugnan en ella, los instrumentos, las estrategias y tácticas, el rumbo a seguir y el proyecto. Y que contribuya al único modo en que, en última instancia, es posible el socialismo: el despliegue de sus fuerzas propias y sus potencialidades, y la capacidad dialéctica de revolucionarse a sí mismo una y otra vez. Sería suicida suponer que un pragmatismo afortunado nos salvará: la sociedad socialista está obligada a ser a partir de su praxis, su opción y su conciencia, a ser organizada y, si es posible, planeada. Es necesario elaborar una economía política al servicio del socialismo para la Cuba actual y la previsible, y desarrollar en todos sus aspectos un pensamiento

social crítico y aportador, capaz de participar con eficacia en la decisiva batalla cultural que están librando abiertamente el socialismo y el capitalismo.

El socialismo de tipo soviético forzó primero y legitimó después una posición viciada de falsedad acerca de las relaciones entre el deber ser que se proclamaba sin descanso y el comportamiento sometido a todo trance, la simulación, la indiferencia, el oportunismo y los intereses de grupo. Su reino ha sido siempre el de todavía, y su horizonte la supuesta correspondencia de la actuación con lo que se supone que es posible hacer. Hace cincuenta años, el Che denunció esa falsedad con una pregunta: “¿Por qué pensar que lo que ‘es’ en el período de transición necesariamente ‘debe ser’?”. Y nos dejó un consejo que es fundamental: “no desconfiar demasiado de nuestras fuerzas y capacidades” (Guevara, 2008 [1964]).

El marxismo ha recibido muy escasa atención, y hemos llegado a que le parezca de mal gusto mencionarlo a los que no se arriesgan a nada que no haya sido orientado o aprobado previamente, y a las víctimas o los seguidores de la avalancha de productos culturales norteamericanos que padecemos, propagadores del modo de vida, los sentimientos, los valores y los pensamientos, de la cultura, en suma, del

capitalismo. Ahora, que cada vez lo necesitaremos más, no podemos cometer el error de asumir cualquier cosa que se presente como marxismo. Tendrá que ser un marxismo revolucionario, que rescate las ideas de Marx y Lenin y la historia toda de esa teoría, pero dentro de un desarrollo crítico regido por las realidades y las ciencias de hoy, por la primacía de la elaboración teórica, y por la asunción expresa de su función social.

Hoy se vuelve necesario repetir los logros del pensamiento y las ciencias sociales cubanos de los años sesenta, y nada menos que eso nos servirá. Como sucede siempre, habrá que ser muy creativos y muy abiertos y receptivos a las opiniones diversas, pero será de otro modo, enfrentará otros problemas, utilizará otros instrumentos, elaborará nuevas tesis y desempeñará papeles mayores que los que tuvo entonces, en la elaboración cultural de un socialismo complejo, que debe enfrentar un enorme número de aspectos diferentes y desarrollar de maneras nuevas a las personas y la sociedad, y que tiene un enemigo que sigue siendo perverso, pero muestra mucho más desarrollo en su guerra cultural.

A lo largo de todo el país hay buenos estudiosos de las materias sociales. En junio pasado, lo comprobamos una vez más en el Instituto

Juan Marinello, en el I Simposio Nacional de Investigaciones Culturales, con más de ochenta ponentes de toda Cuba. He compartido con jóvenes profesores en Santiago de Cuba, Santa Clara, en la mayoría de las provincias del país, y admiro sus ideas, su ansia de conocimientos, su espíritu crítico y su conciencia política, que me llenan de esperanza. Hace tres semanas tuve una hermosa sesión con el Consejo Nacional de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), de discusión profunda y muy honesta sobre los problemas nacionales, de la educación superior y de la organización estudiantil.

Cuba se pone una vez más en movimiento, y los científicos sociales tenemos deberes grandes ante nosotros. Es hora de compartir nuestra formación con los más jóvenes, de enseñar a pensar y a ser culturalmente adultos, de conducirlos en cuanto sea necesario y alegrarnos de que aprendan a conducirse ellos mismos, porque tendrán que llegar a conducir el país. Hay que lograr que el pensamiento y las ciencias sociales se pongan a la altura de lo que la sociedad espera de ellos.

BIBLIOGRAFÍA

- Guevara, E. Ch. 2008 [1964] “La planificación socialista, su significado” en Guevara, E. Ch. *Retos de la transición socialista en Cuba (1961- 1965)* (La Habana: Ocean Sur).
- Martínez Heredia, F. 2010 [2008] *El ejercicio de pensar* (La Habana: ICIC Juan Marinello / Ruth Casa editorial) Segunda edición.

LAS RELACIONES CULTURALES ENTRE CUBA Y ESTADOS UNIDOS*

I ¿Cuáles son a su juicio las principales influencias de la cultura estadounidense en la cultura cubana? ¿Podemos hablar de influencias positivas y negativas? ¿Considera Ud. que existen algunas influencias en sentido inverso, o sea, de nuestra cultura en la sociedad estadounidense?

Durante la historia colonial de Norteamérica se fueron estableciendo relaciones, sobre todo económicas, y la formación económica de Cuba que comenzó a fines del siglo XVIII desarrolló esas relaciones con la naciente república de Estados Unidos, nexos que crecieron y se complejizaron durante la siguiente centuria. En el período 1898-1958, Estados Unidos sometió a

Cuba a una dominación neocolonial que incluía un dominio sobre la economía, un fuerte control político y una formidable penetración cultural. Ellos eran cada vez más ricos y poderosos, y en ciertos campos eran realmente atractivos. No pudieron absorber a Cuba por la epopeya revolucionaria de 1895, que creó a los cubanos y a la nación, y por el consecuente patriotismo que desde entonces se convirtió en el principal componente de la conciencia nacional.

El tremendo enfrentamiento al que nos obligaron las agresiones norteamericanas durante la primera etapa de la Revolución, y la agresión sistemática a la que ha sometido a Cuba desde entonces hasta hoy, alimentó un gran rechazo y un profundo antiimperialismo, que es uno de los rasgos fundamentales de la conciencia política nacional. Pero, precisamente por el extraordinario desarrollo de esa conciencia y el alto nivel educacional que tiene la población cubana, esta práctica una separación entre la identificación del sistema imperialista norteamericano como el enemigo principal de Cuba y la población y la

* El 27 de mayo de 2015 respondí a este cuestionario del portal *Cubarte*, del Ministerio de Cultura de Cuba. Se han tomado aquellas respuestas apresuradas, como una versión primitiva que el autor amplió para la edición: Martínez Heredia, F. 2017 "Relaciones culturales entre Cuba y Estados Unidos" en Martínez Heredia, F. *Cuba en la encrucijada* (La Habana: Ruth Casa editorial / Editora Política) pp. 73-80.

cultura de Estados Unidos. Por eso resulta natural el gusto muy extendido por la música de ese país, y el aprecio hacia una amplia gama de manifestaciones de la cultura, las técnicas y otros aspectos de aquella sociedad.

Por otra parte, desde mediados del siglo XX Estados Unidos –que es el centro incontestado del imperialismo en el mundo– puso en marcha un sistema colosal de control permanente de la vida espiritual, las motivaciones, los valores y las capacidades de las personas, mediante gigantescas empresas muy bien articuladas que proveen entretenimiento, informaciones, formación de la opinión pública y una parte de las necesidades y los deseos de quienes consumen los productos de esa democratización mercantilizada del consumo cultural al servicio de su hegemonía. En la actualidad ese sistema es un factor de importancia principal en la guerra cultural que está librando el imperialismo a escala mundial.

A mi juicio, la influencia más peligrosa en Cuba es la de expresiones de consumo cotidiano que parecen ajenas a lo político o ideológico, y, por consiguiente, inofensivas. Por ejemplo, a través del consumo masivo del alud interminable de materiales con los que ellos intentan norteamericanizar a cientos de millones en todo el planeta, en cuanto a las imágenes,

las percepciones, los sentimientos y los valores. A veces tratan temas políticos con enfoques variados –aunque prima el *conservatismo*–, pero la proporción es ínfima en relación con los que tratan cuestiones no directamente políticas. Lo decisivo es familiarizar y acostumar a compartir con simpatía las situaciones, el sentido común, los valores, los trajines diarios, los modelos de conducta, la formación de los adolescentes, la bandera, las aventuras de una multitud de héroes, las ideas, los artistas famosos, los policías, la vida entera y el espíritu de Estados Unidos. Sin vivir allá ni aspirar a una tarjeta verde. Es un suicida quien crea que esto es solamente un entretenimiento inocente para pasar ratos amables.

Es muy limitada e insuficiente la respuesta que estamos dando a esa ofensiva tan peligrosa, en cuanto a orientación política concretada para ese campo, campañas de desmontaje crítico o prevención de la difusión de los productos de esa guerra cultural, y, sobre todo, movilización y empleo efectivo de la descomunal conciencia política de los cubanos, sus capacidades técnicas y generales, y los enormes medios educacionales y culturales con que cuenta el país. Por ejemplo, el sistema de medios de comunicación estatal cubano utiliza en demasía, y sin incluir críticas, expresiones orales,

informaciones y programas variados que forman parte de la manipulación y el adoctrinamiento ideológico o la formación general de las poblaciones para convertirlas en públicos dóciles y que den su consenso a la dominación del capitalismo.

En etapas anteriores de nuestro proceso había una respuesta más equilibrada a la pregunta, con análisis, citas y valoraciones acerca de las influencias positivas de Estados Unidos, y también comentarios sobre las influencias que le ha aportado su pequeño vecino tan cercano. Pero no en esta coyuntura. La situación cambió desde hace cinco meses, y ahora lo que se necesita, y con urgencia, es entender la estrategia actual del enemigo, divulgarla, actuar con firmeza, principios, rapidez y una utilización eficaz de la cultura cubana y la posición revolucionaria socialista.

2. ¿Qué preocupaciones considera relevantes sobre la cultura cubana, a la luz del cambio en cuanto a las relaciones entre los gobiernos de Estados Unidos y Cuba? ¿Cuál sería el peligro mayor?

He expresado mis preocupaciones sobre cuestiones relevantes de la cultura cubana en la actualidad, en la acepción más general de esa noción, y también sobre los peligros que alberga

la etapa abierta en diciembre pasado y sus perspectivas. Dentro del campo específico que llamamos cultural, opino que debemos identificar bien las deficiencias, los logros, las diversidades de varios tipos, la situación y las fuerzas con que contamos. Atender y discutir los problemas con una real participación lo más amplia posible, consensuar decisiones, con la voluntad de que avance y se mantenga a la altura del enorme volumen de actividades y peso social que tiene la cultura. Tengo serias preocupaciones y criterios acerca de nuestro campo cultural, en sí mismo y en sus relaciones con la contienda cultural entre socialismo y capitalismo que se está librando en Cuba. Pero no es el caso exponerlas aquí.

Lo que hagamos en este terreno cultural específico se deberá a nuestras necesidades y problemas, y no a las negociaciones en curso entre los gobiernos de Cuba y Estados Unidos. Pero tengo la convicción de que hacerlo bien fortalecería en muy alto grado la posición de Cuba frente a la nueva fase de ofensiva de paz de Estados Unidos contra nuestro país.

3. ¿Qué papel juega el histórico antiimperialismo de los cubanos en este proceso?

Es un valor de primera magnitud, que tiene también su historia, y la historia es buena maestra. La conjunción de los hechos y la

inmensa capacidad creadora y educadora de la Revolución del 95, y el pensamiento y la propuesta de José Martí, un verdadero prodigio de las ideas políticas y sociales, produjo el acontecimiento más trascendente que había vivido la isla, de consecuencias permanentes. Sin embargo, el legado antiimperialista que portaba no fue recogido por el país durante la posrevolución ni la primera república —la que va de 1902 a la Revolución del 30— hasta los años veinte. El antiimperialismo se volvió de masas por esa revolución, pero, aunque quedó arraigado en la cultura revolucionaria, fue relegado desde los últimos años de la década del treinta. La nueva ideología insurreccional de los cincuenta portaba entre sus contenidos el antiimperialismo, pero fue a partir de 1959 que este se generalizó y se apoderó del espíritu popular.

El antiimperialismo es hoy una inmensa fuerza política y moral del pueblo cubano, y un obstáculo que puede ser infranqueable para los ingentes intentos de mejorar la imagen de Estados Unidos con la supuesta “normalización” y utilizar sus recursos y medios para ir desmontando la conciencia cubana en esta fase de la estrategia imperialista. Al mismo tiempo, el antiimperialismo puede contribuir al rechazo al crecimiento de relaciones y valores que sirvan a la restauración del capitalismo en

Cuba, porque es obvio que ese capitalismo no podría ser autónomo, sino cómplice y subordinado a Estados Unidos. Sin embargo, sería un grave error creer que el antiimperialismo no puede opacarse, o relegarse, como sucedió más de una vez en nuestra historia. Hoy es imprescindible fortalecer el patriotismo popular, en el cual están ligados totalmente la justicia social y el antiimperialismo.

4. ¿El impacto cultural que conlleva el incremento de las relaciones entre ambos países debe dejarse a la espontaneidad? ¿Cuál debería ser el papel de las instituciones culturales cubanas en la conducción de ese proceso?

Estados Unidos no lo dejará a la espontaneidad, aunque pueda parecer a algún incauto que así lo hace. Pero nosotros estamos obligados a proceder con muy buen juicio, unidad en la defensa de Cuba y políticas atinadas. Eso sí, será imprescindible que el conjunto de la política cubana en ese campo esté libre de males que nos han hecho mucho daño. Esto se aplica también, naturalmente, a las instituciones culturales. Por mi respuesta anterior, es obvio que es muy necesarias las transformaciones que eliminen esos males, entre otros desarrollos positivos, con independencia de las relaciones que se tengan con Estados Unidos. Pero estoy

seguro de que si lo logramos aumentará, quizás a un grado decisivo, nuestra eficiencia ante la fase que se abre con las negociaciones en curso y los resultados que puedan tener.

5. El Consejo Nacional de la UNEAC aprobó la creación de un Grupo de Trabajo que dará seguimiento a este tema. ¿Cuáles serán los objetivos y funciones del mismo?

Me parece que la respuesta tendrá que salir de las ideas y los intercambios que sostengamos muchos compañeros. Que se constituya efectivamente el grupo, la calidad del trabajo que realice y las cualidades que mantenga el grupo permitirán después precisar y mejorar aún más sus objetivos y funciones.

6. ¿Desea agregar algo más sobre el tema?

He tenido que ser muy sintético en mis respuestas, y por consiguiente muy omiso, además de simplificar algunos aspectos que en la realidad son complejos. Lo he hecho por querer llamar la atención sobre cuestiones que considero vitales, y porque pienso que este cuestionario pretende contribuir a que la iniciativa del Consejo de la UNEAC del 27 de abril no sea víctima de la inercia, ese mal terrible que intenta enfermar al cuerpo social cubano. Es hora de trabajar, sin tregua y con sagacidad, para enfrentar cumplidamente los desafíos.

SOBRE *EL SOCIALISMO Y EL HOMBRE EN CUBA**

En la fecha señalada, el 48° aniversario de la caída del Che, nos estamos reuniendo para realizar este Taller que hemos estado esperando desde el inicio del año. Hoy no es un día de duelo. Hace pocos minutos que en las escuelas cubanas les han puesto su pañoleta a miles de niños; ellos dicen cada mañana: “seremos como el Che”. Y está bien que saludemos hoy al Che, que amaba la poesía, con un verso de Antonio Machado (1991 [1915]: 88-89): “hacedme, amigos, un duelo / de labores y esperanzas”. Esas dos consignas nos están reuniendo aquí desde ayer.

Una novedad, que pudiera ser un signo de los tiempos que vendrán, es que el taller que inauguramos ahora comenzó ayer. Durante

toda la tarde, docenas de participantes se enfrentaron al texto mismo de *El socialismo y el hombre en Cuba* (Guevara, 2007 [1965]) como alrededor de una fogata política e intelectual, lo discutieron en grupos e intercambiaron en colectivo lo debatido.

Hemos comenzado hoy por el principio, por eso la primera voz que se escuchó fue la de Fidel, leyendo la carta de despedida del Che. Eso sucedió un 3 de octubre, hace cinco días se cumplieron cincuenta años. Volverla a oír nos devuelve la sencilla grandeza del Che, que en unas pocas cuartillas dejadas para cuando se estimara conveniente leerlas, sintetiza su aventura revolucionaria y su vida en Cuba, su combate, su causa y sus amores, su propósito y su seguridad en la victoria.

Bien unidas, como los que saben que van a luchar juntos, están aquí personas de varias generaciones. Entre todos traen y compartiremos muchas experiencias vitales, mucho estudio y mucha disposición. Es muy hermoso verlos reunidos.

* Intervención inicial en el Taller “Ese extraño y apasionante drama... 50 años después: *El socialismo y el hombre en Cuba*”, Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, La Habana, 8 de octubre de 2015. Publicado en: Martínez Heredia, F. 2017 “Taller sobre El socialismo y el hombre en Cuba” en Martínez Heredia, F. *Cuba en la encrucijada* (La Habana: Ruth Casa editorial / Editora Política) pp. 190-193.

El socialismo y el hombre en Cuba es una obra fundamental del pensamiento revolucionario del siglo XX. Desde los datos fundamentales del proceso que se vivía en Cuba, Guevara encontró y expuso lo esencial, y propuso que el contenido y el objetivo del socialismo cubano se elevaran hacia las cumbres soñadas de la liberación humana y social. La gran aventura práctica de la época, la Revolución cubana, un comunismo insurreccional de liberación nacional, internacionalista y occidental, lanzaba su gran propuesta intelectual y política al mundo desde la América Latina. Tomar conciencia y convertir la conciencia en acción organizada para transformar lo imposible en realidades, derribar todos los muros de la dominación burguesa y todas las prisiones del colonialismo, y desatar una sucesión interminable de revoluciones culturales.

La publicación de este ensayo fue a la vez el cierre de una etapa y la apertura de otra en la obra y la vida del Che. Es el texto de mayor alcance dentro de la contienda intelectual que libró durante toda su vida política, y el ápice de su batalla a favor de las ideas más revolucionarias dentro de la Revolución, que protagonizó junto a Fidel entre 1959 y 1965. La había intensificado durante el último año, como el que sabe que tiene poco tiempo, y nos dejó este

ensayo para ayudar a que esa batalla pudiera continuar hasta hoy, y ser perenne si resulta necesario. En la nueva etapa trataría de ampliar el campo revolucionario en el mundo con el arma en la mano –el único texto que publicó, año y medio después, fue el *Mensaje a los pueblos del mundo desde la Tricontinental*–, y de hacer aportes a nuevos desarrollos del pensamiento revolucionario.

Escucharemos y discutiremos exposiciones acerca del contenido de aquel manifiesto, sus tesis, su propuesta, sus circunstancias, su trascendencia. Le rendiremos homenaje al Che al examinar y debatir todo esto desde las realidades, los problemas y las necesidades actuales de Cuba y del mundo, y sobre todo al plantearnos cómo utilizar esta obra –y todo el pensamiento y el ejemplo del Che– para enfrentar los retos extraordinarios que están ante nosotros. Al plantearnos cómo vencer una vez más, como él nos reclamó hace cincuenta años.

Al inicio del ensayo que nos convoca, el Che expone que en la fase insurreccional de la Revolución el individuo, específico, con nombre y apellido, era el factor fundamental. Eso me recuerda una foto de diciembre de 1958, en la que está ante la radio de la columna 8. Micrófono en mano, trasluce el gozo de comenzar a tomar posesión de los medios técnicos

más modernos, aunque por nada cambia el tono tranquilo de su voz: “atención Camilo, atención Camilo / aquí está el Che, aquí está el Che”. Siete años después, el 4 de diciembre de 1965, recién salido del Congo, le escribe desde Tanzania a Armando Hart acerca de la necesidad de crear una escuela cubana de pensamiento, le envía un plan de estudios y le insiste en que necesitamos formar una cultura socialista. Y dice: “Es un trabajo gigantesco, pero Cuba lo merece, y creo que lo pudiera intentar”.

Che había aprendido con el pueblo, se había convertido en un gran conductor de pueblo y llevaba años trabajando y estudiando en busca de la conversión del individuo común y corriente en un hombre nuevo. Cincuenta años

después, nosotros podemos decir: “aquí está el Che”. Pero ahora está para todos: vamos a tomarlo, para hacerlo realmente nuestro, a apoderarnos de él, y vamos, sobre todo, a utilizarlo.

BIBLIOGRAFÍA

- Guevara, E. 2007 *El socialismo y el hombre en Cuba* (La Habana: Ocean Sur). [Primera edición: Guevara, E. Ch. 1965 “Desde Argel para *Marcha*. La Revolución cubana hoy” en *Marcha* (Montevideo), marzo].
- Machado, A. 1991 [1915] “A Don Francisco Giner de los Ríos” en *Antonio Machado, poesía y prosa* (Buenos Aires: Colihue).

¿POR QUÉ JULIO ANTONIO? (1966-2003)*

Una idea feliz, más que una solución ante la premura editorial, ha sido la de Ana Cairo frente a mi renuencia a limitarme a reproducir un antiguo texto mío acerca de Mella: añadir una consideración desde el 2003. Así van entonces, bien amparadas en la pertinencia del antiguo título, dos reflexiones que descansan en los mismos ideales y motivaciones, pero están separadas por treinta y siete años, y con ellas el testimonio de una comunicación sostenida con Julio Antonio a lo largo de mi vida.

* Escrito a inicios de 1966. Publicado en *El Caimán Barbudo* (La Habana), N° 1, marzo de 1966.

[N. de la Ed.] Más detalles. Este fue el primer texto que publicó el autor, ya entonces, miembro del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana. La ampliación de 2003 corresponde a la conferencia que impartió en la Universidad de La Habana por el centenario del nacimiento de Julio Antonio Mella, el 24 de marzo de 2003.

1. ¿POR QUÉ JULIO ANTONIO?

Juventud Rebelde ha convocado a escritores noveles, bajo tres nombres significativos. Mella, Pablo y Rubén son ejemplo de unidad de pensamiento y acción revolucionarios. Sus vidas refrendaron sus escritos, y la muerte en la lucha los hizo ya para siempre jóvenes. Así, quizás sería innecesaria la interrogante que encabeza estas líneas. Pero hay más.

La sucesión cultural es un índice de la nacionalidad, y no puede reducirse a invocar nombres que, siendo formalmente nuestros, resultan casi desconocidos por su obra. Al recordar a Mella, trataremos de exponer algunos aspectos del problema.

Hay una continuidad ideológica, estrechamente vinculada al desarrollo de cada sociedad, que es el suelo en que fructifican y legitiman su vigencia las nuevas ideas y teorías. La liberación de España, la explotación del trabajo asalariado, la nueva colonización azucarera, la dominación económico-política

imperialista, modernizaron a Cuba. Pero todo esto trajo también, a través de largas luchas, el “minorismo”, la superación de la colonia cultural, la *Revista de Avance*, el antiimperialismo, la Confederación Nacional Obrera de Cuba, el Partido Comunista. Mella es representativo de una época porque, viniendo de Varona, trasciende al anhelo cientificista y al pesimismo de un ideal truncado, para ofrecer una nueva visión cubana de la realidad, asistida por el marxismo. Y su obra resiste las épocas de reacción, el silenciamiento y el tiempo, porque se ha integrado ya a las fuerzas nacionales, para servir de punto de partida hacia metas más altas.

No es literario el mérito mayor de Julio Antonio Mella. Pero sería disminuir su estatura ver en él solo al campeón del civismo frente al corrompido protectorado, al atleta de la huelga de hambre, “bello e insolente, como un héroe homérico”, al forjador de rebeldías. Mella fue revolucionario de un tiempo de sembrar, y cumplió su tarea a plenitud. En mítines, conferencias, centros de estudios para trabajadores, como publicista, señaló a la dominación imperialista como el mal mayor, y a los obreros su deber de encabezar el futuro.

Aunque se asomó al marxismo ya en medio de la lucha, buscó en el estudio de la teoría

el derrotero de la actividad revolucionaria. Poco antes del Congreso Antiimperialista de Bruselas lamenta “la falta de tiempo para las cosas del pensamiento”, ante el imperativo de estudiar y situar a Martí como personalidad revolucionaria. Considera necesario buscarse la raíz en la continuidad revolucionaria de su pueblo, extraer las experiencias de aquella lucha tremenda, calibrar las tareas de la época en el análisis de los principios martianos.

Un año antes de su muerte escribe un premonitorio ensayo acerca del APRA. “Los comunistas ayudarán, han ayudado hasta ahora [...], a los movimientos nacionales de emancipación aunque tengan una base burguesa democrática” (Mella, 1960: 19-20). Y él está dispuesto a continuar sus palabras con la acción, junto a los “nacionalistas”, partido de oposición a la tiranía machadista. Mella entiende la tesis leninista del frente único como un paso en la lucha partidista hacia el socialismo, y critica las tesis abstractas de los intelectuales que hacen juegos de palabras con el marxismo. El divisionismo en el movimiento antiimperialista, el oportunismo político de algunas declaraciones, el anticomunismo de su dirigente, lo obligan a denunciar al APRA como organización confusionista, que “según se intensifique la clarificación de las fuerzas sociales, se convertirá más y

más en una organización reaccionaria”, aunque reconoce la honradez de los que “son carne revolucionaria de las cárceles” (ídem, p. 41).¹

Comentando el pensamiento revolucionario de Martí, nos deja frases de absoluta vigencia: “Internacionalismo significa, en primer término, liberación nacional del yugo extranjero imperialista y, conjuntamente, solidaridad, unión estrecha con los oprimidos de las demás naciones” (ídem, p. 96).² Y sin dejar ni un momento de luchar por Cuba, presta su esfuerzo constante a la Liga Antiimperialista y al intento de lograr la unidad mundial antiimperialista – tarea insoslayable para los revolucionarios de hoy–, participa como un miembro y dirigente en el Partido Comunista mexicano y actúa en la solidaridad con la gesta de Sandino.

Porque Mella está “entre los más altos guías de su tiempo cubano y americano”, la

Juventud lo tiene, con Camilo, en su emblema. Conocer mejor sus escritos, todavía insuficientemente divulgados, puede ayudarnos a realizar mejor la difícil tarea de nuestro tiempo.

Concurrir a la herencia de Julio Antonio significa, en el orden teórico, no solo recoger y divulgar su pensamiento, sino trabajar en los problemas que él se hubiera planteado si estuviera físicamente entre nosotros. La complejidad de nuestra época, que es de lucha a escala mundial entre los pueblos y el imperialismo, y por la liberación nacional y el socialismo en las naciones del “tercer mundo”, ofrece innumerables campos a la teoría y la lucha ideológica.

La “aplicación creadora del marxismo-leninismo” puede convertirse en una frase para calificar los aciertos prácticos de los revolucionarios. Pero no fue meramente como propaganda que Marx vio la necesidad de que la teoría encarnara en las masas. El leninismo es el monumento mayor al espíritu creador del marxismo porque no organizó los hechos sociales a la mayor gloria de los principios, sino que utilizó éstos como instrumental científico para avanzar en la investigación de la época imperialista, de los principios de la revolución y del tránsito al comunismo.

Sin embargo, en cuarenta años la teoría no ha avanzado mucho más allá. Entretanto, el

1 [N. para esta Ed.] Poco después de publicar este artículo conocí un hecho histórico fundamental respecto al asunto de este párrafo. El VI Congreso de la III Internacional (1928) aprobó una línea sectaria para los partidos comunistas, de enfrentamiento de “clase contra clase”; en ella no cabía la acertada posición de Mella para una insurrección en Cuba, a la que se refiere al inicio del párrafo.

2 En: “Glosando los pensamientos de José Martí”.

mundo imperialista ha cambiado, el campo socialista se ha desarrollado y ampliado, e insurgen tres continentes que en tiempos de Lenin apenas se desparezaban. Y en muchos casos la teoría de la liberación nacional, de la revolución socialista, de la etapa de tránsito al comunismo, marcha a remolque de los acontecimientos, adornando victorias o derrotas.

Podrían ser investigados problemas relacionados con la bancarrota de una ideología correspondiente a nuestra situación prerrevolucionaria, y con la pretensión de sustituirla por un conjunto cultural cimentado por el marxismo. La apreciación del fenómeno económico, el régimen de propiedad, los estímulos materiales y morales al trabajo, la necesidad de correlación en la construcción del socialismo y el comunismo, tesis esbozada por Fidel (Castro, Ruz 1965: 4), el proceso cultural en el campo y el desarrollo agrario, la educación política del pueblo y los riesgos de tergiversación del marxismo en su divulgación, la moral sexual y familiar, son solo algunos temas.

Mella prometió escribir una obra que consideraba necesaria, “en una prisión, sobre el puente de un barco, en el vagón de tercera de un ferrocarril, o en la cama de un hospital [...]”. Hoy, cuando el poder revolucionario y la orientación del partido hacen más viable la empresa,

el trabajo teórico tiene que llegar a ser un factor importante en la revolución y la construcción de la nueva sociedad. Solo así se completará la posteridad de Julio Antonio Mella.

2. ¿POR QUÉ MELLA EN 2003?

Media vida después. En 1966 éramos muy jóvenes, la revolución y yo. La sangre y la belleza, el trabajo y el baile, andaban juntos. En medio de una revolución se crece entre cataclismos y rupturas, los lenguajes y los actos se llenan de creaciones, y todo es urgente. Ante cada avance surgen nuevas necesidades, y una de ellas me convirtió –como a otros– en profesor de filosofía marxista. A través de otras prácticas ya había conocido un poco las distancias y las complejas relaciones que existían entre los hechos e ideales cubanos, por un lado, y el saber constituido en nombre del socialismo por el otro. Pero ahora los que formábamos el grupo al que pertenecía –urgidos de formación a la vez que abrumados de tareas, iniciadores de una actividad muy deseada pero incipientes– encontramos de súbito en medio de una diversidad de posiciones y criterios que saltaba a veces en agudas divergencias. Nuestro mayor acierto fue tomar como guía la ideología más

radical, tanto dentro del proceso –la impulsada por Fidel y el Che– como en la acumulación cultural revolucionaria cubana y en la tradición internacional de ideas de liberación y anticapitalistas, y combinarla con el estudio riguroso y el debate de toda expresión lograda del pensamiento que lográbamos conocer.

De manera paradójica, la Revolución del 30 nos era muy cercana en el tiempo pero la gran conmoción y los cambios tan profundos de los sesenta parecían haberla sacado de la escena. La cuestión se me hizo más extraña cuando – con toda fuerza y razón– se produjo una gran recuperación y exaltación de las revoluciones cubanas del siglo XIX. ¿Por qué no sucedía lo mismo con la de los años treinta, si esta aportó avances gigantescos a la cultura cubana? Esa revolución rechazó y dejó atrás el régimen republicano surgido en 1902 y socializó en Cuba la confianza en la capacidad de autogobierno, el antiimperialismo, ideas socialistas de la justicia social y exigencias de institucionalidad y política democráticas, un Estado mediador entre las clases e influyente en la economía y la vida social, y una sociedad civil más organizada y fuerte. Hasta el nacionalismo, cemento ideológico primordial del país, fue renovado en sus contenidos y su significación. El complejo orden elaborado en los lustros siguientes

a 1935 tenía como función esencial dar cabida en marcos legales y evolutivos a las visiones, necesidades y movimientos que se produjeran, lo que llevaba implícito el temor fundado a que una nueva revolución tomara a la última como punto de partida y fuera mucho más allá, contra la existencia misma del sistema capitalista neocolonial.

Mientras más tratábamos de comprender el decurso histórico de nuestro país, más claro nos aparecía que la Revolución del 30 proyectaba una sombra impresionante sobre la sociedad cubana de los años cuarenta y cincuenta, estaba en la raíz de los proyectos revolucionarios de los años cincuenta y había sido la impulsora de una parte de las potencialidades sociales que el proceso puso en acto a partir de 1959. Durante el largo intervalo, Mella y Guiterras siguieron siendo inspiración para las rebeldías, y empate generacional. Ahora la revolución levantaba aquellos nombres, el Che hablaba en El Morrillo y la organización política juvenil colocaba en su bandera a los dos jóvenes, Mella y Camilo. Pero el conocimiento de los hechos y del pensamiento de los líderes de aquella revolución no formaba parte de la fiebre de saber y del apoderamiento de la memoria que llenaban la vida de estos días. Comenzamos a comprender que podía tratarse de un tácito

silencio, referido a un terreno comprometido por su posteridad, y por el propio presente de la revolución.

De muchacho, la conmemoración insumisa del 10 de enero de 1953 me había llamado la atención sobre Mella, y un tiempo después hice un compromiso muy personal con su nombre. A mediados de los sesenta, una década de experiencias y cada vez más lecturas me aclaraban algo que es lo primero que quiero destacar: Julio Antonio Mella tuvo que ser muy rebelde para lograr ser revolucionario. Iba conociendo las formas de cooptación, incorporación, abjuración, lenta degeneración, transmutación, que Mella evitó, o a las que tuvo que enfrentarse. El niño con algunos medios, pero sin legitimidad filial, el jovencito que va aprendiendo que es bellísimo, bastardo, fuerte y capaz como atleta, muy díscolo, brillante intelectualmente, puede ofrecer a la posteridad los primeros capítulos de la biografía de un deportista destacado, un galán, un líder estudiantil que luego será político exitoso, un charlatán o un triunfador burgués. Con las armas que poseía se enfrentó a todo, y a sí mismo, el joven Mella en aquel tiempo de gran descreimiento de hace ochenta años. El ángel rebelde se unió a los humildes que se organizaban, el fundador de la FEU se hizo revolucionario.

Mas también tuvo Mella que ser muy rebelde dentro del nuevo mundo de la rebeldía al que se sumó, y en el movimiento comunista cubano y latinoamericano que tanto ayudó a fundar. Una de las incógnitas de la Revolución del 30 para los jóvenes revolucionarios de los años sesenta que se asomaban a la historia de nuestro movimiento era qué había sucedido realmente entre Mella y su incipiente partido a raíz de su heroica huelga de hambre. Lejos de todo anticomunismo –éramos parte de una masa entusiasta y decidida que creaba el socialismo en Cuba y trataba de ser cada día más comunista–, queríamos conocer una historia que no tenía por qué avergonzar a nadie. Y el ser humano Mella se nos hacía más grande por su actitud legítima de militante que no se alejó ni un milímetro de su deber y su labor en medio de las polémicas más agudas, y por la consecuencia con que fue comunista hasta el fin de sus días. Mella salía vencedor frente a la entonces famosa orden triple –tremenda y romántica– de “Si avanzo, sígueme...”, y eso era lo importante para los ideales, el arraigo y la fortaleza del comunismo cubano.

A inicios de 1966 –los días de la Tricontinental– ya habíamos estudiado ese manifiesto comunista desde el tercer mundo que es “El socialismo y el hombre en Cuba” (Guevara, E. 1970 [1965]),

y nos había conmovido a todos la carta del Che, en octubre de aquel 1965, al fundarse el Partido Comunista de Cuba. La construcción paralela del socialismo y el comunismo era propuesta por Fidel en ese mismo acto, mientras la revolución se profundizaba a sí misma en una multitud de terrenos y acciones. Más socialismo era la respuesta general a los problemas y los dilemas. El pan de cada día eran la audacia y la herejía, el trabajo, la entrega y las innovaciones, el antiimperialismo y el internacionalismo. Y Fidel postulaba: “que al valor no le falte inteligencia, y a la inteligencia no le falte valor”. Era necesario que los revolucionarios –y entre ellos los dedicados al trabajo intelectual– identificaran las posiciones y los problemas, y aprendieran pronto a utilizar todos los instrumentos posibles para enfrentar con acierto aquellas tareas tan grandes, novedosas y difíciles.

Aquí apareció otra cuestión que quiero enfatizar: Mella había pensado la pelea en la que estaba inmerso, los caminos de la revolución, la tradición revolucionaria cubana, las experiencias existentes en su tiempo y los rasgos del proyecto. En los textos suyos que conseguía, leía en Julio Antonio problemas reales, ideas luminosas, pensamiento revolucionario cubano, preguntas sin respuestas, intrépidos combates a pluma, dominio de su expresión.

El líder revolucionario tenía también una producción intelectual. Y yo constataba que ella era muy poco conocida entre nosotros, y casi no se divulgaba. Había que llamar la atención fuertemente sobre esa realidad: el pensamiento de Mella era otra riqueza nuestra a rescatar y utilizar.

Una posición ideológica precisa, y el propósito de relacionar las actividades intelectuales y el deseo de conocer de los jóvenes con la Revolución del 30, nos llevaron a convocar aquel concurso de 1966 bajo la advocación de Mella, Rubén y Pablo. Tres personas comprometidas en un proyecto que nacía, *El Caimán Barbudo*, asumimos presentar en escritos breves a cada uno y lo que buscábamos con el concurso correspondiente, intención que hacemos expresa con los títulos: “¿Por qué Rubén?”, “¿Por qué Pablo?”, “¿Por qué Julio Antonio?”. Guillermo Rodríguez Rivera, Ricardo Jorge Machado y yo fuimos los autores. Cuando escribí el artículo, mi hijo Julio Antonio no caminaba aún.

Comenzaba un lustro decisivo, en el cual –entre tantas tareas– muchas veces estuve ligado a trabajos y publicaciones sobre la Revolución del 30, sus hechos, ideas y protagonistas. En los años que vinieron después, recreaba a Mella con mis íntimos y con amigos

como Raúl Roa, José Tabares o Enrique Pineda Barnet, o sentí una gran satisfacción cuando al fin se publicó una muy apreciable recopilación de escritos suyos en 1975.³ Leía los textos que aparecían sobre aquellos eventos históricos, de testimonio y –cada vez en mayor proporción– de investigación. Volví luego, hasta hoy, al estudio de la Revolución del 30. Ha estado todo este tiempo conmigo, de un modo u otro, sobre todo en la brega interminable de las ideas revolucionarias. Pero también mirándome desde su foto de estudio, o subido a una mesa de café, rugiendo como un león y enseñando la zarpa, mientras un compañero hace de domador, risa feliz en la pobreza del DF. En la máquina de escribir en vez [de] al timón del automóvil, escribiendo con su nombre o con seudónimo de crítico de arte, en los tugurios de mineros en Jalisco, reuniendo campesinos cobrizos desconfiados con razón, leyendo el orden del día de la reunión comunista. Y Tina enseñoreándose de su año 28, siete años mayor que él, militante comunista, fotógrafa y rabiosamente bella. El mismo año 28 de la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos,

3 Por el Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba. Ver Mella (1975).

de la Secretaría General y la crisis en el Partido Comunista mexicano, la conspiración para ir a pelear a Cuba, la Confederación Campesina, de escribir textos diariamente... ¡Cuántas cosas caben en una vida!

Ante la empresa de volver sobre aquella pregunta en 2003, entre tantos factores diferentes, me encuentro lo que ahora conozco sobre Mella y su época. Sobre la dedicación fundamental de su vida, la revolución en Cuba y la lucha por la universalización del marxismo y el socialismo en los años veinte y treinta del siglo XX, he seguido investigando, y en la última década he realizado numerosas comunicaciones orales y he ido publicando varios trabajos.⁴ Mella me es mejor comprendido como un hombre de su tiempo, a la vez que su grandeza se me hace más evidente, ante sus actos e ideas, y ante sus dificultades. Sobre estas últimas, hace años comprobé que *Amauta* no publicó su ensayo

4 Entre los más recientes están “El poeta y la revolución”, sobre Rubén Martínez Villena (Martínez Heredia, 1999) y “Guiteras y la revolución” (Martínez Heredia, 2001b). Tengo en edición dos textos míos, “Problemas del pensamiento marxista en tiempos de Mariátegui” y “Pablo y su época”, como partes en libros del Centro Juan Marinello y el Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, respectivamente.

“¿Qué es el APRA?” (Mella, 1930 [1928]) hasta el verano de 1930, año y medio después de su asesinato. Y hace solo meses pude leer los documentos de 1926-27 referidos a su separación y readmisión en el primer Partido Comunista Cubano. Para sacar mayor provecho a la experiencia histórica me pregunto: ¿cómo pueden personas que están dentro del campo revolucionario hacer cosas así? Y no me conformo con juicios morales, que en el mejor caso son parciales.

Comparo mis dos aproximaciones a Julio Antonio. Aquella interrogante de 1966, escrita de un tirón, era analítica y quería ser rigurosa, buscaba convertir en arma a Mella, para una pelea de la razón revolucionaria contra sus enemigos y sus demonios. Rompía lanzas contra el sectarismo, el dogmatismo, la ignorancia, el reformismo y el científicismo, y abogaba por la investigación y el debate militantes, por la pregunta, la creatividad y la valentía intelectual, regidas por la honestidad y la entrega irrestricta a la causa. Esta interrogante del 2003 es de otro modo. Se ha permitido desde el inicio la primera persona, trae consigo las señales de un tercio de siglo transcurrido, y quizás explora sobre todo las dimensiones humanas. Pero el autor no viene de vuelta de nada, ni está cansado del camino.

A primera vista, el mundo de hoy se parece peligrosamente al de 1903. Otra vez el imperialismo abiertamente, imponiendo su moneda, su idioma, sus consumos, sus modas, su fuerza bruta, su racismo, sus modelos y temas de pensamiento. Si miramos con más cuidado, sin embargo, hay diferencias que pudieran tener un peso enorme. El imperialismo actual ya no tiene un proyecto de civilización ni hace promesas de progreso, ya produjo el nazismo y hace peligrar el planeta, ha dejado de proveer lugares de trabajo y explotación para una gran parte de la población mundial, depende demasiado de la especulación financiera y de las formas de asalto o estafa vinculadas a ella, ya tuvo al fin la democracia y la desgastó en medio siglo. Y frente al dominio capitalista, el XX ha sido un siglo de cultura de autoidentificaciones, protestas y rebeldías de los pueblos, las clases, las etnias, el género, de triunfos de revoluciones sociales y entidades nacionales, de bancarrota del colonialismo, de prácticas e ideales que han involucrado a cientos de millones de personas y han dejado profundas huellas de experiencias y esperanzas. Una gran parte de la gente del globo vive marginada, mil millones son analfabetos, pero la mayoría lo sabe, y no quiere serlo –aunque no sepa cómo superarlo, y aun si cree que no es

posible hacerlo–; y en la vida pública, nadie se atreve a sostener que ese es el orden natural. Si a la “bella época” de hace un siglo le esperaba la Primera Guerra Mundial y la Revolución bolchevique, ¿qué puede esperarle a esta que ningún vocero osa considerar hermosa o admirable?

Pero no parece cercana la hora de grandes rebeldías, ni de exigencia eficaz de cambios trascendentes. La última fase del siglo pasado fue de centralización extrema del capital, conservatización de la política y control totalitario de la información y la formación de opinión pública. Ese triple éxito se acompañó con el desastre final de los regímenes de Europa oriental, la derrota moral y desprestigio del socialismo, el gran retroceso de las luchas y presiones de las clases oprimidas, el fin de la bipolaridad y el franco predominio y pretensión imperial de los Estados Unidos. No repetiré aquí lo que he expuesto acerca de esos temas, y de la utilización de la guerra cultural imperialista como instrumento de control antisubversivo y de afirmación de hegemonía. La falta de confianza en sí mismos y de proyecto que padecen los oprimidos y de sus representantes, la debilidad general de sus opositores, es un elemento clave para la supervivencia del sistema. La pequeña Cuba

muestra al mundo de modo escandaloso la verdad de este aserto: su régimen y su manera de vivir existen a contrapelo de la corriente dominante en el mundo, y hasta de su sentido común.⁵ Pero nuestro país está envuelto también en la formidable guerra cultural, que aquí enfrenta los valores del capitalismo a los de la solidaridad socialista, e implica una acumulación social en ambos campos que solo mostrará sus resultados decisivos a mediano o largo plazo.

Las contradicciones internas que involucraban a Mella y la Revolución del 30 hace cuatro décadas ya no existen. Pero hoy las fuerzas espirituales de Cuba son convocadas o movilizadas en relaciones –que pueden ser o no conscientes– con esa lucha de valores y esa acumulación social. Volver entonces a Mella en su centenario, y no solo para honrarlo sino para proponerse conocerlo y estudiarlo, es una necesidad de la pugna cultural. Porque Julio Antonio es como un gozne, un lugar de encuentro entre la gesta y las ideologías que hicieron la nación cubana, por una parte, y la plasmación de las luchas y ansias de justicia social en

5 Mi texto más reciente acerca de esta situación es “La alternativa cubana” (Martínez Heredia, 2001a: 9-44).

un nuevo ideal y proyecto, el socialismo, por la otra. Y puede serlo porque participa realmente de ambas, es legítimo en uno y otro terreno, y en la unión que emprende de ellos. Esa combinación es la clave del éxito para la política revolucionaria cubana desde los tiempos de Mella hasta hoy. En la riqueza de su vida y sus escritos nos asomamos a una de las fuentes de esa fusión imprescindible.

Es muy difícil, sin embargo, hacer realidad ese propósito a escala muy amplia en la sociedad cubana. Vivimos una ausencia de fundamentos intelectuales en lo tocante a las contraposiciones esenciales, una puesta en suspenso de los juicios relativos a ellas. Es muy sano partir siempre de las circunstancias reales, sobre todo si se quiere ir lejos. Por esto recuperar el pensamiento y la vida de Mella, divulgarlo, estudiarlo, debatirlo incluso, puede ser una parte valiosa de nuestro trabajo, porque es una materia nuestra sobre nuestros problemas y una visión del mundo desde aquí, que posee nexos emotivos y textos atractivos, un camino para ir hacia la recuperación de la memoria de los empeños, las ideas y los sueños que hicieron a Cuba y la llevaron a su proceso de liberaciones, que es una vía indispensable para ser capaz de pensar el futuro –y sobre todo, de creer en

él– y elaborar proyectos mucho más ambiciosos que los que la realidad parece tolerar, que serán por cierto los únicos proyectos viables. Eso hizo Julio Antonio Mella. Es un accidente venturoso, y un símbolo, que su aniversario este a medio camino entre los del 28 de enero y el 26 de julio.

BIBLIOGRAFÍA

- Castro Ruz, F. 1965 “s/t” en *Revista del Granma* (La Habana: *Granma*) N° 2: 4, 24 de octubre. [Discurso pronunciado en la reunión de presentación del primer Comité Central del PCC].
- Guevara, E. Ch. 1970 [1965] “El socialismo y el hombre en Cuba” en *Obras* (La Habana: Casa de las Américas) T. I y II.
- Martínez Heredia, F. 1999 “El poeta y la revolución” en *La Gaceta de Cuba*, N° 6.
- Martínez Heredia, F. 2001a “La alternativa cubana” en Martínez Heredia, F. *Corrimiento hacia el rojo* (La Habana: Letras Cubanas).
- Martínez Heredia, F. 2001b “Guiteras y la revolución” en Martínez Heredia, F. *Corrimiento hacia el rojo* (La Habana: Letras Cubanas).

Mella, J. A. 1930 [1928] “La lucha revolucionaria contra el imperialismo ¿Qué es el APRA?” en *Amauta* (Lima) Año IV, N° 31 y 32.

Mella, J. A. 1960 *La lucha revolucionaria contra el imperialismo* (La Habana: Editora Popular de Cuba y el Caribe).

Mella, J. A. 1975 *Documentos y artículos* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).

GUITERAS Y LA REVOLUCIÓN*

1. LA REVOLUCIÓN Y GUITERAS

En los últimos años una literatura histórica de profundización y número creciente está aportando conocimientos ciertos acerca del tercero de los procesos revolucionarios cubanos: la Revolución del 30. Todo logro historiográfico de importancia es a la vez de algún modo una función del presente que lo produce, y este no es una excepción. La revolución iniciada en

* Publicado originalmente en: Martínez Heredia, F. 2001 [1974] *Corrimiento hacia el rojo* (La Habana: Letras Cubanas / Instituto del Libro) pp. 198-235 [N. de la Ed.] Este texto fue escrito en 1974 y permaneció inédito hasta el año 2001. FMH ha sido uno de los principales intelectuales en rescatar el pensamiento político de Antonio Guiteras. Lo hizo en un ambiente en que esto le resultaba incómodo a los herederos de socialismo de la Internacional Comunista que tanto se esforzaron para impedir la publicación de este material. FMH le dedicó este ensayo a Roberto Fernández Retamar, quien se empeñó –sin éxito– para que este saliera a la luz en la revista *Casa de las Américas* que en aquel tiempo dirigía.

1953 estimuló primero con su existencia y sus necesidades, y ha ido brindando bases después con el desarrollo de la cultura política y de las capacidades intelectuales de los cubanos, la recuperación y el examen de los hechos y las ideas de aquella revolución previa del siglo XX que planteó nuevos problemas dentro de una continuidad de luchas nacionales, y cuyo estudio brinda una ayuda inapreciable para la comprensión del proceso revolucionario actual.

Este trabajo intenta aprovechar el estado a que han llegado esos estudios para proponer una reflexión muy específica: las relaciones existentes entre la actividad personal de Antonio Guiteras y el proceso social mismo en el cual Guiteras actuó.¹ Sin pretensiones

1 En estos años se han publicado textos de Guiteras, el “Programa de Joven Cuba” y artículos sobre él. Un paso trascendente en el conocimiento de su vida y su obra ha sido la publicación de su biografía por el historiador José A. Tabares (1973), que me ha aportado muchos datos para este trabajo. En breve aparecerá

excesivas –falta mucho todavía por andar en estos campos–, este texto responde sin embargo a mi convicción de que el problema del papel de la personalidad revolucionaria y de la eficacia que alcance como portador de las ideas más avanzadas en una situación determinada es uno de los problemas teóricos –y prácticos– más importantes con que nos encontramos al abordar las revoluciones contemporáneas. La personalidad de Guiteras es demasiado atractiva para que podamos sustraernos a uno de los problemas que el estudio de su vida nos sugiere con fuerza: ¿hasta dónde puede el héroe revolucionario adelantar un proceso social?, ¿cómo interactúan el dirigente y las condiciones históricas determinadas en las que se mueve, y a las cuales intenta modificar, liquidar o encausar?

Al estudiar la vida de los revolucionarios más ilustres, encontramos una primera etapa en la que reciben sucesivas y simultáneas influencias culturales de diverso tipo, cuya apropiación individual mediante aceptaciones y rechazos los hace ser y comportarse de un modo dado; esto rige la formación de sus criterios, sus afinidades y modelos de conducta,

otra biografía, de la historiadora Olga Cabrera (1974): *Guiteras, la época, el hombre*.

probablemente hasta la muerte. Esa primera etapa formativa –en realidad no diferente a la de cualquier persona– es violentada después en el caso de los revolucionarios, en la medida en que su acción y su pensamiento reten o choquen con los fundamentos del orden social de dominación vigente, que son el centro y la clave del fino entramado social en que viven presos todos los individuos de una sociedad de clases determinada. Esa nueva experiencia es decisiva, aunque el individuo la incorporará desde su estructura subjetiva, es decir, desde su individualidad. Si continúa siendo revolucionario, ella lo irá transformando hasta convertirlo en una persona irreductible a engranar otra vez en el orden social establecido.

Se trata nada menos que de enfrentarse a la actividad de conjunto sobre la cual descansa el sistema, a la producción de la vida vigente, como diría Carlos Marx. Nunca se insistirá demasiado en que la burguesía no gobierna por simple dominio de las condiciones de producción, sino sobre todo a partir de su sistema político e ideológico y de una formidable cultura de dominación que es consumida habitualmente por todos, de mil maneras. El axioma marxista de que las ideas dominantes en una sociedad son las de su clase dominante se dice pronto, pero el combate terrible por liquidar el sistema

social que las sustenta y sustituir al mundo tan resistente de las ideas burguesas por una nueva cultura de la humanidad liberada es y será por mucho tiempo el contenido de una prolongada etapa histórica que apenas comienza, la época de las revoluciones socialistas.

No puedo apuntar en este espacio, ni siquiera someramente, las cuestiones sociales principales de la Cuba del primer tercio del siglo XX, ni de los enfrentamientos entre dominación y revolución. Atiendo entonces solamente al tema de la personalidad. El proceso revolucionario real es muchísimo más complejo e impredecible que la idea más exacta que se tenga de él. El revolucionario ha de navegar, en todos los casos, en esa borrasca; sus ideales y la fidelidad –a la causa, la organización, el líder– son su última razón ante las situaciones más duras, los errores, el desaliento o las dudas. El dirigente revolucionario –y ese es el caso que examino aquí–, debe estar más adelantado que el medio político en que se mueve, encontrar los caminos, sostener el rumbo, hacer elecciones y tomar decisiones difíciles, con mayor conciencia de los riesgos que se corren en caso de error, de la parte de razón y de justicia que se vio obligado a echar a un lado, de la porción de futuro que ha comprometido en las decisiones que sin embargo eran acertadas respecto a

su problema principal o perentorio. Sabe además que él sintetiza y simplifica lo que es por naturaleza contradictorio y plural, para poder arrastrar todas las voluntades tan diversas y unificar las actuaciones. Tanto saber doloroso se completa cuando el dirigente ha abrazado la concepción de que solo el socialismo traerá la liberación verdadera y de que solo la actividad consciente y soberana de las masas traerá el socialismo.

Los iniciadores –Guiteras fue uno de ellos– rompen con la conciencia vigente, y comunican ese gran esfuerzo suyo a muchos, pero deben enfrentarse angustiosamente a las recaídas de sus propios seguidores en las formas de conciencia y de vida de los dominadores, a las tendencias a mantenerse dentro de las conductas y creencias conocidas –que parecen ser las únicas conductas y creencias posibles–, y al poder aplastante y abarcador del enemigo, todavía no quebrantado. Su madurez encarna entonces en buscarle viabilidad a sus proyectos. Pero a muchos no les es dada la oportunidad de cumplir esa tarea; para ellos la victoria de su vida es convertirla en ejemplo y en experiencia para los revolucionarios que le sucederán. Su destino se condensa en el verso de Carlos Liebknecht: “a nosotros solo nos ha sido dado sembrar”.

Me asomo a Antonio Guiteras Holmes, desde ese primer tiempo en que el individuo es sobre todo sus circunstancias. Leyendo acerca de su familia, su infancia y años juveniles, se concluye fácilmente que él adquirió desde muy temprano instrumentos idóneos para pretender y enfrentar un alto destino.² Hijo de una familia cubana muy distinguida y de alto nivel cultural, hogar estable de clase media, educación muy por encima del promedio de su grupo social y vivencias en dos culturas diferentes, voluntad cincelada, tradiciones patrióticas muy sentidas, fueron factores que indudablemente le ayudaron a ser dueño de sí mismo, personalmente honesto, decidido, dispuesto a abrazarse a ideales, radical, analítico. La república en que crecía –si fuera posible comparar un país a una persona– tuvo una formación muy diferente. Entre 1920 y 1927 –los años de estudios medios y universitarios de Guiteras– el modelo neocolonial extremó sus contradicciones e imposiciones, y comenzó a deslizarse hacia su crisis, y el sistema político republicano apeló sucesivamente a la democracia muy corrompida y al autoritarismo que llevó a la dictadura machadista. El país comenzó a tomar conciencia

de su crisis. La protesta combativa de sectores obreros se organizó en federaciones sindicales, y la denuncia de intelectuales adquirió relevancia; el movimiento estudiantil de 1923 abrió paso a un planteo profundo de los problemas del país, con una vocación práctica que llevó a su vanguardia –dirigida por Julio Antonio Mella– al encuentro de los sindicatos y de formas de concientización y organización revolucionarias.

El adolescente secundó el movimiento de Mella en el Instituto de Pinar del Río, la ciudad en que vivía desde 1914. Desde su actividad en el Instituto, el joven Toni manifestó su rechazo al intervencionismo norteamericano en América Latina, la injerencia en Cuba y la Enmienda Platt, una actitud que estaba ganando terreno en esos años. En la Universidad (1924-27), al contrario, le tocó vivir el retroceso de la protesta estudiantil, la exclusión de Mella y sus compañeros, y el entreguismo al gobierno de Machado. Pero Guiteras fue a contracorriente. En el nuevo ambiente habanero amplía su formación, y su propensión a luchar por la libertad y la justicia lo llevan a relacionarse con los contrastes sociales, con tipos humanos inconformes e interesantes, y con las actividades de protesta. Participa en aquella tremenda jornada antiimperialista de marzo

2 Ver: Guiteras (1960) y Tabares (1973: 57-84).

de 1925 en que Mella es llevado a juicio, aclamado por la multitud y, agitador desafiante y conductor, es golpeado por los esbirros. Preso a fines de noviembre, Mella va a la huelga de hambre, y el joven estudioso y díscolo ante los abusos del nuevo poder organiza la solidaridad con Mella en Farmacia. Le faltan tres meses para graduarse cuando en marzo de 1927 surge el Directorio Estudiantil contra la Prórroga de Poderes de Machado. Sus compañeros lo eligen por Farmacia; enseguida es uno de los líderes de aquel Directorio radical antiimperialista, junto a Gabriel Barceló, José Chelala, Eduardo Chibás, José Elías Borges, Reinaldo Jordán. Son nombres nuevos en letra de molde, pero la revolución próxima los hará conocidos. El DEU del 27 alcanzó resonancia nacional. Guiteras se gradúa, pero todavía asiste a alguna asamblea y firma con sus compañeros; de todos modos ya no le alcanza la represión que pronto los expulsará de la Universidad.

Estas primeras vivencias de actividad cívica y elección política son muy marcantes; Toni las vive además en un medio que es normal a su procedencia social. Pero Guiteras no será uno de los líderes estudiantiles de la Revolución del 30. La muerte del padre en junio de 1927 lo pone a la cabeza del hogar, el joven farmacéutico devendrá viajante de medicina por

imperativo económico, y el viajante se moverá por todo Oriente, esa tercera parte de Cuba que había aumentado tanto su importancia económica y su población durante la república. Pero tampoco es el tipo de activista estudiantil que abandona la política al graduarse y pasar al mundo del empleo. Sus ideales se verán obligados ahora a ejercitarse en el país verdadero de superexplotación, incultura, conciencia política atrasada, pero también de rebeldías populares alimentadas por la fuerte tradición mambisa, las enormes contradicciones sociales y los anhelos patrióticos de soberanía y democracia. Todavía firmará un manifiesto con otros diez miembros del DEU del 27 en junio de 1931, en el que llaman a ir más allá de derrocar la dictadura, y detallan un programa avanzado de medidas para ser aplicadas por un gobierno provisional revolucionario. Pero desde antes de la muerte de Trejo sus vínculos fundamentales están en Oriente, donde Guiteras practica la única política que considera acertada: la conspiración para derribar por la fuerza a la tiranía e iniciar un proceso revolucionario.

Su brújula política, el antiimperialismo, ya estaba siendo sometida a la prueba de las nuevas situaciones y necesidades nacionales, y esto se acentuará durante los años treinta. El estudio en detalle de esa corriente y de sus vicisitudes

es crucial para comprender gran parte de la historia de aquel proceso y de las ideas revolucionarias en Cuba. Al inicio de los treinta, el antiimperialismo le franquea a Guiteras un primer logro relevante en su posición política: la lucha inmediata e ineludible debe ser para derrocar a Machado, pero ella no es un fin en sí. En ella coinciden el anhelo popular y el señuelo que utilizan los políticos tradicionales opositoristas –es un gozne de motivaciones muy diversas–, pero es solo una vía para promover una revolución que tiene tareas más ambiciosas y complejas que derrocar una dictadura, y debe lograr efectos sociales trascendentales. Por la rigurosa consecuencia con que asumió y sostuvo ese principio en su práctica revolucionaria, Guiteras se colocó siempre en un medio ideológico ajeno y opuesto al de Menocal, la Unión Nacionalista, la Junta Revolucionaria y el conjunto del antimachadismo burgués.³

La segunda conquista de Guiteras en su posición revolucionaria es la convicción de la necesidad de la insurrección armada popular, organizada previamente por un grupo de conspiradores, como instrumento idóneo para

alcanzar el poder y desatar la revolución. Su gran identificación con la tradición nacional debe haber aportado el alma y la confianza de esa certeza suya, ratificada por los textos que estudia acerca de experiencias europeas y de la revolución soviética; la propuesta teórica marxista sobre la violencia era como un aval a las prácticas revolucionarias cubanas. Pero la entrega personal a la conspiración y la lucha armada es lo decisivo. La experiencia de involucrar su vida y tantas cosas valiosas, de cambiar de objeto sus conocimientos técnicos –de preparar medicamentos a bombas y granadas–, de ponerse en contra del orden establecido, alimenta su preparación y sus reflexiones. Participó frontalmente en la insurrección de agosto de 1931, fue capturado por el ejército y estuvo cuatro meses preso. Además de las nuevas vivencias y de las relaciones personales que hizo, Guiteras le sacó el máximo provecho a su aventura: a) la insurrección debe prepararse con toda responsabilidad, y lanzarse a ella con decisión; b) los viejos políticos no están dispuestos a eso, sino a aprovecharse de las ansias de lucha populares;⁴ y c) es necesario

3 Ver el manuscrito de Guiteras “Manifiesto al pueblo de Cuba” (Tabares 1973: 190-96).

4 “[...] del contacto con los políticos de la vieja escuela sale cada vez más convencido de que los grandes problemas de Cuba nunca podrán solucionarse con una

crear una organización independiente para preparar la acción y para dirigir la revolución.

Un tercer aspecto de su posición revolucionaria se había puesto en juego en aquel episodio: su combinación de practicismo unitario con aferramiento a los principios. A pesar de su ideología, Guiteras aceptó ser uno de los miembros de la dirección insurreccional de la Junta Revolucionaria de Oriente; los viejos políticos apostaron a sacar provecho a las virtudes y relaciones del joven, que además les parecía de su clase. En realidad, Guiteras salió ganando la gente que pudo atraer a su núcleo revolucionario, tomándola de donde era posible: los que se mostraban rebeldes en la práctica, aunque su conciencia política no estuviera todavía libre de la sujeción a símbolos y hombres de la vieja política. En lo que no tuvo éxito fue en obtener de esos viejos políticos medios materiales para la lucha que siguió en 1932-33. Pero Guiteras mantuvo su política. Unió disímiles grupos rebeldes locales por todo Oriente, con los cuales fundó Unión Revolucionaria, organización de lucha armada para la revolución verdadera, que tuvo estructura permanente,

concentración de fuerzas cuyos intereses son contradictorios" (Guiteras, 1960: 7).

preparó militantes y cuadros, acopió armas y cotizaciones, y realizó numerosas acciones.⁵ Pero auspició un Frente Único Revolucionario oriental, sin éxito. Envió a un segundo suyo a conversaciones con la Junta de Nueva York, también infructuosas, antes de lanzarse a la insurrección del 29 de abril de 1933. La toma de San Luis y algunas otras acciones –y lo ambicioso del plan– ratificaron al país la beligerancia de un sector revolucionario oriental de posiciones radicales.

La "Mediación" imperialista iniciada dos semanas después, los cambios introducidos en la política antimachadista, el desencadenamiento de la crisis revolucionaria y la caída de la tiranía permiten apreciar la dimensión ya alcanzada por Guiteras en aquel verano de 1933. La Mediación, y la soberbia de su ejecutor Welles, separó claramente a los opositores a Machado ante los ojos de la nación: los que se sometían al dictado yanqui, y los que no. Como política metropolitana llegó demasiado tarde después de tanto respaldo a la dictadura, como nueva política –iba a nacer el Buen Vecino– fue todavía de viejo cuño, y demasiado torpe. Pero también fue lógico que se convirtiera en la

5 Ver: Tabares (1973: 167-237).

esperanza de los que se oponían a Machado y a una revolución. La organización clandestina ABC, propiamente el primer intento desde el campo burgués antimachadista de llenar el vacío político en que el desprestigio del sistema político estaba colocando a las clases dominantes, había ganado membresía y prestigio por sus acciones y su lenguaje, a pesar de proponer un nacionalismo sin antiimperialismo y opuesto a la izquierda. Su apoyo entusiasta a Welles constituyó a mi juicio un error gravísimo: la primera organización burguesa realmente hija de la revolución y no rémora del pasado simplemente se entregó al procónsul extranjero, por costumbre cipaya e intereses mezquinos. Inició así un papel contrarrevolucionario que mantuvo durante toda la crisis de la Revolución del 30. Desde el punto de vista histórico, se suicidó como alternativa política posrevolucionaria, aunque al estudiar aquellos hechos hay que apreciar su acción y su influencia, y el curso del desgaste que sufrió. En esos años Guiteras supo comprender el peligro de que esta nueva organización de origen antimachadista concurreniera a la formación de un nuevo bloque reaccionario; por eso fue siempre antiabecedario, en todas las circunstancias diversas de la política desde aquel verano del 33 hasta su muerte.

Los mediacionistas hicieron gestiones para desactivar la violencia revolucionaria, como parte de la política de Welles. A sus ojos, Guiteras, profesional joven de apellido viejo y distinguido, que ha tenido relaciones con viejos políticos, pudiera entender llegado el momento de poner en la balanza sus méritos de combatiente audaz para obtener un lugar en la mesa de la Mediación y en el reparto de poder que seguirá a la salida de Machado. Pero en una revolución cada individuo se determina por su actitud y su actuación, no por su origen social ni sus creencias previas. Activista estudiantil, conspirador, alzado o jefe de una organización de acción, lo que le da continuidad y sentido a la actuación de este hombre es su ideal revolucionario: antiimperialismo radical unido al objetivo de cambiar el destino de los humildes de Cuba. La consecuencia y la firmeza, las experiencias y el análisis, lo han ido madurando, pero es obvio que sus características personales fueron el elemento imprescindible para que esa maduración se produjera. Tres veces trataron de convencer al que ahora era un dirigente rebelde de Oriente, armado y puesta a precio su cabeza. Sus negativas lacónicas formaban parte de la leyenda guiterista cuando yo era un niño. El tercer emisario fue un miembro de la Célula Directriz del ABC, al que escuchó durante tres horas, y le contestó

con una sola frase: “hay que saber encontrar el camino del honor y seguirlo, aunque nos cueste la vida” (Guiteras; citado en Tabares, 1973: 218).

El arranque y la expresión están dentro de la mejor tradición de intransigencia de nuestras revoluciones.⁶ Pero más que el metro heroico impresiona su sentido profundo: lo esencial no se negocia, vale más quedar solo momentáneamente si es preciso, pero depositario de los principios revolucionarios.

Y llegamos al cuarto aspecto. Sus prácticas, sus análisis de la situación cubana y los estudios de otras experiencias y de la teoría revolucionaria marxista llevaron a Guiteras a la convicción de que la liberación efectiva de la nación cubana solo podría alcanzarse mediante la revolución socialista. Este hombre singular, decidido y temible en la acción, leía incansablemente, estudiaba a Lenin, Ramiro Guerra, Jaurés, Bujarin, Emilio Roig, John Reed, las Constituciones mexicana y soviética y el proceso de la URSS, mantenía una sólida relación con un líder comunista oriental y seguía con pasión la lucha de Sandino. Pero las

lecturas han sido el alimento de una entrega personal y una convicción expresadas en su práctica vital. El jovencito estudiante escogió ser antiimperialista y antimachadista, el joven doctor prefirió olvidar la Endocrinología y no llegar a tener su farmacia; el preso político es enfermero y asistente social de humildes; el clandestino “Marcos” no mira más a los doctores y antiguos coroneles que lo halagan sino a los militantes abnegados que lo acompañan y lo siguen⁷ y a la masa de los humildes entre los cuales encuentra refugio y ayuda, la masa a la que hay que infundir autoconfianza y movilizar, para que su conciencia y su actuación pongan al alcance de Cuba el socialismo.

Guiteras es ya un revolucionario formado. Su rumbo está decidido: la lucha armada, desatar la revolución contra el imperialismo y la burguesía, por la causa del socialismo. Piensa que la revolución es posible, y entiende que ella debe sujetarse a etapas imprescindibles que garantizarán su viabilidad. Al analizar su vida y su época hay que concluir, además de lo que con justicia se dice de

6 Uno recuerda a Fidel, todavía lejana la victoria, rechazando desde la Sierra un pacto que ponía en riesgo los principios: “Que para caer con dignidad no hace falta compañía”.

7 “[...] porque la verdad que era la guía de nosotros. Lo queríamos con idolatría por lo sencillo, por lo natural. Porque en todo su sentido se veía un compañero nuestro, dispuesto a lo que fuera” (Entrevista a William Sánchez, 1970: 272).

él, que Antonio Guiteras es uno de los iniciadores del comunismo en Cuba, que su actuación y sus ideas políticas forman parte de la tradición cubana de pensamiento y luchas por la revolución socialista de liberación nacional.

Guiteras se mantiene vigilante del curso de la política nacional, pero al revés que otros opositoristas, redobla su esfuerzo para la lucha armada; prepara una nueva fase en Oriente, a partir de asaltar el cuartel de Bayamo y establecer una guerrilla rural. La guerra es política, por eso denomina al proyecto “Plan de Bayamo, contra la Mediación”. Entonces cae la dictadura, el 12 de agosto, entre la crisis del apoyo militar al régimen y la imposición por Welles de un títere en la presidencia, por un lado, y por otro la huelga general y la furia del pueblo desatado. Toni se traslada de inmediato a Santiago y proclama allí ante el pueblo su repudio total al nuevo régimen y al imperialismo –un acto cuya honda trascendencia política muchos no entendieron–, declarando que permanecerá en rebelión armada hasta que el gobierno derechista sea sustituido por un poder revolucionario. En las tres semanas febriles que siguieron, el viejo orden que había estado vigente más de 30 años se siguió descomponiendo, ahora con gran celeridad. Reitero mi imposibilidad de tratar aquí siquiera someramente el proceso histórico,

solo anoto que con la crisis revolucionaria se abrió un período fundamental de cambios de la primera mitad de este siglo en Cuba.

La actividad política de Guiteras se multiplicó en esas semanas, en Oriente y en un viaje que hizo a La Habana. Aquí se relacionó con Sergio Carbó, habló con diversos factores opuestos al gobierno y conoció algunos nuevos actores que pronto compartirían con él el drama que se acercaba. Al regreso explicó a sus partidarios y a otros revolucionarios orientales la endeblez real del nuevo gobierno, los intentos reaccionarios de Menocal y el ABC, y la necesidad de la revolución. En medio de la enorme actividad de esos días y de la desobediencia generalizada al orden, “Revolucionarios de Cuba” –nuevo nombre de su organización desde el 31 de agosto– exigía sanciones penales y la expropiación de los machadistas, abolición de la Enmienda Platt, reforma de la Constitución, elecciones generales e inicio de una política socialista. Caracteriza al bloque dominante de politicastros, comerciantes, grandes bancos y empresas extranjeras “cuya cabeza es Wall Street [...] enriquecimiento de una minoría cuya principal misión será dar satisfacción a los intereses extranjeros [...] predominio capitalista con la consiguiente expoliación del proletariado [...] depauperación de la gran masa del pueblo de Cuba” (Guiteras; citado

en Tabares, 1973: 230). Pero todo indica que la palabra va a ceder el lugar a los hechos trascendentales, aunque no se sepa cómo. De pronto, el lunes 4, como es tan usual en los momentos que después serán históricos, sucede lo imprevisto: las clases y soldados de un ejército de casta en crisis deponen a sus oficiales, llaman a los anti-njerencistas a gobernar y dan un golpe mortal a la primera república.

“Paso a la revolución auténtica” es la consigna del día. En realidad, el gobierno cae sin resistir, la institución militar queda en manos de desconocidos “de abajo”, la situación se le va de las manos a Welles y el imperio contrariado amenaza con sus barcos de guerra; el aparato represivo del Estado burgués y la economía del país están en su peor momento de lo que va del siglo, las huelgas arrecian, los azucareros ocupan centrales, el empleo, los salarios, el nivel de vida se han desplomado, y la violencia crece. El triunfo político de los opuestos al entreguismo no trae unidad ni concertación entre ellos alrededor del antiimperialismo; la gran protesta social y el movimiento político principal quedan enfrentados. Las fidelidades, creencias y prejuicios de organizaciones, personalidades y militantes los dejan por debajo de las potencialidades subversivas del movimiento de las masas. El 10 de septiembre la Comisión Ejecutiva (pentarquía) dio

paso a un gobierno presidido por uno de ellos, el profesor de fisiología Ramón Grau San Martín; la decisión la tomó el Directorio Estudiantil Universitario, organización que dio su apoyo al golpe de los sargentos. Se designó un gabinete. El revolucionario José M. Irisarri –que había conocido a Guiteras pocos días antes– lo propuso para Gobernación, un cargo importante, y Carbó lo apoyó. Le avisaron a través del cuartel Moncada, y Toni aceptó. Aquel domingo Grau, que había tenido una posición cívica frente a Machado, se negó a jurar el cargo sobre la Constitución de 1901, que contenía además la Enmienda Platt; sacó el brazo por el balcón y juró por el pueblo congregado abajo.

2. GUITERAS Y LA REVOLUCIÓN

“Es indudable que la revolución nos aleccionará, y que aleccionará a las masas populares. Ahora bien, para el partido político en lucha la cuestión consiste en ver si sabremos enseñarle algo a la revolución” (Lenin: 1961 [1905]).

Es indiscutible que Guiteras no alcanzó súbitamente un papel protagónico nacional por el azar afortunado de haber sido designado

Secretario de Gobernación –era con mucho el ministro más joven– en uno de esos raros momentos en que escasean los candidatos al formarse un Gabinete. Ese cargo fue un reconocimiento al gran prestigio personal que gozaba y al papel jugado por Oriente en la lucha antimachadista; también era una necesidad para un nuevo gobierno que a pesar de surgir de una coyuntura muy compleja y en el que participaban fuerzas muy disímiles, pretendía brindar un cauce revolucionario a la enorme insurrección popular del segundo semestre de 1933.

En estos veinte últimos meses de su vida –cuatro en el gobierno y dieciséis en la clandestinidad– Guiteras alcanzó un lugar cimero en el campo revolucionario. Había puesto sin reservas sus cualidades personales en la fragua de la revolución, desde sus primeras experiencias, asumido la ideología antiimperialista en su variante más radical y la idea del socialismo como meta de la revolución verdadera. Había practicado consecuentemente la lucha armada como vía para lograr la insurrección popular y la toma del poder político, trabajando siempre entre el pueblo, en un medio que lo influía y lo entrenaba como dirigente. Guiteras era, obviamente, un producto de la Revolución del 30. Ahora se lanzó a transformarla, o para decirlo más exactamente, a convertirla en una

revolución socialista de liberación. No pudo triunfar, su vida se truncó cuando estaba en la primera fase de esa tarea: su destino fue sembrar y señalar la ruta.

La revolución social desencadenada en Cuba en aquellos años fue la explosión popular frente a los crímenes y los abusos de todo tipo, la miseria, la crisis económica, la frustración de la república. Los activistas, los mártires y los líderes fueron sus detonadores o actores –muchos de ellos abnegados y heroicos– y el pueblo los exaltó; pero nunca constituyeron una dirección unida, o por lo menos coordinada, que pudiera conducir las rebeldías populares. Varios de ellos llegaron a ser líderes de una fracción, o de un momento del proceso, pero el hecho histórico es que no se produjo la coincidencia de la crisis revolucionaria y la organización revolucionaria en condiciones de canalizarla hacia el triunfo y la realización de la liberación nacional. No puedo analizar aquí, ni siquiera someramente, las líneas fundamentales del período que va de agosto de 1933 a mayo de 1935. Me limitaré a comentar elementos fundamentales del pensamiento y de la actuación mediante los cuales Guiteras intentó conducir la situación hacia un triunfo revolucionario.

“Un estudio somero de la situación político económica de Cuba nos había llevado a la

conclusión de que un movimiento que no fuese antiimperialista en Cuba, no era revolución, pues sus intereses eran incompatibles”, explica Guiteras (1968a [1934]: 202-205) en el breve artículo “Septembrismo”, uno de los textos más lúcidos y profundos producidos durante la Revolución del 30. Siguiendo ese principio central había usado su cargo oficial como un ariete contra los intereses y las posiciones del imperialismo en Cuba –a los cuales golpeó todo cuanto pudo– y en una defensa activa de los trabajadores y de la población humilde del país. Aunque personalmente se ubicaba en la extrema izquierda, consintió en formar parte de un gobierno en el que había moderados, desorientados e incluso conservadores, buscando hacer avanzar la fuerza de la revolución mediante prácticas radicales que involucraran a masas y potenciaran la fuerza de las ideas revolucionarias entre esas masas. El desarrollo de una nueva conciencia política haría factible al pueblo emprender el camino de una revolución más profunda, contra el imperialismo y el capitalismo.

Guiteras combatió enérgicamente los sangrientos intentos contrarrevolucionarios, fue el conductor de la pequeña ala radical dentro del equipo de gobierno de Grau, intentó de manera activa pero infructuosa avanzar hacia una

unidad de la izquierda, fue un duro opositor de las acciones represivas contra los trabajadores y se enfrentó a la progresiva claudicación de muchos miembros del gobierno y a la actitud traidora de Batista; se le sumó Guerra y Marina desde el 25 de octubre, pero además desempeñó muchas más responsabilidades que las que le correspondían, protagonizó polémicas y fue una figura muy atendida por los medios de comunicación. Toni hizo más enérgica y radical su actuación en los dos últimos meses y medio: tomó medidas muy radicales, hizo propuestas de corte más anticapitalistas, intentó dar más fuerza militar al sector revolucionario, chocó con los traidores en ciernes, trató de ampliar su fuerza en el gobierno y fue prácticamente un primer ministro en la fase final, sin dejar de combinar la atracción y la crítica con los moderados. Y lo principal: a través de decretos, órdenes, nombramientos, gestiones, nuevas agrupaciones, agitación, entrevistas, cumplió en aquellos cuatro meses el objetivo principal que se trazó, con una actividad sistemática y en una diversidad de frentes que resultan asombrosos.

Cuando el 15 de enero de 1934 la línea contrarrevolucionaria se impuso y el Gobierno fue depuesto, Guiteras fue el líder político que se opuso con energía en la Junta Revolucionaria de Columbia, trató de sublevar a una parte de

las fuerzas armadas y de desatar una huelga general. Ante el fracaso no se desalentó ni se desorientó. El dirigente anticapitalista dejó bien claras su posición y los fines de la lucha:

Me responsabilicé con el Ejército en el movimiento del 4 de Septiembre por entender que había llegado el momento de imponer un programa *mínimum* que de un modo lento nos pusiese en condiciones de afrontar en un futuro no lejano la inmensa tarea de la Revolución Social, que a pesar de todas las dificultades, de todas las resistencias, se avecina, rompiendo todas las barreras que la burguesía ha levantado para impedir su paso.

Ent(end)iendo que el Gobierno cumplía, a pesar de todas las dificultades, este programa *mínimum*, lo defendí. Actualmente estoy en la oposición, y lucharé por el restablecimiento de un Gobierno donde los derechos de los Obreros y Campesinos estén por encima de los deseos de lucro de los Capitalistas Nacionales y extranjeros (Guiteras, 1970 [1934]: 283-284).⁸

8 Ver una valoración muy interesante de Guiteras en 1935 sobre el gobierno de sept. 1933 - enero 1934 en "Cómo pensaba el político cubano Dr. Guiteras" (*El Nacional*, 1970 [1935]: 296-297).

De nuevo en la clandestinidad, sacó el provecho que pudo a la situación creada en el país por la crisis revolucionaria, y al prestigio y lugar que ya tenía en la sociedad cubana. Con antiguos y nuevos compañeros nucleó organismos clandestinos que llevaron a cabo una estrategia de respaldar y estimular la protesta popular con acciones armadas de guerrilla urbana, coleccionar fondos con ayuda de confiscaciones e incluso secuestros, reclutar, preparar y sostener militantes, comprar y ocupar armas, con vista a una insurrección armada que se articulara con una desobediencia masiva que pudiese desembocar en huelga general revolucionaria. Pero nada más lejos de esa estrategia que una visión militarista y ajena a la lucha de ideas y de masas.

En aquellos dieciséis meses, Guiteras y sus compañeros se mantuvieron siempre atentos a todos los hechos políticos y sociales de alguna relevancia, actuando o haciendo conocer sus criterios frente a ellos. Guiteras emprendió gestiones o intercambio de puntos de vista con numerosos sectores, o atendió a la iniciativa de otros, e impulsó la divulgación de las ideas revolucionarias y de informaciones independientes. *Joven Cuba*, la nueva organización revolucionaria guiterista creada en mayo de 1934, le otorgó a la lucha de ideas una gran importancia. En

octubre su Comité Central lanzó al público un programa⁹ que es uno de los hitos intelectuales de la Revolución del 30. Allí se declara expresamente que a pesar de contar con elementos propios suficientes, Cuba no es todavía una nación, porque carece de “unidad funcional de su economía”, porque está “supeditada al capital extranjero”. Pero aquella no se logrará si el trabajo no gobierna a la economía, por lo que la idea central de *Joven Cuba* es que “para que la ordenación orgánica de Cuba en Nación alcance estabilidad, precisa que el Estado cubano se estructure conforme a los postulados del Socialismo. Mientras, Cuba estará abierta a la voracidad del imperialismo financiero”. A continuación, hace una reflexión marxista muy notable acerca de las dificultades y la necesidad de racionalidad socialista, de etapas e incluso de rectificaciones que exigirá el complejo de transformaciones de las “realidades histórico económicas” y las “realidades espirituales” para alcanzar el socialismo. “Perseguiamos el acierto histórico, no el forzamiento antihistórico”, dice. No me es posible hacer aquí ni una somera glosa del “Programa”, por lo que me limito a sugerir su lectura completa.

9 “Programa de *Joven Cuba*” (1968b [1935]: 207- 220).

Los ideales y la concepción de la revolución de Guiteras no han cambiado, pero las extraordinarias experiencias vividas se expresan en la madurez de sus ideas y de su intento revolucionario. Se da cuenta de la lección que hay que sacar de las jornadas revolucionarias de desobediencia masiva y prolongada a la dominación: “mostró un mundo de posibilidad al pueblo de Cuba [...] Esa fase de nuestra Historia es la génesis de la revolución que se prepara, que no constituirá un movimiento político con más o menos disparos de cañón, sino una profunda transformación de nuestra estructura económico-político-social” (1968a [1934]: 287). Para ese evento histórico es imprescindible preparar una organización de nuevo tipo, con muy fuerte unidad política e ideológica que identifique a sus miembros y les permita ser conductores: “[...] una minoría penetrada de sus principios, con plena conciencia revolucionaria. La conciencia antiimperialista solo puede ser completamente formada desde el poder a través de una política de reivindicaciones nacionales”.¹⁰

10 “Cómo pensaba el político cubano Dr. Guiteras” (El Nacional, 1970 [1935]: 290).

La unidad entre las diferentes fuerzas de izquierda fue una preocupación política constante de Guiteras. Ante todo, con el Partido Comunista y con las organizaciones obreras que este orientaba; Guiteras tuvo una actitud muy positiva y dio numerosos pasos en esa dirección, pero nunca pudo lograrse la unidad, o al menos algún acercamiento. Numerosos actores de los hechos de aquellos años han expuesto sus criterios sobre esa cuestión,¹¹ y también se cuenta ya con trabajos de investigadores del período.¹² Sin dudas esa situación fue un factor de debilidad de las fuerzas populares frente a sus poderosos enemigos; el analista de hoy, sin embargo, debe considerar que el complejo de creencias, prejuicios y pasiones de los participantes en aquellos hechos históricos es una de las realidades que integraron entonces lo que hoy es una materia de estudio.

La coordinación o pacto con el naciente Partido Revolucionario Cubano (los “auténticos”) hubiera sido muy conveniente, por el sector opositor que iba integrando, y

porque no le faltaban cuadros honestos y con experiencias de lucha. Pero este partido nuevo –en el sentido de que venía del propio proceso revolucionario y era él mismo un síntoma de la necesidad de una nueva época política– que después llegó a tener la mayor influencia política de masas en el país, ya tenía desde el inicio en su dirección máxima las nocivas tendencias al electoralismo, la exclusión de la vía revolucionaria, un nacionalismo anticomunista, la politiquería, la demagogia y el control excesivo del líder carismático. Guiteras se vio obligado a polemizar alguna vez con el PRC, en la medida en que sus defectos podían ser manipulados por la dictadura y confundir, pero evitó la práctica de hacer ataques públicos a los “auténticos”, que hubiera contribuido a debilitar a la oposición a la dictadura. Años después se construirá un mito “auténtico” con las medidas radicales impulsadas por Guiteras durante el gobierno “de los cien días” de 1933; pero en la lucha real de 1934-35 las posiciones de unos y otros eran muy lejanas. Cuando Grau San Martín quiso entrevistarse con Guiteras poco antes de la Huelga de Marzo, *Joven Cuba* acordó que una Comisión visitara a Grau. Guiteras orientó que le ratificaran la línea de la organización, su independencia respecto a las demás y sus objetivos, y la vigencia del “acuerdo primitivo” del

11 El movimiento comunista internacional también se ocupó del tema. Ver, por ejemplo “Por el frente único nacional en Cuba (Carta desde París)” (*L'Internationale Communiste*, s/f [1935] 48-67).

12 Ver: Tabares (1973: 280-87), sobre todo el acápite 4.2.

Comité Central: “imponer un programa revolucionario desde el poder por medio de la dictadura” (Guiteras, 1970 [1935]: 296).

Guiteras mantuvo una política consecuente de atracción hacia la gama de personas honestas provenientes de sectores revolucionarios antimachadistas o fruto de los acontecimientos recientes que buscaban un lugar satisfactorio en que luchar. Los que ingresaron a *Joven Cuba* encontraron tareas y responsabilidades en sus Comisiones de Acción, Insurreccional, Obrera, Estudiantil, Femenina, Propaganda; el propio Comité Central fue utilizado para atraer y reconocer a ciertas personalidades.¹³ La organización llegó a tener miles de miembros, y estructuras a escala nacional. La legión de combatientes fieles de *Joven Cuba*, los “guiteristas”, peleó abnegadamente y enfrentó la represión; después muchos de ellos formaron parte del enorme contingente internacionalista cubano –más de mil combatientes– que participó en la Guerra de España.¹⁴ El guiterismo

se incorporó a las tradiciones combativas del pueblo cubano, convirtiéndose en uno de sus símbolos más allá de las especificidades que tuvo cuando era una organización y una posición actuante.

Cuando cayó combatiendo en El Morrillo, el 8 de mayo de 1935, Guiteras se dirigió a México a asumir el mando de una expedición que comenzaba a organizarse, y cuyo desembarco en Oriente debía simultanearse con ataques a numerosos cuarteles del país; al generalizarse la insurrección se lanzaría la consigna de huelga general y se apoyaría y armaría progresivamente a las masas. La organización revolucionaria debía asumir el papel de vanguardia impulsora y organizadora de esa insurrección generalizada, conducir al pueblo en la lucha y organizar el nuevo poder.

Sin embargo, *Joven Cuba* no logró sobrevivir a su líder. ¿Era demasiado temprano históricamente para los proyectos y los intentos de Antonio Guiteras? Un año después de la toma

13 Ver Tabares (1973, 435-439).

14 Comunistas y guiteristas unidos, entre otros cubanos, pelearon en las Brigadas Internacionales y en el Ejército Republicano. Fue el caso del Comité de Revolucionarios Antiimperialistas Cubanos, que peleó al inicio, en el Cuartel de La Montaña, o el de la unidad mi-

litar Centuria Guiteras, formada a partir del Club “Julio Antonio Mella” de Nueva York, que fue a España como parte del Batallón “Abraham Lincoln”. En la batalla de Jarama (febrero de 1937) cayeron su jefe, el Tte. Cnel. Rodolfo de Armas, miembro del CC de *Joven Cuba*, y otros cubanos.

del cuartel de San Luis, dos de sus protagonistas se habían definido como “auténtico” y mendietista respectivamente; el segundo alabaría a S. Welles en 1947, en un artículo conmemorativo de aquel alzamiento de abril de 1933 que Guiteras organizó y desató contra Machado, pero también contra la inminente Mediación. Es probable que el desarrollo ideológico profundo y coherente fuera todavía incipiente en la nueva organización guiterista cuando su dirigente máximo cayó.

Es indiscutible que los modos de hacer política y de sentirla que se generalizaron en la primera república pesaron duramente sobre los intentos liberadores durante la Revolución del 30. La neutralización de la ideología mambisa, el neocolonialismo y la gran corrupción y el autoritarismo de la política de la república burguesa produjeron colonialismo mental y subdesarrollo de la conciencia política. En términos históricos el caudillismo había perdido mucho de su base desde antes de la conmoción revolucionaria, pero en términos vivenciales mucha gente sentía todavía la necesidad de ser “de alguien” –por ejemplo menocalista, o mendietista– en esos años treinta. Ser revolucionario implicaba –ha implicado siempre– pensarlo todo de nuevo y con una visión nueva, pero a escala de masas la rebelión sucedió sin que una visión

nueva y nuevas ideas tuvieran arraigo y extensión masivas. La misma violencia revolucionaria –partera de la historia– derrochó audacia y sacrificios, pero careció de una articulación instrumental y permanente al servicio de una política revolucionaria orgánica y eficaz.

A pesar de esas duras realidades, el esfuerzo revolucionario de los años 30 aportó a Cuba logros extraordinarios. Se acabó la resignación ante la tutela extranjera y la falta de autoconfianza nacional que enfermaba al nacionalismo cubano; el antiimperialismo llegó a influir a la población. La antigua política de la primera república neocolonial fue barrida, las instituciones tuvieron que ser renovadas y crearse otras nuevas, y la ciudadanía adquirió más facultades y más conciencia. La conciencia y los movimientos de trabajadores dieron un inmenso salto hacia adelante, sus organizaciones fueron muy abarcadoras, legalizadas y fuertes, y el sistema tuvo que reconocer esas realidades en los terrenos legal, de los órganos y el funcionamiento del Estado, político, social y de distribución de la renta. Esos logros –y otros– fueron plasmados en un nuevo orden constitucional y legal, y en grandes cambios en una parte de las relaciones sociales, en los sistemas de formación y de reproducción de las ideas y en la conciencia social. Las experiencias de

protesta social y rebeldías políticas, y de las ideas asociadas a ellas, generaron avances sumamente notables de la cultura nacional. Otra vez Cuba afirmó su identidad en las luchas por cambios profundos en busca de libertad y de justicia social, ahora más dentro de las ideas y movimientos que alcanzaban escala mundial, y otra vez las nociones de tarea incumplida y de proyectos por realizar quedaron en la base de las percepciones del destino de la nación.

Insisto en que no confundamos, sin embargo, lo que se vivía en aquellos años con los análisis que hacemos hoy para tratar de dilucidar el evento histórico. Hasta el más poderoso, organizado y experimentado participante político en la crisis cubana –el gobierno de los Estados Unidos– debe haberse asombrado seguramente del grado en que llegó a perder control en aquella pequeña nación que había llegado a dominar tan a fondo, y de las dificultades formidables que confrontaba el restablecimiento del orden. Esos aprietos deben haber jugado un papel no pequeño en las decisiones que lo llevaron a ciertos cambios y a una renovación de las relaciones neocoloniales, motivaciones que no suele ver el tipo de analista formado para creer que se trata simplemente de elecciones racionales.

Fulgencio Batista resultó ser el más hábil y eficaz contrarrevolucionario de la época. En 1934-35 pugnaba en varios frentes a la vez. Debía reorganizar en su provecho y en el de las clases dominantes el aparato represivo, descompuesto hasta sus cimientos por los sucesos revolucionarios y por el gran motín de soldados del cual él mismo había surgido; asegurar al embajador y a los círculos dominantes de Estados Unidos que solo él sería la carta de triunfo para sus intereses; reprimir a sangre y fuego la protesta social y la actividad subversiva a la vez que maniobrar e intrigar para debilitar a ambas y para dividir y apaciguar a la oposición; utilizar a los políticos conservadores disponibles en vez de ser utilizado por ellos y unirlos a nuevos políticos dispuestos, para formar con ellos un bloque de la reacción. Tales eran las cuatro tareas principales de este miserable nada común.¹⁵

Batista había reconocido la peligrosidad de Guiteras desde el otoño de 1933, cuando aprendía a ser jefe del ejército y personalidad pública, y se ofrecía a Welles. Ya dictador en

15 “[...] La mejor cabeza de la reacción en Cuba”, lo llamó tempranamente Pablo de la Torriente, el 29 de marzo de 1935, en un texto que lo retrata con agudeza y brillantez (De la Torriente, 1973: 311-314).

enero, ensayó a comprarlo o neutralizarlo (gestión de Justo Luis del Pozo), para perderle el miedo. Ante el rechazo y el desafío, hizo que sus fuerzas lo combatieran, pero no se atrevió a asesinarlo hasta después de que fue aplastada la última gran jornada de rebeldía popular, la Huelga de Marzo, cuando casi había asegurado el cumplimiento de sus tareas principales. Todavía autorizó la gestión del Teniente Coronel Galíndez, que se entrevistó con Guiteras dos días antes de El Morrillo y le propuso sin éxito pactar con el régimen; Galíndez le pidió que no intentara salir del país, lo que evidencia que conocía el plan de Guiteras (Galíndez se refirió a esto con pesar ante los prisioneros de El Morrillo poco después de la tragedia, llenando de ira y asombro al traidor capitán Carmelo González).

Esa actuación de Batista es un buen ejemplo del gran prestigio y la fuerza moral que tuvo Guiteras, ya que no hay razón válida para sospecharle la menor generosidad al dictador, y sí interés en obtener el triunfo de la pacificación del país que lo ratificara en el mando. Informaciones y testimonios confirman el respeto y la admiración que en general concitaban la intransigencia combativa, el valor personal, la cultura y la profundidad y proyecciones revolucionarias de los análisis sociales del “doctor

Guiteras”, como le llamaban todos entonces, a pesar del tipo de actividades en que estaba inmerso.¹⁶ Pero esos valores suyos no habían fructificado todavía en un reconocimiento general dentro del campo revolucionario que pudiera tener efectos decisivos.

En todo caso, al morir a los 28 años de edad en 1935 Antonio Guiteras estaba ya formado para el liderazgo y era sin duda alguna el más destacado dirigente de la revolución. La posibilidad de nuevos acontecimientos (por ejemplo, la expedición desde México), nuevas circunstancias favorecedoras de la unidad entre los revolucionarios que surgieron poco después de su caída, hubieran podido adelantar su camino. Pero su trayectoria se truncó demasiado temprano. Su última imagen de muerto en combate –envuelto en sangre y tierra en la foto terrible del necrocomio– le aseguró sin embargo otro lugar: el de símbolo de la fundación de la moderna revolución de liberación en Cuba

16 Sorprendido solo en una casa del Vedado el 8 de agosto de 1934, Toni se lanzó por una alta ventana a un solar, pero se fracturó los tobillos. Aun así, caminó una cuadra, hasta ser detenido. “Uno quiere matarle pero otros dicen ‘A Guiteras no se le mata’, sintiendo respeto por la vida del hombre superior que en la imaginación toma proporciones de leyenda” (Guiteras, 1960: 14).

y el de índice que señalaba su camino. En lo personal, esa firma final ratificó la decisión que le había expresado a un grupo de políticos tradicionales que festejaban la caída del machadato: “Ustedes terminaron la lucha. Yo empiezo ahora”.

Guiteras permaneció como una herencia yacente durante el plazo de una generación. Era una fuerza histórica de la revolución socialista de liberación nacional en Cuba, pero sería erróneo creer que toda fuerza histórica tiene decretada su aplicación práctica. Esa fatalidad feliz no existe. Roto su mecanismo vital –su propia vida y la vida que le daba la Revolución del 30– le tocaron a Guiteras los destinos habituales: ante todo el olvido, pero también el uso espurio y el oscurecimiento de las razones de su acción y de su vida.

La insurrección popular desencadenada por Fidel Castro y sus compañeros a partir del “motor pequeño” del Moncada levantó otra vez a Guiteras y lo puso en marcha. La violencia popular organizada e identificada ideológicamente, la dictadura revolucionaria como vehículo idóneo para realizar el proyecto liberador y socialista, el logro de la unidad de los revolucionarios y del pueblo alrededor de los ideales, de la organización y del líder, se pusieron a la orden del día. Fue necesario

el triunfo de las ideas más revolucionarias a través del proceso práctico de la revolución, para que pudiera emerger, como un fruto más del proceso, la asunción de la estatura completa de Antonio Guiteras.

BIBLIOGRAFÍA

- Cabrera, O. 1974 *Guiteras, la época, el hombre* (La Habana: Instituto Cubano del Libro).
- De la Torriente, P. 1973 *Pablo. Páginas escogidas* (La Habana: Impresora Universitaria. Col. Hombres de la Revolución).
- El Nacional 1970 [1935] “Cómo pensaba el político cubano Dr. Guiteras” en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 39: 296-297, Edición especial, abril [Reproducido de *El Nacional* (México DF), 13 de mayo].
- “Entrevista a William Sánchez” 1970 en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 39: 272, Edición especial, abril.
- Guiteras Holmes, A. 1968 [1934] “Septembrismo” en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 16, mayo [Reproducido de *Bohemia*, 1° de abril].

- Guiteras Holmes, A. 1970 [1934] “Declaraciones” en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 39, Edición especial, abril [Reproducido de *Luz* (La Habana), 20 de enero].
- Guiteras Holmes, A. 1970 [1935] “Carta a Pedro Pablo Torrado, 2 de marzo” en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 39: 296, Edición especial, abril [Reproducido del fragmento conservado por Calixta Guiteras].
- Guiteras Holmes, C. 1960 *Biografía de Antonio Guiteras (folleto)* (La Habana: Dpto. de Educación de la Administración Municipal).
- Joven Cuba 1968 [1934] “Programa de Joven Cuba” en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 16: 207-220, mayo [Reproducido de *Ahora* (La Habana), 24 de octubre].
- L'Internationale Communiste s/f [1935] “Por el frente único nacional en Cuba (Carta desde París)” en *Internacional Comunista Páginas de historia contemporánea, Vol. 1a* (Mayenne: Ed. SUDAM) [Reproducido de *L'Internationale Communiste*, N° 5, mayo].
- Lenin, V. I. 1961 [1905] “Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática” en Lenin, V. I. *Obras escogidas* (Moscú: Editorial en Lenguas Extranjeras) Vol. 1.
- Tabares del Real, J. A. 1973 *Guiteras* (La Habana: Editorial Ciencias Sociales / ICL).

GUITERAS Y EL SOCIALISMO CUBANO*

“Me responsabilicé con el Ejército en el movimiento del 4 de Septiembre por entender que había llegado el momento de imponer un programa mínimo que de un modo lento nos pusiese en condiciones de afrontar en un futuro no lejano la inmensa tarea de la Revolución Social, que a pesar de todas las dificultades, de todas las resistencias, se avecina, rompiendo todas las barreras que la burguesía ha levantado para impedir su paso. [...] Actualmente estoy en la oposición y lucharé por el restablecimiento de un Gobierno donde los derechos de los Obreros y Campesinos estén por encima de los deseos de lucro de los Capitalistas Nacionales y extranjeros” (Guiteras Holmes, 1970 [1934]).

* Escrito en La Habana, 18 de noviembre de 2006. Publicado primero en: Martínez Heredia, F. 2007 *Guiteras 100 años* (Santiago de Cuba: Ed. Oriente) pp. 189-258 y, posteriormente, esta versión revisada y ampliada en: Martínez Heredia, F. 2012 *La Revolución cubana del 30. Ensayos* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales / Ruth Casa editorial) pp. 38-199.

¿Quién es el hombre que publica estas palabras tan desafiantes, tan pocos días después de haber sido derrotado? Porque en menos de una semana todo se ha venido abajo: su posición ha sido vencida en los distritos militares y la Junta Revolucionaria de Columbia, el presidente y el gabinete de gobierno del cual era ministro han sido destituidos, sus intentos de resistencia militar y de huelga general han fracasado. ¿Quién es este hombre tan enérgico que después de 6 meses de gigantescas acciones populares y enfrentamientos tan violentos habla ahora de una revolución social, en la que los obreros y los campesinos vencerán a la burguesía y el imperialismo? Porque en esos días el gran elector es el embajador de Estados Unidos, y en La Habana están escogiendo a los ministros de un gobierno que se autotitula “de Concentración Nacional”, los que acompañarán a un viejo coronel de la Guerra de Independencia, devenido hacendado azucarero y politiquero liberal y “nacionalista”.

En aquel momento Antonio Guiteras Holmes era muy conocido y gozaba de un prestigio enorme. En los 16 meses siguientes –hasta su muerte en mayo de 1935– su nombre estuvo en el centro de los acontecimientos cubanos. A pesar de los grandes esfuerzos desplegados por otros rebeldes y opositores a la dictadura establecida a partir de enero de 1934, en la historia de Cuba la Huelga de Marzo de 1935 y la muerte de Guiteras han quedado establecidos como el final de la que llamamos Revolución del 30, la tercera de las revoluciones cubanas.¹ Después de aquel desenlace debía comenzar la posteridad de Antonio Guiteras.

La posteridad de las grandes personalidades políticas suele ser difícil, pero la de Guiteras lo ha sido en grado sumo. Diferentes hechos y motivaciones se combinaron para que su lugar en nuestra historia fuera disminuido, y la comprensión de su actuación y su proyecto abandonados. Sin embargo, el peso de su herencia yacente era inmenso, y las ideas y las acciones revolucionarias invocaron a Guiteras durante la época que siguió a su muerte. La revolución iniciada en 1953 lo levantó como uno de

sus referentes principales, Fidel le habló con emoción a Guiteras en la Plaza el 8 de mayo de 1959 y la Cuba liberada y socialista honró su memoria.²

Pero otras circunstancias convirtieron la posteridad de Guiteras en un campo de conflicto. En el fondo se ventilaban las fuentes de la legitimidad del proceso cubano: si era el cumplimiento de supuestas leyes generales de la historia –con sus toleradas “particularidades” o “condiciones concretas”–, o se trataba de una historia de luchas nacionales y de clases que había acumulado sus fuerzas propias, y triunfado al fin mediante una revolución socialista de liberación nacional. Si era lo primero, el

1 He dado cuenta de una parte de aquellos esfuerzos posteriores a mayo de 1935 en *Pensamiento Crítico* (1970: 306-321, 327-357).

2 En su manifiesto *A la nación*, los asaltantes al Moncada asumían los ideales de Martí y “los Programas Revolucionarios de la Joven Cuba, ABC Radical y el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos)”. Durante la guerra revolucionaria la columna 9 del Ejército Rebelde se llamó “Antonio Guiteras”. “Todos se acercaban a mí a recordarme que era el 8 de mayo [...] porque quiso lo que nosotros queremos y cayó antes de lograrlo [...] Antonio Guiteras: por primera vez podemos conmemorar un 8 de mayo enteramente soberanos y libres” (Castro Ruz, 1959). “Apenas nacionalizada la Compañía Eléctrica, surgió [...] como una iniciativa del pueblo en general, la idea de ponerle su nombre” (Guevara, 1970: 622, T. II). El gran central azucarero “Delicias” también recibió su nombre.

socialismo cubano insurreccional de Antonio Guiteras resultaba realmente inaceptable. Como en otros aspectos de la larga confrontación de concepciones sobre la revolución en Cuba contemporánea, de la cual el pleito de la legitimidad era solo una parte, no hubo una solución definitiva de la cuestión. Guiteras fue aceptado como un destacado antiimperialista y un hombre muy valiente y austero, pero no como uno de los padres del comunismo cubano; es reconocido, hay bibliografía sobre él, pero sus aniversarios tienen celebraciones muy modestas y no está del todo establecido en el panteón nacional.

Fui uno de los niños y adolescentes a los que Guiteras impresionó y motivó a buscar la revolución. A lo largo de mi vida adulta he analizado sus ideas, su actuación y sus condicionamientos, tratando de elaborar y divulgar una interpretación fundada y justa de su persona y su lugar en nuestra historia. En 1974 redacté un pequeño ensayo en el que exponía su actuación y sus ideas, y mis criterios acerca de él.³ Ruego tener en cuenta su contenido, porque en este texto me ocuparé solamente de un tema,

que sin embargo considero central para una valoración completa de Antonio Guiteras: la formación y desarrollo de sus ideas y su posición revolucionaria hasta inicios de 1934, y el papel que tuvo Guiteras en la formación del comunismo y la lucha por el socialismo en Cuba.

I. GUITERAS Y LA REVOLUCIÓN CUBANA DEL SIGLO XX

Antonio Guiteras estableció el nexo entre la política revolucionaria cubana anterior y la futura, es decir, entre la Revolución del 95 y la ideología mambisa radical, el tipo de gesta nacional cubano, y la insurrección del 26 de Julio y el Ejército Rebelde, con su ideología, la revolución de liberación y socialista. La voz de un protagonista de esta última, el discurso del Che en El Morrillo el 8 de mayo de 1961 –3 semanas después de Girón y de la declaración del socialismo–, es una pieza básica para registrar ese enlace. El Che afirma que la revolución socialista cubana es la realización de los ideales de Guiteras. Expone cinco rasgos de su actuación: revivió los ideales de la generación del 95, representó la lucha antiimperialista latinoamericana, fue el precursor de la lucha armada rural y guerrillera, golpeó a las grandes

³ Solo se publicó 27 años después. Ver: Martínez Heredia (2002a: 198-226). Aquel texto de 1974 era un adelanto respecto a un trabajo mucho mayor.

empresas explotadoras imperialistas y expresó la pujanza de las masas que peleaban por lograr la verdadera revolución. Y proclama: “esta es la época que Guiteras soñara vivir, este el mundo que soñara Guiteras para los cubanos” (Guevara, 1970: 620-637, T. II). A continuación, el Che profundiza en las características principales del socialismo, y en aspectos fundamentales de la estrategia revolucionaria.

En aquella etapa crucial el país entero se sentía socialista y victorioso, emprendía la alfabetización masiva, se entregaba a la ideología marxista, trataba de forjar aceleradamente un gran instrumento militar revolucionario, mientras tomaba posesión del sistema educacional y de toda la economía del país, que debía seguir funcionando en condiciones radicalmente diferentes y nuevas. La lucha de clases se mostraba –clara y dura– a los ojos de todos; coincidían o se enfrentaban la dedicación sin límites a la revolución y el éxodo desgarrador a Estados Unidos, la defensa de la Patria y la contrarrevolución. El proceso se daba un órgano político unitario que debía cumplir tareas trascendentes –las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI)–, pero este se deformaba velozmente a causa de un sectarismo que aspiraba además a la aprobación soviética. ¿Qué pretendía el Che al invocar a Guiteras en

aquella coyuntura? No tengo respuesta para esa pregunta, pero sí dos certidumbres: aquella condensación de conductas y acontecimientos ponía a la orden del día la necesidad de hacerse consientes de un socialismo cubano, y Antonio Guiteras era el símbolo histórico de ese específico socialismo.

Las fuentes fundamentales del socialismo cubano –en términos generales– fueron tres: la gran revolución popular que hizo la nación con una ideología radical y democrática, la cultura adquirida con las luchas y las ideas de justicia social y socialistas durante la república burguesa neocolonial y las ideas, los ideales y la organización de la insurrección en los años cincuenta (Martínez Heredia, 2003). Guiteras es el enlace por excelencia entre esas fuentes, por los rasgos suyos que supo sintetizar el Che y por la etapa histórica en la que le tocó actuar. Además, su socialismo era ajeno al movimiento comunista internacional, como lo fue el movimiento revolucionario que triunfó en 1959. Por todas esas razones, Guiteras podía ayudar también a la necesaria comprensión de la verdadera naturaleza y la originalidad de la revolución cubana en cuanto revolución socialista.

A los 20 años, Guiteras participó en la primera fase de un evento que entonces pareció que no tendría consecuencias: la protestas

estudiantiles de 1927 contra la Prórroga de Poderes del presidente Gerardo Machado y del Congreso nacional. Ellos extendieron sus propios mandatos de 4 a 10 años, sustituyeron el bipartidismo liberal-conservador por un “cooperativismo” y modificaron la *Constitución* de 1901. La primera república burguesa neocolonial había mantenido las constantes de liberalismo económico, gran sujeción neocolonial a Estados Unidos y un sistema político representativo bien elaborado, aunque con las usuales oscilaciones entre el respeto a los derechos y el autoritarismo. Pero el régimen machadista fue el paso abierto a una forma dictatorial de gobierno.

Pasar a la dictadura no parecía original, si recordamos las tendencias internacionales de aquellos años, pero en Cuba resultaría suicida para la legitimidad del sistema. Tampoco fue un capricho, era una opción. Al cumplirse el cuarto de siglo republicano se estaba agotando el modelo neocolonial de 1902, pese al ejercicio sin tasa del control político norteamericano. Pero a la vez era el final de siglo y medio de expansión de la exportación azucarera, toda una época histórica en la que se habían integrado el país, su economía y sus relaciones con el capitalismo mundial, pero también se formó el pueblo de Cuba, convertido en nación mediante el

radicalismo político y la guerra revolucionaria. ¿Cómo mantener sujetos y explotados, pero ahora sin bonanza ni pleno empleo, a aquellos ciudadanos que tenían una tradición heroica reciente, amor a la democracia y hasta sindicatos? ¿Cómo mantener la obediencia a los dictados norteamericanos si la economía entraba en crisis y Estados Unidos no daba salidas?

Lo anterior es una síntesis de investigaciones y análisis históricos. Pero cuando se estudian los hechos y procesos de una época determinada resulta obligatorio comprender las conductas de los participantes con arreglo a la conciencia que tenían de los hechos y procesos que estaban viviendo, a las complejas redes ideológicas que regían sus creencias, sus ideas, sus motivaciones y sus actuaciones. Aceptar esto como si fuera una simple cuestión de sentido común –“no seamos ahistóricos”, “no hay que pedir a Fulano que actuara como se actúa hoy”– no aporta nada al conocimiento. Constatarlo no es más que la premisa para investigar el campo de la realidad constituido por el mundo ideológico, tan real como el campo de los eventos fechados o medidos. Y cuando se investigan las ideas y la actuación de los protagonistas la cuestión es aún más compleja, porque ellos vivieron en el medio ideológico, la conciencia social de la que procedían, pero

tratando de subvertirlo y cambiarlo. Los más trascendentes, los grandes, son los que superaron mucho con sus propuestas de subversión y cambio la parte de adaptación que tuvieron a la conciencia y las condiciones de existencia dominantes. Ese es el caso de Antonio Guiteras.

Seis años después de 1927, cuando el 12 de agosto de 1933 cayó la tiranía machadista, el país vivía una situación revolucionaria. Podrían agruparse en tres contingentes diversos los oponentes más caracterizados de la dictadura: el sector de antiguos políticos conservadores y liberales que fue antimachadista, las organizaciones de lucha estudiantiles y las de trabajadores, el Partido Comunista y los órganos que este guiaba (Martínez Heredia, 2002b: 181). Una organización de jóvenes muy combativa, el ABC, se creó un espacio con sus bombas y atentados, pero su ideología no trascendía a la primera república, por su horizonte burgués liberal y su subordinación a la política de Estados Unidos. Desde fines de 1932 se habían multiplicado las acciones populares colectivas; el pueblo de Cuba entró en una desobediencia al orden establecido que alcanzó su *climax* aquel segundo semestre de 1933, y mantuvo su rebeldía hasta la Huelga de Marzo de 1935. La “Mediación” norteamericana iniciada en mayo de 1933 –intervencionismo antiguo del

naciente gobierno de Roosevelt frente a una situación que era nueva en Cuba– introdujo una división radical entre los que se plegaron y los que se enfrentaron a ella, que resultó positiva para la profundización de la revolución.

II. AÑOS DE FORMACIÓN Y LUCHA

Después de integrar el Directorio Estudiantil Universitario de 1927, el joven farmacéutico Antonio Guiteras tuvo que pasar a ser viajante de medicina para sostener a su familia; su apellido era muy notable socialmente, pero su situación económica era muy modesta.⁴ Sin embargo, el centro de su vida entre 1929 y 1931 será ser un activo conspirador antimachadista, especialmente en la provincia de Oriente. En esta etapa se dan en él dos actitudes más bien contradictorias: sus motivaciones políticas son la necesidad de hacer una revolución en Cuba que vaya mucho más allá de derrocar a la tiranía, en cuanto a cambios internos y contra el imperialismo, pero su actividad práctica está ligada a los viejos “políticos” menocalistas y la Junta Revolucionaria

4 Algo parecido le sucedió al joven Ernesto Guevara de la Serma en Argentina, 20 años después. Pero no sé si el Che conoció esta analogía.

de New York.⁵ Lo primero lo convierte en un revolucionario cubano típico de su generación y de la siguiente, de los que aportan sus esfuerzos, luchas y sangre a numerosas y disímiles organizaciones. En aquel momento estaban en los

5 Mendietistas y menocalistas fueron los dos núcleos principales de políticos y simpatizantes de los partidos Liberal y Conservador que se opusieron al “cooperativismo” y concurren a la formación de la Asociación Unión Nacionalista –se había prohibido formar nuevos partidos–, opositora a la Prórroga de Poderes y al machadato. Otras personalidades y gente común también se integraron a los “nacionalistas”. Carlos Mendieta Montefur era el líder liberal, y Mario García Menocal Deop el conservador. El ingeniero Menocal fue un participante destacado en la Guerra de Independencia, en la que terminó como mayor general, y un empresario muy exitoso en la República. Como político se convirtió en el líder del Partido Conservador, después de la Segunda Intervención, y en Presidente de 1913 a 1921, gracias a la reelección fraudulenta de noviembre de 1916 y la derrota del alzamiento liberal de 1917. Menocal y el mayor general José Miguel Gómez (1858-1921) protagonizaron la política cubana de la segunda década del siglo XX, pero el político matancero fue un factor importante durante el resto de la primera república burguesa neocolonial. Aunque era un remanente de aquel orden, siguió activo como un personaje reaccionario casi hasta su muerte, en 1941. Mario García Menocal es uno de los que esperan por un buen biógrafo, en el grupo que va del Conde de Villanueva a Ramón Grau San Martín.

Directorios Estudiantiles y el Ala Izquierda, en el Partido Comunista y en organizaciones afines, pero también dentro de Unión Nacionalista, el órgano de los “políticos”. Esto último será decisivo en las relaciones del joven viajante, que cautiva y organiza a numerosos activistas populares –sobre todo en Oriente– y se relaciona muy bien con líderes locales. Lo segundo también es típico: Guiteras carece todavía de la autonomía de un protagonista, y ha de encontrar espacio para su actividad allí donde se aprecian sus cualidades, y también su posición social.

El joven se mueve, sin embargo, en varios terrenos políticos. En 1931 presta la casa familiar en La Habana para reuniones de la clandestina Ala Izquierda Estudiantil, y en junio se reúne con antiguos compañeros suyos del Directorio de 1927 –entre ellos Eduardo Chibás–, y publican un manifiesto. El texto llama a derrocar al gobierno y propone “un amplio programa renovador”, enumerando medidas avanzadas en lo político, económico y social.⁶ Guiteras jamás

6 En Tabares del Real (1973: 152-154). Esta biografía fue fruto de una extraordinaria investigación, con la que Tabares puso el conocimiento acerca de Guiteras en un plano nuevo. Me he beneficiado mucho de ella, y de otros datos facilitados generosamente por el autor en largas conversaciones.

firmó un documento de la oposición “política”. Pero su entrega es a la acción armada, en el centro de los preparativos orientales; su valentía, serenidad, capacidad persuasiva, conocimientos técnicos, cultura, tenacidad, fascinan tanto a la gente común como a los notables. El violento verano de 1931 culminó en la amplia pero efímera insurrección popular que estalló en agosto, dirigida por los “políticos”. Muchos combatientes dieron la vida o pelearon y sufrieron la represión, mientras Mendieta y Menocal simplemente se entregaron al fracasar su plan, y salieron al poco tiempo al exilio. Esta fue la última “guerrita” de la historia republicana.⁷ Guiteras fue hecho prisionero con otros compañeros cerca de Santiago de Cuba, y permaneció preso en esa ciudad hasta diciembre, cuando fueron amnistiados los alzados de agosto.

El tiempo de la cárcel parece haber sido muy importante en el desarrollo de las ideas revolucionarias de Guiteras. Organizó y mejoró la

enfermería, divulgó entre los presos políticos y comunes el antiimperialismo, la necesidad de realizar cambios revolucionarios en el país y la solidaridad con la Guerra de Sandino, hizo más amigos orientales y leyó mucho.⁸ Analizó la situación nacional, revisó su propia actuación, y decidió ser totalmente independiente de los “políticos”⁹ y desarrollar la lucha armada como vía idónea. Se asomó entonces al complejo de problemas que debatieron tan arduamente durante el siglo XX los partidarios de la vía armada revolucionaria: su relación con las demás formas de lucha y con el carácter de la revolución, las alianzas con otras fuerzas, la relación entre la huelga general y la insurrección en los países “coloniales y semicoloniales” y sus consecuencias prácticas para la acción revolucionaria, el papel de la guerra irregular en la vía armada, el predominio del escenario urbano o

7 Orestes Ferrara Marino, teniente coronel del Ejército Libertador, personaje político muy prominente del Partido Liberal en la primera república y uno de los cómplices más importantes de Machado, publicó un folleto en el que proclamaba lo que creía un axioma para las rebeliones armadas: “Se puede hacer una revolución con el ejército o sin el ejército, pero no contra el ejército”.

8 Tabares (1973: 160). relaciona *El ABC del comunismo*, de Bujarin, y otro libro sobre la Revolución de Octubre y la guerra civil en Rusia, y las Constituciones mexicana de 1917 y soviética de 1922.

9 “[...] del contacto con los políticos de la vieja escuela sale cada vez más convencido de que los grandes problemas de Cuba nunca podrán solucionarse con una concentración de fuerzas cuyos intereses son contradictorios” (Guiteras, 1960: 7).

del rural, el trabajo dentro de las fuerzas enemigas, la obtención de fondos mediante expropiaciones, y otras.

El legado mambí tenía un peso gigantesco en lo patriótico, moral y emotivo, como la gesta nacional y el proyecto liberador que había que completar, pero también como cultura de guerra y en aspectos de la táctica militar; además, estaban vivos y activos numerosos participantes de la Guerra del 95. La Revolución mexicana iniciada en 1910 y la Guerra de Sandino eran los dos eventos latinoamericanos más influyentes, y como era natural entonces, la Revolución bolchevique era asociada a la vía armada. La cultura política de los insurreccionales tomaba mucho de aquel evento histórico y de su vigencia en cuanto URSS e Internacional Comunista (IC), en los temas que mencioné arriba, y los del frente único, las luchas de clases, la insurrección y otros.¹⁰ He usado la palabra “entonces”

10 Un informante de Tabares le contó que a Guiteras le impresionó mucho el éxito que tuvo Stalin en sus expropiaciones en el Cáucaso durante la Revolución rusa de 1905-07 (*ibidem*, p. 161). Desde entonces ese tema tenía gran relevancia en la discusión acerca del uso de la violencia por los revolucionarios. Obtener fondos de ese modo era una actuación límite, menos defendible que la insurrección, por lo que unos la atacaban al no atreverse a condenar la violencia en general, mientras

porque el divorcio entre la vía armada para tomar el poder y el movimiento comunista que se pretendía heredero del bolchevismo dominó el panorama ideológico del movimiento desde 1935, durante casi todo el tiempo y las circunstancias más diversas, hasta su desaparición al inicio de los años noventa.¹¹

En las regiones colonizadas y neocolonizadas por el capitalismo –la mayoría del planeta– la

otros criticaban solo a las expropiaciones. El problema también tiene que ver con una contradicción que atena a siempre a los rebeldes, entre la necesidad de ser muy subversivos y creadores de nuevas realidades, y la de ser reconocidos como beligerantes y como alternativa de un nuevo orden, y parecerlo. Es muy interesante el apoyo irrestricto que le dio Lenin al camarada Koba-Ivánovich –después conocido como Stalin–, jefe de la exitosa Sección Técnica del partido a cargo de los asaltos, a pesar de la condena que estos recibieron en los congresos partidarios de Estocolmo (1906) y Londres (1907). Ver numerosos escritos de Lenin de esos años, y el interesante análisis de Deutscher (1968: 84-102). Guiteras ordenó en 1935 el caso de expropiación por un monto mayor de nuestra historia, el secuestro del millonario Eutimio Falla Bonet.

11 En ese momento ya el capitalismo había obtenido una gran victoria: la aceptación por las mayorías de la demonización de toda violencia revolucionaria, como parte de la conservatización general de la política que caracterizó a las dos últimas décadas del siglo XX.

guerra revolucionaria ha sido un componente principal de la elevación práctica de los individuos y grupos de las clases dominadas por encima de la reproducción esperable de la vida social, si se trataba de volverse capaces de producir cambios radicales y profundos del sistema imperante. Fue lo que sucedió en Cuba con la Revolución del 95; lo vivió la población a escala masiva, y lo supo ver claramente José Martí.¹² En Europa, Carlos Marx había planteado que la revolución violenta era la vía necesaria para derrocar el poder burgués, y para que el proletariado europeo se volviera capaz de liberarse a sí mismo y a todos. Pero el socialismo marxista europeo legalizado de fines del siglo XIX se adecuó pronto a renunciar a la revolución, y terminó formando parte del sistema de dominación burguesa y colonialista occidental. A inicios del siglo XX los marxistas revolucionarios rusos, sin embargo, lograron formar el partido bolchevique, que combatió a la vez al zarismo, las políticas burguesas rusas y el reformismo socialdemócrata, rescató el contenido revolucionario del marxismo y fue capaz de

tomar el poder en 1917, defenderlo y constituir un Estado de transición dirigido por los comunistas.

La primera universalización de las ideas marxistas y la formación de un movimiento comunista a escala mundial en los años veinte tuvo gran influencia en la profundización de las ideas y las demandas sociales de las luchas revolucionarias en el mundo colonial y neocolonial, a pesar de que la IC estuvo muy lejos de poder convertirse en la conductora de esas luchas. Guiteras fue al encuentro del socialismo desde las prácticas y las ideas insurreccionales, y en toda su intensa vida política hasta 1935 mantuvo esa unión. Al mismo tiempo, estos fueron los años finales de la relación positiva entre comunismo internacional e insurrección contra el capitalismo. Quisiera destacar que el aspecto principal del rescate del marxismo por Lenin era la centralidad de lo político, y su vehículo obligado era una organización revolucionaria creada y desarrollada para tomar el poder y ejercer la dictadura del proletariado. Pero esas posiciones no estaban claras ni bien establecidas entre los revolucionarios cubanos de las décadas de los años veinte y treinta.

El movimiento estudiantil contra la tiranía, organizado como Directorio Estudiantil Universitario (DEU) y en los planteles de

12 Ver "Nuestras ideas" (Martí, 1965 [1892]: 315-322, T. I). También "La guerra" (Martí, 1965 [1892]: 61-63, T. II).

Segunda Enseñanza a partir de la jornada del 30 de septiembre de 1930, acumuló un prestigio y una popularidad extraordinarios con sus años de acciones audaces e incansables, sus mártires y su propaganda, precisamente en los años en que la conducción de los partidos políticos se deterioró casi totalmente. Pero los estudiantes –pese a su variedad de posiciones– eran unánimes en cuanto a no pretender ni siquiera ocupar cargos públicos. La pureza y el sacrificio eran sus armas frente a la inmensa corrupción republicana y las ambiciones de los políticos. Tuvo una enorme capacidad de resistencia y algunos grupos muy notables de acción armada, pero careció de una estructura sólida. Por otra parte, un grupo valioso de sus miembros se separó del DEU en enero de 1931 para formar el Ala Izquierda Estudiantil (AIE), en pos de las orientaciones del Partido Comunista (PC).

El DEU rechazó el intervencionismo norteamericano y en la coyuntura de crisis revolucionaria del segundo semestre de 1933, su Manifiesto y Programa del 22 de agosto parecía darle el rumbo a la nación en rebeldía. Brindó su respaldo político al movimiento de los soldados y clases del ejército que el 4 de septiembre derrocó al gobierno títere de Céspedes, para implantar un gobierno revolucionario. Pero

el DEU no logró pasar decididamente a la acción política,¹³ y llegó a acordar su disolución el 4 de noviembre; algunas de sus personalidades pasaron al nuevo Partido Revolucionario Cubano (PRC), fundado en 1934. El movimiento estudiantil siguió siendo un factor de enorme combatividad y prestigio hasta la Huelga de Marzo, pero ya era inorgánico y cada vez menos influyente.

El Partido Comunista, fundado en 1925, no logró tener suficiente desarrollo para enfrentar con éxito la coyuntura favorable del primer quinquenio de los años treinta, y se sujetó demasiado a tratar de cumplir las directivas generales que enviaba la IC y las orientaciones de su estructura para la región, el llamado Buró del Caribe.¹⁴ Ellas se basaban en la “línea” que era acordada en los Congresos mundiales de la

13 “Yo reto a la Asamblea que me señale el miembro del Directorio que ocupe un cargo público o disfrute de una dieta”, exclama Eduardo Chibás en la asamblea que celebra el DEU el 30 de octubre, en el Anfiteatro del Hospital “Calixto García” en *Pensamiento Crítico* (1970: 215).

14 El nombre oficial de la organización era Partido Comunista de Cuba, Sección de la Internacional Comunista (art. 1° de los Estatutos). Además del Buró del Caribe, existía el Buró Latinoamericano de la IC, que también tuvo alguna incidencia en la vida del PC cubano.

IC, y el VI –celebrado en 1928– resultó funesto, al aprobar una línea sectaria de “clase contra clase” e imponerla a sus partidos y organizaciones. Esa orientación impedía a los partidos comunistas avanzar hacia su conversión en alternativas nacionales de poder revolucionario, perjudicaba mucho a sus estrategias y tácticas políticas y tendía a dejarlos en una situación de “puros” pero solos. En la práctica de este período 1928-1935, la IC sumó a su línea desacertada sus escasos conocimientos de las situaciones reales de cada país y las fuertes deficiencias de los responsables del Buró regional. En esos mismos años se estaba llevando a cabo la “bolchevización” de los partidos de la IC, que creó o reforzó estructuras muy autoritarias y una ideología obrerista sumamente cerrada. Sin la conducción de Lenin a partir de 1923, pronto los criterios de la dirección de la URSS acerca de la situación y los eventos mundiales devinieron decisivos en la IC –algo quizás inevitable–, pero después de 1928 los intereses y la política exterior de la URSS, y las características de su política interna, se fueron imponiendo en los partidos miembros de la IC.¹⁵

15 La persistencia que han tenido las interpretaciones erróneas o manipuladoras de la historia del movimiento comunista en el mundo puede apreciarse en el libro

El pequeño PC cubano logró éxitos notables en cuanto a organizar trabajadores y darle vehículos capaces a su afán de lucha, y tuvo una militancia anticapitalista abnegada, muy laboriosa, disciplinada, heroica y dispuesta al sacrificio por la causa. Pero a pesar de acertar en una identificación básica –el bloque histórico constituido por los burgueses de Cuba y el imperialismo– e intuir la crisis a la que se precipitaba el sistema de la primera república, el PC no comprendió la centralidad de la política ni intentó convertirse en una alternativa real de poder, ni abordó seriamente la cuestión de la insurrección. El PC substituyó esas necesidades vitales a su actuación por abstracciones acerca de una “revolución agraria y antiimperialista” que debía realizar “tareas” previas al socialismo, lo que le daría a esa etapa un “carácter democrático-burgués”; pero a pesar de tener ese contenido, desde un inicio la revolución sería guiada por un proletariado que no haría alianzas con ningún sector “intermedio”, y que triunfaría a causa de una gran rebelión social no definida. La victoria no estaba cercana, decían, pero era históricamente ineluctable. A la

La Internacional Comunista. Ensayo histórico sucinto (Instituto de Marxismo-Leninismo, 1970?).

par de existir fuera y en contra de la política de partidos y del sistema, el PC sostenía una estrategia inviable, cayó en errores tácticos y confusiones importantes, y acostumbraba rechazar y devaluar a los que luchaban desde posiciones ajenas a la suya.

Por sus experiencias y por su objetivo de impulsar una política de lucha armada revolucionaria movilizándolo todo, el PC sostenía una estrategia inviable, cayó en errores tácticos y confusiones importantes, y acostumbraba rechazar y devaluar a los que luchaban desde posiciones ajenas a la suya. Por sus experiencias y por su objetivo de impulsar una política de lucha armada revolucionaria movilizándolo todo, el PC sostenía una estrategia inviable, cayó en errores tácticos y confusiones importantes, y acostumbraba rechazar y devaluar a los que luchaban desde posiciones ajenas a la suya. Por sus experiencias y por su objetivo de impulsar una política de lucha armada revolucionaria movilizándolo todo, el PC sostenía una estrategia inviable, cayó en errores tácticos y confusiones importantes, y acostumbraba rechazar y devaluar a los que luchaban desde posiciones ajenas a la suya.

Los aportes maravillosos de Martí y de Lenin a la política revolucionaria no daban frutos entonces en los movimientos combativos de estudiantes ni de trabajadores. La vieja ideología anarcosindicalista y la nueva ideología de una juventud heroica que “no se mancha con la política” no eran aberraciones: eran formas de rebeldía contra el sistema de la primera

república burguesa neocolonial, con su liberalismo opuesto a las demandas obreras y su apoteosis de la corrupción política, ambos vestidos de nacionalismo. Pero aquellas ideologías –la antigua y la nueva– debían ser superadas, para que el auge de las protestas y la crisis de los dominantes pudieran ser convertidos en una subversión eficaz que pusiera en crisis al sistema en su conjunto. Toda revolución nace del medio mismo que trata de destruir y cambiar, ninguna puede ser externa a él. La grandeza de Julio Antonio Mella se hace comprensible cuando se analiza de dónde salió, los materiales con que contó, los condicionamientos de la etapa temprana en que actuó, los dilemas a los que tuvo que enfrentarse, y por ende la creatividad y la originalidad, la acción decidida y la intransigencia que debió desplegar.¹⁶

En la Cuba del inicio de los años treinta la justicia social tenía que asumir el antiimperialismo y la liberación nacional, y la libertad

16 Pablo de la Torriente Brau pintó al Mella de la huelga de hambre de 1925: “joven, bello e insolente como un héroe homérico”. Sin dejar de ser así, Mella tuvo que madurar con una celeridad pasmosa y enfrentar, mejor que cualquier otro cubano contemporáneo suyo, aquellos retos tremendos. Ver “Los dilemas de Mella” en Martínez Heredia (2012).

tenía que tornarse socialista. Esas comuniones exigían tareas políticas ciclópeas. Para llevarlas a cabo eran imprescindibles una nueva organización política resuelta, atractiva y eficaz, la unidad ideológica real de sus miembros, la voluntad de tomar el poder y utilizarlo como instrumento de la revolución, una estrategia acertada que combinara las diversas formas de lucha bajo una dirección insurreccional y la capacidad de ir ganándose con su actividad concreta la conducción de los oprimidos y del pueblo.

III. INSURRECCIÓN PARA CAMBIAR A CUBA

A fines de 1931 Guiteras vuelve a la calle con dos avances fundamentales: poner en el centro el trabajo para lograr una insurrección de carácter y jefatura popular, y separarse totalmente de los políticos tradicionales. Se entrega entonces a crear y desarrollar su propia organización clandestina de lucha armada, a partir de los núcleos con los que ya ha mantenido relaciones en la provincia de Oriente, y de sus relaciones en La Habana y la provincia de Santa Clara; a fines del verano de 1932 fundan Unión Revolucionaria (UR), con un Comité Central que preside

Guiteras y organizaciones locales a las que llaman “radios”.¹⁷ UR intentó formar un Frente Único Revolucionario en Oriente, con el DEU, Unión Nacionalista y otros sectores, pero estos no aceptaron.¹⁸ Para darle su sentido a la actividad febril de captación de miembros, organización, búsqueda de armas, explosivos y recursos, expropiaciones, adoctrinamiento, propaganda, preparación de una insurrección general en la provincia de Oriente, dos cuestiones centrales aparecen ante Guiteras: la del poder y la del alcance de la revolución que se pretende.

Prácticamente todas las organizaciones que participaron en la Revolución del 30 lanzaron su programa. Un manuscrito de Guiteras en que expone el programa revolucionario que propondría UR nos permite conocer su estrategia y asomarnos a su proyecto.¹⁹ Al inicio y en

17 Información detallada sobre este período en Tabares (1973: 181-237, Cap. V: Unión revolucionaria).

18 A fines de 1932 envió a Amador Montes de Oca a Estados Unidos como delegado de UR, a pedir colaboración en armas y dinero a la Junta Revolucionaria de New York. Menocal y los demás se negaron, y además ordenaron a sus partidarios en Oriente no colaborar con UR.

19 “Manifiesto al pueblo de Cuba” (s/f). Calixta Guiteras me dijo que le parecía que fue escrito en 1932 o pri-

un lugar del texto se dirigía en general “A los trabajadores manuales e intelectuales”, pero el autor decidió tachar esa expresión y sustituirla por “Ciudadanos de Cuba”; al final del primer párrafo también tachó “contra los lacayos de la mencionada oligarquía”. Estos sacrificios del lenguaje de izquierda evidencian que el programa aspiraba a sumar a opositores radicales y más moderados en un esfuerzo conjunto, como se expresa en las palabras finales de la introducción.²⁰ Afirma que ese esfuerzo no irá más

mera mitad de 1933. Lo copié, y publiqué un fragmento y una síntesis del contenido en *Pensamiento Crítico* (1970: 270-271).

Tabares (1973:190-196) lo publicó completo. Cabrera (1974a: 459-466) también lo publicó completo en su biografía *Guiteras, la época, el hombre*, una obra muy notable por las reflexiones y criterios que contiene. Cabrera (1974b), que también publicó la compilación *Antonio Guiteras: su pensamiento revolucionario*, es la autora que recoge más palabras tachadas por Guiteras en el manuscrito.

20 “Teniendo en cuenta las varias ideologías profesadas por los distintos elementos que a esta lucha deben concurrir unidos momentáneamente por el mismo objetivo [...] y teniendo en cuenta que la destrucción de un régimen lleva implícita la creación de otro, presentamos el siguiente programa amplio para que sirva de aspiración común al Pueblo de Cuba en esta lucha de renovación” (*Pensamiento Crítico*, 1970: 170).

allá de una unidad de acción para la insurrección, con lo cual libera a su posición de todo compromiso ulterior. Pero a la vez presenta el programa como objetivo “que sirva de aspiración común al pueblo de Cuba”. No es entonces el programa que deben aceptar los militantes de su organización, pero tampoco es el breve punteo que firmarían los elementos disímiles que acuerden una unidad de acción. Dada la radicalidad del contenido del programa, pienso que su función principal es más ideológica que de política inmediata: UR propone avanzar juntos, pero desde principios que implican profundos cambios revolucionarios. A través de los hechos y de las acumulaciones de fuerza y de conciencia se impondrá un programa u otro.

Guiteras asume aquí una formulación democrática que estaba en boga: quienes convoquen a derribar los poderes establecidos ejercerán el poder durante un plazo breve fijado previamente –en este caso, 2 años–, y no aspirarán a formar parte del gobierno que se elija a continuación. Un Gobierno Provisional pondrá en práctica por decretos una multitud de medidas. En política, sancionar a los delincuentes del Machadato y confiscar sus propiedades, elección de una convención constituyente, precedida de la reorganización de los partidos políticos y la formación de otros, “reconociendo beligerancia a

los elementos de izquierda, comunistas inclusive”, sufragio universal directo y secreto para hombres y mujeres, disolución del ejército y creación de un pequeño cuerpo único de seguridad de base profesional, derecho a plebiscitos por iniciativa popular, supresión de la Renta de Lotería, inamovilidad de los empleados públicos, reforma del Código Penal y penitenciaria, autonomía del poder judicial, fin de las amnistías a malversaciones y fraudes electorales, y reducción del indulto a delitos comunes. Para sostener este gobierno podría llegarse a emitir bonos de obligatoria adquisición en proporción al capital y la renta de los ciudadanos.

Esa última medida es a la vez la primera de una política económica y social muy radical. Nacionalización de los servicios públicos: todos los medios de transporte, electricidad, gas, agua, teléfonos y cable. Los bienes malversados se incorporarán a la propiedad estatal. Entrega en usufructo de tierras del Estado a indigentes que se hagan productores, nacionalización de la tierra privada de cubanos o extranjeros que permanezca ociosa y leyes contra el latifundio, creación de un banco de refacción agrícola, alquiler y renta del suelo fijos en proporción a lo que paguen sus dueños al Estado, limitaciones a los derechos reales, gravámenes a las rentas y herencias, moratoria para la deuda exterior.

En lo social se decretarán leyes de salario mínimo y jornada máxima, con confiscación de empleadores incumplidores, seguros para los trabajadores, derecho de huelga, subsidio a desempleados, concesión de la ciudadanía cubana a los extranjeros que lleven 6 meses en el país. Además, libre cambio con los países que sean recíprocos respecto a Cuba.

Después de analizar su contenido aparece clara la pertenencia de quien redacta este Programa revolucionario. La abnegación, el desinterés y el espíritu de sacrificio que reclama para la lucha inminente servirán para “[...] destruir la política de rapiña, adueñada de la nación, creando en su lugar un régimen en concordancia con las nuevas orientaciones político-sociales que han aparecido en el mundo desde que fue redactada la *Constitución* de 1901, que asegure para Cuba una vida libre de opresiones nacionales y de ingerencias [*sic*] extrañas”.²¹

Está claro que las “nuevas orientaciones” no son las del liberalismo, sino el socialismo, el régimen que podría librar al país de la opresión burguesa y del imperialismo. No importa que la palabra *socialismo* no sea utilizada: las medidas

21 “Introducción al Programa” en Tabares (1973: 192) y en Cabrera (*op. cit.*, p. 460).

propuestas son inaceptables para la burguesía de Cuba y para la relación neocolonial con Estados Unidos, porque convertirían al proceso en una revolución que acabaría con su dominación.

El joven Guiteras se hizo socialista en medio de la acción, primero como participante del movimiento estudiantil radical de 1927, después, como perpetuo conspirador para la lucha armada, combatiente directo en ella y organizador de insurreccionales. En busca de armas y de militantes hizo la experiencia de trabajar con los viejos políticos, pero sobre todo con sus seguidores del pueblo; con unos y otros, los resultados fueron opuestos. Desde el inicio fue muy querido por la gente sencilla y aprendió a ser uno con ellos, en vez de utilizarlos. Dejo la palabra a dos compañeros²² suyos:

22 El primer párrafo corresponde a Newton Briones Fernández, estudiante oriental; participó en el grupo de acción de Floro Pérez en La Habana, y conoció a Guiteras en mayo o junio de 1933. Llegó a ser jefe de la Comisión Nacional de Acción de *Joven Cuba*. El segundo, Guillermo (William) Sánchez (1970), ya estaba muy enfermo cuando dio esta entrevista. Militó con Guiteras desde los primeros años en Santiago hasta *Joven Cuba*; luchó contra la dictadura en los años cincuenta y era militante del PCC en los sesenta. Ambos mostraban el entusiasmo, la pasión, el espíritu de cuerpo, la integridad y el recuerdo de algo cercano, como tantos

A primera vista, él no era un hombre impresionante. Era alto, delgado, tenía un defecto en los ojos que hacía difícil saber si lo miraba o no a uno cuando hablaba; era zurdo. Pero inmediatamente retenía por su gran comprensión, su bondad, aquella especie de ingenuidad, de confianza, que inspiraba [...] sobre todo uno tenía la impresión de estar ante un hombre que nada temía, un hombre absolutamente incorruptible [...] me impresionó tanto que nunca más me separé de él [...] (Briones Fernández, 1975: 3).

Yo me hacía la idea de que era un hombre alto, corpulento, y me resultó todo lo contrario. Más bien delgado, un tic nervioso en una pierna, muy simpático al hablar [...] Toni, como decíamos nosotros, cuenta la situación [...] nosotros siempre esperándolo para que nos informara, porque la verdad que era la guía de nosotros. Lo queríamos con idolatría por lo sencillo, por lo natural. Porque en todo su sentido se veía un compañero nuestro, dispuesto a lo que fuera (Sánchez, 1970: 272 y 274).

Guiteras vivió con las personas y las situaciones reales de Cuba, sobre todo en Oriente, una provincia que albergaba el 27,2% de la población del país, con una dinámica económica y social

antiguos guiteristas que permanecieron limpios.

y una cultura política ciertamente singulares, entre enormes contradicciones y una represión machadista feroz.²³ Su alta formación intelectual, dominio de idiomas, afición a bellas artes –superiores al promedio de los actores del drama de la Revolución del 30– le permitieron sin duda sacar provecho a los estudios de textos políticos y teóricos que nunca abandonó, y a sus relaciones con activistas de izquierda.²⁴ Por otra parte, todos

23 Oriente y Camagüey fueron el centro de la gran expansión azucarera republicana; desde 1922 producían el 50-60% del azúcar de Cuba. En Oriente los campesinos fueron despojados de la tierra por los latifundios yanquis y cubanos, el 72,3% de la población vivía en el campo (nacional: 51,2%), las poblaciones sufrían un gran abandono; el desempleo y la miseria ocasionados por la crisis fueron inmensos. La represión era abierta y brutal; el comandante Arsenio Ortiz, uno de los mayores asesinos del Machadato, se ganó el apodo de “el chacal de Oriente”. Por otra parte, en esa provincia se iniciaron las guerras por la independencia; en la de 1895-1898 tuvo los núcleos de combatientes y de ciudadanos más grandes de todo el país. Ver los datos del Censo de 1931 y los del azúcar en Marrero (1955: 160 y 676).

24 Otras lecturas suyas identificadas de 1932-33 son: *Azúcar y población en las Antillas*, de R. Guerra; *El nuevo ejército*, de J. Jaurès; *Materialismo Dialéctico*, de Thalheimer. Guiteras estudia y debate con compañeros suyos de UR, como Luis Felipe Masferrer Landa, o con el dirigente comunista oriental Felipe Fuentes (Ta-

los testimoniantes lo han descrito simpático, persuasivo y buen conversador, a pesar del ceño serio que muestra en las fotos posadas de aquella época, y de otros datos que son decisivos: vivió siempre en una austeridad rayana en la pobreza, y se vio metido sin descanso en situaciones límite y en lances muy riesgosos, hacer elecciones difíciles, dar órdenes y asumir las responsabilidades.

Está claro que un hombre con esas cualidades y tan fuertes convicciones es muy capaz de exponer ampliamente sus ideas. Pero lo cierto es que Guiteras fue muy poco dado a escribir para el público. Sin tener una explicación satisfactoria para ese hecho, entiendo que escogió el camino de la acción directa como realización personal para sus ideales socialistas y su estrategia, y siguió utilizándola cuando ya era una personalidad y un dirigente político.²⁵ Por sus acciones es valorado este profesional universitario desde los meses previos a la insurrección

bares, 1973: 214).

25 Un ejemplo. Cuando arde en La Habana la insurrección contrarrevolucionaria del 8 de noviembre de 1933, el Secretario de Gobernación, Guerra y Marina planificó el contraataque para recuperar numerosos puntos de la ciudad, designó a los responsables y dio las órdenes para cada caso, y a continuación dirigió personalmente el cruento asalto a la Jefatura de Policía.

de agosto de 1931, y aunque muestra tantas facetas extraordinarias –incluso como miembro de un gobierno–, desde entonces hasta su muerte en 1935 su nombre siempre estará asociado a la acción. En los medios públicos todos le llaman el doctor Guiteras; lo hacen desde motivaciones y posiciones variadas, pero todos saben que su mejor definición es la actuación. Entre los fundadores del comunismo cubano, Antonio Guiteras descuella por su incansable actividad dirigida a poner en práctica el socialismo, a través de la insurrección y el ejercicio del poder.

IV. LA CRISIS REVOLUCIONARIA DE 1933

Las acciones armadas del 29 de abril de 1933 en Oriente –sobre todo la toma del cuartel de San Luis– le dieron fama nacional a la actuación revolucionaria de Guiteras. Los 3 meses y medio restantes de la dictadura los pasó en una actividad febril, entre Holguín y cualquier lugar necesario, alzado, con su cabeza puesta a precio y el seudónimo de “Marcos”. Mientras, el campo opositor se dividía y polarizaba a causa de la “mediación” imperialista, que exigía un continuismo del viejo orden, sin Machado. El antiimperialismo hizo coincidir a los que se sentían revolucionarios, y aquellos que sirvieron al embajador B. S. Welles

se desprestigiaron. Bombas, huelgas, actos de calle, insurrectos rurales, atentados, represión masiva y selectiva, repudio general al tirano y resistencia civil creciente definen al país, que le da la espalda a la Mesa negociadora del yanqui. Guiteras rechaza de plano los pedidos de que acepte la “mediación”, y UR mantiene alzados, realiza hostigamientos, expropiaciones y acopio de armas. Prepara una nueva fase de la insurrección: la toma del cuartel de Bayamo, para la que reúne hombres y 62 fusiles, y la formación de una fuerte guerrilla rural en la Sierra Maestra. La guerra es política, por eso Guiteras denomina al proyecto “Plan de Bayamo, contra la Mediación” (Tabares, 1973: 217-220; Martínez Heredia, 2002a: 208-210).

Después de la reconstrucción de inicios del siglo y una larga etapa de expansión económica, el modelo neocolonial exportador azucarero desembocó en una crisis muy profunda. No puedo asomarme aquí a los rasgos esenciales de esa crisis y de la gran transformación que sucedió en la formación económica y en el papel del Estado,²⁶ que constituye una de las razones por las cuales distingo en la época de 1902

26 La obra de Zanetti Lecuona (2004) resume de modo excelente este tema y las investigaciones e ideas del autor.

a 1959 una primera y una segunda república, aunque ambas comparten la cualidad común de burguesa y neocolonial. La sobreproducción mundial y la restricción de la zafra cubana en 1926 fue solo el prólogo: había terminado la larga era de siglo y medio de crecimiento del producto a exportar. En el quinquenio siguiente, la situación fue devastadora. El azúcar de Cuba sufrió aumento de aranceles, pérdida de más de la mitad de su parte como abastecedora de Estados Unidos, caída de los precios, mientras se desataba la mayor crisis económica mundial de la historia del capitalismo. El empleo, los salarios e ingresos, la satisfacción de las necesidades de la mayoría de la población cubana se desplomaron aceleradamente, dando lugar a una multitud de indigentes, desnutrición, angustias cotidianas y pérdida de confianza en el futuro.²⁷ Esta era la vida del país en 1933. Sin dudas, el desastre económico era un estímulo poderoso para el malestar, la protesta social y

27 “125 centrales producen solo el 50% de la zafra de 1922, en 66 días de zafra. 250 mil desocupados permanentes. Enorme baja de las exportaciones. Salarios de hambre (20 ctvs. por 100 arrobas de caña) para el costo de la vida. El gobierno confronta dificultades para pagar a sus empleados” en “Cronología 1923-1935” en (*Pensamiento Crítico*, 1970: 366).

la resistencia frente al régimen, aunque es bien sabido que ni la más desastrosa coyuntura social es capaz por sí sola de generar acciones y cambios políticos decisivos.

Aquel verano se desencadenó la primera crisis revolucionaria del siglo XX en Cuba. He fijado antes el inicio del marco más amplio de crisis del sistema a fines de 1932 –para una duración de más de 2 años, hasta marzo de 1935–, atendiendo a los siguientes factores: la dictadura quedó sin otra opción que la represiva; el Estado y el gobierno se deterioraron en su funcionamiento como tales y en su capacidad de mantener el orden público; se hicieron muy virulentas las contradicciones entre diferentes sectores empresariales, sus corporaciones y las políticas económicas y generales de los gobiernos de Estados Unidos y Cuba;²⁸ pérdida de la capacidad de recambio de gobernantes y líderes dentro de la política del sistema;

28 Esas contradicciones se conocieron y debatieron mucho en su tiempo. En una obra muy conocida de historia política, ¡En Cuba Libre! Historia documentada y anecdótica del Machadato (Quesada y Miranda, 1938), se concede un apreciable lugar a aquellos hechos. Ver especialmente el Cap. XXV (pp. 61-75, T. II). El tema cuenta con una extensa bibliografía. Entre la reciente, ver Ibarra Guitart (1999: 133-140).

salto de los niveles de lucha y aumento del nivel organizativo de sectores principales del proletariado; capacidad sostenida de acción de la oposición armada; crecimiento de la resistencia civil y sus expresiones de masas; y las consecuencias sobre la sociedad de la profunda crisis económica. Dentro de aquel marco, al inicio de agosto de 1933 estalló la crisis política total del sistema, que se profundizó hasta la primera quincena de enero de 1934; sus efectos condujeron a cambios fundamentales y a la desaparición de la primera república burguesa neocolonial (Martínez Heredia, 1972).²⁹

El protagonista principal de la crisis fue el pueblo desatado, que convirtió el paro del transporte habanero en una huelga general revolucionaria a escala nacional que provocó la caída de la dictadura el 12 de agosto. La agitación social en general había ido creciendo desde 1932, pero durante la zafra de 1933 se multiplicaron las huelgas –que en algunos casos llegaron a despliegues de fuerza obrera y confrontación con los represores–, los actos de calle de trabajadores, las marchas de hambre de desocupados (Zanetti, 2004: 132-133). Las

luchas sociales respondían a un arco de motivaciones y estructuras que iban desde explosiones de los oprimidos, situaciones y órganos locales, demandas inmediatas, hasta la influencia o la conducción del PC, la CNOC u otra de sus organizaciones.³⁰ En agosto, la gente había perdido el miedo y sentía que la lucha social podía acabar con la dictadura y cambiar en alguna medida sus vidas.

El otro componente de la explosión popular fue la conciencia política adquirida primero por minorías que contaban con simpatías populares, después por una gran parte de la población. El Machadato tuvo a su servicio un sistema represivo grande y bien organizado, capaz en sus tareas de investigación, golpizas,

29 En Proyecto de Investigación social “La crisis revolucionaria de 1933”.

30 La Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOC), de orientación anarcosindicalista, fue fundada en agosto de 1925, como fruto de largos años de lucha de obreros organizados. Bajo la represión machadista –que asesinó a su líder máximo, Alfredo López, en 1926– el nuevo PC clandestino pronto se convirtió en su guía y rector. La CNOC creció en los primeros años treinta, al calor de las protestas y huelgas. El 26 y 27 de diciembre de 1932 una conferencia clandestina de delegados obreros de 32 centrales, organizada por CNOC/PC, fundó en Santa Clara el Sindicato Nacional Obrero de la Industria Azucarera. Ver “El movimiento obrero de 1925 a 1933” (CNOC, 1970 [1934]: 189-197).

represión selectiva, torturas, provocaciones, prevención, y que apelaba al baño de sangre cuando lo estimaba conveniente. Repudiado por la Prórroga de Poderes, por sus imposiciones y abusos, el pueblo aprendió a odiarlo y a admirar o ayudar a los que se le enfrentaban, se desengañó de los antiguos políticos opositoristas en agosto de 1931 y los despreció cuando se sometieron a Estados Unidos en 1933. Los mártires, las hazañas de los que combatían frontalmente a la tiranía y las luchas sociales crearon conciencia política y atrajeron a muchos jóvenes a sumarse a la lucha. Se fue abriendo paso la idea de que había que ir mucho más lejos que la caída de Machado: Cuba debía cambiar en sus instituciones y sus relaciones políticas, económicas y sociales, en busca de un orden que garantizara las libertades y derechos ciudadanos y laborales, la honestidad, una distribución más justa de la riqueza y las oportunidades; y Cuba debía liberarse de la opresión del imperialismo norteamericano y conquistar su soberanía plena. Las banderas ideológicas opuestas al Machadato eran sin duda disímiles –nacionalismo, revolución “agraria y antiimperialista”, revolución “auténtica”, patriotismo, justicia social, antiimperialismo, socialismo–, pero en el verano de 1933 la mayor parte de los cubanos sentía

necesidades de actuación que eran bastante integrables en acciones colectivas.

Sin embargo, las expresiones políticas de las luchas sociales y las diversas organizaciones opuestas al Machadato eran dos mundos que tenían muy poca relación entre sí. Si la Mediación había aclarado las posiciones dentro del segundo mundo, colocándolo ante la línea divisoria del antiimperialismo, el estallido de inicios de agosto obligó a todos a coincidir en un evento de alcance histórico en que la masa le exigió a la lucha social que tuviera objetivos políticos, y la política fue enseguida requerida a poner en práctica la justicia social. Ninguna organización fue la protagonista de aquellos sucesos trascendentales. Las estructuras revolucionarias, políticas y sociales, clandestinas o de masas, con sus fuerzas, estrategias y creencias disímiles, hicieron todo lo que estimaron bueno, excepto buscar una unidad de acción, pero las acciones populares colectivas fueron decisivas para que cayera primero la dictadura de Machado, y a continuación el orden mismo de la primera república.

El 12 de agosto, el plan absurdo de Welles de lograr un final “legal” de la dictadura fue entorpecido por el Ejército Nacional, pero al cabo éste fue el instrumento de Estados Unidos para lograr un cambio de gobierno y la fuga del

tirano. Eso solamente, porque a ese ejército le era imposible desempeñar un papel “bonapartista” al servicio de los intereses más generales de la dominación: era una institución desgarrada por la división de clases más estricta –visible en la casta de la oficialidad–, mediocre y desprestigiada por sus 8 años de complicidad con la tiranía criminal. Los partidos políticos del sistema se habían suicidado como opción por su cooperativismo con la Tiranía, y la oposición burguesa era demasiado conservadora y lacaya del imperialismo para poder alternar con la revolución, menos aún para sujetarla. El pequeño presidente Céspedes –por ironía trágica era hijo del Padre de la Patria– presidió un gobierno de 3 semanas al que nadie hizo caso, mientras numerosos esbirros eran ejecutados sin juicio, las instituciones se debilitaban y estaban en marcha diferentes conspiraciones contra el gobierno que involucraban a sectores civiles y a militares de fila.³¹

31 Una de estas últimas, la Junta de los Ocho, era dirigida por el sargento Pablo Rodríguez, presidente del Club de Alistados. Junto a él estaban el sargento taquígrafo Fulgencio Batista, el soldado Mario Alfonso Hernández y el cabo Ángel Echevarría, entre otros. Menocal alentaba otra conspiración muy diferente, de jóvenes oficiales.

El ABC desató su ambición de ocupar los cargos públicos –a cuenta de los riesgos corridos en la lucha, los recientes servicios prestados al imperialismo y su novedad política–, y pretendió ser la alternativa “nacional” frente a la ideología comunista.³² En el campo popular ninguna fuerza o coalición de fuerzas pudo ocupar aquel vacío de poder. El DEU, en el ápice de su prestigio, publicó el 22 de agosto un Manifiesto que condenaba el injerencismo yanqui, exponía un programa radical y llamaba a implantar un gobierno provisional en el cual estaba dispuesto a participar (Pichardo, 1973: 589-603, T. III). Varios de sus cuadros se acercaron a los conspiradores. El PC y la CNOC se aferraban a su línea: estaba a la orden del día mantener y ampliar el movimiento huelguístico, aprovechando la coyuntura para obtener demandas inmediatas de los trabajadores.³³ A pesar de ser la única fuerza política del país

32 Cierta número de militantes del ABC hicieron su opción antimediacionista de separarse de la organización, y constituyeron el ABC Radical.

33 Ver “Manifiesto del Partido Comunista de Cuba analizando el desarrollo del movimiento huelguístico” (IHMCRSC, 1977: 375-376, T. II) y “Programa de demandas inmediatas de la clase obrera de Cuba”, ambos publicados en (IHMCRSC, 1977: 379-386, T. II).

que tenía en el centro de su actividad el trabajo obrero, el PC había perdido la oportunidad de desempeñar un papel más notable en la huelga general que forzó la caída de la dictadura, por su incompreensión y subestimación de lo político y por una errónea valoración de la situación, y se enredó en una acción infortunada, el llamado “error de agosto”. Con sus diferencias, la tendencia trotskista mantenía una estrategia análoga al PC.³⁴ UR solo era fuerte en la región oriental, y las demás organizaciones eran muy pequeñas. Por razones muy diferentes, los adversarios de la acción imperialista no estaban en condiciones de conducir o formar parte de un bloque revolucionario. Esta debilidad resultó funesta en los meses que siguieron.

Durante la noche del 4 de septiembre, en el campamento de Columbia, en Marianao, una asamblea de modestísimos sargentos, cabos y soldados –permitida por la Jefatura– se convirtió en el instrumento de la revolución. Apoyados por el DEU y otros grupos y personalidades

34 Surgida en el seno del PC en 1931, esa tendencia formó la Oposición Comunista en 1932, y controlaba en 1933 la Federación Obrera de La Habana y algunos otros sindicatos. El 14 de septiembre de ese año fundaron el Partido Bolchevique Leninista, que solo duró hasta 1935. Ver Soler Martínez (*sf*).

revolucionarios –entre ellos el periodista Sergio Carbó–, depusieron al gobierno de Céspedes y le quitaron el mando a la oficialidad a lo largo de todo el país, sin resistencia alguna.³⁵ Numerosos testimonios dan cuenta de hechos políticos que no se atenían para nada a las normas usuales, de protagonistas totalmente desconocidos hasta entonces, vehículos con soldados y estudiantes en las calles de La Habana, estupor primero y después júbilo en los barrios pobres de la ciudad. En Columbia se creó la Agrupación Revolucionaria –coloquialmente conocida como Junta Revolucionaria de Columbia–, que asumió el programa del DEU del 22 de agosto, nombró un poder ejecutivo colegiado de 5 personas, la Comisión Ejecutiva, y desconoció la autoridad

35 Ver la “Proclama al pueblo de Cuba”, de la Agrupación Revolucionaria de Cuba, publicada en la prensa del día 5, citada en Pichardo (1980 [1973]: 6-9, T. IV). “[...] este Directorio, que se hallaba ya en connivencia con los alistados del Ejército [...] decidió dar el golpe revolucionario con las fuerzas armadas de la República en su categoría genuinamente pura, esto es, los Alistados”. En “Directorio Estudiantil Universitario. Manifiesto al pueblo” (DEU: 1933). Al pie del manifiesto –en la forma habitual, por Facultades– aparecen todas las firmas que calzaban, el del 22 de agosto y las de otros 17 cuadros del DEU; además, dos “Delegados por el Directorio del 27”: Eduardo Chibás y Reynaldo Jordán.

de Welles; su presidente era el estudiante Carlos Prío. Diversos sectores antiinjerencistas apoyaron al nuevo gobierno, y la mayor parte de los medios denostaba a la Mediación, e incluso a toda la historia de dominio de Estados Unidos sobre Cuba. Una ola de impetuoso antiimperialismo se apoderó del país, y se proclamaba el derecho soberano de la nación a abolir el yugo neocolonial y reorganizarse con libertad y con justicia, mientras numerosos barcos de guerra norteamericanos anclaban en sus aguas.

La llamada Pentarquía carecía de viabilidad y fracasó enseguida, y el DEU hizo nombrar presidente de la república al profesor de Medicina Ramón Grau San Martín, neófito en política pero que gozaba de notable prestigio, por su cívica posición frente al Machadato. Aquella mañana del 10 de septiembre, Grau se negó a jurar su cargo sobre el libro de la *Constitución* de 1901, porque contenía la Enmienda Platt, sacó la mano por un balcón del Palacio Presidencial y juró sobre el pueblo congregado abajo. Con ese gesto y con la ola de desobediencia de masas – que estaban tan separados entre sí – comenzaba una nueva época de Cuba republicana.³⁶

36 Como todos saben, el sargento Fulgencio Batista comenzó su carrera política, tan funesta y criminal, aquel 4 de septiembre. Hasta 1944, y otra vez a partir

V. GOBIERNO PROVISIONAL Y REVOLUCIÓN

Guiteras conoció la caída de Machado en el campo, cerca de Bayamo. Se presentó en Santiago el 13 de agosto y declaró que la lucha debía continuar, derrocar al nuevo régimen y establecer un gobierno revolucionario. Mantuvo muy activa su organización, y estuvo una semana en La Habana, en contactos con Sergio Carbó y con algunos de los grupos conspiradores.³⁷ Como pasa cuando el orden de una

de 1952, el Día del Soldado era el 4 de septiembre, y una bandera “del 4 de septiembre” ondeaba en los cuarteles. Además, Batista fue el dictador barrido por el triunfo revolucionario de 1959. Todo esto hizo muy difícil valorar con justicia aquel evento histórico de 1933. Algunos testimonios de la época, la lectura de textos como *Foreign Relations of the United States, 1933*, y los análisis de Raúl Roa en su polémica de 1947 con Ramón Vasconcelos me asomaron en los años sesenta a una comprensión del significado histórico del 4 de septiembre, que traté de expresar en *Pensamiento Crítico* (1970). Sugiero ver “El alba de la efebocracia”, 2 de noviembre, de Roa (1950 [1947]: 203-210; 1966: 56-62).

37 Carbó les presentó a Batista y Mario Alfonso, de la Junta de los Ocho, y les informó que conspiraba con ellos, el DEU y las organizaciones Pro Ley y Justicia y ABC Radical. También se entrevistó Guiteras con Rubén de León, del DEU, y otros (Tabares, 1973: 227-228).

sociedad entra en crisis, nuevos nombres iban a aparecer pronto en la política cubana, y era natural que Guiteras estuviera junto a ellos. Su actuación, cualidades personales y posición antiimperialista le daban fama y prestigio como revolucionario. De regreso en Oriente, se reúne con miembros de diversos sectores revolucionarios, y se apresta a desatar una insurrección si la coyuntura es propicia. A inicios de septiembre publica en Holguín un manifiesto firmado por Revolucionarios de Cuba, nuevo nombre de su organización, muy explícito en sus afirmaciones contra el capitalismo y el dominio imperialista sobre Cuba, y en el cual esboza el país socialista que construirá la revolución.³⁸

38 En “Cuba Mediatizada”, dice el manifiesto, gobiernan “politicastros que desean entrarle a saco al Tesoro Nacional [...] comerciantes extranjeros [...] grandes bancos y empresas extranjeras, cuya cabeza es Wall Street”. La situación es de “depauperación de la gran masa del pueblo de Cuba, enriquecimiento de una minoría, cuya principal misión será dar satisfacción a los intereses extranjeros [...] predominio capitalista con la consiguiente expoliación del proletariado”. En “Cuba Revolucionaria” habrá “una Juventud dispuesta a soportar los más rudos trabajos” y predominará “la masa de obreros y campesinos nacionales”. Habrá “una situación económica sumamente difícil, pero pasajera”, y el

El nuevo régimen lo nombró delegado especial de Gobernación en la provincia de Oriente, una medida necesaria: Guiteras tenía numerosos seguidores armados y organizados, un gran prestigio y popularidad y una segura ideología radical. Podía enfrentar o disuadir de actuar a los abecedarios y viejos políticos, que eran fuertes en la provincia.³⁹ El 9 recibe un homenaje en un acto masivo en Holguín. Y el 10 está en el Gobierno Provincial, en Santiago, cuando se recibe una llamada de La Habana: el nuevo gobierno del Dr. Grau San Martín lo designa Secretario de Gobernación, e interino de Obras Públicas. Guiteras responde que no aceptará sin consultar con los revolucionarios orientales. Cita de inmediato al DEU, al Directorio del Instituto y a otros activistas. Les expone que es preferible que él se quede en Oriente, donde cuentan con algunos miles de hombres

país llegará a obtener “la prosperidad para los más, con estabilidad firme [...] la abolición de la Enmienda Platt [...]” y otras conquistas. Los fragmentos citados están en Tabares (1973: 230).

39 El día 7 estuvo en La Habana. Carbó, Jefe de los Departamentos de Gobernación, Guerra y Marina en la Pentarquía, le extendió el escueto nombramiento (Ver Tabares, 1973: 252). Toni conoció allí al pentarca José M. Irisarri, abogado y economista.

y armas, y mantengan una fuerte posición, que apoye al gobierno pero le exija llevar adelante las tareas de la revolución. Predomina la idea de que si ocupa el cargo puede garantizar el orden público y contribuir mucho a que el gobierno realice las reformas que necesita el país. Guiteras insiste, pero finalmente acepta.⁴⁰ Es despedido en Santiago, y el 11 lo reciben 5 mil personas en Holguín; a ellos y a los soldados del regimiento les pide apoyo para la política de cambios y antiimperialista que se propone impulsar. El 12 toma posesión (Tabares, 1973: 254-256), y declara: “seré firme defensor del Gobierno hasta tanto no se convierta en lacayo fiel del de Washington”.⁴¹

En los 4 meses siguientes, Antonio Guiteras fue el líder del ala izquierda del Gobierno Provisional presidido por Grau San Martín, heterogéneo y precario, pero defensor de la soberanía nacional y de la revolución, en sangrientas confrontaciones con la contrarrevolución interna y en su digna actitud frente al imperialismo norteamericano, su injerencismo

40 Testimonio de Luis Busch Rodríguez, en Reinaldo Suárez Suárez (2001: 25).

41 Tomado de sus declaraciones a *Luz* (La Habana), el 20 de enero de 1934.

y la Enmienda Platt; un gobierno muy notable por sus medidas legales favorables al pueblo, y en conjunto con un saldo positivo en la historia de las revoluciones cubanas. Guiteras realizó en esos meses una labor política trascendental, que dejó una huella formidable en el avance de las prácticas y las ideas revolucionarias en Cuba, y lo convirtió en una de las personalidades descollantes de nuestra historia. Pero otra vez aclaro que mi juicio sobre aquel gobierno y la actuación de Guiteras está basado en el análisis histórico. Cuando los eventos sucedían, su comprensión fue extraordinariamente oscurecida, e incluso tergiversada. Después, las valoraciones negativas o positivas anteriores a 1959 fueron muy afectadas por la condición de protagonistas políticos que mantuvieron Batista y Grau San Martín, y que tuvieron después Eduardo Chibás y Carlos Prío, y la relevancia alcanzada por otros actores del drama de los “cien días”.⁴² A la posteridad de Guiteras después de 1959 me referiré al inicio de este trabajo.

Aquel Gobierno no tuvo un solo día de tranquilidad. Estados Unidos, metrópoli neocolonial que había gozado de un control económico y político inmenso sobre el país durante 35 años,

42 Como Raúl Roa y Blas Roca, entre otros.

y de una influencia ideológica extraordinaria, no aceptó su existencia y lo combatió en todo momento, con todos los medios a su alcance en aquella coyuntura. Fue el único gobierno cubano anterior a 1959 al que no le extendió su reconocimiento, aunque no rompió relaciones, para ejercer más fácilmente su injerencia y sus ataques a la soberanía cubana. El propio presidente Roosevelt negó el reconocimiento en una prepotente declaración oficial.⁴³ Estados Unidos conspiró abiertamente con los politiqueros, el ABC y demás “mediacionistas”, y con todos los factores que podían servirle contra el gobierno cubano. Welles venció rápidamente el rechazo que debe haberle inspirado el nuevo jefe del Ejército, un sargento mulato de clase baja; lo trató y lo captó con promesas que crecían según

43 Ver la correspondencia con su gobierno de los embajadores B. S. Welles, que partió el 13 de diciembre, y Jefferson Caffery, su sustituto a partir del 18, en *Foreign Relations...* Selecciones en: Pichardo (1980 [1973]: 29-36, 112-140, 253-260, T. IV). La “Declaración de Warm Springs”, de Roosevelt, de 23 de noviembre, invocaba derechos de Estados Unidos sobre Cuba, decidía que el Gobierno de Cuba carecía de aprobación del pueblo, y de modo chantajista aseguraba que su país discutiría un nuevo tratado comercial con “cualquier gobierno [...] que tenga el apoyo popular” (Pichardo, 1980 [1973]: 109-110, T. IV).

comprendía que el poder de aquel joven era real, mientras el de los viejos políticos y los oficiales de casta ya nunca volvería. La necesidad del yanqui y la ambición del nuevo coronel se unieron, y Jefferson Caffery ahondó mucho más las relaciones, hasta desembocar en el apoyo total al golpe del 15 de enero de 1934.

Cuba y los cubanos estaban cambiando mediante su revolución; Estados Unidos apenas comenzaba a modernizar su política latinoamericana, del “gran garrote” al “buen vecino”. Ni una ni otro habían completado sus cambios. Welles –un “colonial”, con actuaciones nefastas previas en República Dominicana y Colombia– muestra su soberbia y es más mentiroso que lo esperable en sus informes al Dpto. de Estado; el Secretario Hull parece haber tenido una posición más moderna que él en la cuestión cubana. Para las clases dominantes y sus clientes lo central de las relaciones bilaterales no era “tumbar a Machado”, mucho menos abolir la Enmienda Platt, sino reanimar el comercio y acordar un nuevo tratado de reciprocidad menos desfavorable para Cuba; esa es la promesa, la exigencia, la materia de negociaciones. Pero Welles debía “pacificar” al país, como toca al enviado de una metrópoli.

La revolución fue la que modificó su solución, y enseguida impuso una nueva situación política que exigiría la abolición de la

Enmienda y más soberanía cubana. Pero es impensable que los actores políticos importantes de 1933-1934 no estimaran imprescindible contactar con el embajador norteamericano; para muchos de ellos, una política cubana solo era viable si llegaba a algún tipo de acuerdo con Estados Unidos. Los verdaderos avances fueron que el Gobierno Provisional no reconoció a la *Constitución* de 1901 ni su Apéndice,⁴⁴ que el presidente Grau no hizo concesiones a Estados Unidos, y llegó a plantearle a Roosevelt que sacara a Welles de Cuba,⁴⁵ y que un hombre tan prominente en el gobierno como Antonio Guiteras fue expresamente opuesto al imperialismo en todo momento, y no le hizo ni un gesto dirigido a intercambios o negociaciones.⁴⁶

44 El Gobierno Provisional promulgó el 14 de septiembre unos Estatutos para guiarse y llenar el vacío constitucional. “[...] mantendrá sobre todo la absoluta independencia y soberanía nacionales [...]” decía el artículo 1º (Pichardo, 1980 [1973]: 59, T. IV).

45 Ver el enérgico y digno mensaje de Grau a Roosevelt, en Pichardo (1980 [1973]: 107, T. IV). “Visionario e impráctico”, le llama Welles a Grau en el informe de la primera entrevista que tuvo con él (17 de septiembre); desconcertado, le llama “insincero” y “figura decorativa” en diciembre.

46 Guiteras solo tiene algunos contactos oficiales, en

El Gobierno Provisional no era hijo de la victoria de una fuerte fracción política, sino de una singular coincidencia de factores. Primero la situación que hemos descrito, en la cual las instituciones y el prestigio del orden establecido cayeron en una profunda crisis y descrédito, sin que el gobierno de Céspedes-Welles tuviera ninguna posibilidad de restablecer el orden. Segundo, el motín de los sargentos, cabos y soldados, uno de los movimientos sociales más interesantes de nuestra historia. Miembros de una estructura acostumbrada a la rigidez y verticalidad, pero subalternos en ella y sujetos al desprecio de una casta de oficiales, fueron sin embargo capaces de una actuación consecuente y organizada a escala nacional, y aprendieron a desarrollar su institución, el llamado Ejército Constitucional. Tercero, la alta conciencia política que la revolución promovió y el sesgo que tuvo al final del Machadato, cuando el antiimperialismo se expandió tanto y se convirtió en la opción de los que aspiraban a cambios profundos y a la soberanía nacional plena. Cuarto, la unión de la necesidad de un referente político que tenían los sargentos y el trance político

los cuales se muestra muy desafiante y defensor a ultranza de la soberanía nacional.

del DEU, a la cual se sumaron personalidades disímiles –como Carbó o Guiteras– y grupos más o menos radicales.

Los coincidentes de los “cien días” no tuvieron, por consiguiente, un cemento ideológico y organizativo que los uniera, ni habían librado juntos combates previos, ni tenían muchas afinidades sociales o de proyectos que los acercaran. El nacionalismo –la ideología más fuerte de la primera república– sí estaba a su favor. Pero las luchas por la justicia social habían adquirido una magnitud y una virulencia enormes que hacía muy difícil la gobernabilidad, y sus movimientos no tenían confianza en las autoridades y sus agentes, o estaban francamente opuestos al nuevo gobierno.

La contrarrevolución cubana tampoco descansó nunca. La carta principal de los viejos políticos y del ABC, con mucho, era la intervención norteamericana; en ella confiaban, o se impacientaban y rogaban, y se coaligaban para ser más fuertes o se ponían zancadillas entre sí, para ser los elegidos del embajador. Pero tanto ellos como un sector de la oficialidad militar depuesta conspiraron desde el primer momento, y apelaron a la violencia. Los dos momentos cruciales de los enfrentamientos armados con la contrarrevolución fueron el combate del Hotel Nacional (2 de octubre) y el alzamiento

en La Habana del 8 y 9 de noviembre.⁴⁷ Lo cierto es que después de esta última victoria del Gobierno, la contrarrevolución no consiguió rehacerse para luchas armadas. Su esperanza tuvo que ponerse en que Estados Unidos cooperara a los jefes del nuevo ejército, y que este –en vez de batirlos– les cediera al menos una parte de los gajes del poder.

La legitimidad y la existencia del Gobierno Provisional eran atacadas entonces desde diferentes posiciones. La historia detallada de esos cuatro meses contiene docenas de reuniones de dirigentes y notables, miembros del gobierno y de la oposición, o afines a ellos, y de reuniones de muchos de esos dirigentes y notables con el

47 El ejército, auxiliado por milicianos, atacó durante todo el día hasta forzar a rendirse a unos 400 oficiales sacados del Ejército por el 4 de septiembre, que ocupaban armados el Hotel Nacional; murieron unas 100 personas. La madrugada del 8 de noviembre comenzó la insurrección contrarrevolucionaria de parte de la aviación y la policía, algunos militares, el ABC y otros grupos menores. Bombardearon y atacaron Columbia, donde fueron derrotados, ocuparon estaciones de policía y edificios públicos. En los combates a lo largo del día 8, soldados y civiles revolucionarios recuperaron las instalaciones, y unos mil contrarrevolucionarios se concentraron en el castillo de Atarés. El 9 fueron cañoneados y atacados hasta su rendición por la tarde. En estos hechos murieron más de 500 personas.

embajador norteamericano, en las que se discute si el presidente debe continuar o renunciar y establecerse un nuevo gobierno, quién lo presidiría y cómo se escogerían sus componentes, u otras soluciones. Se negocia o se trata de neutralizar a los contrarios, se conspira abiertamente o en secreto, y se forman o disuelven fracciones. Pero en el mismo seno del gobierno hay fuerzas discordes, y otras que apenas conviven; crecen dentro de él las vacilaciones, frente a la enemistad imperialista y el oportunismo del jefe del ejército. En suma, es difícil imaginar al equipo del gobierno Grau viéndose a sí mismo con espíritu de cuerpo y portadores de un proyecto común, y esto hace más loables la actitud y las acciones de Guiteras, que debe haberse comportado unas veces como si formara parte de un grupo homogéneo y radical, otras haber presionado al presidente, al coronel Batista y a otros compañeros suyos a actuar como si lo fuesen, y también debe haberse angustiado ante barreras infranqueables y presenciado acciones u omisiones opuestas a sus ideales, aunque sin aprobarlas.

Ramón Grau San Martín era sin duda un nacionalista, y también es indudable que no era un revolucionario. Profesional de renombre, supo ser cívico frente a Machado cuando sus colegas no lo eran, y asumir las consecuencias. Vuelto del exilio, lo saca de su casa el DEU directamente

a la presidencia de la república, cuando esta se debate en la crisis más honda y violenta que ha padecido. Si recordamos que no tenía militancia previa ni ideas radicales, y era 20 años mayor que la mayoría de sus compañeros en aquella aventura, opino que Grau no hizo un mal papel. Fue radicalmente antiplattista y defendió con dignidad a su país frente al imperialismo, se mantuvo en todas las coyunturas difíciles y aun peligrosas, y aunque siempre decía estar dispuesto a renunciar, ocupó el cargo hasta que fue depuesto. No supo ser firme hasta el final frente a Batista, seguramente deseaba que Guiteras no fuera tan radical, y compartía los prejuicios contra el comunismo que estaban tan extendidos en las clases medias. Gozaba de una popularidad extraordinaria al salir de la presidencia y al exilio.

Después, Grau San Martín capitalizó en su provecho personal como político los hechos reales y el aura revolucionaria de “los cien días”, es decir, la obra de gobierno, el antiimperialismo de masas y la gran rebelión de trabajadores. Cómo fue él –y no otros luchadores que poseían los derechos históricos que él no tenía– quien pudo apropiarse de aquella parte de la herencia maravillosa dejada por el pueblo en revolución y por Antonio Guiteras, en cuanto le convenía a su posición y sus intereses, cómo en la década que siguió a 1935 logró Grau encarnar el polo

del civilismo frente al militarismo, una disputa ideológica que constituyó uno de los reduccionismos de la conciencia de la etapa postrevolucionaria, cómo llegó a encarnar las esperanzas populares y convertirse en el más destacado político de la dominación burguesa de la segunda república, son interrogantes de otra profundización necesaria en la historia de Cuba.

La fuerza más orgánica dentro de aquel poder, y que a la postre resultó decisiva, fue el Ejército. Fulgencio Batista desbancó desde el inicio a Pablo Rodríguez, y en pocos días logró que las clases y soldados del país lo reconocieran como jefe, y que Carbó lo promoviera; fue logrando controlar a sus compañeros promovidos a jefes de Distritos y otros mandos, y también a la Marina. Procedente de un sector rural humilde y soldado de fila desde 1921, había obtenido una plaza de sargento a partir de sus estudios de taquígrafía y mostrado simpatías antimachadistas. Batista tenía sin duda cualidades personales que lo ayudaron mucho, frente a sus obvias desventajas sociales y la consecuente renuencia que habrán tenido muchos a darle una importancia real.⁴⁸ No se sentía revolucionario, pero su

posición la debía al Gobierno Provisional, y él y la tropa septembrista necesitaban que jamás volvieran a tener poder los antiguos oficiales. Estar al frente del Ejército le dio a Batista una carta de valor excepcional, porque los empresarios de todo el país temblaban ante la furia de los huelguistas, el radicalismo político podía intentar destruir el sistema de dominación, la oposición burguesa estaba inerte y Estados Unidos necesitaba con urgencia un partido cubano del orden. Batista y Welles se entendieron pronto: desde el 21 de septiembre el cubano aseguró que combatiría el comunismo y hablaron de cambio de gobierno. Lo cierto es que las fuerzas armadas pronto dieron pasos represivos o que demostraban parcialidad hacia los patronos, al mismo tiempo que defendían firmemente al Gobierno Provisional en los sangrientos combates de octubre y noviembre.

Si a la situación de gran crisis política y rebelión social que estaba viviendo Cuba – que incluía casos de confraternización entre

48 “Batista es astuto, está tramando algo contra nosotros. Yo no digo que es un sinvergüenza, porque con eso no he dicho nada. Si solo pienso así no me es po-

sible aclararle a nadie quién es Batista, ni siquiera a mí mismo. Trato de analizar hasta dónde puede llegar, qué pretende en verdad”. Guiteras, a su hermana Calixta (Torres, 1983; citado en Briones Montoto, 2005: 193). Unas valoraciones muy interesantes, de marzo de 1935, en De la Torriente Brau (1960 [1935]).

huelguistas y soldados, o por lo menos negativas a reprimirlos— le sumamos que la institución militar había estallado desde dentro por un motín general, llama mucho la atención que entre septiembre de 1933 y enero de 1934 no hubo fracciones autónomas de militares radicales. A pesar de su línea política, el PC no parece haber tenido un trabajo apreciable en las fuerzas armadas, y tampoco las demás organizaciones revolucionarias. Guiteras sí tuvo una activísima política de captación y concientización de militares —con algún éxito en la Marina—, a la vez que intentó organizar formaciones armadas que respondieran a la revolución y no a Batista, desde septiembre hasta la caída del Gobierno Provisional; mantuvo esa política hacia las fuerzas armadas en su estrategia de los 16 meses siguientes,⁴⁹ aunque siempre subordinada a la formación de una organización político militar popular.

Un balance de septiembre de 1933 a marzo de 1935 mostraría que en el instrumento militar de la dominación en Cuba sucedió una indiscutible democratización, promovida desde abajo y con protagonistas de origen popular,

en medio de una revolución; pero esta no logró sacarle provecho, aunque cierto número de militares actuó, conspiró o simpatizó con los revolucionarios. La institución militar se tornó una corporación que satisfizo sus demandas inmediatas y las amplió mucho, sin adquirir una conciencia política de mayor alcance, y sus jefes la pusieron primero a restablecer el orden social, y después al servicio de la contrarrevolución, para obtener pingües beneficios personales y garantizar la permanencia de la nueva institución y sus ventajas.⁵⁰

El grupo civil de mayor peso era el del DEU, por su gran prestigio nacional, por haber sido el que le dio funciones y legitimidad políticas al movimiento de las clases y soldados, y por mantener una posición firme y cierta organicidad dentro de sus marcos ideológicos de movimiento estudiantil de lucha “puro”, antiinjerenista y patriota. El DEU le cerró el paso a los agentes de la vieja política en la Pentarquía y promovió a Grau San Martín —sin duda, la mejor elección—, proveyó colaboradores valiosos a Grau y presidió la Agrupación Revolucionaria, dio realmente el ejemplo moral de no querer ministerios ni cargos administrativos después

49 Para el tiempo de Joven Cuba, ver Tabares (1973: 444, 462-466, 500-501).

50 Sobre este tema, ver Cabrera (*op. cit.*, pp. 325-328).

de 30 años de república corrupta, y no se enfrentó a Guiteras, aunque no se alió con él. A mi juicio cometió el gravísimo error de no ser eficaz y consecuente como actor político después de haberse metido en la política de un poder revolucionario. Víctima de su propia naturaleza, se disolvió después de recibir críticas estudiantiles, y de la borrascosa reunión de la Agrupación el 3 de noviembre, en la cual Batista fue acusado de traición por sus relaciones con Welles y Grau dejó pasar la oportunidad de deponerlo. El 6 de enero de 1934 una asamblea estudiantil universitaria retiró todo apoyo al gobierno Grau, por someterse al predominio militar, a la vez que condenaba a la contrarrevolución y el imperialismo. En febrero de 1934, los miembros del DEU leales a Grau participaron en la fundación del Partido Revolucionario Cubano (Auténticos), el primer partido político nuevo de la segunda república.

Consciente de su carácter provisional, desde septiembre el Gobierno prometió convocar una Convención Constituyente ante la cual declinaría sus poderes. Fijó el 22 de abril de 1934 para su elección, pero la oposición se negó a participar. Al inicio del año Batista convino en secreto la deposición del gobierno con los jefes de los distritos militares. Caffery le dio todo su apoyo, Mendieta pidió la renuncia a Grau y

solicitó al embajador el respaldo yanqui; el viejo político era el preferido por Batista. En realidad, necesitaron numerosas entrevistas y reuniones, porque la Agrupación Revolucionaria rechazaba al politiquero liberal, y una parte de ella no accedía a la salida de Grau; la Marina tampoco aceptaba a Mendieta. Finalmente, Batista los forzó a aprobar la dimisión de Grau el 15 de enero, pero ellos designaron sustituto al Secretario de Agricultura, Carlos Hevia, mientras el ejército ametrallaba a una multitud que vitoreaba a Grau junto a Palacio. La mayor parte de la oposición no aceptó a Hevia, que renunció la madrugada del 18, en carta a la Agrupación; esta se negó a escoger un nuevo presidente, pero el Ejército hizo público su pacto del día 2 para designar a Mendieta. A través de unos trámites ridículos, ese día pusieron en la presidencia a Carlos Mendieta. Batista y Estados Unidos habían logrado liquidar la experiencia de gobierno independiente cubano iniciada el 10 de septiembre anterior.

VI. REBELIÓN SOCIAL Y REVOLUCIÓN POLÍTICA

No narraré aquí las acciones de Guiteras como Secretario de Gobernación, Guerra y Marina

durante el Gobierno Provisional, ni en sus últimas semanas, cuando su papel personal se acrecentaba mientras el gobierno iba hacia su crisis final.⁵¹ Tampoco intentaré hacer un análisis de conjunto de su estrategia, y las características y el significado de esas acciones suyas. Hacerlo exigiría extender este ensayo todavía más –y ya es muy largo–, pero hay otra razón. Mi tema puede sustentarse con lo que hasta aquí he expuesto, más un acápite final en el que partiré de las valoraciones que hizo Guiteras acerca de aquel gobierno y su actuación en él, y las ideas que expuso acerca de la revolución en Cuba, en escritos publicados en los primeros meses de 1934. Cuando recibe la llamada en Santiago de Cuba pidiéndole que se integre al nuevo gobierno, la concepción social, los ideales y la posición política de Guiteras ya están definidos, y pueden analizarse respecto al socialismo cubano. Como parte de un poder político, realizará una experiencia práctica singular en nuestra historia, tratando de crear realidades, exigencias y motivaciones a favor del socialismo en Cuba. Durante otros 16 meses en que combate la contrarrevolución,

51 Ver sección “Cronología” (Martínez Heredia, 2012) en la que se detallan esas actividades de Guiteras.

defenderá la necesidad de conquistar el poder mediante la guerra revolucionaria, para hacer un socialismo cubano, y creará con ese fin una organización político militar que tuvo miles de miembros y un programa socialista. Mi acápite final solo pretende reafirmar la tesis de que Antonio Guiteras es uno de los fundadores del comunismo cubano.

Para completar el bosquejo de las fuerzas actuantes y el entramado histórico de la crisis revolucionaria me falta un aspecto que es de suma importancia para el tema de Guiteras y el socialismo cubano: el curso de la protesta social de los trabajadores y de la población más empobrecida y pauperizada en 1933, y en relación con ella, la actuación del partido político que trataba de representar y guiar al proletariado.

En el segundo semestre de 1933 Cuba entera hervía de desobediencia al orden establecido, a un grado que nunca había conocido la república. La ola de huelgas, tan combativas durante la zafra, continuó en el verano, se exacerbó con la huelga general de agosto, pero no terminó con la caída de la dictadura. En el mes que siguió al 12 de agosto la situación alcanzó proporciones de verdadera rebelión social a todo lo largo de la isla. Ella tenía una fuerza de masas muy superior a las capacidades organizativas y los hábitos de los sindicatos,

y en numerosas zonas estos no existían, por lo que florecieron por todas partes formas de organización emergentes de las necesidades de los propios movimientos. Los Comités de Huelga elegidos por los participantes eran los protagonistas de la rebelión; junto a ellos se formaban Comités de Auxilio, para ayudar en cuanto a subsistencias a las familias de los huelguistas –y en muchos casos a la población en general–, y también de autodefensa, los “comités de estaca” y otros grupos armados de palos, machetes y algunas armas de fuego, para defenderse, enfrentar resistencias y presionar mejor. Los desocupados, que eran legión por todas partes, se unían a los trabajadores, y en muchos casos también pequeños agricultores y colonos pobres y medios, artesanos y vecinos de las comunidades. Ante la confianza que les brindaba esta ofensiva general, las demandas de los huelguistas aumentaron mucho. Las más usuales eran salarios mínimos y alza de los existentes, ocho horas de trabajo, otras medidas de beneficio social y reconocimiento de los nuevos sindicatos.⁵²

52 Mesa Ejecutiva de CNOC: “Por pan y libertad” (12 de septiembre) y IV Congreso de Unidad Sindical, “El movimiento obrero de 1925 a 1933”, ambos en: *Pensamiento Crítico* (1970: 184-188, 192-195). Ver IHMCRCSC

En numerosos lugares apareció una nueva forma de lucha, ocupar las empresas y sus dependencias, y también surgieron nuevas ideas: que los trabajadores tenían derecho a tomar medios de los patronos y servirse de ellos. En algunos lugares se llegó a sacrificar reses para las familias, e incluso asignar parcelas para sembrar. El teatro principal del movimiento era la rama azucarera –la principal de la economía–, pero había huelgas y ocupaciones en el tabaco, el café, las minas; y la multitud de huelgas abarcaba el transporte, textiles, portuarios, del comercio y muchos otros. Treinta y seis centrales azucareros fueron ocupados por sus trabajadores, y en muchos casos sus ferrocarriles, almacenes, oficinas, bateyes y subpuertos. Los administradores de los centrales eran sitiados por los obreros –aunque fueran norteamericanos–, y obligados a aceptar las demandas. Activistas y gente común transitaban por todas partes y tomaban decisiones, pero no destruían las instalaciones. Soldados y policías confraternizaron con los huelguistas y las demostraciones públicas en varios lugares,

(1977: 404-406, 416-419, 428-430, 461-464, 624-629) y, también, Foreign Policy Association (1935: 200-221 Cap. VIII; 230-235, Cap. IX).

y en otros se negaron a reprimirlos.⁵³ El poder y sus normas perdían realidad durante días o semanas en las zonas en las que era mayor la combatividad. El temor invadía a los grandes empresarios, los líderes de la clase dominante y los imperialistas, porque a la acción de los trabajadores que se salían de su control y les perdían el respeto se unía la quiebra de las instituciones del sistema y la fuerza de los movimientos populares en rebeldía.⁵⁴

Para comprender mejor las acciones de Guiteras en el Gobierno Provisional, las reacciones frente a ellas y sus condicionamientos, es esencial conocer los rasgos principales y el alcance de esa rebelión social, más aún cuando los partidos políticos del sistema habían sufrido una bancarrota, e incluso fueron disueltos por decreto de aquel gobierno. Es necesario

53 El 21 de agosto los trabajadores tomaron el primer central, el “Punta Alegre”, un enclave al noroeste de Camagüey, y sitiaron a su administrador. Un piquete de soldados enviados al central se negó a actuar contra ellos. Finalmente, su jefe le ordenó a los soldados formados que dieran tres vivas a la huelga, y se marcharon. Testimonio de un obrero a Martínez Heredia (1975).

54 Whitney (2001: 107-110) expone esta situación, y ofrece muy interesantes informes de responsables en Cuba de grandes empresas yanquis.

examinar los actores, y distinguir entre ellos. Y entre los datos indispensables para analizar la rebelión social están las posiciones ideológicas que tuvieron los implicados, es decir, el lugar que tuvo esa rebelión en sus ideas, sensibilidad y creencias, porque ellas motivaron sus actuaciones. Solo como ilustración, me asomo a los hacendados azucareros, en un comentario que no tiene en cuenta sus grandes diferencias internas en cuanto a medios económicos, financieros y relaciones, su Asociación y otras cuestiones.

Los grandes empresarios del azúcar atravesaron una situación de real miedo, seguramente más agudo en los norteamericanos –productores de dos tercios de todo el dulce en 1934–, que podían palpar el repudio obrero a la vez que sentir el antiimperialismo popular. Se había roto el orden férreo que la primera república les aseguró durante tres décadas, con sus guardias rurales, instituciones, guardajurados y cierta extraterritorialidad e impunidad de las empresas frente al orden legal cubano, el orden que les había permitido descargar la caída de precios y ventas, y la crisis económica general, sobre los trabajadores y sus familias. Por consiguiente, se les impondrían límites o disminución de sus ganancias, y corría riesgos la integridad de sus propiedades. En la evolución de la rama y sus problemas durante el Machadato

se habían forjado lazos corporativos y también divisiones, tanto entre hacendados y colonos como en el seno de cada uno de los sectores; la intervención estatal había aumentado sensiblemente, y también las contradicciones con la política económica de Estados Unidos. La gran crisis económica todavía estaba en su apogeo, y lo afectaba todo. La necesidad de revisar la “reciprocidad” entre la metrópoli y su neocolonia era imperiosa, y tanto en el campo económico como en la política de la dominación esa necesidad aparecía en todos los argumentos, chantajes, presiones y negociaciones. Pero de pronto los trabajadores y la gente de abajo, en un acto de suprema impertinencia, destrozaban el orden en el centro productivo del sistema, y mostraban el feo rostro de la lucha de clases.

Las exigencias de un intervencionismo militar de Estados Unidos, o de una presión tal que cumpliera el objetivo de restablecer el orden anterior de la dominación, y las demandas a cualquier gobierno cubano de que impusiera el orden sin detenerse ante los medios para lograrlo, debían ser las reacciones naturales de los empresarios y sus constelaciones sociales, y en general de la clase dominante y sus clientes.⁵⁵

55 El 29 de agosto, “30 de los más prominentes hom-

La rebelión social debía terminar. Pero ahora confrontaban una situación totalmente nueva y diferente. Cuba estaba viviendo una revolución política muy profunda y el orden general de la dominación se había resquebrajado totalmente después del 4 de septiembre. Los medios represivos habían quedado fuera del control de la burguesía y el imperialismo, y el nuevo Gobierno resultaba hostil: establecía el jornal mínimo y la jornada de ocho horas, protegía y organizaba a los colonos, legislaba a favor de los centrales pequeños y de la propiedad azucarera nacional, pretendía ser el árbitro de los pleitos y convenios entre patronos y trabajadores, cuyos intereses declaraba igualmente atendibles.⁵⁶ Las circunstancias no aconsejaban a

bres de negocios americanos en Cuba [me] expresaron su preocupación por la inquietud social y obrera”, y su creencia de “que agitadores comunistas ‘a sueldo de Rusia’ están aprovechando esta oportunidad para planear la instalación de un régimen comunista” [Welles a su gobierno, en Pichardo (*op. cit.*, p. 566, T. III)]. Después del 4 de septiembre los grandes capitalistas se angustian, recaban medidas de fuerza a Estados Unidos, tratan de hacer exigencias al nuevo gobierno, pero van aprendiendo que deben actuar en la nueva situación, negociar y confiar en una nueva coalición, de Estados Unidos de Roosevelt con el coronel Batista.

56 Para el conjunto de este tema azucarero y sus impli-

Estados Unidos apelar a la intervención militar abierta. No era posible imponer el orden a sangre y fuego. Por consiguiente, la actitud ante la rebelión social tenía que ser compleja.

Represión combinada con concesiones económicas, neutralización para impedir que los huelguistas y resistentes pasaran al campo de la batalla política contra el sistema de dominación, medidas legales que estabilizaran la situación y reconocieran algunos cambios, derechos sociales y organizaciones de trabajadores, tal podría ser un buen repertorio de recetas.⁵⁷ Pero creer que esas lógicas pueden sustituir a la vida es condenarse a no entender los hechos históricos. La materia misma de lo que sucedió fue hija de lo que pudieron dar de sí las políticas, las visiones y las acciones concretas de los contendientes, y las pasiones que los animaron. Por ejemplo, los dos embajadores norteamericanos, a pesar de estar sobre el terreno, solo ven y ansían la necesidad de volver

caciones sociales y políticas, ver Zanetti (2004: 128-146).

57 El cap. IX de Foreign Policy Association 1935 (*op. cit.*, pp. 220-241) aborda la política laboral del gobierno contrarrevolucionario de “concentración nacional” en 1934. Una relación interesante de las medidas estatales tomadas en el campo laboral entre 1933 y 1939 puede verse en Sandoval (1952: 408-439, T. IX).

al imperio del orden.⁵⁸ Y Ramón Vasconcelos, brillante periodista y político al servicio de la reacción, constata en Toni una incomprensible inclinación al mal.⁵⁹ Guiteras trataba de *ir más allá* de lo que el régimen en el cual era ministro podía dar de sí, de forzarlo a ser instrumento de una revolución que devendría anticapitalista y antiimperialista si se desarrollaba y se fortalecía, y para eso ponía en el centro la acción política. Las medidas legales que hizo aprobar en materia social eran todas acciones políticas, de una política dirigida a darle más alcance

58 Tan tarde como el 10 de enero de 1934, escribe Caffery al State Department: “Estoy de acuerdo con el ex embajador Welles en cuanto a la ineficiencia e ineptitud del gobierno de facto y en cuanto a lo impopular que es entre las mejores clases del país. Solo lo apoyan el ejército y las masas ignorantes engañadas con promesas utópicas”. Y continúa su informe con toda una página en la que sus prejuicios sustituyen a los datos y los criterios que su empleo le obligaría a comunicar.

59 “Cada vez que el país empieza a respirar y alentar alguna esperanza de conciliación y apaciguamiento, Tony hace una de las suyas para demostrar que no ha terminado su obra demoledora [...] cuando Grau anunció su propósito de facilitar el retorno a la normalidad [...]. Tony sacude con estrépito la cacharrera de Gobernación y se lanza atolondradamente contra alguien o contra algo [...]” (*El País*, La Habana, 1° de enero de 1934; citado en Cabrera, *op. cit.*, p. 273).

tanto al poder del Gobierno Provisional como a la rebelión social. Eran “como enormes martillazos, iban rompiendo lentamente esa máquina gigantesca que ahoga al pueblo de Cuba”, escribió meses después. Y sus múltiples gestiones en busca de alianzas con las organizaciones proletarias –a las cuales pide relacionarse, sin perder su independencia de clase, con un gobierno al que Guiteras llamaba francamente capitalista–, eran reclamos a que articularan su rebelión social con la revolución política en curso.⁶⁰ Entre Guiteras y la reacción había una oposición mortal. Entre su política y las medidas sociales aprobadas por Batista y Mendieta en 1934 y 1935 –en medio de una feroz represión– media la distancia inmensa que existe entre la revolución y la contrarrevolución.

Dos rasgos de la gran rebelión social expresaban límites evidentes: sus acciones tenían un gran componente espontáneo o un marco sectorial, y sus objetivos eran limitados, contraídos a demandas inmediatas. En Cuba, como en toda sociedad en que se desarrolla el capitalismo, las organizaciones de los trabajadores habían atravesado el largo proceso de coaliciones,

adquisición de identidad, represiones, huelgas, cooptaciones, gremios, sindicatos y federaciones, leyes y relaciones con el Estado; en ese proceso habían aprendido a presionar, luchar, negociar y hacer convenios. En cuanto a horizontes más generales, la conciencia de clase y los proyectos de los explotados y oprimidos habían sido muy dominados en el siglo XIX por la esclavitud y sus consecuencias y por la condición colonial del país. El independentismo y las guerras anticoloniales fueron determinantes como prácticas de unión nacional.

El nacionalismo fue la ideología fundamental de la primera república, imprescindible para que existiera y se mantuviera la nación cubana, pero contradictoria en más de un sentido dado el carácter burgués y neocolonial de la república (Martínez Heredia, 2002c: 118-147). Los intereses y las representaciones nacionales parecían chocar en ciertas situaciones con las demandas y las luchas de los trabajadores y de los no blancos, y llegaron a utilizarse contra ellos. El anarquismo y el anarcosindicalismo –que desdeñaban al nacionalismo– tuvieron una gran influencia en el desarrollo del movimiento obrero combativo cubano; se les acusaba de antipatriotas. Contra las demandas de los no blancos se esgrimía un ideal republicano “sin color”, de supuesta igualdad, y se les llegaba a tachar de racistas.

60 Ver, por ejemplo, las declaraciones de 16 de septiembre de 1933, en *El País* (La Habana); citadas en “A los obreros” (*Pensamiento Crítico*, 1970: 275).

Por otra parte, el horizonte reformista tenía un peso muy grande en el movimiento obrero. Estaba ligado a la acción de los patronos, pero a la vez a medio siglo de experiencias proletarias de organización, presión, negociación y convenios que habían ido obteniendo espacios y algunas mejoras para sectores más o menos amplios de trabajadores, casi siempre urbanos; el Estado republicano era un agente activo a favor del reformismo. La tradición radical tenía, entonces, hábitos de emprender duras batallas por sus demandas clasistas y desprecio por la política de los partidos; la reformista, hábitos de negociar y obtener mejoras inmediatas desde estructuras sindicales, más bien a la sombra del sistema y sin duras confrontaciones. Un dato que no debe olvidarse es que los trabajadores sindicalizados eran una minoría respecto al total de los asalariados. El liberalismo económico no admitía retos graves por parte de los movimientos sindicales, que pusieran en riesgo sus altas ganancias y la superexplotación del trabajo, por lo que había apelado siempre a la represión y la prohibición de organizarse en áreas estratégicas de su economía.

Pero el Machadato llevó el aspecto represivo de la dominación a niveles nunca vistos antes. El odio al gobierno, con justicia calificado de antiobrero, formó parte de la conciencia del

movimiento durante su rápido crecimiento en los primeros años treinta. En condiciones de ilegalidad, la penetración apreciable del comunismo entre los trabajadores favoreció mucho la multiplicación de fuerzas, como resultado de la organización, la conciencia de clase y visiones más amplias de los objetivos de la lucha (recordar la nota 29). El auge de las protestas y la rebelión social en 1933 fue azuzado por la miseria extrema y el hambre, pero tuvo como materia prima ideológica, organizativa y de objetivos pensables el acumulado cultural proletario al que me he referido. La cuestión central era si el movimiento sería capaz de dar saltos cualitativos en esos terrenos, que le permitieran sacar un provecho superior al violento crecimiento experimentado por sus acciones, y si sería capaz de articularse en alguna unión de lo social y lo político que llevara a la revolución contra el sistema.

Un hecho principal, a mi juicio, fue que los trabajadores y la gente humilde de Cuba demostraron en sus prácticas tener niveles de identificación de las opresiones y del enemigo, conciencia de sí mismos y disposición para actuar con audacia, muy superiores a las que le suponían los actores políticos en funciones, y los “cultos” en general. Huelguistas y resistentes utilizaron las formas de luchas ilegales de

masas con un entusiasmo, tenacidad y creatividad excepcionales. Apelaron a la tradición del sindicalismo revolucionario al elegir sus Comités en reuniones no legalizadas y preferiblemente durante una huelga, enarbolaron los símbolos nacionales, tan teñidos de ideología mambisa de la anterior revolución popular, y también símbolos de la tradición revolucionaria obrera y del bolchevismo, como banderas y brazaletes rojos, “La Internacional” o la palabra *soviet*. Juntos blancos y negros, nativos y extranjeros, mujeres y hombres, desempleados y trabajadores, exigieron respuesta y satisfacción a sus necesidades de sobrevivencia, pero también numerosas demandas laborales, y no dejaron de exigir la eliminación del machadismo, la Enmienda Platt y el intervencionismo yanqui.

Sin embargo, gran parte de los involucrados hacía sus primeras experiencias en organizaciones sociales de tanto alcance, y quizás las entendían solamente ligadas a las luchas que estaban llevando a cabo; las organizaciones sindicales o de otro tipo existentes no solían estar preparadas para llevarlos más lejos. Carente de fuertes representaciones de organización política ni de obtención del poder –como las había tenido el Ejército Libertador 38 años antes–, animado por un gran desprecio a los políticos

y “la política”, muy urgida la población pobre de encontrar algún remedio a la gran miseria en que estaba viviendo, el movimiento tendía a reducirse a la obtención de sus demandas inmediatas. Gran número de sus experiencias radicales se limitaron a movilizarse y romper el orden para exigir esas demandas, aunque siempre se ganaba en la tendencia a la permanencia de sindicatos, la opción militante de un buen número de activistas y la cultura de rebeldía que se adquiría.

En la segunda quincena de septiembre la ola gigantesca comenzó a decrecer, y en gran parte de los centrales azucareros fue porque las administraciones se allanaron a la mayoría de las exigencias; en octubre terminaron muchas ocupaciones, pero a fin de mes todavía se mantenían decenas de huelgas. Al mismo tiempo, comenzaba a sentirse la represión orientada por el coronel Batista; aunque esta todavía no podía ser muy amplia y eficaz. Los hombres al servicio del capital que estaban en las empresas comenzaron a comprender las limitaciones de la rebelión social en los últimos meses de 1933.⁶¹

61 “[...] el 23 de septiembre, Salvador Rionda, de la Cuba Cane Co., recibió informe de su oficina de La Habana, de que Batista le telefoneó a las 2 am, que estaba

Aunque en el conjunto del movimiento organizado de trabajadores había tendencias ideológicas y estructuras muy diferentes, y hasta opuestas, la izquierda venía avanzando, pero la ola de rebeldía de 1933 inclinó decididamente el movimiento a su favor. Las representaciones más importantes en aquel colosal desafío al viejo orden por parte de los más oprimidos tenían que ser de tendencia opuesta al sistema. Es necesario entonces analizar la actividad del partido político comunista, enemigo del sistema de dominación capitalista, que atribuía a la clase obrera un papel fundamental en su política práctica, su posición ideológica y su proyecto para la sociedad cubana, y que ejercía control político sobre la CNOC. Ruego recordar lo que expuse acerca del PC, sus características generales y sus condicionamientos, en el acápite II de este trabajo.

El auge incontenible del movimiento social desde fines de 1932 puso en tensión las fuerzas del PC, pero también toda su línea política. Ruego recordar lo que expuse acerca del PC,

enviando un gran contingente de soldados para retomar 'Manatí' de los obreros en huelga" (Whitney, 2001: 106). Sobre las valoraciones de la situación por parte de los funcionarios de la compañía en esos días, y los criterios del autor, ver Whitney (2001: 110-112).

sus características generales y condicionamientos, en el acápite II de este texto. La fundación del SNOIA fue un gran logro ante la zafra que comenzaba; en ella se multiplicaron las huelgas, la combatividad de los participantes y la creación de órganos de la protesta social. Pero el PC fue sometido a la situación absurda de aplicar un acuerdo del XII Pleno del Comité Ejecutivo de la IC, disolver en diciembre de 1932 el Departamento Sindical del partido y pasar sus tareas a las fracciones comunistas de la CNOC, compuestas en muchos casos por militantes de insuficiente o incipiente preparación, y en otros casos inexistentes. Esto desorganizó y atrasó el trabajo sindical y de organización de huelguistas del PC cuando más falta hacía, a tal punto que en mayo decidieron restablecer el frente sindical partidario (Rojas Blaquier, s/f: 174-175, T. I). La IC completaba su obstruccionismo con la orientación de no hacer ningún contacto con los "renegados", lo que entorpecía la actuación del PC con las bases de trabajadores. La línea sectaria de la IC, y sobre todo las acciones de su Buró del Caribe, fueron muy perjudiciales para el PC cubano a lo largo de toda la etapa crucial de la crisis revolucionaria en su país.

Un pequeño partido revolucionario clandestino, sometido a represión y con pocos cuadros

y recursos, enfrentó con gran coraje los meses de la Mediación, el final del Machadato y el semestre tremendo de la crisis revolucionaria, pero siempre a partir de sus ideas previas sobre la centralidad del movimiento obrero, el carácter de la revolución y la estrategia a seguir, y sin salirse de la rígida disciplina de la IC. No fue, sin embargo, sin descontento ni debates. Los dirigentes de órganos obreros pertenecientes a la izquierda política advirtieron con claridad problemas serios en el desarrollo del movimiento huelguístico, y el PC los discutió en sus instancias de dirección.⁶² Algunos documentos publicados atinentes a huelgas y ocupaciones del otoño de 1933 nos dan idea de

62 “[...] con el crecimiento de las luchas se nota la debilidad del reformismo que las masas van destruyendo sin que nosotros sepamos aprovecharlo”, decía José Antonio Guerra (*Matienzo*), miembro del Buró Político del CC del PC, en una Junta ampliada con la fracción de la CNOC; citado en Rojas Blaquier (*op. cit.*, p. 176). En reunión del CC de 18 de septiembre, Villena analizó algunas conquistas obtenidas para obreros y desempleados, el atraso relativo de las luchas campesinas, y opinó que la ocupación de centrales “no es una medida bastante eficaz si no se tiene el poder”, y que era preferible piquetear y rodear las empresas, y no tomarlas (Massón, 2006: 151-152).

esos problemas,⁶³ pero sobre todo las valoraciones del IV Congreso de Unidad Sindical de la CNOC y de la III Conferencia Nacional del SNOIA, celebrados en enero de 1934.⁶⁴

El PC realizó extraordinarios esfuerzos por ayudar al desarrollo de una rebelión social y encuadrarla en su línea, pero a mi juicio confrontó en aquella coyuntura varias insuficiencias, errores e imposiciones externas.

Primero, su conducción o influencia sobre un movimiento huelguístico que se radicalizaba cada vez más eran insuficientes, por los motivos referidos, y también porque muchos movimientos y acciones eran espontáneos, y en otros casos los protagonistas eran grupos u organizaciones lejanos al PC. Aunque hicieron avances, los comunistas no lograron

63 Ver “Informe sobre los resultados de la huelga de ‘Mabay’”; “Informe de la fracción comunista del SNOIA sobre la huelga de ‘Jaronú’ y ‘Cunagua’” y “Carta de un obrero del central ‘Senado’ sobre la represión contra los obreros azucareros” (IHMSRSC, 1977: 465-468).

64 Fragmento de “El movimiento obrero de 1925 a 1933” (*Pensamiento Crítico*, 1970: 193-197). Ver “Directiva del CC del PCC sobre el IV Congreso Obrero de Unidad Sindical” y fragmentos de las Resoluciones del Congreso (IHMSRSC, 1977: 481-484, 501-523, 545-552, 574-587) y “Documento de la III Conferencia Nacional del SNOIA” (*ibidem*, pp. 624-634).

implementar una política que los tornara capaces de cumplir un objetivo que les era primordial, en una circunstancia en la cual hubo incluso lugares en que se formaron células del partido por iniciativa local, sin contacto con la organización.

Segundo, el PC cometió varios desaciertos en sus orientaciones dirigidas a los trabajadores. El más sonado fue el llamado error de agosto, cuando accedió a la solicitud del tirano Machado –pocos días antes de su caída– de finalizar la huelga general a cambio de obtener las demandas obreras inmediatas. Los propios huelguistas rechazaron aquel despropósito, y el PC lo rectificó, pero el hecho en sí es un indicador político muy consistente.

Tercero, el error de absolutizar las demandas inmediatas de los huelguistas como el real objetivo a lograr. Argüían dos razones: a) los eventos políticos del 12 de agosto, el 4 de septiembre o cualquier otro que no fuera la victoria del proletariado, eran simples recambios de la dominación burguesa, sin ninguna importancia respecto a la lucha comunista y obrera, ya que todos los líderes y organizaciones implicados eran igualmente burgueses, imperialistas o servidores de ellos; b) el objetivo de realizar la revolución agraria y antiimperialista no estaba todavía a la orden del día. La primera, acorde

con el sectarismo vigente desde el VI Congreso de la IC, de 1928, fue un obstáculo formidable para la práctica política del PC, que le impidió analizar concretamente las sucesivas situaciones que se presentaron durante la crisis revolucionaria, identificar la diversidad de posiciones en pugna y hacerse juicios sobre cada una, y obrar del modo más conveniente a la causa y al partido, respecto a enemigos, actores ajenos y aliados potenciales. El día 5 de septiembre, cuando todavía la Agrupación Revolucionaria no había tenido oportunidad de actuar, ya la acusaban de estar al servicio del imperialismo y la burguesía.⁶⁵ El PC vio transcurrir el tiempo de la rebelión social, y toda la compleja etapa hasta enero de 1934, sin tomar ninguna iniciativa diferente a su favor. El segundo argumento, sin embargo, contradecía una orientación de la IC: la profunda crisis económica que vivía el capitalismo hacía posible iniciar la “revolución

65 Al convocar a una gran manifestación para el Parque Central el día 7, la CNOOC acusaba al nuevo gobierno de querer pagar la deuda a los banqueros yanquis, explotar a los trabajadores y no satisfacer las demandas inmediatas de los soldados y marinos. “¡Abajo el nuevo gobierno “revolucionario...!” y “¡Viva el gobierno soviético de obreros, campesinos, soldados y marinos!”, eran dos de las consignas del manifiesto (IHMCRSC, 1977: 412-415, T. II).

soviética”, que lograría abreviar la primera fase, “agraria antiimperialista” –que glosé en el acápite II–, y los partidos comunistas debían lanzarse a realizar esa revolución. Es casi imposible desatar la madeja de aquellas orientaciones tan irreales, dogmáticas y más bien contradictorias. En junio el Buró del Caribe condena la iniciativa del PC de penetrar los grupos de alzados en armas contra Machado y tratar de convertirlos a su línea política, porque “es una grave desviación *putschista*” pretender que los campesinos tomen la tierra por la fuerza de las armas, ya que en Cuba no existe “una situación revolucionaria”; agregan que es incorrecto que el PC les hable de “liberación nacional”, en vez de “revolución agraria y antiimperialista”. Como en otros casos, la dirección del PC es sensible ante su realidad nacional, y discute o matiza las orientaciones de la IC, pero lo decisivo y perjudicial para su política es que las cumple.⁶⁶

66 Ver Massón (*op. cit.*, pp. 107-108). El 16 de junio, el Proyecto de Resolución de la II Conferencia Nacional del SNOIA –orientada por el PC– dedicaba un acápite a “Acciones conjuntas de lucha con las guerrillas de alzados”, que contenía propuestas concretas. Poco después de las críticas del Buró del Caribe, el Pronunciamiento del CC del PC de Cuba contra la Mediación caracteri-

Una delegación del Buró del Caribe permaneció en Cuba durante el segundo semestre. En el V Pleno del CC, celebrado a fines de agosto, le exigieron al PC formar *soviets* dondequiera que fuera posible, poderes revolucionarios locales que debían ir creciendo hacia la constitución de un poder soviético en el país; si no lo hacían, los tendrían por traidores y oportunistas. La oposición de Rubén Martínez Villena y otros dirigentes a esa consigna, que era tan ajena a la realidad como perjudicial para el avance ideológico de los comunistas cubanos en su propio país, motivó fuertes choques con los delegados de la IC presentes.⁶⁷ El Buró logró imponer su orientación.⁶⁸ Como una muestra de las omisiones

zaba así a los alzados: “Mientras las masas obreras y campesinas perecen pauperizadas por el hambre, y en la manigua se baten heroicamente en el cuadrilátero de Ciego de Ávila, Morón, Yaguajay y Sancti Spiritus, grupos de militantes de fila de la oposición burguesa, que están solos y engañados por sus líderes pero que empuñan las armas contra la dictadura sanguinaria de Machado [...]”. Ambos textos están en IHMCRSC (*op. cit.*, pp. 344-345 y 356).

67 Ver una detallada información sobre esos debates, y acerca de la actuación y las discusiones en la dirección del PC en todo el año 1933, en la obra reciente muy valiosa de Massón (*op. cit.*, pp. 135-144).

68 Ver “¿Qué son los *Soviets*? ¿Cuándo debemos or-

y distorsiones que ha sufrido entre nosotros el conocimiento de la Revolución del 30, se ha repetido hasta hoy la alabanza a la creación de *soviets* en varios centrales azucareros cubanos, sin manejar el hecho de aquella oposición que tuvo dentro del PC cubano.

Frente el motín militar triunfante y el establecimiento del Gobierno de Grau, llega una orientación directa de la IC: luchar por un gobierno obrero campesino, y a la vez eludir un enfrentamiento abierto con el imperialismo; Rubén la rechazó duramente en una reunión muy complicada.⁶⁹ Las semanas siguientes se sucedieron las directivas que ordenaban a la Sección Cubana de la IC organizar una huelga general, trabajar por la próxima implantación del poder soviético y no centrarse en la lucha antiimperialista, y también las reacciones de la dirección del PC cubano, en reuniones de duros debates con participación

de los delegados del Buró del Caribe. Una Conferencia de Emergencia “que sacuda al Partido” para que cumpla esa línea y sus tareas se celebra en tres sesiones entre Oriente, Santa Clara y La Habana, en noviembre y diciembre. A lo largo de esos meses finales de 1933 los informes de los “delegados” a sus superiores son invariablemente críticos de Villena y de la mayoría de la dirección del PC. Ven en ellos hostilidad o resistencia encubierta a cumplir las orientaciones, una línea oportunista, tendencias a no condenar totalmente al gobierno, incomprensión de la táctica que exige hacer concesiones al imperialismo sin cambiar la naturaleza agraria y antiimperialista de la Revolución, débil proletarización de la dirección, insuficiente lucha ideológica contra los trotskistas.⁷⁰ La acción interventora del Buró del Caribe también incluyó muy dañinas discusiones por su exigencia de que el PC

ganizarlos? ¿Cuáles son las primeras actividades?”, de septiembre de 1933 (IHMCRSC, 1977: 455-459, T. II).

69 “[...] como podía la Comintern ‘considerar que puede ser establecido un gobierno obrero y campesino que al mismo tiempo oculte la lucha antiimperialista’”, dijo Rubén, según el Acta de la reunión ampliada del CC del PC, 19 de septiembre de 1933. Ver Massón (*op. cit.*, pp. 150-153).

70 Massón (*op. cit.*, p. 160) sintetiza el informe del camarada Bell (pseudónimo de un delegado) del 3 de octubre, sobre la situación en Cuba: en el discurso de Villena ‘está oculta la línea oportunista’, al dirigir la discusión contra las directivas internacionales, por considerar que menoscaban la actividad de las masas y las apartan del enfrentamiento contra el imperialismo. Ver también Massón (*op. cit.*, pp. 161, 168, 172-73, y 174-175).

sancionara a Villena, por el “error de agosto” y por su “oportunismo”, pretensión que solo se depuso por el fallecimiento de Rubén.⁷¹

Cuarto, atrapado en sus contradicciones entre la centralidad de las demandas inmediatas porque no existen aún condiciones para la insurrección armada proletaria y la prosa candente de sus manifiestos que anuncia la inminencia de un gobierno soviético dirigido por el proletariado, las expresiones públicas del PC –y en general del pensamiento seguidor de la corriente comunista– resultan muy confusas. Más de una vez se aclara que la inminencia del poder soviético hay que entenderla en sentido histórico, pero la ausencia de tácticas políticas para el largo camino deja en el aire las formulaciones generales.

Quinto, al PC se le orientó no colaborar –mucho menos pactar una unidad de acción– con ninguna otra organización, y sí

denunciarlas a todas como servidoras de la reacción. La propia IC le hizo llegar el 18 de septiembre una orientación prohibiéndole hacer contactos “con los gobernantes”. En los meses siguientes se reiterarán la vigilancia y las críticas de los “delegados” de la IC para que se cumpla rigurosamente esa directiva. Cuando se habla de “frente único”, en realidad se orienta recibir a los miembros de fila de otras organizaciones que se convenzan de su error de pertenecer a ellas. Los no comunistas que “parecen revolucionarios” son los peores, porque pueden sembrar la confusión. El sectarismo es una política que garantiza contra toda contaminación, a costa de hacer estéril la política propia, y trae consigo un pensamiento que solo admite unas pocas certezas, establecidas previamente, y una necesidad permanente de excluir, junto a los enemigos reales, a “enemigos”, “renegados”, “desviados” y “embozados”.

Antonio Guiteras fue incluido por el PC entre esos enemigos de la revolución y servidores del imperialismo que fingen no serlo, a lo largo de todo el período del Gobierno Provisional y aun después. De nada valió su actuación –que es lo definitorio en un político– tan radical de enfrentamiento al intervencionismo imperialista y la contrarrevolución interna, sin hacer una

71 Juan “le escribe a ‘Arturo’ el 17 de diciembre: ‘por la línea oportunista de Rubén [...] se perdió el eslabón para volver a las masas a la lucha directa por el poder’” (Massón: *op. cit.*, p. 173). Ver el testimonio del dirigente comunista Blas Castillo, referido al V Pleno, en *Pensamiento Crítico* (1970: 197-199). Ver Massón (*op. cit.*, pp. 137-139, 164-166, 171, 172, 175-176) y Rojas (*op. cit.*, pp. 195-196).

sola concesión, y las medidas reales que tomó contra los monopolios yanquis.⁷² No tomaron en cuenta –o malentendieron– su acción sistemática a favor de los trabajadores, tanto en el campo de la legislación como en el de muchas medidas y actos concretos de apoyo y de estímulo a que actuaran desde su identidad proletaria, y sus exigencias de que las organizaciones sociales y políticas proletarias fueran reconocidas y respetadas. Desde el inicio de su gestión actuó en esa dirección, incansablemente, ayudado por un pequeño equipo.⁷³ Tuvo también

72 Por ejemplo, este hecho que fue público: “Habana. Diciembre 18, de 1933. 9:55 pm. -Por correo. -Alcalde Municipal de Puerto Padre.-Ratificando conversación telefónica con el señor Agramonte, digo a usted lo siguiente: Se puede incautar de los Centrales Delicias y Chaparra y todas las pertenencias de dichos centrales, como Planta Eléctrica, Almacenes, etc., punto. -Prepare dichos centrales para la próxima zafra. -Guiteras. -Sec.”. Del *Acta Notarial de Incautación*, 20 de diciembre de 1933, reproducida en Cabrera (*op. cit.*, pp. 496-500).

73 El 23 de septiembre firmó con Grau una declaración que establecía el deber del gobierno de mediar entre el capital y el trabajo, para balancear el interés de las empresas azucareras con los legítimos derechos de los trabajadores. Una semana después, el gobierno medió en el acuerdo entre el central “Francisco”, de la Cuba Cane, y sus obreros, los cuales obtuvieron diversas demandas y el reconocimiento de su sindicato. Ver Whitney (2001, 112-113).

una política hacia la masa inmensa de desempleados que había en aquellos momentos.⁷⁴

Desde que asumió la Secretaría de Gobernación, Guiteras intentó establecer vínculos permanentes con la CNOC y con el PC, a lo cual estos se negaron.⁷⁵ Llegó a convenir una reunión con Isidro Figueroa, Secretario General del PC, pero este no acudió.⁷⁶ Fueron

74 Gobernación pagaba comidas para desocupados, de su partida de gastos secretos. Guiteras ordenó un censo de desocupados el 19 de noviembre. Pensaba abrir empleos en procesos de transformación sencillos en La Habana, para fomentar exportaciones hacia América Latina (Cabrera: *op. cit.*, p. 280).

75 César Vilar –del CC del PC y Secretario General de la CNOC– y Joaquín Ordoqui, del CC, Secretario Organizador de la CNOC y Secretario General del Distrito de La Habana, rechazaron la propuesta de Guiteras de establecer un vínculo permanente (Tabares: *op. cit.*, pp. 180-199). Pedro Vizcaíno, combatiente destacado del DEU, Pro Ley y Justicia, TNT y Joven Cuba –donde fue miembro del CEC y Jefe Nacional de Acción en 1934–, contó que Guiteras, en sus primeros días en el cargo, fue a una reunión comunista y le pidió a Rosario (Charo) Guillaume, dirigente obrera, “la cooperación y la ayuda” del PC. Según Vizcaíno, el PC se negó, y César Vilar no quiso siquiera recibir a Guiteras (*Pensamiento Crítico*, 1970: 278). Sobre este tema, ver también Cabrera (*op. cit.*, pp. 280-284).

76 La reunión se iba a celebrar en el Hotel “Sa-

infructuosos sus intentos de formar cuerpos armados con comunistas y de que estos ocuparan plazas en la Policía, por negativas del PC.⁷⁷ A pesar de todo, Guiteras mantuvo sus iniciativas a favor de establecer nexos con el PC.⁷⁸ Tampoco hicieron caso al hecho de que, tanto en el seno del gobierno como en declaraciones públicas, Guiteras definiese abiertamente

ratoga”, pero los delegados en La Habana del Buró del Caribe le exigieron al PC que no se diera (Massón: *op. cit.*, p. 155).

77 Ramón Nicolau, miembro del CC del PC, contó a Tabares que Guiteras le ofreció al PC cien plazas en la Policía Nacional, a cuyo frente había puesto al revolucionario Mario Labourdette. Charo Guillaume le expuso a Tabares que Guiteras le pidió a ella coordinar con el PC la formación de una milicia obrera, con armas de su Secretaría. Joaquín Ordoqui rechazó esa iniciativa. Ver Tabares (1973: 280-299).

78 El edificio de Reina y Escobar en que estaban las Ligas Antiimperialista y de Pioneros –donde velaron las cenizas de Mella– era una de las propiedades de machadistas que Guiteras le había cedido al PC. Entre otras actuaciones suyas respecto al PC, Tabares expone que intentó que el comunista Filomeno Rodríguez Abascal fuera nombrado Secretario del Trabajo, chocó con Batista y los reformistas en defensa del sindicato tabacalero comunista y de César Vilar, y ordenó liberar a centenares de activistas obreros que el ejército había aprehendido. Ver Tabares (1973: 280-299).

sus criterios y su posición opuestos al capitalismo y el imperialismo, y a favor del socialismo, y fuera reconocido por amigos y enemigos como el líder de la izquierda en el heterogéneo Gobierno Provisional. Y eso no sucedía en tiempos normales, sino en medio de la crisis revolucionaria más profunda, en tiempos decisivos.

Se llegó a extremos absurdos, como plantear que Guiteras era el más peligroso miembro del régimen, precisamente por inclinar la política del gobierno hacia la izquierda y hasta por celebrar las normas sindicales de la Unión Soviética, y se utilizaron contra él los nefastos argumentos de la IC acerca del “*socialfascismo*” (Massón, 2006: 169 y 172). En vez de tratar de aislar a Batista cuando los trágicos sucesos del 29 de septiembre –el entierro de las cenizas de Julio Antonio Mella, frustrado por una sangrienta represión militar– el PC culpó por igual al coronel Batista, a Grau, a Guiteras y a todo el gobierno.⁷⁹ En las vísperas del golpe del 15 de enero de 1934, que depuso al Gobierno Provisional, se inició en La Habana el IV Congreso Nacional Obrero de Unidad Sindical de la CNOC, con

79 Ver Cabrera (*op. cit.*, pp. 204-208) y Tabares (*op. cit.*, p. 283). También testimonio de Vizcaíno, en *Pensamiento Crítico* (1970: 277) y Guiteras (*op. cit.*, p. 11).

1.893 delegados.⁸⁰ El día 6, Guiteras había autorizado su celebración. Del 13 al 16 el Congreso discutió un amplio temario del que no formaba parte la coyuntura de cambio de gobierno.⁸¹ Su “Resolución sobre la situación actual...” se limita a analizar el estado en que se encuentran las luchas del movimiento obrero por sus demandas, no menciona ni una vez a Batista, pero sí denuncia una “era del terror blanco” que habría iniciado el gobierno de Grau el 29 de septiembre, y los engaños y manejos de ese gobierno para dividir a los trabajadores (*Pensamiento Crítico*, 1970: 194-197).

Todo esto es más lamentable porque en los tiempos de combates, sufrimientos y peligros los revolucionarios establecen nexos

personales cordiales y comparten fuertes vivencias, aunque tengan ideas y organizaciones muy diferentes; esos vínculos y experiencias son inestimables. Miembros del PC pelearon contra el alzamiento del 8 de noviembre, y estoy seguro de que en todo el país muchas veces compartieron la lucha comunistas, miembros de otras organizaciones y “sin partido”. Villena y otros dirigentes del PC tuvieron comprensión y tomaron algunas iniciativas en busca de unidad de acción o al menos de una flexibilidad táctica indispensable, pero esas iniciativas fueron duramente criticadas y no prosperaron.

Vistos los hechos desde una perspectiva histórica, la organización revolucionaria que era el PC solamente podía resultar eficaz en la etapa crucial de la crisis revolucionaria si se independizaba de la IC y emprendía cambios muy profundos de sus ideas, su estrategia y sus métodos de trabajo. Esto le hubiera sido muy difícil y traumático, pero quizás era factible. Los documentos que se conocen hoy permiten apreciar las grandes divergencias que existieron entre el PC y sus instancias internacionales, los choques y la lejanía casi abismal que había entre ellos, e intuir las angustias de los militantes que no querían abandonar lo que creían valores supremos, al ver cómo su práctica podía llegar a ser ajena al mundo en que

80 *Bandera Roja*, La Habana, 20 de enero de 1934, p. 2; citada en Del Toro (1974).

81 Sin embargo, en cuanto a la organización y las luchas sociales, el evento fue muy notable. La ya citada Directiva del CC del PC contiene numerosas orientaciones que a mi juicio son sumamente atinadas (ver IHM-CRSC: *op. cit.*, pp. 481-484, T. II). Entre otros acuerdos, las Resoluciones del Congreso impulsaban la superación del carácter efímero de los Comités de Huelga y la generalización de sindicatos permanentes por empresas –que además superarán la organización gremial– y el avance hacia la constitución de sindicatos nacionales por ramas.

vivían y a las urgencias y reclamos que les hacía su propia militancia. El análisis no ha ahondado lo suficiente en el drama de los individuos que en América Latina se involucraron y dedicaron sus vidas a la conversión de los sueños e ideales de perfectibilidad humana y social en comunismo. Ellos trataron de unir sus culturas, realidades sociales y nacionales, necesidades, conflictos reales, iniciativas, tendencias y visiones –tan específicas y diversas– por una parte, con la firme y doble convicción que habían asumido: que el comunismo bolchevique y marxista que venía de Europa era el único instrumento político e ideológico capaz de crear conciencia, organizar y llevar a la lucha y la victoria a los obreros; que los obreros eran el centro del sistema de explotación y opresión y los protagonistas de la revolución verdadera, que sería liberadora de todas las opresiones del capitalismo y el imperialismo.⁸²

82 Existe un acervo riquísimo de testimonios, que sufrieron una larga etapa de olvido, pero en alguna medida se están rescatando como parte de la imprescindible recuperación de la memoria histórica de las rebeldías. La desaparición de la Unión Soviética trajo consigo – además de la liberación del pensamiento de millones de personas de los límites que les ponían las necesidades políticas y los prejuicios– la paradoja de que quedaron al alcance de los investigadores miles de documentos

Me ha sido necesario extenderme en el análisis de la actuación del PC, para completar mi argumentación. Fueron dos concepciones y dos posiciones socialistas las que actuaron en la política cubana en la fase crítica de la Revolución del 30, no una sola: la del PC y la de Antonio Guiteras. He expuesto las del PC, su actuación práctica y sus condicionamientos, solo en cuanto se relacionan con las ideas y la posición socialista, la actuación práctica y los condicionamientos de Guiteras. Este abordaje resulta parcial respecto a una investigación que abarque la actividad total del PC en el período, pero mi criterio es que sus resultados no afectarían las valoraciones sobre el PC que he expuesto aquí. Agregó que es muy insuficiente el conocimiento de ambas concepciones y posiciones socialistas por parte de la mayoría de los cubanos, aunque las causas y motivaciones que han concurrido al desconocimiento de cada una han sido diferentes. La eliminación de

que atesoraba en Moscú la “Oficina Central”. En las últimas décadas han ido apareciendo numerosas obras valiosas que exponen investigaciones sobre el período histórico que es asunto de este ensayo; quiero citar al menos *La agonía de Mariátegui*, del peruano Alberto Flores Galindo (1989). He lidiado con estos temas a lo largo de mi vida de trabajo intelectual.

esa carencia contribuirá a que podamos asumir de modo más rico y profundo la acumulación cultural que nos brindan nuestras revoluciones, y también pensar y prefigurar mejor nuestros proyectos.

La rebelión social que había estremecido a Cuba en pleno “tiempo muerto” del azúcar se renovó en los días previos al inicio de la zafra de 1934, aunque ahora con una fuerza menor. Presionados por el nivel que habían alcanzado las luchas de clases, los propietarios trataban de hacer concesiones limitadas y esperar un cambio hacia un gobierno reaccionario. Guiteras nunca pudo articular su acción revolucionaria con la rebelión de masas, y en general la rebelión social y la revolución política no lograron vincularse en 1933. Pasó así una gran oportunidad histórica sin que se obtuviera una victoria popular. La contrarrevolución en el poder desde enero de 1934, ocupada sobre todo en reprimir y en desarticular al campo revolucionario y enfrentar los intentos de repetir la rebelión social con unos objetivos políticos más definidos –como sucedió en la huelga general de marzo de 1934–, se vio obligada a tomar medidas que en parte reconocían los niveles de lucha alcanzados y el gran avance que significó la legislación social del Gobierno Provisional.

VII. UN SOCIALISMO CUBANO

No fue un recurso retórico dividir mi ensayo de 1974 en dos acápites: “La revolución y Guiteras” y “Guiteras y la revolución”. Al inicio del segundo acápite me he explicado (2002a: 213-216), y lo sintetizo aquí para no repetirme en extenso. En el verano de 1933 Guiteras era un producto muy notable de la Revolución del 30, con una concepción revolucionaria socialista ya formada; en la coyuntura abierta al ser convocado al Gobierno del 10 de septiembre, se lanzó a tratar de convertir aquel proceso en una revolución socialista de liberación nacional. Dos experiencias prácticas lo esperaban: la de los 4 meses del Gobierno Provisional y la de 16 meses en que mantuvo la resistencia y trató de organizar el instrumento político militar para desatar una revolución, tomar el poder y emprender el camino del socialismo, el tiempo de Joven Cuba.⁸³

83 Fundada en mayo de 1934 por Guiteras, que la dirigió hasta su muerte en combate en mayo de 1935, Joven Cuba fue una gran organización; según testimonio de Vizcaíno a Tabares (*op. cit.*, p. 438), contaba unos 15 mil miembros a inicios de 1935. Poseía una estructura a escala nacional, con un Comité Central, Comisiones Nacionales encargadas de los frentes de trabajo –Ac-

En esa etapa final de su vida, Guiteras se comportó como un comunista, aunque él no se identificara como tal. En aquel momento en Cuba ese apelativo solo se aplicaba a los miembros del PC. Si hoy puede resultar inusual llamarle comunista es solamente porque después que la Revolución triunfante en Cuba en 1959 convirtió en algo natural comprender qué es un

ción, Técnica Insurreccional, Obrera, Estudiantil, Propaganda y otras-, direcciones provinciales y municipales, y escuadras clandestinas que encuadraban a sus miembros. Su línea política e ideológica, el *Programa de Joven Cuba*, fue dada a conocer en el diario *Ahora* el 24 de octubre de 1934 (*Pensamiento Crítico*, 1968: 207-220). Declaraciones públicas de Guiteras fijaban a veces la posición de la organización ante las coyunturas políticas. Joven Cuba realizó gran número de acciones armadas y de sabotaje, propaganda, captación de militantes, simpatizantes y fondos. La composición del Comité Central expresaba la voluntad de nuclear con sentido unitario a revolucionarios prestigiosos y ampliar la influencia de Joven Cuba, y la sagacidad de Guiteras, que no veía el fin de su actuación en la violencia y el “terrorismo” –como repetían sus enemigos–, sino la lucha armada como la vía idónea para desarrollar una política revolucionaria eficaz de guerra popular y para llegar a tomar el poder e implantar una dictadura revolucionaria que llevara al país a la liberación nacional y hacia el socialismo. Al frente de Joven Cuba, Guiteras desarrolló una constante lucha ideológica en ese último año de su vida.

comunista y cómo este proviene de una lucha y unas ideas comunistas, y no de una organización determinada, en los años setenta la ideología estructurada retrocedió en ese campo y se pretendió limitar la condición de comunista a los cánones del movimiento comunista internacional. A pesar de las experiencias decisivas y los cambios de los últimos veinte años, los efectos negativos de esas ideas se sienten todavía.

La decisión de Guiteras de hacer irrumpir en el terreno de los hechos la revolución contra el capitalismo y el imperialismo se hizo muy expresa desde mediados de noviembre de 1933. La contrarrevolución había sido derrotada en las jornadas del 8 y el 9, pero Batista no pudo ser depuesto en la reunión del día 3, y era lógico que apurara su conspiración con el embajador y se granjeara su confianza haciéndose campeón de la ley y el orden contra toda protesta proletaria o popular. Y el DEU se había disuelto el día 4. Entonces, Guiteras profundiza en iniciativas legales y en hechos que propendan a cambios de las relaciones sociales – “socialismo del Estado”–,⁸⁴ en sus intentos de

84 “[...] el doctor Guiteras definió su criterio con respecto a lo que debiera ser la orientación del gobierno: Socialismo del Estado. El joven Secretario de Goberna-

hacer una reforma agraria radical y con cooperativas apoyadas por el Estado,⁸⁵ y de crear fuerzas armadas populares frente al poder de Batista. Divulga esa orientación en los medios, y reclama en el gobierno la necesidad de concientizar a los trabajadores, los militares de fila y la masa del pueblo en sentido revolucionario, en el ataque a los monopolios y el enfrentamiento al imperialismo.⁸⁶ Mientras aumenta

ción quiere que se llegue cuanto antes a la reconquista de la riqueza, que el cubano tenga independencia económica, que es el basamento sólido en que puede descansar la independencia política. Pero el Estado no debe permitir que la propiedad reconquistada vuelva a las manos privadas, para evitar que se manifiesten nuevamente los vicios de la economía burguesa. Cuanta propiedad pase a manos del Estado, como consecuencia de esa orientación, debe ser retenida, con la finalidad de que llegue a tener el control total de la riqueza". En *Ahora*, 23 de diciembre de 1933. Reproducido en *Pensamiento Crítico* (1970: 280-281).

85 Ver Whitney (2001: 113-114) y Cabrera (*op. cit.*, pp. 487-493).

86 En el "Acta del Consejo de Secretarios de 15 de noviembre de 1933" se recogen las siguientes declaraciones de Guiteras: "Que en distintas ocasiones había hablado de tal necesidad de que el gobierno se trazara un programa y que ese programa fuese explicado ampliamente al Ejército y al pueblo para que supieran qué era lo que estaban defendiendo, pues de lo contrario

la polarización entre el Palacio presidencial y el cuartel de Columbia. Guiteras se torna prácticamente un primer ministro a los ojos de todos, antiimperialista y de tendencia socialista; los moderados se alejan de él y retroceden o no saben qué hacer, y desde el inicio del año 1934 el gobierno entra en su crisis final.

En aquella coyuntura, los políticos y los formadores de opinión servidores del sistema tratan de aislar y devaluar la actuación y la personalidad de Guiteras, acusándolo de comunista o de incendiario, sembrador del caos. Pero lo cierto es que crece mucho su prestigio, entre los revolucionarios y ante miles de personas sencillas que lo identifican como defensor del pueblo y de la nación. Recojo algunos juicios no públicos acerca de él. "Grau está completamente dominado por los peores elementos de su gobierno", informa Welles, "su nueva tentativa para buscar una transacción responde a un plan del Secretario de Gobernación [...] para un nuevo golpe que sustituya a Grau y el actual gabinete por un Gobierno dictatorial compuesto exclusivamente por elementos de

iban a creer que todo se reducía a cambiar un gobierno por otro", tomado de Cabrera (*op. cit.*, p. 355).

extrema izquierda”.⁸⁷ Cuando Caffery apoya la destitución de Grau, comprende que la opción es Mendieta o Guiteras: “el único otro sector que tiene posibilidad de alcanzar el poder es la extrema izquierda”, escribe el 14 de enero; y el 15: “Guiteras es, desde luego, un candidato fuerte” (Pichardo, *op. cit.*, p. 257). La embajada británica informa a Londres que Guiteras es el líder del ala radical del gobierno, y que insiste en que el único modo de sobrevivir es moverse hacia la izquierda y hacer alianzas con los sindicatos y con los comunistas.⁸⁸

87 7 de diciembre (en Pichardo, 1980 [1973]: 139). Antes le ha llamado comunista (4 de noviembre), y el 2 de diciembre informa que Guiteras, con la Marina y dos de los cuarteles de La Habana, se apresta a eliminar a Grau y a Batista, si estos acuerdan con la oposición formar un “gobierno de concentración”, e implantar “una dictadura de extrema izquierda”. El día 11 informa que Grau cambió rotundamente su disposición a renunciar, después que Guiteras se reunió con él y lo amenazó con una rebelión.

88 Grant Watson a Sir John Simon, 18 de diciembre de 1933 (Whitney: *op. cit.*, p. 107). El 29 de enero de 1934, Watson escribe a Simon: “Guiteras decidió que ha llegado el momento tan esperado en que pudiera establecer, bajo su liderazgo, una república de trabajadores. Guiteras sentía que podía contar con el apoyo de los sindicatos, porque él ayudó a los trabajadores a formarlos, y a obtener concesiones de los capitalistas. [Después de la

El libro *Problemas de la nueva Cuba* (Foreign Policy Association, 1935), hijo de una solicitud de Mendieta de marzo de 1934 y publicado a inicios de 1935, es a mi juicio el fruto del extraordinario esfuerzo investigativo de un equipo muy capaz de especialistas norteamericanos, que contaron con numerosas facilidades para acceder a datos y moverse, y con la colaboración de cierto número de cubanos Ver (*ibídem*, pp. V-VIII). No es este el lugar para hacer una valoración completa del libro, tan lleno de interés como tan poco recordado, pero apunto aquí una función política primordial que le atribuyo: colaborar con una reformulación de la hegemonía imperialista y burguesa en Cuba, que incorporara cambios sustanciales en el orden interno y en las relaciones entre ambos países, y ayudara a evitar una nueva revolución. Por eso no es extraño que la obra insista en afirmar que la política social del gobierno de Grau –” el único presidente que ha tratado de mejorar la fortuna de la empobrecida mayoría

caída de Grau] él ha resuelto tirarle el guante a Batista y apostar todo al éxito de la guerra civil [...]. Mientras Guiteras se mueve a la izquierda para asegurarse el apoyo de los elementos obreros extremos, Batista se mueve a la derecha para ganarse a las ‘fuerzas del orden’” (*ibídem*, p. 144).

del país”—, era un gran esfuerzo nacionalista dirigido contra el comunismo, y que los Estados Unidos, además de negarse a reconocer a aquel gobierno, “se opuso agresivamente a él” (*ibidem*, pp.18 y 549).

Esto hace más interesante el hecho de que aunque registra al menos dieciocho menciones a Grau, no menciona a Guiteras ni una vez.

El último acto de Guiteras dentro del Gobierno Provisional es casi un símbolo: el 14 de enero le plantea a la Agrupación Revolucionaria que le acepte la renuncia a Grau y lo nombre a él Presidente de la República.⁸⁹ Por el camino de la insurrección había madurado su antiimperialismo y abrazado el ideal socialista; al participar en un gobierno que no era anticapitalista, les mostró a todos que la política revolucionaria está obligada a partir de lo existente e ir siempre más lejos que lo posible, y llevó a la práctica una experiencia histórica de liberación. En la hora final reclama a los pequeños y los timoratos que luchen, que él está dispuesto a guiarlos. Enseguida se va a La Punta, a tratar de sublevar a la Marina, e intenta desatar una huelga general revolucionaria. Después, “a empezar otra vez”, a preparar la futura insurrección.

89 Para estos hechos, ver Cabrera (*op. cit.*, pp. 302-306).

Para Guiteras, es la praxis revolucionaria la que creará el socialismo en Cuba, pero no olvida dejar claras las ideas que deben orientar esa praxis. Por eso coloqué como epígrafe al inicio del presente ensayo los párrafos finales de su retadora declaración a la prensa del 20 de enero de 1934, que invito a releer.⁹⁰ En ella ratifica su posición y las razones que tuvo para ser ministro en el Gobierno Provisional. Denuncia que el gobierno cayó por un golpe de Estado urdido por Batista, al que califica de “espíritu reaccionario”, para implantar una dictadura militar sojuzgada por los Estados Unidos, golpe que también fue consecuencia de la radicalización del gobierno.⁹¹ Guiteras deja una puerta abierta a sectores militares, al manifestar que él no había creído que los Jefes de Distrito (provincias) y la mayoría de los nuevos oficiales se hicieran cómplices del golpe, “por ignorancia o deseo desenfrenado de la Paz”, pero

90 *Pensamiento Crítico* (1970: 283-284), copiado del diario *Luz*. Reproducido también en Cabrera (*op.cit.*, pp. 503-505), pero le falta el último párrafo, y en Tabares: (*op. cit.*, pp. 352-353), pero le falta una línea al penúltimo párrafo.

91 “[...] el giro hacia la izquierda [defensa de los intereses del proletariado] que había comenzado a observarse en la política del mencionado Gobierno”.

confía en que descubrirán el engaño en que cayeron y volverán al camino de la revolución. A pesar de todo, dice, el Gobierno Provisional cumplía su función de vehículo de “un programa *mínimum*”, que paulatinamente creara las condiciones para enfrentar “la inmensa tarea de la Revolución Social”. Y termina con una tajante identificación comunista del enemigo y del objetivo de la lucha: crear un poder para los obreros y campesinos, contra los capitalistas nacionales y extranjeros.

Dos meses después escribe el artículo “Septembrismo”, para terciar en los criterios que se vienen dando en medios de prensa acerca de los eventos y las ideas del 4 de septiembre y del Gobierno Provisional. El alcance de este texto es muy superior a sus circunstancias.⁹²

92 “Septembrismo” (Guiteras Holmes, 1968 [1934]) se publicó en *Bohemia*, La Habana, 1° de abril de 1934, pp. 20 y 22, con una muy breve nota del autor a su director, Miguel Ángel Quevedo, en la que decía: “[...] las adjuntas cuartillas inspiradas en el justo deseo de ordenar un poco las equivocadas polémicas que últimamente se han venido produciendo en distintos diarios y revistas de esta capital”. Ver el texto completo en Pichardo (1980 [1973]:389-393, T. IV). “Septembrismo” se reprodujo en *Pensamiento Crítico* (1968), con el fin de dar a conocer al público cubano este importante texto en aquellos momentos; pero de modo precipitado, a partir

Paso a comentarlo, y a añadir mis criterios, porque me parece esencial para el conocimiento del pensamiento de Guiteras.

“Septembrismo” no contrapone argumentos a los de otros autores de los textos recientes que lo han motivado, como es usual en las polémicas; es una exposición positiva de las ideas del autor. Sitúa al Machadato como la consecuencia más lograda del régimen de la República de 1902 y pasa de inmediato a uno de sus temas centrales, el de la organización revolucionaria. Afirma que los núcleos formados durante el proceso de combates contra la Tiranía tenían sus identidades, pero se parecían en que se formaron solo con el fin de derribarla, no para volverse capaces de conducir una insurrección y emprender una nueva construcción social desde el poder. Quien tratara de adquirir esa calidad no debió temer una toma de distancia respecto a las demás organizaciones, y “hacer una labor de propaganda y conspiración”.⁹³ Esa

de una copia a la que faltan los dos primeros párrafos y está plagada de erratas y omisiones de líneas. Esa mala copia se reprodujo en *Pensamiento Crítico* (1970: 284-287), y también en Tabares (1973: 527-530).

93 Mientras no se haga otra indicación, todas las citas serán de “Septembrismo” (Guiteras Holmes, 1968 [1934]).

apuesta, “que hubiera debilitado el frente antimachadista, hubiera creado y fortalecido, sin embargo, un frente revolucionario en la gran acepción de esta palabra”.

Entiendo que esta primera definición de una estrategia acertada para un núcleo revolucionario que emprende una primera fase de su acción-organización en un medio de lucha en que la dominación ha perdido su legitimidad –“una labor de propaganda y organización”–, incluye tácitamente una valoración autocrítica de Guiteras acerca de Unión Revolucionaria y sus límites, pero sobre todo enuncia un postulado de enorme importancia general, que fue cumplido en su momento por el Movimiento 26 de Julio. No creo que la lectura de “Septembrismo” influyera en esa estrategia acertada de los años cincuenta, pero sí que Fidel y sus compañeros asumieron la extraordinaria acumulación cultural revolucionaria de la Revolución del 30, en la cual Guiteras tiene un lugar tan destacado.

El antinjerencismo –“los que no aceptamos la intervención de Washington”– produjo la primera división trascendente entre los opositores al régimen. Los antinjerencistas se separaron y se opusieron a los demás, antes y después de la caída de Machado. El motín de las bases del Ejército y la Marina resolvió la pugna que existía en el interior de esa institución, “pero el

gobierno de Céspedes, impopular y débil [...] cayó también, arrastrado por la enorme ola”. Los antiinjerencistas que colaboraron en el golpe, y los que acudieron después, le dieron contenido político general al movimiento de la tropa, y adoptaron en principio el programa del DEU.⁹⁴ Aquí Guiteras da una breve explicación de cómo fue nombrado en tan alto cargo; de forma modesta expresa que él era un independiente, y que fue por sus méritos, no por amiguismo. Y pasa de inmediato a otra cuestión central: combatir a la reacción fue duro, pero más difícil era convertir el golpe “en una Revolución antiinjerencista y, sobre todo, determinar hasta dónde llevar el antiinjerencismo” [*sic*].

Entonces se produjo la segunda división en el campo de la revolución, mucho menos tajante y precisa cuando sucedió que la primera, pero mucho más determinante: asumir la opción de defender solamente el principio de no intervención, o “ir forzosamente hasta la raíz de nuestros males, el imperialismo económico”. Guiteras vino al gobierno a conducirlo hacia la segunda opción, que implicaba pasar a

94 Hay un toque de humor en esta frase suya: “Cuando la forma colegiada espantó demasiado a los buenos burgueses, Grau fue proclamado presidente [...]”.

una nueva fase superior de la revolución. Para eso necesitaba la subversión mediante la praxis y una base social que rápidamente se apoderara de su papel de sujeto político de la revolución. Empezó la primera tarea, sintetizada en “los decretos que como enormes martillazos iban rompiendo lentamente esa máquina gigantesca que ahoga al pueblo de Cuba”, “los decretos que atacaban más duro al imperialismo yanqui”. Al asestar con decisión golpes contra aspectos centrales del sistema de dominación “aparecían en escena para combatirnos todos sus servidores nativos y extranjeros”. Eso era natural. Pero no existía un bloque político dentro del Gobierno, la Junta de Columbia y las Fuerzas Armadas, que tuviese cohesión y fuerza suficientes para respaldar y desarrollar la acción antiimperialista. Y la gran rebelión social que negaba el orden viejo y estremecía al país, era ajena a la política del gobierno.

El pequeño grupo de secretarios que formaban Guiteras, Ángel Alberto Giraudy –del Trabajo–, Miguel A. Fernández de Velasco –de Comunicaciones–, y casi al final, José A. González Rubiera –de Instrucción Pública–, varios subsecretarios, un número pequeño de nuevos oficiales del Ejército y la Marina y una legión reducida de colaboradores abnegados que en buena parte venían de organizaciones

de lucha directa contra Machado, realizaron una práctica política y administrativa excepcional, pero no contaron con el mínimo de instrumentos y cuadros idóneos para ejecutar las medidas, organizar las fuerzas, multiplicar la conciencia, divulgar su posición y convertir al gobierno en un verdadero poder revolucionario.⁹⁵

En la primera división –frente a la Mediación– los que se excluyeron tenían futuro, mientras los mediacionistas aspiraban a un continuismo sin posibilidades. La segunda división atañía a una cuestión decisiva: si la política radical y la rebelión social podían unirse, vencer a sus enemigos y realizar una revolución de liberación nacional y social en Cuba. Es decir, atañía al contenido y el alcance de la Revolución. La acción dirigida por Guiteras y las ideas que ella encarnaba produjeron realidades nuevas, pero no alcanzaron la fuerza mínima necesaria para sostenerse y avanzar. Para la mayoría de los que actuaban en la vida pública cubana en 1933, reitero, todavía era impensable la independencia completa frente a los Estados Unidos; el colonialismo mental los corroía en mayor o menor medida. Guiteras pinta la

95 Tabares (1973: 259-260) hace el elogio de ese equipo.

deserción progresiva de los derrotistas dentro del propio campo “septembrista”, los que no concebían la existencia de un gobierno cubano sin el reconocimiento del norteamericano, los que temían que no nos compraran más el azúcar, o que nos invadieran, “los místicos del reconocimiento, con Batista a la cabeza, que habían retrocedido aterrados ante la verdadera Revolución que por primera vez veían en todas sus luces”. Me parece justo añadir también a nacionalistas que creían a Guiteras demasiado cercano al comunismo, y al gran poder de disgregación que tienen las posiciones personales y de pequeños grupos cuando no está en marcha un proceso poderoso de unión política.⁹⁶

96 Cuando Guiteras cayó preso, con los tobillos fracturados, el 8 de agosto de 1934, se levantó una gran campaña en defensa de su vida y su libertad. Eduardo Chibás, que se distinguió mucho en esa campaña, declaró que él lo había combatido durante el gobierno de Grau, pero lo estimaba por sus grandes méritos como revolucionario honesto y consecuente, que no se vendía al extranjero (Cabrera: *op. cit.*, pp. 304-305, 372). Al agradecer esa campaña el 16 de agosto, Guiteras incluyó “a los que actualmente se encuentran alejados circunstancialmente de mí, por diferencia ideológica o por contraposición de apreciación [sobre] las condiciones que atraviesa el país” (Tabares: 1973: 452). Para un análisis muy interesante de los grupos que formaron el PRCA en 1934, ver Cabrera (*op. cit.*, pp. 403-421).

Guiteras (1968 [1934]) no menciona en “Septembrismo” la rigurosa oposición que le hizo el PC, ni lo perjudicial que resultó para su posición no poder atraer al movimiento organizado que se afincaba en la rebelión social. Está claro que él había tratado de colaborar con que el movimiento de protesta social se convirtiera en un sujeto político, y en forjar una alianza entre ese movimiento, el PC y el ala radical del gobierno: juntos podrían forzar el rumbo hacia una revolución profunda. A mi juicio, esa ausencia en su texto es intencional: Guiteras no hacía referencias públicas a aquellos hechos, seguramente para facilitar futuros acercamientos. En su lugar, hace aquí una declaración rotunda: la acción antiimperialista y “la beligerancia reconocida al proletariado [...] era para nosotros toda la revolución [...] un movimiento que no fuese antiimperialista en Cuba, no era una revolución. Se servía al imperialismo yanqui, o se servía al pueblo, pues sus intereses eran incompatibles”. Extraigo dos consecuencias. Primera, Guiteras insiste en que la plataforma común de una revolución verdadera en Cuba tiene que ser el antiimperialismo, y el protagonismo proletario es indispensable para lograr la liberación. Segunda, no se confunde respecto al alcance y los límites de su experiencia en aquel gobierno: el poder que tuvo y

utilizó era solo un “instrumento para hacer la revolución, por esto no nos arredramos ante la posibilidad de perderlo”.

Vuelve ahora sobre su tema inicial, el de la organización revolucionaria, pero ya con una definición madura del partido revolucionario: “una revolución solo puede llevarse adelante cuando está mantenida por un núcleo de hombres identificados ideológicamente, poderoso por su unión inquebrantable, aunados por los mismos principios”. El gran tema de la mundialización política del comunismo, con el cual tuvieron que enfrentarse Lenin y sus compañeros, con el que se estaba enfrentando entonces Mao, está aquí, totalmente desplegado. Insurrección, partido y frente revolucionario, poder son conceptos fundamentales a desarrollar para una teoría de la revolución contra el capitalismo, en la época de llevar a la práctica las ideas marxistas a escala mundial, y esos conceptos deben relacionarse entre sí y ser útiles para las grandes tareas. La acción política es lo determinante. Los revolucionarios van a forzar la estructura social, no a ayudar a su evolución; los anticapitalistas deben ser capaces de crear el carácter de la revolución, en vez de guiar su actuación a partir de un supuesto carácter que ella debería tener.

En modo alguno significa esto olvidarse de las clases sociales. Pero solo desde las luchas de clases alcanzan las clases a tener un perfil definible y una realidad para la teoría y la práctica revolucionarias. El embrollo estructural y de relaciones externas de cada país, resultante de la mundialización del capitalismo en los países colonizados y neocolonizados, no puede ser resuelto con las ciencias y el pensamiento sociales sometidos a la hegemonía capitalista. Es un nudo gordiano que debe ser cortado por las ideas y las prácticas de los revolucionarios del mundo colonizado y neocolonizado, para que pueda serle útil a la liberación de cada uno de estos pueblos y a la revolución mundial. El pensamiento de Guiteras ha logrado situarse en ese terreno nuevo. Por eso enfrenta con decisión la relación crucial a establecer entre la organización política y el sujeto histórico de la revolución.

Guiteras comparte tres ideales cruciales de Carlos Marx: la centralidad de la política para que sea posible la revolución proletaria –“hacer una labor de propaganda y conspiración”–; la necesidad de que el movimiento comunista le exija a la democracia que dé más de lo que podría dar bajo el capitalismo –es el sentido último de su actuación en el gobierno de Grau–; y la insurrección de masas como vía idónea y la

violencia como partera, que harán nacer, junto con el drama, a los actores capaces de crear el futuro. Como hizo Lenin, trata de convertir en hechos esas ideas de Marx, y como él, considera que el análisis de las realidades concretas es el centro del pensamiento revolucionario. El punto de partida de Guiteras, entonces, es su país, neocolonizado pero con una maravillosa gesta nacional y un ansia inmensa de justicia social, es decir, Guiteras parte del potencial revolucionario de la cultura nacional.⁹⁷ Y con Lenin cree en la necesidad de desarrollar una vanguardia política que violente la reproducción esperable de la vida social y propicie con sus actos y con el establecimiento de un poder revolucionario socialista los cambios de las personas y las relaciones sociales imprescindibles para emprender la transición socialista.

Las funciones de un verdadero poder revolucionario formarán parte en adelante de los acuerdos internos y del programa de la nueva organización que creará, y también de sus declaraciones públicas. Se trata de la estrategia que haga viable e indique al menos las líneas más generales de la obra de creación de una

nueva sociedad, pero también de las prefiguraciones de esa sociedad, algo imprescindible a un ideal y un pensamiento que convocan a una aventura que exige tantos esfuerzos y tanta creatividad, y tiene sus fines puestos en un futuro que puede ser lejano. Toni ha puesto algo de ese material de sueños en el manifiesto que escribe en Holguín en los días en que, caído el Machadato, parece que hay que volver a empezar, y no sabe que dentro de 2 semanas será el Secretario de Gobernación.

En la parte final de “Septembrismo”, Guiteras enjuicia el valor histórico del evento reciente: “el gesto del gobierno de Grau no ha sido estéril”. Lo entiende en dos sentidos. El primero se debe a su táctica respecto a las fuerzas armadas, y en realidad es una invitación a los soldados a no conformarse “con el derecho a usar botas de oficial”. No le hicieron caso. El segundo sí es muy importante: “Esa actitud rectilínea mostró un mundo de posibilidades al pueblo de Cuba [...] esa posición erguida mostró a los revolucionarios el camino”. Capaz de ver más allá de los avatares que culminarían en el afianzamiento de la dictadura y en su propia muerte, Guiteras comprendió el alcance histórico de aquellos hechos. Durante los 25 años siguientes quedaron latentes la audacia del hecho y la posibilidad que demostró: existió un

97 “[...] al pueblo de Cuba, que ya había bebido con ansia los escritos de nuestros intelectuales, que le mostraban la senda de la revolución verdadera”.

gobierno cubano que se enfrentó abiertamente a los Estados Unidos y legisló a favor del pueblo. Las reformas sociales, que en tantos países fueron ajustes promulgados desde arriba o frutos de negociaciones entre representantes de ciertos sectores, quedaron marcadas en Cuba por su cuna revolucionaria, las luces de las velas en el Palacio Presidencial, un ministro que siempre portaba una pistola, y los cañonazos contra el “Nacional” y Atarés. El mismo año en que Villena vislumbrara desde Nueva York las banderas rojas sobre las torres de los centrales, un gobierno cubano intervino varias grandes empresas de monopolios yanquis.

La gesta fundacional de la nación y la república se renovó con las jornadas de la Revolución del 30, que añadió a la libertad el antiimperialismo, la justicia social, más democracia y el ideal socialista. Como la de independencia, esta Revolución también se sintió frustrada, pero como aquella dejó una herencia yacente extraordinaria, que trató de completarse mediante los ejercicios cívicos y una institucionalidad superior, y finalmente buscó su camino de realización en los años cincuenta mediante un nuevo proceso insurreccional. “Septembrismo” concluye con una profecía que es a la vez una definición: “Esa fase de nuestra Historia es la génesis de la revolución

que se prepara, que no constituirá un movimiento político con más o menos disparos de cañón, sino una profunda transformación de nuestra estructura económico-político-social”. La revolución será el gran cambio de todas las estructuras fundamentales del país, implicará liquidar todo el poder de la burguesía y el imperialismo, y las relaciones sociales en las que ese poder se basa. Menos, no sería suficiente. Y se despide con la profesión de fe del revolucionario comunista, expresada en la lengua nacional: “espero confiado el momento oportuno para nuestra liberación absoluta, que es la que responde al clamor de las masas que todo lo sufren, que todo lo padecen”.

Guiteras no ha utilizado ninguna de las palabras que estaban entonces en boga en el arsenal teórico marxista, y, sin embargo, considero que los análisis y las tesis que expone en “Septembrismo” son los que suscribiría un marxista revolucionario que se esté sirviendo de la teoría, sin ataduras, para comprender la realidad y tratar de transformarla.⁹⁸ Al inicio

98 El Dr. Luis M. Buch, que de joven fue guiterista y después fidelista, y a partir de 1959, Ministro de la Presidencia y Secretario del Consejo de Ministros, le dijo a Reinaldo Suárez que la actuación de Guiteras en el Gobierno de Grau “no es el resultado de una improvi-

dice que ha escrito el artículo en nombre de la realidad histórica. En una entrevista que le hace la revista *Futuro*, 8 meses después de “Septembrismo”, Guiteras valora con más libertad aspectos principales de la situación cubana, desde el gobierno de Grau hasta el momento, y ofrece sus criterios sobre problemas de hegemonía, antiimperialismo, vanguardia política en la Revolución, frente único de lucha, rasgos necesarios y forma de gobierno de un poder revolucionario, conciencia y poder. Si se adujera que el autor del texto no se declara expresamente marxista, habría que convenir en que sus declaraciones muestran una asombrosa congruencia con los análisis marxistas (*El Nacional*, 1970 [1935]: 296-299).

En los mismos días en que muere Antonio Guiteras en Cuba, la IC comienza a calificarlo de “nacional-revolucionario”. Después de haberle orientado al PC cubano que lo atacara, con

sación política, donde pudiera pensarse que influyen otras personas, sino que obedece a la sólida formación ideológica que tiene Guiteras, quien desde 1932 había diseñado el programa mínimo que el Gobierno Provisional que sustituyera Machado debía acometer”. Y a la pregunta de Suárez de si Guiteras era comunista, le responde: “Antonio Guiteras no militaba en el Partido Comunista de Cuba. Pero sí era socialista, creía en el socialismo” (Suárez, 2001: 29).

tanta torpeza y obstinación, ahora le reprocha no haber sabido distinguir entre Toni y Ramón Grau San Martín, al que denomina “nacional-reformista”.⁹⁹ Cuando esto sucede, la IC ya está muy alejada de la posición revolucionaria y de los conceptos que Lenin y sus compañeros habían discutido en su II Congreso, celebrado en 1920. Esa crítica al PC cubano forma parte de un proceso iniciado con la Conferencia de Partidos Comunistas de América Latina, en octubre de 1934, proceso de preparación del cambio de línea que proclamará la IC en su VII Congreso, en julio-agosto de 1935. Lo que subyace en los nuevos epítetos es la admisión de la “pequeña burguesía radicalizada” como sujeto que podría participar en la revolución; Guiteras sería un miembro distinguido de esa supuesta clase.

Enredados en el peso muerto de la profunda deformación del marxismo consumada en los años treinta, el movimiento comunista internacional y una zona muy amplia del pensamiento

99 Ver “Por el frente único nacional en Cuba. Carta des de París”, en *Páginas de historia contemporánea* (IC., s/f [1935]: 48-67, Vol. I), El artículo, sin firma, es reproducido de *L'Internationale Communiste* de 1935. Raúl Roa me dijo que su autor era el entonces Secretario General del Partido Comunista francés.

político repetirán hasta la fatiga durante las décadas siguientes conceptos vaciados del sentido que una vez tuvieron, como el de “pequeño-burgués”, que unas veces será insulto y, otras, premio de consolación. Cuando el antiimperialismo vuelva a ser aceptado, a Guiteras se le celebrará haberlo sido en un grado tan alto, y junto a la admisión de su siempre reconocida valentía personal y capacidad de acción, será el “jefe del ala radical” del gobierno Grau, un revolucionario consecuente y hasta un “hombre de izquierda”, pero no un socialista, ni marxista, ni comunista.¹⁰⁰

En el proceso histórico del socialismo como política revolucionaria en Cuba existieron dos líneas que están claramente definidas: la de un

socialismo cubano, que encuentra su expresión mayor en las décadas de los años veinte y treinta del siglo XX en Julio Antonio Mella y Antonio Guiteras, y la de un socialismo inscrito en el movimiento comunista internacional. Mella y Guiteras encontraron el camino del socialismo cubano: antiimperialismo intransigente, ideal comunista, insurrección armada, frente revolucionario y ganar en la lucha el derecho a conducir la creación del socialismo. Y ambos buscaron las vías para mantener el rumbo y consumir esa posición. Mella tuvo que alcanzar la grandeza de descubrir el camino cuando el país aún no se movía, e intentar recorrerlo; le tocaron la gloria y el destino del pionero. Antonio Guiteras resultó su más cabal continuador, porque fue mucho más lejos. Guiteras tuvo la fortuna de comenzar sobre la huella de Mella, la rebeldía universitaria, y encontrarse a continuación con el pueblo humilde, con la gente de Cuba, sumergirse entre ellos y convertirse en dirigente revolucionario mientras el país entraba en erupción. El triunfo de Mella estuvo en trascender los límites del campo de la problemática de la república burguesa neocolonial y ser como un rayo en lo oscuro; la victoria de Guiteras estuvo en ser el protagonista de las tormentas revolucionarias en el centro de la crisis del sistema de dominación, comprender lo esencial del problema cubano

100 Pedro Vizcaíno (ver nota 74), en entrevista de 1969, nos muestra cómo los recuerdos son moldeados por condicionamientos viejos y nuevos: “[...] su pensamiento estaba influido por la doctrina de Marx. De manera que en embrión él era un verdadero marxista, él reconocía que la lucha revolucionaria en Cuba, para que fuera una verdadera lucha revolucionaria, tenía que ser de carácter agraria antiimperialista. Y tenía la convicción de que más tarde o más temprano se llegaría a implantar en Cuba y en el resto de América el socialismo [...]. Que no se podía forzar históricamente el proceso, que se produciría por etapas sucesivas, como efectivamente el tiempo y la historia demostraron que tenía la razón [...]”.

y encontrar las vías y las reglas fundamentales que permitieran emprender la revolución socialista de liberación nacional. Como si fuera un profeta, pero en vez de predecir, actuar y actuar incesantemente, como si tuviera el futuro al alcance de la mano.

En 1934-1935 Guiteras es uno de los políticos más activos y con mayor peso y prestigio del país, dirige una organización de lucha armada por la liberación nacional y el socialismo, que cuenta con miles de miembros, gran influencia en la masa del pueblo y un programa político e ideológico muy avanzado. En realidad, en ese año y medio él y Batista encabezan los dos polos políticos, revolución y contrarrevolución. En el tiempo que vino después, Guiteras resultaba –como Martí y Mella, como aquellos que han abierto caminos– tan superior a las circunstancias, que cualquier ajuste posrevolucionario estaba obligado a olvidarlo o neutralizarlo, o al menos a recortar su significación y su mensaje, para favorecer la reformulación de la hegemonía de las clases dominantes y la estabilidad del nuevo orden.

El pensamiento y la actuación de Antonio Guiteras configuraron el tipo de comunismo cubano procedente del encuentro de las luchas de liberación nacional con el socialismo, en las nuevas condiciones creadas por la crisis de la

primera república y por la Revolución del 30. Fue de los que más aportó al legado revolucionario que esta dejó, y además le añadió un símbolo y un ingrediente sintetizador de ideologías, y de las necesidades cubanas que padecieron abandonos o anduvieron muy discordes durante las dos décadas siguientes: la personalidad más trascendente de aquel evento revolucionario era un joven combatiente, dueño de ideas claras y muy radicales, antiimperialista, socialista e insurreccionalista. No es asombroso que el movimiento de jóvenes del centenario martiano que desató la insurrección de los humildes, por los humildes y para los humildes en los años cincuenta se encomendara también a Antonio Guiteras cuando fue al asalto del Moncada.

BIBLIOGRAFÍA

- Bohemia* (La Habana) 10 de septiembre de 1933, número extra, p. 28.
- Briones Fernández, N. 1975 “Guiteras: el combatiente” en *Juventud Rebelde* (La Habana), 6 de mayo, p. 3 [Entrevista a Briones por T. Coll].
- Briones Montoto, N. 2005 *Aquella decisión callada* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).

- Cabrera, O. 1974a *Guiteras, la época, el hombre* (La Habana: Arte y Literatura).
- Cabrera, O. 1974b *Antonio Guiteras: su pensamiento revolucionario* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Castro Ruz, F. 1959 “Discurso del 8 de mayo” (La Habana: Versión Taquigráfica de las Oficinas del Primer Ministro).
- Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOC) 1970 [1934] “Proyecto de Resolución del IV Congreso Nacional Obrero de Unidad Sindical” en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 39: 189-197, Edición especial, abril. [Reproducido de “El movimiento obrero de 1925 a 1933”, acápite II (La Habana: CONC/PC), enero de 1934].
- De la Torriente Brau; P. 1960 [1935] “Este es Fulgencio Batista...” en *Lunes de Revolución* (La Habana) N° 42, especial, 11 de enero.
- Del Toro, C. 1974 “El IV Congreso Nacional Obrero de Unidad Sindical y los trabajadores azucareros” en *Granma* (La Habana) 19 de enero.
- Deutscher, I. 1968 *Stalin. Biografía política* (La Habana: Polémica / ICL).
- El Nacional* 1970 [1935] “Cómo pensaba el político cubano Dr. Guiteras” en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 39: 296-299, Edición especial, abril [Reproducido de *El Nacional* (México DF), 13 de mayo].
- Flores Galindo, A. 1989 *La agonía de Mariátegui*, del peruano Alberto (Lima: Instituto de Apoyo Agrario).
- Foreign Policy Association 1935 *Problemas de la nueva Cuba. Informe de la Comisión de asuntos cubanos* (Nueva York / La Habana: Cultural S.A.) Caps. VIII y IX.
- Guiteras Holmes, C. 1960 *Biografía de Antonio Guiteras (folleto)* (La Habana: Dpto. de Educación de la Administración Municipal).
- Guiteras Holmes, A. 1970 [1934] “Declaraciones” en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 39, Edición especial, abril [Reproducido de *Luz* (La Habana), 20 de enero].
- Guiteras Holmes, A. 1968 [1934] “Septembrismo” en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 16, mayo [Reproducido de *Bohemia* (La Habana), 1° de abril, pp. 20 y 22].
- Guevara, E. Ch. 1970 “Antonio Guiteras” en Guevara, E. Ch. *Obras, 1957-1967* (La Habana: Casa de las Américas) T. II.

- Ibarra Guitart, J. R. 1999 *La Mediación del 33. Ocaso del Machadato* (La Habana: Editora Política).
- Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba (IHMCRSC) 1977a “¿Qué son los Soviets? ¿Cuándo debemos organizarlos? ¿Cuáles son las primeras actividades?” en *El movimiento obrero cubano. Documentos y artículos* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales) T. II: 1925-1935. [Reproducido de *Bandera Roja* (La Habana: PC) Año 1, N° 2: 3-7, octubre de 1933].
- Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba (IHMCRSC) 1977b “Manifiesto del Partido Comunista de Cuba analizando el desarrollo del movimiento huelguístico” en *El movimiento obrero cubano. Documentos y artículos* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales) T. II: 1925-1935. [Reproducido de *El Trabajador* (La Habana) N° 7: 1-3, 13 de agosto de 1933].
- Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba (IHMCRSC) 1977c “Programa de demandas inmediatas de la clase obrera de Cuba” en *El movimiento obrero cubano. Documentos y artículos* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales) T. II: 1925-1935. [Reproducido de *El Trabajador* (La Habana) N° 7: 1-3, 13 de agosto].
- Instituto de Marxismo-Leninismo 1970? *La Internacional Comunista. Ensayo histórico sucinto* (Moscú: Progreso).
- Joven Cuba 1968 [1934] “Programa de Joven Cuba” en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 16: 207-220, mayo [Reproducido de *Ahora* (La Habana), 24 de octubre].
- L’Internationale Communiste (IC) s/f [1935] “Por el frente único nacional en Cuba (Carta desde París)” en *Internacional Comunista Páginas de historia contemporánea, Vol. 1* (Mayenne: Ed. SUDAM) [Reproducido de *L’Internationale Communiste*, N° 5, mayo].
- Marrero, L. 1955 *Geografía de Cuba* (La Habana: Talleres ALFA) Segunda edición.
- Martí, J. 1965 “La guerra” en Martí, J. *Obras completas* (La Habana: Editorial Nacional de Cuba) T. II.
- Martí, J. 1965 [1892] “Nuestras ideas” en Martí, J. *Obras completas* (La Habana: Editorial Nacional de Cuba) T. I.
- Martínez Heredia, F. 1972 “Proyecto de investigación social: La crisis revolucionaria de 1933” (La Habana: Universidad de La Habana).

- Martínez Heredia, F. 1975 *Del “Punta Alegre” al “Máximo Gómez”* (La Habana: Ministerio de la Industria Azucarera, folleto).
- Martínez Heredia, F. 2002a “Guiteras y la revolución” en *Corrimiento hacia el rojo* (La Habana: Letras Cubanas).
- Martínez Heredia, F. 2002b “El joven Roa y su época” en *Corrimiento hacia el rojo* (La Habana: Letras Cubanas).
- Martínez Heredia, F. 2002c “Nacionalismo, razas y clases en la Revolución del 95 y la primera república cubana” en *Ciudadanos en la nación* (Santiago de Cuba: Fritz Thyssen Stiftung / Oficina del Conservador de la Ciudad).
- Martínez Heredia, F. 2003 “Visión cubana del socialismo”, Presentado en el Instituto de Historia de Cuba, en el Evento Científico Internacional *El Moncada, La historia me absolverá y la Revolución cubana, 50 años después*, del 9 al 11 de julio, Cuba.
- Martínez Heredia, F. 2007 *Guiteras 100 años* (Santiago de Cuba: Ed. Oriente).
- Martínez Heredia, F. 2012 *La revolución cubana del 30. Ensayos* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales / Ruth Casa Editorial).
- Massón Sena, C. 2006 *Rubén: desde el recuerdo y la esperanza* (San Antonio de los Baños: Ed. Unicornio).
- Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 39, Edición especial, abril de 1970.
- Pichardo, H. 1980 [1973] *Documentos para la historia de Cuba* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Quesada y Miranda. G. 1938 ¡En Cuba Libre! Historia documentada y anecdótica del Machadato (La Habana: Seoane, Fernández y Cía.).
- Roa, R. 1966 [1947] “El alba de la efebocracia” en *Escaramuza en las vísperas y otros engendros* (Las Villas: Universidad Central). [Reproducido de *15 años después* (La Habana: Librería Selecta, 1950)].
- Rojas Blaquier, A. s/f *Primer Partido Comunista de Cuba* (Santiago de Cuba: Ed. Oriente) T. I.
- Sánchez, G. (W.) “Entrevista” 1970 en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 39: 272, 274, Edición especial, abril.
- Sandoval, J. E. 1952 “Ordenamiento social” en *Historia de la nación cubana*, (La Habana). T. IX, Cap. II.
- Soler Martínez, R. s/f *El partido bolchevique leninista*, Tesis Doctoral en Historia, Universidad de Oriente.

Suárez Suárez, R. 2001 *Un insurreccional en dos épocas. Con Antonio Guiteras y con Fidel Castro* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).

Tabares del Real, J. A. 1973 *Guiteras* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales / ICL).

Torres, R. 2005 “Guiteras, Patria, Hombre, Dignidad, Amor” en Briones Montoto, N. *Aquella decisión callada* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).

[Reproducido de *Granma* (La Habana) 10 de mayo].

Whitney, R. 2001 *State and Revolution in Cuba. Mass Mobilization and Political Change*, (Chapel Hill: University of North Carolina Press).

Zanetti Lecuona, O. 2004 *Las manos en el dulce. Estado e intereses en la regulación de la industria azucarera cubana, 1926-1937* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).

RECUERDO DE MIGUEL ENRÍQUEZ*

Conocí a Miguel Enríquez en 1967. Ese año fue muy largo. El Che peleaba en Bolivia, Cuba profundizaba con medidas radicales su revolución y ejercía el internacionalismo, al mismo tiempo que enfrentaba las posiciones de la URSS y el movimiento internacional que ella conducía. Raúl el 24 de julio y Fidel el 26 expresaban la posición de la Revolución, y pronto sería la Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad –la OLAS– en La Habana. Yo estaba en Chile a mediados de julio, mirando lo que había con la premura de aquellos momentos, cuando lo conocí; Manuel Cabieses Donoso, el director de *Punto Final*, propició aquel encuentro irregular. Miguel

y otros compañeros suyos del clandestino Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) estaban indiciados judicialmente en esos días, por una actividad en el Teatro Roma.

Mi primera impresión de Miguel fue la de un “muchacho bien”, bonito y con el pelo como se debía llevar, aunque sin afeitado. Le dije medio en broma que si lo estaban persiguiendo era mejor que se afeitara, pero de inmediato simpatizamos. Sostuvimos una conversación larguísima. Miguel me explicó lo que era el MIR, organización incipiente, fue muy honesto y no exageró nada, lo que hubiera sido comprensible y era más bien lo usual. Me aclaró que él no era el Secretario General, sino el Dr. Sepúlveda, pero que “los viejos” no trataban de imponerse en la organización. Que el MIR no era grande, que solo tenía fuerza en Concepción, entre los estudiantes y algunos grupos, y entre los trabajadores del mineral de Lota y Coronel. Que tenían alguna gente en Santiago y solamente una persona más al norte, en La Serena, la capital del Norte Chico. Creo que era un médico, un profesional.

* Palabras en el homenaje a Miguel Enríquez por el trigésimo aniversario de su caída en combate, en la Organización de Solidaridad con los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAAL), La Habana, 8 de octubre de 2004. Publicado posteriormente en: Martínez Heredia, F. 2010 *Si breve... Pasajes de la vida y la Revolución* (La Habana: Letras cubanas - Col. Ensayo) pp. 24-29

Y entonces agregó: “nosotros podemos hacer lo que ustedes digan. Podemos ir seleccionando a los mejores y prepararlos un poco, enviarlos por La Serena hacia la vía que nos pongan, para que vayan a combatir con el Che en Bolivia”.

Miguel Enríquez fue la persona que más me impresionó en Chile. En esos días me entrevisté con muchos: con Salvador Allende, con Luis Corvalán, con unos cuantos sectores, uno a uno, naturalmente. Todos me hablaron de política, de la situación, de sus aliados y sus adversarios; dieron sus opiniones. Miguel me habló de la necesidad de acción, de ayudar al Che en Bolivia, de que aunque su organización no fuera todavía gran cosa y la cuestión aún no se entendiera, había que impulsar la lucha armada en Chile.

Nos reunimos por segunda vez en Cuba, cuando Miguel vino, en noviembre de 1967. Ya iba a ser el Secretario General del MIR. Recuerdo que salimos por ahí, que conversamos mucho, y comimos en un restaurant del Vedado, “Los 7 mares”, que ha tenido sus altas y sus bajas; en ese momento estaba bien. Las cosas de Cuba, la política de Chile, América Latina y de todas partes, la lucha, el reformismo, los temas de la teoría marxista. Y también las muchachas bonitas de la Universidad, que subían o bajaban por la calle J.

En otra ocasión, no recuerdo cuándo, sentados en un sofá, Miguel me habló del libro *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, de André Gunder Frank, publicado hacía muy poco por Monthly Review Press. Miguel compartía la tesis del autor, pero también tenía algunas opiniones críticas. Era todavía un estudiante de Medicina, pero ya había estudiado mucho a Lenin, Marx y otros autores, y entendía y debatía muy bien de teoría. Más adelante me mandó a pedir el *Tratado de Economía Política* de Ernest Mandel, dos gruesos tomos, en medio de una situación muy complicada en Chile. Creo que Miguel fue uno de los intelectuales más capaces y brillantes entre los revolucionarios latinoamericanos de aquella época, a la vez que era el joven distinguido que llevaba una pistola disimulada en un bolso de compras, esa reunión, tan difícil en una misma persona, del hombre de pensamiento y el hombre de acción.

Una última cuestión personal. Poco después de que Miguel cayó en combate, me propuse que si un día yo lograba terminar y publicar un libro, se lo dedicaría a él expresamente, y a todos los caídos peleando por la liberación socialista en América Latina.

No me gusta reducir estos recuerdos a los anecdóticos, porque aunque nos brindan

mucho de la riqueza de rasgos y cualidades de compañeros que han llegado a ser grandes por su actuación y sus ideas, dejan fuera elementos fundamentales de su legado. A Miguel le tocó vivir en una etapa sumamente complicada y difícil. Chile era un país más avanzado que muchos otros de América Latina; allí conoció el mundo el joven Rubén Darío y publicó *Azul*, el primer libro del modernismo; a la escuela militar chilena iban a formarse jóvenes militares latinoamericanos a principios del siglo. En los años cincuenta y sesenta esa acumulación cultural nacional ayudaba a los chilenos que poseyeran una actitud revolucionaria a tener más posibilidades de desarrollo. Pero el capitalismo chileno, aunque subalterno respecto al imperialismo, había conseguido una compleja elaboración del tejido social y el sistema político, que lo protegía mejor que a otros contra una transformación verdadera, contra una revolución de liberación.

La cultura de la dominación articulaba bien en Chile lo político y lo social. Poseía una política de partidos eficaz, con sus tres “tercios”: una izquierda amplia, diversificada y lejos de ser unitaria; un partido de centro como la democracia cristiana, moderno y muy capaz – que podía incluir a un Jacques Chonchol o un Agustín Gumucio–; y una derecha como opción

conservadora bien constituida, aunque los años sesenta le reducían el espacio a las derechas a escala mundial. Existían un sindicalismo grande y muy activo, organizaciones patronales, medios masivos de comunicación que cumplían sus funciones, como lo hacían el Estado, la institucionalidad y la ideología democrática.

Recuerdo que dos de los chilenos con los que contacté en 1967, dos buenos compañeros, trataron de convencerme de que la “insistencia cubana” en el imperialismo norteamericano y otros argumentos nuestros se debían a que en Cuba “siempre hubo dictaduras”, mientras que en Chile había democracia, funcionaba la institucionalidad y los militares respetaban la Constitución. Hasta los documentos de la Conferencia de la OLAS llegaron a plantear que la lucha armada era la vía para liberar América Latina, menos en Chile y Uruguay. Miguel estaba totalmente en desacuerdo con que Chile era una excepción, y al año siguiente me entregó un texto suyo llamado “La violencia en Chile”, escrito a mano, con una letra enorme. Reivindicaba y explicaba por qué era necesaria la opción armada para Chile, contra las ideas de casi todo el espectro político chileno.

No me detengo en detalles acerca de los tres años del gobierno de la Unidad Popular. A partir de la victoria electoral de Allende sobrevino

una gran densidad de los acontecimientos y del enfrentamiento de ideas, sentimientos y acciones. Se abrió paso una nueva realidad. ¿Cómo la entendió y la actuó cada uno de los participantes, qué condicionó a cada uno de ellos, y a todos? No se ha hecho un análisis a fondo del proceso de 1970 a 1973, ni en aquel tiempo ni durante los treinta años siguientes, un balance que permitiera sacarle más provecho a la experiencia. En las actividades del trigésimo aniversario del golpe militar del 11 de septiembre pude apreciar un gran adelanto en esa dirección, se debatieron datos y puntos de vista, se sentaron en las mismas mesas quienes tuvieron posiciones diferentes u opuestas dentro del proceso, con moderación y ganas de no ser sectarios, lo que me pareció algo muy juicioso.

Miguel recorrió todo el camino de 1970 a 1973 en la primera fila, descollando por la consecuencia de su actuación, por su conducción del MIR y por la claridad y la profundidad de su pensamiento. Las ideas y la estrategia de su organización eran inaceptables para la línea predominante en la Unidad Popular, pero el MIR, sin perder su identidad ni su política, estuvo junto al proceso, trató de ayudar a su profundización y a la capacidad de respuesta popular, no se dejó arrastrar por el sectarismo ni por enfrentamientos y no hizo una “oposición de

izquierda”. En la trágica coyuntura del 11 de septiembre, Miguel y un grupo de sus compañeros combatieron con las armas a los golpistas. A continuación el país fue sometido, en un mar de sangre y represiones, pero también Miguel alcanzó su mayor gloria. Durante trece meses de resistencia armada, con total desprecio de la vida, se negó a la opción del exilio calificándola de desertión, no por razones morales sino políticas, porque así se le quitaba al pueblo la oportunidad de seguir luchando, y lanzó la consigna: “el MIR no se asila, lucha y resiste”. Al mismo tiempo que daba el ejemplo con su conducta, hizo política revolucionaria desde la clandestinidad, y propuso en febrero de 1974 un amplio Frente Político de Resistencia que abarcara a todos los que se opusieran realmente a la dictadura, para lograr que se formara un movimiento de rebeldía popular. Sin duda Miguel Enríquez cometió errores, pero lo principal fueron sus aciertos. Y murió peleando.

Confío en que va a venir un tiempo muy diferente, en el que América Latina superará esta larga etapa de retrocesos y desarme. Fíjense como nadie preveía que en Irak pudiera levantarse una guerra de resistencia de la envergadura que existe y se mantiene. Cuando en este continente se despliegue otra vez la rebeldía contra el imperialismo y el capitalismo, el

aporte hecho por Miguel Enríquez a la cultura revolucionaria –y no solo su heroico ejemplo– dará mucho más frutos de los que ha dado. Entonces aparecerán nuevos jóvenes desconocidos, que emprenderán el camino de la

lucha y retomarán las ideas de liberación, pero desde un punto de partida más alto que el de hace treinta años: el que nos han dejado los que pelearon y pensaron antes, como hizo Miguel Enríquez.

PIÑEIRO*

Agradezco mucho a todos la invitación a hablar de Manuel Piñeiro Losada en esta reunión. En esta sala y en la escalera, que está llena de personas que no han logrado entrar, hay compañeros que podrían hacerlo mejor que yo.

Si fuera necesario definir a Piñeiro en una sola oración, diría que es un revolucionario cubano comunista. Revolucionario por haber sido insurreccional y por ser subversivo contra el orden y las dominaciones. Cubano en plenitud, y por eso irreverente, patriota, occidental y simpático. Comunista, por ser internacionalista, por la austeridad en que vivió, por la entrega y la modestia verdaderas. Todas esas cualidades las fue desarrollando en una vida caracterizada por una laboriosidad incansable

y un amor sin límites a las tareas que realizaba. La combinación de todo eso fue un ser humano que se forjó a sí mismo a través de los papeles que le tocó desempeñar. Manuel nació y se crió en Matanzas, en una familia de buena posición económica. Él me contó que todavía era un muchacho cuando su padre lo hizo trabajar como cargador de un camión suyo junto a sus peones, y le dijo que lo hacía para que aprendiera a mandar a los hombres. Piñeiro hizo el aprendizaje del mundo en que vivía, la Cuba terrible y despiadada en la cual todo estaba regido por el dinero, y escogió pelear contra el poder del dinero. Tenemos que lograr que nunca vuelva el dinero a gobernar la vida en Cuba.

El jovencito Manuel comenzó a entender que la mayoría de la población sufría la explotación y la humillación, y se hizo joven “ortodoxo”, del partido de Eduardo Chibás. Me dijo que se consideraba miembro de la Juventud Ortodoxa, aunque nunca se inscribió, no se le ocurrió que hiciera falta hacerlo. En 1953, los padres lo enviaron a estudiar a la Universidad de Columbia,

* Palabras en la inauguración de la Sala “Manuel Piñeiro”, con motivo del décimo aniversario de su fallecimiento, en el Memorial “Salvador Allende”, La Habana, 12 de marzo de 2008. Publicado después en *Si breve... Pasajes de la vida y la Revolución*. Cuba, Letras cubanas, col. Ensayo, 2010, pp. 24-29.

para que adquiriera una buena formación y de paso sacarlo del ambiente de rebeldía que se comenzaba a respirar en el país. Los dos años de su estancia en Nueva York sin duda aportaron a la formación personal y política del joven cubano. Allí conoció a Baghat, un hindú exiliado que se ganaba la vida en Naciones Unidas y estudiaba; se hicieron amigos y con él leyó el *Manifiesto comunista* (Marx y Engels: 1959 [1848]) en un círculo de estudios. Lorna Burdsall me contó de dos trabajos de curso del alumno Manuel que ilustran el camino en que andaba. Uno era acerca del daño que hace la violencia en los programas de televisión, un medio que apenas comenzaba. El otro era acerca del socialismo. También surgió la iniciativa de sus compañeros de que fuera el presidente de una asociación de estudiantes “latinos” de la universidad, me contó Piñeiro, pero las autoridades de Columbia le negaron esa posibilidad. En el verano de 1955 regresó a Cuba.

De vuelta en Matanzas, Piñeiro ingresó en el naciente Movimiento 26 de Julio. Vivió las peripecias del luchador clandestino de aquel año 56 –incluida una espera infructuosa el 30 de noviembre–, hasta que a mediados de 1957 cumplió la misión de llevar unas armas a la Sierra Maestra y se incorporó allí a la guerrilla de Fidel. Esos pasos fueron decisivos

para su vida, consagrada desde entonces a la Revolución. No es necesario que cuente nada más de su descollante historial revolucionario en estas breves palabras de homenaje, después de que hemos escuchado el extraordinario texto que leyó Ramiro Abreu, que detalla y analiza el conjunto de la trayectoria y las actividades de Manuel Piñeiro. Solo quiero destacar varios rasgos suyos, desde mi perspectiva, de una manera muy sintética.

Piñeiro era uno de los políticos más capaces y analíticos que he conocido. Por el tipo de actividad que desempeñó durante cuatro décadas debía buscar, conocer y manejar una innumerable cantidad de datos relevantes. Pero nunca se limitó a ese nivel, ya en sí tan complejo. Practicaba obsesivamente el análisis de las situaciones, de los problemas que emergían de los datos y de los que se mantenían ocultos. Trataba también de conocer a fondo las diferentes posiciones y las características personales de los que las portaban, los contextos, los orígenes y las tendencias del campo en que se daban los eventos y las actuaciones. Era dueño de una enorme inteligencia, que afiló y acostumbró a un ejercicio constante, iluminador de sus juicios y su actuación. Y todo regido por el espíritu crítico del revolucionario y un ejercicio valiente del criterio, por una feroz

honestidad y una fidelidad sin límites a la causa socialista, al combate internacionalista y al líder máximo de la Revolución.

Era un hombre sumamente culto, ávido del saber en numerosos terrenos y amante de las artes, un humanista, rasgos que alimentaba de manera perenne su condición de lector infatigable y de aficionado a preguntar sin límites. Se interesó siempre por los trabajos de análisis, y los apoyó con firmeza y constancia, pero también por gran número de actividades intelectuales latinoamericanas o acerca del continente, mucho más allá de lo que su actividad –tan exigente que podía llegar a ser agobiadora– parecía recomendar. Al destacar todas estas características tuyas llamo la atención sobre una cualidad señera: supo evitar que una especialización extrema como la que tenía le impusiera sus reglas y sus deformaciones profesionales. A mí siempre me impresionó mucho su gran amplitud de miras, su vocación por los conocimientos y su tendencia a las conversaciones profundas, que sostenía en un lenguaje muy claro y al mismo tiempo salpicado de humor y de imágenes coloquiales.

Piñeiro fue un maestro en la formación de los compañeros. Duro como le tocaba ser en el duro oficio de combatiente revolucionario, prefirió sin embargo pecar a veces de generoso

antes que de implacable. Nunca vi en él la arbitrariedad que suele acompañar algunos actos del jefe que está obligado a dar órdenes siempre y a tomar decisiones sin excusa ni demora, y que solemos no tomar en cuenta cuando se trata de los grandes, porque el saldo les es favorable. Les daba todo el crédito a los compañeros que trabajaban bien, hasta el punto de elevar sus informes con una simple nota, en su letra endiablada. Ayudó mucho a evitar o disminuir los aspectos perversos que pueden acompañar la costumbre de actuar en condiciones muy irregulares y en situaciones límite. Se ganó la devoción sin adulación de los colectivos que trabajaron con él, y les aportó su guía y la organicidad y la entrega que los convirtieron en instrumentos de la Revolución. Su austeridad verdadera era una lección cotidiana para todos, que le daba a Piñeiro una estatura moral aún mayor. Su antigua bata de casa era sin duda la más gastada del país, y su vivienda era realmente modesta.

Lo conocí una noche en un portal, poco tiempo después de la caída en combate de Luis de la Puente Uceda en el Perú. Con aire zumbón me dijo: — “Tú que eres tan inteligente, ¿cómo es que de la Puente, que era marxista-leninista, salió al campo y lo mataron enseguida, y antes a Hugo Blanco, que es

trotskista, los campesinos lo habían escondido y le daban comida?” Me di cuenta de que debía contestar rápido y le respondí: “eso lo que demuestra, comandante, es que la vida es muy compleja”. Por suerte se sonrió. Tuve la gran oportunidad de mantener vínculos con él desde entonces hasta su fallecimiento, y eso me franqueó una posibilidad que es invaluable: sentir, estudiar, conocer y participar en numerosos ámbitos y problemas de nuestra región, desde la posición internacionalista que nos ha enseñado la Revolución. Durante una larga etapa que para mí fue difícil, Piñeiro no cambió jamás su actitud fraternal y su confianza total en mi realización de tareas. Una de las grandes satisfacciones de mi vida ha sido tener sus orientaciones y su amistad.

Ahora que me veo una y otra vez haciendo apariciones públicas –a lo que trato de acostumbarme–, recuerdo cuando, con motivo de haber ganado en 1989 el premio de ensayo de Casa de las Américas con un libro sobre el pensamiento del Che, fui invitado a hablar en un programa muy conocido de la televisión cubana. Me negué de inmediato, me parecía una cosa frívola. Entonces Piñeiro me llamó y me reclamó que fuera al programa, y como le insistí en negarme, me dijo: “tienes que ir, porque ahora hemos pasado a la farándula, y hay que

aprovecharla para decir ahí lo que hace falta”. Fui, y no he olvidado nunca el significado de sus palabras y el compromiso que implican.

En la última etapa de su vida, Piñeiro continuó trabajando sin cesar y sin descanso. Recibía en su casa a innumerables viajeros que querían hablar con él, mantenía una comunicación permanente con sus compañeros y realizaba todas las tareas que se le requerían, con la misma dedicación total que había tenido desde que entró en el movimiento revolucionario. Pasó a manejar él mismo su automóvil; recuerdo como lo increpé una vez, a las cinco de la madrugada, cuando me dejó en mi casa y se iba solo manejando para la suya. Se le había pedido muchas veces que escribiera sobre la historia de los movimientos revolucionarios latinoamericanos de este último medio siglo; después de negarse bastante, admitió que empezaría a escribir. Comencé a hacer con él otra tarea más personal: entrevistarlo acerca de toda su vida, desde los años juveniles. Llegamos hasta los días de su incorporación a la guerrilla de Fidel.

Entonces vino el cuadragésimo aniversario de la fundación del Segundo Frente Oriental, del que Piñeiro había sido uno de los iniciadores. Me dijo en su casa que regresaría un día antes que los demás, porque tenía una tarea que

realizar en La Habana. Todos lo recordamos al inicio del noticiero de la televisión de las ocho, que reportaba la conmemoración, muy risueño, diciéndole a la periodista: “Hay que recoger toda la historia ahora, antes que nos caigamos a mentiras unos a otros”. Volvió a La Habana, fue y cumplió su última tarea, y conduciendo su automóvil perdió la vida.

Por los niños y los jóvenes que han venido hoy, los que sacarán adelante la revolución socialista cubana, nosotros debemos honrar a Manuel Piñeiro Losada, al gallego, a

barbarroja, sobre todo continuando la última lección que nos dio: seguir siempre luchando, hasta el final.

BIBLIOGRAFÍA

Marx, C. y Engels, F. 1959 [1848] “Manifiesto comunista” en Marx, C. y Engels, F. *Obras escogidas* (Moscú: Editorial en Lenguas Extranjeras) T. I y II.

JACINTO GARCÍA ESPINOSA*

Este sencillo monumento en un parque de El Cerro es uno de los lugares sagrados de la patria, porque rinde tributo y recordación a uno de los iniciadores de la Revolución cubana.

Jacinto García Espinosa debió librar y ganar más de una batalla en su corta vida. Nació al final del año 1924, en este barrio, el séptimo de diez hijos de una familia que vivía en extrema pobreza. En la república sin justicia social del capitalismo neocolonizado, la suerte de los

niños desvalidos estaba prefijada: desnutrición, ignorancia, desempleo, y también delito. La sabiduría que llaman popular lo dice: es lo que les toca a los pobres.

Jacinto ganó su primera batalla con la ayuda decisiva de sus padres. Ellos criaron a sus hijos en el hacinamiento y la precariedad de la vivienda cambiante que encuentra todo investigador que emprende biografía de pobres, y el prodigio de comer cada día y resolver una parte de las necesidades básicas. Deben haber tenido cualidades notables para mantener aquella familia unida e inculcarle valores de laboriosidad, cariño y cooperación. De Rafael, el padre, solo sé que trabajó en ómnibus y en transporte ligado al puerto, y que tuvo el valor de sumarse a la Huelga de Marzo de 1935 y arrostrar la represión, que en aquel momento le costó perder el empleo. Carmen, la madre, “ama de casa”, debe haber trabajado sin parar toda la vida, en el hogar y para obtener algunos pesos mediante la “ropa para fuera” y, quizás, en otras tareas.

* Palabras en homenaje a Jacinto García Espinosa, mártir del Moncada, en su barrio natal de El Cerro, La Habana. Fue organizado por la Asociación de Combatientes de la Revolución cubana N° 41, “Tuma” y por las organizaciones políticas y de masas, todos de ese municipio. El texto se publicó posteriormente en: Martínez Heredia, F. 2015 *A la mitad del camino* (La Habana: Editorial Ciencias Sociales) pp. 150-154.

El autor agradece al Dr. Eugenio Suárez y la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, que gentilmente le facilitó datos valiosos que han ido obteniendo. También a un anónimo biógrafo de Jacinto que en 1968 recogió, en seis páginas inéditas, una gran cantidad de datos sobre la vida de este revolucionario.

El niño fue a la escuela primaria, aunque solo pudo llegar al quinto grado, me parece que un poco más del promedio de sus pares que vivían en ciudades. Fue desempeñando todas las tareas imaginables mientras crecía: hacer mandados, llevar bultos de ropa, limpiar pisos de comercios por las noches. Cada tarea aportaba centavos a la economía familiar. En 1942, la guerra mundial y el Servicio Militar de Emergencia le permitieron ganar durante algún tiempo un salario de catorce pesos mensuales, alguna familiaridad con el manejo de armas y un apelativo que utilizó después: “el cadete”. Sin embargo, solo el anuncio de prosperidad que traía el final de aquella guerra le permitió acceder a la categoría de trabajador, probablemente por gestión de su padre, como estibador en el muelle de la Ward Line.

Pero no obtuvo la codiciada plaza fija: perteneció siempre a la llamada Lista Adicional. Aquí tuvo que librar Jacinto su segunda batalla. Podía combinar el duro bregar de ese tipo de labor, la ansiedad de tener más oportunidades en él y el consumo de alcohol u otras actividades en el tiempo de no trabajo, o escoger otro desempeño diferente. Y esto último fue lo que hizo. Conoció y admiró mucho al gran líder obrero Aracelio Iglesias, y se convirtió en un activista, aunque por su categoría no podía pertenecer

formalmente al sindicato. En aquellas batallas usó los puños, sintió el gran golpe del asesinato de Aracelio, pero no se arredró ante los matones. Jacinto tuvo que adquirir fama de “guapo”, de hombre duro y sin miedo, pero –es un ejemplo para los jóvenes que hoy utilizan la violencia en esta ciudad– su actitud y sus acciones estaban al servicio de los trabajadores. Jacinto ganó su batalla y se convirtió en un luchador social.

La tercera fue encontrar la dimensión de la política, que es donde se desarrolla la conciencia y se encuentra la fuerza unida, la guía y el amparo que brinda la organización. El joven Jacinto García comprendió la necesidad de ese paso e ingresó en la Juventud Ortodoxa desde que esta inició sus labores. El Partido del Pueblo Cubano –el partido de Eduardo Chibás– era la más avanzada convocatoria cívica de aquella coyuntura de 1947-1952. Su consigna principal, tan sencilla como fundamental, era “vergüenza contra dinero”. Por cierto, Conchita Fernández dijo ante la tumba de Chibás en agosto de 1994, que ahora volvía a ser necesaria esa consigna. Veinte años después sigue teniendo razón.

En la Juventud Ortodoxa, Jacinto militó entre los radicales y se destacó por su actuación de enfrentamiento a otras posiciones que existían en aquel heterogéneo partido político. Aquí aumentó su fama de hombre de acción,

pero de acción que ansiaba ser revolucionaria. La militancia social y política le estaba franqueando un desarrollo humano muy superior a los destinos probables que le habrían deparado su origen y su situación social. Ahora el luchador ortodoxo estudia el pensamiento de José Martí y asiste a un curso de idiomas en la escuela nocturna que estaba en Arzobispo y Santo Tomás.

Ya había recorrido un intenso camino de desarrollo personal cuando tuvo que enfrentarse a su cuarta batalla, y sin duda esa acumulación cultural lo ayudó. El 10 de marzo de 1952 un golpe de Estado militar quebró la institucionalidad que regía en Cuba y deslegitimó el sistema político. Se abrió entonces una coyuntura que podía llegar a ser histórica. Las narraciones superficiales impiden conocer que nada está predicho al inicio de esas coyunturas, y que las actuaciones personales de los que serán héroes o se destacarán tampoco están prefijadas. Se puede no ver venir el tren de la historia, y perderlo.

Jacinto tuvo la determinación personal de dedicar su vida a la lucha revolucionaria que necesitaba Cuba. Aquel día, el estibador se fue a la Universidad de La Habana, a esperar las armas que les servirían para defender la Constitución, pero que nunca llegaron. Pero de ahí en adelante estuvo en cuantas acciones de

protesta y manifestaciones callejeras pudo, con gran combatividad y valentía personal. Como suele suceder en esos casos, se sumó a las opciones subversivas que aparecían, por lo que participó en la conspiración del Movimiento Nacional Revolucionario que dirigía Rafael García Bárcena. A inicios de abril de 1953 el intento fue abortado por la represión, Jacinto fue detenido y pasó tres meses preso.

Pero el 16 de marzo de 1952 había encontrado su destino. Fue al acto del cementerio ante la tumba de Chibás, y escuchó el llamado de Fidel Castro: “si la dictadura subió al poder por la fuerza, por la fuerza hay que derrocarla”. En cuanto Fidel fundó el movimiento de la Juventud del Centenario, Jacinto se le unió, en la célula establecida en El Cerro. Asumió con todo rigor el carácter clandestino de la organización, participó en las prácticas de tiro —en las que colaboró también como instructor— y fue ejemplo de disciplina y discreción.

El 20 de julio de 1953 recibió la orden de viajar por ómnibus a Santiago de Cuba, llevando una maleta con armas, y colaborar allí en los preparativos de la acción que sucedería con algunos otros compañeros que iban llegando. No comunicó nada a sus compañeros, solo escribió dos cartas. A la madre le dice que él tiene dos grandes amores, la Patria y ella. A su

novia, le promete: “si triunfamos, traeremos la felicidad que tanto ha esperado el pueblo cubano”. El 21 lo viene a buscar un auto pintado de negro. Ese mismo día Haydée Santamaría viaja hacia Santiago con otra maleta de armas.

Qué extrema confianza se tiene en este joven que no posee asideros sociales suficientes para parecer un señor respetable en aquel largo viaje, y que de ser descubierto deberá enfrentar en silencio la tortura o la muerte. Porque de eso puede depender que se tengan indicios de la movilización de hombres y la acción armada que con tanto secreto se prepara para el domingo siguiente en Santiago. Fidel ha sido capaz de unir y de brindarles formación a muchos jóvenes que quieren luchar.

Cuando sus compañeros cercanos llegan a la Granjita Siboney la noche del 25 al 26, se encuentran allí a Jacinto. A la hora de disponer el orden de marcha para el asalto al Moncada, Fidel lo selecciona para el grupo que entrará al cuartel. Va en uno de los tres automóviles.

Entonces su historia se funde en la historia. Combate en el Moncada y es herido; después, es capturado, lo torturan y lo asesinan. La fría descripción del horror detalla las heridas y las ropas del cadáver número 27, y los monstruos que creen que podrán enterrar el futuro hacen cavar para los caídos nueve fosas comunes en

el cementerio de Santa Ifigenia. Han sido admirables la audacia de la empresa, la pureza de los ideales y la entrega de las vidas frente a la orgía criminal de la dictadura, pero muchos creen que los asaltantes han perseguido un imposible. En cuanto a Jacinto, parecía que aquel joven había cerrado su ciclo, del origen más humilde a la fosa más humilde, reducido a un número y en espera del olvido.

Pero el Moncada es la semilla, y del suelo popular saldrán los combatientes cuando los convoquen el líder y la organización que han nacido de ella. Y el pueblo se fue sumando y uniendo en la resistencia y en la pelea, y se volvió capaz de vencer.

Cerca de aquí nació Jacinto García Espinosa hace noventa años, pero vivió solamente veintiocho. Él y sus compañeros marcharon a convertir en realidades lo que en aquellos tiempos parecía imposible. Lo dieron todo cuando muy pocos creían, pero con sus vidas abrieron para todos el camino hacia la libertad verdadera, la justicia social plena y la soberanía nacional. Guiados por Fidel desde entonces, y por la dirección de Raúl desde 2006, hemos transformado la sociedad cubana y seguimos defendiendo el socialismo, que es el nombre que le pusimos a la libertad verdadera, la justicia social plena y la soberanía nacional.

Se suele decir que los mártires están vivos, pero en realidad somos nosotros los que los mantenemos vivos, si nuestra actuación es consecuente con los ideales y la causa por los

que dieron sus vidas. Jurémosle hoy a Jacinto y a sus compañeros que nunca los dejaremos morir, porque jamás permitiremos que muera la revolución que ellos fueron capaces de iniciar.

HUGO CHÁVEZ, IDENTIDAD Y REBELDÍA LATINOAMERICANA*

Con toda razón recordamos la grandeza de Hugo Chávez Frías, impactados todavía por su desaparición física tan reciente. Pero hoy quisiera sumarme a este homenaje incluyendo en mis palabras algo que puede ser muy útil –y los héroes populares son sobre todo útiles– a los jóvenes, porque pienso que ellos serán decisivos en esta hora crucial que viven nuestros pueblos. Quisiera hablar de cómo Hugo Chávez logró convertirse en un conductor de pueblos y un visionario de la liberación humana y social.

Hugo Chávez no nació grande: nadie nace grande. El muchacho de un hogar modesto en una de tantas sabanetas, concreción él mismo de las combinaciones étnicas que caracterizan a nuestro continente, amaba la lectura y quería

ser pelotero, parecerse al famoso “El látigo Chávez”. Comenzó el bachillerato, camino que podría asegurarle ser alguien de clase media, pero se encontró una posibilidad que estaba a medio camino entre muy buenos maestros de béisbol y la universidad: la Escuela Militar en una institución que se modernizaba y quería formar oficiales más profesionales.

El ascenso social individual de una pequeña minoría procedente de una masa de millones de personas de situación social modesta es factible, porque las sociedades que han llamado modernas establecen la igualdad formal y, dentro de ella, oportunidades abstractas de “llegar”, de subir uno o dos peldaños de la escala. El o la joven que aúnan voluntad, laboriosidad, carácter y suerte pueden poner sus cualidades y su éxito al servicio de su ascenso personal –y de su familia–, sea en actividades liberales o en el servicio civil y militar. Pero muchas agencias de la sociedad les han ido enseñando a no ir más allá desde su niñez, y ahora aprenden a no sentirse parte de su medio de origen, sino del

* Palabras leídas en el Seminario *El Caribe que nos une*, de la Casa del Caribe, el 8 de julio de 2013, en el Teatro “Heredia”, Santiago de Cuba. Publicado luego en: Martínez Heredia, F. 2015 *A la mitad del camino* (La Habana: Editorial Ciencias Sociales) pp.166-175.

medio al que han arribado. Al mismo tiempo, la colonización mental implícita en las prácticas, los valores y las ideas de las profesiones que les han enseñado los vuelven en parte extranjeros en su propia tierra. Por eso es tan difícil que se decidan a poner su éxito y sus cualidades al servicio del mundo de los desposeídos, los humildes, los de abajo.

El cadete Hugo Chávez fue sensible a ese mundo y supo enfrentar los dilemas a los que iba sometiendo esa sensibilidad. Aprovecha la oportunidad de los estudios universitarios y se familiariza con teorías militares y políticas. Pero en Barinas le saca mucho provecho también a un antiguo guerrillero, un hombre culto que le propone buenas lecturas políticas y literarias, y las discute con él. A través de su hermano Adán conoce a luchadores y activistas opuestos al corrupto bipartidismo que rige la política nacional. Cuenta Chávez que comparte con seguidores de una organización, y que recién graduado participa, vestido de paisano, en hacer pintadas en la calle.

El joven militar quiere servir a su nación, su sociedad, su pueblo. Ese paso hacia adelante se nutre con vivencias como la que le contará a Gabriel García Márquez, cuando en 1975 conoce directamente la violencia represiva que se ejercía al final del período de luchas guerrilleras:

al mismo tiempo, advierte que los participantes de ambos lados eran gente del pueblo. Quiero destacar que Hugo Chávez amó mucho a la institución a la que pertenecía, tanto que hace dos años, cuando le preguntaron cómo quería ser recordado, dijo que sobre todo le gustaría que lo recordaran como un soldado. Pero por ese amor, y no a pesar de él, se dedicó a formar células revolucionarias dentro del ejército. A fines de 1982, los ideales patrióticos, de libertad y de justicia social, la formación intelectual que nutre la conciencia y acerca los ideales, y las vivencias de quien tiene ojos, mente y corazón para sacarles provecho, se plasmaron por fin en una organización política clandestina, el Movimiento Revolucionario Bolivariano, fundado por un grupo de jóvenes oficiales que querían honrar de una manera activa el bicentenario del nacimiento del Libertador.

Hugo Chávez venía estudiando, al mismo tiempo y febrilmente, la historia de los revolucionarios de su país, la gesta continental de independencia que protagonizaron los fundadores, las luchas populares y sus caudillos, y el pensamiento que ha guiado la acción o ha propuesto un futuro de liberaciones y bienandanzas para todos, y que le parece utópico al sentido común. Simón Bolívar está en el centro de esos empeños suyos, por los principios que

lo animaron, la grandeza que supo conquistar, la gigantesca tarea revolucionaria que llevó a cabo –que fue capaz de cambiar las vidas de los pueblos y la historia de medio continente–, pero también por la hondura y la proyección de su pensamiento y la propuesta superior de liberaciones que dejó planteada. Hugo se lanza a liberar el pasado y sacar a los próceres de la mezcla de altares y olvidos a que suelen ser sometidos, a través de un estudio alimentado de convicciones, propósitos y proyectos. En ese afán se apodera también del legado del gran maestro Simón Rodríguez, el que le enseñó al joven Bolívar que es necesaria una revolución social, cultural y económica junto a la revolución política.

Desde muy temprano en su politización, Chávez ha ido conociendo ideas socialistas que portan luchadores y organizaciones de su país con los cuales comparte, y también las que estudia en textos de pensadores. Esas experiencias y lecturas, más el ansia de justicia social como elemento inseparable de la libertad y la democracia, lo acercan al socialismo. Pero es fundamental comprender que la concepción y la propuesta socialistas son asumidas por Chávez mediante su integración en un tronco cultural propio, venezolano, latinoamericano y caribeño. Esto lo libra de esterilidades y

dogmatismos. En vez de quedar a merced de sus ideas, va aprendiendo a utilizar un cuerpo teórico que es muy eficaz para analizar las realidades, y a vivir un ideal muy trascendente que le permite elevar su actuación muy por encima de acontecimientos y creencias, y de la conformidad con cambios parciales e insuficientes.

Los conspiradores bolivarianos tejían su red en la sombra, mientras los gobernantes alternados del sistema iban de la “Gran Venezuela” al “viernes negro”, siempre en medio de una colosal corrupción y de la pobreza insondable de las mayorías en un país receptor de inmensos ingresos, hasta desembocar en la terrible matanza que aplastó la protesta del pueblo caraqueño en febrero de 1989. Entonces el sistema político se deslegitimó, pero el intento de los militares bolivarianos dirigidos por Hugo Chávez, de derrocar al gobierno por la fuerza el 3 y 4 de febrero de 1992, no pudo triunfar. Chávez cayó prisionero, la resistencia militar continuaba en algunos puntos del país y el sistema, temiendo otro estallido popular, cometió un error que resultó de enorme importancia histórica. Se le pidió instar a sus compañeros a cesar la rebelión mediante una breve alocución televisada –ciento sesenta y una palabras– que pudo ver todo el país y fue divulgada por otros medios. Aquel militar de presencia popular y

palabra firme que les dice a sus compañeros que “por ahora no se han alcanzado los objetivos” saltó de improviso del anonimato a la simpatía del pueblo.

Chávez le contó al cubano Germán Sánchez Otero, nuestro embajador en Venezuela durante quince años, que de todos modos se sintió deprimido. Pero entonces entró a su celda a atenderlo un capellán del ejército que, al darse cuenta de su situación, le dijo: “¡Muchacho, no te sientas mal, tú eres un héroe nacional!”

Chávez se convirtió en la esperanza popular en medio de una crisis que no parecía tener salida. Menos de siete años después de aquella acción armada, la mayoría de los votantes lo eligió por primera vez presidente de la república, y al año siguiente la nación se dio una nueva constitución diferente; para hacerlo más evidente, pasó a llamarse República Bolivariana de Venezuela.

El muchacho de Barinas, el joven oficial militar, había tomado posesión de una identidad más definida y de mayor alcance que el reconocimiento y el goce de la cultura propia, aunque poseer esta constituye ya un paso formidable de la identidad, la autoestima, el orgullo de sí, la concepción de la vida y el mundo, e incluso la capacidad de resistencia. Había ido también más allá de la identidad patriótica que trasmite

incontables valores que un pueblo determinado ha creado y atesorado, y reclama actitudes y lealtades. Pudo ir más lejos en ambos terrenos porque encontró y practicó la rebeldía, e hizo de ella su brújula en la vida. Pero no habría podido ir tan lejos sin integrar esas identidades –la cultural y la patriótica– en una actitud y una actuación políticas regidas por esa rebeldía. Esa integración las salvaba de ser funcionales a la dominación. La rebeldía es la adultez de la cultura, y la política, para ser popular y estar al servicio del pueblo, tiene que ser una cultura para la liberación.

Ante el nuevo presidente se encontraba un abanico de opciones y estrategias, no un destino prefijado. Entre ellas, lo realmente difícil sería encontrar las que fueran capaces de ir a la raíz de los males y enfrentar su extirpación, las que permitieran gobernar lo existente sin someterse a su sentido último e ir adquiriendo cada vez más fuerza y autonomía; combinar audacia y responsabilidad, tácticas, alianzas, medidas, fases, trabajo en equipo; desplegar transformaciones, obtener la confianza y desarrollar la conciencia de las mayorías; promover su movilización y su actividad organizada; enseñar al pueblo y aprender de él. Aunque siempre había estado activo, durante una larga etapa de su vida Hugo Chávez había dependido

de sus circunstancias: ahora podía tratar de gobernarlas. Pero de coyunturas como la suya durante el cambio de siglos han salido también experiencias de saldos muy diferentes, eventos trascendentales o liderazgos efímeros. Pero durante décadas de actividad y espera Hugo Chávez había dependido de sus circunstancias: ahora le había llegado el momento de tratar de gobernarlas.

A mi juicio, Chávez tuvo a su favor la entrega completa a la causa popular y sus cualidades personales, y el ejercicio de dos características fundamentales: la capacidad que había adquirido de analizar con profundidad y acierto la sociedad, sus rasgos y conflictos esenciales, sus tendencias, y las fuerzas y debilidades propias y del adversario; y la claridad de que el poder es indispensable para emprender la tarea soñada con alguna probabilidad de éxito, plasmada en la determinación de conquistarlo y mantenerlo.

La primera le permitía poseer una conciencia desarrollada de las realidades vigentes y sus rasgos esenciales, y una amplia perspectiva histórica, y, por consiguiente, le permitió darse cuenta a la vez de su lugar histórico. Esto puede comprobarse en innumerables prácticas, actitudes e ideas de Chávez. Permítanme una digresión para aludir a esa historia y esas realidades.

El Caribe fue probablemente la región extraeuropea en la que el capitalismo estrenó su capacidad de ampliarse a escala mundial, mediante una modernidad mercantil horrosa que trasladó desde África y esclavizó a millones de personas y exprimió sus vidas, destruyó numerosas culturas autóctonas y deterioró el medio natural. Después de un proceso descomunal de genocidios y destrucción de culturas, las colonias de Tierra Firme fueron saqueadas sistemáticamente durante tres siglos por metrópolis que, sin embargo, no lograron formar parte de la vanguardia del capitalismo europeo. Desde puntos de partida muy diferentes se fueron fraguando pueblos nuevos y acumulando capacidades de resistencia de la región. La primera independencia del continente, obtenida en una gesta que va de 1791 a 1824 –de la gran Revolución haitiana a la batalla de Ayacucho–, fue muy insuficiente, pero creó nuevas identidades, fundó a nuestras naciones cuando la idea misma de nación era apenas incipiente en Europa y nos aportó una extraordinaria acumulación cultural revolucionaria, un legado inapreciable al que atenemos y la necesidad de promover nuevos proyectos de liberación. La libertad tuvo metas mucho más altas en América que en Europa, y bregó por el gobierno del pueblo

desde mucho antes de que el liberalismo europeo se decidiera a aceptar y utilizar la forma democrática de gobierno.

Desde aquellas revoluciones en adelante siempre existieron los que les daban un lugar preferente a la igualdad y la justicia en sus combates y sus ideas, una posición y una ambición que negaban los fundamentos mismos de la nueva época colonialista-imperialista que se apoderó de la mayor parte del mundo desde fines del siglo XIX, integró ese dominio explotador a su cultura y puso a su servicio la conciencia común y el derecho internacional. La resistencia, la rebeldía y el proyecto de la América nuestra han tenido que oponerse a los fundamentos ideales de la civilización y el progreso, manejados como la misión patriarcal, colonial y racista de las potencias, una ideología de dominación que ha tratado de mantener su predominio en el mundo espiritual y de las ideas.

Pero una de las bases principales del dominio imperialista es la mediación que le proporcionan en cada país clases dominantes nativas que son sus cómplices y subordinadas. A diferencia de Asia y de África, prácticamente toda la América continental tuvo estados independientes desde hace casi dos siglos, por lo que las relaciones de dominio de los centros del capitalismo mundial con ella debieron asumir

formas diferentes al colonialismo abierto e imponerse en la región de acuerdo a las características de sus fases sucesivas, mediante su nuevo colonialismo, centrado en relaciones económicas, eliminando resistencias y rebeldías, dividiendo, cooptando, y subordinando. Aunque con una gran cantidad de diferencias entre sí y con historias muy diversas, las clases burguesas de la América Latina y el Caribe han compartido denominadores comunes en el ejercicio de su condición de dominantes-dominados. Dedicados a defender y ampliar sus ganancias, mantener su poder político y social y sus propiedades, y los ordenamientos legales y políticos que hacen permanentes y tratan de legitimar su dominio, las burguesías de la región son también responsables de la explotación, la miseria, la falta de calidad de la vida, oportunidades y numerosos derechos que sufren las mayorías de sus países, y también de los sistemas represivos que los oprimen.

Enfrentando a unos y otros dominadores, una constante de resistencias, ideas, combates y sentimientos ha mantenido vivo el carácter popular del legado patriótico en el continente, sin entregarlo a los cómplices y subalternos del imperialismo, y le ha ido aportando desarrollos en nuevas formas y vías de movilización, conciencia y luchas, y nuevos proyectos. En

conjunto constituyen una extraordinaria acumulación cultural favorable a la independencia y las liberaciones. Otro Caribe y otra América nuestra son posibles, porque hemos ido creando sus cimientos, sus prácticas y sus ideas.

La propia naturaleza parasitaria, hipercentralizada, saqueadora de recursos, depredadora del medio y agresiva del capitalismo actual ha cerrado la posibilidad de que dentro de su sistema puedan la América Latina y el Caribe satisfacer las necesidades básicas de sus pueblos, mantener las soberanías nacionales, desarrollar sus economías y sus sociedades, defender y aprovechar sus recursos y organizar su vida en comunión con el medio natural.

Vuelvo a Chávez. La segunda característica de Chávez, la referida a la necesidad del poder, estaba forzada a realizarse como una revolución, dados sus objetivos, sus protagonistas y su proyecto. Hugo se convirtió en el líder máximo de una gran revolución que, como sucede con todas, nadie podía prever. El militar revolucionario logró ser presidente dentro de las reglas del juego del sistema, pero fue capaz de gobernar para el pueblo y desatar sus fuerzas, demostró su genio en la estrategia y la táctica de los combates cívicos, aprendió una materia nueva y decisiva –la movilización y la concientización populares– y encabezó la conversión

de su gobierno en un proceso de transformaciones profundas de las personas y la sociedad. Incansable y audaz, brillante y disciplinado, amante del proyecto trascendente y forjador cotidiano de las labores necesarias, expositor infatigable y sonriente, haciendo día a día simpático al socialismo, Chávez fue siempre un ser humano en todas las situaciones, ante todos los problemas y en el trato con todas las personas, demostrando que la grandeza lo es más mientras es más humana.

Poder popular y revolución socialista: no son frases hermosas, son necesidades. Cuando la libertad y la justicia son puestas realmente a la orden del día para todos, la independencia tiene que tornarse liberación nacional, y la justicia social, socialismo. Una larga época de experiencias y estudios, combates y debates, ha sido el taller y la escuela, y Chávez ha sido un maestro en mostrar a todos la relación que ha existido históricamente entre la independencia, la libertad, la justicia y el socialismo. Han andado muchas veces separados y más de una vez han chocado entre sí. Enfrente, los sistemas de dominación modernos se han opuesto siempre a que se comprendan y establezcan esas necesidades, y las han confrontado o manipulado con promesas sucesivas, como las del progreso, el panamericanismo y el desarrollo,

dirigidas a cooptar y conducir a los emprendedores, confundir a todos y neutralizar y vencer a los rebeldes y a los que buscan avances para sus países.

Es cierto que el capitalismo actual ha perdido la posibilidad de ofrecer promesas: solo propone palabras como éxito y fracaso, imágenes e informaciones controladas en un sistema totalitario de formación de opinión pública y conversión de la gente en el público –el rostro de un mundo despiadado en el que todo es mercancía–, y reparte algunos premios entre cómplices o beneficiarios de coyunturas. Sin embargo, no se debe subestimar su poder, su agresividad y su criminal inmoralidad, ni los atractivos de su colosal capacidad de manipulación cultural.

Al terminar el siglo XX, el socialismo parecía reducido a ser una de las pocas referencias del pasado en un mundo sometido a un eterno presente. El presidente Chávez asumió el socialismo para identificar la ubicación cultural y política de la revolución bolivariana, el ideal que mueve los hechos y las actitudes, y el proyecto más trascendente: la utopía entendida como un más allá alcanzable mediante las prácticas conscientes y organizadas. No ha sido necesario aclarar que ese socialismo se nutre de un legado maravilloso, pero no pertenece a ningún

pasado. Para él, la actividad liberadora es lo decisivo, y ella será capaz de darle un sentido a las fuerzas económicas.

El carácter de una revolución no está determinado por la medición de la estructura económica de la sociedad, sino por la práctica revolucionaria. En las condiciones desventajosas de la mayoría de los países del mundo, la transición socialista y la sociedad a crear están obligadas a ir mucho más allá de lo que su “etapa de desarrollo” supuestamente les permitiría, y a ser superiores a la reproducción esperable de la vida social: deben realizar simultáneas y sucesivas revoluciones culturales que las vuelvan invencibles. Es preciso acometer la creación de una nueva cultura, que implica una nueva concepción de la vida, las relaciones entre las personas y el mundo, al mismo tiempo que se cumplen las tareas imprescindibles, inmediatas, urgentes e ineludibles.

Hugo Chávez ha sido un protagonista en el planteo actual del socialismo como horizonte político y cultural para los pueblos de este continente. Acá no se habla del socialismo, sus dificultades o sus autores más célebres como una trivialidad o una moda más, sino como una necesidad y una creación heroica. El 12 de junio de 2012, Chávez escribió en su Programa de Gobierno para 2013-2019:

[...] a la tesis reaccionaria del imperio y de la burguesía contra la Patria, nosotros y nosotras oponemos la tesis combativa, creativa y liberadora de la independencia y el socialismo como proyecto abierto y dialéctica construcción.

Ese socialismo, había dicho en 2011, tiene que ser un poder, pero un poder del pueblo, una nueva concepción del poder y una nueva forma de crear poder y distribuir poder. Como reza la Constitución venezolana, en un Estado democrático y social de derecho y de justicia que propugna como valores superiores la vida, la libertad, la justicia, la igualdad, la solidaridad, la democracia y los derechos humanos. Y advierte el líder en su Programa de Gobierno: “Este es el tiempo, como nunca antes lo hubo, de darle rostro y sentido a la Patria Socialista por la que estamos luchando”.

Hay que llamar a las cosas por su nombre. El socialismo es la forma nuestra, latinoamericana, de ser independientes.

Hugo Chávez Frías se ganó la devoción sin límites de la ciudadanía mediante su actuación y su carisma. Ha sido el conductor y el educador

que brindó espacios y organización para que la gente común y su patria avanzaran a un grado que nadie pudo soñar, y esto le permite a la sociedad venezolana albergar hoy un proyecto trascendente de liberaciones. Es el sinónimo y el símbolo del movimiento, la política, la ética y la unificación; es el imán de voluntades y el vencedor de obstáculos y adversarios.

Pero no le bastó esa dimensión. Digno continuador del Libertador Simón Bolívar, Chávez construyó una política internacional revolucionaria que es un polo fundamental en el auge actual de cambios y esperanzas de la América Latina y el Caribe. Como uno de los protagonistas de los poderes y movimientos populares que están en la vanguardia de ese auge, fue al mismo tiempo el amigo seguro y fraterno de los países que ganan autonomía y soberanía frente al imperialismo y dan pasos para procurar distribuciones más justas de las riquezas nacionales entre sus poblaciones. Y ha sido un adalid de la unión continental, el proyecto más ambicioso de esta época, que aspira a poner bases firmes para la segunda independencia de Nuestra América.

EL ALMA EN LA TIERRA. MEMORIAS DE FRANÇOIS HOUTART*

Cuando mi hermano Carlos Tablada me explicó que iba a plantearle a François Houtart la empresa de trabajo conjunto que ha tenido por resultado este libro, creí que no tendría éxito, a pesar de que desde hace casi medio siglo aprendí cuan empecinado puede ser Tablada. No me imaginé a Houtart dejándose entrevistar durante largo tiempo para contar su vida, porque, como todo el que lo conoce advierte enseguida, François posee una sencillez y modestia verdaderas, rasgo admirable en quien ha descollado tanto por sus labores intelectuales.

Cuando asumamos de verdad el desarrollo y la socialización de las ciencias sociales y el

pensamiento social, esa tarea tan urgente que no debe seguir siendo pospuesta, la obra de Houtart será uno de los aportes señeros que más podrá ayudarnos, en cuanto al acierto en la elección de los temas de investigación, la sabia utilización de los más diversos instrumentos para indagar, una transdisciplinarietà verdadera, una epistemología marxista eficaz y ajena a los dogmas, resultados concretos de enorme valor para el conocimiento, férrea unión de ciencia y conciencia, servicio a las causas populares y un compromiso consecuente de militancia y de crítica al mismo tiempo.

Ante las memorias de su vida que François Houtart le ha contado a Carlos Tablada no pude evitar recordar algo que hace unos quince años me dijo Frei Betto, que es tan coloquialmente sabio. El imperialismo norteamericano vivía su victoria y parecía omnímodo, la ideología neoliberal pretendía con bastante éxito hacer creer que lo existente era tan inevitable como el clima y el socialismo se había sumido en un profundo desprestigio. Pero muchos seguían

* Palabras de presentación del libro: Tablada Pérez, C. 2010 *El alma en la tierra. Memorias de François Houtart*, (La Habana: Editorial Ciencias Sociales / Ruth Casa Editorial); en la XX Feria Internacional del Libro, La Cabaña, 18 de febrero de 2011. Luego publicado en: Martínez Heredia, F. 2015 *A la mitad del camino* (La Habana: Editorial Ciencias Sociales) pp. 215-220.

luchando. Betto y yo estábamos entre los que bregaban por evitar las rendiciones, mantener el anticapitalismo y recrear la promesa de un futuro de liberaciones. Él me dijo entonces: “la gente no puede leer ahora ensayos y teorías, en esta situación tan mala tenemos que escribir testimonios para llegar a ellos, y acercarles las ideas de maneras atractivas”. Hoy las cosas son en buena medida diferentes en América Latina, pero la batalla cultural se sigue dando en términos muy duros para el campo popular. Las memorias de Houtart son un formidable refuerzo a este campo nuestro, un libro que permite aunar el disfrute con la formación. Ese es un primer logro evidente de la obra.

Carlos Tablada nos brindará sin duda claves fundamentales de este libro, aunque nadie podría exponer ni siquiera someramente su contenido tan rico, pletórico de datos, situaciones, referencias, anécdotas, muy agudas valoraciones y profusas sugerencias. Por mi parte, me acercaré a la narración y al narrador de manera muy selectiva y subjetiva, y trataré de ilustrar con algunos datos, comentarios y opiniones este fruto feliz, apelando a la amistad entrañable que desde hace treinta años me une al ser humano François Houtart y a la admiración que siento por el incansable luchador por la justicia que ha iluminado su fe religiosa y dedicado su

vida a la causa de los pobres, y, al mismo tiempo, por el gran investigador social y pensador.

Lo conocí en 1982, en Nicaragua. Yo sostenía fuertes relaciones y amistad con los sacerdotes que participaban o apoyaban el proceso, con Ernesto Cardenal, Uriel Molina, Álvaro Argüello, Xavier Gorostiaga, Amando López y el colectivo jesuita, con monjas y curas de diferentes lugares del país, y también con Sixto Ulloa y otros pastores y fieles evangélicos. René Núñez y Liana, dirigentes del FSLN, me dieron opiniones muy favorables sobre aquel sacerdote belga recién llegado. Pronto entablamos amistad. Hablábamos mucho de lo que estaba pasando, como es natural, y del nuevo capítulo que se abría con la Revolución sandinista para la vinculación entre la fe, las prácticas y las ideas religiosas con los procesos revolucionarios y los cambios sociales y humanos en el continente. También conversábamos bastante sobre teología de la liberación y sobre cuestiones de teoría.

Por cierto, Houtart no me hacía las duras críticas al dogmatismo marxista que expresaba Julio Girardi, otro religioso europeo que también vino a Nicaragua a colaborar fraternalmente con la revolución –y con el cual entablé una entrañable amistad para toda la vida–; pero me di cuenta de que el belga manejaba un marxismo

con el cual yo estaba totalmente de acuerdo. Era un momento en que las prácticas cubanas y la entrega ejemplar de los internacionalistas daban testimonio de la superioridad de la actitud socialista ante la vida, pero el pensamiento precedente de la isla no estaba a esa altura.

François relata en este libro aspectos de sus actividades intelectuales en Nicaragua en aquellos años, junto a la inolvidable Geneviève Lemercinier. Quisiera resaltar las cualidades de sus métodos y la buena elección de sus temas de investigación, y lo revolucionario, en el plano intelectual, de esas tareas que realizaban. No venían con recetas de primera instrucción para pueblos exóticos o “jóvenes”; por el contrario, buscaban los rasgos ocultos y los nexos profundos de la gente y las comunidades, para que los resultados fueran realmente útiles e incluso iluminadores de la práctica. Para ahorrar tiempo aquí, les ruego leer con atención las páginas 221-228. Recuerdo que, ante mi gran interés, Houtart me entregó una explicación escrita de un método de investigación cultural transdisciplinar con esos fines, que envié enseguida a Cuba con la esperanza –que no fue satisfecha– de que fuera evaluado y discutido acá.

De la sintonía de esos trabajos de ciencia social con el extraordinario crecimiento de la conciencia social que venían experimentando

los pueblos latinoamericanos da cuenta algo que me sucedió pocos años después. Alguien me acercó un folleto boliviano, de edición muy humilde, al que habían puesto un largo título que sustituía al de *Autoanálisis de sociedades locales*, con el que Houtart había publicado aquel texto en Oruro: *Autoanálisis de una comunidad, por el sacerdote Francisco Utar*.

Quería que Houtart conociera Cuba y a él le pareció muy bien mi iniciativa, pero me aclaró que el nuestro había sido su primer país latinoamericano, que lo visitó en 1953, en labores de constitución de la Juventud Obrera Católica. Años después, me contó que había vuelto durante los primeros años sesenta. Pero lo fundamental fue ir conociendo su extraordinaria vinculación con los pueblos del llamado Tercer Mundo y con sus intentos de cambios favorables a las mayorías, sus luchas de liberación y sus personalidades. Un día me habló de su relación con Amílcar Cabral, el gran líder de un pequeño país, el combatiente y pensador marxista que para los cubanos es un símbolo de revolucionario africano y un referente de nuestro internacionalismo. En 1983, cuenta Houtart en este libro, después de presentar con Geneviève la ponencia “Amílcar Cabral y la cultura” (Lemercinier y Houtart, 1983), fue hasta su tumba: “Recé con emoción por este compañero que había

consagrado su vida, sin buscar nunca la gloria, a la causa de la liberación de los pueblos, la paz y la reconciliación, uno de estos ‘terroristas’ que solo Dios podía recompensar”.

François es un extraordinario conocedor de las luchas y las vicisitudes de numerosos pueblos africanos, pero no como un visitante europeo, ni solamente como un analista: ha sido, ante todo, decididamente solidario. Esto le llevó a conocer a un gran número de personalidades políticas durante el período que siguió a la llamada descolonización, y a ubicarse ante realidades extremadamente complejas. Recomiendo una lectura muy atenta de las páginas 179-190. Ellas nos asoman a un conjunto de políticos prominentes y a las acciones de las grandes potencias, y nos ofrecen un conjunto de datos y opiniones que sin dudas motivará mucho a nuestros lectores, hijos de un país que se involucró a fondo en aquellos procesos, en los que de una u otra forma participaron varios cientos de miles de cubanos.

Houtart conoció en Bogotá, en 1954, a Camilo Torres Restrepo, el sacerdote colombiano que avanzó de la doctrina social de la Iglesia a la política popular, se lanzó a organizar a los oprimidos, se convirtió en guerrillero y dio la vida por sus hermanos. François lo invitó a estudiar Sociología en Lovaina, donde anudaron

una gran amistad durante cuatro años, relación que mantuvieron hasta que Camilo partió a la guerrilla y a la muerte. Houtart ha hecho honor a su recuerdo y su ejemplo en todo momento, y ha expuesto muchas veces el sentido y el valor de su actuación. Hace tres días se cumplieron 45 años de la caída de Camilo. Aprovecho la ocasión para invitar a François y a todos a la conmemoración que se celebrará el lunes 21, a las 5 de la tarde, en la Catedral Episcopal, en la calle 13 de El Vedado.

Si el pueblo de Vietnam pudo contar con su colaboración decidida y sistemática, las rebeliones latinoamericanas también han encontrado en Houtart una solidaridad que no cesa ni se condiciona. Cuando la represión y el genocidio fueron sucedidos por regímenes entreguistas que multiplicaron el empobrecimiento en nombre de una supuesta democracia y un neoliberalismo despiadado, François no tomó distancia ni buscó un refugio: acompañó a través de ese desierto a los que denunciaban, protestaban y pensaban. Por eso ha sido un miembro de la familia de los movimientos sociales combativos y de los Foros Sociales Mundiales; en 1997, Houtart fue uno de los fundadores del Foro Mundial de Alternativas, contrapuesto a Davos, junto a Samir Amin y Pablo González Casanova, entre otros.

Houtart ha sido activo en la solidaridad con Cuba desde hace medio siglo. En el libro ofrece solo algunos datos acerca de esas actividades suyas. Tocaré apenas un ángulo entre los que me ha tocado conocer, relativo a su influencia positiva en nuestra formación. Sobre todo a partir de 1979, las realidades latinoamericanas y el internacionalismo motivaron a cubanos marxistas no creyentes religiosos a abordar seriamente la Teología de la Liberación, los movimientos sociales cristianos y los instrumentos intelectuales que podían ayudarnos en esas tareas. Houtart colaboró sistemáticamente con nosotros. En lo personal, me sirvieron mucho las conversaciones con él, las diferencias y los aspectos comunes de su posición respecto a los de los teólogos y sociólogos de la religión con los que yo compartía, o estudiaba. Llegó un momento en que otro compañero y yo organizamos un curso básico de Sociología de la Religión no público impartido por Houtart, que pasaron unos treinta alumnos cubanos seleccionados. El profesor le dedicó a ese curso todo su saber y su metódico entusiasmo, y el resultado fue óptimo para el desarrollo de los participantes. Para multiplicar los efectos decidimos hacer un libro con aquellas lecciones, y François se aplicó férreamente a redactarlo, en un español escrito que a veces era infernal.

Al fin estuvo listo, y logramos publicar el libro *Sociología de la religión* (Houtart, 2006), primero en Nicaragua, en 1992, pero con circulación en Cuba. Después ha tenido varias ediciones.

Entre tantas cualidades de Houtart hay una que todavía suele deslumbrarme. Uno puede pedirle que profundice acerca de muy variados temas, situaciones, países, conflictos, estrategias del mundo de hoy, y él desarrolla cada asunto con una visión sintética combinada con detalles e ilustraciones, en su complejidad, esencias y tendencias probables, y todo con sencilla claridad.

Su vocación de sociólogo animó un día al joven sacerdote a preguntarse: ¿cómo es posible que la clase obrera pueda ver como adversario al cristianismo, que es un mensaje de emancipación humana? Así inició un largo camino de investigaciones al servicio de sus ideales. A lo largo de dos tercios de siglo, unas y otros se han desplegado, desarrollado y madurado. Desde el inicio hubo oprimidos y explotados de los pueblos colonizados que llamaron a aquel sacerdote que quería trabajar por la justicia para todos y sabía identificar a las clases sociales y sus conflictos. Hoy este adulto mayor poseedor de una vitalidad que asombra está cargado de experiencias y de conocimientos, y

es, para todos, el compañero prestigioso cuya palabra es esperada y oída, el analista y el internacionalista en una sola pieza. Y uno está convencido de que le falta mucha obra por hacer.

En poco más de una página, al inicio del libro, François explica por qué ha dado este paso de dejarse entrevistar, y en un manojito apretado de oraciones sitúa y acota lo que puede esperarse de su narración, de su experiencia vital y de sus condicionamientos, y la suerte que ha sido para él, dice, encontrarse en la convergencia de varias redes de relaciones sociales. Le alcanza el breve espacio, eso sí, para reafirmar diáfananamente sus principios. Y se encomienda al lector, con la esperanza de contribuir, de dar.

Quede tranquilo François Houtart. Al que comience a leer este libro le será imposible dejarlo sin terminar.

BIBLIOGRAFÍA

- Lemercinier, G. y Houtart F. 1983 “La culture dans une perspective marxiste – réflexions au départ de la pensée d’Amílcar Cabral” en AA.VV. *Continuar Cabral: Simpósio internacional Amílcar Cabral, Cabo Verde, 17 a 20 de Janeiro de 1983* (Lisboa: Grafedito / Prelo - Estampa).
- Houtart, F. 2006 [1992] *Sociología de la religión* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales / Ruth Casa editorial) Tercera edición.
- Houtart, F. 2009 *El camino a la utopía desde un mundo de incertidumbre* (Buenos Aires / La Habana: CLACSO / Ruth Casa Editorial).

FE POR CUBA*

El Centro Martin Luther King nació en 1987, cuando nuestro país trataba de rectificar los errores y desviaciones del rumbo liberador de la Revolución, que fueron consecuencia de las opciones asumidas para enfrentar los límites férreos con que había chocado el proceso al inicio de los años setenta. En el momento crucial en que nació este Centro, el llamado “socialismo real” se encaminaba al suicidio y los países del Tercer Mundo perdían las esperanzas de alcanzar el desarrollo, a manos del neoliberalismo imperialista, que sí era real. Cuba comenzaba a revisarse a fondo y volvía a sacar fuerzas de sí misma. Descubría que ninguna ley general, ningún dogma y ningún destino la

salvarían, que tendría que salvarse ella misma, apelando a la voluntad y la decisión, la fe y la entrega, la gran tradición patriótica nacional y el ideal justiciero y libertario del socialismo verdadero. En aquel tiempo de luchas políticas e ideológicas, el país aprendió también que la falsedad del unanimismo ocultaba la riqueza de sus diversidades, y que para ser, el socialismo tenía que ser de todos, con los rostros de todos y los carismas de cada uno, y no una simple maquinaria ni una donación.

Entonces se organizaron estos cristianos como movimiento social, actuaron al servicio de los problemas de las comunidades y de la nación, discutieron los problemas fundamentales del país y levantaron su voz como cristianos cubanos. Y cuando vino la prueba tremenda de los años noventa, el Centro desplegó iniciativas muy valiosas y cumplió papeles muy relevantes, en medio de una crisis material, de la calidad de la vida y del prestigio del socialismo, que amenazaba la existencia misma de la nueva sociedad de justicia y libertad que entre todos

* Palabras pronunciadas en el acto por la conmemoración de los 25 años del Centro Martin Luther King. La Habana, abril de 2012. FMH participó desde su fundación como uno de los colaboradores y guías más relevantes de este proceso. El texto se publicó luego en: Martínez Heredia, F. 2015 *A la mitad del camino* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales) pp. 211-214.

habíamos creado. Las caravanas de Pastores por la Paz, la ayuda a la construcción de viviendas en los barrios, los seminarios socioteológicos, los talleres de Educación Popular, fueron algunas de las respuestas primeras a los nuevos retos. La guagua¹ amarilla en la calle era un símbolo de la decisión de pelear por la vida de las cubanas y los cubanos, y una señal del crecimiento de la Revolución frente a los enemigos, que brindaba alimento espiritual a todos y alzaba a los que sentían desfallecer la fe.

El Centro supo ser cristiano, al discernir qué era lo justo y lo necesario, al comprender que la praxis es primero y la teología es acto segundo, al seguir al Jesús liberador, al ser pueblo acompañando al pueblo.

He tenido la fortuna de compartir los sueños y los afanes del Centro Martin Luther King desde su nacimiento, porque había entablado antes una amistad de compañeros con el pastor Raúl Suárez, un hijo dilecto del pueblo, o de Dios, que es lo mismo. No me toca hoy hablar de él, lo he hecho además hace poco, para prologar *Para avivar el espíritu*, un libro de textos suyos; básteme repetir aquí que Raúl

ha sido y es el alma, el fundador y el director del Centro. Nuestra amistad se anudó en los días en que echaba mi vida en el torrente de la Revolución sandinista, el gran movimiento popular que ayudó a responder bien la pregunta del teólogo de América Latina: “¿del lado de quién está Cristo?”, en la tierra en que un poeta combatiente firmó con sangre aquel verso suyo: “ahora vamos a vivir como los santos”. Aprendí a querer y admirar más a Raúl en los tiempos de la rectificación y en los tiempos de la gran crisis, y me place mucho recordar tantas tareas y tantas discusiones, y agradecer que me permitieran participar siempre como un hermano. Recuerdo, por ejemplo, que escribí el editorial del primer número de la revista *Caminos*.

En estos veinticinco años, el Centro Martin Luther King ha levantado una obra extraordinaria y se ha ganado un lugar en el corazón de las cubanas y los cubanos, y un prestigio muy sólido entre las instituciones de nuestra sociedad. El que intente siquiera sintetizar los tipos de trabajos que ha emprendido, los encuentros entre personas que ha propiciado, los servicios que ha prestado, su presencia en tantos escenarios, tendría que utilizar muchas horas para hacerlo. No se han cansado nunca los hermanos y hermanas, ni han perdido el rumbo. Al arribar a este aniversario en el año 2012, el Centro es

1 [N. de la Ed.] Dícese en Cuba del bus o colectivo. En otros países latinoamericanos es la forma coloquial de referirse a las niñas y los niños.

una entidad destacada y tiene una formidable capacidad de desplegar actividades. Pero más que celebrar, hoy es necesario advertir que esas cualidades implican que el Centro tiene ante sí pesados deberes, quizás mayores que nunca antes.

Estamos viviendo un momento de disyuntivas que no muestran abiertamente sus sentidos últimos, pero pueden desembocar en un tiempo de decisiones. Junto a la más firme resistencia al imperialismo norteamericano —el gran enemigo de la humanidad y del planeta—, y a los saberes que reafirman a la mayoría de la gente del pueblo en su confianza y apoyo a la dirección máxima de la Revolución, se agrandan diferencias y desigualdades en la calidad de la vida entre sectores de nuestra población, algo que se había vuelto inconcebible desde el triunfo revolucionario. Algunos de los valores forjados en el proceso liberador están en crisis, y ha crecido la conservatización de la vida social. Conviven los más limpios esfuerzos al servicio de la colectividad, los ideales revolucionarios socialistas y la laboriosidad honesta con la apelación desmedida al egoísmo, el individualismo, al “te doy y me das”, al interés individual. La corrupción, la inercia y el burocratismo amenazan corroer o impedir iniciativas y campañas por el desarrollo económico y social

del país que signifiquen bienestar y distribución justa de la riqueza para todos. En el seno de la sociedad cubana se libra un gigantesco conflicto cultural entre el socialismo y el capitalismo.

Esta situación le plantea un extraordinario desafío al Centro Martin Luther King, como a todas las demás instituciones y a todos los cubanos y cubanas. ¿Qué sociedad saldrá de este trance tan complejo y difícil? ¿Sucumbirá la Cuba de Martí y de Frank a la guerra cultural que nos hace el capitalismo para convencernos de que la única manera de vivir, pensar y sentir es la que nos propone? ¿Nos levantaremos una vez más por encima del cálculo de lo que es posible, que siempre ha militado en contra nuestra, y abriremos el camino a la conquista de toda la justicia, el bienestar y las oportunidades para todos?

Este Centro está en mejores condiciones que muchos para actuar a favor de la segunda opción, porque ha desarrollado instrumentos, estrategias y pensamiento capaces para participar en esa batalla, y posee una conciencia plena de lo que está sucediendo. Frente a la decadencia de ideales que nos amenaza, el vigor espiritual de estas hermanas y hermanos organizados puede desempeñar un papel muy importante en las tareas de hacer avanzar la esperanza y la vocación de unirnos para reconstruir

y fortalecer la conciencia que eche decisivamente hacia adelante la formación de personas solidarias y entregadas al bien común, y la organización social que haga invencibles sus prácticas.

Por ese camino anda el Centro, y teje redes de las que se hablará, para que suceda el

milagro de una pesca multiplicadora. Estoy seguro de que el Centro Martin Luther King no cejará ni se detendrá, y buscará metas cada vez más altas, y en esa caminata se llegarán a juntar los hechos y los sueños.

¡Felicidades a todas y a todos en este vigesimoquinto aniversario!

LA CONCEPCIÓN DEL CHE*

1. TRES CARACTERÍSTICAS DEL PENSAMIENTO DEL CHE

Dos son los temas centrales del pensamiento revolucionario contemporáneo, y en ellos se inscriben de algún modo todos los demás: el de las luchas por establecer poderes populares en una sociedad, y el de la creación por parte de esos poderes populares de sociedades nuevas, socialistas. Es obvio que esta proposición corresponde a la posición que considera revolucionario al pensamiento que trata de ayudar al logro de cambios sociales y humanos liberadores, al mismo tiempo que, desde su

especificidad, pretende trascender las circunstancias inmediatas y los problemas y tareas del día, para ofrecer fundamentos, métodos y otros productos intelectuales que puedan guiar las prácticas de liberación. En ambos temas sobresalió el Che, y en la imprescindible articulación de ellos entre sí y como base de una concepción del mundo, del campo cultural que tendrá que plasmar el socialismo, como nueva manera de vivir diferente, opuesta y superior a la del capitalismo.

Debo seguir al Che en uno de esos dos campos, el de sus concepciones sobre lo que prefiero llamar la transición socialista. Las salvedades a las que me obliga esa elección ya están implícitas en los planteamientos del párrafo anterior. Quiero presentar desde ahora tres características del pensamiento del Che sobre la transición, que intentaré exponer en este texto más detalladamente:

- el Che concibe la lucha por el socialismo desde el poder en íntima relación con las

* De la edición: Martínez Heredia, F. 2010 “Capítulo II” en Martínez Heredia, F. *Las ideas y la batalla del Che* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales / Ruth Casa editorial) Segunda edición, pp. 63-176.

[N. de la Ed.] Ese libro constituye una versión revisada y ampliada del libro Martínez Heredia, F. 1989 *Che, el socialismo y el comunismo* (La Habana: Casa de las Américas). El material ganó el premio extraordinario de ensayo Casa de las Américas 1989.

realidades del mundo en que vive: el sistema capitalista mundial, las luchas de liberación, las contradicciones internas del sistema capitalista, el campo del socialismo en el mundo, la solidaridad internacional, y las interrelaciones que tienen esas realidades;

- el Che concibe la lucha por el socialismo desde el poder como una dialéctica revolucionaria consistente en la creación de una sociedad basada en vínculos solidarios, que genere una satisfacción de las necesidades básicas y de deseos crecientes y más complejos de realización individual. Su instrumento fundamental es la acción consciente y organizada, contra el predominio de los vínculos mercantiles, el individualismo, el egoísmo, la falta de capacidades suficientes y el poder de grupos minoritarios sobre la sociedad, rasgos heredados del capitalismo neocolonizado anterior que pretenden mantenerse vigentes a pesar de la eliminación de la explotación del trabajo, la superexplotación y marginalización combinadas de amplios sectores y la sujeción del país al poder imperialista;
- el Che concibe complejas relaciones internas entre la política, la economía, la nueva educación, la ética, las ideologías; entre el conocimiento, la justicia y la conducta. En esa concepción, el poder –que es tan fuerte y

abarcador– debe estar cada más controlado por el pueblo, y debe ser un instrumento del proyecto y estar al servicio de él.

Al explicarnos la extrema consecuencia de la conducta personal del Che con sus ideas no basta, entonces, recordar que su voluntad, heroísmo, amor, abnegación, intransigencia en los principios, austeridad, entrega total, lo han convertido en un paradigma del revolucionario. Es necesario también comprender las relaciones entre teoría y práctica al interior de su posición teórica, y comprender cómo postula la superación de la separación y de las contradicciones existentes entre la política, la actividad económica y los juicios morales, entre la vida pública y la privada, que han regido en el capitalismo, como parte de la transición socialista y la lucha comunista.

2. POSICIÓN FILOSÓFICA Y CONCEPTOS FUNDAMENTALES

Si se produce el hecho concreto del nacimiento del socialismo en estas nuevas condiciones, es que el desarrollo de las fuerzas productivas ha chocado con las relaciones de producción antes de lo racionalmente esperado para un país capitalista aislado. ¿Qué sucede? Que la vanguardia

de los movimientos revolucionarios, influidos cada vez más por la ideología marxista-leninista, es capaz de prever en su conciencia toda una serie de pasos a realizar y forzar la marcha de los acontecimientos, pero forzarlos dentro de lo que objetivamente es posible.¹

Cuando el Che insiste en este argumento para enfrentar, dice, “una de las fallas fundamentales” de la posición de Bettelheim, hace ya un año que ha comenzado el gran debate abierto al público con la aparición de *Nuestra Industria. Revista Económica*, en junio de 1963. La polémica comenzó por un problema de economía práctica,² y parecería a primera vista que ese era su fondo, a pesar de la rápida ampliación del campo del debate. Hasta cierto punto es así, pero solamente en la medida en que convengamos en que la economía “práctica”, la política económica en que ella está –

debiera estar– inscrita y la economía política en la que esta última tiene su fundamentación, son tres aspectos bien articulados y forman parte, en el régimen de transición socialista, de una estrategia más general, fundamentada teóricamente, en la búsqueda decidida del socialismo y el comunismo. Y aun así sería sobre economía solo hasta cierto punto, porque en la concepción del Che –y en mi opinión este es un punto fundamental– la economía en la transición socialista solo parcialmente se explica por sí misma, y es imposible hacerla operar solamente de acuerdo a sus leyes propias.

En el fragmento que inicia esta parte, el Che relaciona dos planos teóricos que conviene distinguir: el de Marx (1959 [1859]) en el “Prólogo a la *Contribución a la crítica de la Economía Política*”, en cuanto a la relación más general entre fuerzas productivas, relaciones de producción y la revolución social, y el plano creado a partir de la pregunta ¿qué ha sucedido en un evento revolucionario específico? El rigor teórico marxista está de su parte cuando se basa en que el campo que pertenece al movimiento histórico se diferencia del campo de la estructura económica social, a tal punto que las leyes que pueden inducirse son diferentes para cada uno de ellos. Mientras que Bettelheim analiza las revoluciones con los instrumentos que

1 “La planificación socialista, su significado” (Guevara, 1970: 323).

2 Un título tan técnico como “Consideraciones sobre los costos de producción como base para el análisis económico de las empresas sujetas a sistema presupuestario” (Guevara, 1970: 208218, T. II) dio inicio a los intercambios de criterios entre Ernesto Che Guevara, Alberto Mora, Ernest Mandel, Marcelo Fernández Font, Charles Bettelheim, Luis Álvarez Rom y otros compañeros.

Marx elaboró para analizar el funcionamiento del modo de producción capitalista, Che generaliza desde el ejemplo cubano la existencia de una probabilidad que tiende a favorecer cada vez más a las revoluciones anticapitalistas de liberación durante el siglo XX, si la acción revolucionaria cumple determinados requisitos. No hay lugar, es su afirmación tajante, para la creencia en el “paso del capitalismo al socialismo” cuando las fuerzas productivas que se han desarrollado en el seno del capitalismo ya no quepan literalmente en él, lo que, por cierto, presupone que no se puede “pasar” mientras aquellas quepan. Se trata de que el movimiento histórico es un medio diferente y se rige por principios diferentes.

Todavía es necesario hacer dos precisiones acerca de aquellos dos planos teóricos: a) el segundo plano presupone al primero, y pretende forzarlo a no regir plenamente, sino dentro de una relatividad que podría llegar a ser mensurable; y b) hay una historia de relaciones entre ambos planos teóricos, que en parte es hija de los condicionamientos sociales e intelectuales del socialismo y el marxismo europeos originarios, pero en parte también es consecuencia de las vicisitudes históricas del marxismo y el comunismo durante el siglo XX. Esa historia afecta a las valoraciones de los hechos y de

los principios teóricos, pesa sobre el lenguaje utilizado y forma juicios y prejuicios.

El Che se está enfrentando a la deformación teórica más extendida y pertinaz del marxismo: el llamado determinismo económico. Por su parte, asume una posición filosófica que privilegia la acción consciente y organizada como creadora de realidades sociales, una filosofía marxista de la praxis, frente al determinismo social, una de las corrientes más fuertes del pensamiento que llamamos moderno, que en su variante desarrollada dentro del marxismo considera que los cambios de régimen social son el resultado de la ruptura de una correspondencia necesaria entre lo que llama las fuerzas productivas respecto a las relaciones sociales de producción. Esta ha sido una interpretación evolucionista y economicista del total de la historia –sujetada, además, a un canon europeo al que debe someterse el resto del mundo–, que parecía asegurar el turno final al socialismo, decretado por la Historia y por la Ciencia. Un formidable retroceso respecto a la teoría de Carlos Marx y una traición a la combinación de pensamiento y experiencias prácticas producidas por Lenin.³

3 Stalin codificó esa posición y le dio una divulgación pedagógica de consumo obligatorio. Ver “Sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico” (Sta-

Che comprende la importancia decisiva de esa posición suya, y la reitera sin descanso.⁴ Sabe que la vulgarización “determinista” es la dominante en los medios marxistas. No deja a un lado tampoco el problema de fondo planteado por la propia historia del marxismo, y trata de ayudar al conocimiento acertado, destacando precisamente que el marxismo tiene historia y ofreciendo pasajes comentados de Marx y Lenin, en relación con la posición que defiende.⁵

Que el marxismo tiene su historia parece una perogrullada. Sin embargo, durante medio siglo la corriente dominante de origen soviético lo presentó como una filosofía ahistórica, con un objeto fijo –las leyes más generales de

todo, que es igual que de nada– y una pregunta central clasificatoria aparentemente eterna. Se negó en la práctica intelectual y en la enseñanza la historia del pensamiento marxista, y se ocultaron demasiadas ideas y demasiados hechos importantes. El Che tenía plena conciencia de esa situación

A través de sus comentarios y sus citas, Che muestra las propuestas intelectuales y los dilemas de los fundadores del marxismo, y el vuelco radical dado a los problemas centrales del marxismo por la nueva realidad creada por Lenin y los bolcheviques en Rusia. La opción abierta ante la Revolución bolchevique y las revoluciones sucesivas será, en líneas generales, si la teoría va a permitir interpretar las situaciones y guiar las acciones en los procesos reales, si brindará una base intelectual y emotiva que sustente la lucha y lo ineluctable de su triunfo. O si se limitará apenas a proporcionar una reafirmación de lo que se tiene, una referencia más bien vaga al futuro, una fundamentación de las medidas del día y cierta tranquilidad, fluctuando entre coexistir con las acciones renovadoras o creadoras, o ser una rémora y un obstáculo para ellas, al colocar al “conocimiento” en contradicción con la lucha.

La pertenencia o la adhesión al marxismo de Fidel, Che y la vanguardia cubana en el poder,

lin, 1941[1938]). sobre todo pp. 656 y 661662. En 1952 le introdujo una variante al sistema armónico que había impuesto: la posibilidad de contradicciones en el socialismo. Ver (Stalin, 1963).

4 Ver Guevara (1970: 192, 193, 199, 201,252, 253, 259, 265, 273, 326 y ss., T. II).

5 “Notas para el estudio de la ideología de la Revolución cubana” (Guevara, 1970: 9295, T. II); “Sobre la construcción del Partido” (Guevara, 1970: 192; T. II); “En la entrega de certificados de trabajo comunista” (Guevara, 1970: 245246; T. II); “Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento” (Guevara, 1970: 251257, T. II); “La planificación socialista, su significado” (Guevara, 1970: 319322, T. II); y otros.

y sobre todo las exigencias de la Revolución misma, crearon la necesidad de asumir un marxismo que fuera capaz de servir para vivir y analizar la lucha, los problemas y el futuro de Cuba, y también los de la revolución latinoamericana y de los demás pueblos oprimidos. El orden que se había vuelto habitual fue, por tanto, alterado: marxista será aquel que sea consecuentemente revolucionario en Cuba y en el mundo actual; ser revolucionario consecuente es lo que le permitirá comprender y desarrollar la teoría.

Para el Che, la ley del paso del capitalismo al socialismo para cada país, la ley de la revolución, es la necesidad de *actuar de manera consciente y organizada para crear nuevas realidades*: “hemos averiguado que el proceso de desarrollo histórico de las sociedades, en determinadas condiciones, puede abreviarse, y que el partido de vanguardia es una de las armas fundamentales para abreviarlo”.⁶ No

6 “Sobre la construcción del socialismo” (Guevara, 1970: 193, T. II), del 24 de marzo de 1963. “Las ideas socialistas tocan la conciencia de las gentes del mundo entero, por eso puede adelantarse un desarrollo al estado particular de las fuerzas productivas en un país dado” en “Sobre el sistema presupuestario de financiamiento” (Guevara, 1970: 265, T. II), de febrero de 1964.

puedo evitar recordar a Lenin, también en sus treinta y cinco años de edad, reclamando desafiante ante la “ortodoxia” marxista de Kautsky y Plejanov:

Es indudable que la revolución nos aleccionará, que aleccionará a las masas populares. Ahora bien, para el partido político en lucha la cuestión consiste en ver si sabremos enseñar algo a la revolución (Lenin, 1961 [1905]: 500, Vol. I).⁷

La actuación revolucionaria, aclara el Che, no implica desconocer las leyes que rigen el funcionamiento y los límites de la realidad existente (esto es, de lo que esa realidad “puede dar de sí”), pero sí exige el predominio del factor subjetivo en las revoluciones, mientras que en la época de la vigencia del capitalismo ha predominado el factor objetivo. El Che plantea que *para toda la época de transición del capitalismo al socialismo y al comunismo rige una dialéctica de ambos factores, en la que el polo dominante tiene que ser el subjetivo, so pena de no avanzar, en el corto o largo plazo, y, por consiguiente, no llegar.*

7 En “Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática”.

Esta concepción del Che aparece organizada en sus escritos mediante un conjunto de conceptos que se refieren a realidades, actividades, fines y relaciones entre ellos. El *poder* es el teatro básico de la articulación de lo subjetivo y lo objetivo en la sociedad en transición, condición sin la cual no es posible dominar la formación social, ni aplicar plan alguno de cambio radical mediante el Estado y las demás agencias sociales. Las *condiciones* se refieren a la medición de “lo que objetivamente es posible” y a la creación, a partir de la acción, de un medio favorable a la revolución y al socialismo. La *conciencia* es una ligazón eficaz en varios sentidos del predominio del factor subjetivo en el medio sobre el cual actúa, y también el nexo principal de lo individual con lo colectivo. La *vanguardia*, minoría más avanzada políticamente que está entregada a la causa de liberación, es al mismo tiempo conductora y vehículo de transmisión de la acción, la voluntad organizada y las nuevas actitudes y cualidades; las mayorías deben ser cada vez más capaces de producir ellas mismas los cambios, y de aprender a gobernarlos. El *plan* o la planificación centralizada es el polo dominante de la contradicción en la transición socialista, que permite a la acción, organizada en poder y en conciencia, volverse superior a la reproducción social

que genera el funcionamiento mercantil de la economía. La *educación* es el proceso organizado dirigido a modificar los resultados masivos esperables de la reproducción económica y social de modo favorable al socialismo y al comunismo, mediante la cultura general, técnica e ideológica, la autoeducación, la coerción social y la conversión de las actitudes socialistas y comunistas en hábitos. El *deber*, la *norma*, la *moral*, el *ejemplo*, vinculan al individuo, los colectivos y las comunidades con la sociedad en transición considerada como un todo y con sus fines y tareas generales; vinculan a las conductas tanto con lo existente como con el proyecto revolucionario.

Los conceptos de partido, Estado, clases, política, economía, construcción económica, sistema de dirección, estímulos al trabajo, control, organización, planificación de la economía, ética, internacionalismo proletario, socialismo, comunismo y otros, tienen significaciones y una articulación específica en este medio teórico del Che, medio que les da su lugar y su función. Como es natural, pueden separarse para su estudio, con las reglas usuales de ese trabajo intelectual. Pero como pasa con el pensamiento organizado de cualquier autor, genera errores y confusión pretender tomar sin método elementos sueltos y utilizarlos

aisladamente, privados de su sentido, significado, articulación, lugar y funciones dentro de la concepción teórica a la que pertenecen.

Como les sucede a todos, el Che construye su pensamiento echando mano al lenguaje existente. Aunque va desarrollando una concepción, como no pretende construir una teoría, toma, utiliza o moldea palabras provenientes de diferentes niveles teóricos y disciplinas, y que tampoco carecen de historia. A veces asume una calificación o una palabra cuyos significados no concuerdan con su posición, pero no resulta víctima de ellas, porque mantiene siempre sus ideas. Define expresamente sus conceptos siempre que lo estima necesario, y los articula con un rigor lógico realmente muy notable.

No he olvidado al hombre. En la concepción de la transición socialista del Che la cuestión del individuo ocupa un lugar central; por consiguiente, es necesario partir de ella e integrarla en sus ideas antes de tratar de exponer estas en sus detalles. ¿En qué consiste ese “poner al hombre en el centro” con el que en principio y abstractamente todos estaríamos de acuerdo? ¿El centro de qué, en qué condiciones concretas, cómo, para qué?

La antropología filosófica tiene una larga historia. En la tradición marxista, Feuerbach y el joven Marx eran el capítulo de sus orígenes,

pero el cientificismo positivista primero y las necesidades de una ideología dominante después se reunieron y decretaron la exclusión de la cuestión del ser humano, que resultaba tan molesta. El regreso de tantos marxistas a ese tema en los años sesenta estuvo marcado por el tiempo perdido, los límites férreos que se le ponían a sus incursiones fuera de la letra consagrada, el horizonte muy limitado de la mayoría y el uso que los adversarios habían hecho de ciertos textos del joven Marx. Pero, de todos modos, aquel movimiento intelectual resultó muy positivo para ayudar al replanteo de temas centrales de una teoría que estaba siendo acuciada por las situaciones prácticas.

Como sucedió en otros temas, la “vuelta a Marx” en la Cuba revolucionaria tuvo su especificidad de motivos y de asuntos respecto a la de muchos marxistas de los países socialistas y de Europa capitalista. El Che, que era tan profundamente antidogmático como apegado al pensamiento originario del marxismo y a Lenin, “vuelve” al joven Marx al inicio mismo de uno de sus trabajos fundamentales: “Sobre el sistema presupuestario de financiamiento”. Che defiende el valor permanente del humanismo del joven Marx –a partir de sus motivaciones, su compromiso integral y su evolución intelectual–, no tanto como vehículo de denuncia

moral e indignada contra las infamias de una sociedad injusta, sino como una posición filosófica concreta.⁸ Se niega a subestimar la posición en ese terreno del joven Marx como algo que el científico Marx desestimó, o que lo desmerecería. El peso científico de *El Capital* (Marx, 1975), dice el Che, “nos ha hecho olvidar frecuentemente el carácter humanista (en el mejor sentido de la palabra) de sus inquietudes. La mecánica de las relaciones de producción y su consecuencia, la lucha de clases, oculta en cierta medida el hecho objetivo de que son los hombres los que se mueven en el ambiente histórico (Guevara, 1970: 252, T. II).⁹

8 “Marx estaba en la plenitud de su vida, ya había abrazado la causa de los humildes y la explicaba filosóficamente, aunque sin el rigor científico de *El Capital*” cita de “Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento” (Guevara, 1970: 251252, T. II). En el Prólogo al libro *El partido marxistaleninista*, publicado por la Dirección Nacional del PURS en 1963, Che exhorta a todos a grabarse en la memoria un fragmento de Fidel sobre los sentimientos que caracterizan al verdadero marxista y sobre el papel que ellos desempeñaron en Marx, Engels y Lenin para engendrar el marxismo; a recordarlo, dice, “como su arma más eficaz contra todas las desviaciones” (Guevara, 1970: 206, T. II).

9 En “Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento”.

Cita los *Manuscritos de 1844* para mostrar que Marx (2004) considera al hombre como el actor consciente de la historia, y a su liberación, el comunismo, como un acto consciente y no meramente “como el resultado de contradicciones de clase en una sociedad de alto desarrollo, que fueran a resolverse en una etapa de transición para alcanzar la cumbre. El hombre es el actor consciente de la historia. Sin esta *conciencia*, que engloba la de su ser social, no puede haber comunismo” (Guevara, 1970: 253, T. II; cursivas del Che).

La ideología regida por las leyes “objetivas” que se derivan de “lo material” puede servir para fundamentar instituciones y obedecer orientaciones que no transgredan lo esencial del orden existente, puede “enseñarles” a todos qué es lo correcto y qué no lo es. Ella obliga al ser humano, lo subordina a la necesidad; su función no es desatar sus fuerzas ni sus iniciativas, ni alentarlos a saltar más allá del terreno acotado. Es natural que para ella el hombre no ocupe el lugar central. Para el Che sí debe ocuparlo, porque el individuo del que habla es el hombre en revolución y el hombre revolucionado por la acción, el ser humano que se cambia a sí mismo junto con la sociedad, que se realiza en la actividad revolucionaria, que trasciende el individualismo y el

egoísmo al ejercer el trabajo, la organización, la lucha, la solidaridad o los sacrificios.

No es humanismo a secas, que sería simplón a estas alturas: es acción humana que revolucione las condiciones de existencia y la reproducción “normal” de la vida social, condiciones y reproducción que son conocidas o cognoscibles. Es acción humana organizada como palanca eficaz para que una realidad conocida se transforme en otra realidad conquistada, y en otra realidad creada. Es en estos sentidos que se plantea que lo “objetivo” pueda ser transformado y superado por el factor subjetivo, más bien palabras que aluden a la tendencia fundamental que conceptos precisos.

Utopía, idealismo, voluntarismo son reacciones calificadoras frente a esa posición y al proyecto que ella auspicia, palabras tampoco muy precisas, pero que son retomadas y resuenan todavía. Nadie más lejano que el Che de las actitudes que esas palabras quieren designar. Che parte siempre de la lucha de clases, de la que el hombre, dice, es expresión viviente; parte de que nunca se puede desligar el análisis de las contradicciones económicas del hecho histórico de la lucha de clases, del desbordamiento político e histórico de una clase social por otra. El socialismo existe porque los expropiadores han sido expropiados

y la propiedad privada se convierte en propiedad social.¹⁰ “El socialismo no es una sociedad de beneficencia, no es un régimen utópico, basado en la bondad del hombre como hombre. El socialismo es un régimen al que se llega históricamente [...]”, dice a una asamblea de obreros ejemplares (Guevara, 1970: 191, T. II).¹¹

En 1965, “El socialismo y el hombre en Cuba” (Guevara, 1970) será, desde el propio título, una exposición acabada de la dialéctica que relaciona, para la creación del socialismo y el comunismo, al individuo, “actor de ese extraño y apasionante drama que es la construcción del socialismo”, la masa, los dirigentes, la conciencia, la producción, el

10 Tomo casi textualmente las ideas expuestas en “La planificación socialista, su significado” (Guevara, 1970: 326, T. II). Che añade: “[...] el análisis teórico debe abarcar el gran marco que encuadra las relaciones nuevas entre los hombres, la sociedad en tránsito hacia el socialismo”.

11 En “Sobre la construcción del Partido”. En 1960 había dicho en el MINSAP: “[...] en Cuba se está creando un nuevo tipo humano [...] aun cuando se comprendan estas cosas que estoy diciendo [...] para cambiar de manera de pensar hay que sufrir profundos cambios interiores, y asistir a profundos cambios exteriores, sobre todo sociales” cita de “El médico revolucionario” (Guevara, 1970: 72-74, T. II).

trabajo, la educación, la coerción social, las relaciones mercantiles, el subdesarrollo, los estímulos morales y materiales, la vanguardia, el Estado, las instituciones, la comunidad, el arte, la juventud, el partido, el revolucionario, el internacionalismo proletario. Y siempre en función de la creación de un hombre nuevo,¹² que deberá desarrollarse “por métodos distintos a los convencionales” (Guevara, 1970: 373, T. II), y deberá avanzar hacia “la última y más importante ambición revolucionaria, que es ver al hombre liberado de su enajenación” (*ibídem*, p. 378).

Hasta el final de su vida –“la tarea del revolucionario de vanguardia es a la vez magnífica y angustiada”– Che trabajó, escribió, divulgó, discutió, estudió cómo conseguir mayores y mejores resultados en la construcción del

individuo, con una honestidad, una lucidez y un espíritu autocrítico difícilmente iguales. Es esencial comprender el sentido de su combate diario por el futuro comunista, uno de los requisitos de articulación conceptual, y de lo conceptual con la vida, sin el cual no estaríamos hablando nunca de su pensamiento. Comprender, del mismo modo, cómo el Che liga los elementos que le parecen más lejanos entre sí al rasante sentido común: “Creemos que se está desperdiciando, en cierta manera, las posibilidades de desarrollo que ofrecen las nuevas relaciones de producción para acentuar la evolución del hombre hacia *el reino de la libertad*”.¹³

El Che viene planteando esta dialéctica de la transición por todas partes. A la Unión de Jóvenes Comunistas:

Porque el socialismo ahora, en esta etapa de construcción del socialismo y el comunismo, no se ha hecho simplemente para tener nuestras fábricas brillantes, se está haciendo para el

12 “En este período de construcción del socialismo podemos ver el hombre nuevo que va naciendo. Su imagen no está todavía acabada; no podría estarlo nunca ya que el proceso marcha paralelo al desarrollo de formas económicas nuevas” publicado en “El socialismo y el hombre en Cuba” (Guevara, 1970: 373, T. II). “El hombre del siglo XXI es el que debemos crear, aunque todavía es una aspiración subjetiva y no sistematizada. Precisamente este es uno de los puntos fundamentales de nuestro estudio y de nuestro trabajo [...]” (Guevara, 1970: 379, T. II).

13 “Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento” (Guevara, 1970: 265, T. II; cursivas del Che) [N. del A. En la edición citada aparece “está”, no “están”].

hombre integral, el hombre debe transformarse conjuntamente con la producción [...] (Guevara, 1970: 317, T. II).¹⁴

Les explica a sus compañeros dirigentes del Ministerio de Industrias muchos aspectos de esa creación: lograr un real contacto con las masas; conseguir que la gente que trabaja y se sacrifica llegue a sentir que sus horas de trabajo forman parte de su vida; introducir en los centros de trabajo técnicas de medición de las capacidades y la personalidad de cada individuo; ayudar a aumentar la motivación interna hacia el trabajo voluntario; humanizar más el trabajo de dirección “para que sea completo y para dar un salto, quién sabe de qué proporción”. Y añade:

Y nosotros, preocupados ya no solamente por el socialismo, además de eso establecemos, creo que por primera vez en el mundo, ya lo podemos decir sin que suene petulante [...] un sistema marxista, socialista, congruente o aproximadamente congruente, en el cual se pone al hombre en el medio, se habla del individuo, se habla del

hombre y de la importancia que tiene como factor esencial de la Revolución. Ahora, no somos capaces de desarrollar los sistemas que hagan que ese hombre rinda lo que debe rendir y las fallas en nuestra mecánica hacen que tendamos a convertirlo en máquina, incluso el trabajo voluntario se transforma en mecanismo (Guevara, 1970: 562, T. II).¹⁵

Hacia casi un siglo, la propuesta del marxismo acerca de un mundo futuro sin explotación ni dominaciones, una asociación de productores libres sin Estado ni clases sociales, había ido ganando cada vez más terreno frente a las antiguas o recientes utopías y frente a la libertad sin tasa y de inmediato –también anticapitalista– postulada por el anarquismo. Pareció una cruel paradoja que su gran acierto de reivindicar la centralidad de la política para el movimiento revolucionario proletario de Europa se convirtiera en una adecuación reformista de la mayoría de los políticos marxistas al poder de la burguesía durante la “bella época” del imperialismo, pero Lenin y el bolchevismo rescataron la gran propuesta. Desde el escondite

14 En “La juventud y la Revolución” del 9 de mayo de 1964.

15 En “Reuniones bimestrales” del 5 de diciembre de 1964.

de Razliv en el que escribió *El Estado y la revolución* en 1917 (Lenin, 1961) hasta los días postreros y angustiados en que redactó “Más vale poco pero bueno”, Lenin (1961) combinó tenazmente las tareas revolucionarias del día con el ambicioso proyecto de la revolución socialista mundial y el comunismo. Engels había escrito que Marx y él elevaron al socialismo de la utopía a la ciencia; Lenin se movió en otro terreno: del debate político y la argumentación teórica al partido revolucionario y la creación de un poder revolucionario en un inmenso país, como base para la revolución socialista mundial y para comenzar a hacer realidad el comunismo.

Casi cincuenta años después de Octubre, la Revolución cubana estaba continuando la epopeya socialista de Lenin y los bolcheviques, en un escenario sumamente diferente, desde sus propias motivaciones y en otras circunstancias históricas. Su proyecto tan ambicioso cumplía, a mi juicio, una función práctica inapreciable: contribuía a la audacia, la autoconfianza y el espíritu indomable que no se rendían ante los límites de todo tipo y los enemigos más poderosos, al darles a los combates del día la trascendencia del que ha apostado por un futuro portentoso. Fidel y el Che fueron los protagonistas de esta renovación caribeña de la gran

propuesta, y al Che le tocó ahondar en sus aspectos conceptuales y en los vínculos de la teoría con las prácticas y las experiencias. La gran mayoría del pueblo cubano vivió esa aventura y adquirió una formidable conciencia revolucionaria, captó la trascendencia de los trabajos, las agonías, las victorias y los heroísmos de las jornadas y las campañas que llenaban su vida, y eso le permitió sacar adelante su revolución socialista de liberación nacional.

Pero Cuba no debía enfrentarse solamente a sus enemigos y a sus insuficiencias y errores. El pensamiento marxista dominante sufría de los males que he mencionado, y le costaba mucho ver más allá de sus orejas. Un socialismo que no lograba pensar de manera totalmente diferente al capitalismo se veía demasiado reducido a aceptar valores de este en cuestiones cruciales. Los axiomas científicistas habían descartado la utopía comunista desde hacía décadas, y un grosero materialismo cumplía funciones más coloquiales para explicar o ratificar una gran parte de las relaciones sociales. El motor egoísta que movería a cada uno, pero que al entrechocar con los de los demás produciría la emergencia triunfante del interés general –esa perla del pensamiento social burgués temprano– era una idea aceptada por aquellos regímenes de dominación en nombre

del socialismo. El pensamiento revolucionario cubano tuvo que desligarse de esa posición, y ser capaz de enfrentar la necesidad de combinar la actividad científica social con los juicios de valor, relacionar con resolución y eficacia la política con la moral, regir la economía por los intereses del pueblo, buscar y producir conocimientos desde la militancia real con los humildes y el servicio a la causa revolucionaria. Fue un desafío extraordinario.

A mi juicio, la concepción teórica del Che contiene la propuesta más atinada y de mayor alcance de articulación del proyecto comunista y la transición socialista que se ha elaborado en Cuba. Cohesiona los ideales utópicos con las actividades y los problemas concretos más diversos, y con los intereses, los ideales y la conciencia de los que quieren cambiar sus vidas y el mundo. Brinda a cada individuo y a colectividades la fe que es imprescindible y movilizador para la construcción, la lucha y las victorias, pero, sobre todo, indispensable para enfrentar los obstáculos, las privaciones, los fracasos, los sacrificios, las odiseas, los esfuerzos que solo darán cosecha en el futuro, para darle un sentido más trascendente a la vida.

Es una feliz circunstancia la de contar con el pensamiento del Che en la coyuntura actual, con esta concepción que conecta sin temor y sin

descanso el proyecto y las tareas inmediatas, lo posible con lo inaplazable y con lo utópico, y que tiene tantos conceptos útiles, precisiones y riqueza de detalles. Sin entrar en otros aspectos de su utilidad, es obvio el inmenso provecho que brinda un pensamiento que sostiene con tanto vigor el proyecto revolucionario y su viabilidad.

3. CONCIENCIA Y PLAN EN LA TRANSICIÓN SOCIALISTA

En el pensamiento del Che, la actividad humana es lo que engrana todo en la transición socialista, y va elaborando precisiones teóricas acerca de ella. La conciencia es el modo fundamental en que se expresa la interrelación humana con el medio: acción consciente, conciencia de los fines, predominio del factor subjetivo organizado, tales son sus atributos principales, que deben permanecer durante todo el proceso de la transición socialista, y tender a hegemonizar la sociedad. Se trata de la conciencia en el poder,¹⁶ naturalmente; por ello, para seguir

16 “[...] el poder, que es el instrumento indispensable para aplicar y desarrollar el programa revolucionario, pues si no se alcanza el poder, todas las demás conquistas son inestables, insuficientes, incapaces de dar las

la argumentación del Che es necesario abandonar el tipo de pensamiento que se centra o se abriga con ciertas antinomias filosóficas al uso. La conciencia no es –no queda otro remedio que insistir– la antítesis de la economía, ni de la “materia”. Para el Che la conciencia es la palanca fundamental, el arma para lograr que las fuerzas productivas y las relaciones de producción sociales dejen de ser medios para perpetuar las dominaciones.

En la época de la transición socialista persisten relaciones económicas mercantiles, y otras que están sujetas a leyes del funcionamiento de la economía mercantil; ellas rigen una parte enorme de la vida de las personas en las más disímiles actividades. Esas relaciones encuentran en los cerebros un asidero muchísimo mayor. Principios como el de “te doy, me das” trasmutan el yo en egoísmo e individualismo, lo personal en privado, ponen el interés en el lugar de la intención y del criterio, y el poder y el dominio en el lugar de la fraternidad y las relaciones entre iguales. Las relaciones mercantiles tienen a su favor la fuerza de lo

soluciones que se necesitan, por más avanzadas que puedan parecer” citado de “Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista” (Guevara, 1970: 414, T. II).

interiorizado, de “lo que es natural”, ya que al buen sentido le ha parecido que así es el mundo desde los tiempos remotos, y esas creencias son incorporadas a cada individuo por la tradición, la familia, el idioma, la escuela, los medios de comunicación y demás agencias de socialización.

Como si fuera necesario agravar ese punto de partida tan poco favorable al socialismo, en los países en que triunfaron revoluciones contra el capitalismo este había sido insuficiente para completar la subsunción del trabajo al capital¹⁷ y el desarrollo de capacidades

17 En el capítulo XIV del tomo I de *El Capital*, Marx (1975) explica que la producción de plusvalía relativa, aunque presupone la producción de plusvalía absoluta, se basa en la reducción del tiempo de trabajo necesario, alcanzada mediante el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo, con la consecuente revolución del proceso laboral mismo. “La producción del plusvalor relativo, pues, supone un modo de producción específicamente capitalista [...] En lugar de la subsunción formal, hace su entrada en escena la subsunción real del trabajo en el capital”. Se refiere a continuación a diferentes “formas híbridas”, hasta llegar a su entorno del siglo XIX inglés: “[...] tal como lo muestra el ejemplo de la industria domiciliaria moderna, ciertas formas híbridas llegan a reproducirse aquí y allá, aunque con una fisonomía totalmente modificada, en el patio trasero de la gran industria”. (He utili-

productivas y económicas en general, puestas a su servicio. En una parte inmensa de sus dominios mundiales, el capitalismo asume las más complejas y monstruosas formas híbridas en busca de su sentido último: la obtención de ganancias. Heredaron, pues, los socialistas aquella debilidad que afecta a numerosos campos de la vida económica y social, con los rasgos consecuentes de ausencias diversas en la aptitud de las personas para actuar eficazmente en una sociedad y un mundo caracterizados por una gran división del trabajo social.

Esa situación, comúnmente llamada de subdesarrollo en las últimas décadas, ha estado íntimamente asociada o causada en el denominado Tercer Mundo por la sujeción colonial o neocolonial a uno o más de los poderes imperialistas del capitalismo mundial, con los consiguientes despojos de riquezas del país en cuestión, falta de fuerzas suficientes, distorsión, no integración nacional y dependencia de su economía y de la formación social nacional en su conjunto. El júbilo y las expectativas abiertas por la liberación no pueden entonces ser

zado la edición de *El Capital* de Siglo XXI Editores, a cargo de Pedro Scaron, por ser su traducción más fiel y rica en este caso que la utilizada en la edición cubana de 1963).

simplemente satisfechos mediante una hipotética redistribución de la riqueza existente.¹⁸

¿Cuál será la solución atinada a este problema, crucial para el socialismo, de heredar lo peor del capitalismo desarrollado como mercado universal de las personas y las cosas, y lo peor de su desarrollo desigual, plasmado en subdesarrollo y taras coloniales y neocoloniales? Para el Che, la conciencia es una fuerza real con la que sí contamos, una fuerza que tiende a crecer y reproducirse si el trabajo revolucionario es eficaz, y mediante cuya acción el régimen de transición socialista puede avanzar en todos sus niveles. Che insiste en la necesidad y la urgencia de encontrar y aplicar reglas que propicien el crecimiento y la utilización de las fuerzas de la conciencia, e insiste en que mediante la conciencia es que se producirá el desarrollo seguro de las fuerzas productivas, las relaciones de producción y todas las demás

18 “En estos países no se ha producido todavía una educación completa para el trabajo social y la riqueza dista de estar al alcance de las masas mediante el simple proceso de apropiación. El subdesarrollo por un lado y la habitual fuga de capitales hacia países ‘civilizados’ por otro, hacen imposible un cambio rápido y sin sacrificios” cita de “El socialismo y el hombre en Cuba” (Guevara, 1970: 372, T. II).

fuerzas sociales y relaciones entre las personas que son fundamentales para que el país liberado marche hacia el socialismo, para que el socialismo lo sea realmente, y resulte a la vez un camino hacia el comunismo.

A esa luz se comprende más profundamente la posición enunciada en aquellos mismos años por Fidel, tan enfática y breve: “crear riquezas con la conciencia, y no conciencia con las riquezas”.

Debo destacar entonces una segunda proposición del Che, con respecto a la primera que reproducíamos al inicio del acápite anterior:

La ley del valor y el plan son dos términos ligados por una contradicción y su solución; podemos, pues, decir que la planificación centralizada es el modo de ser de la sociedad socialista, su categoría definitoria y el punto en que la conciencia del hombre alcanza, por fin, a sintetizar y dirigir la economía hacia su meta, la plena liberación del ser humano en el marco de la sociedad comunista (Guevara, 1970: 273, T. II).¹⁹

Introduzco aquí *la noción de plan del Che*, que ampliaré más adelante, para dejar clara su referencia primordial: el plan es producto de la conciencia organizada, que tiene el poder y conoce los límites de la voluntad, los datos de la realidad y las fuerzas que tiene a favor y en contra. Conciencia es también, por consiguiente, la comprensión que los individuos van alcanzando de los hechos económicos y el grado en que los dominan mediante el plan. No hay retórica alguna en el postulado de que la economía debe ser dirigida, ni esa dirección es el producto fáctico de una coyuntura angustiosa de los años iniciales de una revolución, pasada la cual la economía se regirá a sí misma. Al contrario, ese principio forma parte de una concepción de toda la época de la transición socialista, articulada rigurosamente, en la que tiene funciones bien explícitas.

En el proceso de su desarrollo, la conciencia registra los avances del nuevo modo de vivir, que es diferente y opuesto al del capitalismo. Esta nueva forma de vida exige un radical cambio cultural –no puede ser de otro modo–, que afecte desde la manera en que se organizan y se relacionan los factores de la producción hasta los cambios más íntimos del individuo social y de sus relaciones interpersonales que resulten relevantes en cada etapa de la transición que se

19 En “Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento”.

viva. El régimen tiene que ser capaz de trabajar con arreglo a un plan y con el rigor técnico que sea posible el crecimiento de la conciencia, de medir los avances y de vigilar y declarar con valentía los retrocesos. Si se consideran decisivos su papel y su importancia, entonces el esfuerzo, el trabajo y la previsión con que se desarrolle la conciencia en el socialismo nunca serán exagerados.

Las innumerables apelaciones, explicaciones y exigencias que el Che hace acerca de ese tema –están por todas partes en su obra escrita y en sus expresiones orales– no pueden entenderse como el fruto de la elección o la inclinación de una persona que ha tenido oportunidad de escoger entre varias opciones. El Che hace expreso que esta es *la* opción socialista, y lo que hace es luchar para conseguir que sea viable la única elección posible para enfrentar las situaciones que se presentan a las revoluciones en el poder ante la doble insuficiencia expuesta arriba. También –comparto esas ideas– es la única estrategia de largo plazo factible, para que el socialismo se constituya en una nueva cultura y en el polo de atracción para los pueblos frente al capitalismo mundial. Es un proyecto que enfrenta en su complejidad y dificultad extremas el trascendental problema planteado por la contradicción entre las

aspiraciones crecientes de los seres humanos y el subdesarrollo económico, político e ideológico del mundo en que vivimos.

Las frases más fuertes o concluyentes del Che caben perfectamente en el marco teórico de sus reflexiones:

El socialismo económico sin la moral comunista no me interesa. Luchamos contra la miseria, pero al mismo tiempo luchamos contra la alienación [...]. Si el comunismo descuida los hechos de conciencia puede ser un método de repartición, pero deja de ser una moral revolucionaria (Guevara, 1966: 469470, T. IV).²⁰

La famosa proposición “el comunismo es una meta de la humanidad que se alcanza conscientemente” (Guevara, 1970: 259, T. II),²¹ encabeza el primero de los dos temas que considera básicos para explicar el Sistema Presupuestario de Financiamiento. En el Che es una constante la relación entre economía y conciencia en los sentidos que venimos explicando.

20 Entrevista concedida a Jean Daniel, publicada originalmente como: “La profecía del Che” en *L'Express*, 25 de julio de 1963.

21 En “Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento”.

El “[...] gigantesco cambio de conciencia necesario para poder afrontar el tránsito, cambio que deberá operarse por la acción multifacética de todas las nuevas relaciones, la educación y la moral socialista” (*ibíd.*, p. 272) es pensado sin ingenuidad ni paternalismo. La revolución es la liberación de la opresión, del mando grosero, despiadado o sutil del capital sobre el trabajo, del desempleo y la miseria, de la superexplotación, la represión, la humillación, la violencia y la desesperanza. La hora de la victoria, de la pérdida del respeto a la propiedad privada y del fin de la disciplina capitalista de trabajo, de la autoconciencia del poder, la dignidad humana y los derechos, es la fiesta de la revolución, pero no puede ser la hora de holgar. El Che parte del principio marxiano de que las revoluciones proletarias abrirán un necesario y muy prolongado período histórico de transición entre el capitalismo y el comunismo, pero está consciente de que la realidad que nos ha tocado vivir es muchísimo más dura que lo previsto por el gran maestro alemán. Y sabe que se pueden padecer insondables insuficiencias económicas, necesidad de hacer esfuerzos humanos masivos agotadores, carencias materiales, cada vez más difícil satisfacción de las expectativas crecientes, agresiones imperialistas y enemigos

internos, inequidad, extorsiones o estafas en las relaciones económicas internacionales, altas tasas de inversión en busca del desarrollo, plazos que parecen interminables en vez de la sensación inicial de victoria cercana, sin que todo eso genere necesariamente abnegación, comportamientos más revolucionarios y desarrollo más pleno de los individuos y los grupos sociales.²²

Che reclama una y otra vez que hay que trabajar con la conciencia, y que no hay tiempo que perder. Ante la relativa falta de desarrollo de la conciencia social frente a las tareas que en cada fase discernible de la transición deben proyectar a la revolución socialista hacia delante, se agudiza la necesidad de que la vanguardia guíe, dé ejemplo, avance respecto a sí misma, sea engrosada cada vez más, no pierda

22 “Ahora pasan los medios de producción a poder del pueblo, pero el pueblo sigue siendo aquel mismo pueblo que ayer increpaba al patrón y maldecía su trabajo. Las condiciones de trabajo en muchos casos no han cambiado [...]” cita de “En la entrega de certificados de trabajo comunista” (Guevara, 1970: 246247, T. II). El 14 de marzo de 1964 expresó: “Naturalmente que hoy no podemos ofrecer demasiado, y todavía estamos en la etapa en que hay que darle a cada cual según su trabajo. Además, es la etapa en que hay diferencias [...]” (Guevara, 1966: 7071, T. V).

contacto con la mayoría revolucionaria que la sigue, pero a la vez la ayuda a rectificar y a educarse, en el mismo proceso en que la vanguardia la educa a ella. Los medios de influir y promover el cambio de conciencia incluyen estímulos y presiones que ejerce el poder revolucionario “[...] también, individualmente, sobre la clase vencedora” (Guevara, 1970: 374, T. II).²³ El individuo debe recibir sistemáticamente el impacto educador del nuevo poder social. Tiene grados más o menos altos de inadecuación a él; pero, a diferencia de su actitud en la sociedad capitalista, identifica la justicia del nuevo régimen y los beneficios que le trae. El trabajo revolucionario debe lograr que vaya pasando de la aceptación y la adecuación a la participación cada vez más consciente. La autopercepción de las deficiencias y la autoeducación son procesos principales que deben crecer: ellos serán decisivos para que –siempre a través de la acción revolucionaria organizada– la participación consciente tienda a responder a motivaciones internas.

Los aportes teóricos del Che acerca de la estimulación, la coerción y en general la educación durante la transición socialista –que

están entre lo mejor de su legado en cuanto al trabajo concreto y detallado de la transición– deben inscribirse en su concepción del papel de la conciencia en el socialismo. El trabajo ha recibido transformaciones profundas por los impactos de la revolución socialista, pero el individuo lo realiza todavía –en términos generales y a escala de la sociedad– sujeto a presiones sociales que recibe o que interiorizó durante su formación, movido por la retribución que la sociedad otorga a su trabajo y a su condición de trabajador, aunque es cierto que la retribución ya no se reduce a salario o precios de acopio, aumenta sensiblemente la parte de la riqueza social que el Estado pone a su alcance mediante los servicios gratuitos y crece la seguridad social. Che no se limita a reconocer esta situación y convertirla en el axioma o punto de partida incondicionado de una política socialista ante el trabajo. Al contrario, parte lúcidamente de una dialéctica que relaciona todo lo anterior con un manejo consciente y organizado de todo el poder –político, estatal, institucional, ideológico, económico–, para conseguir que el trabajo se vaya convirtiendo paulatinamente en un deber social, una actitud y un hábito nuevos, y de ahí avance hasta llegar a ser un “reflejo condicionado de naturaleza social”, “un engranaje

23 En “El socialismo y el hombre en Cuba”.

consciente” y una fuente de autoperfeccionamiento, es decir, de avance hacia la sociedad comunista.²⁴

Che avizora que el trabajo en el comunismo será “el camino del juego”, “la completa recreación espiritual ante su propia obra”. Esta reivindicación de lo lúdico, del fin de los carriles del intercambio y del valor como medida del trabajo, como camino de realización plena de los seres humanos, recuerda mucho a la argumentación de Carlos Marx, que había planteado exactamente un siglo antes: “si el tiempo de trabajo es la medida de la riqueza es porque la riqueza está basada en la pobreza, y porque el tiempo libre resulta de la base contradictoria del plustrabajo”. Y había predicho que cuando la riqueza signifique el desarrollo de la fuerza productiva de todos los individuos y sea el tiempo disponible lo que mida la riqueza, esto transformará a quien disfrute ese tiempo en un individuo diferente, y será un hombre transformado el que se presente al proceso de producción inmediato. Para llegar a ello, concluye Marx, “las masas obreras deben por tanto apropiarse ellas mismas su plustrabajo” (Marx,

24 Ver: “Una actitud nueva frente al trabajo” (Guevara, 1970: 333, T. II) y “El socialismo y el hombre en Cuba” (*ibid.*, p. 376).

1971). En esas condiciones el individuo alcanzará, afirma el Che, “la reapropiación de su naturaleza a través del trabajo liberado y la expresión de su propia condición humana a través de la cultura y el arte” (Guevara, 1970: 376, T. II).²⁵

El Che resalta las diferencias de las concepciones que coexisten dentro del movimiento socialista, en el curso del debate de 1963-1964:

Este es uno de los puntos en que nuestras discrepancias alcanzan dimensiones concretas. No se trata ya de matices; para los partidarios de la autogestión financiera el estímulo material directo, proyectado hacia el futuro y acompañando a la sociedad en las diversas etapas de la construcción del comunismo no se contraponen al “desarrollo” de la conciencia, para nosotros sí. Es por eso que luchamos contra su predominio, pues significaría el retraso del desarrollo de la moral socialista (Guevara, 1970: 263-264, T. II).²⁶

Che reconoce de manera reiterada que el régimen socialista debe tener en cuenta y utilizar

25 En “El socialismo y el hombre en Cuba”.

26 En “Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento”.

el interés material,²⁷ tanto a partir de que la Revolución se hizo para acabar con la miseria resultante de la explotación, como de que existen necesidades perentorias y necesidades básicas cuya satisfacción personal debe ser siempre incluida en la estimulación, y que las últimas siempre estarán condicionadas concretamente por características históricas y culturales. El cambio cualitativo en lo que se consideran necesidades básicas es, sin embargo, una primera diferencia radical: el capitalismo es un puesto de mando sobre el consumo, y no solamente sobre el trabajo, la producción y la distribución de los productos. Si el supuesto “crecimiento constante de las necesidades” – invocado entonces como una de las “leyes” del socialismo por la corriente afín a las posiciones de la URSS y su campo– sucede bajo los patrones de consumismo que genera el capitalismo, la carrera del desarrollo estará perdida de antemano para el socialismo, que tiene que pedir sacrificios muy prolongados al pueblo para lograr su acumulación económica y, sobre todo, tiene que librar batallas ideológicas y culturales que hagan prevalecer una actitud

27 Ver Guevara (1970: 187188, 263265, 267268, 269270, 272, 372, 686, T. II); (1966: 7071, T. V) y (1966: 438439, T. VI).

ante el consumo muy diferente a la que reina en el capitalismo. Esto es esencial dentro del proceso de educación socialista, pero también lo es para la economía y la política socialistas.

Si millones de productos de consumo individual centellean ante los ojos –las fronteras de la información y la propaganda han desaparecido– y conquistan los corazones de la población, la conducción económica socialista se resiente demasiado, e incluso la conducción política. ¿Cómo enfrentar este grave problema real, a partir de qué fuerzas propias? Solo una conciencia económica socialista y que sienta fe en su proyecto comunista puede propiciar el debilitamiento del consumismo y la conversión de las imposiciones y necesidades de la sociedad socialista en una actitud diferente, más humana y de mayor desarrollo político y social, ante el consumo y ante el orden de los valores.²⁸

Por este camino vamos llegando al fondo del problema. La estimulación material individual

28 “[...] en momento de peligro extremo es fácil potenciar los estímulos morales; para mantener su vigencia es necesario el desarrollo de una conciencia en la que los valores adquieran categorías nuevas. La sociedad en su conjunto debe convertirse en una gigantesca escuela” cita de “El socialismo y el hombre en Cuba” (Guevara, 1970: 372, T. II).

como mecanismo predominante es una adecuación equivocada a lo que parece haber existido siempre como condición para que funcione la economía, y olvida que “[...] este tipo de palanca adquiere rápidamente categoría per se y luego impone su propia fuerza en las relaciones entre los hombres” (Guevara, 1970: 263, T. II).²⁹ Y es así porque forma parte de unas relaciones sociales determinadas –aquellas en que la economía “funciona por sí misma”– que hacen permanente un tipo dado de dominación e instituyen un individuo, lobo entre lobos, que no puede cambiarse a sí mismo ni a su sociedad. En la concepción del Che, “[...] estímulo material directo y conciencia son términos contradictorios” (*ibíd.*, p. 263). En numerosos pasajes de sus escritos y discursos el Che reitera esta idea con gran fuerza y argumentaciones, por lo que es imposible pensar que admitiera la conveniencia de su utilización o la necesidad de que predominen en las combinaciones de estímulos.

Che defiende, en la teoría y en la práctica que tuvo como dirigente, la combinación de estímulos en que predominen y marquen la

tendencia los estímulos morales. Entre los materiales, preconiza los colectivos, aunque llama la atención sobre la necesidad de crear un método eficaz para que sean realmente impulsores del plan, y para evitar la corrupción que se genera al poner las empresas sus intereses de obtener ventajas e ingresos para sus miembros sobre los intereses de los organismos y de la sociedad.³⁰

La tendencia al predominio de la estimulación moral no es entonces una opción “idealista” frente a otra que sería “materialista” o “científica”. Es sencillamente la opción posible para conseguir (el orden no indica importancia o prelación; relaciono lo que debe suceder más o menos simultáneamente):

- a) Que a través de actividades conscientes y organizadas las personas obtengan cambios de sí mismos y del orden moral y de conciencia de la sociedad, que son imprescindibles para avanzar en el socialismo;

29 En “Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento”.

30 Ver: “Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento” (Guevara, 1970: 264265, T. II). El tratamiento de este tema en “Consideraciones sobre los costos...” ilustra la seriedad y la profundidad con las que el Che argumenta (Guevara, 1970: 214217, T. II).

- b) Que tiendan a predominar los siguientes instrumentos de la revolución socialista: una nueva actitud ante el trabajo, la producción y el consumo; una formación revolucionaria que sea superior a la que se “corresponde” con el nivel económico y social alcanzado, un requisito sin el cual se estancaría el proceso, limitado a reproducir el orden vigente; la utilización de valores como el cumplimiento del deber, el deseo de distinguirse y recibir reconocimiento social, el orgullo del trabajador calificado y el del peón que es “largo”, la educación, que no son necesariamente socialistas, pero puestos en función del socialismo;
- c) Que se influya directamente sobre el aumento de la producción y el avance de la economía en su conjunto, mediante las cualidades que desarrolla y la multiplicación de la laboriosidad, las iniciativas y la responsabilidad que desata. Los seres humanos interesados realmente en lo que hacen al trabajar pueden ayudar mucho a resolver los problemas concretos procedentes de la debilidad y las deformaciones de las fuerzas productivas, y del retraso y las desventajas de las relaciones sociales de producción que la propia Revolución establece, o que se ve obligada a mantener;
- d) Que se vaya creando y haciendo palpables las bases del futuro, en cuanto a los sistemas de retribución al trabajo por parte de la sociedad, la apología de las actitudes más avanzadas y la asunción del desarrollo “técnico” desde posiciones socialistas y comunistas. Che se lo dice a los jóvenes: “[...] la revolución técnica debe tener un contenido de clase, un contenido socialista [...]. No se puede pensar en la revolución técnica sin pensar al mismo tiempo en una actitud comunista ante el trabajo, y eso es sumamente importante. Si no hay una actitud comunista frente al trabajo, no hablen de revolución técnica socialista” (Guevara, 1970: 315, T. II).³¹
- En una de las Reuniones bimestrales que dirige en su ministerio, el Che expone con hondura y forma divulgativa el papel del estímulo moral en el Sistema Presupuestario de Financiamiento, el lugar que tiene en la realidad diversificada de la economía cubana de entonces, el papel de la conciencia ante las opciones que se presentan entre grados de desarrollo inmediato y futuro, sus contradicciones, la participación de los obreros en la dirección de la

31 En “La juventud y la Revolución”.

fábrica, la autoridad del dirigente y la necesidad de saber rectificar, entre otros aspectos.³²

Che comenta que en fases más adelantadas de la transición al comunismo la combinación de estimulaciones y la misma naturaleza y funciones de la estimulación moral se irían transformando, pero en la coyuntura en que vive su interés fundamental es exponer, divulgar, discutir acerca de la necesidad de que esta concepción de la transición socialista prenda y se universalice en Cuba, se convierta en la línea de todos. Y tanto o más que a la prédica, Che se dedica a profundizar en los modos y métodos más eficaces de poner en práctica el trabajo con las conciencias y la estimulación moral más avanzada que sea posible en la Cuba de esos años, confiado en el valor del ejemplo y de las demostraciones prácticas.

El trabajo voluntario es un mecanismo fundamental para lograr el fin buscado, ya que por sus resultados sirve a toda la sociedad, pero sobre todo sirve al desarrollo de la conciencia de cada uno. Che reconoce que hasta en el trabajo voluntario está presente la compulsión moral, pero exige tajantemente que no se compela a

nadie a realizarlo, porque eso lo desnaturalizaría. Reclama que no se convierta al trabajo voluntario en una solución acomodaticia de todo problema de fuerza de trabajo, de desorganización o tolerancia con lo mal hecho, etcétera. Y exige que se estimule y destaque efectivamente a las personas que se colocan a la vanguardia de ese esfuerzo.³³ La promoción y la organización del trabajo voluntario debe canalizarse por los sindicatos y el partido; la emulación socialista debe ser un mecanismo principal para la educación de la masa de los trabajadores, a la vez que impulsa las principales tareas de la economía.

32 Ver: "Reunión del 22 de febrero de 1964" (Guevara, 1966: 433447, T. VI).

33 "[...] el trabajo voluntario fundamentalmente es el factor que desarrolla la conciencia de los trabajadores más que ningún otro" cita de "Una actitud nueva frente al trabajo" (Guevara, 1970: 334, T. II). Che aborda este tema en numerosos escritos, y pronuncia discursos importantes y frecuentes en homenaje a destacados en la emulación. Ver Guevara (1970: 245, 315316, 332350, 376, T. II); (1966: 117, 169, 227, T. V) y (1966: 508, 562563, T. VI). Che no solo exhorta, también cuestiona e incluso critica duramente: "La sensación más desagradable que uno puede tener es la de perder el tiempo". "Pero que nosotros no hemos logrado todavía que el hombre entregue, sino que hemos creado un aparato donde la sociedad succiona trabajo voluntario".

“La norma es la expresión de una obligación moral del trabajador, *es su deber social*” (Guevara, 1970: 270, T. II),³⁴ y no meramente un instrumento de medición para tecnificar la retribución al trabajador y un mecanismo de la dirección económica. Todas las instituciones del poder revolucionario deben trabajar en función de construir el socialismo, y ello equivale a construir al mismo tiempo la economía y la conciencia. Esto es lo decisivo de la posición del Che.³⁵ Es lo que lo lleva a la impaciencia ante la gran tarea: “Las fuerzas productivas se están desarrollando, las relaciones de producción cambian; todo está esperando la acción directa del estado obrero sobre la conciencia” (Guevara, 1970: 284, T. II). Y al mismo tiempo, a exigir, persuadir, insistir, organizar ejemplarmente la capacitación de los administradores, los normadores, los cuadros, los obreros muy dotados, la masa de los trabajadores, los

34 En “Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento”. Ver también: Guevara (1970: 267269, 284, 376, T. II) y (1966: 38, T. V).

35 “La sutil diferencia entre los partidarios de la autogestión y nosotros sobre el tema estriba en los argumentos para pagar un salario normado, para el premio y el castigo” cita de “Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento” (Guevara, 1970: 267, T. II).

miembros de una clase que era casi analfabeta. A estimularlos a avanzar aceleradamente aprovechando el entusiasmo, la abnegación, el heroísmo, la disciplina, el deber, la vergüenza, la imitación, la adecuación, la moral, la convicción, y que todo esto constituya la carne y el espíritu de producciones, organizaciones, sistemas y hechos cotidianos. Mientras comparte las grandes responsabilidades, el Che batalla por conseguir que en 1964 la mayoría de las fábricas del Ministerio de Industrias funcionen ya con sus normas elementales, y que al año siguiente comiencen las pruebas de las primeras normas técnicas.³⁶

Insisto en recomendar que se pongan al alcance de todos los interesados y se estimule la lectura del enorme número de pasajes y reflexiones del Che relativos a las situaciones concretas y a los métodos válidos en la aplicación de su concepción. También dejó –y esto tampoco debe ser olvidado– las experiencias riquísimas e invaluables de su aplicación práctica durante varios años en buena parte de la economía nacional, bajo su propia dirección, y los análisis rigurosos y sistemáticos que se

36 “El socialismo es la racionalización del trabajo [...]. Eso podemos verlo en cualquier tarea de normación”. (Guevara, 1966: 38, T. V).

hacían de esa misma experiencia. Si reducimos su concepción comunista del socialismo a la repetición de citas brillantes, el Che quedaría tranquilo y aislado en su solio, espíritu superior y tocado por un proyecto maravilloso pero, qué pena, irrealizable.

Nada más lejano a ese destino que la entrega y la férrea lógica del Che, asida a la realidad pero tratando de obligarla a ser otra; de su feroz espíritu autocrítico y su suave burla de la propia grandeza. De su capacidad –muy extraña entre los conductores de hombres– de aunar la visión profética, el dominio de la estrategia, la vocación teórica, la flexibilidad analítica y táctica ante las situaciones concretas, la pasión por los detalles y la persecución de formas organizativas prácticas y estables.

4. LA ECONOMÍA SOCIALISTA DEBE SER DIRIGIDA CONSCIENTEMENTE

Pasemos de inmediato a un punto central del pensamiento del Che sobre la transición socialista que se encadena lógicamente con lo tratado hasta aquí: la dialéctica entre el plan y la ley del valor. La presenté al inicio del acápite anterior, en su definición del plan en febrero de 1964, en plena polémica –“dos términos

ligados por una contradicción y su solución”–, cuando el Che la refiere al desarrollo histórico de la conciencia durante la transición, antes de exponer los atributos de la conciencia. Ahora debo presentar esa dialéctica desde el ángulo del gobierno de la economía por el poder político e ideológico durante la revolución socialista. El tema nos hará asomarnos también, es inevitable, al territorio de la Economía Política del Socialismo.

Del plan afirma el Che, categórico, en aquel ensayo: “la planificación centralizada es el modo de ser de la sociedad socialista, su categoría definitoria [...]” (Guevara, 1970: 273, T. II).³⁷ Ha recorrido un largo camino en menos de tres años, desde que dos meses después de Girón exponía su posición polémica en un Curso de Adiestramiento para funcionarios y empleados del recién creado Ministerio de Industrias:

[...] el plan es al socialismo como la anarquía de la producción es al capitalismo [...]. La dirección centralizada del plan es importante, aunque es el trabajo de todos [...]. El plan tiene vigor y tiene

³⁷ En “Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento”.

vida en el momento en que llega a las masas [...]. Es decir, el plan también, como una característica de la época socialista, junta a las personas [...]. Esa es la diferencia entre el cálculo económico que puede hacerse de lo que va a pasar en un país, conociendo la cifra, y lo que tiene que pasar en un país cuando se está en revolución [...] obra creadora del pueblo [...] acción de la voluntad del hombre, sobre las posibilidades o sobre la economía, para transformarla y cambiarle su ritmo (Guevara, 1966: . 219238, T. III).³⁸

Al inicio del debate ha recordado que “la expresión propia de la ley del valor es el mercado capitalista” (Guevara, 1970: 209, T. II).³⁹ Desde que el régimen revolucionario comienza a actuar en el terreno económico, dice, limita de manera consciente el ámbito mercantil, obstruye la expresión del valor real de las mercancías y va creando una relación de precios articulados nacionalmente entre sí “que no tienen

parangón con la (relación de precios) mundial” (*ibid.*, p. 210). Los problemas que esto plantea, expresa el Che, están entre los más serios que enfrenta la economía socialista.

El campo conceptual en que el Che lanzó sus consideraciones sobre planificación y ley del valor no estaba vacío. La teoría del valor forma parte de los fundamentos de la concepción teórica de Marx. En su obra de madurez –en la que estableció firmemente una teoría del modo de producción capitalista– el tema del valor es muy desarrollado en la exposición marxiana de lo esencial del capitalismo, y también en varios pasajes acerca de la sociedad comunista que deberá sustituirlo.⁴⁰ En la tradición marxista, el tema del valor, asociado a otros como las crisis y la posibilidad del “derrumbe” del capitalismo, produjo una gran cantidad de teorizaciones y polémicas en el siglo XX. Los logros de Lenin

38 Conferencia pronunciada en el curso de adiestramiento para funcionarios y empleados del Ministerio de Industrias... el 23 de junio de 1961.

39 “No se puede pensar en el análisis de la ley del valor extraída de su medio natural, que es aquel” cita de “Consideraciones sobre los costos...” (Guevara, 1970: 209, T. II).

40 Por ejemplo en el Libro Tercero, en la sección acerca de la renta de la tierra: “La determinación del valor de mercado de los productos [...] es un acto social, aunque socialmente inconsciente y no intencional [...]. Si se imagina abolida la forma capitalista de la sociedad, y la sociedad organizada como una asociación consciente y planificada [...] es un error afirmar que el valor de los productos permanecería inalterado si se sustituyera a la producción capitalista por la asociación” (Marx, 1975: 849, T. III, Vol. 8).

—un economista muy notable que se dedicó a la práctica y la teoría políticas revolucionarias— fueron decisivos para que el marxismo superara la situación de adecuación práctica y teórica a la hegemonía burguesa en que había caído desde fines del XIX. Lenin desarrolló la teoría en numerosos terrenos, combatió eficazmente el reformismo y, mediante la revolución bolchevique, hizo un magnífico aporte a la ampliación del objeto del marxismo y a la creación de un hecho nuevo en el mundo: la Unión Soviética y el inicio de la conversión del comunismo en un movimiento de alcance universal.

La teoría de la transición socialista se convirtió en una necesidad perentoria a partir de la Revolución de Octubre. Los esbozos de Marx estaban forzosamente referidos al centro mismo de su teoría del modo de producción capitalista, aunque lo cierto es que jamás planteó que la tendencia histórica de la acumulación capitalista llevara a ese régimen a su sustitución “espontánea” por el comunismo, sino que el comunismo estaría obligado a ser hijo de la revolución proletaria y la dictadura revolucionaria de esa clase. En el famoso pasaje con que termina la sección de *El Capital* dedicada a la acumulación capitalista, Marx pronostica el crecimiento de la rebeldía organizada, unida, disciplinada y numerosa de la clase obrera, que

deberá producir la destrucción del capitalismo, “la expropiación de unos cuantos usurpadores por la masa del pueblo”. Y agrega un fragmento del “Manifiesto del Partido Comunista” (Marx, 1975: 953-954, T. I, Vol. 3). Lenin, los bolcheviques y otros pensadores se preguntaron: ¿cómo debe ser la transición?, ¿cómo es posible realizar la transición? En los primeros años del poder soviético se produjo un maravilloso avance social en medio de fructíferos debates, a pesar de las increíbles vicisitudes que se vivieron, y de que las revoluciones no pudieron triunfar en otros países de Europa.

El valor, la planificación, sus lugares en la nueva economía y el papel que tendrían las relaciones socialistas en la transición y en el avance hacia el comunismo, fueron discutidos y experimentados. El campo teórico marxista se amplió y se profundizó, pero un complejo de situaciones y sucesos adversos frenó el auge revolucionario en Europa y llevó a los triunfos del fascismo. El trágico final de la revolución en la URSS, al que me he referido, privó a ese gran país y al movimiento revolucionario mundial de la continuación de un debate que pudo haber sido muy fructífero, porque la URSS se había convertido en un inmenso laboratorio social. También me referí antes sintéticamente a los funestos resultados que ese quebranto trajo al pensamiento

social, factor imprescindible como participante y auxiliar en los cambios revolucionarios y en la creación de una nueva cultura socialista. Desde la prisión en la que el fascismo lo encerró hasta la muerte, Antonio Gramsci (1891-1937), fundador del comunismo italiano y uno de los mayores pensadores marxistas, escribía: “En la fase de la lucha por la hegemonía se desarrolla la ciencia política; en la fase estatal todas las superestructuras deben desarrollarse, so pena de disolución del Estado” (Gramsci, 1966). Para cumplir su misión en el mundo actual, esa nueva cultura tendrá por fuerza que ser asombrosamente creadora.

Cuando el Che –la Revolución cubana– entra en el ruedo de las ideas marxistas sobre la transición socialista, la Economía Política del Socialismo está tratando penosamente de sacudirse de encima el peso muerto de un largo período. Vista como actividad intelectual, quizás lo peor era su formidable desarticulación de los demás aspectos de la teoría, lo que le impedía estar en el seno de una totalidad que resulta imprescindible en la transición socialista, y encontrar en ella sus claves. En los regímenes europeos llamados socialistas la vinculación de esa Economía Política con la práctica social era prácticamente imposible. La disciplina era consumida entonces por políticos, estudiosos

y estudiantes como un saber especializado, con sus “leyes” propias y su lenguaje esotérico; proveía algunas armas al arsenal de la ideología y era una profesión que cumplía su cometido. Mezclaba extrañamente la utilización de instrumental técnico, a veces sofisticado, con la conversión de determinados procesos históricos, sobre todo sucedidos en la URSS, en “leyes aplicables” a todos los casos, y con apelaciones muy abstractas a la teoría del marxismo leninismo.

En vez de proporcionar instrumentos para que los procesos sociales –y entre ellos los económicos– fueran conocidos por el pueblo y por los cuadros, como exige la cultura en el socialismo, la Economía Política del Socialismo era divulgada en la forma de manuales vulgarizadores carentes de toda la riqueza contrapuesta de los pensamientos de los revolucionarios y otros pensadores acerca de estos temas, que no era poca. Les faltaba la historia misma de la teoría, de sus problemas y de sus relaciones con el campo de la realidad que debían estudiar, carencias que, por cierto, compartían con otros manuales marxistas.⁴¹ Infortunadamente,

41 “La Biblia, que es el Manual, porque desgraciadamente la Biblia no es *El Capital* aquí, sino [que] es el Manual” cita de “Reuniones bimestrales” del 5 de diciembre de 1964 (Guevara, 1966: 566, T. VI).

el árido territorio acerca del cual han legislado los manuales suele tener muy poco que ver con la tierra real, los problemas reales y, mucho menos, con las personas que en la realidad están envueltas en los maravillosos y angustiosos procesos de la transición socialista.

No pretendo tratar en detalle el debate alrededor del valor –su “existencia objetiva”, su campo de aplicación y sus límites en el socialismo–, que era muy animado en aquellos años. La desaparición escandalosa del llamado socialismo real enterró el interés que de aquellas discusiones podía quedar hace veinte años. Pero trataré la cuestión atendiendo a dos sentidos: la exposición del contenido de la concepción teórica del Che y la importancia que siguen teniendo para Cuba hasta hoy las implicaciones realmente de fondo de aquella controversia.

Que la ley del valor rige un gran número de las transacciones económicas internacionales de un país socialista, y que en su economía interna existe un conjunto de relaciones mercantiles, son dos grupos de hechos constatables por simple observación y cuya existencia nadie podría discutir. De ahí en adelante, y sobre todo al tratar el segundo grupo de hechos, las formulaciones teóricas de la Economía Política del Socialismo eran ambiguas. Afirmaba, en general, la “vigencia de la ley del valor en el

socialismo”, porque numerosos aspectos de la realidad económica, de su gestión y de las instituciones implicadas “se rigen” por ella, por ser de naturaleza mercantil la moneda, los salarios, el comercio, las relaciones entre empresas, los créditos, la determinación de los costos, la rentabilidad, etc. De inmediato se aclaraba –y esto era muy curioso– que “la ley del valor no reina en el socialismo”, por no ser la reguladora de la producción en la economía socialista, porque en la economía empresarial e individual su papel es limitado por el Estado socialista –mediante la acción de las finanzas, el crédito, los precios y otros mecanismos–, y porque, en general, el Estado socialista es capaz de utilizar conscientemente la ley del valor para dirigir la economía planificada de manera eficaz y para crear, con ayuda de ella y de las relaciones monetario mercantiles, condiciones favorables para mayores avances del socialismo.

Había diferencias de enfoque en cuanto a las “limitaciones conscientes” de la ley del valor. La posición más tradicional, hija del período estalinista, insistía en el aspecto de las limitaciones “del valor” ante el poder del Estado socialista; en los años sesenta esa posición conservaba peso todavía. El segundo enfoque tendía a favorecer la liberalización, y chocaba con el primero. De manera simplificada,

puede decirse que este último consideraba a la ley del valor y los mecanismos monetario-mercantiles mucho más eficaces y acertados para regular y promover la economía socialista que los métodos que tachaba de “administrativos” o “voluntaristas”. La autogestión, decían, permite a la economía regularse y expandirse por sí misma, ya que con ella resultan garantizados las motivaciones de los actores, sus intereses, la gestión económica, su control, las armonizaciones entre la producción y el consumo (o quizás, más precisamente, entre la oferta y la demanda), entre los precios, el valor y la circulación monetaria, entre la eficiencia y las oportunidades efectivas de recibir créditos, facilidades y retribuciones, en las relaciones entre las empresas y de ellas con las ramas económicas y los ministerios, etcétera. Finalmente, la economía autogestionada sería capaz de juzgarse a sí misma: los equilibrios y las compensaciones inherentes a su funcionamiento serían producto de lo expresado por la propia economía.

El segundo enfoque alentaba la gestión gubernativa que en los años sesenta se calificaba en general de “reforma económica” en gran parte del campo socialista. Según ellos, la planificación sería influida beneficiosamente por la “utilización consciente” de los mecanismos

citados, ya que alcanzaría un apego mucho mayor a la “realidad” y al “realismo económico”. El Estado socialista seguiría conservando en última instancia sus funciones fundamentales de representante y guardián de los intereses de la sociedad y del proyecto socialista, sociedad y proyecto que serían los beneficiarios finales de la utilización y el desarrollo de las palancas monetarias y mercantiles.

En realidad no llegó a formularse una teoría de las relaciones entre la “esfera” de la autogestión y la ley del valor en la economía del socialismo y la “esfera” que la limita, ni de su articulación a proposiciones concretas y métodos viables. Advierto al lector que uso la expresión “esfera” solo para brindar la argumentación que usaban: en la realidad, esa separación es imposible. Los elementos constituyentes de la segunda “esfera”, la “limitadora”, serían el poder del Estado y de sus ministerios y otros organismos; la planificación; las necesidades de la política económica, de la política y de las relaciones internacionales e internacionalistas del sistema; y la coerción y las normas represivas socialistas contra quienes perjudiquen sus fines generales. El grado y las formas en que el Estado capitalista limita el libre juego de las fuerzas económicas en los países que domina no serían análogos a los de esta fórmula,

aseguraban, porque las acciones de un Estado socialista se basan en la naturaleza, los instrumentos y los fines del socialismo; la acción estatal es esencial en la construcción del socialismo, por lo que nunca podrá reducirse el Estado a factor complementario.

Aunque el ambiente creado a partir del XX Congreso del PCUS (1956) permitió ciertos avances en los argumentos y los debates en la Economía, rígidas fronteras siguieron acotando el campo. Las insuficiencias y ambigüedades teóricas –y sus débiles relaciones con la práctica– expresaban el subdesarrollo del pensamiento social acerca de la transición socialista, vinculado íntimamente a las graves deformaciones que caracterizaron la historia de los regímenes implantados en nombre del socialismo. Es imprescindible hacer balance de aquellos procesos para todos los efectos prácticos y teóricos de asumir la herencia de las revoluciones del siglo XX. Al hacerlo habrá también que tener en cuenta factores tales como las condiciones de subdesarrollo material respecto a los fines sociales propuestos, las agresiones de enemigos externos capitalistas extremadamente fuertes, las políticas sociales que beneficiaron en mayor o menor medida a una gran parte de la población y grandes esfuerzos realizados a favor del desarrollo de la economía.

Desde Cuba, pequeño país subdesarrollado en plena revolución, declarado socialista y comunista frente a Estados Unidos y América Latina, que ha puesto todas sus fuerzas en tensión, es que el Che entra en aquel debate. No puede comprenderse un pensamiento social sin atender al complejo de circunstancias que lo cercan, propician e informan. En casos como el del Che, la implicación es terminante: se trata de entender esto, o de no entender nada. Che, Cuba y su revolución pasaron a integrarse a un mundo nuevo de realidades y de ideas en un plazo sumamente breve. Para el “socialismo” que nos recibió –es natural– todos los papeles parecían estar repartidos de antemano, y prefijados los modos de juzgar y de clasificar.

Esa “superdeterminación socialista” es otra variable indispensable a tener en cuenta en los estudios sobre el Che y sobre el proceso histórico de la Revolución cubana. Apuntemos por ahora la aparentemente curiosa coincidencia de ser calificado el Che de administrativista y voluntarista, lo que sería padecer al mismo tiempo una “desviación” de viejo estilo y ser un innovador impertinente, protagonista de una herejía.

El Che, naturalmente, está por el predominio de la planificación, pero solamente si ella está articulada, como en su pensamiento, por

el proyecto socialista y comunista. Su caballo de batalla, el Sistema Presupuestario de Financiamiento, solo puede ser entendido como una aplicación en la política económica de una concepción mucho más general, en la que está inscrito:

Yo no sé si se lo he dicho a ustedes, pero si no se lo he dicho se lo digo: el Sistema Presupuestario es parte de una concepción general del desarrollo de la construcción del socialismo y debe ser estudiado entonces en su conjunto (Guevara, 1966: 387, T. VI).⁴²

Che insiste en que no se trata meramente de un sistema de dirección económica, sino de un complejo de acciones, que incluyen fomentar la capacidad organizativa para dirigir a la vez que desarrollar la conciencia. Para que ésta alcance realmente proporciones masivas, dice, es necesario encontrar, abrir paso y organizar las potencialidades humanas que desata la revolución socialista.⁴³ Che aclara que en el Sistema

Presupuestario de Financiamiento el estímulo moral es solo un aspecto, y más en las fases tempranas de aplicación del sistema. Pero “[...] el estímulo moral con la autogestión financiera sí que no camina ni dos pasos, se enreda en sus propias patas y se cae de cabeza [...]” (Guevara, 1966: 447, T. VI). Esta es la concepción del Che, y la intelección de sí misma. Si la tratamos de adecuar al dominio de la autogestión, nunca la entenderemos.

El presupuestario de financiamiento no es solo un sistema de dirección económica, pero sin duda lo es, con su racionalidad, sus métodos, sus instrumentos y controles, que funcionó efectivamente y mostró su extraordinaria calidad y potencialidades. Che lo explica numerosas veces, planea divulgarlo más, exige a sus colaboradores aprehender sus fundamentos, y proyecta su desarrollo.⁴⁴

lismo entre el hombre, el individuo y la sociedad, para poder utilizar las armas nuevas que se ofrecen y desarrollarlas al máximo, cosa que no ha sucedido todavía” (Guevara, 1966: 506, T. VI).

42 En “Reuniones bimestrales” del 12 de octubre de 1963.

43 “Nuestra tarea es seguir perfeccionando el sistema [...] ir buscando las causas, los motores realmente internos, las raras interrelaciones que existen en el socia-

44 Guevara (1966: 79, T. III), (1966: 69-70, T. V), (1966: 388 y 435-438, T. VI) y (Guevara, 1970: 210-211, 217, 278-280 y ss., T. II). En su obra pionera, *El pensamiento económico de Ernesto Che Guevara*, Carlos Tablada Pérez (1987) analiza con gran rigor y expone en detalle

El sistema de planificación centralizada deberá llegar a integrar la economía nacional como un todo único. A partir de decisiones políticas, llevar el plan a discusiones libres en todas las unidades de la economía y en sus instancias intermedias. Hecho suyo plenamente de ese modo por parte de los trabajadores y los cuadros, procedente de la población, volver a la dirección política. Se formaría así “una gigantesca rueda bien nivelada, en la cual se podrían cambiar determinados ritmos más o menos automáticamente, porque el control de la producción lo permitiría”. Las escalas de decisión serían “[...] más o menos elásticas, según la profundidad organizativa alcanzada, el tipo de producción o el momento de que se trate” (Guevara, 1970: 278, T. II).⁴⁵

La dialéctica de enfrentar la acción consciente y la planificación con el otro polo, el de las relaciones mercantiles y el subdesarrollo, no desconoce la realidad ni la fuerza de ambos polos. Es, al mismo tiempo, un plan práctico

de acción para la transición socialista en curso en el país y una formulación teórica que busca superar sus deficiencias y sustentar mejor su tesis central: que el predominio del primer polo de la contradicción sobre el segundo es la tendencia necesaria a lo largo de toda la época, para que se llegue efectivamente al socialismo y el comunismo. Con la limitación de lo esquematizado, trataré de tocar algunos otros aspectos importantes.

La planificación centralizada está asociada a la idea de lograr un índice muy alto de tecnificación de la administración y de los métodos y hábitos de control y de dirección, que les vaya aportando eficiencia y simplificación a esas tareas, y deje libres fuerzas y tiempo para concentrarse en la planificación y el desarrollo tecnológico. Che insistía en que se aspira, mediante buenas iniciativas, a dominar los métodos más modernos, aunque el país estuviera apenas al inicio del camino.⁴⁶ Che es un

el Sistema Presupuestario de Financiamiento.

45 En “Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento”. Sobre las decisiones, ver también “Consideraciones sobre los costos de producción como base del análisis económico de las empresas sujetas a sistema presupuestario” (Guevara, 1970: 217, T. II).

46 “[...] acercarse al ideal de que la economía se dirija mediante análisis matemáticos y, mediante ellos, elegir las proporciones más adecuadas entre acumulación y consumo y entre las distintas ramas productivas; sin olvidar, claro está, que el ser humano [...] no puede reducirse a una mera fórmula [...]”. cita de “Consideraciones sobre los costos de producción como base del

seguidor de la tradición marxista y bolchevique en cuanto a la confianza ilimitada en la estrecha ligazón entre el dominio de la técnica y el comunismo, transmutación revolucionaria de uno de los ideales de la modernidad. Pero él no es un “civilizador”, ni un creyente en la ciencia; para el Che, el camino de la revolución técnica socialista exige forjar la actitud comunista ante el trabajo y el dominio del ser humano consciente sobre la sociedad. Otra constante –ya mencionada– en su pensamiento y su actuación en este campo es la búsqueda de una tecnificación en el trabajo con el hombre y con el desarrollo de la conciencia.

El partido comunista tiene un lugar prominente en su idea de la construcción económica, aunque, como es natural, sus criterios en este caso forman parte de la idea global que tiene de esa forma organizativa de los revolucionarios. El concepto de vanguardia ocupa un lugar principal en la concepción del socialismo del Che –y en la historia de la Revolución cubana–, pero no solamente en la concepción de la lucha por el poder, como suele creerse. La vanguardia en la transición socialista debe ser capaz de

proveer vías para que la voluntad organizada actúe y se comunique desde minorías crecientes a mayorías cada vez más capaces de producir ellas mismas los cambios, y de aprender a gobernarlos por sí mismas.

Esa definición implica numerosas consecuencias. Ante todo, la razón de existir y el contenido fundamental de la organización y del cuerpo de ideas que la sustenta: la vanguardia es un servicio a la sociedad en transición socialista, más que un mando sobre ella. Es una corporeización del ideal más avanzado que la sociedad va pudiendo albergar; por tanto, tiene la doble función de expresar el futuro y conducir el presente.

Esa es una de las cualidades que permiten, cuando se logra en la realidad en un grado suficiente, afirmar que nuestras ideas no son utópicas y que nuestro socialismo es socialista. Solo un proyecto de tan largo alcance, que pueda ser vivido como un hermoso ideal y organizado férreamente en su cotidianidad y actuación para hacer realidad ese ideal, puede plantearse a la vez hacer tanto e ir tan lejos. Implica, por consiguiente, la noción de modalidades sucesivas, esto es, diferenciables entre sí sin perder la continuidad, ya que debe estar al servicio de un proceso de transición muy dilatado en el tiempo, durante el cual el

análisis económico de las empresas sujetas a sistema presupuestario” (Guevara, 1970: 217, T. II) ¡Cuánto bien nos haría a todos leer este texto breve y ejemplar!

medio experimenta una y otra vez –debe experimentar– cambios trascendentales.⁴⁷

El concepto de vanguardia del Che, que implica una relación entre minorías y mayorías, es de los más audaces y arriesgados, porque parece negar las nociones básicas de democracia. Ante todo, es fundamental que no haya malos entendidos. La vanguardia existe solamente porque existe una relación calificada entre minorías y mayorías. La vanguardia contrae un compromiso político y moral insoslayable: ser la organización que expresa el poder y el proyecto de los explotados, oprimidos y humillados –la clase que pelea en las revoluciones socialistas, les brinda su suelo real y las sostiene–, con capacidad suficiente para conducir políticamente al pueblo y para asumir los cambios y las permanencias requeridos durante la larga época de la transición. La vanguardia no tiene como misión sustituir el poder y el proyecto del pueblo en revolución por el poder suyo.

47 A mi juicio, esta óptica es la que permite recuperar proposiciones tan ricas como la de que “[...] la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar [...]” (Marx: 1959 [1859]), de la esterilidad y la chatura a las que tiende a reducir las el mecanicismo pretendidamente marxista.

Este es uno de los problemas fundamentales del socialismo. Carlos Marx expuso un conjunto de ideas sumamente ricas –y más de una vez polémicas– acerca del partido revolucionario del proletariado, una cuestión que para él tenía una inmensa importancia, dado su punto de partida de la centralidad de lo político en el movimiento socialista. Pero su liderazgo fue sobre todo doctrinal y en sus circunstancias la revolución proletaria nunca estuvo a la orden del día. Eso no le resta importancia ni valor permanente a algunas ideas suyas acerca del partido proletario. Lenin concibió y puso en práctica la idea de un partido revolucionario en las condiciones del desarrollo del imperialismo en Europa, del predominio del reformismo en el socialismo marxista y de la necesidad de emprender y hacer triunfar revoluciones contra el capitalismo. Con enorme audacia intelectual defendió sus ideas frente a polemistas revolucionarios de la talla de Rosa Luxemburgo y León Trotsky, cuando no tenía ninguna demostración práctica en que apoyarse y la democracia burguesa europea parecía un gran paso de avance de la civilización, que aproximaría el socialismo. La Revolución de Octubre y la Rusia soviética pusieron a Lenin a la cabeza de la revolución en el mundo, y su tipo de

organización revolucionaria, triunfante, se enfrentó a los nuevos contenidos de su actividad y los nuevos problemas que afectaban su propia naturaleza.

No intentaré comentar aquí las cuestiones de extraordinaria magnitud, los hechos, los debates y las posiciones acerca del partido comunista –como comenzó a llamarse la organización desde abril de 1917– durante los procesos de la URSS y de la expansión a escala mundial del movimiento y las ideas bolcheviques y comunistas. En la Cuba de los años sesenta se intentaba conocer toda aquella historia y muchos estudiaban sus ideas y discutían sus experiencias; estaba clara la importancia que tenía para la joven revolución apoderarse críticamente de esa herencia. El Che fue un estudioso extraordinario de esos temas, y elaboró juicios e ideas muy profundos acerca de ellos. Concedió gran importancia a la explicación y la divulgación de las ideas de Lenin, y les pidió a los compañeros cercanos que estudiaran en sus propios textos a Lenin y la Revolución bolchevique, los logros, los dilemas, las angustias y la tragedia del primer caso de ejercicio de un poder revolucionario socialista.

Vuelvo a la vanguardia en el Che. Él comprende que la transición socialista es el período histórico en que, mediante el poder revolucionario,

se debe ir construyendo el nuevo modo de producción y reproducción de la vida social imprescindible para echar las bases del comunismo, desde unos puntos de partida que son manifiestamente insuficientes: el subdesarrollo, la gran extensión y arraigo interno de las relaciones mercantiles y el poder y la cultura del capitalismo a escala internacional. La participación en la creación de la nueva sociedad no es homogénea, no podría serlo. El que haya una vanguardia implica el reconocimiento de que existen “dos grupos principales” dentro del campo de los revolucionarios, advierte el Che; uno de ellos es “ideológicamente más avanzado que la masa”, lo cual “indica la relativa falta de desarrollo de la conciencia social” (Guevara, 1970: 374, T. II).⁴⁸

Partir de esos reconocimientos no puede equivaler a quedarse varado en ellos. La vanguardia que describe el Che está compuesta “por el Partido, por los obreros de avanzada, por los hombres de avanzada que caminan ligados a las masas y en estrecha comunión con ellas”. La *ejemplaridad* es la característica básica de los miembros de la vanguardia: en ellos “se produce un cambio cualitativo que

48 En “El socialismo y el hombre en Cuba”.

les permite ir al sacrificio en su función de avanzada” (Guevara, 1970: 374, T. II). La belleza y la emoción de los innumerables pasajes del Che en que trata el tema de la ejemplaridad no deben empañar ni ocultar la exigencia que expresa su contenido último: la ejemplaridad es una avanzada hacia el comunismo; ella registra los sucesivos parámetros que permiten medir al hombre nuevo “que va naciendo”, “que estamos creando”, no a un mítico hombre nuevo que encontraremos un día, al final de los tiempos. Che habla de cambios en la totalidad del individuo, mediante los cuales sus acciones, su intelección y sus afectos y sentimientos se entregan cada vez más a la colectividad y menos al interés individual, y el deber se va tornando paulatinamente en satisfacción y en placer.⁴⁹

La ejemplaridad es un indicador, y es una condición sin la cual no se es vanguardia ni existe la vanguardia, y esto es así porque si la tendencia predominante en la transición socialista es la acción consciente organizada,

49 “Eso significa sentir la Revolución. Eso significa que el hombre es un revolucionario por dentro, que siente como revolucionario. Y entonces el concepto de sacrificio adquiere nuevas modalidades” cita de “Sobre la construcción del Partido” (Guevara, 1970: 190, T. II).

entonces la función del ejemplo resulta fundamental. Escribe el Che:

El Partido es el ejemplo vivo; sus cuadros deben dictar cátedras de laboriosidad y sacrificio, deben llevar, con su acción, a las masas al fin de la tarea revolucionaria, lo que entraña años de duro bregar contra las dificultades de la construcción, los enemigos de clase, las lacras del pasado, el imperialismo [...] (Guevara, 1970: 381, T. II).⁵⁰

La organicidad del partido comunista le permite proyectar y realizar sus funciones en las diferentes fases de la transición socialista. La revolución tiene en el partido su instrumento principal; sin este partido es inconcebible la unidad de los revolucionarios ni la unidad nacional e internacionalista del pueblo, una unidad de lo diverso que fortalezca a cada uno y a todos, que enriquezca el conjunto y movilice para los combates, la educación y las transformaciones. El partido dirige la sociedad en un prolongado y complejísimo período en el que la creación debe predominar sobre la reproducción social, al mismo tiempo que se garantiza esta última, en el que deben suceder

50 En “El socialismo y el hombre en Cuba”.

cambios culturales de una profundidad nunca antes soñada y de características parcialmente desconocidas. El Partido registra en sus atributos y en el grado en que avanza y se transforma, o en que se detiene y retrocede, el estado de la avanzada que encabeza la marcha al socialismo y hacia el comunismo.

Che teoriza siempre, sin embargo, desde la práctica, y de ese rigor de método no quedan exentas sus ideas sobre el partido. En la transición socialista, el partido posee un doble carácter problemático: ser motor interno de la sociedad y ser supervisor del trabajo de toda la sociedad. La ejemplaridad es un requisito indispensable para ser vanguardia; por eso el Che impulsa el proceso, orientado por Fidel, de elección de trabajadores ejemplares en asambleas de todos sus compañeros, como una condición inexcusable para aspirar a ser miembro del Partido Unido de la Revolución Socialista. Muy tempranamente se evidencia la necesidad de que se cumpla sin excusas otro requisito, referido en este caso a la organización y no a los individuos: el partido debe permanecer desligado de la responsabilidad y la ejecución de las tareas administrativas. No se puede ser, dice, a la vez ejecutor y control. La construcción socialista es perjudicada profundamente si no se protege la autoridad administrativa en lo que

a ella corresponde decidir y actuar, y, por el contrario, instancias partidarias la presionan, la sustituyen o le cambian sus planes.⁵¹

El Che analiza las políticas y las actuaciones de los partidos comunistas del campo socialista europeo, y seguramente saca provecho también a las comparaciones, aunque evita el tema en sus expresiones públicas. Con sus compañeros sí comparte sus estudios y sus criterios, como en el caso de este último problema: “en los países socialistas de Europa no se discute este problema, pero se siente el peso de una autoridad del Partido [...] que actúa en una forma excesiva sobre la administración, que cambia planes y que coarta la posibilidad de trabajo de los administradores” (Guevara, 1966: 448, T. VI).

51 “[...] el Partido en la sociedad socialista está sujeto a discusión. Nosotros estamos perfectamente convencidos y lo hemos establecido, la necesidad del Partido Único y el Partido Dirigente del Estado como representante de la vanguardia, como es correcto, pero de ahí al Partido ‘Hacelotodo’, hay una diferencia [...] tendremos que seguir aquí [en las relaciones partido administración], como [en] varias cosas que estamos haciendo en Cuba, experimentando para encontrar una relación más armónica entre estas dos fuerzas que son las fundamentales en la construcción del Estado” cita de “Reuniones bimestrales” del 22 de febrero de 1964 (Guevara, 1966: 452 y 457, T. VI).

El Partido no puede ser convertido tampoco en un auxiliar de la administración, encargado de apoyar y de justificar sus acciones, sostiene el Che. Ese sería un error costosísimo, de sentido inverso al anterior. Su función acertada es fijar, a través de sus orientaciones nacionales, las grandes direcciones y líneas de trabajo, asegurar el control, las iniciativas y las rectificaciones. En cada uno de los niveles intermedios y de base, colaborar con los órganos del poder para impulsar las directivas que les corresponde ejecutar. En el nivel máximo no puede haber divergencias y debe ser una misma persona la que dirija.

Che ha dejado diversos trabajos dedicados al Partido, en los que reúne las referencias a las cuestiones más concretas y apremiantes del día con las consideraciones de mayor alcance y profundidad.⁵² Por ejemplo, señala con aspereza cómo los que han sido trabajadores ejemplares

52 Además de los textos más famosos, como “Sobre la construcción del Partido”, “El partido marxista leninista” o los pasajes de “El socialismo y el hombre en Cuba”, ver “En homenaje a los premiados en la emulación”, “El cuadro, columna vertebral de la Revolución”, “Qué debe ser un joven comunista”, “En la entrega de certificados de trabajo comunista”. Y numerosos pasajes de intervenciones, discursos y escritos (Guevara, 1966, 1970, 2006).

pueden volverse menos partícipes de las iniciativas y los problemas fundamentales cuando, ya sometidos a la disciplina del Partido, se quedan esperando instrucciones para actuar, las que, además, pueden no llegar. En el mismo mes en que hace esa crítica, al final de uno de sus más profundos trabajos, escribe:

Destacar el papel educador que debiera jugar el partido para que el centro de trabajo se convirtiera en el exponente colectivo de las aspiraciones de los trabajadores y de sus inquietudes y que fuera el lugar donde se plasmaran sus deseos de servir a la sociedad. [...] que el centro de trabajo fuera la base del núcleo político de la sociedad futura [...] (Guevara, 1970: 285, T. II).⁵³

Sobre la última parte de su definición de la vanguardia –que las mayorías se vuelvan cada vez más capaces de producir ellas mismas los cambios y de aprender a gobernarlos por sí mismas– será muy breve, pero muy enfático: ese es, manifiestamente, el objetivo final que propone el Che a la transición del capitalismo al comunismo. Ese objetivo engrana perfectamente con su teoría

53 En “Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento”.

del papel central del hombre actuante y de la conciencia en esa transición. Llamo solamente la atención sobre este hecho intelectual: para el Che existe una íntima vinculación entre la vía que él plantea teóricamente y procura prácticamente, y el logro efectivo del autogobierno y la autoeducación. En resumen, el Che considera que esa vía es la necesaria para que la transición iniciada con la toma del poder culmine en la desaparición del Estado y de toda forma de dominación, para que la transición conduzca al comunismo.

5. LA LEY DEL VALOR NO OPERA A TRAVÉS DEL PLAN

Che se opone a la autogestión financiera porque la considera contraria, por sus resultados finales, a que el proceso de transición sea una acumulación de fuerzas dirigida a lograr el socialismo y el comunismo. Entre ella y su Sistema Presupuestario de Financiamiento, ha escrito, “hay diferencias de distintos grados”: de tipo práctico o metodológico, y “de carácter más profundo” (*ibidem*, p. 260).⁵⁴

54 En “Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento” el Che expone de manera positiva sus ideas sobre la construcción económica del socialismo, y la

En dos artículos previos, el Che había expuesto de manera sintetizada los rasgos fundamentales de la autogestión desarrollada en los países socialistas europeos, y las características de su sistema. Al defender, en el primer trabajo, el costo de producción como base del análisis económico de las unidades productivas⁵⁵ parece moverse solamente en el terreno de las diferencias práctico metodológicas; en el otro va más lejos, al polemizar alrededor de la concepción del valor,⁵⁶ pero siempre dentro de lo metodológico y del campo de las definiciones y las contrastaciones con la práctica.

La independencia de criterios y el dominio de los asuntos teóricos y técnicos que trata resaltan al unísono en la argumentación del Che. No se conforma con las usuales y alternativas declaraciones de que tanto el plan como la ley del valor existen en nuestras sociedades: lo

contraposición autofinanciamiento - Sistema Presupuestario de Financiamiento en cuanto sistemas de dirección. Pronto la polémica le llevará a profundizar todavía más en las diferencias.

55 En “Consideraciones sobre los costos...” (Guevara, 1970: 209218, T. II).

56 En “Sobre la concepción del valor” (Guevara, 1970: 230-237, T. II).

que intenta es operar intelectualmente, desde ese reconocimiento inicial, sobre sus consecuencias generales y en los procesos concretos de la transición socialista. Un ejemplo muy notable es su análisis de la teoría de la formación de los precios, y su proposición, “como primera aproximación al problema”, de una base de formación de precios reales que permita a nuestra economía analizar la efectividad que realmente posee, obtener mejores elementos para las decisiones fundamentales y una base más precisa para comparaciones internacionales. Las relaciones entre el costo de producción y el precio en el sector socialista, entre la estructura general de los precios internos y los precios del mercado externo, la consideración del producto como una no mercancía mientras participe en procesos dentro del sector estatal,⁵⁷ se articulan entre sí en sus

57 “[...] si mercancía es aquel producto que cambia de propiedad mediante un acto de cambio, al estar dentro de la propiedad estatal todas las fábricas, en el sistema presupuestario, donde no se produce este fenómeno, el producto solamente adquirirá características de mercancía cuando, llegando al mercado, pase a manos del pueblo consumidor” (Guevara, 1970: 236, T. II). Ver también la sección ‘Sobre la formación de los precios’ en “Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento” (Guevara, 1970: 230-237-276, T. II).

razonamientos, y con la historia real del problema en Cuba y en el pensamiento marxista.

El planteamiento del Che en favor de la necesidad de un análisis de costos continuado, que en su práctica premie o castigue “con igual perseverancia” los éxitos y los fracasos en cuanto a bajar los costos de producción, su reclamo de que se elaboren normas de consumo de los indicadores importantes o escasos, de inventarios y de su control, etc., son dos de los asuntos que, lamentablemente, siguen siendo necesidades no satisfechas en la actualidad. Pero interesa más a mi objetivo pasar a las diferencias “de carácter más profundo” postuladas por el Che, entre la autogestión y el Sistema Presupuestario de Financiamiento.

El punto de partida del Che es que el poder revolucionario y la nacionalización de la gran mayoría de la economía han introducido distorsiones extraordinarias en la acción de la ley del valor. Primero, aparece un grado altísimo de concentración de los medios de producción en una sociedad que está muy lejos de haber completado su desarrollo capitalista; segundo, se produce un cambio muy profundo en el terreno de la distribución; tercero, se dedican grandes recursos a la defensa y a las inversiones para el desarrollo y para corregir las

graves deformaciones de la economía, todo lo cual afecta la capacidad de consumo. La intervención decisiva del poder revolucionario en la economía es la que ha impedido, con sus medidas, que las graves tensiones creadas se solucionen mediante la inflación y otros mecanismos propios de la economía mercantil. Todo ello oscurece cada vez más la acción de la ley del valor.

La posición del Che es inequívoca: en el socialismo, la ley del valor no opera a través del plan. No es posible utilizarla hábilmente, como un método indirecto, para la dirección económica. La ley del valor sigue actuando, parcialmente, por todo lo que subsiste de relaciones mercantiles a escala internacional y nacional, pero no existe un mercado libre que se exprese por sí, como regulador de las contradicciones entre los diferentes factores de la economía que supuestamente concurrirían a él, ni el mercado vincula la dimensión local con la mundial, ni actúa sobre las ramas de la producción y en otros terrenos como efectivamente sucede en una sociedad mercantil, que es donde rige la ley del valor. Una proporción enorme de las relaciones económicas, y las decisiones fundamentales, quedan fuera del control mercantil. La base de la argumentación del Che en este punto

está constituida por los hechos mismos, no por contraposiciones doctrinales o criterios científicos.⁵⁸

Estos últimos aparecen en la oposición radical que el Che sostiene contra la pretensión de desarrollar el imperio de la ley del valor y las relaciones monetario-mercantiles como palancas para construir el socialismo, y contra su corolario: que ellas mismas crearían las condiciones necesarias para su desaparición. La tendencia, expone, no puede ser a fortalecer, sino “a liquidar lo más vigorosamente posible” aquellas relaciones, y el predominio del interés egoísta que ellas promueven.

Como era de esperar, las ideas del Che tuvieron mala acogida y un rechazo sordo en los países del socialismo europeo, que jugaban entonces con las ideas de que la autogestión permitiría a la economía dinamizarse y regularse por sí misma. Esas ideas eran antitéticas al fundamento de las reformas económicas que se ensayaban o se pretendían en la URSS y los países de su campo. Y lo más perturbador era que no venían de un trasnochado dogmatismo al que pudiera calificarse como

58 Ver Guevara (1970: 209-210, 230-236, 270-273, 300, 328-331, 370-372, 377-378, 574-575, T. II).

estalinista, sino de una apelación muy vigorosa a la teoría y los ideales de Marx, Engels y Lenin y, lo más importante, provenían de la más reciente revolución socialista, que estaba conmoviendo América y el mundo con sus osadas y radicales acciones y sus atractivas posiciones antiimperialistas y en favor del socialismo, la liberación nacional de los pueblos y el comunismo. La concepción del Che de la transición socialista formaba parte de la herejía cubana, de una nueva voz comunista y guerrillera desde el Tercer Mundo, que resultaba difícil de comprender y aceptar.

Che entendió lo que se jugaba para el socialismo en general tras el aparente acierto pragmático de la política económica invocada bajo el apelativo del cálculo, por lo que trató de profundizar en el problema y mostrar su complejidad y sus consecuencias, mientras avanzaba en la implementación del experimento cubano de un sistema económico no basado en el cálculo. Transcribo su comentario al fragmento número 161A del *Manual de Economía Política* soviético (1963):

Siempre ha sido oscuro el significado de la palabra “cálculo económico”, cuya significación real parece haber sufrido variaciones en el transcurso del tiempo, lo extraño es que se pretenda

hacer figurar esta forma de gestión administrativa de la URSS como una categoría económica objetivamente necesaria. Es usar la práctica como rasero, sin la más mínima abstracción teórica, o peor, es hacer un uso indiscriminado de la apologética. El cálculo económico constituye un conjunto de medidas de control, de dirección y de operación de empresas especializadas, en un país dado, con características peculiares (Guevara, 2006: 157-158).

Pero el debate fundamental que sostuvo fue interno, en el seno de las instituciones de la revolución. Sus oponentes eran dirigentes y cuadros que consideraban necesaria una política económica de transición basada en el cálculo económico, para avanzar hacia el socialismo. Dirigían el sector agrícola nacional y ocupaban también responsabilidades en otras áreas.⁵⁹ Además de sus criterios y las experiencias con la utilización del cálculo, hay que recordar que

59 “[...] estamos en el centro de una discusión que alcanza a los niveles superiores del Gobierno y el Partido, donde se mantienen dos líneas de pensamiento sobre el sistema de financiamiento”, advierte al final de “Sobre la concepción del valor” (Guevara, 1970: 237, T. II); que fue publicado originalmente en *Nuestra Industria. Revista Económica*, N° 3, octubre de 1963.

tenían a su favor el prestigio de la URSS como mayor y más antiguo país socialista, y podían creer que la corriente más poderosa y divulgada dentro del marxismo ratificaba la razón de sus ideas.

Che argumenta acerca de cuestiones concretas que emergen de la polémica, como es el caso de los ritmos y logros en el crecimiento económico si se les relaciona con el predominio del trabajo sobre la conciencia y un sistema como el Presupuestario de Financiamiento, o con la primacía de un sistema basado en el cálculo y que priorice los estímulos materiales. Admite con reservas, y en el plano teórico solamente –ya que “nadie ha hecho los cálculos pertinentes”–, que esta última opción pueda brindar logros de producción a corto plazo, de ocasión o en ramas determinadas de la producción, pero afirma con una gran convicción que en un plazo relativamente corto el trabajo con la conciencia y el Sistema Presupuestario de Financiamiento lograrán un desarrollo de la actitud consciente que tenderá a ser más general y acelerarse, y que esto a su vez producirá un desarrollo de las fuerzas productivas. La producción, pues, será impulsada por la conciencia. “Cargada de subjetivismo, la afirmación requiere la sanción de la experiencia, y en eso

estamos [...]” (Guevara, 1970: 264, T. II), previene el Che, con su rigor acostumbrado.⁶⁰

Si se trabaja eficazmente sobre el desarrollo de la conciencia social de la gente, y en el campo de los estímulos materiales se utilizan preferentemente los colectivos, se podrán enfrentar también con éxito las contradicciones entre el consumo y la inversión que caracterizan a la lucha por el desarrollo. Concientizar para la producción y para el desarrollo es la vía acertada, socialista; es remitirse a las fuerzas reales y nuestras, y desarrollarlas mediante su propia acción, como productores y como personas que van haciendo realidad –sobre las cosas y las relaciones sociales, y sobre sí mismas– un proyecto de liberación total.⁶¹

60 En “Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento”. Sobre este tema, y también de 1964, ver “La planificación socialista, su significado” (*ibidem*, p. 324) y Guevara (1966: 70, T. V), (1966: 440-441, T. VI).

61 “[...] se va creando una nueva conciencia [...] y lo que hoy perdamos en desarrollo lo ganaremos en el futuro, cuando la gente de verdad sienta lo que está haciendo; y eso no es una frase ni mucho menos, la gente tiene que aprender a sentir lo que está haciendo y a trabajar con meditación en eso” (Guevara, 1966: 441, T. VI).

6. CENTRALIZACIÓN, BUROCRATISMO Y PARTICIPACIÓN

La posición del Che en cuanto a lo que es posible obtener del ser humano en revolución era negada por criterios muy moderados o escépticos, asistidos por el sentido común, que exhibe el aire de seguridad del conocedor de lo que ha pasado siempre y posee fórmulas coloquiales devastadoras contra toda primavera: “el hombre es malo”. Pero la crítica al Sistema Presupuestario de Financiamiento por ser promotor de la centralización y el burocratismo, tenía raíces mucho más recientes. En los diez años que siguieron a la muerte de Stalin se fue desarrollando el tópico de que el autoritarismo padecido por la URSS y su campo europeo, entre otros males, había fomentado métodos de dirección extremadamente centralizados y la existencia de burocratismo en el socialismo, mientras que la “reforma económica” sería una panacea general mediante la aplicación del sistema del cálculo económico.⁶² Además de

62 Ver trabajos académicos de coetáneos soviéticos del Che, como la “Lección XXXV. El cálculo económico” del *Curso Superior de Economía Política* de Spiridónova y otros (1965: 712 y ss., T. II). Veinte años después, esta academia, sorda y ciega ante las realida-

simplicar demasiado la historia, esa fórmula ocultaba el enorme papel de las relaciones mercantiles a lo largo del proceso interno de la Unión Soviética, las formas híbridas de relaciones económicas y sociales que se habían vivido y el peso de la ideología correspondiente. En realidad, junto a la preocupación por la situación y el futuro de la economía, en la bandera de la reforma había mucho de búsqueda de legitimación política de los nuevos dirigentes, al presentarse como modernizadores.

El Che le da la importancia que merece a la diferencia que existe entre las formulaciones teóricas de ambos sistemas de dirección económica y las deficiencias y dificultades con que tanto uno como el otro tropiezan en su aplicación práctica, y pide que se tengan muy en cuenta esas diferencias al estudiarlos o valorarlos.

Las creencias cumplen papeles en el interior del conocimiento social –y en diferentes medidas, en todos los campos del conocimiento– que asombrarían a muchos, si no estuvieran fascinados por las bondades del cientificismo. A la manera tácita en que tantas veces se ha

des del mundo exterior, exponía triunfalmente los mismos tópicos. Ver “Cálculo económico” en AA. VV. (1985 [1981]: 29-30).

juzgado al Che, ha persistido la creencia, sin evidencias a favor e incluso a pesar de datos perturbadores, en que la centralización planteada por el Che en su concepción teórica e impulsada en su práctica equivale a colocarle trabas funestas al funcionamiento de la economía, y que la falta del cálculo como regulador de la economía –el único regulador posible, y esa es otra creencia– nos arrojaría sin remedio a un régimen de centralización burocrática. Ciertamente, el Che nada tiene que ver con esas opiniones.

Ante todo, los hechos. Tanto antiguos compañeros suyos como otros que desempeñaron funciones directivas dentro de la economía cubana en los veinticinco años siguientes a su partida, han declarado públicamente que el sistema implantado en el Ministerio de Industrias por el Che era mucho más eficaz para la producción, el control, la agilidad en la gestión, la adecuada descentralización de responsabilidades –y otros aspectos– que el sistema que rigió después. Debemos reconocer, al menos, que no se ha realizado todavía una exposición de los datos, hechos y procesos de la historia económica del período revolucionario, ni se manejan valoraciones detalladas y fundamentadas de esa historia, lo cual nos permitiría a todos conocerla, y pensar, comparar y valorar con más

base. Esta ausencia es realmente grave, porque, con toda razón, nuestros dirigentes se refieren sistemáticamente a la necesidad de que el pueblo tenga una conciencia económica y un comportamiento en ese terreno que permita enfrentar nuestros enormes y complejos problemas. Dada la maravillosa conciencia política del pueblo cubano, y sus altos niveles de formación general y técnica, ese desconocimiento tiene efectos muy perjudiciales, y solventarlo podría aportar muy grandes beneficios.

Al estudiar al Che, encontramos la aparente paradoja de que, en un mismo proceso, lucha por la centralización y combate al burocratismo. Con fría lucidez, avanza en la definición y en las características de ambos conceptos, y trata de ayudarse con la práctica y con el análisis de las experiencias.

La primera medida que permite aspirar a establecer un sistema de dirección económica socialista eficaz tiene que ser la organización del aparato administrativo; sin ella no se puede aspirar a ningún resultado concreto, les recuerda el Che a sus oponentes en la polémica de 1963-1964, en su artículo “La banca, el crédito y el socialismo”. “El burocratismo, evidentemente, no nace con la sociedad socialista ni es un componente obligado de ella”, ha escrito un año antes, en “Contra el burocratismo”

(Guevara, 1970; T. II). En ese medio y entre sus tensiones y contradicciones se mueve su actuación, teoriza desde las condicionantes históricas que tienen el poder y el proyecto revolucionario cubanos, y desde el Estado que ese poder va forjando.

Che se refiere en muchos lugares de su obra a la centralización nacida de los sucesos de la Revolución, a los eventos indispensables que permitieron el establecimiento del socialismo en Cuba. Fue necesario ampliar los ámbitos del Estado y sus poderes, en relación con la economía y con el conjunto de la vida social, a una escala nunca antes conocida en nuestra historia, para consumir la Revolución y para defenderla. La falta de cuadros desarrollados de nivel intermedio se convirtió pronto en una ausencia básica, explica el Che,⁶³ que generó, en consecuencia, “una verdadera hambre de técnicos”; fue inevitable que se cometiera un

gran número de errores en el ejercicio de la administración. Por otra parte, la organización política incipiente amenazó convertirse en un ente burocrático durante la etapa llamada del sectarismo. La nueva administración se construyó en medio de las enormes tensiones y el desbarajuste producidos por tantos y tan grandes cambios, acosada la Revolución por sus enemigos y haciendo esfuerzos supremos en las tareas de la defensa, y la carencia de preparación suficiente y de experiencias de los que desempeñaban las responsabilidades era lo usual. Además, por todas partes estaban presentes elementos de la sociedad anterior. El orden que fue construyendo la Revolución hasta 1965 –el tiempo que nos ocupa en cuanto al Che– estuvo muy marcado por sus orígenes y por los rasgos referidos. A medio siglo de distancia me parece admirable que en tan poco tiempo llegara a ser una administración ordenada, con una base legal considerable e intentos de planificación, con estrategias de desarrollo y un proyecto muy firme de continuar profundizando su transición socialista.

El tratamiento concreto de los problemas ocupa un lugar amplísimo en el conjunto de las expresiones orales y los escritos del Che sobre la transición socialista. La centralización y el burocratismo son objeto de innumerables

63 “Cuando se hizo patente que en Cuba una nueva clase social tomaba definitivamente el mando, se vieron también las grandes limitaciones que tendría en el ejercicio del poder estatal [...]. El eje central de nuestros errores está en nuestra falta de sentimiento de la realidad en un momento dado, pero la herramienta que nos faltó [...] fue la falta de cuadros desarrollados a nivel medio” (Guevara, 1970: 154, 155-156, T. II).

análisis, exhortaciones y discusiones, pero siempre relacionando a una y al otro con la formación de los cuadros, sus cualidades y defectos y su deber ser, con los colectivos de trabajadores, con los problemas de la producción y de la organización de la economía, con los instrumentos revolucionarios, y entre ellos el sistema de dirección económica. Resultan extraordinarios sus aportes normativos y prácticos a la consecución de una organización de la actividad económica que sirviera al mismo tiempo al desarrollo socialista del país y al de las personas involucradas.

En el plano teórico, para el Che “centralización es la capacidad de tener una determinada cantidad de decisiones a niveles jerárquicos superiores”, lo que no significa que todas las decisiones se tomen al más alto nivel.⁶⁴ Deben establecerse principios inexorables de graduaciones de los niveles de decisión, que no solo faculten sino obliguen a cada uno a tomar las medidas que le corresponden, sin acudir a otras instancias superiores, ni permanecer inactivo.⁶⁵

64 “Tampoco todos en el Ministerio, una gran cantidad y cada vez más en las Empresas, y otros en las fábricas” (Guevara, 1966: 442, T. VI).

65 Entre otros escritos suyos, está en “Consideraciones sobre los costos...”, en *Obras*, t. II, p. 217.

Hay que distinguir entre la centralización que existe porque no queda otro remedio, o la que es consecuencia de las medidas extraordinarias de nacionalización u otras improvisaciones, y la centralización normada dentro del sistema, que es un instrumento. Esta última no consiste en la formación de estamentos con funciones fijadas “para siempre”: el sistema prevé y norma los trasposos de niveles de decisión y la progresiva descentralización, que pueden recibir las empresas o las unidades como estímulo por su buen desempeño. El nivel de centralización puede variar también de acuerdo al tipo de producción o servicio, la rama de la economía de que se trate, o determinadas circunstancias.⁶⁶

Un principio que el Che reivindica hasta el cansancio es “que la centralización nunca debe

66 Ver estas ideas en: Guevara (1970: 176-177, 179, 210-211, 278-279, 330-331, T. II), (1966: 372, T. VI) y en numerosos pasajes de las Reuniones bimestrales. También son fuentes para conocer aquella obra los instrumentos normativos del Ministerio de Industrias. Entre tantos documentos lamentablemente sometidos al olvido, quiero al menos mencionar, como un ejemplo, el “Informe sobre los elementos requeridos para crear una empresa industrial modelo y de los métodos de trabajo que deben aplicarse en los distintos frentes de actividades”, Asesoría del Ministro, Ministerio de Industrias, La Habana, 15 de abril de 1965, p. 176.

estar reñida con el máximo de iniciativa que se dé a los individuos a diferentes niveles” productivas (Guevara, 1966: 552, T. VI). En “Contra el burocratismo” es muy enfático:

Hay que tomar medidas concretas para agilizar los aparatos estatales, de tal manera que se establezca un rígido control central que permita tener en las manos de la dirección las claves de la economía y [se] libere al máximo la iniciativa, desarrollando sobre bases lógicas las relaciones de las fuerzas productivas (Guevara, 1970: 179, T. II).

No podría ser de otro modo, dado el lugar del ser humano y su actuación en la concepción del socialismo del Che. El sistema debe ser capaz de definir los límites de esa iniciativa, y garantizar su flexibilidad. Centralización y mecanización del individuo, dice el Che en una reunión bimestral, son conceptos que no tienen nada que ver uno con otro, porque esta última “va contra todo desarrollo”. Y exige que se le dé lugar organizado a los aportes de los trabajadores.⁶⁷

67 “[...] el individuo, uno a uno y en masa, tiene que aportar soluciones a la fábrica, y la fábrica tiene que recoger esas soluciones, analizarlas y discutir las a través de los delegados, del partido, de la sección sindical,

Che está tocando aquí uno de los problemas más graves y complejos del régimen socialista: el problema crucial de la participación de los trabajadores y el pueblo en la dirección de los procesos fundamentales. El régimen socialista es un poder revolucionario que, después de asegurada su victoria y su sobrevivencia, tiene como objetivo desarrollar la transición socialista, basada en la socialización progresiva de las fuerzas productivas, las relaciones de producción, el poder político, la reproducción ideológica y todos los aspectos de convivencia social y culturales que sean pertinentes para ese fin. Lo cierto es que se trata de un proceso necesariamente muy dilatado en el tiempo, y, en las condiciones históricas reales en que han emprendido el camino socialista, los pueblos y los poderes implicados se han visto obligados a enfrentar insuficiencias y enemigos tan grandes que a otros les parecerían insuperables. Pero la participación de los trabajadores y el pueblo en la dirección de esos procesos sociales

trasladarla hasta la Empresa [la que no pueda resolver], y la Empresa tiene que recogerla, analizarla, resolver lo que pueda resolver [...] y pasarlas al Ministerio, que tiene que hacer lo mismo. Hoy por hoy no se cumple ninguno de estos pasos”, 22 de febrero de 1964 (Guevara, 1966: 442, T. VI).

es imprescindible, como parte fundamental de la transformación social y la de los individuos, del proceso de creación de una nueva cultura. Tiene que consistir en un proceso real y efectivo desde los primeros tiempos, por muy modestos y difíciles que sean esos inicios, y debe avanzar siempre, con la organización, los métodos y los medios que entre el poder y el pueblo vayan ideando y construyendo.

No puede postergarse la participación popular en la dirección y el control de todo el proceso, por la necesidad de enfrentar las insuficiencias y los enemigos, porque, precisamente, esa participación y la conciencia revolucionaria son las dos armas más poderosas que tiene el régimen socialista para enfrentar y vencer las insuficiencias y los enemigos. En ellas reside la fuerza mayor de la revolución socialista.

Che enfrenta ese problema principal en la Cuba de su tiempo con gran audacia en relación con las ideas existentes acerca de la participación en el socialismo y cómo lograrla, y sin temor a hacer las críticas más duras: “La participación de los obreros en la dirección de la fábrica hoy es nula, a pesar de que nosotros hemos hecho una serie de instrucciones [...]”, dice en la misma reunión bimestral recién citada (*ibídem*, p. 441). Pero, siempre con los pies en la tierra, tiene muy en cuenta también las

debilidades del nuevo orden. La centralización excesiva sin una organización eficaz frena la acción espontánea sin ser capaz al menos de sustituirla por una orden correcta y a tiempo, reconoce; no existe una conducción planificada nacional o un real plan perspectivo, un sistema único, ni buenos controles. A los cuadros les faltan conocimientos imprescindibles, técnicos y administrativos, y son hombres con escaso desarrollo general; muchos cumplen lo normado, pero no emprenden otras acciones que debieran realizar y para las cuales tienen autoridad. Ninguno de los numerosos obstáculos existentes escapa a su lúcida percepción.

A pesar de todo, el Che sostiene que la participación es inexcusable, desde sus tempranos llamados a la planificación al inicio del poder revolucionario hasta “El socialismo y el hombre en Cuba” (*Op. cit.*). Para que el resultado final sea algo vivo, debe incorporarse a la gente a la producción y a la discusión de sus problemas, escribe en 1961; la asamblea de producción debe servir para que los obreros controlen efectivamente las tareas de la administración, y esta se eduque mediante el análisis crítico y autocrítico de su propia tarea. Hay que acentuar la participación consciente, individual y colectiva, en todos los mecanismos de dirección y de producción, y ligarla a la idea de la necesidad

de la educación técnica e ideológica, escribe cuatro años después. Ese es el marco factual de sus definiciones detalladas del ideal del cuadro y del ideal de director de empresa o fábrica (Guevara, 1970: 134-135 y 156, T. II).⁶⁸

Los conceptos del Che relativos a la centralización, la participación y sus relaciones cumplen varias funciones, que intento sintetizar:

- a) Fijar un objetivo a alcanzar que puedan representarse los que actúan, para que la realidad se aproxime cada vez más a él.
- b) Exponer el aparato conceptual de su específica posición teórica.
- c) Ser operacionales dentro de su concepción de la transición, para enfrentar los complejos problemas que presenta la realidad en campos como el de la participación popular y de los trabajadores, la racionalidad del funcionamiento de la economía, las tensiones existentes entre la necesidad de un mando indiscutido y con muy amplias facultades

68 En la primera aclara: “Aunque el individuo humano no puede encasillarse dentro de moldes rígidos donde se clasifiquen sus méritos separadamente y se sumen aritméticamente los números de clasificación parcial para dar el total, pues es un todo [...]”.

y una total cohesión ideológica de los revolucionarios, por una parte, y por otra, la creación y el desarrollo de una democracia socialista; y otros.

Che trata el tema del burocratismo, como era de esperar, en diversos planos. A lo largo de toda su obra podemos encontrar innumerables expresiones de su lucha contra las manifestaciones concretas de burocratismo, las actitudes y reflejos que este conlleva y sus efectos perjudiciales. También encontramos su criterio de que los avances en otros aspectos de la acción y la ideología revolucionaria aparentemente lejanos al burocratismo lo contrarrestan en la práctica, mientras que una situación contraria, de freno o retroceso del impulso revolucionario, fortalece el burocratismo.⁶⁹

En un tercer plano, Che rebate la imputación de tendencia al burocratismo que se le hace al Sistema Presupuestario de Financiamiento. La lógica del sistema, afirma, lleva a la racionalización del aparato administrativo, que puede hacerse mayor sin perder eficacia cuanto más centralizadas estén las operaciones de registro y de control de empresas y unidades, y más

69 Guevara (1966: 635, T. V), (1966: 555, T. VI) y (1970: 181-183, 217, T. II).

precisados y ejercidos sean los niveles de dirección y sus relaciones. El burocratismo y su erradicación son considerados dentro de un análisis que integra todas las variables relevantes que inciden en la aplicación del sistema de dirección.⁷⁰

En una aproximación más teórica, Che analiza el burocratismo mediante una consideración general del desarrollo de la Revolución cubana como poder estatal, y la combinación de sus rasgos fundamentales como tal con las características –parcialmente sobrevivientes en el nuevo régimen– de la administración burocrática heredada del capitalismo. Expone enseguida tres nuevas motivaciones para el burocratismo, surgidas en la transición socialista: a) falta de interés del individuo, basada en su falta de conciencia o en el conformismo frente a lo que anda mal; b) falta de organización, con la consecuente falla en los métodos aplicados y errores y carencias diversos; y c) falta de conocimientos técnicos que permitan tomar decisiones justas y rápidas. Las tres, por separado o conjugadas de distintos modos, influyen malignamente en toda la vida institucional del

país. Propone, entonces, un cambio en el estilo de trabajo que permita, a escala nacional, jerarquizar los problemas y normar organismos, niveles de decisión y relaciones entre todos, además de racionalizar el personal administrativo. Simultáneamente, explicita el contenido de un plan concreto de trabajo político contra la falta de motivaciones internas. Y junto a esas propuestas, la capacitación: “convertir nuestro país en una gran escuela”, para suplir las inmensas necesidades de personas capacitadas que hay en todas partes, al mismo tiempo que ofrecer un canal de ascenso social a los individuos que estudien con éxito, mediante la retribución económica y el prestigio social.⁷¹

La solución al problema del burocratismo se obtendrá mediante la acción organizada del poder revolucionario, no por la utilización de palancas económicas supuestamente independientes, cuyo funcionamiento garantizaría a la sociedad contra la ineficiencia, la arbitrariedad, la falta de interés, la incapacidad y otros defectos de los individuos. Esto es, el poder socialista participativo, no la “reeducación”

70 La parte final de “Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento” es un extraordinario ejemplo de esto (Guevara, 1970: 278-285, 217, T. II).

71 Estos párrafos glosan el contenido de “Contra el burocratismo”, que tomo por ser un enfoque integral del tema, publicado como artículo en *Cuba Socialista* N° 18, febrero de 1963 (Guevara, 1970: 176-183, 217, T. II).

imposible mediante los instrumentos del capitalismo. Pero esa posición conlleva graves exigencias. Los requisitos fijados por el Che para considerar calificados política y técnicamente a los participantes organizados e investidos de poder son realmente muy severos; las normas, los mecanismos de control y su funcionamiento efectivo a escala de todo el país son obligaciones inexcusables para todos, son condición indispensable, y constituyen la garantía del sistema. Y la condición principal no deja lugar a dudas: “no es una tarea de un organismo, ni siquiera de todos los organismos económicos del país; es la tarea de la nación entera, es decir, de los organismos dirigentes, fundamentalmente del Partido Unido de la Revolución y de las agrupaciones de masas” (Guevara, 1970: 183, 217, T. II).

Estoy seguro de que el Che reflexionó acerca de la burocracia más allá de lo planteado en el artículo comentado aquí; sin embargo, no conozco ningún texto suyo en que lo haga. Che estudió a fondo a Lenin y la experiencia histórica de la Rusia Soviética, por lo que tiene que haber manejado las ideas de aquel líder, los debates de entonces sobre la burocracia, el alegato de Trotsky. Habrá que llegar a saber también qué otros textos conoció de los que han aportado sobre el tema, como es el clásico

tratamiento de la dominación burocrática que hace Max Weber (1958) en *Economía y sociedad*. Hace veintiún años escribí que resultaba excesivo pedir una biografía intelectual del Che cuando todavía no teníamos su biografía política. Hoy este último camino está muy adelantado, y se ha publicado una parte de la masa enorme de escritos e intervenciones orales de Ernesto Che Guevara que entonces permanecía inédita.

Entre los dirigentes de la Revolución en aquellos años sesenta las preocupaciones alrededor del burocratismo no se limitaban a la necesidad de racionalizar procesos administrativos y burócratas: iban mucho más lejos respecto al significado de la cuestión para la existencia misma del socialismo. Cuando ya el Che estaba en Bolivia, en los últimos días de febrero de 1967, el diario *Granma* publicó varios editoriales en los que analizaba con gran rigor y radicalidad el burocratismo en el socialismo y su función expropiadora del poder popular y liquidadora del socialismo.⁷² Dada su posición y

72 Su título general era “La lucha contra el burocratismo: tarea decisiva”, y el subtítulo, ‘Se puede salir hacia el socialismo, y no llegar’. Fueron reproducidos en *Ediciones El orientador revolucionario* (La Habana: COR del PCC) N° 5, 1967.

la profundidad con que estudió y produjo análisis acerca de los procesos y el pensamiento socialistas, el Che no podía dejar de ahondar en un fenómeno tan importante en los sistemas de dominación, en busca de las raíces que permiten la recurrencia del burocratismo en las sociedades pos capitalistas, pese a las campañas revolucionarias, y lo que es mucho más grave, la actividad de dominio sobre las mayorías que puede desarrollar la burocracia en el socialismo a partir de sus posiciones en el Estado, la economía y la reproducción de las ideas, y las consecuencias funestas que esto produce. Por su naturaleza y sus métodos, la concepción del Che de la transición socialista es irreconciliable con la cristalización y el predominio de la burocracia.

7. PLAN Y REALIDAD SOCIAL

Tenemos ya entonces en toda su riqueza la posición teórica y la concepción específicas del Che acerca de la transición socialista y, en un sentido más general, del marxismo. Es un logro del pensamiento obtenido al calor de la Revolución cubana. Como actividad intelectual, tiene fuentes diversas: el pensamiento de los fundadores del marxismo, la elaboración de

una posición propia de pensamiento anticolonial y neocolonial muy radical, la historia del movimiento y el pensamiento revolucionarios, el análisis económico de tipo marxista, la utilización de otros instrumentos de conocimiento, un manejo muy profundo del contenido de la experiencia revolucionaria y la transición socialista cubanas. El resultado de su trabajo intelectual con ellas es un producto teórico nuevo, que he seguido, en busca de lo esencial, a través del concepto de plan del Che. La pretensión de ese concepto es servir a la comprensión de la sociedad y la actuación eficaz de los revolucionarios en el proceso más difícil y ambicioso que se haya emprendido: la revolución mundial y la liberación total.

Che le dedica a ese proceso todo su empeño de creador. He comentado que casi desde el inicio del poder revolucionario mostró un empeño tenaz –hasta la impertinencia– de que se impusiera la planificación. Es impresionante comprobar la profundidad que tienen ya su concepción y sus combates por ponerla en práctica y divulgarla, cuando el país acaba de vivir la batalla de Girón y la nacionalización de la enseñanza, y está envuelto al mismo tiempo en las campañas de la alfabetización y de la lucha contra los bandidos. Vuelvo a su conferencia de junio de 1961 para mostrar la riqueza de su

concepción y su capacidad para comunicarla. Por otra parte, es imposible acumular aquí citas o referencias de su tratamiento ulterior del tema de la planificación y del plan como “modo de ser de la sociedad socialista”: serían demasiadas. Señalo, sin embargo, la importante omisión que me veo obligado a hacer en este libro de la evolución que tuvieron sus ideas en este campo al choque con duras y diversas realidades. Omisión dispensable solamente porque aquella evolución no cambió ninguno de los aspectos centrales de su concepción, aunque estos al inicio estaban basados sobre todo en sus estudios y sus intuiciones teóricas. Lo que sigue es una glosa parcial (lo entrecomillado es textual) de aquella conferencia.⁷³

El plan nace, dice el Che, de las nuevas relaciones de producción que surgen en el proceso revolucionario ante dos hechos básicos: quedan del lado del pueblo todos los medios fundamentales y se hace necesario utilizar los recursos en la forma más racional posible. El poder del Estado ejercido como dirección centralizada se vuelve crucial. Pero el plan no puede partir solamente del análisis de los datos

de la realidad, de lo existente, sino de conocer los hechos, las características y los valores de las personas, y los esfuerzos de que es capaz el pueblo cuando está en revolución: “y conociendo las realidades, llevar al pueblo a esa nueva etapa”, “empujar al pueblo hacia nuevas conquistas”. La dirección será centralizada, pero el plan tiene que ser obra de todos, o no será.

El plan no es un simple diagnóstico de la economía y una previsión del comportamiento económico en los años venideros: “para eso no es necesario el pueblo”. Cuando se emprende la redistribución radical de las riquezas y se va transformando la vida de la población que era desposeída –“cuando un país entra en revolución”– varían totalmente los niveles y los ritmos de aumento del consumo, las ideas que se tienen sobre él y los productos a consumir. En la tónica del plan tiene que expresarse la tónica de nuestro desarrollo, nuestra capacidad política y nuestra comprensión de los problemas generales del país, dice. “Esa es la diferencia entre el cálculo económico que puede hacerse de lo que va a pasar en un país, conociendo la cifra, y de lo que tiene que pasar en un país cuando se está en revolución”.

Los tres momentos del plan son la elaboración, la realización y el control. Durante el primero, el proyecto se prepara con los pasos adecuados y

73 Del 23 de junio de 1961. Ver: Guevara (1966: 219-238, T. III).

todo el desarrollo que el poder, en sus diferentes instancias, sea capaz de alcanzar; en él “interviene el pueblo con su crítica”, “hace la contraposición del plan” y “obliga a nuevas discusiones a los organismos superiores”, dice el Che, hasta que finalmente se aprueba como ley que no puede violarse. Muy discutido y pensado, el plan debe ser capaz de reunir el máximo entusiasmo con la responsabilidad de no anunciar lo que sea imposible realizar. El momento de la realización del plan será muy duro en toda la primera etapa de la Revolución: “estos son años de sacrificio”, en los que el plan tiene que ser una tarea de todos. “El plan también, como una característica de la época socialista, junta a las personas”, y se mide por el trabajo conjunto. El plan debe estar en el centro de los problemas diarios.

El tercer momento, el del control, exige mucho de los organismos centrales; controlar implica inspección, a la vez que corrección cuando hay circunstancias adversas. Pero los obreros deben participar también en el control, como individuos y en las diferentes colectividades que forman, averiguando y tratando de solucionar los problemas. “No puede haber separación entre el hombre que trabaja y el centro donde trabaja”. Por otra parte, es necesario que cada centro de trabajo sienta que forma parte de la nación y practique cada vez más esa relación de unión.

Che trata todavía otros asuntos, como el esbozo de las cinco divisiones del plan –producción, abastecimiento, costos, inversiones, trabajo y salarios–, el papel del plan financiero, la división internacional socialista del trabajo, la eventualidad de agresiones imperialistas, el ejemplo para América que significa Cuba en revolución, “hablando socialismo en castellano” y planeando desde su libertad su desarrollo, y los objetivos de bienestar para el pueblo que tiene el plan. Quiere que todo el pueblo vaya conociendo qué es un plan: “lo que tiene de vivo [...] de popular [...] como obra creadora del pueblo [...] como la acción de la voluntad del hombre, sobre las posibilidades o sobre la economía, para transformarla y cambiarle su ritmo”.

En su comentario al fragmento número 124 del *Manual de Economía Política* (1963) soviético, el Che deslindará enfáticamente su concepción del plan:

Frente a la concepción del plan como una decisión económica de las masas, conscientes de su papel, se da la de un placebo, donde las palancas económicas deciden su éxito. Es mecanicista y antimarxista. Las masas deben tener la posibilidad de dirigir sus destinos, resolver cuánto va para la acumulación y cuánto al consumo, la técnica

económica debe operar con estas cifras y la conciencia de las masas asegurar su cumplimiento. El Estado actúa sobre el individuo que no cumple su deber de clase, penalizándolo, o premiándolo en caso contrario, estos son factores educativos que contribuirán a la transformación del hombre, como parte del gran sistema educacional del socialismo. Es el deber social del individuo el que lo obliga a actuar en la producción, no su barriga. A eso debe tender la educación (Guevara, 2006: 132-133).

Un cúmulo de obstáculos se levanta entre las ideas del Che y su realización práctica, y él lo sabe muy bien. Una información pública que ofrece menos de tres años después de la conferencia glosada sirve también para ilustrar el camino que ha recorrido (Guevara, 1966: 1547, T. V).⁷⁴ Expone descarnadamente una crudísima realidad de insuficiencias, porque no ahorra ninguna en su exposición. Pero muestra igualmente el dominio del que informa sobre las vías y los métodos para sacar adelante la economía socialista, y la capacidad con la que reúne explicaciones, divulgación y enseñanzas. Las características fundamentales y los problemas

centrales de la economía cubana a inicios de 1964 son expuestos en esa intervención. En cuanto a la planificación, Che opina que la falta de abastecimientos es el punto más débil, seguido por el triunfalismo en materia de objetivos y por los errores gruesos de planificación. En cuanto a calificación general de los trabajadores, en categorías ascendentes de 1 a 8, el promedio da 3; la falta de técnicos y obreros calificados se agrava con la de administradores idóneos.⁷⁵ La extrema heterogeneidad, la falta de complementación con el sector primario y de integración nacional y la dependencia externa de la industria prerrevolucionaria habían facilitado su crisis cuando se enfrentaron –a la vez– a las drásticas medidas transformadoras del nuevo poder y a la agresión norteamericana. Muchas de sus debilidades permanecían, y se le había sumado una gran cantidad de dificultades nuevas, prácticamente de todo tipo.

⁷⁴ En el programa de televisión “Información Pública”, 25 de febrero de 1964. Ver Guevara (1966: 1547, T. V).

⁷⁵ “Es una tarea que debe empezar por levantar el nivel de las masas, todavía muy bajo [...] los analfabetos de la era de la técnica (que ahora empieza) deben tener sexto grado, y hoy los administradores estrellas son los que tienen sexto grado”. Me impresiona recordar que pasaron quince años antes de que el país se entregara a la tarea de elevar la escolaridad de un millón de trabajadores que tenían menos de sexto grado, para que alcanzaran la primaria completada en 1980.

Sin embargo, explica el Che, tenemos un proyecto coherente, hay plan y etapas fijadas; ni la siderurgia ni la automatización de procesos son ilusiones. Sin olvidar las desdichas cotidianas, ni el imperialismo, hay que tener presente siempre que ya hemos comenzado a andar el largo camino que llevará al comunismo, “aun cuando pasen muchos años y toda nuestra generación se consuma en el trabajo de construir el socialismo”.⁷⁶ Hace definiciones generales: “el socialismo es la racionalización del trabajo”. Anuncia la generalización de la utilización de normas elementales de trabajo y el próximo

76 Cinco meses después, en la reunión bimestral del 14 de julio de 1962, en medio de la explicación a sus compañeros de qué significa realmente un plan, la necesidad de un plan perspectivo, etc., y de atender los problemas de coordinación y subordinación de ramas e instancias en los niveles regionales y de base, Che relaciona todos esos problemas del día con el socialismo y el comunismo. “[...] está visto que no podemos ni planificar para cuatro años [...] no vamos a decir [en] qué año vamos a entrar al comunismo, pero [...] tenemos que ir preparando las condiciones para que se vaya realizando la autogestión de los organismos. La autogestión, no la autogestión financiera, [son] dos cosas, la autogestión a medida que vamos preparando las condiciones, se va elevando la conciencia [...] creando aquello que es la base del comunismo: el trabajo como una necesidad social” (Guevara, 1966: 300, T. VI).

inicio de pruebas de normas técnicas. Explica las razones de principio de la campaña general de capacitación que se promueve en todo el país: no habrá economía ni socialismo si las personas involucradas no aprenden cada día algo más de la realización y la conducción de los procesos sociales.⁷⁷ Y reclama que las tareas de producción, abastecimiento y organización se conviertan en algo natural y cotidiano, y no aparezcan entre las jerarquizadas de cada año – las “priorizadas”–, porque son básicas, y el que no se preocupe por ellas “simplemente no puede ser funcionario”. El Che relaciona las ocho tareas principales del Ministerio de Industrias⁷⁸ para 1964 y, por si fuera poco lo dicho, define cómo debe ser un técnico consciente y los dos rasgos imprescindibles que deberá tener todo dirigente de la economía.

77 “[...] la tarea fundamental de todo el pueblo de Cuba; obreros, dirigentes de la industria, dirigentes de la economía, dirigentes del Estado: estudiar y todos los días aprender su poquito”.

78 “El análisis económico con énfasis en los análisis de costos, la disciplina financiera, el inventario de fondos básicos, el control de inventarios, las normas de trabajo, las inversiones, el mantenimiento y la capacitación”.

Era natural que la concepción del Che fuera objeto de confusiones, y sobre todo que resultara polémica. Al abrazar el socialismo, la Revolución cubana asumió, junto a las innumerables dificultades prácticas, agresiones, conflictos internos, peligros y problemas no imaginados siquiera hasta el momento, que ya confrontaba, un complejo de relaciones con la URSS, China, otros países del socialismo y el movimiento comunista, y también asumió la ideología del marxismo. No eran estos últimos los que le habían dado origen a la Revolución, ni su fuerza, su perfil y su atracción latinoamericana y mundial; era su propio movimiento de liberación nacional y anticapitalista, con sus ideas, la pelea popular triunfante y su nuevo poder revolucionario independiente y desafiante. Fueron inevitables numerosas tensiones, contradicciones y también algunos conflictos en el seno de la Revolución, que involucraron a los participantes entre sí y respecto a los nuevos aliados. Un estudio medianamente serio de esa historia desviaría este trabajo de su objetivo, por lo que me limito a indicar que la polémica entre el cálculo económico y el Sistema Presupuestario de Financiamiento no puede entenderse totalmente sin tener en cuenta los impactos y los condicionamientos provenientes de aquellas tensiones, contradicciones y conflictos.

Los términos del debate están dados desde temprano, más de lo que los comentaristas suelen estimar.⁷⁹ Che tiene convicciones teóricas acerca de la transición al comunismo, y ellas guían sus posiciones ante la construcción socialista. Plantea que el comunismo y la supresión del Estado no equivaldrán a la autarquía de los centros de producción y de las localidades, sino a todo lo contrario: “la gestión económica estará tan interlazada que no va a poder haber ninguna clase de posibilidad que no sea el control centralizado, la información centralizada en un solo lugar y un solo puesto de mando, para las grandes directivas que se van a imponer”.⁸⁰ Estados Unidos muestra un conjunto de adelantos enormes en el campo económico que permiten a los nuevos revolucionarios pensar en un poder y un régimen

79 La contraposición estaba en curso desde mucho antes que en la reunión bimestral del 28 de septiembre de 1962 tres semanas antes de la Crisis de Octubre dijera el Che: “Nosotros seguimos en la polémica de la autogestión financiera contra el cálculo presupuestal, cálculo matemático, la centralización [...] personalmente estoy cada día más convencido de que el cálculo presupuestario es un paso de avance extraordinario” (Guevara, 1966: 316-317, T. VI).

80 *Ibidem* (p. 317).

socialista comunista que utilice como instrumentos de sus fines los sistemas y las técnicas más avanzados. Desde ahora, dice, debemos trabajar “por la mecanización rápida y por la automatización [...] por aumentar la productividad notablemente”.⁸¹

Es cierto que el socialismo, dice el Che, sustituye la lucha viva de las clases por el poder del Estado revolucionario sobre la sociedad en nombre del pueblo. En cierto sentido, implica “un paso atrás”. Pero este es inicio del camino al comunismo. La idea quizás más importante, rectora del pensamiento del Che acerca de la transición socialista, reaparece siempre: desde el primer día de la construcción socialista es imprescindible trabajar en pos de la realización práctica del proyecto comunista.⁸² Es lo que en

aquellos tiempos llamábamos “la construcción paralela del socialismo y el comunismo”. Hay que rescatar esa idea sin descanso, porque es la llave de su estrategia sobre el conjunto de la época y, a mi juicio, porque a la larga es cuestión de vida o muerte para la revolución socialista. La suerte que han corrido el socialismo y el marxismo que se han basado en el evolucionismo, las etapas intermedias y las esperas permanentes del reino de todavía, lo han demostrado.

El avance simultáneo socialista comunista implica, entre muchos engarces complejos, no dejar para un futuro hipotético el logro de que los intereses y el espíritu de empresa y de organismo se subordinen a los de la nación y la revolución, “y hacer que todo el mundo entienda esta gran verdad: de que hay un solo marco para la producción en el país, que es el

81 *Ibidem* (pp. 318-319). Che se refiere en esa reunión al retraso de la URSS respecto a Estados Unidos en cuanto a contabilidad, cibernética y automatización. Escuché en aquellos tiempos que un asesor soviético enviado a Cuba, experimentado en contabilidad, conoció por Luis Álvarez Rom la contabilidad que se estaba utilizando aquí –tomada de los monopolios norteamericanos– y se asombró de su calidad y superioridad a la que él conocía. Pidió tomar nota de todo, para proponer en la URSS que se adoptara. Si lo hizo, no le hicieron caso.

82 “[...] somos relativamente muy jóvenes en la revolución del comunismo, que es ya nuestra meta”, dirá en

el importante discurso en la CTC R, del 11 de enero de 1964. “Estamos en pleno período de transición, etapa previa de construcción para pasar al socialismo, y de ahí a la construcción del comunismo. Pero nosotros ya nos planteamos como objetivo la sociedad comunista. Y ahí a nuestra vista [...] está ya la sociedad nueva, absolutamente nueva, sin clases, sin dictadura de clases por consiguiente”. Ernesto Che Guevara: “En la entrega de certificados de trabajo comunista” (Guevara, 1970: 245, T. II).

marco general del Estado”.⁸³ Exige, a la vez, establecer relaciones flexibles de dirección que impidan la desnaturalización de la centralización, junto al proceso de educación que vaya acostumbrando a la gente a considerar su aporte a la sociedad como su deber social. Que los órganos de producción tengan como función fundamental producir para la sociedad, a costos cada vez más bajos y con más calidad, y aumentar los excedentes, para que puedan invertirse donde sea más racional y conveniente. Que el cálculo a nivel de unidad no sea eliminado bajo ningún concepto, que cada una conozca con rigor sus datos, sus logros y sus fallos, mediante sus índices. Que el sistema de información sea nacional, y la periodicidad llegue a ser diaria, utilizando máquinas; que exista un riguroso control de inventarios, etc. Para que todo este proceso sea posible, el Che reclama que se analice cada problema y se rompan sin miedo las barreras colocadas ante su solución; que se dominen los detalles; que se actúe creativamente o, al menos, que se actúe; que se

establezca la cooperación y se busquen todas las fuerzas productivas que existen.⁸⁴

Urge lograr organización, estadísticas, información correcta a nivel de unidad que fluya rápida y veraz –con los medios técnicos más avanzados–, para que a las empresas y los organismos centrales les sea posible controlar sistemáticamente y tomar medidas inmediatas. Reclama que todo eso se haga ahora, que se asuma en su cabal dimensión y no se vean como cosas del futuro: “yo quisiera, compañeros, que se pensara claramente en nuestra función como una función de vanguardia, de productores para la sociedad”.

Ese reclamo es político, y exige por tanto que quien dirige se ligue a las masas, las atraiga y conduzca con su ejemplo, practique la discusión colectiva, se hermane con los obreros, sea muy capaz políticamente y tenga cualidades de dirección, movilice, encabece. Con rigor y fraternidad hay que crear el nuevo espíritu, en el cual el mando existe, se ejerce y es aceptado no solo para que funcione eficazmente el régimen, sino –y esto es fundamental– para ir avanzando efectivamente, al

83 “Información Pública”, 25 de febrero de 1964 (Guevara, 1966: 29, T. V).

84 Reunión del 28 de septiembre de 1962 (Guevara, 1966: 320-326, T. VI).

mismo tiempo, hacia la desaparición de todo mando y de toda dominación.

Hay dirigentes, hay dirigidos, pero que la función de dirigente no excluye la función de trabajo coordinado y armónico y que la clase obrera tiene que ir preparándose para alcanzar su función de dirección en el menor plazo posible y que cuanto más podamos descentralizar y crear hábitos de trabajo independientes de cualquier estímulo material, e independiente de cualquier apretón administrativo, más rápido avanzamos (Guevara, 1966: 306, T. VI).⁸⁵

8. PROBLEMAS DE LA UNIVERSALIZACIÓN

Para el Che, que la sociedad en transición sea regida por una racionalidad *socialista* no solo es posible, sino imprescindible para que alcance efectivamente sus objetivos. Es decir, no se ha conquistado el poder sobre las fuerzas productivas y los medios de producción, y el poder del Estado, para perseguir un hipotético “completamiento” de lo que faltaba de

desarrollo capitalista en el país en el que los revolucionarios tomaron el poder, y después “pasar a construir” y finalmente dar por “construida la base técnico material” del socialismo, para utilizar la terminología que fue impuesta a los que pensarán a los regímenes socialistas, o los calificaran. Construir el socialismo en una sociedad de las que llamaban subdesarrolladas sería algo así como un accidente histórico, a pesar de que la mayoría del mundo ha sido subdesarrollada por el desarrollo del capitalismo mundial y mantenida en esa situación intencionalmente. La cuestión resulta escandalosa al pasarse al terreno de los hechos: todas las tomas del poder populares liberadoras de la opresión capitalista en el mundo después de la inicial Revolución bolchevique han sucedido en países subdesarrollados. El régimen que crea que el socialismo tiene que “subsana el error” de haber tomado el poder demasiado temprano, perderá su sentido mientras persigue “la consolidación de todas las categorías inherentes a la sociedad intermedia” (Guevara, 1970: 272, T. II).⁸⁶

85 En “Reunión bimestral”, 14 de julio de 1962.

86 En “Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento”.

Ese socialismo que se reduce a la distribución del ingreso de acuerdo al trabajo, el estímulo material directo y la tendencia a liquidar la explotación del hombre por el hombre no combate el predominio del mercado y sus condiciones de existencia, y, en consecuencia, no podrá convertirse en el impulsor del desarrollo de nuevas relaciones sociales, nueva educación y nueva moral, “del gigantesco cambio de conciencia necesario para poder afrontar el tránsito”.⁸⁷

El Che está consciente de que sus planteamientos remiten a un problema principal confrontado por el marxismo revolucionario desde hace más de un siglo. Marx, Engels y la tradición original postulaban la revolución proletaria mundial como el gran estallido del antagonismo al que el desarrollo capitalista conduciría al planeta, cuando la lucha de clases creciera y se organizara conscientemente a un grado suficiente. El principio marcaba, a la vez, una actuación revolucionaria junto al requisito del desarrollo del sistema de dominación y la institución de “individuos histórico-universales”. Pero el desarrollo imperialista

del capitalismo revistió un carácter cada vez más desigual, consagrado por la centralización del capital, el sistema colonial y sobre todo el neocolonialismo. Hasta hoy, todas las revoluciones anticapitalistas y de liberación han tenido escenarios y poderes nacionales, y nacionales han sido en lo fundamental las transiciones socialistas. Una masa enorme de pensamiento y de polémicas se ha dedicado a los problemas inherentes a la incongruencia entre la teoría original y los hechos, y han existido o existen numerosas corrientes de pensamiento acerca de las relaciones entre lo mundial y lo nacional, las clases y la nación, el imperialismo y las clases dominantes de cada país, y otros temas afines.

Esa masa enorme de ideas y sus confrontaciones son, en gran medida, la expresión de los eventos, procesos y conflictos que caracterizaron la historia del último siglo, lo que no ha impedido que el pensamiento produzca ideas, preguntas, conceptos, fundamentación de posiciones, intuiciones o pronósticos relativamente autónomos a aquellos condicionamientos de los hechos, una característica que es obligatoria para que pueda hablarse realmente de pensamiento social.

Los revolucionarios cubanos del siglo XX participaron en ese mundo de hechos y en esos

87 “[...] cambio que deberá operarse por la acción multifacética de todas las nuevas relaciones, la educación y la moral socialista [...]” (Guevara, 1970: 272, T. II).

debates, que en la Cuba de los años sesenta dieron un salto excepcional. Fidel, el Che, el proceso mismo de revolución socialista de liberación nacional y de desarrollo de las ideas del socialismo cubano fueron los protagonistas. La primera revolución triunfante contra el neocolonialismo fue el marco de un florecimiento del pensamiento revolucionario y un polo de atracción muy grande a escala continental e incluso mundial. Así como en el Lejano Oriente las revoluciones china y vietnamita habían enfrentado con éxito la combinación de la liberación nacional y el combate contra el capitalismo, la Revolución cubana –la primera socialista autóctona de Occidente– lanzó su ejemplo y sus propuestas en el continente más occidental del llamado Tercer Mundo –con sus antiguas repúblicas y su larga historia de relaciones neocoloniales– y en el centro del capitalismo desarrollado. Ese fue, por consiguiente, el teatro de la formación, el condicionamiento y la inspiración de las ideas del Che acerca de la universalización del socialismo. Pero, debo repetirlo, había un conflicto latente entre el socialismo cubano y sus ideas propias –que no venían de la universalización mediante la Internacional Comunista y el movimiento comunista, sino del país, su proyecto irrealizado de liberación nacional y su historia de luchas por la justicia social, el triunfo de su

guerra revolucionaria y las ideas socialistas cubanas de los insurreccionales– y el socialismo y el marxismo predominantes en la historia del comunismo del siglo XX.

El Che chocó, como otros revolucionarios marxistas antes que él, con ese potencial de conflicto. La Revolución cubana, la coyuntura de auge revolucionario del Tercer Mundo de los años sesenta, y sobre todo sus cualidades personales, le permitieron avanzar mucho en ese campo del pensamiento revolucionario. Evaluó exactamente, a mi juicio, un problema central: la conciencia revolucionaria de los socialistas activos en el mundo subdesarrollado estaba mucho más desarrollada que las posiciones de las potencias del socialismo en el mundo respecto a la revolución. Después atenderé los aspectos más generales de esa situación, ahora me refiero a las relaciones que podían llevar o no a la formación de un bloque económico entre aquellos socialistas y los países del Tercer Mundo que se liberaran del imperialismo. La potencia militar de la URSS y su campo sí era suficiente para un balance estratégico con Estados Unidos y sus aliados o servidores, lo que le permitía contribuir a la defensa de países liberados con los cuales tuviera relaciones, como fue el caso de Cuba. El peso político internacional del campo socialista europeo podía

resultarles también un factor positivo, dentro de límites marcados. En el caso de Cuba, los intercambios de mercancías básicas de continuidad asegurada fueron decisivos para sobrevivir al brutal embate del final de las relaciones económicas con Estados Unidos y el sistema de agresión permanente que el imperialismo implantó. También fueron muy positivos los créditos comerciales y la provisión de equipos industriales, vehículos, asistencia técnica y otros rubros.

Pero existían dos límites en esas relaciones. El primero es que se regían por el interés estatal y de los gobiernos, y no por la solidaridad internacionalista, por lo que se constreñían a los países y a los terrenos en los cuales se tuviera interés. El segundo límite era la propia formación económica de ese campo socialista, que no tenía capacidad suficiente para constituir un factor de peso para un desarrollo económico de los países subdesarrollados con quienes se relacionaba. En síntesis –y todavía limitándonos al aspecto económico– el socialismo de los países socialistas con los que se encontraron los revolucionarios del Tercer Mundo, los protagonistas de la segunda gran ola de revoluciones del siglo XX, no tenía voluntad ni capacidad suficientes para participar en una expansión mundial del socialismo.

Che dedicó la mayor atención a los problemas prácticos y teóricos de la universalización del socialismo, cuestión que encontramos en toda su obra. Ante todo quiero destacar la integración en sus análisis de los aspectos políticos, económicos e ideológicos, y –en otro plano del análisis– de la diversidad de los movimientos, las ideas y las situaciones existentes en el Tercer Mundo, y de las relaciones de ellos con los países del socialismo. Un segundo rasgo de su posición es que tiene una concepción unitaria de la lucha por el socialismo antes y después de la toma del poder, que es el fundamento de una estrategia internacionalista de alcance mundial. Esto es *central en su posición teórica y en su práctica revolucionaria*. Considero que sigue siendo una cuestión de método a tener siempre en cuenta. En la última parte del libro comentaré este tema al ensayar una visión de conjunto de la concepción del socialismo del Che.

La afirmación del Che que utilicé para iniciar la exposición de su posición filosófica puede verse ahora de nuevo, desde este ángulo. Si una vanguardia puede “forzar la marcha de los acontecimientos” y proponer a un pueblo en revolución un proyecto que vaya mucho más allá de lo que el nivel de su economía permitiría, es porque el nivel de enfrentamiento entre

capitalismo y socialismo ya tiene un alcance mundial. Eso permite un aprovechamiento de la correlación de fuerzas internacional, una internacionalización de la utilización de las fuerzas productivas existentes en el campo revolucionario y un desarrollo de la conciencia que se beneficia de los avances de las ideas socialistas a escala mundial. A través de la acción consciente se logrará un desarrollo acelerado de las fuerzas productivas.⁸⁸

Un conjunto de ideas claves para la transición socialista dimanan de allí. La llamada revolución técnica socialista es fundamental: sería un enorme sacrificio quizás inútil “seguir la larga escala ascendente de la humanidad desde el feudalismo hasta la era atómica y automática”. Toda la pasión y los afanes del Che, de Fidel y la Revolución cubana por la revolución técnica parten de la lucidez y la convicción de que solo una estrategia audaz que salte etapas y combine las actividades de sobrevivencia y reproducción con las inversiones de recursos y la capacitación, con el objetivo de operar la

economía a niveles comparables con los mundiales, al menos en rubros escogidos, permitirá optar con efectividad por el socialismo.⁸⁹ Al proponer planes, en las discusiones, los escritos y los discursos, el Che batalla siempre porque esa estrategia se imponga, penetre en el corazón del pueblo y de los cuadros y dirigentes, se organice en su multitud de determinaciones y detalles, se vincule con la actividad económica internacional de la Revolución de una manera orgánica, y sea ayudada por el internacionalismo socialista.

Está claro que solo es posible lanzar y organizar un proceso tan ambicioso, y persistir en él, si se considera firmemente que la acción consciente y organizada de masas puede ser el motor del desarrollo de las fuerzas productivas, la educación, la moral, la política y la ideología revolucionarias, las actitudes y las conductas de las personas. Ese proyecto de desarrollo exige formidables tensiones a los individuos, entre sus esfuerzos y sus expectativas, entre sus capacidades y su trabajo, y exige al sistema de poder económico y de poder político una firmeza, ideales, austeridad y eficiencia

88 Me refiero a “Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento” y “La planificación socialista, su significado”. En este último declara: “[...] en la época actual del imperialismo, también la conciencia adquiere características mundiales” (Guevara, 1970; T. II).

89 Ver, entre tantos ejemplos, el discurso en la inauguración de la fábrica INPUD, en Santa Clara, en 1964 (Guevara, 1966: 203-204, T. IV).

extremos. Todo ello es posible solamente si los individuos, los colectivos y las estructuras de dirección concuerdan en sus proyectos y sus acciones, se tienen confianza y están dispuestos a realizarlo todo por un objetivo común y mediato en el tiempo. “No se puede pensar en la revolución técnica sin pensar al mismo tiempo en una actitud comunista ante el trabajo [...]. Si no hay una actitud comunista frente al trabajo, no hablen de revolución técnica socialista”.

¿Podrían basarse esa unión y esa odisea en una “locomotora económica”, cuyo supuesto desarrollo arrastre el del consenso, la capacitación, las instituciones y la conciencia socialistas? ¿Habría artículos de consumo suficientes para motivar a quienes tienen expectativas crecientes, productividad para competir, mercados para dinamizar, recursos para invertir, amistad o neutralidad imperialista suficiente para vivir con tranquilidad, honestidad y desinterés, para no beneficiarse más que con lo que ofrezca el juego limpio de las relaciones económicas? El Che opina que no. Solo una racionalidad revolucionaria socialista puede enfrentar con posibilidad de victoria el múltiple reto de motivar y educar simultáneamente, de satisfacer a las personas sin haber satisfecho todas sus necesidades materiales –no ya todos sus deseos de consumir–, de poseer un gran poder

sobre la economía y la sociedad sin que los que lo ejercen se coloquen en posición de arbitrariedad y de privilegio, de que las proporciones entre la inversión y el consumo y todas las cuestiones importantes de la economía tiendan a ser asumidas por las mayorías como algo suyo, en cuyas decisiones participó, etcétera.⁹⁰

Sin este tipo de planificación no podrá ningún país “dar los saltos hacia delante” que exige el desarrollo. Ella tendrá que ser nacional e implicará en todos los casos un fuerte papel del Estado. Che insiste en que quien tome firmemente el objetivo de construir una sociedad nueva debe tender a eliminar toda explotación, poner en tensión todas las fuerzas de la sociedad y no jugar a medrar de la contraposición entre capitalismo y socialismo. El neocolonialismo es expuesto por el Che en su esencia, como forma de explotación y dominación consustancial a la existencia del imperialismo, pero también en sus especificidades, a veces

90 Fidel expone en un planteamiento teórico más general el fundamento de la estrategia cubana y su propuesta marxista, el 20 de diciembre de 1969: “Marx concibió el socialismo como resultado del desarrollo. Hoy para el mundo subdesarrollado el socialismo ya es incluso condición del desarrollo”. En *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 36: 165, enero de 1970.

engañosas, a través del abordaje infatigable de los casos concretos. Es impresionante el riguroso análisis que hace este dirigente político de la continuidad y el perfeccionamiento de la dominación que se producen bajo la forma de neocolonialismo, con sus consecuentes saqueos, subdesarrollo permanente, imposiciones, y también traición de sectores sociales y líderes a sus propios pueblos, explotación interna, confusión, divisionismo y competencia entre los explotados. Y todo ello lo plantea en medio del optimismo y el júbilo por la descolonización de los “jóvenes Estados” que se vivía en los primeros años sesenta.

La Cuba socialista que pretende tanto y está en marcha constituye, de ese modo, un aporte a la universalización del socialismo, en varios sentidos: es un laboratorio de experiencias socialistas que apela a lo que sí tiene a: –su gente, su conciencia y su proyecto– desde el subdesarrollo que caracteriza a la mayoría del mundo; demuestra que es posible subvertir mediante la praxis la dominación de la cultura de las modernizaciones, que no permite al que se somete a ella salir del reino del capitalismo; y brinda un ejemplo vivo –tan pequeña y vecina al gigante enemigo– que denuncia la estrechez de miras y la mezquindad del socialismo establecido.

La solidaridad internacionalista en el terreno económico es un corolario clave de esta concepción del socialismo desde las revoluciones en los países colonizados y neocolonizados, la parte más extensa, más poblada y más explotada en el sistema mundial capitalista. Ese es el referente teórico de uno de los más famosos discursos públicos del Che, el pronunciado en el Seminario Económico de Solidaridad Afroasiática, en Argel. El desgajamiento de cada país liberado del sistema capitalista mundial debilita a este, dice, y le interesa al campo mundial del socialismo; es un deber y una necesidad insoslayable para los socialistas contribuir a su desarrollo, si ese país marcha efectivamente y sin compromisos con los explotadores hacia el socialismo. Si el comercio entre países socialistas industrializados y países subdesarrollados liberados continúa basado en el intercambio desigual, producto de la ley del valor, no contribuiría en nada al desarrollo de estos últimos. En la medida en que los países subdesarrollados avancen en la defensa de sus derechos y en la eliminación de la explotación capitalista, se hará más claro que los países socialistas resultan, en cierto modo, cómplices de la explotación de los subdesarrollados por parte de los desarrollados, cuando rigen sus relaciones por la ley del

valor.⁹¹ Es imprescindible “cambiar el orden de las relaciones internacionales”, declara el Che, “no debe ser el comercio exterior el que fije la política sino, por el contrario, aquel debe estar subordinado a una política fraternal hacia los pueblos”. Hay que encontrar métodos para fijar precios equitativos, y para llevar adelante esa política. “El desarrollo de los países que empiezan ahora el camino de la liberación, debe costar a los países socialistas”.⁹²

Todavía el Che añade una importante proposición: que países socialistas más desarrollados hagan inversiones para crear industrias básicas

91 Son los nuevos revolucionarios los que rescatan a Marx: “Dos naciones pueden intercambiar entre sí conforme a las leyes del beneficio, de tal modo que ganen ambas, aunque una explote y robe constantemente a la otra” (Marx: 1971: 451, T. II).

92 Discurso del 24 de febrero de 1965. Texto completo en Guevara (1970: 572-583, T. II). Constituyen antecedentes de algunos temas de ese discurso ciertos pasajes de su intervención en la Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo de la ONU, en marzo de 1964, y de una entrevista concedida a *Economía Mundial y Relaciones Internacionales* (N° 5 de 1964), revista del instituto soviético del mismo nombre. Esos textos están en Guevara (1970: 528 y ss., T. II) y (1966: 118-122, T. V). Ver también declaraciones en Argelia, publicadas en el diario *Revolución*, 16 de abril de 1964 (Guevara, 1966: 129-130, T. V).

en los subdesarrollados, cuyas condiciones principales detalla. Los receptores pagarían la inversión en productos industriales, a precios convenidos y en general basados en que este grupo de países se desarrolle, en “empezar una nueva etapa de auténtica división internacional del trabajo”.⁹³ La ayuda en formar la conciencia técnica y los órganos de educación, con el apoyo de cuadros técnicos de los países socialistas más desarrollados, es un complemento imprescindible; esos cuadros han de ser ante todo comunistas, dice, para que puedan enfrentar con éxito tan difíciles misiones.⁹⁴

Che percibe hondamente las dificultades inmensas de todo tipo que confronta la colaboración entre los países socialistas y los subdesarrollados, y también conoce lo incipiente que es esa cooperación comparada con las necesidades de estos últimos. Pero esos son corolarios dentro de una comprensión general del socialismo existente, el movimiento revolucionario, la situación del mundo y el conocimiento del

93 En “En Argel” (Guevara, 1970: 576, T. II).

94 *Ibidem* (pp. 576-577). Che reconoce una y otra vez el papel que desempeñan, en las áreas que él dirige, técnicos soviéticos y de otros países que se entregan al trabajo y a tratar de comprender e impulsar tareas importantes en un medio tan radicalmente diferente al suyo.

pensamiento contemporáneo, elementos que son integrados por la posición teórica del Che, que debemos extraer de sus fuentes, tan diferentes y tan signadas por sus circunstancias.⁹⁵ Este pensador revolucionario no estaba solo, como podría pensar quien desde hoy –tiempo de páramo en la teoría– admire su originalidad, la fuerza de sus proposiciones y su creatividad. Reproduzco a continuación un fragmento de su

95 Por ejemplo, su comentario a la lectura de *Sobre la contradicción*, de Mao Tse Tung (1968: 333-70, T.I): “Para los chinos, la contradicción fundamental es entre el imperialismo y los pueblos oprimidos, porque estos son la base de la existencia del imperialismo. Sin socialismo puede haber imperialismo, pero no sin explotación de los pueblos, de donde la lucha principal será la de la liberación de los pueblos. Por otro lado, entre los contrarios antagónicos no puede haber equilibrio; los países socialistas son contrarios antagónicos de los imperialistas; aunque representen la solución de una contradicción anterior (explotados y explotadores) en escala nacional, no lo representan en escala internacional. Por último, la ley del desarrollo desigual es de la naturaleza, no del sistema social imperante; por lo tanto, en los propios países socialistas hay un desarrollo desigual que se transforma, mediante el comercio, en un intercambio desigual, o, lo que es lo mismo, en la explotación de unos países socialistas por otros”, en el cuaderno de apuntes que el Che tituló “Marx-Engels-Lenin” (Guevara, 2006:222).

comentario al libro de Paul Baran (1959), *La economía política del crecimiento*:

[...] junto con el de Fanon (1963), *Los condenados de la tierra*, son los que calan hondo en el problema del subdesarrollo. Fanon lo analiza exclusivamente desde el punto de vista del colonizado, y en eso consiste su originalidad. Baran sabe despojarse de su chaqueta imperialista para ir a buscar verdades amargas. Sus recetas y sus diagnósticos son crueles casi, pero dan exactamente donde debe. Se le apuntaría como debilidad cierta falta de rigor histórico que no permite ver claramente la ineluctabilidad del desarrollo imperialista hacia sus colonias económicas y, una muy explicable en este libro, la falta de análisis crítico de las relaciones de los países socialistas con los subdesarrollados. Ese es un libro que falta escribir, y lo debe hacer un comunista (Guevara citado por Ariet García, 2006: 6).⁹⁶

El Che se da cuenta desde temprano de que es necesario lograr formas de coordinación y colaboración entre los países de África, Asia y

96 Comentario tomado de uno de sus cuadernos de anotaciones y publicado por María del Carmen Ariet García en su “Nota editorial” a los *Apuntes críticos...*, libro que preparó y editó.

América Latina, que puedan encontrar base en los intereses y las coincidencias económicas, políticas y culturales de los países y las regiones. Desde 1959, este hombre incansable viajó a lo largo del Tercer Mundo; se relacionó con sus dirigentes famosos y sus jóvenes deseosos de combatir; tejió relaciones; hizo acuerdos e invocó siempre la necesidad de resistir, ser autónomo o hacer revolución; conoció de primera mano innumerables situaciones y coyunturas y las sometió a sus rigurosos exámenes; estudió todo lo que pudo y dejó una enorme cantidad de anotaciones y reflexiones. La constante detrás de esa actividad fue ayudar a crear conciencia, aproximaciones, lazos y organizaciones que hicieran factibles las empresas más ambiciosas de unidad antiimperialista y de luchas de liberación. Esa ciclópea actividad se vio facilitada por la inmensa satisfacción que debe haber experimentado al ver colmada la vocación del joven caminante y el ansia por darse a los humildes, ahora superadas y reunidas en los combates por la revolución mundial.

La necesidad y la posibilidad de aprovechar las relaciones económicas con países capitalistas determinados tampoco le fueron ajenas. En una revista británica les señala a los países capitalistas desarrollados europeos la conveniencia de aprovechar los mercados de los países

liberados, dándoles con ello más peso a sus propios intereses que al temor a la oposición y las presiones que les haría Estados Unidos.⁹⁷

Como otros temas del Che, el de la solidaridad en el campo económico *está formulado conceptualmente como una proposición que debe ser convertida en realidad*, lo que en modo alguno la torna un deber ser abstracto. El asunto al que se refiere es complejo y muy dilatado en el tiempo: la transición socialista de cada país y su consolidación como parte de la revolución socialista mundial. Si el proyecto enunciado teóricamente es el más ambicioso que se ha propuesto, la estrategia debe asegurar su relación con las prácticas, tan diversas en su actividad y en sus condicionamientos. Y como en otros temas, la convicción de que es necesario recorrer períodos prolongados se combina con la de que solo hay una estrategia acertada y ella debe orientar las acciones desde ahora, si realmente vamos a llegar a buen fin. Esa es la motivación principal de sus reclamos de un internacionalismo consecuente

97 En *International Affairs* de octubre de 1964: "Cuba: su economía, su comercio exterior, su significado en el mundo actual". El título en español es el de su reproducción en *Nuestra Industria, Revista Económica*, diciembre de 1964 (Guevara, 1970: 351-366, T. II).

en las relaciones económicas, y de su puntualización acerca de en qué consiste realmente ser consecuente. Por otra parte, capitalismo y socialismo coexisten en el mundo real. Che insiste reiteradamente en la necesidad de que se utilice todo logro del capitalismo que sea posible y conveniente a los fines del socialismo, como son numerosas tecnologías y aspectos organizativos de la producción, y es tajante y lúcido al situar el lugar real en que se encuentra el socialismo como modo de producción.⁹⁸

Quiero referirme también a otro problema que es conveniente abordar al exponer la posición del Che acerca de la necesidad de una racionalidad socialista para la transición socialista: el problema de la confusión entre historia y teoría. La conversión de ciertos eventos o experiencias históricas soviéticas en “leyes” de aplicación general en los países socialistas, y en material de estudios teóricos, fue un

hecho impuesto dictatorialmente desde los años treinta, cuando, además, se expurgó de la historia soviética todo lo que se consideró inconveniente, se deformaron sucesos y se calificó arbitrariamente a ideas y personas. El proceso de transición mediatizada que siguió a 1953-1956 dejó bastante incólume la llamada Economía Política del Socialismo, con sus leyes particularmente absurdas.⁹⁹

Las nociones “científicas” que favorecen la causa de los desposeídos y los rebeldes contra la opresión burguesa fueron una verdadera modernización de las creencias en la época en que la ideología de la ciencia alcanzó su máximo esplendor en Occidente; el “socialismo científico”, la creencia en que el marxismo era una “filosofía científica”, el socialismo como fruto ineluctable de la evolución y otras creencias análogas desempeñaron, sin dudas, algunos papeles no desdeñables. Pero la teoría revolucionaria está obligada a no hacerles

98 “Anteponer la ineficiencia capitalista con la eficiencia socialista en el manejo de las fábricas es confundir deseo con realidad. Es en la distribución donde el socialismo alcanza ventajas indudables y en la planificación centralizada donde ha podido eliminar las desventajas de orden tecnológico y organizativo con el capitalismo”, escribe en febrero de 1964 en “Carta a José Medero Mestre” (Guevara, 1970: 686, T. II).

99 En carta a Fidel de abril de 1965, el Che escribe: “Después de muchos años de desarrollo de su economía en una dirección dada, convirtieron una serie de hechos palpables de la realidad soviética en presuntas leyes que rigen la vida de la sociedad socialista, creo que aquí es donde está uno de los errores más importantes” (Guevara, 2006: 8).

caso en su búsqueda de conocimientos, y los ideólogos socialistas tienen el deber de ofrecerles a los humildes, posibilidades crecientes de conocer todo lo que ellos conocen. Lenin proclamaba el análisis de las situaciones concretas como un centro metodológico del marxismo; el poder no le hizo cambiar en su modo de pensar. En un discurso en el IV Congreso de la Internacional Comunista criticaba una de las Resoluciones:

[...] es demasiado rusa: refleja la experiencia rusa. Por eso, los extranjeros no la comprenden en absoluto y no pueden conformarse con colocarla en un rincón como un ícono y rezar ante ella. Así no se conseguirá nada. Lo que necesitan es asimilar parte de la experiencia rusa. No sé cómo lo harán [...]. (Lenin: 1966: 776, T. III).¹⁰⁰

La conversión de hechos económicos o de política económica y de administración, real o supuestamente históricos, en conceptos y material teórico fue una de aquellas modernizaciones, pero en este caso con los agravantes del autoritarismo y la manipulación. Con

esos instrumentos los revolucionarios anticapitalistas que tomaron el poder en países del Tercer Mundo desde fines de los años cuarenta en adelante no podían entender –y mucho menos enfrentar– las formidables tareas y los complejos problemas que tenían delante. En Europa, el ritual de la Economía estalinista era una camisa de fuerza para los disímiles países que habían pasado a formar parte del campo liderado por la URSS. En los primeros años sesenta varios economistas y algunos taumaturgos movían un poco la Economía Política del Socialismo en la Europa del socialismo; los primeros solían ofrecer material o fundamentos para las reformas que tanto se esperaban.

La ola revolucionaria en curso en los años sesenta, y las protestas y resistencias crecientes en los propios países imperialistas, impulsaban una producción marxista independiente –o se veían auxiliadas por ella– que alcanzó logros notables, sobre todo en sus análisis del imperialismo contemporáneo.

Desde sus puntos de partida teóricos sobre las tendencias a la universalización del socialismo, Che emprende el análisis de la situación concreta en que Cuba emprende su transición socialista, para considerar y aplicar lo que le es más conveniente y eficaz en

100 En “Cinco años de la Revolución rusa y perspectivas de la revolución mundial”, 13 de noviembre de 1922.

esa transición. Al exponer públicamente el Sistema Presupuestario de Financiamiento, en pleno debate económico, el Che comienza por situar elementos fundamentales distintivos del joven Marx, de la teoría que elaboró en su madurez y del pensamiento de Lenin, poniendo a este último en relación con sus condicionamientos. Permanece fiel a la regla de método de tomar la teoría en relación con su propia historia y con la del movimiento revolucionario y los demás aspectos de la sociedad en que ambos se producen. Muestra entonces el carácter táctico, obligado por circunstancias adversas de peso terrible, que tuvo la Nueva Política Económica (NEP) implantada en Rusia Soviética en 1921, y recuerda el diagnóstico de “repliegue” inevitable, de “retroceso hacia el capitalismo” para preparar una nueva ofensiva ulterior contra el capitalismo, que de la NEP hizo Lenin, confiando en que el poder revolucionario sería capaz de sacar adelante el rumbo al socialismo, pero muy preocupado por los peligros que amenazarían al proyecto socialista soviético con el predominio del “principio comercial”. Che concluye de lo anterior que la NEP, “y con ella las bases del desarrollo de la sociedad soviética hasta nuestros días” han respondido a una situación histórica concreta,

“y por tanto no se le debe dar validez universal a todas sus afirmaciones” (Guevara, 1970: 251-257, T. II).¹⁰¹

Otro punto de su argumentación sobre el condicionamiento histórico del sistema de dirección que se estableció en la URSS es el de las características generales de la época en cuanto a técnicas de dirección y control de la economía, que respondían al grado de desarrollo que tenía el capitalismo mundial, y a la imposibilidad de la URSS de adaptar plenamente las técnicas existentes, por el grado de desarrollo que tenía y por las circunstancias provenientes del curso de su propia revolución socialista. Tomaron elementos, dice el Che, del capitalismo premonopolista. De ahí que postule que el lugar histórico del sistema de autogestión financiera respecto al de

101 En “Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento”. También desarrolló el tema en su respuesta a Bettelheim: Guevara (1970: 319 y ss., T. II), (1966: 507, T. VI) y en otros lugares. Al referirse a la polémica acerca de las etapas del pensamiento de Lenin –y al número de etapas atribuidas a la transición– decía: “[...] se han tomado como verdades cosas que teóricamente no son verdades, que fueron impuestas por la práctica, pero que habría que revisar esa práctica y estudiar [...] la Economía Política del período de transición [...]” (Guevara, 1966: 569, T. VI).

financiamiento presupuestario pudiera equivaler –si son referidos comparativamente al capitalismo–, al de la competencia y el de monopolio respectivamente.

El Sistema Presupuestario de Financiamiento es “un camino que va en el sentido de la administración, por un sendero progresista, que es el sendero de los monopolios” (Guevara, 1966: 506, T. VI); “las formas de conducción de la economía, como aspecto tecnológico de la cuestión, deben tomarse de donde estén más desarrolladas y puedan ser adaptadas a la nueva sociedad” (Guevara, 1970: 259, T. II). Este sistema es un paso de avance que permite aprovechar las condiciones específicas de Cuba, donde los monopolios imperialistas radicados eran resultado del desarrollo de décadas de esa fase superior del capitalismo y dejaron cierto número de empresas de control centralizado y una experiencia nacional generalizable.¹⁰² Y

102 “Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento” (Guevara, 1970: 260, T. II). En “Consideraciones sobre los costos [...]” había escrito: “Este sistema se basa fundamentalmente en la idea de aprovechar los avances existentes en la contabilidad general de las empresas capitalistas, en un país pequeño, de buenas comunicaciones, no solamente terrestres o aéreas, sino telefónicas e inalámbricas, lo que da base para un control continuado y al día” (*ibídem*, p. 211).

es el vehículo idóneo para servir a una concepción del socialismo que parta de aprovechar los avances más recientes del capitalismo en cuanto a procesos de producción y dirección de la economía y sus herramientas (contabilidad y control centralizados, análisis de mercado, programación de la actividad, etc.), de buscar allí donde más lejos haya llegado el desarrollo monopolístico, siempre que esos avances sean puestos al servicio de una racionalidad socialista, de un desarrollo de las fuerzas productivas del socialismo.

Esas ideas nos remiten a una revaloración profunda del legado de Carlos Marx, de sus ideas acerca de las tendencias de la economía de muy alta división social del trabajo en las condiciones de una multiplicación acentuada de las fuerzas y las capacidades de producción consideradas a escala mundial, siempre que se haga –de otro modo es imposible– desde el punto de vista de una concertación de las revoluciones que reten al capitalismo, también a escala mundial.

Saber asumir el lugar histórico en que uno se encuentra, en que puede encontrarse –tan difícil siempre, porque lo usual es pensar el

Más sobre esta idea en *ibídem* (pp. 236-237); (Guevara, 1966: 318, 421-422, 437, 506-507, T. VI); etcétera.

presente desde lo conocido y seguro, que es el pasado— explica en parte la tranquila confianza del Che en la factibilidad del proyecto que defiende; ella le aporta en política lo que la seguridad en sí mismo le brinda en lo personal. Tener en cuenta esa asunción del lugar histórico de la Revolución cubana es una de las claves para entenderlo. Y nos permite, ya en el terreno de los razonamientos, valorar que su propósito de centralizar los procesos industriales y los controles, hasta llegar a “dirigir la economía desde un centro”, no es nada ilusorio.¹⁰³ Che combina el conocimiento y la utilización de lo más trascendente con los agónicos problemas e insuficiencias cotidianos, la creación de una organización que sea capaz de cambiarse a sí misma, el trabajo sobre la información, los controles y su verificación, el sistema de relaciones de los distintos niveles entre sí, la pelea contra el burocratismo y por el logro de la participación efectiva de los trabajadores en la dirección. Aspira a que la administración se vaya simplificando cada vez más y los organismos concentren su esfuerzo en la planificación y el desarrollo tecnológico.

103 “Reunión bimestral” 25 de febrero de 1964 (Guevara, 1966: 35, T. V).

Desde el pequeño país en revolución socialista vuelve a levantar lo esencial de la transición de los comunistas en su impresionante llamado al final de “Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento”: “Las fuerzas productivas se están desarrollando, las relaciones de producción cambian; todo está esperando la acción directa del estado obrero sobre la conciencia” (Guevara, 1970: 284, T. II). Ocho meses antes había terminado el artículo sobre los costos de producción —al inicio de la polémica pública— presentando los elementos necesarios para que exista “la posibilidad de que este lejano futuro se acerque a nosotros” y aumenten los grados de liberación del individuo junto con la planificación social:

[...] y será posible acercarse al ideal de que la economía se rija mediante análisis matemáticos y, mediante ellos, elegir las proporciones más adecuadas entre acumulación y consumo y entre las distintas ramas productivas; sin olvidar, claro está, que el ser humano, razón de ser de nuestra Revolución y nuestros afanes, no puede reducirse a una mera fórmula y sus necesidades serán cada vez más complejas, desbordando la simple satisfacción de las necesidades materiales (Guevara, 1970: 217, T. II).

9. CRÍTICA DEL SOCIALISMO REALMENTE EXISTENTE

Al comenzar este tema es necesario hacer dos prevenciones: la crítica del Che al socialismo que precisamente en esos años se apodó “realmente existente” evolucionó, y se hizo cada vez más dura y fundamentada; el Che procedió en este terreno con arreglo a su responsabilidad militante y de dirigente cubano, y a sus valoraciones acerca de los revolucionarios. Como lo primero podría llevarme a tratar de establecer su itinerario e ir analizándolo –lo cual va más allá de lo que me resulta posible–, me limitaré a indicar siempre las fechas; lo segundo me obliga a llamar la atención sobre la diversidad de las fuentes y la necesidad de compulsarlas.

La acumulación de experiencias procedentes de las nuevas relaciones económicas con socios tan lejanos en muchos sentidos, de inicio repentino y ampliación vertiginosa, tenían que contener pronto insatisfacciones, incomprensiones, prejuicios incluso, pero también críticas provenientes de la diferencia de posiciones respecto a las cuestiones económicas y el socialismo. En octubre de 1963, al planear un seminario de profundización sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento para los cuadros del Ministerio de Industrias,

Che orienta relacionar y comparar los sistemas de dirección con la estimulación al trabajo y con la centralización. Comenta que hay que estudiar las relaciones entre el sistema de dirección y los problemas económicos y las concepciones de los países socialistas. Encerrarse en una “falsa concepción de la ley del valor”, dice, les hizo perder contacto con el mundo exterior. La productividad mundial dejó atrás a los países socialistas que, a diferencia de la URSS, dependían del comercio exterior. Incorporados a un bloque con aquella en la posguerra, al intentar salir al mercado internacional “se han visto actualmente en situaciones muy difíciles” (Guevara, 1966: 389, T. VI).¹⁰⁴ Che ve indicios promisorios en la Unión Soviética: recomiendan estudios y discusiones sobre la concepción del valor; rescatan los análisis matemáticos de la economía, “que estaban bastante olvidados, a pesar de que los soviéticos eran los iniciadores [...] por ejemplo, de la programación lineal” (*ibídem*, pp. 387-388); el nuevo método de Consolidados de Empresas industriales que

104 “En la Unión Soviética no sucedió eso porque es un continente casi, pero hoy que tiene que salir al mercado mundial ya se ha visto, y se ve continuamente que también allí hay problemas que hay que resolver” (Guevara, 1966: 389, T. VI).

impulsan, en el que el Che ve similitudes con aspectos de los Consolidados de su ministerio. Prevé que la URSS “será la primera que dará el campanazo de alarma, como es lógico, y después tendrán que cambiar los demás” (*ibídem*, pp. 389-390).

Che llama la atención sobre el estancamiento y la persistencia de deficiencias en la agricultura soviética, que no pueden explicarse por causas climáticas. “Algo hay detrás de eso, algún concepto equivocado”, dice, “un problema que tenemos que analizar”. Apunta la posibilidad de que sean responsables la organización misma de los *koljoses* y *sovjoses*, la descentralización, que los koljosianos prioricen sus tierras particulares, la autogestión financiera, el predominio de los estímulos materiales y el descuido en el desarrollo de los morales. Si el sistema socialista es “mucho más justo y [...] más lógico económicamente, ¿por qué sucede eso?” (*Ibídem*, pp. 390-391).

En una reunión posterior analizan la norma soviética de premiar o castigar a las empresas si cumplen o no el plan. Se produce una lucha continua entre los aparatos centrales y las empresas, dice el Che, porque estas buscan tener metas menores para *sobrecumplir* fácilmente o arriesgar menos un incumplimiento; su éxito consiste en obtener mayores premios. “Se

está estableciendo entre el aparato central y la Empresa una contradicción que no es socialista, una contradicción que atenta contra el desarrollo de la conciencia” (Guevara, 1966: 425, T. VI).¹⁰⁵ Los dirigentes de empresas socialistas se van convirtiendo así en expertos en engañar al Estado, deformándose como individuos, y ante el obrero, la imagen del buen dirigente es la del que “sabe” organizar para “*sobrecumplir*” siempre. De ese modo, el sistema se va apartando de sus objetivos y la gente se va separando de aquellos que debían ser capaces de dirigirlos. El Che aprovecha para exponer con vigor las cualidades que debe tener un director de empresa.¹⁰⁶

En julio de 1964, mientras culmina el debate económico público, Che ofrece una visión de conjunto del problema a sus compañeros de Industrias. En la URSS se prepara la reforma

105 En “Reunión bimestral” del 21 de diciembre de 1963.

106 [...] el motor que debe mover a un Director de Empresa es que sea revolucionario [...] funcionario político que viene aquí a echar el resto para que produzca la fábrica, para cumplir con un deber social, naturalmente, un deber social por la escala que da un salario, una retribución o como se llame [...] Yo aspiro que a 45 años de socialismo en Cuba, y ya en pleno comunismo, que yo aspiro a esa época, no se fusile a nadie por robar [...]” (*ibídem*, p. 426).

económica, en medio de discusiones que condujeron a la destitución, en octubre, de Nikita Jruschov; en los países europeos de su campo se habla mucho también de la reforma. Toma un ejemplo reciente que ha estudiado: los análisis del partido polaco –en su décimo cuarto Congreso– acerca de graves deficiencias de la economía y cómo enfrentarlas. La utilización del cálculo económico en un país que ya antes había descolectivizado su agricultura no logra evitar males de todo tipo, incluidos algunos que parecerían propios de un modelo muy autoritario, pero

[...] la solución que se le piensa dar a estos problemas en Polonia es el libre fuero de la ley del valor; es decir, la vuelta al capitalismo [...] el cálculo económico, cuando llega, como debe llegar, a un callejón sin salida, conduce por la lógica de los hechos a tratar de resolverlo por el mismo sistema, aumentar el estímulo material, la dedicación de la gente específicamente a su interés material y por ahí al libre fuero de la ley del valor. Y por ahí al surgimiento en cierta manera de categorías estrictamente capitalistas [...] Polonia lo está probando y creo que también van a probarlo otros países socialistas (Guevara, 1966: 505-506, T. VI).¹⁰⁷

107 En “Reunión bimestral” de 11 de julio de 1964.

En la Reunión bimestral de diciembre, el Che comentará que el bloque europeo occidental está avanzando a ritmos superiores al de las “democracias populares”.

Che reclama que se eviten excesos y epítetos perjudiciales en la crítica, y que no se subestimen la capacidad técnica, el empeño y la voluntad de acertar de numerosos involucrados en los países del socialismo europeo. Pero denuncia de manera categórica la apelación a tomar “como arma para luchar contra el capitalismo, las armas del capitalismo”. La autogestión intenta valorar al hombre por lo que rinde, dice, pero el capitalismo es el que sabe hacer eso perfectamente. Las motivaciones de “la sociedad donde la filosofía es la lucha del hombre contra el hombre, de los grupos contra los grupos y la anarquía de la producción” no podrán ser despertadas y utilizadas eficazmente para servir a una sociedad basada en el poder socialista. Esta exige control riguroso, control consciente, “la colaboración entre todos los participantes como miembros de una gran empresa (el conjunto de la economía), en vez de ser lobitos entre sí dentro de la construcción del socialismo” (*Ibidem*, pp. 420, 506, 565 y ss.).¹⁰⁸

108 La noche siguiente a su exposición televisada en

Opina que, en vez de ir al fondo de los problemas, la práctica y el pensamiento de estos socialistas se deja llevar a la seguridad aparente de acudir a lo ya probado, reforzar el mercado, sus mecanismos y el estímulo material individual. Las reformas pueden relucir como “descubrimientos” que remediarían la falta de motivaciones suficientes en los actores económicos y lograrían la subordinación de la producción para el consumo a las demandas de sus consumidores, relacionar la rentabilidad con la venta del producto, etcétera. Esos experimentos y ensayos de política económica son, sin embargo, remedos de lo que el capitalismo hace eficazmente, porque lo universaliza y porque corresponde a las relaciones fundamentales de su sistema.¹⁰⁹ “Ya hay una serie de países que están todos cambiando el rumbo”, advierte

“Información Pública” responde muy atentamente a un cubano que le ha escrito, disintiendo de sus ideas económicas. En su “Carta a José Medero Mestre” sintetiza tan luminosamente estas ideas que aconsejaría leerla, o volver sobre ella (Guevara, 1970: 686-687, T. II).

109 “Pues eso que él vio en Yugoslavia y que le pareció tan interesante, en Estados Unidos está mucho más desarrollado, porque es capitalista”. “Yo ese sistema lo conozco muy bien. En Cuba había mucho de eso, y en el capitalismo hay mucho de eso, y eso es capitalismo puro” (Guevara, 1966: 568-569, T. VI).

en diciembre de 1964. Cree firmemente que el socialismo no puede emplear los métodos capitalistas para resolver hipotéticamente sus problemas económicos a nivel de base, y mucho menos extrapolarlos a escala de la sociedad, porque todo eso contradice lo esencial de su sistema. “El único problema que hay es que cuando eso se traslada de una fábrica a todo el conjunto de la sociedad, se crea la anarquía de la producción y viene la crisis, y después tiene que venir el socialismo de nuevo” (*ibidem*, pp. 569, 570-571).

La última frase retrata al Che teórico revolucionario: existe una lógica de las sociedades, cuyo conocimiento debemos al propio marxismo; si la olvidamos, pagaremos un precio muy caro. Pero el socialismo no es un régimen determinado por el libre juego de las fuerzas económicas: después, tiene que venir el socialismo de nuevo. Es decir, tendrá que imponerse la acción consciente y organizada de los revolucionarios para recuperar el socialismo.

Algunos tildaron entonces al Che de revisionista, otros lo tacharon de trotskista, un insulto de prosapia estalinista que no necesita aducir pruebas. Él tomó esos ataques con serenidad; en una reunión bimestral les comenta a sus compañeros que al menos sería más lógico acusarlo de pro chino. Les recuerda que el Sistema

Presupuestario es un planteo reciente, mientras que el cálculo económico expresa una concepción dominante, utilizada por varios países que declaran haber construido el socialismo, e incluso la Unión Soviética ha anunciado que ya comienza a construir el comunismo. Los invita también a no olvidar nunca la situación concreta de la cual ha partido Cuba en su transición socialista. No somos ilusos, advierte, estamos tratando de edificar efectivamente el socialismo “saliendo de una etapa semicolonial [...] de todos los vicios, de todas las taras que nos dejó el capitalismo, con la misma gente, con todos nosotros con mentalidad capitalista, hace unos años pensando siempre cuánto íbamos a ganar” (ídem).¹¹⁰ La debilidad que padece Cuba no debe atribuirse a la utilización de un sistema financiero determinado: “son debilidades de una economía que ha cambiado su composición, su característica, y que todavía considero que en todo el mundo socialista no se ha encontrado exactamente los estudios necesarios para cambiarlos” (*ibídem*, p. 505).

110 Saliendo, agrega, “con toda esa gente, con los obreros, con todas las taras que también se crean en la lucha económica por mantener un salario frente a las condiciones de vida que se van agravando, nosotros tenemos que construir el socialismo” (*ibídem*, pp. 423-424).

Esa ausencia es la que otros pretenden llenar apelando a mecanismos capitalistas. El Che insiste, incansable, en desbaratar la imputación que se hace a sus ideas de mantener un desprecio “idealista” por el interés material, un simplismo que busca devaluarlas y rehuir la discusión. Nadie en sus cabales desconoce la fuerza y el arraigo del interés material, instalado a lo largo de la historia de las sociedades de dominación y multiplicado y refuncionalizado por el capitalismo. La elección está entre utilizarlo llana y acríticamente –aunque se pueda declarar o lamentar que sea nocivo–, o utilizarlo como un mal necesario, sin depender de él.¹¹¹ Ser creativo desde la situación concreta e inevitable, y organizar un proceso de erradicación paulatina de los comportamientos económicos egoístas e individualistas. Ir forjando otro mundo de actuaciones y valores, que pueda reunir el “destímulo material”, la norma que en nombre del deber social distingue o reprocha, al mismo tiempo que retribuye o no, a partir del grado de cumplimiento, o el estímulo a la capacitación que es convertirla en requisito para pasar a un

111 “Es decir, allá se habla de la palanca del interés material y nosotros aquí hablamos del interés moral como cosa básica y el interés material como mal reconocido” (*ibídem*, p. 424).

nivel superior. Instrumentos como los citados, dice el Che, persiguen la toma de conciencia de tipo mecánico en el individuo; hay que perseguir, a la vez, la toma de conciencia de tipo dinámico, una de cuyas formas fundamentales es el trabajo voluntario. Esas horas dedicadas a la producción fuera de la labor habitual generan efectos económicos, pero sobre todo movilizan y desarrollan a las personas; la compulsión moral, la incorporación de la gente a la emulación socialista son instrumentos suyos (ídem).

Esa creación de otra realidad desde la existente, sin la cual no hay revolución socialista, tiene que incluir el espíritu crítico, fomentar la independencia de los criterios y la capacidad de pensar y valorar con cabeza propia, y aprender a distinguir los caminos, sus implicaciones y sus resultados.¹¹² Es impresionante la vitalidad y la hondura alcanzados por el análisis teórico en medio de la tormenta de la Revolución, que permitía señalar los graves peligros de copiar mecánicamente y no ver las deficiencias

112 “[...] yo creo que nosotros, sin tener un espíritu extremadamente crítico frente a lo que se hace en otros países, sí debemos tener un espíritu crítico, una independencia de criterio y una valoración adecuada de lo que está sucediendo en el mundo actualmente” (*ibídem*, p. 420).

del socialismo existente, salirle al paso a la adecuación a lo que existe, la rutina y el seguidismo.¹¹³ El Che ha aprendido a reflexionar sobre la circunstancia en curso, la actuación inmediata, los métodos y los fines mediatos, y a teorizar acerca de los asuntos fundamentales.

Por eso, en la misma reunión en que se tratan numerosos problemas prácticos de los más diversos tipos, analiza cuestiones conceptuales de la transición socialista, les cuenta a sus compañeros su charla con los estudiantes cubanos de Economía en Moscú el mes anterior, y lo que les dijo acerca de la distinción necesaria entre el lenguaje y los objetivos de los escritos de juventud de Marx y los de su obra económica madura. El joven Marx, dice el Che, es un filósofo combativo, con un lenguaje influido por Hegel, que se dirige a la gente que debe realizar la revolución. “Habla más del comunismo como un fenómeno consciente” y como episodio final de la eliminación de la llamada enajenación del hombre, “es decir, la entrega del hombre, vendido [...] a los explotadores”. Marx, especialista económico en sus obras de madurez, sigue

113 “Desgraciadamente, a los ojos de la mayoría de nuestro pueblo, y a los míos propios, llega más la apologetica de un sistema que el análisis científico de él”, le ha escrito a Medero Mestre (Guevara, 1970: 686-687, T. II).

diciendo el Che, quiere demostrar la inevitabilidad de la llegada del socialismo por la vía del desarrollo de las contradicciones económicas y las luchas de clases. Marx previó que llegaría a estallar una última contradicción entre la burguesía y la clase obrera, y que se conquistaría el socialismo. Por eso en la *Crítica del Programa de Gotha* (Marx, 1959 [1875]) “no prevé un período de transición de tipo subdesarrollado como este que sucedió en la Unión Soviética” (Guevara, 1966: 422-423, T. VI).

Pasemos ahora a otras fuentes, en las que el Che expone más libremente sus juicios.

El Che consideraba que la URSS había comprometido de manera fatal el futuro de su transición socialista cuando convirtió en permanente la Nueva Política Económica (NEP), que la Rusia Soviética se vio obligada a adoptar en medio de una crisis interna terrible, poco después del final de la Guerra Civil. Esa conclusión la extrajo de sus profundos estudios del proceso de los primeros años del poder soviético y el pensamiento de Lenin y otros bolcheviques.¹¹⁴ En los meses que siguieron a

114 A partir de la toma del poder, estudiar hasta el último papel que Lenin escribió era un consejo que les daba a los compañeros que querían conocer la experiencia soviética.

la retirada del Congo –el tiempo en que permaneció en Tanzania y Praga– escribió mucho, ordenó y expuso ideas y organizó numerosos textos. La fuente fundamental de ese período son los *Apuntes críticos a la Economía Política* (Guevara, 2006), que al fin se han publicado, más de cuarenta años después.¹¹⁵ Más de doscientos comentarios del Che a la más reciente edición del *Manual de Economía Política* (1963), texto docente oficial soviético, constituyen el núcleo central del libro, que reúne también un gran número de textos del Che, casi todos procedentes de sus cuadernos de notas, su correspondencia y transcripción de grabaciones. La gran mayoría permanecía inédita, aunque algunos de estos textos tuvieron en su tiempo una circulación demasiado restringida.¹¹⁶

115 Esta obra sumamente valiosa fue preparada por la investigadora María del Carmen Ariet, coordinadora científica del Centro de Estudios Che Guevara, de La Habana.

116 Sobre todo en *El Che en la Revolución cubana* (Guevara, 1966), tantas veces citado en este libro, esfuerzo monumental emprendido y culminado por Orlando Borrego en 1966, que sigue siendo hasta hoy la obra que contiene más textos del Che, pero solo contó con unos doscientos ejemplares. Fue a Borrego, compañero y amigo suyo, a quien el Che le envió sus Apun-

El Che –que admira a Lenin tanto como el que más–, rompe la camisa de fuerza intelectual del “leninismo”, gigantesca manipulación que redujo al más grande de los continuadores de Marx y Engels a mausoleos, estatuas, estampas, citas e invocaciones que bendijeran los actos y las situaciones que siguieron a la destrucción de la Revolución bolchevique y ocultaran la desnaturalización del socialismo y el marxismo. Esa operación, que duró tanto que se sobrevivió a sí misma, fue lo más opuesto a la verdadera grandeza y al espíritu de Lenin que pueda concebirse.¹¹⁷ Por el contrario, el Che entra resueltamente a los hechos y las posiciones

tes desde Praga.

117 En el comentario 221, uno de los últimos, dedicado a un pasaje del *Manual de Economía Política* que critica la última obra de Stalin (1963), el Che muestra una paradoja trágica. Al borde de la tumba, Stalin trata de dar la alarma respecto al imperio de las relaciones mercantiles en la URSS, pero la nueva dirección soviética “cede a los impulsos de la superestructura y acentúa la acción mercantil, teorizando para ello, que el aprovechamiento total de estas palancas económicas llevan al comunismo. Hay pocas voces que se le opongan públicamente, mostrando así el tremendo crimen histórico de Stalin: el haber despreciado la educación comunista e instituido el culto irrestricto a la autoridad” (Guevara, 2006: 195).

dentro del gran evento histórico de la primera revolución socialista triunfante, en busca de las experiencias y el conocimiento que sirvan a los nuevos revolucionarios. Como tantos jóvenes radicales, se enamoró de *El Estado y la revolución* (Lenin, 1963 [1917]), escrito en vísperas de la Revolución de Octubre; el pensador maduro deja una breve valoración sobre la obra en su cuaderno de apuntes:

Este libro es como una Biblia de bolsillo para los revolucionarios. La última y más importante obra teórica de Lenin donde aparece el revolucionario integral y ortodoxo. Algunas de las recetas marxistas no las pudo cumplir en su país y debió hacer concesiones que todavía hoy pesan sobre la URSS; pero los tiempos no estaban para experimentos a largo plazo; había que dar de comer a un pueblo y organizar la defensa contra posibles ataques. Frente a la realidad de hoy, *El Estado y la revolución* es la fuente teórico-práctica más clara y fecunda de la literatura marxista (Guevara, 2006: 205).

Lenin consideró imprescindible la NEP en 1921, y la estableció, válido de su autoridad y su persuasión. El Che opina que fue demasiado lejos en las concesiones hechas al retorno de relaciones e ideas del capitalismo, en un

momento tan temprano del desarrollo hacia el socialismo de la Rusia soviética. Se pregunta hasta qué punto Lenin pensó que esa táctica podía cambiarse después, cuando la situación mejorara; cuál era el diseño más íntimo de este político revolucionario que se había visto más de una vez casi solo ante sus propios compañeros, al que le era necesario no manejar abiertamente una parte de las variables y las perspectivas. Al analizar el VIII Congreso bolchevique (1919), Che ve al gran táctico moviéndose en dos direcciones, pero también ve gérmenes que brotarán dos años después. Lenin no regatea los calificativos más duros para la NEP cuando se está implantando, e insiste en que traerá un duro retroceso en el camino socialista.

Che ve dos Lenin: “el de la marcha segura hacia el futuro comunista que avizora y el pragmático desesperado que trata de encontrar una salida racional al desbarajuste económico” (*ibídem*, p. 229). Se lo dice a Fidel en la larga carta que le escribe acerca de los problemas de la transición socialista antes de salir para el Congo, y le precisa acerca de una transición entre ambos Lenin, y hasta de la posibilidad de un tercero, que quizás, si hubiera vivido más, “hubiera variado con notable celeridad las relaciones que estableció”. Pero lo

cierto, escribe, es que en 1921-1922 el país va pasando “a las relaciones de producción que configuran lo que Lenin llamaba capitalismo de Estado, pero que en realidad también puede llamarse capitalismo premonopolista en cuanto al ordenamiento de las relaciones económicas” (*ibídem*, pp. 8-9).¹¹⁸ “El X Congreso [del PC(b) de Rusia] será considerado en la historia futura como el punto de viraje de la economía soviética [...] y Lenin es, sin lugar a dudas, el principal impulsor de este viraje. [...] Con su muerte se pierde el riquísimo acervo de su pensamiento revolucionario y que da el reflejo de su postrer impulso por el camino de la retirada” (*ibídem*, p. 213).¹¹⁹

Anoto comentarios suyos sobre las cooperativas y sobre el capitalismo de Estado. La fuente del primero es una página del artículo de Lenin “Sobre la cooperación”, con la que el Che disiente: “El error fundamental está en

118 El tema de los dos (o tres) Lenin está en diferentes notas suyas y en comunicaciones con sus compañeros.

119 El Che reproduce un fragmento de “Notas de un publicista”, escrito por Lenin en 1922, el de la angustiada imagen del alpinista; la elección misma del fragmento, y el breve comentario del Che, constituyen una explicación, dolorosa y lúcida, del riesgo mortal implicado en la NEP (*ibídem*, pp. 225-226).

pensar que el carácter colectivo de las cooperativas está sobre su carácter privado, cosa que la práctica ha demostrado [que] no es así. La cooperativa responde a una necesidad económica; hay una fuerza de clase detrás de ella, y su consolidación y reconocimiento fortalecen a esa clase que tanto temió Lenin” (*ibídem*, p. 220).¹²⁰ El Che aboga porque los pueblos “atrasados” se salten la etapa del capitalismo de Estado –un tema muy antiguo de discusión entre los socialistas–, y previene contra la subestimación que lo reduce a una técnica económica, “cuando es un estado social cuyas leyes se hacen sentir con el tiempo” (*ibídem*, p. 230). Y va más lejos:

No se toma en cuenta el hecho de que cada sistema económico conlleva una moral propia. Navegar en las difíciles aguas del capitalismo de Estado para crear el socialismo exige una escrupulosa vigilancia moral sobre los cuadros. Por el contrario, el resultado ha sido que los cuadros se aliaron al sistema, constituyeron una casta privilegiada y los problemas sociales que se

plantearon tienen (o tendrán) parecido con los de las democracias socialdemócratas del norte de Europa (Suecia sobre todo) (Guevara, 2006: 214).

Otro aspecto importante de la crítica de Guevara es el referido a la sujeción de los revolucionarios comunistas de todo el mundo a la política de la Unión Soviética, que mencionamos antes, y que había entrado en crisis en esta década de los años sesenta. Che rastrea los orígenes del problema en la famosa obra de Lenin (1961 [1920]) *La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo*, pero se detiene más en otro texto de fines de ese año, porque entiende que Lenin “confunde dos términos: dictadura del proletariado y revolución rusa, no son equivalentes, uno engloba al otro, pero es mucho más rico” (*ibídem* p. 227). Pero, aclara, “lo que en Lenin era una posición táctica para desenmascarar a la burguesía, aquí se ha convertido en una estrategia” (*ibídem* p. 209).

Vuelvo al tema de las relaciones entre los países socialistas, abordado en el acápite anterior. El Che rechaza la idea de que existe un sistema socialista mundial, no solo en el sentido teórico del desarrollo desigual de los países socialistas y sus consecuencias: “[...] la práctica ha planteado el problema de

120 Ante la escasez de discusiones sobre temas importantes que sufrimos en la actualidad, doy la referencia del texto completo de Lenin (1961: 808-815, T. III). Esta es, por cierto, la misma edición que utilizó el Che.

contradicciones insalvables; de índole ideológica a veces, tiene siempre una base material, económica. De allí las posiciones que toman la URSS, China, Rumanía o Cuba, en problemas aparentemente desligados de la economía” (*ibidem* p. 189). Se refiere a los conflictos en las relaciones URSS-Albania, URSS-China y China-Cuba. Afirma que en la realidad “se dan fenómenos de expansión, de cambio no equivalente, de competencia, hasta cierto punto de explotación y ciertamente de sojuzgamiento de los Estados débiles por los fuertes”. Tacha al CAME de “olla de grillos” y plantea que los precios y la calidad de muchos artículos que venden los socialistas de Europa a los demás serían inaceptables en el mercado internacional capitalista. Reconoce que en este campo y en el de los créditos, la política de la URSS y China es más consecuente con el internacionalismo. Pero aclara que los precios fijos sostenidos a productos de países socialistas menos desarrollados en el mejor caso mitigan el intercambio desigual, pero no lo anulan (*ibidem*, pp.190-191).

La confrontación principal del mundo en que vive no es en modo alguno la que repiten las declaraciones y los organismos del socialismo realmente existente, con sus supuestas tres fuerzas revolucionarias listadas por su

orden: primero, el llamado sistema socialista mundial; segundo, el proletariado de los países capitalistas (desarrollados); y tercero, las luchas por la independencia y la democracia nacional y las “jóvenes” naciones del Tercer Mundo. En realidad, el imperialismo no agoniza: “ni siquiera ha aprovechado al máximo sus posibilidades en el momento actual y tiene una gran vitalidad”. “La tendencia es a invertir capitales propios en el aprovechamiento de las materias primas o en la industria ligera de los países dependientes”. La aguda competencia “provoca una incesante marea de innovaciones técnicas [...]”. De la unión entre proletarios a escala mundial que hablan las declaraciones dice: “Falso de toda falsedad. No hay punto de contacto entre las masas proletarias de los países imperialistas y los dependientes; todo contribuye a separarlos y crear antagonismos entre ellos [...] el oportunismo ha ganado una inmensa capa de la clase obrera de los países imperialistas [...]”. Sobre las revoluciones: “También es falso que el proletariado [...] sea el que cumpla el papel dirigente en la lucha de liberación, en la mayoría de los países semicoloniales”. Ya no se puede admitir la idea de que la burguesía nacional sea un factor progresivo en las luchas revolucionarias: “La lucha contra la burguesía es condición

indispensable de la lucha de liberación, si se quiere arribar a un final irreversiblemente exitoso” (*ibídem*, pp. 82-88, 208, 211).¹²¹

Cuando escribe “El socialismo y el hombre en Cuba” ya su pensamiento ha madurado, pero tiene una cita urgente, muy diferente. Al salir del Congo y verse obligado a esperar, se entrega a una tarea que constituye el inicio de una nueva fase de su obra. Siente la necesidad de llegar a conclusiones sobre el socialismo realmente existente, asunto crucial para los revolucionarios del mundo, y también de ofrecer una alternativa desde las ideas de los revolucionarios marxistas de los países que han sufrido o sufren el colonialismo y el neocolonialismo, que ahora quieren pelear por la liberación total de las naciones y de las personas, y el avance de la revolución mundial. “Es un grito dado desde el subdesarrollo”, escribe en “La necesidad de este libro”, breve introducción para los *Apuntes* (2006) que contiene planteamientos trascendentales.

Se refiere en ella a la obra monumental que dio origen al marxismo, las nuevas situaciones de la época imperialista, los aportes

extraordinarios de Lenin y la detención ulterior del desarrollo de la teoría marxista. Enseguida expone las razones por las cuales hace la crítica de la Economía Política:

Creemos importante la tarea porque la investigación marxista en el campo de la economía está marchando por peligrosos derroteros. Al dogmatismo intransigente de la época de Stalin ha sucedido un pragmatismo inconsistente. Y, lo que es trágico, esto no se refiere solo a un campo determinado de la ciencia; sucede en todos los aspectos de la vida de los pueblos socialistas, creando perturbaciones ya enormemente dañinas, pero cuyos resultados finales son incalculables (Guevara, 2006: 26).

Invoca los conceptos marxianos de ser social y conciencia, de interrelaciones entre estructura y superestructura, para tirarse a fondo:

Nuestra tesis es que los cambios producidos a raíz de la Nueva Política Económica (NEP) han calado tan hondo en la vida de la URSS que han marcado con su signo toda esta etapa. Y sus resultados son desalentadores: la superestructura capitalista fue influenciando cada vez en forma más marcada las relaciones de producción, y los conflictos provocados por la hibridación que

121 También en Borrego (2001: 400-404). En esta obra, Borrego publicó una parte de los comentarios del Che al *Manual de Economía Política* que aparecerían después en Guevara (2006).

significó la NEP se están resolviendo hoy a favor de la superestructura; se está regresando al capitalismo (Guevara, 2006: 27).

Che piensa que falta un camino prolongado y difícil antes de que la humanidad logre liberarse, pero que es indispensable “un radical cambio de estrategia de las principales potencias socialistas”. Solo la historia esclarecerá si el cambio vendrá del aumento de la presión imperialista, de la acción de las masas de los países socialistas o de diversos factores que se reúnan. Pero hay que combatir ahora: “nosotros aportamos nuestro modesto granito de arena”.

Espera serenamente el repudio a su posición y la acusación de anticomunismo y oportunismo, el rechazo de los que se sentirán heridos en su cariño y su lealtad, y también el sobresalto sincero de otros “ante este cúmulo de razones nuevas y diferentes”. Pero confía en que muchos podrán sentirse atraídos por este “intento de retomar la buena senda”. A ellos se dirige el libro, “y también a la multitud de estudiantes cubanos que tienen que pasar por el doloroso proceso de aprender ‘verdades eternas’ en las publicaciones que vienen, sobre todo, de la URSS, y observar como nuestra actitud y los repetidos planteamientos de nuestros dirigentes se dan de patadas con lo que leen en los textos” (*ibídem*, p. 28).

Un largo camino ha recorrido el joven Ernesto en poco más de una década, desde aquellos tiempos en que jugaba a asustar a su tía con referencias epistolares a Stalin y podía fortalecer su antiimperialismo y su ideal socialista admirando la Unión Soviética, la patria de Lenin, triunfadora sobre el fascismo. Hace solo ocho años que en una ácida polémica en plena guerra revolucionaria enarbolará su pertenencia al único comunismo del que tenía noticia entonces. La revolución había sido su maestra, siete años de servicio a ella desde el poder revolucionario desarrollaron su estatura como combatiente, dirigente y pensador, y ahora él —como reclamara Lenin sesenta años antes— debía, en justo pago, enseñarle algo a la revolución. Y lo logró. La aventura socialista de un pequeño país aislado producía un pensamiento capaz de continuar el trabajo excepcional mediante el cual Carlos Marx había encontrado ideas capaces de subvertir el control de las ideas de la sociedad por la clase dominante. El Che comenzaba a presentar los frutos de una dialéctica que seguía los mismos principios que la del maestro alemán, una dialéctica que no permite que nada la haga retroceder y es, por esencia, crítica y revolucionaria.

La aspiración del Che en aquel momento era poder dirigirse a la América del Sur, a poner en

marcha un nuevo esfuerzo que le diera a la revolución continental –y por ende a la cubana– nuevos impulsos, escenarios y fuerzas. A los compañeros cercanos más estudiosos les pide que compongan un “manual” cubano; seguramente piensa que todos los que comparten su posición continuarán la campaña de difusión de las actitudes y las ideas más revolucionarias, que con tanto ardor y sistematicidad él ha llevado a cabo en su última etapa en Cuba.

El acierto y el alcance de los planteamientos del Che acerca de la esencia y el destino del socialismo realmente existente no pudieron corroborarse hasta un cuarto de siglo después. Mientras el Che peleaba y caía en Bolivia, la herejía cubana estaba en su apogeo y las relaciones entre Cuba y la URSS llegaron a estar en su nivel más bajo. Pero no hubo victorias revolucionarias en el continente, ni regímenes realmente independientes de Estados Unidos que pudieran sostenerse; por su parte, Cuba no logró los objetivos de desarrollo socialista acelerado que pretendía, y tuvo que gastar demasiadas energías tras su plan perspectivo azucarero. Después de una apoteosis sin igual, el Che pasó a las sombras durante los primeros años setenta. Cuando los regímenes de dominación en nombre del socialismo entraron en su ignominiosa crisis final y desaparecieron

rápidamente, una conjunción de desgracias se abatía sobre la pretensión de los países subdesarrollados de tener alternativas de desarrollo, la soberanía nacional y la autodeterminación eran sujetadas a políticas e ideologías imperialistas, la centralización del capital y el saqueo consecuente a su carácter parasitario crecían sin cesar, el socialismo era sometido a un profundo desprestigio a escala mundial, o considerado algo del pasado, y la ideología neoliberal parecía no tener límites ni enemigos.

Pero en esos años el Che regresó. Hemos celebrado y discutido ese regreso, que evidencia la resistencia de los pueblos y el valor permanente de las ideas y el ejemplo. Sin embargo, el pensamiento del Che siguió encontrando escollos y ha tenido que ir ganando paulatinamente espacios. En estos últimos años se han ido conociendo cada vez más textos suyos, entre ellos, estos que he revisado acerca de su crítica a aquel socialismo.

BIBLIOGRAFÍA

- AA. VV. 1985 [1981] “Cálculo económico” en *Economía Política. Diccionario* (Moscú: Progreso).

- Academia de Ciencias de la URSS 1963 [1954] *Manual de Economía Política* (Buenos Aires: Cartago) Trad. W. Rocés.
- Ariet García M. del C. 2006 “Nota editorial” Guevara, E. Ch. *Apuntes críticos a la Economía Política* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales / Ocean Press).
- Baran, P. A. 1959 *La economía política del crecimiento* (México: FCE).
- Borrego, O. 2001 *El camino del fuego* (La Habana: Imagen Contemporánea).
- Fanon, F. 1963 *Los condenados de la tierra* (México: FCE).
- Guevara, E. Ch. 1966 *El Che en la Revolución Cubana* (La Habana: Ministerio del Azúcar) Tomos I a VII. Ed. O. Borrego.
- Guevara, E. Ch. 1970 *Obras* (La Habana: Casa de las Américas) T. I y II.
- Guevara, E. Ch. 2006 *Apuntes críticos a la Economía Política* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales / Ocean Press).
- Gramsci, A. 1966 *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce* (La Habana: Edición Revolucionaria).
- Lenin, V. I. 1961 *Obras escogidas* (Moscú: Editorial en Lenguas Extranjeras) 3 Vol.
- Lenin, V. I. 1966 *Obras escogidas* (Moscú: Progreso) 3 Vol.
- Martínez Heredia, F. 1989 *Che, el socialismo y el comunismo* (La Habana: Casa de las Américas).
- Marx, C. 1959 [1859] “Prólogo de la *Contribución a la crítica de la Economía Política*” en Marx, C. y Engels, F. *Obras escogidas* (Moscú: Editorial en Lenguas Extranjeras) T. I y II.
- Marx, C. 1959 [1875] “Crítica del Programa de Gotha” en Marx, C. y Engels, F. *Obras escogidas* (Moscú: Editorial en Lenguas Extranjeras) T. I y II.
- Marx, K. 1971 *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política, 1857-1858 (Grundrisse)* (México: Siglo XXI) T. I y II.
- Marx, K. 1975 *El Capital* (México: Siglo XXI) 3 T. en 8 Vol. Trad. P. Scaron.
- Marx, K. 2004 *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* (Buenos Aires: Colihue).
- Spiridónova, A. y otros 1965 “Lección XXXV. El cálculo económico” en *Curso Superior de Economía Política* (México: Grijalbo).
- Stalin, J. V. 1941[1938] *Cuestiones del leninismo* (Moscú: Editorial en Lenguas Extranjeras).
- Stalin, J. V. 1963 *Problemas económicos del socialismo en la URSS* (La Habana: MINCEX, mimeo).

Tablada Pérez, C. 1987 *El pensamiento económico de Ernesto Che Guevara* (La Habana: Casa de las Américas).

Tse Tung, M. 1968 *Obras Escogidas* (Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras) Primera edición.

Weber, M. 1958 *Economía y sociedad* (México: FCE).

EL PENSAMIENTO DE ERNESTO CHE GUEVARA*

Ernesto Guevara de la Serna nació en Rosario, Argentina, el 14 de junio de 1928. Cursó estudios y se graduó en Medicina en Buenos Aires, en 1953. Viajó a través de América Latina en busca de precisar su vocación, y se hizo muy sensible a las situaciones de los pueblos y a sus luchas. En México se unió en 1955 a los cubanos del Movimiento 26 de Julio, que dirigía Fidel Castro, y fue con ellos en la expedición del yate *Granma*, que inició la guerra revolucionaria en diciembre de 1956. Guevara, bautizado “el Che” por sus

compañeros, se destacó pronto, y fue uno de los líderes militares del período insurreccional de la Revolución cubana. A partir del triunfo del 1° de enero de 1959, el célebre guerrillero ocupó muy altas responsabilidades en la dirección política y de la economía de Cuba, fue un ideólogo muy prominente y realizó importantes misiones internacionales; también fue dirigente en la colaboración cubana con revolucionarios de otros países. En esta última condición partió al frente de un contingente internacionalista cubano al Congo, en abril de

* Publicado en Martínez Heredia, F. 2010 *Las ideas y la batalla del Che (anexo)* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales / Ruth Casa editorial) Segunda edición, pp. 282-290.

El autor inicia el texto con esta nota: “Escribí este breve texto hace años, para servir como material de estudio a militantes sociales y políticos latinoamericanos, misión que ha venido cumpliendo. Lo incluyo en el libro porque nunca olvido el precepto –que el Che siguió de manera ejemplar– de que la función principal del pensamiento revolucionario es servir al movimiento práctico

revolucionario, y una forma de hacerlo es la divulgación que sea a la vez rigurosa respecto al contenido y accesible al lector, dos requisitos indispensables para cumplir esa función”.

[N. de la Ed.] Este material representa un tipo de labor intelectual que en FMH era imperativo: dotar de herramientas intelectuales a quienes luchan para fortalecer sus procesos y colocar los objetivos máximos en el orden del día. Lo importante, más allá de lo que un texto teórico demanda a su autor, está en la sencillez, rigurosidad y profundidad de las palabras simples.

1965, tras dejar una carta de renuncia a sus cargos que fue hecha pública en Cuba en octubre. Regresó a Cuba en secreto en 1966 a preparar otra misión, esta vez a Bolivia, adonde llegó en noviembre. Los guerrilleros bolivianos, cubanos y peruanos, dirigidos por el Che, combatieron durante 1967. El 8 de octubre cayó herido y prisionero; fue asesinado al día siguiente. Guevara ha sido una de las personalidades más trascendentes del mundo contemporáneo.

Ernesto hizo lecturas tempranas de marxismo; al sumarse al movimiento fidelista se consideraba socialista y marxista. A partir de 1959 y hasta su muerte estudió sistemáticamente marxismo y obras de otros teóricos; también economía y conocimientos variados que estimó necesarios. No pretendió dedicarse a la teoría de modo profesional. Su obra se encuentra en multitud de artículos y otros textos breves, y en grabaciones de su voz. Solo publicó dos libros, un manual de guerra de guerrillas (Guevara 1960, 1970) y uno de testimonio y reflexiones acerca de la guerra cubana (Guevara 1963); otros dos libros suyos son póstumos: el *Diario de Bolivia* (Guevara, 1970 [1968]) y *Pasajes de la guerra revolucionaria: Congo* (Guevara, 1999).

En los años sesenta, Fidel Castro y Ernesto Che Guevara eran los máximos exponentes de

la corriente revolucionaria autónoma conocida entonces como castrismo o fidelismo, que reivindicaba el antiimperialismo, la vía armada, la necesidad del carácter socialista de las revoluciones y el internacionalismo. Esa corriente era opuesta o diferente a las posiciones e ideas del campo soviético, mas también era ajena a las de China. En los años sesenta, el pensamiento de Guevara fue la principal formulación teórica de la Revolución cubana, la primera socialista autóctona que triunfó en Occidente. El Che no intentó crear una corriente teórica, pero asumió enfáticamente que sus ideas y búsquedas expresaban una concepción particular del marxismo. Aunque no fue enunciada expresamente de manera filosófica, en esa concepción se basa su elaboración de criterios en cuestiones tan diversas como el humanismo o las teorías sobre la sociedad capitalista, las revoluciones de liberación, la transición socialista y el comunismo.

Lo más visible y atrayente del pensamiento de Guevara es la actitud inquisitiva que no respeta dogmas ni prejuicios, algo poco usual en un militante formado, que además era dirigente. Esa cualidad potenció su independencia de criterio, y le permitió lograr una crítica y profunda evolución de sus ideas y sus instrumentos intelectuales entre 1959 y la primera

mitad de los años sesenta; también lo tornó un agudo conocedor de la corriente que predominó en el socialismo y el marxismo durante la mayor parte del siglo XX. El Che fue muy lejos: su conducta rigurosamente acorde con sus ideas, el tipo de relaciones que promovía entre las prácticas políticas y la actividad teórica y doctrinaria, el contenido de su pensamiento social y su concepción del papel de las prácticas al interior de la producción teórica, resultaron cuatro rasgos antitéticos al llamado socialismo real. Son muy notables sus críticas a la deformación esencial de ese régimen, y su predicción de que ella probablemente acarrearía un regreso al capitalismo. Esos criterios lo marcaron como hereje. La muerte interrumpió el pensamiento maduro que estaba desarrollando Guevara. Esa circunstancia, el carácter abierto de su posición teórica y la prolongada postergación que sufrió su posteridad, han favorecido que sus ideas resulten atractivas en la crítica etapa actual.

El Che se opuso resueltamente al desprecio pragmático por la teoría, y a la vez al seguidismo intelectual de una línea política. Tuvo una clara comprensión del lugar histórico desde el cual actuaba, y de la situación en que se encontraba el marxismo en los años sesenta. Su concepción relacionó íntimamente los ámbitos

y los problemas de: a) las luchas por el poder político con los de los regímenes de transición socialista; b) el desarrollo de los individuos con el de las relaciones sociales y las instituciones, desde el inicio de las luchas y en toda la transición socialista; c) las escalas nacional, internacional y mundial. Trabajó, entonces, con una gran diversidad de asuntos, y mantuvo una firme tendencia a integrarlos en totalidades de conocimiento o formular problemas y sugerencias, incluyendo siempre los juicios del autor. Guevara produjo una interpretación de las cuestiones fundamentales del mundo de su tiempo, desde una posición anticapitalista y anticolonialista latinoamericana, y concibió una visión de las conductas, las acciones, los cambios y los objetivos necesarios para la liberación de las personas y las sociedades, desde una posición comunista.

La concepción filosófica del Che privilegia el papel de la acción consciente y organizada como creadora de realidades sociales y humanas. Esta filosofía de la praxis recupera el papel central de la dialéctica en el marxismo. Sin desconocer las realidades existentes y su funcionamiento discernible –y la formulación de leyes atinentes a lo que esas realidades “pueden dar de sí”–, estima que el nivel de conciencia alcanzado a escala mundial permite que en

cualquier lugar se organicen vanguardias revolucionarias, influidas por la ideología marxista, que prevean hasta cierto punto cómo actuar, y violenten las relaciones en lo posible a través de las acciones colectivas que susciten, al menos dentro de ciertos límites.

Esa posición marxista era ajena al determinismo social y al dilema central de materialismo o idealismo, pivote filosófico de las corrientes dominantes en el marxismo. Para el Che, la conciencia no es la antítesis de la economía o de “la materia”: es el instrumento principal para lograr que las fuerzas productivas y las relaciones de producción dejen de ser medios para perpetuar las dominaciones. La conciencia es una fuerza potencial real para la praxis revolucionaria, que tiende a desarrollarse y crecer si el trabajo intencionado que se realiza es eficaz, por lo que urge encontrar y aplicar reglas que lo propicien. Una dialéctica de las formas de organización de transición socialista, y de sus instrumentos –en combinaciones de coexistencias y sucesiones–, es el contenido del proceso de creación de nuevas realidades en los individuos, las relaciones sociales, las instituciones y la sociedad como un todo. En esta concepción dialéctica no hay lugar para la “obligada correspondencia” y la primacía de la “materia” del marxismo que permanece

dentro de la problemática estalinista y posestalinista. Para el Che, el factor subjetivo debe ser el dominante durante los procesos de cambios revolucionarios.

Guevara defiende el valor permanente del humanismo filosófico del joven Marx, y expone el suyo, que parte de la experiencia vivida y del conjunto de la teoría marxista. Relaciones de producción y luchas de clases, dice, tienden a ocultar “el hecho objetivo de que [...] el hombre es el actor consciente de la historia. Sin esta *conciencia*, que engloba la de su ser social, no puede haber comunismo”. El suyo no es un humanismo a secas: requiere una acción humana organizada que revolucione las condiciones de existencia y la reproducción “normal” de la vida social, una palanca eficaz para transformar las realidades conocidas en otras realidades, conquistadas o nuevas, creadas. Es en esos sentidos que “lo objetivo” puede ser transformado y superado por el factor subjetivo. Para Guevara, la lucha de clases es central en la teoría y en la historia, y el individuo es expresión viviente de las luchas de clases. Nadie más ajeno que él a ideas como la de la innata bondad de la naturaleza humana. “Para cambiar de manera de pensar hay que sufrir profundos cambios interiores y asistir a profundos cambios exteriores, sobre todo sociales”.

Los textos dedicados a la transición socialista constituyen la masa más profunda y mayor de sus reflexiones teóricas. En ellos aparece la idea de un hombre nuevo, “liberado de su enajenación”. Este “hombre del siglo XXI es el que debemos crear, aunque todavía es una aspiración subjetiva y no sistematizada”. Su creación, por métodos nuevos, debe estar en el centro de las prácticas y de los pensamientos. Nunca estará completo ese hombre nuevo, porque las relaciones sociales estarán cambiando siempre. Es necesario ejercer poder sobre la economía, la política y la ideología, para enfrentar un triple reto: el poder del capitalismo, que va desde su enorme fuerza material hasta el complejo cultural que recupera los modos de vida y las mentes que fueron rebeldes; las combinaciones de mercantilización y subdesarrollo que perjudican el desarrollo de la transición socialista; y las nuevas realidades que es imprescindible ir creando. La relativa falta de desarrollo de la conciencia social es lo que hace necesaria la vanguardia, una organización basada en la ejemplaridad, la cohesión ideológica y la disciplina, que debe lograr los difíciles objetivos de dirigir, guiar, educar, prefigurar los futuros sucesivos que va alcanzando y proyectando la transición socialista. Pero solo podrá cumplir esos fines si es sensible a la situación

de las masas, sus intereses y aspiraciones, su concepción del mundo y de la vida, si aprende a interactuar con ellas y a sacar provecho de sus saberes, y sobre todo si las masas participan cada vez más en el poder real. El Che no deja lugar para el mito de la falange infalible, la sustitución de las clases que fueron dominadas por el poder de un grupo, que lo ejerce en nombre del socialismo, y el predominio de ideologías que disfrazan la dominación.

En todas las circunstancias, la fraternidad, la entrega a la causa y demás valores morales del revolucionario van contribuyendo a la creación de personas nuevas, en la vida cotidiana y en los eventos cruciales. Pero cuando se tiene el poder, la formación de personas nuevas adquiere nuevas cualidades: debe ser intencionada y llegar a ser planeada, y debe tender a abarcar o a influir en toda la actividad social. El trabajo emerge como un instrumento y un reto. A pesar de los cambios profundos, el trabajo sigue vinculado a presiones sociales, a retribuciones y a la misma condición especial de ser trabajador. Guevara reconoce esa realidad sin supeditar a ella la política socialista; al contrario, la enfrenta con un manejo consciente y organizado de todo el poder de que se dispone, en busca de que el trabajo se vaya convirtiendo en un deber social, una actitud y un hábito nuevos,

en un largo proceso en que deberá llegar a ser un “reflejo condicionado de naturaleza social”, un “engranaje consiente” y “la completa recreación individual ante su propia obra”.

La sociedad debe convertirse en una gigantesca escuela, en la que funcione un continuo que vaya desde la coerción estatal y social hasta la autoeducación; todos sus miembros recibirán en cada momento diferentes impactos de ese continuo, de acuerdo a la acción múltiple de las nuevas relaciones y los procesos educativos, a sus avances, dificultades y retrocesos. La economía debe ser dirigida conscientemente: el poder revolucionario y el proyecto de liberación total gobiernan a la economía socialista. Y el poder es un instrumento del proyecto. Para Guevara, el plan es un producto de la conciencia organizada, que tiene poder y conoce a un grado determinado los límites de la voluntad, los datos de la realidad y las fuerzas que operan a favor y en contra. El plan no es un diagnóstico de la economía y una previsión de su comportamiento futuro: “para eso no es necesario el pueblo”. El plan será socialista si a través de él las masas tienen “la posibilidad de dirigir sus destinos”. Los avances del nuevo modo de vivir diferente y opuesto al del capitalismo irán creando un cambio cultural radical que abarque desde la organización y

las relaciones económicas hasta cambios muy íntimos del individuo y sus relaciones interpersonales que sean relevantes para la transición. El régimen debe ser capaz de trabajar cotidiana y eficazmente en esa dirección, con arreglo a un plan y con el rigor técnico que sea posible; combatir sus propias tendencias contrarias a la liberación; medir los avances y vigilar y declarar con valentía los retrocesos.

Guevara planteó de nuevo la utopía del comunismo marxista, desde América Latina y en los años sesenta, sin ingenuidad ni paternalismo. A ese aporte lo ayudaron mucho sus prácticas, especialmente la de ser uno de los miembros de la máxima dirección cubana, y la de ser responsable durante varios años de una parte muy importante de la economía cubana. Su experimento del Sistema Presupuestario de Financiamiento funcionó bien, con participación de más de 200 mil personas, y consistió en mucho más que gestión, producción y control económicos. Fue un combate diario por la opción comunista. Combinó en la práctica a individuos, masa, dirigentes, conciencia, trabajo, política, producción, educación, estimulaciones, subdesarrollo, coerción social, relaciones mercantiles, poder estatal, macroeconomía, relaciones internacionales. Desde esos materiales tejió Guevara su trabajo teórico, pero fue

más allá de ellos, en el modo de abordarlo, en sus puntos de partida intelectuales, en la formación de un sistema conceptual propio –que incluye en ciertas definiciones lo que debe llegar a ser–, y en desarrollos temáticos parciales pero vigorosamente articulados. Explicó su tipo de ortodoxia marxista y refirió a ella su creatividad. Sus prácticas y sus ideas resultaron sumamente polémicas. Guevara las debatió públicamente, y las defendió activamente como parte de una lucha política e ideológica.

Por su vida ejemplar, tajante honestidad y concordancia total entre los dichos y los hechos, el Che es muy asociado a la palabra *ética*. Esa valoración es muy justa, pero opino que lo político es el centro de su actividad y el articulador de su pensamiento. Guevara pretende profundas transformaciones de lo político, y propone una gigantesca elevación del contenido y los objetivos del movimiento histórico de liberación humana. Ese es el marco real de frases como “el socialismo económico sin la moral comunista no me interesa. Luchamos contra la miseria, pero al mismo tiempo contra la alienación [...] si el comunismo descuida los hechos de conciencia puede ser un método de repartición, pero deja de ser una moral revolucionaria”. O “[...] el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de

amor”. Y de ideas como estas: desde el inicio mismo, el proceso socialista debe trabajar en la realización práctica del proyecto comunista, “aunque pasemos toda la vida tratando de construir el socialismo”. El socialismo debe ir constituyendo una nueva cultura y un polo de atracción para los pueblos frente a la dominación y la cultura del capitalismo mundial, en vez ser un opositor no del todo diferente, y hasta un cómplice de la explotación a través del mercado mundial. A la vez, transición significa que el capitalismo está presente de mil modos: hay que tenerlo en cuenta para superarlo, y se debe utilizar todo logro obtenido bajo el capitalismo que sea conveniente y factible. Se debe combinar centralización con iniciativa, y desarrollar una progresiva descentralización, la participación masiva en la dirección y la acción política organizada y concretada contra el burocratismo.

Aunque el pensamiento político de Guevara está condicionado por sus prácticas y por la política cubana en que milita, forma un cuerpo de ideas coherente con su concepción general, y posee sus tesis y criterios, su modo de argumentar y una gran fuerza expresiva y de convicciones. Su asunto central es la revolución mundial contra el capitalismo y por el socialismo, desde el mundo neocolonial y colonial.

La lucha armada es un tema principal, pero incluso sus narraciones testimoniales siempre transmiten experiencias e incluyen reflexiones de más o menos alcance. Su primer libro (Guevara, 1960, 1970) plantea tres tesis que el Che no abandonará: las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército; el foco insurreccional puede crear las “condiciones” que otros erróneamente esperan a que “estén dadas” para iniciar una revolución; en América subdesarrollada el terreno fundamental de lucha es el campo. El libro del Congo (Guevara, 1999) es analítico y muestra su madurez; expone la práctica de internacionalización de la lucha y sus órganos y métodos, tesis derivada de su comprensión general del mundo y de las luchas de clases y de liberación nacional.

La idea de Guevara y Fidel Castro del poder acumulativo y desencadenante de la guerra irregular en las fases tempranas de una revolución resultó sumamente polémica, pero también fue tergiversada. El Che insistió siempre en que la guerrilla es una forma de lucha de masas, negando la antinomia entre ambas; planteó que la insurrección debe ser guiada por un proyecto político y social, consideró indispensable el requisito de crisis de la hegemonía de los dominantes, y expresó otras condicionantes de la violencia revolucionaria y la subordinación

de las formas de lucha a las exigencias tácticas y la estrategia de cada proceso. Esas ideas son constantes en sus análisis de los procesos en que participó, y rigen en general su práctica política. Sin embargo, la expresión “foquismo” fue la clave de una crítica al pensamiento político de Guevara que en ciertos casos llegó hasta descalificarlos a él y a la experiencia cubana. En esa crítica influyeron dos actitudes opuestas entre sí: a) la impreparación mental para la lucha por el poder, mayoritaria en la izquierda, y el abandono de los temas insurreccionales en la teoría; b) la búsqueda de eficacia insurreccional y de movilización social por parte de militantes activos, frente a las graves insuficiencias y errores de muchos esfuerzos guerrilleros. No me refiero aquí a las usuales campañas de descrédito, a cargo de los enemigos de las revoluciones.

El antiimperialismo es una estrategia básica de la acción y del desarrollo revolucionario, y la respuesta obligada a la universalización capitalista; ante ella se definen los que se llaman socialistas, y los políticos del mundo “subdesarrollado”, y es la base de la unidad entre los diversos revolucionarios. Hay que tener en cuenta las contradicciones entre los grandes del capitalismo, y de estos con Estados o movimientos del Tercer Mundo, pero el proceso de

la liberación verdadera y viable tendrá que ser socialista. El etapismo de la tradición marxista –manipulado por el reformismo y por la razón de Estado “socialista”– está superado; para América Latina el dictamen es tajante: “O revolución socialista o caricatura de revolución”. El llamado Tercer Mundo es la parte neocolonial y colonial del sistema mundial capitalista, y por eso es subdesarrollado. Para ese mundo, lograr el desarrollo sin liberación nacional y social es una ilusión: el socialismo será la condición del desarrollo, y no lo contrario.

A través del análisis de la coyuntura mundial (en septiembre de 1966), Guevara expone sus tesis políticas y convoca a un combate frontal mundial antiimperialista en *Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental* (Guevara, 1967). Ese combate debe ser ofensivo más que defensivo, casi siempre por la vía armada, internacionalizarse, atacar las bases de sustentación neocoloniales del sistema y multiplicar sus teatros, para golpearlo fuera de sus centros y debilitarlo. Será una lucha muy cruel y muy larga; no hay otra opción para lograr la liberación real de los pueblos. Pide respeto para las tácticas diversas de los que luchan, pero persistir con abnegación en la estrategia acertada. Exalta el ejemplo de Vietnam, y denuncia cómo las potencias del socialismo

han dejado solo a ese país; juzga con profundidad las divergencias soviético-chinas, desde “nosotros, los desposeídos”. Una vez más plantea la necesidad del encuentro de los rebeldes con las clases oprimidas y con la cultura de rebeldía popular acumulada, encuentro en el que se plasma la oportunidad de las revoluciones. Y el crecimiento de las capacidades de las personas y las colectividades mediante la actividad revolucionaria.

Durante el gran debate económico de 1963-1964 y hasta su discurso en el Seminario Afroasiático en Argel, pero sobre todo con *El socialismo y el hombre en Cuba* (Guevara, 1970, 2009 [1965]), el Che estuvo librando una batalla intelectual, por la profundización de las ideas revolucionarias. Poco después salió de sus responsabilidades en el gobierno y pasó a impulsar la lucha revolucionaria internacionalista. Pero continuó sus estudios, en una fase de madurez de sus ideas, dondequiera que estuvo, prácticamente hasta su muerte en Bolivia.

Como sucede usualmente con los revolucionarios destacados, la posteridad del Che ha sido difícil. Pero el extraordinario valor de su actitud ante la vida y de su entrega ejemplar ha resistido las vicisitudes de estas décadas, constituye hoy una parte valiosa del acervo creado por la Humanidad en el siglo XX, y concurre

a las prefiguraciones de los que aspiran a un futuro de sociedades más justas y más libres. Su pensamiento, que no es muy manejado en la coyuntura actual, sin dudas desempeñará papeles notables cuando avance la conversión de esos augurios en realidades.

BIBLIOGRAFÍA

- Guevara, E. Ch. 1960 *La guerra de guerrillas* (La Habana Talleres tipográficos del INRA / Departamento del MINFAR) Primera edición.
- Guevara, E. Ch. 1963 *Pasajes de la guerra revolucionaria* (La Habana: Unión de Escritores y Artistas de Cuba).
- Guevara, E. Ch. 1965 “Desde Argel para *Marcha*. La Revolución cubana hoy” en *Marcha* (Montevideo), marzo.
- Guevara, E. Ch. 1966 *El Che en la Revolución Cubana* (La Habana: Ediciones del Ministerio del Azúcar) Tomos I a VII.
- Guevara, E. Ch. 1967 “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental” en *Tricontinental* (La Habana) 16 de abril, Suplemento especial.
- Guevara, E. Ch. 1970 *Obras* (La Habana: Casa de las Américas) T. I y II.
- Guevara, E. Ch. 1999 *Pasajes de la guerra revolucionaria: Congo* (Buenos Aires: Sudamericana).
- Guevara, E. Ch. 2006 *Apuntes críticos a la economía política* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales / Ocean Press).
- Guevara, E. Ch. 2009 *Palabras sobre el socialismo* (Caracas: Ministerio del Poder Popular). En <<http://minci.gob.ve/wp-content/uploads/2017/10/PALABRAS-SOBRE-EL-SOCIALISMO-octubre-2017.pdf>> acceso 2 de abril de 2018.

REVOLUCIÓN CUBANA, FIDEL Y EL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO DE IZQUIERDA*

Entre 1953 y 1958, Fidel encabezó un movimiento de rebeldía dirigido contra todo el sistema de dominación que existía en Cuba, aunque su fin inmediato era derrocar a la dictadura. El pensamiento expresado en *La historia me absolverá* (Castro Ruz, 2001 [1953]) y los ideales y la estrategia del Movimiento 26 de Julio fueron la opción de liberación para la sociedad cubana en esos años. Hoy se celebra su grandeza, pero es bueno recordar que entonces tuvo que ser muy creativo, ir contra todo lo que se consideraba posible en la política cubana, e incluso contra el sentido común. No solo fueron rechazados por la derecha y el centro.

* Ponencia leída, a solicitud de los organizadores, en el evento celebrado como homenaje al 80 cumpleaños de Fidel y el 50° aniversario del desembarco del *Granma*. Palacio de Convenciones, La Habana, diciembre de 2006. Publicado en Martínez Heredia, F. 2015 *A la mitad del camino* (La Habana: Editorial Ciencias Sociales) pp. 177-182.
[N. de la Ed.] En la versión del libro se omiten los dos últimos párrafos.

Fidel y sus compañeros también tuvieron que enfrentarse a lo que el Che llamó “dogmas revolucionarios”, en su *Diario de Bolivia*, el 26 de julio de 1967 (Guevara, 2006).

La victoria de la insurrección en 1959 fue convertida en liberación nacional y social por la unión de: a) una vanguardia que se atrevió a vencer y supo utilizar el poder revolucionario y b) un pueblo que multiplicó una y otra vez su actividad y su conciencia, y se volvió capaz de transformarse a sí mismo y a la sociedad.

La Revolución cubana provocó un avance extraordinario del pensamiento de izquierda, porque lo puso ante la opción de luchar por los ideales de cambio total de la vida y no solo por reformas, de confiar en las capacidades del pueblo y no en determinados sectores de las clases dominantes. Probó su razón y su factibilidad mediante sus prácticas, pero también expuso nuevas ideas y recuperó otras de la mejor tradición revolucionaria. Fidel y el Che pusieron el socialismo y el marxismo en español desde la América Latina, y lo hicieron

antiimperialista e internacionalista. Rescataron y asumieron la profunda propuesta revolucionaria de José Martí, crítico radical de todos los colonialismos y de la modernidad civilizadora, y promotor de una república nueva y una segunda independencia continental. Y rescataron y asumieron el socialismo que habían fundado Mella, Guiteras y las experiencias radicales de la Revolución del 30. La nueva época revolucionaria convirtió en un hecho natural que los problemas sociales principales fueran problemas fundamentales para el pensamiento.

Cincuenta años después de la expedición del *Granma*, la situación latinoamericana y mundial es muy diferente, pero algunas cuestiones esenciales siguen en pie. El imperialismo está más centralizado que nunca en lo económico, lo militar y lo cultural. El gran capital es hoy un monstruo especulativo que vive del tributo y la ventaja, ha abolido su propia competencia y es tan antihumano que le resultan sobrantes gran parte de los trabajadores y de la población del mundo. Creció y vivió del crimen colosal del colonialismo, maduró a través del neocolonialismo, pero hoy está tratando de liquidar ese producto suyo mediante una empresa criminal de recolonización selectiva a escala mundial. Ya su dominación no admite más la soberanía de las naciones ni la autodeterminación de los

pueblos –que solamente después de 1945 pudieron conquistar los que fueron colonizados–, suprime hasta la idea de que es posible el desarrollo del que llamaron Tercer Mundo y descarta su propia idea de progreso. En pleno siglo XXI vuelve a cometer genocidio contra pueblos y ocupar países, para controlar recursos naturales y el poder mundial.

Solamente siglo y medio después de la Revolución francesa pudo afirmarse en Europa y tender a generalizarse en el mundo el sistema político democrático, pero el capitalismo lo ha desgastado en medio siglo. Reina de manera totalitaria sobre la información, la opinión pública y una parte del gusto de las personas, en busca de prevenir las resistencias y las rebeldías, lograr el consenso de todos, incluso de los excluidos, homogeneizar las ideas y los sentimientos, e igualar los sueños. Puestos bajo su dominio, los logros inmensos obtenidos por las ciencias y las técnicas, el potencial incomparable de bienestar y riqueza para todos que ya existe, no están al servicio de la Humanidad, sino de la ganancia capitalista. Y el planeta mismo en que vivimos peligra: al mismo tiempo que ya sabemos que era una idea errónea que el hombre exista para conquistar la naturaleza, el sistema predominante la somete a una depredación feroz e imparable. Más allá del horror

escandaloso de la pandemia que esté de turno en los medios, el hambre, simple y vulgar, sigue siendo el mal más universal, y la acusación más descarnada al egoísmo, el afán de lucro y el poder que desde Estados Unidos anhela constituir un imperio mundial.

El pensamiento de izquierda ha sufrido una crisis prolongada, a causa por lo menos de tres hechos: la gran mayoría de los países que llamaban subdesarrollados no pudo hacer congruentes su independencia y sus expectativas con el desarrollo de sus potencialidades y el bienestar de sus pueblos, como advertía Fidel en la Asamblea General de la ONU, en 1979; el nuevo dominio del gran capital expoliador sobre América Latina se consumó, quebrantando el alto nivel de cultura política y social de este continente mediante las represiones y el genocidio; y el final bochornoso del llamado socialismo real desprestigió a la idea misma de socialismo, liquidó la bipolaridad, esparció el derrotismo y envalentonó al imperialismo.

Pero la capacidad de resistencia y la cultura de rebeldía social y política acumulada por cientos de millones de personas durante el siglo XX están dando frutos en la centuria que comienza. Desde una gran diversidad de identidades, prácticas, demandas e ideas, movidos por la necesidad y por la conciencia, los

movimientos populares actuales van encontrando como denominadores comunes la justicia social y la defensa de los recursos naturales y la soberanía. En nuestra América se está extendiendo una ofensiva de los pueblos, que apelan a formas propias de movilización y organización, y también al espacio electoral que les abrió la etapa de democracias espurias con miseria generalizada, para adquirir poder sobre su entorno o encomendar sus países a mejores mandatarios.

En Venezuela, el poder popular de la Revolución bolivariana ha dado un vuelco a la correlación de fuerzas. Conducida por el genio de Hugo Chávez, pero sin abolir las reglas de juego del sistema, redistribuye la gran riqueza nacional y saca al pueblo de la indigencia, lo apodera de su dignidad y su soberanía y lanza al mundo una propuesta nueva. El presidente Evo Morales y el pueblo boliviano están construyendo otro poder popular, rescatando los recursos naturales y sobre todo a los seres humanos, que comienzan a crear su propio futuro. La fundación del ALBA significa, al fin, una alternativa viable para echar las bases de una futura unión continental, porque es respaldada por voluntades políticas soberanas y que ponen las economías al servicio de los pueblos.

Con la ofensiva de los pueblos se abre una nueva etapa latinoamericana. El optimismo y la esperanza que avanzan hoy están enterrando la inercia y la derrota, y multiplicando la fuerza y el potencial de cambio a favor de la gente y de la creación de sociedades nuevas. El pensamiento opuesto a la dominación –que tiene una riqueza y una acumulación histórica muy notables– no alcanza sin embargo todavía a proveer planteamientos, preguntas y proyectos capaces de satisfacer las exigencias de radicalidad, pertinencia y originalidad que hace la nueva coyuntura.

Cuba desempeñó un papel extraordinario durante los años más oscuros, porque sobrevivió a la más dura crisis sin renunciar al socialismo, sin entregar sus asombrosas conquistas sociales ni su soberanía frente a la agresión sistemática del imperialismo norteamericano, con una política totalmente opuesta a las recetas neoliberales y a la formación de grupos privilegiados protoburgueses, con vigilantes y sólidas políticas de combate a las desigualdades en el modo de vida y en las oportunidades. Siguió siendo, como dijo Fidel en 1987, “una especie de venganza moral para los oprimidos en este mundo”. Pero no se limitó a serlo. Cuba mantuvo en alto con su actuación las banderas de la solidaridad internacionalista, encontró

nuevos campos de actuación, defendió todas las causas justas y denunció a los imperialistas en todos los foros.

Fidel ha sido el protagonista de todas esas batallas. Siempre con la estrategia acertada de mantener una absoluta comunión con el pueblo y convocarlo una y otra vez a la movilización política y el ejercicio de la conciencia, condujo al país con firmeza de principios y tácticas muy sagaces durante la crisis, la recuperación y la reinserción internacional de estos quince años, y mantuvo y desarrolló el internacionalismo cubano. Al mismo tiempo, puso su fama personal y su prestigio al servicio de la defensa y la divulgación de las ideas más avanzadas en cuanto a los derechos de los pueblos a la vida digna, el bienestar y la soberanía, la sobrevivencia del planeta en que vivimos y el antiimperialismo más radical, enfrentando decididamente a los que intentan ser los amos del mundo. Siguió fiel, en síntesis, a su afirmación de 1970: “No queremos construir un paraíso en la falda de un volcán”.

No cabe desarrollar aquí cómo Fidel ha analizado con hondura y expuesto los problemas fundamentales del mundo actual, sus dilemas tremendos y sus perspectivas. Agrego al menos que ha sido maestro de la relación entre la ética y la política, ha asegurado la fe en las ideas y las

convicciones revolucionarias, ha sido la voz de los sin voz y ha demostrado que es posible seguir andando por los caminos de la liberación.

Llevar la salud a los que el sistema sumió en la indefensión, de Guatemala a Pakistán, constituye también un llamado revolucionario a las ideas. No solo se salvan vidas y se devuelve la visión. Millones aprenden que está a nuestro alcance ver y vivir si se actúa en un plano de hermandad. No ser objeto de limosnas, sino sujetos de unas prácticas que hacen crecer a los humildes y les demuestran que se puede comenzar a cambiar y asumir metas más ambiciosas para sus vidas y sus sociedades. Están creando las capacidades, las fuerzas y las motivaciones que pueden llevarlos hacia la construcción de poderes populares. El problema teórico crucial del poder popular se hace más tangible si lo convertimos en un problema de pensamiento para millones. Lo mismo ocurrirá si se ponen en el centro de la producción de pensamiento la actuación a favor de la autonomía y la soberanía de los Estados, las estrategias de modificación de la vida a favor de las mayorías, la asunción de las diversidades como la riqueza de las sociedades que son, el desarrollo de movimientos populares, de nuevas formas de hacer política y organizaciones

políticas al servicio de la liberación, de la integración latinoamericana.

Casi medio siglo ha pasado desde aquel día de junio de 1958 –en medio de la mayor ofensiva de la tiranía contra la Sierra Maestra– en que Fidel le escribía en una breve nota a Celia Sánchez que luchar contra el imperialismo iba a convertirse en su destino verdadero. Seguramente no sabía entonces que cumpliría con creces ese compromiso, que crearía con su pueblo una experiencia formidable de liberación latinoamericana y un baluarte de la revolución mundial, y que haría una contribución extraordinaria a las ideas revolucionarias. La forma más válida de rendirle homenaje a Fidel por todas esas tareas suyas es fortalecer y profundizar la experiencia y el baluarte socialista cubano y la lucha antiimperialista, y volvernos capaces de identificar y plantear bien los problemas actuales y del proyecto. Es decir, desarrollar el pensamiento revolucionario.

Desde una edad sumamente temprana me sentí partidario de los que acababan de asaltar el cuartel Moncada. Me hice fidelista desde que comenzó a existir esa posición política. Pero nunca me interesó en qué fecha había nacido Fidel: los cumpleaños eran para mí –como para casi todo el mundo–, los de los familiares y los amigos más cercanos, y más adelante, los de

compañeros de trabajo. En muy pocos años la Revolución triunfó y Fidel se mostró en toda su grandeza. Tan grande que lo era por sí, sin apoyarse en esos matices de cualquiera de nosotros, como son los cumpleaños. Viví, he vivido, toda la vida en la revolución de Fidel, y solo supe que cumplía los 13 de agosto cuando cumplió cincuenta. Los que habían reducido tanto a la más grande empresa de la Humanidad, el socialismo, pretendieron honrarlo con motivo de sus cumpleaños. No me toca a mí decir lo que él hizo entonces, pero me gustaría que algún día todos los supieran.

Fidel, como todos los verdaderamente grandes, desprecia la adulación. Le tocaron papeles muy difíciles en su función de dirigente político máximo durante casi medio siglo, de decisiones de todo tipo y mediaciones sagaces, de arbitrio moderado y audacia inteligente. Y nunca prodigó elogios inmerecidos para obtener ventajas o ganar incondicionales, celoso siempre de la justicia individual al mismo tiempo que campeón cubano de la justicia social. Como un grande verdadero que le tocó guiar y dirigir una revolución, ha sido muy consciente de su papel y su lugar histórico, y ha sabido actuar desde la confianza absoluta y la devoción

sin límites que su pueblo le ha prodigado y le mantiene. Pero desde una rigurosa actitud de sencillez personal verdadera, de ser un subalterno –aunque fuera el mayor– de su causa, de ejercer su poder y su carisma sin asomo de vanidad, de seguir férreamente la doctrina y la ética martiana como brújula de su conducta política. Fidel es una de las cumbres del radicalismo político en la historia de Cuba. Uno de esos revolucionarios que tuvieron que ser, en sus actos, sus ideas, sus propuestas y sus proyectos muy subversivos respecto al orden establecido y sus fundamentos, y muy superiores a lo que parecía posible al sentido común y a las ideas compartidas en su tiempo, inclusive a las de otros revolucionarios. Martí y Fidel son las dos cumbres.

BIBLIOGRAFÍA

- Castro Ruz, F. 2001 [1953] *La historia me absolverá* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Guevara, E. 2006 [1967] *Diario del Che en Bolivia* (La Habana: Ocean Sur).

ORÍGENES Y VIGENCIA DEL PENSAMIENTO POLÍTICO DE FIDEL*

Ante todo me permito interpretar lo que sienten mis hermanos cubanos al saludar con el más profundo agradecimiento a los organizadores y participantes en este vigésimo segundo Encuentro Nacional de Solidaridad con Cuba, a los que con sus arduos labores y su presencia lo están haciendo realidad. Ustedes, mexicanas y mexicanos, han venido desde todas partes de este inmenso país para celebrar

* Conferencia inaugural en el *XXII Encuentro Nacional de Solidaridad con Cuba*, del Movimiento Mexicano de Solidaridad con Cuba. Universidad Obrera de México, San Ildefonso N° 72, Ciudad de México, 18 de marzo de 2017.

[N. de la Ed.] Esta fue la última actividad internacionalista de FMH, poco menos de tres meses antes de su muerte. Una versión primitiva del texto es: Martínez Heredia, F. 2017 "Claves del anticapitalismo y el antiimperialismo hoy. Las visiones de Fidel en los nuevos escenarios de lucha", Intervención motivadora en el *XII Taller Paradigmas Emancipatorios desde América Latina y el Caribe. Nuevos escenarios de disputas hegemónicas entre emancipación y dominación*. La Habana, Cuba, 11 de enero.

una reunión muy hermosa, para intercambiar informaciones y sentimientos, para escuchar y debatir entre todos, para sentir la felicidad de reencontrarnos o de conocernos, para confraternizar, unidos todos por la identificación con las luchas, las alegrías, los dolores y la decisión revolucionaria de un pueblo hermano, el pueblo cubano. Siento hoy la misma emoción que experimenté hace cinco años en Oaxaca, en el décimo séptimo Encuentro Nacional.

Y debo decir que este es también un homenaje que el pueblo mexicano se da a sí mismo, al expresar una de sus más hermosas cualidades, la de ser solidario con un pueblo hermano, y detenerse un momento en medio de sus trabajos, afanes y luchas para brindarle su calor y su apoyo.

Al mismo tiempo, me honra mucho saludar la presencia del compañero embajador de Cuba, Pedro Núñez Mosquera, otros diplomáticos cubanos, los compañeros embajadores de Palestina y Venezuela, y otros diplomáticos de países hermanos. También a la compañera

Idania Ramos, del Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos, instrumento precioso de la fraternidad y la solidaridad, a lo largo del mundo. Nos honra mucho la presencia de nuestra entrañable Aleida Guevara March. Y la de otras personalidades que se encuentran hoy aquí.

Comienzo mi intervención por el primer indicador de la vigencia de Fidel. El homenaje que recibí, en los nueve días que siguieron a su partida, fue una consigna de hoy, una invención de jóvenes que hizo suya todo el pueblo de Cuba: “yo soy Fidel”. Así se demostró que Fidel es del siglo XXI, y no solo del XX, y también que cuando el pueblo entero se moviliza con conciencia revolucionaria es invencible. En esos días del duelo, Fidel libró su primera batalla póstuma y la ganó; al mismo tiempo, volvió a mostrarles a todos el camino verdadero, como vino haciendo desde 1953.

Entiendo que ha sido muy atinado el tema que me han fijado los organizadores, porque en la compleja y difícil situación que estamos viviendo en nuestro continente los orígenes, los rasgos fundamentales y la vigencia del pensamiento político de Fidel pueden constituir una ayuda inapreciable. Hoy podemos avanzar mejor con esa ayuda de Fidel, pero a condición de emular con sus ideas y sus actos, para sacarles provecho en lo decisivo, que serán nuestras

actuaciones. No imitando simplemente a Fidel, que nunca imitó a nadie, sino traduciéndolo a nuestras necesidades, situaciones y acciones.

Fidel brinda un gran caudal de enseñanzas, tanto para el individuo como para las luchas políticas y sociales. Puede aportarnos mucho conocer mejor sus creaciones y sus ideas, las razones que lo condujeron a sus victorias, cómo enfrentó Fidel las dificultades y los reveses, su capacidad de identificar lo esencial de cada situación y los problemas principales, plantear bien la estrategia y la táctica, tomar decisiones y actuar con determinación y firmeza. Si lo hacemos, será más grande su legado.

En el transcurso de la vida de Fidel pueden distinguirse tres aspectos: el joven revolucionario; el líder de la Revolución cubana; y el líder latinoamericano, del Tercer Mundo y mundial. El segundo y el tercer aspecto suceden simultáneamente. Vamos a asomarnos a la extraordinaria riqueza del pensamiento político del joven que se rebelaba contra todo el orden de la dominación, y no contra una parte de él, del combatiente revolucionario, del artífice de la victoria de la insurrección cubana y del despliegue y la defensa del nuevo poder revolucionario, y del conductor supremo de la creación de una nueva sociedad latinoamericana liberada, socialista, internacionalista y antiimperialista.

Fidel fue hijo de una tradición que es fundamental dentro de la historia del pensamiento revolucionario cubano: la corriente radical, que ha tenido puntos en común y ha establecido una trayectoria singular. Esos radicales se fueron por encima de las respuestas políticas que parecían posibles frente a los conflictos de su tiempo y su circunstancia, y las propuestas que ellos hicieron eran llamadas a violentar la reproducción esperable de la vida social. Enumero solamente a hitos dentro de esa pléyade, como son Carlos Manuel de Céspedes, José Martí, Julio Antonio Mella y Antonio Guiteras.

Si exceptuamos al pensador original y colosal que fue José Martí, las prácticas revolucionarias fueron lo predominante en la historia de las posiciones y propuestas de los radicales entre 1868 y 1959. Pero, en su conjunto, ellos elaboraron un cuerpo de pensamiento que constituye una acumulación cultural de un valor inapreciable, que siempre es necesario rescatar y asumir conscientemente. Fidel partió también de la práctica, pero al mismo tiempo fue presentando y elaborando un pensamiento radical excepcional, que lo fue llevando a ocupar un lugar cimero en toda esta historia cubana, junto a su maestro José Martí.

Para el radicalismo de las revoluciones por la independencia, la república fue al mismo

tiempo un gran logro y una gran frustración. La tremenda guerra revolucionaria de 1895 y el sacrificio en masa del pueblo cubano en ella constituían un legado que exigía liberar al país del dominio neocolonialista impuesto por la invasión norteamericana, y liberarlo del dominio de los ricos explotadores del trabajador y los políticos corruptos, tan voraces como sometidos al imperialismo. Mella y Guiteras habían sido las figuras máximas del gran aporte que trajeron las luchas del siglo XX: un socialismo cubano, que no era calco ni copia del socialismo europeo y que se propuso ir al asalto del cielo desde el suelo insular y latinoamericano, desde el mundo que fue colonizado. El joven Fidel Castro, dirigente estudiantil y abogado de reclamos populares, encontró y asumió muy pronto todo aquel legado de su patria y de los combates y las ideas por la libertad, la justicia social y la liberación nacional.

Fidel aprendió a ser, a la vez, patriota y socialista. A alimentarse del magisterio de Martí y a estudiar a Marx y Lenin, para poder plantearse bien la época en que vivía, sus conflictos fundamentales y las vías y métodos de la lucha por la liberación. A mi juicio, esta es una lección invaluable que nos ha brindado a la mayoría de los seres humanos del planeta, que hemos sufrido durante medio milenio la gigantesca empresa

criminal de la universalización del capitalismo, genocida, *ecocida* y destructora sistemática de las vidas, las cualidades y las esperanzas de miles de millones de personas. De cinco siglos de colonialismo, que sigue vivo en sus formas actuales, tanto mediante sus poderosos medios económicos, culturales, de agresiones violentas y rapiña de todo tipo, como convertido en un cáncer dentro del corazón y el cerebro de los colonizados.

Fidel comprendió muy temprano que la lucha tendría que librarse al mismo tiempo contra el conjunto de las dominaciones, contra lo viejo, lo moderno y lo reciente. Pero, ¿cómo llevar esa comprensión a la práctica y volverla capaz de atraer a la mayoría oprimida, cómo crear instrumentos capaces de organizar y concientizar, de crecer en fuerzas reales y de ir ganando preeminencia, de obtener la victoria? Porque mientras no caen en crisis, los que dominan basan el ejercicio cotidiano de su poder en la hegemonía que tienen sobre la sociedad, en su capacidad de imponer su cultura, obtener consensos, engañar, ilusionar y dividir a la mayoría dominada.

El joven Fidel participó en el movimiento político cubano que fue más lejos en los intentos de utilizar la acción ciudadana, el democratismo y el sistema electoral y representativo

avanzado que existía durante la segunda república, para lograr cambios realmente positivos para el país. El líder de masas Eduardo Chibás y el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) concitaron el entusiasmo y la esperanza de la mayoría del pueblo, y el miedo a su triunfo fue una causa del golpe militar del 10 de marzo de 1952. La burguesía y el imperialismo demostraban que las reglas del juego de su sistema son las de un juego sucio, y que cuando es necesario son sacrificadas al valor supremo del sistema, que es mantener su poder.

Y precisamente una de las convicciones principales del joven estudioso y activista político, desde algunos años antes de 1952, era que tomar el poder resultaba un requisito indispensable para cambiar a Cuba. La nueva situación, en la que todo parecía estar mucho más lejos y había poco nivel de protestas, fue sin embargo entendida por Fidel como una coyuntura en la que las formas radicales de lucha podían ser viables, porque el sistema político en el que se basaba la hegemonía había sido totalmente deslegitimado. Fidel no descuidó referirse a la evidencia de que el régimen violaba la legalidad y no admitía recursos en su contra, pero se dedicó por entero a la vertebración y preparación para pelear de un movimiento clandestino, con gente sencilla del pueblo que tuviera ideales y

decisión personal, y asumiera la férrea disciplina y las ideas revolucionarias como suelo común. Ninguno de sus miembros era una personalidad conocida, y muchos pertenecían a los sectores más humildes de la sociedad.

El asalto al Moncada tomó por sorpresa al país. La audacia, la valentía y el sacrificio de los participantes les granjearon la admiración popular, pero ninguna fuerza política los apoyó. Fidel lanzó *La Historia me absolverá* (Castro Ruz, 2001 [1953]), manifiesto deslumbrante que contenía hasta medidas de gobierno, pero él y sus compañeros quedaron prácticamente solos. La segunda lección que nos aportó fue el hecho mismo del Moncada, asalto a las oligarquías y a los dogmas revolucionarios, como lo definió el Che, el motor pequeño que debería poner en movimiento al motor grande. La tercera lección fue asumir la etapa de prisión como el lugar de la firmeza inquebrantable, y proponerle al país una gran revolución, aunque su realización pareciera tan lejana.

Al salir de cárcel fundó y dirigió el Movimiento 26 de Julio, de honda raíz martiana: los fines públicos, los medios secretos; la convocatoria a todo el pueblo sin exclusiones, pero en una organización férreamente unida en sus ideales, su estructura y su disciplina, decidida y con vocación de poder. Y el carácter radical de la revolución,

ajeno a las discusiones bizantinas acerca de los sujetos históricos abstractos: de los humildes, por los humildes y para los humildes.

Al desatar la guerra revolucionaria en diciembre de 1956, Fidel abrió la brecha para que lo imposible dejara de serlo y el pueblo se levantara, y le brindó un lugar donde pelear a todo el que quisiera convertir sus ideales en actuación. En la cárcel había sido un visionario, ahora comenzaba a ser el líder del pueblo que iba pasando de la simpatía al compromiso y a la participación en la insurrección. Aunque sus fuerzas eran pequeñas todavía, ya era uno de los dos polos de la contradicción principal de un país que a través de prácticas tremendas comenzaba a adquirir una conciencia política revolucionaria.

Todo era sumamente difícil, y cada paso lo fue. Crear el órgano político militar capaz de combatir, crecer y llegar a vencer, y fundar y desarrollar la escuela de la guerra revolucionaria que debía producir individuos nuevos, compañerismo a toda prueba, cuadros capaces para esa etapa y para las que vendrían después de la victoria. Concebir y poner en práctica la estrategia y las tácticas acertadas, cuidar los métodos para mantener limpios los fines, no hacer concesiones que comprometieran la naturaleza de la revolución, e ir consumando su

liderazgo. Sumar cada vez más fuerzas del pueblo, y generalizar la convicción y la decisión de que no bastaría derrocar la dictadura, que la causa y la lucha eran para transformar a fondo la patria, y hacer realidad aquella consigna de “independencia económica, libertad política y justicia social”.

Y en todos esos terrenos y en todas las tareas que conllevaban Fidel fue el maestro, el jefe, el ser humano superior y el que veía más lejos. El 6 de junio de 1958, cuando la gran ofensiva enemiga cernía un riesgo de muerte sobre el bastión de la Sierra Maestra, le escribió a Celia Sánchez que luchar contra el imperialismo norteamericano iba a convertirse en su destino verdadero. Ahora que ya era muy difícil considerarlo un iluso, Fidel avizoraba un enfrentamiento que no parecía inminente, pero que él sabía ineluctable. Pero ahora vislumbraba el futuro con un arma en la mano y una revolución en marcha.

El segundo hecho decisivo fue consecuente con el primero, pero muy diferente a él. La resistencia y la guerra popular ganaron fuerza suficiente, derrotaron y desmoralizaron al enemigo y desembocaron en una victoria completa. En enero de 1959 la Revolución venció a la dictadura y, al mismo tiempo, destruyó los aparatos militar, represivo y político del Estado burgués.

Se hizo realidad aquella frase suya de 1955 sobre la única opción cubana: la tiranía descabezada. Pero en medio de la inmensa alegría, Fidel no se confundió. El día 8 lo dijo, al llegar a La Habana: lo más difícil comienza ahora. Porque el proceso cubano podía transcurrir, como otros, con la restauración de instituciones civiles, estado de derecho y modos democráticos, pero en un progresivo desmontaje de las fuerzas y las iniciativas de la revolución, y de la movilización y la conciencia populares. Y corromperse, dividirse y retroceder, cada vez más parecido al funcionamiento “normal” de los sistemas de dominación, hasta ser uno más entre ellos, en el mejor de los casos con una dominación modernizada.

Entonces sobrevinieron un alud de acontecimientos y un proceso vertiginoso que transformaron muy profundamente a Cuba y a los cubanos, desarmaron, vencieron y les quitaron toda esperanza de recuperación a sus enemigos, y concitaron el entusiasmo y la admiración en nuestra América y en el mundo. Fidel completó durante esta etapa su estatura de líder, fue el principal protagonista de la generación y conducción de los hechos y fue el mayor productor de las nuevas ideas revolucionarias que hasta hacía muy poco habían sido impensables.

Este es el lugar de un aporte supremo en el arte más difícil, el de la revolución verdadera. En Cuba se logró unir en una sola revolución al socialismo y la liberación nacional. Contra el capitalismo industrial europeo y su criminal expansión mundial mediante su colonialismo y su mercado, Carlos Marx y sus seguidores consecuentes desarrollaron una propuesta radical de transformación humana y social, el socialismo, y un nuevo pensamiento, el marxismo. Esta teoría social es la más capaz de proveer la comprensión de todo el capitalismo y brindar ideas acerca de la revolución contra todas las dominaciones, alcance totalizador que se ha convertido en el requisito obligado para los que pretendan crear sociedades nuevas, liberadas. Pero en el mundo que fue colonizado había que asumir el marxismo en sus cualidades y su propuesta creadora, como un instrumento, no como un dogma, y sin actitudes de colonizado de izquierda, para enfrentar la extrema diversidad de situaciones y de culturas. La historia real de las asunciones del marxismo en el mundo que fue colonizado está llena de dificultades y desencuentros entre la cuestión social y la cuestión nacional, que más de una vez han llegado a ser trágicos.

Para vencer frente al nuevo reto, la revolución cubana fue socialista de liberación

nacional. La victoria de la insurrección fue convertida en liberación nacional y social por la unión de una vanguardia que supo utilizar de manera óptima el poder revolucionario y darse cuenta de que la opción más radical era la única viable, y de un pueblo que multiplicó una y otra vez sus acciones y su conciencia, y se volvió capaz de transformarse a sí mismo y a la sociedad. La Cuba revolucionaria logró, por primera vez en este continente, fundir en una sola entidad los más altos valores de la lucha patriótica con los más altos valores de las luchas de clases, un logro trascendental de las ideas revolucionarias conseguido en la práctica de un gigantesco laboratorio social. La trascendencia de esa victoria se apreció enseguida a lo largo de América Latina, y hoy sigue vigente en la cultura de liberación latinoamericana.

La Revolución cubana provocó un avance extraordinario del pensamiento de izquierda, porque lo puso ante la opción de luchar por los ideales de cambio total de la vida y no solo por reformas, de confiar en las capacidades del pueblo y no en determinados sectores de las clases dominantes. Probó que tenía razón y que su conducta era factible mediante sus prácticas, pero también supo exponer sus nuevas ideas y recuperó otras de la mejor tradición revolucionaria. Fidel y el Che pusieron el socialismo y el

marxismo en español desde la América Latina, y lo hicieron decididamente antiimperialista e internacionalista. Rescataron y asumieron la profunda propuesta revolucionaria de José Martí, crítico radical de todos los colonialismos al mismo tiempo que de la modernidad civilizadora, y promotor de una república nueva y una segunda independencia continental. Y rescataron y asumieron el socialismo cubano, que habían fundado Mella, Guiteras y las experiencias radicales de la Revolución del 30. La nueva época revolucionaria convirtió en un hecho natural que los problemas sociales principales fueran los problemas fundamentales para el pensamiento.

Fidel, un hombre muy culto y un gran lector del pensamiento europeo, se transformó entonces en un educador popular, que supo utilizar la más reciente tecnología como instrumento. Incansable, fue el primer dirigente político en el mundo que usó la televisión para llevar a cabo una campaña colosal de concientización revolucionaria de un pueblo entero. Se comenta con sonrisas la extensión de sus discursos, pero es que se trataba de la comunicación del conductor con la masa más humilde de la nación y con los que habían considerado que la política era oficio de demagogos y delincuentes. Fidel es el jefe máximo, pero conversa con

todos y su comunicación es horizontal. Por eso se le escucha siempre con emoción, no solo con la razón, y nadie lo llama por sus cargos, sino solamente por su nombre de pila, Fidel. Es demasiado grande para necesitar títulos.

El Che ha descrito con acierto singular al maestro Fidel en un párrafo de *El socialismo y el hombre en Cuba* (Guevara, 2007 [1965]) que invito a leer, en el que dice que su “particular modo de integración con el pueblo solo puede apreciarse viéndolo actuar”.

En menos de dos años, la vanguardia se fue multiplicando y la mayoría del pueblo abrazó la Revolución, y la explotación del trabajo ajeno, las humillaciones, las discriminaciones y los desprecios dejaron de ser hechos naturales para convertirse en crímenes. Fidel fue el principal protagonista de la gran revolución socialista, que cambió las vidas, las relaciones sociales, los sueños de la gente y de las familias, las comunidades y la nación. Para lograrlo se convirtió, como para todo lo importante, en el conductor, el líder amado, la pieza maestra del tablero intrincado de la unidad de los revolucionarios y del pueblo.

En aquel tiempo la actuación tuvo que consistir, para todos y al mismo tiempo, en estudio, trabajo y fusil. Ahora los individuos de vanguardia se elegían en asambleas y el trabajo

realizado era el mayor timbre de honor. En las grandes jornadas nos unimos todos. Fidel fue –como cantara el poeta– la mira del fusil, y el pueblo todo –como dijera el Che– se volvió un Maceo. La nueva y mayor victoria de Fidel fue que el pueblo entero se cambiara a sí mismo y se armara con nuevas cualidades, valores y capacidades, y la conciencia social confundiera sin temor los nombres de comunista y fidelista. A la sombra de aquel árbol tan frondoso, las conquistas se convirtieron en leyes, y las leyes en costumbres. Y a diferencia de los vehículos corrientes, el carro de la Revolución no tiene marcha atrás. Fidel dijo de manera tajante, hace más de veinte años, que en Cuba no volverá a mandar nunca una nueva clase de ricos.

El antiimperialismo ha sido uno de los rasgos principales de la Revolución cubana, desde el designio que le expresara José Martí a Manuel Mercado en mayo de 1895, porque Estados Unidos ha sido siempre enemigo de la existencia de Cuba como país soberano y libre. Los revolucionarios radicales del siglo XX fueron antiimperialistas, y Fidel heredó la comprensión de ese requisito básico de todo proyecto de liberación verdadera del país y de imperio de la justicia social. No emplearé tiempo en referirme aquí a la sistemática, ilegal, inmoral y criminal política de agresión permanente contra

Cuba que mantiene Estados Unidos desde 1959 hasta hoy, que incluye una supuesta ofensiva de paz desde hace poco más de dos años. El antiimperialismo es una constante permanente de la política revolucionaria cubana.

De Fidel hay que decir que durante toda la vida combatió al imperialismo norteamericano, y supo vencerlo, mantenerlo a raya, obligarlo a reconocer el poder y la grandeza moral de la patria cubana. Pero, sobre todo, enseñó a todos los cubanos a ser antiimperialistas, a saber que esa es una condición necesaria para ser cubano, que contra el imperialismo la orden de combatir siempre está dada, que como dijo un día el Che –su compañero del alma–, al imperialismo no se le puede conceder ni un tantito así. La soberanía nacional es intangible, nos enseñó Fidel, y no se negocia.

El legado de Fidel es muy valioso para combatir confusiones y debilidades que resultarían suicidas, y para denunciar complicidades. Nos ayuda a comprender que Estados Unidos hace víctima a este continente tanto de su poderío como de sus debilidades, como una sobre-determinación en contra de la autonomía de los Estados, el crecimiento sano de las economías nacionales y los intentos de liberación de los pueblos. La explotación y el dominio sobre América Latina es un aspecto necesario de su

sistema imperialista, y siempre actúa para impedir que esa situación cambie. Por tanto, es imprescindible que el antiimperialismo forme parte inalienable de todas las políticas del campo popular y de todos los procesos sociales de cambio.

Desde 1959 en adelante, Fidel fue el mayor impulsor y dirigente del internacionalismo, ese brusco y hermoso crecimiento de las cualidades humanas que le brinda más a quien lo presta que a quien lo recibe. Cuba ha aportado apoyo solidario sin exigencias. Combatientes, médicos, maestros, técnicos, el ejemplo impar de quienes jamás dieron lo que les sobraba, un paradigma revolucionario, con Fidel siempre al frente, audaz y fraterno.

Fidel amplió y desarrolló en muy alto grado el contenido y el alcance de las prácticas y las ideas revolucionarias mundiales mediante el internacionalismo cubano. Sería una iniciativa fecunda recoger y publicar una amplia selección de sus criterios y consideraciones acerca de este tema, cuya importancia es estratégica en la coyuntura mundial que estamos viviendo.

El internacionalismo es, además, la antítesis del bloqueo. Sometiendo a Cuba a esa prueba terrible solamente lograron hacerla más unida y más fuerte en su decisión, más socialista a su sociedad y a su poder revolucionario, más

humana a su gente en la capacidad de ser solidaria y volverse un haz de trabajo, voluntad y amor compartidos, más consciente políticamente frente a todas las circunstancias, hechos, desafíos y necesidades, y también frente a las maniobras más hábiles de nuestros enemigos. La conciencia desarrollada es el escudo y el arma de un pueblo culto, y permite a las personas ser muy superiores a lo que parece posible.

El internacionalismo practicado durante más de medio siglo por cientos de miles de cubanas y cubanos, sostenidos por el amor y la admiración de sus familias y sus paisanos, ha sido y sigue siendo una rotunda victoria sobre el bloqueo. Creyeron que podían acorralarnos y aislarnos, rumiando miserias, y Cuba se ha multiplicado entre los pueblos del planeta, ha sabido darse al acudir a colaborar y a hermanarse con tantos pueblos que no conocíamos, contribuyendo así al desarrollo de una cultura muy superior y ajena a la del egoísmo y el afán de lucro capitalistas. Al mismo tiempo, el internacionalismo nos ha dado mucho más que lo que hemos aportado, en términos de desarrollo humano y social.

No debo extenderme mucho más, para no quitarle tiempo al intercambio, que siempre es tan valioso. Permítanme comentar, o enumerar

al menos, otros aspectos de sus ideas y su trayectoria que me parecen muy importantes a la hora de referirnos a su legado.

- 1) Partir de lo imposible y de lo impensable, para convertirlos en posibilidades mediante la práctica consciente y organizada y el pensamiento crítico, conducir esas posibilidades actuantes hacia la victoria, a la vez que se forman y educan factores humanos y sociales suficientes para poder enfrentar situaciones futuras. Mediante las luchas, los triunfos y las consolidaciones, convertir las posibilidades en nuevas realidades.
- 2) No aceptar jamás la derrota. Fidel nunca se quedó conviviendo con la derrota, sino que peleó sin cesar contra ella. Me detengo en cinco casos importantes en su vida en que esto sucedió: 1953, 1956, 1970, el proceso de rectificación y la batalla de ideas. En 1953, respondió a la derrota del Moncada con un análisis acertado de la situación para guiar la acción y un apego a los fines mediatos para mantener la moral de combate. Cuando todos creían que era un iluso, se reveló como un verdadero visionario. En 1956, frente al desastre del *Granma*, respondió con una formidable determinación personal y una fe inextinguible en mantener siempre la lucha elegida, porque él sabía que era la vía acertada. En 1970, comprobó que lograr el despegue económico del país era extremadamente difícil y tardaría más de lo pensado, pero entonces apeló a los protagonistas, mediante una consigna revolucionaria: “el poder del pueblo, ese sí es poder”. En 1985, fue prácticamente el primero que se dio cuenta de lo que iba a suceder en la URSS, que le traería a Cuba un gran desastre económico y una agravación del peligro de ser víctima del imperialismo, pero su respuesta fue ratificar que el socialismo es la única solución para los pueblos, la única vía eficaz y la única bandera popular, que lo necesario es asumirlo bien y profundizarlo. Entonces movilizó al pueblo y acendró su conciencia, y sostuvo firmemente el poder revolucionario. En el 2000, ante la ofensiva mundial capitalista y los retrocesos internos de la Revolución cubana en su lucha para sobrevivir, lanzó y protagonizó la batalla de ideas, con sus acciones en defensa de la justicia social, su movilización popular permanente y su exaltación del papel de la conciencia.
- 3) La determinación de mantener la lucha en todas las situaciones, cualesquiera que fuesen. Sería muy conveniente considerar

- como concepto a la determinación personal, al estudiar a los revolucionarios, a aquellos que se lanzan a lograr profundas transformaciones sociales.
- 4) Organizar. Esa fue una constante, una verdadera fiebre de Fidel. Ojalá que ese aspecto primordial dentro de su legado no sea descuidado, y sea comprendida su importancia vital.
 - 5) La comunicación siempre, con cada ser humano y con las masas, en lo cotidiano y en lo trascendente. Esta es una de las dimensiones fundamentales de la grandeza de Fidel, y es uno de los rasgos básicos del liderazgo.
 - 6) Utilizar tácticas muy creativas, y estrategias impensables, que eran, sin embargo, factibles.
 - 7) Luchar por el poder y conquistarlo. Mantener, defender y expandir el poder, que es un instrumento fundamental para los cambios humanos y sociales. En términos abstractos se puede discutir casi eternamente acerca del poder, pero solo las prácticas revolucionarias logran convertir al poder en problemas que puedan plantearse bien, y resolverse.
 - 8) Crear los instrumentos revolucionarios y formar a los protagonistas. Tomar las instituciones para ponerlas a nuestro servicio, no para ponernos nosotros al servicio de ellas.
 - 9) Ser más decidido, más consciente y organizado, y más agresivo, que los enemigos.
 - 10) Enseñar y aprender al mismo tiempo, con los compañeros y con la gente del pueblo con la que se comparte, y en cuanto sea posible, con todo el pueblo. Recuerdo que el Che tituló “Lo que aprendimos y lo que enseñamos” (Guevara, 1959) a un texto breve que escribió un mes antes del triunfo, para la prensa revolucionaria. Es una pieza de análisis profundo y previsor, testimonio de la gran escuela que estaban pasando.
 - 11) Ser siempre un educador. Fidel considera que la educación es un elemento fundamental para que el ser humano se levante por encima de sus necesidades y sus propensiones más inmediatas, y se vuelva capaz de actuar con propósitos cada vez más elevados y de albergar motivaciones y valores correspondientes a ellos. Solo de ese modo crecerán los seres humanos y la sociedad socialista, violentado la escasez material y la multitud de obstáculos de todo tipo que se levantan contra ella, y se crearán cada vez más fuerzas y capacidades que desarrollen la nueva sociedad. En la medida en que el pueblo se levante espiritualmente y moralmente, será participante consciente del proceso liberador

y será capaz de todo, complejizará sus ideas y sus sentimientos y enriquecerá sus vidas.

12) Que la concientización y la movilización estén en el centro del trabajo político, no solo para que se cumplan los fines de este, sino para que la política llegue a convertirse en una propiedad de todos.

13) Avanzar hacia formas de poder popular. En un buen número de aspectos de la gran aventura de la creación de la nueva sociedad y la participación en la revolución mundial de los oprimidos, Fidel vivió los afanes y las vicisitudes de los límites que les ponen a la actuación las limitaciones del medio, los obstáculos y los enemigos. La transición efectiva del capitalismo al comunismo, había escrito el joven Marx, no será tan fácil como ganar una discusión conceptual, tendrá que suceder en una etapa histórica a la que el gran pensador alemán calificó de prolongada y angustiosa. Fidel fue el mayor promotor y el abanderado del desarrollo de un sistema de poder popular que gobernara en grado creciente la transición socialista. Desde los inicios de la Revolución estuvo creando y defendiendo experiencias prácticas e instituciones, y exponiendo ideas en ese terreno que constituyen un legado inapreciable. Ese

legado también resulta muy necesario hoy, cuando el capitalismo enarbola su democracia desprestigiada, corrupta y controlada directamente por oligarquías, y les exige a los gobernantes tímidos y a los opositores respetuosos que se atengan a sus reglas como a artículos de fe, una actitud que sería suicida, porque esas reglas están hechas para conservar el sistema de dominación capitalista.

Sería interminable la exposición de la inmensa riqueza del pensamiento político de Fidel. Señalo solo como ilustración su planteamiento en 1969 de que, a diferencia de lo que estimaba el marxismo originario, que el socialismo sería consecuencia del desarrollo del modo de producción que llamamos desarrollado, en la gran mayoría del planeta que fue colonizada el desarrollo tendrá que ser consecuencia de la existencia de poderes socialistas.

Pero debo detenerme. Hay que aprovechar la cantidad enorme de maravillosas historias humanas de Fidel, ese es un regalo inapreciable. Pero no podemos quedarnos ahí: hay que rescatar a Fidel completo, todo su caudal inagotable de cultura política y de línea política revolucionaria práctica, de maestría en la conducción, de cuidar siempre al pueblo por sobre todas las cosas, de mantener firmemente el poder en todas las situaciones y crear y cuidar los

instrumentos del poder, combinar la ética y la política, entender la educación como palanca eficaz para lograr tanto las transformaciones que hacen crecer y ser mejor al ser humano como las que permiten crear el socialismo, defender la soberanía nacional y practicar el internacionalismo. Y muchos aspectos más.

Quisiera, sin embargo, reclamar que no nos quedemos solamente con el legado de su pensamiento, ni con la impresionante suma de su actuación pública. No olvidemos nunca al ser humano altruista que no aceptó gozar de triunfos personales y lo compartió todo con su pueblo y con los pueblos, al individuo preocupado por cada persona con la que hablaba o le planteaba un problema, por los compañeros que colaboraban directamente con él, sin guiarse por los cargos ni los niveles de cada uno. Lo que se publicó en diciembre pasado acerca de este ser humano Fidel es solo la punta del iceberg de su personalidad.

Mil facetas podrían ser evocadas. El austero, ajeno a la ostentación y el oropel, el comandante de abrumadora sencillez para todos los que le conocieron. El individuo infatigable, ejemplo con su actuación que sin palabras de reproche estimulaba a los que se cansaban. El cautivador, presto a gastar su tiempo en cada tarea de enseñar, mostrar o convencer. El dirigente que

sabía escuchar, que no temía oír, y era un temible preguntador. El que recordaba los nombres de la gente común, y les preguntaba por sus familiares. El que era siempre el centro, donde quiera que se presentara, y nunca era el autócrata ante el que hay que bajar la cabeza y obedecer.

Baste añadir que la vida de Fidel es imposible de encuadrar. Y que su última voluntad, retorno después de una vida en el proscenio al magisterio de José Martí, el que dijo que todas las glorias del mundo caben en un grano de maíz, es una lección para que aprendamos a identificar bien la verdadera grandeza.

BIBLIOGRAFÍA

- Castro Ruz, F. 1965 *Proceso al sectarismo* (Buenos Aires: J. Álvarez).
- Castro Ruz, F. 1987 “Discurso en el XX aniversario de la muerte del Che” en *Granma* (La Habana) 12 de octubre.
- Castro Ruz, F. 2001 [1953] *La Historia me absolverá* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Castro Ruz, F. 2017 [1987] “Seremos como el Che” en AA. VV. *Juventud, Memoria y Revolución* (La Paz: Ministerio de Trabajo,

- Empleo y Previsión Social). En <http://www.mintrabajo.gob.bo/Upload/Lecturas/BIBLIO/Biblio_84.pdf> acceso 2 de abril de 2018.
- Guevara, E. Ch. 1959 “Lo que aprendimos y lo que enseñamos” en *Patria*, 1° de enero.
- Guevara, E. Ch. 2007 *El socialismo y el hombre en Cuba* (La Habana: Ocean Sur). [Primera edición: Guevara, E. Ch. 1965
- “Desde Argel para *Marcha*. La Revolución cubana hoy” en *Marcha* (Montevideo), marzo].
- Guevara, E. Ch. 2009 *Palabras sobre el socialismo* (Caracas: Ministerio del Poder Popular). En <<http://minci.gob.ve/wp-content/uploads/2017/10/PALABRAS-SOBRE-EL-SOCIALISMO-octubre-2017.pdf>> acceso 2 de abril de 2018.

LA ESCRITURA Y LA REVOLUCIÓN*

Agradezco a mis compañeros de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) esta oportunidad de compartir en el ciclo comenzado el año pasado, con motivo del quincuagésimo aniversario del triunfo de la Revolución. Estos encuentros son tan positivos, a mi ver, porque los que hablan cada vez no pretenden exponer la historia con mayúscula, ni su interpretación de la Revolución en general, sino entregar sus vivencias y sus ideas acerca de sucesos y procesos en los que participaron, siempre de manera natural y con la imprescindible honestidad. Me ha parecido que lo mejor es que les hable de cómo, dentro de la Revolución, fui

entrando en los oficios intelectuales, desde que comenzaron las cosas hasta 1964.

Soy un hijo de la Revolución, la actividad cívica de toda mi vida ha sido dentro de ella. Me incorporé al Movimiento 26 de Julio cuando Fidel estaba en México, y mi primer escrito para publicación se llamó *Al pueblo y a las Fuerzas Armadas*. Fue días después de la muerte de Frank País, y era un manifiesto que llamaba a combatir la tiranía con los argumentos de entonces, pero además se dirigía a los militares de fila, les explicaba que ellos eran carne de cañón mientras sus jefes eran ricos y ladrones, y los incitaba a abandonar ese campo, pero terminaba con una frase terrible, tomada a Máximo Gómez: “a los que le hagan frente, la Revolución los arrollará con sus briosos corceles, y les pasará por encima”. Como no había mucha división del trabajo, piqué el esténcil, le busqué el papel al pastor bautista que lo imprimió y participé en repartir los manifiestos por el pueblo.

Había amor por las letras, aunque no correspondieran. Nuestro jefe de acción era un

* Palabras del invitado en el Ciclo “La escritura y la Revolución”, de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Sala “Rubén Martínez Villena”, 5 de abril de 2010. Publicado en: Martínez Heredia, F. 2010 “La escritura y la Revolución” en *Si breve... Pasajes de la vida y la Revolución* (La Habana: Letras cubanas - col. ensayo) pp. 9-23.

zapatero sumamente pobre; consiguió, no sé en donde, tres tomos de la *Historia de la Revolución Francesa*, de Thiers; los leía, y como no encontraba otros libros, los volvía a leer, por lo que a veces utilizaba giros jacobinos. Una vez nos planteamos qué medidas tomar cuando triunfara la revolución, pero solo se nos ocurrieron dos: una gran reforma agraria y fundar una biblioteca en el pueblo.

En enero de 1959 vine unos días a La Habana, a cuestiones de la organización. Entre otros recuerdos tengo el de Marel y Manolito Zuzarte, en una reunión en Adoctrinamiento, en la Maderera de la Cencam. Marel nos decía con pasión: “No lo olviden, esta revolución es latinoamericanista”. En Columbia, los rebeldes habían sustituido el nombre de División de Infantería “General Alejandro Rodríguez Velasco” por el de “Capitán Osvaldo Herrera”; en vez de aquella unidad militar, ahora era la Compañía A, que mandaba el comandante Pinares. Desolados por su futuro o simples curiosos, un montón de soldados de Batista caminaba de un lado a otro; al compañero Carlos no le pareció bien que durmiera allí y me llevó a casa de su mamá, en 31 y 42, la primera casa de La Habana en que pernocté.

Después de la asamblea de combatientes del 4 de enero, que me dio una responsabilidad, me convertí en el Secretario Ideológico Municipal,

pero en realidad trabajaba en cosas muy variadas. Una de ellas tuvo consecuencias notables, que conocí cuarenta años después. Pero para mí fue trascendental: a fines de enero, algunos compañeros comenzamos a ocupar fincas de criminales como el exgobernador provincial, y de latifundistas, y a entregarle tierras a campesinos y gente humilde, en cumplimiento de la Ley 3 de Reforma Agraria de la Sierra Maestra. Era de elemental justicia, y era la primera concreción de la posición ideológica que yo tenía: la Revolución tiene que ser contra los norteamericanos y contra los ricos de Cuba. Pero nos criticaron, y al parecer Fidel se disgustó, por la supuesta falta de confianza en que se promulgaría una Ley agraria. En realidad, la gente de abajo confiaba y levantaba la voz al mismo tiempo. Entonces otro compañero del 26 y yo montamos una sede de inscripción en el local del Movimiento, para todos los que aspiraran a recibir tierras. A todo el que llegaba le preguntábamos algunos datos, incluidos qué relación tenía con la tierra –arrendatario, aparcerero, precarista, ninguna–, y cuántos de su familia podían trabajar la tierra. Los inscribíamos en un gran libro de contabilidad que nos conseguimos y, finalmente, les dábamos la mano y le decíamos: “No lo olvide, el Movimiento 26 de Julio le dará la tierra”.

Así inscribimos a novecientos treinta y dos familias. Mi compañero, que después tuvo responsabilidades en la Seguridad del Estado, se frotó las manos un día y me dijo: “¡Qué clase de guerra civil va a haber si no dan la tierra!” El teniente al que le entregamos el libro cuando se constituyó la Zona de Desarrollo Agrario LV-7 se quedó asombrado. Pero ya se estaban multiplicando los asombros, mientras el orden que había regido a Cuba se hacía pedazos.

Mejor renunció a contar lo que iba pasando, porque no terminaría. El centro de nuestra actividad intelectual giraba en torno a qué es la revolución, adónde va, a dónde debe ir. Sacamos un pequeño periódico del Movimiento, creo que en abril: se llamaba *Juventud*. Escribí el editorial, en el que decía, con un recurso aritmético prestado pero con una convicción tremenda: “Cuando ochenta y dos vinieron a traer la libertad para millones, no venían a acabar con siete años de Tiranía, sino con cuatrocientos años de explotación del hombre por el hombre”. Lo interesante es que nunca había tenido nada que ver con los compañeros del Partido Socialista Popular (PSP). Este socialismo era fruto de la posición radical dentro de la insurrección y del pensamiento de los cubanos. No se ha estudiado mucho la ideología de los grupos participantes de 1959, 1960, más allá de las declaraciones y

anécdotas de los dirigentes. Las prácticas eran lo fundamental, pero todo el mundo piensa, y la relación entre ambos tipos de actividad es clave para comprender a cada uno de ellos. Hicimos un enorme trabajo voluntario pocos días antes del 26 de julio de 1959, participaba en todo tipo de tareas organizadas en la defensa. Pero nunca se me ocurrió que era socialista, o que debía declarar que lo era, hasta el verano de 1960.

En mayo del 59 ingresé en la Universidad de La Habana, en la Facultad de Derecho. Fue un cambio muy grande: estudiar sistemáticamente seis asignaturas, escuchar a profesores y tomar notas, leer cientos de páginas. Al principio sentía dolores de cabeza, pero tenía un deseo inmenso de aprender todo lo posible, de conocer. Iba mucho a las bibliotecas y me hice socio de la Circulante en la Nacional, donde también escuchaba música clásica con audífonos. Además, todo eso me iba reteniendo cada vez más tiempo en la capital. Pero cuando vino la caballería campesina de Yaguajay, Félix Torres me buscó y me llevó a El Chico, donde los acampados improvisaban cientos de décimas y esperaban. Camilo apareció con un paquete de fusiles FAL para la primera fila, y dicen que resolvió la falta de astas para las banderas pidiéndoles a los vecinos de la calle Dolores que regalaran los palos de sus escobas.

Los enfrentamientos políticos e ideológicos aumentaron en el transcurso del año en la Universidad. La tensión era tremenda en Derecho. Fui de los que apoyaron la candidatura de Rolando Cubela para presidente de la FEU, por lo que nos llamaban melones; alguien se ensañó conmigo y me apodó Nikita 2. Cada jornada traía por lo menos un suceso, no había un día en paz. La democratización de los sindicatos marchaba, pero el Congreso Nacional Obrero mostró que la unidad estaba lejos aún. En octubre ametrallaron La Habana desde un avión, y en un acto gigantesco Fidel lanzó la iniciativa del armamento general del pueblo, las Milicias Nacionales Revolucionarias. La Universidad estaba realmente a la vanguardia y ese mismo día fundó su Milicia, la Brigada Universitaria. En realidad, yo pertenecía a una Patrulla Campesina, pero apoyaba a la Brigada.

Uno tras otro leía, sin método ni descanso, *Cómo cayó el Presidente Madero*, la *Teoría general...* de John M. Keynes o los treinta tomitos de literatura, ensayos y poesía que vendió Alejo Carpentier en la escalinata universitaria, a diez centavos cada uno. Devoraba cada *Lunes de Revolución*, los numerosos diarios de la capital, que se podían leer en las bibliotecas, y la revista *INRA*. Cada discurso y cada “compañerismo”, naturalmente. Y toda la historia de

Cuba que encontraba. Pero La Habana me abrió el tesoro de las grandes novelas, y entré a saco en él. He escrito que no tengo ninguna vivencia del mes que pasó Sartre en Cuba, porque ni me di cuenta, pero me encantaron *Huracán sobre el azúcar* y la capacidad de pensar que tenía el autor.

Durante 1960 el país se enfrentó a todas las decisiones fundamentales que convirtieron la gran fiesta de la liberación y la gran esperanza de la justicia social en realidades de hechos trascendentales, mientras las personas y los grupos sociales se conmocionaban a un grado tan profundo como difícil de comunicar ahora. Se vio claro el enemigo, en la gran matanza de *La Coubre*, el intento de estrangularnos entre el petróleo y el azúcar, el inicio del bloqueo, la violencia contrarrevolucionaria y las amenazas de invasión. El pueblo bailó sin música la noche de la nacionalización de las empresas yanquis, se lanzó a todas las tareas de su Revolución y a la más importante organización de masas, las Milicias. Entusiasmo, entrega y desgarramientos se daban la mano. Comenzó el final de la pluralidad en las publicaciones periódicas, mientras la escolarización y la cultura se convertían en fenómenos y expectativas de masas.

En medio del calor nos reunimos a solas, en una casa en San Lázaro, un teniente rebelde y

yo. Él era de origen sencillo, del campo, y nuestro tema era aparentemente ideológico. Me explicó que el país estaba siendo llevado hacia el comunismo, lo que sería fatal, argumentó, y finalmente me hizo su proposición: “vamos a alzarnos, con Fidel y contra el comunismo”. Tenía dos carabinas M-1, me dijo. Le expliqué todo lo que pude que estaba equivocado, que esa no era la división principal que vivía el país, que los radicales teníamos que seguir con la Revolución, contra los reaccionarios y los norteamericanos. Fue muy larga la conversación, pero amistosa, y así nos despedimos; él me dijo al final que no iba a alzarse. Me quedé solo en un sillón, y me dije: “Alberto no me engaña, se va a alzar. Pero esto va hacia el comunismo, y Fidel lo está dirigiendo, no está en contra. Yo voy a seguir a Fidel siempre, hasta el final, pero entonces debo ser socialista. Más vale que trate de saber bien qué cosa es el socialismo”. En cuanto al teniente, yo tenía razón. Prefirió seguir a su hermano y, como habrían dicho en mi pueblo, “se desgració”.

Durante la Feria del Libro de 2008 el ICL me invitó a un recorrido que incluía a Manicaragua, en viaje de escritor. Después de una gran jornada con alumnos de secundaria superior, me llevaron al Museo, en una casa de vivienda restaurada y muy bien puesta. La compañera que

hacía de guía, al mostrar la sección dedicada a Lucha contra Bandidos, dijo que comenzaba por Alberto, mi interlocutor de aquella tarde. Fue algo inesperado para mí. Pero pensé en aquel pueblo desbordante de gente que invadía los locales y compraba libros, y en la estación de radio en que un joven periodista local me hizo una entrevista magnífica, y la directora me explicó la programación y cómo luchan para que la señal llegue a todos los puntos de la Sierra que sea posible.

Como los socialistas son marxistas, hice que un ingeniero me prestara el *Manual de Economía Política* de la Academia de Ciencias de la URSS. Logré leer hasta el capítulo “La renta del suelo”. Ahí lo abandoné y pensé que convertirse en marxista podía llegar a ser insoportable. Pero poco después me topé con *El Estado y la revolución* y me lo leí de un tirón. Me encantó la definición de las elecciones para diputados que hace Lenin –“los que van a aplastar al pueblo desde el Parlamento durante cuatro años”–, y el objetivo supremo libertario del comunismo: acabar con todas las dominaciones y asociar a los productores libres. Resolvía mi ideología con la palabra de Fidel, con el Che, con el patriotismo antiimperialista y con las prácticas, pero este Lenin también estaba muy bien.

Sin embargo, no todo en aquellas novedades era bueno. Nacían las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI) y me tocaba pertenecer a ellas. Di una charla de adoctrinamiento en el Ayuntamiento de mi pueblo, y mi posición socialista le gustó al líder municipal que nos habían enviado desde La Habana. Pero en el debate que siguió hice el panegírico de los patriotas de la Independencia, y eso no le gustó. Pidió la palabra, los tachó de pequeño-burgueses e incluyó a Agramonte entre los firmantes del Zanjón. Lo pillé en la falta, creía, y aclaré que el Bayardo había caído en combate cinco años antes. Muy tranquilo, me respondió: “Pero si hubiera estado vivo, lo habría firmado”. Aquella ingenua brutalidad era la punta del iceberg, porque se estaba gestando una deformación del proceso desde la dirección de las ORI que pudo haber sido fatal para la Revolución. El sectarismo comenzaba a crecer e invadir cada vez más terrenos, alentando el oportunismo y la persecución a compañeros. Rechacé esa política, y nunca hice efectivo el traslado que me hicieron para las ORI de La Habana.

Fui artillero de 122 mm, cañón, en los de 76-85 –Artillería Divisionaria– hice hasta los estudios de jefe de pelotón, fui de infantería con el FAL de Occidente, pero en las revoluciones

nadie escoge su destino. Después de declinar el honor de irme a estudiar Economía a los países socialistas, me sumé al llamado del “Plan Fidel”: se necesitaban profesores de Secundaria Básica con urgencia. Sin renunciar a nada de lo que estaba haciendo, pasé el curso de Ciudad Libertad, que fue un hecho crucial para mi vida en varios sentidos. Desde 1959 tenía una especial fatalidad en cuanto a celebrar los fines de año: en 1960 fueron las torres de Radio Progreso y la movilización “del cambio de poderes”. El 30 de diciembre de 1961 me movilizaron y durante tres semanas fui una de las personas que más brigadistas de la Campaña de Alfabetización ha visto. A cada uno le pregunté nombre, edad, dirección, último grado vencido y qué querría estudiar. A unos cuantos los convencí de que con sexto grado todavía no podían estudiar Medicina, que les faltaba solo la enseñanza media. El día de mi cumpleaños me desmovilizaron, pero el Plan de Becas apenas nacía, de manera que en los meses siguientes me tocó pelear con los que vivían en albergues sin ir mucho a clases, atender quejas fundadas de los becarios, mediar en líos de educación sentimental, participar en la formación revolucionaria de los muchachos. Es decir, fui profesor de Estudios Sociales en el Plan de Becas. Y me rendí a la evidencia: viviría permanentemente en La Habana.

Nuestra escuela era un edificio increíblemente grande: las Ursulinas de Miramar. Se le asignaron dos mil alumnos y se le puso “José Manuel Lazo de la Vega”, el nombre de un joven trabajador habanero que había muerto en combate en Girón. El texto de Historia era un folletón muy grueso con muchas ilustraciones y un título sintetizador: *Trabajo y lucha*. No era malo. Me hacía feliz la docencia. Daban superación a los profesores, en algún lugar del Vedado. Allí volví a chocar con el eurocentrismo y el dogmatismo en nombre del marxismo, pero en un ambiente en que se discutía. Además, los discursos de marzo de Fidel nos habían devuelto el alma al cuerpo, el sectarismo fue golpeado muy duramente y comenzó una nueva etapa en organización: la creación paulatina de un partido político que naciera de los trabajadores y el pueblo, y que fuera realmente de la Revolución.

No pensé ser profesor universitario, ni se lo pedí a nadie. Estaba en cuarto año de Derecho y ganábamos la emulación del Ejército de Occidente en la UM-2.254 cuando me seleccionaron para una escuela interna y acelerada, en la que se formarían profesores de Filosofía y Economía marxista. Entré el 3 de septiembre, pero el 22 de octubre se me presentó una disyuntiva entre literatura y revolución que resolví de

inmediato. (Entonces no sabía que me faltaban unas cuantas disyuntivas análogas). Por la tarde el presidente Kennedy anunció que en Cuba había cohetes nucleares, y estalló la crisis. En unos minutos llegó una orden del Director Nacional de Escuelas del PURSC, que el director de nuestra escuela nos leyó a todos. Como dijo Dimitrov, decía, el momento es de “estudiar y estudiar, estudiar y estudiar”: debíamos seguir en la Escuela, sin cambios. También en unos minutos me fui al albergue, recogí mis precarias pertenencias y me fugué de la escuela. Después del usual trayecto en camiones, en el que cantamos canciones verdes por la calle 41 de Marianao mientras el pueblo nos vitoreaba, antes de medianoche estaba en la División Antidesembarco de Occidente, que mandaba el comandante Samuel Rodiles. Comenzamos en la defensa circular de la mayor base de cohetes de Cuba, pero dos días después caminamos lo indecible y nos establecimos en la costa entre Mariel y la base “*Granma*”.

Aprendí mucho en esos treinta y dos días en que no encendimos fuego nunca, pero veíamos hasta treinta y siete navíos norteamericanos por el TP de la batería. Quiero recordar al menos a los jóvenes soviéticos, ajenos a la conducta de su gobierno, que pasaban en camiones sin podernos expresar su solidaridad de

otra manera que con el puño izquierdo alzado y el grito continuado: “*tovarichi, tovarichi*”. O a nuestro compañero Ralph Kinsey, hijo de norteamericanos de Camagüey, que esperó la invasión todo el tiempo con el arma en la mano.

El 1° de febrero de 1963 comenzamos los veintiún jóvenes seleccionados como profesores la labor del Departamento de Filosofía de la Universidad –que ya existía, pero solo tenía cuatro miembros–, que duró casi nueve años. Desde el inicio tuvimos planes de estudios muy grandes y rigurosos, bien organizados y con evaluaciones exigentes. El primer director, el vasco de la Unión Soviética Luis Arana Larrea, tuvo mucho mérito en la formación de esos rasgos de nuestro trabajo. Sabíamos que nos faltaba casi todo y nos aplicamos, sin tregua y con método. Poco antes del cierre del Departamento, en 1971, una comisión del Ministerio de Educación que inspeccionaba la Universidad, presidida por Eduardo Muzio, consideró que teníamos la superación interna más destacada de la Universidad y una documentación muy completa acerca de ella.

El libro de texto era el manual soviético de Filosofía, pero estudiábamos a Marx, Engels, Lenin, monografías filosóficas, Historia de la Filosofía antigua y divulgaciones científicas. Al mismo tiempo, a Martí, la obra de Carlos

Loveira, Mañach, Cintio Vitier. Había estudios individuales, de grupos y generales; todos eran obligatorios, pero uno podía escoger cierto número de materias. En tres grupos de seminarios semanales debatíamos las cuestiones docentes y pedagógicas; había otros grupos para discutir las cuestiones de investigación. Comenzamos a celebrar cursos internos para nuestro personal. Todas esas actividades se mantuvieron hasta el final. Obtuvimos que la Rectoría nos permitiera cursar individualmente asignaturas en todas las carreras, cumpliendo los requisitos del curso, sin aspirar por eso a obtener los grados que daban. Recuerdo que pasé cursos de un año de Literatura Moderna con Alejo Carpentier, de Artes Plásticas con Rosario Novoa, de Historia Moderna con Max Zeuske, y otros. Muchachas y muchachos de nuestro Departamento eran serios alumnos de Física, Química, Cálculo, Psicología y otras muchas materias.

Todo octubre y noviembre de 1963 los pasé en un viaje de estudio, casi todo el tiempo en la URSS, con Arana y Juan Guevara Valdés, miembro del Departamento pero más viejo que nosotros, con el que anudé una fuerte amistad. En Moscú, Leningrado, Kiev y Tbilisi visitamos las cuatro universidades que tenían la Facultad de Filosofía y otras instituciones, reunimos planes de estudios y programas e interrogamos a

fondo a todo el que pudimos. Llené cinco o seis libretas de notas, que se han perdido o fueron destruidas, como la mayor parte de nuestra documentación. Me tomé muchas fotos con Meliujin en Leningrado, donde Rozhin era benévolo con jóvenes que leían a Hemingway y se dejaban la barba a lo Fidel, y se hacían investigaciones “sociológicas concretas”, conocí el conservadurismo moscovita, el nacionalismo georgiano y a un joven esteta ucraniano que sería famoso entre los cubanos veinticinco años después. Y el autoritarismo, en todas partes. Nunca he olvidado la pinacoteca del Hermitage ni el cementerio de Piskariovo, los lugares históricos de la Revolución bolchevique, la personalidad de la ciudad de Moscú y la escasez de varones de edad mediana. Escuché muchos comentarios intelectuales más interesantes que los programas de estudio. Sentí el afecto de la gente del pueblo, y admiración por los sacrificios increíbles que habían hecho. Arana, tuberculoso desde niño, se enfermó y tuvo que volver después. Juan yo pasamos una semana en la RDA y otra en Checoslovaquia, con los mismos objetivos. Nunca más regresé a la URSS.

Ese viaje, gestionado por Arana, fue muy importante para mí. Conocí el extranjero –que es como que le den de ancho a la mente de uno–, un buen número de productos de la cultura de

varios pueblos de Europa y el centro de lo que se consideraba el campo socialista. Adelanté mucho en mi proceso de formación cultural, gané más claridad en varias cuestiones intelectuales y fortalecí mi posición ideológica. Además, antes de tomar el avión de Cubana, Juan y yo hicimos, al pie del famoso caballo, el “juramento de Praga”: nunca nos dejaríamos engañar.

El año siguiente, en el grupo de Filosofía, encontré plenamente mi rumbo y mi posición intelectual, y los temas generales que asumí en los ocho años siguientes; ese conjunto ha estado presente o influido en todo mi trabajo hasta hoy. Arana fue sacado de su cargo, en realidad por un hecho que le era ajeno: la salida de Juan Marinello de la Rectoría universitaria. Nos negamos durante un buen tiempo a admitir al sustituto de Arana, porque no confiábamos en él, hasta que una mañana nos lo trajo el presidente de la República, Osvaldo Dorticós Torrado. El presidente hizo un discurso que nos conmovió. Explicó que el marxismo que se enseñaba en Cuba no era el que necesitaba la Revolución, y que la tarea de nosotros para cambiar esa situación sería sumamente difícil. Dijo que era algo así como incendiar el océano, y que él no sabía cómo lo haríamos. Sus palabras –que nunca se han publicado– nos entusiasmaron. Desde

hacía tiempo nos sentíamos profundamente antidogmáticos, y rechazábamos los numerosos aspectos en que las posiciones ideológicas, políticas y teóricas del “socialismo real”, el movimiento comunista que este orientaba y el llamado marxismo-leninismo contradecían las posiciones y las ideas de la Revolución cubana. Redoblamos nuestros esfuerzos y estudios, emprendimos la erradicación en nuestra docencia de los textos de la tendencia que impugnábamos, asumimos el rescate del pensamiento de Marx, Engels, Lenin y otros revolucionarios marxistas, y las revoluciones en que participaron, y ampliamos bastante nuestro campo de acción.

En ese año estudié página a página los tres tomos de *El Capital*, en el curso que impartían a un pequeño grupo nuestro varios jóvenes profesores de Economía. También descubrí a Antonio Gramsci en los cuatro tomos de *Cuadernos de la cárcel* de edición argentina. Marx y Gramsci revolucionaron mi pensamiento, me dieron instrumentos teóricos y de método, y multiplicaron mis preguntas e intuiciones. Eso mismo produjo en mí respecto a la historia de Cuba la primera edición de *El ingenio*, de Manuel Moreno Fraginals. Además de subrayar y acribillar con notas en pequeña letra horrenda los libros, llené libretas de notas acerca de

ellos. Trataba de comprender la filosofía europea desde mi óptica anticolonial, sin negar por ello sus aportes. En busca de servir al proceso y de darle un suelo social a nuestro marxismo, el Departamento comenzó a participar en investigaciones sobre problemas muy concretos, como cambios en las personas por los cambios en la organización y las condiciones de trabajo, ideas de los presos contrarrevolucionarios, religiones de origen africano o rehabilitación de prostitutas. Como mis compañeros, leía siempre novelas, iba al cine, al teatro y a conciertos. Se nos dio la categoría de profesores auxiliares de quince horas –había una escala de dedicación que llegaba hasta cuarenta horas–, pero aunque les dedicábamos todo el tiempo posible a nuestras tareas, acordamos que nunca aumentaríamos nuestros salarios ni cobraríamos por tareas de nuestro campo que realizáramos fuera del Departamento, acuerdo que cumplimos hasta el final.

Ese año celebramos la Primera Reunión Nacional de Profesores de Filosofía, y en septiembre comenzamos una experiencia muy controlada en los tres colectivos docentes, de dar varios programas experimentales por un curso y discutir y evaluar sus momentos y sus resultados. El grupo “de la calle K” era un hervidero de jóvenes que querían servir a la

Revolución desde su campo intelectual específico y desarrollarse como profesores, investigadores y pensadores. No sabíamos que abríamos un camino muy complejo, sumamente

polémico e inseparable del curso mismo del proceso, que colmaría nuestras vidas en los siete años siguientes. Pero esa sería otra historia.

UN MUCHACHO DEL INTERIOR*

Flaco y verde, trató de matricular Filosofía y Letras aquella mañana de 1959, pero la secretaria de la Facultad –con quien nunca habló antes, ni después– le aclaró que ese título solo servía a las muchachas para hacer un buen matrimonio, y por tanto lo matriculó en Derecho. Así fue, y finalmente me gradué de Doctor en Derecho. Pero también aprobé la mitad de las materias de Derecho Público, y después una buena parte de la naciente Licenciatura en Historia. Todo eso, naturalmente, en medio de un ajeteo tan descomunal que ahora sonrío al recordarlo. Porque hice todos mis estudios universitarios trabajando, y en unos años en que el sueño –y más de una vez la comida–, para decirlo en retórica de barrio, brillaban por su ausencia.

Están muy revueltos mis recuerdos universitarios. Cuántas asignaturas y qué efímeras libretas las de mi primer año, casa de huéspedes, elegir a Cubela presidente de la FEU, ir a El Chico a compartir con los campesinos que habían cabalgado hasta La Habana desde mi pueblo, aprenderme los nombres de las diecisiete calles paralelas que hay entre Infanta y Galiano, y también 10 de Octubre y Goss. Mirar a las muchachas en flor, sin saber que yo lo estaba también. Mantuve de todos modos un pie en Las Villas, hasta la movilización “del cambio de poderes”, del 30 de diciembre de 1960 al 20 de enero de 1961. Yo había pasado “escuelas” militares rudimentarias en 1959 y 1960 –sin desdeñar la pertenencia a la Milicia universitaria, que a varias cosas se pertenecía–, pero en el año 61 nunca hubo tregua. En el 62, poco después de que nuestra UM-2.254 ganó la emulación en Occidente, fui a dar durante un mes a la División Antidesembarco de Samuel Rodiles, desplegados “en la dirección del golpe principal” del enemigo, o dicho más prosaicamente,

* De la edición: Martínez Heredia, F. 2010 “Un muchacho del interior” en *Si breve... Pasajes de la vida y la Revolución* (La Habana: Letras cubanas - Col. Ensayo) pp. 238-241.

a la Crisis de Octubre. Pero ya en ese momento estaba cursando otro tipo de escuela, una de Filosofía marxista, que era interna y muy exigente, por lo que tuve que fugarme de ahí para ir a la Crisis.

Ah, pero no me olvidó del “Plan Fidel” –cuando todos los que éramos dábamos el paso al frente–, por el cual tampoco dormí en 1961, inscribí a miles de brigadistas en Ciudad Libertad durante tres semanas y fui profesor de Estudios Sociales (de Historia, mi materia favorita) todo aquel curso de estreno de las Secundarias de Becas. Era en un edificio inmenso, las Ursulinas de Miramar, pero le pusimos el nombre de un mártir de Girón. Claro, en todos esos lugares fundamos CDR, porque no era solamente en las cuadras. Además, llegué a conocer a fondo la Campaña Anti Aegypti, y seguramente se me han olvidado otras cosas que hice.

Como habrán advertido, tuve que faltar a clase muchas veces durante mis años de estudios, aunque menos que lo esperable, porque realmente me gustaban. Cuando quebró el transporte urbano solía llegar macerado a la Universidad: ¡la Ruta 88! Los amores lejanos no eran factibles. Debo confesar que fui un buen alumno, y que la gran mayoría de los profesores eran de excelentes a interesantes:

me enseñaron algo cada vez que me vieron, y a aprender lo demás me obligaron con sus exámenes. Como todos los estudiantes que se acercan al final, quise terminar de una vez mi carrera, sin saber que a continuación trabajaría en la Colina durante diez años más. Yo la amé más aún en esos años, aunque, como puede suceder, la cosa no terminó bien.

Durante mis estudios universitarios viví unas transformaciones que son únicas en nuestra historia, por su profundidad y porque abarcaron prácticamente a todos los cubanos. Solo el cine ha logrado acercarse con efectividad a la riqueza maravillosa de aquel tiempo, a la angustia de los pozos insondables, a la emoción de los acontecimientos increíbles y sucesivos, a las rupturas terribles, a la risa y la sangre juntos, a actuar, pensar y sentir de otra manera a la que hasta ayer parecía lo natural. Cambiaron el sentido mismo de estudiar en la universidad, lo que pasaba dentro de ella, el uso del tiempo del estudiante, lo que unía a los grupos de amigos, el papel de las nuevas prácticas y convicciones para unirnos y para ocupar nuestras vidas, los claustros de profesores, las relaciones de poder y hasta los planes de estudio. Al graduarme en 1964 estaba muy lejos del mundo en que había vivido durante mi primer curso, como si hubiera comenzado veinte años antes.

En ese momento ya había puesto una gran parte de mis sueños en la Universidad. Me tocó quedarme de profesor en ella, como eran esas cosas, sin intervención del cálculo y casi por casualidad. Pero me enamoré de la causa que abrazamos –porque era una causa, no un empleo–, comprendí su importancia y le dediqué todos los esfuerzos y trabajos que pude, y la mente y el corazón.

Hasta hoy no he tenido tiempo suficiente para sentir añoranza por mis tiempos universitarios. Pero siento tanto placer cuando –de vez

en cuando– regreso a la Colina, camino por sus calles, hablo en un anfiteatro, comparto con los que hacen hoy lo que yo hice, me siento en la Villena, veo a la gente en la Plaza Cadenas, los bancos y los árboles, respiro el aire fresco o miro las columnas hermosas de Ciencias, la señora de piedra, la escalinata que tantas veces bajé y subí, que no me parece cierto que hayan pasado tantos años, y que ya no viva allí. Y es que, saben ustedes, la Universidad me es absolutamente familiar.

TODAVÍA NO HE RECORRIDO LA MITAD DEL CAMINO*

¿Qué decir ahora, cuando han hablado tanto de uno y con tanta generosidad, los que han hecho el elogio y los que han presentado los libros? Me suenan pobres las palabras que podría utilizar para expresar mi emoción y mi agradecimiento a Ana Cairo, Jorge Ibarra, Pedro Pablo Rodríguez, Oscar Zanetti, Tamara Roselló, María del Carmen Ariet, Germán Sánchez, Pablo Pacheco y Julio César Guanche. Les agradezco mucho también a las editoras Pilar Jiménez, Pilar Sa, Teté Blanco y Denise Ocampo, a Aida Bahr, Aymara y demás compañeras y compañeros de la Editorial Oriente, a los diseñadores, correctores, fotógrafos, a los obreros gráficos. Entre todos, ellos convirtieron mis esfuerzos en estos libros.

* El 14 de febrero de 2011 se realizó en La Cabaña el coloquio de homenaje que forma parte de las actividades con aquellos a los que se dedica la Feria Internacional del Libro de La Habana cada año. Estas fueron mis palabras a la hora de agradecerlo. Se publicó en el libro: Martínez Heredia, F. 2015 *A la mitad del camino* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales) pp. 292-295.

Y todo mi agradecimiento al Instituto Cubano del Libro, por el honor desmedido y la oportunidad de tener tantas experiencias hermosas que implica que le “dediquen” a uno la Feria. A su presidenta, Zuleica Romay Guerra, y al pequeño ejército de mujeres y hombres tan gentiles como laboriosos que integran una institución a la que dediqué esfuerzos y me es tan entrañable desde el inicio de su gestación, que forma parte de mi vida intelectual. El Instituto ha sido y es uno de los puntales del edificio de la cultura de la Cuba socialista.

Tengo que reconocer que mi vida intelectual constituye un camino largo y complejo. De sus avatares entre el inicio y la década de los años sesenta he venido dando cuenta en los últimos años, y agregó más elementos en mis libros recientes *Si breve...* (Martínez Heredia, 2010b) y *A viva voz* (Martínez Heredia, 2010a). Soy en alguna medida un individuo de los sesenta, pero espero haber logrado no convertirme en un testimonio o un documento de esa época. Sumé mucho a mi desarrollo intelectual

durante los quince años siguientes, no a pesar de haberme dedicado a otros oficios, sino precisamente por eso. Las vivencias tan enriquecedoras que tuve, lo mucho que aprendí, incontables análisis urgentes que hice, me formaron de otro modo que es muy eficaz también para hacer un investigador social, pero sobre todo acendrarón y desarrollaron mis ideales, me aportaron mucha claridad y firmeza en cuanto a la naturaleza real y las funciones que tiene el trabajo intelectual, y el requisito inapelable de que posea y defienda su autonomía y sus libertades, al mismo tiempo que cumple con sus funciones sociales y su posición política.

Pronto hará veinticinco años que volví a la investigación social como dedicación principal, sin dejar de realizar otras tareas. He elaborado un gran número de escritos y he hablado para los demás muchos cientos de horas durante este último cuarto de siglo.

No es fácil catalogarme en un registro de profesiones (quizás en otros registros tampoco). Al inicio de mi vida cívica me dediqué a cosas prácticas, y al venir a La Habana en 1959 estudié la carrera de Derecho, que me aportó muy valiosos instrumentos intelectuales, disciplina mental y otros hábitos muy útiles, cierta profesionalidad y un horizonte determinado. Pero nunca ejercí el Derecho. Desde el

inicio de 1963 hasta el final de 1971 fui uno de los llamados “filósofos de la calle K”: a mucha honra, como dirían mis mayores. Allí ofrecíamos y hacíamos filosofía, entre otras muchas y diferentes actividades. No añadiré hoy nada a ese tema, el cual comencé a mencionar hace apenas veinte años. Me ha quedado la identificación de “filósofo”, incluso aparece en el plegable de esta Feria a continuación de mi nombre, y la asumo con gusto, aunque no olvido la distinción que establecía Medardo Vitier entre aquellos que son filósofos y los profesores de Filosofía. Sin embargo, nunca la utilizo para calificarme. Quizás he hecho o hago alguna filosofía en mi trabajo intelectual. Debo aclarar que en ese terreno pertenezco desde joven a la escuela de Carlos Marx y comparto la posición de Antonio Gramsci.

Por otra parte, no sin razón se me llama sociólogo. Estudié a los clásicos, hice algún trabajo de campo de esa disciplina y alguna vez impartí docencia. Y aunque en malos tiempos me negaron la oportunidad de optar por ese grado en mi Universidad, he sido electo directivo de la Asociación Latinoamericana de Sociología en uno de sus congresos. Naturalmente, he hecho y sigo haciendo ciencia política. Desde que leí el libro famoso de Keynes, en 1959, se me despertó la necesidad de estudiar economía.

He estudiado a fondo, con gran tesón y provecho, las obras de crítica de la economía que escribió Carlos Marx, pero sobre todo he tratado de conocer los datos y los problemas de la economía cubana, y de someterlos a análisis. Hice un poquito de investigación antropológica, he estudiado lo que he podido de esa disciplina y he sido uno de los partidarios cubanos de la Antropología Social, sin más pretensiones.

Pero la Historia es la dedicación que me enamoró desde que comenzaba a ser un adolescente. He estudiado todo lo que he podido de esa ciencia social y la he practicado con seriedad, desde los años sesenta, unas veces con sistematicidad y otras en las oportunidades que tuve; en estos últimos diecisiete años he logrado que sea la parte más constante de mi trabajo intelectual. No sé qué conclusión saquen los demás, pero quizás porque creo, con Marx, en que la producción científica tiene una dimensión histórica y en que existe una crucial diferencia entre ciencia social y ciencias sociales, más de una vez me he calificado a mi mismo de investigador social.

Está claro que nada de lo que he dicho hasta aquí se entendería si no se tiene en cuenta lo que ha sido en mi vida y para mí la Revolución cubana. No quisiera que la vean como mi más importante condicionamiento: sería insuficiente. Ha sido determinante en mi formación y a lo largo

de mi vida, como individuo y como intelectual, en la elección de mis temas y en las decisiones cruciales de mi vida, en mi posición política y en una gran parte de los valores que porto, en lo que haya obtenido en la brega siempre difícil por salir de la cultura y el horizonte del capitalismo –que es la prehistoria de la Humanidad–, en mi manera de ser marxista y de entender que el pensamiento está obligado a ser crítico y la praxis debe ser la principal creadora.

Al mismo tiempo, soy uno entre tantos cubanos que se han formado y han vivido con una dimensión latinoamericana. Hace más de cuarenta y cinco años que comparto los ideales y el pensamiento de sus revolucionarios, y que estudio sus procesos, sus realidades y sus proyectos. Un buen número de experiencias personales latinoamericanas han enriquecido mi vida y le han dado más sentido, he hecho míos muchos de sus ámbitos, y junto a las causas generales de los pueblos llevo conmigo las vivencias, los recuerdos y la hermandad de personas que me resultan entrañables. Albergó la convicción de que sin esa dimensión latinoamericana no es concebible la consecución plena del socialismo cubano, y de que el internacionalismo no es una actividad altruista, sino algo inherente a la condición de revolucionario y una parte irrenunciable de serlo.

Hoy me han proporcionado todos los miembros de esta mesa grandes satisfacciones, con el recorrido que han efectuado y los criterios y las palabras tan espléndidas que han vertido acerca de mi trabajo intelectual y de mi vida. Al mismo tiempo, me han puesto en trance de reconocerme y ordenar los rasgos principales del trabajo que he hecho, al que le he dedicado una parte enorme de la vida, del sueño, del tiempo que le he quitado a compartir con las personas que más quiero, y al descanso.

No me concibo recibiendo tranquilo tantos honores, satisfecho y por consiguiente terminado, al menos en cierto sentido. La verdad es que siento que todavía no he recorrido la mitad del camino. Si soy demasiado ambicioso, ya se encargará la naturaleza de meterme en cintura. Por mi parte, tengo proyectos muy definidos: el otro día le decía a una periodista que me faltan cinco libros por escribir dentro de

una dirección principal de mis proyectos, pero creo que son más. Tengo cierta claridad en el orden de los pasos a dar para llevar a cabo ese propósito, pero alternándolos con otras tareas intelectuales a las que doy el peso que merecen, y sobre todo con la posición inalterable de participar siempre en la formación de jóvenes. Porque esto último es la apuesta mayor, estimo, que puede hacerse en nuestra sociedad actual, como parte de la insoslayable contienda de ideas y de ideales que vive nuestra Patria.

BIBLIOGRAFÍA

- Martínez Heredia, F. 2010a *A viva voz* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
Martínez Heredia, F. 2010b *Si breve... Pasajes de la vida y la Revolución* (La Habana: Letras cubanas - col. ensayo).

A CUARENTA AÑOS DE *PENSAMIENTO CRÍTICO**

El 22 de diciembre de 2007 se conmemoró en La Habana el 40° aniversario de la aparición de la revista cubana *Pensamiento Crítico*, en el Instituto Cubano de Investigación Cultural “Juan Marinello”. Durante casi cuatro horas, seis participantes de aquel empeño del pensamiento revolucionario de los años sesenta conversamos con más de cien personas, en su mayoría jóvenes deseosos de tomar posesión de toda la memoria del proceso cubano,

* Intervención en la Mesa de Debate “Marxismo y revolución a 40 años de la fundación de la revista *Pensamiento Crítico*”, convocada por el Instituto “Juan Marinello”, la Cátedra “Antonio Gramsci”, *Casa de las Américas*, *Temas* y el Taller “Revolución Bolchevique, historia de la URSS y Cuba. Análisis crítico socialista desde el siglo XXI”. Publicado posteriormente en: Martínez Heredia, F. 2008 “A cuarenta años de Pensamiento Crítico” en *Crítica y emancipación* (Buenos Aires: CLACSO) Año 1, N° 1: 237-250, jun. Finalmente, una versión corregida y ampliada se publicó en: Martínez Heredia, F. (comp.) 2010 *La crítica en tiempos de Revolución. Antología de textos de Pensamiento Crítico* (Santiago de Cuba: Editorial Oriente) pp. 9-19.

para enfrentar con más posibilidades los desafíos del presente y del futuro. Lo que sigue fue mi intervención inicial. Como puede comprenderse, no constituye un análisis general ni una valoración desde hoy de aquella revista y sus circunstancias, sino una información para abrir un intercambio, en una coyuntura cargada del interés y la emoción de un hecho largamente esperado.

En febrero de ese año 2007 –el mes en que se cumplían cuarenta años de la aparición del primer número de *Pensamiento Crítico*– se me hizo entrega del Premio Nacional de Ciencias Sociales.¹ En las palabras pronunciadas al recibirlo, valoré brevemente la revista, lo que a mi juicio significó como parte de la sociedad cubana en revolución y su lugar en el combate de ideas.

1 En la Feria Internacional del Libro 2007, en La Caña, La Habana, 10 de febrero.

A continuación, mi primera intervención en la mesa de debate:

Para mí no es nada fácil esta actividad, porque nunca hablo mucho de esto. Al inicio de 1966 fui uno de los fundadores del mensuario cultural *El Caimán Barbudo*, alianza fraternal entre el grupo al que pertenecía y algunos poetas, para tener un órgano de expresión propio. En 1996 me invitaron a una reunión con los fundadores, pero no me daban la palabra –otros compañeros eran muy entusiastas–, hasta que Guillermo Rodríguez Rivera dijo: “¿Por qué no dejan hablar a Fernando, que hasta ahora está callado?” Y les dije: “Yo sé estar callado. Incluso he estado veinte años callado”. Lo cual no es una expresión poética, se corresponde con la realidad. Por eso les decía que no me es fácil.

No me haré el ingenuo diciendo que nosotros no sabíamos lo que estábamos haciendo. Sí sabíamos lo que hacíamos. Pero no creíamos que tuviera la importancia que tuvo. Cuando uno está metido en cuestiones de lucha, lo que hace es luchar. En enero pasado, con motivo del Premio Nacional de Ciencias Sociales, me preguntaron sobre la revista *Pensamiento Crítico*, y dije que no nos planteamos qué llegaría a ser, sino que la hacíamos.

La revista fue el órgano de uno de los grupos revolucionarios de aquellos años sesenta,

“el grupo de la calle K” –K 507, en El Vedado–, el Departamento de Filosofía. Saverio Tuttino, corresponsal de *L'Unità* en La Habana, publicó un artículo en la principal revista cultural comunista del mundo de entonces, *Rinascita*, llamado “*El Caimán Barbudo* habla de filosofía”, que comenzaba así: “Muy cerca de los viejos muros de la Universidad de La Habana, pero convenientemente fuera de ellos, está el Departamento de Filosofía [...]” Eso tampoco era una imagen. Formalmente éramos de la Universidad, pero realmente nuestra posición era independiente, porque era imprescindible que así fuera. La revolución cubana no cabía, ni en sus realidades ni en sus necesidades, dentro de los marcos que existían para las revoluciones. Eso hacía que, en la práctica, fuera una herejía. Pero era necesario que fuera una herejía también en el pensamiento. Cuando ya funciona, el capitalismo siempre sigue funcionando; se autocorrije, incluso se alimenta de lo que un tiempo fueron rebeldías contra él, para renovar su hegemonía. El socialismo funciona de otra manera, específica; no es la continuación de una evolución del capitalismo. Eso lo tuvimos que aprender una y otra vez; después se ha olvidado, pero sigue siendo cierto. El socialismo parece monstruoso: es la pretensión de que la gente deje de regirse por

el dinero, por el egoísmo, por el individualismo: pretende crear personas y relaciones sociales nuevas.

La revolución cubana realizaba unas prácticas extraordinarias, pero no tenía un pensamiento organizado, estructurado, que pudiera satisfacer aquella necesidad. La transición socialista –que es como le llamo a esta época, porque el comunismo solo puede ser mundial– no puede vivir si no es capaz de pensar lo que quiere hacer; planear, inclusive, algo de lo que quiere hacer, aun si después no le sale bien el planeamiento. Y sobre todo está obligada a inventar, crear, ser original: a no imitar. Eso era muy duro y difícil. El Che había emprendido una campaña muy radical en el Ministerio de Industrias y en el conjunto de su actividad, una conspiración dentro de la propia revolución. Su Sistema Presupuestario de Financiamiento era solo la punta de un iceberg. ¿Cómo hacer que el pensamiento de Cuba fuera idóneo para empujar a la revolución hacia adelante, para forzarla a revisarse ella misma, autocriticarse, renovarse, cambiarse, ser superior? Y a la vez, ¿cómo multiplicar las fuerzas con que contaba, que eran tan pequeñas, comparadas con las fuerzas del imperialismo, o con las del capitalismo mundial y las capacidades que ejerce sobre cada persona?

De esas necesidades y desafíos nació *Pensamiento Crítico*. Es un punto nada más dentro de aquel momento. Afortunadamente, nos dimos cuenta de lo que debíamos hacer. Por eso dije al inicio que no éramos ingenuos. Muchos compañeros buenos no se dan cuenta de lo que tienen que hacer. Hacen lo que les dicen, lo que está por hacerse o lo que creen que es correcto. No está mal, pero así nunca se solucionan los problemas fundamentales. Al menos, nosotros comprendimos lo que era necesario y –como corresponde– tratamos de hacerlo. En alguna medida, no tan grande, lo logramos. Uno de los logros que precisábamos era el de multiplicar nuestra influencia y comunicación, porque esto no podía ser para un grupo. Me hace muy infeliz constatar como en la actualidad hay en Cuba élites formadas por personas profundas que saben mucho y abrigan buenas ideas e intuiciones. Pero al mismo tiempo existe una masa enorme de la población que consume productos culturales verdaderamente lamentables. Eso da lugar a una división profunda.

El primer paso que dimos no provino de nosotros, nos expandió súbitamente y nos marcó. A inicios de noviembre de 1965, Fidel invitó a nuestro grupo a acompañarlo en una subida de universitarios al Pico Turquino. La noche del 7

de diciembre visitó la calle K y nos habló de una tarea urgente, indispensable para el país: producir en Cuba libros de calidad, tomados de donde existieran, que sirvieran para el salto gigantesco que había que dar en educación y conocimientos. Fidel nos dio la tarea de materializar ese salto, y la asumimos con una enorme disposición y conciencia, que era casi lo único con que contábamos para hacerlo. El Departamento entero trabajó día y noche, sin dejar de realizar ninguna de las labores que ya hacíamos; en la propia casa de K 507 pusimos las “oficinas”, y el primer almacén. Así nació Edición Revolucionaria, que a inicios de septiembre de 1966 se convirtió en el Instituto del Libro de Cuba. En aquellos años “fusilamos” los derechos de autor de un gran número de libros extranjeros que publicamos. Es decir, no les pagábamos nada. Ahora se estima que los derechos de autor son una de las cuestiones fundamentales del capitalismo actual, y numerosos especialistas estudian ese tema. Nosotros los fusilamos, sencillamente, y no pasó nada. Entre otras cosas, porque nadie tenía ninguna soberanía sobre nosotros. Algún provecho le sacamos a ser un pequeño país libre. Buscamos lo más reciente de las ciencias y lo publicamos en Cuba. Los alumnos y los profesores cubanos dieron un salto tremendo en sus posibilidades y en sus conocimientos.

Con *El Caimán Barbudo* tuvimos la rotativa de un diario para salir una vez al mes, con tiradas grandes. Pero *Pensamiento Crítico* fue un paso decisivo. Lo que nos planteamos entonces fue: “Vamos a hacer una revista ‘seria’, más grandota, que influya de otro modo”. A fines de 1966 organizamos y comenzamos aquel trabajo. El primer título que pensamos era muy desabrido –*Revista de Revistas*–, por suerte no se llamó así; respondía a la idea de hacer una revista para publicar lo más interesante que encontráramos por ahí, propósito que fue superado enseguida. Discutíamos mucho. *Pensamiento Crítico* fue un nombre feliz, porque atañía a las cuestiones fundamentales: al pensamiento y a la crítica. No es que fuéramos brillantes; nos alivió tener al fin un título. Lo que sucede es que después la gente se acostumbra a ver el logo, pero lo que dio fuerza a ese título fue lo que se hizo.

El primer número se editó en cuatro mil ejemplares, desde el 2/3 pasamos a seis mil, y desde el número 5 a diez mil. Rápidamente subimos a quince mil ejemplares mensuales, que no es poco, y en esa cifra nos mantuvimos hasta el final. A la librería “Lalo Carrasco”, del Hotel Habana Libre, le servíamos una gran cantidad, y se acababa en 24 horas. Nuestra tirada se agotaba. Hoy día nadie tira esas cantidades; *Temas*

tira tres mil, *Casa* igual. Asumimos directamente la mayor parte de la distribución para lograr que esta fuera eficiente; aunque el sistema de distribución de entonces, con muy pocos trabajadores, era más eficaz que el que vino después. Cuando creamos Edición Revolucionaria se llevaban a cabo esas tareas con solo cuatro personas. No los abrumaré con el sistema de distribución de la revista, por lugares, en librerías, por suscripciones. Teníamos también una notable distribución legal e ilegal en América Latina. Por ejemplo, en Colombia era legal, a pesar de la guerrilla y la represión; en Uruguay era ilegal, porque aunque era una democracia, la quemaban en la propia Casilla Central de Correos. En Cuba se vendía al público en La Habana y en varios puntos seleccionados del país, como las Universidades de Oriente y Las Villas y algunas ciudades; en el resto de Cuba no la vendíamos, para evitar perder ejemplares por mecanicismos en la distribución. Pero aceptábamos toda solicitud de suscripción que no fuera de La Habana, lo que permitía suscribirse a las cubanas y cubanos “del interior”.

Con *Pensamiento Crítico* nuestro grupo hizo realidad su propósito de comunicarse muy ampliamente. ¿Qué comunicábamos? Nuestra idea era presentar y difundir los problemas principales del pensamiento, que debían referirse a

o guardar relación con los problemas principales de la práctica. Por eso el tema de los movimientos revolucionarios fue una línea principal de la revista. Los tres primeros números se dedicaron a los movimientos revolucionarios de América Latina, África y Asia. Esa línea se mantuvo siempre. Por cierto, el diseño gráfico de la revista –en portadas y en interiores– fue de vanguardia y desempeñó papeles sumamente importantes; valdría la pena dedicarle un intercambio a ese aspecto: el diseñador de los once primeros números fue nada menos que Alfredo Rostgaard. Aquí estamos proyectando al menos un grupo de portadas, para dar una idea; la última que vimos expresaba, en su lenguaje pop, la identidad y la decisión de combatir de un guerrillero palestino.

El primer número se iniciaba con un texto de sociología de Camilo Torres Restrepo –el cura colombiano guerrillero en el ELN, que había muerto en combate en febrero de 1966–, llamado “La violencia y los cambios sociales”. El segundo artículo, “La revolución verdadera, la violencia y el fatalismo geopolítico”, era del venezolano Fabricio Ojeda, presidente de la Junta Patriótica que junto a un grupo de militares derrocó a la dictadura de Pérez Jiménez en 1958, comandante guerrillero del FLN/FALN asesinado en julio de 1966. El tercer autor firmó

con un seudónimo, Américo Pumaruna. En realidad era el peruano Ricardo Letts Colmenares, de la dirección de Vanguardia Revolucionaria, un compañero que aún vive, que analizaba los movimientos insurreccionales recientes de su país. Lo precedía una Nota de la Redacción muy dura, contra su posición, argumentos y criterios generales sobre la lucha armada, a los que nos oponíamos. Pero lo publicamos, y ocupa la tercera parte del número. Porque si nada más existe lo que pensamos nosotros, estamos perdidos. Entre otras cosas, porque es mentira que siempre se tenga toda la razón. El cuarto era un análisis de gran calidad, del guatemalteco comunista Julio del Valle –no era su nombre verdadero, lo mataron después–, acerca de la tendencia conservadora de su partido, contra la vía armada y socialista de la revolución guatemalteca. He explicado este en detalle, porque fue nuestro primer número.

De inmediato comenzamos con otro género que también era fundamental: la teoría. Sobre todo el pensamiento social, aunque no solamente. En el segundo número, dos autores debatían acerca de si el arte es o no una forma de conocimiento. Y en un tercer artículo se explicaba quien era Antonio Gramsci. Sin ser una revista teórica –calificativo que se ha utilizado con ella–, *Pensamiento Crítico* publicó un

gran número de textos teóricos; varias veces ocuparon y fueron el tema de la sección principal, pero en la mayoría de los números apareció alguno. Siempre fueron seleccionados con el ánimo de cubrir los campos de pensamiento y ciencias sociales desde una concepción crítica, ayudar al desarrollo del marxismo y satisfacer la necesidad de formación teórica que era tan sentida entonces.

Otra dirección que consideramos imprescindible eran las investigaciones acerca de las estructuras, el sistema de dominación, las clases sociales y otros temas importantes de América Latina. El continente se estaba pensando a sí mismo, y la revista participó de lleno en esa aventura intelectual. Si revisan la colección encontrarán una multitud de textos de los más disímiles asuntos y especialidades, desde diferentes perspectivas. Cierta número de las tesis principales que se manejaron en aquella época llegaron a un público amplio a través de *Pensamiento Crítico*. Junto a los contingentes de luchadores que conocimos –con varios de ellos entablamos relaciones entrañables–, teníamos muy activas y cálidas relaciones con los estudiosos que estaban produciendo un salto en el conocimiento del continente y en los instrumentos de ciencia social desde América Latina y el compromiso real con la causa revolucionaria.

Le dedicamos un gran espacio a la historia del pensamiento cubano, desde una posición forzosamente hereje. En el grupo de la calle K nos planteamos que era ineludible abordar y comprender la historia de Cuba según las luchas de clases. No fue porque estuviéramos empachados de “marxismo-leninismo”. No hay nada más lejano a ese supuesto marxismo-leninismo que las luchas de clases. Durante los casi cinco años que duró la revista publicamos gran número de textos de pensadores cubanos revolucionarios, documentos, fragmentos de entrevista, presentaciones y editoriales de la revista y trabajos de investigadores. Uno de estos podría haber impulsado una línea de trabajo de Historia, “La revolución pospuesta”, de Ramón de Armas; una de sus tesis debió esperar casi treinta años por un segundo libro que la continuara y profundizara, el de Ibrahim Hidalgo sobre la Revolución del 95. La tesis de Ramón era que mientras los cubanos iban ganando aquella guerra, iban perdiendo su revolución. El Centro de Estudios Martianos honró esa obra hace algunos años con una nueva edición del texto original que apareció en *Pensamiento Crítico*. El número más extenso de la revista – el 39, con 432 páginas–, dedicado íntegramente a la Revolución del 30, fue fruto de un trabajo descomunal que aportó mucho acerca de la

menos conocida de las revoluciones cubanas. Su carácter polémico acarreó consecuencias trascendentes.

No seguiré detallando, porque haría muy larga esta exposición. Lo cierto es que emprendimos una tarea tremenda. Hace un tiempo encontré uno de esos escritos en que de manera sintética alguien da cuenta de lo que se está haciendo; era acerca de la revista, y me impresionó. *Pensamiento Crítico* se convirtió pronto en un complejo de actividades. La básica era sacar una revista mensual de 224 páginas, velando por la buena selección y la calidad de los trabajos. Los problemas de fabricarla llegaban a ser angustiosos. Entonces todo era en impresión directa, lo que quiere decir con plomos, galeras, planas, grabados sobre madera. Para ustedes lo anticuado es el offset. Yo tuve que aprender inclusive que un operario puede componer en plomos en doce minutos una galera de medida 20 –es esta que ven aquí–, que equivale a dos páginas y media de la revista. Esto era para evitar que los compañeros de la fábrica me engañaran al fijar los días que necesitaban para producirla, algo que ellos intentaban para cubrirse respecto a los problemas que confrontaban por falta de papel, de tinta, apagones, roturas de las máquinas, que eran muy viejas. Recuerdo que había

linotipos de 1916. La gran escasez material y la inexperiencia eran casi nuestro distintivo.

Otro aspecto era crear y mantener la infraestructura. Nos donaron enseres y materiales. Incluso algunos compañeros revolucionarios sustrajeron equipos de sus centros de trabajos para que pudiéramos tenerlos en la revista. Es decir, hicieron algo feo, pero por una buena causa. Hacíamos acuerdos de traducción con los mejores traductores que encontrábamos, tratando de pagarles lo menos posible. Con trabajo voluntario se hizo prácticamente todo. Solo había dos o tres trabajadores pagados: una secretaria, el diseñador y por tiempos un auxiliar. Todas las demás tareas y responsabilidades eran voluntarias, no pagadas. Del pequeño equipo del Consejo de la revista, José Bell Lara, Aurelio Alonso y yo somos los sobrevivientes de los que estuvimos desde el principio hasta el final. Nunca olvidaremos a Mireya Crespo, del grupo de K, infatigable trabajadora entregada a las tareas de la revista, que formó parte del Consejo en los diez últimos números. También miembro de K, Jacinto Valdés Dapena trabajó en la revista unos tres años; muy laborioso, responsable y con una gran calidad. Sigue teniendo una vida muy activa, es un investigador muy distinguido; pide que lo disculpen, porque hoy es el Día del Educador y debe estar en una

escuela de su Ministerio. Entre otras tareas, Jacinto llevaba el canje, con 92 publicaciones extranjeras, creo recordar que al final eran 103. Esto ampliaba nuestra influencia, nos daba acceso a una gran masa de información y servía de varias maneras a la calidad de la publicación.

La búsqueda, lectura, discusión y selección de artículos involucraba una masa inmensa de textos, de la que solo una fracción se publicaría. La fatigosa revisión de las galeras y las planas, y cualquier otra tarea –y eran de muchos tipos–, todo se hacía con trabajo voluntario. La mayoría del trabajo lo hicieron compañeras y compañeros del Departamento de Filosofía, como Delia Luisa López, Marta Núñez. Pero mejor es no mencionar nombres, para no olvidar a tantos que trabajaron tanto. Claro que a todos beneficiaba leer y valorar aquella masa de trabajo intelectual, conversar con visitantes o escucharlos, tener vivencias más allá de los libros, pero todo era en tiempo extra respecto al cúmulo de labores y exigencias del Departamento, las dificultades cotidianas y las demandas que la vida les hacía a aquel grupo de jóvenes. En cuanto a derechos, en cinco años solo le pagamos a un autor, un amigo latino escaso de fondos.

Hacer de *Pensamiento Crítico* un centro de trabajo que participara en la actividad

internacional de la revolución fue una tarea muy grande. Atendimos a centenares de extranjeros, uno a uno y de manera organizada, por una vez o dándole continuidad a la relación, y al hacerlo combinamos nuestros intereses intelectuales con objetivos de órganos estatales o partidarios cubanos. En coordinación unas veces con el Departamento de Filosofía, pero la mayor parte como actividad de la revista. La mayoría de esos extranjeros eran intelectuales, otros se dedicaban a otras cosas. Mantuvimos relaciones con personas e instituciones cuyo trabajo era destacado e influyente, como los de *New Left Review*, del Reino Unido, con *Monthly Review*, y otros de Estados Unidos, con los comunistas italianos –que tenían varias publicaciones de buena calidad–, con *Les Temps Modernes*, de Francia, con un número enorme de publicaciones latinoamericanas, desde *Punto Final* de Chile hasta muchas otras que eran pequeñas y muy poco conocidas. Confeccionamos un amplio fichero de publicaciones extranjeras, y otro de personalidades, realmente más pobre.

En la medida en que nos era posible, colaborábamos con actividades nacionales desde nuestra especificidad. Como *Pensamiento Crítico* se hizo tan conocida, teníamos acceso más fácil a eventos y otros acontecimientos

intelectuales, y eso ampliaba nuestra esfera de influencia ideológica y cultural en Cuba. Me han preguntado alguna vez por qué no publicábamos mucho acerca de los temas y problemas nacionales de aquel momento. En realidad sí lo hicimos en cierta medida, pero no era un objetivo principal de la revista. Participábamos activamente en las cuestiones de la Cuba en que vivíamos, precisamente a través de la revista, sus contenidos y su posición.

La publicación tuvo un impacto muy sostenido y una influencia grande en América Latina. Eso era obvio en aquellos tiempos, y en las décadas transcurridas hasta hoy he conocido un gran número de testimonios y de hechos que ratifican ese aserto. Los revolucionarios tuvieron en gran estima a *Pensamiento Crítico* y la utilizaron bastante, los intelectuales que estaban aportando tanto a las investigaciones y el pensamiento social encontraron en ella un vehículo, y contingentes de lectores la buscaban y leían. En menor medida, también tuvo influencia en otras regiones.

Pensamiento Crítico tenía una política editorial. Ella estaba lejos de ser perfecta, pero siempre sabíamos lo que queríamos. Discutíamos a fondo y de manera organizada en el Consejo de Dirección cada tema principal de un número y la mayor parte de los artículos,

y debatíamos y llegábamos a acuerdo sobre los problemas que a nuestro juicio lo merecieran. Igual sucedía con el diseño y con la ejecución de las tareas tan diversas de la publicación. Teníamos normas y reglas para las operaciones, hacíamos planes y tratábamos de cumplirlos.

En aquellos cinco años, *Pensamiento Crítico* fue una dedicación principal de mi vida, aunque de ningún modo la única. Me acostumbré a dormir poco y a ser sistemático. Aunque casi no lo expresaba, viví esa etapa con tanta entrega y pasión que no me es difícil rememorarla.

CUBA Y EL PENSAMIENTO CRÍTICO, POR NÉSTOR KOHAN*

Néstor Kohan (NK): *Vos fuiste el director de la revista Pensamiento Crítico. ¿En qué consistió este proyecto intelectual cubano y qué balance haces de él hoy en día?*

Fernando Martínez Heredia (FMH): *Pensamiento Crítico* es el resultado de las necesidades que sentíamos a mediados de los años sesenta muchos jóvenes cubanos (seguramente no solo jóvenes, hablo por mí que era muy joven entonces) de conocer más el

pensamiento que nosotros considerábamos revolucionario. Pero no solo el pensamiento revolucionario, sino el pensamiento social en su conjunto. Sobre todo latinoamericano, africano y asiático, pero también del resto del mundo. Es decir, el pensamiento social del mundo, en una coyuntura que ahora es muy fácil de identificar con una expresión: “los sesenta”. Nosotros no la identificábamos tanto, porque la estábamos viviendo. Entonces parecía que la revolución, como en Cuba, podría estar a la vuelta de la esquina en otros muchos lugares.

Parecía que el triunfo de los oprimidos del mundo estaba no al alcance de la mano, pero sí después de una previsible larga lucha, al alcance histórico. Era una situación muy diferente de la actual. Quienes constituíamos *Pensamiento Crítico* éramos un pequeño grupo ligado a la docencia universitaria de filosofía en La Habana. Habíamos sido seleccionados, después de pasar una escuela intensa y brevísima, para explicar la filosofía

* El 19 de enero de 1993 me entrevistó en La Habana el argentino Néstor Kohan, estudiante de Filosofía. Con este título la publicó *Dialéctica. Producción intelectual estudiantil* (Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA) N° 3-4, octubre de 1993. Fue reproducida, por iniciativa de su director Frei Betto, en *América Libre* (Buenos Aires) N° 5, junio de 1994; y en *Debates Americanos. Revista semestral de estudios históricos y socioculturales* (La Habana: Universidad de La Habana) N° 1, enero-junio de 1995. Finalmente, fue editada en: Kohan, N. 2010 “Cuba y el pensamiento crítico (Entrevista a Fernando Martínez Heredia)” en Martínez Heredia, F. *A viva voz* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales) pp. 5-29.

del marxismo, que era nueva en nuestras universidades y en nuestro país en escala masiva. El marxismo en Cuba tenía una historia relativamente larga, pero masivamente era asumido desde hacía solo tres o cuatro años. Nos sentíamos sobre todo revolucionarios en la práctica. Veníamos de una revolución muy joven y compartíamos la idea de que uno no es revolucionario por ser marxista, sino por actuar y por sentir como tal. Entonces la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC), que comenzaba también en esa época, tenía un diario, *Juventud Rebelde*, en cuya página cultural algunos de nosotros habíamos publicado. Ese empeño pronto se amplió con la creación de un mensuario cultural llamado *El Caimán Barbudo*, que comenzó a salir a inicios de 1966, dirigido por un compañero nuestro. En el verano de ese año nació la idea de una revista. Nos costó muchísimo trabajo bautizarla.

NK: *¿Qué orientación iba a tener la revista?*

FMH: La idea era hacer una revista que fuera capaz de expresar las posiciones de jóvenes revolucionarios cubanos y las de la Revolución cubana en su conjunto, sin ser un vehículo oficial de ella. A nosotros no nos interesaba para nada, ni nos planteábamos la idea de ser un vehículo oficial, aunque éramos absolutamente

militantes. Y que sirviera para dar elementos de información y de estudio –entonces estudiar se consideraba un deber revolucionario– a todo el que quisiera, acerca de todo lo que tuviera interés en el mundo de las luchas sociales y políticas, pero sobre todo del Tercer Mundo, y dentro de él, de América Latina. A fines de ese año logramos constituirnos como un colectivo, en el cual ninguno de nosotros era profesional, ni de la edición de revistas ni tampoco porque cobraríamos. Trabajábamos como profesores, investigábamos. Hacíamos de todo y sin ningún respeto por los horarios de trabajo ni por los días de asueto. Y así se logró sacar a la calle el primer número en febrero de 1967. El editorial de ese número da una idea de lo que pretendíamos.

Éramos lo que hoy se llamaría “heterodoxos”, entonces se los llamaba “herejes”. ¡Pero es que la Revolución cubana era una herejía! Es decir, que no nos considerábamos herejes, sino que nos era natural la posición que teníamos. De todos modos, no para todo el que se llamara marxista éramos dignos de aplauso. Había opiniones diferentes a las nuestras, incluso algunas virulentamente diferentes. Esas diferencias podían abarcar los criterios más generales que se tenían acerca del desarrollo social y no solo referirse

a temas específicos o a la discusión de un texto u otro del marxismo. Problemas acerca de cómo tendría que ser la revolución en el mundo. Estas eran para nosotros las características de la revolución: anticapitalista, antiimperialista y de liberación nacional, basada en la coordinación internacional de los revolucionarios y el internacionalismo primando sobre la razón de Estado; procesos de gran cambio cultural continuado de las personas, de exaltación de las posibilidades de la acción consciente y organizada cada vez más masiva para ser liberadora y creadora de socialismo, en los que la actividad revolucionaria sistemática sería capaz de subvertir las llamadas “condiciones objetivas”. Decíamos que la revolución, como revolución contra el capitalismo y de liberación nacional a la vez, era posible y era factible; que el poder revolucionario como cambios sistemáticos de las personas, como sucesivas revoluciones de la revolución, como creación cultural ajena y opuesta al capitalismo, era posible. El triunfo de los vínculos de solidaridad, el fin de todas las relaciones de dominio de unas personas sobre otras y no solo de la explotación del hombre por el hombre, era el objetivo de la lucha y del poder socialistas. Esos eran los parámetros. No eran privativos nuestros.

Nosotros nos sentíamos representantes de la corriente más profunda de la Revolución cubana.

Eso tratamos de hacer en *Pensamiento Crítico*.

NK: *¿Pero cuál era su contenido principal?*

FMH: Tenía una parte temática y una parte miscelánea. La parte temática del primer número fue sobre las luchas revolucionarias en América Latina; sobre ellas en África y en Asia fueron las del segundo y el tercero. Eran como una carta de presentación.

En la parte temática del primer número, uno de los cuatro artículos era de un compañero peruano con cuya posición nosotros estábamos en desacuerdo. Esto tenía que ser distintivo, creíamos nosotros, de la revista. Que sin pretender “neutralidad” u “objetividad”, lograra ser un vehículo para pensar. Y el ejercicio de pensar no podía tener las mismas reglas que la acción militar o la unidad de acción para un revolucionario. Para todos, también para un revolucionario armado, pensar es un ejercicio indispensable, si se quiere subvertir el orden existente. Éramos hijos, y actores, de un tiempo de desafío y de búsqueda, en que el capitalismo mundial y su neocolonialismo adolescente fueron desnudados, acusados y combatidos, pero también en el que

el socialismo establecido fue sometido a juicio desde la revolución y la cultura de protesta. El orden existente era de dominación, elaborado y poderosísimo en los países donde el capitalismo dominaba, que eran los más. Pero también era de dominación y de alejamiento del proyecto allí donde se había iniciado el grandioso intento de abatir el capitalismo y crear bases para un mundo nuevo, comunista. Si se trataba de una lucha tan difícil, lo que nos podía hacer invencibles junto a la actividad y la consecuencia revolucionarias era la capacidad, la inventiva y la flexibilidad implicadas en el ejercicio de pensar. De pensar como revolucionarios y, por lo tanto, de no eliminar *a priori* otros criterios ni los conocimientos obtenidos por otros, de no viciar la política de principios con la intolerancia, de no utilizar los calificativos como insultos. La revista se reconocía a sí misma como un tipo de trabajo específico dentro de aquella línea general y de estas necesidades del pensar. Creo que a pesar de sus manifiestas insuficiencias consiguió desempeñar su papel.

NK: *¿Cuánto tiempo existió?*

FMH: Unos cinco años, desde su incubación en 1966 hasta agosto de 1971. Si alguien hiciera un estudio sistemático de la revista y clasificara los artículos, vería que aquellos que se

refieren a la situación económica, política y social de América Latina y a las luchas políticas, incluidas las revolucionarias en este continente, son el grupo mayor.¹ También podría encontrar en cuanto a África y Asia un gran número de trabajos.

Pero encontraría también mucho de lo que en aquellos años considerábamos más importante de Estados Unidos y Europa, la occidental sobre todo. Por ejemplo, temáticas dedicadas al mayo de 1968 en Francia, al movimiento de los derechos civiles y al movimiento negro en Estados Unidos, incluso al movimiento estudiantil en Alemania, en Italia.

También podría encontrar un buen número de artículos de tipo teórico.² Seguíamos la línea

1 Diecisiete años después, la situación es muy diferente. Se han realizado numerosos estudios sobre la revista *Pensamiento Crítico*, de cubanos –la mayoría jóvenes– y también de otras nacionalidades. Néstor Kohan (2006: 389-437) publicó un ensayo de extraordinaria calidad sobre el tema: “*Pensamiento Crítico* y el debate por las ciencias sociales en el seno de la Revolución cubana” [Nota de FMH].

2 Entre otros trabajos teóricos, *Pensamiento Crítico* publicó escritos de Perry Anderson, Jean P. Sartre, André G. Frank, Karl Korsch, György Lukács, James Petras, Paul Ricoeur, Eric Hobsbawm, Henry Lefebvre, Martín Nicolaus, Louis Althusser, Ernest Mandel,

de tratar de que la gente que nos leía pudiese encontrar elementos para profundizar su formación revolucionaria, en un sentido teórico que a nuestro juicio tenía que ser profundamente diferente al dogmatismo marxista, que se autodenominaba “marxismo-leninismo” y tenía mucha fuerza entonces, y desde tiempo antes.

NK: *¿Cómo caracterizarías globalmente este dogmatismo al cual ustedes se oponían?*

FMH: Ante todo, esa cosa imposible de poseer todas las preguntas permitidas y todas las respuestas infalibles. De entrada, eso lo único que posibilitaba era acostarse a dormir. Cuando uno recibe el impacto del dogmatismo en medio de una revolución que está cambiando toda

su vida, en la que uno está involucrado no solo intelectualmente sino también sentimentalmente, incluso con todo su cuerpo, entonces es inadmisibile. Quizás sea posterior mi comprensión de que esa era una filosofía para obedecer. Para obedecer y legitimar. Pero al menos, sin querer violentar en el tiempo la profundidad que uno alcanza en sus apreciaciones, ya para entonces nosotros estábamos opuestos al dogmatismo, también porque sentíamos que no explicaba para nada la Revolución cubana.

Recuerdo una discusión, un tiempo antes de que se fundara la revista, en la que uno de nosotros dijo: “Tenemos que hacer que el marxismo-leninismo se ponga a la altura de la Revolución cubana”. Esto podrá parecer de una gran pedantería. Lo que quería significar, sin embargo, a mí me parecía y me sigue pareciendo muy justo: que el pensamiento de los que quieren cambiarlo todo tiene que estar a la altura de los problemas que enfrentan los que quieren cambiarlo todo. Y el dogmatismo no enfrentaba ni era capaz de ayudar a enfrentar ninguno de los problemas fundamentales que teníamos por delante.

Eso lo hacía inútil, y este es otro calificativo que le estoy agregando. Inútil también frente a los problemas de cómo pensar y organizarse de una manera eficaz en los países capitalistas de América Latina y en otros, para enfrentar las

Nicos Poulantzas, Lucien Sebag, Theodor W. Adorno, Paul Sweezy, Michael Löwy, Herbert Marcuse, Roland Barthes, Lucio Magri, Hamza Alavi, Lucio Colletti, Maurice Godelier, André Gorz. Entre tantos autores latinoamericanos, publicaron a Camilo Torres, Ernesto Guevara, Aníbal Quijano, Roque Dalton, León Rozitchner, Theotonio Dos Santos, Fernando H. Cardoso, Eduardo Galeano, Gregorio Selser, Sergio Bagú, Darcy Ribeiro, Ruy M. Marini, José Nun, Gerard P. Charles, Francisco Weffort, Juan Pérez de la Riva, Antonio García y Paulo Schilling [Todas las notas de autor no identificado son del entrevistador].

tareas de las revoluciones. Inútil, en el mejor caso, ante el problema de si era factible la revolución socialista de liberación o si solo eran factibles otros movimientos políticos mucho menos ambiciosos.

Los cubanos necesitábamos un pensamiento capaz de permitirnos comprender nuestras circunstancias y sobre todo de elevarnos por encima de ellas, de ayudarnos a forjar y a cambiar una y otra vez las actuaciones y las actitudes, las relaciones y las instituciones. Pensar cómo debían ser la economía, la política, la educación, la ética, para lograr mantener, defender y desarrollar este régimen opuesto al capitalismo. Y desarrollarlo, además, no solo en beneficio de los cubanos sino también de nuestra participación en un movimiento revolucionario forzosamente internacional con aspiración mundial, actitud que a nuestro juicio era indispensable para ser marxista. Me refiero entonces a otra característica del dogmatismo: para nosotros esa teoría o, mejor dicho, ese complejo ideológico que incluía al dogmatismo era algo muy diferente al marxismo fundado por Carlos Marx.

NK: *¿Te estás refiriendo al DIAMAT soviético?*

FMH: Me estoy refiriendo no solo al materialismo dialéctico e histórico soviético, sino a un conjunto cultural subalterno o acompañante de

él. El dogmatismo implicaba mucho más que libros de texto o monografías: era la atribución de corrección o maldad a todo pensamiento, previa a su ejercicio, que fijaba posiciones alrededor de lo que existe y de lo que se debe estudiar y discutir, y ordenaba las opiniones generales que debían sostenerse en la política, la economía, la educación, hasta en la apreciación de las artes.

Al regresar a la filosofía especulativa de la naturaleza en nombre del marxismo y postular la iluminación supuestamente científica de todo como obligación ideológica, elaboraron un instrumento coherente de dominación que cerraba el paso al desarrollo del socialismo y aplastaba a las personas. Para ser más preciso con respecto a sus características, era ajeno a lo esencial de la teoría marxiana y opuesto a los ideales intelectuales y revolucionarios de Marx y Engels. Y es trágico cómo se le añadió la calificación de “leninista” al complejo ideológico que cerraba el cauce de profundización, eficacia, ampliación de su objeto y tendencia a la universalización, el cauce abierto por Lenin al marxismo y a la revolución socialista mundial. A nuestros ojos aparecía entonces claro que la distribución de premios y castigos que sustituía al pensamiento no solo carecía de legitimidad y de moral para juzgar, sino que era antisocialista por sus propósitos y resultados.

NK: *¿Qué actitud adoptaban ante el pensamiento social no marxista?*

FMH: Nosotros éramos jóvenes ansiosos de conocer, no personas con una formación ya hecha y en buena medida prejuiciados. Pensábamos que había muchísimo de lo producido por el pensamiento humano que, sin ser marxista, era imprescindible para los que pretendieran ser eficaces en esos propósitos de cambio social. Era imprescindible conocer los modos en que habían profundizado en el conocimiento de la sociedad, de las clases, de los grupos, de las personas, otros pensadores, otras escuelas de pensamiento y otras prácticas, incluso profesionales del conocimiento de las personas y de la sociedad, que no eran marxistas. Y sentíamos que el dogmatismo negaba a ultranza todo esto, que se amparaba en una supuesta pureza, en una supuesta ausencia de influencias para caracterizar *contrario sensu* las “deformaciones” y las “influencias” perniciosas descubiertas en las personas a las cuales quería combatir. Se decía: “Él se dice marxista, pero en realidad está influido por fulano o mengano”, o “está desviado, porque sigue a X en esto o lo otro”. Y a nosotros nos parecía que esto, además de ser una práctica infame desde el punto de vista del trato entre compañeros, era también privarnos a nosotros mismos de

aquello que se había levantado –así era como lo entendíamos entonces y como lo sigo entendiendo hoy– al amparo de una prosperidad conseguida por los países que desarrollaron el capitalismo mediante la explotación y el aplastamiento de cientos de millones de personas en el resto del mundo.

La Revolución cubana continuaba su tarea liberadora expropiando algo de aquellas riquezas intelectuales y nosotros tuvimos oportunidad de participar en esa empresa que en tiempo récord proporcionó a técnicos noveles y estudiantes, en grandes ediciones, muchos de los libros de temas científicos y técnicos más avanzados del mundo, por los cuales no pagábamos derecho alguno. En cada libro colocábamos una tarjeta que decía: “Este libro tiene un gran valor, por eso se te entrega gratuitamente. Vale por el trabajo acumulado que significan los conocimientos que encierra, por las horas de esfuerzo invertidas en confeccionarlo, porque sintetiza un paso de avance en la lucha del hombre por ser tal. Su mayor valor estará dado, sin embargo, por el uso que tú hagas de él. Porque estamos seguros de ese uso, y por su gran valor, se te entrega gratuitamente”. La convicción de que había que trascender las relaciones fundamentales que habían existido, las del interés, el lucro y el individualismo, nos

hacía a nosotros entender que este núcleo cultural –que he tratado de caracterizar llamándolo convencionalmente “dogmatismo”, pero al que habría que encontrarle un nombre más genérico y más preciso–, era no solo inadecuado y perjudicial a la liberación socialista, sino una expresión de algo infinitamente más pequeño y opuesto a ella, pues expresaba la dominación de un grupo en el marco de la historia de las luchas anticapitalistas. Y no más.

NK: *¿Este dogmatismo era “marxista”?*

FMH: Yo pienso que Marx, Engels y también Lenin tenían un proyecto totalmente diferente, sumamente ambicioso, al cual queríamos adscribirnos. El papel del pensamiento y de las producciones intelectuales de la humanidad tiene que ser absolutamente diferente de lo que ha sido para ayudarnos a volvernos capaces de crear socialismo, o nunca saldremos adelante. La revolución en la que estábamos metidos nos permitió rechazar el modelo en el que estaba inscrito el dogmatismo; tuvimos que luchar contra él para cumplir, en la medida en que pudimos, nuestro cometido. Sin esa oposición es imposible participar eficazmente en una lucha contra la hegemonía del capitalismo. Y uso la palabra “hegemonía” intencionalmente. Advertíamos que el dogmatismo no solo no

tenía respuesta alguna frente a la hegemonía burguesa, sino que prefería negarla o ignorarla.

Para esta manera de pensar y de formar a la gente, el capitalismo casi era un accidente, un pequeño escollo, a pesar de que en el discurso del dogmatismo una rigurosa lógica determinaba que después de cada régimen social viene otro. Nosotros nos burlábamos de la sucesión forzada y abstracta de una sociedad primitiva, seguida del esclavismo, del feudalismo, del capitalismo, entre otras cosas porque en Cuba nunca predominó el feudalismo y en Estados Unidos tampoco. O sea que ni entre nosotros ni en nuestro enemigo principal se daba esta serie tan cómoda. Pero a pesar de que parecía ineluctable la presencia del capitalismo por las llamadas leyes objetivas, la supervivencia del capitalismo parecía producto de la suerte. Pura suerte de los burgueses, porque era tan dramáticamente clara la crisis histórica y creciente de su sistema, la endeblez y la descomposición de su modo de vida y su ideología, la razón que tenían los proletarios, sus organizaciones y sus ideólogos, y tan grande el número de los oprimidos que debían seguirlos, que era casi un milagro que no se hubiera producido ya el fin del capitalismo.

Nosotros nos dábamos cuenta, y por todas partes, de que esto no tenía nada que ver con

la realidad. Por eso considerábamos el dogmatismo un cuerpo de pensamiento adormecedor frente a los principales problemas de la dominación burguesa, y por lo tanto frente a los principales problemas de cómo acabar con ella.

NK: *¿Hoy en día predomina en Cuba el pensamiento crítico, retomando el nombre de la revista, o eso que genéricamente llamaste “la cultura del dogmatismo”?*

FMH: Depende de los planos que observemos. En Cuba, en mi opinión, después de los primeros años setenta predominó lo que he llamado aquí, convencionalmente, “dogmatismo” en la preparación de las personas, en la educación formal, en los medios masivos y, más estrictamente, en la preparación teórica marxista: también en la forma como se divulgaba esta a través de todo tipo de medios. Pienso que esto forma parte de una segunda etapa de la revolución, muy contradictoria en sí misma, de la que yo he dejado mi opinión por escrito en varios textos.³ En esa segunda etapa, el proyecto original de la Revolución fue parcialmente abandonado o devaluado, ante un cúmulo de

circunstancias desfavorables. En lo esencial, la Revolución continuó: se mantuvo el poder revolucionario de tipo socialista de liberación nacional, antiimperialista e internacionalista; se plasmó la redistribución sistemática de la riqueza social, comenzada en la primera etapa anterior de los sesenta, y la universalización de grandes avances sociales: el modelo comunista siguió siendo el referente principal. Yo creo que tenía razón Fidel Castro cuando en 1972 reiteraba en Europa Oriental que el internacionalismo es la piedra de toque del marxismo-leninismo, lo que permite identificar a un marxista-leninista. El internacionalismo se mantuvo, se sistematizó e incluso realizó algunas epopeyas de participación popular masiva muy superiores a lo que se había logrado antes, e involucró a una gran parte de la población.⁴ La gigantesca transformación educacional completó la eliminación de la antigua división en clases de la sociedad cubana y disminuyó las

³ Principalmente en “Rectificación y profundización del socialismo en Cuba” y “Transición socialista y democracia: el caso cubano” (Martínez Heredia, 1989a, 1989b).

⁴ El entrevistado se refiere, entre otras cosas, a la participación de los cubanos internacionalistas en África, sobre todo en Angola y Etiopía, hacia donde cientos de miles partieron voluntariamente desde Cuba para combatir junto a los revolucionarios de esos países. En Nicaragua, miles de cubanos internacionalistas colaboraron con los sandinistas.

diferencias de los grandes grupos sociales entre sí al capacitar de una manera masiva, igualitaria y eficaz, no meramente formal, a los niños y los adolescentes, de acuerdo con el esfuerzo de cada uno. Los estudios y los esfuerzos laborales, junto con méritos políticos adquiridos en los hechos, fueron las vías principales de ascenso social en esta segunda etapa en que la movilidad social no era ya tan dinámica como en la primera.

En esos y en otros aspectos se expresa la continuidad de la revolución en esta segunda etapa comenzada en los setenta. La discontinuidad se expresa también en numerosos aspectos, varios de ellos verdaderas detenciones y en algunos retrocesos del proceso socialista. Pero estamos hablando del pensamiento social. En este se produjo un quiebre, una fractura y después una decadencia de cuyos efectos no nos hemos recuperado todavía. Se impuso entre nosotros la ideología soviética que llamaban “marxismo-leninismo” y su pretensión de ser filosofía, concepción del mundo y de la vida, paradigma de los estudios sociales y orientador de las demás actividades científicas, del sistema educacional, de los medios masivos y de la reproducción ideológica del sistema en general. Esta influencia, en mi opinión sumamente adversa, se hizo sistemática, empobreció el pensamiento

social, liquidó en parte y exigió el olvido de lo alcanzado en ese campo en los primeros doce o trece años de la Revolución en el poder y del ambiente de libertad que había prevalecido desde 1959 hasta 1971-1972 aproximadamente. La formación de las generaciones sucesivas quedó comprometida por ese empobrecimiento y esa dogmatización, precisamente cuando el país lograba el gran salto educacional de los niveles secundario y superior. La necesidad nos llevó al CAME, pero en este terreno la necesidad fue convertida en virtud, se exaltó el dogmatismo y se condenó toda opinión diferente. Aclaro que en esta etapa (desde 1971-1972 hasta los ochenta) continuó vigente la exclusión de la represión contra otros revolucionarios que ha caracterizado la historia de la Revolución cubana. No atribuyo la explicación de ese proceso a la maldad o la mala voluntad. Cuando se analizan fenómenos socialmente extendidos es bueno recordar también a Carlos Marx, que distinguía entre las conductas individuales y las relaciones de las que ellas eran socialmente criaturas.

NK: *¿Culminó esa etapa del dogmatismo o continúa?*

FMH: Pienso que el proceso iniciado en 1986, llamado en Cuba de “rectificación de errores y tendencias negativas” –un poco impropriamente,

para mi gusto; me parece más exacto llamarlo “proceso de vuelta al proyecto original de la revolución socialista y de profundización del socialismo cubano”– ha significado un golpe muy duro al dogmatismo, y sigo usando esa convención. Golpe muy duro, no tanto porque se dieran discusiones intelectuales, sino sobre todo porque se desnudó la ineficiencia, la corrupción, la doble moral, de muchos de los aspectos de copia del “socialismo real” que habían sucedido entre nosotros en los quince años anteriores a 1986. En la lucha por cambiar las realidades y las concepciones que rigieron en la economía, en la formalización de instituciones políticas, en la reproducción ideológica, perdió todo su prestigio esto que estamos llamando “dogmatismo”. Y perdió también el asidero que tenía en la idea de que era “conveniente para la Revolución”, compartida por muchos que no lo amaban.

Sin embargo, los procesos de pensamiento, los procesos de reproducción ideológica, ya es sabido desde hace mucho que tienen cierta autonomía y capacidad de pervivencia. Tengo la impresión de que la cultura del dogmatismo ha sobrevivido en un grado mucho mayor de que lo que socialmente le correspondía después del desprestigio que le aportó la rectificación. Y sobre todo de que ha sobrevivido demasiado después del final tan absoluto e ignominioso de

los regímenes de Europa oriental, que al fin y al cabo eran como la prueba de que esta manera de ver el mundo era exitosa o correcta o tenía una realidad detrás. Me parece que si se puede constatar que sobrevive más que lo debido entre nosotros es precisamente por la capacidad de lo ideológico de tener una relativa autonomía, por la creación de hábitos y por algunas características del proceso de la Revolución que no es el caso tratar aquí.

NK: *¿Qué sucedió a partir de la caída del Muro de Berlín?*

FMH: El desastre del llamado “socialismo real” ha sido tan grande que ha afectado al socialismo en todo el mundo, incluso a la idea de que es posible el socialismo en cualquier lugar. Desde 1989, Cuba mostró al mundo su especificidad y la vitalidad de su revolución, pero en nuestra circunstancia también nos han afectado mucho los usos e ideas que condujeron a la caída del “socialismo real” y al desarme interior del socialismo. Además, y esto se ha vuelto principal hoy [1993], una profunda crisis económica se desató por la dramática contracción de los intercambios internacionales a poco más de un tercio en dieciocho meses (julio de 1990 a diciembre de 1991), al desbaratarse el sistema del CAME, al que Cuba ligó su economía, confió su estrategia

de desarrollo económico y las ideas mismas de cómo iba a evolucionar el país por décadas. Y a la vez, desapareció el enfrentamiento bipolar de grandes potencias que había existido en los últimos cuarenta años. Cuba ha quedado, entonces, sola frente al enemigo histórico de nuestro país, que ha sido enemigo de la constitución de Cuba en nación más o menos desde el tiempo en que nació Carlos Marx. Imagínate entonces cuán enemigo será de un régimen socialista de liberación nacional como el que existe en Cuba desde hace cuatro décadas. Ese doble golpe de disminución de la seguridad nacional y aguda crisis económica configura una situación que nos deja en condiciones de debilidad y de lucha por la supervivencia, frente a algo que a largo plazo es más importante. Esto es, que las ideas de la Revolución cubana, las ideas expresadas por su práctica y por el pensamiento del Che Guevara y de Fidel Castro, por todo lo que sucedió en esa primera década de la revolución, eran mucho más acertadas en cuanto a cómo hacer los cambios sociales frente al capitalismo de los años sesenta, y también frente al capitalismo actual, que las ideas que predominaron a partir de los años setenta. Resulta que tenía razón el Che cuando dijo que con las armas melladas del capitalismo no se podía construir el socialismo; es muy difícil sacar las cuentas de que sí tenía la

razón, porque los que quedamos, y estoy hablando en este caso de los cubanos, estamos involucrados en una durísima tarea de sobrevivencia. Estamos tratando de acopiar toda nuestra fuerza unida –la fuerza de todos, cualesquiera que sean las diferencias que tengamos entre nosotros– para esa sobrevivencia. Esto también, en mi opinión, ha hecho que sea más débil, no solo de lo deseable sino de lo que era lógico esperar, el proceso de fin de lo que he llamado convencionalmente el dogmatismo en Cuba.

NK: *Tomando en cuenta esas condiciones que mencionaste, ¿te parece que no tiene futuro la Revolución cubana?*

FMH: Yo creo que tiene futuro. No voy a argumentarlo repitiéndote los datos y los análisis de los trabajos sobre este tema que he publicado en los últimos años. Ante todo creo que sí porque siento que es posible. Quiero reivindicar aquí el papel de los sentimientos y de la voluntad, y su potencia cuando logran unirse y dedicarse a la acción masiva organizada identificada por ideales y valores determinados. Creo que son componentes importantes para explicar el cambio social, que hoy ya está claro que no puede explicarse ni a partir de la idea de “progreso” ni de la de “ineluctabilidad” de los regímenes sociales.

Si renunciamos a esas creencias –yo las he abandonado hace demasiados años–, tenemos que tratar de ser consecuentes con ese abandono en nuestras prácticas de conocimiento social. Esto me recuerda lo que el Che le planteaba a Charles Bettelheim:⁵

Si se produce el hecho concreto del nacimiento del socialismo en estas nuevas condiciones, es que el desarrollo de las fuerzas productivas ha chocado con las relaciones de producción antes de lo racionalmente esperado para un país capitalista aislado. ¿Qué sucede? Que la vanguardia de los movimientos revolucionarios, influidos cada vez más por la ideología marxista-leninista, es capaz de prever en su conciencia toda una serie de pasos a realizar y forzar la marcha de los acontecimientos, pero forzarlos dentro de lo que objetivamente es posible (Guevara, 1964).

El Che postula la capacidad de crear realidades sociales que tienen ciertas prácticas a las que califica expresamente, en condiciones históricas dadas, y alude, no muy estrictamente,

5 Charles Bettelheim, economista marxista y director de estudios en la década del sesenta de la École Pratique des Hautes Études de París, quien intervino en el debate económico en Cuba. En ese debate, Bettelheim sostuvo opiniones opuestas a las del Che.

a los límites de esa capacidad en las palabras finales citadas.

Creo que aporta mucho en su obra sobre esta tesis suya. La definición y aun la medición de lo posible se torna principal para una teoría de la transición socialista, si esta se ocupa realmente de los graves problemas que han sentido como interrogación y como angustia tantos revolucionarios activos enfrentados a las decisiones y a sus consecuencias.

En otro momento de la famosa polémica económica⁶ decía el Che: “¿Por qué pensar que lo que *es* en el período de transición, necesariamente *debe ser*?”. Llamo la atención sobre este problema, que a mi juicio es fundamental. El marxismo dogmatizado, instrumento de la posrevolución, ha mezclado determinismo y voluntarismo con los mismos fines o funciones de dominación. La teoría revolucionaria tiene

6 La polémica se sostuvo en diversas revistas cubanas durante 1963 y 1964, entre dirigentes de instituciones económicas que tenían ideas divergentes acerca de la teoría y la práctica económicas en la construcción socialista, y en realidad también acerca de cuestiones más generales de la transición socialista y el marxismo. Además del Che participaron en ella los ministros Alberto Mora, Marcelo Fernández Font y Luis Álvarez Rom, Juan Infante, Alexis Codina y los intelectuales marxistas europeos Charles Bettelheim y Ernest Mandel.

que avanzar en el conocimiento de los condicionamientos y del contenido y las reglas de la actuación creadora de socialismo, ser capaz de aportar a la acción y a la previsión. Y tiene que comprender, conocer y trabajar con los valores, las prefiguraciones y las representaciones favorables y desfavorables al avance del socialismo.

NK: *¿Pero qué sucederá con Cuba en el futuro?*

FMH: A partir de los datos de la actualidad y sus implicaciones, la Revolución socialista cubana puede continuar o puede desaparecer. Yo entiendo que es factible seguir un curso de acción por el cual se salve efectivamente el socialismo y continúe el proceso revolucionario. Si se profundiza en todos los sentidos la participación popular a la vez que se mantiene un fuerte poder revolucionario, ambos rasgos se equilibrarían entre sí y lucharían juntos contra las características de la situación económica y de su evolución futura, con grandes probabilidades de triunfo. Si se espera a que la evolución económica ofrezca finalmente sus lados favorables al socialismo, no nos salvaremos. Creo que es posible continuar siendo la utopía de los que luchan y de los que tienen esperanzas, un país donde se vive de otra manera, donde predominan los vínculos de solidaridad y se comparten ideales y objetivos trascendentes.

Cuba puede seguir siendo la realidad-utopía que es hoy, a pesar, repito, de las innumerables deficiencias que tiene como utopía.

Creo que todo lo que Cuba es y sus posibilidades de seguirlo siendo vienen de su prolongada aventura anticapitalista, de su liberación nacional, de su elevación continuada y sin exclusiones de las personas, de su internacionalismo, de su lucha comunista. Y a la vez no me llamo a engaño sobre las inmensas dificultades que tenemos ante nosotros, no solo inmediatas, sino también mediatas. Entre ellas está también la imposibilidad de desarrollar indefinidamente nuestro régimen socialista si no sucede una nueva etapa de auge de las luchas de liberación de los pueblos frente al capitalismo.

NK: *En el curso de esta entrevista nombraste numerosas veces al Che. Has escrito varios artículos y un libro sobre él. ¿Cuáles son en tu opinión sus principales aportes originales al pensamiento marxista?*

FMH: Me parece necesario llamar la atención sobre algunas cuestiones previas. El Che nunca pretendió hacer aportes originales. No solo porque no era filósofo profesional, ni sociólogo ni economista profesional: tampoco se sentía llamado a ser un intelectual que pusiera otro peldaño más. Era militante de una

organización determinada, el movimiento que hizo la Revolución cubana, y miembro del gobierno y el partido en el poder en esa revolución; entonces se consideraba parte de una experiencia histórica. Un elemento, aunque tuviera conciencia de su papel, de un colectivo y de un proyecto –él tiene palabras fuertes y precisas en cuanto a esto. Y también se sabía actor de una lucha mundial en la que los participantes eran sumamente heterogéneos. El Che entendía que Europa Oriental formaba parte de esa lucha mundial, pero se dio cuenta cada vez más de la inadecuación del pensamiento y de los regímenes de Europa Oriental para conseguir que esa lucha mundial llegara a buen término. Esto hace más complicado su pensamiento, pero también lo hace más interesante. Pues no es un filósofo que está en su gabinete –con todo el respeto que a mí eso me merece–, ni un economista o un sociólogo, no es un francotirador o un marxista independiente que quizá hubiera dedicado todo a una revolución, pero no ha tenido una revolución en su camino ni en su país y vive, entonces, crítico del marxismo existente pero en unas condiciones muy especiales de no complicidad con el capitalismo en su país, y al mismo tiempo, de no involucramiento militante en esa cosa tan maravillosa, tormentosa y angustiada que es una revolución.

No fue ese su caso tampoco. Y por último, es también dirigente en un país que sostiene relaciones fraternales, de mutua conveniencia, pero donde hay una ideología identificante en aquellos años también con la Unión Soviética y demás países de lo que llamaban por ese tiempo el “campo socialista”.

Colocado en esas coordenadas, y también por estar en ellas, el Che es el máximo representante de la “herejía” de los sesenta. El Che fue identificado mundialmente, sobre todo inmediatamente después de su muerte, como el pináculo de lo que aquella época produjo. Esa apoteosis no duró mucho tiempo; no es ocioso señalar que después fue bastante olvidado. El capitalismo y el socialismo real quisieron enterrar aquel desafío que tan justamente el Che simbolizó. Pienso que él es muy expresivo del desarrollo de las revoluciones de liberación nacional anticapitalistas como forma de universalización del marxismo y el socialismo, en una nueva época respecto de aquella en que la III Internacional, el fascismo y la Segunda Guerra Mundial habían sido decisivos. En un tiempo en el que el liderazgo internacional soviético se deteriora, por las divisiones en su campo y por la diversificación de ideas del socialismo ligadas a experiencias prácticas revolucionarias. También cuando el colonialismo europeo es sustituido por el

desarrollo del neocolonialismo como forma madura de universalización del capitalismo, pero las ideas y la condición colonial son combatidos por las autoidentificaciones nacionales, por los proyectos y las luchas por la independencia o por la liberación, por las coordinaciones de países excolonizados, por el reexamen del mundo y de mucho de la cultura de Occidente desde las perspectivas del llamado Tercer Mundo. Creo que el Che resulta, además, muy expresivo de la reasunción y la reelaboración del marxismo –teoría europea y occidental desde su origen– a partir de los desarrollos del pensamiento ligado a la acción de vanguardias políticas anticapitalistas que luchan por la liberación nacional, un verdadero paso determinante hacia la universalización del socialismo. O, si se prefiere, desde vanguardias nacionales que en su lucha de liberación comprenden que es imprescindible ser anticapitalistas.

Por el conjunto de su actividad, de los teatros en los que se movió y por su obra intelectual, el Che resulta la persona más expresiva de los años sesenta. Como pensador dejó una obra trunca, pero muy coherente, que fía su organicidad a una determinada concepción de las relaciones entre teoría y práctica en el trabajo intelectual y a una posición filosófica marxista que privilegia la praxis. Alargaría demasiado

esta respuesta hablar sobre su pensamiento y he dejado escritas mis opiniones en otros lugares. Quiero recordar al menos al nuevo lector latinoamericano de hoy *El socialismo y el hombre en Cuba* (Guevara, 2007 [1965]), su “manifiesto comunista”. Fue un gran estudioso de los autores clásicos del marxismo, comprendió el instrumento histórico imprescindible para entender y para asumir esa teoría y su relación con los medios históricos sucesivos que la condicionan y sobre los que actúan precisamente los revolucionarios marxistas para abatir la dominación y cambiarlos radicalmente. Persiguiendo ese último fin tuvo una sed inigualada de saber y de aprovechar toda creación humana. Comprendió la necesidad de que la nueva sociedad se levante sobre el crecimiento de la complejidad interior y del poder real de las personas y de las instituciones que la sociedad se da a sí misma, y la imposibilidad de que ese proceso se reproduzca y culmine si la participación popular en el conocimiento y la dirección de los procesos sociales no crece sistemáticamente.

NK: *¿Y en cuanto a sus planteos económicos?*

FMH: Lo primero y más importante –solo apuntaré algunos de sus temas principales– es que para el Che la economía de la transición socialista forma parte de y existe solo para la

creación del socialismo. No existe una economía independiente u “objetiva” que es “esencia” de la formación social durante la “construcción” del socialismo. En la ideología determinista de la “construcción”, las etapas están marcadas y, supuestamente, a través del tiempo se irá construyendo el socialismo y después el comunismo; se pasará de la construcción económica del socialismo a su construcción superestructural. El Che les aclara a sus colaboradores cercanos que el sistema presupuestario forma parte de una concepción general del desarrollo del socialismo. Para el Che, “debemos salir hacia el comunismo desde el primer día, aunque gasteamos toda nuestra vida tratando de construir el socialismo”. Esto no es un juego de palabras: es una diferencia esencial entre el pensamiento del Che –y el proyecto original de la Revolución cubana que él expresa– y el “socialismo real”. Todas sus formulaciones centrales están relacionadas con la idea de que el socialismo es el logro de una sucesión de cambios culturales totalizantes. No puede, por tanto, construirse “con las armas melladas del capitalismo”, la sociedad debe convertirse “en una gigantesca escuela”, no es posible el socialismo “sin una moral comunista”, la economía socialista debe ser dirigida conscientemente, la ley del valor no opera a través del plan, etcétera.

NK: *¿Cómo concibe la lucha por la emancipación?*

FMH: El Che pretende un entrelazamiento entre las luchas por la liberación y el socialismo de los pueblos y la actividad de los poderes socialistas, que abarca de manera compleja la política, incluso militar, las ideas y la economía igualmente. Creo que desarrolla así las ideas sobre la revolución mundial proletaria que tenía Carlos Marx, en las condiciones concretas de la segunda mitad del siglo XX. Su discurso en el Seminario Afroasiático de Argel, de febrero de 1965, es un ejemplo importante de esto. La estrategia económica, como la estrategia revolucionaria socialista en general, es solo en cierta medida nacional.

El Che se da cuenta de que el mundo cubano y latinoamericano en el que está inmerso es el mundo del desarrollo del imperialismo norteamericano, el más audazmente neocolonialista de todos los poderes capitalistas. Un imperialismo desembarazado de tradición y de componendas entre feudales y capitalistas, de viejos acuerdos entre la revolución burguesa de masas y una parte de las clases que la han apoyado, donde las revoluciones técnicas tienen las manos (burguesas) más libres con respecto a la sociedad, un país nuevo que fue haciendo su nación revolviendo inmigrantes y acontecimientos

en el mortero de una expansión capitalista continuada. Esto es, el país que ha puesto en práctica la manera más madura, y a la vez más salvaje, del desarrollo del capitalismo en nuestro tiempo, Estados Unidos. El Che encuentra en él un paradigma de vida y de imperio rapaz al que oponerse a muerte, pero también un grado de socialización de la producción y de avances de las prácticas económicas que le resultan importantes para incorporar a su idea del socialismo o, mejor dicho, de la transición socialista (como prefiero llamarla yo, pero eso sería otro asunto). Las ideas económicas del Che no se pueden entender si no se advierte cómo él apreció y aprovechó experiencias de la dominación del capital monopolista norteamericano sobre Cuba. El Che generaliza: el sistema presupuestario de financiamiento puesto en práctica en Cuba guarda, con relación al cálculo soviético, una relación análoga a la del capital monopolista con el premonopolista.⁷

7 El “sistema presupuestario de financiamiento”, implementado y sostenido por el Che en Cuba, y el “cálculo económico”, desarrollado y defendido por los soviéticos, constituyen dos modos alternativos y excluyentes de gestión económica (basados en la planificación o en el mercado, respectivamente) en el período de transición al socialismo.

El Che estudió y valoró mucho a Lenin y la práctica y los debates bolcheviques de los primeros años soviéticos, pero supo aprovechar al máximo las circunstancias de su tiempo. Ante todo, para relacionar eficazmente el marxismo-leninismo con una transición socialista, revolucionaria, en un país latinoamericano: para hacer, por tanto, la crítica indispensable al seguidismo y a la llamada “economía política del socialismo”, y a la ideología que la sostenía en nombre del “marxismo-leninismo”, con su rígido ordenamiento y sus exigencias de acatamiento.

NK: *¿Cómo pensaba la transición al socialismo?*

FMH: La obra práctica y mucha de la obra escrita o grabada del Che en los años de Cuba es, y este es otro de sus aportes extraordinarios, una búsqueda de cómo realizar la transición, cómo crear realidades nuevas socialistas desde las realidades de que se parte. Sus proposiciones más teóricas solo se entienden a esa luz, como es el caso del concepto de plan, y su oposición dialéctica con la ley del valor, sustentada en el predominio del factor subjetivo para toda la época de transición socialista. El Che no se conforma con planteos generales; gran parte de su obra intelectual

se dedica a tratar de dilucidar los factores de esa transición y definirlos, de prefigurar situaciones y actuaciones, de organizar y planear los actos concretos que harán avanzar las tareas y los proyectos, de adelantar hipótesis y ponerlas a prueba, de introducir en el pensamiento las corroboraciones y los cambios obtenidos de la experiencia o sugeridos por ella. El Che no es un idealista que creyó que los demás eran tan altruistas y abnegados como él, un hombre maravilloso e ingenuo que “se adelantó a su tiempo” y formuló un proyecto hermoso pero irrealizable. Él combina la lucidez extrema acerca de las insuficiencias que tienen los individuos, las instituciones y las relaciones del nuevo poder con un riquísimo complejo de pensamiento y de experimentos acerca de la utilización de todas las fuerzas y potencialidades de las personas y de la sociedad en revolución para lograr los objetivos socialistas, que articula conceptos más o menos particulares, relaciones entre ellos, política económica, normas, procedimientos, y todo engranado en el proyecto más ambicioso de cambio social que se ha formulado en América. Este es uno de sus aportes mayores a lo que sería una teoría de la transición socialista. También por eso el Che sigue siendo tan subversivo.

NK: *En tu opinión, ¿en qué consiste ser revolucionario en el mundo de hoy en día?*

FMH: Eso es bastante difícil de contestar. Yo creo que es honesto el que, en las condiciones en que se encuentre, resulta capaz de plantearse cómo actuar sin aplastar o explotar a nadie y sin traicionar sus convicciones generales. Si se trata de una persona que cree, como es mi caso, que el mundo del lucro, el egoísmo y el individualismo debe ser acabado, y se da cuenta de que no puede ser acabado solo mediante acciones bruscas, momentáneas, que no se acabará nunca si no se trabaja diariamente por cambiarlo y de tal manera que ese cambio tienda a ser eficaz y permanente, entonces creo que es revolucionario aquel que se mantiene en los principios de cambiar profundamente el mundo eliminando el capitalismo y creando un mundo socialista, y trabaja diariamente en ese sentido. Se puede pretender menos, o pretender lo mismo de otro modo, naturalmente; yo aprecio mucho a toda persona honesta que está a favor de cambios sociales que favorezcan a las mayorías expoliadas, marginadas y oprimidas. Lo aprecio más aún si lucha y consigue que su actuación tienda a maneras prácticas de aportar algo, y esto quiere decir también no solo aportar algo individualmente sino como miembro de cuerpos sociales mayores, que agrupan a muchas personas.

Para los que participamos en la experiencia cubana, ser revolucionario hoy presenta cuestiones claras y otras muy complejas. Mantener en pie esta sociedad libre y socialista es un claro deber con nosotros mismos y con los que tienen esperanza y los que luchan; toda otra opción es suicida para el país. Cómo lograrlo, cómo no perder el rumbo por el camino, cómo renovar y profundizar el socialismo para evitar que perezca son cuestiones muy complejas.

NK: *¿Cómo deberían resolver los revolucionarios el conflicto entre el realismo y la utopía socialista, entre la necesidad del poder y la lucha por un proyecto a largo plazo de sociedad libre?*

FMH: Ante todos los que pretenden contribuir al cambio continuado de las sociedades y las personas, que es el camino hacia la liberación socialista, se levanta la tensión permanente entre el poder y el proyecto. Ese es probablemente el problema más dramático del socialismo, pero aparece desde que los revolucionarios organizados tienen probabilidades visibles de triunfo. El que sabe la importancia del poder y el proyecto quizá se enfrente a tantos problemas como el cristiano que sabe la diferencia que hay entre el reino y la Iglesia, lo necesaria que es la Iglesia y la primacía que tiene que tener el reino.

Creo que el proyecto solidario socialista tiene que tener la primacía: se parecería al reino de los cristianos. Y yo creo que la Iglesia, que en nuestro caso sería el poder, es indispensable. No es indispensable el poder por ser fruto de la “naturaleza humana”, sea esta “malvada” o “buena”. Con la ayuda de Marx me sitúo ante el problema de que solo allegando fuerzas propias crecientes, la de la gente cada vez más organizada y cada vez más liberada, podrá vencerse el capitalismo y crearse el mundo nuevo. Esto significa poder para luchar y poder para el proyecto, y significa libertad como control del poder y cada vez más como contenido mismo del poder, esto es, la primacía del proyecto.

El riesgo mayor, comprobado históricamente, es que el poder de un grupo sustituya y expropie el poder de todos. El revolucionario va a tener que vivir de modo realista con su circunstancia sin plegarse a ella, y tiene que luchar por el proyecto, por la utopía socialista, sin que el apego a esta le impida ser eficaz. Como se ve, es sumamente difícil ser revolucionario. No quiero ocultar que es casi más difícil ser revolucionario que cualquier otra cosa. Creo, sin embargo, que el ser humano ha tenido éxitos y no solo fracasos al plantearse cosas que parecían extraordinariamente superiores a sus posibilidades.

Esto, a mi juicio, vale más que los testimonios de que “las cosas van como no queda más remedio que vayan”, de que “solo lo posible es posible”, de que “ya no hay más historia” o cualquiera de las formas en que se trata de hacer que nos acostumbremos a la dominación en estos años noventa. Lo que indican los retos que tiene ante sí ser revolucionario hoy es precisamente la necesidad de alcanzar desarrollos mayores de los seres humanos y objetivos más altos para su actuación. Es lo que estamos obligados a pedirnos a nosotros mismos. Por eso yo pienso que a estas alturas de la historia mundial –y perdonen la expresión “historia mundial”– no puede uno proponerse menos que ser revolucionario.

BIBLIOGRAFÍA

Guevara, E. 1964 “La planificación socialista, su significado” en *Cuba Socialista*, N° 34, junio.

Guevara, E. 2007 *El socialismo y el hombre en Cuba* (La Habana: Ocean Sur). [Primera edición: Guevara, E. Ch. 1965 “Desde Argel para *Marcha*. La Revolución cubana hoy” en *Marcha* (Montevideo), marzo].

Kohan, N. 2006 “*Pensamiento Crítico* y el debate por las ciencias sociales en el seno de la Revolución cubana” en Beigel, F. *et al. Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano* (Buenos Aires: CLACSO).

Martínez Heredia, F. 1989a “Rectificación y profundización del socialismo en Cuba” en *Desafíos del socialismo cubano* (La Habana: Centro de Estudios sobre América).

Martínez Heredia, F. 1989b “Transición socialista y democracia: el caso cubano” en *Desafíos del socialismo cubano* (La Habana: Centro de Estudios sobre América).

CONVERSACIÓN CON FERNANDO MARTÍNEZ HEREDIA SOBRE LOS AÑOS SESENTA*

ENTREVISTA Y NOTA INICIAL POR YOHANKA LEÓN DEL RÍO

Esta fue una conversación casi casual pero no por ello menos necesaria. Recuerdo que estaba muy ocupada hace unos años con la tarea de una investigación acerca de un estudio bibliográfico del pensamiento marxista en los años posteriores al 1959 y que recurrí, como siempre hacemos los iniciados, al rescate de un testimonio valioso. Así fue como en un evento que se celebraba en la Fundación Fernando Ortiz, al que yo no sé por qué fortuito motivo fui invitada, me encontré con Fernando Martínez Heredia, el buscado protagonista de la historia en la que me adentraba. Fernando, con esa humildad y sencillez que siempre agradecemos todos los más jóvenes –y los que ya no lo son tanto– aceptó la invitación, y así, en una

terrazza frente al mar conversamos unas largas horas vespertinas de un día del siglo pasado.

La conversación que ahora ve la luz lo hace acompañando este primer empeño de hacer un boceto de la historia del pensamiento cubano marxista en la fragua de la década prodigiosa de los sesenta.

Agradecemos infinitamente a Fernando el habernos hecho realidad este sueño y de incorporarle aliento y esperanza.

Yohanka León del Río (YLDR): *Podría afirmar sin temor a equivocarme que estoy conversando con alguien cuya vida es testimonio del bregar difícil, heroico y romántico de la intelectualidad cubana por la rebelde década de los sesenta. Es por eso que quisiera empezar por conocer cómo Fernando Martínez Heredia, joven de Yaguajay, vivió esa tremenda efervescencia política revolucionaria.*

Fernando Martínez Heredia (FMH): Es imposible pintar en unas líneas el ambiente y las vivencias de aquella condensación del tiempo

* Investigadora en el Instituto de Filosofía, CITMA, La Habana. La entrevista fue publicada en Díaz Sosa, F. y otros 2006 *Marxismo y Revolución* (La Habana: Editorial Ciencias Sociales) pp. 183-212. Luego en Martínez Heredia, F. 2010 *A viva voz* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales) pp. 71-104.

y aquella conmoción continuada de las vidas y las realidades que fueron los primeros años de la Revolución. Los nombres mismos mostraban su insuficiencia, y calificaban mal, o con retraso, lo que querían denominar. El horizonte de la Revolución era ella misma, que no se asombraba de su audacia, ni temía a sus enemigos ni a sus límites, ni se detenía ante nada. En el verano de 1960, por ejemplo, los contragolpes acababan con la relación externa principal –la neocolonial con Estados Unidos–, comenzaba la veloz formación de una fuerza armada popular y se buscaban armas en Europa Oriental, se trataba de organizar una nueva economía en el campo y en el azúcar, se escribía la Primera Declaración de La Habana y Fidel definía la democracia cubana como aquel régimen que le entrega un fusil a un obrero, a un campesino, a una mujer y a un negro. Los cubanos estábamos apoderándonos de nuestro país y de nuestras vidas, y comenzando a ver el futuro como un proyecto.

En los meses siguientes –en medio de tareas y hechos decisivos– también se organizó por primera vez una dirección política institucionalizada. Se crearon las ORI (Organizaciones Revolucionarias Integradas), órgano que debía fundir al Movimiento 26 de Julio (M-26-7), el Directorio Revolucionario 13 de Marzo

(DR) y el Partido Socialista Popular (PSP). El M-26-7 y el DR –organización más pequeña, creada para la lucha armada y con ideales muy avanzados– habían dejado atrás sus diferencias del inicio de 1959. El PSP se había autocriticado su errónea línea política anterior y participaba plenamente en las tareas revolucionarias. Para que fuera real un órgano político unificado, era necesaria la disolución del Movimiento 26 de Julio, y así sucedió en la práctica.

YLDR: *¿Por qué consideras que la disolución del movimiento era necesaria?*

FMH: El M-26-7 era un organismo político grande y experimentado, fundado desde 1955, cuyos cuadros y miembros se habían formado siguiendo una línea política e ideológica correcta, con gran unidad de ideales y disciplina interna muy rigurosa. Habían peleado una guerra revolucionaria dura pero victoriosa, que echó las bases de una nueva cultura política, y habían seguido participando en masa en el proceso revolucionario. El avance y las necesidades de la Revolución exigían un gran salto político, y se entendió que este debía tener un nuevo punto de partida. Pero ese quizás sea tema para uno de tus estudios futuros.

YLDR: *¿Cuándo se empezó a hablar del Partido? ¿Eso fue en el año 61?*

FMH: 1960 y 1961. Pero en realidad sucedía entre pequeñas minorías. Recuerdo que la primera vez que oí hablar de la organización política nadie sabía lo que era, porque las células de las ORI eran medio secretas. Se formaban en centros de trabajo, con núcleos seleccionados prácticamente “de dedo”.

YLDR: *¿Por qué, Fernando?*

FMH: Porque se le encomendó la dirección a un antiguo miembro de la dirección del PSP, que era Aníbal Escalante, y aquello se organizó en realidad como una conspiración. De ahí vino un problema político y un problema ideológico. El problema político era: ¿para qué es la organización? ¿Es para crear un canal político para la masa enorme, inmensa, de los revolucionarios? ¿O es para que haya un instrumento pequeño, muy confiable, que sirva para controlar? Se siguió la segunda opción, pero además, el instrumento de control, pequeño y muy confiable, fue completamente sesgado por un fenómeno de sectarismo. Las decisiones, las normas, gran parte de la membresía, fue formada por una parte de los antiguos compañeros del PSP, y a partir de relaciones personales y cooptados por la dirección, en detrimento de un sector

enorme de participantes de la Revolución. El problema ideológico era: ¿qué socialismo, qué régimen y qué sociedad se aspiraba a crear?

YLDR: *¿Esta pregunta te la formulan porque en aquel momento no se tenía esta legitimidad ideológica? ¿Desde dónde se comienza a construir esta legitimidad?*

FMH: Para los sectarios, la legitimidad estaba en un concepto abstracto de socialismo, una etapa a la que Cuba habría llegado después de la “democrática burguesa”, en la cual el proletariado (abstracto también) sería la clase que guía el proceso, “el partido”, su expresión política –y el rector del país en su nombre–, y el llamado marxismo-leninismo la ideología. Cuba se convertiría en una “democracia popular” y el socialismo se “construiría” según las “experiencias históricas”.

YLDR: *Si ya habíamos declarado en el año 61 que éramos socialistas, ¿no podía discutirse en un sentido más masivo el argumento ideológico del marxismo-leninismo?*

FMH: Entonces entró en el pueblo el marxismo-leninismo, con una aceptación y una popularidad inmensas, porque eran las ideas que pertenecían al socialismo. Para la masa de la población y de los revolucionarios, el socialismo

fue el socialismo de la batalla de Playa Girón, donde el pueblo firmó con sangre la libertad, las nacionalizaciones, la liberación nacional y todos los cambios. La gran cuestión ideológica era: “¿Qué vamos a hacer con Cuba?” Y la respuesta era: “Somos socialistas, seremos comunistas”. ¿Por qué? Pues porque derrotamos a nuestros enemigos, que son los burgueses y los imperialistas, nos apoderamos del país y lo repartimos todo, reinarán la igualdad, la honestidad y las oportunidades para todos. Esta fue una nueva interpretación, con más alcance que las de los dos años anteriores, porque incluía un proyecto trascendental, a la altura de los sentimientos y de los acontecimientos. El “humanismo” de la Revolución del 59 no definía un proyecto ni una adscripción: aludía a la originalidad y las intenciones del proceso y del nuevo régimen, y más bien aclaraba qué cosa no era. Enseguida se desencadenaron vertiginosas transformaciones de la sociedad, la vida y las conciencias, y algunos llegaron a decir que la Revolución cubana no tenía ideología.

YLDR: *¿Por qué calificas este proyecto de trascendental?*

FMH: Ese proyecto que al fin es formulado es el socialismo y el comunismo populares, el de los milicianos, el de las mujeres que salen para

el trabajo, la guardia y la calle, el de la gente de abajo organizada y armada que ha tomado posesión de su país y le ha perdido el respeto a la propiedad privada, el de la alfabetización como una campaña revolucionaria, el de expresiones intelectuales que van desde una multitud de himnos hasta un libro como *La formación de la cultura nacional*, de Walterio Carbonell. La masa de la gente se lanzó a asaltar el cielo. Los clichés, el dogma, las consignas pareadas y gritadas del sectarismo solo fueron la caricatura grotesca de aquel proyecto. Aquel aparato para intervenir y confiscar la Revolución en que se convirtieron las ORI estaba en realidad comprometido con otra concepción del poder y la ideología, y con la posición soviética.

YLDR: *¿Cuáles son tus valoraciones acerca del momento del sectarismo en la historia política de la década?*

FMH: En el fondo, ideológicamente tenían que acusar a Fidel y a los líderes de la Sierra Maestra de pequeñoburgueses, porque si no, ¿cómo quitarlos del medio? La experiencia reciente era la “liquidación” de muchos militantes que lucharon en los países de Europa que habían pasado a ser “democracias populares”, donde el protagonista de la liberación había sido el Ejército Soviético; esa fue una trágica experiencia de la historia del

socialismo. El gran problema que confrontaron los sectarios fue que no era lo mismo quitar del medio a personas inermes que apartar a los que habían creado los órganos revolucionarios, conducido al pueblo a la lucha y la victoria, ejercían el poder revolucionario y eran los líderes amados por el pueblo.

El socialismo y el marxismo-leninismo de aquel momento histórico cubano tienen, en realidad, dos procedencias, que ensayan a coincidir por primera vez en 1961. Esta es una de esas realidades que no han podido pasar al conocimiento común, y se suele creer que tenían una sola procedencia. Ya desde aquella época se intentó convertirla en una sola.

YLDR: *Pero no es lo mismo...*

FMH: Sin embargo, el hecho es que se intentó. Por ejemplo, la Revolución creó las escuelas del Partido, para enseñarles marxismo-leninismo a sus militantes. Era tal el ansia de saber marxismo-leninismo, que al principio en los batallones y las baterías leer novelas soviéticas era “marxismo-leninismo”. Recuerdo que leíamos *Los hombres de Panfílov* y *La carretera de Volokolansk*.

YLDR: *Sí, pero también se publicó otro tipo de novelas... Un día en la vida de Iván Denísovich. ¿O eso fue en la década del setenta?*

FMH: No, fue por 1963. Pero ya eso era otra cosa... Las que te digo eran dos novelas de combate: un batallón de mongoles, es decir, de Kazajstán, que vienen a luchar, a defender a Moscú en 1941. Lo que se aprende en la novela es cómo deben comportarse los soldados, y eso es lo que quería saber la gente. En las unidades militares leían el “marxismo-leninismo” en *Los hombres de Panfílov* y *La carretera de Volokolansk*, en forma de narración muy directa y atractiva. No olvides que la mayoría de los cubanos no había leído libros. Estas obras narraban una gesta de gente humilde que luchó al otro lado del mundo contra los mismos enemigos. Se trataba de buenos y malos, es verdad, pero los buenos eran seres humanos, con todos sus defectos, y hasta debían aprender a renunciar a alguna de sus virtudes, para ser soldados eficaces.

En las escuelas del Partido, por su parte, comienzan a explicar Materialismo Dialéctico y Materialismo Histórico.

YLDR: *¿En qué año sucede lo que me estás diciendo?*

FMH: En 1961 y 1962.

En el 62 se proclama la Reforma Universitaria. Yo revisé el texto de la Reforma y de todos los programas de las diferentes carreras que en aquella

época se desarrollaban en la Universidad; en el currículum de cada una de ellas están incluidas las asignaturas “Materialismo Dialéctico e Histórico I y II”.

FMH: A partir de enero del 62.

YLDR: *En el texto no lo dice expresamente, pero cuando uno revisa la documentación sí están las asignaturas curriculares.*

FMH: Pero además, todo el mundo decía: “en las universidades hay que estudiar marxismo, porque lo dice la Ley de Reforma Universitaria. La Ley de Reforma dice que hay que hacerlo”.

YLDR: *Pero, Fernando, exactamente así no lo dice.*

FMH: Si no lo dice, ¿qué importa? Las leyes de las revoluciones son así... En realidad, había un consenso general en que se estudiara marxismo como parte de las carreras universitarias. “Marxismo-leninismo”, es decir, tres materias: Filosofía, Economía Política y Comunismo Científico. En 1962 aparecieron en todos los programas de estudio. En la Universidad de La Habana comenzaron a dar Filosofía con solo cinco profesores. No había más.

YLDR: *Es por esta fecha el análisis del sectarismo de Aníbal Escalante, ¿no es así?*

FMH: En marzo de 1962. Eso fue una gran conmoción. Fidel hizo la primera denuncia en la escalinata universitaria el 13 de marzo, cuando eliminaron la mención de Dios en el texto del testamento político de José Antonio Echeverría. El 26 de marzo, en Matanzas, ya Fidel hizo una denuncia a fondo del sectarismo. Es depuesto Aníbal Escalante y sale de inmediato para Moscú. Suceden fuertes cambios políticos y se abre paso una convicción: hemos tenido sectarismo y dogmatismo y no queremos tenerlos más; vamos a hacer un nuevo partido, un partido de masas de verdad, que nazca y venga desde la base, un partido comunista, de selección. Para pertenecer a él, primero hay que ser electo trabajador o trabajadora ejemplar en una asamblea abierta, y que sean los trabajadores y no el partido quienes digan quién es trabajador ejemplar y quién no lo es. El papel y el derecho del partido es analizar profundamente al que “sale ejemplar” en una asamblea pública, por votación, después de ser discutido. El trabajador ejemplar es la cantera del partido. Si ocultó que participó o colaboró con la Tiranía, o actitudes muy negativas de su pasado, si hay razones de peso en su contra, el partido ejercerá el derecho a criticarlo duramente, o a no ingresarlo, pero deberá explicarle a la masa en asamblea por qué no lo ingresó. Quien no sea propuesto y elegido

por la masa, no puede ser trabajador ejemplar. La organización se llamará Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba. Y así fue hasta octubre de 1965, cuando se crearon el Comité Central y el Partido Comunista de Cuba.

En lo que toca a la ideología teorizada, y al marxismo, se fueron acumulando cambios y permanencias; se creó una complejidad. Las escuelas del Partido fueron teatro también de las diferencias políticas, y conocieron la crítica al sectarismo, pero a mi juicio no avanzaron decididamente hacia una correspondencia plena con la entraña ideológica de la Revolución cubana. Las escuelas siguieron apegadas a la fe filosófica del Materialismo Dialéctico e Histórico, la Economía Política y el Comunismo Científico soviéticos. Fíjate cómo se fueron moviendo las cosas. Ahora todo el mundo es socialista, y quiere ser marxista-leninista, y ha sido condenado políticamente el sectarismo, pero coexisten en el marxismo corrientes muy diferentes.

YLDR: *Pero en esta coexistencia de corrientes diferentes se expresa aún cierto dogmatismo en la enseñanza de la Filosofía a partir de los manuales soviéticos. ¿Qué circunstancias consideras tú que lo determinaron?*

FMH: No olvidemos las líneas fundamentales. El esfuerzo educacional principal es con

mucho el de la alfabetización, y el del “seguimiento” (escolarización primaria). La mayoría de la gente que ha sido analfabeta, o casi iletrada, está metida de lleno en las tareas inabarcables de la Revolución. Muchos están estudiando materias militares. Durante 1961 y 1962 se multiplican las Fuerzas Armadas y nacen los tres ejércitos, a los cuales pasan miles de milicianos, y batallones de milicias se convierten en unidades de tropas, porque se espera que los Estados Unidos terminarán invadiendo a Cuba. Al fracasar la invasión con cubanos, tenía que venir la norteamericana. A la vez que el inmenso esfuerzo militar, la Revolución hace otro tanto en los campos económico, político y social. Hay que desarrollar la Reforma Agraria, organizar la agricultura – llegó a romperse la relación entre la ciudad y el campo, no se encontraba qué comer en la ciudad–; hay que volver a lograr que las empresas urbanas produzcan, hacer una gigantesca reorganización del comercio exterior, y lograr una comunicación entre producción y consumo. Al mismo tiempo que la gente aprende a manejar armas y cañones en gran escala, se debe lograr administrar las empresas, que ahora son todas nuestras, pero su tecnología es norteamericana, muchas no tienen materias primas, y no hay cuadros para operarlas. Multitud de

antiguos administradores y técnicos se fueron. Imagínate que había 6 mil quinientos médicos, y la mitad se fueron.

YLDR: *Y en el área académica también se produce un amplio éxodo de profesores.*

FMH: Muchos profesores se estaban yendo de todas partes, entre ellos profesores de áreas sociales.

YLDR: *Este es el momento en que se disuelve la Escuela de Filosofía y Letras, que no se vuelve a crear.*

FMH: Pero ese hecho no tiene nada que ver con la aparición de la Filosofía marxista.

YLDR: *¿No? ¿No tiene nada que ver que no se haya vuelto a abrir la Escuela de Filosofía? Se abrieron las otras, pero esta no. Se plantea que se reabría, pero después no sucedió así.*

FMH: No, no se dijo que se iba a abrir. La Reforma Universitaria cambió la estructura de las escuelas, y ya no existió más Filosofía y Letras. Hace un siglo, después de la Revolución del 95, hubo una reforma que dirigió Enrique José Varona, que cambió la estructura universitaria. Y hubo otras reformas después de muerto Varona, en la segunda república, que cambiaron también la estructura.

YLDR: *O sea, el cambio de 1962 no tiene nada que ver con este proceso.*

FMH: En Filosofía y Letras se estudiaban materias de Historia, Geografía, Psicología, Literatura y Filosofía. Lo que se hizo fue uno de aquellos planes de liquidación para graduar los alumnos existentes, y crear escuelas diferentes para cada disciplina. Dos de ellas, Geografía y Psicología, se asignaron a la Facultad de Ciencias –Facultad era la nueva unidad intermedia universitaria–, y las otras tres a la Facultad de Humanidades. La Escuela de Letras se formó con las áreas básicas y las especialidades correspondientes, y se quedó en el edificio Dihigo. Pronto crearon una Escuela de Historia, que residió en el mismo edificio. Y como decías, desde inicios de 1962 se había orientado dar marxismo en todas las escuelas universitarias, y se fue formando un área de Filosofía, adscrita a Humanidades.

YLDR: *Bueno, eran solo tres universidades las que había.*

FMH: Pero, además, había menos alumnos que en 1956. Hasta 1967 no se alcanzó el número de alumnos que había en 1956.

Había que formar profesores para un Departamento de Filosofía en cada universidad, y también Departamentos de Economía

Política y de Comunismo Científico. Eran entidades totalmente separadas entre sí. Entonces, nos sacan de donde estábamos [...].

YLDR: *¿En ese entonces cursabas la carrera de Derecho?*

FMH: Yo estaba en Derecho.

YLDR: *Eras muy joven, Fernando...*

FMH: Yo tenía veintitrés años cuando sucedió. Cuando me escogieron estaba en las Escaleras de Jaruco, pasando una escuela en mi Unidad Militar 2.254. Era estudiante de cuarto año de Derecho. Y fui a dar, con ciento tres más, entre compañeras y compañeros, a una escuela de Filosofía sin nombre, organizada para formar aceleradamente instructores de Filosofía para las universidades. La escuela era una EIR, organizada por las escuelas del Partido, pero completamente especial, por su objetivo, por los que al parecer fueron los responsables, y por el profesorado. Los modos de seleccionar los alumnos deben haber sido complejos.

YLDR: *¿Cómo fue seleccionado el estudiante Fernando para formarse como profesor emergente de marxismo?*

FMH: A mí me seleccionaron el Secretario General de la FEU de Derecho y un compañero

que era viceministro del MINREX y profesor de la Universidad. Yo no los conocía personalmente a ninguno de los dos. A lo mejor dijeron: “ese que viene vestido de verde olivo, escógelos también”. Pocos iban vestidos de verde olivo. El caso es que se hizo bajo el sistema de las EIR, pero para la Universidad. Y los profesores eran [...].

YLDR: *¿Esa era la Raúl Cepero Bonilla?*

FMH: Es que durante el curso de la escuela, que duró cinco meses, con régimen interno riguroso, sucedió el trágico accidente en el que se mató Cepero Bonilla, y entonces le pusieron su nombre a la escuela. Pero cuando comenzó no tenía nombre. Los profesores eran los hispano soviéticos Luis Arana Larrea, María Cristina Miranda y Anastasio Mansilla, y los cubanos Sergio Aguirre, Pelegrín Torras de la Luz e Isabel Monal. Felipe Sánchez, de las EIR, era el director de la escuela, y Pedro Rodríguez, un antiguo compañero del M-26-7, el subdirector.

YLDR: *¿Dónde ubicarías a esa naciente escuela dentro de la coexistencia compleja de corrientes teóricas que describías hace un momento?*

FMH: La escuela tenía una pertenencia absoluta a la corriente teórica soviética. Estudiamos

al detalle las 630 páginas del Manual de Konstantinov –315 de Dialéctico y 315 de Histórico, diez capítulos de cada uno–; prácticamente lo aprendimos de memoria, y utilizamos ese texto como básico para el ejercicio de docencia que debía realizar cada alumno.

YLDR: *¿Cómo era Fernando Martínez, estudiante de la Raúl Cepero Bonilla?*

FMH: Tenía una formación relativamente buena en general –para aquellos tiempos–, que me daban la carrera de Derecho y un empecinamiento notable en cuanto a estudiar libros y discutir sus contenidos y otras muchas cuestiones. Pero tenía también una dificultad anterior, que me estaba casi impidiendo expresarme en público. Y era realmente flaco. Lo cierto es que me gustó la posibilidad inesperada de estudiar como un demente con buena iluminación y a todas horas (violábamos el horario de “silencio”), discutir en los grupos, estar haciendo al fin lo mismo todo el tiempo y dormir incluso en el mismo lugar, y si la comida era pésima, eso no era nada original en Cuba de ese momento. Pero en realidad me fugué de la escuela cuando estalló la Crisis de Octubre. Kennedy habló a las 7 de la noche, y de inmediato se leyó la orientación del Director Nacional de las EIR, que los alumnos debían permanecer en la escuela,

estudiando. Me fui a mi albergue –yo dormía encima o debajo del compañero José Cantón Navarro–, recogí mis ínfimas y más bien militares pertenencias, y me marché de la Escuela. A las once de la noche ya estaba, con mis compañeros de la [UM] 2.254, camino a la División Antidesembarco de Occidente, que dirigía el comandante Samuel Rodiles, desplegada en lo que llamaban “la dirección del golpe principal”: el golpe que nos darían los otros, naturalmente. Treinta y un días después me desmovilizaron y regresé directamente a la Escuela. Otros cuatro compañeros de la “Cepero” se movilizaron también.

Tuve dos discusiones muy fuertes en las clases que se hacían con el pleno de los alumnos de la Escuela, por motivos ideológicos, aunque envueltos en sus expresiones teóricas. La primera fue cuando me opuse a la afirmación de que en Cuba se había producido un paso violento a la revolución democrática, agraria y antiimperialista, y un paso pacífico al socialismo. Eso estaba bien en la prosa de Jruschov, pero en Cuba había sucedido un solo proceso revolucionario, que utilizó la vía de la violencia, y que había implantado el régimen socialista y la liberación nacional. La otra fue porque me había ido quedando para los últimos alumnos en exponer su clase, y

desgraciadamente para mí, me tocó “La dictadura del proletariado”, que está por el capítulo 18, más o menos.

YLDR: *¿Del Konstantinov?*

FMH: Sí, porque para el ejercicio docente se tomaba, epígrafe a epígrafe, y a cada alumno le tocaba uno. Tú dabas esa vez la clase a todos los alumnos, delante del profesor Arana. Tenías que mostrarte pedagógico, con tu plan de clase, y a la vez saber de todo del tema, y responder a las preguntas del profesor.

YLDR: *¿Y no había otra bibliografía?*

FMH: Claro que sí. En la Escuela estudiamos a fondo textos como el *Anti-Dühring* y *Materialismo y empiriocriticismo*. Se estudiaban fragmentos o textos de los clásicos del marxismo, y monografías de los filósofos soviéticos. Recuerdo, entre otros, *El espacio y el tiempo*, de Svidierski, o *Las categorías del Materialismo Dialéctico*, de Rosenthal y Straaks; se utilizaba mucho el *Diccionario filosófico abreviado*, de Rosenthal y Iudin. Había algunos materiales franceses, como el libro *La libertad*, de Roger Garaudy. Y en otras asignaturas se estudiaba mucho a diferentes autores. Pero el esqueleto básico de Filosofía era el Konstantinov.

En aquella clase yo expliqué lo que decía el libro respecto a la dictadura del proletariado, que era entonces un concepto político considerado fundamental. Pero a continuación dije algo así como: “Bueno, esto es lo que debía ser la dictadura del proletariado, pero en la Unión Soviética, desde que mataron a Kírov en Leningrado, se desencadenó un gran problema, por el cual fueron matados una gran parte de los revolucionarios, y Stalin fue el culpable de todo eso, los mandó a matar”. Se formó un lío. El profesor me interrumpió, y me dijo: “¿A Kírov quién lo mató? Eso no se sabe todavía”. Yo le contesté: “Sí, pero a todos los demás los mató Stalin”.

Te repito aquí lo que he dicho siempre. Luis Arana fue un compañero que tuvo aquí una actitud magnífica con nosotros y en el cumplimiento de su deber, que era muy difícil. Con muy buena formación de psicólogo experimental, alumno de Luria, le encomendaron partidistamente ser el que nos enseñara el dogmatismo filosófico, y él muy honestamente acercaba el Materialismo Dialéctico a las ciencias, y se comportaba con un inmenso respeto por la Revolución y los revolucionarios de Cuba. Durante la Escuela que pasamos, nunca estuve cerca de su entorno, y sin embargo, no tuvo a mal que yo siguiera la línea de nuestra Revolución de manera abierta. Y cuando

tuvo la posibilidad, ya en el Departamento de Filosofía, de seleccionar a siete compañeros para que fueran a especializarse en cada una de las ramas del sistema filosófico soviético, me llamó y me propuso que yo fuera el que se preparara en Materialismo Histórico.

Mucho tiempo después del final del curso de la Escuela Raúl Cepero Bonilla me contaron, sin que pueda afirmar que es cierto, que en una reunión en que varias personas escogieron a los veintiún alumnos que serían instructores universitarios, se me eliminó. Pero Pedro, el subdirector, había exigido que me escogieran, y me agregaron en la lista. En realidad yo nunca tuve relaciones con Pedro en la Escuela, ni lo vi nunca más. De todos modos, fui seleccionado y me convertí en un flamante profesor sin haber terminado mi carrera universitaria, como otros muchos cubanos de entonces ante sus respectivas tareas. Aunque formalmente nos nombraron instructores, y eso fuimos alrededor de un año.

YLDR: *¿Cuándo comienzas esta nueva tarea de profesor?*

FMH: El 1o de febrero de 1963 veintiún compañeras y compañeros comenzamos a trabajar en el Departamento de Filosofía, que ya estaba creado pero tenía cinco profesores nada más. No es exagerado decir que fue el salto que

permitió a esa institución emprender el servicio docente a escala universitaria. Y por lo que sucedió después, puede decirse que aquel día se constituyó la base de la institución que después se haría conocida.

YLDR: *¿Quiénes eran los cinco primeros profesores?*

FMH: Eran Juan Guevara Valdés, un psicólogo notable y hombre muy culto, que había sido viceministro del MINCIN; Isabel Monal, directora del Teatro Nacional en 1959 y 1960; Jesús Díaz, que era el más joven; el argentino Bolney Ortega Montenegro (que regresó años después a su país); y un quinto compañero, de apellido Davidson, que estaba saliendo del Departamento cuando nosotros entramos. Guevara compartió nuestras tareas hasta el inicio de 1966, cuando el rector lo nombró director de la Escuela de Psicología, e Isabel Monal hasta 1967, en que pasó a la Escuela de Letras.

YLDR: *De la Universidad se fueron muchos profesores en esos años. ¿Vinieron profesores de otros países a colaborar con nosotros en la educación superior? No solo los soviéticos, sino, por ejemplo, de América Latina.*

FMH: Cómo no, argentinos, uruguayos, chilenos. Quiero recordar a Juan Noyola, notable

economista mexicano que vino con la CEPAL, se enamoró de la Revolución cubana y se quedó aquí para siempre. El edificio de Economía lleva su nombre. Un día se publicará aquí el libro que escribió sobre la economía cubana. Y a Plinio Castillo Padilla, joven guatemalteco que pasó un segundo Curso que tuvo la Cepero Bonilla en 1963, y fue profesor de Economía Política en la Universidad. Plinio murió combatiendo como guerrillero de las FAR en Guatemala.

YLDR: *Fernando, ¿coincidían en un mismo departamento Economía Política y Filosofía?*

FMH: En febrero de 1963 se organizan nuestro Departamento y el de Economía Política, que nunca tuvieron ninguna relación orgánica entre sí, para dar servicio docente a todas las carreras universitarias. En Economía estaban Osvaldo Martínez, Joaquín Fernández y otros compañeros muy valiosos.

YLDR: *Cuándo comienzas como profesor, ¿ocupas inmediatamente la responsabilidad de jefe de Departamento?*

FMH: No. Enseguida tuve mi primera responsabilidad, que fue la de administrador, pero esas eran actividades voluntarias, suplementarias a las de docencia y superación que hacíamos todos.

YLDR: *¿Quién fue el primer jefe del Departamento de Filosofía?*

FMH: El primero fue Luis Arana Larrea, el hispano soviético. Se lo llevaron de Bilbao, siendo un niño, antes de que la ciudad cayera en manos de los franquistas. Un hombre íntegro, del que algo te hablé ya. Creía firmemente en sus valores, pero no trató nunca de imponernos la línea que debió representar. Era un hombre muy carrabias y muy amigo de la disciplina, que trató de inculcarnos a todos esa buena costumbre, imprescindible en el que trabaja, y en los estudios la honestidad y la crítica fraternal entre todos. Y lo logró. Si me permites la expresión, era un comunista. Ya te dije algo de mis relaciones con Arana, y como a pesar de que yo exageraba en cuanto a no hacer nada que pareciera lisonja o halago con él, me seleccionó para ir a especializarme a la URSS, lo cual decliné por razones personales. Aquel fue un pequeño grupo enviado a la URSS cuando este compañero era el director, pero no tuvo peso en nuestra formación. Tres años después los compañeros estaban de vuelta.

Pero ahora recuerdo que al noveno mes de trabajar en el Departamento hubo una misión a la URSS, de recolección de información en las cuatro universidades soviéticas que tenían Facultad de Filosofía, para el desarrollo de nuestra disciplina y del Departamento; la misión

incluía también breves visitas a la Universidad Humboldt de Berlín y la Carolina de Praga. Una misión que duró casi dos meses. Para integrarla, Arana nos seleccionó a Juan Guevara y a mí. Y allá fuimos los tres. Para Guevara y para mí, ansiosos de conocerlo todo, fue una gran experiencia, cada uno desde su edad y sus vivencias. Conocimos la estructura, el contenido de las materias, las ideas y algunas verdades de aquellas facultades, y de los departamentos que brindaban servicios docentes de Filosofía a las demás carreras. Arana nos servía de intérprete, y nos añadía informaciones o aclaraciones a lo que se nos decía, no solo de Filosofía. Yo llené varias libretas escolares para el Departamento, con datos e impresiones. Fue un tremendo paso de avance para mí, acerca del país en que se hizo la primera y grandiosa revolución contra el capitalismo, acerca de su historia posterior, heroica y trágica, y de su actualidad todavía jruschoviana. Lo que más me gustó fue el pueblo, y el recuerdo más impresionante, el cementerio de Leningrado. Fíjate qué importante fue ese viaje para mí. Por Arana conocí la URSS, y un poco de la RDA y Checoslovaquia, porque ya nunca me volvieron a enviar a aquella región. Arana no pudo actuar mejor en la misión, aunque los pulmones se vengaron de él, y Guevara y yo anudamos una fuerte amistad.

YLDR: *¿En qué lugar residió ese primer Departamento de Filosofía?*

FMH: Nosotros nos formamos en la Calle K número 507, entre 25 y 27, en El Vedado. Era una casa de familia acomodada, más bien pequeña para nuestro uso, pero en muy buen estado, que había pertenecido a un cómplice de la Tiranía. Se la dieron a la Universidad seguramente por la proximidad, y nos pusieron allí. Llegó a tener cierta fama esa dirección frente al teatro El Sótano, muy céntrica y próxima a la Colina, pero en una calle tranquila y breve, cortada por una furnia en 25. Nosotros la llamábamos simplemente “la calle K”, y era nuestro segundo hogar (a veces hasta el primero).

En la primera etapa todo era difícil y complejo. Debíamos impartir docencia universitaria, por primera vez, y gran parte del grupo no tenía ninguna experiencia docente. La materia era muy ambiciosa en sus contenidos, y se esperaba muchísimo de ella. A la vez, había que hacer seminarios y debates de superación pedagógica, y organización del material para la docencia. No había experiencias previas de esta asignatura. Las facultades eran lo más diferente del mundo entre ellas, recuerda que hoy son las universidades de esta ciudad: de Medicina, Tecnología, Agropecuaria, Pedagógica, Ciencias y Humanidades, que están en la actual Universidad de La Habana. Teníamos

una inmensa vocación de superación, inconformes con lo logrado en los cinco meses encerrados estudiando, de manera que de inmediato comenzó la línea, obligatoria, de actividades de superación.

YLDR: *¿Como Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana tenían la responsabilidad de orientar centralmente la enseñanza de esta disciplina para el resto de las universidades del país?*

FMH: No, nada formal indicaba eso. Pero en la práctica hicimos un Primer Encuentro Nacional de Profesores de Filosofía Marxista en 1964, por iniciativa nuestra, en la calle K, con compañeros de las tres universidades. Y un Segundo Encuentro Nacional, en 1966. Siempre hubo relaciones fraternales con Oriente, y también con Las Villas, y si no recuerdo mal, en el verano de ese año 66 asistieron algunos compañeros de las dos universidades a nuestro Curso de Formación de docentes para el Departamento habanero. Mantuvimos relaciones sistemáticas hasta nuestro cierre en 1971.

YLDR: *¿Cuál era el contenido de los programas que ustedes impartían, y cuál era su contenido? ¿Cuál era el nombre de la asignatura que se impartía?*

FMH: Se llamaba Materialismo Dialéctico e Histórico, se daba en dos semestres. El texto base en 1963-1964 era el Manual de Konstantinov. ¡Empezamos dando el Konstantinov! Al inicio teníamos muy poco a nuestro favor. Yo terminé mi carrera universitaria siendo ya profesor; examiné todas las asignaturas que me faltaban, en medio de todo aquello –y de un curso de Jefe de Pelotón de Artillería Divisionaria–, y al fin me gradué de Derecho en 1964, creo. Cada uno de nosotros tenía su punto de partida y su preparación diferente, y pensábamos que debíamos homogeneizarla y consolidarla.

Para el curso 1964-1965 ya eliminamos el carácter de texto base del Konstantinov, y comenzamos una experiencia de programas de la asignatura y cursos “experimentales”, que debía discutir rigurosamente cada compañero en los seminarios “docentes”, que dábamos cada semana, divididos en tres grupos. Tú podías inscribir tu programa experimental, pero tenías que sustanciarlo por escrito y someterte semanalmente a explicar lo que habías dado, y asumir los términos del debate y el control del grupo. La idea, que funcionó, era ir logrando un nuevo programa cubano, que sirviera para lo que se quería, que naciera de las iniciativas de los compañeros, mediante un trabajo organizado y

riguroso, debatido por el colectivo. El proceso no fue espontáneo, ni anárquico, ni descontrolado. Lo que te cuento es lo que sucedió realmente, en ese curso y en el curso 1965-1966.

YLDR: *¿Esta superación interna la organizaban ustedes mismos?*

FMH: Nuestra lucha por la superación es fundamental para el que quiera entender lo que sucedió. Creamos un sistema de superación interna obligatoria, mediante materias a estudiar, cursos y seminarios por lo general semanales, que clasificábamos en generales y especializados. Los primeros eran para todos, los segundos para grupos específicos, permanentes o creados para el caso. Existía la superación individual en todos los casos, que pretendía darle nivel suficiente a cada uno y responder a sus inclinaciones, a la vez que cumplir los objetivos generales. Era un sistema muy organizado y muy controlado, que cumplía las tareas que programaba, y que se mantuvo siempre, hasta el cierre del Departamento en 1971. Sus materiales los elaboramos nosotros mismos –al inicio fueron decisivos los aportes culturales de Justo Nicola y Juan Guevara–, y los métodos de evaluación también. Además, le pedimos permiso a Juan Mier, rector de la Universidad, para matricular, cursar y evaluar asignaturas sueltas de cualquier carrera

universitaria, tener ese derecho, pero sin aspirar por aprobarlas a obtener el título de la carrera en que se hiciera. Y nos lo dio. Por ejemplo, yo fui alumno de Alejo Carpentier en Historia de la Literatura Moderna, de Rosario Novoa en Historia de las Artes Plásticas Modernas, de Max Zeuske, un magnífico historiador alemán de la RDA, en Historia Universal Moderna, y de algunas otras asignaturas de la Escuela de Historia. Cristina Baeza estudió un conjunto de materias en Psicología, Niurka Pérez Rojas en Matemáticas, Luisa Noa Silverio en Física, y otros compañeros también. No olvides que en esta primera etapa incluíamos en la disciplina lo que llamaban “problemas filosóficos de las ciencias”.

Por el camino que tomamos, pronto comenzamos a sentirnos insatisfechos con el material soviético. En Filosofía Marxista, nuestro primer seminario fue “Volver sobre *Materialismo y empiriocriticismo*”. Es que habíamos tenido uno sobre esa obra en la Escuela [...].

YLDR: *Perdón que te interrumpa, Fernando pero, ¿cómo canalizó este grupo de jóvenes profesores esa insatisfacción de la que hablas?*

FMH: Volvimos sobre *Materialismo y empiriocriticismo*, a la luz de las ciencias naturales de nuestro tiempo, y con un poco de reflexión

propia. Pronto comenzamos a exigirnos el estudio de Marx, Engels y Lenin en sus propias obras, y a tratar de entender sus vidas y las relaciones que ellas tuvieron con su pensamiento. Hicimos un seminario de Historia de la Filosofía, otros que no recuerdo ahora, y sobre todo mucho estudio individual. Pequeños grupos hacían seminarios especiales. De mi caso, recuerdo que un grupo de cinco cursamos los tres tomos de *El Capital*, página a página, y nos examinamos de cada tomo, con un grupo de muy buenos profesores, compañeros de Economía: Osvaldo Martínez, Joaquín Fernández Núñez, Plinio Castillo, Hermes Herrera. En otro grupo de cuatro o cinco pasamos un curso sobre la Teoría del Conocimiento en Renato Descartes, con una buena profesora francesa, que se había casado con un guerrillero venezolano; él estaba herido o enfermo, lo trajeron para acá y vino ella con él.

Nuestro centro se llamó siempre Departamento de Filosofía, pero nunca se circunscribió a lo que llaman vida académica. (Nunca utilizamos esa expresión). Desde 1964 realizamos actividades sistemáticas de participación social, mediante investigaciones sociales y acompañamiento de experiencias. No éramos originales, porque entonces se consideraba que los núcleos universitarios debían participar prácticamente en la

“vida nacional”, desde sus calificaciones, y no solo como trabajadores voluntarios. Recuerdo en los inicios el trabajo de investigación en la rehabilitación de prostitutas en Camagüey, en los efectos del cambio de horarios de trabajadores al introducirse maquinaria en el campo en el norte de Oriente, y en otras investigaciones en colaboración con otras áreas universitarias. Este tipo de trabajo tendió siempre a crecer.

Y así teníamos una actividad febril, puede decirse, aunque a la vez tuvimos amores, tuvimos hijos, bailábamos, leíamos literatura, íbamos al cine y al teatro, y éramos fanáticos de la incipiente Nueva Trova. Hicimos lo que hacen todos los jóvenes.

La estructura básica eran los tres grupos, que se correspondían con los tipos de área universitaria en que trabajábamos, con su seminario docente semanal. En el área de superación, la general era obligatoria, y había que pertenecer por lo menos a un grupo de superación particular, o a varios, si te sentías capaz. Hubo un largo seminario sobre la obra del joven Marx (todo lo anterior a *La ideología alemana*), y otros.

La crisis de la Filosofía soviética sobrevino no solamente por ser incompatible con el mundo intelectual en el que nos sumergimos. Fue sobredeterminada porque seguíamos de manera militante la política y la ideología de la

Revolución cubana, y nos propusimos que esa posición sería la rectora de nuestra actividad intelectual, y no dos cosas ajenas entre sí en las mismas personas, esquizofrenia que suele suceder. Si atendemos solo a los textos de Materialismo Histórico, lo que decían era ajeno –y a veces opuesto– a lo que tuvieron que pensar los que abrieron el camino de la revolución en Cuba, era ajeno al transcurso de nuestro proceso de poder y cambios revolucionarios, a nuestro proyecto, y a las realidades y caminos de la revolución en América Latina y el Tercer Mundo. Por lo menos. Los principios políticos que proclamaban eran, a mi juicio, insostenibles. Pero la concepción teórica misma que explicaba y defendía el DIAMAT soviético –y sus variantes occidentales– era ajena al marxismo de Marx y a sus desarrollos ulteriores revolucionarios, y en mi opinión, sigo pensando lo mismo, era completamente desacertada.

Me tocó a mí decir en 1966, como le pudo haber tocado a cualquier otro de nosotros: “Hay que hacer que el marxismo leninismo se ponga a la altura de la Revolución cubana”. En todos los colectivos hay personas que se van destacando más, y se convierten en líderes – como hay algunos que no cumplen con lo que es necesario, y deben salir–, pero lo realmente fundamental fue que el colectivo asumió la

posición de conjunto y el enorme complejo de tareas con gran profundidad, laboriosidad y entrega, tanto en lo intelectual como en lo ideológico político, con honestidad y con una gran unidad y espíritu de grupo que nos marcaban y multiplicaban nuestra fuerza. Tantas personas diferentes le dieron a aquella obra común todo lo que pudieron, con una actitud ejemplar. Ese fue un rasgo decisivo en el Departamento de la calle K.

YLDR: *¿Esta era la primera vez que se acercaban de manera crítica y revolucionaria a los programas de Filosofía establecidos?*

FMH: Sí, pero no le habríamos llamado así en aquel momento. Nos hubiera parecido alisonante. No es que fuéramos especialmente tímidos, o demasiado modestos. Es que lo estábamos haciendo. Alrededor de 1990 conocí un grupo de profesoras y profesores del IPSJAE que me gustó mucho; ellos estaban haciendo su programa experimental. Me dijeron: “Tenemos el programa de Albert [...]”.

YLDR: *Sí, recuerdo que a mediados de los ochenta empezó también un grupo de compañeros de la Universidad de Las Villas a elaborar un programa, siguiendo una iniciativa que habían tomado algunos compañeros del*

ISPJAE. *Realmente fue algo que inspiró mucho, y reconforta saber que hay continuidad de una tradición ya iniciada por ustedes en los sesenta.*

FMH: En 1965 nosotros hicimos un programa básico de la asignatura, que empezaba por el problema del hombre, y no por la ontología. “El hombre, la naturaleza y la sociedad”, se llamaba la primera parte.

YLDR: *¿Ustedes tienen esos programas todavía?*

FMH: Yo los conservo en alguna parte todavía. Voy a escribir un libro sobre eso...

YLDR: *Deberías hacerlo, porque ninguna investigación ni ningún investigador pueden recoger esa experiencia como el propio protagonista.*

FMH: A mí me lo han estado exigiendo compañeros y compañeras de aquellos tiempos, gente más joven, muchachos más nuevos. Varias veces he dicho: voy a escribir. Recuerdo bastante y tengo muchos materiales, sé que lo voy a escribir.

Bueno, volviendo a los programas experimentales. Hicimos crisis con compañeros que pensaban de otra manera, y empezamos a ser atacados [...].

YLDR: *Sí, con los de las EIR y la revista Teoría y Práctica. Eso lo conocemos por las páginas de Lecturas de Filosofía, que recogió la polémica de los manuales.*

FMH: Nos acusaron de “clasicistas”, por rechazar los manuales y explicar el marxismo a partir de Marx, Engels y Lenin.

YLDR: *¿Crees que de alguna manera también se reproduce en el seno de lo académico docente la dicotomía humanismo-comunismo que se dio en los dos primeros años de la década?*

FMH: Lo que pasa es que ahora la ruptura fue mayor. En 1961-1962 potencialmente pudo llegar a ser trágica. Después de 1962 esa posibilidad quedó conjurada, pero a mediados de los años sesenta la ruptura tenía que ser más profunda, porque la Revolución estaba produciendo sus consecuencias más hondas, pretendiendo cambiar a fondo las vidas y el país, y participaba a escala latinoamericana y mundial en un intento de revolución de liberación verdadera. Se necesitaba una nueva concepción del mundo y de la vida, y no retazos y renovaciones. Optamos por una concepción determinada, ya sabíamos que dentro del proceso nuestro había más de una. Nunca pretendimos encarnar la línea oficial de la Revolución, creo que ese fue un gran acierto nuestro. En realidad

no reconocíamos que hubiera ninguna línea oficial. Pero la Dirección de las Escuelas, al ser las escuelas del Partido, parece que sí creía encarnar una línea oficial y portar un marxismo-leninismo oficial.

YLDR: *¿Cuándo es que se separan ustedes totalmente del marxismo soviético?*

FMH: En *Teoría y Práctica* de agosto-septiembre de 1966 se nos llama “pompas de jabón pequeñoburguesas que se desvanecen al contacto con el proletariado”. Nosotros seguimos ya por nuestra cuenta. Entre 1964 y 1966 se había producido un proceso que de inicio nos alejó del programa y los contenidos del marxismo soviético, pero que culminó en una ruptura completa con él. A la vez, recuperamos a los bolcheviques. Entonces comenzamos un seminario semanal, que duró más de dos años, sobre el desarrollo del pensamiento de Lenin y sobre las revoluciones rusas de 1905 y de 1917.

YLDR: *Ustedes se volcaron al estudio del pensamiento bolchevique y continuaron con su práctica de superación interna.*

FMH: Bueno, pues en el tiempo en que éramos unos herejes completos nos pusimos a estudiar a los bolcheviques. ¡Los bolcheviques sí eran de nosotros, nosotros éramos de

los bolcheviques! Los que no eran, eran los que vinieron después, los que acabaron con la Revolución soviética. Estábamos estudiando a Carlos Marx, cuando se producía la famosa “vuelta a Marx” en Europa. Yo escribí sobre eso en 1966, y dije que nosotros no “volvíamos” a Marx, porque estábamos entrando a Marx por primera vez. En septiembre de 1966 fue el III Encuentro de Profesores Universitarios de Marxismo, que fue el II Nacional. (Leí en *Granma* hace unos quince años que el MES celebraba un llamado “I Encuentro Nacional”. Eso fue un error de los compañeros, por desconocimiento de aquella experiencia). El Primer Encuentro, el de 1964, lo inauguró José Antonio Portuondo, con la presencia de Lionel Soto en la mesa. El Segundo, el de 1966, lo presidí yo, que era el Director del Departamento de Filosofía.

Yo fui pasando por todos los cargos: administrador, responsable de Grupo, responsable de Dialéctica de la Sociedad (una de las tres áreas en 1965), miembro del Consejo de Dirección desde 1964, subdirector del Departamento. Desde el Encuentro de 1966 rompimos formalmente con toda la concepción soviética, e incluso con el nombre. Llamamos a la disciplina y a la asignatura básica “Historia del pensamiento marxista”,

y asumimos un programa absolutamente diferente, que se dio durante cinco años a decenas de miles de estudiantes universitarios. Después se ha supuesto que estos hechos nunca existieron. Es algo increíble, pero así es. Como te dije, en 1964-1965 hicimos los experimentales, y para el curso 1965-1966 preparamos y editamos un libro.

YLDR: *¿Aún guardas todos esos documentos, Fernando?*

FMH: Algunos sí, otros tendría que buscarlos con otros compañeros [...].

YLDR: *Creo que revisar las cosas que en aquella época se publicaron nos permitirá historiar toda una etapa tan fecunda del pensamiento marxista cubano. Esto es lo que el equipo de investigación de la Universidad Central de Las Villas de alguna manera realizó con las publicaciones periódicas del período.*

FMH: El “libro amarillo” se editó en la imprenta universitaria, en enero de 1966, se llama *Lecturas de Filosofía*, reunía más de veinte autores. Tiene la organización que nosotros le dimos a aquel curso: empieza por “El hombre, la naturaleza y la sociedad” y termina con “La teoría del conocimiento”. Ahí están desde Leóntiev con la actividad, hasta Amílcar

Cabral, con cómo debe ser la revolución africana; desde el Che Guevara (*El socialismo y el hombre en Cuba*) hasta sesenta páginas de textos de Antonio Gramsci; desde una crítica a la definición leninista de “materia” de dos compañeras nuestras, hasta Manuel Sacristán, Luis Althusser, Fidel Castro. Cuando en septiembre pasamos a la nueva fase, que era más radical, los Departamentos de Filosofía de las Universidades de Las Villas y de Oriente decidieron pasar a la línea nuestra, mandaron compañeros a pasar cursos con nosotros, se llegó a poner el programa nuestro allá; en Oriente, más que en Santa Clara. Nuestro Departamento llegó a tener más de sesenta profesores, y realizábamos una masa enorme de actividades, de diferentes tipos. Entonces editamos el nuevo libro *Lecturas de Filosofía*, en dos tomos, el “libro verde”, con otros textos, mucho más original y orgánico, más amplio, con muchos más trabajos nuestros. De este se editaron 24 mil ejemplares, se usó hasta en las escuelas militares, como la Osvaldo Sánchez. Nuestra actividad y nuestros productos eran sumamente influyentes.

YLDR: *¿Colaboraban ustedes con otras publicaciones, como por ejemplo con Jesús Díaz en El Caimán Barbudo?*

FMH: En 1965 colaboramos, con Jesús Díaz, que era uno de los más destacados compañeros nuestros, en la página ideológica del diario *Juventud Rebelde*. A inicios de 1966 fui uno de los fundadores de *El Caimán Barbudo*, con Guillermo Rodríguez Rivera, Víctor Casaus, Ricardo Jorge Machado y otros compañeros; el director era Jesús. Yo solamente colaboraba allí, porque era el segundo en el Departamento y en Edición Revolucionaria, y tenía otras tareas diversas. A fines de ese año fundamos la revista *Pensamiento Crítico*, nuestro órgano editorial de más alcance, del cual fui el director todo el tiempo que se publicó. Esta aventura terminó en 1971: se cerró *Pensamiento Crítico*, se cerró el Departamento de Filosofía.

YLDR: *¿A qué nivel estuvo sujeto el proceso de cierre, tanto de la revista como del Departamento?*

FMH: Primero tuvimos diversas reuniones. Después el Buró Político del PCC le encomendó al compañero Presidente de la República, Osvaldo Dorticós Torrado, la celebración de varias reuniones con todos los militantes. El cierre de *Pensamiento Crítico* fue en agosto de 1971; el de Filosofía fue en noviembre. Disolvieron el núcleo del Partido, aunque sin sancionar a ninguno de sus miembros.

Siempre recordaré la altura de las discusiones y la gentileza revolucionaria del presidente Dorticós. Y la actitud fraternal del compañero Jesús Montané.

Después se crea el Departamento para la Enseñanza del Marxismo-Leninismo.

YLDR: *Creo que la persona que estaba al frente de ese Departamento y otra más van a la Unión Soviética, y comienza el proceso de formación de profesores en la Unión Soviética y en otros países del entonces campo socialista.*

FMH: Primero vinieron asesores de allá para acá. Después se empezó a enviar a jóvenes a la URSS, a formarlos como docentes para Filosofía.

YLDR: *Desde tu perspectiva, ¿cómo valoras toda esta historia, su dinámica en el contexto de estos años?*

FMH: Esta historia tuvo su propia realidad y su propia dinámica, pero está íntimamente relacionada con la historia general de la Revolución y solo es explicable si se inscribe en ella.

En el plano ideológico, después de la crítica al sectarismo, la Revolución siguió teniendo un conjunto de instituciones diferenciadas, aunque el denominador común a todos era

la fidelidad a la Revolución. Por ejemplo, el Consejo Nacional de Cultura tenía una ideología más cercana o cercana del todo a los soviéticos. La revista mensual *Cuba Socialista*, que salió de 1961 hasta 1967, era la revista oficial del Partido; era muy oficial, pero no era homogénea y permitía la polémica. Ahí publicaba el Che Guevara, y había de todo. Salían muchos textos informativos, ofreciendo elementos de la economía del país, las posiciones políticas del país, discursos de Fidel; no tenía tanto peso teórico, pero incluía temas teóricos también. Las EIR seguían ofreciendo una formación básica, en las EBIR, para activistas revolucionarios de todo el país, y tenían sus escuelas de nivel superior y su revista *Teoría y Práctica*; en estas mantenían la línea teórica del marxismo de tipo soviético. La Editora Política del Estado era dirigida por compañeros del antiguo Partido Socialista Popular, editaba a los clásicos del marxismo, y a autores soviéticos y comunistas franceses que trataban de ofrecernos una versión más “ilustrada” del materialismo de tipo soviético; incluso se publicó *Lecturas de marxismo-leninismo*, en dos tomos, con trabajos de ellos destinados a la divulgación y el estudio. Vistas en su conjunto, en las tres universidades había una gama de posiciones respecto a las cuestiones intelectuales

y teóricas. Por otra parte, todo el que podía abría una escuela para capacitar en marxismo y en política, en su ministerio o su institución; y también imprimían textos usuales o inesperados. Por ejemplo, yo conservo impreso en mimeógrafo las *Cuestiones económicas de la construcción del socialismo en la URSS*, de Stalin, editado por el Ministerio de Comercio Exterior.

El caso ejemplar fue el del Che. Desde 1959 inició su batalla ideológica, con el *Manual de capacitación cívica*, que tuvo dos ediciones por la CTC-R. Además del gran número de escritos y discursos que produjo, con una concepción marxista dialéctica, radical y creadora, y unos propósitos sistemáticos de influir en la profundización del proceso, organizó en el Ministerio de Industrias una trinchera de ideas. La revista *Nuestra Industria Económica* es la publicación más conocida, al menos de nombre, pero no fue la única. Y las Reuniones Bimestrales de análisis del trabajo del MININD fueron hasta diciembre de 1964 el teatro de comentarios teóricos muy profundos, en un campo amplio de temas. Bajo su orientación se efectuaba el Seminario de *El Capital*, de profundización, que continuó un buen tiempo después de su partida. En la imprenta del MINAZ publicó Orlando Borrego en 1966 la obra *El Che en*

la *Revolución Cubana*, que sigue siendo hasta hoy la más voluminosa edición de textos y grabaciones del Che: siete tomos, más de 4 mil páginas. Solo tuvo papel para 400 ejemplares. Gran parte de su contenido nunca ha sido publicado, ahí espera su reedición.

En un mimeógrafo que teníamos, nosotros tirábamos, tirábamos y tirábamos... Por ejemplo, *El primer combate de Fidel Castro*, de Robert Merle, el libro de un francés que les hizo entrevistas a todos y cada uno de los sobrevivientes del asalto al Moncada; creo que la única edición que tuvo en Cuba fue la que le hicimos en mimeógrafo. Imprimíamos los programas, textos para discutir; los textos que nos hacían falta para la docencia, en mayor número, para los alumnos. Recuerdo que tiramos de inmediato el discurso del Che Guevara en Argel, del 24 de febrero de 1965, por lo cual algunos nos llamaron “revisionistas de izquierda”. Para alumnos tiramos muchos fragmentos de los *Cuadernos de la cárcel*, de Antonio Gramsci, hasta que contamos con el *Lecturas de Filosofía* amarillo que te conté.

Para 1965 y 1966 cayó en crisis la posición más cercana al socialismo de tipo soviético, porque el Che y Fidel predicaban y ponían en práctica la específica posición cubana, en toda la vida política, económica, social e ideológica

del país, y en la actividad exterior, que ya se enfrentó abiertamente en muchos aspectos a la URSS y su campo, en la participación armada cubana en varios lugares (el caso más famoso fue el de Bolivia). En el campo ideológico se había registrado una riquísima historia de polémicas desde los primeros años sesenta, que si me refiero a ellas no terminaríamos nunca. Durante los años 1966 y 1967 se fue consumando un predominio de las posiciones ideológicas representadas por Fidel y el Che. El último acto político ideológico de esa etapa fue la llamada “microfracción”, a fines de 1967. El Che había muerto en Bolivia, en octubre. Después el país se sumió en sus gigantescos esfuerzos por conseguir lo que se llamó “desarrollo económico socialista acelerado”, sin dejar de practicar un internacionalismo ejemplar. Las ideas cubanas de un socialismo más cercano a la URSS, y más restringido en su contenido, nunca desaparecieron, pero estuvieron fuera de la escena hasta después de 1970.

Desde el segundo semestre de 1965 nuestras participaciones en la “vida nacional” se multiplicaron mucho. Un buen número de esas actividades no eran propiamente de educación superior; una parte de ellas no eran públicas, la mayoría sí. Por ejemplo, desde fines de 1965 tuvimos un papel protagónico en todo el trabajo

de creación de Edición Revolucionaria y del Instituto Cubano del Libro, que significaron una transformación muy profunda y una fuerte ampliación del ámbito del sistema editorial cubano. En el área de publicaciones sociales elaboramos los primeros planes y los llevamos a cabo, y mantuvimos una presencia muy fuerte hasta nuestra desaparición.

YLDR: *Si, realmente fue una etapa muy fructífera en publicaciones.*

FMH: Hay que ver los catálogos de los primeros años de Ciencias Sociales del Instituto. Se hizo un serio esfuerzo de publicación de autores clásicos del marxismo, y también de otros marxistas de tendencias y temas diversos. Se publicó el *Stalin* de Isaac Deustcher, en miles de ejemplares, como era usual. También se publicó un buen número de teóricos no marxistas. *Economía y sociedad*, de Max Weber, en dos gruesos tomos, fue publicado en una edición que en número de ejemplares quizás sea la mayor que se ha hecho en el mundo. Llevaba un estudio introductorio de Germán Sánchez –uno de los más jóvenes compañeros nuestros–, de más de treinta páginas y gran calidad. Todavía lo lees hoy y dices: “¿y esto qué es?”. La *Antropología estructural*, de Claude Lévi-Strauss; *El hombre unidimensional*, de

Herbert Marcuse; *Historia y conciencia de clase*, de György Lukács; las *Cuestiones de método*, de Jean Paul Sartre. Por varias vías publicamos a Karl Korsch, *Populorum Progresio*, una Historia de África, un montón de cosas muy diversas. *Referencias*, del PCC de la Universidad, una revista monográfica muy voluminosa que salió unas catorce veces, en realidad se planeaba y sus materiales provenían de los fondos de *Pensamiento Crítico*, y la preparaba un compañero nuestro. Publicamos o divulgamos todas las obras contemporáneas que estuvieron a nuestro alcance y nos parecieron de interés. Fue una verdadera fiesta intelectual. Esa coyuntura favorable desapareció al inicio de los años setenta, aunque no sucedió de un día para otro.

YLDR: *Fernando, para ir terminando –pues esta es una conversación que aún podemos prolongar, pero ya sería otra entrevista–, una última pregunta, ¿Por qué crees que se dieron las divergencias en el pensamiento marxista cubano de esos años?*

FMH: Creo que te he contestado parcialmente esa pregunta a lo largo de la entrevista, y además, después de veinte años de silencio, he ido escribiendo sobre estas cuestiones en textos de estos años noventa, y hablando en

conferencias o entrevistas. Quedan, sin duda, muchas cosas por decir, pero yo sigo muy activo y pienso seguirlo siendo, y formamos parte de un proceso, la Revolución cubana, muy difícil en sus condicionamientos y en la propia historia que ha debido ir tejiendo en casi medio siglo. Hay temas y datos que no se han publicado nunca y no me pertenece a mí divulgar, al parecer mientras no culmine esta larga lucha en que estamos todos. Por otra parte, estoy totalmente opuesto a que se escamotee u oculte la historia de nuestro proceso revolucionario a las generaciones más jóvenes, porque eso es desconfiar de sus capacidades y su cultura política revolucionaria, y es quitarnos fuerzas que son vitales para la guerra cultural a la que sin remedio nos obligan tres realidades: la agresividad sistemática del imperialismo; la capacidad del modo de vivir capitalista de recuperar terrenos y reabsorber formas de vida que se han formado ajenas a él y aun negándolo; y la dimensión descomunal de nuestro proyecto de cambios de las personas, las relaciones y las instituciones, esto que debemos seguir llamando socialismo.

De todos modos, te diré algo más, aunque sea por recapitular lo que he escrito o dicho, y añadir algo. Pero no olvides que es muy diferente lo que los actores de un proceso determinado

sintieron y pensaron cuando estaban actuando, y lo que décadas después han reflexionado y manifiestan sobre aquel proceso.

Hoy entiendo que el marxismo sufrió sus más duros golpes en los años treinta del siglo XX, cuando la teoría fue desnaturalizada a fondo en sus contenidos y en sus funciones, los pensadores fueron reprimidos brutalmente y un cuerpo dogmático fue codificado e impuesto rigurosamente. Esto no fue más que parte de una operación gigantesca y fratricida, que liquidó la revolución bolchevique. Pero el Estado soviético siguió existiendo y fortaleciéndose, y resistió y venció la amenaza mortal que fue la criminal agresión nazi, con la participación heroica y decisiva de los pueblos de la URSS. El poder, el prestigio y la influencia de la URSS en el mundo crecieron mucho después de 1945, y se formó un “campo socialista” en Europa. Pero la situación del marxismo no cambió. Mientras, en el llamado Tercer Mundo sucedieron revoluciones anticapitalistas y de liberación nacional, desde China hasta Cuba, y hubo un enorme proceso de descolonización y luchas por la soberanía efectiva y el desarrollo. La bancarrota del colonialismo y las victorias revolucionarias le plantearon retos formidables a la universalización del marxismo, porque se necesitaban ideas radicales y eficaces. Una

generación antes, el naciente comunismo tercermundista había sufrido la bolchevización y los embates del estalinismo. Ahora, los sucesores de Stalin no lograban hacer realidad el giro anunciado en el XX Congreso del PCUS (1956), y la política internacional de la URSS se regía ante todo por la razón de Estado. El marxismo del campo soviético ganó con la nueva tolerancia, pero no dio ningún salto de desarrollo, por lo que siguió siendo una ideología de legitimar, obedecer y clasificar, y no pudo ofrecer nada importante a la nueva época que se abría.

Por segunda vez en el siglo XX el comunismo y el marxismo se encontraban ante una coyuntura favorable para atraer hacia sus posiciones a los que pensaban y los que actuaban contra las opresiones y el sistema de dominación, en el Tercer Mundo y en el Primero, y el desafío resultaba demasiado grande. Entonces vinieron “los años sesenta”. En tres continentes se desencadenaron o se hicieron más visibles las rebeldías, las identidades propias, las luchas por la autonomía real, el desarrollo económico y social, las coordinaciones “del Sur”, en un conjunto promisorio para cambios radicales antiimperialistas y contra la explotación, es decir, de tendencia anticapitalista y de liberación nacional y social. Y en Europa y Estados Unidos, determinados sectores sociales y una

generación de jóvenes abominaron el orden vigente, retaron a sus instituciones y a sus relaciones cívicas y cotidianas, exigieron una nueva cultura y desearon cambiar las vidas y las sociedades. La segunda gran ola de revoluciones del siglo tuvo su centro en el Tercer Mundo –a diferencia de la primera–, pero con mucha más cultura política y en mejores condiciones para avanzar en cuanto a coordinaciones mundiales.

En el terreno del pensamiento social se hicieron extraordinarios esfuerzos y creaciones intelectuales –por parte de militantes y de especialistas–, que permitieron pensar las prácticas, proponer estrategias, revivir la teoría política y postular ideas. Se avanzó en la recuperación del pensamiento marxista, y en su reconocimiento como guía para el análisis y la acción por parte de numerosos movimientos revolucionarios. Se echaron las bases de un nuevo campo intelectual, el de género, y también las de la ecología. La posición marxista que venía de China llegó a tener una gran influencia en numerosos lugares. El marxismo independiente de países capitalistas desarrollados –me niego a llamarle “marxismo occidental”– brindó sus aportes notables. Pero no se pudo alcanzar una nueva cota que era necesaria: elaborar las nuevas interpretaciones de

conjunto, las síntesis teóricas que renovaran la concepción, la integración de los avances del conocimiento y el pensamiento ajenos al marxismo que fueran pertinentes, y las propuestas generales.

La Revolución cubana, en el centro mismo del Occidente burgués, realizó enormes esfuerzos en el campo del pensamiento, e hizo aportes muy notables al desarrollo del marxismo. Fidel y el Che pusieron al marxismo en español, inspiraron la formación de una vertiente marxista latinoamericana, y se dirigieron al mundo entero desde un comunismo de liberación nacional, occidental, igualitarista, insurreccional y realmente internacionalista. Si tuviera que calificar al marxismo necesario para ayudar a desarrollar esa revolución, le llamaría ortodoxo, rebelde, creador y hereje. Todo esto lo entendíamos así en aquel tiempo los que formamos el grupo de la calle K e hicimos la revista *Pensamiento Crítico*. Con nuestros aciertos, errores e insuficiencias, fuimos en esa dirección hasta donde pudimos.

Si recordamos todo lo que he dicho hasta aquí, fue natural que entre los revolucionarios cubanos tuviéramos diferencias y divergencias en cuanto a los caminos del socialismo, y al marxismo. Lo que quiero resaltar ante todo, porque fue extraordinario, es que el poder

revolucionario no se manchó con la violencia ejercida contra sus hermanos, un hecho desgraciado que sucedió en tantas otras experiencias. Fidel había dicho en un momento muy delicado que la Revolución no sería como Saturno, que se comió a sus propios hijos. Es muy cierto también que existió un denominador común que guió las conciencias y las voluntades de los que mantuvieron las ideas y posiciones más disímiles: la Revolución cubana, con su justicia socialista y su liberación nacional, como la brújula de los criterios y de la disciplina, de la diversidad de cada uno y de la unidad política, de las diferencias ideológicas y la lucha compartida. Que ese denominador común predominara siempre es un gran ejemplo de lo que es posible conseguir cuando se desatan las fuerzas de las personas en una sociedad que sea a la vez organizada, consciente y libertaria.

Vamos terminando. Te agradezco muchísimo que me hayas pedido de inicio que opinara aquí desde mis perspectivas y mis vivencias. Me formé desde jovencito en una tradición en la que hablar de uno mismo se consideraba una debilidad gravísima, y lo que he vivido después refuerza mis convicciones martianas acerca del individuo, el deber y el verdadero carácter de las satisfacciones. Sin embargo, fue una convocatoria muy sagaz la tuya, por dos razones: me

permitió enfrentar un trecho de mi vida demasiado cargado de aristas, desde una aproximación factible; y hoy cada vez más se exige mostrar la dimensión humana de los eventos y las ideas, como parte de una exigencia de prioridad para las subjetividades que no alcanza a formular con claridad a lo que aspira, pero que tiene toda la razón y está indicando en qué dirección deben ir las luchas y las aspiraciones del siglo XXI. Quizás haya también una tercera razón: siempre reconocí en privado la verdad que encierra el desparpajo magnífico del título de un cuento de serie negra norteamericano de los años cincuenta: “Hasta los *gangsters* tienen su corazoncito”. Pero lo principal de toda esta historia, y lo que más me motiva, es el servicio que puede prestar. Si bien es cierto que “los sesenta”

no lograron sus fines y sus sueños más ambiciosos, pusieron los proyectos de humanización en un grado sumamente más alto que lo existente hasta entonces, y sus logros y sus intuiciones constituyen hoy una acumulación cultural maravillosa a nuestra disposición, que puede concurrir a la formación de proyectos muy superiores a los que ha habido, si se ponen en marcha los movimientos liberadores del siglo XXI.

YLDR: *Tus palabras me hacen recordar que a ti y a toda la generación de aquellos jóvenes que ingresaron a la vida intelectual en estos años sesenta aún los anima lo que en sus versos cantara Brecha: hay quienes luchan toda una vida, esos son los imprescindibles. Muchas gracias Fernando.*

PREGUNTAS SOBRE LENIN EN 1970*

Polemista, estratega, práctico revolucionario, figura multívoca, ¿cuál o cuáles aspectos destacaría usted como más apreciables si hiciera un desglosamiento personal de la figura de Lenin?

Creo que Lenin es tan grande porque supo pensar los caminos de la revolución del siglo XX desde el conocimiento profundo de la perspectiva teórica de Marx, manteniendo siempre el rumbo de la lucha por la revolución comunista internacional frente al dominio material y espiritual de la burguesía imperialista y el bastión de sus cómplices, la socialdemocracia oportunista. Pero lo es aún más por haber sido el fundador de la teoría de la organización

revolucionaria para tomar el poder en Rusia y el fundador y transformador de la organización misma que realizó la hazaña, el jefe de la Revolución y de la República Soviética. Vanguardia de la vanguardia, unió el practicismos más férreo a la fe más absoluta en la revolución socialista a escala mundial, y escribió *El Estado y la revolución* (Lenin, 2004 [1917]) casi al mismo tiempo que le exigía a su Comité Central que tomara Petrogrado y el cielo por asalto.

Forzosamente, su vida intelectual fue de debate, y no escatimó la pasión ni el ardor en él. Uno de los más brillantes polemistas revolucionarios que ha existido, desbarataba los argumentos del adversario a la vez que exponía sus verdades, en textos que definieron históricamente a los oportunistas de su tiempo (para muchos, Kautsky ya no es más que “el renegado Kautsky”). Lenin no vacilaba en buscar la revolución en la revolución, en polémica con luchadores del calibre de Rosa Luxemburgo o León Trotsky.

* Respuestas a un cuestionario que *El Caimán Barbudo* le envió a varias personas, con motivo del centenario del nacimiento de Lenin. Publicadas en “Cuatro opiniones sobre Lenin” en *El Caimán Barbudo* (La Habana) N° 38: 7, Época II, marzo de 1970. Se volvió a publicar en: Martínez Heredia, F. 2010 *A viva voz* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales) pp. 160-162.

¿Cuáles considera usted que son los aportes fundamentales de Lenin al pensamiento marxista?

La Revolución rusa, que abrió el camino de la teoría de la revolución social en la época del imperialismo, y el de la teoría de la dictadura del proletariado como lucha por el comunismo;

el rescate del aspecto principal del marxismo, la teoría de la revolución, del pantano de la “ciencia” socialdemocrática. La “ortodoxia” de Kautsky y Plejanov y el revisionismo de Bernstein eran las dos caras de una misma moneda: la adecuación del movimiento obrero de los países imperialistas a la dominación burguesa. Las polémicas –y los polemistas– de la II Internacional mostraron su vaciedad cuando resurgió el marxismo de Marx y de Engels en Rosa Luxemburgo, Trotsky, Mehring, Gramsci, y, sobre todo, en Lenin;

el desarrollo antidogmático de los temas y los ideales de Marx, ateniéndose a su espíritu más que a su letra, especialmente en cuanto a la comprensión del imperialismo, de las características de la revolución internacional en la nueva situación, de la organización para tomar el poder y de la teoría de la dictadura del proletariado.

Lenin abrió para el pensamiento marxista la posibilidad de ser útil al pensamiento

revolucionario de los pueblos colonizados por el imperialismo. Sus escritos sobre los pueblos colonizados y su actitud hacia ellos como dirigente de la República Soviética y de la Internacional Comunista atrajeron al marxismo a hombres de la talla de Ho Chi Minh.

Teniendo en cuenta la importancia que Lenin siempre le concedió a la lectura de autores anteriores a él en su formación, ¿qué vinculaciones establecería usted entre las actuales generaciones y la necesidad de leer a autores anteriores a ellas de los cuales sacar ejemplos para su formación? Y en ese caso, ¿cómo ve la vigorización de la lectura de los manuscritos dejados por Lenin?

Parece imprescindible que “las actuales generaciones” leamos a autores anteriores, y me temo que siempre ha sido así. La cuestión se desplaza entonces a esta otra: ¿qué leer? En las condiciones de la tremenda revolución social que está sucediendo en Cuba, cuando la nación se empeña en una batalla crucial para el desarrollo de nuestra revolución comunista, no cabe duda que debemos, entre otras lecturas, apoderarnos de nuestra herencia cultural, señaladamente de nuestra historia y nuestra política: Martí, las *Crónicas de la guerra* de Miró (1970 [1899]), los escritos y discursos de

Fidel y el Che. Pero por tratarse de una revolución comunista entran con derecho propio en nuestro acervo Marx, la experiencia de las revoluciones comunistas y la obra de mil matices (Baran, Mandel, Marcuse, Camilo Torres, etc.) de los que estudian al imperialismo y el socialismo actuales y los problemas de la revolución contemporánea.

La obra de Lenin es el impulso y el reflejo de su experiencia y el monumento mayor del marxismo de este siglo.

¿Cómo estudiar la experiencia rusa? En uno de sus últimos discursos, Lenin decía: “[...] los extranjeros no la comprenden en absoluto y no pueden conformarse con colocarla en un rincón como un ícono y rezar ante ella. Así no se conseguirá nada. Lo que necesitan es asimilar

parte de la experiencia rusa. No sé cómo lo harán [...]”. Hoy sabemos que una de las formas más importantes de hacerlo es estudiar a Lenin, el pensador que dedicó su vida a la revolución, dirigió la primera dictadura del proletariado y ahondó, con pluma de acero, en la complejidad de sus problemas y en sus proyectos de un nuevo mundo.

BIBLIOGRAFÍA

- Lenin, V. I. 2004 [1917] *El Estado y la revolución* (Buenos Aires: Nuestra América).
- Miró Argenter, J. I. 1970 [1899] *Crónicas de la guerra* (La Habana: Instituto del Libro).

EL PODER DEBE ESTAR SIEMPRE AL SERVICIO DEL PROYECTO, POR JULIO CÉSAR GUANCHE*

Sin salir aún de su primera juventud, Fernando Martínez Heredia estuvo en el centro de dos de los empeños más importantes en el ámbito del pensamiento social de la década del sesenta en Cuba: fue director, entre 1966 y 1969 del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana y fundó y dirigió, a lo largo de sus 53 números, la revista *Pensamiento Crítico*, desde su creación en 1967 hasta 1971.

Esa juventud ha sido de una terquedad ejemplar: las ideas que estaban en la base de aquellos empeños han sido la inspiración de Martínez Heredia hasta hoy, momento en que se le ha conferido el Premio Nacional de

Ciencias Sociales, por sus aportes a la historia, la politología y el pensamiento revolucionario en Cuba.

La existencia de tales empeños demuestra cómo es posible conseguir aún que la tenacidad y la lucidez devengan sinónimos. Leída treinta años después, la obra contenida en aquellos proyectos continúa expresando lo que entonces: un cuerpo de pensamiento revolucionario que, colocado en la sede de la beligerancia crítica con las ideas y las prácticas propias de la reflexión marxista, dista de la anacronía y se proyecta como un legado hacia el presente.

De hecho, la perspectiva descolonizadora y latinoamericana, que se hizo entonces abiertamente hostil hacia el “doctrinalismo marxista” proveniente de la URSS, enfoque que recorre por completo esa obra, conserva mucho de su pertinencia en varios planos del presente y del futuro cubano y latinoamericano.

La entrevista que sigue es un agitado recorrido por la biografía personal e intelectual,

* Entrevista a propósito de haberle sido entregado el Premio Nacional de Ciencias Sociales en *La Jiribilla de Papel* (La Habana) N° 66: 16-18, febrero de 2007. Publicada posteriormente en: Guanche, J. C. 2010 “El poder debe estar siempre al servicio del proyecto (Entrevista a Fernando Martínez Heredia)” en *El ejercicio de pensar* (La Habana: Ruth Casa editorial y Ciencias Sociales) Segunda edición, pp. 49-70.

si acaso no es lo mismo, del autor de *El corrimiento hacia el rojo*.

Fernando, como siempre, se alejó de los ditirambos, y se ocupó en plantear problemas. Asegura que es la única forma en que puede recibirse un premio que celebra el pensamiento revolucionario.

Julio César Guanche (JCG): *¿Cómo definiría usted el estado del pensamiento social en Cuba al momento de la creación del Departamento de Filosofía, y luego, de la revista Pensamiento Crítico?*

Fernando Martínez Heredia (FMH): En esos años se estaba produciendo una nueva profundización de la revolución en Cuba. Desde 1953, como escribió el Che en 1967, ella había nacido como “un asalto contra las oligarquías y contra los dogmas revolucionarios”. El pensamiento cubano en los primeros cincuenta no ponía en riesgo al sistema de dominación. En la izquierda predominaba una mezcla de dogmatismo y reformismo que se creía, sin embargo, vocera de un futuro hipotético. En términos generales el pensamiento cubano era hegemonizado por el orden posrevolucionario que siguió a las jornadas de los años treinta, con sus avances, sus miserias y su sujeción esencial al capitalismo neocolonial.

Aquel pensamiento, sin embargo, tuvo una gran importancia, por sus contenidos y por sus formas de expresarse. Relacionaba nociones avanzadas de democracia con la justicia social, su nacionalismo estaba marcado por una fuerte frustración respecto a los proyectos revolucionarios de 1895 y 1930, utilizaba espacios nada desdeñables de libertad de expresión y de cátedra, manejaba las corrientes internacionales contemporáneas y, en su conjunto, proveía de gran riqueza al mundo espiritual de buena parte de los cubanos.

La revolución lo conmovió todo. El pensamiento social también experimentó los efectos de aquel huracán y trató de estar a su altura, o al menos de servir al proceso. En esa compleja situación, muchas personas pertenecientes a sus diversas corrientes se hicieron militantes de la revolución, pero ninguna de esas corrientes podía proveer el nuevo pensamiento que necesitaba la nueva época. El marxismo se convirtió en la ideología teorizada principal de la revolución desde 1961, pero no había unidad de criterios respecto a qué era el marxismo, cómo se relacionaba con las realidades y los proyectos, qué funciones tendría. Lo más grave era que el marxismo predominante en el mundo en los años cuarenta y cincuenta era una reducción a un cuerpo de dogmas en nombre

del marxismo, una ideología de obedecer, legitimar y clasificar, hija de la destrucción de la revolución bolchevique en la URSS. Era incapaz de servir a las necesidades de Cuba en revolución, pero poseía una influencia notable, que se multiplicó con las relaciones establecidas con la URSS, vitales para nuestro país. Las polémicas y las pugnas dentro del campo revolucionario entre 1959 y 1965 dan cuenta de la inmensa vitalidad y las necesidades del proceso, y también de la existencia de más de una posición respecto a características fundamentales de la sociedad a crear.

Los jóvenes marxistas de aquellos años leíamos sin parar, pero no solo a Marx, Engels, Lenin y otros líderes y autores marxistas. Leíamos también a Enrique José Varona, Fernando Ortiz, Jorge Mañach, Carlos Loveira, al pensamiento y la cultura cubanos, porque si bien nos identificábamos como marxistas, teníamos una fuerte conciencia de ser marxistas cubanos. Y lo central: nos era imprescindible encontrar tanto una formulación teórica que respaldara nuestra ideología, como una ideología estructurada capaz de participar en la creación de una nueva cultura, no solo opuesta sino también diferente a la del capitalismo.

En 1966, afirmé que el “marxismo-leninismo” debía colocarse a la altura de la Revolución

cubana. Con ello no recurría a una *boutade*, solamente expresaba una angustia. Debíamos lograr que el pensamiento valioso acumulado nos sirviera para una revolución que era internacionalista, comunista, igualitarista, antiimperialista, y por todo ello extremadamente ambiciosa. Debíamos desarrollar el pensamiento revolucionario, sin olvidar que la actividad intelectual tiene sus reglas y sus problemas y acumulaciones propios, que no es una “forma” de un “contenido” que sería la “esencia” de lo social. En pocos pero muy intensos años habíamos arribado a una convicción: la revolución enseña que es preciso actuar sin esperar a tener condiciones “objetivas”, pero esa actuación no puede enamorarse de sí misma hasta el punto de convertirse en antintelectual. Y durante la transición socialista, los comunistas están obligados a pensar, y pensar muy bien y con una profunda libertad de pensamiento, precisamente para ser útiles en tareas regidas por la intencionalidad y por la necesidad de ser muy creativos, y de que cada vez más gente consciente sean la protagonista.

Esas ideas predominaron pronto en el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, que ocupó la casa de calle K número 507, en El Vedado, y le dieron especificidad a nuestra actuación y nuestro camino.

El italiano Saverio Tutino escribió acerca del Departamento, en el semanario cultural comunista *Rinascita*: “muy cerca de los viejos muros de la Universidad, pero convenientemente fuera de ellos [...]”.

Para profundizar el pensamiento revolucionario era necesario abandonar el marxismo soviético, que no solo no se correspondía con las necesidades cubanas, sino que resultaba muy perjudicial. Al mismo tiempo, afirmábamos que la tarea del intelectual no era repetir, escandalizar ni adornar, sino cumplir con los deberes específicos de la actividad intelectual, siempre atravesada por la política. Nuestros empeños de aquella época deben comprenderse como parte de esa profundización revolucionaria, y no como el resultado de una genialidad personal o de grupo.

JCG: *Entonces, ¿cómo pensaron a Cuba desde esa posición intelectual y desde tales espacios políticos?*

FMH: Como investigadores, profesores y editores, estábamos abocados al estudio de toda la complejidad que pudiésemos alcanzar, tanto en relación con Cuba como respecto a los problemas internacionales. Por cierto, esa era una actitud corriente en la época. Por ello, investigábamos los problemas concretos más

disímiles de la realidad cubana, pero a la vez discutíamos y pensábamos qué era la revolución misma, cuáles sus valores y su proyecto, sus fuerzas y sus insuficiencias, las relaciones entre la historia y el destino de Cuba. También vivíamos intensamente los sucesos y las luchas de América Latina, e intentábamos reflexionar sobre todo acerca de la revolución en nuestro continente y en el mundo. Nos era imprescindible comprender al capitalismo de los años sesenta, sus rasgos nuevos y su continuidad, y las formas de protesta que surgían en países desarrollados. Nos era preciso conocer la verdad acerca de los procesos soviéticos, desde la revolución bolchevique hasta nuestros días –incluidos los países de su campo europeo que en variada medida se relacionaban con Cuba–, de la revolución china y de China Popular, de Vietnam y Corea. Conocer el pensamiento marxista y el revolucionario en general, y el pensamiento opuesto.

Como ves, en esos años no era posible pensar a Cuba sin pensar al mundo, sin pensar sus conflictos fundamentales.

Así fue en el Departamento de Filosofía, que tenía una gama enorme de actividades, no solo de docencia, y esto se expresó también en sus publicaciones. *Pensamiento Crítico* multiplicó bruscamente nuestras capacidades de

comunicación y por eso tuvo una importancia estratégica para nosotros. Todos los temas que traté de relacionar en el párrafo anterior fueron atendidos en la revista. Si bien el peso del análisis de los problemas revolucionarios internacionales fue enorme, Cuba estuvo siempre en *Pensamiento Crítico*, en su propio proceso y en sus implicaciones con el mundo de entonces.

Creo que la apertura a los problemas y las ideas del mundo desde una pequeña isla en medio de una gran revolución constituyó un logro real para el pensamiento marxista cubano. El marxismo regido por la ideología soviética o por su influencia estaba, en realidad, lejos de un enfoque mundial internacionalista, preso en las redes de la razón de Estado y en las contingencias de la geopolítica.

JCG: *¿Qué posición representaban el Departamento y la revista al interior de la ideología revolucionaria?*

FMH: Formábamos parte de la gran herejía que fue la Revolución cubana de los años sesenta, desde las tareas del Departamento de Filosofía y en iniciativas como *El Caimán Barbudo* (primera época). Naturalmente, también desde *Pensamiento Crítico*.

En los sesenta, las relaciones de las revistas de pensamiento con las estructuras políticas

eran muy diferentes a los controles que se establecieron al inicio de los años setenta, y a la evolución y las permanencias registradas hasta hoy. *Pensamiento Crítico* no pretendía ser vocero oficial del Estado o de la Revolución, sino una revista, y una revista revolucionaria; por tanto, no existía el problema de si era o no oficial. Tuvimos que aclarar a más de un visitante que ella no había sustituido a la revista *Cuba Socialista* (1962-1966), pero nunca hubo que aclararlo a los cubanos. La cuestión es de importancia crucial para entender el orden de relaciones que se establecen entre el poder político y los intelectuales que son militantes de ese propio poder político. Una de las ventajas de la revista fue la de deberse a la Revolución, pero sin convertirse en una oficina determinada de una instancia específica. Eso le daba la posibilidad de expresarse como revolucionaria, pero sin otra sujeción que la del compromiso libre y abiertamente asumido con la revolución. Opino hasta hoy que sin esa condición el pensamiento revolucionario no logra aportar, y no puede satisfacer, por tanto, la necesidad inexorable de pensamiento que tiene la política revolucionaria.

En América Latina los compañeros que luchaban y los partidarios de cambios revolucionarios veían a la revista como expresión

militante de la Revolución cubana y del internacionalismo. Esa percepción era compartida por los que conocían nuestra publicación en las demás regiones del mundo, con las consecuencias de cada caso.

La revista era polémica, y más de una vez sumamente polémica. De no ser así, no hubiera valido la pena.

JCG: *¿Cuál considera que sea el legado de la revista?*

FMH: Después de tantos años he entendido mejor el significado de *Pensamiento Crítico*. Fue un hecho intelectual protagonizado por jóvenes de la nueva revolución, que tenía como contenido los problemas principales de su tiempo, desde una militancia revolucionaria del trabajo intelectual. Combatí con ideas, con la elección de sus temas y con la presentación de hechos, problemas e interrogantes que las estructuras de dominación suelen ocultar o deformar, sin temor a la crítica de las ideas y del propio movimiento al que entregábamos nuestras vidas, en busca de la creación de un futuro de liberaciones y bienandanzas. Pensó por ser militante, no a pesar de serlo, y fue una de las escuelas de ese ejercicio indeclinable. Contribuyó a la formación de numerosos revolucionarios y su práctica significó un pequeño

paso hacia adelante en la difícil construcción de una nueva cultura.

Creo que *Pensamiento Crítico* hizo reales contribuciones al pensamiento y las ciencias sociales cubanos, en varias direcciones y sentidos, pero me parece mejor que sean otros los que entren a valorarlas.

La revista fue hija de su tiempo, como todo hecho o proceso social. “Los sesenta” fueron –aunque no solamente eso– la segunda ola de revoluciones en el mundo del siglo XX. A diferencia de la primera ola, que sucedió sobre todo en Europa a partir de la Revolución bolchevique, el protagonista de la segunda fue el llamado Tercer Mundo; sus revoluciones de liberación nacional, sus socialismos y sus exigencias de desarrollo combatieron o chocaron con el sistema del Primer Mundo –el imperialismo–, o trataron de apartarse de él. También tocaron muy duro a las puertas del “Segundo Mundo”, de las sociedades que se consideraban socialistas. En los propios países desarrollados hubo numerosos movimientos de protesta y propuestas alternativas de vida, que tuvieron trascendencia.

El pensamiento revolucionario carecía de desarrollo suficiente para enfrentar estas novedades, porque el marxismo había sufrido demasiado en la etapa transcurrida entre una

y otra ola, y otras ideas que también eran revolucionarias resultaban insuficientes ante los retos de unir nacionalismos y luchas socialistas, civilización moderna con negación liberadora de la modernidad, diversidades culturales con unidad de proyectos. Sin embargo, entre todos los involucrados conseguimos hacer retroceder la colonización mental. Y *Pensamiento Crítico* fue uno más entre los escenarios de aquel combate de ideas.

El pensamiento de los sesenta logró hacer aportes extraordinarios. Urgido por las prácticas y por la potencia desatada de los ideales, abrió nuevos campos, propuso cambiar el mundo y la vida, recuperó las mejores ideas revolucionarias anteriores y se dedicó a los temas fundamentales de su tiempo. Desgraciadamente, las tres décadas de ofensiva del sistema –conservadora en los países desarrollados, y represiva primero y “democrática” después en América Latina– han logrado hacer retroceder las ideas y silenciar u ocultar los hechos y el pensamiento de la segunda ola revolucionaria. Hay que recuperar otra vez la memoria de experiencias y de ideas, hay que ejercer la crítica revolucionaria y, sobre todo, hay que crear. Tendrá que ser de otro modo, no solo ante otros problemas, pero habrá también una continuidad.

JCG: *Cuando le fue conferido el Premio Nacional de Ciencias Sociales se subrayó su labor de investigación en el campo del pensamiento marxista. Sin embargo, usted no es un intelectual de los que han coordinado una cátedra de investigación durante toda su existencia. ¿Qué es para usted ser marxista hoy?*

FMH: Para mí, ser marxista ha sido una aventura intelectual que comencé en los albores de mi vida adulta. En el orden personal, primero fui revolucionario y luego me hice marxista. Ese orden no me parece indispensable, pero a mí me ayudó mucho. Después he estado en muy diferentes relaciones formales con el marxismo, pero siempre lo he utilizado y mantengo relaciones muy estrechas con él.

Ser marxista hoy exige algunas cualidades personales. El final indecente de los regímenes europeos que se llamaban socialistas perjudicó en extremo el prestigio del socialismo, y por tanto al marxismo como ideología y como concepción teórica. Pero este ya había sufrido falseamientos y deformaciones terribles, y estaba siendo sometido al abandono. La victoria ideológica del capitalismo incluyó la negación de todo paradigma, y vulgarizaciones que pretendían expulsar al marxismo del campo intelectual. Los “cambios” de que tanto se alardeaba hace quince años exigían no mencionar al

marxismo –ni al socialismo o el imperialismo–, ni al desarrollo de los países o la justicia social. En consecuencia, recuperar es un acto central para el marxista de hoy. Lo decisivo en este momento son los ideales opuestos al capitalismo, a todas las dominaciones y a la depredación del medio, y a partir de ellos reapoderarse de la obra colosal de Marx y de la historia del marxismo, de los aportes maravillosos que ella contiene y de sus errores e insuficiencias. Y con esa formidable acumulación cultural trabajar intelectualmente y hacer política, que es para lo que sirven las buenas teorías sociales, y tratar de que el marxismo participe en la formación ética y en la inspiración de las conductas.

Hoy existen variables favorables para este difícil trabajo. Ante todo, la naturaleza actual del capitalismo, parasitaria y excluyente, que está liquidando sus propias instituciones de la competencia, el neocolonialismo, su democracia; ha dejado en la miseria a gran parte de la población del mundo y arremete contra el medio diariamente. La debilidad actual de su pensamiento social, que abandonó la idea de progreso y la gran promesa que contenía, rechaza los “grandes relatos” y apela al más grosero determinismo económico. Por otra parte, existe un potencial inmenso de rebeldía; cientos de millones de personas poseen una conciencia

social opuesta a aspectos de las dominaciones, creada a lo largo del siglo XX, y una parte de ellos identifica al sistema vigente como culpable de los males del mundo. Las olas revolucionarias anteriores no contaron con esa acumulación cultural. En América Latina, el continente que alberga más contradicciones, se está levantando una conjunción de fuerzas a favor del bienestar de sus pueblos y del rescate de los recursos y la soberanía de los países, que es contraria al imperialismo norteamericano. La idea del socialismo ha regresado, y se plantea y debate cómo debe ser en este siglo XXI.

El marxismo necesita una recuperación profundamente crítica, que cierre el paso a la vuelta del dogmatismo y a la del reformismo, y más que dar buenas respuestas ante los nuevos problemas, necesidades y actores, debe hacer buenos análisis y formular preguntas nuevas. Como siempre, debe montar en la caballería, como reclamaba Martí a los intelectuales, sin perder nunca su esencia intelectual. Cuenta con una enorme acumulación que le permitiría avanzar con mucha fuerza, pero hoy es todavía bastante débil.

JCG: Fernando, usted es uno de los especialistas más importantes a nivel internacional en la obra de Ernesto Che Guevara. A cuarenta

años de la muerte del intelectual guerrillero, ¿qué hay y que debería haber en nuestros días de su imagen y de su pensamiento?

FMH: Ciertamente, hay mucho más que hace veinte años. El Che estuvo siempre en los ideales comunistas y el trabajo abnegado de muchos cubanos, en el guevarismo de tantos combatientes revolucionarios latinoamericanos, en el internacionalismo de los cubanos que lucharon, trabajaron o dieron la vida en numerosos países. Pero en los años setenta y gran parte de los ochenta el Che sufrió relegación y olvido. Fidel reclamó su vuelta en el vigésimo aniversario, como parte del proceso de rectificación de errores, y el deslinde tremendo que fue necesario frente al final de los regímenes llamados socialistas necesitó mucho al Che. Para el trigésimo aniversario su imagen estaba en todas partes, y se multiplicó la aceptación del valor de su ejemplo y el significado de su posición. Ese fue otro gran aporte del Che, dar valores y esperanza en una etapa en que había tanto derrotismo y desilusión. Pero su pensamiento, que había sido abandonado, está distante todavía de ser de manejo general. Hoy es imprescindible que tengamos al Che completo, y sobre todo su pensamiento, que sea moneda común, que forme parte de la cultura, porque hace mucha falta.

La obra del Che es una herencia yacente. El Che significa la rebeldía frente al mundo del capitalismo. No es la suya una rebeldía apenas hermosa, incluso brillante, pero sin mayor objeto. Es una rebeldía consciente, organizada, dirigida a destruir la sociedad de dominación y encaminada a construir la liberación, a que la gente se vuelva capaz de cambiarse a sí misma y al mundo, y llegue a dirigir el proceso, y que el proyecto sea tan ambicioso que resulte viable.

La rebeldía consciente del Che es comunista. Por tanto, resulta opuesta a las experiencias que en nombre del socialismo liquidaron las revoluciones y fueron formas de dominación de grupos. Nadie asocia al Che al pasado del socialismo, sino a su futuro.

El pensamiento del Che constituye un enorme desarrollo de la reflexión revolucionaria en el siglo xx, tanto en sus análisis sobre las necesidades y problemas de la lucha mundial contra el capitalismo, como en el estudio de los problemas relativos a la transición y la creación del socialismo. Ahora que América Latina comienza a levantarse, necesita la obra del Che. Y la Revolución cubana, que continúa siendo el único proyecto socialista vigente en Occidente durante medio siglo, y quiere recorrer los caminos hacia el futuro, necesita la obra del Che.

JCG: *Usted se ha referido en varias ocasiones a la relación que debe existir entre el poder y el proyecto, para la consecución de un rumbo revolucionario que se reedite a sí mismo. Usted, que ha estudiado en profundidad los procesos revolucionarios, ¿cómo entiende esa relación y cuál es la jerarquía que existe entre uno y otro en una política revolucionaria?*

FMH: El poder debe estar siempre al servicio del proyecto. Lejos de ser una frase, lo anterior encierra todo el programa de un poder revolucionario en una transición de tipo socialista. La cuestión trae consigo, a la vez, un formidable problema práctico: solo un inmenso poder es capaz de sobrevivir y de avanzar frente al capitalismo en las condiciones actuales.

Ahora bien, ¿cómo mantener un inmenso poder al servicio del proyecto que lo ha fundado? Sin duda, se trata de un problema de muy difícil solución, pero contamos con una certeza: si el proyecto de liberación no llega a constituir un fuerte poder político anticapitalista no tiene la menor posibilidad de sobrevivir, aunque registre algunos triunfos. El poder revolucionario debe ejercerse sobre un conjunto amplísimo de campos de la vida social y de su reproducción ideal y material. Entonces, ¿cuál debe ser la constitución íntima del poder, para que pueda

cumplir sus objetivos? ¿En qué residiría su legitimidad, y cómo ella se mantendría o no? ¿Qué reglas pueden elaborarse para ayudarlo a estar al servicio del proyecto sin dejar de cumplir sus demás funciones, y cómo controlarlo para asegurar que lo haga?

Marx escribió en 1846: “Las ideas dominantes en una sociedad son las ideas de la clase dominante”. ¿Cómo se aplica eso a una sociedad en transición socialista? El dominio sobre la reproducción de las ideas, ¿no puede convertirse en un instrumento eficaz de desposeimiento y desarme de las mayorías? Por otra parte, la correspondencia de las ideas rectoras con el nivel que alcanza la reproducción de la vida social es totalmente insuficiente en la transición socialista, porque ella es un proceso intencional que está obligado a irse por encima de sus condiciones materiales de existencia. ¿Cómo lograr y garantizar que el proyecto sea realmente liberador, y que vaya modificándose para ser capaz como instrumento que guía la liberación? No son demasiadas preguntas, faltan más.

Las ideas deben realizar varias tareas *a la vez*. Deben ser capaces de reproducir el orden vigente, de cuestionarlo y de ayudar a revolucionarlo, porque este no puede existir sin revolucionarse a sí mismo una y otra vez. Deben

ser capaces de ayudar a crear firmeza de convicciones, capacidad de sacrificio, ser disciplinado, entre otras virtudes y, al mismo tiempo, deben ser capaces de crear rebeldía, criterio propio, pensamiento realmente independiente en la ciudadanía.

Solo del desarrollo humano multifacético puede surgir la posibilidad de que una sociedad lleve adelante un proyecto revolucionario en sus fines y en sus medios.

JCG: *¿Y qué entiende usted por “el proyecto”?*

FMH: El proyecto original de la Revolución cubana se propuso objetivos extraordinariamente ambiciosos. Después hubo quienes consideraron errónea tanta ambición; yo opino, al contrario, que eso fue lo que le dio más fuerza y lo que lo hizo factible. La capacidad de romper los límites de lo posible, y convertir esa audacia en confianza y en costumbre, fue una de las características básicas de la revolución. A mi juicio, ella está en la base de la resistencia victoriosa de la década de los noventa.

A fines de los años sesenta y principios de los setenta aquel proyecto confrontó límites férreos, al no poder el país salir rápidamente del subdesarrollo y no avanzar la liberación en América Latina. Cuba tuvo que adecuarse a una nueva situación. Aunque en la práctica

el proyecto no desapareció, se proclamó que habíamos sido idealistas, que quisimos ser demasiado originales, en vez de aprender modestamente de las experiencias de los países hermanos que habían construido el socialismo con anterioridad. La economía y la ideología se sujetaron a la URSS y se abrieron camino procesos de burocratización. Se consideró antisovietismo y diversionismo ideológico todo lo que se diferenciara de esa sujeción. El pensamiento social recibió un golpe abrumador. Las corrientes no marxistas fueron malditas y se trató de erradicarlas, se consideró incorrecto tratar de utilizarlas e incluso conocerlas. Una parte de las ideas marxistas también fue proscribida. Se implementó la censura y nació su hermana peor, la autocensura.

Comenzó así lo que he llamado la segunda etapa de la revolución en el poder, caracterizada por extraordinarias combinaciones de avances muy notables que cambiaron decisivamente al país y desviaciones y retrocesos también notables, que hicieron mucho daño y han dejado hondas huellas. Es preciso decir que el proyecto se recortó más en su formulación que en su implementación real, y convivieron su continuidad y la amputación de parte de sus contenidos. Por ejemplo, el XIII Congreso de la CTC lanzó la consigna “a cada cual según su

trabajo”, lo cual parecía muy marxista, pero poco tenía que ver con la realidad cubana, donde no se retribuía a cada cual según su trabajo. El salario real era muy superior al nominal, se dio el salto a la escolarización completa de la enseñanza secundaria, con su maravilloso sistema de becas y escuelas en el campo, y al sistema de áreas de salud y no solo de asistencia hospitalaria, sobre la base de absoluta gratuidad y cobertura universal. La seguridad social se consolidó y creció firmemente. La revolución socialista no les dio a los cubanos según su trabajo, sino por ser cubanos. Otro buen ejemplo es la contradicción insondable entre la orientación general de la economía y la ideología por un lado, y el internacionalismo cubano por el otro, con su epopeya de la Guerra de Angola y su enorme esfuerzo con la Revolución sandinista.

A partir de 1986 el proceso de Rectificación de Errores y Tendencias Negativas revaloró el proyecto, mientras emergían dos realidades nuevas: el fin de las relaciones con la URSS, que acarreó una crisis económica profundísima, y una nueva generación de cubanos, que no tenía las vivencias de la primera etapa revolucionaria pero poseía una preparación personal altísima, sobre todo educacional, y en alguna medida también política.

En los primeros años noventa, defender “las conquistas de la Revolución” y exaltar sobre todo la dimensión nacional implicó poner serios límites al proyecto. En ese momento tres cuestiones eran claves: la sobrevivencia del país, la viabilidad de la economía y de la reproducción de la vida social y cuál sería la naturaleza de la sociedad emergente al final del proceso. Las dos primeras cuestiones, a pesar de problemas vigentes, puede decirse que se han resuelto. En la tercera continúan la coexistencia o las pugnas entre actividades, relaciones y modos de vida que tienden hacia el capitalismo, por una parte, y por otra el tipo de sociedad basado en la solidaridad, la justicia social y la inclusión social, la redistribución socialista de la riqueza por el poder revolucionario, el internacionalismo, es decir, basado en el proyecto de la Revolución. Lo que conocemos como “batalla de ideas” es el gigantesco esfuerzo por reformular y llevar adelante el proyecto socialista, que si bien procede de la primera etapa de la revolución, ya no es aquel; tampoco puede basarse en la gente de entonces, que ya somos muy minoritarios, ni en la mayoría de las variables de los años sesenta, porque ahora son otras las vigentes.

Para salir adelante y proveer salidas socialistas al presente, será vital que cada vez

más cubanos conozcan a fondo nuestras realidades y opciones, y participen en el planteo de los problemas principales y en las decisiones para enfrentarlos. Será vital también una unión intergeneracional, que la sociedad logre que los jóvenes asuman a fondo el proyecto socialista, que su participación sea enriquecida por la profundidad con que lo *vivan*, y no con que lo *sigan*, y por lo que puedan aportarle y recibir de él.

JCG: *Usualmente, ante el tema llevado y traído de la función del intelectual se asiste a tesis que afirman que la libertad es autarquía, que la disciplina es obsecuencia y que la consecuencia no resulta más que uno de los múltiples sinónimos de la intransigencia. ¿Cómo entiende usted aquello que en los sesenta llamaban “el compromiso del intelectual”?*

FMH: Siempre resuena en mi país esa pregunta. Le he dedicado un buen número de páginas que no puedo sintetizar aquí, y unas cuantas polémicas; pero lo esencial para mí ha sido vivir ese compromiso. Prefiero ser honesto, antes que intentar ser original. *Titón* Gutiérrez Alea escribió: “Las relaciones entre política y cultura son superficialmente amables, pero profundamente contradictorias”.

Toda sociedad está organizada sobre un orden de dominación. En cuanto a sus funciones sociales, la labor intelectual suele estar inscrita en el servicio a la hegemonía de los que dominan, aunque también puede ser de resistencia a ella. En un régimen socialista la dominación tiene que ser cualitativamente diferente a la ejercida por el capitalismo, porque ella debe ser un camino de liberación. Por ello, la función social de los intelectuales debe sufrir profundísimas transformaciones. En este campo, aun cuando se han alcanzado logros prácticos, apenas existen debates serios sobre los problemas, y sin ellos no es posible avanzar mucho.

Los debates de los años sesenta fueron eliminados y sometidos al olvido. Los de la rectificación fueron postpuestos en el curso de la gran crisis. Los debates de hoy podrían llegar a ser muy superiores a los anteriores. Pero entre el ser y el deber ser hay ciertamente una distancia muy amplia. A mí no me gusta el reclamo abstracto de libertades, y tampoco me gusta que los políticos reclamen obediencia. Aunque ambos reclamos tengan razón aparente, con ninguno de los dos se llega a ninguna parte. Solo revolucionando la comprensión de ambos campos podremos avanzar.

Este enero de 2007 me recuerda a Jano, el rey que tenía dos cabezas, para mirar hacia

el pasado y hacia el futuro. Pero prefiero a Elegwa, el que muestra los caminos. Está más cerca del largo camino de rebeldías de mi pueblo, que es la razón por la que podemos hoy sostener esta entrevista.

JCG: Después de estas cuatro décadas de intenso trabajo intelectual y político, de haber sido profesor y cuadro político, trabajador de la industria azucarera, diplomático y subversivo, investigador y varias cosas más, ¿qué significa para usted que le hayan entregado el Premio Nacional de Ciencias Sociales?

FMH: Primero me produjo una alegría personal. No hay que subestimar la capacidad de cualquier individuo de alegrarse con algo bueno que le pase. Pero en enseguida me sobrepuse, porque desde muy joven me acostumbré a medir por mí mismo mi actuación, según el papel social que pueda jugar.

Un premio siempre tiene mucho de apreciación de los que juzgan –que agradezco– y de circunstancia. Este me parece muy positivo, porque reconoce no solo lo que pueda haber realizado una persona, sino a una posición determinada. Lo considero compartido con todos los que han tratado en el último medio siglo de investigar y trabajar intelectualmente para servir en el campo del pensamiento y el

conocimiento social a los cubanos y al resto de los seres humanos, desde el ejercicio indeclinable de la militancia revolucionaria y el pensar con la propia cabeza, de servir al cambio de las personas y las relaciones sociales en un sentido liberador y no meramente civilizador o modernizador, de servir en algo a la creación de una nueva cultura, sin rendirse ni cansarse.

Como tantos otros aspectos de la sociedad cubana, fue y es la revolución la que creó el campo que ha permitido la multiplicación y el desarrollo del pensamiento y las ciencias sociales cubanos. Pero ellos han sufrido también vicisitudes muy graves, por más de una razón. A nivel general, en su desarrollo especializado y profesional han debido enfrentar la poderosa y sutil influencia del capitalismo mundial y la agresividad contra Cuba del imperialismo norteamericano, sortear el trágico error de cerrarse en una concha absurda e imposible, superar el empobrecimiento que conllevó la sujeción a la ideología del “campo socialista”, las graves insuficiencias propias y los errores de la política revolucionaria que las han perjudicado.

Las tareas del pensamiento y las ciencias sociales cubanos son muy difíciles y se han cumplido muy parcialmente. Se han obtenido avances profesionales notables, sobre la base de una población muy calificada y una cantidad

enorme de graduados universitarios. Es muy necesario continuar y profundizar más los análisis que se han hecho sobre la situación y los problemas de este campo.

He sido, muy modestamente, un abanderado de todo esto, por lo que creo que el premio debe leerse también como un reconocimiento a la urgencia de desarrollos de las ciencias sociales en Cuba.

ENTREVISTA A FERNANDO MARTÍNEZ HEREDIA, POR EMIR SADER*

Emir Sader (ES): *¿Dónde naciste?*

Fernando Martínez Heredia (FMH): En el pueblo de Yaguajay, en la antigua provincia de Las Villas, actual provincia de Sancti Spiritus. La mía era una familia muy venida a más. Digo esto porque mi padre pedía limosna de niño en la calle y no fue nunca a una escuela. Mi madre hizo solo el primer año de primaria y de ahí pasó a ser niña obrera en la industria del tabaco. Mi padre se fue haciendo de una posición a lo largo de su vida. Comenzó como aprendiz de zapatero, se hizo cortador, después fue dueño de zapatería y llegó a tener una posición económica desahogada al cabo de la mediana edad. Mi madre fue entonces obrera hasta el tercer hijo de los seis que tuvieron, cuando ya él tuvo la posibilidad de sacarla para la casa. Quizás alguien no me comprenda, pero ella

avanzó socialmente cuando pasó de obrera a ama de casa. Éramos seis niños, pero solo cuatro llegamos a adultos, algo usual en ese tiempo para aquellas familias; una bebita falleció de diarreas y un varón de cuatro años falleció de tifoidea.

ES: *¿Tú eras cuál de los seis?*

FMH: El quinto. Me llamo igual que mi padre, por sustitución del varón que falleció. Se usaba eso. De las dos familias de las que procedo, los primeros que hicimos la primaria completa fuimos mis hermanos y yo.

ES: *¿Esos qué años eran?*

FMH: Yo nací en 1939. Mi padre ya tenía unos cincuenta años de edad. El mundo cubano de mi niñez es el de los años cuarenta y cincuenta. Estudié siempre en escuelas públicas, la primaria y la enseñanza media. El bachillerato lo hice en Santa Clara, la capital provincial, a cien kilómetros de mi pueblo. Mi madre no se conformaba con menos de que llegáramos a ser

* Sader, E. 2013 "Entrevista a Fernando Martínez Heredia" en *Crítica y Emancipación* (Buenos Aires: CLACSO) N° 9: 105-151, primer semestre.

profesionales, maestras las mujeres y universitarios los varones, y mi padre la apoyó.

ES: *¿Cuándo empezaste a leer cosas politizadas, de izquierda? ¿Cuándo empezaste el contacto...?*

FMH: Comencé a leer cosas politizadas en *Bohemia*, la revista semanal cubana más famosa, de extraordinaria calidad; era una de las mejores revistas de su tipo en América. Tiraba más de 300 mil ejemplares y era muy leída en Cuba, en toda la cuenca del Caribe, Centroamérica, Venezuela. Enviaba 700 ejemplares a Buenos Aires por avión.

ES: *¿Trescientos mil?*

FMH: Era una revista excepcional y tenía de todo en informaciones, fotos, crónicas, artículos de opinión. Era una fuente fundamental sobre Cuba: la política, al dedillo y con análisis, desde una posición muy crítica a los gobiernos; temas económicos y sociales; mucho sobre historia. Traía temas de la Guerra Fría, a favor de los Estados Unidos, pero también una columna antiimperialista que escribía un colombiano refugiado en Cuba, Jesús González Scarpetta. Siempre una narración breve de alguno de los mejores escritores cubanos. Biografías de personalidades del mundo. Yo la devoraba

semana tras semana. En una autobiografía que no está publicada, Carlos Fonseca Amador dice: “Como tantos jóvenes de Centroamérica, yo me eduqué leyendo la revista *Bohemia*”.

Se aprendía mucho de otras maneras. La tradición oral acerca de las revoluciones cubanas era muy fuerte, escuché innumerables narraciones de las guerras de independencia, y también de la Revolución del 30. La formación en el patriotismo y la veneración por la herencia revolucionaria del país eran extraordinarias en la educación formal y en gran número de fechas históricas, medios de comunicación, símbolos visibles y otras fuentes. Esa educación patriótica formaba parte de un nacionalismo de entraña popular, que nunca pudo ser manipulado por la burguesía, e incluía entender a Cuba como un proyecto nacido de las revoluciones, pero no realizado. Por lo tanto, no era solamente un pasado a celebrar, era un pasado que desafiaba y pedía actuación. Se vivía la frustración de los ideales republicanos de soberanía plena, democracia y justicia social, que tenía expresiones coloquiales como “esto no fue lo que soñó Martí”, “todavía no tenemos la Patria por la que murieron tantos”, “si Maceo volviera a vivir...”.

Es decir, la historia nacional era una fuente de politización. Existía una politización muy

influida por las lecturas, y una formación que venía por los otros medios, más básica, pero usualmente muy efectiva. No olvidemos que la mitad de los chicos en Cuba en edad escolar no iban a ninguna escuela.

Como yo era más pequeñito y no quería quedarme solo en casa, logré que me llevaran a aprender a leer a los cuatro años de edad. Y ya no paré de leer, nunca. Era algo simpático el niño lector, que compartía tantas veces el trabajo manual con hombres iletrados. En mi pueblo, como a lo largo del país, había una masa de obreros azucareros, trabajadores urbanos y rurales, de oficios, y una masa enorme de peones. Una pasión en cuanto a ocupación del tiempo libre era ingerir bebidas alcohólicas.

ES: *¿Desde qué edad?*

FMH: Desde muy temprano. El alcoholismo era verdaderamente democrático, y uno debía decidir si estaba en eso o no estaba. En casos como el mío, la lectura era también una elección. Ir a Santa Clara me sirvió de mucho. Era una de las grandes ciudades del país, y tenía una buena biblioteca en el Gobierno Provincial –exactamente donde tendieron décadas después los restos del Che, en 1997–, que a mí me pareció una sucursal del paraíso. En mi pueblo no había libros. Pasé de leer revistas, diarios

y papeles sueltos a leer libros, y en la parte de hemeroteca podía seguir a la docena de diarios que se publicaban entonces en La Habana, varios de ellos de gran calidad y diversidad. Con una enorme voracidad leía, todo el tiempo en que no estaba en clases, deportes y otras actividades propias de mi edad, o en las de oposición estudiantil a la dictadura. Recuerdo especialmente los libros de historia de Cuba.

ES: *¿Y el marxismo?*

FMH: Recuerdo que la primera vez que me interesé por Lenin fue en Yaguajay, con un obrero comunista.

ES: *¿Antes de Marx?*

FMH: Sí, yo no sabía que existía Marx. Y le pregunté al obrero: “¿Quién era Lenin?”. Me respondió: “Lenin era un hombre muy grande, fue el que dijo: ‘La propiedad es un robo’”. Eso fue lo primero que supe, ni él ni yo sabíamos quién era Proudhon.

ES: *¿Cuándo empezaste a tener actividades políticas?*

FMH: En Santa Clara participé en las protestas estudiantiles desde su inicio, como un estudiante de filas. Desde marzo de 1952 había comenzado la dictadura de Fulgencio Batista,

que destrozó una institucionalidad que era muy democrática. Era controlada por la burguesía y por los Estados Unidos, pero era muy democrática. No solo poseía esa realidad, también encarnaba la promesa de que las acciones cívicas y electorales podían producir los cambios que necesitaba Cuba, y brindaba a la sociedad espacios para organizarse. El sistema de partidos políticos era muy desarrollado, y las relaciones entre lo político y lo social. El golpe de Estado fue un gigantesco paso atrás, que lanzó a todos el desafío de una nueva situación. Yo traté de empezar a saber lo que sucedía y qué debíamos hacer los cubanos.

ES: *¿Ahí supiste que Fidel existía?*

FMH: Por primera vez oí hablar de él, pero como uno más que había protestado. Fidel y sus compañeros asaltaron el cuartel Moncada el 26 de julio de 1953 y eso sí me produjo un impacto decisivo.

ES: *¿Cómo supiste de eso? ¿Cómo te enteraste?*

FMH: Yo tenía entonces catorce años, y mi mamá me había llevado a ver familiares a un poblado que está a 24 kilómetros del nuestro. Pasamos el día, y al salir vimos el cuartel con todos los soldados en guardia con sus fusiles y cananas. Preguntamos a alguien, que nos dijo

que habían peleado en Santiago de Cuba esa mañana, y que el ejército estaba movilizado. Al día siguiente el dictador habló al país, lo escuché y pensé que había dicho muchas mentiras, y que los asaltantes al Moncada eran unos héroes revolucionarios. Para hacer algo, comencé a anotar en una libreta los pocos nombres de los muertos que iban apareciendo, para evitar que cayeran en el olvido.

Los jóvenes que buscábamos y deseábamos una salida revolucionaria a la crisis cubana no queríamos de ninguna manera que el país volviera a la situación previa a la dictadura. Decíamos: “No queremos volver al 9 de marzo, queremos que el país cambie”. Podían existir muchas o pocas opiniones, pero queríamos cambios. La formulación política a la que llegué, cuando todavía no pertenecía a una organización, fue que el cambio debía consistir en liquidar el poder de los ricos de Cuba y el de los Estados Unidos sobre Cuba. Es bueno aclarar que esa idea no me surgió a partir de ninguna influencia del socialismo. Pero el deseo de luchar y ese ideal me llevaron a ingresar en el Movimiento 26 de Julio, prácticamente desde que se fundó en la zona en que yo vivía. Fidel estaba en México, pero el Movimiento 26 de Julio existía en todos los municipios de Cuba desde fines de 1955 e inicios de 1956.

ES: *¿Cuándo fuiste a La Habana?*

FMH: En enero de 1959. Y no totalmente, venía y volvía a Las Villas a menudo.

ES: *¿Y Fidel?*

FMH: Fidel se fue a México. En *Bohemia* publicó el “Manifiesto N° 1” del Movimiento 26 de Julio, en marzo de 1956. Era un manifiesto revolucionario que combinaba muy bien el planteo estratégico de cambios muy profundos con el llamado a la acción desde las condiciones concretas que se estaban viviendo. Con la circulación que tenía *Bohemia*, todo el mundo podía leerlo. Comenzaron también las publicaciones clandestinas del Movimiento. Así pude conocer en Santa Clara *La historia me absolverá*.

ES: *¿Y todavía tú no habías escrito?*

FMH: Yo no había escrito nada. Mi primer manifiesto fue en agosto del 57, poco después de la muerte de Frank País. Por el enorme impacto que tuvo el asesinato hubo un intento espontáneo de huelga general y algunos brotes insurreccionales. Una compañera muy revolucionaria me pidió que lo escribiera; yo formaba parte del aparato clandestino, pero la idea fue de ella, que me dijo: “Tú que eres inteligente, ¿por qué no escribes?”. Entonces escribí un

manifiesto titulado “Al pueblo y a las fuerzas armadas”. Además de los tópicos revolucionarios usuales, les decía a los soldados que se dieran cuenta de que ellos eran pobres también, de que los ricos eran sus jefes y los demás ricos de Cuba, de que ellos estaban dando su sangre por los ricos. Y de que la Revolución les abriría sus puertas si abandonaban la dictadura, pero si no lo hacían, los amenazaba: “La Revolución les pasará por encima y los aplastará con sus briosos corceles”. Esa expresión final se la pedí prestada a Máximo Gómez, el dominicano que fue el general en jefe del Ejército Libertador cubano en la Revolución de 1895.

ES: *¿Recuerdas el momento del desembarco de Fidel en Cuba?*

FMH: Claro que sí. Recuerdo que cuando las agencias dijeron que lo habían matado, el 5 de diciembre, sembré un pino en el patio de mi casa.

ES: *¿Se dijo que lo habían matado?*

FMH: Sí, aunque poco tiempo después se supo que era mentira.

ES: *¿Solo con la entrevista de Mathews?*

FMH: No, antes. La entrevista para el *New York Times* fue a fines de febrero. Fue un golpe

muy bueno, por el gran impacto internacional que tuvo. En el interior lo sentimos como una victoria.

ES: *¿Tú seguiste estudiando?*

FMH: No. Yo no estudie más desde mediados del 56 hasta 1959.

ES: *¿Estuviste en la militancia?*

FMH: En la militancia, y eso hizo que solo regresara al estudio a mediados de 1959. Me dolía la cabeza al leer, por los tres años transcurridos, pero también porque había tenido actividades muy diferentes... Pero pronto recuperé el hábito y volví a leer mucho.

ES: *¿Cómo viviste el 1 de enero?*

FMH: Yo estaba en Santa Clara, se estaba combatiendo allí desde el 28 de diciembre. Es la famosa batalla que dirigió el Che Guevara. Los rebeldes fueron tomando las posiciones de la dictadura dentro de la ciudad. La tarde del día 31 tomaron un cuartel del ejército y la jefatura de la policía, dos objetivos importantes. El campamento central del ejército, que era muy grande, seguía resistiendo.

Era una batalla complicada, por el número de los enemigos, apoyados por la aviación y tanques. La ciudad era una de las mayores del

país. Los rebeldes contaron con una enorme participación popular, que impedía que los tanques avanzaran libremente, colocando automóviles a través de las calles, y dándoles toda clase de ayuda a los combatientes. En algunos casos abrían agujeros en las paredes para que pasaran de una vivienda a otra con más seguridad.

Recuerdo al Che, con un brazo fracturado, con una seguridad absoluta en sí mismo, caminando por una vía principal, la calle Independencia, ancha y recta. El ejército trataba de avanzar como a 700 metros, venía con dos tanques; sus disparos eran lejanos, pero en línea recta el fusil es efectivo a esa distancia y más. El Che se detuvo ante una vidriera destrozada del Ten Cents, y llegó bajo el fuego hasta la esquina siguiente, donde había cinco o seis rebeldes. Yo estaba a unos 50 metros, con bastante miedo, pegado a la acera. Ahora pienso que actuaba así para darles confianza a los que lo veían, porque los cañones de tanques en una ciudad hacen un ruido espantoso. Les dijo algo a los rebeldes que estaban ahí, dio media vuelta y se alejó por la calle, bajo el fuego y sin apuro. Llegué y pregunté qué había dicho el Che. Dijo solamente: "No dejen pasar el tanque".

Amanecido el día 1 de enero se supo que Batista se había fugado de Cuba por la

madrugada, utilizando la radio de automóviles. No había corriente eléctrica. El Che accedió a darle una tregua al ejército, la única que dio en esa batalla, hasta el mediodía. Se extendió una inmensa alegría por la ciudad, aunque un pequeño grupo de francotiradores disparaba sobre todo el que veía, desde pisos altos de un hotel del centro. A la una de la tarde se rindieron las tropas de la Tiranía.

ES: *¿Ya habían tomado los rebeldes el tren blindado?*

FMH: Sí, el tren enviado desde La Habana fue paralizado por un grupo de rebeldes durante la batalla, que lo hostigaron hasta que se rindió. Además de reforzar aquella plaza fuerte principal en el centro del país, el tren debía ayudar contra un hecho muy negativo para la dictadura: la ofensiva del Che en las dos últimas semanas había logrado cortar las comunicaciones terrestres entre el oeste y el este de Cuba, al mismo tiempo que tomaba las poblaciones de gran parte de la provincia y rendía sus guarniciones.

ES: *Fue un acontecimiento simbólico...*

FMH: Sí, evidenciaba que ningún recurso militar podía impedir ya la victoria rebelde, y también evidenció la caída de la moral combativa del ejército.

ES: *¿Camilo estaba allí también?*

FMH: No, Camilo Cienfuegos estaba a 100 kilómetros, dirigiendo el prolongado combate de Yaguajay, sitiando a una guarnición que en ese momento era la segunda en número de la provincia.

Estuve en la comandancia del Che Guevara todo el día 1, ayudando. La mañana del día 2 le pedí al oficial de guardia que me diera un pase para salir de Santa Clara y regresar a mi pueblo. La dictadura había caído, la Revolución había triunfado, y yo quería irme a ver a mi madre. Esas eran las ideas que tenía en aquel momento. Me dio el pase y empleé el día entero en el trayecto; llegué a mi casa tarde en la noche.

ES: *¿Cómo fue?*

FMH: Una pequeña odisea, porque una guerra había culminado en las últimas semanas, y eso significa un desbarajuste fenomenal. Te digo esto porque al reconstruir la memoria suceden cosas buenas y malas. Por ejemplo, cuando preguntan: “¿Cómo viste el hecho histórico?”, uno se pone histórico. Pienso que esa capacidad, en el momento de los hechos, la poseen sobre todo los líderes y los que tienen más conciencia. Los de la fila, no. En mi casa era una maravilla que hubiera regresado, y por todas partes vivíamos la alegría inmensa del triunfo revolucionario, a

pesar del dolor de tantos muertos, y se festejaba. Pero desde el día 3 comencé a actuar en Yaguajay junto a mis compañeros, en la increíble cantidad de tareas diferentes y difíciles que hay cuando empieza una revolución.

ES: *¿El Che seguía en La Habana?*

FMH: El Che salió para La Habana el día 2, en una caravana militar que fue declarando liberados los pueblos del camino y ocupó la fortaleza de La Cabaña, en la capital, tarde en la noche del día 2.

ES: *¿Qué hiciste en Yaguajay?*

FMH: De todo. La gente trataba de reorganizar la vida después de tan violento y largo conflicto, en que sufrieron hasta numerosos ataques de la aviación, y el nuevo poder debía alimentar cientos de prisioneros, ejercer la justicia revolucionaria, impedir epidemias, nombrar autoridades, asegurar abastecimientos, etc. Piensa solamente en que lo que había sucedido siempre estaba totalmente cuestionado, y una gran parte ya no sucedería más, y los involucrados carecíamos completamente de experiencia.

Yo entendía que había que hacer una reforma agraria urgente, y por suerte el comandante rebelde que era jefe de la región norte de la provincia y el coordinador municipal del

Movimiento 26 de Julio pensaban igual. A fines de enero, los tres nos lanzamos a ejecutar una mini reforma agraria en la zona, tomando y distribuyendo tierras de acuerdo a los preceptos de la Ley 3 de la Sierra Maestra, del 10 de octubre de 1958. Los campesinos humildes estaban muy felices, pero el hecho provocó una situación delicada en La Habana. El presidente de la República era el Dr. Manuel Urrutia, un magistrado que tuvo una conducta muy digna al juzgar a revolucionarios, pero apenas un progresista, que se encontró de pronto designado para desempeñar un cargo muy superior a sus posibilidades. Urrutia sintió que aquel atentado a la propiedad anunciaba el caos, y amenazó con renunciar. Fidel expresó públicamente su disgusto con aquel reparto de tierras “por la libre”, cuando el Gobierno Revolucionario había prometido que se haría una profunda reforma agraria. La amenaza de Urrutia no fue divulgada, pero la cuestión le costó el cargo al gobernador militar de Las Villas, un compañero rebelde que había venido como expedicionario en el *Granma*; yo estimo que era inocente.

Digamos que este fue mi primer contratiempo dentro de la Revolución, aunque no nos sancionaron. Muchos años después conocí el incidente con Urrutia. Pero siempre me he sentido satisfecho de aquella acción.

ES: *¿Ahí viniste para La Habana?*

FMH: Un par de veces vine, por cuestiones políticas, pero en mayo vine para La Habana, a estudiar Derecho en la universidad.

ES: *¿Qué universidad?*

FMH: La Universidad de La Habana.

ES: *¿Te inscribiste en Derecho?*

FMH: Sí, y al mismo tiempo en otra carrera, Ciencias Sociales y Derecho Público. Desde entonces y durante todos mis estudios universitarios era un trabajador. Siempre simultanéé, nunca fui estudiante de tiempo completo.

ES: *¿En qué trabajabas?*

FMH: No quise trabajar donde estaban compañeros del 26 de Julio procedentes de Las Villas, el Ministerio de Comunicaciones, porque no me pareció muy elegante. No olvides los excesos que cometen los muy jóvenes en medio de las revoluciones: me parecía un reparto de cargos. Alguien me empleó en Salud Pública. Al mismo tiempo, siempre formé parte de instituciones de defensa de la Revolución, hasta fines de 1960 era miembro de la dirección municipal del Movimiento 26 de Julio de Yaguajay, y me involucré en otras muchas tareas de las nacientes organizaciones

de masas, y otras. El conjunto era realmente abrumador, si se piensa en tiempos normales. Se dormía muy poco.

ES: *¿Pero los estudios universitarios ayudaron en tu formación?*

FMH: A pesar de todo fui un buen estudiante, y me gradué. A veces era más artillero, por ejemplo, pero fui buen estudiante. El Derecho tenía un desarrollo muy alto y un prestigio grande en Cuba. El claustro tenía un buen nivel y varios profesores eran brillantes. Se combinaba con gran eficacia el estudio y manejo de diversas teorías con el derecho positivo y el aprendizaje de problemas prácticos de muchos tipos. Recuerdo discusiones acerca de todos esos temas. Por cierto, en el programa previo a la reforma revolucionaria de la universidad se incluían referencias a la Constitución de la URSS de 1936 y al derecho laboral soviético. Los profesores que lo explicaban no eran comunistas.

ES: *¿Y así empezaste a acercarte al marxismo?*

FMH: No, esa es otra historia. En marzo de 1959 fundamos una modestísima y efímera revista del Movimiento en Yaguajay, llamada *Juventud*. Escribí el editorial del primer número. Recuerdo con una sonrisa la prosa que

quería ser elegante, pero el contenido era muy radical: “Cuando 82 vinieron para traerle la libertad a millones, no venían a acabar con 7 años de tiranía, sino con 400 años de explotación del hombre por el hombre”. Le fijaba esa misión tan ambiciosa a la guerra revolucionaria que acababa de concluir y al poder revolucionario que se iniciaba desde mi ideología, pero yo no tenía ninguna relación con los comunistas, y no me sentía comunista.

ES: *¿No habías leído ni el Manifiesto?*

FMH: No, ni un solo texto de marxismo. Y si alguien me decía: “¿Tú eres comunista?”, le respondía con énfasis que no. Ante todo, porque el Partido Socialista Popular (PSP) –perteneciente al movimiento comunista internacional– había sido crítico del movimiento insurreccional y permanecido lejano a él casi hasta su triunfo. Yo me beneficiaba del enorme desarrollo de las ideas revolucionarias de mi país, de Martí y los radicales de la Independencia, de las ideas desarrolladas y divulgadas al calor de las luchas de clases y de liberación nacional del siglo XX, del socialismo cubano y el antiimperialismo. Y sin duda también de las asimilaciones que habían hecho los cubanos de las ideas bolcheviques, de Lenin, del marxismo. Fue mucho después

que me enteré de que lo expresado por mí en la cita de marzo de 1959 era un lugar común dentro del marxismo.

No se suele conocer un hecho de la mayor importancia en las ideas cubanas, que es el manejo de ideas socialistas dentro del movimiento insurreccional contra la dictadura y la presencia de ideales socialistas entre los insurreccionales. Ese desconocimiento tiene razones políticas, pero es reforzado por la tendencia facilista de clasificar mecánicamente nombres de organizaciones y posiciones ideológicas y políticas. En el verano de 1960 es que empiezo a relacionarme con el marxismo.

ES: *¿En una escuela?*

FMH: No, por un problema político. Un compañero del Ejército Rebelde me invitó a una reunión a solas donde me planteó alzarnos los dos contra el comunismo y a favor de Fidel.

ES: *Contra el comunismo y a favor de Fidel...*

FMH: Era un teniente, un campesino; su hermano, que era capitán rebelde, lo había influenciado mucho. Discutimos más de dos horas. Finalmente me dijo que yo lo había convencido, y me dejó solo. Pensé: “Me está engañando, él se va a alzar”. Y era verdad, él se alzó con su hermano y fueron de los primeros

contrarrevolucionarios que combatieron. Pensé bastante, recuerdo, y me dije: “En lo único en que Alberto tiene razón es que esto es comunismo. Pero en lo que está equivocado es en Fidel. Fidel es comunista también”. Entonces pensé: “Si Fidel es comunista, yo también”.

Ese fue el momento. Pero si uno es comunista, debe saber algo de comunismo, por eso le pedí prestado un libro marxista a un ingeniero que yo sabía que era marxista. Me prestó el *Manual de Economía Política*, de la Academia de Ciencias de la URSS.

ES: *¿Nikitin era el autor?*

FMH: No, era el manual más grande, y más serio. Estudié hasta el capítulo 8, y me dije: “Si esto es el marxismo, yo no sigo, esto es insoportable”.

ES: *¿Te lo dijiste?*

FMH: Sí, ¡era insoportable! (risas). Pero dos meses después alguien me prestó *El Estado y la revolución*. Era otro marxismo. Me encantó aquel libro, aunque de esa primera leída solo recordaba dos afirmaciones de Lenin: la revolución se hace para acabar con el Estado y las clases sociales; y en el Parlamento de los países capitalistas se reúnen las personas que el pueblo elige cada cuatro años para que lo aplasten.

Comencé a leer todo lo que encontraba de Lenin, Marx y Engels. Poco después me enrolé en un seminario que guiaba un profesor marxista, las tardes de todos los sábados; allí leíamos y discutíamos a fondo, línea a línea, el *Manifiesto Comunista*. Pero recuerda que yo estudiaba, trabajaba y participaba en la defensa del país; no podía estudiar marxismo con holgura ni formalidades. Por otra parte, mi maestra principal de marxismo era la Revolución. Piensa que la víspera de la batalla de Girón, al declarar que éramos socialistas, Fidel dijo: “Esta es la revolución socialista y democrática de los humildes, por los humildes y para los humildes”. Eso no aparecía en ningún manual. Fidel no dijo que el naciente socialismo dependía de las leyes de la historia o era fruto de un determinismo económico, y llamó democrática a la revolución socialista, algo que no se usaba. Yo absorbía todo lo que Fidel decía.

ES: *¿Dónde viste a Fidel por primera vez?*

FMH: En la Plaza Cívica, en alguna concentración de los primeros tiempos.

ES: *¿Con lo de la paloma que se posó en su hombro?*

FMH: La paloma en su hombro fue el 8 de enero, en su primer discurso en La Habana. Yo

estaba en Yaguajay. Pero además de hablar y conversar con el pueblo sin descanso por la televisión, Fidel aparecía en cualquier parte, uno lo veía llegar de pronto, saludar, preguntar, compartir con la gente.

Cuando Fidel proclamó el socialismo, el pueblo en masa se hizo socialista y quiso aprender marxismo. Pero la corriente principal era el marxismo soviético, y entró una masa enorme de literatura del campo socialista y de sus aliados en el mundo, además de lo que editaban en Cuba los simpatizantes de la URSS. Pero al mismo tiempo circulaban y se editaban ideas marxistas ajenas a esa corriente. En realidad, se creó una situación contradictoria en el terreno de las ideas.

Mi caso, en su complejidad, quizás sea análogo al de muchos jóvenes. En 1959 me inscribí en la sección circulante de la Biblioteca Nacional. El primer libro que saqué era *Cómo cayó el presidente Madero*, porque quería saber de la Revolución Mexicana. El segundo libro fue la *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, porque quería conocer a Keynes de primera mano. Al mismo tiempo comencé a devorar novelas clásicas, creo que la primera fue *El rojo y el negro*. Era una formación más bien dispersa y poco ortodoxa, pero eso es lo que sucede en una revolución. Hace diez años me pidieron que

expusiera mis recuerdos de la visita de un mes de Jean-Paul Sartre a Cuba, en febrero y marzo de 1960, y lo primero que les dije fue que no advertí su presencia aquí. Y eso que leía el semanario cultural del diario *Revolución*, llamado *Lunes de Revolución*, que, por cierto, fue una escuela de literatura y arte desde la Revolución para muchos jóvenes como yo.

ES: *¿Lo dirigía Cabrera Infante?*

FMH: Guillermo Cabrera Infante, el subdirector era Pablo Armando Fernández, y colaboraba mucha gente diferente. El diario *Revolución* era dirigido por Carlos Franqui, un cuadro destacado del 26 de Julio, de ideas socialistas, y el subdirector era Euclides Vázquez Candela, que también había estado en Radio Rebelde, en la Sierra Maestra. En aquellos primeros meses, Euclides escribía editoriales muy radicales. Recuerdo, por ejemplo, “¿Educación romana para qué?”, contra los colegios privados de la Iglesia católica. Para el número de *Lunes* dedicado al aniversario del 26 de julio, Euclides escribió una página entera, “El Movimiento 26 de Julio”, en la que todo el tiempo es abiertamente socialista.

ES: *¿Tú estabas en la corriente socialista del Movimiento?*

FMH: Yo estaba, era partidario firme de esa corriente, y cuando fui avanzando en mi formación utilicé el marxismo. El militante que estudia marxismo por ser militante, sin tener suficiente experiencia práctica revolucionaria ni estar su organización peleando por el poder o en medio de una revolución, suele aprender elementos teóricos e ideológicos marxistas sobre todo con fines de cohesión y de obediencia a la disciplina; la norma es seguir los textos al pie de la letra o exigir que se haga, y usar la teoría para respaldar o bendecir la línea política. No se trata de utilizar el marxismo para comprender mejor, ser eficaces o ser creativos en las prácticas políticas.

Comencé con el marxismo en busca de comprensión de las prácticas y el buen planteo de los problemas importantes. Al captar su alcance, traté de servirme de él para la formulación de un proyecto de futuro de liberación, y también para comprender ese pasado organizado que llamamos historia. Es difícil comprender la historia como historia de las luchas de clases en casos como el cubano, porque Cuba tuvo que pelear mucho para no ser colonia, y nacer como nación. Quizás el principal problema teórico del marxismo en nuestros países venga de la dificultad extrema de relacionar bien la lucha nacional con la lucha de clases. La revolución

socialista de liberación nacional cubana hizo un aporte extraordinario al solucionar este problema en su práctica.

Pero el pensamiento de la Revolución no tenía suficiente desarrollo comparado con sus prácticas. Y el pensamiento democrático, el democratismo bajo la dominación burguesa de la segunda república, al que me referí, no pudo sostenerse y servir en la nueva situación. Entre otras razones, porque los enfrentamientos, las insuficiencias, los desgarramientos, los cambios eran colosales; porque Estados Unidos emprendió un rígido bloqueo y una agresión sistemática contra Cuba, e intentó incluso apelar a la invasión directa, en el verano de 1962. La contradicción entre una cultura tan occidental, fiada al dinero, el individualismo y el mercado generalizado, y un proyecto tan ambicioso de liberación, frente a tan enormes carencias y enemigos, no dejaba espacio para permitir un democratismo amplio. Por ejemplo, entre 1960 y 1961 terminaron ochenta años de una libertad de expresión que había sido funcional a las reformulaciones de la hegemonía. La democracia representativa burguesa se acabó, el sistema de partidos políticos, la elaboradísima relación entre la sociedad civil y el Estado, se acabaron. Ser creativo nunca es fácil, y la idea de copiar a la Unión Soviética parecía atractiva. Para los

que ya éramos revolucionarios, tenía en su contra que si los seguidores de la Unión Soviética no habían querido estar en el proceso, cómo iban a ser ahora los que dirigieran el proceso. Hubo un conflicto muy grande que puso en riesgo interno a la Revolución, debido a lo que se ha llamado el *anibalismo*.¹ Fue un intento precoz de reducirnos a la condición de “democracia popular”, como los países europeos del campo soviético. La camisa de fuerza sectaria en medio de las jornadas heroicas, los esfuerzos supremos y el espíritu libertario de aquellos tiempos ahogaba la posibilidad de crear una organización política de la Revolución, y estimulaba el oportunismo o el alejamiento y hasta el enfrentamiento.

Junto a aquellas prácticas se trató de imponer el llamado marxismo-leninismo, aspecto ideológico teórico de un sistema de dominación en nombre del socialismo. La misión principal del marxismo-leninismo, construido en la URSS durante la liquidación de su Revolución bolchevique, era proveer a los dominantes un

instrumento intelectual autoritario unificado en su contenido, destinado a las funciones de obedecer, clasificar y legitimar. La obediencia sustituía a la disciplina consciente y eliminaba criterios y disensos, la clasificación unía de manera perversa a la verdad alegada con lo correcto y separaba a los buenos de los malos, y la legitimación pretendía que todas las jefaturas, líneas políticas y cuestiones puntuales del poder plasmaran los principios del socialismo científico y el pensamiento de sus autores clásicos. Todo pensamiento que pareciera fuera de esos dogmas se consideraba enemigo o sospechoso.

Las críticas públicas de Fidel el 26 de marzo de 1962 abatieron el poder del sectarismo, y la Revolución tomó medidas y lanzó iniciativas para crear un verdadero partido político comunista que sirviera a la transición socialista. Yo me había negado a pertenecer a las ORI y me había concentrado, como tantos, en servir en tareas concretas revolucionarias. Había pasado un curso emergente, colaborado en el inicio del Plan de Becas y desde enero era profesor de Estudios Sociales (Historia) en una secundaria básica de becarios, pero sin abandonar mis deberes militares, por lo que estaba en una movilización de instrucción de mi Unidad Militar 2.254 cuando fui seleccionado, sin saberlo,

1 Se refiere a Aníbal Escalante, dirigente del PSP que fue designado virtualmente como jefe de la organización política naciente, las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI). Su sectarismo y abusos de poder hicieron daño y crearon un gran malestar.

para pasar un curso muy intensivo y de régimen cerrado en una escuela que se abriría el 3 de septiembre, para ser profesor universitario de Filosofía marxista. Seríamos 104 alumnos, la mayoría estudiantes universitarios de años superiores; de los que se graduaran saldrían los profesores que harían realidad la disposición de la reciente Reforma Universitaria que establecía que en todas las carreras se cursaran Filosofía y Economía marxistas.

ES: *¿Quién los eligió?*

FMH: Al parecer se pusieron de acuerdo entre varios factores; supe que a mí me propuso el presidente de la Federación Estudiantil de Derecho, a quien yo nunca vi. La organización y dirección de la escuela las proveyó el sistema de escuelas creado por las ORI, pero el subdirector procedía del Movimiento 26 de Julio. La mayoría de los profesores fueron traídos de la Unión Soviética, se les llamaba hispanosoviéticos, porque habían sido niños españoles llevados a la Unión Soviética durante la Guerra Civil; su idioma materno era el español y su vida y formación política eran soviéticos. Como ellos, vinieron otros a Cuba y en general prestaron servicios valiosos. En la escuela fueron los profesores de Materialismo Dialéctico e Histórico, Economía Política e Historia

Universal. El claustro se completaba con cubanos para Historia de Cuba, Colonialismo y Subdesarrollo e Historia de la Filosofía. Los dos primeros procedían del PSP.

ES: *¿Esos españoles soviéticos venían de la academia?*

FMH: Al menos los dos primeros. Los tres eran miembros del Partido Comunista de la Unión Soviética. Eran profesores calificados, aunque con diferencias de personalidad. Pero la formación en la escuela era estrictamente de tipo marxista-leninista soviética, aunque debíamos estudiar también ciertas obras de los clásicos del marxismo. El manual soviético *Los fundamentos de la Filosofía*, de F. V. Konstantinov, era el libro de cabecera pedagógico, porque se esperaba que lo utilizáramos para la enseñanza masiva a los estudiantes de todas las carreras universitarias. Aquella orientación se daba de narices con mi formación previa, que aunque no era grande en teoría ya tenía algunos avances. También estaba muy avanzado en mis estudios de Derecho, lo cual me ayudaba contra dogmas y simplificaciones. Era inevitable que tuviera conflictos en aquella escuela.

ES: *¿En esa escuela que te mandaron, ahí se dio el choque?*

FMH: Primero me fugué de la escuela al inicio de la Crisis de Octubre, la noche del día 22, cuando el presidente Kennedy anunció el bloqueo naval de Cuba por tener armas nucleares soviéticas. La Dirección Nacional de Escuelas envió de inmediato una notita que nos leyeron a los cien alumnos en el patio. Orientaba que nuestro deber en aquella hora de Cuba era “estudiar y estudiar, como dijo Jorge Dimitrov”. Regresé al albergue, tomé mi pistola y una mochila, y me marché a unirme a mi unidad militar. Durante la madrugada llegamos a la zona asignada a la División Antidesembarco de Occidente, un tramo de costa desde Mariel al oeste, que tenía detrás la base de cohetes nucleares que Kennedy conocía por San Cristóbal. Era una dirección principal para la invasión proyectada; allí estuvimos esperándolos durante un mes.

ES: *¿Y la escuela dónde estaba físicamente? ¿En La Habana?*

FMH: Eran unas residencias de las abandonadas por sus dueños al irse del país, en el Nuevo Vedado, un barrio elegante. No tenían nada que las identificara, como si fueran clandestinas. Durante el curso murió en un accidente aéreo, en Perú, Raúl Cepero Bonilla, el gran historiador marxista independiente que

publicó, en 1948, el clásico de nuestra heterodoxia histórica, *Azúcar y abolición*. Al morir era ministro en el Gobierno Revolucionario. En su honor le pusimos su nombre a nuestra escuela.

ES: *¿Quién mostró las fotos de las bases de cohetes en Naciones Unidas?*

FMH: Fue Adlai Stevenson. Cuando terminó la crisis, que fuera de Cuba se suele llamar de los misiles, regresé a la escuela. En ese caso pasé de fugado a aplaudido. Pero no fue igual en otros casos, recuerdo dos. En una reunión de estudios con todos los alumnos se afirmó que Cuba tuvo primero una revolución democrática, agraria e antiimperialista, de tipo violenta, y después una socialista, de tipo pacífica. De esa manera simplona y falsa se satisfacía la línea preconizada por la URSS a los que aspiraban al socialismo, el llamado paso pacífico. Me opuse, planteando que los tres apellidos de la supuesta primera revolución escondían el verdadero en su doctrina, que era “democrático-burguesa”, y que no lo usaban porque Fidel y el mismo movimiento político eran los protagonistas de ambas revoluciones. Que en Cuba hubo una sola revolución interrumpida, y no dos revoluciones, o dos “etapas” de la Revolución, como se solía decir también.

Hasta el día de hoy se sigue diciendo en escuelas cubanas que hubo dos “etapas” en la Revolución, con los “rasgos” citados de cada una. Fíjate qué tenaz puede ser el dogmatismo. Aquel día en la escuela me criticaron, pero poco después tuve la satisfacción de leer un artículo de Osvaldo Dorticós Torrado, el presidente de la República, en el número 1 de la revista política oficial *Cuba Socialista*, titulado “Los cambios económicos y políticos de la Revolución Cubana”, en que planteaba que la cubana era una revolución ininterrumpida.

Mi segundo problema fue más grave. Cada día uno de los alumnos debía hacer el ejercicio pedagógico de exponer una clase para alumnos universitarios ante toda la escuela y los profesores, que evaluaban su calidad en ese aspecto crucial –ya que nos preparábamos para ser docentes–, podían hacerle preguntas sobre el contenido. La bibliografía básica era siempre un acápite del manual de Konstantinov, ya que esa sería la básica para los alumnos. Por desgracia, a mí me tocó el dedicado a la dictadura del proletariado. Preparé lo mejor que pude la didáctica, pero al exponer en la clase lo que decía el manual, añadí que en la práctica histórica no había sido así, porque una gran parte de los revolucionarios en la Unión Soviética habían sido asesinados por sus propios compañeros

en la segunda mitad de los años treinta. El profesor Luis Arana Larrea, de Filosofía, que era el líder intelectual de la escuela, me interrumpió entonces: “Eso no fue así”. Le respondí: “¿Cómo que no fue así?”. Y Arana, que era muy honesto, dijo: “Nadie sabe hasta el día de hoy quién mató a Kirov”. Yo le contesté: “Quién mató a Kirov no, pero todo el mundo sabe que a todos los demás los mató Stalin”. Fue un escándalo.

La segunda cuestión era grosera, la primera era más intelectual. Respecto a esta, no hay que subestimar la necesidad de certezas que tienen los que participan en un movimiento absorbente y abarcador como es una gran revolución. El socialismo de tipo soviético y sus símbolos les parecieron a muchos ser aptos para cumplir esa función durante gran parte del siglo XX. Pero las realidades de la Revolución Cubana eran otras, y el pensar nos colocaba lejos o en contradicción con aquella posición.

Aquel tipo de socialismo tenía manifestaciones diferentes en el campo del pensamiento. Por ejemplo, el del Partido Comunista francés, producido en un ámbito político y cultural que no era el soviético. El libro *La Libertad*, de Roger Garaudy, un teórico muy conocido en su tiempo, circuló en Cuba en miles de ejemplares. El modo de tratar sus temas y su prosa elegante eran una opción para gente más instruida y

más exigente, y en el fondo su mensaje político era el mismo. Otro libro de Garaudy que circulaba era *Un realismo sin riberas*, una defensa del llamado realismo socialista en el arte, desde una perspectiva que parecía más permisiva. Otros libros de comunistas franceses cumplieron esa misión de atraer hacia la ideología del movimiento comunista orientado por la URSS, en la Cuba de aquellos años.

ES: *¿Cómo terminaste en aquella escuela de profesores marxistas?*

FMH: Al final me incluyeron en la selección de docentes para la universidad. La lista contenía veinte nombres, de apellidos de la A a la Z, y el veintiuno era yo. Un día supe que me habían agregado, porque lo reclamó el subdirector. Fuimos los fundadores del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, el 1 de febrero de 1963. La tarea era, como te dije, enseñar Filosofía Marxista a los alumnos de todas las carreras. Era una empresa enorme y nosotros no sabíamos casi nada, aunque habíamos estudiado intensamente todo el tiempo durante cinco meses. Así eran las cosas, y así se enfrentaban las necesidades de la Revolución. El texto para alumnos era aquel manual de Konstantinov, pero nosotros nos impusimos un duro programa de superación. Si el

supuesto objeto de la Filosofía Marxista eran las leyes de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento, debíamos estudiar buenas divulgaciones de la teoría de la relatividad de Einstein, y que algunos de nosotros se asomaran a la mecánica cuántica y se la explicaran a los demás. Debíamos estudiar la historia universal, desde perspectivas no tradicionales, y la historia de los filósofos griegos. Y estudiar a pensadores cubanos, como Enrique José Varona, e incluso el pensamiento social del novelista cubano Carlos Loveira.

ES: *¿Te acuerdas qué otros historiadores, no tradicionales?*

FMH: Al inicio, Henri Pirenne, dos alemanes de la RDA, Günther y Schrott, el italiano Emilio Sereni, y otros. Pero en 1964 leí *El ingenio*, del cubano Manuel Moreno Fraginals, uno de los grandes historiadores de América en el siglo XX, que acababa de salir. Esa obra marxista, erudita, heterodoxa y audaz le dio un gran impulso a mi formación. Nunca he separado del todo la Historia de las demás disciplinas de la ciencia social, y creo que así debe ser para entenderla bien. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, de José Carlos Mariátegui, fue otra revelación para mí: un marxismo creador, capaz de encontrar y

desarrollar los temas realmente importantes, con gran vigor teórico y acierto político, ausencia de prejuicios y una bella prosa. La edición cubana inició el rescate de Mariátegui en los años sesenta.

Carlos Marx fue la constante en mis estudios marxistas desde que conocí el *Manifiesto*. En la escuela para profesores amplié el estudio de su obra, y en 1963 comencé una relación muy profunda con *El Capital*, que me ha dado inúmeros frutos. Organizamos un curso muy riguroso de los tres tomos de *El Capital* en el Departamento, página por página, que pasamos algunos miembros. Me dediqué a estudiar con método las obras suyas que encontraba en español, traté de conocer su vida con ayuda de Mehring y de Cornu, y en 1965-1966 fui uno de los animadores de un seminario en el Departamento sobre su obra de juventud, que resultó muy polémico. Pronto fui considerado el “especialista en Marx” por mis compañeros.

El otro protagonista de estos primeros años de mi formación fue Antonio Gramsci, el filósofo marxista que más me ha influido. Estudié los cuatro tomos “verdes”, la edición argentina de *Cuadernos de la cárcel*, subrayando, anotando al margen y llenando una libreta de colegio con notas aparte, al mismo tiempo y del mismo modo que hacía con *El ingenio*. Fue un

descubrimiento trascendental para mí, que me abrió un mar de posibilidades analíticas y reforzó mucho mi tendencia a buscar una posición teórica autónoma. Por otra parte, advertí que Gramsci no existía en la literatura marxista soviética. El Partido Comunista argentino había publicado los *Cuadernos* entre 1958 y 1962; Cuba adquirió una buena cantidad y los distribuyó aquí.

ES: ¿Quién hizo eso?

FMH: Supongo que ha sido Dorticós. No creo que fuera el Che. He registrado y preguntado mucho si el Che leyó a Gramsci, pero no he hallado ningún indicio a favor. Es extraño.

ES: A Mariátegui, sí.

FMH: Sí, a Mariátegui sí, lo conocía desde que tenía 17 años de edad. Poco tiempo después conocimos la obra de Frantz Fanon, que también constituyó una influencia muy grande para nosotros. Estudiamos a todos esos pensadores marxistas, y a Lenin, Fidel, el Che, Mao Tse Tung, Trotsky, después a Ho Chi Minh. Pero hacíamos lo mismo con pensadores que no eran marxistas y que hicieron aportes muy importantes; creo que ese fue uno de los aciertos del grupo de Filosofía desde el inicio. Al estudiar los pensadores cubanos no

hicimos una clasificación de marxistas y no marxistas, porque ya sabíamos que eso sería un error grave.

En 1964 comprendimos que no podíamos utilizar más el manual soviético. Los alumnos no se merecían eso. Declaramos experimental el siguiente curso –en Cuba son de septiembre a junio–; cada profesor podía introducir cambios de materia y bibliografía con libertad, dentro del programa general, pero en un seminario semanal interno del Departamento, por grupo de Facultad, se discutían el contenido y los aspectos pedagógicos de lo que estaba haciendo.

Para fortalecer nuestra preparación, obtuvimos permiso a la Rectoría de la Universidad para que los miembros del Departamento cursaran cualquier asignatura en cualquiera de sus escuelas, con todos los deberes de asistencia y evaluaciones, que debían certificarse, pero sin pretender cursarlas todas y obtener el título. Durante unos tres años tuvimos profesores-alumnos en numerosas carreras. Por ejemplo, dos compañeras cursaron los dos primeros años completos de las licenciaturas en Matemáticas y en Física –que eran muy difíciles–, respectivamente. Yo cursé cinco materias en la Escuela de Historia, un total de seis cursos. Uno de mis profesores fue Alejandro Carpentier, de Literatura Moderna.

Nunca lo he olvidado, porque fue una maravilla; Carpentier hablaba de lo que le daba la gana, pero aprendimos muchísimo, y era encantador.

Durante los nueve años que duró el Departamento de Filosofía tuvimos sistemas muy rigurosos de discusión y control de la docencia que hacíamos, de la superación que era obligatoria para todos y los resultados de la que era optativa de cada uno. En general, fuimos sumamente exigentes y organizados, y esa era una de las bases principales del tremendo espíritu de grupo que pronto desarrollamos.

ES: *¿Qué cargo tenías en el Departamento?*

FMH: Yo fui pasando por muchos cargos. Empecé de administrador, buscando bombillos, porque no había. Pronto fui jefe de uno de los tres grupos de trabajo docente, después fui el responsable de una de las tres áreas de investigación, la de Dialéctica de la Sociedad. Todos los miembros estaban obligados a pertenecer a uno de los grupos de docencia y a una de las tres áreas de investigación. Formé parte del Consejo de Dirección que creamos en 1964, fui el subdirector desde 1965 y pasé a ser el director el 1 de septiembre de 1966. Pero nunca abandoné mi unidad de reserva de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

Al inicio de 1964 tuvimos una pequeña crisis política. No te había dicho que Luis Arana fue el primer director del Departamento. Está clara la intención de los que lo nombraron, pero Arana fue sumamente positivo para nosotros. Era un destacado psicólogo en Moscú, que la coyuntura y la disciplina pusieron en aquella tarea en Cuba. Pero aquel hombre laborioso y modesto tenía una enorme honestidad, no trató de imponer nada y se dedicó a fondo a enseñarnos organización, cumplimiento y tolerancia en cuanto a las ideas. Una vez dijo: “Yo sigo a mi partido, ustedes sigan al suyo”. Cuando el rector Juan Marinello fue sustituido, nuestro director lo fue también, sin causa alguna.

ES: *¿Era español?*

FMH: Era vasco, y español de la Unión Soviética. Lo sacaron de niño, poco antes de caer Bilbao. Contrajo tuberculosis de muchacho, pero logró ser soldado voluntario en la guerra contra los nazis, lejos del frente. Nosotros nos negamos a admitir al nuevo director que designaron, que era un antiguo miembro del PSP, de ideas y actitudes muy lejanas a las nuestras. No permitimos su entrada en la calle K número 507 –la casa de El Vedado en que residía el Departamento– durante unos meses, hasta que el propio presidente de la República

vino a visitarnos, para que lo admitiéramos. Así son las revoluciones. Dorticós nos hizo un discurso memorable, que nunca se ha publicado. Entre otras cosas, nos dijo que los manuales de marxismo existentes en Cuba no servían para la Revolución Cubana, y señaló nuestra misión: “Ustedes van a tener que incendiar el océano, y yo no sé cómo lo harán”. Pidió que aceptáramos al nuevo director... pero con esos consejos... Al nuevo director lo aceptamos, pero jamás lo obedecemos en nada, y formamos un Consejo de Dirección que neutralizaba su actuación y dirigía en la práctica el Departamento. Él era un figurón, y como tenía otro cargo nacional, se paseaba entre los dos.

ES: *¿Quiénes formaban la dirección contigo?*

FMH: Éramos Aurelio Alonso, Jesús Díaz, Luisa Noa, Ricardo Jorge Machado, Rolando Rodríguez y yo. El año 1965 fue un hervidero. Por ejemplo, por pequeños grupos hacíamos estudios profundos de diferentes temas. Mencioné el de *El Capital*. Estuve también en el pequeño grupo que estudió la teoría del conocimiento de Descartes, con una profesora francesa que estaba en Cuba por acompañar a su esposo enfermo, un guerrillero venezolano. El seminario sobre la obra del joven Marx, que también mencioné, incluyó también un

conflicto con dos miembros del Departamento un poco mayores en edad que nosotros, que no aceptaban el abandono del marxismo de tipo soviético. Finalmente se trasladaron a otras áreas universitarias. Es bueno aclarar que aquel movimiento tan vigoroso y decidido en que estábamos no fue aceptado por todos los que ingresaban, y por diversas razones hubo debates y salidas del Departamento. Pero siempre fuimos la gran mayoría y nunca hubo una división.

Las investigaciones y discusiones, la docencia, la superación, mil tareas intelectuales en las que nos involucramos, y otras tantas tareas prácticas de la Revolución relacionadas con nuestra dedicación y nuestra posición hicieron que desde el inicio de 1966 estuviera totalmente desplegada la participación del Departamento de Filosofía en el desarrollo del pensamiento marxista y en la herejía cubana en curso.

Éramos ortodoxos en el sentido del apego a Marx y a Lenin, tanto que del lado dogmático nos acusaron de “clasicistas”, por querer que los grandes del marxismo sustituyeran a los manuales soviéticos. Pero nos embanderamos con la dialéctica, crítica y revolucionaria por esencia, como escribía Marx para la segunda edición de su tomo I de *El Capital*, y como ella, no nos dejábamos intimidar por nada. Solo para

ilustrar, porque sería demasiado largo exponer todas las cuestiones importantes, desarrollamos un seminario interno que duró dos años acerca de la historia de las revoluciones rusas de 1905 y 1917, y el pensamiento de Uliánov-Lenin. Y es que estábamos poniendo todo pensamiento en relación con su propia historia y con sus condiciones de existencia.

Lo principal fue que pensamos con nuestra propia cabeza, nos habituamos a un pensamiento crítico y establecimos un punto de vista propio. Uno de los logros fundamentales fue comprender que el marxismo tiene historia, y que el dogma de que es igual a sí mismo y la pretensión de ser la ciencia de las leyes más generales de todo son dos errores funestos. Debíamos investigar el proceso de las ideas marxistas, sus tesis, argumentos y debates, encontrar los autores y las tesis desaparecidos, establecer conexiones, disensos y corrientes diversas. Al mismo tiempo, dominar la historia de las revoluciones y las contrarrevoluciones en Europa, en medio de la acumulación capitalista y la colonización del mundo, y la estabilización de la hegemonía burguesa –incluso sobre el movimiento marxista– mientras nacía y se desarrollaba el imperialismo. Dominar la historia de las independencias coloniales y los pasos a la neocolonización, la historia de las

ideas y movimientos de liberación nacional y sus diferentes tipos, y la historia real de las revoluciones socialistas. Y, no menos importante, las historias de las posrevoluciones y las reformulaciones de la hegemonía, de los sistemas de dominación, de los reformismos. En suma, la historia del pensamiento marxista y de sus condicionamientos, dentro de la gran historia del dominio sobre los pueblos y las personas, el acatamiento, las resistencias y rebeldías, las luchas de clases y de liberación. Sin olvidar jamás que el pensamiento goza de cierta autonomía respecto a sus condiciones de producción, y que ese rasgo debe tornarse decisivo cuando se trata de pensamiento anticapitalista y socialista.

ES: *¿Estaban leyendo heterodoxos marxistas?*

FMH: Muchos, además de los mencionados. Los europeos de la época del bolchevismo y sus antecesores. Pensadores de los años treinta y cuarenta de diferentes países, que íbamos encontrando. Y los autores contemporáneos, que se acercaban por lo general atraídos por la Revolución Cubana, o nos facilitaban textos. De Estados Unidos, Baran, Sweezy, Huberman, y también el sociólogo crítico Wright Mills. Los británicos Robin Blackburn y Perry Anderson, con los que entablé amistad personal, y su

revista *New Left Review*. De Francia leíamos autores interesantes, y en 1965 apareció Louis Althusser. Jean-Paul Sartre y Maurice Merleau-Ponty nos eran muy útiles. Galvano Della Volpe.

ES: *¿Ernest Mandel?*

FMH: Sí, Mandel era un gran amigo de la Revolución Cubana, y su participación en la polémica económica cubana de 1963-1964, del lado del Che, atrajo nuestra atención y simpatía.

Después de 1965 todas esas lecturas y relaciones externas dieron un salto gigantesco hacia delante y se multiplicaron, como sucedió en general con todas nuestras actividades, al mismo tiempo que se plasmaba abiertamente nuestra posición. La segunda mitad de los años sesenta fue el tiempo de la plenitud del Departamento de Filosofía, el tiempo de *Pensamiento Crítico*, y esto sucedió en íntima relación con la plenitud de la profundización del socialismo cubano, y de la herejía cubana.

Vuelvo a los autores, y entro en la segunda mitad de los sesenta. En Italia estaba el grupo marxista más fuerte de Europa capitalista. Tuvimos una gran relación con los italianos. La obra de Lucio Colletti, Mario Rossi, Pietranera, Santis, Cerroni y otros nos era familiar, compartimos con Saverio Tutino y K. S. Karol,

leíamos a Rossana Rossanda, Vittorio Strada y muchos más. Además de libros, recibíamos revistas de pensamiento italianas, y el semanario *Rinascita*, a mi juicio la mejor revista cultural marxista de aquella época. Estas relaciones resistieron bien las diferencias que teníamos con la “vía italiana al socialismo”. Recuerdo, por ejemplo, con una sonrisa, una conversación con Luca Pavolini. Lo cierto es que estos fraternos amigos me siguieron enviando a mi casa *Rinascita* muchos años después del cierre del Departamento, actitud que también tuvieron *New Left Review* –hasta el día de hoy–, un buen número de otros publicistas marxistas y otros que no lo eran, como *Les Temps Modernes*.

Leímos toda la obra de Althusser de aquellos años, según iba saliendo en Francia. Y los libros de Ernest Mandel. Ya conocíamos a Trotsky; ahora estudiábamos *La revolución traicionada*, *Los nuevos rumbos*, *Historia de la Revolución Rusa*, *Literatura y revolución* y otras obras suyas. Sus críticas fueron muy importantes para nosotros. Pero estudiamos la Revolución soviética y el bolchevismo sobre todo por la obra y la vida de Lenin. Estábamos totalmente opuestos a la versión oficial impuesta por Stalin –aunque estudiamos varias obras suyas–, pero entendíamos que Lenin había sido con mucho el más grande y así lo exponíamos

también a los alumnos. Lo que sucedía es que, por ejemplo, si analizábamos sus críticas a Bujarin, también leíamos a Bujarin.

ES: *¿Leían a Rosa Luxemburgo también?*

FMH: Naturalmente. Incluso reproducimos en mimeógrafo sus textos críticos en polémica con Lenin, de 1904 y 1918. Las iniciativas, los problemas y los debates de ideas de los bolcheviques, marxistas enfrentados al reto mayor, eran inapreciables para nosotros. Los manejamos en detalle, y adelantamos todo lo que pudimos en el conocimiento y la comprensión de aquel evento histórico crucial en la historia de las revoluciones y del socialismo. Recuerdo que incluso los que podíamos leer francés conocimos el debate de 1921, acerca de cómo educar al niño preescolar, en la revista de *Maspero*, con la que tuvimos una gran relación. Y estudiamos a otros autores marxistas del tiempo de la primera gran ola revolucionaria del siglo XX, la que va de 1917 a la Guerra de España. Georg Lukács, Karl Korsch, Wilhelm Reich, Ernst Bloch, Walter Benjamin y otros.

En 1966 tuvimos la Segunda Plenaria Nacional de Profesores de Filosofía, organizada por el Departamento. Habíamos celebrado la primera en 1964. Fue díscola, pero todavía sin mucho desarrollo. La del 66 sí fue abiertamente

hereje y desafiante, y traía propuestas nuevas. Yo lancé una especie de consigna previa: “Tenemos que poner al marxismo-leninismo a la altura de la Revolución Cubana”. Parece una frase prepotente, pero en realidad expresaba una necesidad insoslayable.

ES: *No había salido la revista todavía.*

FMH: No. Pero ya el Departamento tenía una apreciable presencia externa. Primero, porque a través de la docencia informábamos e influíamos a una cantidad enorme de jóvenes. En segundo lugar, la vocación de divulgar nos había llevado a conseguir un mimeógrafo muy temprano; con él imprimíamos lo que nos parecía imprescindible rescatar o dar a conocer. Por ejemplo, leímos el candente discurso que el Che Guevara acababa de pronunciar en Argel el 24 de febrero de 1965 y decidimos picar estencils, tirarlo y repartirlo a los alumnos. Por ese hecho algunos nos acusaron de “revisionistas de izquierda”. En mimeógrafo publicamos textos que no teníamos disponibles en libros, por ejemplo, fragmentos de los *Cuadernos de la cárcel* de Gramsci, que hacíamos estudiar a los alumnos en 1965. En enero de 1966 publicamos nuestro primer libro de texto para estudiantes, *Lecturas de Filosofía*. Tenía más de 700 páginas, nos lo editó la Imprenta Universitaria.

ES: *¿Había varios autores?*

FMH: Veintisiete autores, solo cuatro eran del Departamento. Seguía la estructura general de nuestro curso de 1965-1966. Puedes encontrar allí a Amílcar Cabral y Leontiev, el Che y Manuel Sacristán, Engels y Althusser, sesenta páginas de textos de Gramsci, Fidel, Marx, Lenin, Paul Sweezy, Einstein, Meliujin, Gordon Childe. Algunos de los autores decían cosas con las que no estábamos de acuerdo. Esto nos llevó a un vuelco tremendo en la docencia. En la breve nota de presentación hice una crítica muy dura y muy clara del dogmatismo que nos llegaba en nombre del marxismo.

Además de la Segunda Plenaria, numerosos hechos conformaron el despliegue de la posición del Departamento de Filosofía aquel año 1966. La polémica alrededor del uso de manuales en la enseñanza del marxismo nos enfrentó a la Dirección Nacional de Escuelas del Partido, que era un baluarte del marxismo soviético. Abolimos del todo el contenido de la asignatura, que en su origen se llamaba Materialismo Dialéctico e Histórico, e implantamos otro contenido, bajo el título de Historia del Pensamiento Marxista. Aquel verano también realizamos un breve curso intensivo con 36 alumnos seleccionados, de los cuales escogimos 24 al final para incrementar el número

de nuestros docentes. La estructura interna del Departamento se adecuó a esos cambios, y a una enorme cantidad de tareas que hacíamos para los órganos de la Revolución.

Nuestra Historia del Pensamiento Marxista se explicó durante cinco años a todos los alumnos universitarios, hasta 1971. Logramos que las universidades de Oriente y Las Villas –las otras dos que tenía el país entonces– la aceptaran e implantaran también. Después se decretó el olvido de esa experiencia, y hasta hoy no se menciona, pero muchos miles de universitarios la estudiaron.

Esos avances nuestros sucedían mientras la Revolución profundizaba su socialismo cubano y su internacionalismo, y la dirección de la insurrección tomaba todo el timón. El 3 de octubre de 1965 se creó oficialmente el Partido Comunista de Cuba, y su Comité Central expresaba ampliamente ese predominio. Al frente del Partido se puso a Armando Hart, un hombre destacado como izquierdista cubano dentro del movimiento insurreccional, que tenía ideas socialistas desde que era muy joven. En ese ambiente favorable logramos controlar la plana cultural del diario *Juventud Rebelde*, y en febrero de 1966 fundamos el suplemento cultural de ese diario, “*El Caimán Barbudo*”, una empresa mucho más ambiciosa. El director fue Jesús Díaz.

ES: *¿Era más cultural?*

FMH: Sí, había varios poetas, que hicieron un vibrante manifiesto inicial, y otros eran prosistas. Siempre predominaron los temas de cultura en estricto sentido, los poemas y narraciones y la crítica, pero siempre había textos de pensamiento. La posición política era, naturalmente, revolucionaria radical. La mayoría de los “caimaneros” no pertenecía al Departamento; varios de ellos, entonces muy jóvenes, han alcanzado justa fama como literatos. Publiqué un artículo breve en el primer número, “¿Por qué Julio Antonio?”, en el cual explicaba quién era Mella y reivindicaba su comunismo frente al dogmatismo, el reformismo y las miserias de otros que vivían bajo la bandera comunista. Multiplicábamos también el alcance de lo que hacíamos porque los lectores ya eran cualquier lector del país. En el número 11 publiqué el breve ensayo “El ejercicio de pensar”, escrito en diciembre de 1966, mi primer trabajo de algún alcance. Entonces alcanzó notoriedad, y regresó cuarenta años después, como título y dentro de un libro mío.

Establecimos una relación directa con Fidel Castro durante 1965. A inicios de noviembre nos pidió que lo acompañáramos a la Sierra Maestra, y subimos hasta el Turquino con él, en una columna de universitarios que honraba

a la primera graduación de médicos que habían hecho toda su carrera dentro de la Revolución. La noche del 7 de diciembre se presentó en el Departamento, y nos planteó que el capitalismo colonialista se había apoderado de las riquezas de los pueblos, y era por eso que su producción científica tenía un inmenso desarrollo. Que no había razón alguna para pagarles derechos de autor, ahora que debíamos apoderarnos con urgencia de los conocimientos y carecíamos de recursos suficientes. Nos exhortó a buscar lo último valioso publicado en todas las ciencias, y traerlo para ser publicado al servicio de los jóvenes y los estudiosos cubanos. Él pensaba que nosotros podíamos hacerlo.

Así surgió, a media noche, la empresa que llamamos poco después Edición Revolucionaria, la madre del Instituto del Libro, fundado por decisión de Fidel el 1 de septiembre de 1966. Al inicio no teníamos ni idea de cómo íbamos a hacerlo, pero nos lanzamos a la obra con entusiasmo y laboriosidad ejemplares. Visitábamos en sus casas a profesionales notables, especialistas –en algunas áreas muy pocos se habían quedado en Cuba–, a los que pedíamos los datos de libros fundamentales recientes que conocieran o tuvieran noticia de ellos, de todas las ciencias básicas y las demás, de la medicina, las ciencias sociales, las ingenierías,

las agropecuarias, de todo. Elaboramos listas enormes, y enviamos a España con ellas, y con 30 mil dólares ocultos en sus ropas, a dos compañeros nuestros, que se hacían ver como una pareja. Entonces en España no había muchos turistas, ni muchas divisas, pero tenían una potencia editorial muy grande: compramos de todo, dos ejemplares de cada título. Llenamos dos habitaciones del Departamento con ellos, del piso al techo. Todavía recuerdo los nombres de autores famosos de ciencias y técnicas que ignoro, aunque también trajeron muy buenos textos de las disciplinas sociales, y hasta las actas de los procesos de Moscú.

“Intervinimos” fraternalmente el Consolidado de Artes Gráficas, y enseguida nos vimos envueltos en los innúmeros líos de la producción en las condiciones cubanas de entonces. No parábamos nunca y dormíamos muy poco, pero pronto funcionaba una estructura pequeña y eficaz, y pronto comenzaron a salir las ediciones con una gran R en el lomo, que se entregaban gratuitamente a los estudiantes universitarios. No le pagamos un centavo extra a nadie por nada de lo que se hizo. Y no pagamos ni un centavo de derechos de autor. Cuba no confrontó el menor problema por aquella cruzada revolucionaria que adelantó mucho los conocimientos y capacidades existentes en

el país, creo que por dos razones: éramos un país bloqueado y bastante aislado, pero absolutamente soberano; y no había riesgo para los tiburones de la industria editorial de que los editores cubanos aparecieran con sus libros en ninguna parte fuera de Cuba.

Fui el segundo jefe durante el proceso de Edición Revolucionaria. El jefe era el compañero nuestro que al fin había sustituido al director que no nos dirigía. Él pasó a ser el primer presidente del Instituto el 1 de septiembre, y yo fui nombrado director del Departamento de Filosofía. Aunque la decisión provenía de alto nivel, reuní a todos en asamblea y les pregunté si me querían como director, y al responder que sí, asumí el cargo.

En menos de un año se había expandido a un grado insospechado nuestra capacidad editorial. En cuanto al Instituto del Libro, fui fundador de su Editorial de Ciencias Sociales, y organicé un Consejo Asesor compuesto por Raúl Roa, Alfredo Guevara, Carlos Rafael Rodríguez y yo, que funcionó unos cuatro años. Leer la lista de lo publicado en esos años puede dar una idea de la libertad, los avances extraordinarios y las perspectivas que propició la joven Revolución en el pensamiento y las ciencias sociales. No puedo dar detalles que alargarían aún más mis palabras, solo quiero recordar que

también publicamos *Economía y sociedad*, de Max Weber, el gran clásico de la sociología, conservador en política. Una obra de más de mil 200 páginas, y quizás esta edición cubana sea la más grande en número de ejemplares que se haya publicado en el mundo de esa obra: queríamos que estuviera al alcance de cualquiera. También publicamos otros libros muy valiosos cuyos autores eran ajenos a las ideas socialistas.

ES: *¿Cuándo y cómo llegó Louis Althusser?*

FHM: Ya en 1965 se habían publicado en Cuba al menos dos textos principales de los que el francés reunió en *Pour Marx*; se tomaron de la revista *La Pensée*, pienso que por iniciativa de Dorticós. El primer texto sobre teoría que publiqué en mi vida fue una reseña crítica de *Contradicción y superdeterminación*, en *Juventud Rebelde*, el 24 de diciembre de 1965. Inmediatamente que apareció *Pour Marx*, publicamos el libro, con el mismo formato y contenido que la edición francesa. A fines de 1966 ya habíamos publicado en Cuba el tomo I de *Leer El Capital*, y el tomo II lo publicamos en 1967. A *Lenin y la filosofía* lo sacamos también a los dos meses de salir en Francia. Es decir, todas las primeras ediciones en español del momento cenital de Althusser

son cubanas. Lo digo porque lo usual es que los autores de habla española nunca las citen, sino a las ediciones de Siglo XXI, que son posteriores. Althusser fue muy importante para la necesidad de “volver a Marx” –que en Cuba era sencillamente ir– para recuperar el marxismo revolucionario y negar las deformaciones del marxismo. En eso prestó un gran servicio a todos los estudiosos, aunque tuvimos que rechazar su cientificismo y antihistoricismo.

Fue Ernesto Che Guevara quien tuvo la iniciativa de publicar a Frantz Fanon en Cuba. La primera obra que salió fue *Los condenados de la tierra*. Nosotros publicamos más adelante *Por la revolución africana* y *Piel negra, máscaras blancas*, que en realidad es el primero de los tres que escribió. Combatiente en la Segunda Guerra Mundial, psiquiatra, nos encantaba que hubiera estado con el Frente de Liberación Nacional argelino. La solidaridad internacionalista cubana con el FLN fue muy activa, incluso Fidel reveló hace algún tiempo que se les compró alguna artillería en Europa. La Revolución argelina gozaba una gran simpatía en Cuba. Pero la obra misma de Fanon fue un gran descubrimiento. Era el marxismo anticolonialista, Marx en manos del colonizado que se libera, el racismo como tema revolucionario, el análisis profundo de

las consecuencias de las dominaciones sobre el individuo que las sufre. Con Fanon adelantamos más en nuestra concepción. *Los condenados...* fue utilizado como texto en la docencia.

José Carlos Mariátegui, Antonio Gramsci y Fanon son tres obras y tres vidas, diferentes en sus circunstancias y en sus temas y aproximaciones intelectuales, dentro del proceso de la universalización del marxismo, tanto en el ámbito geográfico como en sus relaciones con las necesidades y los movimientos políticos y con el pensamiento y las ciencias sociales. Pero resultaban articulables y aun complementarios desde nuestra posición.

En 1966 nosotros formábamos parte con nuestras prácticas de la nueva construcción teórica cubana que se estaba levantando. En lo que hacíamos estaba la marca de esa novedad. Edición Revolucionaria significaba producir libros en gran escala y para todo el país. El primer libro de teoría que publicamos fue *La ideología alemana*, de Carlos Marx; el segundo, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, de Antonio Gramsci. Los dos en miles de ejemplares. Después sacamos obras tan diversas como *La nueva economía*, de Eugenio Preobrazhensky, o *Antropología estructural*, de Claudio Lévi-Strauss.

ES: *¿Cómo nació Pensamiento Crítico?*

FHM: En ese mismo año estábamos discutiendo mucho la necesidad de una revista teórica. No puedo asegurar cómo nació el nombre de *Pensamiento Crítico* entre un buen número de alternativas que manejamos. Lo cierto es que cuando al fin apareció la fórmula “pensamiento crítico”, todo el mundo estuvo de acuerdo. Nosotros nunca quisimos ni aceptamos ser voceros de una posición, simples propagandistas. Nos parecía que eso estaba muy bien y hacía mucha falta, pero que no era nuestra tarea. Creíamos firmemente que el pensamiento debe tener una autonomía como tal. La militancia consiste en muchas cosas, pero no en que el pensamiento sea una obediencia intelectual. Hacíamos gran hincapié en esto. Más adelante acuñé una frase que me pareció muy gráfica: “Yo pienso porque soy militante, no a pesar de ser militante”. “Pensamiento crítico” expresaba con exactitud, y más por ser una síntesis, lo que queríamos hacer.

Respecto al contenido, la idea que triunfó, que no fue la primera, fue hacer una publicación con textos no tan extensos como los de un libro ni tan cortos como los de una publicación semanal, que expusieran y debatieran todos los principales problemas vigentes del pensamiento. Ante todos los problemas de las

revoluciones, pero también los del capitalismo imperialista actual, las resistencias y rebeldías, pero también las adecuaciones a la hegemonía de la dominación, las formas mismas de pensamiento como tales, y otros asuntos. No quisimos que abordara sobre todo las cuestiones cubanas, aunque ellas siempre tuvieron amplio espacio en la revista, sino que sirviera a los cubanos para conocer un mundo en el que ansiábamos participar y con el que estábamos comprometidos, y sirviera a cualquier lector en el mundo que quisiera conocer y comprometerse.

Era una revista mensual de 224 páginas de textos corridos –un buen número de veces tuvo más páginas–, sin fotos, con viñetas. Del primer número salieron 4 mil ejemplares; del segundo, 6 mil; al cuarto número pasamos a 10 mil, y pronto subimos a 15 mil ejemplares. Para ese tipo de revista era una tirada muy grande, pero desde el inicio fue muy solicitada, y teníamos un sistema realmente bueno de distribución. Le dábamos gran importancia a su belleza formal, y tuvimos la suerte de contar todo el primer año con Alfredo Rostgaard, un diseñador novato que a mi juicio fue el más grande de los artistas de su tipo en su generación, en un momento en que Cuba brillaba en ese campo.

El número 1, que se preparó a fines de 1966, se dedicó a las luchas armadas en América Latina.

Contenía cuatro textos inéditos, el primero era “La violencia y los cambios sociales”, del sacerdote revolucionario Camilo Torres Restrepo, muerto en febrero de ese año; era un análisis sociológico de la procedencia de la vía armada. El segundo, “La revolución verdadera, la violencia y el fatalismo geográfico”, era un capítulo de un libro acerca del poder en Venezuela que dejó inédito al ser asesinado su autor, el dirigente revolucionario Fabricio Ojeda. El tercero, “Perú: revolución, insurrección, guerrillas”, era de un peruano, dirigente de la organización Vanguardia Revolucionaria, que utilizó el seudónimo Américo Pumaruna, pero en realidad se llama Ricardo Letts Colmenares. Estaba a favor de la lucha armada, pero en una posición con la que teníamos un total desacuerdo; tuve una discusión con él y quedamos en publicar su texto. Era el más largo de los cuatro, pero con permiso suyo incluimos una nota en que explicábamos nuestro desacuerdo. El cuarto texto, “Sobre la tendencia conservadora en el Partido”, también fue publicado con un seudónimo, Julio del Valle. El autor era un compañero al que mataron después, y su análisis era acerca de cómo el Partido Guatemalteco del Trabajo no pudo hacer realidad el propósito de pasar a la lucha armada. Este análisis concreto de una experiencia nos gustaba más que

las condenas generales. Se puede mostrar a un tonto y criticarlo: explicas por qué es tonto y ya. Nosotros preferíamos una exposición del problema de los partidos comunistas y la lucha armada, no a partir de un tonto, sino de un partido que honestamente había querido hacer la lucha armada y no lo logró.

ES: *¿Había editoriales en los números?*

FHM: Sí. Casi siempre breves. En ellos están expresas nuestras valoraciones y posiciones acerca de un gran número de las realidades de hechos e intelectuales, y permiten inferir lo que guiaba la selección de los temas y en qué residía, para nosotros, la organicidad de la revista como publicación. Desde el segundo número, cuya parte monográfica se dedicó a la lucha armada en Asia, comenzaron a aparecer artículos con otros temas. Le llamábamos “Miscelánea” a esa parte. Y fuimos incorporando secciones, como es usual en las revistas.

ES: *¿Quién estaba en la Dirección de la revista?*

FHM: Fui el director desde el primer día hasta el final. Había un Consejo de Dirección, del que participaron todo el tiempo Aurelio Alonso Tejada, Jesús Díaz Rodríguez y José Bell Lara. Ricardo J. Machado Bermúdez estuvo solo

en los primeros seis números, y Thalía Fung Riverón en los primeros diez. Mireya Crespo, que era antigua en el trabajo de la revista, fue miembro del Consejo desde el número 44 hasta el último, el 53.

ES: *¿Cuál fue la repercusión de la revista y a quién respondía?*

FHM: Tuvo mucha desde el inicio. Naturalmente hubo gente en contra. Con cierta ingenuidad, en el número 1 se identificaba como Revista del Grupo de Estudios Latinoamericanos, que no tenía otra realidad que dos activos muchachos con una grabadora que hacían entrevistas lo mismo a un dirigente del Partido Comunista Colombiano que a Roque Dalton o Carlos Marighella. Aunque Carlos prefirió sentarse en la revista y responder el cuestionario por escrito, en letra de molde, con una gran paciencia. Conservamos aquel texto y lo utilizamos después de su muerte, como diseño interior en el número dedicado a las luchas en Brasil.

Tuvimos que desmentir que fuéramos la nueva revista del Partido, porque fue una simple coincidencia que *Pensamiento Crítico* comenzara a aparecer poco después que cesó la revista oficial política, *Cuba Socialista*, por septiembre de 1966. No dependíamos de nadie. Era una expresión más del “grupo de Filosofía”

o “de la calle K”, como se llamaba coloquialmente al Departamento de Filosofía, pero no tenía vínculos orgánicos con este, y tenía estructura y local propios. En cuanto a las personas, había nexos muy obvios: fui el director del Departamento hasta junio de 1969 y de la revista hasta que fue cerrada. Y una gran parte de los compañeros del Departamento brindaron durante todos esos años un aporte decisivo a la revista con su trabajo, siempre voluntario, de revisión de galeras y planas, búsqueda y gestión de artículos, lecturas para valorarlos, traducciones y otras muchas tareas diversas. Veintidós publicaron artículos, notas o críticas de libros. Fue muy grande también el aporte de numerosos cubanos y cubanas que publicaron o realizaron innumerables tareas intelectuales o de gestión para la revista, y nos brindaron su aliento y solidaridad. Como los del Departamento, sin el menor interés material.

ES: *¿Cómo lograban publicarla mensualmente?*

FHM: Debíamos trabajar en tres números al mismo tiempo, porque el “cronograma” era de 72 días. Discutía con los administradores y los trabajadores que hacían la revista. En una ocasión, de incógnito dentro de la fábrica, tomé el tiempo en el cual un linotipista profesional levantaba una galera de medida 20, y comprobé

que podía hacer dos páginas y media cada doce minutos. En la siguiente discusión le dije al administrador: “Ya no me engañarás más, porque sé cuánto tarda de verdad levantar la revista”. Pero ellos ponían plazos anchos porque solía faltarles tinta, o corriente eléctrica. El papel se obtenía de forma extraordinaria, pero se obtenía siempre.

Pensamiento Crítico salió siempre con regularidad, cada mes, algo digno de encomio en aquellas circunstancias, entre febrero de 1967 y agosto de 1971. Comenzamos vendiéndolo en las librerías, pero nos dimos cuenta de que eso no era lo mejor: había un frenesí cubano por leer. Nos dimos cuenta de que el público potencial latinoamericano era inmenso, y que había que tener en cuenta la demanda de Estados Unidos y la Europa capitalista. Destinamos a ellos una parte de cada edición. En América Latina, región priorizada, entraba la revista por todas partes, en unos países de manera legal y en otros ilegalmente. Tengo recuerdos hermosos. Por ejemplo, en Lecumberri, la famosa cárcel mexicana, la utilizaban mucho los presos políticos en sus círculos, me contó Adolfo Gilly, que era uno de ellos entonces. En Santiago de Chile, el diario *El Mercurio* publicó en primera plana en 1969 una foto de ocupación de armas a subversivos en la que aparecen algunas armas

y varios números de *Pensamiento Crítico*; me sentí muy honrado. En medio de la terrible guerra en Colombia, la revista entraba por el correo normal. Pero en Uruguay, que alardeaba de su democracia, quemaban todos los ejemplares que llegaban por correo. La amistad que teníamos con numerosos revolucionarios favorecía la entrada ilegal en otros países. Por ejemplo, clandestinos sandinistas leían la revista en Nicaragua. Sosteníamos relaciones con numerosas publicaciones combativas de la región; por ejemplo, la chilena *Punto Final*, hermana de ideales. La proyección continental de *Pensamiento Crítico* fue extraordinaria.

Teníamos un buen número de relaciones con norteamericanos, desde grupos estudiantiles como el SDS y otros participantes en el *movement*, hasta círculos de profesores radicales. También tuvimos relaciones con diferentes activistas negros por los derechos civiles, con cuadros intelectuales de Panteras Negras, y con los jóvenes que después fundaron NACLA. A todos los publicamos en la revista. Tuvimos una vinculación con la iniciativa que se llamó Brigada Venceremos, norteamericanos que han venido cada año a cortar caña de azúcar en Cuba desde 1970; la Brigada sigue existiendo, aunque ya no corta caña. Se acaba de morir el profesor John Gerassi (1931-2012), un hombre

turbulento, pero con una vida hermosa; él nos dijo en la revista: “Los verdaderos norteamericanos de izquierda no somos más de 6 mil y todos estamos divididos entre nosotros, en el único lugar donde estamos juntos es en el FBI, que nos considera a todos por igual para reprimirnos” (risas).

Teníamos una vinculación muy fuerte y fraterna con el grupo de *New Left Review*, de la que me ha quedado la amistad con Perry y Robin; nos relacionamos con el *Socialist Register*, y Ralph Miliband nos visitó en la revista. Teníamos otros nexos en Gran Bretaña, y muchos en Francia, Italia, España, Bélgica y otros países europeos. La relación con *Les Temps Modernes* incluyó una larga sesión de intercambio y debate con André Gorz, en el Departamento. Reitero la enorme profusión de vínculos con publicaciones, intelectuales y activistas italianos. A partir de tantas relaciones internacionales, establecimos canje regular con más de cien publicaciones periódicas de América, Europa y algunos otros lugares del mundo.

El material que llegaba de un modo u otro a la revista era descomunal, leíamos y escogíamos una fracción de él para publicarlo en la revista. Circulábamos textos que no publicábamos, entre personas a las que podían serles útiles, pero también creamos un sistema que nos permitía

reunir y publicar como libros temáticos algunos de aquellos textos. Aparecía como una publicación periódica llamada *Referencias*, identificada por su número, pero no por fecha, que supuestamente pertenecía al Partido Comunista de la Universidad de La Habana, pero en realidad era de *Pensamiento Crítico*. Decidíamos todo, hacíamos todo el trabajo de preparación y asumíamos la distribución. Por ejemplo, fue muy útil un número enorme –casi 500 páginas– sobre teoría de la comunicación, que incluía textos de Eliseo Verón y Armand Mattelart. Dedicamos un número a una historia de África de calidad de contenido y real anticolonialismo, publicada en Dar es Salaam. Esa era otra vía para prestar servicio a los estudiosos e interesados. Por lo menos publicamos catorce números. Pero no olvides que hasta 1971 éramos sumamente influyentes en el Instituto del Libro. Los catálogos de libros publicados en esos años son impresionantes.

ES: ¿Cómo eran las resistencias internas?

FHM: El Departamento de Filosofía confrontó oposición desde que comenzó a caracterizarse por parte de ideólogos del marxismo de tipo soviético y en general por los que deseaban que Cuba desarrollara un socialismo influido u orientado por la política y la ideología de

la URSS y el movimiento comunista. Por otra parte, en medio de luchas de clases y antiimperialistas tan intensas, era menos difícil mostrarse “duro” contra todo lo que no pareciera muy seguro, según la vara de medir de los que Silvio Rodríguez llamaba “los perseguidores de toda primavera”. La práctica de acusar de enemigo del pueblo a todo el que no piense como uno no es tan rara. En el terreno del marxismo, debíamos enfrentar la avalancha de “marxismo-leninismo” que nos había caído desde 1961, y fue inevitable el choque con el sistema de escuelas del Partido, porque seguía aquella orientación y era su trabajo profesional enseñarla, y su director era un compañero dogmático y sectario. Pero como dije antes, desde 1965 el predominio visible del socialismo cubano nos favoreció.

Entre tantos momentos singulares no he olvidado nunca la noticia de la muerte del Che, la tarde del 10 de octubre de 1967. De inmediato nos pusimos a trabajar sin parar, y en 72 horas seleccionamos, copiamos y organizamos para publicación un número completo de la revista con trabajos de pensamiento del Che. Creo que ese número 9 –224 páginas que eran en realidad un libro– fue la primera recopilación de su pensamiento que se publicó. Se agotó enseguida y, al no obtener papel extra, la repetimos como

número 14, agregándole algunos materiales. En la época en que *Pensamiento Crítico* estuvo totalmente excluida en Cuba, se sacaron sus colecciones de las bibliotecas, nadie la daba como bibliografía ni se hacía ninguna referencia pública a ella; había, sin embargo, un canje informal de sus números entre personas interesadas. Tuve la satisfacción de comprobar que se canjeaban indistintamente los números, excepto el 1, el 6, el 9 y el 14, que solo eran canjeables entre ellos. El pensamiento del Che también estuvo excluido, era el símbolo teórico de una posición revolucionaria determinada, pero nunca fue olvidado.

ES: *¿Cómo comenzó la crisis de la revista?*

FMH: Nosotros estábamos totalmente identificados, dentro de la Revolución, con el proceso de profundización interna del socialismo e internacionalismo verdadero que dirigía Fidel. A mi juicio, las causas de que aquella política no pudiera triunfar fueron dos realidades. Una, el proyecto para salir aceleradamente del llamado subdesarrollo. Aunque era muy lúcido en su estrategia de priorizar la agricultura como vía para un desarrollo más integral y trataba de llevarlo a cabo con organización y atendiendo a numerosas variables, no tuvo posibilidades reales de realización. No fue factible desarrollar

algunas ramas industriales estratégicas y diversificar el mercado externo, ni adelantar hacia una complementación entre los sectores de la economía. Cuba no pudo alcanzar la soñada autonomía económica. Las relaciones con la Unión Soviética en ese campo eran imprescindibles para el país. Intercambiábamos azúcar, a precios fijos de convenio, por petróleo, armamento, equipos, vehículos y otros bienes; recibíamos créditos, formación de técnicos y asesorías. Pero la negativa de la URSS a vendernos una siderurgia era un claro indicador de que se guiaba por sus intereses estatales. Enfrente estaba el efectivo bloqueo económico imperialista de Estados Unidos y las demás piezas de su sistema de agresión permanente contra Cuba, y estaba el capitalismo mundial, con su intercambio desigual y la influencia decisiva de Norteamérica sobre los demás países desarrollados. Por ejemplo, Cuba empezó a venderle níquel a Italia, pero no pudo continuar porque Estados Unidos la amenazó con cortar todo comercio de productos industriales, e Italia cedió. La Francia de De Gaulle fue más autónoma, pero era una relación muy limitada.

La otra realidad fue que en América Latina no triunfó ningún movimiento revolucionario ni se estableció algún poder estatal autónomo de Estados Unidos con los que pudiéramos

aliarnos para diversificar nuestras relaciones con efectividad y ganar un espacio real. El maravilloso esfuerzo vietnamita había empantanado el instrumento militar imperialista, pero los demás factores nos eran adversos. Y el plan perspectivo para aumentar mucho la producción de azúcar crudo y balancear mejor el comercio con la URSS culminó en la gigantesca zafra de 1970, que movilizó todas las fuerzas y terminó desorganizando a fondo el país y dejando un sabor de derrota.

ES: *El país estaba en conflicto con Estados Unidos, China y la URSS a la vez.*

FMH: Durante prácticamente dos años no hubo embajador soviético en La Habana, hasta que decidieron enviar a un diplomático que había sido embajador en Gran Bretaña. China había pretendido violar reglas de la relación entre iguales y reaccionó al rechazo de Cuba con el feo argumento de suspender su arroz. El movimiento comunista internacional, en la medida en que estaba alineado con la URSS, se había distanciado de Cuba, y teníamos enfrente al tremendo enemigo que era Estados Unidos.

Una insuficiencia económica demasiado marcada y ninguna oportunidad política de la unión latinoamericana próxima marcaron el comienzo de una lenta renovación de los vínculos

con la URSS, que llevó al ingreso de Cuba en el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) y la visita de Fidel a los países del socialismo europeo y la URSS (1972), aunque él fue desde Argel hasta Moscú denunciando la agresión norteamericana a Vietnam. Brézhnev y Fidel firmaron un convenio por tres años y después vinieron los quinquenios del CAME.

No se debe olvidar aquella insuficiencia, que tuvo efectos negativos para el proceso en su conjunto. La gran zafra era un recurso para nivelar las relaciones con la URSS y obtener divisas. El azúcar crudo permaneció como la mercancía principal en la relación Cuba-CAME, es decir, el mismo recurso primario de exportación de las relaciones de los países dependientes con los centros, que enfrentan las bonanzas y las crisis sin cambiar su estructura. Cuba, país liberado con un poder revolucionario socialista muy fuerte, un pueblo tan consciente y un proyecto tan ambicioso, volvía a sufrir la incongruencia tremenda entre las dimensiones de su formación social. La dirección y muchos cubanos éramos conscientes de la situación. Un joven marxista francés, Michel Gutelman, que había publicado en 1967 un libro realmente serio y bastante optimista, *La agricultura socializada en Cuba*, estuvo acá dos años después y me manifestó sus crecientes preocupaciones.

Le hice ver que conocíamos los datos esenciales y lo que estaba en juego, pero no podíamos hacer otra cosa que lo que hacíamos.

Sobrevinieron cambios importantes y un recorte del alcance del proyecto revolucionario. En ese marco se produjo la desaparición del grupo de la calle K, es decir, del Departamento de Filosofía y de la revista *Pensamiento Crítico*. El proceso por cual se llegó a esas decisiones fue largo e incluyó reclamos e incidentes que no resisten ser tomados por causas en un análisis que se haga décadas después, pero eso es lo normal en estos casos. También existen aspectos que a mi juicio tuvieron importancia, pero no me siento todavía facultado para decirlos, por el nivel de implicaciones que tuvo ese proceso. Opino en general que la dirección revolucionaria entendió que debía sacrificar su izquierda intelectual como parte de la adecuación a la que se veía forzada. Debo agregar que los dirigentes que participaron directamente en los hechos nos trataron siempre con la fraternidad que existe entre compañeros. La notificación del cierre de la revista sucedió a mediados de agosto, y la del Departamento, a inicios de noviembre de 1971.

Los cambios sucedidos en general, que me han hecho plantear que terminó la primera etapa de la Revolución en el poder y comenzó una segunda etapa, incluyeron sin duda un fuerte

retroceso ideológico y un profundo quiebre del pensamiento social. El proyecto revolucionario general que se recortó promovía una profunda crítica al carácter capitalista de la idea de modernización y el medio ideológico resultante de ella, aunque la Revolución estuviera siempre cumpliendo el deber de realizar tareas modernizadoras a favor de la población. Aunque el poder del Estado era formidable, se defendía la necesidad de no conformarse con la nacionalización y trabajar por desarrollos que fueran repartiéndose ese poder en la sociedad. Nunca se aceptó la realidad de estancamiento del socialismo implícita en la necesidad de las “etapas” y de la construcción de una “base técnico-material del socialismo”. Fidel declaró al inaugurar el Partido Comunista y su Comité Central: “Tenemos que construir paralelamente el socialismo y el comunismo”. El Che había dicho: “Debemos partir desde el primer día hacia el comunismo, aunque gastemos toda nuestra vida tratando de construir el socialismo”. Fueron en contradicción, pero juntos, la comprensión profunda y la imposibilidad material de un momento determinado. Creo que se cometió un error al retroceder demasiado en la ideología, y sobre todo al convertir la necesidad en virtud y avenirse a las instituciones y las creencias del llamado “socialismo real” en numerosos terrenos.

ES: *¿Cómo fue tu evolución intelectual en ese período?*

FMH: Como dije antes, me interesé mucho en la teoría de Carlos Marx y la estudié a fondo, en la medida de mis posibilidades. Publiqué muy poco en los años sesenta, porque la mayor parte de mi actividad intelectual fue dedicada al debate, la formación de docentes, la dirección del Departamento y la revista, y numerosas actividades que realicé para las instituciones de la Revolución. Y porque tenía la convicción –fíjate a los excesos que conduce la actuación dentro de una gran revolución– de que no era éticamente aceptable publicar en los medios de las instituciones que dirigía. Solo dos veces publiqué con mi firma en *Pensamiento Crítico*. Una, con un ensayo breve y fuerte de crítica al cientificismo y antihistoricismo estructural de Althusser titulado “Althusser y el marxismo”. La otra fue “Marx y el origen del marxismo”, un capítulo que había redactado de un libro que proyecté y adelanté mucho en cuanto a investigación y redacciones parciales, *La teoría social de Marx*, que en las condiciones que siguieron a 1971 jamás terminé. Ambas fueron en 1970, en apoyo a una comprensión cierta del marxismo originario.

En 1966 y 1969 ofrecí cursos intensivos de formación de docentes para el Departamento,

acerca del marxismo como teoría social. Para ellos escribí unos materiales muy extensos que quedaron inéditos, mecanografiados. El plan del libro *La teoría social de Marx* contenía una primera parte acerca de las condiciones de aparición del marxismo y las tesis principales y los presupuestos ideológicos de la teoría primitiva de Marx. A continuación, cuatro partes, en las que desarrollaría los cuatro aspectos que a mi juicio eran fundamentales: la formación social capitalista, las luchas de clases modernas, la conciencia y la organización revolucionarias, y la teoría de la transición del capitalismo al comunismo. En cada parte el contenido atendería a la teoría de Marx y a su utilización para el análisis de Cuba. Llegué a escribir todo lo relativo a Marx de la primera parte, incluida la epistemología del conocimiento social: de lo demás conservo una enorme cantidad de notas y algunas redacciones parciales. La parte inicial contenía dos capítulos, el que publiqué en *Pensamiento Crítico* y otro, “Las ideologías políticas en tiempos del joven Marx”, que corrió peor suerte: lo publiqué en *Lecturas de pensamiento marxista*, un libro nuestro de 1971 que, ya fabricado, fue destruida toda la edición.

Mi intención era proporcionarle un instrumento intelectual a una juventud cubana que

se sentía marxista, pero quería un marxismo cubano y latinoamericano, e inducirlo a utilizar la teoría para comprender sus realidades y actuar. El libro era solo un aspecto de ese propósito, al que le dediqué grandes esfuerzos.

Participé en innumerables análisis de problemas candentes y procesos más dilatados, me beneficié mucho con los efectos que produce en el analista y estudioso participar en eventos prácticos complejos y relevantes, profundicé en los temas y problemas cubanos, y en la historia del país –sobre todo la Revolución del 30, la segunda república y la insurrección de los años cincuenta, en fuentes primarias–, avancé en el conocimiento de América Latina, estudié sin tasa todo lo que pude. Las actividades del Departamento eran una escuela de intercambios de criterios e informaciones, y de trabajo intelectual en colectivo. A fines de los sesenta tenía un conjunto de criterios e hipótesis, y algunas tesis, que anunciaban la posibilidad de que entrara en un período de producción muy activa y de madurez intelectual.

ES: ¿Qué hiciste al salir de la revista?

FMH: El acto de cierre de la revista fue solamente conmigo, y el del Departamento fue en una reunión del núcleo del PCC –Partido Comunista Cubano– con el secretario del PCC

de la universidad, que no quiso darme la palabra, pero me pidió que me fuera con él de allí. Quedé adscripto al rector José Manuel Miyar, a mi juicio el mejor que ha tenido la Universidad entre 1959 y hoy, un compañero muy cercano a Fidel. Pedí que me enviaran a hacer cualquier tipo de trabajo en cualquier parte de Cuba, pero eso no se aceptó. Pero como no me asignaron a nada, hice trabajos sobre educación que el rector me encargaba, por ejemplo, “La educación en Brasil, un caso de capitalismo neocolonizado”. A petición de José Fernández, que era ministro de Educación, investigué sobre educación superior cubana y escribí, sin firma, la mayor parte del libro *La educación superior cubana*, que se llevó a la Reunión de Ministros de Educación de los países del CAME. Mi análisis partía de dos preguntas: cómo y en qué medida la educación superior cubana contribuye a la desaparición de las diferencias de clases, y lo mismo respecto al desarrollo técnico y científico del país. Fue mi primer libro. Seguí en esas tareas casi un año, pero el rector fue sacado de su cargo al terminar una borrascosa reunión de siete horas en la universidad, en la que estuvo Fidel. Esa noche terminó la larga época en que Fidel iba una o dos veces todas las semanas a conversar libremente con los estudiantes. Se fue y no volvió durante unos cuantos años.

El nuevo rector no sabía qué hacer conmigo. Pero Miyar me llamó a mi casa en mayo de 1973 y me ofreció llevarme con él al Instituto Nacional de Reforma Agraria, donde lo habían nombrado director nacional de Cítricos y Frutales. Me fui con él y trabajamos un año en una actividad apasionante y absorbente, de una punta a otra del país.

Pero llegó un nuevo jefe al sector agropecuario de la economía nacional, y Miyar y yo tuvimos que marcharnos. Me quedé sin trabajo, pero lo supo el ministro del Azúcar, antiguo compañero en una unidad militar, que me buscó y me ingresó en su Ministerio. Ingresé en una reunión del PCC –al día siguiente me buscó un lugar como técnico en divulgación–, porque era muy tarde, se habían cerrado las oficinas y solo quedaban las reuniones del Partido. Es algo simpático, porque a pesar de todo lo sucedido y de que yo era tachado de “diversionista ideológico”, nunca fui sancionado en el Partido. Seguí siendo siempre militante, a tal punto que poseo la condición honorífica de Fundador del Partido, que se otorgó a aquellas personas que participaron de una manera organizada en la lucha insurreccional, fueron aceptadas en el Partido la primera vez que se les procesó para ingresar, y nunca fueron sancionadas.

Trabajé como técnico medio y mis compañeros me eligieron secretario general del núcleo del Partido de un sector del Ministerio, presidente de la Comisión de Activistas de Historia del organismo y trabajador ejemplar por el Viceministerio, un paso hacia la elección de Vanguardia Nacional, que como es natural no obtuve. Creé un boletín, ya que el organismo carecía de publicación, llamado *Azúcar*, y fui su director. En diciembre de 1976 me llamaron a trabajar como investigador en el Centro de Estudios sobre Europa Occidental (CEEEO), adscripto al Comité Central (CC) del PCC. El director era Jorge Serguera, comandante del Ejército Rebelde, de intelecto brillante y trayectoria muy destacada. Éramos amigos desde hacía mucho, y me franqueó la posibilidad de trabajar duro en un centro que hacía muy buenos análisis y recibía una gran cantidad de fuentes públicas especializadas. Todo era discreto, no publicábamos nada para el público. Pero redacté un gran número de trabajos breves y al menos dos o tres extensos. Uno de estos, “El capitalismo europeo actual”, fue muy elogiado. Y escribí mi segundo libro, *Los gobiernos de Europa capitalista*, del que publicó en 500 ejemplares, para circulación interna, Jorge Enrique Mendoza, un hombre admirable que entonces era director

de *Granma*. En el Centro fui jefe de dos de las áreas de trabajo, de una manera aún más discreta.

Desde mediados de los años sesenta estaba muy involucrado en tareas y en análisis relativos a América Latina para las instituciones cubanas de trabajo y solidaridad internacionalista. En las disímiles circunstancias de los años setenta nunca dejé de hacerlo. Cuando los sandinistas entraron en la fase final de su lucha contra la dictadura, me tocó colaborar en Cuba, y después del triunfo de julio de 1979 fui designado para integrar el grupo político de trabajo en Nicaragua, que constituía la embajada cubana en ese país. Allá trabajé hasta 1984, y me pasaron al Centro de Estudios sobre América (CEA), también adscripto al CC del PCC, en enero de 1985. Alguien me dijo: “Vas a un lugar donde al fin podrás ser intelectual otra vez”. Lo cual fue cierto. En el CEA fui investigador, jefe del Departamento de Estudios Regionales y miembro del Consejo de su revista, *Cuadernos de Nuestra América*. Trabajé allí hasta octubre de 1996, cuando pasé al Ministerio de Cultura, a solicitud del ministro Armando Hart Dávalos.

ES: *Momentos importantes de tu obra. Su evolución.*

FMH: Creo que desde el inicio hasta 1971 está bastante explicado, y sobre los años setenta te di un buen número de informaciones. Podría agregar que en el MINAZ tuve la hermosa experiencia de compartir con el movimiento de aficionados a la Historia, y ganar una distinción por la que me publicaron un ensayito como capítulo del libro *Los obreros hacen y escriben su historia*. Hice una pequeña investigación sobre la historia de un central azucarero nacido como un enclave de la Casa Morgan en la costa norte de Camagüey, que salió en Morón como folleto, *Del Punta Alegre al Máximo Gómez*. Pero la mayor parte de mi actividad en el MINAZ no era intelectual. En el CEEO ya fue diferente. Pero era todo por encargo, destinado a los funcionarios correspondientes, y nunca me hubiera dedicado voluntariamente a investigar sobre Europa occidental. Entre 1979 y 1984 tuve una actividad enorme, muy de orden práctico. Mi trabajo llegaba a ser a veces agobiador. De todas maneras, leía, pero una de las normas de mi trabajo era no participar como tal en ningún evento intelectual.

Creo que no te dije que en algún momento de los primeros años setenta un funcionario con cargo suficiente ordenó que no se me publicara nada, y en general eso funcionó hasta 1985. En la práctica, quedé cortado de la intelectualidad

cubana y las universidades. Sin embargo, en Nicaragua conocí a una enorme cantidad de intelectuales y artistas cubanos que iban allá, y compartí con muchos. Al mismo tiempo, me relacioné informalmente con intelectuales nicaragüenses –con algunos entablé profunda amistad– y de otros países. En El Crucero conocí, en enero de 1980, a Frei Betto, al que dejaban salir de Brasil por primera vez, y nos hicimos amigos para siempre. En Managua conocí a François Houtart, a Giulio Girardi, a Pablo González Casanova –que había estado muchas veces en Cuba–, mis amigos queridos.

Cuando volví a Cuba tenía adelantada una investigación a partir de dos preguntas: cómo pudo el frente sandinista convertirse en una alternativa de poder para Nicaragua y cómo pudo tomar el poder. Había entrevistado a un gran número de personas, y conocido una enorme cantidad de hechos, por documentos y por vía oral. Acá analicé más de 6 mil páginas de documentos primarios no públicos, escribí 800 páginas de material intermedio y redacté dos capítulos para un libro que recogería el resultado de la investigación: “Las luchas armadas en Nicaragua entre 1958 y 1961” y “Nicaragua en los años sesenta”. Se estuvo de acuerdo en que hiciera el libro, con una versión para publicar. Pero nunca he tenido tiempo disponible para hacer ese trabajo.

Durante toda la década del ochenta trabajé sobre los movimientos y el pensamiento religioso en América Latina, acompañé algunas experiencias, trabé relaciones con numerosos religiosos y teólogos, y leí mucho sobre esos temas. Uno de los productos de este trabajo fue el extenso ensayo “Cristianismo y liberación” publicado en *Cuadernos de Nuestra América* en 1986 y reproducido en la *Revista Latinoamericana de Teología*, que dirigían Comblin y Sobrino –con una nota laudatoria de presentación–, y por *Social Compass*, la prestigiosa revista europea de sociología de la religión.

Mi entrada en el CEA coincidió con el inicio del proceso de rectificación de errores y tendencias negativas. Fuimos saliendo el país y yo del silencio del pensamiento social, mientras los sistemas de dominación en nombre del socialismo en Europa entraban en su crisis y su vergonzoso final. Efectivamente, fui regresando al trabajo intelectual sistemático. Ese es el inicio de una etapa de mi vida intelectual que ha registrado cambios notables, pero tiene una continuidad básica hasta el día de hoy.

La presente antología contiene un amplio conjunto de textos que Fernando Martínez Heredia elaboró en función de los problemas sociales y retos que la práctica política socialista latinoamericana demandó al pensamiento con el objetivo de ir más allá de lo posible.

Materiales vivos que nos incitan a *pensar en tiempo de revolución* para que, según dijera un humilde habanero que entregó su vida a esa empresa, los sueños de hoy se conviertan en la ley del mañana.

Patrocinado por



Agencia Sueca de Desarrollo Internacional

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales



CLACSO

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

ISBN 978-987-722-331-6

